



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

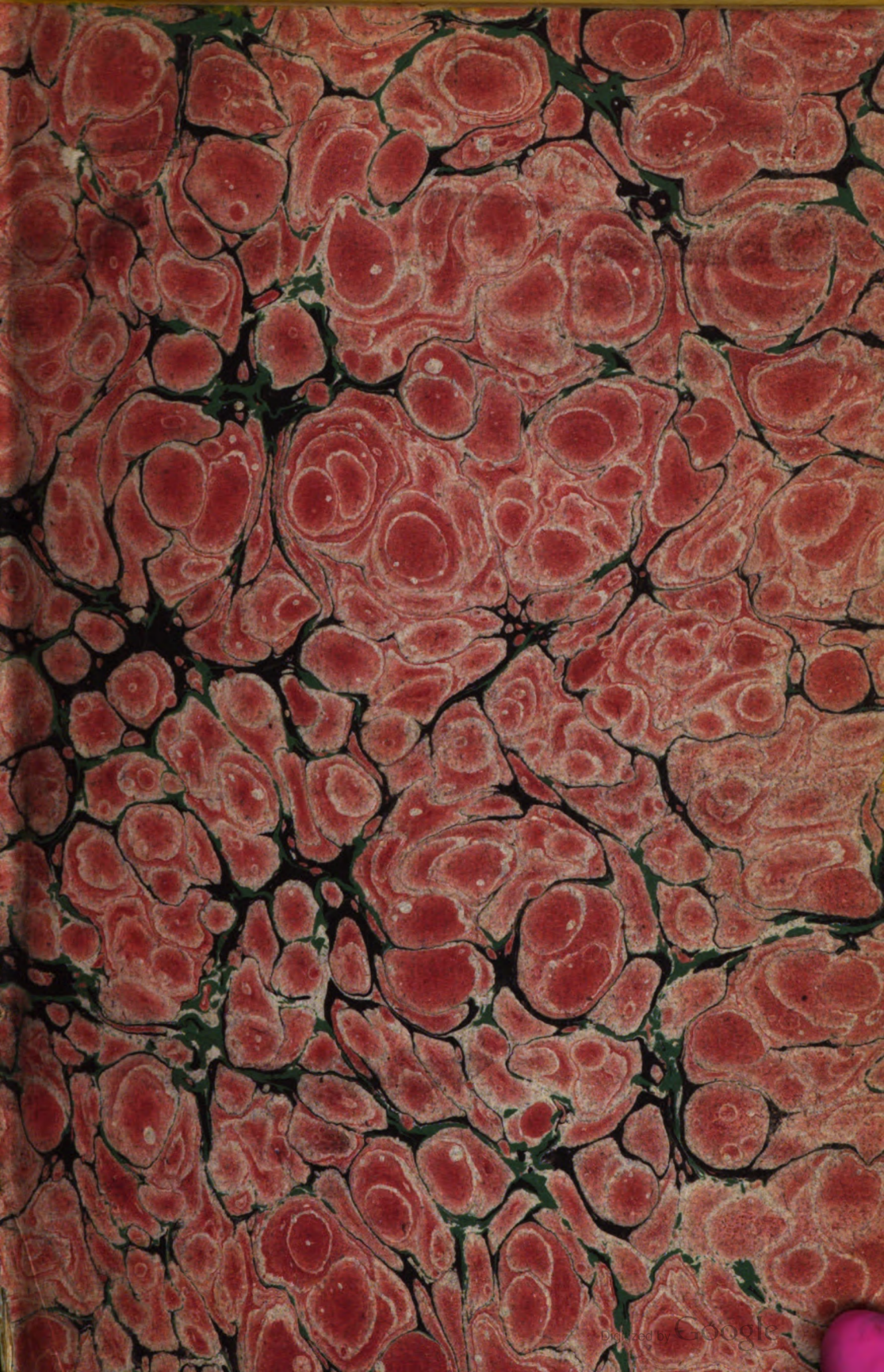
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Ateneu Barcelonès
BIBLIOTECA

N.º 306226
Arm. 163
Prest. IV.





VIDA DE NUESTRO ADORABLE REDENTOR

JESUCRISTO.

TOMO III.

Es propiedad de los EDITORES, y será denunciado ante la ley al que la reimprima.





VIDA DE NUESTRO ADORABLE REDENTOR

JESUCRISTO,

CONFORME CON EL TEXTO ORIGINAL LATINO DE LA QUE ESCRIBIO

El Rv. P. **LUDOLFO DE SAJONIA**, Monge cartujo,

ILUSTRADA DESPUES CON VARIAS NOTAS

Por **JUAN DADREO**, Doctor teólogo en la Universidad de París.

TRADUCIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA

POR D. ANTONIO ROSELLÓ Y SUREDA,

presbítero misionero apostólico.

ADORNADA CON VISTAS, PAISAJES Y VIÑETAS, GRABADAS POR EL ARTISTA

DON JOAQUIN SIERRA Y PONZANO.



EDITORES, CELESTINO G. ALVAREZ Y JOAQUIN SIERRA.

MADRID: IMPRENTA DE LA CALLE DE S. VICENTE Á CARGO DE D. CELESTINO G. ALVAREZ

1849.

1871

1872

1873

1874

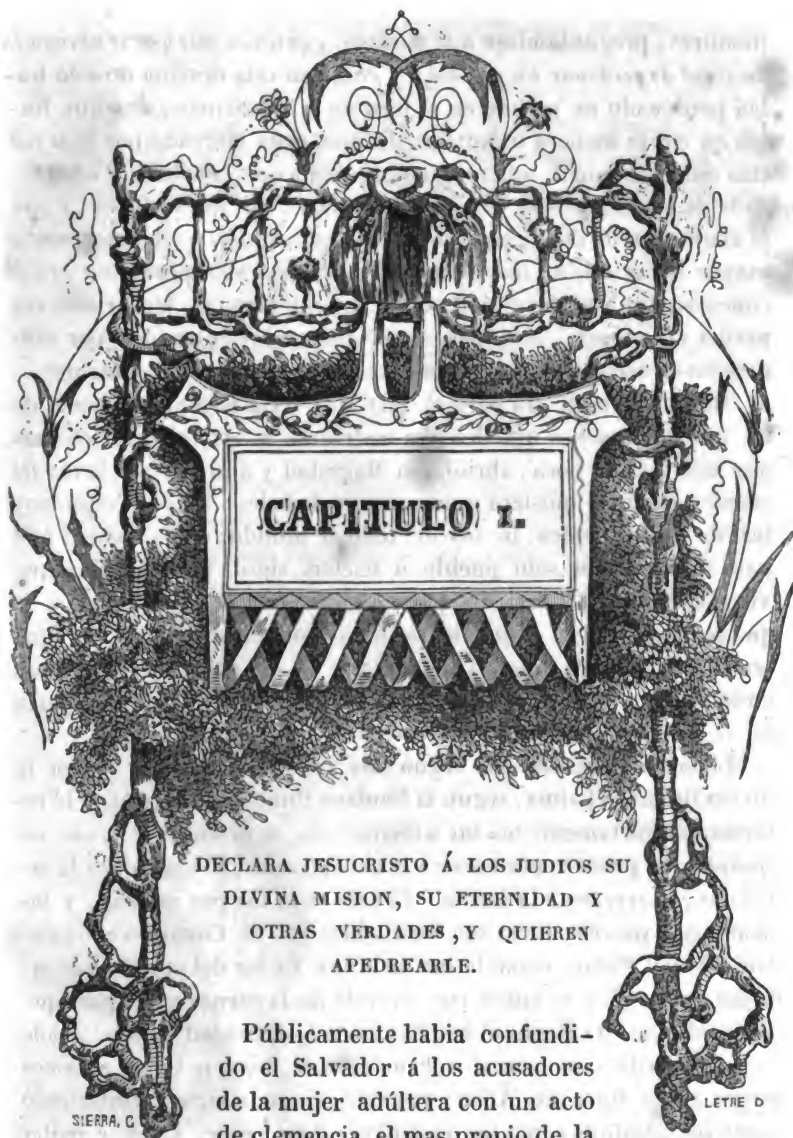
1875

1876

1877

1878

1879



divinidad y cual convenia á la importantísima mision de que estaba encargado, haciendo de una mujer pecadora una mujer penitente, siempre pronta á publicar las misericordias del Señor que tan admirablemente la habia libertado. Varias eran y multiplicadas las ocasiones en que, no pudiendo la perfidia de los fariseos dudar de la divinidad de Jesus, habian sin embargo manifestado una sorpresa ingrata por la fácil liberalidad con que perdonaba los pecados á los

hombres, preguntándose á sí mismos: *¿quién es este que se abroga la facultad de perdonar los pecados?* y como en esta ocasion no solo habia perdonado un pecado en el foro de la conciencia, sino que habia en cierta manera indultado de una pena marcada por la ley á una mujer criminal, era muy consiguiente que la soberbia mortificada de los escribas se levantase contra El con nuevo furor; y que el ataque que le dirigiesen fuese tanto mas audaz y violento cuanto mayor habia sido su mortificacion, y cuanto mas numeroso era el concurso que á Su Magestad seguia. La intencion de los fariseos era perder al inocente; la de Jesus era salvar á los culpados: por esto deseoso de asegurar su felicidad eterna continuó en instruirlos.

Muy consolante era para el Salvador verse siempre rodeado de un pueblo inmenso que deseaba instruirse en las verdades eternas que salian de su boca; abrióla Su Magestad y dijo: *Yo soy la luz del mundo*: como si quisiera espresamente decirles: No creais que soy luz de sola la Judea, lo soy de todo el mundo: no he venido á él para iluminar un solo pueblo ó nacion, sino á todo hombre que viene al mundo (1). Luz soy que enseño lo que se ha de creer y lo que se ha de obrar: el que me sigue no camina á obscuras, sino que tendrá la luz de la vida, la luz de la fe y de la gracia que le conducirán á la luz de la gloria y vida eterna: pero el que de Mí se aparta no ve la luz y camina al fuego eterno que no alumbra.

Llámase Jesucristo luz segun una y otra naturaleza. Segun la divina ilumina el alma: segun la humana ilumina el cuerpo, y le reforma completamente *con sus milagros, con su predicacion, y con sus ejemplos*: lo primero pertenece á la *omnipotencia*, lo segundo á la *sabiduria*, lo tercero á la *bondad*. El solo es la luz por esencia, y los demas que parecen luces son iluminados por El. Como *Verbo* ó *palabra* sale del Padre, como la luz de la luz. Es luz del mundo que sale del Padre (2) y se cubre con el velo de la carne; y asi hace que por medio de esta llegue el hombre hasta la divinidad. Iluminándole esta luz queda sano por el colirio de la fé, porque todos nacemos ciegos como hijos de Adan: por esto el que le sigue obedeciendo tanto sus palabras como sus ejemplos, debe creer, amar, é imitar lo uno y lo otro; y entonces no camina en las tinieblas de la ignorancia, porque El es la verdad; ni en las de la culpa, porque El es el camino; ni en las de la condenacion eterna, porque El es la vida, y tiene la luz de la vida eterna porque tiene á Cristo, que es la sabi-

(1) Joann. c. 1. v. 9.

(2) Div. August. Tract. 34. in Joann.

duria de Dios, luz indeficiente y inestinguible, poseyéndole aquí por la fé, y en la patria por la vision beatífica. Esta diferencia está perfectamente marcada en las mismas espresiones del Salvador: dijo, *el que me sigue*; y denotó todo lo que pertenece al mérito: *tendrá la luz de la vida*, y declaró el premio. Asi patentizaba que era el Mesias mil veces representado y anunciado por los Profetas con la metáfora de la luz, y que no solo habia de convertir á Jacob é Israel, sino que habia de ser la luz de todas las gentes.

Entre los diversos caractéres con que Isaías habia anunciado al libertador de Israel, era uno de los mas sobresalientes el que habia de ser la luz de las naciones (1): Yo el Señor, dijo, te he llamado por el amor de la justicia, te he tomado por la mano y te he preservado: te he puesto para ser el reconciliador del pueblo, y *la luz de las naciones*..... Poco es el que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob, y convertir los despreciados restos de Israel: hé aquí que *Yo te he destinado para ser la luz de las naciones*, á fin de que tú seas la salud enviada por Mí hasta los últimos términos de la tierra (2). David habia cantado á Israel la inmensa bondad de Dios, y le habia dicho: *En Tí está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz*; esto es, seremos iluminados por tí, y veremos la luz de tu divino rostro (3). El sabio le habia asegurado que la sabiduria increada, que es el mismo Hijo de Dios, era *como una emanacion de su gloria y claridad omnipotente; por lo que no tiene lugar en El ninguna cosa manchada; como que es el resplandor de la luz eterna, un espejo sin mancha de la Magestad de Dios, y una imagen de su bondad* (4). Daniel, ilustrado por Dios para disipar el sueño misterioso á Nabuco, habia dicho tambien: *De El son la sabiduria y fortaleza;.... El muda los tiempos y las edades: traslada los reinos y los afirma: da la sabiduria á los sabios, y la ciencia á los inteligentes: revela las cosas profundas y recónditas, y conoce las que se hallan en medio de las tinieblas, pues la luz está con él* (5). Y por último, prediciendo Micheas la desolacion de Jerusalem y el orgullo de Babilonia por su triunfo, habia dicho á esta en nombre de la ciudad santa: *No te alegres y ensoberbezcas por mi ruina, yo volveré á levantarme: y cuando estuviere en las tinieblas el Señor será mi luz* (6).

(1) Isaïæ. c. 42. v. 6.

(2) Idem. c. 49, v. 6.

(3) Ps. 35. v. 10.

(4) Sap. c. 7. v. 25. et 26.

(5) Dan. c. 2. vs. 20. 21. et 22.

(6) Micheæ, c. 7. v. 8.

Los escribas y fariseos como sabios y versados en el conocimiento de las Escrituras no podian ignorar tantos testimonios como en ellas estaban encerrados; y aparentando en esta ocasion una suma ignorancia, como entre todos los oyentes eran los mas atentos, porque eran los mas rígidos censores, interrumpieron al Señor desde las primeras palabras que pronunció para redargüirle y pedirle las esplicaciones que creian necesarias. *Tú das testimonio de tí mismo*, le dijeron, *y tu testimonio no es verdadero*. Oian al Salvador, pero no para aprovecharse de su doctrina; deseaban oirle, mas no para gustar y empaparse de las verdades eternas, sino para hallar ocasion de condenar su doctrina y persona: por esto revistiéndose Jesus de aquella autoridad que le daban su mision divina y su doctrina santa y verdadera, les respondió: *Aunque Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio es bastante y verdadero*. Conociase bien que sola la obligacion y la necesidad de instruir precisaban á Jesucristo á hablar como hablaba de Sí mismo; que la modestia y humildad sobresalian y brillaban en medio del esplendor de sus milagros; y cotejando sus acciones con sus palabras, se veia la verdad de las unas apoyada con la santidad de las otras, y todas causaban igual edificacion, pues las verdaderas virtudes tienen su caracter firme y decidido que las distingue de la hipocresia, siempre tibia é irresoluta cuando quiere imitarlas; y las defiende con verdad, justicia y decoro de la calumniosa envidia cuando injustamente las censura.

Incontestable era la aseveracion de Jesus y estaba pronunciada con una tan imponente autoridad, que para que los escribas y fariseos tuviesen como un poco mas de tiempo para respirar y sobreponerse al estupor que les habia sobrecogido, continuó el Salvador el discurso sin esperar su respuesta. Yo estoy bien informado en lo que testifico y otros testifican de Mí: *Yo sé de dónde vine, y sé adónde voy*. Sé que soy Hijo de Dios, y enviado de mi Padre para instruir y salvar al mundo: y sé que voy á consumir la grande é importantísima obra de la redencion. *Vosotros empero no sabeis de dónde vengo ni adónde voy*: estas cosas no las podeis saber sino de Mí. Aunque yo hablo de cosas que me pertenecen, no soy por eso menos digno de fé: y el lugar mismo de donde vengo os debe asegurar que estoy muy lejos de mentir, y mucho mas de lisongearme á Mí mismo. Es cierto que con mucha frecuencia se engañan y dejan engañarse los hombres arrastrados del amor propio, que les representa las cosas segun su gusto; pero sé tambien que en el lugar de donde vengo y á donde me es preciso volver, no se encuentra alguno sujeto á esta miserable pasion.

Para darlos á conocer la inmensa distancia que habia entre su modo de pensar, y el modo de pensar que ellos tenian, quiso el Señor que despues de esta instruccion empezasen á conocer los misterios de la pasion que ellos le preparaban, y no conocian con bastante claridad (1): por esto les indicó, que en cuanto Dios habia venido del Cielo, esto es, del seno de la Divinidad; en cuyo concepto era su origen celestial y eterno; y que en cuanto hombre, cuya humanidad santa se habia unido en tiempo al Verbo de Dios, iria despues de su muerte y resurreccion á sentarse á la diestra de Dios su Padre; porque este era el término de su carrera: pues esto era á lo que aludia, y verdaderamente significaba lo que les dijo: *Cuando exaltáreis*, levantando en la cruz al Hijo del hombre, esto es, al Hijo de la Virgen segun la carne, pues segun ella debe padecer; entonces conocereis, esto es, conocerán algunos de los vuestros por la fé, que *Yo soy el Cristo verdadero*: que Yo soy el Dios escondido bajo el velo de la carne. Yo diiero y alargó el plazo de vuestro conocimiento, para que se llene mi pasion: y convenia que esta se llenase, dice San Agustin, por las manos de aquellos que despues habian de creer. Quiso el Señor que esto sucediese asi, para que ninguno desespere colocado en medio de la iniquidad ó del crimen, por grande que sea, al contemplar que se perdona generosamente el homicidio á los que habian quitado la vida al mismo Cristo.

De tres maneras ofendemos nosotros á Dios, y le abatimos y humillamos cuanto está de nuestra parte, á saber, con los malos pensamientos, con las malas palabras, y con las malas obras. Cuando empero convertidos le confesamos y damos completa satisfaccion, entonces le exaltamos en el seno de nuestro corazon y en nuestra alma, amándole sobre todas las cosas; y le conocemos, venerándole sobre todas ellas. Si quierdes, pues, oh cristiano, conocer y confesar á Dios exaltándole sobre todas las cosas, exáltale por la contricion, contra los malos pensamientos; por la confesion, contra las malas palabras, y por la satisfaccion, penitencia y mortificacion, contra las malas obras.

De ciertos judios que entonces aparentaban creer en El, dijo con toda claridad: *si vosotros quedáseis unidos por mis palabras*, esto es, si perseveráseis hasta el fin en la fé que por ellas empezó á tomar asiento en vuestro corazon, sin separaros jamás de mis doctrinas, entonces *sereis verdaderamente mis discípulos*: esto lo dijo porque algunos de ellos creian fingidamente en El, y estos no eran discípu-

(1) Div. Augustin. Tractat. 40. in Joann.

los verdaderos: entonces conoceréis la verdad que ahora os habla cubierta con el velo de la carne, y os está escondida: ó de otra manera, conoceréis la verdad de la doctrina que yo ahora enseño, y de la fé que empezais á tener; y el conocimiento de esta verdad os hará perfectamente libres, porque ahora en el mundo os libertará de la servidumbre de la culpa, y os dará la libertad de la gracia, que es el punto donde empieza la verdadera libertad: en el siglo venidero os libertará de la esclavitud, de la miseria y desgracia eterna, y os dará la libertad de la gloria, que es donde se consuma y perfecciona la paz y el gozo de la verdadera libertad.

Orgullosos á la par de necios, respondiéronle algunos llenos de presuncion y arrogancia, y le dijeron: *nosotros somos descendientes de Abraham, y á nadie jamás hemos servido*, como significando que eran libres, y que no necesitaban de la libertad santa que el Señor les ofrecia, aparentando no entender lo que Él mismo claramente les enseñaba. Manifiestamente faltaron á la verdad, porque primero sufrieron en Egipto una espantosa esclavitud; sufriéronla despues en Babilonia, y aun en su propio pais sirvieron al rey de los Asirios y á otras naciones; y últimamente á los romanos, á quienes pagaban cuantiosos tributos. No les hablaba empero el Señor de esta esclavitud corporal que ellos entendian, hablábales de otra mas espantosa y horrible; por lo que les añadió: *en verdad os digo que todo aquel que comete la culpa y el pecado*, cualquiera que sea su condicion, bien sea noble ó plebeyo, judio ó griego, rico ó pobre, emperador ó mendigo, este es *el verdadero esclavo del pecado*. Sobre lo que dice San Crisóstomo (1): todo el que sigue la voluntad del diablo es verdadero esclavo suyo, aunque sea libre. El que empero obedece y sirve á Dios, este es el verdadero libre, aunque sea esclavo. La libertad espiritual no se esclaviza con la esclavitud corporal, asi como tampoco la esclavitud espiritual se desata por la libertad corporal; puesto que esta esclavitud no fué introducida sino por la rebeldia y mala disposicion de la voluntad del hombre. Libre fué creado este, pero él se hizo esclavo. Y San Agustin concluye: el bueno, aunque sea esclavo, es libre; el malo, aunque sea Rey, es esclavo, y no de un hombre solo, sino de tantos señores cuantos son los vicios que le dominan. Y San Gregorio añade (2): aquel á quien defiende el testimonio de su propia conciencia, es libre entre una multitud de acusadores.

(1) Div. Crisost. Hom. 41. Oper. imperfect.

(2) Div. Greg. Ep. 39. lib. 9.

No pudo el Señor decirles entonces con mas claridad que era Hijo de Dios, que era el verdadero libre, y que en uso de esta soberana y eterna libertad que tenia como Hijo de Dios, venia á dar su vida por la verdadera libertad de los hombres, á fin de que, de esclavos del pecado, pasasen á ser hijos libres de Dios, comprados y redimidos con el precio infinito de su sangre, de la eterna espantosa esclavitud á que estaban condenados como hijos del pecado; y por esto les añadió: vosotros juzgais segun las pasiones de la carne y segun las apariencias de los sentidos; pero Yo no juzgo á nadie de esta manera; y si Yo juzgo, mi juicio es verdadero, justo é irrecusable; porque Yo no soy solo, sino que el Padre que me envió está conmigo. No entendais que Yo al presente quiera juzgar á persona alguna; pero si lo hiciera, sabed que mis juicios serian dirigidos por la justicia y la verdad. El Padre que me envió me sirve de irrecusable testimonio, y mis palabras apoyadas sobre su autoridad merecen ser creidas. El Padre me comunicó su poder infinito, su sabiduría y ciencia eterna, y desde el instante primero de mi concepcion se depositaron en Mí todos los dones de su gracia: y asi es, que Yo estoy en mi Padre y El conmigo está; y si segun vuestra ley, dos ó tres testigos bastan para hacer creible una verdad, mi testimonio y el de mi Padre deben admitirse. Yo soy el que con mi vida inocente, con mi predicacion divina, y con mis obras milagrosas, doy testimonio de Mí mismo; y el Padre que me envió, de muchas maneras dará testimonio de Mí: que fué lo mismo que decirles: examinad vuestra ley ya que os preciais de ser maestros y doctores de ella, y ved lo que dice sobre un punto tan interesante. Ella os enseña que una declaracion hace fé, y se recibe como prueba concluyente cuando se apoya con el testimonio uniforme de dos ó tres personas. Convinceos, pues, y dejad de oponeros á la fuerza de mi testimonio. Yo le doy de Mí mismo, es cierto; pero mi Padre que me ha enviado, ha hablado tambien por Sí, y con su autoridad eterna ha autorizado mi testimonio. ¿Qué mas quereis?

No pudieron los fariseos reprimir y cautelar por mas tiempo el espíritu de furor y venganza de que estaban llenos. En otras mil ocasiones habian oido decir clara y distintamente al Salvador que este Padre de quien al presente les hablaba, era su Padre celestial, el Dios y Criador de todas las cosas; pero con todo, fingiendo que lo ignoraban, le replicaron llenos de malicia, y dijeron: *¿en dónde está tu Padre?* Perversos hasta el extremo, llenos de ficcion y doblez, querian obligarle á que se esplicase con mas claridad, para tomar de su respuesta motivos aunque aparentes para nuevas calumnias:

mas como el Señor leía en el interior de sus corazones, dejó confundida su malicia y burladas todas sus necias esperanzas contestándoles con una reprension severa que no esperaban, y así les dijo: *Vosotros no me conocéis ni conocéis á mi Padre. Si me conocierais, tambien á mi Padre conocierais*; supuesto que soy su imagen y se deja ver en Mí, á cualquiera que no está prevenido de alguna pasion maligna como vosotros; por consiguiente, si vosotros me reconocieseis, segun os hallais en estado de hacerlo, despues de las pruebas con que Yo he confirmado mi testimonio de que soy Cristo, y enviado de Dios, anunciado por sus Profetas, Yo os conduciria fácilmente hasta confesar que Dios es mi Padre, y que Yo soy el Hijo único de Dios. Yo os mostraria que lo uno es consecuencia de lo otro. Pero mientras que estais empeñados en disputarme mi mision, y en contradecir el derecho que tengo de hacerme creer; inútilmente os responderia á la pregunta que me haceis. Luego es preciso que creais, primero en virtud de los milagros que obro, y sobre el testimonio de las Escrituras que me anuncian y dicen que soy el Cristo prometido á vuestros padres: en tal caso puede ser que creyerais, y Yo os diera á conocer mi origen y mi verdadera grandeza.

No hay duda que en esta ocasion manifestó Jesus la grandeza incomparable de su corazon; pues cercado de una multitud asombrosa de oyentes, la mayor parte enemigos poderosos y obstinados, los reprendió con una tan amplia y santa libertad, que solamente podia convenir á su Sagrada Persona; y aunque los fariseos no desconocieron el método y el orden que el Señor queria guardar en su enseñanza, no cesaron en sus designios de iniquidad: los del Salvador eran todos de moderacion y de paz, y los suyos eran todos de sedicion y de guerra. Jesus se hacia respetar y amar del pueblo por su misericordia y justicia, y ellos no podian todavia destruir con un movimiento popular el camino pacífico que el Señor se habia trazado; y á su despecho y pesar veian cómo la multitud de los oyentes caminaba, si no á la perfecta inteligencia de los objetos de la revelacion, por lo menos á tener una entera confianza en aquel que era el solo que tenia autoridad para revelarlos; por cuya razon se retiraron de la presencia de Jesus con la mayor descortesia, é interrumpieron y cortaron la importante conferencia que con ellos habia entablado.

Es digno de notar el lugar donde sucedió este hecho tan memorable. El Evangelista nos dice, que habló Jesus estas palabras en el *Gazophilacio*, enseñando en el templo: esto es, al frente de una larga galeria donde se guardaba el tesoro, la que se hallaba situada en el

vestíbulo exterior de la casa de Dios, y era muy á propósito por su capacidad para contener una muchedumbre numerosa. Era Jesus el tesoro inestimable é infinito que debian buscar todas las criaturas, y el Criador, que conocia tambien el valor inestimable de sus almas, y habia venido para comprarlas y redimir las á todas con el tesoro preciosísimo é inestimable de su sangre, hablaba á las turbas en la antecámara de los tesoros de la tierra, para darles á conocer que estos son sumamente despreciables en comparacion de los tesoros celestiales. Por principales y vengativos que fuesen los enemigos de Jesus, ninguno de ellos se atrevió á poner sus manos en él, y aunque no le amaban, le respetaban, y temian su ardiente celo: no habia llegado su hora, y vivia por lo tanto entre aquellos con la misma seguridad que si viviera entre sus mas amigos y afectos.

La magestad y la grandeza eran inseparables de la persona del Salvador, y resplandecian en todas sus acciones y palabras: conteníase á su vista el desenfreno de los fariseos, acallábase el aborrecimiento de los sacerdotes, cancelábanse las determinaciones de los escribas, y quedaba, en fin, suspenso y encadenado todo el furor de las pasiones humanas á la vista de la actitud imponente de aquel ante quien doblan su rodilla todas las potestades del cielo y de la tierra, y se poseen de terror y espanto todas las fieras del abismo: por consiguiente marchó Jesus de la vista de sus enemigos, dejándoles poseidos de pavor y miedo. Con el mismo continente magestuoso y grave, dejóse ver tambien en el templo en la mañana siguiente; y esta fué la última vez que lo verificó durante su viage. Era dia de sábado y el templo era frecuentado mas que los otros dias: agrupáronse en seguida alrededor de Jesus los que se hallaban en el lugar santo, cuya mayor parte era de los judios residentes en Jerusalem; pues los galileos y los otros estrangeros se habian ya retirado, la quinta y sesta Feria, despues de la conclusion de la fiesta de los Tabernáculos. Astutos como siempre, y entonces mas que nunca los escribas y fariseos, no quisieron presentarse en público para obrar abiertamente contra Su Magestad, y flaron el logro de sus intentos á una porcion de réprobos, capaces de escitar un tumulto, los que diseminaron entre la multitud, manteniéndose ellos á la vista, y en parage oportuno para aprovecharse de la ocasion.

Su feroz soberbia les habia hecho concebir la idea de que su presencia impedia al Maestro Divino explicarse con aquella franqueza que en muchas ocasiones precipita á los hombres vulgares, y los obliga á caer en deslices dignos de reprehension y tal vez de cas-

tigo; otra de las razones porque en esta resistieron concurrir en público. ¡ Cuánto se engañaban ! La sabiduría eterna lo tenia previsto todo, y nada se ocultaba á su prevision de todo lo que pasaba en el corazon de los malvados: en cuya consecuencia está visto que el numeroso concurso al que Jesus iba á dirigir su discurso, si bien se componia en su mayor parte de gente sencilla, dispuesta siempre á recibir las instrucciones santas, no carecia de un gran número de espías, y de espíritus turbulentos y discolos, prontos á suscitar un alboroto contra Jesus, y los mas á propósito para mantenerlo. Hecha esta aclaracion importante es mas fácil de comprender el órden maravilloso de estos discursos de Jesus, y el por qué se dirigió al parecer con tanta acrimonia contra los circunstantes.

Yo conozco todas vuestras intenciones, podia haberles dicho el Salvador, y nada se me esconde de cuanto maquináis; mas aunque reservó esta manifestacion, les descubrió que todo lo sabia, cuando sin rodeos les dijo: *Yo me voy, y me buscareis y morireis en vuestro pecado.* Me voy: porque ya se acerca la hora; Yo soy el que la elegí: y serán vanos todos vuestros esfuerzos antes que llegue este tiempo de vosotros tan apetecido, y de Mí mucho mas deseado. Vosotros venis á oirme, no para instruiros, ni edificaros, ni para creer en Mí, sino para tener ocasion de quitarme la vida; sabed, pues, que Yo por mi propia voluntad camino á la muerte; moriré no cuando sea vuestro gusto, sino cuando llegue el momento prefijado por mi Padre: dejad pues de buscar vanos pretextos para que muera; en aquella hora Yo saldré al encuentro á la muerte, entonces os dejaré y experimentareis los tristes efectos de mi ausencia: entonces me buscareis, no por amor, sino por odio; no para hallarme y poseerme, sino para borrarne de la memoria de los vivos: pero por mas que me busqueis no me hallareis; estaré lejos de vosotros y morireis en vuestro pecado.

San Crisóstomo y Theophilacto buscan minuciosamente la causa porque Jesus hablaba á los judios con tanta frecuencia de su venida desde el Cielo, y de su regreso allá al seno de su Padre; y convienen que era para inspirarles terror, porque conocia toda la obstinacion y dureza de que estaban poseidos: asi fué que cuando les retrató su segunda venida, les dijo: « Despues de la tribulacion de aquellos dias el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del Cielo, y las virtudes de los Cielos temblarán: entonces aparecerá en el Cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del Cielo con gran poder

»y magestad (1).» Y despues quando preguntado por el Sumo Sacerdote, y conjurado de parte de Dios vivo para que le dijera si era el Cristo Hijo de Dios, le respondió: «*Tú lo has dicho, Yo soy*; añadió: »y os declaro, *que vereis despues al Hijo del hombre, sentado á la diestra de la Magestad de Dios, venir sobre las nubes del Cielo* (2).» Y ya por el mismo S. Juan nos aseguró, que poco antes habia dicho á los judios: «todavia estaré con vosotros un poco de tiempo, y despues me voy á aquel que me ha enviado. Vosotros me buscareis y no me hallareis; y á donde yo voy á estar vosotros no podeis venir (3).» Sobre todo lo que dice San Agustin: Mal busca á Cristo el que muere en su pecado. ¿Cómo presumes alcanzar la salud, si aborreces al único que pudiera dártela? De Cristo huye el que hoy peca, y dice: mañana me arrepentiré. ¿Hoy te llama El y tú dices mañana? ¿Ese otro dia quién te lo promete? ¿La gracia que presumes tener en él, quién te la asegura? No amenaza Cristo á los que se dejan atraer de El, sino á los que le busquen cuando El no quiere ser hallado. ¿Cuándo quiere El dejarse hallar de tí sino cuando te llama? ¿Y tú que no haces caso de El cuando te llama, confias que El haga caso de tí cuando tú le busques? (4)

Bien claro les dijo, si ellos hubiesen sabido comprenderle, que iba al Cielo; y que allí no habian de ir porque habian de morir obstinados en su pecado. Adviértase que no les dijo: *morireis en vuestros pecados*, sino en el pecado vuestro que era el de *infidelidad*, y por el que les reprendia con mas terribilidad y rigor. Lo que en otra ocasion dijo á sus discípulos anunciándoles la dilacion del premio que les prometia y en la casa de su Padre les estaba preparado, fué en esta para los judios la profecia de su condenacion eterna. Cerráronse ellos el camino para ir al Padre, que es la fé verdadera en Jesucristo. Perdida esta fé, ningun recurso les quedaba; mas despreciaban el dicho del Señor, cerraban sus ojos para no ver la luz, y se hacian cada vez mas dignos de su justicia y venganza. Vino Cristo para ser el camino de los hombres que á todos condujese á la gloria prometida por la senda angosta que El mismo trazaba para sí y para todos. ¿Y cuál es esta senda sino la fuga del deleite, el odio del mundo, y la negacion de la propia voluntad? No anda con Cristo ni á Cristo llega jamás el que á sí mismo no se niega.

Cruelles sin duda, espantosas y terribles eran estas amenazas;

- (1) Math. c. 24. vs. 29. et 30.
- (2) Idem. c. 26. vs. 63. et 64.
- (3) Joann. c. 7. vs. 33. et 34.
- (4) Div. August. in cap. 8. Joann. Tract. 42.

pero eran el castigo de la malicia, de la envidia, y de ambicion y dureza del judaismo. Los habitantes de Jerusalem, que no entraban en la conspiracion tramada por los fariseos contra Jesus, y cuyo corazon no estaba todavia pervertido por la astucia y malicia de aquellos, casi nada entendieron de este discurso del Salvador; por lo que se preguntaban unos á otros y decian: *por ventura habrá concebido la idea de darse á si mismo la muerte, pues dice, á donde voy vosotros no podeis venir?* Ah! que nosotros estamos muy lejos no solo de querer quitarle la vida, sino tambien de quererle mal alguno. Mas la gran porcion de espías, de gente pagada, y de incrédulos que se hallaba presente, no podia dar de sí el mismo testimonio, y conoció claramente que su conspiracion estaba descubierta: sin embargo, queriendo aparentar la propia sencillez del pueblo, crédulo y fiel, repetian algunos de ellos su misma pregunta con refinada y astuta hipocresia; desconociendo que si como sabios y peritos interpretaban el dicho de Jesus atribuyéndolo á la muerte temporal que los otros sencillamente creian, ellos tambien podrian ir donde el Salvador fuese; porque si su espresion habia de significar, ó significaba verdaderamente en su concepto un suicidio, tambien ellos podrian verificarle en su propia persona. El autor de la vida, el que habia venido para darla á todos, y que para justificar lo importante y santo de su mision resucitaba los muertos á la vista de un pueblo casi inmenso, restituyéndoles la vida corporal; el que lanzaba de los cuerpos los demonios y perdonaba los pecados dando la vida espiritual á las almas, no podia hablar ni apropiarse á sí un crimen tan horrendo como el suicidio: y así fué, que para refutar y destruir prontamente la idea de los sencillos, y la aquiescencia de los malvados, continuó su fervoroso discurso diciéndoles: *Vosotros sois de aqui bajo: Yo soy de arriba.* Que fué lo mismo que si les dijera: hablasteis como lo que sois, como gente animal y terrena que no tiene alas para volar al Cielo, ni paladar para saborearse con el manjar invisible.

Conociendo el caracter altanero y orgulloso de los fariseos no causa admiracion que Jesucristo procurase humillarlos con tan tremendas repulsas: mas ellos, que nunca se daban por entendidos, continuaron en sus pensamientos de iniquidad desoyendo las voces amorosas del Salvador, por lo que, mirándoles con ojos de compasion y deseando verdaderamente sacarles de la infidelidad y error en que estaban, continuó su discurso diciéndoles: ya os he dicho con todo conocimiento que morireis en vuestro pecado; pues si no creis en mi palabra cuando os declaro y os pruebo quien soy, la muerte

os sorprenderá en vuestra obstinacion, y siguiendo unas máximas tan erradas y opuestas á las mías, como son las del mundo, es preciso que acabeis impenitentes; porque esa incredulidad, origen de los atroces delitos que meditais, no puede menos de ser seguida de la impenitencia, y por consiguiente de una muerte infeliz: si á ella empero sustituyesen la creencia y la fé, seria su consecuencia la penitencia dichosa, y la corona de ella seria el Cielo, donde tengo mi tesoro, y para premio un Reino de felicidades y dichas eternas.

Poco ó nada movió esta amenaza de Jesus, ni la esperanza del premio que acababa de prometer, el corazon endurecido de los fariseos; sino que manifestándose al parecer mas frios é indecisos de lo que antes estaban, le preguntaron: *quién eres tú?* Y Jesus les respondió: *Yo soy el principio que hablo con vosotros:* esto es, el principio de toda justicia. Yo soy el objeto y el autor del culto perfecto anunciado y prometido desde el principio del mundo. Yo soy el autor de un siglo nuevo, del cual todos los siglos pasados no han hecho otra cosa sino preparar el nacimiento y anunciar y figurar las maravillas. Yo soy el primogénito de todos los muertos, y el Príncipe de todos los Reyes de la tierra. Yo soy igual al Padre en la divinidad, y menor que El en la humanidad. Si quedara en el Padre, como lo estaba desde el principio y no hubiera tomado carne para hablar á los hombres, ¿cómo creerian en Mí los flacos en cuyo corazon entra la fé por el oido? Ningun hombre será agradable á Dios sino en cuanto se uniere á Mí como miembro de un mismo cuerpo, bajo una cabeza de la cual reciban todos accion, vida y movimiento. Soy pues lo que os dije desde que comencé á hablaros, ó desde el principio de mi predicacion: *Soy el Mesias vuestro, el Cristo prometido, el Ungido del Señor.*

En verdad que desde el principio de su predicacion esta habia sido la doctrina constante de Jesus, que con mil portentos y milagros habia sido confirmada, y con este mismo caracter queria que le recibiesen y conociesen: por lo que, contentándose con descubrirles su grande ceguedad y pertinacia en no creer lo que les enseñaba, aunque tenian grandes auxilios y no pequeños motivos para darle crédito, no les repetia otra cosa sino lo que habia oido á aquel que le habia enviado, y por esto les añadió: *muchas cosas tengo que deciros, y en muchas tengo que juzgaros.* En este juicio sereis residentes por la misma verdad que mirais ahora con tanta ojeriza. En este juicio sereis juzgados y condenados sin que podais replicar cosa alguna, porque allí no se juzga por inciertas conjeturas: el que me ha enviado á vosotros es fiel y veraz: no puede engañarme, y ha-

blando Yo lo que á El oí, no ~~puedo mentir~~. Nada, digo entre los hombres, sino lo que he oído al que siempre enseña la verdad: pero como hablaba el Salvador con incrédulos y obstinados, conoció que cerraban voluntariamente los ojos y oídos por no venir en conocimiento de quien era.

Ya hemos dicho un poco mas arriba que para justificar el Señor cuanto les decia, y acreditar que era el enviado de Dios su Padre, les manifestó que cuando exaltasen ó levantasen al Hijo del hombre de la tierra clavado en el madero de la cruz, entonces los mismos incrédulos conocerian quién era El. Y en efecto: apenas el Crucificado dió el último suspiro sobre este teatro de horror y de ignominia, cuando los que le habian conducido á él con sus voces y sediciosos clamores se volvian hiriendo sus pechos, clamando y diciendo admirados: *verdaderamente que este Hombre era Hijo de Dios*. Solo á Su Magestad pertenecia establecer señales de esta especie. Los hombres pierden en el suplicio en que espiran el honor que en el mundo adquirieron; pero el Hijo de Dios y sus discípulos encuentran en él el principio y el colmo de su gloria.

No entendieron ellos el idioma de Jesus: ¡terrible juicio es la ceguedad voluntaria! Pero aunque los mas obstinados no comprendiesen en aquel punto mismo lo que el Salvador les hablaba, y que su elevacion sobre la Cruz que habia de ser el mas profundo de sus abatimientos, habia de ser tambien para muchos la verdadera ilustracion de su grandeza; con todo, cotejando algunos de los que le oian su doctrina y sabiduria con su santidad y milagros se impresionaron de tal manera que creyeron en El. Su fé, aunque confesada, era todavia débil y pequeña, y Jesus, que conocia bien su flaqueza, estaba previendo su escándalo: añadiendo por tanto eslabones á la cadena que iba formando, dijo á aquellos en quienes reconoció estos movimientos pasajeros de piedad y de fervor: Si perseverais firmes en la doctrina que os predico sereis verdaderamente discípulos míos, y poco á poco vendreis á ser capaces de una instruccion mas perfecta. Los misterios se os aclararán cada vez mas; conoceréis que nada os he dicho que no sea verdadero; la verdad reconocida os hará salir de la esclavitud y os admirareis de la libertad que gozais.

Tambien hemos dicho que hablaba Jesucristo en esta ocasion de la libertad del alma á quien el pecado hace esclava y cuyas cadenas quiebra la fé en el Hijo de Dios junta con la observancia de la Ley. Los judios empero mal afectos al Señor, á quien escuchaban con atencion maligna, explicaron sus palabras en un sentido odioso,

y consiguieron segun sus pròyectos escitar algunas centellas, cuyo fuego iba creciendo por instantes en el resto de la conversacion: y asi fué que respondieron al Señor, que como hijos de Abraham gozaban de perfecta libertad, no queriendo comprender que todos los hombres tanto judios como gentiles son siervos del pecado y de la muerte, cuando en el pecado perseveran y viven. La oposicion que les hizo ver Jesucristo, existia entre su Padre y el Padre de los judios, y la claridad con que les dijo que sus obras nó eran dignas de los hijos de Abraham, escitaron un tumulto tan violento en los concurrentes, que á no haberle conjurado el Señor con su omnipotencia, pudiera llegar á ser peligroso para su Persona; por lo que bien presto les añadió: *Si sois hijos de Abraham, haced obras dignas de vuestro Padre.* Todo vuestro afan se reduce á quererme quitar la vida, siendo asi que no os predico mas que la verdad, que he aprendido de Dios. Abraham, de quien os gloriais de ser descendientes, jamás pensó como vosotros; creyó firmemente las promesas de Dios, y enseñó á sus hijos que debian creerlas, porque solo asi serian los hijos escogidos de su pueblo, los hijos de Dios, y su heredad eterna.

Estremecíanse al oir estas verdades, y se les hacia muy dura de creer la diferencia real y verdadera que hay entre los hijos de Abraham, segun el espíritu, y los que solo lo son segun la carne. No comprendian que los hijos del espíritu pudiesen llegar á ocupar el lugar de los que lo eran segun la carne, á pesar del privilegio de la ley; y por esto no se disponian á recibir con la imitacion de la fé de su Padre, la libertad que da la gracia del mediador, ni el nuevo culto que este venia á establecer sobre la tierra. Cifraban su mayor gloria en llamarse hijos de Abraham y de Moises, esto es, *hijos de Dios*; y despreciaban al Enviado de Dios cuando les enseñaba las verdades mas importantes, y esto fué lo que obligó al Señor á que les digera: *Si Dios fuera vuestro Padre, sin duda me amariais á Mí; pues de Dios procedo y de su parte vengo: Él mismo me ha enviado, y en su nombre os hablo.* ¿De dónde proviene, pues, que no os aprovecheis de mis palabras, y que vuestros ojos no puedan sufrir mi luz? Vuestra obstinacion sin duda os hace sordos á mi voz. Semejante terquedad no puede venir de otro que del demonio, de quien no teneis empacho de declararos por hijos, siguiendo sus perversos designios. El es el primer mentiroso y el primer homicida, pues hizo morir á los hombres, dando la muerte al primero de todos ellos. Por sus malignas y sangrientas sugerencias se hizo la primera muerte en el mundo. Fué criado en la luz de la fé, pero prefirió la mentira á la verdad: por eso no hay que estrañarle cuando miente,

que esa es su profesion; ser padre de la mentira, del engaño y del pecado, que causa la muerte: sobre lo que dice San Agustín (1): No creas que no cometes un homicidio cuando aconsejas mal á tu hermano, y le induces á que cometa la culpa y el pecado; y para que conozcas bien que lo matas, oye lo que dice el Salmista (2): *Rejones y flechas son los dientes de los hijos de los hombres, y su lengua una espada bien afilada, pronta á dar la muerte.*

No permaneció el diablo en la verdad, ni en las obras de la justicia, porque negó á Dios la obediencia; y el que no obedece, no es veraz ni fiel: como Dios es el Padre y el autor de la verdad, así el diablo es el padre y el autor de la mentira y de la muerte, pues antes que él existiera no había lo uno ni lo otro; y por él es todo hombre mentiroso. Nada habló al hombre primero que no fuese una gravísima mentira: *Sereis como dioses: sabreis el bien y el mal: no moriréis*: dióle el hombre crédito y fé, mas que á Dios, y por esto se hizo desgraciado, se condenó á la muerte y á todas las desgracias y penalidades de la vida. Hízose no menos imitador, que hijo del demonio, y justificó que lo es, en la irreconciliable enemistad que profesa á las verdades que el Señor le enseña. Esto dió margen y lugar á que el Salvador redarguyese terriblemente á los escribas y fariseos, y como para justificarse les dijese: *¿Quién de vosotros podrá convencerme de la menor falta?* Lo que fué decirles verdaderamente: Vosotros quereis matarme, justificadme, pues, un pecado que me haga digno y merecedor de la muerte, y si no podeis hallarlo en Mí, sabed que vuestra injusticia está manifiesta, pues quereis condenarme siendo inocente como lo soy.

Pensarse ha, dice San Gregorio (3), y examinarse bien la mansedumbre del Hijo de Dios, que había venido al mundo para perdonar los pecados de los hombres, y sin embargo, no se desdén de manifestar con razones y argumentos que no es pecador, sino que en El reside la virtud de la divinidad para justificar los pecadores. ¡Qué asombro! Cargó sobre sí con los dolores y trabajos de la miserable condicion humana: eligió la pobreza, y no se vindicó de la opinion y nota de ignorante en que le tenían algunos; pero no quiso sufrir la de pecador con que se le acriminaba. Tratábasele de quebrantador del sábadó, y se le acusaba de bebedor de vino; y al oír semejantes calumnias desafia públicamente á sus malignos acusado-

(1) Div. Agustín. Tract. 42. in Joann.

(2) Psal. 56. v. 5.

(3) Div. Gregor. Hom. 18. in Evang.

res, y les invita á que le convenzan de uno solo de los delitos con que le deshonoran. ¡Pero quién habia de convencerle de la menor falta! Y viendo que todos á su primera embestida habian quedado reducidos á un vergonzoso silencio, les añadió: *Si os digo la verdad*, si no hallais realmente en Mí cosa alguna que reprender; si mis obras y mis leyes son igualmente irrepreensibles, y si con pruebas las mas convincentes, y con milagros que no podeis negar os demuestro ser verdad cuanto os predico y enseño, ¿por qué no creéis lo que os digo? esto es, que no soy pecador como los demas, y que soy Hijo de Dios? Si alguna vez me hubieseis convencido de mentiroso, ó me hubieseis cogido en algun defecto; Yo os disculparia la desconfianza que manifestais de mi Persona; pero no siendo así, vuestra incredulidad no es disimulable. ¡Ah! Vosotros acreditais bien lo que sois. ¡Qué derecho ó título podeis alegar vosotros para ser creídos!

La verdad fué siempre, no hay duda, la divisa de los Profetas enviados por Dios á su pueblo, y cada vez mas obstinados los desventurados hijos de Judá no quisieron creerlos, y se complacieron en insultarlos, apedrearlos y matarlos: por esto parece que el Salvador quiso reasumir en este discurso todo lo que en otro tiempo les habia dicho por boca de Jeremías (1): «Sabed, y tened por cierto, que si me quitais la vida, derramareis la sangre inocente, y la hareis recaer sobre vosotros mismos, sobre esta ciudad, y sobre sus habitantes; pues el Señor es el que *verdaderamente* me ha enviado para que os diga al oído todas estas cosas.» Yo soy aquella *verdad infalible* que hace libres á los siervos (2), la única que puede librarnos del engaño y del error; porque solo el Hijo de Dios es el que puede romper la cadena con que estan atados los hijos del diablo. Vosotros empero no ois esta verdad, porque no sois de Dios: no teneis por maestro al Espíritu Divino, é hinchados con vuestra soberbia, y corrompidos con vuestras costumbres, no os ocupais sino en las cosas de la tierra, y esta es la señal clara y manifiesta de que no sois hijos suyos. El que es hijo de Dios no solo por la naturaleza, sino por la fé; no por la confesion, estéril muchas veces de la boca, sino por el amor y por la conformidad de la voluntad, esto es, el que oye las palabras de Dios, no solo con los oídos del cuerpo, sino con los del alma; las oye libremente y con gusto, porque le inclina y lleva el amor; y cada uno oye con gusto las doc-

(1) Jerem. c. 26. v. 15.

(2) Joann. c. 14. v. 6.

trinas de aquel á quien profesa afecto; porque el oír entonces le es muy conforme y natural: el que no tiene empero ni fé, ni amor, como no lo tenían los judíos, no puede oír las palabras de Dios.

Con estas palabras y doctrina de Jesus, cada uno puede conocer y probar su conciencia, para ver si es hijo de Dios ó no. El que oye con gusto la voz de Dios, que manda que suspiremos por la patria eternamente dichosa, que no deseemos lo ageno, que repartamos á los pobres lo propio, que despreciamos las glorias mundanales, que trabajemos incesantemente en la consecucion de la eterna, y otras cosas semejantes; el que no solo todo esto oye, sino que lo cumple con alegría, este no dude que es hijo de Dios. Pero el que duro y obstinado de corazón desprecia oír la palabra de Dios, ó la oye solo con los oídos del cuerpo, y de ninguna manera obedece ni cumple lo que por ella se le manda, este no es hijo de Dios; y tales eran aquellos contra quienes concluyó el Señor diciendo: Vosotros que no oís ni queréis oír, dais en público la prueba mas cumplida de que no sois de Dios. Esta es una sugestion del diablo, y vosotros la cumplís por vuestra mala voluntad. Sois hijos del diablo, no por creacion, sino por imitacion: sobre lo que dice San Agustin (1) cuando dice, no sois de Dios, no atiendas á la naturaleza sino al vicio, porque hijos de Dios son por la naturaleza, pero no por el vicio de la mala inclinacion y de los torcidos afectos.

Era una de las mas atroces injurias que pudieran decirse á los israelitas el decirles que no eran hijos de Dios. Era herirlos con una espada de dos filos, y en la parte mas sensible y delicada que podian tener: era lastimarlos en lo mas precioso de su honor, pues ellos se atribuian este título glorioso con exclusion de todos los pueblos de la tierra. Su vanidad y orgullo en esta parte rayaba tan alto, que hacian alarde en decir, que las otras naciones no contenian sino hijos de los hombres. Confrontábanse con todas ellas, enumeraban con vanagloria los beneficios que Dios les habia hecho desde el instante en que segregándoles de los demas pueblos de la tierra les habia llamado á ellos solos para formar su pueblo: complacíanse en recordar el modo con que el Señor los habia libertado de la tierra de Egipto entre millares de portentos y milagros, hasta introducirles en la tierra que habitaban: y sobre todo se llenaban de vanidad y orgullo cuando recordaban á los gentiles las humillaciones y desgracias, la sangre, los horrores y las muertes con que Dios los habia castigado porque se oponian á su pase á la ocupacion de aque-

(1) Div. Augustin. Tract. 42, in Joann.

lla tierra, que con juramento á sus padres habia prometido. Por esto al oír que el Señor les decia que no eran hijos de Dios, dejáronse llevar violentamente contra Su Magestad, y le dijeron: no sin razon nos declaramos abiertamente contra Vos, firmemente persuadidos de que sois un verdadero samaritano, esto es, *un apóstata de la Ley de Moisés*. Tal es preciso que seais, y es innegable que estais poseido del demonio, pues hasta ahora no ha habido un enemigo tan declarado de los judios, que se atreviese á disputarles el título de hijos de Dios.

Llamáronle samaritano por desprecio de su persona, y endemoniado para desacreditar su doctrina, añadiendo: que no le trataban así por rencor ó envidia, sino por puro amor á la verdad. Frenesí es del corazon obstinado pagar con injurias y calumnias el celo de quien le desea curar, y mucho mas cuando esto se hace sin escrúpulo ni remordimiento de conciencia, creyendo el enfermo que la ceguedad y el error está en el médico. Convencidos estaban los judios por las doctrinas de Jesus de que no eran hijos de Dios ó de Abraham, segun el espíritu, sino que lo eran del diablo; y no pudiendo contradecir tan verídicos asertos con obras y doctrinas verdaderas, las contradigieron con injurias, y se guarecieron entre la calumnia, ya que no podian cubrir su pecho con el escudo de la verdad. Contradiendo, pues, al Señor, le llamaron samaritano y poseido del demonio; aunque sabian bien que Jesucristo era judio y no samaritano. Diéronle este título porque los samaritanos eran los enemigos mas crueles de los judios, y como á tales los mas aborrecidos de estos. En su concepto los samaritanos observaban en parte la Ley de Moisés, y en otra la quebrantaban; y como los judios acusaban constantemente á Jesus de quebrantador de la ley del sábado, por esto no le reusaron el apodo de samaritano. En el concepto de los judios eran los samaritanos pecadores públicos, y como veian la frecuencia y la familiaridad con que el Salvador comia y conversaba con los publicanos y pecadores, era esta otra de las razones porque creyeron con fundamento que podian llamarle samaritano. ¡Miserable estado á que conduce á los hombres el odio, la mala voluntad y la sinrazon, cuando se empeñan en denigrar á su prógimo aquellos que mas debian respetarle y venerarle!

Tranquilo, sin escozor y sin remordimiento alguno, respondió Jesus á los judios, y dijo: Yo no estoy poseido del demonio: lo que fué decirles: No es el lenguaje suyo el que Yo hablo con vosotros, ni tampoco son obras tuyas las que yo ejecuto. Vosotros desconocéis la moderacion y benignidad con que Yo os hablo, á pesar de la

dureza de vuestro corazon; y si alguna vez os hablo con un celo mas ardiente de lo que vosotros deseáis, sabed que no es este el furor de un espiritu maligno, sino un efecto del vivo deseo con que busco vuestra salvacion. Yo honro á mi Padre, lo que no hace el demonio, ni permite lo hagan aquellos á quienes él gobierna; pero vosotros porque honró á mi Padre, que quiere en adelante de todos los hombres un culto espiritual, fundado sobre la persona de su Hijo; porque predico un evangelio que no hace distincion temporal entre vosotros y las naciones, me habeis deshonrado á vista de todos los hijos de Israel. No me quejo de vuestras injusticias: no busco mi gloria: yo la abandono en manos de mi Padre, que juzgará vuestros juicios y me vengará de vuestros desprecios. ¡Qué ejemplo tan admirable de paciencia y sufrimiento, que debemos imitar, nos dió en esta ocasion el dulcísimo Jesus, esclama San Agustin! (1). De la paciencia aprendemos la paciencia; y pues nada desea el hombre tanto como el poder, á Cristo tiene que es el mismo poder; mas imite antes su paciencia para llegar á su poder. Desentiéndose de la calumnia personal, que era indeterminada y vaga, y solo trata de refutar la injuria que cederia en descrédito de su mision: por esto abandona su gloria en las manos de su Padre, porque El solo es el que podia glorificarle, con aquella gloria que tuvo en el seno de su Padre mismo, antes que el mundo fuese hecho. Condenó espresamente el Señor en esta ocasion á todos aquellos que buscan su propia gloria antes que la de Dios; y que colocando en ella todas sus futuras esperanzas, olvidan la gloria y felicidad eterna.

Para manifestar que este era uno de los verdaderos y mas principales objetos que se habia propuesto en la enseñanza que entonces daba á los judios, les añadió: *En verdad, en verdad os digo, que el que guardare mi doctrina nunca verá la muerte*. Lo que fué tanto como decirles: Vuestros verdaderos intereses son los que Yo busco, y depende de vosotros el conseguirlos. Aun podeis ser dichosos; esto os aseguro una y otra vez: *El que escuchare mi palabra y obedeciere puntualmente mis preceptos, no morirá eternamente*. Parece que el Salvador quiso atemperar y suavizar con esta agradable promesa las amenazas terribles que antes les habia hecho. Pero los judios, que aunque estaban instruidos en que la verdadera justicia libraba de la muerte eterna, la despreciaban por un efecto de la perversidad propia de su corazon; y que se burlaban igualmente de las promesas y de las amenazas del Salvador, las torcieron en un

(1) Div. Augustin. Tract. 43. in Joann. cap. VIII.

sentido grosero, las interpretaron de la muerte del cuerpo, y al punto le replicaron: *Ahora mejor que nunca conocemos que estás poseído del demonio. Murió Abraham, murieron también los Profetas y Tú te atreves á proferir que jamás morirá el que guarde tus mandamientos? Eres acaso mayor, mas santo y mas poderoso que nuestro padre Abraham, y mejor que todos los Profetas á quienes no perdonó Dios la muerte? Si por superior á todos éstos te tienes, dinos por tu vida, por quién te tienes?*

Solo les faltaba á los pérfidos judios tratar de soberbio al que es manso y humilde de corazon, y que nos ha dicho que quiere aprendamos de El esta mansedumbre y humildad, echándole en cara que se jactaba de ser lo que no era ó mucho mas de lo que era. Misteriosa fué sin duda esta pregunta, aunque los mismos que la hacian no conociesen el misterio. Razon tenian en preguntarle quién era viéndole tan abatido, tan humilde, y tan despreciado de todos, Rey era, y Rey inmortal de los siglos; Príncipe de todos los Reyes de la tierra, fortaleza, poder y sabiduria del Padre; y sin embargo, tanta grandeza y poder, tanta magnificencia y gloria se presentaba escondida bajo el velo de nuestra mortalidad. Razon tenian de preguntarle quién era, pues la idea que habian formado de Cristo sobre la misma fé de Abraham y sobre el retrato que de El bosquejaron los Profetas, lo elevaba mucho sobre todo cuanto grande se habia visto hasta El entre los hombres, y sobre toda la santidad con que habian florecido los Profetas. Pero como su intento era obligar á Jesus á que dijera que El era Hijo de Dios é igual á Dios, para tomar de su respuesta una ocasion de escándalo y un motivo de persecucion; aunque no les contestó con las mismas palabras, se esplicó con todo en el mismo sentido y manifestó claramente su procedencia del Padre, y que El y su Padre eran una misma cosa, se conocian mutuamente, y que El no solo se gloriaba en confesarle sino tambien en cumplir todas sus resoluciones; y así les respondió: *Si Yo me glorifico á Mí mismo, esto es, precisamente en cuanto hombre, si Yo me elevo delante de los hombres para merecer de ellos una gloria toda humana, pretenderia por cierto cosa de muy poca consideracion y mi gloria seria nada. Mi Padre es el que me dá la gloria, y El es el mismo á quien vosotros llamais vuestro Dios. Vosotros decís que es Dios vuestro, y jamás lo habeis conocido perfectamente: conviene á saber, porque hasta Mí no ha revelado á persona alguna los secretos escondidos íntimamente en el seno de la divinidad. Vosotros no quereis oír ni entender lo que de ellos os quiere revelar por su Hijo. Llama pues Cristo Padre suyo, dice San Agus-*

tin (1), al que los judíos llamaban su Dios, y no le conocían; pues si le conocieran hubieran recibido y creído á su Hijo. Esta tan lastimosa ceguedad heredan de los judíos todos aquellos que falsamente se jactan de conocer á Dios, desconociendo al Padre de nuestro Señor y Redentor Jesucristo.

Mas Yo le conozco. Y si dijese que no le conozco seria como vosotros mentiroso. Conozco á mi Padre, y El me ha descubierto todos sus designios. Sé su voluntad, y no puedo exagerar ni disimular nada. Yo conozco á Dios y soy el primero que lo he conocido de la manera que quiere que Yo os lo dé á conocer; y no me aparto un punto de su santísima voluntad. Qué documento tan sublime! Junta al conocimiento la confesion, y no teme parecer jactancioso por no incurrir en la nota de mentiroso; porque consejo es del citado San Agustin, *que no debe abandonarse la verdad por miedo de la arrogancia á que espone su confesion.*

Prolongábase mas de lo que querian los fariseos la doctrina de Jesucristo sobre el nuevo culto que los Patriarcas y Profetas habian previsto por la divina revelacion, que se habia de introducir en el mundo por el Mesias prometido. La nacion, hecha cada dia mas grosera, substituia á este culto el restablecimiento de la Ley en su primera perfeccion, junto con una prosperidad temporal y una extension de dominio muy superior á las prerogativas en la misma linea que habian distinguido á sus mayores. Sobre este punto capital degeneraron los hijos de la creencia de los padres. No fué posible atraerlos á ella; y los gentiles, hechos verdaderos hijos de Abraham por la imitacion de su fé, tomaron el lugar de los hijos de aquel Patriarca segun la carne; y asi continuó Jesus diciéndoles: *Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi dia; vióle, y se alegró.* Insigne testimonio dió de Abraham el que era descendiente y criador suyo. Creyó aquel Patriarca en la promesa del Señor, y esperando vivia ansioso porque llegase el dia alegre de la universal redencion. Con la fé vió este dia, no solo cuando le nació Isaac, que era el hijo de la promesa, sino cuando en su sacrificio le fué manifestada una viva imagen de la muerte del Salvador. Mostróle tambien la fé aquel otro dia sin fin ni principio que con luz inefable se descubre á los ojos del corazon el Verbo eterno, la sabiduria increada, la luz de la luz, el brazo de Dios resuelto á unirse con la humana naturaleza sin apartarse de la vista del Padre. Con todo esto parece que Jesucristo quiso decir á los judíos: Vuestra descendencia de Abraham

(1) Div. Agust. *Ibi.*

es toda vuestra confianza, pero este grande Patriarca no os reconoce, antes bien niega que seais sus hijos. El deseó con ardor ver el día de mi llegada á este mundo y del establecimiento de mi reinado. Vióle en efecto, y se llenó de alegría. Vosotros teneis la misma dicha y no os aprovechais de él.

En el instante en que Jesus acabó de pronunciar estas palabras, no creyendo que Abraham hubiese podido ver á un hombre que habia nacido tantos siglos despues de El, y por otro lado no sabiendo puntualmente la edad del Salvador, á quien los trabajos y ayunos hacian parecer de mas edad que la que tenia; le dijeron como burlándose de lo que habian oido: *¿aun no tienes cincuenta años y quieres hacernos creer que has visto á Abraham?* Asi se burló la ciega incredulidad de los fariseos de la verdad clara y manifiesta que habia pronunciado el Salvador; mas esta reconvencion injusta quedó enteramente desvanecida con la humilde respuesta de Jesus. Cuanto les habia dicho se referia á la divinidad de su Persona, y ellos lo entendieron de la edad temporal contada desde su nacimiento. Mas es de advertir que no les dijo Cristo que habia visto á Abraham, sino este á El; y no que le vió, sino que deseó verle; y no á El sino á su día. Toda esta vision anticipada cabia en el espíritu profético de Abraham, al cual, por testimonio público de las Escrituras, constaba haberle prometido Dios muy claramente que de su descendencia habia de nacer el Mesias, en quien serian benditas todas las naciones de la tierra: y asi continuó el Señor diciendo: *En verdad os digo, que es cierto existia Yo antes que Abraham estuviese en el mundo* porque era Dios desde la eternidad: y hablando, como habia hablado, no se habia atribuido prerogativa alguna que no estuviese aligada á la preexistencia eterna de su Divina Persona; lo que no debian ignorar los escribas, pues escrito tenian por David su padre en el libro de los Salmos (1): «En todo tiempo has sido Tú, oh Señor, nuestro amparo. Antes que fuesen hechos los montes, ó se formara la tierra; ó el mundo universo, eres Tú Dios ab eterno, y lo serás por toda la eternidad:» sin embargo, al oir que El habia existido antes que Abraham y el mundo, se enfurecieron tanto y llegó á tanto su cólera creyendo que aquella aseveracion era una gran blasfemia, que cogieron piedras para arrojarlas contra el Salvador.

Si en mil ocasiones el ciego furor del judaismo se descubrió á sí mismo con toda claridad, esta fué una de ellas; pues cuanto mas les

(1) Psal. 89. v. 2.

convenia demostrar que estaban bien impuestos en la ciencia de las Escrituras santas, y que nada ignoraban de cuanto se hallaba escrito en ellas con respecto á la venida del Mesias, y á todos los caracteres de su Persona, tanto mas justificaban con su conducta y con sus dichos que lo ignoraban y desconocian: siendo por fin tan grande su obcecacion, que ni aun conocian la trabazon y fuerza de las mismas palabras que Jesus pronunciaba. No les dijo, Yo fuí criado antes que Abraham, sino, *soy Yo*: porque en el principio, esto es, en la eternidad, *era el Verbo*, por el cual fueron hechas todas las cosas. Aqui da un nuevo testimonio de su Divinidad, conforme á lo que antes les dijo: *Desde el principio soy Yo*. El mismo de cuya boca oyó en otro tiempo Moisés: *Yo soy el que soy*. Aunque me veis hecho el último de todos los hombres por el abatimiento á que me reduce vuestra envidia y malignidad, soy el primero por la union de mi naturaleza humana con la persona del Verbo, y por la dependencia que de Mí tiene todo lo criado: principio de los caminos de Dios, fin y cumplimiento de todos sus designios (1). Mis palabras, mis obras, todo cuanto se ve en Mí está publicando que soy el Hijo único de Dios, el Verbo del Padre, el principio eterno de todas las cosas. ¡Ay del que me desconozca ó en mi Persona ó en mi doctrina! Asi habló el que es la verdad eterna, y cogieron piedras para apedrearle los que no podian resistir la sabiduria del que hablaba; ni podian contradecirle racionalmente con palabras: volviéronse á las piedras duras é insensibles los que tenian el corazon mas duro que ellas, para contradecirle hiriéndole y persiguiéndole corporalmente: con piedras querian oprimirle los que no podian con razones: la dureza de las armas que cogian, era indicio claro de la de su corazon, y estaba en perfecta armonia con la que en otras mil ocasiones habian manifestado. Tal vez para pronosticar esta misma dureza, les dió el Señor su Ley escrita en dos tablas de piedra.

San Agustin (2) se manifiesta asombrado á vista de tanta obstinacion y dureza, y esclama: ¿A dónde se encamina y dirige la de los judios, sino á descubrir á todo el mundo quiénes eran los que eran mas parecidos y semejantes á las piedras? Pero el Señor, que con sola su palabra podia vencerles y vengarse de ellos, no quiso en manera alguna hacerlo: habia venido á padecer, y queria domeñar y vencer á sus enemigos, no con el poder sino con la humildad; por esta razon se escondió como hombre y como humilde, y salió

(1) Apocalyp. c. 22. v. 13.

(2) Div. Augustin. Tract. 43. in Joann.

del templo encomendando á los suyos, y enseñando con esta accion á todos, la paciencia, sin usar de ninguna manera el poder. Se escondió, no por el temor de la muerte, ni por falta de poder para resistir, sino para ceder y dar tiempo al furor de sus perseguidores, hasta que llegase la hora de su pasion; enseñándonos á huir por algun tiempo, y evitar el furor de los enemigos; y *salió del templo* indicando el abandono que haria de los judios, y su paso ó tránsito á los gentiles.

Nótese bien que en algunas ocasiones huia el Señor; en otras salia al encuentro á sus enemigos, y en otras se escondia. Huia cuando le preparaban honores, cuando le aclamaban y celebraban, como sucedió cuando querian proclamarle rey: salia al encuentro á sus perseguidores, como lo verificó cuando los que habian de crucificarle fueron á prenderle en el huerto de las olivas; y se escondia de los judios enfurecidos, como lo verificó cuando quisieron precipitarle de lo alto del monte; y en esta ocasion que querian apedrearle. Con estos tres ejemplos nos dá el Señor tres muy saludables documentos, á saber: que huyamos de todas las prosperidades y honores con que el mundo nos brinda: que deseemos padecer tribulaciones y angustias por aquel que tanto padeció por nosotros; y que huyamos y evitemos todos los pleitos y contiendas, en que naturalmente hemos de perder la paciencia y la caridad. Consideremos aquí, como nos dice San Gregorio (1), la mansedumbre y la humildad de Jesus, que pudiendo por un efecto de su omnipotente poder aniquilar con repentina muerte á todos sus perseguidores, se escondió temeroso y humilde de su presencia. Esto lo hizo para darnos otras tres importantes y sublimes instrucciones, á saber: que no habia llegado aun el tiempo de su pasion y muerte: que El no habia elegido aquel género de muerte á que le condenaban sus enemigos por medio de una sedicion; y para que aprendiesemos á huir las persecuciones, cuando estas fuesen personales, segun lo que El mismo en otra ocasion habia dicho ya á sus Apóstoles y Discípulos: cuando os persiguieren en una ciudad, huid á la otra; *pero cuando la persecucion no es personal, no es lícito á los prelados huir, como lo manifestó el Señor en la parábola del mercenario y del pastor*. Escondióse de ellos á los ojos de su cuerpo, porque tampoco merecian verle con los del espíritu. A los incrédulos se esconde la verdad, porque desprecian seguir sus consejos y preceptos; porque ella siempre huye y se esconde del corazon que no la busca con humildad y no la

(1) Div. Gregor. Hom. 18. in Evang.

abrazo con cariño. Como hombre huye de las piedras; pero ¡ay de aquellos de quienes huye Dios porque tienen el corazón de piedra! No se esconde como tímido en un ángulo del templo, ni detrás de la muralla del templo, ni se refugia en alguna habitación; sino que cubriéndose con su poder celestial y divino se hace invisible á sus enemigos, y pasa por medio de ellos revestido de toda la grandeza propia de su divinidad: veíanle empero sus discípulos y le seguían sin zozobra ni fatiga.

Por último, con este ejemplo nos enseñó el Salvador que aun cuando podamos resistir la ira y la venganza de los que se ensoberbecen contra nosotros, declinemos de ella con paciencia y caridad. Dígase si no, ¿qué es lo que debe hacer el hombre amenazado por su prógimo, cuando huye y se esconde el Hijo de Dios? Ninguno, pues, retorne al prógimo injuria por injuria, maldición por maldición, ni insulto por insulto: mas gloria adquirirá venciendo á su enemigo con el silencio y la huida, que si le confundiere con una respuesta formidable. Muchos hay que cuidan poco de mitigar la dureza de su corazón, aun cuando reprenden la de los judíos. Muchos hay que la detestan y condenan porque no quisieron oír las predicaciones del Hijo de Dios, y son ellos mismos tan duros para obrar el bien, cuanto lo fueron aquellos para abrazar la fé que el Señor les predicaba. Oyen los preceptos de Dios, conocen sus milagros, pero resisten convertirse de sus iniquidades. Hasta aquí San Gregorio.

Mira, pues, bien á Jesus, oh cristiano, y conoce cuánto te conviene obrar segun sus consejos y ejemplos: escondióse cediendo al furor de la injusta persecucion del pueblo judío; por los inmensos bienes que les hizo, no recogió sino frutos amargos. Contéplale bien cuando huye, aunque cubierto con el manto de su divinidad: observa los Apóstoles y Discípulos que le siguen poseídos de tristeza y con la cabeza inclinada, y esta huida y postura triste, muévante siquiera á compasión.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que como Padre amoroso convidas á todos para que oigan la palabra de Dios, inspírame un horror santo á las tinieblas del mundo que hasta aqui he amado, y trasládame del Egipto de mis pasiones á la tierra prometida de tu ley, para que conociendo la miseria y el riesgo de los bienes de la tierra, y la riqueza y seguridad de los que me prometes en el cielo, estos sean los únicos que apetezca y desee. Enséñame á sufrir por Ti las injurias, á no buscar mi propia gloria, y á aprender

de Tí las verdades de la salud, que Tú aprendes del Padre, sin haberlas ignorado jamás. No quiero Señor mas doctrina que la tuya, porque esta es la única y verdadera sabiduría en que deseo medrar. No permitas que me aparte jamás del cumplimiento de mis deberes y de la predicacion de la Divina Palabra, por miedo á las persecuciones de los hombres, por mas injustas que sean. Tú anuncias la verdad, y eres perseguido: Tú, que eres la bondad suma, la justicia y la misericordia, eres amenazado con piedras, y te escondes. ¡Qué manso eres, Señor, y qué humilde! ¡Oh! Nunca salgas del templo de mi alma, únete á mí, y yo quedaré unido contigo: seré dócil, manso y humilde todos los días de mi vida, y la union que empezó aquí en la tierra, se consumará en el cielo, donde con los mansos y humildes tendré la dicha de poseerte y alabarte eternamente. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VIII de San Juan desde el versículo 12 hasta el 59, ambos inclusive.

La Iglesia usa varios trozos del mismo, como propios de la Misa del sábado de la cuarta semana de Cuaresma, desde el versículo 12 al 20.

De la del lunes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 21 al 29.

Y de la del domingo de Pasion, desde el versículo 46 al 59, todos inclusive: unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SÁBADO DE LA IV SEMANA DE CUARESMA.

San Juan, cap. VIII, vs. 12 al 20.

En aquel tiempo: habló Jesus al pueblo de los judios diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina á obscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Dijéronle los fariseos: Tú das testimonio de Tí mismo, tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesus, y díjoles: Aunque Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque Yo sé de dónde he venido y á dónde voy: mas vosotros no sabeis de dónde vengo ni á dónde voy. Vosotros juzgais segun la carne: Yo á nadie juzgo, y si juzgo Yo mi juicio es verdadero, porque no soy Yo solo, sino Yo y el Padre que me ha enviado. Y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de Mí mismo, y dá testimonio de Mí el Padre que me envió. Preguntábanle ellos: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesus: Ni á Mí me conoceis, ni á mi Padre: si me conocierais á Mí, conoceriais tambien á mi Padre. Estas palabras habló Jesus en el átrio del tesoro enseñando en el Templo: y nadie le prendió porque aun no era llegada su hora.

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES DE LA II SEMANA DE CUARESMA.

San Juan, cap. VIII, desde el v. 21 al 29.

En aquel tiempo: Dijo Jesus á los judios: Yo me voy, y me buscaréis, y morireis en vuestro pecado. Adónde Yo voy no podeis vosotros venir. Decian entonces los judios: ¿Acaso se matará El mismo, y por eso dice: A dónde Yo voy, vosotros no podeis venir? Y decíales: Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso os dije que morireis en vuestros pecados, porque si no creyereis que Yo soy, morireis en vuestro pecado. Decíanle, pues: ¿Quién eres Tú? Respondióles Jesus: Desde el principio soy, esto es lo que os digo. Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que juzgar en vosotros. Mas el que me envió es verdadero, y Yo solo hablo en el mundo las cosas que oí de El. Ellos no entendieron que decia que Dios era su Padre. Díjoles, pues, Jesus: Cuando habreis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que Yo soy y que nada hago de Mí mismo; mas lo que el Padre me enseñó, eso hablo. Y el que me envió conmigo está y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que es de su agrado.

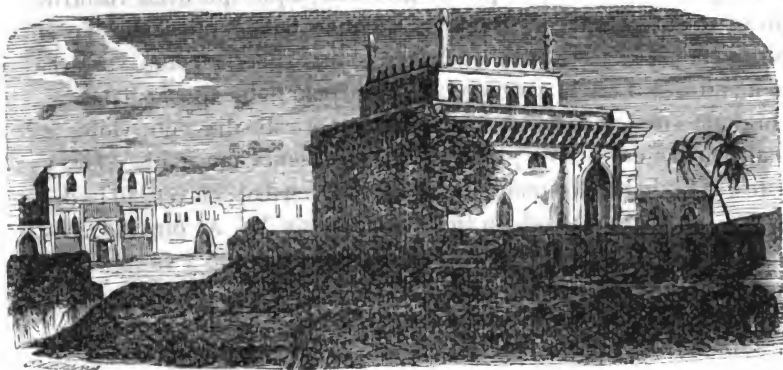
EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE PASION.

San Juan, cap. VIII, vs. 46 al 59.

En aquel tiempo: dijo Jesus al pueblo de los judios: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso no las escuchais vosotros porque no sois de Dios. Respondieron los judios y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que Tú eres un samaritano y que estás endemoniado? Respondió Jesus: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á Mí. Mas Yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y El me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre. Dijeron pues los judios: ahora conocemos que estás poseído del demonio. Abraham murió y murieron tambien los Profetas, y Tú dices: quién observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Por ventura eres Tú mayor que nuestro Padre Abraham, el cual murió, y

que los Profetas que asimismo murieron? ¿Por quién te tienes Tú? Respondió Jesus: Si Yo me glorifico á Mí mismo, mi gloria es nada: pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios; vosotros empero no le habeis conocido: Yo sí que lo conozco: y si dijera que no le conozco, seria como vosotros un mentiroso. Pero le conozco bien y guardo fielmente su palabra. Abraham vuestro Padre deseó con ansia ver este dia mio, vióle, y se alegró. Dijéronle los judíos: ¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham? Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese criado, soy Yo. Al oír esto, cogieron piedras para tirárselas: mas Jesus se escondió y se salió del Templo.





CAPITULO II.

**CURA JESUS Á UN CIEGO DE NACIMIENTO: EXAMÍNANLE LOS ESCRIBAS
Y FARISEOS, Y REPRENDE EL SALVADOR SU INFIDELIDAD Y DUREZA.**

Nada hay mas difícil de desimpresionar en el mundo que el corazón de un rival poderoso poseído de la ambición y envidia, cuando el que mira como adversario es pobrecillo y humilde: este vicio, que no dominan con facilidad los opulentos y ricos; ó llámese mejor, esa pasión mezquina que envilece y degrada al hombre, nunca se ve bastantemente enfrenada cuando los dominados por ella son personas que obtienen mando y autoridad; porque prevalidos de su poder, la dan todo el ensanche posible, en vez de reprimirla y moderarla. Aunque no tuviésemos en las historias, así sagradas, como profanas, miles de ejemplos que justifican esta terrible doctrina, bastaría para asentarla como un dogma el que nos refiere San Juan que obró Jesús á la salida del templo de Jerusalem, poco

tiempo despues de haber tenido con los escribas y fariseos la disputa que acabamos de referir: en cualquier otra parte que lo hubiese obrado, y cualesquier otros que lo presenciasen, como no fuesen los falsos doctores, ambiciosos y soberbios, que dominaban en la ciudad ingrata, todos se hubiesen desengañado y convertido; los mas preocupados y falsamente prevenidos, se hubieran doblegado á suspender su preocupacion, y dedicándose á la investigacion y conocimiento de la verdad, la hubiesen abrazado sin répica, bien satisfechos de que la habian hallado.

Salia Jesus del templo sin que le siguiesen sus encarnizados enemigos, y como las persecuciones que sufria, por atroces é injustas que fuesen, no podian apagar ni aun debilitar los incendios de su caridad, do quiera que veia la desgracia, allí inmediatamente estendia su mano, siempre bienhechora, y la socorria. Estaba sentado un pobre ciego de nacimiento pidiendo limosna á los que entraban en la casa de su Padre, y fijó el Señor en él con mucho cuidado su vista misericordiosa, segun observa San Crisóstomo (1), como si quisiese preguntarle algo ú obrar con él algun prodigio; y como para llamar la atencion de sus discípulos y obligarles á que le preguntasen alguna cosa sobre él.

En efecto: moviéronse tambien á compasion los Apóstoles, y preguntando con afanosa solicitud á Jesus, le dijeron: *¿Maestro, por qué ha nacido este hombre ciego? ¿Es por falta suya ó por culpa de sus padres?* Estaban persuadidos á que no habia incomodidad, ó enfermedad alguna, que no fuese castigo de algun pecado. Este ciego era una figura del linaje humano, que nace privado de la luz de la fé y hereda del prevaricador primero la ceguera voluntaria. El paso ó tránsito del Salvador por donde estaba el ciego, nos demuestra la necesidad de la gracia para la curacion espiritual del hombre, y de la presteza y fidelidad con que éste debe aprovecharse de la divina misericordia. Los fariseos atribuian siempre las calamidades y trabajos de las criaturas á sus propios pecados ó á los de sus mayores: y creian que las mas veces los castigaba Dios anticipadamente por los pecados que sabe han de cometer en lo sucesivo: y como la mayor parte de los judios creian en la transmigracion de las almas, y que aun en los niños caben pecados personales antes de nacer, aunque nada de esto creian sus discípulos, quiso sin embargo el Señor desvanecer completamente cualquiera idea que la casi universal preocupacion de los judios pudiera inducir sobre ellos;

(1) Div. Crisostom, Hom. 53. in Joann.

y así contestó inmediatamente á su pregunta, y les dijo: no es por los pecados de este hombre ni por los de sus padres por lo que ha nacido ciego. Como si dijera: es verdad que las enfermedades, las adversidades y la muerte no han entrado en este mundo sino como consecuencias del pecado, pero Dios, que cuando le place hace que sirvan para castigo de los pecadores, las emplea muchas veces para la perfeccion de los justos y para la manifestacion de su gloria: y esta únicamente es la que su Magestad se ha propuesto revelar en la enfermedad de este hombre; y á Mí es á quien toca concurrir con mi ministerio.

La gloria de Dios es el fin principal que se propone en todos sus consejos, y por consiguiente en todo lo que sucede á los hombres. Porque no tenemos una fé viva de esta verdad, nos abaten sobremedera las calamidades y desgracias, y nos afligimos y entristecemos en muchas ocasiones casi hasta la desesperacion, porque no confiamos como debemos en su misericordia. Las misericordias del Señor son muchas, dice Jeremias (1), y á ellas debemos el que no hayamos sido consumidos del todo, porque jamás han faltado sus piedades. Grande es la honra que nos hace el Señor escogiéndonos para que con el testimonio de nuestra paciencia resplandezcan mas las demostraciones de su misericordia. No nació ciego, pues, en castigo de su pecado, sino que es esta ceguera como dispensativa á fin de que se manifieste la gloria de Dios en la maravillosa iluminacion que ha de hacer su Hijo en la persona de este ciego; y declarada así su divina virtud sean mas firmemente los hombres edificados y confirmados en la fé.

Esta idea, que es la culminante en esta curacion maravillosa, se descubre y confirma mas con lo que añadió en seguida el mismo Salvador. *Conviene, les añadió, el que Yo obre las obras del que me ha enviado mientras dura el dia.* Fiel enviado de su Padre procuraba en todas sus obras la mayor gloria del que le envió: este era uno de los fines de su mision, y por esto no desistió de trabajar en todo el tiempo de su vida, y mucho mas en el de su pasion y muerte; por cuya razon añadió: la noche viene, esto es, la muerte se acerca, y en llegando ninguno puede hacer obras meritorias delante de Dios, y dignas de su eterno premio. El dia es para el trabajo, y la noche para el descanso, y como la noche sucede al dia, y en faltando este se cesa del trabajo, así Yo puedo decir que estando con vosotros ilumino al mundo, porque soy su luz; pero no estaré siempre en-

(1) Thren. c. 3. v. 22.

tre los hombres: dentro de poco tiempo no me vereis mas; entonces, sucediendo la noche al dia, no haré todas las cosas que ahora veis y os causan tanta admiracion: y el mundo, cubierto de tinieblas, sentirá la ausencia de la luz que habrá menospreciado, y de la que podia haberse servido muy útilmente para su eterna felicidad. Claro por consiguiente es, que hablaba Jesus del poco tiempo que le quedaba que vivir sobre la tierra, durante el cual debia trabajar sin intermision con nuevos acrecentamientos de mérito en dar á conocer en el Hijo único la grandeza del Padre. Una vez pasado este tiempo no exigia Dios de su Hijo ni trabajos, ni penas ni tormentos: quedando de cuenta del Padre el glorificarlo y premiarle sus méritos: sobre todo lo que dice San Agustin (1): ¿Es posible que tenga tanta fuerza aquella noche, que ni Tú tampoco, Señor, has de poder obrar en ella, siendo como eres el criador de la noche? ¿Qué noche viene á ser esta que en llegando nadie puede obrar. Oye lo que es dia, y entonces entenderás lo que es noche. *Mientras estoy en el mundo*, dice el Señor, *soy la luz del mundo*. De dia es, pues, mientras puede obrar la fé por la caridad: de noche, el tiempo de las tinieblas exteriores cuando por boca de la luz eterna se dirá á los malos, *id al fuego eterno*.

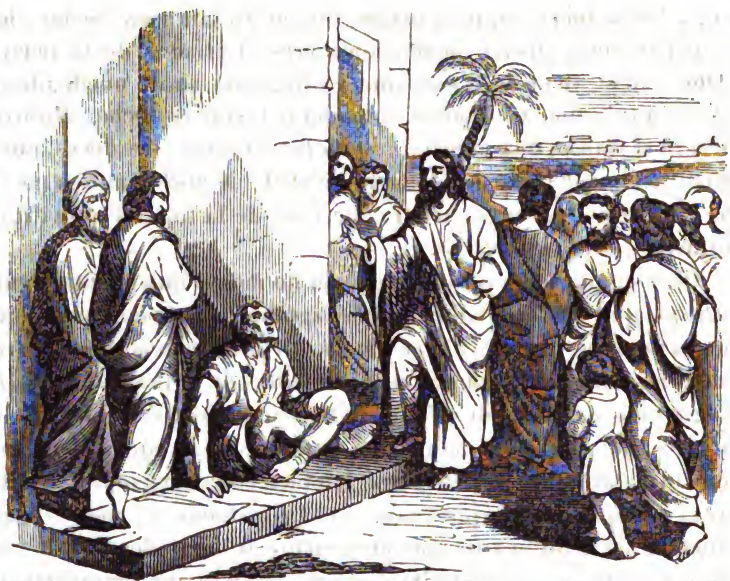
Otra significacion ó interpretacion no menos importante tienen estas palabras del Salvador, porque significaban el sentimiento que su corazon sentia por el aborrecimiento y desprecio con que le trataban los fariseos, prefiriendo las tinieblas de la preocupacion, de la ignorancia y del error en que estaban envueltos, á la brillante luz de la verdad que les ponía delante para despejar aquellas, no solo con sus palabras y doctrina, sino tambien con sus ejemplos y milagros: á lo que parece quiso aludir el Crisóstomo (2) cuando dijo: saliendo del Templo vino cuidadosamente al lugar donde habia de obrar el milagro manifestativo, no solo de su divina omnipotencia, sino de su caridad y amor eterno. El mismo vió el ciego: y no fué el ciego el que se acercó á El. Tan cierto es que la caridad nunca se desvia, ni se desmaya, ni desfallece. Saliendo del Templo curó al ciego, deseando mitigar el injusto furor con que le perseguian los judios, á fin de que, obrando el milagro, se ablandase la dureza de aquellos corazones, y El mismo fuese la confirmacion verdadera de la doctrina que les habia enseñado.

Dicho esto escupió en tierra el Señor, é hizo lodo con la saliva de su

(1) Div. Augustin. in Joann. Tract. 44. cap. 9.

(2) Div. Crisostom. hom. 55. in Joann.

boca, embarró con él los ojos del ciego, y le dijo: anda, y lávate en el estanque ó baño de Siloé. Claro es y evidente que el lodo tapa los ojos y causa ceguera, pero en manos de la omnipotencia del Hijo de Dios, se vuelve instrumento para dar vista. Resplandece aquí el señorío de Cristo sobre las leyes de la naturaleza y la piedad con que trató, no tanto de curar el ciego, como de ejercitar su obediencia y su fé. Con el barro, hecho con su saliva, embarró los ojos del ciego; para demostrar que era el mismo que de barro había formado el primer hombre; y dar á este á conocer, que ciego como estaba



por el pecado de la soberbia, nada había mas eficaz para curarlo que la consideración de la humildad, ó mas bien, despreciable vileza de la materia de que era formado. La saliva mezclada con la tierra, era la imagen de la unión de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo; y á fin de manifestar la soberanía y la omnipotencia que residían en el Hijo de Dios, hecho hombre, le mandó fuese á lavarse en la *Natatoria ó baño de Siloé*. La significación de este nombre es otro de los puntos de vista desde donde se divisa con toda claridad la virtud y poder de Jesús. *Siloé* es un nombre he-

breo que significa *el Enviado*: este es uno de los nombres con que en las Escrituras Santas se anuncia al *Mesias prometido*, al Redentor y Salvador de los hombres, al que es la luz de todos ellos. *El Enviado*, pues, á iluminar á los hombres, envía al ciego de nacimiento para que se lave en el baño del *Enviado*; no es extraño que reciba la luz. Con razon admiramos la virtud que en esta ocasion comunicó el Salvador al baño de Siloé. ¡Oh! Cuán digna de llorar es la fria ceguedad con que los que estamos ciegos por el pecado miramos el lavatorio de la penitencia, y la negligencia con que en algunas ocasiones nos acercamos á él. Cuán dignos somos de castigo cuando despreciamos ingratos un don tan grande de quien tan liberalmente nos convida!

Ruidoso y público era el milagro, no podia menos de escitar, por una parte la general admiracion, y por otra los celos, la ambicion y la persecucion, mucho mas habiéndolo obrado en dia de sábado: por cuya razon la hipocresia del fariseismo lo reprobaba y condenaba, no queriendo jamás persuadirse de que estas curaciones milagrosas ordenadas siempre por la caridad eterna del Hijo, para buscar en todo y hacer pública la gloria de su Padre, podian hacerse lícitamente el dia del sábado, sin quebrantar el precepto de la santificacion del dia santo. San Agustin (1) dice muy oportunamente á este propósito: «Aquel que no tiene pecado, es el que guarda con mas pureza el dia del sábado. Observar, ó guardar el sábado espiritualmente, es no tener pecado: esto lo dió á entender claramente el mismo Dios, cuando dijo: No hareis en él ninguna obra servil. Qué cosa sea ninguna obra servil, tambien lo declaró el Señor cuando dijo, *todo el que comete el pecado, es siervo del pecado.*» Los fariseos guardaban carnalmente el sábado, pero espiritualmente lo violaban.» Agitados por tanto y conmovidos con el supuesto quebrantamiento del dia del sábado, quisieron examinar el milagro viendo que era tan público y ruidoso, con la mas severa escrupulosidad. Nada hubiera tenido el examen de extraño, si á tanta severidad hubiese acompañado la rectitud de intencion; y justificada la certeza, hubiese producido en el corazon de los jueces la mudanza y el arrepentimiento. ¿Pero cuándo los iracundos y soberbios retrocedieron en sus temerarias empresas por extravagantes que fuesen? Asi fué, que la prueba de la averiguacion produjo en el pueblo un efecto enteramente contrario al que deseaban los escribas y fariseos.

(1) Div. Augustin. Tract. 44. in Joann.

No puede espresarse la admiracion que causó este milagro en los vecinos y parientes del que antes habia sido ciego, y mas particularmente en los que antes le habian visto pedir limosna, y le habian socorrido en su desgracia. Estendióse la fama por todos los cuarteles de la ciudad, y cuantos tenian noticia del suceso, todos corrian á la casa del curado, para cerciorarse por sí mismos del prodigio: y todos poseidos de asombro, se decian los unos á los otros: *¿No es este el ciego que estaba sentado y pedia limosna?* Aunque el hecho no admitia duda, ellos la suponian, y desconfiaban de la certeza, aun cuando lo veian y palpaban. Decian unos que sí era el mismo, otros afirmaban que no, sino que era uno muy parecido á él: pero esta duda no podia durar mucho tiempo. El hecho era innegable, la persona curada no era mas que una, miles de testigos daban testimonio de la verdad, y entre tantas voces sobresalia la muy sonora del que ya no era ciego, y decia: «Sí, yo mismo soy el que era ciego desde mi nacimiento, y bien veis ya todos, que no lo soy.» Admirable confesion, que cortaba de una vez toda disension y cisma, y forzaba á los mas obstinados á confesar y creer. Pero gratitud admirable tambien, que no se amilanaba, ni callaba, ni se confundia, amenazada por furiosos y violentos perseguidores. Hombre varonil y esforzado, defendia como constante y fervoroso atleta la verdad de un hecho que á todos admiraba, y á despecho y pesar del furor de las turbas, confesaba el beneficio por no incurrir en las penas de ingrato. Anuncia la gracia evangélica, y confiesa libremente la verdad para buscar la mayor gloria, y alabanza de Dios; sobre lo que dice el Crisóstomo: «Ahí tienes el pregonero de la verdad, mira como anuncia cuanto oyó desde el principio, y cuanto padeció de palabra y obra: no se avergüenza de decir que habia sido ciego, ni teme el furor de la plebe, ni rehusa manifestarse y esponerse, para anunciar y publicar la misericordiosa liberalidad del bienhechor: conoce empero, tú, oh hombre, que estas cosas estan escritas para que las imitemos.»

De esta constancia del ciego aparece claramente lo que es la verdad, y euan fuerte é irresistible es su imperio: si ella llega á dominar el corazon de un hombre pobre y despreciable, le convierte luego en magnánimo y esclarecido: y se demuestra tambien euan grande sea la flaqueza é inbecilidad del mentiroso, pues cuanto mas valiente y generoso quiere mostrarse, tanto mas se acredita de imbécil y cobarde. Aclarado por la verdad el hecho, ya no tenían lugar la duda, ni la mentira, por consiguiente ya no trataron los fariseos sino de saber el modo con que se habia obrado: como

el sanado era fiel y veraz, el único y mejor modo de saberlo, era preguntárselo á él mismo: así que llamado por los escribas y magistrados, sufrió el mas minucioso interrogatorio. ¿Cómo, le preguntaron, se abrieron vuestros ojos? Y él respondió: *Un hombre que se llama Jesus, escupió en la tierra, hizo lodo con su saliva, me untó los ojos con él, y me dijo: Anda, lávate en los baños de Siloé. Fui, me lavé, era ciego, y ya veo.* En tan pocas palabras les dió la satisfacción mas completa: y este testimonio tan claro y glorioso produjo para el Salvador muchos apasionados y seguidores. Los plácemes de reconocimiento y gratitud se dejaron ver pintados en el rostro de todos los hombres sencillos y bien intencionados, que eran sin duda los menos; los mas se poseyeron de rabia, jurando de nuevo en su corazon quitarle prontamente la vida, y deseosos de encontrar en la declaracion un motivo legal para cohonestar su venganza, le preguntaron de nuevo: ¿Dónde para el hombre, que en dia de sábadó se atrevió á daros semejantes órdenes? Mientras marchó el ciego al baño, se retiró Jesus de aquel sitio, y no habia aparecido otra vez por allí, por consiguiente el que habia recibido el beneficio, no podia decirles, sino, *no lo sé.* A la par de este fueron examinados tambien otros muchos testigos presenciales, y corroborada en el mismo sentido la declaracion del que habia sido ciego, fueron todos conducidos á la presencia de los fariseos. Interrogados de nuevo, reprodujeron su declaracion primera, y les rogaron que dijese su sentir acerca de la maravilla y del hombre que la habia obrado.

Como todos sus pensamientos y deseos eran de iniquidad, es probable hubiesen dejado con gusto la persecucion de un negocio, **que ninguna consecuencia ventajosa habia de reportarles, y todas las que produjese habian de ser en pro y obsequio de un hombre, que deseaban aniquilar y perder.** Su fama estaba estendida, su reputacion era grandiosa, su doctrina santa y consoladora, sus milagros públicos y notorios, por consiguiente todas las probabilidades de ventaja estaban en favor del hombre misterioso: comprometido por lo tanto el honor de los magistrados, y el de los fariseos; les era preciso colorear su falso celo, con capa de justicia, y buscar contra la inocencia acusadores igualmente perversos y apasionados. Todos convenian en despreciar el milagro ó á lo menos en impedir sus consecuencias, pero no se convenian en los medios de desaprobarlo.

Dos acciones habia habido, y habia revelado el ciego en sus repetidas aclaraciones, á saber: *el lodo formado con el polvo y la saliva*
TOMO III. 6

va; y el haber enviado al ciego que queria curar á los baños de Siloé: y aunque ninguna de estas dos era contra la letra, y mucho menos contra el espíritu de la ley; con todo eso, aquellos hombres de perdition tomaron de ellas pie para acusar muchas veces al Señor, como trasgresor de la ley: el pueblo sencillo, fiel espectador del prodigio, uniendo los sentimientos afectuosos de su gratitud, con los del ciego curado, bendecia y alababa á Dios, y veneraba á Jesus como á un hombre singular enviado por El, para remedio universal de todos los desgraciados; los enemigos, empero, clamaban con furor, y decian ese no es hombre de Dios, pues no guarda sus leyes, ni observa el sábado: otros afirmaban que siendo pecador no podia obrar grandes milagros, acusándole de engañador de sus hermanos, y de blasfemo contra Dios: así el Arbitro supremo que acostumbró siempre á elegir lo débil y lo flaco, para confundir los orgullosos y soberbios se valió de esta divergencia de opiniones y pareceres para destruir los pensamientos de iniquidad que los malvados habian concebido, pues no pudiendo concordar, ni convenirse entre sí, se descompusieron los ánimos de todos, y no pudieron menos de elegir por árbitro de sus diferencias al mismo ciego que habia sido curado: los buenos israelitas, firmemente persuadidos que con milagros sensibles como el que acababan de ver, y con el cumplimiento de las profecias, era como debia darse á conocer el Mesias ó el Cristo prometido, afirmaban que era el que obraba tantos portentos y milagros: y así los escribas y fariseos que sostenian lo contrario, hicieron al ciego una nueva pregunta, si bien intempestiva y fuera del caso, la mas á propósito para acabar de llenarles de confusion.

¿Qué juicio haces tú, le dijeron, de ese hombre que pretendes que te ha abierto los ojos? El justo confiesa, y el impio se consume de rabia. No tenian los fariseos en el corazon la misma vista que el ciego tenia ya en su rostro; por esto, cuando el otro habia confesado la verdad como fiel, los otros negaban ó por lo menos pretendian obscurecer el milagro como malignantes celosos. En el mismo milagro pretendian unos hallar una grave culpa por la circunstancia del dia, y otros le negaban obstinados por la mala nota que suponian en el autor. Pero ¿qué trasgresion podia suponerse en el que era Santo por esencia y por naturaleza, y el origen y manantial pereune de la justicia y santidad? En verdad que no habia en el Señor pecado ni flaqueza. Acuden al mismo ciego que habia recibido el beneficio de la vista para que hable. ¡Estraña resolucion! Despues que vió la luz ¿qué habia de hablar sino la verdad. Así fue

que les respondió, no podía dudar era un hombre enviado de Dios, un santo, ó un profeta. Faltaron en esta ocasion los pensamientos de todos aquellos que meditaban la iniquidad, como en otra ocasion dijo David: *Acercóse el hombre á un corazon magnánimo y generoso y Dios fue exaltado*. La malicia de los fariseos habia consentido en que este hombre pobre y mendigo, ó bien sobrecogido de miedo, ó mas bien, por lisongear el gusto de los magnates, diria alguna espresion que pudiera lisongear su resentimiento y envidia. Mas el corazon, ya lleno de caridad y de sólida y verdadera fé, no titubeó en confesar la verdad delante sus mayores enemigos; y esta confesion le llevó á la cumbre de la ciencia de los santos y al merecimiento de las verdaderas é inefables promesas de Dios.

No pudieron disimular los escribas y fariseos la irritacion que les causaron las palabras ingenuas del hombre agradecido: volviéronse contra él, tratáronle de impostor porque decia bien de aquel que aborrecian ellos, y á quien querian perder; llegando á tanto su furor brutal que quisieron persuadir y hacer creer á los demas que nunca habia sido ciego, y que su curacion habia sido una farsa. Apoyados en un número considerable de incrédulos de su secta lograron por unos pequeños instantes conmover al pueblo y hacerle suspender su deliberacion; pero conociendo de que por sola su palabra no serian ereidos contra la deposicion del ciego mismo, y la aseveracion de tantos que lo habian conocido perfectamente ciego, llegaron á persuadirse que los padres del infeliz, en quienes no podian suponer la gratitud y reconocimiento del hijo, no se atreverian por respeto al consejo de los magistrados, á sostener en presencia del mismo que aquel era su hijo, ó que hubiera nacido ciego: y asi fue que los mandaron venir á su presencia, y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo? Es cierto que nació ciego segun dicen todos? Qué afirmais vosotros? Y si es vuestro hijo y estaba ciego, cómo es que al presente vé? Quién ha podido abrirle los ojos? De qué pretestos no se vale la iniquidad sentada en los escaños del poder para proibir y desterrar la verdad, cuando su confesion es la prueba indestructible de la injusticia de los poderosos! Demasiado habian estendido sus pesquisas, y sobrados eran los lazos que se habian tendido contra los pobres para perderlos y destruirlos; pero ellos los conocieron y supieron con tiempo evitarlo. Si los padres del infeliz hubiesen confesado públicamente la divinidad del hombre bienhechor que habia sanado á su hijo estaban amenazados de una especie de escomunion ó destierro, porque los principales de los judios habian determinado ya en su consejo, que fuese sepa-

rado de su cuerpo y desterrado de su Sinagoga, cualquiera que se atreviese á recibir á Jesus por el Mesias, y á publicar cosa alguna en su alabanza; y así se contentaron con decir: nosotros sabemos muy bien que este es nuestro hijo: que era ciego desde su nacimiento: que hasta este dia no ha tenido vista: cómo es que al presente ve, no lo sabemos ni tampoco quién es el hombre que le ha abierto los ojos y dado la vista. Eso preguntádselo á él mismo; aqui lo teneis á vuestra presencia. Edad bastante tiene para dar cuenta de su persona; preguntádselo á él y no tengais duda que responderá.

En la contestacion de los padres del ciego se ve una mezcla lastimosa que es muy digna de notar. Instruidos estaban de toda la verdad del hecho, y aunque no dijeron todo lo que sabian, resultaba sin embargo en su declaracion la autenticidad del milagro, puesto que declararon espresamente la enfermedad: temerosos sin embargo de la persecucion de los judíos, no tuvieron todo el valor necesario para arrostrarla: y sacudiéndose todo lo pesado de la carga espusieron á su hijo á la crueldad de los fariseos; quedándose ellos en salvo. ¡Cuán pocos son los que aventuran la honra y los intereses del mundo para dar testimonios de la verdad! Pero el hijo que en su misma persona reunia la prueba, el convencimiento y el provecho del milagro, no suprimió ni debilitó el testimonio de la verdad por los respetos humanos. La contestacion de los padres hizo que la malignidad de los escribas y fariseos se dirigiese otra vez hácia el hijo, y revistiéndose de una apariencia grande de religion le dieron á entender tuviese grande miramiento en lo que iba á ejecutar; y que temiese la presencia del Soberano Juez que lo escuchaba. Dad gloria á Dios le dijeron: nosotros sabemos que ese hombre de quien hablas es un pecador. Puede llamarse esta como una consumacion de la perfidia del judaismo, y graduarse como la calificacion de su endurecimiento y ceguedad. Resuelto estaba en los consejos del infierno impedir la entrada en el mundo de la fé del Mesias; pero se estrellaron contra los decretos de la providencia del Señor todos los pensamientos de iniquidad. Dar gloria á Dios llamaban la negacion de sus multiplicadas misericordias, de sus dones y de sus gracias: mas al que está resuelto á publicarlas en obsequio de la gloria de Dios, nunca le faltan la prudencia y la fortaleza necesarias para confesarlas.

En el ciego viéronse resplandecer de un modo admirable estos dones hermosos del Señor; y así fué que con una libertad asombrosa, que los fariseos no podian esperar, les respondió: si ese hombre es pecador no es eso de lo que he de disputar con vosotros, ni tampo-

co de ello se ha tratado hasta aquí. Lo que yo sé, lo que tengo de decir, y lo que no puedo negar es *que nací ciego, que viví ciego y que ahora veo*. Clara y terminante era la respuesta, no admitía tergiversación ni duda, y por lo mismo, cual si nunca hubiesen oído el modo con que el Salvador había obrado el milagro, le instaron de nuevo los fariseos, y dijeron: ¿De qué remedio se ha valido pues para darte el uso de la vista? Ya os lo dije, respondió el ciego: bien podeis haberlo entendido desde la primera vez. ¿Por qué quereis que os lo repita otra si nada nuevo tengo que añadir? ¿A qué viene tanta averiguación y examen? Vosotros teneis alguna intención oculta: ¿quereis por ventura haceros del número de sus discípulos? Todo esto dicho con el candor y la sencillez natural con que la verdad se pronuncia, irritó sobremanera el furor de los fariseos, y reputándolo por un grosero insulto prorumpieron en palabras injuriosas y maldiciones atroces contra aquel. Quitate de delante, le dijeron, pues eres un miserable y maldito: anda, alístate tú entre sus discípulos, que nosotros no queremos otro maestro que Moisés, á quien sabemos habló Dios. Mas este no sabemos de dónde es ni de parte de quién viene.

San Agustin examina esta maldición echada por los escribas y fariseos contra el ciego, y dice (1): *discípulo suyo seas tú*. Cáiganos encima á nosotros y á nuestros hijos esta maldición. Maldición es si miras el corazón de los que la pronuncian, pero no lo es si atiendes la verdadera significación de las palabras. Y lo será mucho menos si atiendes á lo demás que ellos dijeron: *nosotros empero somos discípulos de Moisés*. Este anunció la felicidad, la fertilidad y los bienes temporales á los que guardasen su ley; por esto tiene mas discípulos que Cristo, que predicó la pobreza, la humildad y otras cosas semejantes á los que siguiesen la que él les anunciaba. El verdadero seguidor de la ley de Cristo espera con confianza el cumplimiento de sus promesas, y no desfallece ni se desmaya cuando se vé maltratado para buscar la gloria de su Señor. Este prodigio, que lo es en verdad, se vió renovado en este nuevo confesor de Jesucristo. Suministróle el Señor nuevas fuerzas para sostener los ataques de sus adversarios, y puso en su boca admirables respuestas con las que verdaderamente los avergonzó y confundió. Yo veo ahí, les dijo, una nueva maravilla que sé comprender menos que vosotros el milagro de que soy un vivo y perenne testimonio: vosotros os preciais de sabios y os haceis nuestros doctores, y no sabeis de donde viene es-

(1) Div. Augustin. Tract. 44. in Joann.

te hombre que ha tenido el poder para abrirme los ojos y darme la vista. Mas ya que esto afectais ignorar, es preciso que conven-gais por lo menos en que vosotros, yo, y todos sabemos, y sobre lo que no hay ni puede haber cuestion, y esto es, que á los pecadores públicos no los oye Dios, ni hace milagros para autorizar la falsa piedad de los hipócritas; eso vosotros lo enseñais, y nosotros y vo-sotros lo creemos asi, como tambien creemos que atiende benigna-mente á las súplicas de los que le sirven. Nunca se ha oido decir que algun hombre haya restituido la vista á un ciego de nacimiento: bien lo sabeis. Decid, pues: ¿podria hacer un tan gran milagro un hombre que no viniere de parte de Dios?

No pudieron sufrir los doctores una reflexion tan sabia y salu-dable, porque estaban persuadidos á que nadie tendria atrevimien-to para reconvenirles en términos á su parecer tan duros y fuertes; por esto se llenaron de indignacion acostumbrados como estaban á que la plebe bajaba siempre la cabeza ante su autoridad, y para sostenerla, creyéndola sobremanera ajada, acudieron á los insultos, baldones y desprecios; y llenos de aquel orgullo que era su caracter propio y distintivo, le dijeron: eres un despreciable pe-cador, nacido en pecados, y endurecido en ellos; tú que no has merecido ver la luz del dia, tú miserable y el mas vil de todos los hombres; tú te atreves á enseñarnos, y á dar leccion á los docto-res? Retírate de nuestra presencia; sal de aqui, y jamás te vea-mos en este lugar. Lo que en cierto modo fue declararle escomul-gado, indigno de entrar en el templo, y escluido para siempre de la congregacion de sus hermanos; lo que entre los judios era el mayor de los oprobios, asi como lo es tambien la escomunion en-tre los cristianos en los pueblos donde hay fé.

Porque confesó la verdad y permaneció con constancia unido á Jesucristo, fue arrojado fuera del templo por los judios. Por no despreciar á Dios, fue despreciado de los hombres; hay de aque-llos que á Dios desprecian por no disgustarlos. Arrojado fuera por los judios, no perdió por ello cosa alguna delante de Dios, ni de-lante de los hombres, y herido con el anatema por el tribunal de la injusticia que era el de los enemigos de Jesucristo, no quedó pri-vado de los frutos de la misericordia; ni tardó mucho en ser visi-ble y sensiblemente consolado, por la persecucion que su gratitud y piedad le habian acarreado. No se escondió á Jesus la injusti-cia con que el pobre ciego habia sido tratado, é inmediatamente le buscó compasivo; y habiéndolo encontrado le dijo: ¿crees en el hijo de Dios? Esto es, crees que lo es, el que te ha dado el uso de

los ojos, que te negó la naturaleza? ¿Y quién es ese Señor, respondió el ciego curado; haced que yo le conozca para que crea en él? Lo que fue decir: enseñadme donde habita el que me dió la vista, que yo iré á buscarlo, á darle las gracias y á rendirle adoraciones. Tú lo has visto, replicó el Salvador, y tú le ves, pues es el mismo que te habla. Apenas oyó esta palabra, cuando dijo: yo creo en el Hijo de Dios, y al mismo tiempo se postró á los pies de su bienhechor, y le adoró como á su Señor, y á su Dios. Con sus palabras confesó al Señor, y con sus obras justificó la fé de su palabra, porque se humilló á la presencia de Jesus. Le creyó, y le confesó verdadero Dios y verdadero hombre. No es extraño por lo mismo que aquel á quien repelían los judíos, fuese recibido de Cristo: porque cuanto mas el hombre es despreciado por Dios, tanto mas es buscado, recibido y consolado de Dios: sobre lo que dice el Crisóstomo (1): los que por confesar la fé y la divinidad de Jesucristo son oprimidos con injusticia por los hombres, son los mas honrados de Dios; lo que se verificó en el ciego de nacimiento: arrojáronle los judíos del templo, y le halló el Señor del templo, y le recibió como atleta, que peleó mucho tiempo y al fin venció, fué coronado por el Jesus. Sanóle enteramente Cristo: en lo exterior de su cuerpo le dió la luz de los ojos, y en lo interior le iluminó el corazon. Asi el Señor, cordero mansísimo enviado para quitar los pecados del mundo, lavó á un mismo tiempo, é iluminó los ojos del cuerpo y los del corazon á aquel infeliz; y él le confesó, no solo hijo del hombre, sino tambien Hijo de Dios; siendo esta confesion tanto mas laudable, cuanto se hizo no solo á la presencia de un gran pueblo, sino tambien á la vista de muchos fariseos. No hay duda que si fue gran dicha para el ciego cobrar la vista del cuerpo, lo fue mucho mas el curar de la ceguedad espiritual que le impedia conocer á Dios. Nada perdió con ser arrojado de la sinagoga de los réprobos, y ganó mucho con ser admitido en la comunión de los Santos. Gloria es para el hombre el ser tratado como cismático por el mundo, y mayor gloria es todavia el ser inscrito en el catálogo de los amadores fieles y adoradores constantes de Dios. El destierro que el mundo nos impone cuando de sí nos arroja por ser enemigos de sus máximas y doctrinas, es la corona con que sin saberlo él nos honra y nos hace dignos de las misericordias y consuelos del Señor.

De la ceguedad corporal de que habia librado Jesus al ciego de nacimiento, tomó ocasion y motivo para hablar á los escribas y fa-

(1) Div. Crisostom. Hom. 58, in Joann.

riscos de la espiritual del alma, de la que deseaba tambien sanarlos: y como esta se hacia cada vez mas incurable, porque creia por instantes la obstinacion de sus corazones, les dijo Jesus: Yo vine á este mundo á ejercer un justo juicio para que vean los que no ven: y los que ven, ó presumen ver, queden ciegos por su soberbia: que fué lo mismo que si les hubiera dicho: Yo seré con sentimiento mio la ocasion de la condenacion mas severa de este mundo rebelde: por lo que mira á esta ciudad ingrata, que he venido á visitar, para que los que no ven recobren su vista iluminados por la fé y el conocimiento de la verdad, siempre que sean sencillos y humildes de corazon, y los que ven, esto es, los maestros de la ley y los sabios presumidos que se jactan de ver, y por lo mismo no cuidan de buscar al médico que puede darles la vista que no tienen, se hagan cada vez mas ciegos, permanezcan en la ceguedad y se endurezcan por su infidelidad. No quedaba duda que era de los judios y de los gentiles de quienes asi profetizaba Jesucristo. Oponia las tinieblas presentes en que estaban sumergidas las naciones á la próxima luz de que se dejarian penetrar, y las luces que actualmente se ofrecian á los sabios de la Sinagoga con la ceguedad obstinada en que bien presto terminaria su estremada dureza. Sin embargo, haciéndose los desentendidos los fariseos que se hallaban presentes, le preguntaron: si por ventura decia esto porque les contaba á ellos en el número de aquellos ciegos? y Jesus les respondió: Dichosos seriais si lo fueseis pues no tendriais el pecado que teneis: pero por lo mismo que decis: nosotros vemos y os juzgais muy instruidos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros: esto es, se agrava mas y será mas severamente castigado. Vosotros sois los doctores y maestros de la ley; haceis alarde de poseer luces y conocimientos que no tienen las demas naciones; y estas son las que os condenarán, porque es mucho mayor el pecado de los que sabiendo la ley no la observan, que el que cometen los que la ignoran; por esto es mucho mayor la pena en que aquellos incurrir: pues escrito está, que el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la cumple, será castigado con mayores azotes. ¡Amenaza terrible! pero que sin remedio tendrá un dia su complemento.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que iluminaste los ojos del ciego de nacimiento, ilumina te ruego los de mi corazon, para que no te ofenda envuelto entre las tinieblas de la ignorancia y del error, ni tampoco me sobrecoja la muerte entre las del pecado. Dios de mi vida: qué prontamente se han

consumido mis días! Qué ligeramente ha pasado el tiempo que me concediste para que cumpliera tu voluntad y no lo hice! Cuántos años, cuántos meses, cuántos días y cuántas horas han pasado en las que he vivido sin hacer fruto ninguno de buenas obras en tu Divina Presencia! Has, pues, oh Padre mio amantísimo, que el restante tiempo que me concedieses de vida lo emplee con fruto, y sea santificado por tu gracia, para que los años de mi vida sean computables en tu Divina presencia y merezca por ellos días felices en la dichosa eternidad. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo [se halla en el IX del Evangelio de San Juan, desde el versículo 1 al 41. La Iglesia lo usa como propio en la Misa del miércoles de la IV semana de Cuaresma; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV, DE LA IV SEMANA DE CUARESMA.

San Juan, cap. IX, vs. 1 al 41.

En aquel tiempo: pasando Jesus vió un hombre ciego de nacimiento, le preguntaron sus Discípulos: Maestro ¿qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego, los suyos ó los de sus padres? Respondió Jesus: Ni este pecó, ni sus padres: mas nació ciego para que se manifiesten en él las obras de Dios. Conviéneme obrar las obras del que me ha enviado mientras dura el día: viene la noche cuando nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Dicho esto, escupió en tierra, é hizo lodo de la saliva, y con el lodo untó los ojos de él, y le dijo: Anda, y lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir, enviado). Fuése pues, lavóse allí, y volvió con vista. Entonces los vecinos, y los que antes le habian visto sin vista pedir limosna decian: ¿No es este el que estaba sentado y pedia limosna? Este es, respondian algunos. Y otros decian: No es él, sino alguno que se le parece. Pero él decia: Si que soy yo. Preguntábanle pues: ¿cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre que se llama Jesus, hizo lodo, y me untó los ojos, y me dijo: Ve al estanque de Siloé, y lávate allí: yo fui, me lavé, y veo. Y le dijeron: ¿Dónde está El? Respondió: No lo sé. Llevaron pues á los fariseos al que habia sido ciego. Es de notar que era sábado cuando Jesus hizo lodo, y le abrió los ojos. Volvieronle pues á preguntar los fariseos, cómo habia alcanzado la vista. Mas él les dijo: puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo. Decian algunos de los fariseos: No es de Dios este hombre que no guarda el sábado. Otros decian: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer

milagros? Y habia discordia entre ellos. Dicen pues otra vez al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Respondió él: Que es un Profeta. Pero los judios no creian que hubiese sido ciego, y hubiese recibido la vista, hasta que llamaron á sus padres, y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, de quien vosotros decis que nació ciego? Pues ¿cómo ve ahora? Respondiéronles sus padres y dijeron: Sabemos que este es hijo nuestro y que nació ciego; pero como ahora ve no lo sabemos: ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos: preguntádselo á él, edad tiene, el dará razon de sí. Esto dijeron sus padres por temor de los judios: porque ya habian convenido entre sí, en que cualquiera que confesase que Jesus era el Cristo fuese echado de la Sinagoga. Por eso dijeron sus padres, edad tiene, preguntádselo á él. Volvieron pues á llamar al hombre que habia sido ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Respondióles él: Si es pecador, no lo sé: una cosa sé; que habiendo yo sido ciego, ahora tengo vista. Replicáronle: ¿qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió él los ojos? Respondióles: os lo he dicho ya y lo habeis oido: ¿á qué fin quereis oirlo de nuevo? ¿Si será que tambien vosotros quereis haceros sus discípulos? Maldijéronle ellos entonces, y dijeron: discípulo suyo seas tú, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que á Moisés le habló Dios: mas este no sabemos de donde es. Respondió aquel hombre y les dijo: esta es la maravilla, que no sabeis vosotros de donde es, y á mí me abrió los ojos: y sabemos que Dios no oye á los pecadores: sino á aquel que honra á Dios y hace su voluntad, este es á quien Dios oye. Desde que hay mundo no se ha oido que haya abierto nadie los ojos á un ciego de nacimiento. Si no fuera este de Dios, no pudiera hacer nada. Respondiéronle y dijeron: lleno de pecados naciste, ¿y vienes á enseñarnos á nosotros? Y le echaron fuera. Oyó Jesus que le habian echado fuera; y habiéndole encontrado, le dijo: ¿crees en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿quién es, Señor, para que crea en El? Y Jesus le dijo: Le has visto; el que habla contigo, él es. Y él dijo: creo, Señor. Y postrándose á sus pies le adoró (*Hasta aqui el Evangelio de la feria quarta*). Y añadió Jesus: Yo vine á este mundo á ejercer un juicio justo, para que los que no ven, vean; y los que ven, queden ciegos. Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con él, y le dijeron, pues qué ¿nosotros somos tambien ciegos? Respondióles Jesus: si fuerais ciegos no tendriais pecado: pero por lo mismo que decis nosotros vemos, por lo mismo vuestro pecado persevera en vosotros.



CAPITULO III.

ESPLICA JESUS CON UNA PARÁBOLA A LOS ESCRIBAS Y FARISEOS EL CARACTER Y PROPIEDADES DE UN BUEN PASTOR, Y PRESENTA LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE EL Y EL JORNALERO.

Como frenéticos furiosos que se vuelven contra el médico que desea curarlos, volvíanse los escribas y fariseos contra el mansísimo Jesus, que queria sanarlos de la enfermedad del espíritu, y ceguedad voluntaria que padecian: y esta era la causa porque absorbidos con los prodigios, no pudiendo negarlos ni oscurecerlos, rehusando empero confesarlos, se hacian como los distraídos ó desentendidos, y se preguntaban los unos á los otros, de dónde habia venido aquel hombre, que queria ser tenido por el Mésias. Eran ciegos é incrédulos, rehusaban acercarse á la luz de Cristo, que era el camino, la verdad y la vida; no querian entrar en el redil de las ovejas para ser del número de las del Señor: gloriábanse de ver y conocer la verdad sin Jesucristo, y por esto le despreciaban: así fué, que

el Maestro Divino, que habia empezado á clamar contra su soberbia y jactancia, para retundirla de nuevo propuso la parábola de la humildad del redil, y de la puerta por donde se entraba en él; por la que no entran sino los mansos y verdaderamente humildes, y les dijo: En verdad, en verdad os digo: que el que no entra por la puerta en el redil, sino es que sube á él ó lo escala por otro lado, es ladron y robador; pero el que entra por la puerta, este es el pastor propio del ganado: este es á quien el portero abre, y cuya voz conocen las ovejas. Si quereis entrar por esta puerta en el humilde redil de las ovejas, es preciso que vosotros os humilleis tambien, y que no penseis tan soberbiamente de vosotros mismos. Preséntales esta parábola, no solo para insinuarles la humildad, sino tambien para manifestarles por qué puerta se ha de entrar en el redil; enseñando en ella la diversa condicion del ladron y del pastor de las ovejas.

No entra el ladron por la puerta, porque no va á buscar el bien del rebaño; busca sí la ruina y la perdicion, ó lo que es lo mismo la destruccion y la matanza; y por esto busca una entrada falsa y alevosa: pero el buen pastor que busca el bien del rebaño, que quiere apacentarle en un abundante y delicioso pasto, llama á la puerta y ábrele el portero porque está cerciorado de sus benévolas intenciones; como que es el pastor verdadero. Llama á cada una por su propio nombre, sácalas del redil, y las conduce al pasto. Las llama porque á todas conoce distintamente, lo que no sabe el que no es pastor verdadero. Las saca del redil y camina delante de ellas, y le siguen, porque conocen el eco de su voz, porque tienen probado y saben por la esperiencia que las conduce á lugares frondosos y pastos amenos, para que coman con sosiego y descanso. Pero al pastor extraño no le siguen, porque no estan acostumbradas á oir voces estrañas: huyen por consiguiente de él, porque lo creen un pastor fingido, y tal vez un ladron.

No creian los fariseos que esta parábola los comprendiese, ni aun imaginaban que pudiese dirigirse á ellos. Preciados de sábios, creian penetrar desde luego todo lo que el Señor queria decir y significar, parándose únicamente en la corteza, sin comprender el misterio que en ella se encerraba. Con ella les quiso manifestar Jesucristo, que ni la sabiduria, ni la observancia de la ley, ni el vivir bien, ni cualquiera otra cosa por buena que les pareciese, ó que en realidad fuese, nada les valia sino por los méritos de Cristo; y que les era imposible llegar sin El al conocimiento de la verdad, y de Dios su padre que lo habia enviado. El que no entra por la puerta, esto es, por Cristo, en el redil de las ovejas, esto

es, en el seno de la Iglesia y en la congregacion de los fieles; este es un rapaz y ladron, como lo son todos los infieles y tambien los malos cristianos. Entra por la puerta, dice San Agustin, el que entra por Cristo, el que imita la pasion de Cristo, el que conoce la humildad de Cristo. Mas el que entra por esta puerta, esto es, por la fé y humildad de Cristo, y que imita todas las otras virtudes que en El resplandecen, entra para pacentar las ovejas con el espíritu de la verdad, y puede réputarse como buen pastor. No se crea, empero, que todo el que entra por la puerta es el pastor verdadero, porque por ella tambien entran las ovejas; sin embargo, la Iglesia no es mas que una, y es universal, y esta unidad universal que ella tiene, se descubre y conoce perfectamente en la unidad del pasto único y verdadero que da cada dia á las ovejas que pastan en su seno. El buen pastor, pues, que á este pasto las conduce, es revelado por el Espíritu Santo, esto es, ungido y consagrado; demostrándose con esto que es ungido con el Espíritu de la inteligencia, de la sabiduria y del entendimiento, y consagrado con el don de ciencia, de consejo y de fortaleza, para poder apacentar el rebaño, y las ovejas oyen su voz, esto es, su doctrina, y la reciben. Llámalas por su propio nombre, para dar á entender la condescendencia familiar que tiene con cada una de ellas; y que esta familiaridad las da osadia para acercarse á El con confianza. Por la instruccion las pasa de las tinieblas del error á la luz de la verdad, y de la tristeza de la servidumbre al reino de la libertad. Y cuando las ha sacado de las tinieblas de la ignorancia á la luz de la vida, y de la cárcel de la culpa á la libertad de la gracia, camina ante ellas, por el ejemplo de las buenas obras y de la santidad de la vida; y ellas siguen sus pasos por la imitacion de los buenos ejemplos, por la rectitud de las intenciones y por la santidad de las obras; porque conocen su voz y se deleitan en oirla.

No sucede empero todo esto cuando el que entró en el redil es un extraño, y no entró por la puerta. Desconocen las ovejas su voz y su vida: no le siguen porque no reciben su doctrina, ni imitan sus ejemplos; pues sus palabras inducen al error, y sus ejemplos al mal: huyen de El como de un ladron y un enemigo, porque desconocen su voz como la de un extraño, que habla cosas ajenas de la verdad; y huyen de él, esto es, de su doctrina, porque tambien la desconocen.

Si se confronta toda esta doctrina con el modo con que los fariseos habian tratado al ciego de nacimiento, y al mismo Salvador porque le habia curado, echando al primero de la Sinagoga por-

que confesaba que Jesus era el Mesias, y blasfemando de esté tratándole de seductor y falso profeta, se verá que con esta parábola misteriosa quiso el Señor echarles en cara toda su injusticia y malignidad: siendo muy de notar, que cuando Jesus quiere anunciarla, llama de un modo particular la atencion de los circunstantes, diciéndoles: *En verdad, en verdad os digo*: con lo que demuestra la gran necesidad de esta doctrina, y la resistencia tenaz que no solo los escribas y fariseos, sino todo el mundo, habia de oponerle; ó acaso tambien el corto número de seguidores que su doctrina santa habia de tener.

Tambien quiso Jesucristo darles á conocer que en calidad de enviado de Dios, de quien Moisés y todas las Escrituras daban testimonio, y preparaban el camino, habia entrado en el redil por la verdadera puerta; lo que no era presentarse para ser recibido, sino despues de haber establecido con pruebas incontestables su derecho legítimo sobre el ganado: en cuyo concepto era muy fácil de conocer la gran diferencia que habia entre Jesucristo y los fariseos; pues aquel, tres años hacia que justificaba su mision no solo con la santidad de sus doctrinas, y con la de todos sus pasos y acciones, sino que la confirmaba con milagros tan portentosos y grandes, que arrebataban la admiracion de todas las gentes: y en la conducta de los escribas y fariseos, y en todas sus doctrinas, no se veia sino el fausto y la vanidad de unos usurpadores intrusos, que reducian el rebaño, y le propinaban un pasto venenoso y mortífero.

El redil pues comun de todas las ovejas es la Iglesia católica bajo la cabeza y direccion de un solo, supremo y verdadero pastor, que es Jesucristo: aunque en esta iglesia hay tambien varias congregaciones particulares, que contienen manadas de verdaderas ovejas, tales son, los conventos de religiosos de uno y otro sexo, y las reuniones de iglesias conventuales y parroquiales, en las que hace Dios reposar con tranquilidad sus ovejas, que son los fieles sencillos, mansos y humildes. El que no entra pues por esta puerta, que es Jesucristo, esto es, el que no entra por la confesion de los principios de la religion cristiana, y por la de la verdad consignada en el Evangelio de Jesucristo, este es herege. El que no viene por la confesion de los principios de la gracia con que Dios llama á las criaturas, y las reparte y comunica sus dones, este es simoníaco. El que no viene á entrar por esta puerta con plena y perpetua libertad, sino que entra por la fuerza, ó impelido y arrastrado por la necesidad, este es un intruso. El que no entra

por esta puerta con la simplicidad de la paloma, esto es, con el candor y la inocencia de un verdadero hijo de Dios, este es un engañador. Todos estos entraron por un parage desusado: arriaman algunos escalas para entrar por la parte superior, estos son los ambiciosos como Lucifer, y como los desgraciados hijos de Coré, Dátan y Aviron, á quienes por su ambicion tragó vivos la tierra. Otros hay que para entrar pretenden romper las paredes y corromper los corazones, estos son los avaros como Simon Mago. Y otros en fin hay que para entrar socaban los fundamentos para destruir todo el edificio; y estos son los hereges como Arrio. Ladrones son estos, y rapaces todos, diferenciándose tan solo en la aplicacion de los medios reprobados de que se sirven para entrar. El rapaz es aquel que se prevale de las tinieblas y de la obscuridad de la noche (esto es, de la ignorancia de los hombres) para arrebatat la cosa agena ignorándolo su dueño: y el ladrón es el que roba y usurpa lo ageno con manifiesta fracturacion y violencia ignorándolo tambien el dueño. La diferencia pues que con estas dos palabras quiso establecer Jesucristo entre el rapaz y el ladrón, consiste, en que el rapaz socava y mina sordamente los cimientos del redil, para usurpar furtivamente al Señor no solo las ovejas sino toda la utilidad que ellas producen; y este es el oculto y astuto engañador, el hipócrita, y el herege, porque todos pretenden robar y destruir el rebaño y todas sus utilidades. El ladrón empero es, el que comete el robo con violencia; y estos son todos aquellos que prevalidos de la fuerza de la autoridad y del poder que tienen, invaden el vedado de la Iglesia y talan, destruyen, y roban toda su hermosura, su esplendor, su magnificencia y su gloria.

Entrar por la puerta del redil de la Iglesia á los ejercicios de la vida cristiana y católica, y subir á la cumbre de la dignidad de pastor verdadero de las ovejas, es entrar por el camino de la verdad, de la libertad, de la graciosa bondad, y de la santa simplicidad. Entrase por la puerta de la verdad por la confesion católica: por la de la libertad, por la vocacion superior con que Dios á cada uno llama: por la de la graciosa bondad cuando no se entra por medio de promesas temporales; y por la de la santa simplicidad, cuando no hay simulacion ni engaño en la entrada. Cristo es pues, todas y cada una de estas puertas, y si alguno se atreviese á entrar por otra, podrá decirle muy bien el supremo y verdadero Pastor. *¿Cómo has entrado aquí sin estar vestido con el vestido nupcial?* Y podrá ser el atrevido echado del redil, y arro-

jado á las tinieblas exteriores. Pero al que entra por la verdadera puerta que es Cristo, á este él mismo, que es igualmente el verdadero portero se la abre y le introduce; y despues que por mil medios y caminos probó su fidelidad y su fe, le concede un puesto de dignidad y honor, le eleva tambien á la alta gerarquia de pastor y portero, para que abra á los dignos, y cierre á los indignos; y apaciente á los que entraron con el pasto de la divina palabra, que es el pasto de la vida y la salud. Para que cierre y abra, segun viere convenir y ser justo; esto es, para que perdone ó retenga las culpas y pecados; y llegue tan alto su atoridad y poder, que abra y cierre las puertas del cielo.

No comprendieron los fariseos el sentido de esta parábola tan interesante é instructiva; y se hubieran quedado en su ignorancia, si el Salvador no hubiese tenido la bondad, segun su costumbre, de patentizarles el sentido misterioso que ella encerraba; abrió pues sus labios divinos, y les dijo: *En verdad, en verdad os digo, que Yo soy la puerta del redil adonde está encerrado el rebaño de mi Padre. Yo soy la puerta, por la doctrina y el ejemplo: por Mí acuden las ovejas á su verdadero Pastor: todos los que han venido delante de Mí y se han metido á conductores y apacentadores, han sido intrusos en el empleo, han sido ladrones y salteadores, á quienes las verdaderas ovejas no han querido oir. Yo soy la puerta del redil: los que entraren y creyeren en Mí, esto es, siguiesen constantemente mis doctrinas y ejemplos, caminarán por el camino por donde conviene andar, y llegarán felizmente al puerto de la salud; porque por todas partes encontrarán buenos pastos, y recibirán el alimento de una doctrina vivificante y saludable, que producirá la paz en su alma, y será su gozo final y completo. Entre los ardores del dia y las tinieblas de la noche Yo seré su sombra y su luz: los cubriré con el manto de mi providencia, los conduciré con la luz inestinguible de mi caridad, y los libraré del furor de todas las bestias voraces y dañinas: no tendrán que temer los ardores del sol, porque sestearán á la sombra apetecible de mi proteccion; ni sentirán los ardores de la sed porque Yo las abregaré en la fuente inagotable de mis misericordias, y en el raudal perenne de mis gracias.*

Sobre este pasage dice S. Agustin (1): en el redil de la Iglesia militante hallará la cándida y sencilla oveja el pasto de la doctrina y de la gracia: y en la Iglesia triunfante se saciará con

(1) Div. Augustin. Tract. 45. in Joann.

el pasto del gozo y de la gloria. Aunque en este redil no falten pastos saludables, como muchas veces se encuentran tambien espinas y abrojos, no le faltará al que á él se acoja, y con las tímidas ovejas salga á apacentarse, un pasto donde enteramente pueda saciarse, y se llenen todas las esperanzas y deseos de su corazon; como no faltó á aquel á quien se dijo, hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Los robadores y ladrones se ingieren tambien á conducir el ganado, pero no lo hacen sino con las intenciones dañinas de hurtar, destruir, degollar, y llevar consigo cuanto puedan. Yo por el contrario, que he venido para que todos los hombres tengan por la fé y por la observancia de los mandamientos, la vida de la gracia, quiero que la tengan abundante en toda suerte de bienes: esto es, quiero por lo que respecta á vosotros que habeis vivido á la sombra de la ley de Moisés y habeis gozado una vida angustiosa y llena de afanes, bajo la ley mas pura y perfecta del Evangelio, goceis mayor abundancia de bienes en la vida eterna. Yo soy el buen Pastor, y á Mí solo pertenece el conducirlos á donde conviene; y asi deben reconocerme y seguirme: porque el buen pastor pone su alma por sus ovejas. Y asi es, que como por el pastor se gobierna, y con su industria se apacienta el ganado, asi por Jesucristo, redentor nuestro, son regidos todos los fieles, y mantenidos del manjar espiritual de su cuerpo y de su sangre. Y para dar á conocer la diferencia que hay entre el que es buen pastor y el que es ladron, dice: que él es buen pastor, no solo en naturaleza y gracia, sino tambien en el oficio y cuidado pastoral; porque pone bien por obra los oficios del pastor bueno. Por lo que dice San Crisóstomo (1): pastor se llama el Salvador, y puerta igualmente, sin diferencia alguna. Llámase puerta, porque nos lleva al Padre; y pastor, porque nos procura la vida, y nos la dá. Si esta es pues la señal del buen pastor, mucho es de temer la falta que ahora hay de buenos pastores. Cae la bestia que es de tu prógimo, y muchos la levantan; cae el alma del justo y no hay entre sus amigos quien la encamine ni ayude á levantar; siendo como es verdad, que cada uno tiene mayor obligacion de amar el alma de su hermano, que es su propio cuerpo. ¿Mas cómo pondré yo por ella mi cuerpo siendo asi que no quiero yo dar la cosa que es temporal por libertarla del pecado? Seguramente que no ejerzo entonces el oficio de buen pastor.

Para declarar mas y mas el oficio y obligaciones del buen pastor, añadió Jesus: **El mercenario y el que no es pastor, cuyas no**

(1) Div. Crisostom. hom. 58. in Joann.
TOMO III.

son las ovejas propias, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye; porque mercenario es y no le pertenece el cuidado de ellas. Mercenario ó jornalero es aquel que conduce el rebaño y le guarda por la esperanza del premio que está pactado y espera recibir; por consiguiente el que no es pastor no mira al premio y galardón de la gloria celestial, sino que tiene puestas todas sus miras en el interés y lucro temporal: este, según dice San Gregorio (1), pierde justamente el nombre glorioso de pastor porque ama más su provecho que el de sus ovejas: y esto es lo que quiso dar á entender espresamente el Salvador cuando añadió: *cuyas no son las ovejas propias*. Pruébese esto porque ve venir al lobo, que es el demonio, para arrebatar las ovejas; ó ve venir al hereje para engañarlas; y al tirano para ponerlas en corporal aflicción y tortura: y temiendo algún daño ó incurrir en algún trabajo las abandona y huye callando, no resistiendo ni prestándolas el socorro debido; porque mientras busca solos los provechos de esta vida padece el alma por negligencia muchos y diversos males. Condénase aquí la negligencia y el descuido del pastor, porque contra estas cosas ni para el remedio de ellas no se inflama con el verdadero celo, ni se desenvuelve ni despierta con algún fervor de verdadera caridad. Jornalero es este tal y mercenario indolente, pues no cuida sino del interés temporal, y en verdad parece no pertenecerle el cuidado de las ovejas, pues no tiene solicitud ni trabaja por ellas. San Agustín (2) dice: No ama en las ovejas á Cristo Señor nuestro de quien ellas son; sino que solo codicia la leche y la lana de ellas.

Añadió Jesucristo: Y mientras el mercenario vive en el descuido y se entrega al ocio viene el lobo, arrebatando y desparrama las ovejas, poniéndolas en peligro de diversos males y apartándolas de la unidad de la caridad y de la Iglesia, y afligiéndolas. Mas el buen pastor pone su vida contra estos peligros, resiste á las incursiones del enemigo, increpa los vicios, contradice las falacias de los herejes, predica las verdades católicas, y hace frente á las crueles persecuciones de los malos orando y llamando á Dios para que defienda á las ovejas y las ayude. El buen pastor busca el provecho de las ovejas; mas el malo y mercenario no procura sino el bien propio. Por boca de Zacarías (3) reprendió Dios el poco celo, la negligencia y descuido del mal pastor diciendo: *¡Oh pastor fingido, qué malo eres*

(1) Div. Gregor. Hom. 14. in Evang.

(2) Div. August. Tract. 45. in Joann.

(3) Zachar. c. 11. v. 17.

pues que desamparas tu grey! Como si dijese: no eres pastor, solamente tienes su semejanza. El buen pastor no busca sus cosas propias, sino las que son de Jesucristo; por esto vela con afanosa solitud sobre su grey, pensando cada dia en la cuenta que ha de dar á Dios de las ovejas que le estan encomendadas; por lo que hablando San Agustin con sus súbditos les decia (1): Bien sabeis que pertenecéis á nuestra providencia para que demos de vosotros buena cuenta y razon; y por esto digo siempre á Dios en mi oracion: bien sabes, Señor, que amé: bien sabes que no callé: bien sabes con cuánto fervor de corazon dije lo que debia decir: bien sabes que lloré cuando decia estas cosas que pertenecen al oficio pastoral y no era oído, y todo esto pienso que es la entera cuenta y razon que te tengo de dar.

Despues de esto continuó todavia Jesus este tan interesante discurso, probando con señales verdaderas á los escribas y fariseos que era el buen pastor, y les dijo: *Yo soy el buen Pastor porque conozco á mis ovejas*, no solo por la noticia universal por la cual todas las cosas estan patentes á mi vista, sino por la noticia de aprobacion y de amor, segun la cual conozco á los que son dignos de la vida eterna que les es prometida. Conoce asimismo Jesus á sus ovejas por la imagen y semejanza que traen suya, la cual puso en ellas. Conócelas por las armas y vestiduras de las virtudes que puso en los fieles, y por las señales de las buenas obras con que los hizo fuertes por su doctrina, y en especial por la caridad con que los informó y justificó á todos, las cuales cosas todas halló en ellos. A mas de esto dió tambien otra segunda señal, y fue la de que sus ovejas le conocen á El; por lo que dijo: *y conocenme á Mí las mías*. Los que son católicos y fieles conocen á Jesucristo por conocimiento y por obra; y conocen sus beneficios en virtud de la caridad; y por esto no pueden ser engañados. El conocimiento pues entre el buen pastor y las ovejas es igual y reciproco; porque el buen pastor visita muchas veces su ganado, y asi lo conoce en particular y tiene noticia de todas sus circunstancias y condiciones, y lo ama; las ovejas tambien, por la continua memoria de los beneficios que las hace, miránle, conócenle y ámanle por especial familiaridad de amor: y esto es lo que propriamente sucede entre Jesucristo y los verdaderos católicos; de donde se infiere con toda claridad que El es el propio y verdadero Pastor.

Por último la señal mas evidente, propia y característica del

(1) Div. August. serm. 49. de Verbis Dom.

buen pastor es el amor que muestra y tiene á las ovejas, el cual no puede ser mayor que esponiéndose voluntariamente á la muerte por ellas; que es lo que hizo el Salvador por sus fieles, diciendo: *Yo pongo mi alma por mis ovejas*. De donde parece que á solas las ovejas de Jesucristo, redentor nuestro, aprovecha su pasion. Mira pues como en fuerza del amor dá el pastor bueno su alma por sus ovejas. El amor verdadero ninguna cosa tiene por dura, ni por amarga, ni por grave, y la que parece mas mortal aquella tiene por menos peligrosa. No hay lanzas, no hay dardos ni saetas, ni flechas ni muertes que puedan vencer al amor perfecto. El amor es un escudo impenetrable, resiste todos los tiros, se burla de todos los peligros, riése y triunfa de la misma muerte. Y como en el hombre hay tres cosas que son: hacienda, parientes y la propia persona; todas tres se han de poner á todo trance y peligro, aun al de la muerte por la salud de las ovejas. Cuyas tres cosas dejó Jesucristo por la salud de sus ovejas, por lo cual dijo por Jeremias (1): *Desamparé mi casa y mi familia, que son los ángeles: y dejé mi heredad, que son las riquezas celestiales; y dí y puse mi alma en manos de mis enemigos*.

El verdadero pastor conduce todas las ovejas al aprisco. Para que no creyese alguno que Jesucristo redentor nuestro moria por solos los justos, añadió: Y tengo otras ovejas que son del linaje de los gentiles, las que segun el secreto de la predestinacion han de creer en Mí: y estas, que no son descendientes de Israel sino de otras Naciones, conviene que las traiga á una congregacion, á una fé y á una Iglesia con el pueblo de los hebreos. Y segun dice San Crisóstomo (2), esta palabra que el Señor pronuncia: *ésme necesario ó conviéneme*, es palabra que confirma otra suya que dijo: que haria que fuesen salvas todas sus ovejas: y añadió: oigan mi voz y vendran á la fé, demostrando con esto que los gentiles recibirian la fé por la predicacion de los Apóstoles, y seria hecho un aprisco, esto es, un recogimiento y una Iglesia de los judios y de los gentiles, y un pastor, el cual en el Cielo es Cristo Señor nuestro, que es nuestra paz, como dice el Apostol; el que hizo de las dos naciones un solo aprisco y una sola Iglesia. Este pastor en la tierra es el Sumo Pontífice, vicario de Jesucristo, redentor nuestro. Es obligado á apacentar el rebaño: obligacion que le impuso el Pastor Supremo cuando instituyendo á San Pedro su vicario en la tierra y pastor de la Iglesia le dijo: *Apacienta mis ovejas*. Es tambien obligado el buen

(1) Hierom. c. 12. v. 7.

(2) Div. Crisostom, Hom. 59. in Joann.

pastor á amar su grey; y por esto examinó el mismo Jesucristo á San Pedro sobre su amor y caridad, preguntándole si le amaba. Y por último debe guardar y defender su ganado del lobo, lo que dió á entender cuando al mismo San Pedro le dijo: *Y tú convertido en algun tiempo confirma á tus hermanos*: todo lo que cumplió con mucha propiedad el mismo Jesucristo, para ser, como fué, el ejemplo y el perfecto modelo de todos los pastores y el príncipe de todos ellos.

Cuán grande haya sido el cuidado de este Pastor piadoso, y su solicitud paternal acerca de las ovejas perdidas, lo manifiesta la parábola del pastor y de la oveja centésima perdida, buscada con el mayor afán, y despues de hallada llevada con el mayor gozo sobre los hombros á la compañía de las demas. ¡ Oh! Y qué bien dijo el Príncipe y modelo de los pastores, *El buen pastor da su alma por sus ovejas*. El cumplió en Sí mismo verdadera y principalmente este dicho profético que habia pronunciado. Para dar buen pasto á sus ovejas y ponerlas al abrigo de todas las tempestades y furors, no solo sufrió muchos trabajos, cansancios, pobreza, hambres, y sufrió grandes y diversos peligros, recorriendo ciudades y castillos cuando evangelizaba el reino de Dios su Padre, pasando muchas noches en oracion sin descansar ni dormir; sino que era tal su liberalidad y clemencia que buscaba los publicanos y pecadores, comia con ellos, los exhortaba con caridad afectuosísima para ganarlos y salvarlos, y despreciaba la murmuracion y el escándalo de los fariseos; afirmando que para los enfermos y pecadores habia venido al mundo: y por último buscaba á los penitentes conservándoles una tan particular aficion, que para que no se descaminasen otra vez les mostraba siempre abierto el seno insondable de la misericordia de Dios: oigan esto los pastores, y mirándose en el espejo que se les presenta, aprendan á hacer lo mismo que el Señor si quieren agradarle.

Estas santas y graves consideraciones obligaron al melífluo Bernardo á que dijera (4): En todos sus hechos ó dichos nunca busque el siervo de Dios cosa alguna que sea suya, sino que en todo procure la gloria del Señor, la salud de los prógimos ó el bien que á esto pertenezca: porque ninguno puede solicitar la gloria de Dios y el bien de su prógimo, si no menospreciase lo que á él mas directamente pertenece. ¡ Oh! qué bien tan grande resultaria al hombre si desconociéndose á sí mismo, todos sus trabajos se dirigie-

(1) Div. Bern. Ep. 201. De excellen. Orat.

sen únicamente á su aprovechamiento espiritual! Porque en verdad, ¿qué le aprovecha ganar y conquistar todo el mundo si despues ha de padecer en su alma un detrimento eterno en una eterna condenacion? Si la medida del amor del prógimo es la medida del amor de sí mismo, nadie sabrá amar á aquel si á sí propio no sabe amarse: asi que, dos cosas son las que despues de haber cometido la culpa y el pecado, restituyen la paz y la tranquilidad á la buena conciencia; y son: el arrepentimiento de los males pasados y la abstinencia de cometer nuevas culpas: esto es, llorar, como dice San Gregorio (1), los pecados cometidos y no hacer otros de nuevo que se hayan de llorar despues. El corazon que sabe que está bien habituado y vestido de estas dos virtudes, bien puede abandonarse á sí mismo y entregarse á todo aquello con que sabe que puede ganar á los demas.

Guárdense los pastores de escandalizar á los súbditos, y no sean piedras de escándalo donde estos tropiecen: porque sobre todos los que á los pequenuelos escandalizaren, vendrá dolor y lamentacion eterna: pues de tantas muertes son dignos los prelados, cuantos malos ejemplos dieren á sus súbditos (2): y San Agustin añade (3): Los que inflaman las almas para pecar y las apartan de Dios, pecan mas que los que crucificaron la carne de Jesucristo redentor nuestro. No crean empero los súbditos que la causa de los grandes castigos con que Dios en muchas ocasiones los castiga, está en los prelados, porque tambien muchísimas veces está en ellos. Los defectos y negligencia de los pastores procede otras muchas de la perversidad de las ovejas, porque las que son malas no merecen tener buenos pastores: y de aqui provino lo que San Gregorio entre otras cosas escribia al clero de Milan en ocasion que le pedia un pastor: «Como quiera que mi intencion, les dijo, y anti-
»gua costumbre es, y ha sido siempre, de no cargar á nadie para
»que haya de recibir la carga pesada del cuidado pastoral, prose-
»guiré ahora vuestra eleccion con oraciones: porque el Todopoderoso
»Dios tal pastor os dé, que en su lengua y costumbres podais hallar
»los pastos de la Divina predicacion. Mas porque segun los mereci-
»mientos de los pueblos suelen ser por el juicio del Altísimo pro-
»veidas las personas de los pastores, procurad vosotros lo espiritual
»y amad las cosas celestiales: menospreciad los bienes temporales y
»fugitivos, y tened por cosa muy cierta que recibireis pastor que

(1) Div. Gregor. 3. pte. pastoral ad monitione.

(2) Idem. Ibid.

(3) Div. Augustin. Tract. 45. in Joann.

usea conforme á la voluntad de Dios nuestro Señor si en vuestros hechos tuvieseis cuidado de agradar á su Divina Magestad.

ORACION.

Señor mio Jesucristo , Pastor amantísimo y verdadero , que por tus ovejas pusiste tu alma , y las diste tu carne en comida , y tu sangre en bebida; y te nos hiciste puerta para la Iglesia militante y triunfante para que entremos por Tí á salvarnos , y para que permanezcamos en Tí , concórrame entre tus ovejas; y míranos , Señor , por tu clemencia, encaminándonos en la carrera de la salud eterna: para que te conozcamos , y nos conformemos con tu santísima voluntad , pareciéndonos á Tí en tus obras: y asimismo te suplicamos que nunca oigamos la voz de los pastores ajenos , que son el mundo , la carne y el demonio; sino solamente la tuya, Señor , obedeciendo tus santos mandamientos y consejos; para que merezcamos aqui tener la vida de tu gracia , y despues recibamos con infinita abundancia la vida de la gloria: y porque hallemos en Tí solo los pastos de la refeccion perdurable. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al X de San Juan , desde el versículo 1.º hasta el 16 del mismo , ambos inclusive.

La Iglesia usa como propio para el Evangelio de la Misa del mártir despues de Pentecostés , el contenido desde el versículo 1.º hasta el 10: y para el Evangelio de la Dominica II despues de Pascua de Resurreccion , todo lo restante desde el versículo 14 hasta el 16.

Tambien usa de este último Evangelio en la festividad de Santo Tomás obispo y mártir á 29 de diciembre. Uno y otro dicen asi.

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Juan, cap. X, vs. 1 al 10.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: En verdad , en verdad os digo: que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas , sino que sube por otra parte , el tal es un ladrón y saltador. Mas el que entra por la puerta , pastor es de las ovejas. A este abre el portero , y las ovejas oyen su voz , y á las ovejas propias llama por su nombre , y las saca. Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas , va delante de ellas; y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen , sino que hu-

yen de él, porque no conocen la voz de los estraños. Este proverbio les dijo Jesus : mas ellos no entendieron lo que les decia. Dijoles, pues, Jesus otra vez: en verdad, en verdad os digo, que Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que hasta aqui vinieron, ladrones son y salteadores, y no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta. El que por Mí entrare, se salvará: y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladron no viene sino para robar y matar y hacer estrago. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan con mas abundancia.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA II DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. X, vs. 14 al 46.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos : Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir el lobo, y abandona las ovejas, y huye : y el lobo las arrebatá y dispersa el rebaño. El mercenario, pues, huye porque es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas ; y las ovejas mias me conocen á Mí. Asi como el Padre me conoce á Mí, asi Yo conozco al Padre : y doy mi vida por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas que no son de este aprisco : y conviene que Yo las traiga ; y oirán mi voz, y no habrá sino un solo rebaño, y un solo Pastor. (Hasta aqui el Evangelio de la Misa.) Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida por mis ovejas : bien que es para tomarla otra vez. Nadie me la arranca; sino que Yo la doy por mi propia voluntad, y soy dueño de darla, y dueño de recobrarla : este el mandamiento que recibí de mi Padre. Escitó este discurso una nueva division entre los judios. Decian muchos de ellos ; está poseido del demonio y ha perdido el juicio, ¿por qué le escuchais? Otros decian : no son palabras estas de quien está endemoniado : ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?





CAPITULO IV.

**ASISTE JESUS Á LA FIESTA DE LAS ENCENIAS Ó DE LA DEDICACION
DEL TEMPLO: DECLARA Á LOS JUDIOS QUIEN ES, Y QUIEREN OTRA
VEZ APEDREARLE.**

Aunque varios autores intercalan entre la parábola del buen Pastor y la celebracion de la fiesta de las Encenias, la cuestion de las Tradiciones, la curacion de la Cananea, la de un sordo y mudo y el milagro de la multiplicacion de los siete panes y algunos peces para saciar cuatro mil hombres; como San Juan nada de esto intercala entre aquella parábola y la narracion de este otro hecho importantísimo que refiere en el capítulo décimo de su evangelio; ni tampoco el grande Ludolfo de Sajonia refiere alguna otra cosa á continuacion de aquel hecho, no hay motivo alguno para no conformarnos con el autor que nos sirve de tipo en la presente obra: sin embargo, es corriente, entre todos los que han escrito de alguna manera la vida de Jesucristo, que pasaron algunos dias despues de la

TOMO III.

manifestacion que hizo Jesus á los fariseos de que El era el buen Pastor, hasta que se dejó ver de nuevo en la casa de Dios, con motivo de haberse comenzado á celebrar en Jerusalem la fiesta de las Encenias.

Encenia es una voz griega que significa renovacion; por consiguiente la fiesta de las Encenias tenia por objeto la memoria del dia en que el templo, profanado por Antioco, se habia purificado y consagrado de nuevo por el religioso celo del valiente Macabeo. Duraba esta fiesta ocho dias enteros como las grandes solemnidades de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos. Daba principio el dia veinticinco de Caseu, noveno mes del año mosaico; y era tambien este año el treinta y dos de Jesucristo, cuando estaba ya para entrar en el treinta y tres de su edad, y último de su vida mortal (1). Es digno de saberse que se leen en las Escrituras Santas tres dedicaciones hechas del templo de Jerusalem: la primera era la que celebró Salomon, y se verificaba todos los años el dia diez de setiembre, que era el mismo en que habia sido dedicado y consagrado al Señor, hasta que sucedió su destruccion por los Babilonios (2). La segunda se celebraba todos los años el dia doce de marzo, en memoria de que en igual dia habia sido restablecido y consagrado de nuevo por Esdras, Neemias y Zorobabel, despues del regreso de la cautividad de Babilonia (3): y la tercera es la que antes hemos insinuado.

Ignórase si el Señor se dejó ver en el templo el dia primero de la solemnidad, ó si fue solo en el octavo, que era tan célebre como el primero; porque hay fundados motivos para creer que no se detuvo en Jerusalem sino un solo dia: pues solo consta con individualidad una sola conversacion que tuvo entonces con los judios; é inmediatamente lo vemos desaparecer de la capital, de la cual estuvo ausente cerca de tres meses, hasta que despues se le observa volver allá por última vez á cumplir en favor de todo el mundo las últimas órdenes de su Eterno Padre.

En la mansion que anteriormente habia hecho en el mismo templo durante la fiesta de los Tabernáculos, habia dado tantos testimonios de la verdad de su mision, y pruebas tan decisivas de la

(1) Cuando se trate de la muerte de Jesus, haremos algunas observaciones sobre la duracion de su vida.

(2) El setiembre era el sétimo mes, y se llamó primero *Echanin*, y despues *Tigri*, en el que concurría el equinoccio del otoño.

(3) El marzo era el segundo mes llamado *Adar*, al principio de la primavera.

divinidad de su Persona, que todo el pueblo se habia puesto en celosa observacion acerca del partido que tomarian los escribas y fariseos, en vista de un hombre tan extraordinario, de quien públicamente se decia tanto bien, y en favor del que tambien en público obraba Su Magestad muchos y portentosos milagros, y de quien sin embargo sus émulos y detractores decian tanto mal.

No es de maravillar, atendida esta conmocion general, que la concurrencia en el templo fuese mayor que nunca, tan luego como corrió la voz de que Jesus se habia dejado ver en él: como era ya entrado el invierno se recogia comunmente el concurso en el que se llamaba *Pórtico*. Era este el gran vestibulo, al cual al restablecerse el templo en tiempo de Zorobabel, se le habia dado el nombre de *Salomon*, en memoria del primer fundador de la casa de Dios. En él fue donde entró Jesucristo, y se paseaba, cuando de repente se vió rodeado de los sacerdotes escribas, fariseos, y de todos los principales de la nacion; los que, para aclarar ciertas dudas de que estaban poseidos en atencion á sus anteriores discursos, le dijeron: ¿hasta cuándo nos has de quitar la vida teniendo nuestra alma su continuo sobresalto, siempre perpleja y fluctuando entre dudas y dificultades? ¿Hasta cuándo has de desconfiar de nosotros? Háblanos con franqueza: mira que deseamos sumamente saber quién eres: si eres el Mesias y el Cristo prometido, dínoslo sin rebozo, y creeremos en Tí. No hay duda que despues de lo que por espacio de tres años se habia visto públicamente en todas las partes de la Palestina, y muy recientemente en el seno de la capital, nadie podia suponer el menor grado de buena fé en semejante pregunta, hecha sin pudor ni remordimiento alguno á Jesucristo por las personas mas bien instruidas y mas enteradas de todo, como individuos y maestros de la Sinagoga; por cuya razon les respondió Jesus: *Os lo he dicho y no lo creéis. Pero aunque Yo no lo hubiera dicho, las obras que hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de Mí, y muestran claramente lo que soy.* Mas vosotros no creéis porque no sois del número de mis ovejas, esto es, de aquellos que, fieles á la voz de mi Padre, buscan sinceramente la verdad y se hacen dóciles á las impresiones de la gracia. Vuestras preocupaciones os ciegan, y vuestras envidias os endurecen. Mis ovejas escuchan mi voz: Yo las conozco, Yo las amo, y ellas me siguen. Yo soy el que les da en premio la vida eterna, cuando perseveran en la fé y se mantienen constantes en la práctica de mis mandamientos.

No creian los escribas y fariseos que el Señor contestase tan enérgicamente á la mentida adulacion con que le habian hablado, apa-

rentando que de su propia boca deseaban saber la verdad. *Si Tú eres Cristo*, le dijeron, esto es, *Rey y ungido*, dínoslo claramente, porque nosotros no solo tenemos un deber de saber la verdad, sino tambien de anunciarla. ¡Oh cuánta maldad! ¡Oh cuántas insidias! ¡Jamás se habia visto tan grande simulacion ni perfidia! Esto fue lo mismo que si hubiesen dicho á Cristo: nosotros pecamos si Tú eres el Mesias prometido en la Ley y el ungido que ha de ser enviado por Dios, y no te creemos; y nosotros no queremos pecar. Preguntábanle y exigian de El una respuesta terminante para acusarle despues de enemigo del César, diciendo que se hacia rey, y tener con esto ocasion y motivo para entregarlo á los ministros de los romanos, á fin de que fuese condenado á muerte. No deseaban la verdad, sino que preparaban la calumnia; y como hablaban con simulacion y perfidia, por esto temperó el Señor su respuesta, y les dijo: *Os lo he dicho y no lo creéis*: las obras que Yo hago dan testimonio de Mí: y si á estas que son tan elocuentes y persuasivas, como que son milagros todos sorprendentes, todavia no creéis, ¿cómo creereis mis palabras? Asi no dijo espresamente que El era Cristo, que era lo que buscaban los judios, sino que dijo una cosa equivalente, ó algo mayor; lo que no era con todo suficiente para llenar los deseos de los escribas, aunque era lo muy bastante para responder la verdad y escluir todo motivo de maledicencia ó calumnia.

Una sola cosa pueden temer las ovejas del redil de Jesus para no salvarse y perecer para siempre, y esta es precisamente su inconstancia y ligereza: porque si ellas permanecen intimamente unidas al pastor que las conduce y guia, nadie tendrá poder para arrancarlas de sus manos. Esto es en verdad lo que el mismo Jesucristo quiso significar cuando continuó diciendo á los escribas: el Padre que me las dió es superior á todos, y mayor que todas las cosas. Esto es lo que Yo he recibido de El: un poder igual al suyo sobre mi rebaño, y bien sabeis que nadie puede arrebatarse cosa alguna de la mano de mi Padre. Sobre lo que dice San Agustin (1): dióme mi Padre el que Yo sea su Hijo unigénito, su Verbo ó Palabra, y el que Yo sea su luz. Y ninguno puede arrebatárselas de la mano de mi Padre por fuerza ó violencia, porque su poder es infinito; luego ni tampoco podrá arrebatárselas de la mia, que las contiene, guia y conserva. *Mi Padre y Yo somos una misma cosa* asi en la virtud y el poder, como en la divinidad y en la esencia. Nótese empero que de esta palabra del Salvador, *mi Padre y Yo somos una misma*

(1) Div. Augustin. Tract. 48. in Joann.

cosa, se excluyen dos errores contrarios á la fé de la Santísima Trinidad. Sabelio colocó en Dios la unidad de personas, asi como la unidad de esencia; y este error se destruye con el mismo dicho de Jesus, *Yo y mi Padre somos una misma cosa*: si pues el Hijo fuese con el Padre una misma persona, diria *soy*, en singular, en lugar de *somos*, en plural. Arrio, por el contrario, estableció la diversidad de esencias, asi como la diversidad de personas; y esto se escluye diciendo *somos uno*, ó *una misma cosa*, en la terminacion neutra; porque si el Padre y el Hijo tuviesen diversas esencias, no diria la Verdad eterna *somos uno*, ó *una misma cosa*, por lo que se espresa la distincion é igualdad de las personas, y la unidad de la esencia. Atiende, pues, á uno y otro dicho cuando dice el Señor: *uno*, ó *una misma cosa*, te liberta del arrianismo, y cuando dice *somos*, te liberta de los errores de Sabelio.

Por las consecuencias que tuvo este discurso se podrá fácilmente conocer la disposicion en que se hallaban los judios cuando estrechaban á Jesus para que se esplicase claramente sobre su cualidad de Mesias. La infidelidad y la incredulidad habia sido siempre la divisa de los escribas y fariseos, asi como lo es de todos aquellos que no pertenecen al rebaño de Jesucristo. Dios, rico en misericordia, derrama sobre los incrédulos y sobre los malos cristianos ciertas gracias y dones de que abusan ellos por su malicia. Dogma es de fé lo que dice San Pablo (1): que la piedad de Dios convida á la penitencia aun á los que por la dureza de su corazon estan atesorando ira para el dia de la cuenta. No digas réprobo soy, Dios me mira con odio. Palabras son estas de infierno. La Iglesia, que es maestra de la verdad, y está regida y gobernada por el Espíritu de Dios, que es todo verdad y caridad, te dice que serás salvo si oyes á Cristo, si abres el corazon á la ley del temor y del amor, si eres dócil á la luz y á las inspiraciones del Cielo, que es el señal de las ovejas de Cristo. Contra estas ovejas ¿qué puede el lobo? dice San Agustin (2) ¿qué puede el ladrón? Ovejas que tiene contadas el buen Pastor, que son suyas, y lo sabe El, predestinadas por El, llamadas, santificadas para la gloria; estas ni el lobo las lleva, ni las roba, ni las mata el ladrón. Ningun poder tiene contra ellas el infierno. El Padre, que es mayor que todos, las dió al Hijo; el Hijo, que es igual al Padre, y es llamado por eso *fortaleza de Dios y brazo suyo*, las pasta ó apacienta, las conduce, y las defiende; ¿quién

(1) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Rom. c. 2. vs. 4. et 5.

(2) Div. Augustin. Tract. 36. in Joann.

ha de poder contra ellas? Este es el cimiento de la religion católica; apoyo de la esperanza cristiana, estímulo del amor que debemos á Dios, documento de la unidad á que somos llamados en esta vida, y dechado de la consumacion de esta unidad que nos hará bienaventurados en la otra. Si los judios hubieran sido dóciles á la voz de la verdad, con solas estas palabras del Salvador hubieran venido en conocimiento de su divinidad, y de que siendo Dios como el Padre, hace todas las cosas con El, no solo por conformidad de operaciones, sino por una sola operacion; y de que el Padre y su Hijo Jesucristo tienen eternamente la misma virtud, la misma magestad, la misma potestad; la misma voluntad; y animados de esta fé, le hubieran rendido las mas humildes gracias, porque siendo eternamente una misma cosa con el Padre, se dignó tambien hacerse nuestro hermano para nuestra eterna salud.

¶ Indignáronse los escribas y fariseos contra Jesus, despues de haber oido la contestacion que les habia dado, y cogieron piedras para tirárselas, como ya lo habian hecho en otras ocasiones. La primera vez que intentaron semejante desman, escapó el Señor de entre sus manos sin que ellos pudieran precaverse, y se retiró del concurso; pero en esta permaneció entre ellos. Miró con serenidad sus movimientos: y su aptitud imponente, magestuosa y firme, los dejó desarmados; y prosiguiendo su discurso con aquella severidad y mesura que era propia de su carácter, todo divino é imponente, les dijo: Muchas buenas obras he obrado á vuestra presencia, y por vuestro bien he obrado tambien muchas maravillas. ¿Por cuál de ellas me quereis apedrear? Que fue decirles: vosotros os armais de piedras y estais sedientos de mi sangre. Decidme, os ruego, ¿cuál es el motivo de tanto furor? Yo os he hecho ver bastantes obras admirables: Yo las he egecutado en favor vuestro, porque para ello tenia el beneplácito de mi Padre: ¿cuál de estas obras de caridad y misericordia escita vuestro aborrecimiento, para que por ellas me querais apedrear? ¿Es por ventura porque curé al paralítico que treinta y ocho años hacia estaba enfermo? ¿O es la curacion del ciego de nacimiento la que vuestra indignacion provoca? Difícil era oponer una razon sólida á tan incontestable y eficaz apologia; y sin embargo se ve que un hombre tan singular, y que tantos bienes hacia, estaba espuesto á perder la vida en manos de aquellos mismos que habian sido testigos de los prodigios que alegaba.

Grande enseñanza encierra para los hombres la conducta criminal de los escribas y fariseos y la irrepreensible de Jesus. Querian apedrearle aquellos como blasfemo movidos mas bien por la

ponzoña de la envidia; que por el amor de la justicia: agitados interiormente, sin orden ni mandato espreso en la ley querian apedrearle porque eran duros de corazon, y ciegos de entendimiento, y no podian comprender la profundidad de las palabras del Señor; por esto semejantes á las piedras, á ellas corrian, y de ellas se armaban contra el Dios de sabiduria y de la bondad. Sobre lo que conviene saber que hay algunos que siempre estan dispuestos á devolver mal á los hombres, por el mal que de ellos recibieron, olvidándose que esto está altamente prohibido, porque Dios se reservó para sí el vengarse de los males que los hombres cometan contra sus prógimos. Otros hay que retornan con constancia bien á sus prógimos, por el bien que de ellos recibieron; pero advertir deben que esta es una deuda natural, y no meritória: con la que cumplen los publicanos, y en muchas ocasiones hasta las mismas fieras. Otros hay en fin que devuelven bien por el mal; y este es el indicio de la perfecta caridad, y de ser verdadero hijo de Dios: esto es lo que hizo y practicó Jesucristo, y lo enseñó á sus Apóstoles y Discípulos para que lo practicasen tambien. Pero los que mas horrorizan y hacen estremecer son aquellos que devuelven mal por el bien que se les hizo; lo que es sobremanera inícuo y malvado: y esto es precisamente lo que practicaron los judios contra Jesucristo; por cuya razon les redargüia, diciéndoles: le manifestasen por qué buena obra de las que habia obrado con ellos querian apedrearle.

Esta respuesta tan humilde del Salvador calmó un poco la determinacion violenta que contra El querian tomar, y así fue, que mas sosegados al parecer le respondieron: no queremos apedrearos por vuestras buenas obras, sino por vuestras blasfemias, pues siendo hombre como nosotros, os haceis hijo de Dios; y el ser apedreado es la pena que la ley impone á los blasfemos. Ninguna razon teneis para quejaros, ni para tratarme como blasfemo, porque he dicho que soy hijo de Dios. Abrid vuestras Escrituras, y en ellas encontrareis escrito con palabras muy espresas y formales: *Yo lo he dicho, vosotros sois dioses*. Si la Escritura pues llama con el nombre de dioses á unos hombres pecadores, y magistrados injustos, cuyas iniquidades reprende: si los honra precisamente con este nombre grande por una ligera participacion de la autoridad de Dios á quien deben representar los hombres sobre la tierra; si por esta sola razon se puede verificar, y se verifica el language del Profeta, por qué os atreveis á decir que soy blasfemo cuando me llamo hijo de Dios? Veíanle hombre y tenian por imposible que fuese

Dios juntamente. Esta doctrina de la union de Dios con el hombre, de la humildad del Verbo hecho carne, de la caridad con que la carne es sublimada á la gloria de Dios, y á la adopcion de los hijos, era para los judios una horrible blasfemia. No conocian ellos en el hombre mas elevacion que la de la soberbia, ni podian comprender humillacion alguna en Dios, que no degradase su dignidad, ó no disminuyese su gloria: burlábanse por tanto cuando el Señor les decia era el Mesias prometido por su padre, y el esperado en sus dias: que era el Cristo ó el ungido; esto es, hijo de Dios, hombre Dios, é igual á Dios en todas las cosas: y sobre todo, que era el que su Padre habia santificado y enviado al mundo para establecer un culto perpétuo.

Para acreditar pues que era Dios é hijo de Dios opuso la suavidad de la persuasion divina que en El resplandecia, á la infidelidad y á la calumnia; y presentó el language enérgico y terminante de la Escritura, para justificar que no era blasfemo. ¿Y qué otra prueba mas decisiva podia alegar Jesucristo en su favor que la moderacion imperiosa con que hablando esta vez á sus mas capitales é implacables enemigos, les habia reducido á un vergonzoso silencio? Cualquiera otro maestro de la religion debiera en tal caso haber hablado con la fortaleza de la verdad para contener el estrago del error y de la calumnia. Mas Jesucristo sabia como verdadero Dios, que el misterio de su divinidad no debia publicarse al mundo hasta el tiempo destinado en los eternos consejos; y asi se defendió en esta ocasion de la calumnia no con muestras públicas y extraordinarias de su omnipotencia, sino con referir sencillamente la santidad de su vida, y la verdad de su mision.

Si Yo no hago las obras de mi Padre, añadió el Señor, no me querais creer; pero si las hago, y á Mí no me quereis creer, creed á mis obras, y conoceréis y creereis que mi Padre está en mí, y Yo en mi Padre. Lo que fue tanto como decirles: vosotros no me quereis creer por solo mi testimonio, cuando os anuncio que soy hijo de Dios; desde luego os dispenso de que me creais, si Yo no hago las obras de mi Padre, y si no os hago evidentemente creibles las verdades obscuras que os revelo. Si Yo no confirmase la divinidad de mi mision con el testimonio de mis milagros, ¿cómo podria decir *mi Padre y Yo somos una misma cosa*? Pero si os atestiguo y confirmo la verdad de mi doctrina con obras que no pueden atribuirse sino á Dios mi Padre, ¿cómo podeis vosotros dejar de reconocer sin pecado, que el Padre está en Mí, y Yo en El? Esplicóse de esta manera Jesus en esta ocasion porque toda su defensa de la

blasfemia se reducía á confesar claramente lo que acababa de decir: pero los judíos ni aun con esto se dieron por satisfechos. Admirable fué en esta ocasión su locura, ó mas bien la dureza de su corazón. Querían saber si en verdad era Cristo; y porque lo manifestaba con obras y palabras, querían apedrearle; y ni con obras ni con palabras se inclinaban á creer en El; sino que como obstinados, todo su afán se dirigía á prenderle, y mas bien á matarle: pero Jesús, que quería que su convencimiento fuese natural y no forzado, es decir, que naciese del desengaño de su entendimiento, y por consiguiente quería también que la inclinación de su voluntad fuese sumisa, respetuosa y obediente, no quiso darles otras esplicaciones que las que les habia dado, en las que clara y terminantemente les habia dicho todo lo que era y cuanto ellos deseaban saber.

Estas respuestas del Salvador dejaron á sus discípulos en su verdadera creencia, y sus enemigos se obstinaron mas en no creer que era Hijo de Dios como afirmaba; por lo que desistiendo del pensamiento de apedrearlo, resolvieron apoderarse de su Persona para juzgarle y condenarle á muerte. Desventurados! Cuánto mejor les hubiera sido acercarse á El para pedirle perdón, adorarle con rendimiento y estrecharle contra su corazón! Querían prenderle, pero no para retenerle sino para alejarle de sí por medio de la muerte. Búscales tú que por la fé le conoces, estréchale contra tu pecho y escóndele en tu seno para no soltarle jamás y poseerle eternamente; no sea cosa que te suceda lo que á aquellos ingratos judíos. Alejose el Salvador de ellos librándose de sus manos, pero también ganó un gran número de prosélitos, pues muchos de los mismos judíos se resolvieron á creer en El á despecho y pesar de la persecución de los escribas, de las declamaciones de los fariseos, del desenfreno de los sacerdotes y de la violencia declarada de los principales miembros de la república. Jesús por su parte se mantuvo algun tiempo en el parage mas á propósito para recoger los nuevos discípulos que acababa de ganar al Evangelio, y de confirmar en la fé á todos aquellos que le enviaba su Padre. Con este designio eligió para su retiro el cantón de Betania, no aquel vecino á Jerusalem donde moraba Lázaro con su familia, sino es la otra Betania ó Bhetabara, situada al oriente del Jordan, donde habia morado algun tiempo el Bautista instruyendo, enseñando y bautizando todos los que acudían á él y se alistaban en su escuela, antes que se viese precisado á retirarse á Galilea, acosado por las injustas persecuciones de los escribas y fariseos.

ORACION.

Oh Dios y Señor mio Jesucristo, cuya misericordia es infinita, cuya bondad es sin término, cuyo amor es eterno para con el hombre, haz que yo, indigno ministro tuyo, celebre en el interior de mi corazon continuas renovaciones espirituales, disponiéndolo de tal manera que suba sin cesar por las gradas del amor mas puro hasta llegar á Tí. Sea mi vida, Dios mio, testimonio público de la gracia con que, sin ningun mérito mio, me llamaste á tu Iglesia, y que por lo mismo mis obras acrediten constantemente quién soy, sirviendo de buen ejemplo á todas las criaturas para que aprendan en mí el modo de servirte y agradarte. Oiga yo, Señor, tu voz, y crea en mi corazon; obedezca tus órdenes y preceptos, y por la imitacion de tus obras merezca seguirte y ser contado en el número de tus ovejas y conocido de Tí. ¡ Ah! Nunca permitas que mis malos pensamientos, palabras ú obras sean piedras con que de mí te arroje: antes al contrario conozca siempre que por tu gracia habitas en mi corazon; para que todos me tengan por hijo y ministro tuyo; y oyendo mi voz oigan en ella la tuya, porque siendo yo una misma cosa contigo por el amor, ni el mundo, ni la carne, ni el inferno puedan romper el lazo con que quiero estar unido contigo eternamente. Amen.

NOTA. La historia del presente capitulo se halla en el X del Evangelio de San Juan desde el versículo 22 hasta el 39 ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la Misa de la Feria cuarta despues del Domingo de Pasion. Dice asi:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV DESPUES DEL DOMINGO DE PASION.

San Juan, cap. X, vs. 22 al 38.

En aquel tiempo se celebraban las Encenias en Jerusalem, y era en invierno: y Jesus se paseaba en el Templo por el patio de Salomon. Rodeáronle pues los judios, y le decian: ¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claro. Respondióles Jesus: Os lo he dicho, y no me creéis. Las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de Mí: mas vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco y ellas me siguen: y Yo las doy la vida eterna: y no se perderán jamás y ninguno las arrebatará de mis

manos. Todo lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. Mi Padre y Yo somos una misma cosa. Al oír esto los judíos cogieron piedras para apedrearle. Díjoles Jesús: Muchas buenas obras he hecho en vuestra presencia por virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? Respondiéronle los judíos: No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia; y porque siendo, como eres, hombre, te haces á Tí mismo Dios. Respondióles Jesús: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Dioses sois? Pues si llamó Dioses á aquellos á quienes habló Dios y no puede faltar la Escritura: ¿cómo de Mí á quien ha santificado el Padre y enviado al mundo decís vosotros: blasfemas; porque dije: Hijo soy de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis: mas si las hago, aunque no queráis, creedme á Mí, creed á mis obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre.





CAPITULO V.

DEFIENDE EL SALVADOR Á SUS DISCÍPULOS DE LAS CALUMNIAS DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS: Y CONDENA LAS TRADICIONES HUMANAS Y LAS PRACTICAS SUPERSTICIOSAS QUE NO ESTAN EN ARMONIA CON LOS PRECEPTOS DE LA RELIGION.

Evadióse el Señor de mano de sus implacables enemigos los escribas y fariseos y del pueblo que constantemente conmovian contra su Persona, sin que pudiesen causarle el menor daño, á pesar del odio que contra El habian concebido, lo que habia ya verificado igualmente en otras varias y diversas ocasiones; por lo que, cada vez mas llenos de coraje, estaban resueltos á prenderle y á deshacerse cuanto antes de El: asi es que le seguian por todas partes y fueron en tropel para encontrarle hasta Galilea, que era el lugar ordinario de su residencia; resueltos á hacerle un nuevo tiro sobre sus costumbres y doctrina. Es muy probable que los escribas y fariseos que en esta ocasion se atrevieron á presentar la batalla al Maestro Divino fuesen galileos, y que habiendo sufrido con los demas de Jerusalem las der-

rotas que en los capítulos anteriores hemos visto en el mismo Templo del Señor donde habian concurrido para la celebracion de sus solemnidades, se retiraban llenos de remordimientos y pena por no haber podido satisfacer la sed de venganza que les devoraba; aunque no se desalentaban ni desmayaban, firmemente persuadidos de que lograrían hacerle sospechoso en materia de religion y de obediencia á la ley de Moises, único camino que les quedaba para quitarle el apoyo de los pueblos, borrando la opinion que tenian de su santidad.

Como nada habia en sus costumbres de que pudiesen acusarle y reprenderle; echaron mano de una cosa tan ligera y de tan poca monta, que dieron bien á entender no era el celo de la disciplina ó de la observancia de la Ley, la que los animaba, sino el fuego de la mas maligna envidia que los consumia; pues aun mirado con los ojos de la grosera parcialidad no podia ser un cargo directo contra su Persona, sino contra la de sus discípulos: no siendo mas el quebrantamiento de un precepto de la Ley, el de que los acasaban, sino el de una ceremonia que habian introducido entre las observaciones legales, pretestando que así se conformaban mejor con la Ley: pues habiendo desfigurado con falsas interpretaciones la Ley, les era preciso sostenerla con andamios de supersticiones, para que de algun modo apareciera aquello que ellos llamaban su espíritu y verdad. Esta costumbre era limpiar muy prolijamente lo que servia para poner las viandas en la mesa, y todo lo perteneciente á ella, aunque cuidaban poco de tener limpias sus almas de los asquerosos vicios con que las ennegrecian.

Segun esta práctica ó principio, no se atrevian á sentarse á la mesa, sin haberse lavado muchas veces las manos; y los brazos hasta el codo, despues que volvian del mercado, ó de las plazas públicas, en las cuales era dificultoso que no se hubiesen acercado á algun incircunciso, haciendo escrúpulo de tomar la comida, si antes no pasaban por algun baño, ó alguno de sus bautismos: sujetándose ademas á una infinitud de otras prácticas molestas, como era el purificar frecuentemente las copas, orzas, vasos de cobre, y hasta las camillas ó canapés, sobre las que habian de comer, ó en que estaban recostados durante la comida. No hay duda que todas estas costumbres eran una estension supersticiosa de las ordenanzas de Moisés mal entendidas, con cuya adiccion la observancia de las ceremonias legales, de suyo bastante onerosa, venia á ser un yugo casi intolerable: y los fariseos, que procuraban adquirir gran reputacion y crédito de santidad, preferian la observancia de estas supersticiosas tradiciones, á las leyes de Dios, aun las mas esencia-

les: por lo que, para dar algun color á la nueva persecucion que meditaban contra Jesus, y contra sus discípulos, dijeron: que estaban escandalizados de ver que algunos de estos se sentaban á la mesa sin haberse lavado las manos: y tuvieron el atrevimiento de echar en cara públicamente al Señor, que toleraba un abuso que debia mirar como un horrible pecado. ¿Por qué sufris, le decian, que vuestros discípulos violen impunemente una tradicion que nos legaron nuestros padres, y que no es otra cosa que la señal de la pureza de las costumbres? Es muy probable, y verosimil, que los galileos, en particular aquellos que ejercian alguna profesion mecánica, no fuesen tan escrupulosos como aquellos deseaban en estas prácticas de supererogacion, y que no mirasen como delito el dispensarse de ellas. Mas como los Apóstoles de Jesus, formaban una escuela opuesta á la de los fariseos, pedian estos con rigor en aquellos, todo lo que llamaban perfeccion de la Ley; y si en esto se les notaba alguna falta, acusaban á su Maestro de enemigo de Moisés, de que tenia miras ambiciosas, y de que intentaba levantarse contra el legislador de la nacion.

No fue esta la única vez que la calumnia y la supersticion envidiosa procuraron encubrirse con la capa del celo por la observancia de la Ley de Dios: mas por mucho que hicieron pronto se descubrió la venenosa flecha que querian disparar; porque son enteramente opuestos los procedimientos y el language de la envidia y la virtud. El hombre bueno y virtuoso atiende á la correccion agena: el hipócrita envidioso solo mira á su propia honra: afrenta y confunde al prógimo, para que de él solo se diga que tiene espíritu de santidad y virtud: al otro llama pecador, y á sí mismo se llama inocente. El soberbio envenena hasta las obras mas puras; reconviene con fuor, sufre con amargura, reprende con odio; hácese juez sin autoridad, acusador sin verdad, testigo sin conocimiento. Todo lo que se ve perfectamente cumplido en la reconvencion injusta que los escribas y fariseos dirigieron en esta ocasion á Jesus. Engreidos con su vana sabiduria, y con la fingida virtud de que se cubren, arman lazos al Maestro Divino, y le arguyen con la culpa de los discípulos. ¡Horrible necedad es reconvenir al Hijo de Dios, porque no guarda las tradiciones de los hombres! Sobre lo que dice el venerable Beda (1): tomaban carnalmente las palabras espirituales de los Profetas, y lo que estos aconsejaban del lavatorio del corazon y la reforma de las obras, diciendo: *Lavaos, sed limpios: y*

(1) Ven. Bed. in cap. 7. Marci.

lavaos y limpiaos vosotros los que llevais los vasos santos consagrados al Señor, ellos lo entendieron solamente de la lavadura ó limpieza exterior del cuerpo. Asi, pues, la supersticiosa tradicion de los hombres mandaba abluciones y lavatorios exteriores con mas frecuencia, solo por comer el pan: por lo que se hace mas necesario que aquellos que desean participar y comer del pan que baja del Cielo, se laven y preparen con mas frecuencia con limosnas, con lágrimas y con otras obras y frutos de justicia, para purificarse de las obras malas que acaso hicieron.

No reprueba Dios la costumbre de lavarse las manos antes de comer, que nada tiene en sí contra su Ley, y puede dirigirse á su gloria; lo que condena es la supersticion con que en esta y otras prácticas exteriores de limpieza y aseó, ó si se quiere de buena educacion solamente, ponian aquellos falsos maestros de justicia. Ellos fueron el tipo de aquellos que celan mas la transgresion de las tradiciones humanas que la de los divinos preceptos; mas la de las decretales que la del Evangelio; y mas la de las costumbres que la de las utilidades. Por estos muy solícitos de la limpieza exterior y poco de la interior, se señalan los hipócritas llenos de simulacion y perfidia que acriminan á los otros por la comision de faltas muy leves, siendo asi que ellos estan cargados con la de culpas muy graves, y que observan la paja en el ojo ageno, y no ven la tranca en el suyo. Pero los discípulos de Jesus, que en nada eran parecidos á estos, comian sin lavarse las manos, porque sabian bien que esto no pertenecia á la verdadera virtud, que es el bello adorno interior del alma. No se lavaban las manos los discípulos de Jesus antes de comer, dice el Grisóstomo (1), porque ya miraban con desprecio todas las cosas supérfluas, atendiendo solo á las que eran verdaderamente necesarias: y no hallando este lavatorio escrito en la Ley como un precepto, lavábanse ó no se lavaban, segun las circunstancias asi lo demandaban: porque, ¿qué cuidado habian de poner en lavarse, los que por seguir á Cristo despreciaban muy ordinariamente la comida necesaria?

Argúyase cuanto se quiera, y cacaréese esta pretendida falta por los escribas, ella nunca podrá ser graduada por la falsa pauta de su indiscreto celo, sino como una falta de buena educacion y política; mas ella será siempre mas bien un motivo de elogio para los Apóstoles, que de acriminacion; pues preferian ser tratados como impolíticos, por no incurrir en la nota de supersticiosos: por lo que toda

(1) Div. Crisostom. Hom. 52. in Math.

la reprension y castigo habia de caer sobre estos injustos censores, que condenaban lo que merecia alabanza, y alababan escesivamente aquello que solo podia autorizar su avaricia. No pudo sufrir el Señor un tal desórden, y quiso darles á entender cuánto desagradaba á Dios su malicia: y olvidando en algun modo su acostumbrada dulzura, les dió esta severa reprension: ¿Cómo os atreveis, hipócritas, á condenar á los inocentes, vosotros que cometeis tan grandes abusos, que destruís la verdadera piedad con tan abominables prácticas, y que en corazones envenenados ocultais vuestras pasiones debajo de una falsa apariencia de celo por el servicio de Dios? No escusó á los Apóstoles, mas confundió á sus acusadores. Y en efecto: ¿qué es el lavatorio legal comparado con el de Cristo? Trájonos Cristo un baño, dice el Crisólogo (1), que nos lavase, no el cuerpo para la decencia de esta vida, sino el alma para la eterna salud. Hasta el corazon llega el agua de la gracia: allá entra á purificar al hombre de la suciedad del pecado. Esto no lo entendian los fariseos; por eso no se sujetaban á la santificacion verdadera, porque ignorando la justicia que nace de Dios, trataban de establecer otra que ellos se habian forjado. ¡Oh cuán temible es el falso celo de los que no estudian el espíritu de la religion, ni se sujetan en todo á la doctrina y á la prudencia de la Iglesia! Corrupcion es no animar con el espíritu de Dios las prácticas exteriores de piedad, ó poner en ellas solas todo el aprovechamiento del espíritu, sin cuidarse de la caridad, que es la primera y la suprema ley, ó mas bien la suma de la ley y toda la ley.

El Legislador Eterno presentó á los falsos doctores un argumento al que no pudieron contestar, porque como dice San Bernardo (2), retundiendo un clavo con otro clavo, les dijo: *¿y cómo es que vosotros quebrantais el mandamiento de Dios por cumplir con vuestras tradiciones?* Esto es, si vosotros quebrantais los mandamientos de Dios por cumplir vuestras tradiciones, ¿por qué argüís á mis discípulos de que quebrantan los mandatos de los hombres por cumplir con los preceptos de Dios? Nada á Dios agrada, sea lo que fuere lo que le ofrecieses, despreciando aquello que estás obligado á cumplir. Qué bien profetizó de vosotros el profeta Isaías, continuó el Señor, cuando escribia en tiempo de vuestros padres: *este pueblo me honra con los labios y su corazon está lejos de mí* (3). El honor que me

(1) Div. Petr. Crisol. Serm. 171.

(2) Div. Bern. De præcepto et dispens.

(3) Isaia, cap. 29. v. 13.

da es una vana ceremonia en donde tienen mas parte la prevencion y el capricho que la razon. En vosotros, escribas y fariseos, es en quien se verifica á la letra una triste prediccion; pues abandonais la Ley de Dios, y guardais con tanto cuidado la pretendida tradicion de vuestros antiguos. Vosotros haceis frecuentes lavatorios, y abluciones de vuestras copas y vasijas; y veo, que del todo os ocupais en semejantes menudas prácticas. Con todo eso si no prefirierais estas obras de supererogacion, á los preceptos de Dios, ya se os pudiera escusar; pero exagerando y enagreciendo las unas, degradais y anonadais las otras mas esenciales é importantes sin comparacion. Solo os citaré un ejemplo, y este basta para confundiros, puesto que os preciais de ser los mas celosos observadores de la Ley de Moisés.

Cualquiera que sea vuestro modo de pensar no podeis ignorar, ni aun dudar, que la Ley que Dios os dió por mano de Moisés está escrita en los corazones de los hombres con el dedo de Dios y el de la naturaleza, que prescribe la obligacion de los hijos para con los padres. Ved pues aqui, los términos en que está concebida. *Honra-rás á tu padre y á tu madre*: honra, que consiste en respetarlos, en obedecerlos y alimentarlos si fuese necesario, y en asistirles en sus necesidades. Y añade la Ley: *aquel, que maldijere á su padre ó á su madre, será entregado á la muerte*: esto es, el que los ultrajare de palabra, el que les diere señales de desprecio, y el que los abandonare con insulto en su necesidad. Clarísimo es el precepto divino que manda honrar y alimentar á los padres. Mas vosotros, le dais por el pie enseñando que agrada mas á Dios la ofrenda del hijo, que el socorro de la necesidad de su padre. Injuria á la Ley de Dios, y hace befa de ella, el que por los fines torcidos de sus pasiones, la pospone á los caprichos y sueños de la razon corrompida. Parricida es el que con capa de mayor perfeccion abandona á sus padres en la necesidad: sacrílego es el que les quita lo que por justicia y gratitud les debe, aunque sea para darlo á otro con piadoso y santo fin. ¿Dónde hay ni ha podido verse nunca la piedad, sin estar hermanada con la caridad? ¿Y dónde hay, ni se ha visto nunca caridad sin el orden que en ella establecen el derecho natural y divino? Y qué caridad tendria aquel que estrechado por su padre, ó por su madre para que le socorra en sus necesidades, ó que le alivie en su vejez, les respondiese: los dones que presento á Dios en su templo, harán que el Señor os sea favorable y propicio: estos son todo el socorro que puedo daros? ¿Creeis que con esta respuesta se habria ya satisfecho á la Ley, y que el hijo quedaba exonerado de toda

obligacion? ¿Si prohibis á los hijos que pasen mas allá, y quereis que los padres en su necesidad é indigencia se contenten con estas palabras duras, no quebrantais con esto el mandamiento de Dios? No habló Jesucristo sino de este precepto, cuando pudiera muy bien haber recorrido todos los otros, y haberles avergonzado con las alteraciones que habian introducido en ellos.

En verdad, que estaba muy lejos de Dios el corazon de aquellos hombres malvados, por cuya razon reprendian ellos y acriminaban con injusticia á los que con la mas escrupulosa fidelidad cumplian sus mandamientos. Deshonraban tambien á los Patriarcas y Profetas haciéndolos autores de novedades perniciosas introducidas por ellos mismos, y con esta falsa devocion y religion que aparentaban, inspiraban en el pueblo sencillo y crédulo, no solo el desprecio de las verdades mas augustas y santas, sino tambien el de las verdaderas tradiciones que de sus padres habian recibido. Es cierto que fué admirable la eleccion que tuvo en este lance el Salvador para cerrar la boca á los maldicientes y falsos acusadores; porque este era un abuso en cuya reforma estaba sumamente interesado el pueblo, por el abandono á que los padres se veian continuamente espuestos. Con todo eso, no juzgó que bastaba para acallar la malicencia todo lo que habia espuesto; y quiso tambien prevenir á la muchedumbre con una breve parábola, contra la virtud y santidad toda aparente y carnal con que los falsos doctores hacian la guerra al espíritu de la Ley. Persuadian á sus discípulos servilmente sujetos á la letra de las tradiciones humanas, y poco acostumbrados á meditar el espíritu de la Ley, que la mayor perfeccion consistia, ó en la eleccion de las viandas, ó en las preparaciones de los cuerpos para comerlas: que la carne de los animales entrando en el estómago purificaba por sí misma, ó manchaba la conciencia; sin darles á entender, que la obediencia á la Ley, ó su transgresion, era lo que hacia bueno ó malo delante de Dios el uso de ciertos alimentos, y que fuera el caso de prohibicion, todo era indiferente en esta materia.

Para combatir pues esta justicia farisáica llamó Jesus cerca de sí todas las turbas que estaban presentes, y las dijo: escuchadme, y comprended bien lo que os voy á decir. Aunque el Señor no ha permitido jamás á los hombres comer indiferentemente de toda clase de viandas, pues hay algunas de las que ha querido se abstengan en ciertos tiempos, no es el alimento que entra por la boca el que hace al hombre impuro. El uso de los manjares, sean los que fueren, de cuyo es indiferente, y la desobediencia solamente lo hace

pecaminoso. Pero lo que sale de la boca es á veces de tal naturaleza, que mancha el alma. Todo lo que viene de afuera, y entra en el hombre, no puede hacerlo pecador; mas lo que sale de su interior, muchas veces es malo, y se le puede justamente imputar á pecado. Ved aquí lo que tenia que deciros: dichosos aquellos á quienes hiciera Dios la gracia de entenderlo. Facil era de conocer que hablaba Jesus de la mancha espiritual, la cual no se contrae precisamente por la comida y la bebida, sino por la destemplanza y la gula, por la inobediencia á las leyes de Dios, y por la falta de caridad en el uso de los manjares. Mas cuidado, no hay duda, debe darnos lo que está escondido en nuestro corazon, que lo estraño que nos viene de afuera: por esto dejó el Señor á la consideracion de los que le habian oido, la averiguacion del sentido misterioso que encerraba la parábola que acababa de referirles. Retiráronse las turbas de la presencia de Jesus gustosas de haber oido la justificacion del Salvador, y resentidos vivamente los escribas por la humillacion afrentosa que acababan de recibir. Esponíanse con mucha frecuencia á semejantes humillaciones, porque como soberbios y sobradamente apasionados á sus doctrinas, tenian mucha vanidad, y como estaban pagados de la opinion de sus talentos, hacian tan mala eleccion de las materias para levantar calumnias contra el Salvador, que por poco que respondiese el Maestro Divino á ellas, no podian salir de su presencia sino llenos de confusion: lo que seguramente no les sucediera, si ya que de sabios se jactaban, hubieran basado su sabiduría en el temor de Dios y en la inteligencia de las Escrituras santas; porque en ellas hubieran hallado escrito que David su Padre pedia incesantemente al Señor (1), que pusiera una guardia á su boca, y un candado que cerrase enteramente sus labios, para que su corazon no se deslizara á pronunciar palabras maliciosas.

Tímidos todavia y flacos los discípulos de Jesus, quedaron como espantados al oirle hablar á los escribas y fariseos con tanta entereza y valentia; y acercándose á El, le dijeron: ¿Sabes, Señor, que los fariseos se han escandalizado y ofendido sobremanera por el discurso que acabas de pronunciar? No os inquieteis por eso, replicó el Salvador á sus discípulos, con la misma energia y firmeza que antes habia hablado á aquellos: no os dé cuidado la mala voluntad de esta gente. Toda planta que no se pone por mi Padre celestial, será arrancada de raiz; porque ninguna de ellas aprovecha en mi Iglesia, que es el terreno que Yo he venido á cultivar; pues

(1) Ps. 140. v. 3. et 4.

todas las que á otro terreno pertenecen mueren sin remedio. Tales son esos escribas y fariseos, ocupados en sembrar en medio de este pueblo máximas contrarias á la piedad verdadera. O mas claro, como dice San Gregorio (1): toda plantacion de las tradiciones humanas, esto es, de las doctrinas inventadas por los hombres, que no son conformes con la Ley de Dios; y por consiguiente no son plantaciones de mi Padre celestial, sino que lo son mas bien de la tibieza de la carne; serán arrancadas juntamente con los que las plantaron, del campo de mi Iglesia, cuyo fundamento es el mismo Jesucristo, por la reprobacion: serán arrancadas en medio de los fieles, por la separacion; y de la tierra de los vivientes, por la privacion: porque no tienen un fundamento sólido, y una firme raiz. Tiempo vendrá, [en que serán esterminados:] dejadlos que se descarrien, pues no quieren entrar por el camino derecho. Dejadlos que vayan al principio de su condenacion eterna, y evitad su doctrina, porque no es otra cosa que un monton de espinas que no dejan fructificar en la tierra del corazon del hombre los granos de la doctrina evangélica: el Labrador celestial que vino á plantar esta, no permitirá que la mala semilla ahogue la buena. Dejadlos, repitió el Señor, porque son ciegos, que conducen á otros ciegos; y ya sabeis que cuando un ciego á otro conduce, ambos á dos caen en el precipicio. Ciegos son, porque carecen de la verdadera inteligencia de la Ley; y guian á otros ciegos, porque los ciegan con sus errores y los conducen al despeñadero.

En otro parage dice el mismo San Gregorio (2): cuando el pastor camina por los despeñaderos de los vicios, es muy consecuente que el rebaño caiga en el precipicio. Y San Bernardo añade (3): cosa ridícula es, y diré mas bien, muy peligrosa, un conductor ciego; un doctor ignorante; un precursor cojo; un prelado negligente; unregonero mudo. Pero ¡ay! que son muchos los cojos que quieren caminar delante y muchos los fátuos y necios que quieren presidir. Muchos hay que son voluntariamente ciegos porque aborrecen la luz y cierran los ojos para no ver lo que la luz les muestra. A otros que tienen luz de ciencia los ofusca y los ciega el humo de la vanidad. Hay tambien quien guarda la luz para los demás y se queda él á oscuras: hasta la ceguedad de estos últimos debemos huir, cuánto mas de la de los primeros. ¿Qué amor po-

(1) Div. Gregor. Hom. 7. in Ezechiel.

(2) Div. Gregor. 2.^a parte. Pastoral.

(3) Div. Bernard. cap. Abusiones.

drá tener á su alma el que la pone en manos de un ciego? Gran desdicha es caer en manos de un director falto de la luz necesaria para guiar las almas por el camino angosto.

Parece que despues de esta esplicacion de Jesucristo volvió á tomar el camino de su morada ordinaria en Nazareth, á donde le siguieron los Apóstoles enviando al pueblo á sus propias casas. Tan luego como San Pedro se miró solo con Jesus y sus demas compañeros, se tomó la libertad de pedirle en nombre de todos una esplicacion mas clara de la parábola antecedente, que les pareció mas misteriosa de lo que era en efecto. Jesus les dijo entonces: ¿Así estais todavia vosotros en estado de necesidad é imprudencia, que despues de tanto tiempo en que deberiais estar hechos á mi modo de instruir os hallais aun con tan poca inteligencia y discurso? ¿No comprendéis que todo lo que de afuera entra en el hombre no puede mancharlo ni corromperlo? ¿Ignorais aun que nada de lo que se introduce por la boca entra en el corazon, sino que va á parar al vientre, y sale con todas las heces de la comida y es arrojado en los lugares secretos? Mas no es lo mismo lo que sale de la boca del hombre, porque del corazon procede y sale, y esto es lo que le contamina y le hace inmundo y pecador. Del corazon y de lo interior del hombre es de donde salen los malos pensamientos: allí es donde se forman los adulterios, los homicidios, las demas deshonestidades, los hurtos, avaricias, falsos testimonios y el fraude; la lascivia, la envidia, la blasfemia, lo soberbia, la necedad, la imprudencia y la petulancia. Todos estos males y otros muchos vienen de adentro. No los da á la luz la boca hasta que los ha concebido el corazon. Ved aqui lo que mancha al hombre en los ojos de Dios. Pero el alimento que se come sin haberse lavado las manos, no lo mancha ni lo hace reo de pecado á la presencia del Señor.

Aprendan pues los que descuidan en la guarda de su corazon esta importante doctrina que el Soberano Maestro supo convertir tan oportunamente en provecho de sus Apóstoles; haciendo que este y todos los demas sucesos que se señalaban en su predicacion, sirviesen para perfeccionarlos en el apostolado, instruyéndoles contra las invectivas de sus enemigos. Aprendan los que tienen siempre abiertas las ventanas de los sentidos por las que entra en el alma la esclavitud, la corrupcion y la muerte; pues despreciando todos los halagos del mundo y la concupiscencia de la carne sabrán confundir á los falsos doctores, aunque levanten contra ellos una guerra mas cruel y funesta que la persecucion de los tiranos. Despues de todo esto tambien les mostró Jesus con sus discursos y ejemplos

que no convenia á los hombres apostólicos dejarse engañar, aun con el pretexto de las necesidades espirituales de sus prógimos, segun la carne; y que si pueden por algun tiempo asistirlos y tratarlos con mucha precaucion, deben entregarse con menos reserva á los estraños, siempre mejor dispuestos á aprovecharse de los trabajos de un ministro evangélico que los domésticos y parientes. Sobre todo lo que dice S. Agustin (1): preciso es que los hombres entiendan que no son escitadas por el demonio todas nuestras malas intenciones: sino que lo son muchas veces por el movimiento de nuestro libre albedrio: los buenos pensamientos empero son siempre de Dios. De qué manera hayan de arrojarse de nuestra voluntad, entendello y aprendedlo del consejo que os doy: no litigéis jamás con los malos pensamientos, ni con las inclinaciones perversas de la voluntad: cuando estas os molesten é hicieren la guerra entreteneos y ocupad vuestro pensamiento y voluntad con alguna consideracion útil y provechosa; con esta luchad fuertemente hasta que logreis desvanecer la primera: porque nunca se destruye mejor un mal pensamiento y una mala inclinacion sino con otra que no concuerda con la primera.

A este propósito parece que dijo oportunamente el Apóstol escribiendo á los de Galacia (2): proceded segun el espíritu de Dios y no satisfareis los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu: y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne: como que son cosas entre sí opuestas; por cuyo motivo no haceis vosotros todo aquello que quereis. Que si vosotros sois conducidos por el espíritu, no estais sujetos á la ley. Bien manifestas son las obras de la carne: las cuales son: adulterio, fornicacion, deshonestidad, lujuria, enemistades, pleitos, riñas, disensiones, heregias, envidias, homicidios y otras semejantes. Al contrario, los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia y castidad. Fácilmente pues con el ejercicio de estas virtudes se estingue el principio y raiz de aquellos vicios, que ciegan los ojos de la razon y del conocimiento perfecto, porque salen del fondo de un corazon corrompido. La union con Dios es otro de los remedios mas á propósito para lograr que el hombre vea la luz, rodeado como siempre está de las tinieblas espantosas que el infierno levanta á su alrededor; porque en toda tentacion es el remedio mas saludable

(1) Div. Agust. De Ecclesiasticis dogmatibus, cap. 82.

(2) Ad Galat. cap. 5. v. 16. et seqs.

esta union: y asi es que decia San Agustin (1): Cuando me uno á Tí, oh Señor, me descargo á Mí mismo de un insoportable peso, y ya no hay para mí ni mas trabajo ni mas dolor. ¿Y quién no sabe que esta union es nuestra obligacion primera? ¿Quién puede creerse tan fuerte que pueda sobrellevar tan pesada carga? ¿Quién puede confiar tanto en sus propias fuerzas que crea no necesitar de los auxilios de la gracia de Dios, cuando en el fondo de su corazon lleva sus mas fuertes y formidables enemigos? ¿Quién oye esto y no tiembla y no vuelve en sí, y no trata sériamente de comenzar la reforma de sus costumbres por la mudanza entera del corazon, de donde proceden las manchas que hacen abominable al hombre en la Divina presencia? Guarda pues hombre tu corazon, ciérrale con el candado del temor de Dios para que allí se sequen hasta las raices de los vicios, y solo nazca y crezca en él su santo y verdadero amor.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, concédeme la gracia de que observe los mandamientos de Dios con tanta exactitud y pureza que jamás los traspase; y que á ellos solos prefiera entre todas las cosas de la tierra; y que cualquiera que sea la tentacion ú ocasion que se me presente, nunca los quebrante: hazme entender bien que en mi corazon está siempre viva la raiz de mi daño, y que sola la vigilancia de la oracion puede impedir en mí los frutos de corrupcion y miseria. ¿Qué será de mí si no ejercito la fé con la invocacion de tu auxilio, con el gemido de la humildad, con el fervor de la vida? Lava pues, Señor, las manchas de mi corazon, riega su ceguedad, acalora su frialdad, ablanda su dureza. Enfermo quedaré si no me curas, dormido si no me despiertas, caido si no me levantas, muerto si no me resucitas. Concédeme tambien que resista las tentaciones de la gula en todo aquello que entre por la boca de mi cuerpo, á fin de que conserve en todo la pureza de mi corazon: y como no basta para lograr tantos bienes la sola custodia humana si no asiste la divina, por esto te ruego humildemente que pongas Tú mismo la custodia necesaria en mi boca para que nada entre en ella ni de ella salga que manche mi alma y la haga desmerecedora de los auxilios de la divina gracia. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XV de San Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 20 ambos inclusive. Y al VII de San Marcos, desde el versículo 1.º hasta el 30.

La Iglesia usa del testo del de San Mateo para Evangelio de la Misa de la tercera semana de Cuaresma, dice asi.

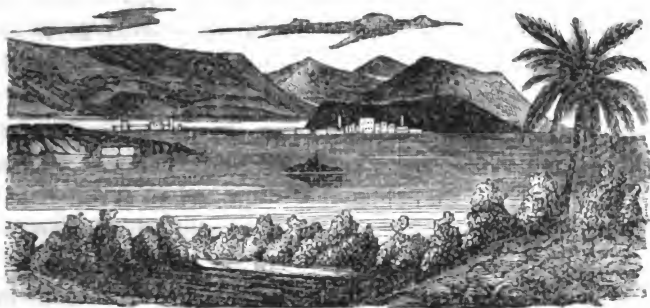
(1) Div. Agust. in Soliloquiis.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV, DE LA TERCERA SEMANA
DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XV, vs. 1 al 20.

En aquel tiempo : se llegaron á Jesus unos escribas y fariseos, que habian venido de Jerusalem, y le dijeron : ¿ Por qué motivo tus discípulos quebrantan la tradicion de los ancianos , no lavándose las manos ouando comen pan? Y El les respondió : ¿ Y por qué vosotros mismos traspasais el mandamiento de Dios , por seguir vuestra tradicion? Porque Dios dijo: honra al padre, y á la madre : y tambien , el que maldijere al padre, ó á la madre, sea condenado á muerte. Mas vosotros decís: cualquiera que dijere al padre, ó á la madre: la ofrenda que yo , por mi parte ofreciere, redundará en bien tuyo, ya no tiene obligacion de honrar á su padre, ó á su madre : con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradicion. ¡ Hipócritas! bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: Este pueblo me honra con los lábios, pero su corazon lejos está de mí. En vano me dan culto , enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y habiendo llamado á sí al pueblo, les dijo : Oid, y entended : No mancha al hombre lo que entra por la boca ; sino lo que sale de la boca, eso mancha al hombre. Entonces acercándose sus Discípulos , le dijeron : ¿ Sabes qué los fariseos, oyendo esta proposicion, se han escandalizado? Mas respondiendo El, dijo : Toda planta que no plantó mi Padre celestial , será arrancada de raiz. Dejados : ciegos son, guias de ciegos : y si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el hoyo. Pero respondióle Pedro, y le dijo : Espícanos esta parábola. A lo que Jesus respondió : Tambien estais vosotros todavia sin conocimiento? ¿ No entendeis que todo lo que entra por la boca, pasa de allí al vientre , y se echa en el lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, del corazon procede ; y esto es lo que mancha al hombre : porque del corazon salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre : mas el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre.





CAPITULO VI.

CURA EL SEÑOR Á LA CANANEA, A UN SORDO Y MUDO , Y CON SIETE PANES Y UNOS POCOS PECES ALIMENTA CUATRO MIL HOMBRES.

Todas las correrías que hizo Jesus despues que en la ocasion que hemos dicho en el capítulo anterior, abandonó á Jerusalem , y las disposiciones que tomó despues de marchar á Nazareth todas indican con la mayor claridad , que estaba muy cercano el término de la carrera que corria , y el instante terrible de su sacrificio. Dos años y medio habian transcurrido ya , desde que dedicado á la predicacion del Evangelio, trabajaba incesantemente en el establecimiento del reino de Dios ; y se habia dejado ver casi en todos los parages de la Palestina , á la cual se estendia su mision. De casi todos los pueblos grandes y pequeños lo habian ido á visitar en tropas durante su permanencia en Cafarnaum, tanto la gente vulgar y sencilla, como los régulos y principes ; los centuriones

y fariseos, los doctores y publicanos: pues su beneficencia se extendia á todos, y á nadie negaba sus lecciones y consuelos. Con todo, quedaban algunas tierras donde no habia parecido, y algunas otras donde solamente lo habian visto de paso; y El no queria que ninguno de los hijos de Israel y de Judá pudiera decir que lo habia olvidado: aunque pues en los confines de la tierra de Canaan se hallaban enclavadas las ciudades de Tiro y Sidonia, dentro los límites de la provincia de Siria, en la Fenicia, no quiso dejar Jesus de visitarlas, puesto que pertenecian á la tribu de Asser. Es verdad, que tanto esta, como las de Nephtalí, Fabulón y Manasés, que estaban vecinas, no habian destruido, segun el orden de Dios, á todos los idólatras poseedores de la tierra que debian ocupar; mas sin embargo, eran asimismo un objeto de las atenciones del Salvador, por mas que despues de la vuelta del cautiverio de la Asiria, los judios residentes en ellas estuviesen confundidos con los cananeos, que á la sazón tenian el nombre de fenicios, ó de sirofenicios. A estos pues, que eran una porcion del campo que El mismo habia de cultivar por su propia mano, fue á ofrecerles la luz, porque estaban rodeados de paganos, sumergidos en las tinieblas de la idolatria.

Es indudable que la escabrosidad de los valles que rodean el Líbano, y la inmediacion de los mares, eran una de las causas por la que los hijos de Israel no habian podido espeler ni exterminar enteramente los gentiles de la tierra de promision; por lo que introducido entre ellos el culto de los dioses falsos, y mas apartados de los preservativos que suministraba á sus hermanos la ciudad Santa, habian de ser un objeto mas particular de las atenciones del Hijo de Dios. No sabemos por cuanto tiempo trabajó, y se mantuvo el Señor en estos paises, pues parece que de ello no nos hablan los historiadores sagrados, sino para darnos á conocer, que ninguna porcion del pueblo de Dios fue despreciada por el Mesias, y acaso tambien para oponer á la infidelidad de los hijos de Abraham la fé de una mujer estrangera.

Saliendo pues Jesus de Nazareth se encaminó á los confines de Tiro y Sidon, y habiendo entrado en una casa para descansar de los trabajos del camino, sin que nadie lo supiese, se acercó á El una mujer cananea, gentil y sirofenicia de nacion, la cual tenia una hija poseida del espíritu inmundo, y encontrando á Jesus, clamaba diciéndole: *Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es malamente atormentada del demonio.* Mas Jesus no le respondió palabra. **Importantes son las espresiones con que concibieron**

los Evangelistas la introduccion para referir este nuevo milagro con que se estendió por todo aquel pais la llegada del Bienhechor universal. Ocultas estan en los consejos de Dios las causas porque el Salvador sale de una tierra para ir á otra. Mas aun en esto aprende la fé, que es el Señor de sus dones, y que los da y reparte á quien quiere, porque nada nos debe. Como sale Jesus de una tierra para ir á otra, tambien sale la mujer de los confines de las tierras gentiles y pecadoras, para ir en busca de la Magestad Divina: lo que enseña y significa, que la alma pecadora ha de salir de los confines de los pecados por el camino de la penitencia para encontrar al Salvador; porque no basta al hombre apartarse de los pecados, si no sale de los confines de ellos, que son las ocasiones y causas de pecar.

Segun el contesto evangélico, parece que Jesucristo no se manifestaba aun á los gentiles, y que evitaba su comercio: pero que por un especial favor, quiso darse á conocer á una sola cananea, para hacer una grande demostracion de su misericordia. Fuese pues que ilustrada ella con una luz superior, entrase á buscarle en el lugar donde moraba; ó fuese que inspirada supiese el tránsito por donde habia de pasar, es cierto, que luego que lo vió iba clamando detrás de El, y que los Apóstoles que rodeaban á su Maestro, y creían saber sus intenciones, no la permitian que se acercase. Habia oido la fama de los milagros que obraba Jesus; y creía con firmeza que podria sanar su hija: de ahí venia el continuo clamoreo con que á El se dirigia, saludándole como á hijo de David para que tuviese compasion de ella y de su hija. ¿Y podia dejar de atenderla el que con infinita bondad iba á salir al encuentro á los que no le buscaban? ¿El que sin ser rogado se metia por la region de los gentiles para traerlos á todos de las tinieblas á la luz, y llenarlos de todos sus dones? Para buscar á Jesus salió la mujer estrangera de los confines de su pais; para hallarle debe desposeerse el corazon humano de los afectos terrenos, y entregarse á la mortificacion y penitencia. La sabiduria de los que alcanzan la salud no se halla entre los regalos y delicias de la tierra. Abraham tuvo que salir de su pais natal para merecer la bendicion de Dios. Lot salió de Sodoma por no perecer entre los incendios: y los mismos hijos de Israel nunca hubieran entrado en la tierra de promision si no hubieran salido de Egipto. No es extraño, pues, que esta mujer saliera de los lindes de Sidon para encontrar á Cristo. Hallóle, y clamó á El. ¡En el hallazgo está una parte del premio de su fé, y en la curacion que despues obtuvo para su hija, está el

:

cumplimiento de aquel premio; porque su súplica iba acompañada de la humildad, y rubricada estaba por la esperanza.

Opusieronle un obstáculo los discípulos del Salvador para que no se acercase á El; mas este no fue sino como el preludio de otros muchos que despues habia de encontrar para conseguir lo que tan confiadamente suplicaba; de modo que puede asegurarse que hasta entonces no habia hecho el Señor desear tanto tiempo á nadie sus misericordias y sus gracias. No pudiendo acercarse á Jesus la fervorosa mujer, levantaba mas la voz y clamaba con mas fuerza para ser oida: *Señor, Hijo de David, tened piedad de mí: mi hija es cruelmente atormentada por el demonio: yo imploro vuestro socorro*. Dichosa madre, que está pasada de dolor viendo á su hija poseida del demonio! Mas no le respondió el Señor ni siquiera una palabra, porque queria evitar por entonces la calumnia del pueblo, si le veian predicar á los gentiles. Juntamente quiso que con su disimulo resplandeciese mas la fé de la suplicante. En la dureza aparente con que muchas veces suele tratarnos Dios, está escondida la verdadera clemencia, con la que tambien nos prepara sus dones. Dichoso aquel que en estas pruebas no desmaya ni enflaquece, sino que aviva mas su fé con nuevos gemidos, mostrándose agradecido á los saludables rigores de la misericordia. Al paso que Jesus no daba muestras de rendirse á las súplicas de la Cananea, ni aun volvía sus ojos hácia ella, redoblaba esta sus clamorosas instancias; tanto que fatigados los Apóstoles y movidos de su constante perseverancia en clamar y llorar, se hicieron sus intercesores: acercáronse á Jesus, y le dijeron: Rogámoste, Señor, que la despaches favorablemente: concédela lo que pide, siquiera porque no nos incomode, pues viene gritando tras de nosotros. Que fue lo mismo que decirle: bien sabemos que habeis venido á instruir desde luego á los hijos de Jacob: mas esto no impide el que oigais de paso los ruegos de una estrangera que os manifiesta tanta confianza. Ceded por lo menos á su importunidad: á lo que respondió el Señor: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Aspera y dura sobremanera parecia la contestacion de Jesus, y nada prometia favorable á la mujer de Canaan. Nada al parecer detuvo al Señor, sino que acelerando su paso se entró en la casa donde queria mantenerse oculto hasta la mañana siguiente. Pero la mujer, constante en su fé y animada por la esperanza, siguió á Jesus, entró, arrojóse á sus pies, y le adoró, diciendo: *Socórreme, Señor*; y le suplicaba que lanzase de su hija el demonio. Claramente se vió en esta ocasion cuánto quiere Dios que se le pida con fervo-

rosa instancia, ardiente fé, humildad profunda y confiada esperanza, aun aquello mismo que El desea dar: y se conoce tambien cuánto se alegra que desconfiando de nosotros mismos le pongamos por intercesores sus santos y escogidos para que rueguen por nosotros. No se incomodaban los Apóstoles por el grito de la fé, sino que deseaban con ansia verla premiada, y por esto interpusieron su oracion. A los clamores y súplicas de la Cananea sola, calló el Señor; cuando se unió el ruego de los Apóstoles, lo desechó su bondad. Cerradas, pues, parece que estaban las puertas de la benignidad para esta mujer gentil. Mas como la fé hace hijos de Abraham á los que no descienden de él segun la carne, la Cananea, hecha fiel por el don de Cristo, no estaba escluida de la salud que trajo al mundo. Asi fue que en protestacion de esta misma fé, tan luego como le fue posible se acercó al Señor, se postró, y le adoró. A la oracion desatendida añadió la adoracion. La fé la acercó á Dios: la humildad la postró en su presencia: la confianza la dió aliento para perseverar. Al fervor del espiritu nadie le puede robar la confianza, por consiguiente no hay cosa que estorbe en él la oracion: pero Jesus, que todavia deseaba acrisolar mas y mas la fé de la buena madre, la respondió: *No es bien tomar el pan de los hijos, y echarlo á los perros.* Como hijos trata el Señor á los judios, á pesar de su deslealtad. ¿A quién no conmueve esta mansedumbre de Cristo? ¿Quién tendrá ánimo para volver mal por mal? Seguramente que tanto como se descubre la aparente resistencia de Jesus en consolar á la mujer, tanto mas brilla y se enaltece la fé de esta desventurada.

Misteriosa, mas que dura, aparece esta respuesta de Jesus. Ella es como la piedra de toque con que se descubren y conocen los quilates del mas precioso de los metales, porque con ella se descubren tambien todos los quilates de la fé de esta mujer portentosa y singular. No se queja de la afrenta con que la trató Jesucristo; antes bien se prevale de ella misma para dar mas brillo y fuerza á su ruego. Este es el ingenio de la humildad, esta es la elocuencia de la fé: abatirse y humillarse mas, cuando el Salvador mas la reprocha y mortifica. No me quejo, Jesus mio, porque me tratais de perra: antes al contrario, yo os confieso que soy mas asquerosa que los perros: pero bien, Vos sabeis *que tambien los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.* El pecador que de veras busca á Dios y desea salvarse, no estraña que le traten con la severidad santa que es parte de la penitencia: todo le parece dulce y verdadero en acordándose que merecia el infierno: su afan es aprove-

por amor bajó del Cielo y murió en una cruz? Permitió Jesus tan reiteradas súplicas para que resplandeciese mas la fé admirable de la mujer, y para que se viese tambien brillar á la par la liberalidad con que El recompensa los actos del amor. Quedó sana la hija de Canaan, porque en nada dudó la madre que por ella pedia. Marchó corriendo á su casa y encontró efectivamente libre á su hija, pero para siempre, de las impresiones de su perseguidor. ¡Oh mujer! esclama el Crisóstomo (4): grande es tu fé: no viste un muerto resucitado, ni un leproso repentinamente limpio: ni oiste á los Profetas: ni meditaste en la Ley Santa del Señor: ni viste tampoco cómo el mar se partia y dividia: nada de esto pudiste ver ni contemplar, y siendo sin embargo despreciada y sonrojada por Mí, no te retiraste, sino que perseveraste pidiendo: y porque ha sido tan grande tu fé, por esto ha sido tambien copiosa la gracia que sobre tí se ha derramado: levántate consolada porque está ya sana tu hija.

Roguemos, pues, con mucha instancia y fervor á Dios nuestro Señor para que libre nuestras almas y las sane de los pecados, por los que son malamente atormentadas del demonio. Clamemos al Señor con humildad y perseverancia, diciéndole con la mujer de Canaan: ten compasion de mí, Señor, hijo de David: y Señor, ayúdame. Mi alma está muy atormentada del demonio, porque no cesa de pecar y persevera en el crimen: si empero se convirtiese bien y no desesperase de la misericordia del Señor, se le dirá por el piadosísimo Jesus, hágase como desees: y quedará sana en aquella hora: porque en cualquiera hora que el pecador se convirtiese y llorase sus culpas y pecados, *vivirá y no morirá*. No desesperes, pues, ni dejes de pedir: porque si pidieres con corazon puro y fiel, perseverando en la oracion, y á la presencia del Señor te humillares, reputándote por indigno de su beneficio, cree firmemente que obtendrás cualquiera cosa que pidieres. Y así como los Apóstoles rogaron por la Cananea, el Angel del Señor rogará por tí, y tu súplica será bien y prontamente despachada.

Obrado este prodigio por Jesus y robado, por decirlo así, á su compasion en el retiro de su marcha, se apartó de los contornos de Tiro; vino por Sidon al mar de Galilea; dió una gran vuelta por las fronteras de las diez ciudades que estan junto al rio Jordan (de manera que corren sus aguas dejándolas á una y otra parte de sus corrientes); visitó todos los lugares ocupados por los judios natu-

(1) Div. Crisost. Hom. 17. ex variis in Math. Locis.

rales y predicó en todas partes la venida del reino de Dios; llegando Su Magestad á parar á la ribera occidental del mar de Tiberiades, donde no hacia ánimo de detenerse mucho tiempo, le presentaron un sordo y mudo, rogándole que pusiese sobre él la mano. No era este sordo ni mudo desde su nacimiento, ni por alguna enfermedad que le hubiese sobrevenido; éralo precisamente porque el demonio lo tenia privado de oír y hablar: así fué que en su curacion concurren tres milagros: porque oyó, habló y fue libre del demonio. Rogaban al Salvador que pusiese sobre él la mano, porque era Todopoderoso y todo lo habia criado. Grande es por cierto la virtud que tiene la mano del Señor para sanar y salvar, porque es la salud y la vida; el médico y la medicina; y sana todo cuanto toca y da salud á todo aquel que mira. Y tomando el Señor al infeliz y apartándolo de la compañía de los demas, mojó sus dedos con su propia saliva, y los metió en las orejas del paciente y tocóle tambien la lengua. Aunque el Señor separó á una pequeña distancia al sordo y mudo, lo hizo de manera que pudieran verse todas sus acciones y oirse todas sus palabras. Levantó sus ojos al Cielo para dirigir los ruegos á su Padre, manantial inagotable de todos los bienes. Los bajó y los fijó en el infeliz á quien queria curar: suspiró en fin sobre su desgracia, y dijo en alta voz: *Ephetha*, término siríaco que significa *ábrete*: á esta palabra se le desembarazaron los oídos, desátosele la lengua, entendió lo que se le decia y habló con entera facilidad y soltura.

No hay duda que dice muy bien el Evangelio santo que *por todas partes donde transitaba el Señor hacia bien á todos, y libertaba y sanaba todos los que estaban oprimidos por el diablo*. Este tránsito de unos pueblos á otros muestra la estension del celo del Salvador, y enseña la medida con que procede la caridad aun en el socorro de las necesidades espirituales. No detienen á Cristo en un pais los aplausos que le prodigan las turbas, ni le apartan de él la envidia ni la calumnia de los fariseos: en todo procede conforme á los fines de su mision, dando pruebas de ella y haciendo donde quiera la voluntad de su Padre. Cuando pues en estas correrias se emplea tan incesantemente el Señor en hacer el bien, no es extraño note San Mateo (1): que las turbas que se juntaron alrededor de Su Magestad habian traído cada una de su canton un número grande de mudos, de ciegos, de cojos, de paralíticos y de enfermos de toda suerte de dolencias, que los pusieron todos á sus divinos pies y que los sanó á todos.

(1) Math. c. 15. v. 30.
TOMO III.

Con notable estudio, escribe San Gerónimo (1), dijo el Evangelista, *hizo bien el Señor todas las cosas*: para que entendamos, que no basta al hombre hacer buenas cosas, si no fueren bien hechas. Son bien hechas, cuando para obrarlas se pide la ayuda de Dios nuestro Señor, y cuando se destierra la vanagloria que de ellas puede venir. Si por ventura hiciéremos alguna cosa buena que sea digna de alabanza, no la debemos ensalzar ni predicar, para esperar por ella el favor del pueblo; al contrario, tenemos un deber de encubirla con humildad: por lo que dice San Agustín (2): el que tiene virtudes, procure conservarlas huyendo de la vanagloria; porque el menosprecio de ellas es tenido por cosa muy loable á la presencia de Dios. El que menosprecia las alabanzas de los lisonjeros, es estimado del Señor y de sus Santos; y aun los que en el mundo son prudentes segun Dios, le alaban y engrandecen; y San Crisóstomo concluye (3): perversa cosa es la vanagloria, aunque es muy codiciada: es vicio que manifiesta profunda ignorancia, y los que de él son poseidos, dificultosamente abren los ojos por lo mucho que se aman á sí, y á sus cosas. Este vicio es el que corta, y aparta de los cielos, y clava en la tierra los miserables corazones que ya tiene cautivos, sin dejarles ver la luz verdadera. Este vicio engendra la avaricia, causa envidias, acusaciones y asechanzas. Este vicio arma y provoca á los que no han recibido mal ni daño alguno, contra los que ninguna cosa hicieron de mal: no conoce ni la lealtad, ni la amistad; y el que cae en esta enfermedad asquerosa, pierde á todo la vergüenza, despidiendo de su corazon todos los medios que le pueden provocar á ser humilde; y viene el hombre miserable á no tener amigos, porque todos se burlan de él; jamás le dicen la verdad, sino alabanzas y lisonjas; sintiendo en su corazon muy al contrario de lo que dicen.

Preciso es pues, que el hombre que quiere vivir con arreglo á la Ley santa del Señor, vele constantemente por recibir y conservar en su corazon la preciosísima virtud de la humildad; huyendo de los lisonjeros que le hacen burla y escarnecen: pretenda el hombre ser alabado de Dios en el Cielo, á la presencia de todos los Santos; para lo cual es forzoso que sea despreciado en la tierra. La verdadera honra, que se goza delante de Dios, es despreciar la de este mundo, y no hacer cuenta con las vanidades de la tierra;

(1) Div. Hieronim. in cap. 7. Marci.

(2) Div. Augustin. lib. 5. De Civitate Dei cap. 19.

(3) Div. Crisostom. hom. 2.º in Joann.

sino conformarse con la voluntad de aquel que con la mas escrupulosa diligencia examina todas las intenciones, y escudriña todos los corazones. Procure el hombre ser alabado de Dios, y de los moradores de la patria celeste, de donde le ha de venir todo bien, y de cuya mano ha de recibir todas las mercedes; porque asi asegurará sin disputa, su sólida y eterna felicidad y gloria.

Tres dias empleó el Señor en el ejercicio de estas obras de caridad, á las que siempre atentas las turbas seguan sin intermision al Maestro Divino atraídas de la suavidad y dulzura de sus palabras, y como encantadas y enagenadas en la contemplacion de sus bondades y misericordias. Tantos milagros empero vinieron á sellarse con uno mas general aun y mas estupendo. Llamó Su Magestad á su alrededor á sus Apóstoles que se habian separado entre las turbas, y fijando sus ojos en la muchedumbre, les dijo: verdaderamente estoy compadecido de este gran pueblo. Ya veis que tres dias hace estan empeñados en seguirme, y no dejarme: ellos han consumido cuanto tenian de provision; algunos han venido de muy lejos: si en este estado los despido, les faltarán las fuerzas en el camino. Yo no puedo resolverme á ello, y es preciso darles de comer. Pocos son, y ojalá no lo fuesen tanto, los que con la ansia de de buscar y seguir á Cristo, se olvidan de su propia comodidad, y aun de las necesidades de la vida. A los ojos de la sabiduria humana fue imprudente este pueblo esponiéndose á perecer de hambre, por no abandonar el alimento interior del espíritu. A los ojos de la religion fué muy cuerdo y digno de ser premiado con una de las grandes maravillas del Salvador. ¡Oh qué leccion tan importante es la que á todos dió Jesús en esta ocasion! No teman ser abandonados de la providencia los que ante todas cosas buscan el reino de Dios y su justicia: porque ninguna de todas las cosas necesarias para los medros de su espíritu les han de faltar.

A sus discípulos llamó Jesus antes de obrar el milagro, como para hablar y consultar con ellos; y esto fue, segun dice San Gerónimo (1), para dar ejemplo á los maestros de no menospreciar el consultar las cosas con los menores, y que en algunos tiempos y ocasiones les pidan consejo, aunque los discípulos sean menores y los maestros mayores y mas sábios. Y para que entendiesen al mismo tiempo la grandeza de la maravilla que queria obrar, por la consulta que con ellos hacia, y la magnificencia de su misericordia. Trata el Señor con sus discípulos la necesidad de los pobres,

(1) Div. Hieronim. in cap. 15. Math.

para moverlos á compasion: permite la hambre en los pobres, para obligarlos á que acudan á El; y enseñar á los ricos que de El han recibido sus bienes, á que usen de compasion con aquellos. Las palabras de Jesus son un claro indicio de su misericordia. *Compadecido estoy, dijo, de esta gente.* ¡Oh qué dulce y cariñosa es esta palabra! Ella sola penetra las entrañas y el corazon: no hay otro Señor que así tenga compasion de nuestras miserias, y necesidades, como es nuestro Hacedor, cuya misericordia es sobre todas sus obras. Como verdadero hombre se compadece de nosotros; y como verdadero Dios nos harta y mantiene. Dos razones dá el Salvador en favor de las turbas: la primera la larga paciencia que habian tenido siguiéndole por espacio de tres dias. La segunda es, la necesidad que la gente tenia; por cuanto añade, y no tienen que comer: haciéndoles notar Su Magestad que si la despedia sin comer, podrian desfallecerse en el camino, y perecer. ¡Pero cómo habian de desfallecer, ó perecer, si estaban con el Salvador del mundo, y habian de marchar con su bendicion! Cuán mal imitado es el Salvador de los opulentos y ricos, que despiden de sus casas en ayunas á los hambrientos, y no alargan su mano para socorrerlos! No tienen estos las entrañas benignas del Salvador, que temia el desfallecimiento de las turbas en el camino. Mas quieren algunos que sirva el dinero para cebar su propia avaricia, que para socorrer la necesidad agena. Por no alargar estos la mano á su tesoro, hubieran dejado morir de hambre á los que Cristo dió de comer á costa de un milagro.

De lejos dijo Cristo que habian ido en su seguimiento. ¡Grande fé! ¡Heróica esperanza! ¡Caridad asombrosa! De lejos habian ido; pero cargados de toda clase de enfermos; porque creian firmemente que el Señor era poderoso para darles la salud, y esperaban de su misericordia recibir el beneficio que apetecian. No podia pues el Señor ser insensible á esta tan grande demostracion de fé, esperanza y caridad. De lejos viene á Dios, el que clama á El desde lo profundo de su pecado: de lejos viene, el que ha corrido largo tiempo por la senda de la perdicion, está encallecido en los vicios, y corre apresuradamente al Señor para que le sane, ó descargue la pesada carga de las culpas. ¡Oh qué consuelo es para los que vienen de lejos, saber que los aguarda la misericordia infinita, precisamente para alimentarlos, descargarlos, y socorrerlos! De esta misericordia dió una prueba con sus palabras, antes que llegasen las obras. Si los dejare así ayunos, y fatigados de trabajo y de hambre, desfallecerán en el camino; y así es necesario darles de comer.

Es de notar, que es tanta la virtud del Criador, y la necesidad que de El tiene la criatura, que si la desamparase un solo punto, luego desfalleceria.

Los discípulos de Jesus, cuya fé era todavia flaca, cuya esperanza era tambien algo débil, y porque no entendian lo que debian esperar, ni conocian toda la virtud de su Maestro, ni hasta donde llegaba su poder; ni se acordaban de sus primeros milagros; asombrados, y como fuera de sí, le dijeron: ¿Cómo podrá nadie hartar á estos, ó de dónde se les puede dar de comer en esta soledad? Corto es el poder del hombre, escasa es, no hay duda su provision, aun para las necesidades mas comunes de la vida. ¡Cuántas veces hubieramos perecido, si dependieramos solo de lo que otro hombre nos puede dar! Este gran vacio de la flaqueza humana, lo suple la viva fé, llevándonos á Dios para que imploremos su auxilio en las necesidades de la vida. Nunca han temido morir de hambre los que con viva fe buscan á Dios en el desierto de este mundo: para inspirar, pues, el Salvador esta tan viva fé á sus discípulos, les preguntó: ¿Cuántos panes teneis? No lo preguntó, ignorando lo que tenian, sino porque de su propia respuesta resaltase mas el milagro. No lo preguntó, para aprender, sino para darles á conocer su necesidad, y obligarles á que la confesasen. Mejor hubieran respondido: Vos, señor, si quereis, lo podeis fácilmente remediar: con solo querer, podeis convertir en pan todas las piedras de este desierto. Esto era lo que naturalmente debia haberles sugerido el suceso de Bethsaida, de que habian sido testigos algunos meses antes. El modo con que les manifestaba Jesus su compasión con un pueblo hambriento, y fatigado, les daba bien á entender su buena voluntad, para hacer que previesen una nueva multiplicacion milagrosa. Siete, Señor, son los panes que tenemos, contestaron los discípulos, y algunos pececillos. Bien se echa de ver que todo era poco para tanta multitud de personas; en lo cual se descubre la templanza, y abstinencia que tenian, el Salvador y sus discípulos, en la comida y bebida; porque no usaban la comida de carne, sino unos peces, y aun no de los grandes, sino pocos y pequeños.

Cerciorado Jesus de la provision con que contaban sus discípulos, mandó que la muchedumbre se sentase en la tierra: debiéndose notar que cuando dió en otra ocasion de comer á las turbas en el desierto, advierte el Evangelista que habia mucho heno en aquel lugar; mas ahora habia faltado la yerba, porque segun nota Orígenes y otros varios autores, este milagro se obró en el invier-

no; y aun creen algunos que fue en el mismo dia de la Epiphania del Señor, cuando otros muchos se [obraron en el mismo dia por El. Es muy verosimil se guardase en esta segunda ocasion el mismo órden que en la primera: y mientras que se ocupaban los discípulos en dividir por clases ó turmas los presentes, tomó el Redentor divino los siete panes, bendijolos, y dió gracias á su Padre Celestial por el poder que le habia dado. Tomó asimismo los peces y los bendijo. Vinieron despues los Apóstoles, y á su presencia partió el pan y dividió los peces, mandándoles que todo lo fuesen repartiendo entre la muchedumbre. Comieron todos de este pan milagroso, y de los peces bendecidos por el Señor, cuanto quisieron: y recogiendo despues los mismos Apóstoles las sobras que restaban, llenaron con ellas siete canastas: siendo el número de los que se habian alimentado cuatro mil hombres, sin contar entre ellos á los niños ni á las mujeres.

Notable es la diferencia que hay entre la primera y la segunda refeccion. En aquella, que se obró con la multiplicacion de cinco panes, estaba figurada la doctrina del Viejo Testamento, encerrada en el Pentatheuco, ó en los cinco libros de Moisés; y aqui se revela la del Nuevo Testamento, adonde con mayor amplitud se manifiesta la verdad, y se da la gracia de los siete dones del Espíritu Santo; y son prefigurados los siete sacramentos y las siete virtudes, esto es, las tres teologales y las cuatro cardinales. En la primera refeccion eran los panes de cebada, y en esta eran de trigo, para manifestar cuánto mas deleitable, clara y sabrosa es la doctrina del Nuevo Testamento que la del Viejo. En la primera refeccion sentáronse las turbas sobre el heno verde, y en la segunda sobre la tierra; para demostrar que en la Ley Vieja se prometian á los hijos de Israel las cosas de la tierra, y en la Ley de Gracia se enseña á los cristianos que las menosprecien todas, con las riquezas y deleites; y lo que es mas, que se renuncien y desprecien á sí mismos para hallar mas fácilmente á Dios y seguirle con mas libertad. Por último, es de notar que en la primera refeccion se alimentaron cinco mil hombres, segun el número de los panes y segun el de los sentidos corporales, á cuya sensualidad se daban los profesores del Testamento Viejo; y en esta segunda no lo fueron sino cuatro mil, que simbolizan los varones espirituales por la perfeccion de los cuatro Evangelios, ó por el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales, con las cuales viven los virtuosos vida espiritual y sin defecto. Con todo lo que quiso el Maestro Soberano hacernos entender, no solo la gran diferencia que hay entre la antigua y nueva

Ley, sino que comprendiésemos que fijando nuestra vista en la vida perdurable, y aborreciendo como debemos todo lo de la tierra, debemos por lo mismo repartir á los pobres lo sobrante de todos nuestros bienes, porque esta liberalidad y largueza nos acrecienta los temporales y nos asegura los espirituales.

Viendo ya el Salvador á todos los enfermos curados, y alimentadas las turbas, y por consiguiente con fuerzas bastantes para emprender su viage, despidió con su bendicion santa aquel numeroso concurso. Es de creer que despues de tantos y tan señalados beneficios seria para el pueblo un momento doloroso y sensible el de la separacion del Señor; pero fue preciso resolverse á ello: y para precisar á la marcha á los que todavia querian detener á Su Magestad, subió á una barca juntamente con sus Apóstoles. Dióles orden que lo condugesen á *Dalmanutha*, lugar ó village situado en el territorio de *Magedan*, en la misma costa de Capharnaum, pero mucho mas al norte subiendo al nacimiento del Jordan. Este canton, como el de la Phenicia, estaba poblado de judios y gentiles; unos y otros estaban separados en diferentes *burgos*, y no tenian entre sí mas comercio que el indispensable. Por estos viages de Jesús se deja ver que su designio era anunciar el reino de su Padre en todos los parages donde habia israelitas establecidos; pero tambien se trasluce que de todas partes le salian al encuentro los fariseos, y que fuesen cuales fuesen sus milagros y doctrinas, siempre eran aquellos sus injustos detractores y sus mas implacables enemigos. En los dias que empleó el Señor en visitar y recorrer los llanos de *Magdala* ó *Mageda*, al Oriente del mar de Galilea, en la tribu media de Manasés, se le presentaron una porcion de escribas y fariseos, mas bien para tentarlo ó cansarlo con sus preguntas, y poner su paciencia á prueba de su malignidad, que para saludarlo; llevando consigo un crecido número de saduceos, sociedad perversa de incrédulos, cuyas doctrinas eran enteramente contrarias á la Ley de Moisés; pero el Señor les confundió y reprochó como en todas ocasiones, y continuó predicando á los crédulos y sencillos la venida del Mesias al mundo, y el establecimiento del reino de su Padre.

NOTA. Como lo contenido en este capítulo comprende tres parages enteramente distintos, los que usa la Iglesia como Evangelios propios de otros tantos dias, se pone á continuacion la oracion propia para cada uno de ellos.

ORACION

SOBRE LA CURACION DE LA CANANEA.

Señor mio Jesucristo, yo miserable pecador, humillado en tu divina presencia, te ruego y suplico que me ayudes en todas mis necesidades, tentaciones, tribulaciones y vejámenes con que me veo continuamente tentado y atribulado: si en tu presencia, Señor, soy como un perro vil, y como tal indigno de recibir de Tí un pan entero, esto es, la multitud y grandeza de tus dones; no me niegues algunas pequeñas migajas de los consuelos de tu gracia, porque sin esta refeccion santa mi alma es siempre muy malamente atormentada del poder del demonio; pero con ella presto se verá libre de tan feroz dominador, cualquiera que sea la mínima parte que me concedas. Bien sé que no dilatas tus dones para negármelos, sino para aumentar en mí con la tardanza el deseo; con el deseo la esperanza; con la esperanza la fervorosa oracion; y con la oracion la humildad, á quien está prometida la gracia. Aunque huyas de mí, Dios mio, yo te seguiré; aunque calles, te invocaré; aunque me deseches, no desistiré: humillado por Tí, confiaré en Tí, y avivaré en mi pecho el amor á que nunca resistes. Y si me dices que no es para los perros el pan de los hijos, te volveré á pedir que me trueques en hijo tuyo; porque existiendo tu gracia en mi alma, serán borrados todos sus pecados, y ella quedará hija adoptiva tuya, y entonces brillarán en ella tu misericordia y tu gracia por los siglos de los siglos. Amen.

ORACION

SOBRE LA CURACION DEL SORDO Y MUDO.

Señor mio Jesucristo, ven por la ciudad de Sidonia, esto es, por la predicacion que es figurada en ella; y ven al mar de Galilea, que es el mar de la contricion, de la confesion y de la satisfaccion: y ven por medio de la caridad, la cual se contiene y se obra dentro los diez mandamientos: apártanos de la compañía de los malos y de las tentaciones diversas: tócanos el entendimiento y voluntad con la saliva de tu sabiduría y amor: desátanos el vínculo de nuestra lengua para que podamos confesar nuestras culpas y hablar perfectamente, huyendo las alabanzas de los hombres, y solamente oigamos lo que nos conviene para cumplir en todo tu santísima voluntad. Ven á mí, Jesus mio, y ven á todos los pecadores; ven á los que estan obligados á escucharte y á hablar

de Tí; y con el imperio de tu voz di á cada uno de nuestros corazones, ábrete, y al punto se abrirá nuestro oído interior; seremos dóciles á tu palabra, no se empleará nuestra lengua sino en publicar y procurar tu gloria, hablando claro lo que manda tu Ley, y divulgando y anunciando tus misericordias sin fin á todos los pecadores, para que se convirtan y en la gloria eternamente te alaben. Amen.

ORACION

SOBRE LA MULTIPLICACION DE LOS SIETE PANES Y PECES.

Señor mio Jesucristo, Dios de bondad, compadécete de todas las criaturas, y pon tus ojos clementísimos en los penitentes, que somos principiantes en la virtud, y en los que con perseverancia aprovechan; péglos tambien en los contemplativos y perfectos para que perseveren en los tres días del desierto, que es en el primero por la contricion; en el segundo por la confesion; y en el tercero por la satisfaccion; ayudándonos para que alcancemos victoria contra el mundo, el demonio y la carne: alimbranos corporal y espiritualmente, pues todos esperamos de Tí el perdón y la gracia. Mantiene, Señor, á los primeros dándoles discreta solitud, cautela, indignacion, temor, deseo, celo y venganza de sí mismos: harta á los segundos por el espíritu de temor, de piedad, de ciencia, de fortaleza, de consejo, de entendimiento y de sabiduria: consueta á los terceros por los tres dotes del alma y por los cuatro del cuerpo. Sé Tú mi pan, cuya comida dé vigor á mi espíritu y no le deje hallar sabor en las viandas podridas del mundo ¿Quién sino Tú, oh maná escondido, puede ser verdadero alimento, medicina y hartura de mi corazón? Gracias te doy, oh sagrada víctima, ó pan celestial, porque has tenido lástima de tu pueblo y le has amado hasta el extremo de hacerte su manjar en el desierto de este mundo y su viático para emprender el camino recto que conduce á la patria celestial y dichosa. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en el XII de San Mateo, versículos 38 al 50. En el capítulo XV del mismo, versículos 21 al 39. Y en el XVI del propio, versículos 1 al 4: en San Marcos, capítulo III, versículos 31 al 35; capítulo VII, versículos 24 al 37; capítulo VIII, versículos 1 al 12. En San Lucas, capítulo VIII, versículos 19 al 21; capítulo XII, versículos 54 al 57; capítulo XI, versículos 24 al 32.

La Iglesia usa del testo de San Mateo como propio para el Evangelio de la Misa del jueves de la primera semana de Cuaresma, desde el versículo 21 hasta el 28.

Y del de San Marcos en el capítulo VII para el Evangelio de la Misa de la Dominica undécima despues de Pentecostés, desde el versículo 31 al 37.

Y del contenido del capítulo VIII para el Evangelio de la Misa de la Dominica sesta despues de Pentecostés, desde el versículo 1 al 9, todos inclusive. Unos y otros dicen así :

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XV, vs. 21 al 28.

En aquel tiempo: habiendo salido Jesus de allí, retiróse hácia el pais de Tiro y de Sidon. Y hé aquí que una mujer Cananea, venida de aquel territorio, clamó, diciéndole: ten misericordia de mí, Señor, hijo de David: mi hija es cruelmente atormentada por el demonio. Mas El no le respondió palabra. Y acercándose sus discípulos intercedían por ella, diciéndole: Concédele lo que pide á fin de que se vaya: porque viene gritando tras nosotros. Mas El respondió: No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. No obstante ella se llegó y le adoró, diciendo: Señor, socórreme. El respondió: No es bien tomar el pan de los hijos y echarle á los perros. Mas ella dijo: Sí, Señor: porque tambien los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Respondióle entonces Jesus, diciendo: ¡O mujer! grande es tu fé: sea hecho contigo como quieres. Y quedó sana su hija en aquella hora.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Marcos, cap. VII, vs. 31 al 37.

En aquel tiempo: Dejando Jesus otra vez los confines de Tiro vino por Sidon al mar de Galilea, atrevesando el pais de Decápolis. Y habiéndole presentado un hombre sordo y mudo le rogaban que le impusiere las manos. Y tomándole de entre la gente le metió los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua, y alzando los ojos al Cielo arrojó un suspiro y díjole: *Ephétha*, esto es, *abrios*. Y al punto se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua y hablaba claramente. Y les mandó que no lo dijeran á nadie. Pero cuanto mas se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo

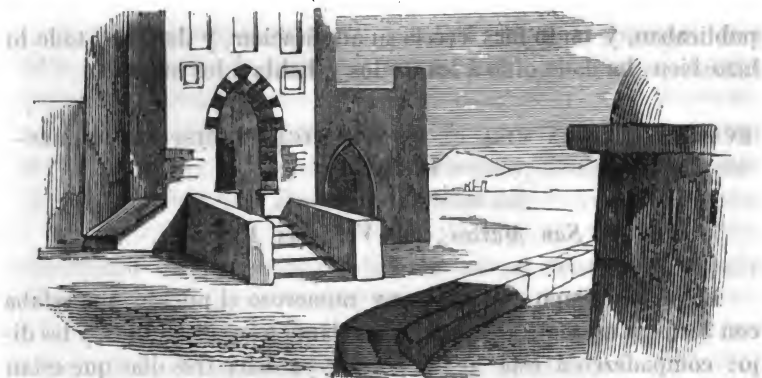
publicaban, y tanto mas crecia su admiracion, y decian : ¡ todo lo hizo bien, ha dado oido á los sordos y habla á los mudos!

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Marcos , cap. VIII , vs. 4 al 9.

En aquel tiempo: Siendo muy numeroso el pueblo que estaba con Jesus, y no teniendo que comer, llamó á sus discípulos, y les dijo: compadezco á esta gente porque ya hace tres dias que estan conmigo y no tienen que comer. Y si los envio ayunos á sus casas desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos: ¿cómo podrá nadie hartar á estos de pan aqui en el desierto? Y les preguntó: ¿ Cuántos panes teneis? Respondieron: siete. Entonces mandó á las gentes que se recostasen en tierra. Y tomando los siete panes dando gracias los partió y dábalos á sus discípulos para que los distribuyesen entre la gente, y los distribuyeron. Tenian tambien algunos pececillos, bendíjolos asimismo y mandó distribuirlos. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete espuertas. Siendo al pie de cuatro mil hombres los que habian comido: en seguida Jesus los despidió.





CAPITULO VII.

MANDA JESUS Á SUS DISCÍPULOS QUE SE GUARDEN DE LA MALA LEVADURA : DA VISTA Á UN CIEGO EN EL CAMINO DE BETHSAIDA : Y HABIENDO LLEGADO Á CESAREA DE FILIPPO ELOGIA Y PREMIA LA FE DE SAN PEDRO , Y EXHORTA A SUS DISCÍPULOS A QUE LE SIGAN É IMITEN LOS EJEMPLOS DE SU PASION.

Hemos dicho al fin del anterior capítulo que habiendo llegado el Señor á los llanos de *Magdala* ó *Mageda* , se le presentaron una comparsa de fariseos y saduceos para tentarle; pidiéndole , como ya lo habian hecho en otras ocasiones, que les hiciere ver algun nuevo signo ó señal del Cielo. Es de advertir que los saduceos, como tambien digimos, eran una generacion de incrédulos, enteramente contrarios á la ley de Moisés. Eran una de las cuatro sectas principales que habia entre los judios : hacian poco ó ningun caso de las tradiciones de los antiguos , que tanto apreciaban los fariseos ; y se atenian como los *Caraitas* á la letra de la Escritura. Negaban la inmortalidad del alma : la resurreccion de nuestros cuerpos : la existencia de los espíritus. Como creian que toda la recompensa de los

buenos consistia en las dichas y felicidades que disfrutaban sobre la tierra, despreciando cuanto habian oido predicar al Señor sobre los goces de la bienaventuranza eterna, y para convencerle de impostor si resistia sus exigencias, enseñando despues con toda seguridad verdadera la doctrina que ellos profesaban, le dijeron: Vuestros milagros, Señor, y todas las grandes curas que hasta aqui os hemos visto obrar, no son testimonios suficientes para adquirir los títulos que os atribuis y los derechos que os abrogaís: es preciso, pues, que cerreis la boca á la calumnia y á la maledicencia, y que obreis portentos y milagros en otra esfera mas propia de la divinidad. Hacednos ver un prodigio en el Cielo, y en este caso, no solo creeremos nosotros en Vos, sino que tambien enseñaremos á nuestros discípulos, y les mandaremos que os crean y que os tengan como un hombre venido del Cielo. No era el zelo de la gloria y de la grandeza del Señor lo que á estos hombres animaba, sino el deseo de desacreditarle é infamarle para decir que su poder no igualaba al de los antiguos Profetas.

Es de advertir, que muchos de los escribas y fariseos, olvidando el estudio de la Ley y los Profetas, que era lo que mas les interesaba para gobernar é instruir bien al pueblo, se dedicaban al de la astrologia; y asi es que hasta hoy se ven entre los judios, y particularmente en la clase de los rabinos, muchos grandes astrólogos; porque por el examen y consideracion de los astros quieren venir en conocimiento del principio de las leyes y sectas, á ver si por este medio pueden llegar á conocer el tiempo de la venida de Cristo y el principio de su nueva ley; lo que es absolutamente imposible porque á esto no se estiende la virtud ni la influencia de los astros, aunque sea cierto que por ellos se alcance la futura disposicion de los tiempos, como la lluvia, la nieve, la ventisca, el calor ó el frio, ú otras cosas semejantes ó equivalentes. Y para conocer sobre todo con toda certeza si era el Cristo prometido en la Ley, le pedian del Cielo un señal de magestad y omnipotencia, como lluvias, rayos ó centellas; ó que hiciera bajar por mucho tiempo el maná de lo alto, como en tiempo de Moisés; ó que hiciera parar el sol en medio de su carrera, como en los de Josué; ó que le hiciera retroceder, como en los de Isaias; ó que, en fin, hiciera que bajase fuego de lo alto, como lo hizo Elias: mas no pudiendo oir el Señor semejante ruego sin gemir amargamente sobre la incredulidad de donde nacia, les dijo: Vosotros, que os preciais de adivinos y sois tan hábiles en congeturas ¿venis ahora á pedirme nuevas pruebas de mi mision? Vosotros, que cuando aparece por la tarde

el Cielo arrebolado afirmáis que será bueno el día siguiente, y que cuando por la mañana aparecen las nubes rojas luego auguráis que habrá tempestad en el día; vosotros, oh hipócritas, que juzgáis solamente por el color del Cielo qué tiempo hará, ¿no podeis conocer por las señales manifiestas que veis todos los días, que estais en la plenitud de los tiempos y que vino ya el Mesias? Grande es vuestra ignorancia y mayor es vuestra malicia. Vosotros os haceis los ciegos y los sordos por no recibir á aquel que con sus beneficios obliga á todo el mundo, y cometeis una especie de adulterio escluyendo el esposo legítimo de vuestra casa y compañía para entregaros á otro y violar así la fé que se le debe. ¡ Ah ! Sí. Vuestros procederes son de una generacion perversa y adúltera, enemiga de la verdad. En vano pide y en vano se queja : no tendrá otra señal que aquella que se manifestó en la persona del profeta Jonás. Estudie si quiere este prodigio antiguo, y entonces verá por el modo de portarse conmigo, la razon con que hoy exige de Mí milagros en el Cielo.

Ofendiéronse altamente los fariseos de la respuesta de Jesus, pero el Salvador, que queria manifestarles aun con mayor estension la mala fé de su demanda, se alejó con presteza de su vista; y como ya habia hecho en este pais lo que convenia á las exigencias de su mision, pasó otra vez el mar con sus Apóstoles y fué á abordar á las riberas de la costa oriental de Tiberiades. Como la órden para el embarque se dió con tanta precipitacion, se olvidaron los discípulos de hacer las provisiones necesarias, y al desembarcar se hallaron solo con un pan dentro de la nave. No se le ocultaba esto al Maestro Divino, pero sus discípulos, que solo tenian presente lo importuno de la visita que acababa de despachar y que deseaban libertarle de aquella, no se acordaron de su propio alimento; y como para advertirles su descuido, al saltar á tierra, les dijo: En cuanto podais y esté de vuestra parte procurad, discípulos míos, guardaros y preveniros contra la levadura de los fariseos, herodianos y saduceos. Los discípulos, que aun eran bastante simples y groseros, entendieron la levadura en sentido material; contra la intencion de su Maestro, no pensando en otra cosa mas que en el pan que se habian olvidado de llevar consigo. El Salvador queria instruirles que se guardasen de tres especies de levadura muy dañosa á su salud eterna; á saber, de la de la hipocresia y avaricia, que era la de los fariseos; de la de la falsa doctrina, propia de los saduceos; y de la de la ambicion y orgullo, que era la de Herodes y su córte. Mas ellos no cayeron en el sentido moral de aquellas palabras, y tomándolas en el usual y ordinario con la ocasion de la levadura, se acordaron que se ha-

bian olvidado de echar pan , y se decian unos á otros: ¿qué haremos en este pais sin pan para alimentarnos , cuando el Maestro no quiere lo compremos de ninguna de las sectas que en él habitan? Este descuido les causaba bastante inquietud , y el lance en que se encontraban les hacia , no solo embarazosa una determinacion , sino casi imposible.

El Salvador , que conocia fijamente la zozobra en que se hallaban , y que penetraba sus mas ocultos pensamientos , con la benignidad que le era propia , mezclada empero con algun aire de descontento , les dijo : ¿Qué tristeza es esa que os agobia porque os falta pan ? ¿Con qué motivo las pocas palabras que os he hablado han podido introducir en vuestro pecho tanta inquietud y desasosiego? ¿A dónde está vuestra fé? Parece que no teneis ni entendimiento para conocer , ni memoria para acordaros , ni discurso para raciocinar ; y que como hombres sin razon os dejais guiar de los sentidos ; que teniendo ojos no veis ; y teniendo oidos no percibis cosa alguna ; y asi dais bien á entender que , despues de tanto tiempo que os amaneció la luz , aun estais en tinieblas. ¿No teneis presente que en vuestra presencia multipliqué un dia de tal manera cinco panes , que bastaron para alimentar cinco mil personas ? Decid , pues , ¿cuántas canastas recogisteis de sobras ? Y cuando ahora han comido recientemente cuatro mil hombres de siete panes , ¿cuántas habeis recogido? Y habiéndole respondido que siete , prosiguió diciéndoles : ¿Cómo pues no entendeis el sentido en que os hablo? ¿Pensais que mi asunto es el pan ordinario que sirve para alimentar el cuerpo? Sabed , pues , que este no os faltará mientras Yo estuviere con vosotros. Yo os hablo , discípulos mios , de una levadura que corrompe el espíritu y estraga el corazon ; esto es , de la levadura de los fariseos , saduceos y de otros , de la cual quiero que os guardéis como de un mortal veneno.

A estos términos fué preciso reducir la conversacion para abrir los ojos á los Apóstoles. Despues de tanto tiempo como conversaban familiarmente con el Señor , todavia no habian aprendido á distinguir lo que en sus conversaciones era de un estilo comun y familiar , de lo que eran ciertas palabras que , pronunciadas despues de algun grande acontecimiento , encerraban una doctrina sobrenatural y divina. Asi entendieron que el Soberano Maestro no les echaba en rostro el descuido que habian tenido de llevar consigo el pan necesario para su camino , ni tampoco les vedaba comer pan con levadura como lo habian creido al principio ; sino que todo su designio era el apartarlos de la dañosa doctrina y de las perni-

ciosas máximas con que aquellas sectas inficionaban la Judea.

Los Padres y Doctores de la Iglesia dicen con graves fundamentos, que por disposicion divina pudieron ser muchas las causas por las que se olvidaron los Apóstoles de embarcar consigo provisiones ó víveres. La primera, porque no queria el Señor que tuviesen mucha solicitud para el dia de mañana. La segunda, para que abandonasen al socorro de los pobres las siete espuelas de fragmentos que habian recogido. Y la tercera, porque queria el Señor que tuviesen enteramente depositada en El su confianza; pues vistos los milagros que habia obrado debian estar firmemente persuadidos que nada habia de faltarles. El venerable Beda (1) añade una cuarta razon, y es la de que queria Su Magestad que probasen la dulzura interior que causaba en su corazon tener en su compañía el único y verdadero pan, que tiene, reúne y conserva en sí el sabor y deleite de todos los manjares; á fin de que, atraídos de su suavidad y dulzura, cuidasen menos del pan exterior. Por lo que añade: un pan solo que tenian en la nave significaba místicamente el mismo Señor Salvador nuestro, pan de la vida eterna; con cuyo amor, fortalecidos siempre interiormente en su corazon, cuidaban menos del pan terreno con que acostumbraban alimentar su cuerpo. Manifiéstase con esto el fervor y el deseo de la celestial doctrina, y el menosprecio de las delicias del mundo de que estaban poseídos los Apóstoles; cuando se ve tan patente el poco cuidado que tenian aun de las cosas mas necesarias para la vida: asi como tambien se demuestra cuán inseparablemente vivian unidos con Jesucristo, cuanto se gozaban con su amable presencia, y cuanto sentian separarse de El ni aun por un solo instante; pues al imperio de su voz entraron en el barquichuelo, olvidando enteramente los preparativos para el camino. Y San Crisóstomo añade (2): Tan aprisionados estaban con el amor de su Maestro, que ni un solo instante querian apartarse de El. Tan lejos estaban de los deleites y apetitos de la tierra, que todo lo despreciaban por estar siempre con aquel sin cuyo auxilio la humana fragilidad no puede subsistir. Poseyendo á Jesus, que es la verdadera alegria y la perfecta posesion de todas las virtudes, ninguna solicitud ó afan los afligia, ninguna pena los entristecia, ni nada bastaba para destruir el gozo interior que sentian. Y no pudiendo disfrutar de esta paz y gozo interior los fariseos, saduceos y herodianos, por los muchos y reprehensibles vicios que los

(1) Ven. Bed. in cap. 8. Marci.

(2) Div. Crisost. hom. 54. in Math.

dominaban, por esto les dijo el Salvador que se guardasen de su levadura, cuya acritud penetra y hace fermentar toda la masa.

Verificaron su travesía por los mares los Apóstoles acompañados de su Maestro Divino; mientras duró esta tan provechosa instrucción; y avanzando mas y mas llegaron al puerto de Bethsaida, que era el término de su navegacion. En esta ciudad habia ya predicado otra vez el Señor y obrado distintos milagros en ella, por cuya razon solamente queria pasar por sus inmediaciones; mas al tiempo que las atravesaba con sus Apóstoles fue conocido y detenido por la muchedumbre. Rodeáronle como queriendo conseguir de Su Magestad un nuevo milagro, y no dudando que podia hacerlo, presentáronle un ciego, contentándose con suplicarle que solamente lo tocasse, firmemente persuadidos de que tendria el suceso el resultado feliz que se prometian. El infeliz era uno de los mendicantes estrangeros de aquellas cercanias, que iban de vez en cuando á pedir limosna á los judios; por lo que es muy verosimil que fuese gentil, puesto que no quiso curarlo el Salvador en presencia de aquellos mismos que por él habian rogado; pues encaprichados como estaban con la soberbia natural de su nacion, se hubieran escandalizado al ver que atendia á un hombre que no era de la sangre de Jacob.

Atento el Señor á derramar sus misericordias, no solo á los descendientes de Israel, sino tambien á todos los gentiles, puesto que habia venido al mundo para salvar á los unos y á los otros, no se hizo de rogar mucho para consolar al infeliz que se le habia presentado, aunque él no esperaba por entonces encontrar la vista que no tenia; y asi tomándole al punto de la mano, lo sacó fuera de la poblacion, untóle con saliva los ojos, y le preguntó en seguida si percibia alguna cosa, y cómo distinguia los objetos. Abrió el ciego los ojos, y estendiendo cuanto pudo la vista, respondió: que veia andar los hombres, pero que se le representaban como árboles, efecto de la debilidad de sus pupilas; por lo que solo podia con gran dificultad distinguir el movimiento de los que pasaban. No dudaba Jesus el estado en que se hallaba la cura, pero no quiso hacerla sino por partes, ya fuese para probar la confianza del enfermo, que no se habia presentado por sí mismo á buscar la salud, ó ya fuese para que su gozo se aumentase como por grados, á fin de que su inesperada curacion no perjudicase notablemente su salud á consecuencia de su excesiva alegría. Mas el misericordiosísimo Médico no queria dejar imperfecta la curacion de aquel hombre desdichado; púsole otra vez su mano divina sobre sus propios ojos y empezó á ver con toda claridad y distincion, no solo las personas, sino tambien los mas pe-

queños objetos. Entonces le dijo el Señor: **Marcha á tu casa** por el camino mas derecho, y si acaso vuelves á entrar en Bethsaida á nadie digas lo que acabo de hacer en tu favor. Este mandamiento de **Jesús al ciego curado**, nos da suficiente motivo para congeturar al menos, que no era de los habitantes de la ciudad ni de los descendientes de Jacob. El Evangelio no dice si fue Su Magestad obedecido en esta ocasion, ó si fue como en otras muchas en que los agraciados atendieron mas á los afectos de su reconocimiento que á las órdenes de su Bienhechor.

Despues que Su Magestad hubo usado de su caridad asombrosa en vez de aquel infeliz, continuó su camino y fue á visitar los lugares, aldeas y castillos de la dependencia de Cesarea de Filippo, cuya plaza estaba situada en los confines de la Judea á la falda del monte Líbano, no lejos del nacimiento del rio Jordan, donde se monajaba y hacia division entre la tierra de los judios y de los gentiles. Esta era la antigua ciudad de *Paneas*, que se habia dado al César, por cuya razon se llamaba *Cesarea*, en honor del Emperador Romano, y se añadia de *Filippo* en honor del hermano de Herodes, Tetrarca de Iturea y de la Traconitide. A la parte superior de esta ciudad y en el declive del monte Líbano nacen las dos preciosas fuentes de *Yor* y de *Dan* que, reuniéndose despues á la parte inferior de la misma, forman el rio Jordan; el que despues de largos rodeos entra en el mar de Galilea, corriendo por muy cerca de la ciudad de Corozain. Era conocida esta Cesarea con el nombre de Filippo para diferenciarla de otra Cesarea de Palestina, donde es fama que vivió el centurion Cornelio: y de otra Cesarea, metrópoli de Capadocia, que está enclavada en la region de Turquía. En Cesarea de Filippo y en sus confines habitaban una porcion de gentiles, y como Cristo quiso revelar tambien el misterio de su Encarnacion en este lugar, se demuestra por ello, que otro de los fundamentos de la Iglesia está fundado en la fé de los gentiles. Por último, en esta ciudad, que linda por la parte del Septentrion con la region de los gentiles fenicios y del término de la Judea, á la que se llevaban todos los tributos como á una capital de provincia, y en la que se dice que se verificó la descripcion universal de todo el orbe en tiempos de Cesar Augusto, quiso el Señor que se pagase el tributo de la fé al Rey de los Reyes y Señor de los Señores, ya que en ella se pagaba tambien el censo ó tributo material al Emperador de la tierra.

No hay duda que por todas estas consideraciones era célebre la Cesarea de Filippo, pero le faltaba el título que le habia de darla la mayor celebridad; y así al acercarse á ella el Señor, se retiró á un

parage secreto, llevando solo consigo á sus Apóstoles, y aun se apartó de ellos para hacer oracion, segun la costumbre que observaba siempre de no hacer cosa grande y decisiva en el ejercicio de su ministerio hasta haber pasado largo tiempo en comunicacion íntima con su Padre Celestial. El pueblo que se le habia juntado en el camino lo esperaba en la campiña, y sus Discípulos mas cerca de su Persona lo observaban con respetuoso silencio. San Marcos observa (1) que esta conferencia de Jesus con sus discípulos fué, no dentro de los muros de la ciudad, sino en medio del campo, donde no hay cosa que estreche ó ponga límite; sin duda para manifestar que la confesion que Pedro hizo en aquel lugar no habia de ser constreñida ni limitada á un solo pueblo como la antigua Ley, sino que habia de estenderse á todos los reinos y naciones hasta los últimos términos de la tierra.

Acabada por el Señor su oracion juntóse con sus discípulos, y caminando poco á poco con ellos, les preguntó por modo de conversacion ¿qué se decia de su persona en el mundo? Como quien dice: A vosotros os hablarán mas libremente que á Mí: vosotros oís los discursos de los hombres y se esplicarán con vosotros sobre el Maestro á quien seguís. Decidme, pues: ¿Cómo es mirado el Hijo del Hombre por las turbas que le siguen? ¿Qué se dice de mí entre los judios y entre los gentiles? El que es infinitamente sabio no podia preguntar para aprender, sino para darse mas á conocer; con lo que dió el Señor á todos una leccion práctica del cuidado prudente que debemos tener por la conservacion de nuestro buen nombre; no sintiéndonos de cualquiera pequeñez que se diga de nosotros, sino procurando vivir de manera que no la digan con causa. Por lo que decia el Apóstol que procuraba vivir bien, no solo delante de Dios, sino delante de los hombres (2). Y aunque en otra parte parece no estimar los juicios del mundo contentándose con el testimonio de la buena conciencia, no favorece con esto á los que no hacen caso de lo que dicen los hombres. Porque aunque no se han de estimar los juicios de estos cuando la conciencia da testimonio de que se hace lo que se debe y no es lícito dejar, con todo se ha de tener cuenta para no dar motivo á que nos juzguen sin causa (3). Esta era una de las principales razones que tenia San Gregorio para decir (4), que se ha

(1) Div. Marc. cap. 8. v. 28.

(2) Div. Paul. Ep. 2.^a ad corint. cap. 4. v. 21.

(3) Idem. Ep. 1.^a ad corint. cap. 4. v. 3.

(4) Div. Gregor. Hom. 9. in cap. 2. Ezechiél.

de tener miedo y reverencia á los juicios de los buenos , porque son miembros de Dios y no reprenden en la tierra sino lo que Dios condena en el Cielo. La detraccion empero de los malos es aprobacion de nuestra vida; porque entonces parece que hay en nosotros alguna cosa buena cuando nuestra vida desagrada á los que no agradan á Dios.

Adviértase que Jesucristo pregunta á los Apóstoles quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre, y no dice, quién dicen que es el Hijo de Dios; para confundir la soberbia de aquellos que cuando han de darse á conocer empiezan por los títulos de mayor dignidad, despreciando los de la humildad, que son los que mas enaltecen al hombre. Segun San Gerónimo (1), no dice quién dicen los hombres que soy Yo, para huir todo pensamiento de vanidad y jactancia, no fuese cosa que creyesen sus discípulos que conservaba en su corazon el orgullo mundanal que habia venido á condenar: y San Crisóstomo (2) añade: dice el hijo del hombre, porque quiere que se crea en la dispensacion del Misterio de la Encarnacion, á cuya confesion quiere inducir los discípulos; los que con aquella simplicidad que les era propia respondieron al Maestro Divino: unos dicen que sois *Juan Bautista*, otros que sois *Elias*, otros que sois *Jeremias*, y otros finalmente, que sois alguno de los Profetas. Todas estas creencias tenian entre los judios sus motivos de apoyo. Creyendo algunos en el error de los pitagóricos, á saber, que las almas pasaban de uno á otro cuerpo, creyeron que el Bautista, á quien Herodes habia mandado degollar, habia resucitado, y se presentaba con el nombre y persona de Jesus. Otros viendo el celo que tenia de la Ley, decian que era Elias. Y los que le habian visto llorar sobre la ciudad de Jerusalem profetizando su asolamiento y destruccion, le tenian por Jeremias. Asi pensaba el vulgo de la persona de Jesus, confundiéndole con otros Profetas, que aunque santos, no eran al cabo sino puras criaturas.

Jesus empero, que deseaba oir, y saber de la boca de sus Apóstoles el juicio que ellos particularmente formaban de su persona, les dijo: ¿Y vosotros qué partido tomais en tan diferentes opiniones? ¿Quién decís que soy? Esta era la principal pregunta, las otras solamente habian sido preparacion para ella. Pedro, que en la célebre conferencia de Cafarnaum sobre la divinidad de Cristo, y sobre la Eucaristia, tomaba siempre por el primero la palabra,

(1) Div. Hieronim. in cap. 16. Math.

(2) Div. Crisostom. Hom. 55. in Math.

y se hacia cargo de responder, tomóla ahora tambien, y con respetuosa sumision contestó á Jesus, y le dijo: *Vos sois el Cristo de Dios, vos sois el Mesias prometido, vos sois el Hijo de Dios vivo.* Admirable confesion de fe, que mereció los mas bellos elogios, y á la que siguieron los mas magníficos premios. Preguntó Cristo y no se paró en el juicio errado de los ignorantes del mundo, sino que buscó la resolucion de los sábios y buenos, que eran los Apóstoles. Hábiales dado un gran conocimiento de sus atributos, y les habia hecho muchísimas mercedes; por esto les pidió una confesion altísima de su divinidad; porque es su conducta ordinaria pedir mucho, al que mucho da; y como les habia dado grandes luces y conocimientos, les exigia una confesion mas sincera y mas alta. *Tú eres Cristo, le contestó Pedro,* esto es, el *Ungido*, de quien dice David (1), que habia de serlo con uncion de alegria sobre todos sus particioneros; y asi confesó su humanidad, en la que le confesó ungido con el óleo santo de la gracia sobre todos los demas hombres. Tú eres Hijo de Dios vivo: no adoptivo como los demas, sino natural y eterno, igual en todo á su Padre: que fué como decir: Tú eres el Mesias esperado y suspirado por tantos siglos, el cual en la humana naturaleza que tomó, habia de ser ungido con uncion espiritual como Rey y Sacerdote, segun la costumbre de la antigua Ley: y este nombre de Hijo de Dios le viene de nacimiento y de linage, porque nace con El, y en El; y para llamarse igual al que le engendró no necesita mendigar ni tomar nada de nadie. (2) Porque no se hizo Hijo de Dios, cuando se hizo Hijo de la Virgen, ó al tiempo que sus entrañas virginales nació para dar luz al mundo. Era Hijo de Dios desde la eternidad, antes que fuese ni resplandeciese el sol, cuando aun no habian comenzado los siglos. Lo que dijo despues San Pablo escribiendo á los Hebreos: (3) Hízole Dios tanto mayor que los ángeles, quanto por herencia alcanzó sobre ellos un nombre diferente. ¿Porque á cual de los ángeles dijo: tú eres mi Hijo, Yo te engendré hoy?

Bien aventurado eres Simon hijo de Juan continuó Jesus; *porque no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esas verdades tan sublimes, sino mi Padre Celestial, que está en los Cielos.* Lo que fue decirle: la conviccion que tienes, y la profesion que haces de creer que Yo soy Hijo de Dios, no es obra de una inclinacion natural y

(1) Psal. 64. v. 2.

(2) Div. Paul. Ep. ad Philipp. c. 2. v. 6.

(3) Id. ad Hebre. cap. 4. v. 5.

de una adhesion puramente humana; sino que es el fruto de la luz que has recibido de mi Padre Celestial: El es el que ha hecho que me conozcas, y el que te dá fervor y aliento para publicarlo. A la fe corresponde como premio la vision de Dios, queriendo el Señor, que quien por su autoridad cree lo que no ve, sea galardonado con ver lo que creia. Y asi fue, que no habiendo heredado Pedro de su Padre Juan el conocimiento del Hijo de Dios, ni habiéndole recibido por los medios humanos, le descubrió Jesus que lo habia recibido de su Padre Celestial; cuya manifestacion le hizo ver con claridad aquello mismo que él ya creia, que era la verdadera persona del Hijo de Dios, en la de Jesucristo su Divino Maestro.

A la singular confesion de Pedro, siguió el mas escelente elogio que de él hizo Jesucristo. Pedro enseñó á los Apóstoles, quién era Jesus, y este enseñó á Pedro quién era él, para lo que lo tenia destinado, y quiénes en representacion de su Persona habian de ser todos sus sucesores. Pedro dijo á Jesus, Tú eres Hijo de Dios: y el Señor le replicó: Para que te convenzas de que soy el mismo que has dicho y confesado. Yo te digo á tí: *Tú eres Pedro, y sobre esta esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* En otra ocasion, que fué la primera, que Jesucristo vió á San Pedro, el que tenia por nombre Simon, ya le dijo, que se habia de llamar *Cephas*, voz siriaca que significa piedra. Mas en esta ocasion declaró el sentido altísimo que encerró en aquella palabra; manifestando que lo tenia escogido para piedra fundamental de su Iglesia; lo cual fué señal cierta de que en lo secreto del alma le infundia un don de firmeza, de amor, y de fé para con Cristo, cual correspondia á la alteza de esta dignidad. Este era un nombre misterioso en el cual está envuelta la prerogativa de Arquitecto, y Supremo Pastor de su Iglesia. La Iglesia es la gran casa de Dios: edificóla Jesucristo cuando la fundó, y la edifican los Apóstoles y Profetas, los Evangelistas y los demas ministros suyos cuando la atraen nuevos miembros; ó apacientan y gobiernan á los que estan ya incorporados en ella con el pan de la doctrina santa. (1) Sola la Iglesia edificada sobre Pedro es la cristiana, la católica, la visible, la que posee *la cátedra de la unidad, la doctrina de la verdad, y la vida de la caridad.* No cabe en ella la idolatria, que destruye la unidad; ni la heregia que hace guerra á la verdad; ni el cisma que se opone á la caridad. Solos los que pertenecen á esta casa son el edificio de Dios (2). El que no va fundado sobre el cimiento de ella,

(1) Id. ad Ephes. cap. 4. vs. 11. et 12.

(2) Id. 1.^a ad Cor. cap. v. 9.

será arrancado por el huracan del error, ó arrebatado por las lluvias y avenidas funestas del cisma. No quiere pertenecer al cuerpo místico de Cristo, el que á Pedro no mira como á un Vicario suyo, y como á cabeza visible de este cuerpo en la tierra.

Este nombre fue como el signo del cielo é intrepidez que siempre tuvo Pedro para adelantarse en todo lo que parecia tocar á la honra é al descanso de su Maestro. Fue el indicio inequívoco de la firmeza del amor con que habia de amar al Maestro, en cuya correspondencia le encargó el Pastor supremo el apacentamiento de sus ovejas. Y fue en fin la concesion del privilegio esclusivo, de que despues de su Maestro seria él la piedra angular sobre la cual pondria el edificio grande, del cual seria el propio Jesucristo á un mismo tiempo *piedra angular, primer fundamento, y Arquitecto Divino*: que toda piedra que no se ajustase con la fundamental, colocada por la mano de Jesucristo, seria desechada de la fábrica del edificio, y no entraria en su economia: y que de la trabazon y union inseparable de todas las partes con esta piedra principal, resultaria al edificio la solidez; y recibiria eterna duracion. Perpétua es la firmeza de la Iglesia de Cristo. Necedad es la ciencia de los que persiguen la verdad: flaqueza el poder de los que encarcelan, y queman, y descuartizan á sus defensores. No puede ser destruida la que es guardada y protegida por el brazo de Dios hasta la consumacion de los siglos. No flaquea la fortaleza, ni yerra la verdad, ni peca la santidad; combatida es la Iglesia, pero no vencida.

Despues de esta tan magnífica y consoladora promesa, que nos dá una idea tan relevante de la persona de Pedro, pasa el Señor á otra comparacion no menos grandiosa, por la que declara cual será su poder en el gobierno de la misma Iglesia, mirada como una sociedad y congregacion de los fieles, sujetos á su gobierno y conducta. *Yo te daré, le dijo, las llaves del Reino de los Cielos. Todo cuanto atares sobre la tierra, será tambien atado en el cielo; y todo cuanto desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo.* Cuando le llamó piedra fundamental de su Iglesia, y dijo que contra ella se estrellaria todo el poder del infierno, representó la debilidad de todos los enemigos de la Iglesia, que nada habian de poder contra la fé de los verdaderos creyentes: por lo que, *por las puertas del infierno* entiende San Epifanio los hereges, San Ambrosio los vicios, Orígenes lo uno y lo otro, y Teofilacto los perseguidores de la misma Iglesia; al mismo tiempo que quiso demostrar tambien, que esta casa, ó mas bien baluarte inespugnable, que el mas sabio arquitecto fundó no sobre la arena movediza, sino sobre la peña incontrastable de la

fé, no sería derrocada ni por las avenidas de los vicios, ni por los aguaceros de las heregias, ni por los torbellinos de las persecuciones, aunque contra ella se adunen todas las fuerzas coligadas del infierno: pero cuando le da un poder tan ámplio y estenso que ata y desata, en la tierra y en el cielo, se lo dá también, no hay duda, sobre todas las fuerzas reunidas del infierno.

Autes de entrar en el examen de las preeminencias, que por estas tan particulares y distinguidas consideraciones concedió Jesucristo á San Pedro, conviene no olvidar: que antes que se obrase por el Salvador Divino el misterio de nuestra redencion, estaba cerrado el Reino de los Cielos; y lo estaba con la invencible puerta que puso Dios á consecuencia de la culpa del primer prevaricador. Encerrados estaban allí los Angeles, y solo venian al mundo cuando les enviaba el Señor á particulares misterios: pero aquel camino era oculto, y no trillado por alguno de los hijos de Adán. Por santo que fuese hallado alguno en su muerte, bajaba su alma al *Limbo*, que era el depósito donde debian esperar hasta la venida del Salvador, que de allí habia de sacarlas: pero abierto el Cielo con la muerte de aquel, y levantado el edificio espiritual de esta nueva Iglesia, quiso depositar en Pedro, y en sus sucesores, la potestad de abrir y cerrar las puertas de este Reino; de perdonar, y de detener; de atar, y de desatar. Quiso autorizarlos para que impusieran á los pecadores las penas correspondientes á sus culpas, ya alejándoles de los Sacramentos, ya sujetándoles á largas penitencias, ya también separándoles si fuese necesario de entre los otros fieles: porque la Iglesia á nadie ata, ni puede atar por medio de la culpa, sino con castigos que sirvan de remedio, ó de preservativo contra las culpas con que sus malos hijos se atan. Admirable declaracion por cierto, de la potestad Eclesiástica sobre la Iglesia militante, significada con el nombre de Reino de los Cielos. Con estas llaves se abre el reino eterno que cerró el pecado, y se cierran las puertas del infierno que este abrió.

De esta potestad tan escelsa y encumbrada, que es una emanacion de la de Dios, no puede usar nadie contra la intencion de Jesucristo que la da, ni de la Iglesia á quien la da. San Pablo llama á esta potestad el ministerio de la reconciliacion: por esto San Pedro y todos sus sucesores tuvieron, tienen y tendrán todo el poder necesario para formar, guiar, estender y gobernar su Iglesia por los medios que El mismo empleó en establecerla, fundarla y adquirirla con el precio de su sangre. Esta promesa que Cristo hizo á San Pedro, se cumplió á su tiempo con esactitud igual á la energia de las

espresiones en que se concibió, cuando Pedro, gefe ya del Colegio apóstolico, despues de la muerte y ascension de su Divino Maestro, vino á ser el padre de los padres, y el pastor de todos los pastores, como tambien de las ovejas todas: porque en aquella ocasion en que Pedro confesó á Jesucristo por Hijo de Dios vivo, se le prometieron, pero no se le entregaron las llaves, pues á habérselas entregado, ya no hubiera habido en él el error de la negacion, como sucedió despues en el tiempo de la Pasion. A este propósito dijo con mucha oportunidad el venerable Beda (1): Las llaves entonces se le prometieron, mas no se le dieron; porque todavia no se habian fabricado sobre el ayunque durísimo de la Cruz, ni se habian templado con la sangre del Salvador: este tenia reservado para sí su primer uso y ejercicio. Aun al parecer no se habian acabado de perfeccionar, aun estaban metidas en el horno ardentísimo de la Pasion, cuando el Señor debia abrir con ellas el primero las puertas del Paraiso al ladron y homicida; para que tú despues con su ejemplo las abrieses tambien á los publicanos y meretrices. Tú ejercerás el juicio sobre aquellos que confesarán su culpa, y esperarán con resignacion y paciencia su castigo y su pena: por esto tendrás una jurisdiccion ordinaria y la potestad de juzgar; para lo que se requieren dos cosas, á saber: la autoridad de conocer y de pensar sobre la culpa, y la potestad de juzgarla, y absolverla ó condenarla; cuyas dos cosas te daré á su debido tiempo con el nombre, uso y ejercicio de estas llaves que ahora te prometo.

La potestad de estas llaves es la de juzgar en el foro de la conciencia, pero no sobre los euerpos; y esta potestad consta de dos cosas, á saber: de la de discernir ó conocer en el examen y averiguacion de la causa, y de la de definir y determinar por sentencia condenatoria ó absolutoria. La primera potestad se llama ciencia, no como hábito de conocimiento, sino como autoridad y potestad de discernir y juzgar por la ciencia antes habida y adquirida; y la segunda se llama el poder de admitir ó escluir del reino, segun el verdadero juicio que se forma, mediante el que deben ser los indignos escludidos y los dignos admitidos: por lo que dijo San Bernardo (2): Pedro recibió las llaves en la ciencia y en la potestad que de arriba se le dió; y estas son la potestad de abrir y cerrar, y la discrecion para discernir entre los que deben ser admitidos ó escludidos. Esta potestad de atar y desatar no se dió sola y esclusivamente á Pedro,

(1) Ven. Bed. in cap. 8. Marci.

(2) Div. Bernard. Sermon 69. in cantica.

dióse tambien por el Señor á los demas Apóstoles, é igualmente á los demas obispos y presbíteros y en ellos á toda la Iglesia. Bien entendido, empero, que lo que es el poder de la autoridad radica en solo Dios, el que la concede mediante la infusion de la gracia: la potestad de la escelencia está en Jesucristo, que abre por el mérito de su pasion; y la potestad ministerial está en los Prelados de la Iglesia, que abren por el ministerio de los Sacramentos. Pero de tal manera recibió Pedro el poder de las llaves y el principado de la potestad judiciaria, para que entiendan cuantos crean y estan esparcidos y diseminados por todo el orbe, que todos aquellos que voluntariamente se separasen de la unidad de la fé, y de la sociedad y comunion de la Iglesia, que de ninguna manera pueden ser desatados de las ligaduras de los pecados, ni pueden entrar por la puerta del reino de los Cielos.

Oigan esto pues los Obispos y Prelados de la Iglesia, y si se alegran y gozan en su dignidad, no se ensoberbezcan en su potestad. Si ataren como Pedro, y como él desataren, ligado quedará lo que ligaren y desatado lo que desataren. Ímitenle pues en la discrecion y en la justicia los que quieren imitarlo en la potestad de atar y desatar. A él solo se le dijo esto por Jesucristo para que los demas se mirasen en él como en un espejo; y asi vivan, y asi aten y asi desaten, que de la paz y concordia nunca se aparten. Por lo que dijo San Gregorio (1): Con grande moderacion procuren los pastores de la Iglesia atar y desatar: pero aunque justa ó injustamente se vea obligado á ello el pastor, siempre su sentencia ha de ser temida y respetada por la grey. Tiemble pues el pastor de absolver ó ligar indiscretamente, y el que está bajo su custodia tema de ser ligado; ni reprenda temerariamente en el fondo de su corazon el juicio del pastor aunque injustamente se viese ligado, no sea cosa que por la soberbia que le inflame le resulte despues una culpa que antes no tenia.

Alegres debian estar los Apóstoles y sumamente contentos, por las grandes noticias que habian adquirido acerca de la persona de su Maestro, y tal vez se hallarian en disposicion de revelarlas, euando Su Magestad les prohibió á todos en general, y muy severamente, que á nadie dijessen que El era Cristo, el enviado, é Hijo único de Dios. Dándoles á entender, que aunque no queria tener cautiva la verdad, sino que su voluntad era que fuese conocida y creida de todo el mundo; no conociendo ellos todavia los designios de la Providencia adorable de su Padre, ni las economias de la pre-

(1) Div. Gregor. Hom. 26. in Evangelia.

dicacion Evangélica , sobre lo que les instruiria sucesivamente , les manifestó , que solo á El era á quien entonces tocaba anunciar los misterios sublimes de la Divinidad del Hijo único del Padre , establecer esta revelacion con milagros , y sellarla con toda su sangre : pero que ellos debian esperar el misterio de su Resurreccion , y que se derramase el Espíritu Santo sobre su corazon : que en el poco tiempo que le restaba de vivir , consumaria lo que le faltaba , para dar el último testimonio de la verdad que su Padre les habia dado á conocer , y Pedro acababa de confesar. Que entonces ellos la propondrian al universo , como una verdad , cuya fé seria principio de toda justicia , y fundamento de todo culto agradable á Dios. Vése , pues , por esto , que esta prohibicion fué temporal , y por muy corto espacio de tiempo : porque si antes de la pasion de Jesus se hubiese divulgado este importantísimo dogma , se habria irritado la fé en el corazon de los que creian , por el escándalo futuro de la Pasion ; como á pesar de todo esto sucedió en verdad , con los mismos Apóstoles , que abandonaron cobardemente al Salvador.

El tiempo de la pasion era tiempo de ignominia , y de que se manifestase la enfermedad y flaqueza de los hombres ; pero despues de la resurreccion , conseguida ya la perfecta victoria de la muerte , era el de que se manifestase la gloria de Su Magestad. Cuando cesó la causa , esto es , el escándalo de la pasion , cesó el efecto , esto es , la prohibicion : asi es , que dijo el Crisóstomo (1): Si manifestamente hubiese sido conocido por Hijo de Dios , nadie se hubiera atrevido á echarle encima la mano , y ni hubiera sido crucificado , ni hubiera resucitado de entre los muertos ; por consiguiante el reino del infierno estaria sobre la tierra , y el diablo dominaria todo el universo. Y San Ambrosio (2) añade : por muchas razones mandó el Señor á sus discípulos que callasen en esta ocasion : para engañar al príncipe de las tinieblas : para huir la vanagloria , para enseñar la humildad , y para no oprimir á los discípulos rudos todavia é imperfectos con la pesada carga de una mayor y mas interesante predicacion. Prohibióseles antes evangelizar al Hijo de Dios , para que despues lo anuncien crucificado. Esta es la gloria de la fé , si bien quiere entenderse , la cruz de Cristo. Estas verdades tenian mucho de grande , sublime , y verdaderamente divino. Su cumplimiento es hoy nuestra dicha y nuestra gloria. Por ellas somos verdaderos adoradores , y es honrado Dios por los

(1) Div. Crisostom. Hom. 53. in Math.

(2) Div. Ambros. in cap. 9. Lucæ.

hombres como merece serlo. Pero tambien es preciso confesar , que estas tristes predicciones anunciadas sin prevencion en un tiempo en que todavia no estaban dispuestos los corazones para recibirlas, ó hubieran escandalizado enteramente á los fieles , ó tal vez los hubieran retraido de creer.

Jesucristo , que comprendia bien hasta donde habia de llegar la resistencia de los mismos Apóstoles , á quienes acababa de manifestar tan esplicitamente su Divinidad , quiso dar con ellos un grande ejemplo al mundo , poniendo á una dura prueba toda la sumision y rendimiento de su fé: y al mismo tiempo que les previno que callasen , les encargó que lo dejaran obrar segun los designios de la providencia de su Padre; y que á lo mas se contentasen con anunciar como hasta allí lo habian hecho por su órden , que el reino de Dios se acercaba ; que ya habia llegado el tiempo anunciado por los Profetas ; y que para coger sus frutos convenia disponerse con la penitencia: que este seria el órden de los sucesos que bien pronto verian pasar delante sus ojos: que no queria ocultarles cosa alguna , y que convenia prevenirlos contra los escándalos de los cuales conocia que se dejarian llevar fácilmente.

Advertidos con estas prevenciones , continuó el Señor manifestándoles los futuros , pero muy cercanos acontecimientos; y asi les dijo : Sabed discípulos mios , que tiene determinado mi Padre , que yo vaya á Jerusalem , y que aunque soy su Hijo único , y primogénito de los hombres , he de padecer mucho allí de parte de los escribas , de los príncipes , de los sacerdotes , y de los ancianos de la nacion. Que despues de haber experimentado todas las indignidades y afrentas , y padecido todos los tormentos que puedan imaginarse y discurrirse; seré reprobado de ellos y entregado á la muerte con ignominia , y al tercer dia resucitaré á una nueva vida. Y finalmente sabed que hasta despues de cumplidos estos oráculos , no predicareis públicamente , ni anunciareis lo que al presente habeis confesado en secreto. Amargo y durísimo pareció este relato á unos hombres tiernamente adictos á su buen Maestro. Y Pedro , que le amaba mas que los otros condiscipulos , no solamente se halló sorprendido , sino que se manifestó muy inquieto y ofendido ; y cogiendo al Señor por la mano , y separándole de los demas , para evitar el que se dijera que los reprendia , poseido de un verdadero amor , y de un dolor vehementísimo , le dijo: No , Señor y Maestro mio: no sucederá esto asi: no caerán sobre Vos todas esas desgracias que decis. Tratamientos tan indignos no pueden estar reservados para quien es tan misericordioso con los hombres como lo sois Vos.

El amor de Pedro, y la escasa comprension que aun tenia de las cosas de Dios, parece que podian hacer disimulable su atrevimiento; sin embargo, no dejaba de ser escandaloso; y para prevenir el Maestro Divino todas sus fatales consecuencias, no pudo menos de tratar á aquel con aspereza y rigor. Empezó Su Magestad, mirando con rostro severo á cada uno de los Apóstoles, para darles á entender que lo que iba á decir á Pedro, se dirigia tambien á cada uno de ellos si todos eran de su mismo modo de pensar; y encarándose despues con aquel, le dijo: Apártate de mí vista, Satanás: las reflexiones que me haces, me escandalizan; y no puedo menos de oirlas con horror. Hablas como hombre carnal, que nada conoce de bueno, ó de grande, sino las cosas de la tierra, y no tiene el menor gusto en las que son de Dios.

Solo el que estuviese penetrado del celo ardiente de Pedro, y animado del mismo vivísimo deseo que tenia de agradar á Jesus, podria formar un juicio seguro de la impresion terrible que habia hecho en su ánimo un descontento manifestado con tan duras expresiones. Por lo menos el Salvador amoroso tuvo la bondad de perdonar al culpado la publicidad de la reprension. El grande Orígenes la esposita de una manera digna de ser tomada en consideracion (1), y dice asi: *Marcha en pos de Mí*. Esto es, por la conformidad de la voluntad. *Ven detrás*, y no contra Mí. *Satanás*, esto es, adversario y contrario, porque contradices, y hablas cosas opuestas á mi voluntad, y al camino que debo seguir para alcanzar la salud universal de los hombres. No quieras impedir mi Pasion, antes al contrario, sígueme, y procura imitar mis pasos. Bienaventurado es, pues, aquel á quien Cristo se convierte y mira, aunque le miré con ánimo de corregirle. Y añadió el Señor, eres para Mí escándalo, porque me das ocasion de ofensa; y me ofendes en esto que dices y haces, porque ¿acreditas no comprender las cosas que son de Dios, el que tiene determinada mi Pasion; sino que aprecias y prefieres las cosas que son de los hombres, amándome con afecto puramente humano. Es muy digno de advertir que ahora llama el Salvador Satanás á aquel á quien tan poco tiempo hacia habia sublimado y ensalzado sobre todos los demas, lo que precisamente fue por el amor carnal que le habia manifestado disuadiéndole de su Pasion, y oponiéndose para que no se verificara. Luego es claro que para no incurrir en estas reprensiones de Jesus, no debemos amar las cosas humanas, sino las Divinas; no las carnales, si no las espirituales; no las terrenas, sino las celestiales.

(1) Origen. Tract. 1. in Math.

Por lo demas es sumamente notorio que Pedro amó al Salvador con un amor ardentísimo, pues como se lee en el itinerario de San Clemente, tan fervorosamente amó Pedro á Jesucristo, que despues de su Ascension gloriosa á los Cielos, cuantas veces se acordaba de su dulcísima presencia, amabilísima compañía, y tiernísima conversacion, otras tantas saltaban de sus ojos rios de tan abundantes y ardientes lágrimas, que sus mejillas parecian como abrasadas por el ardor de aquellas; de donde se infiere, que por el celo y amor que al Maestro profesaba, queria impedirle su Pasion. Pero como este celo era indiscreto, por esto fue duramente reprendido. Con este ejemplo debemos nosotros tambien comprender, que por el alivio de las penas temporales que por nuestros pecados hemos de merecer, no hemos de abandonar los ejercicios espirituales, por los que hemos de merecer los grandes é inefables consuelos de nuestra alma.

Acabado este importantísimo discurso, que encerraba tantos y tan grandes documentos, fue á juntarse el Salvador con las turbas que lo esperaban, para continuar su viage á los contornos de Cesarea, disponiendo de tal manera sus instrucciones al pueblo que le rodeaba, que los mismos Apóstoles conocian eran una continuacion de cuanto hasta entonces les habia dicho: dirigiéndose pues á las turbas en general, les dijo: Si alguno de vosotros quiere ser contado en el número de mis discípulos, y venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. Una cosa es ir á Cristo, ó caminar á Cristo, y otra es ir en pos de Cristo. Lo primero todos lo quieren: no hay cristiano que no desee ir á Cristo, y verle donde El reina en la diestra de su Padre. Pero ir en pos de Cristo son pocos los que de veras lo quieran. Porque el camino por donde se vá á Cristo, está lleno de trabajos y penas, de que se resienten los regalados de este mundo: está sembrado de abrojos que lastiman los pies delicados: es cuesta arriba para los flojos, estrecho para los que dan demasiada anchura á los afectos de su corazon. Y como á estas clases pertenecen la mayor parte de los hombres, de ahí es, que son muy pocos los que andan en pos de Cristo. Pero no admira tanto que estos sean pocos, como el que haya quien espere llegar á Cristo no yendo por el camino de Cristo. Porque El es el término del camino, y el camino mismo; fin, principio, y medio de la carrera de la eterna salud. Por cuya razon, y atendiendo á que, el que para llegar á Cristo, no va en pos de El por el camino que Su Magestad Divina le señaló, anda enteramente desviado; dijo San Crisóstomo (1): como sea el

(1) Div. Chrisostom. Hom. 56. in Math.

Salvador pio y benignísimo, no quiere tener ningun servidor engañado, ó forzado, sino libres y voluntarios, y que le den gracias porque los admitió á su servicio. Asi sin violentar á nadie, ni forzando á nadie, por la necesidad, sino persuadiendo, y haciendo bien á todos, atrae á sí á cuantos quieren servirle. Porque si alguno diese grandes sumas de oro, ó repartiese todos sus tesoros á cuantos le siguiesen, ninguno habria que no corriese en pos de aquel: ¿Cuánto mas pues han de correr en pos de Cristo para alcanzar los tesoros que estan en el Cielo?

La abnegacion de la propia voluntad, y el desprecio de sí mismo son como los primeros rudimentos de la escuela de Cristo, á lo que estan unidos con eslabones indestructibles, el tomar cada uno su cruz y el seguir á Cristo; porque en estas tres cosas consiste muy principalmente la perfeccion cristiana. En cuanto á lo primero ya nos dijo el Apostol San Pedro (1), *que viviesemos como peregrinos y advenedizos*, esto es, como á gente que por no saber las costumbres de la tierra podia ser fácilmente engañada; y que por consiguiente estuviésemos siempre prevenidos, absteniéndonos de los deseos carnales que levantan continuamente la bandera contra el alma. Lo que fue como si dijera: sabed que en este camino del Cielo donde andais como peregrinos, hay escondido un ejército de soldados para hacer guerra á vuestra alma y estorbarle el paso. Estos militares aguerridos son los apetitos de vuestra carne, los que encubiertos como en emboscada, os quieren sorprender, no dejándoos usar de las armas de la razon, para rendiros y traeros á su partido; obligándoos como cautivos á todo lo que ella manda. En sintiendo pues algun apetito carnal que pide alguna cosa contra la ley del espíritu, tened entendido que ese es soldado que sale á cortaros el camino del Cielo.

Tres cosas segun esta doctrina sana debe negar en sí mismo el hombre para seguir verdadera y desembarazadamente á Cristo. Lo primero debe negar, y renunciar lo suyo; porque escrito está (2): *el que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Lo segundo, debe renunciar los suyos, porque tambien se lee en el Evangelio: *Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, y aun á su propia alma, no puede ser mi discípulo* (3). Y debe renunciarse á sí mismo, desnudándose del hombre viejo con todos sus actos y

(1) Ep. 1.^a Petri. cap. 2.^o v. 11.

(2) Lucæ cap. 14.

(3) Id. Ibid.

pasiones, y vistiéndose del nuevo en Jesucristo: para que deje de ser lo que era, y empiece á ser lo que no era. Porque ¿de qué le aprovecharia renunciar lo suyo, y los suyos, si no negase ó renunciase su propia voluntad, que es la que siempre arrastra al hombre y le pierde? Jesucristo quiso dar á todos este tan grandioso como admirable ejemplo, diciéndonos *que bajó del cielo, no para hacer su propia voluntad, sino la de su Padre que le envió*. San Crisóstomo espresó con un precioso similitud que cosa sea negarse á sí mismo (1): considerad, dice, lo que es negar á otro, y así entenderéis lo que es negarse á sí mismo. El que á otro niega, si ve que lo hieren, lo echan á la cárcel, lo castigan, ó que tiene trabajos, no acude á socorrerle, no se inclina á sus ruegos, ni se compadece de sus miserias; porque se ha con él, como persona que no conoce, con quien no tiene trato, ni cuida de sus cosas, ni se le da nada de su bien, ni de su mal. Según esto pues, aquel se niega á sí mismo, que no se cuida de su cuerpo en lo que le pide contra razón y justicia, mas que si no lo conociese: si lo desprecian no hace caso de ello: si lo hieren, ó hacen otro daño, no toma venganza: si padece frío, ó hambre, ó cualquiera otra incomodidad, no se cuida de ello y le deja padecer: finalmente no hace mas caso de él, que si no lo conociese. Esto es negarse á sí mismo, y hacerlo como lo hizo Cristo, que se despojó de Su Magestad y grandeza, tomó la forma de esclavo, y la figura de hombre, y vistiendo el saco de nuestra mortalidad sufrió todos los tormentos y oprobios en su dolorosa Pasión y muerte afrentosa de Cruz.

Pero añadió el Salvador, que el que quisiera esguirle, habia de tomar su cruz: esto es, la del mismo; porque en ella iba el precio de nuestra redención, y el peso de nuestros pecados: por cuya razón, el que se precia de discípulo suyo, debe estar siempre dispuesto para padecer por su amor, como El lo estuvo para padecer por nosotros; sin que nos arredren, ni hagan desmayar los trabajos por grandes que sean: no llevando por fuerza, ni como arrastrando la Cruz, sino recibéndola y tomándola con alegría, teniendo los trabajos por ganancia, y gozándose en ellos como se gozaban los Apóstoles al salir de los tribunales, porque habian sido dignos de padecer por el nombre de Cristo (2). Esta consideración tan consoladora para todo aquel que se ve perseguido, y atribulado en esta vida, fue la que impulsó á San Hilario á que nos dejase escrito este

(1) Div. Crisostom. Hom. 56. in Math.

(2) Actor. cap. 5. v. 41.

tan sublime documento (1): ha de seguirse á Cristo tomando tambien la Cruz de su Pasion, la que si no nos tocase por suerte, ha de ser buscada de buena voluntad, y con buena voluntad debe abrazarse para seguir al Redentor. San Pablo vivia tan enteramente negado á sí mismo, por seguir á Jesucristo, que dijo á los de Galacia (2): *para mí está ya crucificado el mundo, y yo para él*: en cuya consecuencia no titubeó en afirmar cuando escribia á los Colosenses; *que vivia, pero que no era él que vivia, sino que era Jesucristo que vivia en él* (3). Escelentes pruebas de la abnegacion de uno mismo, de llevar con entera confianza y amor la Cruz de Jesus Salvador y Redentor nuestro, y de seguirle con ardentísimo deseo de ser crucificado por El.

Arduo y trabajosísimo era este empeño, espantoso al parecer el consejo, pero no lo era menos el que despues siguió. Cualquiera, les añadió, que quisiere salvar su alma, esto es, conservar su vida á espensas de la fé, ó procurar su descanso en la tierra renunciando la creencia ó la práctica del Evangelio, perderá su alma para siempre. Pero al contrario, esto es, el que perdiere su alma, ó espusiere su vida, ó llegase á perderla por la confesion de las verdades que anuncio, él encontrará su vida y salvará para siempre su alma. Huyendo de la muerte, hallará la muerte; y procurando conservar su vida, perderá la vida; huyendo la muerte temporal, encontrará la eterna; y deseando conservar la vida temporal, tambien perderá la eterna. Su Magestad estaba previendo el tiempo de la persecucion, conocia su rigor, y queria prevenir para ella: El combate habia de ser terrible, pero necesario: la victoria difícil, mas que preciso era vencer ó perderlo todo. ¿Y qué le servirá al hombre, añade el Señor, ganar todos los tesoros de la tierra, si esta ganancia le tiene de costa ó la salud ó la vida? No tiene el mundo cosa bastante preciosa para pagar la vida de un hombre si se pasa de la vida temporal á la eterna; porque nada hay en este mundo que pueda compararse con la bienaventuranza dichosa y permanente, por lo que será muy feliz el que pierda aquella por ganar esta. Sea un hombre Monarca del mundo, goce de sus bienes por muchos años, no tenga nada que desear en la tierra: aun á este hombre tan dichoso, que todavia está por encontrarse, ¿qué le aprovecharia tanta felicidad temporal si perdiese la eterna?

¿Y de qué le servirá al hombre, continuó Su Magestad, ganar á

(1) Div. Hilar. Can. 16. in Math.

(2) Div. Paul. Ep. ad Galat. c. 6.

(3) Id. ad Colos. cap. 3.

todo el mundo, si no hay en él cosa que pueda recompensar la pérdida irreparable de su alma? ¿Quién será tan loco que se atreva á escoger un goce temporal, cuyo fin ha de ser la condenacion eterna? El comprar un bien menor con menoscabo de otro mayor, aunque el uno y el otro sean temporales y perecederos, siempre se tiene por pérdida; ¿qué será adquirir un bien temporal á costa de otro eterno? Por salvar el alma todo se ha de aventurar, sin reparar en la costa que para esto se haga, hasta sacarnos los ojos cuando lo pida la necesidad, ó cortarnos los pies y las manos en el sentido espiritual que lo manda Jesucristo, y dejar padre y madre, mujer, hijos, y heredades, y aun ofrecer la vida del cuerpo si fuese menester. Nada sacará el hombre de este mundo cuando muera para llevar consigo sino sus virtudes y sus pecados: dejará todo lo terreno y llevará precisamente todo lo inmortal: siendo pues el alma inmortal é incorruptible se ha de anteponer y preferir á todo lo mortal y transitorio. Sobremanera necio y avaro, y aun mucho peor que el diablo es el que ama mas las riquezas y tesoros del mundo que su propia alma; ó que las almas de los demas; porque el diablo estima mas una alma sola que todo el universo: por lo que se atrevió á decir á Jesucristo creyendo engañarle: *todo esto te daré, y le enseñó todo el mundo, si postrándote á mi presencia me adoras*. En cuya consecuencia no titubeó el grande Orígenes en escribir (1): Propuestas estas dos cosas, mejor hemos de escoger perder el mundo y ganar nuestra alma, que perder esta por ganar el mundo. Y San Crisóstomo concluye con este ejemplo tan familiar (2): Si teniendo tú necesidad, y colocado tú en el último extremo de la miseria vieses á tus criados que disipan en la lascivia todo cuanto tienen, ¿qué ganancia crees seria para ti, ser señor de aquellos? Así pues, ¿qué es lo que ganará tu alma si tu cuerpo se disipa todo entre los deleites de la sensualidad? Aunque tuvieses la sabiduria de Salomon, la hermosura de Absalon, la fortaleza de Sanson, la longevidad de Enoch, las riquezas de Creso, y todo el poder de los hebreos, ¿de qué te aprovecharia todo esto si al fin tu alma habia de ser entregada á los demonios para ser atormentada sin fin, y tu cuerpo habia de venir á ser pasto de gusanos?

Jesucristo, el mas humilde de todas las criaturas, quiso enseñar á todas con su palabras y ejemplos, que la gloria de sus verdaderos discípulos consistia en renunciar la del mundo; porque si alguno se

(1) Origen. Tract. 2. in Math.

(2) Div. Crisostom. Hom. 56. in Math.

avergonzase alguna vez de confesarle á la presencia de los hombres, no hay duda que El le confundiria delante de sus Angeles y Santos: y que cualquiera que tuviese á deshonor el profesar sus doctrinas y el imitar sus ejemplos se veria lleno de confusion en el dia de su triunfo; y que en fin, si alguno tuviese dificultad en creer y seguir sus máximas, tan opuestas á las del mundo, por alguna culpable consecuencia con los que lo siguen y aman, El le cargaria de oprobios á la presencia de todo el universo cuando acompañado de sus Angeles vendria del Cielo con toda la magestad de su gloria y la de su Eterno Padre á juzgar á los hombres y á dar á cada uno ó castigo ó premio segun sus obras; porque allí no se atenderá á las personas, sino á los méritos sin disminucion de ninguna clase: á los justos el premio, á saber; la gloria de alma y cuerpo: á los malos el suplicio de uno y otro. Aqui es el lugar de merecer del uno y del otro; de libertar y salvar el alma; y allí de recibir segun los méritos. Camina por tanto derechamente aqui mientras tienes luz, esto es, mientras vives; no sea cosa te cojan desprevenido las tinieblas de la muerte. Recibe aqui la muerte para que despues recibas la vida inmortal: no temas, porque á las tristezas de la vida suceden despues las glorias y gozos celestiales. Temes la muerte, fija tu vista en la gloria del que triunfa; te avergüenzas de la Cruz, atiende á los ministerios de los Angeles. Oye y atiende por fin las palabras de San Bernardo (1): Quieres saber lo que debes á Jesucristo? le debes tu vida, porque El por tí dió la suya.

Como los Apóstoles empero eran rudos, y podian caer en la duda de si vendria el Señor de la manera que les anunciaba, para que no desmayasen mientras le esperaban, les dijo: Sabed, pues, que algunos de los que estan aqui presentes y me escuchan, no verán la muerte hasta que hayan visto al que vosotros mirais ahora en todo parecido á los demas hombres, revestido de Magestad, lleno de resplandor, adornado de poder y hermosura, y sin que esperimenten una alegria indecible, que será efecto anticipado de las delicias de su celestial reino. En carne mortal les manifestó, no su inmortalidad, sino una claridad en todo parecida á la luz verdadera de la futura inmortalidad: y les hizo esta graciosa promesa, que les cumplió con la mayor fidelidad y prontitud, para que, vista la gloria futura de la resurreccion y la contemplacion del gozo permanente que allí habian de disfrutar, sufriesen con mas resignacion y constancia los trabajos y tribulaciones transitorias de la tierra.

(1) Div. Bernard. Serm. de cuadruplici debito.

ORACION

SOBRE LA CONFESION DE SAN PEDRO.

Dios y Señor mio Jesucristo, á quien el bienaventurado apóstol San Pedro confesó por verdadero Hijo de Dios, tambien yo, miserable é indigno pecador, confieso con toda la boca y con todo el corazon, que Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo y eterno; y te ruego Señor elementísimo me concedas el que te confiese con mis obras, para que, no negándote con ninguna de todas ellas, sea hallado fiel en tu divina presencia. Dame, oh Jesus mio, viva fé de tu Divinidad y odediencia de tu Ley, para que remon-tándome con alas de la esperanza hasta conseguir la eterna salud, vuele hasta Tí con encendido amor. De Tí, piedra viva, salgan rios de aguas de tu conocimiento que atraigan al seno de la Iglesia á los que tiene separados de ella el error y la vanidad de la idolatria, para que, consiguiendo con Pedro tu santa bendicion, permanezca como él firme en la fé con todas mis palabras y mis obras. Da, oh Señor y Dios Omnipotente, un mismo espíritu á todos los pastores y directores de las almas; para que, conspirando todos á la honra de vuestro Santo nombre, uniéndonos todos como sarmientos vivos á Vos, que sois la eterna vid, crezcamos en lozanía y verdor y en frutos de virtud como ramas dignas de tal tronco, y conformados enteramente con vuestra santa voluntad, lleguemos hasta la patria eterna, donde para siempre os alabemos. Amen.

ORACION

PARA ALCANZAR LA GRACIA DE SEGUIR Á JESUS.

Señor mio Jesucristo, Señor y Dios mio liberalísimo: Tú que te deramas cuando quieres en el corazon de la criatura y le llenas con la abundancia de tus dones, alentándole y favoreciéndole en medio de los trabajos y penalidades de la vida, concédeme la gracia que de tal manera me renuncie y niegue á mí mismo en todas aquellas cosas que temporalmente deleitan, que en todo tiempo y ocasion me aparte de todo lo malo y á Tí solo honre y busque; y renunciando constantemente á mi propia voluntad á Tí solo y por Tí obedezca siempre á todas las criaturas. No me niegues la dicha de que lleve con paciencia y solo por tu amor la cruz de las aflicciones y penalidades de la vida. Sea para mí este pensamiento espuela que me aliente á ir en pos de Tí, tomando tu cruz para ser enclavado y

morir en ella. No aventure yo la salvacion de mi alma por cosa ninguna del mundo, sino que siguiendo tus pasos, é imitándote en todo, y conformando mi vida con la tuya, vaya en pos de Ti hasta llegar á la patria donde vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVI del Evangelio de San Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 28; y la contesta San Marcos en el VIII, desde 13 hasta el 39, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de el de San Mateo desde el versículo 13 hasta el 19 en la festividad de las cátedras de San Pedro en Roma y en Antioquia, la primera á 18 de enero y la segunda á 22 de febrero; y en el día de la festividad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo á 29 de junio.

Usa tambien del mismo testo desde el versículo 24 hasta el 28, como propio de la Misa del día de San Marcelo Papa á 16 de enero y de otros muchos Santos Obispos y Mártires; y en la Misa *Sacerdotes* del comun de un Mártir Pontífice. Unos y otros dicen asi:

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS FESTIVIDADES DE SAN PEDRO, QUE SE HAN CITADO.

San Mateo, cap. XVI, vs. 13 al 19.

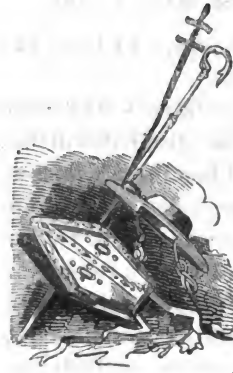
En aquel tiempo: Vino Jesus á la cercanias de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan Bautista, otros Elias, otros Jeremias ó alguno de los Profetas. Díceles Jesus: ¿Y vosotros quién decís que soy Yo? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo. Entonces respondiendo Jesus le dijo: Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los Cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los Cielos: y todo lo que atares sobre la tierra será tambien atado en los Cielos: y todo lo que desatares en la tierra será tambien desatado en los Cielos.

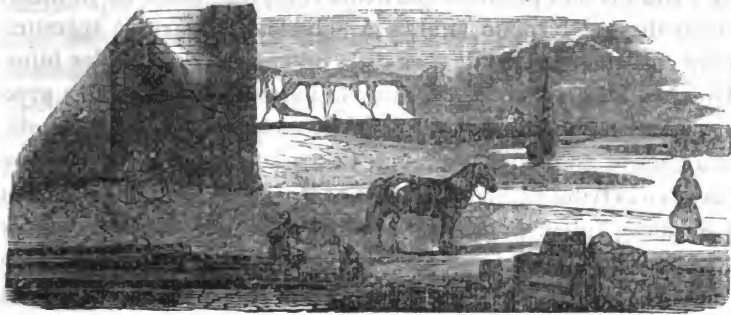
EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN MARCELO Y OTROS SANTOS PONTÍFICES Y MÁRTIRES.

San Mateo, cap. XVI, vs. 24 al 28.

En aquel tiempo: Dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere

venir en pos de Mí niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida la perderá: mas el que perdiere su vida por Mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno segun sus obras.





CAPITULO VIII.

TRANSFIGURACION DE JESUS EN EL MONTE TABOR, EN LA QUE SE MUESTRA GLORIOSO Á TRES DE SUS DISCÍPULOS: Y AL DIA SIGUIENTE DE BAJAR DEL MONTE SANA Á UN LUNÁTICO Y ENDEMONIADO, QUE AQUELLOS NO HABIAN PODIDO CURAR POR FALTA DE FÉ.

Desde que Jesus determinó dar á conocer con toda claridad á sus Apóstoles que se acercaba el tiempo de su Pasion, no les hablaba de otra cosa mas que de su próxima partida, de afrentas, de ultrages, de tormentos, de suplicios, de Cruz y de muerte. Les mostraba á Jerusalem como el teatro donde se habia de representar la mas sangrienta é inhumana de todas las tragedias que jamás los siglos vieron, haciendo sus sacrílegos habitantes al hombre Dios la víctima de su propia infidelidad: no se ocupaba sino en pensamientos lúgubres, y en comunicar á sus mejores amigos reflexiones siempre tristes y desconsolantes; y esto en un tiempo en que para ani-

TOMO III.

marlos, aunque entre bosquejos y figuras, les habia hecho una grande y consoladora promesa que debia realizarse antes de su muerte. Acercábase el término fatal, y el Soberano Maestro se apresuraba para consumir la grande obra de la instruccion de todos los hijos de Israel en los diversos cantones de la Palestina, la que debia prece-der á la consumacion del sacrificio. Pocos dias le bastaron para dar-se á conocer en todo el canton de Cesarea de Filippo, que estaba si-tuada en la tribu de Nephtalí, confinente por el Sur con la Zabulon, y el monte Tubor en medio de Galilea en esta última tribu: es de-cir, que comprendia desde casi el nacimiento del Jordan hasta los contornos del monte Líbano; porque tan luego como se anunciaba su llegada á una parte corrian de todas las vecindades para oírle ha-blar del reino de Dios.

Solo Jesus, á quien nada estaba oculto sabia claramente que este era el último de los viages que habia de hacer en la Judea y Galilea, el que como una larga jornada le conducia con lentitud al Calva-rio, cuyos pasos todos estaban medidos en los eternos decretos de la sabiduria de Dios; y como la sangrienta escena del Gólgotha habia de ser el verdadero triunfo del infierno y de la muerte, quiso anun-ciarlo el Señor con un espectáculo glorioso, cuya magnificencia anunciaba la Cruz, y parecia únicamente destinado á quitar con an-ticipacion el escándalo que ella habia de producir. Seis dias enteros, como dicen San Mateo y San Marcos, no contando sino los interme-dios; ú ocho, como dice San Lucas, contando con los dos no cumpli-dos, á saber: aquel en que Jesus pronunció su último discurso y en el que se verificó el memorable acontecimiento que vamos á referir, se hallaba Jesus con sus Apóstoles al pie de un alto monte cercado de una numerosa muchedumbre, á la que habia explicado como so-lia las verdades de la salud: y aunque no debió causar admiracion verle retirar al fin del dia para pasar la noche en oracion, segun te-nia de costumbre, causó alguna estrañeza observar que se llevase consigo á sus tres mas íntimos amigos Pedro, Juan y Diego, herma-nos los dos últimos é hijos del Zebedeo, y que se dejase los restan-tes en la llanura acompañados del pueblo que los habia seguido.

Apoyados ciertos autores en los dichos de algunos viajeros, tal vez menos religiosos que entendidos; y en varios planos de la Pa-lestina, cuya exactitud es muy dudosa; y sobre todo, en que los Evangelistas sagrados no nombran el monte sobre el que se verifi-có tan estupendo prodigio; la crítica de los injustos detractores del Evangelio se opone á creer que fuese sobre el monte Tabor por ha-llarse, segun dicen, situado dicho monte en los confines de Galilea

y Samaria, muy lejos de Páneas y del nacimiento del Jordan: suponiendo que el en que tuvo lugar dicho portentoso era el Libano, mucho mas elevado que el Tabor y cercano á Cesarea de Filipo: pero siendo como es innegable que el Tabor solo dista cuatro millas de Nazareth, y que Jesus viajaba entonces por aquel pais en direccion á Galicia, no hay dificultad alguna en creer que fuese este el monte donde se verificó el prodigio: y desaparece toda duda cuando los contrarios á esta opinion no prueban que en toda la Palestina hubiese otro monte con el mismo nombre; y en la antiquísima version périca sobre el capítulo XVII de San Mateo, se lee: **TRANSFIGURACION DE CRISTO EN EL MONTE TABOR.**

Escondidos han quedado tambien en los secretos de la Providencia Divina los motivos que tendria Jesus para dispensar esta fineza singular á solos los tres Apóstoles queridos y no á todos los demas. No puede dudarse de su mérito ni de que el Señor tuvo grandes razones para ello, entre las que sobresalen, al parecer, las de que queria Su Magestad que el caso quedase muy secreto hasta despues de su Resurreccion, y que aquellos mismos tres á quienes revelaba una parte de la magnificencia de su gloria, fuesen tambien testigos del estremo de su agonía en el Huerto de las olivas la víspera de su muerte; á fin de que, contrabalanceando las glorias del Tabor con los oprobios del Calvario, no fuese la Cruz un motivo de verdadero escándalo para los que creyesen en el Señor.

San Gerónimo (1) resuelve con mucho acierto la duda que podría surgir contando San Mateo y San Marcos solo seis dias desde el último discurso de Jesus, ó mas bien, desde la confesion de Pedro hasta la Transfiguracion, y San Lucas ocho; y dice: Todo esto conviene muy bien al presente misterio, porque asi como Cristo despues de seis dias del sábado anterior subió á la Cruz, y despues de el séptimo en que habia descansado en el sepulcro en el octavo resucitó; asi nosotros despues de las seis del mundo, que simbolizan la vida del hombre, en las que trabajamos y padecemos por el Señor, y despues de la séptima, que significa el descanso de las almas, resucitaremos en la octava y descansaremos eternamente en el reino de la bienaventuranza celestial.

Llevó consigo tan solamente á tres, para demostrar que el dicho de tres testigos es suficiente para dar testimonio de la verdad; al mismo tiempo que quiso declarar, que todos los que viviendo conservasen firmemente la fé del augustísimo misterio de la Santa

(1) Div. Hieronim. in cap. 12. Math.

Trinidad, se alegrarian despues con la vision eterna de Dios trino y uno. Llevó consigo á Pedro, Jaime y Juan, para enseñarnos que todo aquel que quiere ver la gloria de Dios, es preciso que le conozca por la fé, como Pedro: que abandone todos los negocios de la tierra, como Jaime; y que tenga la gracia de obrar bien, como Juan: porque todo el mérito de la criatura consiste en creer la verdad; en apartarse del mal, y en obrar el bien. Asimismo eligió á los tres en representacion de todos los estados, porque por Pedro se entienden que representan los casados y los Prelados; por Jaime los penitentes, y todos los que en el misterio santo estan dedicados á la vida activa; y por Juan todos los vírgenes consagrados al Señor. Y muy oportunamente en fin llevó á los discípulos á un lugar muy elevado para manifestarles la gloria de la resurreccion, para darnos á entender, que si queremos ser participantes de aquella gloria, debemos estar muy separados de las turbas de las hombres malignos, y vivir muy lejanos de los tumultos y alborotos del siglo: y para que sepamos, que no hemos de buscar la dicha, la felicidad, y la gloria en el valle profundo de este mundo, sino en el encumbrado Reino de la bienaventuranza. A todos los discípulos dió el Señor cuenta de su muerte, pero á solos tres manifestó su gloria. A muchos mas se manifestó desfigurado en el Calvario, que en el Tabor transfigurado. Escogió á los tres, que antes que los otros habian sido llamados al Apostolado. A Pedro, que tenia destinado para piedra fundamental de su Iglesia; á Jaime, que era el primero que con su sangre habia de dar testimonio de la verdad, antes que los otros Apóstoles; y á Juan, que habia de perseverar con El al pie de la Cruz. Esta distincion hizo entre sus mismos allegados, el que es Señor absoluto de sus dones, y en el repartimiento de ellos no atiende á la dignidad del que los recibe, sino á la misericordia con que los da, y con la que por medio de los unos, prepara sus corazones para el repartimiento y recepcion de otros mayores.

Llevólos solos, y á un monte muy alto. Para regalar á sus amigos elige el Señor el apartamiento del bullicio y estruendo del mundo, en la soledad y en la elevacion del ánimo significada por el monte. Cuando Moisés subió al monte, muchos pasos antes de llegar á él no se acercó ninguno del pueblo (1): y cuando Jacob luchó con el Angel, se alejó del ganado, para que no le estorbase el ruido (2). Mucho da que contemplar á la fé, el que los misterios

(1) Exod. c. 19. vs. 12. et. 24.

(2) Genes. c. 32. v. 23.

mas importantes de ella se hayan cumplido sobre los montes. Isaac iba á ser sacrificado sobre un monte: sobre otro recibió Moisés la Ley: sobre un monte se transfiguró el Salvador, y sobre otro fue crucificado. Asi santifica el Señor las ideas del sentido, para que ayuden á la formacion del hombre espiritual. La fé eleva el corazon de las cosas terrenas, la oracion le despoja de las aficiones carnales, la caridad le une con la alteza de la divinidad. A ninguno de estos montes sube el hombre sin Cristo; pero tampoco sube el que aparentando seguir á Jesus, quiere llevar otras cosas que condenan y reprueban la ley y las doctrinas de Cristo. Entretanto que Jesus velaba, y los discípulos dormian, se mudó toda la figura exterior de su Maestro Soberano; emanó repentina y pasageramente la gloria de que gozaba su bienaventurada alma. Su Divino rostro, siempre grave y sério, se puso resplandeciente como el sol: sus vestidos llanos y sencillos aparecieron brillantes y de una blancura semejante á la de la nieve. Mostróles por un instante cual habia de quedar para siempre despues del dia de su Ascension. Este es el Reino, ó la ciudad real, como dice San Leon Papa (1), en que poco antes habia prometido el Señor á algunos de sus discípulos que se les mostraria. Descubre pues su gloria delante de testigos escogidos; y aquel cuerpo suyo, igual en la naturaleza humana á la de los otros hombres, lo alumbra y esclarece con las luces de su eterna claridad.

Lo que es el sol para los ojos del cuerpo, dice San Agustin (2), eso es Cristo para los ojos del alma: lo que aquel es para la carne, es este para los corazones. Los vestidos de Cristo son la Iglesia. Cáese la ropa, si no la sostiene el que con ella se cubre. De este vestido vino á ser Pablo como la última orla, diciendo él mismo, que era el último de los Apóstoles (3). Y asi como la mujer que padecia una grave enfermedad sanó con solo tocar la orla de la ropa de Cristo; asi la Iglesia venida de los gentiles, se salvó con la predicacion de Pablo: ¿Qué extraño es, que los vestidos blancos signifiquen la Iglesia, cuando promete Dios por Isaías (4) blanquear como la nieve al que tuviesen sus culpas negro como un etiope? Cristo resplandeciente en el Tabor denota el estado de claridad con que ha de premiar para siempre la tribulacion momentánea de sus escogidos. La blancura de sus vestidos, añade San Agustin (5), prove-

(1) Div. Leo Mag. Sermon. 94. De transfigurati. Din. c. 2.

(2) Div. Agustin. Sermon. 78. in hæc verba.

(3) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Corinth. c. 15. v. 9.

(4) Isaïæ c. 1 v. 18.

(5) Div. Agustin. lib. 3. De mirabilibus.

nia del resplandor de su rostro: y esta fue una verdadera mudanza en el rostro, pero no en el vestido. No dejó la verdadera substancia de la carne, ni destruyó ó separó la verdad de su cuerpo, sino que le añadió claridad y resplandor. Revestido pues de nuestra carne mortal, nos manifestó como quiso la luz de la inmortalidad y de su gloria, para darnos una mayor certeza de aquella misma gloria que nos predicaba.

Esta tan gloriosa transfiguracion, fue como una prenda de la futura bienaventuranza que esperamos, y como un cierto y seguro anuncio de su segunda venida; en la que el mismo Cristo y sus santos brillarán con una claridad mas resplandeciente que la del sol: y asi fue, que no tomó en aquella ocasion el dote de la claridad, sino la semejanza de aquel dote. Porque como continúa el mismo San Leon Papa: revestidos todavia los Apóstoles del saco de la carne mortal, de ninguna manera podian ver la inefable é inaccesible luz de la Divinidad, que está reservada en la vida eterna para los limpios de corazon. El resplandor del rostro de Jesus, significa la claridad de su Divinidad; y el de sus vestidos, la de su Sacrosanta Humanidad.

Por último: sobre esta transfiguracion tan sorprendente y gloriosa debemos contemplar tres cosas; y son: que llevó consigo sus discípulos mas amados: que subió al monte: y que se previno con la oracion: para demostrar, que nadie llega á la gloria si no está acompañado de la virtud; si no tiene una vida desprendida de todo lo terreno, y si no es entregado á la oracion, y fervoroso en ella. Feliz el que siempre lleva consigo tan magnífico acompañamiento.

Al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elias hablando con él. El primero habia muerto muchos años hacia, pero es de presumir que para este lance salió su alma del seno de Abraham, y se unió con su cuerpo, conservado para este fin sin corrupcion en el sepulcro, que le dió el Angel del Señor al pie del monte Phogor. Por lo que mira á Elias arrebatado vivo en un carro de fuego, dejó el lugar del descanso de su cuerpo, donde estaba esperando por mas de nuevecientos años las órdenes del Mesias. El uno traia entre sus brazos las tablas de la Ley: y el otro estaba vestido de su hábito de pieles de camello, ceñido con ceñidor de cuero. Llenos de luz, y participantes de la gloria del Hombre Dios, necesitaban de sus símbolos característicos para ser conocidos de los Apóstoles, los que efectivamente no se engañaron. Hablaban con Jesus, pero no sabemos cuánto tiempo duró la conversacion, é ignorariamos la mate-

ria de ella, si habiendo despertado los discípulos, no hubieran visto á los dos ministros de Dios conversando con su Maestro, y no hubieran oído que trataban entre sí de la muerte cruel, que bien presto habia de padecer en Jerusalem. Moisés y Elias, la Ley y los Profetas, de nada sirven sino cuando hablan con Cristo. ¿Quién leeria la Ley, dice San Agustín (1), quien los Profetas, si no diesen testimonio de Cristo? Moisés y los Profetas hablaban y escribian; pero de Cristo estaban llenos cuando se derramaban. Ellos eran vasos, Cristo fuente: ellos siervos, Cristo Señor. Firme es la verdad publicada por la trompeta del Viejo y Nuevo Testamento, á cuya confirmacion concurre el Evangelio ayudado de las profecias. Ayúdanse entre sí el uno y el otro Testamento. Al que bajo el velo de los antiguos misterios, habian prometido las figuras de aquella Ley, pone ahora de manifesto el resplandor de la gloria; y el Cristo prometido y anunciado, se ve enteramente descubierto y revelado.

¿Qué podrán objetar los enemigos de la Religion de Jesus, á esta tan pública y portentosa revelacion? No es nueva la Religion prometida antes de la Ley, encerrada en la Ley, atestiguada por ella misma, anunciada por los Profetas, descubierta, ensalzada y glorificada, por el que era blanco de todas las Profecias. En el Tabor se ve la concordia que hay entre la Ley y los Profetas, y entre el Evangelio y los Apóstoles. La Ley fue dada por Moisés, la gracia es obra de Cristo: en El se cumplió la promesa de las figuras proféticas, y la observancia de los preceptos legales. El enseñó por su presencia la verdad de las profecias, y por su gracia la posibilidad de los mandamientos. La Ley fue dada para despertar, avisar, y alumbrar al pecador, y darle á conocer la necesidad de la gracia: y esta fue dada para cumplir la Ley con la caridad: la verdad para disipar las tinieblas de los idólatras, las sombras de los judios, y la hipocresia de los malos cristianos. La Ley figura, profetiza, y promete la gracia; y esta da de la verdad, el efecto y cumplimiento de la Ley, y que es Jesucristo y la Caridad. El siervo Moisés no pudo hacer mas que publicar la Ley y declarar la voluntad de su Señor. Solo Jesucristo, Dios y Redentor de las almas, puede hacerse Señor de ellas por su gracia, hacerse amar de ellas conforme á su voluntad, y cumplir en ellas la verdad de sus promesas, trocando las piedras en hijos de Abraham. En muy pocas palabras encerró todo esto el Apóstol (2): por la Ley, dice, vino el conocimiento del peca-

(1) Div. Agustín. Sermon 78. ibi. Sup.

(2) Div. Paul. Ep. ad Rom. c. 3. vs. 20. et 21.

do: ahora sin la Ley se ha manifestado la justicia de Dios, *que es este sol*; atestiguada por la Ley y los Profetas, *que son su resplandor*.

De la Pasion de Jesus hablaban con Su Magestad Divina Moisés y Elias, no para indicarle cosas que no supiese, sino para adorarle por su venida al mundo en carne mortal; y porque veian ya muy cercano á su complemento el misterio de la Pasion que ellos mismos habian predicho y anunciado; y porque veian tambien acercarse el momento de su redencion, y el de la de todo género humano. Compadeciáanse, sin embargo, de Cristo, porque aquel rostro tan glorioso y resplandeciente, debia ser afeado, escupido y escarnecido, y su Santa é inmaculada Persona debia ser entregada por envidia, juzgada y crucificada. Tampoco hay duda que entre los Apóstoles y Profetas, hubo un gozo y contento muy grande, no solo por la transfiguracion de Jesus, sino tambien por la mútua y reciproca vision, pues que los príncipes de uno y de otro Testamento, se juntaron con el Dios de Abraham. Allí se veia á Moisés, gefe y príncipe de los judios, y á Pedro, príncipe de los cristianos. Allí se veia á Elias casto, y á el virgen Juan; y uno y otro alababan en Jaime el entre los Apóstoles el primer mártir. Sin embargo, parece que no pusieron los tres Apóstoles demasiado cuidado y atencion en la materia del discurso, hasta que volvieron mas en sí de la admiracion y sorpresa que les causó tanta novedad. Ellos se conmovieron tanto, y quedaron tan deslumbrados de la grandeza y resplandor del espectáculo, que atraído Pedro de la revelacion de este gran misterio, despreciando los amores del mundo, fastidiado de las aflicciones de la tierra, arrebatado del deseo de la eternidad, y poseído del mas intenso gozo que le causaba aquella no esperada vision, se atrevió á interrumpir el discurso, y á decir á Jesus: *Señor, bien estamos aqui*. Deseaba permanecer con Jesus, en aquel lugar donde se gozaba con la vision de su gloria. Desordenado era el deseo que pretendia el descanso antes del trabajo, y la corona antes de la gloria. Por eso no meració respuesta de Cristo. Ordena este deseo el que busca ahora la paz en la paciencia, consolándose en los trabajos que el Señor le envia. Con Cristo está el que padece por su amor; y con Cristo estará si asi permanece. La paz atribulada, se premia con la paz gloriosa.

Bien estamos Señor aqui inundados en gozo, por la contemplacion de tu gloria y de tu dulzura; la que gustada una vez, ya se tienen por viles y despreciables todos los gustos y goces de la tierra: y asi no es estraño continuase Pedro diciendo á su Maestro: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para Tí, otra para Moisés,*

y otra para *Elias*. No són las tiendas, para cuerpos gloriosos, exentos ya de las injurias del tiempo. ¿Quién no temerá preocuparse y engañarse en el camino de Dios, cuando el príncipe de los Apóstoles, sorprendido y atónito con aquella vision, trastorna el orden de Dios, y trata como terreno lo celestial? No hablaba Pedro, ni pensaba en hacer tabernáculo para sí y sus compañeros, como suponiendo que todos, como Discípulos, habian de permanecer reunidos en el de su Maestro. Como rogando Pedro á su Maestro, manifiesta su deseo de quedarse en el monte por el pequeño gusto de la participacion de la futura gloria que en él veía; para que aprendamos que nada nos debe parecer difícil de padecer por Cristo para llegar con El al monte de la dicha eterna. Sobre lo que dice el venerable Beda (1). ¡Oh cuánta felicidad será asistir perpétuamente entre los ángeles, á la vision de la Divinidad, si transformada solamente la humanidad de Cristo, acompañada de solos dos Santos, de tal manera deleita, que Pedro desea, cón tanta ansia, no apartarse de su presencia! ¿Y cuánto mayor será la suavidad y dulzura al ver al Rey Supremo, sentado en el trono de Su Magestad y de su gloria, y estar en medio de los coros de todos los ángeles y santos del Cielo? Erró entonces Pedro, y no sabia lo que se decia, pidiendo lo que á su Maestro pedia: ya porque viador en el mundo y desterrado en él, buscaba en el valle de lágrimas la patria verdadera: ya porque estimaba como verdadera gloria lo que solo era imágen y sombra de la futura, olvidándose que el reino de Dios no se ha prometido á los Santos en la tierra, sino en el cielo. Lo que hizo esclamar á San Agustín, y le obligó á decir: ¿Qué es lo que dices, ó bienaventurado Pedro? ¿Perece el mundo, y tú buscas en el mundo un retiro para vivir? ¿Ves tanta gente congregarse y reunirse, y tú buscas sosiego y descanso? ¿Ves las tinieblas en medio del mundo, y tú quieres esconder la luz que ha de disiparlas? No te conviene, ó Pedro, que Cristo quede en el monte, porque si allí se quedara, nunca tendria efecto la promesa que te habia hecho, ni jamás hubieses obtenido las llaves del reino de los Cielos, ni la tirania del infierno y de la muerte jamás hubiera sido reprimida.

Aun estaba hablando Pedro, cuando una nube resplandeciente los deslumbra. Lo que indudablemente mostró á aquel, que no necesitaba de tiendas en el suelo, el que tales criados tenia en el cielo. Esta nube sirvió tambien como de sombra para templar la

(1) Ven. Bed. in cap. 9. Marci.
TOMO III.

luz que habia deslumbrado á los Apóstoles , y señaló la presencia del Padre , cuya voz , saliendo de las tinieblas de ella , dió testimonio de la Divinidad del Hijo. Y ella fué un indicio inequívoco de la gran diferencia que hay entre la antigua Ley y el Evangelio. En la Ley antigua aparecia el Señor en una nube tenebrosa y obscura , que denotaba la sombra de la Ley , y el espíritu de terror , de que estaban llenos aun los mismos hijos del pueblo Santo. Esta es nube resplandeciente que denota la verdad de la Ley nueva y su espíritu , que es la caridad. No salen de esta nube truenos y relámpagos , sino la voz del Padre que declara la Divinidad del Mesias. Haciendo , pues , sombra á todos la nube , y sirviéndoles en cierto modo de tienda , salió de ella una voz que decia: *Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido.*

Esta voz de magestad y grandeza , es la misma que sonó otra vez sobre las aguas del Jordan. Allí en el bautismo de Jesus , se mostró toda la Trinidad , el Padre en la voz , el Espíritu Santo en la paloma , y el Hijo en las aguas. Asi tambien se manifiesta ahora el Padre en la voz , el Hijo en el monte , el Espíritu Santo en la nube. Esta nube habia hecho sombra á la Virgen , para que sin daño de su pureza concibiese al Sol de justicia , y templa en nosotros y apaga las llamas de los carnales deseos , para que á la carne prevalezca el espíritu. Moisés y Elias estaban allí , y no se dijo , estos son mis hijos amados : porque una cosa es el Hijo Unigénito , y otra los adoptivos. Recomendábase aquel del cual se glorian la Ley y los Profetas. Diciendo , pues , el Padre : este es mi Hijo amado , fué como si dijera : este es el Hijo , el cual desde la eternidad está conmigo , y nace de Mí ; porque ni el Padre es antes que el Hijo , ni el Hijo es despues del Padre. No los separa entre sí la Divinidad , no los divide la potestad , no los distingue la eternidad : en el Padre está el Hijo , y en este aquel. A nadie usurpó el Hijo la igualdad que tiene con el Padre ; mas quedando en la gloria de este para cumplir el eterno consejo suyo y del Padre en órden á la reparacion eterna de los hombres , inclinó la incommutable divinidad hasta la forma de siervo. A la voz del Padre cayeron como desmayados y poseidos de un fuerte temblor , pegando su rostro contra la tierra , los tres discípulos Pedro, Jaime y Juan , que hasta entonces habian manifestado alguna firmeza , quedando de tal manera amilanados , que ni aun se atrevian á levantar los ojos para mirar.

San Ambrosio (1) hace observar que al oirse la voz del Padre se-

(1) Div. Ambros. in cap. 9. Lucæ.

ñalando á su Hijo desaparecieron Moisés y Elias, para que no errasen los Apóstoles y supiesen determinadamente á quien debían oír y seguir: por lo que añadió: *En El me he complacido*: esto es: en El he determinado cumplir mi beneplácito para la redención del mundo. O como añade San Crisóstomo (1). Este es mi Hijo muy amado, en quien me deleito, en el que descanso, al que acepto; porque cumple todas las cosas que son del Padre con la mayor diligencia y exactitud: una sola es su voluntad y la del Padre, y en los dos no hay mas que un solo querer. *Óidle* mas que á Moisés y á Elias, porque Cristo es el fin de la Ley y de los Profetas. *Óidle* como al Supremo y singular Maestro, que os enseñará todas las cosas necesarias para conseguir la salud y la salvación eterna. *Óidle*: porque es la verdad. *Buscadle*: porque es la vida. *Seguidle*: porque es el camino único que conduce á la vida eterna. O como si también quisiera decir con otras palabras: Desaparezcan las sombras legales y todos los tipos enigmáticos de los Profetas, y brille solamente la luz nueva del Evangelio que debéis seguir. Felices pues los Apóstoles, que no solo merecieron ver la claridad del Señor; sino también oír la voz del Padre. Tampoco nosotros seremos ajenos á esta dicha si creemos aquel á quien ellos creyeron; y si como ellos vivieron amándole, también viviendo le amamos con todas las fuerzas de nuestro corazón.

Otra cosa hay todavía muy digna de atención y es, que como la humana fragilidad queda oprimida á la presencia de la Magestad, de la grandeza y de la gloria de Dios, cuando los discípulos oyeron la voz omnipotente del Padre, cayeron sobre sus rostros; lo que fué un indicio de la justicia y santidad de que estaban adornados, porque el caer de espaldas es propio de los impíos y malvados. Inclínanse los justos y caen sobre sus rostros, unas veces por temor, como sucedió en esta ocasión; otras por humildad, como cuando los Magos adoraron á Jesus en la cueva de Belén; y otras por acción de gracias, como los ancianos á la presencia del trono del Cordero: y *temieron sobremanera*, porque conocieron que habían errado al aparecer la nube resplandeciente, que ilumina todo lo que está oculto y escondido entre las tinieblas, y revela los secretos de los corazones: y porque la voz del Padre fué como un trueno espantoso que á todos aterró: así fué que huyeron los Profetas, y los Apóstoles cayeron, y hasta la tierra tembló bajo sus pies: mas aquellos á quienes agobiaba la fragilidad humana, fueron consolados prontamente por

(1) Div. Crisostom. Hom. 57. in Math.

la dulzura y benignidad del Omnipotente y caritativo Maestro, porque acercándose benignamente á ellos tocó á todos tres, y les dijo: *Levantaos y no temais*. Estaban debilitados, y el tacto de Jesus los corroboró y confirmó en la fé del misterio que acababan de presenciar. Bienaventurados aquellos á quienes toca Jesus. Bienaventurados aquellos á quienes toca la salud y la vida. Ellos se levantan de sus caidas, y quedan asegurados sin temor alguno. ¡Ojalá que su diestra misericordiosa se dignase tocarnos y despertarnos del sueño, del estupor y de la ignorancia, abriéndonos los ojos para que le viésemos! Dulce amigo es nuestro buen Jesus, puesto que nos consuela piadoso y nos socorre como Todopoderoso.

Tocados por Jesus, alentados y por El fortalecidos, volvieron en sí los Apóstoles, y se hallaron solos con su Maestro, porque habia desaparecido todo aquel espectáculo admirable: pues si Moisés y Elias hubiesen permanecido, no solo pareceria incierta la voz del Padre, sino que tambien pudiera dudarse de quien habia dado testimonio. Desaparecieron aquellos para que se viera que la paterna voz no los calificaba á ellos, sino que únicamente designaba á Jesus. Si Pedro, pues, quedó trasportado por algunos instantes, llegó á engañarse y á no concebir los sucesos que anunciaba esta mudanza; no estuvo en su error por largo tiempo: este se disipó, á lo mas tarde, cuando el Mesias recibido en la silla de su gloria, comunicó su Espíritu á sus discípulos y derramó sobre ellos la plenitud de sus luces. Entonces se acordó Pedro con tierno reconocimiento del singular favor con que Su Magestad lo habia honrado. Lo refirió con gusto á los primeros cristianos, cuando como padre y pastor los instruia sobre la grandeza del Señor y Maestro á quien habia tenido la dicha de servir, y les decia (1): Hijos míos muy amados, no os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ó ficciones ingeniosas, sino como testigos oculares de su grandeza. Porque al recibir de Dios Padre aquel glorioso testimonio, cuando desde la nube en que apareció con tanta brillantéz la gloria de Dios, descendió una voz que le decia: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias, oíde: nosotros oímos tambien esta voz venida del Cielo, y vimos su gloria estando con El en el monte santo. Mas esto que escribia Pedro, con toda la efusion de su alma á los primeros hijos de la Iglesia, no tuvo libertad de poderlo decir en secreto á los demas Apóstoles sus colegas: porque Su Magestad, al bajar del monte, prohibió á los tres espresamente que durante su

(1) Ep. 2 Petri. cap. 2. v. 11. et seqs.

vida no comunicasen á persona alguna lo que hasta allí habian visto, que tiempo llegaria en que podrian referirlo con toda libertad, pero que no seria hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos para ir á sentarse á la diestra de su Padre. En lo que Su Magestad fué puntualmente obedecido.

Cerrariamos con esto la narracion de tantos puntos interesantes como encierra el presente misterio, si fuese posible pasar en silencio algunas muy oportunas y esenciales observaciones de los eminentísimos doctores Leon Magno y Augustino. Cuando el Padre Eterno nos declara desde la nube que Jesus es su Hijo amado, no se contenta con hacer esta importantísima declaracion, sino que en seguida nos le da como Maestro único de la ciencia de la salud, y por esto nos dice que le oigamos: porque El es el que con su sangre redime al mundo; el que ata al diablo y le quita sus despojos; el que rasga la escritura del pecado y los tratados de la maldita prevaricacion. El es el que abre y allana el camino del Cielo, y en el suplicio de la Cruz nos prepara la escalera por donde se sube al Reino. Cuando les manda que le oigan, no solo les pide atencion, sino la fé y la obediencia, deseo y amor de la verdad, y solicitud y presteza en ponerla por obra; oidos, no del cuerpo, sino del corazon, en el sentido en que San Juan llama bienaventurados á los que leen y oyen las palabras de su profecia, y juntamente guardan lo que en ella se encierra (1). La vida es en nosotros muestra de la fe. La fé viva es obediente, y no oye á Cristo como el Padre le manda el que no está con Cristo. Si queremos ser hijos amados de Dios oigamos al Hijo amado. El Evangelio es la nube desde donde nos habla Jesucristo. Una voz recomienda á otra voz: la voz del Padre, la palabra del Hijo. Delante de nosotros va el Hijo de Dios en la tolerancia de la adversidad y en el cumplimiento de la Divina voluntad. No hagamos alarde de amar á Dios si no escuchamos á Cristo: la guarda de la ley es la prueba del amor, pero el amor es el principio de la guarda de la ley. Nadie oye á Cristo sin el amor que abre las puertas del corazon para recibir su palabra. Oigamos á Cristo, hagamos lo que manda, esperemos lo que promete.

Animados con esta tan santa y heróica esperanza no temblemos ni desmayemos cuando oigamos la voz del Señor que nos habla; David deseaba oirla, porque decía que hablaria la paz y lo que convenia para la paz de su corazon. La voz del amor es suave, dulce y encantadora: la de la justicia es magestuosa y terrible. Ella conmueve

(1) Apocalip. c. 1. v. 3.

los desiertos, hace retremblar los montes y los valles, y tronza los cedros mas robustos del Líbano, y es la voz de la virtud y de la magnificencia. No hay fuerzas en el hombre para oirla sin conmovirse cuando suena desde lo alto del Cielo y sale de las entrañas de una nube; no es extraño que los Apóstoles se dobleguen al oirla: lección importante que no debe pasar desapercibida. Conviene empero que nosotros mejoremos el principio de esta postracion. La flaqueza fue la causa en ellos, séalo en nosotros el respeto y el amor: y el conocimiento y la confesion de nuestra indignidad nos preservará de una espantosa caída y nos hará mas dignos de las misericordias de Dios.

Esta misericordia infinita del Señor, cuyo ejercicio para con el hombre es tan antiguo como el hombre mismo, se manifestó en esta ocasion para con los Apóstoles de un modo claro y sensible. Comunicóles Jesus poder con su presencia, esfuerzo con su contacto, espíritu con su palabra. Ahuyentó en ellos el temor de la carne, y los armó con la constancia de la fé. No es bien, dice, que temais ahora en mi Pasion los que por don mio no temereis despues en la vuestra. El caer en tierra los discípulos significa la muerte del cuerpo; el decirles Cristo levantaos denota la resurreccion; y como despues de la resurreccion de nada sirven la Ley ni las profecias, por esto al levantarse no ven ya á Moisés ni á Elias: queda el Verbo para ser todas las cosas en todos. Allí estará Moisés, pero no la Ley: allí se verá Elias, pero no las profecias. Todo cesará entonces, desaparecerán las ciencias, no serán ya menester los ministerios de la Iglesia, ni las lenguas, ni las escrituras. No verá mas la Iglesia que á Jesucristo en Dios, y á Dios en Jesucristo. Entonces resplandecerá el lazo eterno del amor de los miembros entre sí y con Jesucristo: la caridad consumará á la cabeza y á los miembros en Dios y con Jesucristo, que es nuestra verdadera ley y el dechado de nuestra vida: por lo que, el que con sencillo corazon conserva ahora en El la fé que percibió en el bautismo; y cree y confiesa por ella despues en la luz de la vision eterna, contemplará abiertamente todo lo que antes hubiere creído y confesado.

Tristes eran y aflictivas las circunstancias en que dentro de pocos dias debia verse envuelto Jesus, como no podian menos de serlo las de la Pasion; y como la malignidad de los judios todo lo convertia en veneno, y los Apóstoles imperfectos aun, y groseros, no tenian el debido gusto á las cosas de Dios; no comprendieron lo que les decia de su próxima Resurreccion; y se preguntaban entre sí mismos. ¿Qué querrá decir con esto que nos ha mandado, que á

nadie revelemos este portentoso, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos? Porque en efecto, parecería cosa increíble, dice San Gerónimo (1), haber gozado hoy de tanta gloria, y estar mañana en una Cruz. Tampoco quería el Señor que los otros discípulos se entristeciesen de haber perdido aquel bien, y lo envidiasen (2); y por eso les mandó guardar silencio: y de ahí surgían cada vez mayores dudas en el ánimo de los discípulos favorecidos. Ellos acababan de ver á Elias acompañado de Moisés, conversando familiarmente con Jesus; y no sabían concluir que Jesus era el fin de la Ley, y el complemento de las profecías, porque aun no había llegado el tiempo para ellos de discurrir tan ajustadamente sobre las cosas de la Religion. La vista transitoria de Elias les acordó una dificultad grande, que en su inteligencia se oponia á las verdades que se les anunciaban; y no se desdeñaron de proponerla al Maestro Divino con santa sencillez.

Maestro, le dijeron: lo que nos enseñais de vuestra Religion, y del establecimiento de vuestro Reino, será tan presto como parece que nos quieris dar á entender? ¿Y si las cosas estan tan cerca, cómo se esplicará lo que dicen los escribas y fariseos, cuando enseñan públicamente, que ante todas cosas es preciso que venga Elias, y que predique entre nosotros? Y que despues de él vendrá Cristo para tomar posesion de su Reino (3). Era esta, no hay duda, una dificultad para hombres ignorantes en el sentido y en la interpretacion de las Escrituras. El Señor, para instruirles completamente, y sacarles de la ignorancia en que estaban, les esplicó el pasage de Malaquias (4) en que los escribas y fariseos apoyaban su doctrina, y despues les añadió: es verdad, que Elias debe venir primero (5): que está profetizado de él, que en su venida trabajará en renovar en el pueblo la primera rectitud de costumbres, en atraer á los hijos á la piedad de sus padres, y en poner en su vigor la práctica de las virtudes; pero no imaginéis que ha de hacer esto, sin ser despreciado de los hombres, sin experimentar muchos insultos, y sin esponerse á muchos malos tratamientos. Destinado á predicar los caminos de Cristo, debe experimentar y tener una suerte semejante á la suya. Tal es este Elias, que debe venir antes de mí, y disponer á

(1) Div. Hieronim. in capaz. 19. Math.

(2) Div. Juann. Damascen. Orat. de transfiguratione.

(3) Marc. c. 9. v. 10.

(4) Malachiæ. c. 4.º v. 5.

(5) Marci. c. 9. v. 11.

los hijos de Israel al establecimiento de mi Reino. Pero no os engañeis con esta prediccion. Elias ya ha venido y ha cumplido con su ministerio. Vuestros escribas y fariseos no han querido conocerlo. Ellos han hecho que padezca cuantas indignidades han juzgado á propósito para apartarle de sus funciones, y desacreditar su persona y su palabra. Ya no les falta sino es tratar al Maestro, como han tratado al discípulo, y al Mesias como han trato á su Precursor. Yo os aviso: no estan lejos de echar el colmo á su malicia: se perderán á sí mismos; pues á tanta costa quieren verificar todas las profecias que dicen referencia al Hijo del hombre. Al oir esta esplicacion conocieron claramente los discípulos, que el Elias que debia preceder al reinado de Cristo, ya habia venido, y que ese era Juan Bautista.

Facil es de presumir, que con tan instructiva y amena conversacion no sentirian los tres Apóstoles favorecidos el camino de la bajada del monte, y que pronto se hallarian á la presencia de la muchedumbre que habian dejado en la llanura; pero al acercarse á ella, observó alguna cosa el Señor que ofendió sus divinos ojos; y le obligó á que manifestase su descontento, aunque no sepamos con individualidad el motivo y tengamos necesidad de conjeturarlo. Acercóse á sus nueve Apóstoles, para consolarlos de su corta ausencia, y los halló rodeados de una gran multitud del pueblo, y reconoció que entre ellos y los escribas habia una viva altercacion. Admiráronse al verle, y se sobrecogieron de temor, pues no la esperaban tan temprano; aunque le saludaron con respeto, y manifestarou alegria por su pronto regreso. Nadie empero suspiraba mas por la vuelta del Salvador que un afligido y desconsolado padre que no habia encontrado en los discípulos de Jesus todo el consuelo que se habia prometido. Llegó Jesucristo al lugar de la disputa, y preguntó, ¿qué cosa era por la que se disputaba con tanto calor? y echándose inmediatamente á sus pies, el padre que imploraba su misericordia, le dijo: Maestro, he traído conmigo á mi Hijo con la esperanza de que usareis con él de caridad: está poseido de un demonio que lo pone mudo, y este es el menor de los males que le hace padecer. Al principio de cada luna le causa unos muy enfadosos accidentes. En cualquiera lugar que lo coge, le hace estrellarse, lo derriba y arrastra por tierra, y lo agita con furor. El pobre da muchos gritos sin poder articular una palabra; espuma, y rechina los dientes; se consume, y hace pedazos: muchas veces lo arroja al fuego, otras lo precipita en el agua, y nunca le deja sin redoblar antes su furia, de manera, que parece que lo divide en piezas, y es un

prodigio que el infeliz muchacho haya podido resistir tanto tiempo. Ten pues Señor piedad de mí, y de mi hijo, pues es el único que tengo. Emplead vuestra virtud en librarlo. Lo presenté á vuestros discípulos, les he rogado con instancia que echen de él á este demonio, y ninguno de ellos ha podido hacer que le obedezca.

Bajaba Jesus del monte de tratar familiarmente con su Padre el interesantísimo negocio de la salud y salvacion de los hombres; por consiguiente entonces menos que nunca podia ser indiferente á la fervorosa súplica que se le acababa de dirigir: y como á mas queria enseñarnos que despues del retiro y regalo de la oracion debimos volver con nuevo fervor y espíritu al ejercicio de nuestro ministerio; nos hizo ver el fruto del retiro de la oracion, en la ansia de la multitud, que acudian á buscar en El la salud y la doctrina. El endemoniado que se le presenta, es una prueba evidente de la culpa original, pues por el pecado del hombre primero merecieron todos sus descendientes caer bajo la dominacion y tirania del diablo: y es tambien una figura del señorío que aquel tiene sobre el corazon, por medio de las pasiones. El espíritu mudo, domina y posee todos aquellos espíritus flojos cuya boca cierra la timidez, y los respetos mundanos para que no defiendan el Evangelio, siendo traidores á Dios y á su conciencia. Y los malos tratamientos que el alligido padre manifestó á Jesus que hacia sufrir el diablo á su hijo, son la imagen exactísima del encono y furor con que trata al hombre, á quien domina por el pecado. Aprovechase el diablo del temperamento, de las pasiones, y de otras varias causas, para ocultarse en la posesion corporal, no menos que en la tentacion espiritual. ¡Mas ay! Que en un pecador de costumbre son raros y breves los intervalos que deja el pecado. ¡O si sintieses tan vivamente esta miseria de tu alma, y las ilusiones espirituales del demonio, como sentia las de este enfermo su propio padre! Hijo tuyo es tu corazon, hijo único, cuya salud te importa mas que ser rey de toda la tierra. Mírale cuan agitado está de sus pasiones, como se estrella contra su propia ira, cómo rechina de pura soberbia, cuán seco le tiene la envidia. Apíadate de tí mismo, y corre á Jesus á buscar tu remedio.

Si sorprende el que los discípulos de Jesus no pudiesen lanzar el demonio de aquel cuerpo en toda la noche, no debe causarnos grande admiracion, atendida la incomprensibilidad de sus juicios. Suele permitir el Señor en muchas ocasiones, que sus ministros no lleven á efecto la curacion de muchas almas, sea por un justo juicio sobre las almas mismas, ó para enseñar á aquellas que son siempre muy insuficientes para obrar algo de bueno por sí mismos,

que de Jesucristo lo han de esperar todo, y que á El debias atribuir el feliz éxito de su celo y de su caridad. Tambien permite el Señor que algunos pecadores luchen largo tiempo contra sus malos hábitos, para que así entiendan mejor lo que es el pecado, y su servidumbre. Los primeros esfuerzos del pecador figurados en la oracion de este hombre, no son inútiles, aunque lo parezcan: pues con ellos crece el desco de la libertad, y el conocimiento de que Jesucristo es el Salvador. La pintura del mal, y la súplica del alivio, al paso que estan respirando toda la ternura de un padre escesivamente conmovido, justifican el vehementísimo deseo que le anima de ver enteramente libre á su hijo, y de que espera recibir este bien de la mano de Jesus. Se compadeció Su Magestad del desventurado, no hay duda: pero no se dejó ver su piedad, hasta haber manifestado su indignacion. ¡O raza incrédula y perversa! exclamó: hasta cuándo he de permanecer entre vosotros? ¿y hasta cuándo os he de sufrir y tolerar? No puede negarse que estas espresiones salidas de la boca del mansísimo Jesus, eran una viva y ardiente reprension, sea el que fuese aquel á quien se dirigiesen. Algunos dicen que caia sobre los escribas, otros sobre el padre del infeliz, y otros sobre los Apóstoles; pero parece lo mas cierto que á todos comprendia, y que la incredulidad comun, aunque mayor en unos que en otros, acarreamos al concurso una reprension general. Comprendia al padre, que no tuvo la debida confianza en los discípulos de Jesus, mirándolos como aprendices, y gente sin experiencia en el arte de curar enfermos, y hacer milagros: á los discípulos que se habian aturrido y desmayado con la resistencia del demonio, con las hablillas de los circunstantes, y con los insultos y denuestos de los falsos doctores: y comprendia tambien á los doctores mismos, que de la imposibilidad de los discípulos argüian flaqueza y engaño en el Maestro, y falsedad en la doctrina que predicaba. Y seria desmentir en cierto modo la sinceridad de los discípulos de Jesucristo, quererlos esceptuar de una flaqueza que ellos no negaban. Cuando leamos lo que ellos refieren en la conversacion privada que tuvieron con su Divino Maestro sobre este particular, conoceremos de lleno la necesidad que tenian de cuando en cuando, de que se animase su fé, y se afirmase su confianza.

La bondad de Jesus, que no sufria esperas cuando se trataba de libertar las criaturas del poder del demonio, pronunció en alta voz, aunque en un tono mas suave, *Traedle á mi presencia*, y se lo llevaron: mas luego que le vió, comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en la tierra, se revolcaba, echando espumas por la

boca. Eran estos los últimos esfuerzos de la rabia de un enemigo que sentia ya á su vencedor. El que se considera inútil para lanzar de las almas el pecado que las tiene cautivas, que las lleve á Jesus, dirigiéndose á El por medio de la fervorosa oracion, ó encaminándolas á otros que esten dominados de su espíritu. A proporcion que se acerca el pecador á la penitencia, redobra el diablo sus esfuerzos y aumenta los obstáculos para impedírsela: pero nada debe arredrar á los que de veras desean salvarse, ni á los que estan encargados de dirigir las almas: por entre los mayores peligros deben todos caminar intrépidos, las almas para buscar directores, y estos para buscar aquellas, para llevar siempre delante el proyecto de Cristo, que es el de salvarlas á todas. ¿Cuánto tiempo há, dijo el Señor al padre del paciente, que padece estos accidentes vuestro hijo? Desde su infancia, respondió aquel: y en seguida añadió, ya os he dicho, Señor, lo mucho que le hace padecer. ¡Ah! Si podeis alguna cosa, socorrednos; pues jamás habreis visto dos afligidos mas dignos de compasion. Las instancias del padre eran muy grandes, pero ni la viveza de su fé ni la firmeza de su confianza correspondian á sus deseos. El era la verdadera representacion de algunos medio fieles de nuestros dias, que apuran todos los remedios de la tierra antes que probar confiados los del Cielo: que no recurren á Dios sino forzados de la desesperacion de los medios humanos; y que deseando con pasion ser oidos, apenas pueden conseguir de sí mismos el esperar que lo serán. Llenos estan los templos de estos suplicantes tímidos, y nada mas comun que estas invocaciones tardias. ¿Qué deben esperar de Dios los que dudan que pueda ó que quiera socorrerlos? Pero mucho mejor seria preguntarles: ¿qué importa que el bautismo los librase en la niñez de la esclavitud del pecado, si muy temprano dieron otra vez entrada al diablo en su corazon para que volviese á apoderarse de ellos? Muchos años de servir las pasiones enflaquecen y debilitan la voluntad, imposibilitándola de romper sus cadenas. Es tan espantoso el ascendiente que llega á tomar el demonio sobre el alma de que se apodera, que viene á ser como la esclava vil, que cada vez se ve mas vejada y humillada por la ferocidad y tirania del señor que la esclaviza. ¿Quién la libertará sino la misericordia de Dios y la caridad de la Iglesia, que ruega incesantemente por la conversion de los pecadores?

Una cosa se presenta sin embargo en esta ocasion muy digna de ser observada, y es que sin respeto alguno á los fariseos, ni á la muchedumbre de gente que le observaba, implora este padre para

su hijo la piedad y auxilio del Salvador; para enseñarnos que con ansia, con aflicción de espíritu, confesando nuestra necesidad y nuestra pobreza y miseria, hemos de acudir á Jesus, reconociendo su potestad, y sin hacer caso de los obstáculos que nos oponen el mundo, el demonio y la carne para que no sanemos de nuestras dolencias. Por esto este misericordioso libertador que habia venido á la tierra para libertar á todos del poder del diablo, que habia dado la salud y la libertad á muchos sin contar antes con su viva fé, quiso que de la de este padre pendiese la salud de su hijo; y así le dijo: *¿Crees que Yo puedo hacer lo que me pides? Si puedes creer, al que cree todo le es posible; porque no hay milagro que esté sobre mi poder.* ¡Ah! Sí, Señor, replicó el padre, derramando bastantes lágrimas, que hacian correr de sus ojos algunas reliquias de duda y de desconfianza; siendo indicios de que á sí mismo se reprendia. Sí, Señor, yo creo; pero si por mi desdicha veis aun en mi alma alguna incredulidad que os ofenda, curad al padre, librando al hijo, y haced dos milagros á un tiempo. ¿Quién no ama el don preciosísimo de la fé, al cual nada se niega? ¿quién no desea ver aumentado en sí tan rico tesoro? ¿quién duerme, quién descansa, quién se está un solo instante sin irle á buscar en las entrañas de Cristo? El que todo lo da, y todo nos lo quiere dar, es el que nos ha dicho, pedid y recibireis; pero es preciso pedir con fé. Con fé pidió el padre, á pesar de confesarse incrédulo: rasgo de humildad heroica, por la que le juzgó digno el Salvador de recibir el alimento de la fé que en sí echaba de menos, y la gracia de la curacion de su hijo, que tan de veras pedia.

Habia avanzado ya mucho el día, y las turbas que siempre iban en busca de Jesus se habian multiplicado prodigiosamente, llevándole muchos enfermos para que los sanase, y deseando todos con empeño ser testigos de aquel suceso. Entretanto el pobre muchacho continuaba combatido y furiosamente atormentado; y entonces, deseoso Jesus de instruir á la muchedumbre que le rodeaba, se revistió de aquella autoridad que distinguia al Maestro de los discípulos, y de aquel aire de magestad con que se hacia respetar y temer del infierno entero, y amenazando severamente al demonio, le dijo en alta voz: *Espíritu inmundo, sordo y mudo; esto es, que haces á los hombres [sordos y mudos, Yo soy quien lo mando; sal de este muchacho y no te atrevas á entrar jamás en él.* A su despecho y pesar obedeció el demonio, pero obedeció como quien era. Obedeció furioso, vengativo y despechado. Obedeció bramando de corage, y obligando al infeliz á que diera gritos espantosos, agi-



Jesús curando toda clase de enfermedades.

tándole con tanta violencia y furor, que le dejó tendido por algun tiempo en el suelo, sin movimiento alguno y como muerto, juzgándole por tal todos los circunstantes, atreviéndose á decirlo en alta voz á la presencia de Jesus. El Salvador empero, que en medio de la turbulencia y confusion que á su alrededor reinaba conservaba el mismo aire de omnipotencia y magestad que le era propia, tomó al muchacho de la mano, ayudóle á levantarse y lo puso en pie: y volviendo en seguida los ojos á su padre, le dijo: *Tomá á tu hijo, ya está libre del demonio; y sabe que lo está para siempre.* Este jóven era la imagen de la dureza del pecador envejecido en la maldad, para cuya curacion no bastan los medios ordinarios, mas es menester que Cristo con su omnipotente palabra le mande, le amenace, le aterre. ¿Cómo es posible que sanen de otra suerte los que se hallan poseidos de este espíritu sordo y mudo, esto es, los que no quieren hablar ni aun oír hablar de Dios; los que nunca confiesan, ni aun reconocen sus faltas: los que se hacen sordos á las amenazas de la ira y de los juicios de Dios; á las verdades eternas, á las inspiraciones divinas, á las correcciones y exhortaciones de los ministros del Señor? Desdichados son, y serán eternamente, todos aquellos sordos y mudos que lo son por su voluntad: desoyen obstinados la voz del Señor que los llama; vendrá el día en que ellos clamarán al Señor, y Su Magestad divina les desoírará tambien: porque el hombre no ha de coger en su muerte sino lo que en su vida sembró.

A este portento tan admirable, parece regular que se siguiera el de la curacion de la incredulidad del padre, pues el remedio era bien eficaz y lo habia aplicado la mano mas hábil y diestra del universo; y si el uno y el otro no quedaron confirmados en la fé, de modo que jamás titubeasen en ella, era preciso que ambos á dos tuviesen un corazon tan duro como el de el mismo demonio que tanto tiempo habia atormentado al hijo y afligido cruelmente al padre: debian creer para ser agradecidos, y debian negar para siempre la entrada al demonio en su corazon, puesto que le habia mandado Jesus que no entrase jamás en él: pero como desgraciadamente suele durar poco la salud, aun en muchos de aquellos que saben cuan dificultoso es recobrarla, podriase temer que voluntariamente se le abriese otra vez la puerta y que sus postrimerias viniesen á ser sobremanera desgraciadas. Mas entre tantas ideas de aficcion y amargura que asaltan al corazon humano, atendida su miseria y fragilidad natural, tambien hay otras de consuelo que se presentan para consolarlo. Bienaventurado es el hombre á quien el Señor enseñase

é instruyese; bienaventurado aquel á quien el Señor levantara y sostuviere; y Jesus enseñó al padre y levantó y sostuvo al hijo. Dichoso aquel que entre las acometidas del demonio, entre los obstáculos que oponen á la conversion sus propias pasiones, la inclinacion al mal y el poderio de la costumbre, halla la mano benéfica de un celoso ministro del Señor, que movida y fortalecida por la del mismo amantísimo Salvador, le ayuda á levantarse, le inspira aliento para emprender el camino que á Dios conduce, y le enseña cuáles son los ardides del diablo para que no sea vencido ni seducido por él.

La debilidad de la flaqueza humana exige hoy, al parecer, milagros de Dios para creer, como pudiera exigirlos en los dias de Jesus el bárbaro judaismo; y no cree bastantemente sino cuando ve que sus ruegos son oidos, mas si esto no observa cae luego en el desaliento, despues en la indiferencia, y al instante en la incredulidad; sin hacerse cargo que hoy no son los milagros tan necesarios como cuando el Salvador vino á predicar el Evangelio y á fundar su nueva Iglesia. Entonces debia probar el Mesias su Divinidad y su mision con la multitud auténtica de milagros que obraba, tanto por nosotros que despues habiamos de creer, quanto por aquellos que eran testigos de sus doctrinas y prodigios. Hoy que los milagros antiguos aseguran nuestra fé, debemos suponer que cuando Dios no obra en favor nuestro el milagro que le pedimos es, ó porque no se pide con fé, ó no conduce para su mayor gloria, ó no conviene para nuestro provecho: con todo, si á nosotros mismos nos miramos, si contemplamos la naturaleza y la marcha de los sucesos y acontecimientos que continuamente se verifican, ¿cuántos milagros públicos y bien patentes no observaremos? Un fervoroso cristiano se persuade fácilmente que para él se hacen todos los dias grandes milagros en el órden de la gracia cuando contempla los consuelos interiores con que Dios le visita, las gracias con que le previene y las misericordias con que le preserva; y se contenta con tan señaladas muestras de benevolencia y amor.

Volvíanse el padre y el hijo mostrando gratitud y reconocimiento, y los pueblos bendecian á Dios admirando y celebrando las maravillas que obraba por el ministerio de aquel que habia enviado para que fuese la luz y el consuelo de todo Israel, mientras que los nueve Apóstoles se hallaban bastante mortificados por no haber podido obrar un milagro del que habia de resultar tanta gloria. No obstante, ó fuese por vergüenza de haber parecido poco poderosos contra un demonio tan porfiado y maligno, ó fuese por temor de no poder

espeler otros en adelante, no quisieron declarar públicamente á Jesus el pesar y displicencia que tenían de no haber salido bien de aquel empeño, y así esperaron que el Salvador volviese á su casa para hablarle de aquella materia: así que llegaron á ella, atravesado su corazón por la afrenta que habían recibido á vista de los escribas, que conceptuaban sus mayores enemigos, se llegaron privadamente á su Maestro y le dijeron: ¿Cómo es, Señor, que siendo discípulos vuestros y habiéndonos comunicado poder sobre todos los espíritus inmundos, no pudimos lograr nos obedeciera ese demonio por mas que en vuestro nombre se lo mandamos?

Dos fueron las razones que principalmente les dió Jesus: la primera su incredulidad, pues si tuvierais, les dijo, una fé viva que tuviese tanta fuerza á proporcion como un grano de mostaza entre todas las semillas, pasaríais los montes de un lugar á otro. Todas las cosas os serian posibles, y nada se resistiria á vuestra virtud. Pero vuestra fé es aun flaca, y nada igual á la que se halla en las almas puras y particularmente favorecidas de Dios. Esta fé heroica es la que lo puede todo, la que manda á la naturaleza, la que tiene dominio sobre los demonios, la que obtiene del Cielo todo cuanto quiere, y á la que no se puede todavía comparar la vuestra: y la segunda fué su poca afición y gusto á la oración y al ayuno, que son las armas espirituales que necesitamos siempre para vencer á los enemigos de nuestra salud espiritual, de las que el mismo Jesucristo se valió para vencerlos: y pues venia de el monte donde habia orado y ayunado, tenia mas especial motivo para decirles que hay ciertos demonios tan determinados á no salir de los cuerpos, que sin el socorro de la oración y del ayuno es imposible espelerlos. Esta potestad la dejó Cristo á su Iglesia, es indudable; mas ella no está dispensada de dedicarse á la oración, al ayuno, á las vigiliass y á las demas prácticas con que implora la santificación de sus hijos. Para lanzar del hombre los malos hábitos, es preciso humillar el espíritu por la oración y domar la carne por la penitencia: de lo contrario es vana la materialidad de ciertas prácticas exteriores, que siempre se usan con fruto cuando las acompañan la fé, la esperanza y la caridad, y las hacen la corte la penitencia y la oración.

Créese con fundamento que esta fuese la última conversacion que tuvo Jesus con sus discípulos en los contornos de Cesarea, y que allí terminó su misión con los dos importantes milagros que se acababan de referir: pues esta penosa correria hácia los extremos de la Palestina, desde Tiro y Sidon hasta el nacimiento del Jordan y faldas del Líbano, concluia enteramente lo que el empleo de Mesias, es-

pecialmente enviado á las ovejas descarriadas de la casa de Israel, le obligaba á emprender por la salud de los habitantes de aquellos parages los mas apartados de la capital: en cuya consecuencia nada le impedia acercarse á la ciudad sacrílega para entrar en ella el dia preciso que ya tenia señalado. Este era el término á donde se habia propuesto llegar á pequeñas jornadas, continuando el camino para consumir la obra de Dios, que ya casi habia llevado hasta su perfeccion.

ORACION

SOBRE LA TRANSFIGURACION EN EL TABOR.

Dulcísimo Jesus, Redentor de los perdidos, Salvador de los redimidos, dulce consuelo de las almas llorosas y que corren en pos de Tí, suave refrigerio de todos los atribulados y descanso de todos los fatigados, concédeme la gracia de que desprecie y olvide todo deleite que está fuera de Tí, para que se saboree mi alma con las dulzuras de tu gracia y misericordia. ¡ Oh! Llegue el tiempo, Señor, en que vea con mis propios ojos lo que ahora creo por la fé: en que goce lo que ahora espero y de tan lejos saludo: en que con los brazos de mi alma abrace lo que con todas mis fuerzas deseo: á fin de que, escondido en el abismo de tu claridad inmensa, y cubierto con las alas de tu caridad infinita, goce en tu seno amoroso de dulce y eterna paz. Elévame Jesus mio á la alteza de la caridad: súbeme por el valle de la compuncion al monte de la perfeccion: sepárame de este alboroto de las cosas humanas: descarna mi corazon de las aficiones de la tierra: súbele á Tí: sujétale á Tí: únele contigo y con tu Padre con el vínculo del amor. ¡ Oh monte de Sion, ciudad de Dios vivo, Jerusalem celestial, Iglesia de los primitivos escritos en el Cielo! ¿cuándo llegaremos á tí? ¿Cuándo se cumplirá esta transfiguracion gloriosa que trocará este cuerpo mortal en cuerpo inmortal; este cuerpo de muerte y de pecado, lleno de corrupcion y de motivos de humillacion, en un cuerpo puro, semejante al tuyo transfigurado? Dáme que de la razon natural y de la ley me aproveche para conocerte á Tí, y al Padre en Tí y por Tí: que por la fé animada de la caridad sea en la tierra miembro vivo de tu cuerpo y digno de ser transfigurado para siempre contigo en el Tabor de tu gloria. Amen.

ORACION

SOBRE LA CURACION DEL LUNÁTICO Y MUDO.

¡Oh Señor! y Dios mio Jesucristo, que veniste del Cielo á la tierra para enseñarnos la humildad con tus palabras y ejemplos, concédeme la gracia de que jamás piense cosas altas de mí mismo, sino que siempre juzgue de mí con humildad y bajeza; y que esto así lo sienta en mi corazon, lo pronuncie mi boca, y lo acrediten mis obras. Llébrame de la cárcel de los espíritus malignos, defiéndeme de todos los enemigos visibles é invisibles, y concédeme Salvador y Dios mio que, ocupado siempre convenientemente en ayunos y oraciones, pueda vencer y superar con tu ayuda todas las tentaciones y sugerencias de los espíritus inmundos y de los malos hombres, para que por tu misericordia me vea libre de todos los enemigos de alma y cuerpo. Alarga, Señor, esa mano tuya piadosa, y levántame: ¿qué gloria podré yo dar á tu gracia si me abandonas á mi propia miseria? Téngame el mundo por muerto á la vida suya, para que acabe de morir en mi corazon el amor de sus leyes y de sus máximas. No quiero vida que mata la fé y entibia la esperanza, quitando la aficion de las cosas eternas. Lo que deseo con ansia es que salga de mí y no entre mas en mí el espíritu de incredulidad, que vuelve sordos á los hombres para que no oigan la voz del Pastor Supremo que los llama para que le sigan; y mudos para que no confiesen á Jesucristo, Hijo de Dios vivo y verdadero; vida, salud y salvacion eterna de los que le confiesan, y en El creen y esperan. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVII de San Mateo, desde el versículo 1 hasta el 20; y lo contestan San Marcos en el IX de su Evangelio, desde el versículo 1 hasta el 28; y San Lucas tambien en el IX, desde el versículo 28 hasta el 43, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo como propio de la Misa del dia de la Transfiguracion del Señor, que es el 6 de agosto; y en la del sábado de las Cuatro Témporas de la Cuaresma, y en la de la Dominica inmediata, que es la segunda; desde el versículo 1.^o hasta el 9, ambos inclusive.

Y de el de San Marcos como propio de la Misa de la FERIA IV de las Cuatro Témporas de setiembre desde el versículo 16 hasta el 28 tambien inclusive: uno y otro dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA TRANSFIGURACION DEL
SEÑOR.

San Mateo, cap. XVII v. 1 al 9.

En aquel tiempo: tomó Jesus consigo á Pedro, y á Jaime, y á Juan su hermano, y los llevó separadamente á un monte elevado, y se transfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elias hablando con El. Pedro entonces tomando la palabra, dijo á Jesus: Señor, bien estamos aquí: si te parece bien, hagamos tres tiendas, una para Tí, otra para Moisés, y otra para Elias. Aun estaba él hablando; cuando una nube resplandeciente los deslumbró; y de la nube salió una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido: oidle. Los discípulos al oír esto, cayeron sobre su rostro, y tuvieron gran temor. Llegóse á ellos Jesus, y les tocó, y les dijo: Levantaos y no temais. Levantando ellos los ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesus. Y al bajar del monte les intimó Jesus este precepto diciendo: A nadie conteis esta vision hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV DE LAS CUATRO TÉMPORAS
DE SETIEMBRE.

San Marcos, cap. IX. v. 46 al 28.

En aquel tiempo: tomando la palabra uno de la multitud, dijo á Jesus: Maestro, te he traído un hijo mio poseído de un espíritu mudo, el cual donde quiera que se apodera de él, se echa contra el suelo, y el mozo echa espumarajos, y cruge los dientes, y se va secando. He rogado á tus discípulos que le echen fuera, y no han podido. Respondióles Jesus, y dijo: ¡O gente incrédula! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmele, y se le llevaron. Y luego que le vió, comenzó el espíritu á agitarle, y cayendo de golpe en tierra, se revolcaba echando espumarajos. Y preguntó á su Padre: ¿cuánto tiempo ha que le sucede esto? Respondióle él: desde niño: y muchas veces le ha echado en el fuego ó en el agua para matarle: mas si puedes algo, ayúdanos compadeciéndote de nosotros. Y Jesus les dijo: Si puedes creer,

al que cree, todo le es posible. Y luego el padre del mozo clamando y llorando, decia: Creo, Señor, ayuda á mi incredulidad. Y viendo Jesus la gente que habia acudido, conminó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, sal de él, Yo te lo mando, y no entres mas en él. Entonces el espíritu, gritando y agitándole con gran violencia, salió de él: y el mozo quedó como muerto, de suerte que muchos decian que era muerto. Mas Jesus tomándole de la mano, le enhestó, y se levantó. Y cuando hubo entrado en su casa, le preguntaron aparte sus discípulos, ¿cómo es que nosotros no pudimos lanzarle? Respondiéndoles: Esta clase de demonios con nada pueden ser lanzados, sino con la oracion y el ayuno.





CAPITULO IX.

AL PASAR JESUS POR GALILEA ANUNCIA CLARAMENTE A SUS DISCIPULOS SU PASION, MUERTE Y RESURRECCION: LLEGADO A CAFARNAUM MANDA A PEDRO PAGAR EL TRIBUTO DE LAS DOS DRACMAS, Y DIRIME DESPUES LA DISPUTA SOBRE LA PRIMACIA.

Si Jesucristo no hubiera sido Dios como su Padre, y como El infinitamente sabio, y por consiguiente hubiese ignorado los padecimientos, las afrentas, y la Cruz que le esperaban en el seno de la ciudad ingrata, solo el nombre de Jerusalem no podria menos de causarle, mas que fastidio, horror, por los insultos que ya le habian hecho sufrir los escribas y fariseos: llamábales empero á ella la voluntad de su Padre; y como era obedientísimo y resignado, no titubeó en encaminarse ella, á pesar de todas las repugancias que su naturaleza humana pudiera inspirarle. San Marcos nos dice (1): que marchó con el mayor secreto con sus doce Apóstoles,

(1) Marci. c. 9. v. 29.

pasando con cuanto silencio le fue posible una parte de la alta Galilea, tomando tambien caminos escusados hasta llegar á Cafarnum. Tanto era el cuidado que ponía en evitar que los pueblos de quien era conocido, y deseado, lo detuviesen en cualquiera parte que se dejase ver. Con tantas precauciones consiguió que su marcha se ocultase, no ocupándose en toda ella sino en la idea de su Pasion; de la cual hablaba frecuentemente con sus discípulos, mas para enseñarles é instruirles en un punto tan esencialísimo, que para buscar su propio consuelo. No huía de Jerusalem, dice San Agustin (1), porque le hubiese abandonado su omnipotencia, sino para consolar y alentar nuestra miseria, cuando nos viesemos precisados á escondernos por las persecuciones injustas de nuestros adversarios: y para enseñarnos que no podría en los miembros reputarse por crimen, aquello mismo que hacia la cabeza.

En la Galilea, pues, donde habia sido concebido y criado, allí hablaba libremente con sus discípulos, y los instruía en todo lo relativo á su Pasion (2): á fin de que, estando ya acostumbrados á oír lo que habia de suceder, no se escandalizasen cuando aquella se verificase. Con su muerte, predijo tambien su Resurreccion, no fuese cosa que en el tiempo de la Pasion se desesperasen, y así les dijo: guardad todas estas predicciones en vuestro corazon, porque su memoria os será sobremanera utilísima. *El Hijo del hombre será entregado*; por el Padre, por su inmensa y eterna caridad: por el Hijo, por su propia obediencia; mediante la que tiene enteramente uniforme su voluntad con la del Padre. Será entregado, por las suggestiones del diablo: por la grande avaricia de Judas; por la engañadora envidia de los judios; y por la indebida pusilanimidad de Pilatos; y lo será *en las manos de los hombres*, por los judios y los gentiles; y por muchos y varios estados de personas: por los soldados, por los reyes, por los príncipes, por los sacerdotes, y por todos los pueblos de la tierra: *y lo matarán*. Grande, horrible, espantosa é inaudita crueldad, matar los hombres á su propio Salvador: y para que esta noticia tan funesta, no los matase á ellos de tristeza, les añadió: *y resucitará al tercer dia*. Con todo eso los Apóstoles que escuchaban la prediccion, no la entendían. Era para ellos un enigma inesplicable, é incomprensible, la muerte violenta, y la resurreccion de su Maestro. Ellos conocían su poder, y no veían el motivo porque no habia de emplearlo en defenderse de sus enemi-

(1) Div. Agustin. Tract. 23. in Joann.

(2) Div. Crisost. Hom. 59. in Math.

gos. Por lo que miraba á su Resurreccion, no se veian menos confusos. Ignoraban si el Divino Maestro les hablaba en el sentido propio de una resurreccion corporal y sensible; ó si era una metáfora con la que queria darles á entender, que despues de su muerte, restableceria, desde lo alto del Cielo, á su esplendor antiguo el Reino de Israel. No convenian en cosa alguna entre sí mismos, y no se atrevian á pedir á su Maestro una mas ámplia esplicacion, por el recelo de ver confirmados sus temores, desengañadas sus esperanzas, ó reprendida la bajeza de sus pretensiones. Amaban tiernamente á Jesus, y no podian oir con paciencia ninguna cosa para El humillante y afrentosa. Entristeciéronse por tanto sobremanera, y ni la resurreccion pronunciada, ni la voz del Padre oida, ni ninguna idea halagüeña era bastante para arrancar de su corazon la tristeza que los habia sobrecogido.

Mas entre todas las ideas de melancolia que les oprimian, habia una muy culminante, y era, la de que se les hablaba de esto como de un suceso próximo, y esto era para ellos un insoportable martirio: y aunque por otra se lisongeaban con que de cualquier manera que se entendiese la Resurreccion seria el término de la servidumbre de su patria, no querian sin embargo que su Maestro fuese testigo de todas las reflexiones que se hacian sobre uno y otro extremo. Y como al parecer lo miraban absorto en una profunda meditacion sobre los designios de su Padre Celestial, de los cuales acababa de hablar, lo dejaron que caminase solo, y ellos continuaron en conversar juntos hasta las puertas de Cafarnaum. Por el temor que tenian de ser oidos, se conoce que su conversacion debia ser poco conforme á las lecciones que habian recibido por tan largo tiempo en la escuela del Salvador: pero en vano procuraban ocultar hasta sus mas ligeros pensamientos, pues su Divino Maestro todo lo conocia y penetraba; y mas de una vez habian tenido ocasion de cerciorarse por ellos mismos, de que Jesus prevenia hasta las inclinaciones mas ocultas de las criaturas.

Sobre esta indecision, confabulacion, y dudas de los Apóstoles, habló largamente San Gerónimo, y dijo (1): Siempre entre las cosas prósperas se mezcla la tristeza, para que cuando venga, aunque sea de repente, no aterre á los Apóstoles; sino que marchen sus ánimos con calma, como que les sobrevienen sucesos que ya tenian provistos. Si les contrista aquello de que ha de ser crucificado, tambien debe alegrarles oir, que al tercer dia ha de resucitar. Porque si siempre

(1) Div. Hieronim. in cap. 19. Math.

sucediesen cosas tristes, ¿quién las sufriera? ¿y si prósperas, quien las despreciara? Mas ellos ignoraban el misterio de la Pasion, porque el Señor queria tenerlo cubierto á su vista como con un velo, á fin de que no fuese para ellos como un continuo tormento. A lo que, el venerable Beda, añade (1): Ocultaba Jesus á sus discípulos el misterio de la Cruz, por el grande amor que les tenia; porque eran todavia rudos y carnales, no podian comprender sus escencias y grandezas espirituales: y como le conocian por verdadero Dios, no podian creer que habia de morir: y aun mucho menos persuadirse como en una persona podia suceder, morir, y no morir: morir como hombre, y no morir como Dios.

Como el Salvador disponia las cosas con prevision, prudencia y sabiduria infinita, se habia adelantado hasta la casa de Pedro, donde acostumbraba hospedarse: los discípulos embebidos en su conversacion le seguian á lo lejos disputando entre sí vivamente, y Pedro marchaba á su cabeza: como era el mas conocido de todos, fué detenido por el recaudador encargado de recoger las dos dracmas que se pagaban en aquel tiempo de tributo á Herodes Tetrarca en toda la estension de Galilea; el que se habia impuesto á todas las familias; exigíanlo tambien á Jesucristo como cabeza de una compañía compuesta de doce personas, que representaban una familia bastante numerosa, y que tenia lugar de tal en la República. Los recaudadores no se atrevieron á acercarse á Jesus, al que respetaban en razon de sus grandes milagros, y le dejaron pasar sin preguntarle una palabra; pero se dirigieron á San Pedro, y le digeron: ¿No paga vuestro Maestro las dos dracmas de la imposicion por sí y por sus discípulos? Es lo mas regular que San Pedro aplazase la respuesta hasta consultar con aquel, puesto que, la solucion del tributo era un reconocimiento esplicito del dominio imperial del César en todo el reino de los judios: y como el Salvador se habia criado en Nazaret, que era una de las ciudades de Galilea sujeta á la de Cafarnaum, por esto allí se le exigia el tributo. Cafarnaum se interpreta la *villa del consuelo, y el campo de la gordura*, por lo que allí se pide el tributo al Señor que llena á todos de consuelos y dones. El Salvador quiso pagar, como los otros: y no estando formada su Iglesia, ni Su Magestad reconocido de los pueblos, y menos del Príncipe, no se quiso dispensar de las cargas públicas. Como azorado entraba en su casa San Pedro para preguntar á Jesus lo que debia hacer, y Su Magestad le salió al encuentro, y le previno la pregunta, sin darle lugar á que se la hiciese.

(1) Ven. Bed. in cap. 9. Marci.

Qué te parece Pedro, le dijo Jesus: ¿los Reyes de la tierra de quién exigen y reciben los tributos? De los hijos, ó de los estraños? No tardó Pedro en responder, y dijo: únicamente de los estraños súbditos suyos: los hijos de los príncipes no son comprendidos en este número. Dices bien, replicó Jesus: luego los hijos son personas libres. Lo que fue decirle: Tú sabes que Yo soy Hijo de David por mi nacimiento, y heredero legítimo de su trono: con que bien puedes decir que no debo tributo alguno á Herodes. Pero nos es preciso evitar toda duda y ocasion de escándalo. No demos á esta gente pretexto alguno para que nos diga, que despreciamos la autoridad de las potestades establecidas: ni tampoco te apures por el pago; Yo te diré de dónde ha de salir, sin que lleguemos á tocar nada de aquello que nos dan para nuestro sustento. Anda corriendo á la ribera del mar, arroja el anzuelo, al primer pez que cogieses ábrele la boca, en ella le hallarás un *Stater* ó moneda de cuatro dracmas, tómala, dála á los recaudadores, y diles que *pagas por Mí y por tí*. Quería el Señor que se entendiese, que despues de Su Magestad era Pedro la cabeza de la familia apostólica, y que algun dia, ilustrado por el Espíritu Santo, seria la de toda la escuela cristiana, compuesta no solamente de discípulos que abrazarian el Evangelio, sino tambien de Maestros y Doctores, que por su estado y caracter tendrian á su cargo el enseñar é instruir. Disposicion admirable de la Providencia y de la justicia de Dios, que por medio de este milagro quiso manifestar el respeto y veneracion que le merecian los que en su nombre mandaban en la tierra.

Clara y abiertamente manifestó Jesus su Divinidad con la prediccion de este prodigio, que tan prontamente se verificó. San Gerónimo lo contempla, y dice (1): Yo no sé cual es lo primero y mas digno de admiracion: si el del stater en la boca del pez, ó si el de la magnificencia y grandeza de la virtud de Dios, por cuya orden se crió inmediatamente aquella moneda en la boca del aguatil. Misterioso es el sentido de todas estas cosas. El pez representa á Cristo; el mar, al mundo; el anzuelo, la muerte: el stater hallado en la boca del pez, el precio de nuestra redencion anunciada por el mismo Jesucristo; y asi se pagó el tributo, y nosotros fuimos libres. Pagó el tributo el Señor, no porque debiese pagarlo, porque tanto segun su naturaleza divina, como segun la humana, era Hijo de Rey; y asi estaba libre del pago de los tributos: pero esto lo hizo en razon de su humanidad, sujetándose al menor, y pagando lo que no debia,

(1) Div. Hieronim in cap. 19. Math.

para darnos ejemplo de humildad y enseñarnos que nunca deben-se dar escándalos por nosotros. Las dos dramas que tenia el stater, simbolizaban las penalidades del cuerpo, y las del alma: las primeras son el hambre, la sed, el frio, y otras semejantes; y las segundas son el temor, la tristeza, y otras que afligen y atormentan: cuya doble dracma tiene obligacion de sufrir cualquiera para pagar el tributo al Emperador supremo por el pecado personal, y el de nuestros primeros padres; puesto que no teniendo Jesucristo pecado alguno, la sufrió por los pecados de todos: y porque tomó la carne semejante á la pecadora, aunque no tomó el pecado, dió su cuerpo y alma en precio de nuestra redencion, y así pagó las dos dracmas de tributo á su Eterno Padre por los pecados de los hombres. Por último, no era esta la primera pesca que Pedro habia hecho obedeciendo á su Maestro, con lo que tambien se nos demuestra el mérito de la obediencia, y el modo con que Dios la premia aun en esta vida. Gustoso con este nuevo prodigio, corrió el discípulo á casa de los cobradores, y pagó por su Maestro, y por sí, según la orden que aquel le habia dado; volviendo despues á buscarle á la propia casa, donde le esperaba con el resto de los Apóstoles.

Así como los enemigos de la Iglesia naciente se empeñaron en ridiculizarla é infamarla, los nuevos sofistas, engañadores é incrédulos como aquellos, han procurado en estos tiempos denigrarla, y envilecerla, concluyendo de este pasage que el Divino Maestro dispensó á los cristianos del pago de los tributos á los príncipes soberanos, y á las autoridades civiles; y de ahí dicen nace el empeño de los ministros de la Iglesia en negarse á cumplir estos sagrados deberes de todo buen ciudadano; y su obstinacion en defender sus inmunidades reales y personales. Afortunadamente empero ha visto el mundo todo, ser esta una grosera calumnia, y aun comentario el mas violento y maligno que se puede hacer de la doctrina del Salvador, y un juicio temerario y necio de las ideas y opiniones de los cristianos, y de los ministros del santuario.

Sean de la clase y categoria que se quiera los pastores y ministros de la Iglesia, siempre se consideraron miembros de la sociedad, y nunca olvidaron el deber, y la obligacion de respetar las leyes patrias, y de contribuir en cuanto fuese posible á la conservacion del orden, y á la prosperidad del estado. No, no nos negamos decia San Ambrosio, á pagar tributo al César: las heredades y campos de la Iglesia satisfacen puntualmente los gravámenes y cargas á que estan afectas. Dad al César lo que es del César: esto es, como espone San Gerónimo, moneda, tributo, dinero: y á Dios,

lo que es de Dios; diezmos, primicias, obligaciones, víctimas: debemos seguir el ejemplo de Cristo, que pagó por Sí y por Pedro tributo, las dos monedas del censo: y aunque no puede negarse que algunos cristianos, ó por ignorancia, ó por un fanatismo irremediable (porque sucede lo mismo en todas las naciones) hayan manifestado repugnancia en pagar los tributos, creyéndose libres de toda carga real y personal; no es por eso menos cierto que dejando aparte derechos tal vez los mas justos, santos, é indisputables, han correspondido en todo tiempo y ocasion á los llamamientos que los reyes y las naciones les hicieron: siendo los sacerdotes los primeros que á todos dieron este grande y admirable egemplo de generosidad y desprendimiento. El clero católico, y sobre todos el español, nunca trató de eximirse de estos deberes tan sagrados: los ministros del Santuario siempre estuvieron persuadidos, que en las necesidades públicas, y en los apuros del gobierno debian ser los primeros en dar egemplo de celo y adhesion hácia el Soberano y la República, y concurrir con todo su poder á aumentar el tesoro público. Estos sentimientos del clero estan auténticamente probados por su conducta: y bien se puede asegurar, que no existe en el estado algun cuerpo, de quien los príncipes se hayan aprovechado tanto, ni en quien hayan hallado mas recursos, que en el estado eclesiástico. ¿Quién podrá reducir á guarismo lo que el clero español, ademas de las cargas comunes á cada propietario y súbdito, ha contribuido en beneficio del estado?

Desde luego puede ser que Jesus y sus discípulos hubieran partido de allí y continuado su marcha hácia la Judea, que era entonces el principal objeto del Mesias, para el cumplimiento de su ministerio; pero no quiso ponerse en camino sin darles antes aquellas importantes lecciones para su conducta, cuya materia y ocasion acababan ellos mismos de suministrarle. No habia olvidado Jesus la ardorosa conversacion que habian tenido entre sí durante la vuelta de Cesarea á Cafarnaum; sin embargo, queria saberlo de su propia boca; y asi, como por via de plática ó instruccion, les preguntó: de qué se habian ocupado en aquella larga jornada, y despues que El les habia dado noticia de su Pasion y Muerte y de su Resurreccion, puesto que asi convenia para la gloria de su Padre y por la salud del mundo? Miráronse los unos á los otros, quedaron mudos y no se atrevieron á responderle, concibiendo desde luego recelos de que su conversacion le hubiese disgustado, pues aunque no la habia presenciado, tenian sobrados motivos para presumir que nada se le escondia.

No debe admirarnos el silencio de los Apóstoles en esta ocasion, pues la conversacion y disputa que habian tenido versaba sobre un asunto de vanidad y ambicion, y era como bochornoso á unos hombres como ellos tenerlo que confesar. Habian nacido sin pretension alguna en este mundo: mas de dos años hacia que se educaban en la escuela de la humildad, y por lo mismo no habian de poder hacer sin sonrojarse ni confundirse la confesion que se les pedia. Mas á pesar de todo ellos la hicieron y aun se atrevieron á interpelar al Maestro para que fuese el árbitro de su disputa, ignorando la nueva vergüenza que habia de causarles la solucion que Jesus daria á su pleito. Acercáronse pues á El y le dijeron: *¿A quién tienes Tú por mayor en el reino de los Cielos?* Pedro tenia en su favor mas de una declaracion de su Maestro sobre la superioridad presente y la futura: en muchas cosas le habia dado el primer lugar: se habia dejado tratar de él con mucha familiaridad y El le habia correspondido, ya diciéndole que le entregaria las llaves del reino de los Cielos, ya llamándole bienaventurado, y últimamente tambien haciendo, que del dinero hallado en la boca del pez, pagase por ambos el tributo. Andrés podia aspirar á partir con Pedro la autoridad, puesto que eran hermanos. Juan, hijo del Zebedeo, era reconocido por sus colegas por el Benjamin de Jesus. Y otros que tenian la dicha de ser parientes suyos segun la carne: en fin, cada uno creia tener un apoyo para fundar sus pretensiones; y asi fué que todos se dejaron llevar de las pasiones humanas y se determinaron á dirigirse á su Maestro.

Si nuestro corazon fuese sano, y nuestro entendimiento no estuviese preocupado con las ilusiones y fantasias de este mundo engañador, ¿qué egemplo tan eficaz para desengañarnos y convencernos de nuestra pequeñez y miseria no nos ofreceria la conducta de los Apóstoles? Por necios y groseros que sean los hombres nunca les han faltado pretextos para adquirir honores y preferencias, á lo menos para pretenderlas aun en las cosas mas santas. Fieles y justos eran los Apóstoles: por seguir á Cristo habian dejado todo cuanto tenian y con ello hasta la esperanza de tener mas: y en medio de este desprecio temporal halló cabida en ellos el afan de otro lugar mas alto en el reino de Cristo: pero mejor instruidos algun tiempo despues sobre la naturaleza y dignidades del reino de Cristo, mudaron enteramente de afectos, de pensamientos y language. Y seria juzgar de ellos poco favorablemente atender solo á sus antiguas flaquezas sin hacer cuenta de la rectitud de su alma en la confesion que hicieron de ellas para honrar la paciencia del Maestro en su:

frirlos , y el poder de la divina gracia en curarlos de ellas.

Para curar pues el Salvador este afecto en sus Apóstoles y arrancarlo de raíz , buscó un medio igualmente suave que eficaz ; en primer lugar les dijo : que el que quisiera ser el primero entre los suyos se habia de colocar y contentar con el último lugar (1) y con servir á los otros ; y que ninguno era mayor que aquel que se tenia por el menor de todos. Despues de lo que llamó á un niño que se hallaba allí presente ; cogiéndole por la mano le abrazó y poniéndole en medio de ellos les dijo : nada puedo deciros mejor para satisfacer á vuestra pregunta y desengañaros, que aseguraros, que si no mudais de vida, y si no teneis como por hábito de virtud un bajo sentimiento de vosotros mismos , la inocencia , el candor y la simplicidad que la naturaleza y lo tierno de la edad concede á los niños, no tendreis lugar ni parte en el reino que Yo he fundado y establecido en la tierra , que es el fundamento de el de los Cielos. Mirad bien : los niños son el dechado de la humildad , del candor, y de la sencillez que debe resplandecer en todos los que quieren ser elevados á la altísima honra de Apóstoles y Ministros mios. Porque los niños no saben tener envidia , dice San Crisóstomo (2), ni poner los ojos en la honra agena, ni desear los primeros puestos y dignidades; mas poseen esta virtud altísima, la humildad y la sencillez verdadera. Afrentados ó castigados no aborrecen, alabados y honrados no se envanecen. Aquella tierna edad está exenta de toda arrogancia, del furor de la vanagloria, de la loca envidia, de toda contienda, y de otros semejantes afectos : por el contrario, estando fortalecida con la humildad y con la sencillez, ni por la una ni por la otra se engrie: posee estos bienes y ninguno de ellos se atribuye á sí misma. Sabed, pues, que el principal medio para ser ensalzados por Mí es el de abatirse y humillarse ; y *que nadie será tenido ni estimado por grande si no se hiciere pequeño como este niño*. Yo amo á los de esta edad , pero mas se llevan mis cariños los humildes, que por una sabia simplicidad se reducen voluntariamente al estado de una santa infancia.

De advertir es y muy digno de tenerse en memoria lo que nos manda Jesucristo en este Evangelio ; no crean algunos necios que nos manda un imposible. No nos manda volver á la edad de los niños, sino á la inocencia ; para que lo que ellos poseen por los años , lo alcancemos nosotros con la virtud. Por eso no nos dijo el Señor *si no os hicieseis niños, sino como niños*, esto es , mansos, be-

(1) Marcí. cap. 9. vs. 34. et seqs.

(2) Div. Crisostom. Hom. 59. in Math.

nignos, humildes, despreciadores de las cosas que el mundo estima como las desprecian los niños. Ni en todo quiso tampoco el Salvador que seamos como los niños, porque á los que en todo se vuelven niños los reprende el Sabio (1), diciéndoles: ¿que hasta cuándo tienen ánimo de amar la niñez? No es bueno ser niños en el seso y cordura, y es bueno serlo en la malicia como dice el Apóstol (2). El que por no tenerla fuere como niño, de sus cuevas sacará los demonios, que en sentir de San Gerónimo son los áspides que el niño de pecho habia de arrancar de su madriguera. Y á ella aludió seguramente el príncipe de todos ellos cuando á toda clase de personas dice (3): que nos desnudemos de la malicia y del engaño, y que no demos entrada al fugimiento y á la envidia ni á la murmuracion, sino que como niños recién nacidos nos alimentemos de la leche de la santa doctrina. De manera que así como la prudencia y la vida inmacutada trueca en viejo al mozo y hace que como tal le alabe la Escritura (4); así el candor y la humildad hace que los viejos se vuelvan niños, y como tales los recomiende aquí el mismo Salvador.

En verdad que esta doctrina santa de Jesus tenia mas relacion con la edificacion de sus almas que lo que ellos podian figurarse; y era mucho mas terminante de lo que ellos tal vez entonces no supieron comprender bien; porque esto era decirles: Si no corregis vuestros afectos, si no mudais de conducta hasta haceros semejantes á los niños en el desprendimiento de todos los afectos terrenos, de verdad os digo: que lejos de ser los primeros en mi reino celestial, no lograreis en él ni aun el último asiento. *Todo aquel que se humillase como este niño, ese es el mayor en el reino de los Cielos.* Esto es, todo aquel que no ocupase el entendimiento en comparaciones, que no alimentase el corazon con preferencias, que juzgase favorablemente de sus iguales, y que mirase sin pesadumbre que llegan á serle superiores; este es el que será verdaderamente grande entre mis discípulos. Cuanto mas perfeccione en sí mismo este caracter: cuanto mas se esfuerce á entrar en la pequeñez de la infancia, tanto será mas grande y sublimado en un reino donde la elevacion y la grandeza no se medirán por la sublimidad de las clases, sino por la humildad de los corazones. La exaltacion, que es el premio de la humildad, crece con ella y va á su compás en todo; de suerte que se

(1) Proverb. cap. 1. v. 22.

(2) Ep. ad 1.^a Corint. cap. 14. v. 20.

(3) Ep. 1.^a Petri. cap. 2. v. 1. et seqbs.

(4) Sap. cap. 8. vs. 8. et 9.

hace digno del sumo grado de honra, el que por la humildad supo ponerse en el mas bajo escalon. La pasion de dominar es muy dificultosa de curarse. La emulacion que ella habia introducido en los Apóstoles aun no se apagó con lecciones tan eficaces: aun la veremos brotar mas de una vez, y con frecuencia será menester aplicar el remedio; y este no llegó á curar perfectamente hasta que el fuego celestial que bajó sobre los Apóstoles consumió en sus corazones las reliquias del hombre viejo, é hizo de ellos nuevos hombres. Asi San Pablo recomienda muy eficaz y particularmente el egercicio y práctica de esta preciosísima virtud de la humildad, diciendo: que guardemos la honra para nuestros hermanos (4), y para nosotros escojamos la inferioridad y la sujecion. No sé como queda humo ni rastro de soberbia en los que piensan hallar en el Cielo quien les diga: *sube mas arriba*. Mucho recomendó la humildad el que dijo que *sin ella nadie se salva, y que ella da la mayoria en el reino de Dios*.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, mar abundantísimo de gracias y piélago insondable de misericordias, mtrame con ojos de compasion, y permíteme que me acerque al mar amarguísimo de tu pasion, recordando todos mis pecados con la mayor amargura de mi alma: no me ahogues, Señor, con la memoria de mis ingratitudes; antes bien déjame echar el anzuelo de la contricion de mi corazon, para que abierta mi boca por la confesion, te pague el tributo de la satisfaccion con una verdadera y sincera penitencia; y asi me vea libre de pagarlo al diablo, que es el cruel exactor de mi alma. Concédeme tambien que apartado enteramente de la soberbia, me haga como pequeñuelo y humilde á tus ojos, y asi merezca entrar por el camino estrecho, y la puerta angosta, al reino de la bienaventuranza eterna: y que recibiendo á los pequeñuelos y humildes en honor y nombre tuyo, y usando con ellos de los obsequios de la caridad, sea por Tí benignamente recibido en el Cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XVII de San Mateo desde el versículo 21 hasta el 26; y en el XVIII del mismo desde el versículo 1.º hasta el 5. Lo contestan San Marcos en el IX, versículo 29 al 36, y San Lucas tambien en el IX, versículo 46 al 48, todos inclusive.

La Iglesia usa parte del testo del XVIII de San Mateo, como propio de la Misa del dia de San José de Calasanz á 27 de agosto. Dice así.

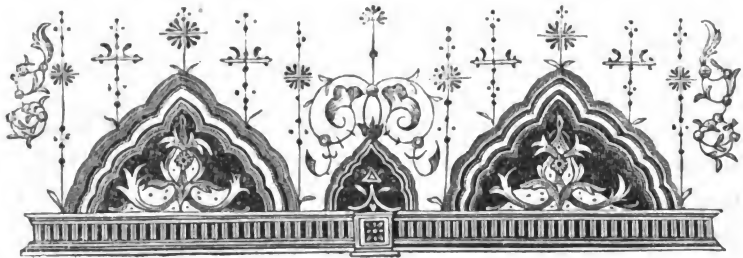
(1) Ep. ad. Rom cap. 12. v. 10.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 1 al 5.

En aquel tiempo. acercáronse los discípulos á Jesus, y le dijeron : ¿Quién piensas será el mayor en el reino de los Cielos? Y llamando á sí Jesus á un niño, le colocó en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo que si no os volveis y haceis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los Cielos. Cualquiera pues que se humillase como este niño, ese será el mayor en el reino de los Cielos. Y el que acogiere á un niño tal como este, en mi nombre, este me acoge á Mí.





CAPITULO II.

PROHIBE JESUS Á SUS DISCÍPULOS SE OPONGAN CIERTO HOMBRE QUE ESPELIA LOS DEMONIOS EN SU NOMBRE; AUNQUE NO ERA DEL NUMERO DE AQUELLOS: LES DA LECCIONES DE MODESTIA Y HUMILIDAD, Y LES MANDA NO ESCANDALICEN NI DESPRECIEN Á LOS PEQUEÑUELOS, AMENAZANDO CON UN ESPANTOSO CASTIGO Á LOS QUE TAL HICIEREN: Y AL FIN PUBLICA SU INFINITA MISERICORDIA CON LAS TRES PARABOLAS DE LA OVEJA, Y DE LA DRACMA PERDIDAS, Y DEL HIJO PRÓDIGO.

Tan solapada es la envidia, y tan cautelosamente obra en mil ocasiones, que en todas ellas introduce su pestífero y mortal veneno en el corazon de la criatura, con las apariencias de la virtud mas modesta y recatada y del celo mas ardiente y fervoroso. ¡Desgraciado es seguramente el hombre en cuyo corazon llega á introducirse! Ella será un verdugo cruel que le atosigue, y no le permitirá ver una sola obra buena en su prógimo, sin sentirse desde luego animado del deseo de impedirla. ¡Oh! ¡Cuántos y cuán grandes males ha acarreado la envidia en el mundo! Corren parejas la soberbia y la envidia: y si el infierno está poblado de demonios, y los hombres no habitan en el Paraiso, estos dos monstruos infernales despoblaron el uno y poblaron el otro.

Acababa el Salvador de condenar en sus discípulos el monstruo abominable de la envidia, que habia producido el altercado sobre la mayoría en el reino de los Cielos, enseñándoles que era detestable este vicio, no solo en ellos, sino en todos los hombres; cuando las mismas doctrinas de Jesus ofrecen á Juan, hijo del Cebedeo, un escrúpulo bastantemente fundado, del que quiso desde luego salir: presentóle con un celo muy modesto la duda que les aquejaba, sin que en ella pudiera traslucirse el menor asomo de aquella detestable peste. Maestro, le dijo: Vos ordenais que se reciban y traten como á Vos mismo todos aquellos que creen en Vos. Con todo eso, ved ahí lo que yo de consuno con otros discípulos vuestros he ejecutado. Nosotros encontramos á un hombre que echaba á los demonios de los cuerpos y libraba á los poseidos con la invocacion de vuestro nombre: y muy espresamente le hemos prohibido que use en adelante de este oficio, absteniéndose de semejante obra; pues que no es de los vuestros: Vos no lo habeis recibido en vuestra compañía, y no le habeis comunicado como á nosotros el poder de hacer milagros. ¿Hemos hecho bien en esto?

Es innegable que en la candorosa consulta de Juan no parece tener parte la envidia, ni otra pasion desarreglada; pero no puede esconderse que por lo menos tuvo en su accion una grande influencia un celo sobradamente indiscreto y reprehensible: aunque es tambien verdad que al parecer pecaron mas los discípulos por ignorancia que por malicia: y asi el Salvador no reprendió abiertamente su celo precipitado é indiscreto, y se contentó con decirles claramente: No os opongais á este hombre, ni le impidais ejercitarse en tan provechoso empleo: la libertad que se toma no puede menos de producir algun bien, pues es casi increíble que diga mal de Mí, despues de haber echado á los demonios en mi nombre. Y si es verdadero aquel axioma que dice que está en favor nuestro el que no se declare contra nosotros, en ninguna ocasion se ha de verificar mas que en la presente, en la cual no puede considerarse como neutral el que asi obra, y debeis considerar como amigo á aquel que no solamente no emprende cosa alguna contra vosotros, como enemigo, sino que hace lo mismo que vosotros haceis, y se vale de los medios que vosotros usais para llegar al mismo fin. ¿Son acaso sus acciones culpables delante de Dios? Si no lo son, ¿por qué las reprobais y condenais? Vosotros debierais haber tratado á este hombre como Yo quiero que os traten á vosotros. Bien sabeis que en vuestro favor tengo determinado, que cualquiera que os procurare algun socorro, aunque no sea mas que un va-

TOMO III. 23

so de agua fria, con tal que lo haga porque sois mis discípulos, no perderá su premio: así que creed también que las obras de caridad que hace este hombre serán recompensadas en esta y en la otra vida, aunque ahora no tiene la dicha de estar con nosotros.

Hermosa y bellísima comparacion la que mezcló el Maestro divino en este discurso para dar á sus discípulos una de las grandes instrucciones para establecer sólidamente su Evangelio todo de caridad y de paz; y estenderle hasta los confines de la tierra; porque esto fue decirles: Si Yo pienso tan ventajosamente de aquellos que os honran y os alivian, en vista de la relacion estrecha que Yo quiero que tengais conmigo, ¿qué deberé hacer con una persona, que sin ser del número de mis Apóstoles no deja de respetarme, de invocar mi nombre y de estender mi gloria? Mas aun hay en este mismo negocio otro punto del que es preciso que os hagais bien el cargo. Ese de quien me hablais, y al que habeis impuesto prohibicion, como á usurpador del ejercicio de un poder que imaginais os conviene solamente á vosotros, es uno de aquellos pequeños á quien la simplicidad de su fé inspira la confianza, y que hacen milagros en mi nombre, porque no se les ofrece á la imaginacion el honrarse con ellos á sí mismos. En lo que les dió á entender, que esos eran los hombres á quienes los queria semejantes, y á quienes debian temer el escandalizar. Sobre todo lo que dijo muy oportunamente San Ambrosio (1): debian persuadirse los Apóstoles, que el que recibe á un imitador de Cristo, á Cristo recibe; y el que recibe la imagen de Dios, á Dios recibe. La reprension pues de Jesus, fue mas bien una instruccion muy oportuna; porque Juan obraba por el grande amor que tenia á su Maestro, y así creyó que no debia ejercer de la potestad que ellos tenian, el que no gozaba de la dignidad de Apóstol, ni del obsequio de seguir á Cristo: pero este quiso instruirle en una cosa muy interesante, cual era la de que El era Dios de los fuertes y de los débiles, de los sanos y de los enfermos; y que si premia á los fuertes y robustos que le seguian, no escluia del premio á los flacos y débiles, y que ninguno debia ser á la fuerza alejado del bien á que tenia parte; antes muy al contrario, se le debia animar y provocar para que se acercase confiadamente á participar de él.

Tampoco con este motivo fue menos elocuente y fecundo el venerable Beda, que dijo (2): Aleccionado con esta doctrina el gran-

(1) Div. Ambros. in cap. 9. Lucæ.

(2) Ven. Bed. in cap. 9. Lucæ.

de Apóstol de las gentes San Pablo, no titubeó en decir: «Sé que
 »muchos de mis hermanos en el Señor han cobrado brios con mis
 »cadenas, y con mayor ánimo se atreven á predicar sin miedo la
 »palabra de Dios. Verdad es que hay algunos que predicán á Cristo
 »por espíritu de envidia, y como por tema; mientras otros lo ha-
 »cen con buena intencion, unos por caridad, sabiendo que estoy
 »constituido para defensa del Evangelio. Otros al contrario por celos
 »y tema contra mí, anuncian á Cristo con intencion torcida, ima-
 »ginándose agravar el peso de mis cadenas. ¿Mas qué importa?
 »Con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado, bien sea por
 »algun aparente pretesto, ó bien por un verdadero celo, en esto
 »me gozo y me gozaré siempre (1).» Por lo que añadió aquel, se
 nos está prohibido detestar todos aquellos que no siguen á Cristo,
 pues por todos nos enseñó y mandó que rogásemos; porque puede
 ser que un dia se conviertan como Pablo, y sean otros tantos pre-
 dicadores del Evangelio, y anunciadores de las glorias de Jesus.
 Si los malos pues hacen alguna buena obra!, no se les ha de pro-
 hibir que la hagan, aunque ella no sea meritoria por estar hecha
 sin la caridad; porque es al menos dispositiva para la enmienda de
 la vida. ¡Oh! ¡Cuántos convites nos hace el Señor para que entre-
 mos en el camino de la humildad como la virtud mas propia de los
 cristianos, y sin embargo resistimos venir á ella hasta la última
 hora, viviendo ensoberbecidos, aunque por la soberbia nos haga-
 mos peores que los demonios!

Ademas de todo esto les hizo saber el Señor, que asi como no
 hay obra buena sin recompensa, asi no la hay mala sin castigo; y
 que las leyes que ordenan penas por las faltas menores, las pres-
 criben mas rigurosas cuanto los delitos fueren mayores, como los
 públicos y capaces de escandalizar á las almas flacas; porque co-
 mo dice San Crisóstomo (2): Asi como los que honran y edifican á
 los pequeñuelos por Dios tendrán paga, asi tambien los que los des-
 honran y escandalizan sufrirán la última venganza. Escandaliza
 aquel que con un dicho, ó un hecho menos recto, es ocasion de
 ruina á cualquiera, haciéndole cometer la culpa y el pecado, y con
 sus palabras y ejemplos á ello le induce ó impele. Y les avisa en
 primer lugar para que eviten el escándalo activo, esto es, el que
 se da á los otros; y despues el pasivo, esto es, el propio. Con esta
 doctrina quiso decir el Salvador á sus discípulos: Vosotros, discí-

(1) Div. Paul. ad Philip. cap. 1. vs. 14. et seqbs.

(2) Div. Crisostom. Hom. 59. in Math.

pulos míos, no alterqueis mas ni disputeis sobre la primacia del honor, porque de esta disputa puede resultar el escándalo de los pequeñuelos, no de edad, sino de fé, porque hace poco tiempo que nacieron para Jesucristo y se convirtieron á El, y si los escandalizais los perdeis para siempre. Llámense estos pequeñuelos, porque descendieron voluntariamente de la soberbia altura del mundo y se humillaron por Dios, entrando en el gremio de la fé: estos tales recientemente regenerados, son en verdad débiles y enfermizos, y de ninguna manera deben ser escandalizados, debiéndose advertir que ellos se escandalizan con mas facilidad que los que ya son robustos y fuertes.

En este sentido debe tambien entenderse lo que significó el Salvador cuando dijo: Que era dichoso aquel que daba acogida á todos los pequeñuelos que creian en Su Magestad, y que procuraba afervorizarlos: y por el contrario, dijo claramente, que cualquiera que los desecha ó les da ocasion de volver atras, con el desprecio que manifiesta de la virtud que han concebido y á que se han dedicado, será desdichado é infeliz: y *que mejor le estaria á cualquiera que así fuese escandaloso que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojásen al profundo del mar.* Asi como la promesa primera nos atrae para que ayudemos al bien espiritual de los sencillos, así la amenaza presente nos aterra para que no les seamos ocasion de pecar. El mismo Dios, que premia largamente los beneficios hechos á los suyos, toma de su cuenta el vengar sus injurias; mucho mas las del orden espiritual, que son los escándalos, y de esto estan llenas las Escrituras. Donde se ve cuán errados andan los que con gran sosiego de conciencia oprimen ó llevan entre sus pies á los pobres y desvalidos, y mas los que no reparan en ser causa de que ofendan á Dios los sencillos y humildes por quienes sacó ahora la cara, y despues dió la vida Jesucristo. Mas entre todos estos parece que tira derechamente aquella amenaza del Salvador á los que con sus palabras y persuaciones, ó de cualquiera otra suerte, corrompen los ánimos de la gente sencilla y ponen escuela de maldad, abriendo los ojos al que los tenia cerrados con el candor de su buena vida, porque no veia en su prógimo sino acciones virtuosas ó incentivos para la virtud.

¡Ay del mundo! añadió el Salvador, *por causa de los escándalos.* Duras son y espantosas, estas espresiones de Jesus, que recaian muy particularmente sobre los doctores, sobre los sacerdotes y sobre los grandes de Jerusalem, que apartaban al pueblo de la fé del Mesias y eran comprendidos bajo el nombre de mundo. Desdichado el

mundo por causa de los escándalos; y redobla Su Magestad el *ay*, para indicar la gravedad de la ofensa, lo terrible de la maldicion, y lo espantoso de la condena que se echa á costas el que la comete: confirmandose despues por el mismo dicho de Jesucristo, que, *al que lo da*, mas cuenta le tendria que lo ahogase violentamente en el mar. ¿Y cuántos sin pensarlo quedan comprendidos bajo el peso de este *Ay*, que muchos pronuncian, y cuya tendencia no todos conocen? ¡Ay de los que inventan nuevas maneras de ofender á Dios y andan maquinando cómo derribarán mañana al que hoy hallaron firme en la virtud! Estos tienen particulares castigos señalados, como que todas las culpas de que son causa van á cargo de ellos, y el mismo enojo que Dios tiene con el pecado, lo guarda siempre vivo contra el que lo inventó; por lo que no titubeó San Agustin en afirmar que Ario no tiene aun en el infierno toda la pena que ha de tener, ni la tendrá hasta que se acabe el mundo; porque hasta entonces no se sabrá todo el mal que ha causado la pésima semilla que en él dejó sembrada. ¡Ay de aquellos pérfidos hereges, que como dice San Pedro (4), «son maestros mentirosos que introducen »con disimulo sectas de perdicion, que reniegan del Señor que los »rescató, acarreándose á sí mismos una pronta venganza; á los que »seguirán muchas gentes en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado, y usando de fingidas palabras »harán tráfico de los hombres por la avaricia: mas el juicio que »tiempo há que les amenaza, va viniendo á grandes pasos, y no está »dormida la mano que debe perderlos»! ¡Ay de los libertinos y deslumbrados filósofos, que siendo maestros falsos inventan en el camino de Dios una nueva anchura, que no nace de la caridad, sino del desahogo de las pasiones, consecuencia funesta de ese tan decantado libertinage que con tanto desenfreno predicán y sostienen! *Ay! Ay! Ay!*

Mas á pesar de este *ay*, *vendrá el escándalo, porque es preciso que venga; pero infeliz y desdichado de aquel por quien viniere*. Plantó el Señor su Iglesia en un mundo atestado de malignidad, que es la cizaña que anda mezclada con el grano selecto que el gran Padre de familias plantó en este su campo. Es inevitable que haya escándalos de parte de los perversos que estan siempre mal con la virtud y con los virtuosos. Pero esta profecía de Cristo, asi como no pone necesidad á los malos para que lo sean, asi de ningun modo disculpa á los que de sus caidas y escándalos echan las culpas á Dios, y

(1) Ep. 2.^a Div. Petri. cap. 2.^o vs. 1. et seqbs.

altercan con El, diciendo: que pues necesariamente deben venir aquellos, no tienen brazos para oponerse á su voluntad: contra ellos es, pues, contra quienes truena furiosamente Jesus, cuando dice: *Mas ay de aquel hombre por quien viene el escándalo.* Este mismo lenguaje usó San Pablo, el cual aunque dijo (1) que convenia hubiese heregias en la Iglesia, tuvo buen cuidado de advertir en otra parte que los que inquietan al pueblo sencillo y ponen estorbo á los que corren para obedecer la verdad, sean los que fueren, pasarán por muy estrecha residencia (2): inflamándose de tal manera su ánimo cuando contemplaba la gravedad de este pecado, que su celo ponía en su boca exhortaciones gravísimas para preservar de él á la Iglesia, diciendo que no era razon que los que somos hermanos en Jesucristo nos pongamos unos á otros tropiezos para dar de ojos en el pecado (3): que sigamos todo aquello que hace á la paz y á la edificacion de los unos á los otros (4): que nadie se tome licencia que sirva de tropiezo á los flacos: que aun en lo lícito andemos con pies de plomo, y que nos guardemos de ello si alguno se hubiese de escandalizar (5). De suerte que mirando en todo al bien y provecho de nuestros hermanos, á nadie demos escándalo, sea judío ó idólatra, siendo en todo y á todos motivo de edificacion.

Juzgó Jesus muy prudente en esta ocasion no escasear á sus Apóstoles los avisos y las comparaciones que podian avivarlos mas, para que les quedasen mas impresos; y así les dijo: Hay amigos en el mundo los cuales se juzgan tan necesarios para salir con algun intento, como son necesarias las manos al cuerpo para trabajar, y los pies para caminar. Pero si teneis un verdadero amor por vosotros mismos, es preciso romper esta amistad cuando os es estorbo para cumplir con vuestro deber: es menester cortar esta mano y arrojarla lejos de vosotros cuando os induce al mal. Pues mas vale que entreis en el reino de los Cielos con una sola mano, que no teniendo las dos ser arrojados al infierno, para padecer tormentos eternos, en donde el gusano que roe el alma y el cuerpo no muere jamás, y en donde nunca se apaga el fuego que abrasa á los dos. Y si vosotros debeis no hacer caso ni tener atencion alguna con estos falsos amigos, aunque su amistad os parezca tan necesari-

(1) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Corint. cap. 9. v. 19.

(2) Idem. Ep. ad Galat. cap. 5. vs. 7. et seqbs.

(3) Idem. Ep. ad Rom. cap. 14. v. 13.

(4) Idem. ibid. v. 29.

(5) Idem. 1.^a ad Corint. cap. 10. vs. 23. et. 24.

ria como es una de vuestras manos cuando interviene el honor de Dios; de la misma suerte estad prontos á separaros de aquellos cuya familiaridad es dañosa á vuestras almas, aunque os parezcan tan necesarios como uno de vuestros pies. No perdoneis á un pie tan dañoso que os lleva al precipicio: cortadle al punto y arrojadle de vosotros. El mayor mal que os puede suceder es quedar cojos con su falta: ¿pero cuánto mayor mal es bajar con los dos al infierno para ser atormentados allí por toda la duracion de los siglos? ¿Y qué cosa mas amada que uno de vuestros ojos? Con todo eso, si este con su modo libre de mirar os es causa de ofender á Dios y poner vuestras almas en manifiesto peligro de perecer, tened ánimo para echarle fuera: mal es sin duda la falta de un ojo, pero se ha de reputar por un gran bien cuando sirve para alcanzar por ese medio el Cielo, en donde los bienaventurados estan exentos de todo dolor y pena. Mejor os está perder esa dañosa vista que conservarla para que os sirvan los dos de caminar mas derechos y con mayor presteza á los infiernos.

No estrañeis discípulos míos la dureza de estos consejos, es preciso hacerse violencia para alcanzar el reino de los Cielos, y asi lo es tambien romper y separaros de aquellos amigos cuya familiaridad y ejemplos os son causa de escándalo, dejándolos antes que os condeneis en su compañía. Yo no dudo que tendreis dificultad y os costará alguna pena el romper con esta especie de afectos; pero si quiere la Ley que pasen las víctimas para el fuego y que haya sal en todos los sacrificios (1), es preciso tambien que los justos, como hostias vivas que se consumen en el servicio del Señor, sean probados por el fuego, y que junten á los ardores santos del divino amor la dolorosa sal de la mortificacion. Esta sal prodigiosa preserva al alma de la corrupcion del pecado. Mas tened entendido que la mejor sal, una vez disipada y gastada su virtud, no es á propósito para uso alguno, y no es posible restituirla á su primera virtud y fuerza. Haced pues buena provision de esta sal espiritual, y tened gran cuidado no se corrompa. Ved ahí el medio de conservaros en la paz que Yo deseo reine entre vosotros, y que atraerá á vuestras almas el respeto de las demas virtudes.

Con frecuencia se servia el Salvador hablando con sus discípulos de la comparacion de la sal, aplicándola á diferentes asuntos; porque hay sales de diversas especies, y aun una misma sirve para muy distintos usos. Para los cuerpos condenados en el abismo hay

(1) Levit. c. 2. v. 14.

la sal del fuego que jamás se apaga ; para las víctimas una sal que las consagra ; para el alimento una sal que sazona ; para la conducta una sal de sabiduría y prudencia que la dirige y santifica. De esta es la que Yo os hablé bajo la figura de la sal comun cuando os decía *buena es la sal*: conservad en vosotros la sal de la prudencia y de la discrecion: servios de ella para evitar con precauciones prudentes lo que pueda ser para los otros ocasion de caída y de escándalo: porque si los que se escandalizan á sí mismos por no hacer una separacion dolorosa, pero necesaria, de lo que les causa su ruina, son castigados severamente y entregados al gusano que no muere, ¿ cómo pensais ; dice el Señor, que serán tratados los hombres que , ó no tienen reparo, ó son tan soberbios que no temen escandalizar á los pequeñuelos que creen en mí? Ninguna pena mayor, dice San Ambrosio (1), que el gusano roedor de la conciencia, que siempre muerde interiormente. ¿ Por ventura no ha de huirse este tormento mas que la muerte, que todos los dispendios y destierros? Ni aun tampoco el fuego del infierno, que abrasa exteriormente el cuerpo, se apaga ni consume ; porque es un fuego afflictivo y no consuntivo, y su materia durará para siempre, porque no tiene elemento contrario que lo pueda apagar ó destruir. Y el venerable Beda añade (2): Asi como el gusano es un dolor interior que siempre acusa, asi el fuego es una pena exterior que siempre martiriza.

Otras consideraciones de no menos peso presentó Jesus á sus Apóstoles para reencargarles el cuidado que habian de poner en no escandalizar á los pequeñuelos, y el aprecio que debian hacer de ellos: *Mirad*, les dijo, *que no desprecieis á ninguno de estos pequeñitos que creen en Mí: porque os digo que sus Angeles en los Cielos siempre ven el rostro de mi Padre que allí está*. Lo que fue decirles: los Angeles sus tutores, á quienes ellos estan encomendados, tienen su morada en el Cielo, y asi se presentan incesantemente ante el trono de mi Padre para darle cuenta de su administracion y conducta, y para pedirle venganza de aquellos hombres indiscretos ó soberbios, que no reparan en perder con sus discursos ó con sus ejemplos á aquellos cuya salud está confiada á la vigilancia de los espíritus celestiales.

En todo este discurso resplandecen admirablemente las causas de la reverencia y del acatamiento con que debemos los fieles mi-

(1) Div. Ambros. lib. 1.º Oficior. cap. 4.

(2) Ven. Bed. in cap. 9. Marci.

rarnos los unos á los otros : porque no dijo Cristo que respetasemos á los unos porque son ricos , á los otros porque son sabios , y á otros porque son nobles ó privados de algun señor temporal , ó por algun otro título exterior de los que emboban y entontecen el mundo ; sino porque son hijos de Dios , porque por ellos se dejó crucificar el Hijo Unigénito del Altísimo , porque el Padre celestial los tiene debajo de su amparo , y sin su potestad nadie les arrancará un solo cabello de la cabeza , y en fin , porque para su tutela y defensa tiene destinada la nobleza de su cámara celestial , los espíritus abrasados de su amor , que no miran sino como agradarle en todo y dar en el hito de su deseo , y que estan absortos sin verse hartos de mirarle y contemplarle. Estas cosas quiere Jesucristo que miremos en nuestros hermanos : solo con que en esto le obedeciesemos quedaban cortados en su raiz muchos males y pecados que tienen afligida á la Iglesia. Digno es de oír sobre este particular al máximo entre los Doctores San Gerónimo (1) : Despues, dice, que nos enseñó á evitar el escándalo de los pequeñuelos , nos enseñó tambien á evitar el desprecio , como que es la raiz del mismo escándalo : y aunque para evitar este nos mandó huir todos los afectos carnales, no llegó hasta el extremo de que despreciemos aquellos de cuya salvacion podemos tener fundada esperanza, y que por lo mismo debemos ser solícitos de ella : asi es que nos da un motivo especial, no solo para no despreciarlos , sino para honrarlos : pues no debe el siervo despreciar aquellos á quienes tanto honra el Señor. Debemos procurar su salud, porque el Salvador procuró la de todos. San Bernardo añade (2) : Fiel el Parainfante, sabedor del amor mútuo, pero que no lo envidia, no busca su gloria, sino la de su Señor. Discorre entre Dios y el alma santa, que son el amado y la amada, y al uno ofrece votos y afectos de amor, y á la otra le lleva dones : aviva á este para que se enfervorice, aplaca á aquel para que no se enoje: y como es doméstico y conocido en el palacio de los Cielos, no teme ser repelido ó espulsado cuando lleva las embajadas de una á otra parte , y siempre tiene la dicha de ver el semblante del Padre, al que incesantemente ruega por el alma que se le confió.

Por último , el discreto San Anselmo afirma que millares de millares de espíritus angélicos vuelan sin cesar desde el Cielo á la tierra, discurriendo de una á otra parte como solícitas y negociadoras abejas por entre los prados y las flores, disponiendo todas las cosas

(1) Div. Hieronim. in cap. 18. Math.

(2) Div. Bernard. Sermón 31. in Cantica.

con mucha suavidad y prontitud, como mensageros en quienes no cabe engaño y que obedecen con la mas puntual obediencia (1). Mira pues con cuanta fidelidad nos sirven nuestros ángeles, y cuan solícitos son para con nosotros. Nada hagas en su presencia que pueda disgustarles. Si la ira te incita á que vuelvas mal por mal á tu prógimo, no mires en él que es menos que tú, ó que le aventajas en la edad, ó en la autoridad, ó en la riqueza; sino párate á pensar que asestas los tiros de la venganza contra uno que tiene á Dios por Padre, á Cristo por hermano, y por tutores á los espíritus celestiales; y del cual tiene dicho el Señor, que el que á él toca, toca á la niña de sus ojos (2). Camina en todo con cautela, porque en todas partes, y en todos lugares y ocasiones presente está tu ángel y prestos estan todos los de Dios para cumplir sus órdenes, sean de misericordia ó de justicia; y no te atrevas á obrar á la presencia de tu ángel lo que á la vista de un hombre no hicieras (3).

Mas adelante que todo esto llevó aun el Maestro Divino sus instrucciones para enseñar con 'sus ejemplos lo que habia explicado con sus discursos y doctrinas; justificando, que no solo no se habian de despreciar los pequeñuelos, sino que se habian de buscar para atraerlos á la fé y confirmarlos en ella: pero notaron malignamente sus enemigos que su mas ordinario acompañamiento en las correrias evangélicas, ademas de los pobres y enfermos que no lo dejaban, se componia de publicanos y pecadores: estos, movidos del deseo del perdon de sus culpas y llenos de compuncion verdadera, venian á oir de su boca y aprender el camino de la salud eterna, disponiéndose de esta manera para la fé del Evangelio. Avergonzados de sus desórdenes, no se avergonzaban de buscar el remedio. Jesucristo los atraia á su escuela, los recibia con caridad, los cultivaba con cuidado, y tenia gusto de tenerlos en su compañía. Esta era la oveja perdida de la casa de Israel, que buscaba con ansia y con fervor y la conducia al redil.

Digna, muy digna es de mirar la conducta de Jesus bajo todos lo puntos de vista, pero bajo el caracter y nombre de pastor es el modelo ejemplarísimo de todos los pastores que queria dar á su rebaño: porque parece que en nuestros dias ya se han olvidado muchos de este caracter de caridad, de compasion y dulzura: por poco ó por nada se alteran y mudan las antiguas ideas de religion, y co-

(1) Div. Ansel. in Ep. ad Hebreos.

(2) Zachar. c. 2. v. 8.

(3) Div. Bernard. Sermon 12. in Ps. *Qui habitat*.

mo que se tenga á mal que los discípulos se parezcan al Macstro. Un aire austero, unas modales ásperas, unas máximas estremas, el desden, el desprecio, y desgraciadamente muchas veces en público y para los que lo ven, esto es lo que los hombres suelen admirar, y lo que hace á los ojos de los necios y poco instruidos en el espíritu del Evangelio grandes celadores de la ley y guías ilustrados: cuando no es mas que conformarse con el gusto de los judios, restablecer las prácticas de los escribas é introducir las costumbres de los fariseos. ¡Oh! Y quién pudiera borrar, no solo con lágrimas de sus ojos, sino con la misma sangre de sus venas ciertas aberraciones de algunos hombres nada propias del caracter de un verdadero pastor! El de Jesucristo, lleno de humildad, de mansedumbre y de condescendencia, ofendia con exceso á sus enemigos, cuya soberbia y dureza condenaba. Ellos pretendian que un hombre que se daba por Mesias, y se levantaba á doctor de la nacion, debia seguir otro método: que su única compañía debia ser la de los justos y los sábios, porque era en su concepto sobremanera indecoroso é indecente, verle siempre rodeado de la gente de menos crédito y mas despreciable del pueblo. Este hombre, decian públicamente, y alguna vez en su propia presencia, muestra un gusto singular para con los pecadores: los recibe con preferencia á los demas: y elige muchas veces sus casas para comer y hospedarse. Acusacion maliciosa y terrible que ofendia altamente la mansedumbre de Jesus, su misericordia y clemencia, y lo desfiguraba á los ojos de Israel para que no fuese reconocido por el Mesias prometido, y el Dios Redentor, y Salvador de su pueblo.

Una sola palabra que Jesus hubiese hablado, hubiera sido mas que suficiente para confundir la orgullosa soberbia de sus injustos detractores; pudiera muy bien haberles dicho, que en ella tenian un pecado mucho mas difícil de curar, que los que reprendian en los publicanos; y aunque de cuando en cuando el interés de la verdad le obligaba á confundirlos por este mismo lado, en esta ocasion quiso ceñirse á sola la acusacion, considerada en su punto de vista mas culminante y esencial. Supone en su pueblo cierto número de hombres fieles, observantes de la Ley de Moisés, en cuanto á sus preceptos naturales, y en cuanto á sus legales observancias: gente virtuosa é inocente en su estado, en cuanto pueden serlo con el socorro del Cielo las criaturas flacas y frágiles de la tierra. Miraba por otra parte una multitud de pecadores, que sin faltar á la fé, en medio de sus hábitos viciosos, se dejaban dominar de sus pasiones. Se dejaba ver y se representaba en sí mismo, como enviado á

los unos y á los otros, como un ministro destinado á preparar todos los corazones al Evangelio. Pero en el ejercicio de su ministerio manifestaba preferir los pecadores á los justos. Esto es lo que le echaban en cara, y hacia esta parte conviene precisamente considerar su apologia. Esta se reduce á algunas parábolas sencillas, pero eficaces, que propuso á unos hombres críticos y maliciosos, que de la grandeza de sus misericordias tomaban ocasion para censurarlo.

Tres cosas hay que muy particularmente inducen al hombre á que tenga misericordia y compasion de su prógimo, y son, *la simplicidad, el parentesco, y la necesidad*; y estas tres inducen tambien á Dios á que use de misericordia con nosotros. La primera, que es nuestra simplicidad, está representada en la parábola de la oveja descarriada: porque el hombre es muy sencillo y simple, respecto del enemigo tan astuto y sagaz que tiene, que es el diablo: por cuya razon clamaba David y decia (1): *Erré, Señor, como la oveja que se descaminó; busca pues á tu siervo, que no se ha olvidado aun de cumplir tus preceptos*. La segunda, que es el parentesco que tenemos con Jesucristo, está simbolizada en la segunda parábola, que es la dracma perdida, porque en la dracma está el busto del rey, y la inscripcion de su nombre: asi el hombre, que es formado á imagen y semejanza de Dios, tiene la inscripcion de Cristo, porque de Cristo se llama cristiano; por cuya razon tiene tambien compasion de nosotros; porque segun el dicho del Apóstol, *nadie tiene odio á su propia carne* (2). Y la tercera es nuestra necesidad y pobreza representada en el hijo pródigo, que vuelve á la casa de su padre, acordándose que en ella hay muchos criados que comen pan, mientras El perece de hambre en una tierra estraña. De cuyas tres misteriosas y significativas parábolas se vale Jesus para condenar la maligna perfidia de los fariseos, que orgullosos y envidiosos de los aplausos que justamente Jesucristo recibia del pueblo, porque ejercitaba con él la misericordia y la compasion; y mas ignorantes aun de los caminos de Dios, creyendo que la santidad consiste en no tratar nunca á los pecadores, ni acercarse á ellos; no podian sufrir la benévola acogida que todos hallaban en Jesus, y asi les dijo: ¿Quién hay entre vosotros, que teniendo un rebaño de cien ovejas, perdida una de ellas no deje las noventa y nueve solas en la campiña, por buscar solícito aquella sola que ha perdido? ¿Y despues de hallada, quién será el que no muestre tal ale-

(1) Ps. 128. v.

(2) Div. Paul. Ep. ad Ephesios. cap. 5. v. 29.

gria, que cargándola sobre sus espaldas, la lleve como en triunfo á su casa, convide á sus vecinos para que le den el parabien, y se alegren con él de haber encontrado la oveja, que ya lloraba como perdida? Este exceso de alegría, no solamente no es reprehensible, sino laudable en un Pastor que ama tiernamente su ganado.

De esta parábola sacó luego el Divino Maestro una consecuencia que hizo estremecer á los escribas y fariseos, porque justificó desde luego su conducta, con respecto á la benignidad que usaba con los pecadores. Ved ahí, les dijo, un retrato de vuestro Padre Celestial. Ved ahí una imagen de lo que pasa en el Cielo en la conversion de un pecador. Es una nueva alegría para toda la corte del Rey de la gloria, cuando un hombre perdido por los caminos de la mal-dad, se vuelve á la penitencia. Alegría mucho mas grande, y mucho mas viva, que la que causa la perseverancia en el bien de noventa y nueve justos, que no habiéndose apartado de la Ley, no tienen necesidad de penitencia. De donde se sigue, que quien trabaja la conversion de los pecadores, lejos de ser profano y pecador como ellos, hace una obra muy grata á los ojos de Dios y de los ángeles: por lo que dijo Orígenes (1): Nosotros damos ocasion de gozo á los ángeles en el Cielo, cuando caminando sobre la tierra, y apartando á los pecadores del pecado, inclinándoles á la penitencia, tenemos tambien nuestra conversacion en los Cielos.

Este modelo de caridad que propone el buen Pastor á los mayores de su rebaño, es una ley estrechísima que no les consiente abandonar las ovejas luego que se desvian del buen camino. Para este caso son los nuevos desvelos: la mayor solicitud, el mas tierno amor, el andar en su busca sin cansarse ni dar sueño á sus ojos hasta volverlas al redil. Trastorna el orden de las obligaciones pastorales y se desentiende del ejemplo de Cristo al pastor que se dedica enteramente á dirigir almas que sirven á Dios, cuya direccion es suave y facil; huyendo de las perdidas, cuya conversion y guia cuesta mayor desvelo, y trabajo, y gemidos, y lágrimas. Pocos pastores piensan la estrecha obligacion que tienen en ciertos casos, de huir de las personas que los buscan, y les muestran apego no necesario, para poder correr tras los que huyen de ellos, y cuya perdicion será imputada á su desidia, ó al desorden de su caridad, ó á la indiscrecion de su celo. El buen Pastor estiende la penitencia propia á los pecados ajenos: no tiene por carga las almas que lleva á Dios, porque nada es gravoso á la caridad, ni hay cosa dura, ó

(1) Origen. in Lucam.

áspera para quien ama á las almas por Dios; y sabe lo que por él, y por todos hizo y padeció Jesucristo. Grande, sí, no hay duda; muy grande debe ser el gozo que hay en el Cielo por un pecador que hace penitencia.

Pasa inmediatamente el Salvador á proponerles otra parábola, casi sin darles tiempo de reflexionar sobre la primera. Figuraos, les dijo, una pobre mujer, que teniendo alzadas diez dracmas, pierde una de ellas, porque se estravia del lugar donde las tenia colocadas: al punto enciende una luz, registra y escudriña todos los rincones, vuelve toda la casa de arriba abajo, y no sosiega hasta encontrarla: conseguido esto, cuánta es su alegría? Llama sin detencion á sus vecinas, las manifiesta su hallazgo, y les suplica se alegren, y celebren con ella su dicha, porque halló la que se le habia perdido. Tal serán, vuelve á decir el Señor, los regocijos que harán los ángeles de Dios en el Cielo, á la vista de un solo pecador, á quien torne otra vez la penitencia á la gracia del Padre Celestial. ¿Es acaso esto porque la dracma encontrada sea de mayor precio y estima, por haber sido perdida? Es mas amable la oveja vuelta al redil, por haber andado descarriada mucho tiempo? ¿El pecador penitente es mas digno de los favores del Cielo, por haber merecido sus mas severos castigos? No por cierto: es sin duda porque la alegría de lo que se recobra, se debe medir con el dolor que causó su pérdida. El justo que persevera se grangea una estimacion uniforme, y goza de una igual complacencia. Un pecador convertido hace cesar el dolor, y el sentimiento, enjuga las lágrimas, y vuelve á suscitar el gozo y la alegría, que parecian haber faltado para siempre. Siendo pues ninguno el valor de la moneda perdida, en comparacion del alma señalada con la imagen del mismo Dios, ¿cuán grande y recomendable á la presencia del Señor, deberán ser la solicitud y el celo, de los que se empleen en buscar almas perdidas, aunque sea á costa de ansias, fatigas y humillaciones? ¿Cuán grande seria su gozo por una sola que tenga la suerte de hallar? ¿Qué extraño es que la sabiduria de Dios, como dice San Agustin (1), para hallar este caudal suyo, tome su antorcha que es la carne de Cristo encendida con la luz eterna, que es la Divinidad del Verbo?

Por dos razones principales se alegra Jesucristo en la conversion de un pecador: primera, porque la conversion aplaca su justicia; y la segunda es porque no se malogra en aquella alma el pre-

(1) Div. Agust. in Ps. 138.

cio de su sangre. Es tan del gusto de Jesus, y le causa tanto gozo ver que un pecador se convierte, que si no bastase para conseguir que se convierta la pasion y muerte que sufrió, la padecería de nuevo y moriria otra vez: óigase, si no, lo que escribió San Dionisio Areopagita (1) al célebre Demophilo: «Habiendo cierto hombre infiel hecho apartar de la fé á otro que-era fiel, Carpo, que era un varon muy insigne en santidad, lo llevó tan á mal, que pedia á Dios que uno y otro fuesen quemados vivos. Aparecióle Jesucristo á la media noche como detenido en el aire y acompañado de una multitud inmensa de Angeles; en la tierra empero apareció un horno encendido, lleno de serpientes, al que eran conducidos aquellos dos infelices, contra los que pedia Carpo que fuesen arrojados en el horno, llevando muy á mal no se realizasen en el acto sus deseos: y en este estado baja Jesucristo á la tierra, y estendiendo sus brazos arrebató aquellos dos hombres de la boca del horno donde iban á ser echados: vuélvese á Carpo, teniendo sus manos levantadas, y le dice: *Híereme otra vez con la lanza, pues estoy resuelto á padecer y morir de nuevo por salvar á los hombres.*» Concluyamos pues, dice San Bernardo, que ninguno por pequeño que sea debe ser despreciado, porque siempre es hijo adoptivo de Dios por la fé y por la gracia, y el Señor cuida particularmente de él.

Otra tercera parábola les presentó el Señor para aclarar la verdadera significacion de las dos precedentes, y como para darle mayor espresion y viveza, ó para manifestar mas la ardentísima caridad de su corazon, á fin de ganar mas el nuestro llenándole de mayor confianza y consuelo. Para entenderla bien, conviene no perder de vista lo que ocasionó la esplicacion empezada entre Jesus y los fariseos. Tratábase siempre de los justos de la Sinagoga, á los cuales parecia posponer el Señor, dando la preferencia á los pecadores, con los cuales se le reprendia ser pródigo de sus cuidados y de su ternura. Su Magestad no se opone á la justicia y á la inocencia que se atribuye á los unos, y conviene llana y sinceramente en el mal estado de la conciencia de los otros: esto supuesto, quiere que atiendan mas los fariseos á lo que va á decir, y que vean si es justo el juicio que hacen de Su Magestad.

Un hombre, les dice Jesus, tenia dos hijos, y el mas joven de ellos dijo á su padre: dadme, padre mio, la porcion que me debe tocar de vuestros bienes, para aumentarla en provecho mio. Está

(1) Div. Dionis. Areopag. Ep. ad Demophilum.

muy bien, respondió el padre; y dividiendo luego aquellos en dos partes, dió á cada uno lo que le tocaba. Un joven con muchos bienes y demasiada libertad siempre corre grandes riesgos: este joven desventurado bien pronto lo experimentó. Conocía que en la casa



paterna, y aun fuera de ella en su propio pais, siempre habia de encontrar un freno saludable á sus pasiones; por lo que se determinó á viajar á un pais extraño, donde no hubiese quien pudiera notar sus faltas y corregirlas. Allí se entregó á toda clase de escesos

y liviandades, y en poco tiempo disipó en desenvolturas todos sus bienes. Mas para colmo de sus desgracias, y cuando ya de sus cuantiosos bienes nada le quedaba, sobrevino una hambre terrible que desoló el pais. Entonces, sintiendo todo género de necesidades y privaciones, tomó el único partido que le quedaba, que era el ponerse á servir. Habia dejado un padre bueno, y tuvo que buscar un amo, que la fortuna le deparó estremadamente feroz; el que sin permitirle vivir en la ciudad lo desterró á una casa de campo, encargándole el cuidado de una manada de cerdos: mas ¡quién lo creyera! Ni aun á costa de tanta degradacion encontró para sí el alimento necesario. Envidiaba la suerte de los cerdos, y no le era permitido llegar al alimento vil de que ellos se mantenian.

En este estado de tan estremada miseria, ¿cuántas serian las amargas reflexiones que á sí mismo se haria? ¿Cuántos los remordimientos con que se afligiria? Un estado tan violento y precario, debia necesariamente producir la desesperacion en un corazon menos confiado. Por fortuna no se habian borrado aun en el corazon de este joven las ideas de bondad y misericordia que eran naturales en su padre; y acordándose de ellas y de que aquel es su padre y él su hijo, mirando antes de todo su propia indignidad, conociendo que no tiene derecho para exigir otra vez sus cariños, pero no dudando de su bondad y clemencia, lleno de confianza, determina presentarse á él. Para animarse mas á esta santa y heroica resolucion, exhortábase á sí mismo y se decia. ¡Cuántos criados y domésticos viven actualmente en la casa de mi padre, donde tienen el pan con abundancia, y yo aqui estoy pereciendo de hambre! ¡Ah! Yo parto luego: voy á buscar á mi padre, y le diré: péqué, padre mio, contra el Cielo y contra tí: no soy digno ni merezco el alto honor de llamarme hijo tuyo; pero á lo menos, señor, no me niegues la gracia de admitirme en el número de tus criados. A tu vista, padre mio, lloraré cada vez mas mis extravios, y mis lágrimas me harán cada dia mas digno de tí. Tú y el Cielo sereis testigos de mi arrepentimiento, y espero que aun me bendecirás un dia porque volví arrepentido á tu vista.

No podia retratarse con mas exactitud el pecador que se desvia de Dios por el desordenado amor á la independencian, y que desviado y viviendo á sus anchuras disipa los dones naturales, y arroja de sí los sobrenaturales, trocando la sabiduria por la necedad, la verdad por la mentira, la riqueza por la mendiguez, y por un deleite momentáneo la posesion del bien incommutable y eterno. El hambre que se padecia en la tierra á donde fué á parar el pródigo muestra

la miseria del corazon que no es alimentado con el pan del Cielo. El haberse puesto á servir denota la esclavitud del demonio á que se sujeta el que echa de sí la suave coyunda de Cristo. El enviarle á guardar puercos es figura de la vileza á que es abatido el hombre por el amor de la carne y del mundo. En el deseo de comer bellota está representada la hambre de los deleites y de los bienes del siglo: hambre perpétua, porque nunca se harta, y que hace mas desdichado al que mas alcanza lo que desea, porque acaba los bienes de fortuna y de gracia, los de buena fama y honor, y los de robustez y salud, debilitando, degradando y envileciendo el hombre hasta hacerle de peor condicion que el mulo y el caballo que no tienen conocimiento.

Inspirado el corazon de este hijo por la viveza de los afectos verdaderamente filiales, sintió latir en su pecho toda la ternura del amor, y la hermanó luego con el fuego de la penitencia por medio del arrepentimiento que lo quebrantó, trocándose de malo en bueno, y de esclavo del pecado en hijo de Dios; no desestimando la cooperacion de la gracia con que el Señor le ayudaba y fortalecia sus esfuerzos. Cuando el pecador se halla en este estado alumbrado con la luz que despreció primero, comienza á ver la sima tenebrosa en que le despeñó el pecado, á sentir la falta de los bienes perdidos y á envidiar la verdadera riqueza de los que sirven á Dios, diciendo como el pródigo: *¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo estoy aquí pereciendo de hambre!* Reconoce donde estuvo, porque estuvo en el pecado, y se duele: donde estará, porque ha de estar en el juicio y teme: donde está, porque se halla en la miseria y gime: donde no está, porque le falta la gloria y por esto suspira (1): por esto vuelve sobre sí doliéndose sobremanera de sus culpas. Desconténtale ya la burleria del mundo, espántale la miseria de sus pasiones, y resuelto á dejar el pecado y la ocasion del pecado, dice: *Me levantaré é iré á mi Padre.* Con mis deseos, que son los pies de mi corazon, buscaré al que es padre mio y me ama como padre, caminando hácia él con pasos de amor hasta postrarme á sus pies y confesarle mi culpa, diciéndole: *Pequé, Padre, contra el Cielo y contra Tí.* De tí me aparté dejándote de amar, y amando lo que es infinitamente menos que Tú: hiceme esclavo de mis pasiones para no ser dominado de la caridad: ingrato fui á tu amor, contra Tí conspiré abriendo las puertas de mi corazon á la tirania de la concupiscencia. No guardé para Tí los frutos del amor; perdido tengo el de-

(1) Div. Gregor. Hom. 34. in Evangelia.

recho de llamarte Padre, *ya no merezco ser llamado hijo tuyo*: indigno soy de tu gracia y de tu misericordia. ¡Oh Padre! ¡Oh Padre! ¡cuánta ha sido mi ingratitud para contigo!

¿Dónde estan? ¿Qué se han hecho, Padre mio, los cariños con que en otro tiempo me regalabas y acariciabas? Me estrechabas contra tu pecho, y tu ardiente boca imprimía en mi frente el dulce sello del amor. Mi corazón palpitaba, y yo sentía los latidos del tuyo que saltaba de placer cada vez que me miraba. ¡Ah! Entonces no desmerecía ser tu hijo. Deja pues ahora los cariños y ternezas de padre para tus hijos buenos, para los inocentes, para aquellos que en todo te dieron gusto é hicieron tu voluntad. Mas aunque yo no soy de estos Padre mio, *trátame siquiera como á uno de tus jornaleros*: admíteme en tu casa, y en ella haré la vida penosa y trabajosa de la penitencia, sujetándome enteramente á tu servicio para resarcir con las lágrimas y con el esfuerzo del espíritu las ofensas contra tu Magestad cometidas.

Como luchaban en el corazón de aquel hijo mil encontradas ideas, así luchan también en el del hombre penitente. El conocimiento de las faltas produce la humildad, el de la bondad del padre engendra la confianza: con la humildad se postra el hombre á la presencia de Dios, con la confianza se levanta y corre hácia El. Aun estaba bien lejos de la casa paterna, cuando su buen padre lo percibe. Los andrajos y la miseria no desfiguran jamás tanto á un hijo que lo hagan desconocido al padre que le dió la vida: conmoviéronse sus entrañas, se estremeció su corazón á la vista de su hijo; corrió á su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo abrazó con ternura. Entonces cumple el joven sus votos, y antes que sus labios articulen una sola palabra, sus lágrimas, fieles intérpretes de un corazón arrepentido, le dicen claramente la pena que al suyo devora. Rompe el silencio poblando el aire de suspiros, y pronuncian sus labios aquellas palabras que fueron el preludio de su conversión: *Padre, pequé contra el Cielo y contra tí; yo no soy digno de llamarme hijo tuyo*. Ninguna excusa tengo que alegar en vuestra presencia, nada puede dispensarme del justo castigo que merezco. No le niega el dulce nombre de padre, pero confiesa que despreció la dignidad de hijo: no deja de correr á la casa paterna, pero solo solicita el último lugar, que es el de los jornaleros: confiesa su culpa, y busca al ofendido: reconoce la ternura del padre, y no duda que le matará el hambre. Aunque en el que trata de convertirse debe prevalecer la confianza al temor, conviene que estos dos afectos nunca se separen de la interior humillación, sin la cual

:

no es fructuosa la penitencia. Desventurado el hombre que peca y no vive constantemente humillado, pues sabe de cierto que perdió la gracia, é ignora si la ha recobrado. Esta incertidumbre, al paso que no se opone á la confianza en Dios, obliga al pecador á que sea humilde y á que al menos se posponga á los inocentes.

Estaba el padre tan fuera de sí con el gozo, que sin responder al hijo y sin permitirle acabar su discurso, llamó á sus criados, y les dijo: ¡Ea! daos prisa, traed la ropa primera de mi hijo y vestídsela á mi presencia: ponedle un anillo en el dedo, y calzadle nuevas sandalias: pero todo esto es muy poco: id corriendo á mis rebaños, traed un becerro cebon: matadlo, y preparadnos un gran banquete: comamos juntos y regocijémonos, pues para mí ya habia muerto mi hijo, y vedlo ahí resucitado. Yo le juzgaba perdido, y ya le tengo hallado: y luego se preparó la mesa, se sentaron en ella, resonaron las salas con las melodias de la música, y se entregaron al gozo y á la alegría: sobre todo lo que dijo San Crisóstomo (1): conoció el padre el arrepentimiento y la penitencia, y no esperó oír las palabras de la confesion, sino que previno y anticipó las concesiones obrando misericordiosamente. Y el Venerable Beda añade: Le sale al encuentro el padre: porque le ve venir ya presagia felizmente su arrepentimiento, y no contento con concederle cosas menores se prepara á otorgarle las mayores; y pasando sin dilacion de uno á otro extremo, le restituye la primitiva dignidad de hijo, no tratando ya con él de la paga de un jornalero, sino de la heredad de hijo (2).

A pesar de todo esto, y aun despues de que el hombre es admitido á la gracia de Dios, ¿le será por ventura lícito entregarse de tal manera al reposo y sosiego de su vida, que viva en adelante como si nunca hubiese pecado? Aunque la penitencia sea verdadera y fervorosa, no por eso debe el pecador entregarse al uso y ejercicio de aquellas cosas, que si bien son lícitas á los inocentes, no son propias de los penitentes. El Espíritu Santo asegura que deben temerse aun las culpas perdonadas; ¿y cómo temerá el hombre su pecado si no le humilla su memoria? ¿Y qué humillacion es creerse con derecho á las honras del mundo, y afanarse por los bienes temporales, y no huir los deleites, y en fin, proceder en todo como si no hubiera pecados por que satisfacer á Dios; y por que creerse indigno de su providencia y de su misericordia? Esta

(1) Div. Crisostom. Hom. *de patre et duobus filiis*.

(2) Ven. Bed. in cap. 13. Lucæ.

verdadera humillacion de los penitentes es estímulo de la benignidad de Dios representada en la presteza con que este padre corrió en busca del hijo arrepentido, y le besó, y le echó los brazos al cuello. Pedia el pródigo que le admitiese por siervo, y él no se desdénó de llamarle hijo: no tuvo asco de su pobreza, ni desechó su desnudez, ni le abandonó su perdicion; mas le salió al encuentro, y le vistió de ropa muy buena, y le mató la hambre en solemne y abundante convite. La música y la danza que hubo en él denotan la alegría de la Iglesia en la conversion del pecador, y muestran á los pastores y directores de las almas la dulzura de la caridad con que deben tratar á los recién convertidos; pues sin el bálsamo suavísimo y restañador de esta escelsa virtud, las heridas de los pecados permanecerian mucho tiempo abiertas, sin que la criatura esperimentase el menor sosiego en su corazon.

Mientras duraba el festin, y se entregaba el padre á todas las demostraciones de alegría, volvía del campo el hijo primogénito, y al oír el concierto de los instrumentos y las voces de los que cantaban, quedó sobrecogido de admiracion; como no dando crédito á sus propios oídos, llamó á uno de los criados para enterarse de todo, el cual le dijo: que habiendo vuelto su hermano, había recibido su padre tanto contento al verlo bueno, que al punto había mandado matar la ternera mas gorda para regalarle con sus amigos. El criado hablaba solamente de la salud del cuerpo; pero el padre estimaba mucho mas, y valia muchísimo mas en su juicio, la salud del alma. Esta noticia causó singular amargura y pesar en el corazon del hermano, y mientras el padre hacia público á todo el mundo su regocijo, él no podia disimular su pesar y despecho: el padre convidaba á todos con la satisfaccion que gozaba, y el hijo mayor condenaba todo aquel esceso de alegría, y bien lejos de tomar parte en ella, daba á entender su tristeza y los celos que le causaban la buena acogida que se había hecho á su hermano.

La envidia entre dos hermanos es vicio tan comun, que no debe causarnos novedad la indignacion del mayor. Este tomó la resolucion de no entrar en la casa y de no turbar la fiesta, en la que le persuadia su despecho que estaria de mas. Informado el amoroso padre de la pesadumbre de su hijo mayor, conoció que tenia dos hijos á quienes amaba igualmente; pero á cada uno segun su estado. Salió en busca de su hijo mayor, y llegándose á él le dijo, mas como amigo que como padre: ¡qué es esto, hijo mio! Entra en casa, yo te lo ruego, y participa de mi alegría y regocijo;

este no puede ser para mí cumplido si tú me faltas. ¿Y cómo queis vos que yo me deje ver, respondió prontamente el envidioso hijo? Despues de tantos años como há que os sirvo constante, decidme si por ventura una sola vez he faltado en seguir vuestras inclinaciones y en ejecutar vuestra voluntad. ¿Con todo eso os ha venido al pensamiento alguna vez ofrecirme algun cabritillo para regalar á mis amigos? ¿Vuestro hijo, que dicen que ha vuelto, lo ha hecho mejor que yo? El se ha comido cuanto le tocaba, y lo ha gastado viviendo licenciosamente: él vuelve arruinado y mendigo; vos le abris vuestro corazon, ordenais que se mate un becerrillo gordo, y no sabeis cómo festejarlo. Hijo mio, replicó el padre sin enojarse por su mal humor: tú estás siempre conmigo: todos mis bienes son tuyos: yo te dejo la libertad de disponer de ellos, y eres en casa tan dueño como yo mismo. ¿Has pensado bien lo que valen estos beneficios? ¿Qué quiere decir en comparacion de un amor y una amistad tan liberal y constante, una fiesta pasajera que pedia de mí una circunstancia tan singular? Era muy debido hacer un banquete extraordinario y dar alguna cosa á la alegría de toda mi casa, pues tu hermano habia muerto, y ha resucitado: estaba perdido, y hemos tenido la dicha de encontrarlo.

La indignacion y las quejas del hermano mayor denotan los celos indiscretos que la gente imperfecta suele tener de las dulzuras sensibles con que regala Dios á los nuevos penitentes. La respuesta del padre es aviso para el que ignora los caminos de Dios en la conversion de los perdidos, y juntamente una muestra de la sabiduria con que ayuda á los flacos en el principio de su nueva vida, y á los fuertes aleja de los regalos de su casa y los espone al calor y al frio, y al huracan de las tentaciones. El que con los ojos de la fé reconoce esta providencia de la misericordia de Dios, está mas lejos de caer en una de las tentaciones ordinarias que tienen los buenos siervos. Polilla es de la santidad el recuerdo de las buenas obras cuando se cuentan los años de servicio para exigir en premio dulzuras temporales. Nunca te compares con el que acaba de convertirse, ni digas: este viene hoy á servir á Dios, yo hace ya veinte ó mas años que trabajo en su casa. Mas piensa que en tantos años quizá no has tenido un solo instante de fervor, y que cada uno de tus méritos es una deuda contraida para con Dios, la cual si no te humillas no será satisfecha; porque Dios, que con su gracia satisface, solo la otorga y concede á los pequeñuelos y humildes. Al contemplar San Agustin la indignacion y enojo del herma-

no mayor (1), dice: nada prueba mejor la voluntad y el corazón del hombre espiritual, como la curación ó remisión de un pecado ajeno, si meditando la libertad que el infeliz consigue, y los auxilios de la divina gracia con que se libertó, da gracias á Dios por la mayor gloria que le resulta, y se alegra por ello y por la salvación de su hermano. Y San Dionisio Areopagita ya había dicho también (2) en el mismo sentido y concepto: en verdad que es bueno, muy bueno, y sobremanera bueno, el Divino Jesús, que se presenta amable á los que vuelven á El; que sale al encuentro á los que se le acercan: y abrazando cariñosamente á todos, los saluda con amor; y apenas los ve apartados del error los carga sobre sus hombros, sin acordarse de las faltas que anteriormente cometieron: por su regreso celebra con sus amigos un festín; y para que sea común á todos la alegría, hasta á los mismos Angeles convida.

Sublimes son, no hay duda, á la par que instructivas las tres parábolas que acabamos de referir, con el mismo orden que las propuso y refirió el Divino Maestro: ellas suministran á los hombres mil tiernas y afectuosas consideraciones para el consuelo de los pecadores penitentes, y para la confusión de los hipócritas y justos presuntuosos: sería intentar un imposible querer insinuarlas á todas; y puesto que todas se insinúan por sí mismas, dejaremos su exámen al buen juicio de los verdaderos creyentes, para seguir á Su Magestad en las últimas lecciones que nos vaya dando antes de llegar á su pasión.

ORACION

SOBRE EL DEBER DE NO ESCANDALIZAR A LOS PEQUEÑUELOS.

Señor mio Jesucristo, maestro bueno, rector y director universal, rige y gobierna todos los pensamientos y actos de mi vida, tanto interiores como exteriores, para que jamás provenga á nadie escándalo alguno por mí, ó á mí por otros; sino que tu gracia arranque y extirpe de mí todo motivo y ocasión de escándalo para unos y para otros. Concédeme también la dicha de que jamás piense ni presuma despreciar á los pequeñuelos que Tú honras, y en Tí creen y esperan, sino que los honre y veneren como Tú los honras y veneras, enviándolos tus santos Angeles para su ministerio y custodia, y viniendo Tú al mundo para

(1) Div. Augustin. in. Ep. ad Galat. cap. 6.

(2) Div. Dionis. Areopag. Ep. ad Demophilum.

morir por ellos y salvarlos á todos. Imprime, Señor, en mi alma esta importante doctrina. Enséñame el camino por donde se alcanza la verdadera grandeza, y dame que desestimando todo lo que se llama grande en este mundo, aspire á serlo solamente en tu reino. Fúndame en la humildad, para que me desprecie como merezco, y me tenga y me repute por nada. Hazme bueno y dame amor á los buenos, y aliento para sacar la cara por la virtud y por los que la siguen. No consientas que retraiga yo á nadie del buen camino, vengan antes mil muertes sobre mí, oh Señor, para que no teniendo contra mí criatura alguna en el día del juicio, en la vida y en la muerte me vea siempre libre de tus amenazas y justicias, y merezca tus eternas misericordias. Amen.

ORACION

SOBRE LAS PARABOLAS DE LA OVEJA Y LA DRACMA PERDIDAS, Y EL HIJO PRÓDIGO.

¡Oh Señor y Dios mío! ¿Quién sino Tú, que eres uno con el Padre y el Espíritu del amor, pueden llenar á los ministros que anuncian á los pecadores tu Evangelio santo, de esa prudencia que tanto necesitan para evitar su encono y hacerles amable de santa ley? No permitas que esterilice yo las saludables máximas de la religion diciéndolas antes de tiempo ó fuera de propósito, ó de un modo ageno de tu sabiduria. Con esta prudencia celestial inspírame tambien fortaleza para defender la verdad en todo tiempo y ocasion, sin dejarme intimidar de la violenta persecucion que me hagan los enemigos de tu nombre santo. Dame que contribuya al gozo de los Angeles, trabajando en la conversion de los pecadores: que no se vea en mi obra ni palabra ni otra cosa que desdiga de los designios de tu piedad en orden á mi salvacion y á la de mis prógimos. Ven, Señor, busca á tu siervo: ven, Pastor bueno, busca á tu oveja descarriada y cansada. Ven, Esposa del Cordero, Iglesia Santa, dulce Madre mia, busca la dracma perdida. Ven, Padre de las misericordias, recibe á tu hijo pródigo que vuelve á Tí. Ven, no con la vara de la justicia, sino con la caridad y el espíritu de mansedumbre que te son propios: ven, pues, Señor, porque Tú eres el solo que puedes apartar del error al que yerra: hallar al que está perdido y reconciliar al que está prófugo. Ven para obrar la paz en la tierra y el gozo en los Cielos. Conviértete á mí, Señor y Dios mío, y yo me convertiré á Tí: haré verdadera y perfecta penitencia de mis culpas y pecados, y seré ocasion de alegria á los Angeles, y á Tí, Señor y Dios mío. Amen.

NOTA. La historia del presente capitulo corresponde al XVIII

del Evangelio de San Mateo desde el versículo 1.º al 11. Al XV de San Lucas desde el versículo 1.º al 32, todos inclusive. San Marcos la contesta en varios versículos de su capítulo IX.

La Iglesia usa del testo de San Mateo para el Evangelio de la Misa del día del Arcángel San Miguel, á 29 de setiembre, y en el de su aparición á 8 de mayo, y en otras festividades.

Del de San Lucas desde el versículo 1.º al 10, para el Evangelio de la Dominica tercera despues de Pentecostés; y desde el versículo 11 hasta el 32 para el de la Misa del sábado de la segunda semana de Cuaresma, todos inclusive. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DEL ARCANGEL SAN MIGUEL.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 1 al 41.

En aquel tiempo se llegaron los discípulos á Jesus, y le dijeron: ¿A quién tienes Tú por mayor en el reino de los Cielos? Y llamando Jesus á un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo: si no os convertis y haceis como niños, no entrareis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los Cielos. Y el que recibiere á un niño, tal, en mi nombre, á Mí me recibe. Mas al que escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en Mí, mejor le fuera que atándole al cuello una piedra de molino lo arrojasen al profundo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos, mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Y así si tu mano ó tu pie te escandaliza, córtalo y échalo de tí. Mas te vale entrar á la vida manco ó cojo, que teniendo dos manos ó dos pies ser arrojado al fuego sin fin. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y arrójalo de tí. Mas te vale entrar á la vida con un ojo, que teniendo los dos ojos ser echado al fuego eterno. Mirad que no menospreciéis á ninguno de estos pequeñitos. Porque os digo que sus Angeles en los Cielos, ven de continuo la cara de mi Padre que está en los Cielos.

**EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA TERCERA DESPUES
DE PENTECOSTÉS.**

San Lucas, cap. XV, vs. 1 al 40.

En aquel tiempo: se llegaron á Jesus los publicanos y los pe-
TOMO III.

cadores para oírle. De lo cual murmuraban los escribas y los fariseos diciendo: este admite á los pecadores y come con ellos. Y El les dijo esta parábola: ¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto para ir en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola; la pone gozoso sobre sus hombros; y volviendo á casa convoca á los amigos y á los vecinos, diciéndoles: dadme el parabien, que he hallado mi oveja que se habia perdido. Dígoos que del mismo modo habrá mayor gozo en el Cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. ¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una dracma no enciende la antorcha, y barre la casa, y la busca con diligencia hasta que la encuentre? Y habiéndola hallado, convoca las amigas y las vecinas, diciendo: dadme el parabien, porque he encontrado la dracma que habia perdido. Asi os digo que tendrán gozo los Angeles de Dios de un pecador que haga penitencia.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Lucas, cap. XV, vs. 11 al 32.

En aquel tiempo: dijo Jesus á los fariseos y á los escribas esta parábola: un hombre tenia dos hijos, y el mas mozo de ellos dijo á su padre: padre, dame la parte de la hacienda que me toca. Y les repartió la hacienda. No habian pasado muchos dias, cuando el hijo mas mozo, juntándolo todo, se marchó lejos á una tierra apartada, y allí disipó su hacienda viviendo disolutamente. Cuando ya lo hubo consumido todo, sobrevino una grande hambre en aquella tierra y comenzó á tener necesidad. Y fue y se puso á servir con un ciudadano de aquella tierra, el cual le envió á su casa de campo á guardar cerdos. Y él deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comian los cerdos, mas nadie se las daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo aqui estoy pereciendo de hambre! Levantaréme, é iré á mi padre y le diré: padre, pequé contra el Cielo y contra ti: no merezco que me llames hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros. Y levantándose, fue á su padre. Estando él aun lejos, le vió su padre, y fue movido de misericordia, y corriendo á él, se le echó al cuello y le besó: díjole el hijo: pa-

dre, pequé contra el Cielo y contra tí: ya no merezco me llamen hijo tuyo. El padre entonces dijo á sus criados: traed luego el mejor vestido, y vestídselo; y ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; y traed un becerro cebado, y matadle; y comamos y tengamos un banquete: porque este hijo mio estaba muerto y ha revivido: habíase perdido y es hallado. Y comenzaron el banquete. Hallábase á la sazón su hijo mayor en el campo; y al venir, estando ya cerca de la casa, oyó la música y la danza, y llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello. Y uno le dijo: ha venido tu hermano, y tu padre ha hecho matar un becerro cebado, porque le ha recobrado en sana salud. Indignése el hermano y no queria entrar. Saliendo entonces el padre, rogábale que entrase. Mas él respondió á su padre: hace tantos años que te estoy sirviendo, sin haber quebrantado jamás tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comer con mis amigos: y apenas ha venido este hijo tuyo, que ha malbaratado su hacienda con ramera, mandaste matar un becerro cebado. Díjole él entonces: hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas: mas era menester hacer banquete y holgarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido: habíase perdido y es hallado.





CAPITULO XI.

ENSEÑA JESUCRISTO EL MODO COMO SE HA DE VERIFICAR LA CORRECCION FRATERNAL: DECLARA LA OBLIGACION DE PERDONAR LAS INJURIAS HASTA SETENTA VECES SIETE, Y PROPONE LA PARÁBOLA DEL REY QUE PIDIÓ CUENTAS Á SUS CRIADOS.

Grande como es el gozo que disfrutan los ángeles en el Cielo por un pecador que se convierte, y lo es tambien el que sienten cuando la criatura se esfuerza cuanto le es posible para reducir al camino de la salvacion á la oveja que se descaminó. Los Apóstoles comprendieron bien esta verdad con motivo de la manifestacion del amor y celo que les hizo Jesus en obsequio de los pequeñuelos que creian en El: y deseosos de complacerle como era natural, le preguntaron sobre el modo como debian portarse cuando alguno de sus hermanos quisiera perderse por su malicia: y Su Magestad se dignó instruirlos como ellos deseaban. *Si pecase contra tí tu hermano, ve y repréndele entre tí y él solo.* Lo que fue decirles: No creais, discípulos mios, que yo quiera que si alguno de vuestros hermanos fuese

vicioso , y anduviere tan descaminado que os llegase á ofender , y ofendiese altamente al prógimo con su conducta desarreglada , quede sin la correccion debida : ni que vosotros dejeis reinar los escándolos con una condescendencia perezosa y cobarde : id á buscar al prevaricador , y dadle á solas una reprension , templando la entereza que debeis observar con la suavidad y dulzura que quiero que sea como propia y característica de todos vosotros y de cuantos hagan alarde de seguirme. Por una parte debeis atender á la conservacion del honor del culpado , y por otra al bien de los inocentes : corregidle pues en secreto. Nadie adule los vicios de su prógimo , nadie los disimule , nadie diga : ¿ acaso soy yo centinela de mi hermano ? Consentimiento es del pecado el silencio del que lo puede reprender. Si peca contra tí , dice el Crisólogo (1) , perdónale como hermano , mas repréndele como juez : junta el perdón con la correccion , una obra de misericordia con otra. Enfermedad es del furor de tu hermano : duélete del enfermo , y ayúdale á que recobre la salud. Corrígale para que sane él ; perdónale para que no enfermes tú.

Es preciso empero , que á mas de esto conozcas la forzosa obligacion en que te hallas ; porque si no le corriges , pecas : ¿ y qué diremos del que se ata las manos y se imposibilita para no cumplir esta ley ? Tales son los que no enmiendan sus costumbres , los que viven dominados de sus pasiones y animados del espíritu del mundo. Ninguno de estos se halla en estado de corregir á otros. ¿ Quién hace conciencia de este pecado ? Quebranta la caridad debida á todos los cristianos el que no vive con tal moderacion , y no da en todo tan buen olor de virtud , que esté en disposicion de ayudar con la correccion fraternal á la enmienda de las costumbres ajenas. Procura su remedio ; sin dejar de atender á su honra. Aun este secreto contribuye á su enmienda ; porque perdida con la fama la vergüenza , fácil es que se endurezca el malo en su culpa. Corrígale por tanto , dice San Agustín (2) , pero no le alabes con la adulacion ; no le mates con las amenazas é insultos ; no calles por vergüenza ; no lo desprecies por pereza ; no disimules temiendo amenazas , enemistades ó daños temporales ; ni le ayudes en fin , siendo con él obsequioso y atento. Oye si quieres á un gentil (3) : Si toleras y sufres los vicios de tu amigo , los haces tuyos. Dos veces pecas , si al que peca obsequios prestas.

(1) Div. Petrus Crisolog., serm. 139.

(2) Div. Agust. Serm. 16 de Verbis Domini.

(3) Seneca in Proverbiis.

Si te oyere con docilidad, si á tus consejos se rinde, si con tus amonestaciones cesase de pecar, tendrás el consuelo de haber ganado á tu hermano que se iba perdiendo, sin haberlo humillado ni avergonzado escesivamente. Habrás ganado su alma, conservando su buen nombre y su reputacion y honor; y habrás hecho para tí una grande ganancia espiritual; porque procurando la salvacion de otros, dice San Gerónimo (1), tambien aseguramos la nuestra. ¿Qué mayor elogio pudiera hacerse de la correccion, despues que el primero y principal salió de la boca de Jesucristo, que el que con las anteriores palabras hace de ella el Doctor Máximo? Has tenido parte en la obra de la agena salud, y has trabajado con grande aprovechamiento en la tuya propia. Ganaste á tu hermano, ¿para quién? para Cristo: para el mismo que murió por él y por tí, y á tí y á él os sacó de la potestad del demonio. Si le ganas á él, confia que no quedarás tú perdido; porque Dios tiene misericordia del que la usa con su prógimo.

Si por el contrario abusa él de todo modo de proceder y atenciones; si rehusa escucharte, toma todavia uno ó dos testigos prudentes, sabedores como tú del pecado ageno que te aflige, y reprende al culpado en su preseucia, para que convencido con ellos, le sea igualmente imposible negar el hecho que escandaliza, haciéndole conocer que lo habeis avisado suficientemente, y que lo habeis corregido con prudencia. Para el que no deja de pecar despues de corregido, es saludable medicina la vergüenza y el miedo: asi estos testigos deben ayudar al fin primero, que es la correccion y la enmienda del malo. Si el pecado empero fuese enteramente oculto, tambien la correccion en todos conceptos debe ser oculta; mas si fuese público, tambien la correccion debe ser pública; porque entonces no tan solamente es necesario que se enmiende, sino que aquellos á quienes con su culpa escandalizó, se edifiquen con su castigo, y con su ejemplo teman todos y del mal se aparten: mas si ninguno de los caminos propuestos aprovechase, añadió el Señor otro tercero, mandando que el pecador y el pecado se denunciasen á la Iglesia, por denuncia y acusacion pública, á fin de que el que antes solo era corrector caritativo y amistoso, por causa de su pertinacia, se convierta en público acusador; y el que no quiso enmendarse por medio de la correccion fraterna, convencido en juicio por los testigos, vea públicamente represada su malicia. Vosotros, discípulos míos, sois jueces y pastores, y no debeis ignorar que el

(1) Div. Hieronim. in cap. 18. Math.

interés del rebaño pide que sea apartada de él la oveja contagiosa. Decidlo á la Iglesia, para que de ella reciba la pública reprension que merece su escándalo. Aun estos medios son conformes á la caridad evangélica. Las penas conónicas y la severidad pública de que en ciertos casos echa mano la Iglesia, atemorizan á los otros malos, y ya que no les muden el corazon, les ponen freno para que no cumplan los proyectos de su malicia.

No parece regular que corregido asi públicamente el miserable que pecó, deje de arrepentirse y enmendarse; pero si su audacia fuese tal, que pasase adelante con su desvergüenza y contumacia, y despreciase los medios de conversion que le ofreceis, con una confusion saludable, en tal caso prohibireis á vuestros hermanos que traten ó comuniquen con él, lo abandonareis á su espíritu incorregible, y será apartado de las juntas de los fieles, al modo que los judios no admiten en comunicacion de culto y ejercicios de religion á los ethnicos y publicanos. Lo eliminareis como un apestado, á quien todo buen gobierno escluye de la sociedad para que no apeste á los sanos. Para tales pecadores guarda la Iglesia este castigo tan espantoso de la excomunion, por la cual pierde el cristiano el derecho que tiene de llamar Padre á Dios, y Salvador á Jesucristo, y Madre á la Iglesia, y hermanos á los miembros de este cuerpo místico. Separémonos de los que en su trato y conversacion muestran no oir á la Iglesia. Porque de verdad os digo, añade el Señor, ¿á quién se dió todo el poder en el Cielo y en la tierra? de verdad os digo á vosotros, que sois mis Apóstoles, y en vuestra persona á todos vuestros sucesores, ó á los que asociaseis con vosotros en el gobierno de la Iglesia, que todo lo que atareis sobre la tierra será atado en el Cielo, y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el Cielo. Maravillosa potestad que dió Cristo á la Iglesia acerca de la remision de los pecados y de la imposicion de las penas canónicas. ¿Quién no teme y respeta este juicio tan terrible? Para perdonar ó retener los pecados en la penitencia es necesario que al confesor le conste la disposicion del penitente. Hé aqui bien clara la necesidad de la confesion sacramental. Armémonos del espíritu de Dios para hacer buen uso de este poder los que somos ministros de Cristo, y aprendamos en la escala del que la Iglesia nos confia el modo cómo hemos de usar de él.

La primera grada de esta escala es del amor; la segunda es del temor; la tercera es de la vergüenza, porque donde no alcanza el amor puede que alcance el temor, y donde este no llegue puede que llegue la vergüenza; y asi es que, aun como para dar mas valor á

la doctrina precedente , y para que acertasen mejor en unos actos tan severos de la jurisdiccion que les legaba , queria el Señor que no se sentasen en el tribunal á pronunciar sus sentencias sin haber invocado antes el socorro de Dios con fervorosa oracion; y que despues de ella , seguros de la proteccion divina, podrian hablar y tratar llenos de confianza. Todo lo que fue como decirles: Si en un juicio de la naturaleza de los que vamos hablando, *dos de vosotros*, despues de haber encomendado á Dios sus deliberaciones , convinieren aqui abajo en lo que es puesto en razon conceder ó negar , permitir ó prohibir , mi Padre , que está en el Cielo , les dará el socorro necesario para juzgar bien ; pues en cualquiera parte que sucediere el juntarse dos ó tres en mi Nombre , para el ejercicio del ministerio público que os confio , Yo estaré con ellos y en medio de ellos , para sugerirles las resoluciones que conviene tomar.

Ya en su tiempo dijo el grande Orígenes sobre este lugar (1): La causa de que Dios no nos oye en muchas ocasiones cuando reunidos hacemos oracion , es porque los que estamos congregados no convenimos en una misma cosa sobre la tierra : y asi como en la música , si no hay conveniencia ni consonancia de voces , no hay armonia ni deleite para el que oye , asi en la Iglesia , si no hay conveniencia entre los que piden en la oracion , Dios no se deleita en ella , ni oye las voces de los que le suplican. Y San Gerónimo añade (2): Podemos entender esto espiritualmente , porque si el espíritu ó el alma y el cuerpo no convienen entre sí , sino que estan en pugna y guerra abierta sobre una misma cosa , como si en el hombre hubiese dos voluntades , claro es que nunca alcanzarán del Padre lo que le pidan ; porque cuando se piden cosas buenas bien quiere el cuerpo lo que el alma desea. ¿ Qué dirán á esto los que desprecian y contradicen la oracion comun ? Por ella fue libertado Pedro , y Pablo la pedia tambien á los fieles. ¿ Qué no alcanza de Dios la caridad de la mansedumbre ? El es pio y misericordioso : siempre mira á sus hijos como pequeñuelos , y se complace cuando los ve humillados á su presencia , y que le ruegan con fervor. No puede engañarlos el que les dijo: *pedid y recibireis*.

En un asunto de tanta consecuencia , responsabilidad y cuantia quiso Pedro , como Príncipe de los Apóstoles , asegurarse bien de la estension de la autoridad y poder que recibia , y asi replicó á Jesus , y le dijo: Si asi lo debemos hacer como pastores de vuestro

(1) Origen. tractat. 6. in Math.

(2) Div. Hieronim. cap. 18. Math.

rebaño: si esas son nuestras reglas cuando hemos de obrar en cualidad de padres y de jueces, revestidos de vuestra autoridad, y asegurados de vuestra asistencia; ¿qué deberemos hacer como particulares, y cuál deberá ser segun este respeto, la conducta de cualquiera mero discípulo vuestro? ¿Cuántas veces convendrá que yo perdone á cualquiera de mis hermanos que me hubiese ofendido? ¿Bastará que lo perdone hasta siete veces? Creia Pedro, dice San Crisóstomo (1), haberse escedido en este número. Parécenos gran cosa perdonar al enemigo una sola vez. ¿Quién disimula el segundo agravio? El amor propio guarda sus fueros con sumo rigor: ofendese de que una sola vez le avasalle la caridad, y así vela siempre, y está sobre aviso para no ser segunda vez dominado. Preciso es, por consiguiente, y sobremanera necesario, que el hombre se arme del espíritu de Dios contra este traidor casero, pues está en continuo riesgo de quebrantar la caridad en la hora menos pensada. No hay que fiar en las grandes victorias que acaso haya podido conseguir. Lo que decimos al casto, que nunca se dé por seguro, porque siempre lleva consigo á su propio enemigo, eso debemos decir tambien al que por muchos años perdonó de corazon á sus enemigos. Opónese esto siempre á nuestra soberbia, esto es, á una raiz que siempre está viva en nosotros, y cuyos renuevos solo se cortan con el cuchillo de la oracion y del menosprecio de la honra mundana. ¡Oh y cuán pocos son los que tienen virtud y valor bastante para hacer semejantes amputaciones, por mas dulce que sea el cuchillo con que deben hacerse!

Jesus empero, respondió prontamente á Pedro, y le dijo: *No basta que perdones á tus hermanos hasta siete veces: perdónalos hasta setenta veces siete*: que equivale á decir, tantas veces cuantas se ofreciere la ocasion de hacerlo, no habiendo que vengar sino injurias personales; porque esta espresion de *setenta veces siete* es un número indefinido, que estiende á todos los tiempos y á todos los lances la obligacion de perdonar las injurias. No puede nadie poner vallas ó muros á la caridad interior, á la cual pertenece el perdon de los agravios y el amor de los enemigos. Cien veces te injuria tu prógimo, mil, diez mil, un millon, otras tantas le has de perdonar. Loco eres si rehusas perdonar á tu hermano, mientras tienes tú necesidad de que use Dios contigo de misericordia; ¿por qué te olvidas de que esta la tienes mientras vives en el mundo? ¿Necesitas de la misericordia infinita de Dios, y tratas de poner límites á la tuya?

(1) Div. Crisostom Hom. 61. in Math.

Cual fueres para tu hermano, tal será Dios para tí. Así como la piedad que Dios usa con nosotros, es ley y dechado de la que debemos á los demas; así nuestra dureza para con los demas, viene á ser como ley y modelo de la que Dios usará con nosotros. ¿De qué sirven los bálsamos mientras está el dardo en la herida? Tan inútil será para tí la satisfaccion y la oracion mientras permanezca el rencor en tu ánimo. Así que, es preciso que nunca te olvides que dices cada dia á Dios: *perdóname, Señor, como perdono*. Esta es tu súplica, y tu sentencia: en tu mano está el que sea de absolucion, ó de condenacion eterna.

Para esplicar mejor á sus discípulos cuanto hasta aquí les habia dicho, y con el ánimo de que quedase mas impreso en su corazon, continuó el Maestro Divino sus soberanas instrucciones, proponiéndoles otra parábola no menos instructiva é interesante: sucederá, les dijo, en mi Iglesia, que llamo yo el reino de los cielos, alguna cosa semejante á lo que suele pasar entre un rey de la tierra, y aquellos vasallos suyos con quienes quiere ajustar cuentas, y se las pide sobre el manejo de los intereses que les habia confiado.

El primero que se presenta para rendirlas es un mayordomo que le debe diez mil talentos, los que en manera alguna puede pagar. Antes de entrar en el examen de esta parábola es preciso advertir, que lo primero que en ella quiso dar á entender el Salvador, fué la severidad de su juicio; en el cual nos ha de pedir estrechísima cuenta de todas nuestras obras, palabras, pensamientos, afectos y deseos. Siervos somos todos de este gran Rey, llamados como tales no á hacer nuestra voluntad, sino la suya. Nada tenemos que sea cosa propia nuestra: todo es de Jesucristo, que lo recibió de su Eterno Padre, y nos recobró de las manos del diablo, rescatándonos con su misma sangre. Dádivas tuyas son el ser, la salud, los otros dones de que nos hallamos enriquecidos: de estos bienes El es único señor, nosotros depositarios y dispenseros. ¿Qué descargo dará á Dios el que no hubiese usado de estos dones tuyos conforme á su voluntad, disipándolos y encaminándolos á fines torcidos y á proyectos ajenos de su gloria? Aun los siervos fieles serán allí residenciados, acusados, juzgados acerca del modo como han empleado los talentos naturales, y los dones sobrenaturales, el ingenio, el tiempo, la riqueza y la autoridad; del uso que han hecho ó no han hecho de Jesucristo, de sus gracias, de sus misterios, de los sacramentos y de los demas auxilios de la religion. ¿Qué será de los que en el uso de los talentos naturales ó sobrenaturales han procedido como señores absolutos, esto es, como usurpadores de los bienes de Dios? ¿Quién

trabaja en el negocio de su eterna salud, sin olvidar que es siervo, ni perder de vista la cuenta que le pedirá su Señor? ¿Acaso piensa en esto el que hace lo contrario de lo que Dios manda? Pues si no nos llama esto la atención, ¿dónde está la fé del último juicio? Y si no creemos en él, ¿de qué religion somos?

No cabe duda que estas indicaciones son muy bastantes para hacer que camine el hombre con rectitud y pureza en todos los actos de su vida, porque de otra manera mas de diez mil talentos debere-mos en el dia de la cuenta al supremo y rectísimo Juez, debiéndose tomar estos, tanto de los bienes que nos dá sin mérito nuestro, como de los males merecidos de que nos preserva. Esta es la única é infalible regla por la que hemos de calcular nuestras deudas en orden á Dios. ¿Y quién será capaz de reducir las á guarismo, ó á un punto fijo, mayormente si consideramos que no hay en nosotros cosa que nos haga dignos de un solo don de su misericordia, ni que pueda satisfacer á su justicia por un solo pecado? Abrasada estaria la tierra en amor de Dios, si reflexionásemos con viva fé los pecados de que nos ha lavado con la sangre de su Hijo, y los infinitos de que nos preserva transformándonos con su gracia en nuevas criaturas. Quien cree deber menos á Dios porque ha pecado menos, no conoce el pecado, ni la misericordia que le preserva de él, ni los grandes yerros y delitos que sin ella cometeria abandonado á su propia miseria.

Talentos son que á Dios debemos las penas que no le satisfacemos por las culpas que continuamente cometemos, las que agravan y hacen mucho mayor nuestra duda. Talentos son que la acrecientan, los pensamientos vanos é inútiles que nos ocupan el alma, retrayéndola de pensar en Dios y de tratar con El su único negocio. Talentos son las horas, dias y años enteros que se nos pasan sin hacer cosa buena, empleándolos en recreos no necesarios, y en pasatiempos mil veces tal vez peores que la misma ociosidad. ¿Pues qué diré si entrásemos en el examen de los beneficios de Dios, que tan malamente agradecemos? Y en el de el abuso de sus dones, de sus sacramentos, de su verdad, y de los medios tan ingeniosos por donde nos la comunica? Y en fin, en el olvido que tenemos de recurrir á El en nuestros trabajos, y en la irreverencia y disposicion con que provocamos su ira con nuestras tibias oraciones; en el poco caso que hacemos de las calamidades privadas y públicas que nos envia para el pago de nuestras deudas? Si con viva fé todo esto meditásemos, nos espantaríamos de la paciencia con que Dios nos sufre, y no solamente conoceríamos la santa obligacion que tenemos de serle agradecidos,

sino que veriamos que nuestra deuda para con El no es de diez mil talentos, sino de un valor inmenso é infinito como El mismo.

Confesó el mayordomo la deuda, y no teniendo con qué satisfacerla, ordenó el príncipe que se le prendiera, y que fuese vendido él, su mujer y sus hijos, empleándose su producto en satisfacer á su hacienda real. Oida la sentencia arrojóse el desdichado á los pies del monarca, y anegado en lágrimas clamaba desconsolado y decia: *tened, señor, un poco de paciencia, dadme un poco de tregua, que yo prometo pagaros cuanto os debo*. No hay caudal en el hombre para satisfacer á Dios, si es juzgado sin misericordia, y sin respeto á la satisfaccion y al mérito de Cristo. Por lo que dice la seráfica Teresa de Jesus (1), que cuando decimos al Señor *perdónanos nuestras deudas*, lo decimos en compañía de Cristo nuestro Señor; con lo cual debemos esperar que sea bien cumplido el perdon, pues tan cumplido le hizo el mismo Hijo de Dios por los hombres. ¿Qué reconciliacion se promete con Dios, el que para obtenerla solo cuenta con su propia justicia? ¿Cómo pagará deudas propias y ajenas el que se halla desnudo de todo bien? ¿Y con qué título se presentará para satisfacer á Dios por las suyas propias? Luego nadie puede poner el precio de sus propias obras en el valor de ellas, sino en la union con los méritos de Jesucristo. Humilde se presentó el Salvador ante el trono de Dios su Padre para rogar por los pecadores y satisfacer por los pecados de todos ellos; y por esto se presentó tambien humilde el mayordomo deudor para pedir á su rey el perdon, ó por lo menos la disminucion de la enormidad de su deuda. Confesóse llanamente deudor y pobre, y casi perdida la esperanza de poder satisfacer por sí mismo, imploró la misericordia de su señor. No fué menester mas para moverle á compasion. Tuvo mas misericordia y usó de mas piedad que la que merecia un criado tan infiel: pues no contento con darle libertad, le perdonó tambien toda la deuda: sobre lo que dice San Crisóstomo (2): mira la misericordia de Dios. Solamente pedia un plazo para satisfacer la deuda, y recibió el perdon de toda ella.

No puede llamarse presuntuoso el que no teniendo con qué pagar las deudas á la Justicia Divina, no funda en sí mismo, esto es, en sus propios méritos la satisfaccion de aquella, sino en la paciencia de Dios y en los méritos de Cristo. Porque este es un caudal de infinito precio, de donde toma todo su valor la penitencia del cristiano: y si á esto se añade la humildad de la oracion, ¿qué no alcanzará de

(1) Sta. Teresa, meditacion 5.^a sobre el Padre nuestro.

(2) Div. Crisostom. Hom. 62. in Math.

Dios la súplica fervorosa de un corazon contrito y humillado? Escrito está, que Dios no ha de despreciarle. La lástima que tiene Dios de los pecados, es la caridad con que mira al pecador: este amor es la fuente de la gracia: esta gracia es la operacion de la mano omnipotente de Dios, que no puede ser impedida ni retardada por cosa ninguna; no porque violente la voluntad, sino porque la mueve á querer y elegir libremente el bien que le manda. El efecto de esta operacion, es dejarla suelta de las cadenas del demonio; para que cancelada y clavada en la cruz la escritura con que se hizo esclava suya pecando, sea sierva de su legítimo Señor, á quien habia desconocido; y agradecida al que con su sangre satisfizo su deuda, se le consagre con la imitacion de sus virtudes y con la obediencia de sus mandamientos.

Salido aquel mayordomo de la obligacion del pecado, y libre de su deuda, no salió libre, continúa el Crisóstomo, de ser siervo de la iniquidad, y olvidado prontamente de la misericordia que habia hallado, halló uno de sus consiervos, esto es, de los pecadores, que como él era tambien siervo de Dios; el que le debia la pequeña suma de *cien denarios*, que solo componian la de un talento; cantidad verdaderamente corta respecto de la que se le acababa de perdonar. Echóse de repente sobre este infeliz, cogióle del cuello, y casi sofocándole clamaba y decia: *págame lo que me debes*. Entonces el pobre deudor se arrodilló á sus pies, y le pedia tiempo para satisfacerle la deuda. *Tened paciencia, le decia, nada perdereis conmigo*. Mas el mayordomo ingrato instó sin piedad contra su deudor, é hizo que lo llevasen á la cárcel, donde ordenó que estuviese hasta satisfacerle el último maravedis. Estremécese la humanidad al ver á este siervo casi en un mismo instante humilde y sumiso con su acreedor, y duro é inexorable con su deudor. ¿Mas quién dirá de sí que no es este un vivo retrato suyo? ¿En qué se muestra agradecido á Dios el que no dá motivo para que consigo lo sea su prógimo? Si estás convertido, muestra los frutos de esta santa mudanza, que son amor reconocido para con Dios, y misericordia para con tu hermano. En el deudor que se humilla á tí para pedirte espera, reconoce lo que eres tú respecto de Dios: asi como está él á tus pies aguardando el éxito de su humillacion, asi te verás tú algun día á los pies de Cristo esperando aquella sentencia que ha de decidir de tu destino eterno. ¿Cómo no te anticipas al plazo de la justicia de Dios pidiéndole espíritu de penitencia para pagar la eterna deuda que tienes contraída? ¿Qué será de tí si desecha el Señor tus tibias súplicas, tu imperfecta humillacion, y tu forzada y débil penitencia? En verdad que tu suerte seria bien desgraciada.

Asi como nada hay mas caritativo que Dios, asi tampoco ningun ser hay en la tierra mas duro y soberbio que el hombre. Horrible contraste forma la caridad de Dios con la dureza del hombre. No advertia aquel siervo que la crueldad con que trataba á su hermano, era para él proceso de condenacion; que con ella cerraba para siempre á sus ruegos los oidos de Dios, se abria las puertas del infierno, y se echaba encima de aquella justicia divina que nada perdona y lo castiga todo. No es simple consejo de la ley que nos propone Dios de imitar en esto su misericordia, supuesto que nos lo manda como un medio necesario para alcanzarla. Nada es lo que tú tienes que perdonar á tu prógimo: y es infinito lo que debes á Dios. Muy poca cosa es lo que pueden hacer todos contra tí, y mas teniendo tú merecidos cuantos daños y malos tratamientos puedas recibir de los hombres: que si bien pecan ellos dañándote, no consiste su pecado en lo que te hacen padecer á tí, sino en el derecho que acerca de esto le usurpan á Dios. Mas por cualquier parte que se mire lo que tú haces contra Dios, siempre es infinitamente injusto; y si mides su grandeza por la de Dios, hallarás en cada pecado una injusticia infinita. Pues siendo tan ventajoso para tí este partido, ¿por qué no te resuelves á perdonar? Muy cerca está de perder el reino celestial el que conservando en su corazon la ingratitud y la venganza se olvida de que ha de tener á Dios por juez y por enemigo.

Indignáronse como no podian menos, los demas criados, testigos de la inhumanidad del mayordomo á quien el amo y señor acababa tan generosamente de perdonar: y contristados con extremo fueron luego á contarle aquella accion cruel que acababan de ver con sus propios ojos. Esta tristeza de aquellos fieles acompañada de santa indignacion nacia de la caridad, iba animada de celo por la unidad, y era imitacion de la ira y de la tristeza que despertó en el mismo Cristo la ceguedad de sus émulos. Cuán horrible crueldad será entristecer á nuestro prógimo cometiendo delitos, cuando aun el contristarle no acomodándose á su flaqueza en cosas lícitas, lo condena San Pablo como delito contra la caridad (1). Estos no solo contristan á los justos sino al espíritu de Dios que en ellos habita: por cuya razon es un deber de la piedad cristiana defender á los prógimos calumniados, oprimidos ó perseguidos, abogar por ellos, manifestar su justicia ó su necesidad á quien pueda protegerlos ó socorrerlos. Cuando á esto no alcancen medios humanos queda

(1) Div. Paul. Epist. ad Rom. c. 14. v. 15.

siempre el recurso de la divina piedad, la cual debemos implorar con humildes súplicas.

Oida que fue por el príncipe la noticia fatal que le dieron sus criados, mandó compareciese á su presencia el otro de quien le contaban cosas tan atroces: y luego que le vió llenándose de indignacion le dijo: *mal criado, siervo perverso, bien sabes, que á una simple peticion tuya, y á tu primera representacion, cedí mi derecho, y te perdóné toda la deuda. Acuérdate que ascendia, á una crecida cantidad. No era, pues, razon que por una suma mucho menor tuvieses piedad de tu compañero, que imploraba tu clemencia, como yo la tuve de tí, que soy tu señor?* Deuda es de justicia esta caridad con el prógimo, al cual traslada Dios en cierta manera el derecho que tiene adquirido sobre nosotros por la misericordia con que perdonó nuestras deudas. San Crisóstomo (1) atendiendo á esta importante reflexion, examina cuán monstruosa sea la ingratitud de aquel criado, y dice: ¿cuánto debía al señor? Diez mil talentos. Sin embargo no le insultó entonces, ni le llamó mal criado: pero cuando incurrió en el vicio de tan monstruosa ingratitud, entonces fue cuando con ánimo enojado le dijo: *mal criado*: porque en aquella ocasion acreditó ser peor de lo que antes habia sido. Y San Gregorio (2) añade: asi como los buenos siendo insultados y despreciados se hacen mejores, asi siempre los réprobos recibiendo beneficios se hacen peores. Por ventura pues no te convenia, oh siervo ingrato, compadecerte de tu consiervo perdonándole lo poco, asi como yo te habia perdonado lo mucho, sin que mediare ninguna satisfaccion, sino solo porque me rogaste? Suplicábasme un plazo para que pudieses devolverme la deuda, y yo te la perdoné toda, ¿cómo pudo ser que tan grande beneficio no moviese tu ánimo y perdonases asimismo la deuda al que te rogaba? Bien se echa de ver que eres un ingrato. Cómo habias de condenar lo mas, que era la deuda, si no quisiste conceder lo menos, que era un plazo? Si esto te parecia un grave daño, moverte debía el mayor lucro que acabas de reportar. Si grave é insoportable te parece este precepto, considera cuán grande es el premio. Si grave y penoso de hacer te parece el perdonar á quien te ruega, mas grave y penoso es caer en el fuego eterno. Ninguna respuesta se lee en el Evangelio, que diese este criado á su señor; con lo que se demuestra que despues de esta vida é inmediatamente en el dia del juicio cesará toda excusa para el pecador.

(1) Div. Crisostom. Hom. 62. in Math.

(2) Div. Gregor. lib. 8. Moral. c. 25.

Ni con razon alguna podia escusarse este mal siervo á la presencia desu Rey y Señor, el que justamente indignado mandó que lo entregasen á los ejecutores de la justficia, hasta que hubiese pagado toda la deuda. Nada mas justo al parecer que este terrible decreto. Qué misericordia puede esperar el que con la dureza para con sus prógimos quebranta el pacto de su reconciliacion con Dios, desmiente la sacratísima condicion de la oracion cristiana, y usurpa los derechos del Supremo juez, que se ha reservado la venganza y la satisfaccion de nuestras injurias. Señal es esta de lo que hará Dios en el dia de su furor para vengar la santidad de este pacto de su misericordia, violado por nuestra ira. En estos verdugos estan representados los instrumentos que tiene Dios para castigar á los malos de un modo digno de su justicia, esto es, santa, infinita y eternamente.

El modelo ejemplarísimo de la caridad eterna concluyó su misteriosa parábola con un apóstrofe terrible á los escribas y fariseos que se hallaban presentes diciéndoles: De esta misma suerte os tratará mi Padre Celestial, si cada uno de vosotros no perdona de corazon á su hermano. Es digno de advertir, como nota el mismo Crisóstomo, que no les dijo Jesus *vuestro Padre*, sino mi Padre: porque no es digno ni decoroso que tales hombres como eran los fariseos llamasen á Dios su Padre, teniendo tanto odio y rencor contra su Unigénito Hijo. Y San Gerónimo 1) exclamó y dijo: Formidable sentencia es la que ha salido de la boca de Dios, preciso es que la comprendamos: no se nos perdonarán las ofensas grandes que contra Dios hemos hecho, si no perdonamos nosotros las pequeñas ofensas que hemos recibido de nuestro prógimo.

La caridad que reside en el corazon no solo escluye del hombre como la justicia farisáica las muestras exteriores de ira, sino hasta los mas escondidos odios y resentimientos. ¿De qué te servirá la corteza de la ley sin el fin de ella, que es la caridad nacida del corazon puro (2)? Tenemos por juez de nuestra conducta al que no se deja engañar por una guarda exterior é hipócrita de sus mandamientos, sino que juzga por lo que pasa en el corazon, y está patente y manifiesto á sus ojos. No te olvides, pues, que todo hombre es deudor á Dios, y tiene por deudores á sus hermanos. Por esto Dios justo nos dió una regla para que supieramos como debemos obrar con nuestros deudores; pues de la manera que con ellos obremos,

(1) Div. Hieronim. in cap. 18. Math.

(2) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Timoth. c. 1. v. 5.

asi se portará El con nosotros (1). Comprendiendo bien todas estas cosas, y meditando sobre la enorme deuda de los diez mil talentos, no podremos menos de apresurarnos para perdonar á nuestros prógimos las cosas pequeñas y despreciables. Huyamos de la falta de misericordia y de la crueldad, entendiendo que no lo somos para con los otros sino con nosotros mismos. Cuando queramos acordarnos de los males que de otros hemos recibido para no perdonarlos, acordémonos tambien de que entonces atamos nuestros propios pecados y no los de nuestro prógimo. Asaltónos nuestro hermano; demos gracias á Dios por la injusticia que contra nosotros cometió, y así glorificaremos á Dios, nuestro Padre, y conseguiremos mercedes infinitas: y si aun rogamos á Dios por él, nos haremos semejantes al mismo Dios. Poco es á la verdad lo que podemos perder y dar; y mucho es lo que podemos esperar y recibir. Cuanto damos por Dios y condonamos á nuestros prógimos, todo es perecedero y caduco; y cuanto podemos esperar y recibir, todo es infinito y eterno. Da por Dios, y espera por Dios, no dudando que El será tu remunerador y tu premio. Sobre todo lo que dijo con mucha oportunidad el grande San Gregorio (2): de la esperanza cierta que debemos tener en Dios de que nos perdonará nuestras deudas, no debe apartarnos ni la cualidad ni la cantidad de ellas, porque si un hombre solo hubiese cometido los pecados de todos los hombres, y como Cain y Judas se hubiere desesperado; si fuera posible que aquel miserable se arrepintiese y pidiese perdon á Dios, seguramente que el Señor, infinitamente bueno y misericordioso, no le negaria el perdon. Mucho debemos esperar en los méritos de Jesucristo, sin los que no podriamos salvarnos. En ellos radican, y de ellos traen su origen todos nuestros méritos, tanto para la satisfaccion de las penas, cuanto por los merecimientos de la vida eterna.

Concluyamos pues con San Bernardo (3): principalmente debe esperar la criatura en los méritos infinitos de la Pasion de Cristo, porque ella es para los miserables un consuelo muy especial. Tu Pasion, le decia, es, Señor, el último refugio. El remedio mas esencial faltando á la criatura la sabiduria, no sufregándole la justicia, no bastándole la santidad y faltándole todos los méritos, ella sola sufraga y basta para todo. No desesperaré por mis pecados, porque se me ha dado en el sagrado puerto de tus llagas el lugar seguro

(1) Div. August. Serm. 15. De Verb. Domini.

(2) Div. Gregor. Hom. 20. in Evanglia.

(3) Div. Bernard. Sermon 22. in Cantica.

para hacer penitencia, aunque sea incierto el día de mi muerte. Perdonaste, Señor, á la Magdalena, á Pedro y al ladrón, en señal de que perdonarias también toda clase de pecadores y toda especie de pecados. Y volviéndose después á sus hermanos les decía: tengamos hermanos míos fé en la misericordia de Dios nuestro criador: y acudamos con lágrimas al misericordiosísimo juez mientras nos espera. Pues por más justo que sea no quiere dejar de perdonarnos: consideremos que es infinitamente misericordioso y pio, y no desesperemos. Es nuestro Padre y nuestro Dios, quiere con ansia acercarnos á su corazón para que probemos las delicias y las dulzuras de su amor.

ORACION

SOBRE LA CORRECCION FRATERNA.

Caritativo y amantísimo Señor y Dios mío: qué podré yo devolver á tu infinita misericordia en agradecimiento de los muchos favores y gracias que me has dispensado. Amásteme cuando era yo tu enemigo y me has perdonado una y muchas culpas, no solo siete veces, sino mas de setenta veces siete. ¿Cómo tengo yo ánimo para andar tasando y regateando el amor que debo á mis enemigos? La caridad con que me amas Tú es puro don de tu misericordia: la que yo debo á mis hermanos es obligación de justicia y obediencia debida al primero y mayor mandamiento de tu divina ley. Lo que haces Tú conmigo por pura gracia, hágalo yo con mis prógimos por justicia. Ablande tu sangre este pecho mío cruel, propenso á vengar las injurias: muévame tu ejemplo, estímúleme también el galardón que tienes prometido á la misericordia. Aficiónname á la oración, dáme parte en los gemidos de tu esposa la Iglesia, clame yo por su boca unido contigo para que ores Tú en mí, y tus méritos alcancen por mí lo que yo desmerezco. Inspírame celo para corregir, y docilidad para ser corregido: compasión de las flaquezas ajenas y espíritu para castigar las mías. No niegue yo á la caridad lo que de justicia le debo: revísteme de humildad, de suavidad, de compasión, de discreción, de constancia, y de las demás virtudes que hacen la corrección fructuosa, para que perdone yo tantas veces á mi hermano, cuantas él pecare contra mí; á fin de que nunca quede en mi corazón alguna especie de sentimiento ó rencor, ni ningún signo exterior que lo manifieste ó indique. Amen.

ORACION

SOBRE LA CUENTA Y RAZON QUE HEMOS DE DAR A DIOS.

¡ Ay de mí miserable pecador : cuando vuelvo los ojos á los muchos pecados que cometí y conozco los castigos que por ellos merezco, me veo oprimido de un espantoso temor ! ¡ Qué será de mí ! ¿ Permaneceré como desesperado sin consejo y sin ayuda ? Me estremezco, Señor, cuando oigo tus amenazas terribles. ¿ Y qué serán tus manos para el que merezca caer en ellas ? Si tus solas palabras, oh dulcísimo Redentor nuestro, hacen temblar y estremecer, ¿ quién podrá sufrir tu vista airada cuando vengas á reconvenirnos y á juzgarnos con ella ? Presérvame, Señor, de esta desdicha, criando en mí un corazon limpio y sano, y renovando en mis entrañas un espíritu recto, cuyas obras y deseos sean siempre dignos de Tí. A Tí recurro, Señor mio Jesucristo, que eres fuente de piedad y de misericordia: á Tí corro con la mayor ansia pues veo que en ella han sido lavados y limpios otros pecadores tan miserables como yo. No me niegues, Señor, el que en tu presencia, á tus pies sagrados y por medio de tus ministros pueda hacer la competente computacion y compensacion de todas mis faltas, para que pueda á un mismo tiempo enmendarme de ellas, y condonar y remitir á todos mis hermanos las que contra mí hubiesen cometido; á fin de que, cuando Tú vengas personalmente para residenciarnos á todos, sean perdonadas por tu infinita misericordia las que á Tí y á mi prógimo debiere; para que despues con ellos, y con tus Angeles y Santos en el Cielo eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está comprendida en el capítulo XVIII del Evangelio de San Mateo, desde el versículo 15 hasta el 35, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio para el Evangelio de la Misa del martes de la tercera semana de Cuaresma, desde el versículo 15 hasta el 22, y para la Dominica XXI despues de Pentecostés, desde el versículo 23 hasta el 35: uno y otro dicen asi:

EVANGELIO PARA LA MISA DEL MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE
CUARESMA.

San Mateo, cap. XVIII, vs. 15 al 22.

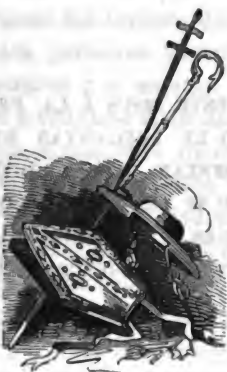
En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: si pecare contra tí tu hermano vé y corrígele entre tí y él solo. Y si te oyere, has ganado á tu hermano: mas si no te oyere, lleva aun contigo uno ó dos para que por boca de dos ó tres testigos sea testificada toda la palabra. Mas si á ellos no los oyere, dílo á la Iglesia. Mas si ni á la Iglesia oyere, ténlo por un pagano y un publicano. En verdad os digo: todas las cosas que atareis en la tierra, serán tambien atadas en el Cielo; y todas las cosas que desatareis en la tierra, serán tambien desatadas en el Cielo. Ademas de esto os digo: que si dos de vosotros consintiesen en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en los Cielos. Porque donde estan dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos. Entonces llegándose Pedro á El le dijo: Señor ¿cuántas veces he de perdonar á mi hermano si pecase contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesus: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

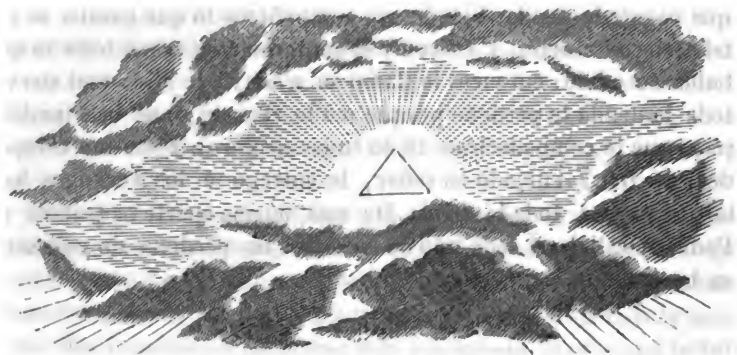
EVANGELIO PARA LA DOMINICA VEINTIUNA DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Math. Cap. XVIII, vs. 23 al 35.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: semejante es el reino de los cielos á un rey que quiso tomar cuentas á sus siervos. Y habiendo comenzado á tomarles cuentas, se le presentó uno que le debia diez mil talentos. Mas no teniendo de donde pagárselos, mandó su señor que fuesen vendidos él y su mujer y sus hijos, y todo cuanto tenia, y que se le pagase. Entonces aquel siervo echándose á sus pies le suplicaba diciendo: dame espera, y te lo pagaré todo. Movido á lástima el señor de aquel siervo, le soltó y le perdonó la deuda. Y saliendo aquel siervo halló á uno de sus compañeros que le debia cien dineros, y asiéndose á él, le ahogaba, diciéndole: paga lo que debes. Su compañero echándose á sus pies le suplicaba, diciendo: dame espera y te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fué y le puso en la cárcel hasta

que pagase la deuda. Viendo sus compañeros lo que pasaba se entristecieron mucho, y fueron y le contaron á su señor todo lo que habia sucedido: entonces le llamó su señor, y le dijo: mal siervo, toda la deuda te perdoné porque me lo rogaste: ¿no era tambien justo que te compadecieses tú de tu compañero, como me compadecí de tí? Y enojado su señor, le entregó á los verdugos hasta que pagase toda la deuda. De esta misma suerte os tratará mi Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdona de corazon á su hermano.





CAPITULO III.

SATISFACE CUMPLIDAMENTE JESUS Á LA PREGUNTA MALICIOSA DE LOS FARISEOS, CUANDO LE PREGUNTAN SOBRE LOS MOTIVOS DEL REPUDIO: SE LE PRESENTAN UNOS PEQUEÑUELOS PARA QUE LOS BENDIGA, Y MANDA NO SE LES PROHIBA QUE SE ACERQUEN Á ÉL: Y RESPONDIENDO DESPUES A LA PREGUNTA DE UN JOVEN DECLARA EN QUÉ CONSISTE LA PERFECCION DE LA POBREZA.

Despues que Jesucristo hubo dado á sus Apóstoles y discípulos con estas tan grandes y preciosas parábolas, los mas interesantes y sublimes documentos, se pasó desde Galilea á los fines de la Judea, á la otra parte del Jordan. Conviene saber, que generalmente hablando se llamaba Judea todo aquel terreno que ocupaban los judios, á diferencia de las demas naciones: son toda la parte de aquel pais que miraba hácia el Mediodia, en el que habitaban las tribus de Judá y de Benjamin era lo que propia y especialmente se llamaba Judea, á diferencia de otras regiones que se contenian en la misma provincia, como eran Samaria, Galilea, Decápolis y otras. En este pais, pues, ó llámese mas bien provin-

cia verdadera de Judea, se retiró el Señor al salir de Galilea, y por no perder los frutos de su celo, viendo que se acercaba la consumacion de su vida, queria dar cima á la importantísima obra de la redencion que su Padre le habia confiado; mas despues de haber predicado varias veces en medio de Jerusalem los adorables misterios que debian ser el objeto de la fé y de la veneracion de todos los fieles, los predicó tambien en su tránsito para aquel pais, ganando un sin número de prosélitos sin acompañar en esta ocasion sus discursos con portentosos milagros.

Movidos muchos judios de la dulzura y eficacia de sus exhortaciones, se resolvieron á creer en su Magestad, á pesar del general desenfreno de los sacerdotes y magistrados, y de la violencia declarada de los principales de la república. El Salvador se mantuvo por su parte donde podia recoger los discípulos que acababa de ganar al Evangelio, y de confirmar en la fé á todos aquellos que le enviaba su Padre. Con este designio eligió para su retiro el canton de Bethania: no de aquel lugar del mismo nombre vecino á Jerusalem donde moraba Lázaro con su familia, sino es de otra Bethania, situada al Oriente del Jordan, donde el Bautista, echado por los escribas de los primeros desiertos, que santificó con su predicacion, fue á bautizar y á instruir antes de verse precisado con nuevos insultos á retirarse á Galilea.

Aunque no estaba lejos el momento de su sacrificio, permaneció Jesucristo en este parage esperándole con santa paciencia y conformidad con la voluntad de su Padre, casi por espacio de tres meses; los que ocupó en combatir las doctrinas de los fariseos y de los herodianos y en consolar á los fieles. No es dificil de creer que los primeros que fueron á buscarlo al lugar de su asilo fuesen en su mayor parte de los discípulos del Bautista, los que ilustrados con la predicacion y doctrinas del santo Precursor, hacian entre sí mismos con sobrado fundamento, este justo raciocinio: Juan Bautista no hacia milagro alguno, y con todo eso no hemos dejado de creer en su palabra. Sus virtudes, y la austeridad de su vida, la eficacia y la sabiduría de sus discursos, nos han obligado á mirarle como á un gran Profeta. Hoy conocemos ya por la esperiencia la verdad de todo cuanto nos habia anunciado de Jesus, á quien nuestros príncipes injustamente persiguen. Ahora, pues, que nosotros vemos al mismo Jesus, que confirma todo cuanto predica con prodigios que solo pueden venir de Dios, ¿por qué no hemos de creer en El? Seriamos inescusables á la presencia de Dios si dejádonos arrastrar de la multitud de sus enemigos

rehusáramos creerlo. Convencidos de la exactitud de su raciocinio fueron á buscar al Salvador amantísimo, el que los recibió con singulares demostraciones de benevolencia y caridad. Los críticos, y á la vez mordaces censores del Evangelio, se valen de la interrupcion que hacen los evangelistas sagrados de la importantísima narracion que hacia el Maestro divino despues de su partida á Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos, tomando aqui otra vez el hilo de aquella, despues de su segundo viage á la capital, dejándose ver por un solo dia en la solemnidad de la Dedicacion; infiriendo de aqui, que no hay uniformidad entre los unos y los otros sucesos referidos con alguna diferencia por los Evangelistas: sin querer advertir, que los designios de Jesus eran los mismos en todas partes, y que ora confirmase sus doctrinas con milagros, ora predicase sin obrar alguno, sus trabajos siempre se dirigian á un mismo fin, cual era preparar al pueblo de Israel para el establecimiento del reino de Dios; y que en todas partes guardaba tambien el mismo método en todas sus prácticas é instrucciones.

Sus implacables enemigos no podian ver sin estremecerse la multitud inmensa de gentes que le iban siguiendo, y para hacerle perder su reputacion y prestigio obligándole á dar contestaciones, que escandalizasen á la muchedumbre, hiciéronle algunas preguntas muy á propósito para que cayera en la insidiosa red que le habian tendido; pero como siempre quedaron confundidos. Mas de una vez se habia explicado el Señor con la mayor claridad y franqueza sobre la indisolubilidad del matrimonio. Esta era la materia mas delicada, puesto que Moisés, de quien aquellos se llamaban discípulos, habia temporizado sobre la severidad de la Ley, que el Divino Maestro queria restablecer á su primitiva pureza; y no dudando que el Nuevo Legislador se habia de oponer en alguna cosa al antiguo, se valieron los fariseos de este medio, dirigiéndole algunas preguntas capciosas para hacerle caer en el lazo: con cuya idea le dijeron: *¿Maestro, es lícito al marido repudiar á su mujer por cualquiera causa, ó pretesto?* A lo que les contestó Jesus: *¿no habeis leído que Dios cuando hizo al hombre en el principio del mundo, no crió desde luego sino un hombre para una mujer, y una mujer para un hombre?* Por cuya razon les dijo, dejará el hombre el padre y la madre y se unirá estrecha y firmemente con su mujer, de manera que ambos sean una carne y un cuerpo.

Para la aclaracion de esta pregunta de los fariseos, y la mas fácil inteligencia de la respuesta de Jesus, conviene saber: que hubo en Jerasalen y en toda la Judea dos familias muy célebres: á los del

partido de una llamaban la *casa de Samay*, á los de la otra la *casa de Hilel* (1). Entre estos bandos ó partidos habia gran variedad en la declaracion de ciertos puntos; y uno de ellos era sobre las causas del divorcio. Los de la casa de *Samay* afirmaban, que sola la sospecha del adulterio era causa bastante para tolerar el divorcio. La casa de *Hilel* tenia por suficiente para esto, cualquiera otra causa por pequeña que fuese. Y aun habia otra tercera opinion que se arrimaba mucho á la casa de *Samay*, aunque tambien se dividia en varias sentencias. Fingiendo por consiguiente los fariseos un vivo deseo de salir de estas dudas, dirigieron á Jesus su pregunta, para que declarándose en favor de alguna de estas sentencias, lograsen hacerlo odioso á las otras. Mas como el Salvador conocia todas las astucias de aquellos sus enemigos, procuró desbaratar sus planes, con alguna sentencia muy clara de las Sagradas Escrituras, que nadie podia impugnar, ó tergiversar, sin nota de impiedad.

Con esta idea no se declaró por alguna de las opiniones en que sobre este punto tan esencial estaban discordes aquellas familias, y se ciñó á manifestar claramente la voluntad de Dios en la causa del matrimonio. Consejo fue y determinacion de Dios, que el matrimonio legítimamente contraído no se disuelve, porque ninguna cosa puede dividirse sin detrimento de su unidad; y este es el ser y naturaleza del matrimonio establecido por Dios, de que siempre permanezca asi; y aunque por la malicia de los hombres fue esto degenerando de su propio ser y virtud, por tolerancias y malas costumbres harto ajenas de aquella perfeccion, conviene saber, que no hay prescripcion contra los decretos de Dios.

Segun las intenciones del criador universal, es el matrimonio el semillero del género humano, por la union de los dos sexos en el estado conyugal: es el principio procurador y conservador de los entes racionales: es el germen de la multiplicacion y reproduccion de los hombres; la base de la sociedad civil, y de la pública felicidad: objeto importantísimo que en todos tiempos y edades llamó la atencion de los legisladores de las diferentes sociedades políticas; de los moralistas, filósofos y sabios, los cuales cuidaron de sujetar á las leyes esta institucion de la naturaleza, y perfeccionarlo segun los designios del Supremo legislador. Sin embargo la antigua jurisprudencia no llegó á comprender con bastante claridad esta parte del derecho natural, y dividiéndose en sus opiniones los moralistas y los filósofos, degradaron unos este contrato despues

(1) Vid. Anias Montano, in hunc locum.

de haber sembrado en él mil errores; y los otros aunque mas prudentes y sabios no pudieron contener el torrente de vicios, abusos y desórdenes, con que los pueblos lo profanaron. En medio de las tinieblas, amaneció la luz, y Jesucristo autor de la gracia y de la verdad, nos ha enseñado cuanto nos importa saber sobre esta materia: y poniendo ante nuestros ojos, y declarando las primitivas lecciones que al Padre comun de los hombres le dió su Hacedor, restituyó al matrimonio su dignidad primitiva, y santidad original.

Creó Dios un solo hombre para que fuese el tronco y la estirpe de todo el linage humano: dióle una compañera que fue estraida de la sustancia y carne del mismo hombre; con lo que manifestó Dios que queria mirase el hombre á la mujer como porcion de sí mismo; y que esta reconociese á aquel como principio original de su ser y existencia. A la vista de esta criatura exclamó el hombre: *ved ahí un hueso de mis huesos, y carne de mi carne: por lo cual dejará el hombre á su padre y á su madre, y permanecerá unido tan estrechamente con su mujer, que ambos vengan á ser una sola carne, y como dos almas en un cuerpo.* Bendíjoles el Señor, y con su bendicion les dió la fecundidad, y la virtud de reproducirse: *creced y multiplicaos les dijo: y llenad la tierra, esto es, fructificad y procread.* Ved ahí como en la institucion de la sociedad conyugal resplandece admirablemente la divina sabiduria. Haciendo Dios el vínculo del hombre y de la mujer permanente é indisoluble, ha provisto eficazmente á la perpetuidad, á la felicidad, y á la perfeccion del género humano.

Luego es cierto, continuó Su Magestad, que segun la institucion de Dios el hombre, y la mujer, una vez unidos con las ligaduras del matrimonio, no son dos, sino es una misma carne. Lo que siendo asi no permite al hombre separar lo que Dios juntó. De donde se sigue que los dos asi unidos deben permanecer juntos por toda la vida, atender á la educacion de los hijos que Dios quisiere darles, y recibir recíprocamente el uno del otro el consuelo, y el socorro que trae consigo una inocente sociedad. Asi es, que con ningunas otras palabras pudiera espresarse tan bellamente la firmeza de aquel contrato, de aquel lazo, de aquella íntima union, dulce amistad, vehementemente amor, mútua confianza, é inviolable fidelidad que entre sí se deben los consortes. Estos son sus deberes segun el derecho de la naturaleza; que no es mas que la misma voluntad del Criador, de donde resulta, que no puede separarse sin violentar su propia naturaleza, ni contraer otro enlace sin atentar contra la divina institucion. Jesucristo no ha hecho mas que restablecerla, y reprobar todo lo que se opone á este derecho primitivo; el adulterio, el repudio,

la poligamia simultánea, el concubinato, el simple deseo de infidelidad en los esposos, y todo lo que puede fomentar pasiones criminales; y aun añadió un nuevo lazo elevando el matrimonio á la dignidad de sacramento. Los fariseos empero que no lo estimaban como á tal, ni comprendían bien la escelsa dignidad de la union del hombre y la mujer instituida por Dios, y se dejaban llevar demasiado de las pasiones violentas, nacidas en el fondo de su corazon corrompido, replicaron á Jesus y le dijeron. *Por qué Moisés no lo ha explicado de esta suerte, y ha mandado dar libelo de repudio al marido descontento, y dejar á la mujer?* Aquí era á donde ellos querían venir á parar, y en lo que se lisongeaban que Jesucristo se hallaría embarazado: mas El les respondió: ¿y qué es lo que os dice Moisés sobre este punto?

No pudieron menos de sorprenderse al oír la réplica y pregunta del Salvador: pero puestos en el conflicto de tenerle que contestar, le dijeron: Moisés ha permitido al marido descontento que escriba libelo de repudio y pueda despedir á su mujer, quedando con libertad las dos personas separadas. Que fue tanto como decir: si Moisés hubiera entendido la ley con el mismo rigor que Vos, no hubiera publicado esta ordenanza. Vosotros os engaíais, dijo Jesucristo: esa no es ordenanza, ni ley: es solo una mera tolerancia de Moisés, esto es, no ha mandado repudiar á vuestras mujeres; aunque ha permitido que las repudiéis; y tuvo esta condescendencia, porque conocía la dureza de vuestros corazones; y temió que si no mitigaba un poco las cosas, vosotros os dejareis llevar de mayores escesos; pero al principio no fue así: esto es, en los tiempos en que los hombres se acordaban de la primera institucion de Dios, no se usaba eso. Todas las personas exactas en la religion miraron esta costumbre como innovacion y tolerancia. Por lo que á Mí toca, desde luego os declaro; que no lo permitiré en mi Iglesia, y que restituyo las cosas á la pureza de su origen: y ved aquí los reglamentos y leyes que sobre este particular deben guardarse. No será lícito al hombre dejar á su mujer, sino es por causa de fornicacion é infidelidad. El que ha repudiado á su mujer, y se casa con otra viviendo aun la primera, es delincuente de adulterio y concubinage. El hombre que se casa con la mujer repudiada cuando aun vive su marido, incurre en el mismo delito. La ley mira á las mujeres así como á los hombres; de manera, que una mujer, que se entrega á segundo esposo, viviendo aun el primero, es deshonesta y adúltera. El Señor no condenaba á Moisés, porque sabía bien lo que hubiera hecho, si hubiese encontrado corazones mejor dispuestos, y es-

píritus mas tratables. Con esta alta sabiduria y prudencia, restableceria el Salvador las antiguas leyes sobre la indisolubilidad del matrimonio, y sin tocar la reputacion del santo legislador; humillando al mismo tiempo á los que abusaban de su nombre.

De esta manera se libertó prudentemente Jesus de la malignidad de los escribas, aunque la severidad de su moral asustó no poco sus Apóstoles: ellos habian de tener á su cuidado el que se pudiese en práctica esta moral sublime, y prevenian algunas dificultades, que la misma perversidad del corazon del hombre, igual en todos tiempos, podria imitar en los futuros; y así que entraron con su Maestro en la casa donde posaban le volvieron á hablar sobre la misma materia: mas el Señor les contestó sin quitar ni añadir cosa alguna á las máximas que poco antes habia vertido; y para que jamás se apartasen de ellas se las volvió á repetir al pie de la letra. Atemorizados los discípulos con la nueva réplica y repeticion de Jesus, le digeron: *si es tal la obligacion del hombre para con la mujer con quien se casa, que jamás puede dejarla para casarse con otra, mejor será renunciar el casamiento.* A lo que contestó Jesus: *no todos entienden esto, sino aquellos á quienes se concede:* conviene á saber, la gracia de entenderlo y practicarlo. Lo que fue decirles: no á todos los hombres conviene, ni son capaces de una resolucion tan generosa, por tanto Yo no lo mando, ni pongo por ley, para que así se ejecute. Ese será un privilegio de algunas almas escogidas á quienes Dios llame y convide con el estado de una perpetua continencia, y que correspondieren al llamamiento. Vosotros podreis exhortar á él á mis discípulos, pero no los precisareis. Hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre: hay otros que han padecido esa injuria de los hombres, y hay otros en fin, que ellos mismos se han hecho eunucos por el reino de los Cielos. Estos son aquellos hombres, que movidos de las ventajas de la continencia, y de su mérito, se imponen la ley de guardarla por toda la vida. Aquel, que se siente con fuerza bastante para mantener, con la gracia de Dios, una obligacion tan gloriosa y difícil, consiento en que la abraze; y tendrá seguro el premio de resolucion tan heroica: todo se puede con el socorro de Dios: El que pudiere, y quisiere, resuélvase á estado tan santo: Yo solo doy consejo, no establezco un precepto; y esto es lo que debeis enseñar.

Los Apóstoles siguieron fielmente el plan trazado por el Maestro Divino; predicaron su doctrina con la mayor escrupulosidad. La Iglesia, y todas las naciones cristianas han tributado á la doctrina de Jesus la mas respetuosa veneracion, y han procurado dar la

importancia debida al sacramento del matrimonio; disponiendo que se celebrase en público, con el aparato y solemnidades posibles; y á los ojos y en presencia de la Divinidad, bajo ciertas ceremonias y formalidades. La religion preside á estos actos, confirma el contrato, y por la bendicion que pronuncian los ministros del santuario, adquiere el caracter augusto de santidad y de gracia. Los contrayentes formando este nudo á la faz de los altares, aprenden á respetarlo, y á mirar sus promesas como sagradas é inviolables. Las ceremonias conservan el dogma, y este asegura la perpetuidad de los efectos civiles con respeto al contrato. Las leyes civiles y el derecho público acomodándose á la doctrina de Jesucristo, y á la disciplina eclesiástica, lo ha mejorado considerablemente: la sociedad conyugal en ninguna parte está mas bien arreglada, ni es tan feliz, como en los pueblos cristianos.

Los sofismas de que se valen los modernos incrédulos y pretendidos reformadores de la moral pública y privada, no merecen entre los católicos los honores de una refutacion tan estensa, como extensos son los discursos de impiedad con que pretenden destruir la santa y sublime doctrina del Evangelio; y hasta para reducirlos todos á la nada el decir, que los pueblos lloran con lágrimas de sangre el ver establecido entre ellos el divorcio, la poligamia, la fornicacion, y un concubinato universal que los despuebla, destruye y aniquila, porque dieron crédito á las ideas y antiguas opiniones de los epicúreos y inícuos voluptuosos, que hicieron odioso y abominable entre ellos el matrimonio; por lo que, los envolvieron en todos los horrores de una verdadera y espantosa anarquía. Y basta decir que los antiguos legisladores de las gentiles Roma y Atenas, se vieron en la precision de apelar al imperio de la ley para obligar á los ciudadanos á que se casáran, y á traerlos al matrimonio con el cebo del honor y con premios y recompensas.

El matrimonio, instituido para ser el primero y mas firme lazo de la sociedad, no pudiera producir este efecto no siendo su vínculo entre los casados indisoluble y perpetuo. Una union pasagera y temporal seria semejante á la de los animales, y no formaria una sociedad mas perfecta, ni habria relaciones durables entre los consortes, entre padres é hijos, ni educacion constante y seguida, ni socorros mútuos, ni tendrian entre sí otras conexiones y dependencias, que las que pudieran tener cuándo salieran fortuitamente de la tierra como los árboles y las plantas. Dios, instituyendo el matrimonio, no solamente quiso perpetuar la raza humana y promover la felicidad de los consortes, sino tambien el bien de los hijos, y las

ventajas de la sociedad doméstica y de todo el género humano. El divorcio es contrario á todos estos fines. Por grandes que parezcan los inconvenientes de la insolubilidad del matrimonio, bien se puede asegurar que son mucho menores que los que resultarian del repudio. Y aunque la decencia y el pudor obliguen á echar un velo sobre este cuadro tan escandaloso y tan desagradable á todos los que conservan ideas y sentimientos de orden, de utilidad y de virtud, es preciso decir que el divorcio indefinido, y aun el limitado á ciertos casos, degeneraria muy en breve en libertinage y disolucion, como sucedió en Roma. Juvenal refiere que conoció una mujer que en el espacio de cinco años habia tenido ocho maridos. Y San Gerónimo asegura haber visto enterrar en Roma otra que en su vida habia tenido veintidos esposos.

¿Cuál seria pues en medio de esta desastrosa licencia la suerte de los casados, de los hijos, de la sociedad doméstica, y el estado de las costumbres públicas y privadas? Todos los dias se multiplicarian los adulterios y las causas de infidencia: á cada momento se verian renacer acusaciones escandalosas: la parte infiel armaria lazos á la otra: una acusacion no probada encenderia un odio eterno, como sucede hoy dia en las demandas de separacion: el bien de los hijos, la decencia pública y el interés de la sociedad serian indignamente sacrificados á la inconstancia y perversidad del uno ó del otro esposo. Ciertó es que cuando la corrupcion de las costumbres ha llegado á infestar los matrimonios, se vive en un estado desgraciado, y en la situacion mas triste; pero romper los lazos sagrados porque las costumbres son corrompidas, es engrandecer y abrir lá llaga en vez de cerrarla. Es un error atribuir al estado conyugal, santo y perfecto por su institucion, lo que es obra de las pasiones desordenadas.

Jesucristo no recomienda ni autoriza como hemos visto las mutilaciones, y mucho menos una operacion tan injuriosa á la humanidad como la castracion. La bárbara costumbre de hacer eunucos, tan comun en la Persia, en Egipto y en los paises orientales, trajo su origen de la poligamia. Los judios sin embargo nunca adoptaron este uso, y Moisés proscribió semejante crueldad imponiendo la pena de infamia al que consintiese en ser castrado. El eunuco no entrará en la Iglesia (1), no será reputado como israelita, no podrá gozar de todos los derechos y privilegios de ciudadano. Tampoco gozará de ellos el bastardo, esto es, el nacido de mujer prostituta, ni podrá entrar en la Iglesia del Señor hasta la décima generacion.

(1) Deutoronom. c. 23. vs. 1. ct. 2.

Así se lee en el Deuteronomio. La sentencia de Jesucristo relativa á los que se hicieron eunucos por el reino de los Cielos, no es susceptible de un sentido material, como por error lo entendió Orígenes, y recae precisamente sobre aquellas palabras de sus discípulos: *si es tal la condicion del matrimonio no conviene casarse*. Con esta ocasion recomienda y alaba usando de un hipérbole, la resolucion tan difícil como generosa de los que, no solo renuncian á los placeres de la sensualidad, sino tambien al matrimonio, aunque santo y bueno.

El Apóstol desenvolvió bellísimamente esta misteriosa doctrina de Jesucristo, diciendo (1): en cuanto á las cosas sobre que me escribisteis y consultásteis, os digo: *que por lo que respeta á las vírgenes, no he recibido, ni tengo precepto ó mandamiento del Señor*. El estado de continencia, la virginidad y el celibato no estan prescritos por ley divina. Mas yo, correspondiendo fielmente al ministerio que he alcanzado de la divina misericordia, os doy mi parecer y consejo. Bueno seria al hombre, mejor le estaria no tocar ni allegarse á mujer, conservarse célibe: la virginidad y el celibato es ventajoso. Tengo esto por bueno, y que el hombre permanezca así á causa de la presente calamidad. Y la doncella, si viviere en este estado siguiendo mi consejo, será mas libre de molestias y mas feliz. Digo pues á los célibes, á los solteros y viudos, que mejor les estaria quedarse como yo: porque deseo y quiero que vivais sin ansiedad y libres de solicitudes y cuidados del siglo. El célibe tiene cuidado de las cosas del Señor, y solo piensa cómo agradar á Dios. La que de verdad es viuda y está sola, espera en Dios, y se ocupa diligentemente dia y noche en suplicas y oraciones. Empero el que tiene mujer cuida solícitamente de las cosas del mundo y cómo ha de agradar á su mujer, y está distraido: al paso que la soltera y doncella medita en las cosas del Señor para santificarse á sí misma en el cuerpo y en el espíritu: la casada vive distraida y entiende en los negocios del mundo, y cómo ha de complacer á su marido. Esto empero os lo digo por vuestra utilidad y provecho, y no para echaros un lazo. Os lo propongo, no como obligacion sino como cosa honesta y decente, y mas á propósito para que sin impedimento ni distraccion os llegueis y sirvais al Señor. Así que, no es mi ánimo precisar á ninguno, ni que nadie se obligue á mas de lo que puede. Cada cual es libre de escoger lo que entienda que le será mas útil, segun la dádiva y gracia que haya recibido del Señor.

(1) Div. Paul. Ep. 1.^a ad corinth. c. 7. vs. 1. et seqs.

Yo no repruebo el casamiento: bueno es y santo el estado conyugal. Venerable es en todos el matrimonio (1), y en el tálamo ó lecho puro é inmaculado. Casa la hija, y dála á hombre prudente, dice el sabio (2), y habrás hecho una grande obra. Por lo que añadió San Pablo escribiendo á Timoteo (3): quiero que las mas mozas se casen, crien hijos, sean madres de familia y que gobiernen sus casas. Y no solamente es bueno y santo el matrimonio, sino que tambien á muchos les es necesario. Digo pues á los célibes y á los viudos, que si no tienen don de continencia, que se casen, que mejor es casarse que abrasarse. Y para evitar en fin la incontinencia y los pecados de fornicacion, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido. Por estos caminos, dice el Crisóstomo (4), iba llevando Jesus á sus Apóstoles y discípulos al deseo y á la eleccion de la virginidad, mostrándoles que era posible y muy suave y llevadera esta virtud altísima que hace vivir á los hombres vida de ángeles, dando fin aquel razonamiento tan sublime y digno: porque si bien les mostró por una parte su grande alteza y sublimidad, les enseñó por otra la misericordia con que no quiso incluirla en la necesidad de la ley; significándoles que era muy posible, para que creciese en ellos el deseo de abrazarla.

Con estraordinaria atencion y gusto oyeron los discípulos de Jesus este sublime é interesantísimo discurso, que fue repentinamente interrumpido, porque la casa donde se habian retirado, se halló llena de padres y de madres, que venian á presentar sus hijos pequeñuelos al Salvador, y á suplicarle que pusiese sobre ellos sus benditas manos, rezando por los mismos alguna oracion, y se dignase tocarlos. Hallábanse persuadidos los padres y madres, que para aquellos inocentes no seria inútil esta ceremonia; antes bien creian que á ella estaria aligada la bendicion del cielo. Entregados los Apóstoles á la meditacion de las lecciones que les daba su Maestro, y embelesados con ellas, no tenian en su pecho grabados aun los sentimientos de bondad, de que estaba lleno el de Jesus; asi fue, que apartaban con aspereza á los pequeñuelos, y se empeñaban en disipar la turba; porque imaginaban seria importuna al Salvador. Jesus empero no se enfadó

(1) Id. ad Hebre. cap. 13. v. 4.

(2) Eccl. c. 9. v. 27.

(3) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Timoth. c. 5. v. 14.

(4) Div. Crisostom. Hom. 63. in Math.

del concurso: al contrario, desaprobó altamente su conducta, y fue tal su disgusto, que pareció llegar á la indignacion. Llamólos cerca de sí, y con ellos se juntaron todos aquellos niños que no se apartaban sino con sentimiento y con lágrimas, y volviéndose á los Apóstoles les dijo: *dejad á las parvulillos, y nunca os suceda impedir que se acerquen á Mí.* En verdad os digo, que cualquiera que no se sometiese al reino de Dios, esto es, á mi Iglesia y á mi Evangelio con la simplicidad de un niño, no entrará en ese reino, ni es á propósito para ser admitido en el número de



mis discípulos. Lo que fué decir: dichosos los que imitaren el candor, la ingenuidad y la inocencia de los niños; pues mi Iglesia, que es el reino de Dios sobre la tierra, no se llenará sino de sujetos que se les parezcan. Sobre lo que dijo el grande Orígenes (1) esta doctrina del Salvador es á la que debemos atender, no sea cosa que prefiriendo una mayor sabiduría, y un mayor aprovechamiento espiritual, despreciemos como grandes, los pequeñuelos

(1) Orig. Tract. 7. in Math.
TOMO III.

de la Iglesia, prohibiéndoles que vengan y se acerquen á Jesus.

También por los pequeñuelos pueden entenderse los pobres, y los de la clase mas ínfima del pueblo, y por los discípulos que impiden se acerquen á Cristo pueden entenderse los príncipes ó prelados y rectores de las iglesias, que por causa de la pobreza ó de la clase ínfima á que pueden pertenecer, los repelen y alejan de la promocion y recepcion de órdenes y dignidades eclesiásticas, aunque para ellas sean aptos y dignos; por lo que, los que se atreven á impedirlos son reprendidos con indignacion por la boca misma de Jesucristo, quien los dice como á los Apóstoles: *dejad á los pequeñuelos que vengan á mí*, porque para mí no hay aceptacion de personas, y no les prohibais en manera alguna que se me acerquen, ni aterrándoles con amenazas, ni corrompiéndoles con malos ejemplos; porque estos son la figura y la forma de los verdaderos humildes, cuya familiaridad y compañía es la que yo quiero y aprecio. Y San Crisóstomo añade (1): ¿por qué prohibís á los pequeñuelos que se acerquen á mí? ¿Si han de ser santos, por qué vedais á los hijos que se acerquen al padre? Si han de ser pecadores, ¿por qué pronunciáis contra ellos sentencia de condenacion antes que veais su culpa? Cuales son ahora, mio es: cuales serán despues, será de ellos mismos. Honrad, pues, lo que es mio, y compadeceos de ellos, por lo que suyo ha de ser; por esto añadió: *de los tales es el reino de los cielos*: no dijo de estos, sino tales, para recomendar la humildad y la inocencia. No dijo de todos, sino *tales*, esto es, semejantes, y de todos aquellos que tuvieren por su cuidado y estudio tales virtudes, cuales los tienen los pequeñuelos por la humildad y la inocencia⁽²⁾. Sobre lo que concluyó elegantemente San Ambrosio: no es la edad, la que á otra edad se prefiere; porque de otra manera seria un obstáculo crecer en edad para alcanzar el reino de los cielos. ¿Por qué, pues, solo los pequeñuelos dice que son aptos para el reino de los cielos? Por ventura porque desconocen la malicia, no saben engañar, no se atreven á fingir, ignoran el escudriñar lo que no les conviene, y no ambicionan las riquezas y los honores. La virtud no consiste en ignorar lo malo, sino en despreciarlo: ni es virtud tampoco el no poder pecar, sino el no querer.

Conócese claramente por todo lo dicho, que la inocencia y la humildad son virtudes muy del gusto de Jesucristo, puesto que

(1) Div. Crisostom. Hom. 32. Oper. imperfec.

(2) Div. Hieronim. in cap 19. Math.

Su Magestad no perdía ocasion de elogiarlas, recomendándolas como propias de su Evangelio. Ingratos somos á Jesus porque nos alejamos de él cuanto mas hacemos profesion de adorarle. Nos manda la simplicidad de los niños, y nosotros nos henchimos de la soberbia de los filósofos, dejando de ser simples y fímeros, para acreditar que somos juiciosos y entendidos.

El Salvador, que no podia contener en el fondo de su corazon la ternura que al parecer escitaba en él la inocencia de los infantes, hizo que le acercasen todos aquellos niños que sus padres á porfia le presentaban: abrazólos á todos unos despues de otros, impuso sobre ellos las manos, y los despachó colmados de bendiciones; ellos eran hijos de fieles, y ya su adorable cabeza los adoptaba en el número de sus miembros. Este ministerio santo que puede mirarse como la institucion y principio del Sacramento de la Confirmacion, fue trasmitido despues y encargado por el Señor á los Apóstoles. Asi es, que en la administracion de este Sacramento son signados en su frente los que le reciben, con el crisma sagrado por mano de los obispos, que en la Iglesia de Dios ocupan el lugar de los Apóstoles; y por la imposicion de las manos del obispo reciben el Espíritu Santo, y quedan confirmados en la fé.

Tan luego como Jesus egecutó con los pequenuelos esta accion de caridad, y para él de suma complacencia, salió de su morada acompañado de sus Apóstoles, y fué á predicar á algunos otros parages del mismo canton, en los que aun no se habia dejado ver; pero apenas habia emprendido su camino, cuando un jóven de los mas distinguidos y virtuosos del pais, el que verdaderamente deseaba salvarse, se acercó á El, y con la mayor modestia y humildad le dijo: *«Maestro bueno, ruegoos que tengais la bondad de instruirme sobre lo que me conviene hacer para alcanzar la vida eterna.»* San Marcos nos dice que se arrodilló á la presencia de Jesus para hacerle esta súplica (1). Una pregunta tan santa no podia menos de ser contestada con una respuesta muy sábia. Tú me preguntas sobre el bien que conviene hacer, le respondió Jesus, y al mismo tiempo me llamas Bueno. Lo que fué decirle: ¿sabes que dándome este nombre absolutamente, como lo haces, me das un nombre que á solo Dios pertenece? Nadie hay que sea bueno sino Dios, que lo es por escelencia y por naturaleza. Nadie tampoco sino El puede llamarse Maestro bueno, porque solo El puede enseñar á los hombres cuál es

(1) Marci. c. 10. v. 17.

la verdadera bondad, de la que el Cielo es el premio. Los demas hombres solo son buenos por participacion, pues lo son por Dios y en Dios. No los escluye de esta participacion de su bondad dice San Crisóstomo (1), por la que son buenos, ó pueden llamarse tales, los que creen en él y cumplen fielmente sus preceptos; y el venerable Beda añade (2), que fué esto lo mismo que si el Maestro divino le hubiera dicho: comprende bien que aceptando Yo el nombre que me das de Maestro bueno, te instruyo en la diferencia infinita que debes hacer entre Mí y los demas doctores á quienes pudieras consultar. Y ya que en esta verdad te hallas instruido, sábetelo, que para conseguir la vida eterna que apetece, es preciso que cumplas los mandamientos de la Ley, y así seguramente la alcanzarás.

Admirado quedó el jóven al oír la respuesta del Maestro Soberano, al que replicó inmediatamente: ¿y no tendreis, Señor, la bondad de decirme qué mandamientos son estos que yo debo observar? No preguntaba porque ignorase los preceptos de la Ley, sino porque deseaba saber de la boca de Jesus, si aquellos á quienes su Magestad aludia eran los mismos que él hasta allí habia guardado; por lo que, despues que le dijo el Señor, *no harás homicidio: no cometerás adulterio: no hurtarás: no dirás falso testimonio: no usarás de fraudes y artificios: honrarás á tu padre y á tu madre; y amarás al prógimo como á tí mismo*. No pudo menos de colmarse de alegría el jóven israelita, y mirando á Jesus le dijo: todo esto, Señor, he practicado desde mis primeros años, y puedo decir y asegurar que no tengo en este punto cosa alguna de que me remuerda la conciencia. Enseñadme, pues, qué me resta ahora que hacer. Miróle amorosamente el Salvador, dándole á entender que estaba satisfecho de su conducta, y que deseaba elevarlo á una mejor perfeccion, y le añadió: *aunque hayas hecho esto algo te resta por hacer; si quieres llegar á un grado mas alto de perfeccion, marcha por tanto, vende cuanto tienes, y da el precio de ello á los pobres, y tendrás un gran tesoro en el Cielo que jamás se perderá, ni disminuirá, ni te lo podrán quitar los ladrones: y toma tu cruz y ven en pos de mí, y sígueme*. Sublime consejo evangélico que practicaron despues muchos discípulos del Señor. La historia eclesiástica está sembrada de ejemplos de tan generosa y heroica resolucion. Todos los creyentes, se dice en los Actos Apostólicos (3), estaban juntos y estrechamente unidos, tanto que

(1) Div. Crisostom. Hom. 39. Oper. imperf.

(2) Ven. Bed. in cap. 10. Marci.

(3) Actor. c. 2. vs. 44. et sequets.

no habia entre ellos mas que un corazon y una alma: ninguno decia ser suyo parte alguna de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes, y vendiendo las posesiones, casas y haciendas, traian el precio ó producto de la venta y lo depositaban á los pies de los Apóstoles; distribuíase todo entre todos, segun la necesidad de cada uno, así que no habia entre ellos ningun menesteroso.

En la doctrina del Salvador se ve clara y distintamente lo que es el precepto y lo que es el consejo; y por su propia respuesta se demuestra que es un error muy funesto confundir las máximas de la sabiduria y las lecciones de perfeccion con los preceptos y mandamientos de obligacion. Aquellas no son siempre practicables ni convienen sino á ciertas y determinadas personas: pero estos comprenden á todos. Exigir en las máximas generales de moral una exactitud y precision igual á un problema geométrico, es un absurdo. Su aplicacion depende de las circunstancias del tiempo, del lugar, de la persona y de otras mil cosas que no permiten formar un cálculo exacto y una regla universal. La ley se ciñe á prohibir el delito, y á mandar lo que es justo y debido hacer. Pero los consejos y las máximas morales se estienden á mas, y son como un antemural de la ley que la defiende y asegura su cumplimiento.

Los antiguos filósofos reconocieron esta gran diferencia, y calificarían de temerario al que mirase sus máximas como otras tantas leyes rigurosas. Así que la distincion entre los consejos y los preceptos está fundada no solamente en el orden moral y político de la humana sociedad, sino tambien en la misma naturaleza de las cosas: y no es una sutileza vana imaginada por los teólogos para salvar las gravísimas dificultades que ofrece la moral evangélica como pésimamente han pensado algunos. El mismo Jesucristo hemos dicho hizo y reconoció esta distincion en las respuestas que dió al joven que le preguntaba. En la primera le anunció preceptos; en la segunda le dió consejos. El precepto de observar la ley es necesario á todos para conseguir la vida eterna: y el consejo de renunciar los bienes y riquezas por seguir á Jesucristo no obliga á sino á aquellos que por razon de su estado y oficio tienen un deber de aspirar á la perfeccion como los Apóstoles.

Oidas por el jóven israelita las doctrinas y lecciones de Jesus, quedó sobremanera afligido y acobardado. Retiróse de allí estremadamente triste, porque gozaba muchas posesiones y su ánimo no podia resolverse á abandonarlas. Parecia al principio muy fervoroso, mas apenas oyó hablar de la pobreza voluntaria cuando le faltó el ánimo y juzgó por muy dificultoso andar el camino de la

ORACION

¡Oh Dios! Tú que eres mas puro que el Cielo, el sol, la luna y las estrellas, Tú que eres infinitamente mas santo que todos los Angeles, porque eres el Dios de la pureza y santidad: y que por Jesucristo tu único Hijo nos exhortas á la continencia, dadnos aquello mismo á que nos exhortas, y concédeme á mí, mserable pecador, la pureza y castidad de alma y cuerpo que sabes necesito, para tratar y frecuentar tus santos y divinos misterios. Tú que quisiste se acercasen á Ti los pequeñuelos, y con la imposicion de tus manos les bendigiste, concédeme la gracia de que mirándome siempre me encuentre pequeño á mis ojos, para que halle á los de tu Magestad por la penitencia y el arrepentimiento, la gracia que por la culpa, y el pecado hubiese perdido: y que por ella encuentre en mi corazon todo aquello, que los pequeñuelos retienen en el suyo. Por tu gracia Dios mio, y por los méritos de todos los parvulillos y humildes que tanto te agradan, yo el menor de todos los hombres, siendo Tú mi conductor y guia, merezca alcanzar el premio que á los pequeñuelos y humildes tienes prometido. Inspirame amor á la santa pureza; con las aguas de tu gracia apaga en mi corazon el fuego de la concupiscencia que consume y enegrece todas las virtudes. Inspirame amor á la santa pobreza para que cumpliendo no solo los preceptos, sino tambien los consejos de tu ley, merezca tener un tesoro en el reino de los Cielos y poseerte despues y alabarte en compañía de los Angeles y Santos. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIX de San Mateo, desde el versículo 4.º hasta el 22. En el X de San Marcos, desde el versículo 1.º hasta el 22. Y en el XVIII de San Lucas, desde el versículo 15 hasta el 23 todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de San Mateo para Evangelio de la Misa del día de Santa Agueda, á 5 de febrero, desde el versículo 3.º hasta 12. Para la Misa de los Esposos, usa del mismo texto, desde el versículo 4.º hasta el 6.º Y para el de la Misa de San Gerónimo Emiliano, á 12 de julio, usa del mismo texto, desde el versículo 13 hasta el 21, todos inclusive: unos y otros dicen así.

perfeccion que se le habia trazado; de modo que, habia ido á consultar á Jesus lleno de gozo y contento, y al oir sus máximas y consejos se retiró triste y desconsolado. Se humilló al ver su flaqueza, pero no se juzgó criminal. Se retiró resuelto á servir á Dios el resto de sus dias en el estado inocente, aunque menos perfecto en que la providencia le habia hecho nacer, pero siempre pensando hacer buen uso de los bienes de que no tenia aliento para desasirse. Este es el sublime pensamiento que hizo notar Orígenes atendiendo al modo con que le habló Jesus (1): advertid, dice, las palabras con que el Salvador se produce: dicele *si quieres*, esto es, si tienes voluntad, porque estás en plena y perfecta libertad para hacerlo. Quieres subir á un estado de perfeccion mayor que la que se observa en el comun de los hombres? Marcha, pues, vende tus bienes, y en esto acreditarás el desprecio con que miras todas las riquezas de la tierra; reparte su producto á los pobres, y hazte pobre por venir en mi seguimiento; pues Yo por tí, siendo infinitamente rico, me hice pobre tambien. Sígueme, y tendrás un tesoro en el Cielo.

San Crisóstomo añade (2): muy bien y oportunamente habla el Señor no haciendo mencion de la vida eterna, sino del tesoro que tendria en el Cielo: puesto que era la plática sobre las riquezas, y renuncia de todas ellas; de riquezas habló el Señor, pero de las del Cielo; que siendo infinitamente mayor que toda la tierra, eran aquellas indicio de la mayor y mas abundante retribucion que le ofrecia, renunciando las de la tierra. *Y sígueme* imitando mis pasos y caminando como Yo camino: porque la verdadera perfeccion consiste en la escuela ó seguimiento de Cristo por las obras de la caridad. En la renuncia de los bienes, y en la pobreza voluntaria, que se abraza, y es consiguiente á aquella, consiste el principio de aquella perfeccion; porque se quita el cuidado de las cosas temporales, que aparta el ánimo del amor de Dios, y de la caridad del prógimo. De la tristeza del jóven y de la resolucion que tomó, empezó Jesucristo otro discurso para dar á sus Apóstoles otras mayores y mas sublimes lecciones sobre el desprendimiento de las riquezas de la tierra, y aceptacion de la pobreza voluntaria, para seguirle con mayor fidelidad, y alcanzar el reino de los Cielos, que tenia prometido á todos aquellos que le siguiesen.

(1) Orig. Tract. 8. in Math.

(2) Div. Crisost. Hom. 64. in Math.

EVANGELIO DE LA MISA PARA EL DIA DE SANTA AGUEDA Y PARA LA
DE LOS ESPOSOS.

San Mateo, cap. XIX, vs. 3 al 12.

En aquel tiempo se llegaron á Jesus los fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿es lícito al hombre repudiar á su mujer por cualquier motivo? El les respondió diciendo: ¿no habeis leído que el que crió al hombre en el principio los crió varon y mujer, y dijo, por esta razon dejará el hombre al padre y á la madre, y estará unido con su mujer y serán dos en una sola carne? Por lo cual ya no son dos, sino una sola carne. No separe pues el hombre lo que Dios ha unido. ¿Pues cómo es, replicaron ellos, que Moisés ordenó que el marido diese á la mujer libelo de repudio, y la dejase? Díjoles: obligado de la dureza de vuestro corazon os permitió Moisés que repudiaseis vuestras mujeres; mas en el principio no fue así. Por lo cual os digo, que cualquiera que dejase á su mujer, á no ser por causa de adulterio, y se casase con otra, comete adulterio, y el que se casa con la que el otro dejó comete adulterio. Dijéronle sus discípulos: si tal es la condicion del hombre respecto de la mujer, no conviene casarse. A esto respondió: no todos son capaces de resolverse á esto, mas solos aquellos á quienes esto se ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron ya así del vientre de su madre, y otros eunucos á quienes otros hombres hicieron tales; y hay otros que ellos mismos se hicieron eunucos por el Reino de los Cielos. El que pueda alcanzarlo, alcáncelo.

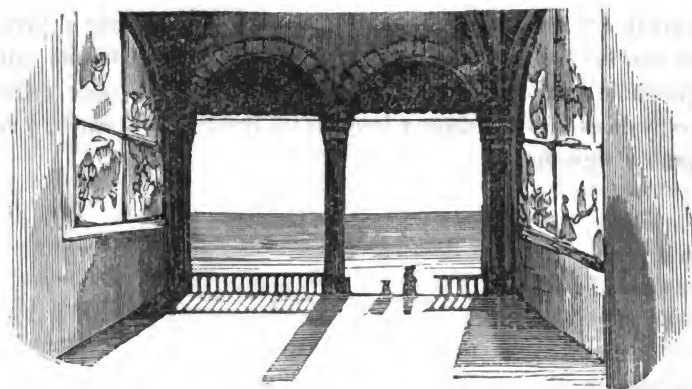
EVANGELIO PARA LA MISA DE SAN GERÓNIMO EMILIANO.

San Mateo, cap. XIX, vs. 13 al 21.

En aquel tiempo se presentaron á Jesus unos niños para que pusiese sobre ellos las manos, y orase. Mas los Discípulos los increpaban. Jesus empero les dijo: dejad en paz á los niños y no les estorbeis venir á Mí: porque de ellos es el Reino de los Cielos. Y habiéndoles impuesto las manos partió de allí. Acercósele entonces un hombre que le dijo: Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna? El cual le respondió: ¿por qué me llamas bueno? Dios solo es el bueno. Por lo demas, si quisieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos. Díjole él ¿qué

mandamientos? Respondió Jesus: no matarás: no cometerás adulterio: no hurtarás: no levantarás falso testimonio: honra á tu padre y á tu madre; y ama á tu prógimo como á tí mismo. Dícele el jóven, todos esos los he guardado desde mi juventud. ¿Qué mas me falta? Respondióle Jesus: si quieres ser perfecto, anda, y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo, y ven despues y sígueme.





CAPITULO XIII.

DE LOS DOCE CONSEJOS EVANGELIOS: DE LA DIFICULTAD E IMPOSIBILIDAD DE ENTRAR LOS RICOS EN EL REINO DE LOS CIELOS: Y DEL PREMIO DE LOS QUE LO DEJAN TODO POR SEGUIR A CRISTO.

Muy notable es la diferencia entre los preceptos y los consejos evangélicos; necesarios son aquellos para conseguir la salud y la vida eterna, estos empero lo son para alcanzar la mayor perfeccion. A la observancia de los preceptos estamos obligados, pero no á la de los consejos; aunque no hay la menor duda, que la observancia de los consejos conduce mucho para no faltar á la de los preceptos. Doce son los llamados propia y verdaderamente consejos evangélicos; los primeros miran á la pobreza; los segundos á la obediencia; los terceros á la castidad; los cuartos á la caridad; los quintos á la mansedumbre: los sextos á la misericordia; los séptimos á la simplicidad de las palabras; los octavos á huir las ocasiones de pecar; los novenos á la rectitud de las intenciones; los décimos á la

conformidad de las obras con las palabras; los undécimos á evitar las solicitudes de la vida, y los duodécimos á la correccion fraterna: aunque de algunos de ellos, atendidas las circunstancias de las personas, tiempos y lugares, pueda decirse tambien que hay preceptos.

En el capítulo que antecede acabamos de consignar muy esplícitamente, el consejo de la pobreza en la respuesta que dió Jesús al jóven que fue á preguntarle qué era lo que habia de hacer para ser perfecto; pues ya vimos que le dijo el Salvador: si quieres ser perfecto; marcha, vende todo lo que tienes y repártelo á los pobres, y ven y sígueme. Y ya San Lucas nos habia dicho tambien que el Señor habia manifestado claramente á sus discípulos, que el que no renunciase todo lo que poseyera, no podria ser su discípulo: con cuyas doctrinas se vé claramente que este amor á la pobreza, esta generosidad y desprendimiento, son un mero consejo, al que está precisamente vinculada la mayor perfeccion. En aquellos otros consejos consignados en San Mateo, en los que nos dijo Jesús, que el que quisiera caminar en pos El debia negarse á sí mismo, y que sobre la cátedra de Moisés se habian sentado los escribas y fariseos, aconsejando á las turbas obedeciesen lo que ellos enseñasen, pero que no obrasen como ellos obraban, resplandece de un modo clarísimo el consejo de la obediencia: porque ¿qué otra cosa es renunciarse uno á así mismo, sacrificar los deseos de su voluntad, y no tener voluntad propia, que obedecer con la obediencia mas puntual y ciega? ¿Ni qué otra cosa quiere decir el que se tengan que obedecer las doctrinas de los escribas y fariseos sentados sobre la cátedra de Moisés? Inclclinados eran al mal, maquinaban consejos de iniquidad, bramaban de corage y rabia contra Jesús, eran en fin incansables en buscar pretextos y medios para perderle; con todo el Maestro divino aconseja que les oigan, y obedezcan, cuando hablan desde la cátedra donde se sentaba el legislador que El en otro tiempo les habia dado, para que les condujera á la tierra de promision. Y el tercer consejo, que es de castidad; brilla tambien como vimos en el precedente capítulo cuando Jesús dijo á los fariseos, que habia eunucos que ellos mismos se habian hecho tales para conseguir el Reino de los cielos. Como precepto habia mandado abstenerse de la fornicacion, diciéndonos en otro lugar por el mismo San Mateo, que el ver la mujer agena y desearla, era ya quebrantar el precepto en su corazon: donde se ve, que para la mejor observancia del precepto, era muy importante el consejo.

Estos tres consejos son especiales para los que desean alcanzar

la verdadera perfeccion religiosa, porque alejan del mal á todos los que los observan, no solo en cuanto á la culpa, sino tambien en cuanto á la causa. De tres raices nace precisamente todo mal, á saber, de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos, y de la soberbia de la vida; cuyas tres raices se esterilizan enteramente por la castidad, por la obediencia y por la pobreza.

El cuarto consejo, que se funda en la caridad, no deja de ser tal, aunque al parecer tenga la fuerza de precepto; puesto que el consejo y el precepto pueden hallarse unidos en una misma raiz, y naciendo de ella pueden declinar en esta dos ramas. Precepto es el amar á nuestros enemigos, pero tambien es un importante y sublime consejo: es precepto en cuanto al *afecto*, y es consejo en cuanto al *efecto*. Querer la paz con el enemigo, la gracia y la gloria es necesidad; pero prestar en favor suyo obras de beneficencia, y darle pruebas de benevolencia, es consejo y perfeccion. El quinto consejo está íntimamente enlazado con el que acabamos de esplanar. La mansedumbre está tan íntimamente enlazada con la caridad, que no puede ser verdaderamente manso, sino el que es verdaderamente caritativo. Asi es que al darnos el Salvador este consejo de mansedumbre nos dijo por San Mateo: *si alguno te hiriere en alguna mejilla ofrécele la otra*, que fué tanto como decir: deseo llegue á tanto extremo tu paciencia, que despues de haber sufrido un bofeton, estés dispuesto á sufrir otro. Este consejo de paciencia y mansedumbre dice respecto solamente á la lesion ó daño del cuerpo, porque en cuanto al daño del alma tambien nos dijo que debemos estar resueltos á sufrir todas las penas del mundo antes que consentir en el daño de nuestra alma. A este mismo consejo, y como en corroboracion de esta misma doctrina, nos añadió el mismo Jesucristo: Si alguno pretendiese litigar contigo en juicio para quitarte la túnica, déjale tambien la capa. El sexto es de misericordia y erogacion de aquello que tenemos, como nos lo dió á conocer cuando nos dijo por San Lucas: Da á todo aquel que te pidiere, no solamente por dar al que pide, sino por ensanchar la esfera del bien comun. Dar lo supérfluo al que se halla en necesidad extrema, es un deber de justicia: dar lo que para nosotros necesitamos cuando por Dios nos lo piden, es un consejo. En verdad que en la práctica de este consejo resalta la grandeza de la misericordia, y se enardece el ánimo inflamado por la caridad de Dios. Es preciso, pues, dar para recibir; y dar por Dios para recibir de Dios. No haya miedo que nos falte aquello que por Dios diésemos, aunque para nosotros lo necesitásemos. Dad, y se os dará una medida buena, llena, super-

abundante, y se derramará en vuestro seno la bondad de Dios.

Como quiere el Señor que sea la criatura buena, esto es, pobre, obediente, casta, caritativa, mansa y misericordiosa, tambien quiere que sea sencilla en sus palabras, y este es el séptimo consejo. Sean vuestras palabras, nos dice: si, si, no, no; sencillas y sin afectacion ninguna, afirmad la verdad, y contradecid y negad lo que fuere mentira. Sea la lengua intérprete fiel de los sentimientos del corazon, y de la misma manera la afirmacion ó la negacion esten en la boca que en el corazon; porque habeis oido que se dijo á los antiguos, *no serás perjuro*: mas yo os digo, de ninguna manera jureis. El octavo consejo, que se dirige á que huyamos las ocasiones de pecar, se espresó bien por el Salvador cuando dijo: *Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de tí*. Sobre lo que dice San Agustin (1): No atiendas á la letra de este consejo, pues no te manda el Señor cortarte ó arrancarte ningun miembro, sino que evites y huyas las ocasiones de pecar. Haz empero todas tus obras con recta intencion y con sano y puro fin, que en esto consiste el noveno consejo que El mismo te da: mirad que no obreis vuestra justicia á la presencia de los hombres solo para ser vistos y alabados de ellos. Hacedla sí, para que sea vista de Dios y á El plazca, para que los hombres entonces alaben al Señor y le glorifiquen. Esto es lo que despues confirmó diciendo: *Asi luzca vuestra luz á la presencia de los hombres, que viendo vuestras obras buenas glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos*. Poco mérito tendria el hombre en sus buenas obras, si en ellas buscasse solamente su propia utilidad y provecho; olvidándose de dar en ellas gloria á aquel que le dió su gracia para obrar. Mas como hay una precision de que las obras y las palabras sean enteramente conformes, para que resplandezca en ellas la virtud y la gracia del Señor, nos dió su Magestad este décimo é importante consejo: *El que hiciere ó praticare obras buenas, y enseñase á los hombres el modo de practicarlas, este será grande en el reino de los Cielos*. No basta hacer una de las dos cosas, forzoso es unir entrambas, porque si no se tropezaria con aquel escollo que era el distintivo de los fariseos, y está consignado en el Evangelio de San Mateo por estas palabras: Atan sobre los hombros de los hombres cargas graves é insoportables, pero no quieren alargar un solo dedo de su mano para ayudarlas á llevar: son hombres que dicen y no hacen: por esto dice el Señor que el que hiciere y enseñare será el mayor en el reino de los Cielos. Y en los actos de los Apóstoles se lee tambien que el mismo divino

(1) Div. Augustin. lib. 1.º de Sermon. Domini in mont.

Maestro practicó este grandioso consejo: *Empezó Jesus, dice, á hacer y enseñar.*

No menos importante es el undécimo consejo, por el que nos enseñó Jesus á colocar toda nuestra esperanza en el Padre que en el Cielo tenemos, diciéndonos: no tengais solicitud alguna ni cuidado por lo que habeis de comer y beber, ó por lo que habeis de calzar y vestir: estas son cosas que buscan con avidez y afanosa solicitud todos los que tienen su corazon pegado á la tierra. Vuestro Padre celestial sabe que necesitais de todas estas cosas, y no permitirá sean defraudadas vuestras esperanzas. Mirad si no el hermoso plumage de que estan cubiertas las aves que vuelan por el aire; ellas no trabajan, ni hilan, ni juntan granos en los graneros, y vuestro Padre celestial cuida de ellas. Ved la hermosura y galania de que se cubren los lirios hermosos de los valles; en verdad os digo que ni Salomon con toda su gloria ostentó jamás tanta magnificencia como uno de ellos. Si al heno del campo que hoy existe y mañana se quema en el horno viste Dios con tanta pompa, ¿cuánto mas ha de cuidar de cada uno de vosotros? No temais pues, contados estan los cabellos de vuestra cabeza, y no caerá ni siquiera uno de ellos sin la voluntad de vuestro Padre, porque mas vale uno de vosotros en su presencia que todas las aves que vuelan por el cielo.

El último y duodécimo consejo es el de la correccion fraterna. Poco hace que hemos hablado de él; sin embargo cúmplenos decir, que unas veces es mero consejo y otras es formal precepto. Cuando se corrige el hermano de faltas leves ó veniales, y la correccion se da naciendo del fondo de la caridad que comunmente se debe tener con el prógimo, entonces es consejo; pero cuando se da sobre lo que es pecado mortal, entonces es precepto, y precepto que obliga siempre, aunque no por siempre, sino conforme á las circunstancias del lugar y tiempo, y cuando se cree que la correccion ha de ser útil. A este precepto son obligados siempre los mayores en dignidad y gobierno, y todos aquellos á quienes toca é incumbe tener cuidado de sus subordinados: y observando y guardando las mismas proporciones podrá practicarse el consejo, pues siempre está bien en la criatura la práctica de las obras de caridad.

Como todas estas doctrinas tienen tanta connexion, y guardan relaciones tan íntimas con la pobreza evangélica que aconsejaba y practicaba Jesus, advirtiéndole que el desaliento del jóven á quien le habia aconsejado, se habia apoderado tambien del corazon de sus Apóstoles, les miró con atencion muy particular, y les dijo: en verdad, que es cosa bien difícil, que los que tienen muchas ri-

quezas y las aman, entren en el reino de Dios. Y como ellos se espantasen mas de sus palabras, les volvió á decir: Hijos, ¡cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que confían en sus riquezas! Mas facil es, pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de los cielos. El filósofo Celso dijo, segun refiere Orígenes, que Cristo habia tomado esta sentencia de las obras de Platon; el cual escribe, que es imposible conciliar la virtud con la avaricia, ó que no puede darse un varon eximio en bondad, y al mismo tiempo escesivamente rico: como si la sabiduria eterna tuviera necesidad de mendigar de los gentiles las sublimes máximas de su moral divina. Jesucristo reprueba y condena la avaricia, y el escesivo amor y abuso de las riquezas; pero segun sus principios, no es siempre inconciliabile ó incompatible con ellas la virtud heroica. El proverbio de que usó Jesucristo para espresar su pensamiento, era una locucion comun y familiar entre los hebreos y otras naciones orientales, y con él no quiso significar otra cosa sino que es obra muy árdua ó casi imposible, que los avaros y grandes amadores de las riquezas consigan la salvacion. Mas aterrados entonces los Apóstoles, le replicaron en el esceso de admiracion en que les puso la comparacion terrible que acababan de oir, y dijeron: ¿dónde hallaremos hombres que no esten poseidos del amor de los bienes de la tierra? Pero Jesus, aquel sabio y dulce maestro los miró con ojos compasivos, y les dijo para consolarlos: Es verdad que el hombre no puede salvarse por solas sus fuerzas naturales. Es asimismo cierto, que los ricos no se salvan sin una gracia estraordinaria. Pero lo que es imposible á la criatura, no lo es al Criador, pues tiene en sus tesoros gracias tan eficaces, que sin quitar la libertad á los hombres, elevan al cielo á aquellos, que tienen la mayor dificultad en desprenderse de la tierra.

No quiso empero Jesus que sus Apóstoles quedasen como desmayados, caidos de ánimo y desfallecidos; y para alentarlos á caminar en la nueva senda que les habia trazado, se insinuó con aquella dulzura con que sabia avivar las esperanzas mas desfallecidas, asegurándoles, que á pesar de lo impracticable que les parecia su doctrina, tendria el éxito mas feliz en la empresa que les encargaba; lo que fue como decirles: aun no se ha derramado mi espíritu sobre la tierra, no desesperéis, pues cuando yo lo enviare de lo alto de mi gloria, admirareis su poder. Haced de vuestra parte lo que de vosotros depende con vuestra predicacion y con vuestros ejemplos: mi espíritu acabará lo que falte. A pesar de la avaricia que reina en el mundo, vereis ricos despreciar las rique-

zas, usar bien de ellas ó renunciarlas, y confundirse entre los pobres por abrazar mi Evangelio, y practicar su perfeccion.

Animóse con este discurso el Príncipe de los Apóstoles, y conociendo que él y sus compañeros eran sumamente felices por haber abrazado la pobreza evangélica, tomó la palabra en nombre de todos, y dirigiéndose á Jesús, le dijo: Bien veis, Señor, que hemos dejado todas las cosas con el designio de seguiros, y de vivir siempre en vuestra compañía imitando vuestros ejemplos, ¿cuál será, pues, nuestra recompensa? ¿Qué será de nosotros?

Después de tantas doctrinas de Jesús sobre la virtud de la pobreza, y después de tan grandes y saludables consejos, bien podían saber los Apóstoles el premio que les esperaba; pero como el Maestro divino tenía gusto en repetirles unas lecciones tan útiles, y de tanto consuelo para todos los que tuviesen en adelante la dicha de imitarlos, se complació en que le hiciesen aquella pregunta, á la que contestó: En verdad os digo que será tan grande vuestra recompensa, que apenas os pasará por el entendimiento poderla esperar igual. Cuando se renueven las cosas y yo me sentare en la silla de mi Magestad, vosotros os sentareis sobre doce sillas para juzgar las doce tribus de Israel. Sereis jueces de todas las naciones de la tierra, de las cuales formaré de aquí en adelante una sola Iglesia, que será mi pueblo y mi heredad, como hasta ahora lo han sido aquellas tribus. Este juicio lo ejercitareis el día de la resurreccion general, cuando las almas de todos los difuntos se unirán con sus cuerpos; y entonces se verá este hombre que veis ahora en todo semejante á vosotros, sentado en el trono de su gloria, residenciando á todos los hombres, y juzgando de sus buenas ó malas obras, para darles el premio ó castigo correspondiente á ellas.

Muchos padres y espositores sacros, quieren que Jesucristo hable aquí de la renovacion del mundo por el bautismo, como si el Señor dijera: cuando se renueven las cosas, cuando mi Iglesia fuere naciendo por el bautismo, que será el carácter de mis súbditos; lo que sucederá cuando el Hijo del Hombre, después de su muerte y resurreccion se sentare á la diestra de su Padre; vosotros tomareis tambien lugar sobre doce tronos, en que ejerceréis la autoridad espiritual que yo os doy desde luego sobre las doce tribus de Israel, las que deben llevarse vuestros primeros cuidados, y después sobre todo el mundo (1); porque el imperio

(1) Hilarius et Auctor Oper. imperfect. Alcazar. Coment. in. Apocalyp.

de la Iglesia que yo he venido á fundar se estenderá desde el uno al otro polo, y recibirán el yugo suave de mi ley todas las naciones de la tierra.

San Bernardo, que por Dios habia renunciado el mundo y todas sus cosas, retirándose á la soledad de su amada Claraval, dice (4): *Ved ahí Señor, que nosotros hemos renunciado todas las cosas y te seguimos*. Estas son en verdad las palabras mágicas que en todo el orbe persuadieron á los hombres el abandono y menosprecio del mundo, aconsejándoles la pobreza voluntaria. Estas son las que llenan los claustros de monges, y los desiertos de anacoretas. Estas son las que despojan al Egipto de su poder, y le arrancan sus vasos y joyas mas preciosas. Esta es la palabra de Dios viva y eficaz que convierte las almas con la feliz emulacion de la santidad, y con la promesa fiel de la verdad. Y en efecto: yo diria muy bien, hemos renunciado todas las cosas, no solo las posesiones, sino tambien hasta los deseos de poseer, y muy particularmente aquellos que afectan y lastiman el corazon, mas por la concupiscencia del mundo, que por el meollo ó sustancia que tienen en sí. Esta es la causa principal, por la que han de renunciarse voluntariamente todas las cosas, pues apenas hay alguna de ellas que no se posea con una aficion desordenada, que no engendre la concupiscencia del mundo. Es sobre pegajosa nuestra naturaleza, y se inclina con frecuencia, y con muy sobrada violencia á las cosas de la tierra; por lo que es preciso tenerla á raya, contenerla y domarla. Procura pues, ó tú, que te dispones á renunciar todas las cosas del mundo, á contarte á tí mismo en el número de los que renuncies; y si piensas seguir á aquel que por tí se despojó de todo lo que era tomando la forma de esclavo, despójate tambien de los afectos de tu corazon, y renunciar primera y principalmente hasta tus propios deseos, para que no siendo esclavo de ellos, seas verdadero discípulo de Jesus. Depon y arroja para siempre de tí esa gravísima carga que oprime y molesta. Abandona esos cinco pares de bueyes que neciamente compraste; porque oprimido con las funestas inclinaciones á que arrastran esos cinco sentidos, juntamente con la sensualidad de la carne, no podrás venir al festin de las bodas espirituales, para las que te llama y convida el Esposo.

Respondió el Señor á sus Apóstoles, y les manifestó tres pre-

(4) Div. Bernard. Sermon. de Verb. Evangel. *Ecce nos riliquimus omnia.*

mios que consiguen los que todo lo renuncian por seguirle, y caminar por el mismo camino que El. El primero es, que serán jueces con el juez Supremo cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos; por lo que les dijo: Vosotros que renunciando todas las cosas me habeis seguido en la imitacion del modo de vivir, *en la regeneracion*, esto es, en el juicio ó en el tiempo de la regeneracion del género humano, no en la primera, cuando se regeneran las almas por el agua y el Espíritu Santo en el bautismo, sino en la segunda, cuando se regeneran los cuerpos en la resurreccion universal, entonces vosotros os sentareis sobre doce asientos para juzgar al mundo todo. Os sentareis junto al Hijo del hombre, porque así como este en forma de hombre fue juzgado, así también en forma humana vendrá á juzgar; y así como también en la forma humana y pobre le seguisteis, así cuando se sentare en el sόlio de Su Magestad haciendo ostentacion de su poder, os sentareis junto á El cuando con magestad y grandeza viniese á juzgar. En los doce Apόstoles queda significada la universalidad de todos los santos, que habiéndolo renunciado todo por Jesucristo le acompañarán, y harán la córte en el día del juicio; y en las doce tribus queda también demostrada la universalidad de todos los buenos y malos que han de ser juzgados: feliz pobreza voluntaria de los que todo lo dejan por seguirte á Tí, oh Jesus! Feliz en verdad, que tan seguros tendrá á tus escogidos en aquel día de una tan estrepitosa conflagracion de los elementos, de un tan tremendo examen de los méritos, y de una tan terrible disparidad de los juicios. En aquel día habrá no solo uno, sino muchos juicios. Habrá el juicio de la principal autoridad, en el que juzgará la Trinidad augusta. Habrá el juicio de promulgacion, en el que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, pronunciará la sentencia. Y habrá el juicio de la Divinidad accesoria; esto es, el juicio en que los Apόstoles y los demas santos, siendo como asesores del Supremo Juez, prestarán su asenso y aprobacion á la sentencia que pronuncie el Salvador; no por su autoridad, sino por el asenso, y union de voluntad que tienen á la voluntad del Redentor; sobre lo que dice el venerable Beda (1): Justa en verdad y digna retribucion, para que aquellos que todo lo dejaron, y despreciaron la gloria del mundo por el amor de Cristo, sean sus asociados en el día del juicio; y le asistan como asesores cuando se haya de juzgar el mundo y todas sus cosas para el fuego eterno: y para que ya que por el amor de Cristo, mientras vivieron en el mundo no quisieron

(1) Ven, Bed. in cap. 10. Marci.

por ninguna consideracion ni respeto separarse del El, lleguen tambien con El hasta la cumbre de la potestad de juzgar.

El segundo premio que tendrán los que todo lo dejan por seguir á Jesus, será la superabundancia del que recibirán en comparacion de la pequeña de todo lo que dejaron; porque recibirán el ciento por uno; esto es, el ciento de los consuelos espirituales, y la abundancia de virtudes, de dones, y de gracias, que tienen un valor centuplicado, ó cien mil veces mayor que todos los deleites y riquezas de la tierra que pudieron dejar. Renunciaron una casa en el mundo, y alcanzan un palacio eterno en la gloria. Dejaron un padre terreno, y adquirirán otro celestial y divino. Se apartaron de los hermanos carnales y terrenos, y tendrán por hermano á Cristo, y á todos los Angeles y Santos en el Cielo; cuyas cosas comparadas las mas con las otras, tendrán las que reciban una ventaja tanto mayor, cuanta es la de ciento por uno. Por último, conseguirán el tercer premio, que consiste en la fruicion de Dios, de su Gloria, y de la dicha bienaventuranza eterna, con lo que nada del mundo puede tener ni un solo punto de comparacion. En el mundo todo es duro y perecedero; en el Cielo todo es permanente y eterno. En el mundo está el hombre con toda la concupiscencia y pecados que le rodea; en el Cielo está Dios con toda la magestad y grandeza que le es propia, y con su belleza y hermosura, que todo lo llena de contento y gozo. En la tierra estan el pecado, las miserias y desgracias, los suspiros y lágrimas, y despues la muerte. En la Gloria no hay aflicciones ni padecimientos, ni lágrimas, ni suspiros ni muerte; sino un vivir y gozar eterno, una paz perpétua, y un bien el mas sólido y completo.

Muy oportunamente discurre San Agustin sobre estos premios (1), y dice: Porque los hombres aman vivir sobre la tierra, por esto se les promete la vida; y porque temen mucho morir, por esto se les ofrece la eterna. Parece que debia bastar para verdadero consuelo de la flaqueza humana, el que se le digese, tendrás la vida eterna. Amémosla pues, y amándola conoceremos cuanto debemos trabajar para conseguirla, viendo que los hombres amantes de la vida presente temporal y finita, cuando les sobrecoge el miedo de la muerte trabajan cuanto pueden, no para quitarla, sino para diferirla. En verdad que puede llamarse, y es verdaderamente dichosa esta pobreza voluntaria, que recibe ciento en recompensa en la vida presente, y la eterna para lo futuro.

(1) Vid. agustin. ps. 62.

A trueque de tan gran premio bien puede dejar la criatura, su casa, su padre y su madre, sus hermanos y hermanas, su mujer y sus hijos, sus campos y heredades, para practicar mas perfectamente y predicar con mas libertad el Evangelio: recibirá el cien doblado en esta vida, y despues la eterna. No tendrán comparacion los bienes espirituales con que enriquecer á su alma, con los temporales que deja, de manera que bien se consideren los dones que puede recibir en la tierra, y los gozes que debe espresar en el Cielo, el trueque siempre ha de ser sumamente ganancioso. Y hasta las persecuciones de los enemigos del Señor, que con todo eso dice Su Magestad no pueden faltar á quien le sigue, servirán solo de aumento para con el afecto de los fieles, los que con vigilancia atenderán á sus necesidades, y harán veces de padre, de madre, y de hermanos y hermanas, y despues de tan bien pagados en este mundo, por el sacrificio que hubieren hecho, concluye el Señor, tendrán en el siglo futuro una bienaventuranza eterna.

Lo que aquí dice el Salvador en breves palabras, lo confirman con larga esperiencia los gozos que sienten aun en esta vida, los que por Cristo han hecho voluntaria renuncia de sí, y de sus bienes. Y estos consuelos sobrepujan en tanto grado á los que promette la abundancia de lo temporal, que no hay en el mundo quien pueda tener tanta satisfaccion y gozo en sus deleites, cuanta es la que tiene un pobre de Cristo en tener hambre y sed, en andar desnudo, y tener frio, y padecer todas las molestias por aquel. Esta diferencia de gozos á gozos, nace de la que hay entre los bienes que se dejan por Cristo, y los que se hallan con Cristo. Deja el siervo de Jesus bienes contrahechos y falsos, y halla bienes sólidos y verdaderos: deja bienes mudables que se alteran con la fortuna, y no pasan mas allá de la vida; y halla bienes muy superiores á aquella, que con la muerte se perfeccionan ó se truecan en otros mayores: deja bienes del cuerpo, y halla bienes del alma: deja honra falsa, y halla honra verdadera: deja deleites, que ó son viciosos, ó con facilidad se vician: y halla deleites que no tienen ni pueden tener mezcla de suciedad, acompañados de gozo purísimo y duradero que penetra el corazon, le enagena de sí, y le tiene levantado sobre sí mismo, suspirando por el dia de la vida eterna.

Considera pues bien esta retribucion, y gózate; y dá gracias á Dios que pensionó el hacer un negocio tan ventajoso, que ganes aquí en la tierra el ciento por uno, y que sin embargo te proporcione despues la vida eterna. Entra con frecuencia en esta consideracion santa, en la que puedes entrar fácilmente por medio de la oracion.

Averguénzate de que haya en tí tanta estudidez y locura, que te atrevas á dejar ciento por uno, y la vida eterna por la vida temporal; y procurando hacerte semejante en todo á los Apóstoles, abandona todo lo que posees por seguir á Cristo. No te olvides que los cristianos de la primitiva Iglesia, vendian cuanto tenian para abrazar la ley del Crucificado, y ponian su oro y su plata á los pies de los mismos Apóstoles; y en esta sola accion contempla otras dos, cual mas generosa y digna. Porque los primeros fieles aborrecen el oro y la plata, lo ponen á los pies de los Apóstoles; y porque estos igualmente lo desprecian no lo reciben ni tocan con su mano: lo admiten sí, pero para repartirlo entre los pobres del Señor. Eres mayordomo de Cristo: reparte con hilaridad y alegria á los pobres, todo lo que te sobrare, y merecerás la vida eterna.

ORACION.

Benignísimo Jesus mio, concede la dicha á este miserable é indigno hijo tuyo de que por Tí, y por tu amor y por la gloria de tu santo nombre renuncie y abandone las riquezas, las delicias, las pompas y aun á sí mismo, con todas las cosas que son del mundo, de la carne, y de la sangre: para que, hecha esta solemne renuncia, se una estrechamente contigo, y tomándote por modelo, te siga constantemente en todos los actos de su vida, sacrificando su corazon y todas sus cosas en las aras de tu amor. Dáale á conocer, oh Señor, cuán duro y pesado es el yugo de los bienes terrenos, y cuán grave é inminente es el riesgo de que se pierda aquel que los mira como su única posesion. Rompe estas cadenas que me tienen apisionado para que vuele libremente á Tí y te siga; porque en Tí estan el bien y el deleite en su colmo. Vácíame de toda codicia y ambicion y lléname de Tí, que aun en esta vida has querido ser premio cumplidísimo de los que por Tí dejan lo que es infinitamente menos que Tú: para que siguiendo la santa vereda de tu ley, no sea defraudado del premio eterno que tienes prometido á los que por seguirte todo lo renuncian en la tierra. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIX del Evangelio de San Mateo, desde el versículo 23 hasta el 30. Al X de San Marcos desde el 23 hasta el 31. Y al XVIII de San Lucas desde el 25 al 30, todos inclusive.

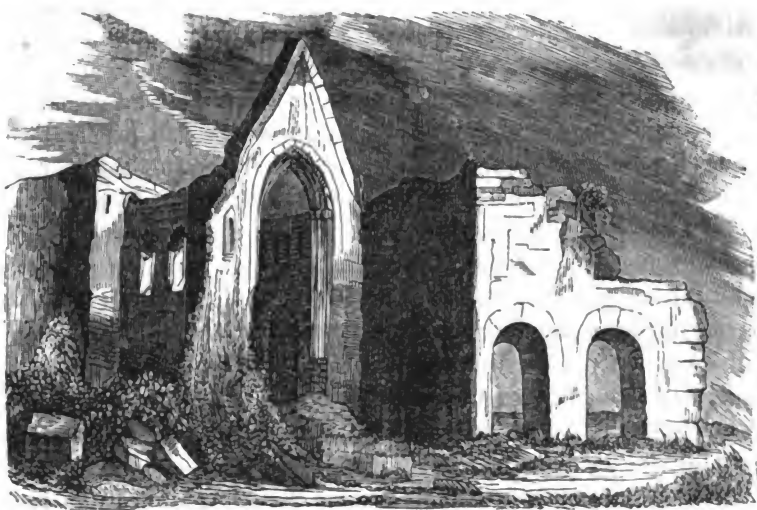
La Iglesia usa del texto de San Mateo como propio para la Misa del dia de la Conversion de San Pablo á 25 de enero, desde el versículo 27 hasta el 29, ambos inclusive: y en otras varias festividades del año, y muy particularmente en la Misa *Os justí* del comun de los Abades: dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA CONVERSION DE SAN PABLO.

San Math. cap. XIX, vs. 27 al 29.

En aquel tiempo: dijo Pedro á Jesus: Hé aqui, nosotros lo hemos abandonado todo y te hemos seguido, ¿qué premio pues nos será dado? Mas Jesus les dijo: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion cuando se sentare el Hijo del hombre en la silla de su Magestad, os sentareis vosotros tambien sobre doce sillas, juzgando á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que por mi nombre abandonare su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su esposa, ó sus hijos, ó su hacienda, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.





CAPITULO XIV.

CONDUCE EL PADRE DE FAMILIAS OBREROS A SU VIÑA, Y A TODOS PAGA IGUALMENTE: UN HOMBRE RICO PIDE CUENTAS A SU MAYORDOMO, Y EL MAL RICO ES SEPULCADO EN EL INFIERNO, MIENTRAS LÁZARO EL MENDIGO ES COLOCADO ENTRE LOS AMIGOS DE DIOS.

Insondables son los tesoros de la misericordia y de la gracia del Señor: siempre incomprensibles y adorables los designios de su providencia; en verdad que el que quiera examinarlos y sondearlos perecerá envuelto en el océano inmenso de su grandeza. Preciso es, pues, adorarlos y seguir constantemente las inspiraciones de la gracia y los llamamientos de la misericordia. Se conoce que penetraba bien el Salvador el corazón de los judíos cuando les proponía premios tan grandes como los que acabamos de ver en el capítulo anterior, para estimularles á que le siguieran y á que amasen sinceramente á aquel, que á mas de las riquezas temporales, siempre llenas de peligros para los que buscan la salvación eterna, y acompañadas de inquietudes y cuidados, substituía para el tiempo de la vida

presente una tranquilidad inalterable fundada en los cuidados de la Divina Providencia, y despues de la muerte un reino eterno en la morada de los bienaventurados. Pero el Maestro Divino con su infinita sabiduria estaba previendo que estos hombres, ciegos con el amor de las riquezas y endurecidos con su codicia, cederian á las naciones unas ventajas que no sabrian estimar, y que abrazarian los gentiles lo que ellos despreciaban, concluyó su interesantísima instruccion con esta muy triste profecia para los judios: *Muchos de los primeros serán los últimos; y los últimos serán los primeros*: esto es, muchos de los judios que han sido de los primeros llamados, serán los últimos en mi Iglesia, que es el reino de Dios sobre la tierra. Serán tan pocos que apenas podrán ser contados por algo. Por el contrario, los gentiles, que serán los últimos que se convida, vendrán en número tan grande que darán su nombre á mi reino, y la congregacion de los fieles mis discípulos, estendida por toda la tierra, se llamará Iglesia de las naciones.

A la verdad : Jesucristo habia exigido de los Apóstoles una renuncia efectiva de todas las cosas, de todos los negocios temporales, de las solicitudes del siglo, de los bienes y riquezas y aun de su misma familia y parentela, para confiarles la predicacion del Evangelio. Así convenia y era necesario: y solo de este modo podia realizarse la conversion del mundo y consolidarse el establecimiento de la Iglesia. Pero Jesucristo, infinitamente sabio y previsor, conocia bien la siniestra interpretacion que algunos de sus enemigos habian de dar á estas y otras espresiones salidas de su boca; y que habian de salir poco tiempo despues de la de sus discípulos: y para que entendiesen la predicacion que les hacia, ó por lo menos para ponerlos en estado de entenderla con estension cuando vieran el cumplimiento de ella, se la espuso con mas individualidad en una misteriosa parábola. *Semejante es*, les dijo, *el reino de los Cielos á un padre de familias que salió al amanecer á alquilar jornaleros para su viña*. Reino de los Cielos es aqui, segun lo entiende el mismo Jesucristo, la parte de la Iglesia que milita en el suelo, cuyos miembros, conociendo y adorando, temiendo y amando al verdadero Dios, se preparan para unirse con la otra, que goza de El en la patria. Dios, que es el gran padre de la familia del mundo, despues del principio de él, que fué en su creacion, fue escogiendo personas en cada una de sus edades para que cultivasen esta viña. No necesitaba manos materiales para que la labrasen y cultivasen hasta que diese fruto; bien pudiera haberlo hecho por sí mismo, pero quiso honrar á sus criaturas dándoles parte en la obra de la agena santificacion, que es mayor

que haber creado el Cielo y la tierra. Viña suya es tambien nuestra alma, plantada con su predicacion, cercada con su ley, regada con su sangre, guardada por sus Angeles, cultivada por sus Apóstoles y ministros, y confiada en fin á todas las criaturas para que trabajen en ella y no dejen que las fieras de las pasiones la talen, y le roben su hermosura y la belleza de sus frutos. Escogió los jornaleros y propuso á cada uno el premio de su jornal que habia de ser un denario; y hecho el precio y el contrato los envió á trabajar á su viña.

Pacto es de rigurosa justicia y deber sagrado del hombre contribuir con el trabajo de todo el dia á Dios su Señor y Hacedor supremo: débele las obras y afectos de toda su vida, por las que Dios le promete el Cielo en pago de todas ellas. Estableciendo Dios este concierto en su viña dió valor á nuestras obras, subiolas de punto sobre sí mismas, haciendo que valiesen por su gracia lo que por sí solas no valian. ¿Quién no se alienta á trabajar en su salvacion viendo esta escritura pública en la que se obliga Dios á pagar las obras cristianas á peso de Cielo? Fiel es el Señor y cumplirá lo pactado. El nos ha puesto en este mundo para trabajar y no para descansar; para obrar nuestra salvacion y no para acumular riquezas. Todo el trabajo de la vida, sea corta ó sea larga, no es mas que el trabajo de un dia, despues del cual recibiremos nuestra recompensa. Dios nos llama y busca para este trabajo desde por la mañana hasta por la tarde; esto es, desde el principio hasta el fin de nuestra vida. Nos llama con inspiraciones por medio de los Angeles, de predicadores y confesores, de buenos libros y de buenos ejemplos; y aun por medio de la prosperidad y de la desgracia. Sin cesar reprime nuestra pereza y el poco cuidado que ponemos en el negocio de nuestra salvacion, diciéndonos dia y noche: id á trabajar á mi viña, y yo os daré vuestro jornal.

¿Cuánto no se trabaja en una viña para hacerla fecunda? Se ata, se poda y se estorcola. Lloro la vid cuando se poda, y si tuviese sentido se lamentaria quejándose de que se le hacia mal; mas el labrador le responderia que esto era necesario para su bien, porque de otro modo no daria fruto, seria cortada y arrojada al fuego. Lloramos y nos entristecemos euando Dios nos quita los bienes, la salud, ó aquello que mas amamos, y sin razon nos quejamos de Dios: seguramente que si no obrase así con nosotros no daríamos fruto alguno. Preciso es, pues, que cada uno tome aqui la podadera y corte aquello que en su corazon encuentre superfluo; porque no hay sino un remedio y es: ó sufrir aqui el hierro ó despues el fuego: esto es lo que nos quiso significar el mismo Dios cuando en

el libro de los amores purísimos de Dios con nuestra alma nos dijo (1): *Cazadnos las raposas pequeñas que talan y destrozan nuestras viñas*. Tan grande es el cuidado que quiere que tengamos, no solo en el cultivo sino en la custodia de la viña de nuestra alma: así es que se quejó por boca de David de que se hubiese destruido su cerca, porque así estaba espuesta á que la vendimiasen todos los que pasaban por el camino, y añadió: el jabalí de la selva la ha destruido, y la fiera solitaria se cebó en ella (2).

De otro modo muy particular significa también esta viña la Iglesia santa que Jesucristo ha plantado y regado con su sangre. Los operarios son los varones apostólicos que han sido llamados para su cultivo y serán recompensados abundantemente después de su muerte si trabajasen en ella como es justo y debido; pues á esto son enviados. ¡Bienaventurados aquellos que trabajan por la salvación de las almas! Este empleo es á la verdad laborioso, se necesita sufrir el peso del día y del calor para salir bien con él. A Timoteo decía San Pablo: *Trabaja en todo y cumple con tu ministerio.... trabaja como buen soldado de Cristo*. ¡Oh! ¡cuán glorioso y ventajoso es para el hombre este trabajo! ¡Qué noble, qué santo, útil y meritorio! ¡Cuántos se afanan en trabajar noche y día en la viña del demonio, y cuán pocos cuidan de trabajar en la de Cristo! El que no da buen ejemplo y causa escándalos induciendo á otros al pecado, este tal puede decir con toda verdad que es ministro de Satanás y que trabaja en su viña, cuyos racimos están llenos de vino de áspides y de hiel de dragones, que servirán para embriagarle después en el infierno. Solo el que edifica al prójimo y le trabaja con sus discursos y buenos ejemplos, solo este puede decir con verdad que obra con Dios la salvación de otro. ¡Oh viña mía, dice el Señor, que Yo he escogido entre todos los árboles! Viña que Yo he plantado con mis manos y regado con mi sangre. ¿Por qué me has dado un fruto amargo y un vino tan áspero? ¿Acaso no te he cultivado yo bastante? Cantaré á mi amado el cántico de mi primo á su viña. Mi amado tenía una viña que había plantado en tierra fértil y abundante. La rodeó con su cerca, edificó una torre en medio de ella y construyó un lagar; esperaba que le produjese buen fruto, y ella no produjo sino un fruto silvestre. Ahora, pues, habitantes de Jerusalem y varones de Judá, sed vosotros los jueces entre Mí y la viña. ¿Qué debía Yo haber hecho y no hice?

(1) Cant. cap. 2. v. 15.

(2) Psal. 79. v. 13.

¿Tenia Yo razon de esperar me diese buena uva y no agraces? Pues ahora os mostraré lo que Yo haré con mi viña: le quitaré la cerca y quedará espuesta á los ladrones: derribaré sus muros que la defendian, y será de todos pisada. ¡Qué dirán á esto los que tan cínica, presuntuosa y escandalosamente han metido su devastadora hoz en el amenísimo viñedo de la Iglesia! De la boca del Viñador Supremo salió ya la mas espantosa sentencia: *A los malos destruirá y perderá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su tiempo* (1).

Esta viña puede entenderse tambien por la Pasion de Jesucristo, el cual fue puesto bajo la prensa de los tormentos para esprimir en ella el vino de su preciosa sangre. Es necesario trabajar en esta viña por medio de una continua meditacion de todos aquellos. Tambien esta viña puede entenderse por la Sagrada Eucaristia. Por medio de la santa comunión nos unimos al Cuerpo de Jesucristo como un sarmiento á su vid, de la que recibe su alimento, su espíritu, su jugo y su fruto. Yo soy la vid, nos dice por San Juan (2), y vosotros los sarmientos; quien, pues, está unido conmigo, y Yo con él, ese lleva mucho fruto, porque sin Mí nada podeis hacer. El que no permanece en Mí, será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá. Yo soy la verdadera vid y mi Padre el labrador: El cortará todos los sarmientos que no lleven fruto en Mí, y todos aquellos que dieren fruto los podará para que den mas: permaneced en Mí, que Yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, asi tampoco vosotros si no estuviereis en Mí. ¿Por ventura eres tú sarmiento verde? ¿Eres un sarmiento inútil? Todavía no has sido cortado de la vid; pero teme mucho porque puedes serlo.

A la hora de tercia, esto es, á las nueve de la mañana, volvió otra vez á la plaza el Padre de familias, donde encontró á muchos en pie y sin ocupacion, y les dijo: id tambien vosotros á trabajar á mi viña, que ya os daré la recompensa conveniente. Ellos se aprovecharon de tan ventajosa oferta, marcharon á la viña y se pusieron á trabajar junto á los otros. ¡Cuántos pasan la niñez y la mocedad en el ocio pésimo de sus vicios! ¿Para qué vives si no sirves á Dios? Miseria grande es que ni aun vendido á gran precio queramos dar á Dios el corazon que de balde damos al mundo. Sin embargo, para

(1) Math. 21. v. 41.

(2) Joan. c. 15. v. 5.

conocer la bondad del Padre de familias es preciso advertir, que no les echó en cara los delitos y las ignorancias en que mostraban estar bien hallados, sino que les proporeionó el premio de la virtud con que los convidaba. Piedad grande es la del Señor que sale en busca de los jornaleros aunque conoce que si no es con la paga al ojo no los puede llevar al cultivo de su viña. Dichosos los que sirven á Dios solo por agradarle; mas no desecha á los que trabajan solo estimulados por el cebo de la paga. Bueno es el interés, pues con él mueve Dios á la gente ociosa; pero de él hagamos paso para servir á Dios, sin cuidarnos del premio que tan seguro tiene la caridad. Tambien conviene notar que estos jornaleros marcharon sin réplica alguna, y aceptaron con gusto el trabajo con que se les brindaba. No opusieron resistencia á su vocacion; por esto recibieron á su tiempo el premio prometido.

A la hora de sesta y á la de nona, esto es, hácia el medio dia y á las tres de la tarde, repitió el Padre de familias esta misma operacion de salir á la plaza, y encontrando otros desocupados les mandó tambien á su viña. No se hallaron en la plaza estos jornaleros cuando salió la primera vez el Señor, pues es de creer que viéndolos entonces asimismo los hubiera mandado al trabajo. No está en mano de nadie ir al lugar dispuesto para su salvacion si Dios no le lleva. En el Señor estan los pasos del hombre; solo El los puede enderezar llevándolos por el buen camino. ¿Quién guió al cunuco al sitio donde habia de ser adoctrinado en la fé y bautizado? ¿Quién llevó á la Samaritana al pozo donde habia de hallar el agua del Cielo? ¿Quién encaminó á la otra pecadora al convite donde la estaba aguardando su canonizacion? Tan cierto es que nos habla Dios al corazon despues de habernos guiado á la soledad.

A la hora undécima, que era la última antes de ponerse el sol, vió tambien en la plaza un número de hombres ociosos y en pie, á los que dijo: ¿por qué pasais todo el dia en la ociosidad sin hacer cosa alguna? Es, respondieron, porque nadie nos da en que trabajar. A lo que replicó el Padre: id vosotros tambien á mi viña y trabajad con los que allí trabajan ya. Hora desesperada era esta al ponerse el sol, ¿quién se promete hallar en aquel dia quien le dé jornal? ¿Qué es esto sino decirnos claro que no hay en nosotros edad, ni ocasion, ni tiempo que no sea á propósito para trabajar el negocio de la eterna salud? ¿Cuántas salidas de estas hace Dios en su Iglesia buscando á los que han perdido la flor de la vida sin acordarse de El ni proveerse de buenas obras para la eternidad? En la hora en que el hombre se vea buscado de Dios, sea mozo ó viejo, en

aquella debe comenzar á servirle. Remedio tiene en la penitencia pronta y fervorosa el largo abuso de los dones de Dios y la dureza obstinada de toda la vida.

No hay duda que bien mirada la respuesta del Padre de familias encerraba una terrible reprension contra la ociosidad de los que por tenerla alegaron no haber hallado hasta entonces quien los condujese al trabajo. ¿Qué esperas oír tú del que al amanecer de tu vida te llamó á la fé y toda ella te está convidando con la penitencia? ¿Presumes justificar esa torpe ociosidad de tus vicios sin hallar cosa que la disculpe? ¿En qué piensan los que alcanzados de años viven lamentablemente sumidos en la desidia sin haber trabajado ni un solo día ni en el cuidado de su alma, ni en la Iglesia de Dios, ni en el aprovechamiento del prógimo? ¿Esperan por ventura que se les diga: id vosotros también á trabajar en mi viña antes que llegue la muerte? Condenada es la vida larga del malo por la juventud bien vivida y acabada en su flor. Terrible juicio es para los sesenta y setenta años mal y ociosamente vividos. Los días y los años que no puedes recobrar, llóralos amargamente empleando en el cultivo de la viña la hora última que te resta. Pues Dios te la da, pon mano á la azada; la flaqueza de la edad resárcela con el fervor del deseo y con la humildad. De algun descargo te servirá el deseo de volver á los primeros años para desvivir el tiempo que no diste á Dios. Reflexiona que abandonado á tí mismo, eres perdido si Dios no te busca. Cualquier trabajo que hicieres sin su vocacion, y su mision y su auxilio, será reputado por ociosidad; de nada te servirá para la vida eterna.

Adviértase bien que, aunque reprendió á los ociosos no los desechó; antes bien les convidó con igual premio, adquirido á menos costa y con menos trabajo. Es por desgracia demasiado cierto, que los viejos que pasaron ociosamente la vida, acostumbran á desmayarse, y aun á entregarse á la desesperacion cuando se ven ya con la muerte á la vista. Mas ¿quién habrá, por mas años y días que haya vivido sin hacer cosa buena, que oyendo tales nuevas de la misericordia de Dios desespere de su remedio? Fíate de Dios un solo instante que tengas de vida, empléale en acudir á El: muy poco tiempo le basta á la caridad, para resarcir lo que han destruido y dejado de ganar las pasiones. San Crisóstomo (1) observa, que en esta ocasion dice el Evangelista, que halló el Padre de familias á otros ociosos *en el foro*: y nota, que por el foro debe entenderse el

(1) Div. Crisostom. Hom. 34. Oper. imperfect.

mundo, en el que las calumnias, las injurias y las contiendas sobre diversos negocios y sobre cosas venales, son siempre dificultades que conmueven el ánimo agitándole tumultuosamente; y que en este foro las almas de los hombres se presentan tambien como venales. A este foro ó gran mercado, se presentan dos mercaderes ó compradores; estos son, Dios y el diablo. Hay algunos tan ciegos que venden su alma al demonio por un precio muy vil; pues la venden por un pequeño deleite de la presente vida, como son los lascivos y los golosos. Otros hay que la venden por los honores y gloria del mundo, cuales son los soberbios y vanidosos. Y otros hay en fin que la venden por las riquezas y bienes temporales, y estos son los ladrones y los avaros. Huyamos de todo negocio con el diablo, porque indispensablemente hemos de salir perdiendo, y vendamos nuestras almas á Jesucristo, que las compró con el precio infinito de su preciosísima sangre.

La ociosidad es la falta de las obras, que de justicia se deben á Jesucristo: así es, que los pecadores deben reputarse por muertos y no por ociosos. El que sirve al diablo, es muerto: el que no trabaja las obras de Dios, es ocioso. El que roba lo ageno, es muerto: el que no da lo suyo, es ocioso. Mientras cultivares pues las obras de misericordia y en ellas te ejercitares, podrás decir que trabajaste en la viña del Señor; y advierte bien, y nunca te se olviden las palabras que con los ociosos usó el gran Padre de familias: *¿Cómo es, les dijo, que estais aquí*, esto es, en este lugar tan peligroso, tan transitorio, tan fétido, tan lleno de abominacion y escándalos, siendo así que mejor debíerais apartaros de él? ¿No conoceis que la vida es breve, el camino es largo, vuestra virtud fortaleza débil para permanecer todo el dia en tan espuesto lugar? Ahora que teneis oportunidad de tiempo, y seguridad de la paga, y no de una paga cualquiera, sino de una paga inmensa; es un crimen imperdonable que permanezcais tanto tiempo en la ociosidad, sin cuidar de aprovechar en vuestra propia salud. Y aunque le respondieron, que nadie hasta aquella hora los habia conducido; no creyó bastante esta contestacion para eximirles de la culpa, por cuya razon les añadió: Id vosotros tambien á trabajar en la viña: creyendo con el pensamiento, confesando con la boca y practicando con las obras, todo aquello que yo os mando creer, confesar y practicar. Este trabajo es indispensablemente necesario, por lo que continúa el mismo Crisóstomo: *El que no trabaja en este siglo, esto es, en este mundo, no comerá ni descansará en el futuro, esto es, en el Cielo*. Este dia, ó este siglo, es dia y siglo de traba-

jos; el que sigue, si aqui se trabaja bien y con aprovechamiento, será dia de descanso; será, en fin, dia y siglo de gloria. Luego es claro, que en cualquier tiempo, y en cualquiera edad llama Dios á los hombres á la gracia y á la gloria; porque siempre hay algunos que oyendo la voz del Señor la obedecen, y por El mismo son premiados. Si la penitencia fuese verdadera, nunca será tardia.

No solamente premia el Señor á los que llamó al trabajo muy temprano, sino que premia tambien y remunera á los que llamó á la tarde; y asi llegada esta, dijo á su procurador: llama á los trabajadores. Tenia procurador, y no por eso se creyó libre de cuidarse de los jornaleros, queriendo hallarse presente al tiempo de la paga. ¿Qué leccion tan importante para todos aquellos que descuidan el negocio de su salvacion, encomendando á otros que recen por ellos, ó que ayunen, ó hagan otras mortificaciones? Dios es Señor de todo, y Jesucristo su único Hijo puede llamarse su procurador, porque en sus manos depositó el Padre el importantísimo negocio de llamar á los gentiles, lo mismo que á los judios y á todas las naciones del universo, al seno de la nueva viña la Iglesia Santa que habia venido á plantar; y puede creerse, sin riesgo de equivocarse, como dice San Agustin (1), que á El es, á quien dice su Padre Eterno: Llama á los obreros ante el tribunal, y dales la paga correspondiente; á saber, la paga eterna. Y adviértase, que no le dice llama á los ociosos; porque á los que llama les quiere conceder el descanso, y este no se alcanza sino despues del trabajo: quiere darles la alegria, y esta no se halla sino despues de la tristeza: quiere darles la paz, y esta no se logra sino despues de la lucha: quiere darles la corona, y esta no se consigue sino despues del triunfo; por esto no le dice, llama á los ociosos, sino á los que trabajaron; y al trabajo estan condenados todos los hombres, cualquiera que sea su condicion y estado. Los grandes y poderosos arrojan fácilmente sobre los hombros agenos, la carga que puso Dios sobre los suyos. De los oficios y dignidades, quieren la honra y el provecho, encargando á otros el trabajo y la molestia. ¿Quién podrá enumerar los males que nacen de este funesto principio? La tarde es el fin de la vida, en que á cada uno se ha de dar el premio de sus obras; y hasta entonces es preciso perseverar trabajando con fidelidad, el que quiere premio y no castigo. Este trabajo comprende no solo la guarda de los mandamientos de

(1) Div. Augustin. Serm. 59. de Verb. Div.

Dios, sino tambien la de las leyes y obligaciones particulares de la clase, profesion y estado de cada uno.

A todos llamó el Señor para darles la paga en el mismo dia del trabajo, no queriendo diferir aquella para el otro dia; porque tenia bien presente aquella sentencia terrible del Espíritu Santo (1): *El que derrama la sangre y el que defrauda al jornalero, son hermanos en sus delitos*. A todos pagó con la mayor puntualidad, empezando por los últimos y acabando por los primeros; con lo que quiso igualar á los gentiles con los judios, en el galardón de la fe á que los habia llamado. No atiende Dios al tiempo, sino al mérito. Pocos instantes de fervor bastaron para sublimar al Ladrón desde el suplicio de los crimenes á la silla de los justos. No hay pues por qué pedir á Dios vida larga, sino caridad forvorosa. Los que habian ido hácia la hora undécima, se presentaron y recibieron cada uno un denario, y de esta suerte se llegó hasta los que habian sido enviados al trabajo en la hora primera del dia. Imaginaban estos, que habiéndose fatigado mas y hecho mas hacienda, recibirian tambien mucho mayor salario; con esta confianza se acercaron, mas no recibieron sino un solo denario como los demas, y al tomarle murmuraban contra el Padre de familias. De poco sirve vencer la codicia, domar la carne, y egercitarnos largos años en la penitencia, si de estas virtudes hacemos alimento de la soberbia, teniéndonos por mejores que los demas y por mas dignos de recompensa. En los primeros, premió el Señor la humildad, por la que se creian inferiores á los demas, y en estos castigó la soberbia, por la que se creian mayores. La humildad iguala á los menores con los mayores en el galardón, y casi siempre es causa de que el Señor lo anticipe. Todos somos siervos de Dios, suya es nuestra salud y vida, suyo el ingenio y el tiempo que nos concede, suyos somos siempre y en todo; pues todo lo hemos recibido de El, volviéndoselo nada hacemos de mas; aun asi debemos tenernos por gente inútil. ¿Con qué derecho nos atrevemos á quejarnos de Dios porque nos dé menos gracias que á otros? Y cuando nos las da mayores, ¿con qué facultad pretendemos que nos da lo que nos corresponde?

Esto seria propiamente hablando gloriarse la criatura en sus obras, y no tener por dones de Dios los buenos pensamientos, deseos y obras que le hacen digno del Cielo. ¿Cómo seria posible que murmurases contra Dios si conocieras que nada eres en su presen-

(1) Eccli. cap. 34. v. 27.

cia, y que los premios que esperas son únicamente dones de la bondad liberalísima del Señor? Dáse el dinero primero á los últimos, continúa San Agustín, aunque es cierto que se da sucesiva y juntamente á todos. Aquellos empero que le reciben despues del trabajo de una ó de pocas horas, le reciben primero que aquellos que trabajaron muchas y despues lo recibieron. Y San Crisóstomo añade (1): Justicia fue el dar á todos; pero el dar primero á los últimos no fue contrario á la justicia, sino demostracion de la misericordia, puesto que á los demas se les dió igualmente, y la misericordia del Señor no tiene otro órden para su distribucion sino su propia voluntad, que siempre mira antes al corazon del que obra para conocer el mérito, que el tiempo que se empleó en obrar. De aqui nace, que los que desconocen este método de la Providencia se quejan injustamente de Dios cuando envidian la preferencia con que su gracia trata á los humildes. Con la misma injusticia murmuran contra el Señor y acusan su justicia, con lo que se cierran ellos mismos la puerta de la clemencia, y en vez de dones no reciben despues sino castigos. Murmuraban los descontentos contra el Padre de familias, y decian: estos últimos solo han trabajado una hora, y les has igualado con nosotros que hemos llevado el peso del día y del calor. Aborrece Dios sumamente estas comparaciones, con que el hombre acostumbra atrevido á tomarle alguna vez residencia acerca de la distribucion de sus gracias, sin advertir que el premio no corresponde á las buenas obras consideradas en sí sin la gracia en donde proceden; la cual si es mayor, aun con menos trabajo tiene mayor premio; porque lo que Dios atiende y premia es la fidelidad, la humildad, la perseverancia, la pureza de intencion y las demas virtudes que coronan las obras que se hacen. Aquellos obreros no representaban su trabajo para ensalzar la gracia y la misericordia, sino para acrecentar el premio. Desgraciados son todos aquellos que se quejan como aquellos desventurados obreros; por esto, aunque San Pablo dijo: *Que habia trabajado mas que los otros*, no se le olvidó advertir antes y despues, *que lo que era, y lo que hacia, lo debia á la gracia* (2). La gracia de Dios es la que nos distingue; la humildad empero, es la que conserva sus dones.

No perdió el Padre de familias su natural templanza á pesar de la injusta murmuracion del obrero; y así es que le dijo: *Amigo, no*

(1) Div. Crisostom. Hom. 34. ibi.

(2) Div. Paul. Ep. 1.^a ad corinth. c. 5. v. 10.

te he hecho injusticia alguna ni agravio. ¿No convenisteis conmigo en un denario por vuestro jornal? Tomad lo que se os debe y marchad en paz. Por lo que á Mi toca, Yo quiero dar al último de los trabajadores lo mismo que á tí. ¿Por ventura no me es permitido hacer lo que quiera? ¿Habeis de mirar las cosas mal porque Yo soy bueno, ó no podré ser Yo liberal sin que vosotros seais envidiosos? No hay duda que es enérgica, severa y vehemente esta reprension, aunque sea tan mansa y moderada; ella es por su energia la que únicamente merece la soberbia humana, aspirando orgullosa á la indagacion de los juicios de Dios, y atreviéndose á condenar de injusticia lo que no comprende. Donde no hay deuda y todo se da de gracia no puede haber injuria. ¿Cómo te quejas, pues, de la providencia de Dios? ¿Por qué dices á aquel da Dios tantos bienes y á mí nada? ¿Aquel está sano y yo enfermo? ¿Quién eres tú para altercar con Dios? Humíllate ante El, adora sus juicios, y el tiempo que gastas en quejarte de su piedad empléalo en implorar su misericordia. Dále gracias porque cumplió en tí sin ningun mérito tuyo todas sus promesas. Pudo no llamarte y te llamó; y al llamamiento añadió el pacto del premio y te lo dió con la mayor fidelidad. Conténtate, pues, con lo que el Señor te da, y nunca despliegues tus labios para quejarte y murmurar sino para agradecer, alabar y cantar eternamente las misericordias que el Señor usó contigo. Si recibiste mas, no desprecies á tu hermano, y si menos, no desesperes; pues indicio es de que tiene dañado el corazon el que convierte la bondad de Dios en estímulo de la envidia, escandalizándose del bien que hace á los pecadores.

De esta manera concluyó el Salvador: *Sucedrá que los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos; porque muchos son los llamados y pocos son los escogidos. ¿Quién oye esto y tiene ánimo para preferirse á nadie por pequeño y despreciable que sea? Temámos y humillémonos siempre: nadie se fie de sí aunque lleve cien años de penitencia. Mas nadie desconfie de Dios aunque no haya hecho cosa buena en toda su vida. Nada presumas aunque tengas la fé de Pedro, ni te arrojes como Judas en el caos de la desesperacion, aunque seas traidor como él. El que hoy está lejos de Dios, tal vez mañana recibirá de El una gracia extraordinaria, y luego gloria proporcionada á ella. Y el que ahora es muy santo, tal vez mañana enflaquecerá y caerá desgraciadamente en alguna culpa.*

Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. El diluvio inunda la tierra, y solo se encuentran en ella ocho personas que se salven. Seiscientos mil soldados salieron de Egipto, y solos dos entraron en la tierra de promision. Se siembra todo un campo, y solo rin-

de fruto una cuarta parte y tal vez menos del grano que en él se ar-
roja. Solo dos puertas hay para entrar en la eternidad, una grande
y otra pequeña; por la grande se entra en la eternidad infeliz, por
la pequeña en la eternidad dichosa. Y solo dos caminos hay para ir
al otro mundo, uno ancho y otro estrecho; el ancho conduce al in-
fierno, el estrecho al paraíso; aquel es mas trillado que este, por
esto aunque son muchos los llamados son pocos los escogidos; por-
que son mas los que prefieren andar el camino mas ancho y sem-
brado de rosas, que el mas estrecho y sembrado de espinas. Para
ser de los escogidos es indispensable andar por el camino estrecho,
es forzoso pisar las espinas; esto es, mortificar los sentidos, reprim-
ir las pasiones, hacer una continua violencia á nuestra naturale-
za, oprimiéndola, por decirlo así, y privándola, no solo de los de-
leites ilícitos, sino tambien de muchos que le son permitidos; qui-
tarle lo superfluo, dejándole solo lo necesario; y haciéndole en fin
observar todos los mandamientos, y tambien alguna vez los conse-
jos, por costosos y difíciles que sean. ¿Cuántas ocasiones tiene la
criatura de temer, y en cuán gran peligro se halla siempre de su
salvacion? Por qué fatalidad no se preguntará á sí misma: ¿me ha-
llo en el camino ancho ó en el menos trillado y estrecho? ¿Vivo co-
mo los mundanos una vida cómoda y deleitable ó hago penitencia
y mortifico mi carne? Bueno seria que llamándose á conferenciar
con su propia alma se repitiese siempre á sí misma: *muchos son los
llamados y pocos los escogidos*: si quiero ser del número de estos, pre-
ciso es caminar por la senda estrecha de la penitencia que conduce
á la salvacion eterna, y huir de la espaciosa y ancha que guia á la
perdicion. Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puer-
ta y espacioso el camino que conduce á la perdicion, dijo el mismo
Jesucristo por San Mateo (1), y muchos son los que entran por él.
¿Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la
vida, y pocos son los que atinan con él! Y por San Lucas (2) tambien
dijo á los que le seguian: *Porfiad á entrar por la puerta angosta*. Da-
vid, para quien no estaban escondidos estos caminos, y á quien tam-
poco se ocultaban los de la misericordia y bondad de Dios, le decia
con frecuencia (3): *Muéstrame, Señor, tus caminos, y enséñame tus
sendas*. Y en otra parte le repetia (4): *Mira si hay en mí algun ca-*

(1) Math. c. 7. v. 13.

(2) Lucæ. c. 13. v. 24.

(3) Ps. 24. v. 4.

(4) Ps. 138. v. 24.

mino de iniquidad, esto es, si yo ando por algun camino malo, y guíame Tú por el que conduce á la vida eterna, desviándome de aquel que conduce á la perdicion. Esto mismo conoció perfectamente el sabio, y para enseñar á los hombres escribió en el libro de los proverbios (1): Hay un camino que al hombre le parece recto y seguro, pero su fin conduce á la muerte.

Dios quiere que todos los hombres se salven; ilumina con su luz á todos los que vienen al mundo; á nadie niega su gracia; entregó su Hijo á la muerte por la salvacion de todos los pecadores. Nunca abandona al hombre si este no se abandona á sí mismo. ¿De dónde nace, pues, que son tan pocos los que se salvan? Nace de la corrupcion de la naturaleza y de la fuerte inclinacion al mal. Nace de la poca violencia que el hombre se hace para vivir segun las máximas de Jesucristo tan opuestas á las del mundo. Nace de no pensar en Dios ni oir su divina palabra. Y nace por fin del desprecio que mientras vivimos hacemos de Dios, sin querer tener en cuenta que Dios desprecia en la muerte á los que á El despreciaron en la vida. Rara vez deja el demonio en la muerte aquella presa que ha tenido en su poder durante toda la vida. Todos llevan al sepulcro los vicios de sus primeros años; ellos penetran hasta la médula de sus huesos y con ellos duermen en las cenizas del sepulcro; así lo dejó escrito el esclarecido varon de Hús (2). ¿Qué extraño es, siendo esto así, que tantos se condenen y tan pocos se salven? Ni tampoco lo es que por boca de Oseas dijera Dios al ingrato Israel (3). Si te pierdes, oh Israel, será por culpa tuya, si te salvas será por gracia y misericordia mia; en Mí está tu socorro, y este jamás á nadie ha faltado.

Por último, es preciso advertir tambien que el pecado detestable de la envidia se dejó ver con toda claridad en los trabajadores que murmuraron del Padre de familias porque dió tanto á los últimos como á los primeros. Si los hombres conociesen bien lo abominable y feroz de esta pasion, que con tanta frecuencia les domina, seguramente que la huirian con todas sus fuerzas. Es la envidia una pasion negra y diabólica que hace su infierno del paraíso de los bienaventurados, y su paraíso del infierno de los condenados. Es una pasion estravagante que busca siempre la luz y no la puede sufrir; que mira siempre la virtud y no puede soportar su esplendor.

(1) Prover. cap. 14. v. 12.

(2) Job. cap. 2. v. 11.

(3) Osseæ. c. 13. v. 9.

Es una pasión injusta é irracional que aborrece al hombre porque es bueno, y le acrimina porque es feliz é inocente: que quisiera enturbiar la fuente de toda bondad y romper la unión que mantiene el comercio entre la naturaleza, la gracia y la gloria. Es una pasión temeraria que se atreve á censurar la Providencia Divina y quisiera quitarle el gobierno del mundo porque honra y favorece la virtud. Es una pasión infernal cuya pena de daño es la felicidad de los otros, de la que el envidioso se ve privado, y la pena de sentido es el fuego que la abrasa y el gusano que la roe. Es una pasión maligna que combate contra el Espíritu Santo, ofendiéndose porque hace bien á los hombres, y derramando su veneno sobre todas las gracias que los hacen dignos de ser amados, las denigra y desprecia. Es, finalmente, una pasión desesperada y un mal que no admite cura, porque detiene el manantial de las gracias de que están privados los envidiosos, y no halla su remedio sino en la ruina de la inocencia.

Muy fácil es de conocer en qué grado se hallaba la envidia de los jornaleros que murmuraban contra el Padre de familias, porque este pecado tiene como otros su mayor ó menor gravedad, segun el mayor ó menor mal que se desea al prógimo, ó segun el mayor ó menor bien de que se quisiera verle privado. Aflijáanse de la prosperidad de su prógimo, y se hubieran alegrado de que ni aun la cuarta parte de un denario se les hubiese dado. Este parece ser el primer grado de la envidia. Sentir pena por los bienes espirituales que el prógimo recibe de Dios, es el segundo. Y disgustarse de los que del mismo Dios recibe en el orden de los bienes sobrenaturales, como son los de la gracia, de la virtud, de la perfeccion, y de la santidad, este es el tercer grado. El envidioso tiene en todos estos grados el pecado de Satanás y deberá sufrir por consiguiente el mismo suplicio que él. Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, dice el Sabio (1): por consiguiente no debe causarnos admiracion de que cuando reina tanto la envidia, se hagan los hombres mutuamente una guerra tan mortal y desastrosa, que sea preferible, ó enterrarse para siempre en la soledad huyendo con precipitacion del mundo, evitando la comunicacion y el roce con todas las criaturas; ó desear morir en verdad en el ósculo y paz de Dios á trueque de no presenciar tantos males y desgracias como continuamente en el mundo suceden á causa de la envidia.

La conclusion de esta parábola misteriosa del Señor nos sumi-

(1) Sap. 2. v. 24.

nistra como su propio exordio su mas clara inteligencia: en toda ella no vemos sino una larga comparacion entre los judios y los gentiles. Aquellos que fueron los primeros llamados á la Iglesia de Jesucristo, se han escludido de ella por su envidia contra las naciones: y los gentiles, que llamados los últimos han tomado el lugar de los judios y les han precedido en el reino de Dios, del cual son ellos la mas noble y mas numerosa porcion; y si volvemos á examinar por partes toda la parábola esplicada, reconoceremos cada vez mas, y no encierra ni una sola palabra que no entre necesariamente en su economia, para formar un todo completo. Y por último, se nos descubren con toda claridad las atroces murmuraciones de los judios contra los gentiles, ó por mejor decir, contra Dios, cuando vieron que ya no se hacia por el Salvador aquella distincion grande y sobremanera honrosa, que por tantos siglos hizo á los hijos de Abraham la porcion amada de la herencia del Señor, y singularmente su pueblo. Ellos miraban al reinado del Mesias como el premio que se les debia por la observancia de la ley, prometiéndose por lo mismo el restablecimiento de su antigua superioridad. Asi es que no podian sufrir que se recibiesen en la Iglesia del que se llamaba Cristo las naciones, sin sujetarlas á las leyes del judaismo; esto es, á la circuncision, y á sus obligaciones; á la necesidad de ofrecer sus sacrificios en el templo antiguo, y á la obligacion de reconocer á Jerusalem como silla del reinado de Israel, y centro del culto público. Nadie ignora por las tradiciones apostólicas, y mas por el que fue Apósol de las gentes, que este fue para los judios el escándalo grande, y que esta igualdad, junta con la abolicion de la ley, fue el obstáculo mas invencible que encontraron siempre para la conversion de los hijos de Jacob. Las disputas grandes de San Pablo con los celadores de la Sinagoga giraban muy particularmente sobre esta vocacion gratuita y general de todos los hombres al Evangelio y á la Iglesia de Cristo, sin distincion de judio, griego, seista, ó hebreo, de circuncidado, ó circunciso.

Público es tambien y notorio, que San Pablo no solo respondió, sino que pulverizó constantemente estas quejas injustas y murmuraciones de los hebreos; demostrándoles hasta la evidencia, que Dios no les hacia injusticia: que no les habia prometido conservar la ley, que solo era preparacion para el Evangelio: que Su Magestad los habia distinguido confiándoles el depósito de sus oráculos, haciendo que naciese el Mesias de su nacion, y empezando por ellos si lo querian, el establecimiento de su nuevo culto. Vosotros, les decia, no lo habeis merecido. Dios quiere hacer entrar en su Iglesia á los estran-

geros, que no lo merecen como vosotros. Quiere dar á los gentiles que creyeren como los fieles de entre los judios la cualidad de hijos suyos herederos de su reino, coherederos con su Hijo Jesucristo. Nada se os quita, les añadia, sino es una ley, que no justifica. A los otros se dá gratuitamente lo mismo que á vosotros. ¿Qué razon teneis, pues, de murmurar, y de qué teneis atrevimiento de quejaros?

A pesar de tan claras esplicaciones, San Pablo y los demas Apóstoles, ganaron poco sobre los ánimos heridos de los israelitas. La Judea se resistió siempre, y Jerusalem en particular se señaló con sus escesos. De aquí proviene que los judios miraron constantemente el Evangelio como el escollo de su gloria, y se apartaron de él; y los gentiles, por el contrario, lo miraron como término dichoso de su ceguedad, por lo que han sido recibidos en crecido número en el reino de Dios; no porque los judios no habian sido llamados los primeros, y en número grande, sino porque pocos de ellos correspondieron á la vocacion, y quisieron tener parte en la sociedad de los discípulos del Mesias. Este fue, pues, el pecado de los judios; y por él dijo Jesucristo, que los primeros llamados serian los últimos, y los últimos vendrian á ser los primeros. No es esta la única prediccion en que Jesucristo anuncia á los judios incrédulos su dureza y sus desdichas. Siempre continuó Su Magestad en procurar que las temiesen, hablándoles bajo diferentes figuras que aseguran mas y mas el sentido que se acaba de esplicar; y que unas y otras se sirven mutuamente para la mayor claridad: pues tanto esta como las otras parábolas que siguen, todas indican, que cuanto mas se acercaba el fin del Salvador, mas redoblaba los avisos y amenazas, para traer al redil las ovejas descarriadas de la casa de Israel; de cuyo penoso cuidado se habia encargado El personalmente: y así conociendo con su infinita sabiduria que habia llegado la hora duodécima y última del dia, no quiso perder ni un solo momento en procurar la salud de un pueblo indócil, que de todo sacaba utilidad y provecho para procurar el suplicio mas afrentoso á su Dios y Redentor.

Seguido estaba el Señor de sus Apóstoles y discípulos, y de una tropa bastante numerosa del pueblo, á la que se habian agregado muchos fariseos, gente avara, dura é interesada, y como todo su conato se dirigia á inspirar la humildad, la mansedumbre y la pobreza á los que le seguian, y habian de ser como el plantel y semilla de su nuevo pueblo, propuso seguidamente dos insignes parábolas sobre el uso de las riquezas. En la una quiso enseñarles el empleo que debe hacerse de los bienes, repartiéndolos en limosnas abundantes, princi-

palmente cuando en adquirirlas ó en poseerlas puede haber alguna sospecha de injusticia, y es conocido su propio dueño. En la otra anuncia con un modo no menos fuerte que sensible, el castigo severo, que se reservaba en la eternidad, para los ricos sin compasion: pero como los fariseos se daban luego por ofendidos, y la codicia es un mal cuyas raices con dificultad se arrancan, y fácilmente brotan hasta en los estados y condiciones mas santas; para evitar la esquivez, é ingratitud de aquellos, dirigióse el Señor á sus discípulos, y les dijo: *Un hombre rico tenia un mayordomo, encargado de la administracion de los bienes que tenia en el campo, y este fue acusado á él como dissipador de aquellos, y que se regalaba con ellos á espensas de su señor. Teniendo esta noticia lo mandó llamar y le dijo: ¿qué es esto que me cuentan y oigo decir de tí? Dame cuenta de tu mayordomia, pues estoy resuelto á no emplearte mas en el cuidado y administracion de mi hacienda.*

Mayordomos somos de Dios todos los hombres. Bienes del Señor son el ingenio, la salud, la vida, la riqueza y los demas dones. Depositados estan en nuestras manos para que usemos de ellos, no segun nuestro antojo y capricho, sino conforme á su voluntad, y á sus leyes; quedándose señor de todo y con derecho para quitárnoslo, ó pedirnos cuenta de ello, cuándo, y cómo quisiere. Todo nos lo ha dado Jesucristo Dios y Señor nuestro, repartidor único, supremo y absoluto, para que nos sirvamos bien de sus dones; esto es, para que le alabemos, le glorifiquemos, le amemos, y hagamos que le amen; para que asistamos á nuestro prógimo en sus necesidades corporales y espirituales, haciéndole participante de nuestros bienes y de nuestras comodidades.

En esta distribucion que Dios hace de sus dones, y en la que nosotros debemos hacer de los que recibimos, se ve clara la pobreza extrema y universal, hasta de los mas ricos, necesitados de todo y dependientes siempre de Dios, cuyo es el dominio de los bienes que poseen, y el derecho de prescribirles su uso. ¿Quién se atreverá á malgastar el dinero ageno, sabiendo que se le ha de pedir cuenta de él al fin del mes ó del año? ¡Oh, cuán pocos usarian mal del caudal, del tiempo y de los demas dones naturales, si considerasen que estos son bienes de otro Señor, á cuya voluntad está sujeta la distribucion que deben hacer de ellos sus mayordomos! Mucho se pedirá á quien mucho habrá recibido; y si del Señor hemos recibido cuanto poseemos, bien debemos creer que todo se nos pedirá. Cuentas estrechas tenemos que dar del empleo de las potencias de nuestra alma y de los sentidos de nuestro cuerpo: cuentas estrechísimas hemos de dar

de los bienes de fortuna, de los de naturaleza, y de los de gracia, de nuestro crédito y autoridad; y las hemos de dar á aquel que es el único Señor de ellos y de nosotros, el que residenciándonos y pesándonos en la balanza de su justicia, observará con rigidez si los hemos distribuido conforme á su voluntad; ¿qué responderá entonces la iniquidad á la santidad ofendida? Ahora damos oídos á la vanidad; día vendrá en que hable la verdad y nos diga: ¿qué es esto que veo en tí? Lo que te dí para socorro de ~~tu~~ necesidad lo has convertido en fomento de tus deleites: los bienes sobrantes que por tu mano envié á los pobres los detuviste con avaricia. ¿Qué has hecho de la salud, del ingenio, del poder y de la autoridad? ¿Y qué has hecho en fin, de la enfermedad, de la pobreza, de la persecucion y de los otros trabajos con que procuré hacerte rico en virtud? De todo esto te hice mayordomo y tú te alzaste con ello; dame ahora cuenta de este caudal y de la ganancia ó pérdida que has tenido. Esta rendicion de cuentas será universal, justa y exacta, y así nada se ocultará al conocimiento de Dios. Será indispensable darle cuenta hasta de las palabras, pensamientos y deseos. ¡Qué rigor!

Bien pronto conoció el mayordomo la desgracia que le amenazaba, y tratando de mirar por sus intereses díjose á sí mismo: ¿qué haré, que mi Señor me quita la mayordomía? Apretado es el lance y urgentísima mi necesidad. Yo ya no tengo fuerzas para trabajar, y me costará mucha vergüenza hacerme mendigo. Ya sé lo que haré, y á lo que conviene resolverme para que apartado de mi empleo no me falten personas dispuestas á recibirme en sus casas. ¿Qué es el dissipador de los bienes de Dios, sino un pobre soberbio que no tiene de suyo mas recurso que la desesperacion y la muerte? Hállase flaco para lo bueno, no ve en sí atractivo ni facilidad para orar, ni resolucion y deseo de abrazar la penitencia: sin embargo, pocos ó ningunos son los que se dicen á sí mismos: ¿qué he hecho yo? ¿Qué haré cuando me sea preciso comparecer delante de Dios? ¿Estan bien arregladas mis cuentas? ¿Estan bien dispuestos mis intereses? ¿Hállome por ventura en disposicion de presentarme ante el tribunal de la Divina justicia? Y si no lo estoy, ¿por qué no debo prepararme y ajustar ahora cuentas conmigo mismo para darlas despues á Dios? La vida presente tiene el ejercicio de los mandamientos, dice San Crisóstomo; la futura tendrá el consuelo de haberlos practicado. Si nada obraste aquí, en vano esperas premio ni recompensa para lo futuro: por esto dijo el mayordomo, sé lo que haré: minoraré y perdonaré las deudas á los deudores de mi Señor, y les repartiré de sus propias riquezas; para que cuando yo sea arrojado de mi empleo

me reciban en sus casas. Asi como no podemos imitar la prodigalidad de este mayordomo, asi tampoco podemos seguir ni aprobar el dolo conque minoró las deudas á los acreedores de su Señor.

¿Cuánto debes tú á mi amo, preguntó al primero? Cien medidas de aceite, respondió el deudor. Pues toma, prosiguió el mayordomo: ve ahí tu obligacion, rásgala luego, asíéntate y escribe de tu mano otro vale que no contenga sino cincuenta medidas, y las otras serán para tí. Un segundo deudor sucedió á este primero, y debiendo al amo cien fanegas de trigo, rasgó su obligacion y solo le impuso el deber de pagar ochenta. Mas este apuro en que se vió por su culpa el mayordomo, debe servirnos de escarmiento para tomar con tiempo las medidas oportunas y precavernos de la ira para el dia de la última residencia, porque vendrá y nadie sabe cuando. Vendrá la noche, dice San Juan, cuando nadie pueda obrar (1). Temiendo esto mismo decia David: dime, Señor, el corto número de mis dias, y no me llames á residencia en la mitad de ellos (2). De toda esta doctrina formó San Pablo como un epilogo ó compendio, y lo reasumió en algunas de sus cartas. Escribiendo á los de Corinto les decia (3): es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba segun lo que ha hecho, ó bueno ó malo. Y á Timoteo le añadía: los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que anegan á los hombres en muerte y en perdicion. A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso; que hagan bien y que se hagan ricos en buenas obras (4).

Informado el amo de la conducta de su mayordomo, no pudo dejar de alabar la industria de un hombre, que con una maña mas prudente que justa se preparaba el remedio para el tiempo en que la administracion se le quitase. No aprobó el mal, sino la industria con que procuró su seguridad. Asi no nos propone por modelo su deslealtad sino su prudencia, en la cual añade que se aventajan para sus negocios los hijos del siglo, esto es, los hombres ocupados en los intereses de la vida presente; y se aplican mas y son mas diestros en conservarlos que los hijos de la luz para los intereses

(1) Joann. c. 9. v. 4.

(2) Ps. 101. v. 24.

(3) Div. Paul. Ep. 2.^a ad corinth. c. 5. v. 10.

(4) Id. Ep. 1.^a ad Thimoth. c. 6. vs. 9. et 17.

del Cielo; en donde no ignoran que durante esta vida deben prepararse una morada para toda la eternidad. Mas se esfuerzan y desvelan un avaro, un ambicioso ó un voluptuoso para llegar á los fines vilísimos de su pasión, que cualquiera cristiano para salvarse. De todo se aprovecha el malvado, todo lo allana, todo lo atropella, y no repara en medios injustos ni en proyectos temerarios. El capricho ó el desenfreno hace útil lo inútil, fuerte lo flaco, y convierte á todo el hombre en instrumento de su propia ruina. ¿Qué hay semejante á esto en los tibios que sirven á Dios? La luz les falta, la penitencia los cansa, la continuacion los fastidia, la voluntad enflaquece; por donde viene á suceder que los hijos de la luz, andando el tiempo, vienen á ser hijos de tinieblas y de enojo por su propia tibieza, pagando en la muerte el abuso de la fé que hicieron en su vida.

Yo soy el que os lo digo, concluye el Señor: imitad estos últimos rasgos de prudencia del mayordomo, si os le habeis parecido en sus primeras injusticias; y si acaso en la administracion de los caudales públicos, profesion tan peligrosa como lucrativa y buscada, ó en el comercio, en que la ganancia que se espera es muy comun que se adelante con el fraude, os hubiereis enriquecido á espensas de vuestros hermanos, sin saber quiénes son los perjudicados, como suele suceder entre vosotros los publicanos y negociantes: despojaos de esas riquezas de iniquidad: haced que pasen á las manos de los pobres, para que cuando seais llamados al juicio de Dios, los santos que hubiereis alimentado y aliviado sobre la tierra os reciban en los tabernáculos eternos, donde ellos hubieren tomado asiento antes que vosotros. Pero aun es preciso advertir bien para la perfecta inteligencia de esta doctrina, y para cerrar la boca á la maledicencia criminal de los injustos detractores del Evangelio, lo que inmediatamente despues les añadió Jesus:

El que es fiel en las cosas pequeñas y de poca monta, tambien lo será en las mayores: y el que es infiel é injusto en lo poco, lo será igualmente en lo mucho. Pues si en las falsas riquezas no habeis sido fieles, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si en lo ageno, en lo que no es vuestro fuisteis infieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? Causa espanto el ver la serenidad con que los hombres del mundo viven en medio de las turbulencias de la vida, que asi como las olas del proceloso mar baten la navicilla de la vida humana, y de las incomodidades, fatigas y trabajos á que se esponen y sufren los mortales para enriquecerse. Todo les parece poco, suave y llevadero á trueque de aumentar sus tesoros, caudales y fortuna sin

perdonar ningun medio ni recurso, sin omitir la vil adulacion, la falsedad y el artificio, y sacrificando las mas de las veces la justicia, la virtud y la verdad, al soborno, á la injusticia y á la perfidia, para atesorar como este mayordomo, ó asegurar al menos su subsistencia y fortuna por medios opuestos á todas las leyes divinas y humanas. De aqui es, que viendo los implacables enemigos del Evangelio que Jesucristo dijo á las turbas que se grangeasen amigos, atrayéndoles con beneficios, ganándolos con limosnas hechas de los bienes inícuos, para que despues de su fallecimiento fuesen recibidos en los tabernáculos eternos; se han escandalizado de esta máxima, á su parecer tan opuesta á la razon, á la equidad y á todo derecho. Pero estos presumidos sabios se han equivocado en la inteligencia de aquella máxima del Salvador, interpretáronla siniertramente, y aun tuvieron la debilidad de presentarla al público con la mayor inexactitud, y muy contraria al sentido de su original. Haced limosna, dice el Señor, no de las riquezas y bienes injustamente adquiridos, sino de *la riqueza de la iniquidad*: con cuya espresion significó claramente las riquezas vanas, aunque por otra parte legítimas y habidas con derecho: los bienes falsos, perecederos y temporales, los cuales se representan comunmente en la Escritura Santa, como opuestos á los celestiales y á las verdaderas y eternas riquezas: esta es la energia de las espresiones que en esta ocasion dirigia Jesucristo á los fariseos: habiendo vosotros abusado indignamente de las riquezas terrenas y empleádolas tan mal, ¿cómo esperais que os confie Dios los bienes espirituales? ¿Si habeis convertido en fomento de vuestra avaricia y de todos los vicios estas riquezas falsas y caducas, ¿os otorgará el Señor el conocimiento de las cosas celestiales, la doctrina evangélica, los misterios y dogmas de la religion, la vocacion al cristianismo y la predestinacion á la Gloria, que son las verdaderas riquezas y bienes infinitamente mas preciosos que todos los del mundo?

He aquí el sentido verdadero y literal de aquella sentencia de Jesucristo, acomodada en todo al carácter y genio de la lengua santa. *Riqueza de la iniquidad*, es una alocucion hecha comun á los idiomas orientales, al caldeo, siriaco y árabe, *mammona*, segun leian los sirios; y *matmon* en hebreo, está tomada de la raiz, *ocultad*, *esconded*, y tiene en aquellas lenguas una significación tan estendida, como *tesoro*: y se toma por el oro, plata, y otros metales: por los frutos de la tierra, heredades, bienes muebles y raices, y en fin por todo lo que se comprende en la voz riqueza ó bienes. Esta palabra *mammona* representa indistintamente la idea de injusticia y de ini-

quidad, de falsedad, de vanidad ó apariencia, y así se usa en muchos pasages del Antiguo Testamento y del Nuevo; para denotar riquezas vanas, frágiles y caducas. También las riquezas terrenas justa y legítimamente adquiridas, se designan en el Evangelio con el dictado de riquezas inicuas, porque comunmente inducen á pesar, y hacen á sus poseedores insensibles, soberbios, avaros, afeminados, negligentes y descuidados en el importante negocio de su salvacion: de todo lo que resulta que los filósofos mundanos carecen de noticias exactas para la clara inteligencia, explicacion, y aplicacion de las máximas y palabras del Evangelio con los principios de la sana y santa moral. Resulta también, que toda la doctrina de este pasage, gira sobre la máxima de la generosidad y beneficencia recíproca de los hombres; sobre el gran precepto afirmativo del amor fraternal, y el negativo de no desear, ni hacer mal á nadie; ni en su honor, ni en su persona, ni en sus bienes y propiedades. Nadie puede ignorar cuán sagrado es segun el legislador de los judios el derecho de propiedad, y el rigor con que se procedia contra los que robaban á sus hermanos, ó los defraudaban en sus bienes; injusticia que solo se reparaba entonces, como ahora, por la restitution, ó la completa indemnizacion. En otro lugar tendremos ocasion de ver lo que esta prescribia.

Con estas doctrinas tan justas, equitativas y santas, parece que Jesucristo queria decir á sus discípulos, á las turbas que le seguian, y mas particularmente á los escribas y fariseos: Yo os hablo de la justicia que debeis observar en adquirir los bienes de la tierra, del desapego que conviene conservar en el uso de ellos, de la necesidad de desprenderse de los mal adquiridos, y de la obligacion de repartirlos á los pobres, si no se pueden entregar á aquellos á quienes pertenecen. Esta no es nueva ley: vosotros desprecias la antigua, y Yo la establezco de nuevo: y añade, que de los bienes, que legítimamente os debieren pertenecer, estais obligados á dar parte á los que tienen necesidad; y cualquiera que se dispensase de este precepto será eternamente condenado. Direis acaso, que tambien en esto soy contrario á Moisés y á los Profetas? Pues qué la Ley toda entera no habia prometido de parte de Dios los bienes temporales con la condicion de ser desde luego equitativos con vuestros hermanos, y mas caritativos para con los pobres? Escuchad sobre esto la parábola que os voy á proponer: ella encierra lo que conviene creer y practicar bajo el Evangelio, y no hallareis que en cosa alguna se aparte de lo que debeis creer y practicar bajo la ley.

Un hombre rico vivia en medio de vuestro pueblo: se vestia de púr-

pura y holanda fina, se le servia á la mesa todos los dias con esplendidez y magnificencia: este es un retrato de los ciudadanos de Babilonia, esto es, de los amadores del mundo que viven pegados á los bienes terrenos, descuidados del amor de Dios, olvidadizos é ingratos á sus dones, enteramente apartados del espíritu de mortificacion y penitencia. No es culpa la riqueza dada por Dios, lo es sí el fomentar con ella el orgullo y el deleite. Los bienes los da Dios, para que tomando de ellos lo que exige la necesidad y una decencia bien entendida, repartamos lo sobrante á los pobres segun las leyes y los fines de la Providencia. Dios es el Señor de todos los bienes: el hombre no es mas que depositario y administador de ellos; á Dios se roban sus fueros, si de este depósito usamos contra su intencion. No es malo vestir grana y holanda, y usar otras ropas y muebles preciosos cuando esto lo pide el estado, el tiempo, ó alguna otra causa justa. Mas gastar en esto sin necesidad, por pura vanidad, ó por otros fines torcidos es ser el rico, ladron del pobre. Porque del pobre es, todo lo que mirado con cordura y juicio, segun Dios, no le hace falta al rico para su verdadera decencia. Por esta medida se medirán todos esos gastos locos y escesivos, con los que pudieran mantenerse muchos años casas enteras de pobres; los que en manera alguna serán admitidos como justos en el tribunal de Dios. Y estos son los originales representados en el rico del presente Evangelio, el que no era sino una verdadera copia del de los fariseos. Avaros y carnales despreciaban á Jesucristo y sus doctrinas, sin escusarse de decir en público, que aconsejaba y mandaba cosas enteramente contrarias á la Ley y los Profetas; puesto que personas muy ricas habian sido muy gratas y aceptas á Dios; y á los observadores de la Ley y se les prometian en ella bienes temporales; sin atender que como aquella se habian dado para hombres carnales se les ofrecian cosas menores; y como el Evangelio se daba para personas que habian de renunciar la carne, y vivir con arreglo á las leyes del espíritu, se les prometian cosas mayores: por cuya razon era la diferencia igual entre las promesas hechas á los observadores de la Ley y del Evangelio, asi como eran tambien igualmente distantes los preceptos que en la una y en el otro se les imponian. En la ley se habia dicho: *si me amaseis, y me oyereis, comereis los bienes de la tierra.* Y en el Evangelio se dice, *bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos.* En la mala inteligencia pues del primer ofrecimiento, estribaba la aberracion de los fariseos; porque la Ley no prometia los bienes temporales como el premio principal por el acto de virtud que se practicaba; sino que

los prometia , para que se sobreentendiesen en su ofrecimiento los bienes espirituales y eternos, que eran los principalmente designados en aquellos.

Cada dia tenia el rico, dice el Evangelio, un espléndido banquete. La buena mesa concilia la admiracion y la alabanza del mundo, pero en muchas ocasiones se evita tambien la indignacion y la venganza de los pueblos , cuando estos llegan á comprender, que lo que se gasta superfluamente en los banquetes, dando á comer á los que no lo necesitan, es el resultado del robo que se ha hecho del fruto de sus sudores y trabajos. No son dignos de cristianos los convites donde no resplandece la caridad, sino la delicadeza de los manjares, y la finura, el arte , el gusto esquisito, y todo lo que regala la carne y atiza sus fuegos. Detéstanse los grandes vicios que nacen de estas mesas, y sin embargo, el que las da es respetado como un bienhechor de la sociedad. Esta insonsecuencia ni siquiera la advierte el mundo: la religion la conoce, la detesta y la condena, y nos sugiere los medios llanos y fáciles de precaverla. Dios, para quien nada está oculto, conoce bien el corazon del hombre, y descubre toda la iniquidad que en él se encierra; por esto, con esta parábola condenaba en público aquella de que estaba lleno el corazon de los fariseos, y asi es como nota San Gregorio (1), que no da á conocer el rico á quien se refiere por su propio nombre, como espresa el de Lázaro mendigo que pedia limosna á su puerta. Al rico une un pobre, como contraponiendo el uno al otro: el rico temporalmente es mas que el pobre, y este espiritualmente es mas que el rico: por cuya razon decia San Crisóstomo (2): mientras el rico sustenta al pobre, es tambien sustentado por el pobre mismo. Hácese mencion del nombre del pobre porque era conocido y aprobado por Dios: asi es, que á los pobres se dice, *gozaos y alegraos, porque vuestros nombres estan escritos en los Cielos*. Lázaro pobre y humilde, es digno de ser nombrado en el Evangelio; pero al rico no le cabe este honor. Los nombres de los pobres que sirven á Dios con humildad y paciencia estan escritos en el libro de su reino: los de los ricos que á los pobres insultan y desprecian, y usan mal de sus riquezas, estan consignados en el libro del diablo. ¡Qué grande es la diferencia que hay entre las leyes profanas del mundo, y la ley benignísima de Dios! Los ricos son célebres en el mundo por sus nombres; los de los pobres estan ocultos, y en el mundo no son conoci-

(1) Div. Gregor. Hom. in Evangel.

(2) Div. Crisostom. Hom. de Divite.

dos; por esto en el Evangelio se calla el nombre del rico, y se espresa el del pobre,

Disposicion es de Dios que apenas haya un rico en el mundo que tenga á sus puertas un Lázaro. Con la vista de la miseria agena quiere Dios ablandar las entrañas de bronce del rico orgulloso y soberbio. Si comparase el lujo de su casa, con la escasez de aquella pobre familia que vive junto á ella, no podria menos de advertir el horrible contraste que forma á los ojos de Dios la multitud y delicadeza de sus vestidos, con la desnudez de los pobres; su hartura, con la hambre de los miserable; y su regalo, con la necesidad de los mendigos. No es estraño que con este motivo esclame el Crisóstomo al contemplar la dureza del rico, y la miseria de Lázaro, y diga: ¡Oh tú el mas infeliz de los hombres, por mas dichoso que presumas ser, porque entrando y saliendo por la puerta de tu casa viendo al infeliz Lázaro tendido en ella lleno de llagas, cubierto de andrajos, y muerto de hambre, no contemplas en él la muerte que te espera y te mueves á compasion! Si no consideras los preceptos de Dios, ni temes sus amenazas, compadécete al menos de tí mismo contemplando tu condicion mortal, y teme, no te veas bien pronto en igual caso por un juicio terrible del Altísimo. Para Lázaro hubiera sido un gran bien, y un consuelo muy singular poderse mantener de las migajas que caian de la mesa del rico regalado; pero en la casa de los hombres sin compasion ni piedad, presto aprenden los criados la dureza de sus amos. Los mismos sirvientes despreciaban al pobre Lázaro: y ninguno pensaba en darle ninguna cosa de las sobras mas despreciables. Todas se echaban á los perros que iban despues á lamer sus llagas. Conociendo el pobre la dureza del rico, se contentaba con desear las sobras de su mesa, y con todo no se atrevia á pedírselas. Clama al Cielo el hambre de los pobres, contra el olvido de los que pudieran matarla. El deseo de Lázaro se limitaba á socorrer mezquinamente su necesidad: el rico no tenia otro mas que el de aumentar su tesoro. Infructuoso es casi siempre el deseo del pobre, porque es insaciable la avaricia del rico. No hay desdicha ni pobreza mayor que la del avaro: los desperdicios y desechos que les sobran despues de regalada su carne y satisfecha su vanidad, todavia le hacen falta para satisfacer su codicia. Mas piadoso es con sus vicios, que con la agena miseria. Qué mayor prueba de que el avaro es el enemigo público de la sociedad? Triste es á los ojos del mundo la condicion del pabre: uno le despoja, otro le persigue, otro le insulta, los mas lo desprecian: ¿qué seria del pobre si no le consolase la esperanza del premio eterno,

que al buen uso de la pobreza tiene Dios prometido?

Clamaba al Cielo, no la voz de Lázaro, sino el hambre que le salía al rostro; mas aun este grito de la necesidad era poco para dispartar al avaro y arrancar su corazón de las gavetas donde estaba encerrado y preso. Llágó Dios el cuerpo de Lázaro para abrir el corazón del rico por las aberturas de las llagas, pero todo fué en vano. El fin desventurado del rico perverso acredita que atesoró para el suelo y no para el Cielo. Las fieras fueron mas humanas para el pobre que su propio amo. Engordaba este sus perros y negaba las sobras de su mesa al mendigo. ¡Ah, que parece que la escena que se representaba en la casa de aquel rico se ha trasladado á las de muchos de los de nuestros dias! ¿En cuántas sueñan por dentro los ladridos de los perros, y se oyen por fuera desatendidos los clamores de los pobres hambrientos? Muy bien y con grande oportunidad dijo el Crisóstomo, que los perros y los caballos han de ser en el tribunal de Dios fiscales y acusadores de muchos ricos. Ni Lázaro podía arrojar de sí los perros, ni tampoco habia un portero ó cuidador que los alejase; de modo que, aunque le hubiesen mordido, nadie hubiera cuidado de defenderle.

Llevó Lázaro con paciencia sus trabajos y murió luego. Su alma, llevada por los Angeles al seno de Abraham, fué recibida entre los buenos y piadosos israelitas en el lugar del descanso y esperanza dulce de una felicidad consumada. Tan cierto es que la felicidad del hombre no puede medirse por lo que pasa en la vida presente. Debe esperarse un poco. La muerte dirá bien presto quién es el desdichado y quién el dichoso. Despegados los pobres de los bienes terrenos, tienen el corazón lejano del mundo, y mas dispuesto á unirse con aquel que con su muerte venció al mundo. Murió Lázaro y de mendigo se hizo rico. No bastaba un Angel para llevar á un pobre, por esto fueron enviados muchos para que formasen un coro de alegría. Cada uno de los Angeles se alegra de tocar una carga tan santa: con gusto la llevan porque reciben un gran gozo al llevar los hombres al Cielo. Murió tambien el rico y el infierno fué su sepultura. Condenado á no salir de allí jamás y padeciendo todo el rigor de los suplicios eternos, levantó los ojos y alcanzó á ver á lo lejos á su Padre Abraham, en cuyo seno descansaba Lázaro. Este pasar desde la cama blanda y desde la opulencia del obsequio del mundo al fuego eterno; al gemir inconsolable en lo sumo de la miseria y de la ignominia; y no para un dia, ni para un año, sino para siempre; es cosa que solo imaginada estremece al corazón mas fuerte: ¿qué será verlo uno en sí mismo? ¿Qué es de nuestra fé si no

precavemos este trago. amargo ahora que podemos borrar nuestras culpas con la penitencia y redimirlas con la limosna? Este rico, como parroquiano del diablo, fué llevado al cementerio del infierno por los propios demonios, y allí fué sepultado sin preces, sin incienso, sin agua bendita, á la manera que son sepultados en la tierra los animales irracionales, segun el dicho de Jeremias (1), el que hablando de los réprobos dice: *serán sepultados con el funeral de los boricos*. Desuéllanse despues de muertos, su piel se entrega á su dueño, sus carnes son comidas de los perros, de las aves de rapiña y de las fieras, y sus huesos son entregados á las lluvias, á los granizos y á los rayos abrasadores del sol para que sean consumidos. Asi tambien cuando muere un malvado, sus herederos poseen sus bienes, los gusanos consumen sus carnes y los suplicios infernales atormentan su alma, que siendo inmortal puede en cierto modo estar representada en los huesos que son de difícil consuncion.

El tormento abrió los ojos que antes habian estado cerrados por la culpa. Mas tarde levanta los ojos á lo alto, dice el Crisólogo (2), el que siempre los tuvo clavados en el suelo. Esos ojos tuyos, oh rico, son tus acusadores. ¿Ahora miras el premio debido á la virtud? ¿Por qué no lo miraste cuando podias aspirar á El? Ahora irritan al Juez esos mismos ojos con que debieras haberle aplacado. Los abrió, pero fué para mayor tormento tuyo. Fijólos en Abraham, de quien era hijo, y le habia sido compañero en las riquezas, pero no en la caridad; por esto fueron sus ojos fiscales de su dureza, delatores de su impiedad, testigos de su crueldad, y vió en su seno al mendigo á quien habia despreciado. Aunque el lugar que se llamaba seno de Abraham fuese un lugar no muy apartado del infierno, no era con todo un lugar de tinieblas sino de luz, por la esperanza de la futura claridad que un dia habian de gozar los que allí estaban detenidos. No se sentia allí, ni padecian los que en aquel lugar se hallaban alguna pena material; y en él habian de descansar hasta el descendimiento de Jesucristo á los infiernos: en razon de esta tranquilidad, y como descanso que allí gozaban, llamábase seno; asi como en el seno del mar no se experimentan las tempestuosas inquietudes que se fraguan en su superficie por la furiosa agitacion de los vientos; y se apellidaba de Abraham, porque él fué el padre primero de los creyentes, y el que primero predicó públicamente la fé de un Dios. A este lugar llamó Job lugar de tinieblas, respecto á la vision di-

(1) Hierem. c. 22.

(2) Div. Petrus Chrisol. Serm. 122.

vina, porque tinieblas són las que allí habia, comparadas con la luz del Cordero que ilumina los espacios eternos de la Gloria.

La vista de Abraham y de Lázaro acrecieron sobremanera las penas del malaventurado rico, el que empezó á clamar: Abraham, padre mio, tened piedad de mí: enviad á Lázaro en mi socorro. Que moje la estremidad de su dedo en el agua y venga á refrigerar mi lengua, pues padezco cruelmente en esta llama. Este clamor denota la vehemencia de los tormentos. En vano claman allá los que desecharon los temores de acá. ¿Burlaste aqui con tu desprecio la voz del Señor? Vana será la tuya en el infierno. Ya no hay perdon para el que llega á caer en manos de la eterna justicia. ¿Cómo tendrás ánimo para llamar Padre al que desprecias ahora en sus pobres? En vano pides la misericordia que te negaste tú mismo, negándola al pobre. Ahora te confiesas miserable: ¿qué se han hecho aquellas riquezas en que pusiste tu confianza? No serás libre de la eterna desdicha, pues quisiste aumentar la momentánea felicidad lanzando tus entrañas á la agena indigencia. Ahora hechas tú mismo de ver, que desoyendo los suspiros de Lázaro cerraste los oidos de tu Padre para que no oyese los tuyos. No esperes, oh rico, que envíe Abraham al lugar de tu tormento al pobre que no quisiste alimentar con las migajas de tu mesa. Rico, ¿y pides esa gota de agua? Esa es la que te hace cruel: esa es la que negada por ti secó el paladar de Lázaro, porque para el refrigerio de ese pobre bastaba una gota de agua y una migaja del pan que sobraba de tu mesa. No tendrías ahora sed, si hubieras dado al sediento esa sola gota que pides. Acusador es de tu inhumanidad ese solo mendrugo del que pende el alimento y la vida del pobre. Sobre lo que dice San Basilio (1): huyamos cuanto podamos las delicias del mundo y la abundancia de comidas; no sea cosa que atormentados en las llamas busquemos una gota de agua y ningun consuelo consigamos. Parece que este rico estuvo lleno de vicios: en su corazon habitaba la avaricia, no porque tenia riquezas, sino porque las retenia avaramente y las espendia de mil ilícitas maneras. En él abundó la vanagloria, lo que se conoce en la preciosidad de los vestidos que usaba. Ni tampoco le faltó la gula, pues comia diariamente con esplendidez. Y sobre todo, se acreditó de falto de caridad y misericordia, pues no la tuvo con Lázaro llagado y mendigo.

A su clamor no podia menos de responderle Abraham: *acuérdate, hijo, que recibiste los bienes en tu vida, y Lázaro no tuvo sino males.*

(1) Div. Basilii de Laudibus jejunii.

Hijo le llama para que conozca la bondad del padre que perdió, y la justicia con que es por él castigado. Gran desdicha es, que recibiendo el hombre de Dios bien por mal, le vuelva mal por bien. A Dios retorna los bienes temporales el que usa bien de ellos, distribuyéndolos con prudencia cristiana, según las leyes de la caridad y de la justicia. Señal suele ser de condenación la prosperidad temporal en los malos. Patrimonio son de los réprobos las riquezas atesoradas con ansia, amadas con apego y gastadas en lo que fomenta los vicios. Lázaro recibió males en la vida, porque esta es la herencia de los escogidos. Para los pobres reservó Dios la pobreza, la enfermedad, la deshonra: dichoso pues el que con paciencia sabe sufrirlos todos. Trocáronse las suertes, y se vió que era muy distinto el premio que se daba á la calamidad temporal sufrida con paciencia, del que recaía sobre el corazón que había poseído con apego los bienes temporales. Oigan esto, dice San Agustín (1), todos aquellos terrenos y miserables, á quienes ahora cegó el polvo de la tierra, porque si no tendrán que oírlo después en medio de la tortura atroz que sufrirá su entendimiento. Oigan estas cosas los ricos que no quieren ser misericordiosos: oigan las penas y los suplicios con que cargan en el infierno los que en la tierra no quieren dar socorros al pobre. Oigan á este cuando se goza, oigan á aquel cuando sufre entre abrasadoras llamas tormentos indecibles. Compárense unas cosas con otras: por las riquezas se dan tormentos, por la pobreza se dan consuelos: por la púrpura se dan las llamas, por la desnudez el vestido de la Gloria: las penas que se reciben son en todo proporcionadas á los goces que tuvieron.

No solo se escusó Abraham por no enviar á Lázaro al rico, diciéndole, que se acordase que había recibido los bienes en su vida, y aquel los males; sino que le añadió: además de esto, hay entre vosotros y nosotros un caos grandísimo, una sima espantosa y formidable. En verdad, que esta sima es inaccesible, porque las puertas de la misericordia están cerradas para siempre, al que está condenado á vivir á la parte de más allá. Y esta sima es insuperable, porque es inmutable la sentencia: ya no hay tiempo ni lugar para el mérito ni esperanza de que vaya el corazón al centro para que fue criado. Si quieres, pues, oh hombre, reinar con Cristo, elige la pobreza con El mismo, y descausarás con Lázaro el mendigo. Nadie puede alegrarse con el siglo, y reinar con el Señor. El que quiere glotonear con el rico, prepárese para padecer después entre las llamas

(1) Div. Agustín. Serm. 23.

del infierno, y para sufrir por un gozo momentáneo un incendio perpétuo.

Desesperado el rico de alcanzar para sí el consuelo que necesitaba, lo pidió á Abraham para cinco hermanos que tenia, diciéndole: ruégote, pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos y deseo se les haga saber lo mucho que aquí padezco; no sea acaso vengan tambien á este lugar de tormentos y sean castigados como yó, por la dureza de sus corazones, y sus padecimientos vengan á aumentar los míos. No deseaba el bien de sus hermanos por caridad, ni aun por el amor natural que nace del dendo; sino por evitar el nuevo tormento que le resultaria de verse acompañado en el fuego infernal por los que fueron imitadores de sus vicios y herederos de la riqueza con que los fomentaban. Mal presume alcanzar penitencia para los otros, el que tan cruel fue para sí mismo. ¿Y qué mella hará en tus hermanos con sus palabras, el que con sus llagas no te ablandó á tí? A Moisés tienen y á los Profetas, le dijo Abraham: óiganlos, si quieren. Pero si despreciaron los documentos celestiales dados por los Profetas de parte de Dios, si desestimaron las maravillas que obró por Moisés, ¿qué caso habian de hacer de un pobre andrajoso y llagado? Al rico se le echó en cara haber despreciado á Moisés y á los Profetas, ¿qué esperas tú despues de haber despreciado á Cristo y á sus Apóstoles? Ni bastó esta repulsa para acallar los remordimientos y los gritos de desesperacion del rico condenado; y asi volvió á instarle diciendo: no, padre Abraham: si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. De esta manera discurren los impios en aquel lugar de penas, despues de haberse burlado en la tierra de la credulidad de los fieles: pero Abraham, que no pensaba de la misma manera que el mal rico, le respondió por última vez, le desengañó, y dijo: nó, el socorro que pides para tus hermanos no les aprovechará, pues los que no creen ni á Moisés, ni á los Profetas, tampoco darian crédito á un hombre que resucitase y volviese otra vez al mundo. Como este rico son todos los impenitentes. Paréceles que se volverian á Dios si les diese un aviso extraordinario, y éntretanto desprecian la ley que tienen á la vista. ¿Qué caso harías de un condenado, si no temes al que le condenó? ¿Qué importa que no veas el infierno, si tienes fé de la divina justicia? ¿Cómo finges ignorar lo que la religion te enseña? ¿Si no crees al que bajó del Cielo; ¿cómo has de creer al que viniese del infierno? Cumpliósse esta profecia de Abraham en los judios, á quienes no movieron los milagros de Moisés, ni los muertos resucitados por

Elias y Eliseo, ni Lázaro á quien el mismo Cristo sacó del sepulcro, ni los difuntos que se aparecieron en la santa ciudad al tiempo de su Pasion; y lo que es mas, ni la clarísima é indubitable resurreccion del mismo Cristo, ni las estupendas maravillas que en ella se obraron. Los malos cristianos se guardan muy bien de decir, que no creen: pero se desentienden de las pruebas patentes con que es confirmada la verdad que condena sus vicios. Todo el misterio es, que quisieran pecar sin el remordimiento que les hace amarga la culpa. El que ama la ley, no busca pruebas de su equidad: el que en todo busca á Dios, fácilmente se fia de su palabra.

Bien se ve que los discursos de Abraham y el rico avariento, que el Señor intercaló en esta parábola, son una esposicion clara, recta y elocuente, de los sentimientos y afectos interiores, que tienen verdaderamente las almas de los Santos, y de los condenados; pero que no se comunican los unos á los otros. La obligacion estrecha de los ricos de hacer limosna á los pobres, y de tomar sobre sus propias conveniencias, y aun sobre lo que ellos llaman voluntariamente gastos necesarios, asi como el socorrerlos en sus verdaderas necesidades, son igualmente notorias: como asimismo el castigo del infierno inevitable que aguarda á los ricos duros y sin compasion: la realidad y la eternidad del fuego que quema las almas condenadas, y en fin, la bondad inmensa de Dios, siempre pronta á premiar á los que en El creen y esperan, son otros tantos dogmas que Jesucristo repite á los fariseos, con toda aseveracion, y sobre los cuales desafía Su Magestad á que le muestren que en el Evangelio innova, exagera ó perjudica la Ley; sobre todo lo que le dejan los incrédulos sin contestacion, prefiriendo un silencio vergonzoso á la confesion ingénua de su engaño, y á la abjuracion de sus errores; y por consiguiente, el ser combatidos interiormente por sus vergonzosas pasiones, antes que someterse al suavísimo yugo de la nueva fé, y de la nueva ley, que por el Salvador se les anunciaban.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Tú que eres el Grande y Sumo Padre de familias, Tú que me llamaste en la primera hora de mi mañana para que trabajase en tu viña, Tú que en mi juventud me buscaste misericordioso y me ofreciste largo premio á fin de que me afanase con esmerada sollicitud en el cultivo de mi alma, verdadera viña tuya; graba en mi pecho la doctrina que me has enseñado en la santa parábola de los obreros que á tu viña enoiaste; para que temiendo siempre mi miseria, y

fiándome de tu misericordia, trabajando con preservancia en el negocio de mi eterna salud, merezca el galardón y premio de tus escogidos. Enséñame también la santa grangería de la caridad, que convierte en precio de la gloria eterna la escoria de los bienes temporales; y ya que he sido tan negligente en darte cuenta exacta de los grandes bienes de naturaleza y de gracia que me has confiado, haz que desde hoy en adelante asista de obra y con todo mi corazón á toda suerte de necesitados, aspirando por el ejercicio de la misericordia á poseerte á Tí, oh Dios mío y mi sumo bien, cuya posesión es la verdadera riqueza, y cuya privación la mas triste y verdadera pobreza. Y por último, haz que cuanto antes procure la corrección de mi vida, caminando sin dilación por el sendero de la penitencia: no permitas Señor y Dios mío, que convierta en cebadero de mi vanidad y en mayor apego á la miseria del mundo, los bienes temporales que me concedes para socorro de la agena necesidad. Inspírame un santo horror á la pena eterna de los condenados, y mucho mayor al pecado que á ella conoce. Sé Tú, oh Dios mío, mi norte, mi luz, y mi guía; para que á Tí solo oiga, á Tí solo siga, y á Tí solo ame; y así eternamente en el Cielo te posea y alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al vigésimo de San Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 46; y al capítulo XVI de San Lucas, desde el versículo 4.º hasta el 42; y desde el 19 hasta el 31 todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo para el Evangelio de la Misa de la Dominica de Septuagésima, desde el versículo 4.º hasta el 46.

Del testo de San Lucas para el Evangelio de la Dominica octava después de Pentecostés, desde el versículo 1.º hasta el 9. Y del mismo testo para el Evangelio de la Misa del jueves de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 19 hasta el 31 todos inclusive: unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

San Mateo, cap. XX. vs. 1.º al 16.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: semejante es el Reino de los Cielos á un padre de familias que salió al amanecer á alquilar jornaleros para su viña. Y habiéndose ajustado con ellos en un denario por todo el día, los envió á su viña. Habiendo salido cerca de la hora de tercia, vió otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: id también vosotros á mi viña y os

daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de la hora sexta y nona, é hizo lo mismo. Cerca de la undécima volvió á salir, y hallo otros que estaban allí sin hacer nada, y les dijo: ¿por qué estais aquí todo el dia ociosos? Digéronle: porque nadie nos ha tomado á jornal. Díjoles: id tambien vosotros á mi viña. Llegada la tarde, dijo el señor de la viña á su procurador: llama á los trabajadores, y págales el jornal, comenzando por los últimos hasta los primeros. Habiendo pues venido los que fueron cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y viniendo los primeros, estaban creyendo que recibirian mas; pero no recibió cada uno sino un denario. Y al tomarle murmuraban contra el padre de familias, diciendo: estos últimos han trabajado una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos llevado el peso del dia y del calor. Mas él respondiendo á uno de ellos, dijo: amigo, no te hago agravio: ¿no te ajustaste con migo por un denario? Toma lo tuyo, y vete; que á este último quiero darle lo mismo que á tí. ¿Por ventura no me es lícito hacer lo que quiero? ¿Es malo tu ojo, porque yo soy bueno? De esta suerte los últimos serán los primeros, y los primeros últimos, porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA OCTAVA DESPUES DE
PENTECOSTÉS.

San Lucas, cap. XVI, vs. del 1.º al 9.º

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: habia un hombre rico, el cual tenia un mayordomo: y este fue acusado ante él de haber disipado sus bienes. Llamóle él, y le dijo: ¿qué es esto que oigo de tí? Da cuenta de tu mayordomia; porque ya no podrás administrar mis bienes. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿qué haré, que mi señor me quita la mayordomia? Cavar, no puedo; mendigar, tengo vergüenza. Yo sé lo que haré, para que cuando fuere separado de la mayordomia me reciban en sus casa. Y llamando á cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: ¿cuánto debes á mi señor? Y él dijo, cien pellejos de aceite. Díjole él: toma tu obligacion, y siéntate presto y escribe cincuenta. Despues dijo á otro: y tú cuánto debes? Y él le dijo, cien medidas de trigo. Díjole él; toma tu cédula, y escribe ochenta. Y alabó el Señor al mayordomo malo porque habia obrado con prudencia: porque los hijos de este siglo son mas

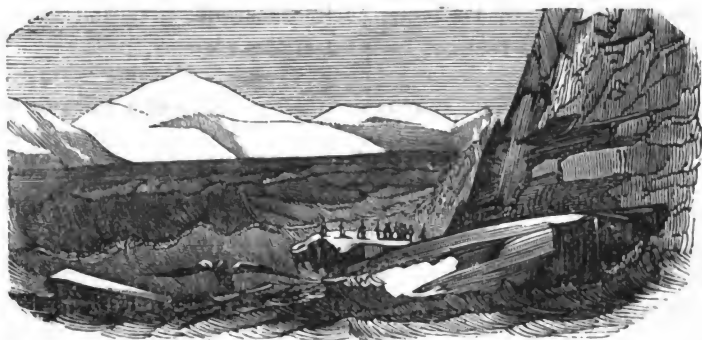
prudentes en sus negocios que los hijos de la luz. Por tanto os digo: haceos amigos con las riquezas de la maldad, para que cuando vengais á menos, os reciban en las moradas eternas.

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Lucas, cap. XVI, vs. del 19 al 31.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: habia un hombre rico que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y tenia cada dia un espléndido banquete. Habia tambien un mendigo llamado Lázaro echado á su puerta, lleno de llagas, descando matar el hambre con las migajas que caian de la mesa del rico y nadie se las daba: mas los perros se llegaban á él y lamian sus llagas. Sucedió pues que murió el mendigo y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham; y murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno. Y desde los tormentos en que estaba, levantando los ojos vió lejos á Abraham y á Lázaro en su seno. Y gritando dijo: padre Abraham, apiádate de mí, y envia á Lázaro que se moje la punta del dedo en agua para refrescarme la lengua, porque soy atormentado en esta llama. Respondióle Abraham: hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida y Lázaro no tuvo sino males: mas ahora es este consolado y tú atormentado. Y ademas de esto, entre nosotros y vosotros hay una gran sima, de suerte que los que quieren pasar de aqui á vosotros no pueden, ni de allá pasar aqui. Dijo entonces el rico: ruégote pues, padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos para que les advierta, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Díjole Abraham: á Moisés y á los Profetas tienen, óiganlos: él entonces dijo: no padre Abraham, mas si alguno de los nuestros fuere á ellos harán penitencia. Mas Abraham le dijo: si no oyen á Moisés y á los Profetas, tampoco creerán aun cuando resucitare alguno de los muertos.





CAPITULO XV.

**RESUCITA EL SEÑOR Á LÁZARO: CONJURANSE CONTRA ÉL LOS PON-
TIFICES Y FARISEOS, Y VATICINIA CAIFÁS LA CONVENIENCIA DE SU
MUERTE.**

Despues de haber dado Jesus á los escribas y fariseos por medio de estas parábolas tan sublimes é instructivas los mas grandes y saludables documentos, partió con sus Apóstoles y llegó cerca de Betania, aldea distente de Jerusalem como quince estádios, que componen á lo mas una legua. No todos los espositores sácos son de esta opinion; algunos quieren que se encaminase antes hácia Jericó, y que despues de haber curado al ciego que estaba sentado á orilla del camino, y despues de haber resuelto la peticion de la madre de los hijos del Cebedeo, y cenado con Zaqueo, se encaminó á este lugar, desde donde partió para resucitar á Lázaro, pero que la noticia de su enfermedad la recibió á la distancia de seis ó siete horas de camino en las inmediaciones de Jericó. Sin entrar en esta

averiguacion , porque tampoco entra en ella el gran Ludolfo de Sajonia , decimos con el Evangelio que recibió Jesus la noticia de la enfermedad de su amigo por el nuncio que le mandaron las dos hermanas de aquel , asustadas con el peligro en que se hallaba , y seguras de la amistad de Jesus para con el enfermo. La confianza y la discrecion brillan admirablemente en las cortas palabras con que Marta y Maria hicieron saber al Salvador la enfermedad de su hermano , y pueden mirarse como la mas elocuente de todas las súplicas : *Señor , le digeron , el que Vos amais se halla enfermo. Basta para el amante verdadero saber la necesidad de la persona amada , porque el que abandona su prógimo en la necesidad y no le socorre , ni es amigo ni le ama. Asi es , que como advierte San Agustín (1) , no le digeron ven y sánale. No se atrevieron tampoco á decirle , manda que sea hecho sano desde este mismo lugar donde te hallas , y así sucederá ; sino que se contentaron con decirle , el que Tú amas está malo ;* porque firmemente persuadidas en su corazon de su amor , creian muy suficiente darle noticia de su enfermedad para que desde luego lo sanase ; bien fuese desde el lugar donde se hallaba , bien fuese pasando personalmente á visitarlo.

San Crisóstomo sobre este mismo lugar añade (2) , no marcharon las hermanas á ver á Cristo , porque confiaban estremadamente en El y se lo impedian las lágrimas , por esto se contentaron con enviarle un nuncio con la triste noticia de la enfermedad de su hermano , no dudando que esta era muy bastante para atraerle , en lo que no se engañaron. Jesus amaba á Lázaro , y estas dos hermanas suyas eran muy queridas del Señor , por su fé , su celo , su ternura y su adhesion respetuosa á su persona. Sus almas y su corazon eran un modelo bellísimo de virtud , pero con todo , quiso el Señor probarlas en esta ocasion con una prueba durísima. Cumplió el mensagero su encargo , y en muy pocas palabras le respondió el Salvador : *Id y decid de mi parte á las que os han enviado , que la enfermedad de su hermano de que me dan aviso no es de muerte : esto es , que Dios no se la ha enviado para sacarlo de este mundo , sino es para tener ocasion de que resplandezca su gloria y glorificar á su Hijo , con lo que ya les indicaba claramente Jesus que este suceso tendria grandes consecuencias , aunque ellas no pudieran penetrarlas. Su hermano habia muerto pocas horas despues de la partida del correo , y como el sábado debia empezar la tarde del mismo dia ,*

(1) Tract. 49. in Joann.

(2) Div. Chrisostom. Hom. 61. in Joann.

que era el viernes , se vieron precisados á enterrarlo y meterlo en el sepulcro antes del fin del día.

El amar el Señor á Lázaro denota el celo de caridad con que vino al mundo en busca de las almas perdidas , porque si no amara á los pecadores no hubiere bajado del cielo á la tierra. Aquí se ve cuanto ofenden á la bondad del Señor los que en la tribulacion , en la tentacion y aun caidos en la culpa desconfian de aquella. ¿Pecaste? Levanta los ojos al cielo y dí al Señor con fé y con humildad : *el que amas está enfermo* , ¿qué mas te diré, Señor? Pues me tienes amor, basta que sepas mi gran miseria. Al que ames no le huyas el cuerpo, si de veras te busca.

El ruego de las dos hermanas da á entender que á la oracion de la Iglesia y de sus hijos concede Dios la conversion de los pecadores. Este ejemplo debe avivar en nosotros confianza y fervor para implorar el remedio de tantos miserables como hay sepultados en grandes vicios en el seno mismo de la Iglesia. Nuestra poca fé es la que no nos deja alcanzar de Dios la conversion de los grandes pecadores. No tenemos ánimo para pedir á Dios esta altísima merced porque la miramos como imposible ó la pedimos con tibieza , porque no tenemos la idea que debieramos del poder de la gracia , ¡harta miseria es la nuestra! Tememos salir de las peticiones comunes porque no creemos que sean cosas dignas de Dios , las que no son proporcionadas á los pensamientos de los hombres.

No ignoraba el Soberano Maestro alguna de las circunstancias que pasaban en Betania , aunque dilatase el consuelo á sus dos fervorosas discipulas. A las almas mas amadas es á las que destina Dios las grandes aflicciones, porque para ellas prepara los grandes favores. Dos dias enteros permaneció Jesus en aquel mismo parage donde se hallaba despues de haber recibido la noticia de la enfermedad de su amigo , y cerciorado como estaba de su muerte, pues resuelto á obrar en la resurreccion de Lázaro , y á las puertas de Jerusalem , un prodigio tan estupendo que confundiese la incredulidad de la Sinagoga si no queria abrir los ojos y dejarse convencer ; queria que á mas de la enfermedad y de la muerte, se añadiese la putrefaccion y corrupcion en el sepulcro. Tres dias hacia que estaba Lázaro en él , y queria Jesus resucitarlo al cuarto. De paso habia dicho una palabra á sus discipulos de la enfermedad de su amigo; pero no les habia hablado de su muerte ni de los designios que tenia sobre este suceso; sin embargo , les dijo ; vamos otra vez á la Judea ; y ellos le replicaron : Señor ¿no hace dos meses que los judios os buscaban para apedrearos , y teneis la resolucion

hecha de volver á un pais donde los magnates estan declarados contra Vos? Pero Jesus les respondió: doce horas tiene el dia; cualquiera que caminar en este tiempo puede evitar los malos pasos, porque ve la luz de este mundo. Por el contrario, si un caminante se empeña en caminar de noche, tropieza y corre riesgo de alguna caída, porque no le alumbra el sol y camina en tinieblas. Lo que fué decirles: bien debierais saber, que respecto de Mí no hay sucesion de luz y de tinieblas. Yo sé, y Yo veo en cada instante lo que me ha de suceder. El conocimiento que tengo de lo presente y de lo venidero hace en Mí las veces del sol, y dirige todos mis pasos y resoluciones. No harán los judios cosa contra Mí, que Yo no tenga prevista. Vosotros debeis seguirme confiados. Continuemos nuestro camino sin inquietud, y no nos apartemos de él. Nuestro amigo Lázaro duerme, y Yo voy á despertarle. A lo que respondieron sus Apóstoles: si duerme, no hay duda que lo pasa mejor, y tal vez está ya bueno.

Quedó dos dias, dice San Agustin, en el lugar donde se hallaba despues que recibió la noticia, para que dilatando el ir á darle la salud pudiese mejor resucitarle despues. Esperó para la mayor certeza y evidencia del milagro, y para que despues de cuatro dias cumplidos fuese mas maravillosa y gloriosa la resurreccion. Como podia resucitarle, dijo el Señor que dormia; para los que no tenian este poder estaba verdaderamente muerto. Mas fácil es á Cristo resucitar á un muerto corrompido en el sepulcro, que á otro despertar de su sueño cuando duerme en el lecho. Esta palabra sueño, ó dormicion, tiene muchas acepciones en las Escrituras Santas; tómase algunas veces el sueño natural, como de Job se dice *dormia seguro* (1). En otras se toma por el sueño de la muerte, como cuando dice San Pablo: no queremos hermanos dejaros en ignorancia porque no os entristezcais del modo que suelen los demas hombres que no tienen la esperanza de la vida eterna (2). Otras en fin, se toma por la negligencia ó descuido de alguna cosa, como cuando dice David: *no duerme ni dormitará el que vela en la custodia y defensa de Israel*. Hablaba Jesucristo con el nombre de sueño de la muerte de Lázaro. Este modo de hablar figurativo, principalmente respecto de aquellos cuya muerte era reciente, convenia aun mucho mejor á Lázaro, cuya muerte pasajera iba á ser vencida con una resurreccion gloriosa, esplicada con la espresion de

(1) Job. c. 11.

(2) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Tesalon. cap. 4. v. 12.

dispertar. El ánimo de Jesucristo era muy distinto del de sus Apóstoles; y así es, que nada entendieron ellos ni con respecto á Lázaro, ni con respecto á la reprension que en cierta manera les daba de regresar á Jerusalem contra su opinion y dictámen, por lo que les dijo: vosotros no comprendéis lo que Yo he querido manifestaros; por tanto, os digo claramente, que Lázaro ha muerto, y esta muerte es la que Yo llamo su sueño; y me alegro por vosotros de no haber estado allí para que creais, pero vamos á él. Lo que fué decirles: bien sabéis que Yo amaba á este fiel israelita, pero no obstante mi amistad para con él, estoy gustoso de no haberme hallado en Betania durante su peligro, y de no haber impedido las consecuencias como vosotros me hubierais rogado que lo hiciera; y habeis de saber que por vosotros es por quienes me alegro de esto, pues creereis con mas seguridad que Yo soy Cristo é Hijo de Dios. Vamos eisá Betania, que allí ser testigos de la gloria de vuestro Maestro.

Dice San Crisóstomo que Jesucristo se espresó así con sus Apóstoles para que comenzasen á admirarse viendo que el Señor le llamaba muerto, cuando ni lo habia visto morir, ni nadie le habia anunciado su muerte; y para que conociendo que nada se le escondia, creyesen mas firmemente en El y tuviesen en El mas confianza. Uno de los doce llamado *Tomás* por su nombre hebreo, á quien los griegos *Dydimo*, no pudo contenerse al oir á Jesus, y volviéndose á sus discípulos les dijo: nuestro Maestro corre á la muerte, no lo abandonemos; vamos á morir con El. A la sazón se juzgó Tomás con ánimo y resolucion grande, exhortando á los otros á que le siguiesen, esponiéndose como él á todo, uniéndose á las disposiciones de su coraron y á su espíritu de sacrificio; pero muy luego experimentó que no era tan intrépido como se lisongeaba. Continuaron Jesus y sus discípulos su marcha hácia Jerusalem, y durante el camino se les agregó una multitud de fieles deseosos de oir sus discursos y de presenciar sus milagros, hasta que llegaron por fin al lugar donde habia de obrar uno, de los mas singulares y estraordinarios que jamás habia obrado.

Es innegable que si hubiera habido en los judios menos incredulidad y prevencion contra Jesus, era esta la ocasion mas favorable para que hubiesen creido en él. Pero Jerusalem estaba gobernada por hombres ambiciosos; los sabios estaban preocupados, los sacerdotes eran interesados y envidiosos, y el pueblo estaba corrompido; por consiguiente, el gran milagro debia irritarles mas, conmover todas estas pasiones, y obligarles á pedir con mas tumultuosa agitacion la muerte de Jesus.

El castillo de Betania se hallaba por otra parte inundado de habitantes de Jerusalem que habian ido á visitar á Maria y á Marta, las que eran personas muy considerables en la ciudad, y á las que por tanto debian ofrecer obsequios, y condolerse con ellas sobre la muerte de su hermano. Pero esta continuacion de visitas, y la manifestacion de estas atenciones eran un consuelo muy triste é ineficaz respecto del que se prometian de Jesus cuando le dieron parte de sus temores. Al tiempo que se anunció á las desconsoladas hermanas la proximidad del consolador verdadero, sin atender Marta que la casa estaba llena de los personajes mas ilustres de Jerusalem, se levantó con la mayor precipitacion, corrió á buscar al Maestro divino, y tan luego como le vió se arrojó á sus pies, y deshecha en un mar de lágrimas le dijo: *ah Señor*, ¡qué desdicha para nosotras el que no hayas estado aquí durante la enfermedad de mi hermano! Vos le hubierais dado la salud con sola una de vuestras palabras. Vos no hubierais permitido que muriese á nuestra vista. Lo que fué darle quejas amorosas, y decirle: ¿qué haciais entonces? ¿Y cómo nos habeis faltado en una necesidad tan grande? Pero ya os veo, y con eso me consuelo. Bien sé lo que podeis; no he olvidado la respuesta que enviasteis. Dios no os niega cosa alguna de cuanto le pedis. San Crisóstomo advierte, que al marchar Marta esta vez hácia Jesucristo no llevó consigo á su hermana Maria, porque queria hablarle particularmente y referirle todo lo que habia pasado; cuando empero despues de esta primera entrevista sintió mas reanimada la esperanza de su corazon, entonces fué y llamó en secreto á su hermana Maria y la dijo: *aquí está el Maestro y te llama*. Y San Agustin nota, que llamar en silencio Marta á su hermana Maria, fué para que no se marchasen los judios que habian concurrido de Jerusalem al castillo de Betania, y tuviesen ocasion de ser testigos del milagro.

La indicacion de Marta á Maria bastó para que se levantase inmediatamente y fuese en busca de Jesus, lo que visto por los concurrentes la fueron siguiendo firmemente persuadidos de que se iba al sepulcro de su hermano para llorar. Su admiracion empero y su sorpresa crecieron de punto cuando vieron que se arrojaba á los pies del Maestro Divino. Su Magestad no habia dado un paso con sus discípulos y permanecia en el mismo parage donde Marta le habia hablado, pues no queria entrar en el castillo de los hermanos hasta despues de haber resucitado á su amigo; y Maria, que sabia que Jesus era el consolador verdadero de las almas, arrojándose á sus pies, le habló cuasi con las mismas espresiones

con que lo habia verificado Marta. El Señor respondió á entrambas con una verdad general, que aunque dejaba entrever su intencion, no la descubria del todo. Tu hermano resucitará, habia dicho á Marta; y ella habia respondido: sé que resucitará en el dia novísimo, esto es, al tiempo de la resurreccion general de todos los muertos; así lo creo, y esta es la creencia de todo Israel. Tambien debes saber continuo Jesus, que Yo soy la resurreccion y la vida; que cualquiera que cree en Mí, aunque esperimente una muerte transitoria en la tierra, vivirá eternamente en el cielo. Que cualquiera que vive y cree en Mí pasará por la muerte, pero Yo le resucitaré y vivirá eternamente en la gloria. ¿Crees esto? Dijo el Señor á Marta; sí Señor, respondió ella, yo lo creo, y creo tambien que sois el Cristo Hijo de Dios vivo que habeis venido al mundo.

Parece muy natural que estas fuesen las espresiones con que despues de la muerte de su hermano se consolasen Marta y Maria en la ausencia de Jesus, puesto que sus espresiones al Salvador parecian dictadas por un mismo espíritu; pero como ambas á dos vivian de la fé, no tenian necesidad de concertarse y convenirse para producirse con un mismo language. Pero es preciso confesar, que el carácter de Maria tenia alguna cosa de mas vivo y mas tierno, su corazon era sin duda mas sensible, y la gracia que en ella hacia obrar á la naturaleza la habia perfeccionado sin destruirla. Las lágrimas se le saltaron de los ojos tan luego como Jesus tomó en boca el nombre de su hermano, y bien presto se vió bañada de ellas; y los judios que la habian seguido tampoco pudieron menos de llorar. Enterneciósse sobremanera el corazon de Jesus al ver la ternura de Maria, y la conmocion interior de cuantos se hallaban presentes; aunque conocia bien que era cosa inútil para la multitud de aquellos hombres endurecidos el ir á obrar á su vista el mayor de los milagros que hasta entonces habia obrado. No desconocia Jesus, que si bien por entonces guardaban á su vista atencion y urbanidad, bien presto mirarian á su adorable Persona como á objeto de insultos y de desprecio, despues de haber sido testigos de un prodigio sin ejemplo. Sin duda por esto se sobrecogió el Señor á su vista, exhaló un vehemente suspiro que nacia del fondo de su corazon, se entregó á una especie de turbacion extraordinaria, la que quiso se notara en su semblante, y despues de algunos momentos manifestó serenarse de un sobresalto que no habia querido suprimir; y dijo á los presentes con ademan modesto á la par que imponente y tranquilo: *Mostradme*

el lugar donde le enterrasteis. Venid, Señor, y vereis, le respondieron; mas al llegar Jesus cerca del sepulcro dejó correr algunas lágrimas de sus divinas pupilas. Leccion importante, por la que nos enseña que si nos está mandada la sumision y conformidad en la muerte de los amigos, no nos estan vedadas las lágrimas.

Notables eran las de Jesus, por consiguiente no podian pasar desapercibidas por unos hombres que sin duda tenian en ellas la mejor parte, aunque no lo pensaban; pero ni conocieron su motivo ni su precio, y atribuyéndolas á un amor puramente humano se decian los unos á los otros: *ved ahí cómo le amaba.* Poseidos otros del espíritu de blasfemia y de odio implacable, del que debian avergonzarse, decíanse entre sí con desenfrenado sarcasmo: ¿este hombre que obra tantos milagros, y que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, no podia haber impedido que su amigo muriese? Como si digeran: nos engañó en el primer prodigio, ó si no que nos diga de dónde proviene el que le falten las fuerzas para obrar uno en la presente necesidad? Por mas llenos de humanidad que parezcan estos discursos de los judios, es innegable que injuriaban atrocemente la omnipotencia y la bondad de Jesus, y escitaron de nuevo su indignacion. Suspiró otra vez, pero al parecer poseido de enojo, viéndose cercano á obrar un prodigio grande y extraordinario, pero que habia de hacer poca ó ninguna mella en el corazon de los incrédulos. Caminó hácia el sepulcro, que estaba cerrado con una enorme piedra, poseido empero de aquel funesto pensamiento que lo afligia, y al llegar al lugar oportuno detúvose y mandó que se abriera el sepulcro. Marta, la mayor de las dos hermanas, poseida de un dolor acervo, y derramando abundantes lágrimas, se arrojó á los pies del Salvador, y dijo: ¡Ah! ¿Señor, qué es lo que vais á hacer? Mi hermano está muerto cuatro dias hace, y el hedor de su cuerpo ha de ser insufrible. Ni desdeñó Jesus, ni condenó severamente la sana intencion de Marta; pero reprendió su poca fé, y la dijo: ¿No te acuerdas que te digo que si teneis fé vereis cómo Dios será glorificado?

Esta reprension amorosa no pudo menos de enardecer el corazon de Marta, obligándola á que ella misma diese el mayor impulso para que se ejecutasen con mayor presteza las órdenes del Salvador. Levantóse la piedra que cerraba el sepulcro, y tambien levantó Jesus sus ojos y su corazon al cielo, y dirigió á presencia de todos, en alta voz, esta tierna súplica y accion de gracias á su Eterno Padre, diciendo: *Padre mio, Yo os doy gracias porque me habeis oido y concedido lo que os he suplicado en el secreto de mi corazon. Yo sé bien*

que Vos me ois siempre, que á Vos me dirijo, y quiero ser oido; pero Yo no lo deseo sino es por conformarme con vuestra voluntad: y como este pueblo, que va á ser testigo de vuestro poder y del mio, no está bastante-mente instruido, quiero enseñarle que Vos sois el que habeis oido mi pe-ticion; para que así conozca que sois Vos el que me habeis enviado, y que siendo vuestro Hijo Dios, como Vos, nada negais á sus deseos.

La magestad y la grandeza resplandecian en el tono animoso y firmeza de voz con que Jesus hablaba. La divinidad se iba pintando y se traslucia en su semblante. Abierto ya el sepulcro se descubria en él por entre los lienzos en que estaba envuelto el cadaver sepultado de cuatro dias, y despidiendo un hedor mortífero. Poseidos de un terror espantoso, y sobrecogidos de un horror secreto, ni aun á respirar se atrevian todos los que estaban presentes. Solos los disci-pulos, acostumbrados á los milagros, se prometian sin duda ver en breve el mayor que jamás habian visto. Atónitas Marta y Maria lo esperaban con fé: los enemigos de Jesus lo estaban previendo y lo temían. El Hijo de Dios lo mandó, y se obró al instante. Levantó Jesus la voz, y con el tono y el imperio de la omnipotencia que solo convenia á su Magestad sobre la tierra, pronunció clara y distinta-mente estas tres palabras: *Lázaro, ven afuera*. Tenia el difunto ata-dos con cintas sus pies y sus manos: cubierto estaba su rostro con un sudario, y todo su cuerpo envuelto en un lienzo. En este estado se levanta Lázaro, obediente á la voz de su Dios y Señor, y se deja ver lleno de vida y de salud. El que en los dias de la creacion soltó su aliento divino, abrió su boca eterna, y dijo, y todo quedó hecho; y mandó, y todo quedó criado; bien podia al imperio de su voz rea-nimar la tierra podrida, y hacer que cobrase nuevos alientos de vida. La magestad y la grandeza de Dios brillan en el Cielo y en la tierra, en la creacion del mundo y en la resurreccion de Lázaro; y con semejantes obras atestigua el Señor su omnipotencia y poder. Que lo desaten, dijo Jesus, y que lo dejen en libertad para que ca-mine. Fué obedecido el Salvador, y Lázaro se juntó con la comitiva y caminó con ella á su casa de Betania.

Cuando los Evangelistas sagrados cubren con el velo del silencio las esclarecidas páginas de este suceso admirable, y nada nos dicen de los afectos y sentimientos del muerto resucitado, del gozo y ale-gria de las dos hermanas, de los trasportes y demostraciones de su reconocimiento, y de lo que se afianzó la fé en sus corazones, en los de los Apóstoles, y en los de otra porcion crecida de los judios de los que se hallaban presentes; justo es que nos sometamos tambien nosotros á los designios de la Providencia y que no entremos en la

investigacion y esplanacion de aquello que el Salvador quiso dejar como muy natural á la reflexion y consideracion de todos los que se hallaron presentes y de cuantos pudiesen llegar á tener noticia del prodigio que habia obrado. Por lo que mira á muchos de los judios que habian pasado á Betania para consolar á Marta y á Maria, no cabe duda que fué para ellos un favor muy precioso el haberlos escogido el Señor para testigos de un suceso tan importante y decisivo. Muchos de ellos se rindieron inmediatamente á la impresion de la gracia: creyeron en Jesucristo como enviado é Hijo de Dios anunciado por los Profetas, y aun algunos de ellos persuadidos que tenian en su mano una arma poderosa para vencer la incredulidad mas obstinada, corrieron á buscar á los fariseos, refiriéndoles circunstanciada y detalladamente cuanto acababan de presenciar y de ver. Nosotros hemos visto, dirian, lo que acaba de ejecutar Jesús Nazareno á quien perseguís. Ha dado la vida á Lázaro, difunto de cuatro dias, encerrado y corrompido en el sepulcro. Un milagro tan grande pone fuera de duda la divinidad de su persona, nosotros nos hemos inscrito en el número de sus discípulos, y hacemos alarde de creer en él.

Reflexiones tan juiciosas, fundadas en un hecho tan glorioso como reciente y público, hubiera sin duda convencido á cualesquiera incrédulos, con tal que conservasen algo de buena fé, asistiesen al predominio de la razon, y no se negasen á creer aquello para cuya justificacion se presentaban todos los motivos, para justificar la credibilidad. Pero solo consiguieron irritar mas y mas á unos hombres envidiosos, determinados por interés y por pasion á no creer pruebas algunas concluyentes en favor de un rival á quien querian perder. Asi fue, que instruidos los Pontífices del milagro y asustados por sus consecuencias que preveian, juntaron un gran consejo, donde hicieron entrar á los Pontífices y fariseos y á todas las cabezas de la religion judaica, el que fue presidido por Caifás, que era su Pontífice. ¿Qué importa que nada tuviesen ellos directamente contra la persona del Salvador, si estaban pegados al amor de las cosas presentes y al deseo de conservarlas? Solo esto bastaba para que persiguiesen á Cristo. El que está dominado del amor de las cosas presentes y visibles á trueque de no aventurar la esperanza ó la posesion de estas cosas, olvida los bienes invisibles, cuales son la verdad, la justicia, los intereses de Dios, y desprecia el temor de los males venideros con que amenaza Dios al mismo. Aun los mundanos suelen sacar la cara por Cristo, pero es cuando ayuda ó conviene al logro de sus deseos, ó cuadra con sus pasiones.

En este concilio, ó Sanhedrin, fue donde quedó resuelta la muerte de Cristo; y ved ahí los términos con que se explicó el que abrió la conferencia. Nosotros estamos quietos y tranquilos, y miramos con indiferencia el objeto mas digno de nuestras precauciones, y el que pide mas seria atencion y vigilancia. ¿Qué hacemos, y por qué dilatamos el tomar una resolucion que piden las circunstancias? Este hombre llamado Jesus, á quien inútilmente tanto tiempo há procuramos desacreditar, va teniendo cada dia mayor estimacion en todos los espíritus del pueblo. El hace milagros sin número, no oimos hablar de otra cosa, y ahora recientemente acaba de resucitar á un muerto de cuatro dias. ¿Qué haremos? Por desprecio llaman hombre solamente, al que sus obras mostraba tambien que era Dios. No decian creamos, sino *¿qué hacemos?* Confesaban la resurreccion de Lázaro, mas de ella hacian armas para consumir el proyècto inicuo que tenian maquinado contra su autor. Bien veian ellos que tales maravillas solo podia obrarlas quien tuviese de su parte la aprobacion de Dios, y estuviese animado de la piedad, de la verdad y de la justicia; pero el justo que asi obraba, el Hijo de Dios y Dios y hombre verdadero, tenia contra sí el haberse declarado contra las leyes mundanas que gobernaban á los miembros de aquel concilio. ¿Qué extraño será que sea juzgado en él, no por la rectitud de la ley de Dios, sino por el interés personal, por el odio de la verdad y la envidia. Asi es, que aunque atendido el preámbulo del concilio naturalmente, no podia salir de él sino una determinacion pacífica y muy honrosa al Hijo de Dios, sucedió todo lo contrario.

Cuando la injusticia, la venganza y el odio presiden los consejos y deliberaciones de los hombres, no pueden ser estas sino insensatas y sanguinarias, cubriéndose ordinariamente con el manto de la libertad y con el celo del bien público. Si dejamos, decian, por mas largo tiempo la libertad y la vida á este hombre, todo el mundo creará en El como acaban de hacerlo muchos de nuestros conciudadanos que han visto la resurreccion de Lázaro, y el pueblo se unirá para hacer su rey á Jesus Nazareno; y sucederá, que indignados los romanos vendrán en gruesos ejércitos, destruirán nuestra ciudad, nos quitarán nuestros destinos, despoblarán el pais de sus antiguos habitantes, á todos nos pasarán á cuchillo, y no será mas Palestina la tierra del pueblo de Dios. Otros males mayores y mas duraderos pudieran ellos temer de no proteger á Cristo, pero estos males no eran visibles ni presentes, y asi no cabian en el temor del hombre carnal, que solo teme los infortu-

mios y calamidades que tiene á la vista , porque solo ama los bienes y deleites caducos y transitorios. ¿Mas qué puede el hombre contra los consejos de Dios? ¿Quereis matarle para que no crean en El, y cabalmente su muerte ha de plantar la fé en la tierra? ¿No veis lo que está escrito en Isaías : si diere la vida por el pecado, veré una larga posteridad (1)? ¿Qué posteridad es esta , sino la descendencia del verdadero Abraham , padre de los espirituales creyentes? Levantado en esa Cruz donde le quereis enclavar , atraerá todas las cosas á sí. Ese será el trono de la misericordia para los miserables, fuente de todas las bendiciones, instrumento de la redencion, árbol de la vida : desde ese tribunal será juzgado el mundo cuyos partidarios sois vosotros, y destronado su principe , de quien sois ministros.

¿Temíase segun ellos mismos indicaban que viniesen los romanos, porque si el pueblo hubiese dado en la idea de proclamarle rey habrian infringido el mandato que de ellos tenian , de no poder nombrarse rey sin su intervencion ; de donde nacia el temor mas que respeto de contradecir al César. Con esta ceguedad no conocian habia llegado el tiempo predicho por los Profetas. Si temian al César y le respetaban como Emperador y Rey , y de él habian de recibir el que les gobernase ; *¿dónde habia ido á parar el poder de la Judea , y dónde estaba el cetro de la casa de Judá?* Temian que si todos creyesen en Cristo no quedaria gente bastante para defender la ciudad y el templo contra el poder de los romanos, porque miraban á Cristo y á sus doctrinas como contrarias á la ley de Moisés y á las de su nacion y pais. Temian y consultaban entre sí , pero entonces se verificó el dicho de David : *allí temblaron de temor donde no habia que temer* (2). Si hubiesen creido en Cristo y no lo hubiesen muerto, no hubieran perdido ni su lugar ni su gente; pero porque no temieron matarle, por esto todo lo perdieron. Los romanos no les quitaron su dominio hasta despues de la Pasion y muerte , y de la glorificacion de Jesus. Temieron perder las cosas temporales y no cuidaron de las eternas , y asi perdieron las unas y las otras. El temor de los escribas y fariseos era vano y de todo punto inverosimil , y ellos mismos lo confesaban, pues decian : *si lo dejamos asi , todos creerán en El*. El temor, era pues , el que creyesen en Jesus. ¡Insensatos! ¿Ignoraban que el que daba vista á los ciegos, vida á los muertos , y gracia á tantos de su gente para que creyesen en El y le siguiesen , podia tambien atraer á si á los ro-

(1) Isaías. cap. 53. v. 10.

(2) Ps. 13. v.

manos y hacer que le creyeran? ¿Y esta es la desolacion tan temida que creyéndole á El y no á vosotros, quede arrimada esa miserable reputacion que os grangeais con la hipocresia? No conocieron bien los incrédulos hasta en adelante la inconsecuencia de su razonamiento, y la verdad de las predicciones contrarias que les hacia Jesucristo. No por haber reconocido á su rey verdadero, sino es por haberlo desconocido, fueron oprimidos de todos los males que manifestaban temer.

Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era Pontífice en aquel año, tomó la palabra, y en razon y uso de su autoridad les dijo: *Vosotros no sabeis nada ni pensais que conviene que muera un hombre por el pueblo, y que no perezca toda la nacion.* Profecia fatal y principio funestísimo, de donde ha nacido en miles de ocasiones el que inocentes y justos, que regularmente siempre son los menos, hayan perecido en manos de los perversos é injustos, que por lo ordinario siempre son los mas. El bien comun dicen es preferible al particular, por lo que importa poco que perezca uno para que se salvé la comunidad. La envidia y la saña contra Jesus trastornaron su juicio y razon, porque en ningun caso ni ocasion es lícito matar al inocente y justo; pues con esto, lejos de procurarse el bien comun, se procuran los medios de destruir; por lo que aquel mismo mal que creian evitar por la muerte de Cristo, vino sobre ellos porque la verificaron. En pena de este pecado entraron los romanos en Jerusalem cuarenta y dos años despues de la Pasion de Cristo, y destruyeron completamente la Sinagoga, la ciudad y el templo. Para Caifás era delito andar en dudas y deliberaciones para resolver este caso. En la balanza de su corazon pesaba mas el interés personal y el dictámen de las pasiones, que la causa de la justicia y el peso de la verdad; el miedo incierto de la ruina temporal, que el temor sótido y fundado de los juicios de Dios. Y así trató de necios á los que se detenian un punto en resolver la importantísima cuestion que les habia presentado. Astuto y sagaz como los falsos políticos y hombres de mala fe, doró sus aficiones, resentimientos y odios personales con los pretestos del bien público, de la tranquilidad del Estado y del adelantamiento de la nacion. Como si no fuese posible que aun los que atienden al bien comun, no estuviesen espuestos á preferir los intereses materiales y personales, á las leyes de la verdad y de la justicia; siendo como es muy fácil, que los hombres de autoridad atropellén sin escrúpulo alguno la ley de Dios, teniendo aun la osadia de pretender gracias por ello.

Orgullosos Caifás por la concepcion de su plan infernal , creyó cumpliria con los deberes de honor y justicia , si á la felicidad imaginaria del pueblo sacrificaba la inocencia, la santidad y la justicia de su verdadero libertador. Sea ó no justo, decia, sea ó no Profeta, sea ó no el Cristo prometido en la Ley , nada importa. El creer en Jesus puede desagradar á los romanos , esto es lo que interesa, pues no creamos en El. Para la gente carnal , mas temible era desagradar á un pueblo idólatra que al verdadero Dios. Mayor mal es la pérdida de los bienes del mundo que la de la eterna felicidad. Porque moviéndose en todo por el interés de las pasiones y por el amor de las cosas presentes, no hacen caso de la ley de Dios ni de las razones espirituales que inspira la fé acerca de las cosas venideras. Pero cuando Caifás pronunció este oráculo, que se dirigia á condenar á muerte al mas santo de los hombres, pronunció, sin entenderlo, un misterio profético, el cual jamás hubiera pronunciado si lo hubiese conocido. Hablaba Dios por aquella boca sacrilega como por la boca de uno de sus ministros, que en medio de ser indigno de la dignidad que poseia , profetizaba y decia la verdad por solo el caracter que tenia. Hablaba bien y pensaba mal; su entendimiento estaba ciego y su corazon apasionado; pero se habia reservado el Dueño Soberano el dominio y manejo de su lengua; y porque el mal sacerdote se hallaba revestido de la dignidad pontifical, á él era á quien tocaba pronunciar los oráculos: y vino á ser profeta sin quererlo ser, y aun sin saber que lo era. El y todos los de su consejo temian la desolacion de su pais mas que la pérdida de sus almas. Por lo menos este temor falso ó verdadero fué el pretesto que tomaron para determinar entre sí mismos desde aquel dia que era preciso que Jesus muriese.

No siempre es la profecia, dice San Agustin (1), una señal manifiesta de santidad, como se ve en Caifás. Honró Dios en este mal Pontífice la alteza de su dignidad, sirviéndose de su injusto juicio para anunciar por su boca el sacrificio del Hijo del hombre, y el fruto de aquella muerte, que habia de convertir un gran número de judios, y agregar los gentiles á la unidad, á la santidad y á la universalidad de la fé. Santo es el sacerdocio, aun en los que lo profanan con sus malas costumbres: respetable y digna de crédito es la verdad, aun en boca de los que la persiguen. Segun él era conveniente que Jesucristo muriese por su nacion, y no solamente por su nacion, como notó el historiador sagrado, sino es para juntar de la

(1) Div. Augustin. Tract. 49. in Joan.

dispersion á todos los hijos de Dios, para unirlos en su Iglesia, comprada á precio de su sangre, y para hacer entrar á todas las naciones en un mismo redil, y bajo la conducta de un mismo Pastor. Este era el sentido de las palabras de Caifás, segun él profetizaba lo que estaba muy lejos de su corazon. Anás, su suegro y su colega en el Pontificado, no tuvo como él el don de profecia. No porque no se hallase elevado á la misma dignidad que su yerno, y porque esta dignidad no fuese perpétua, sino es porque no ejercia las funciones principales de ella durante aquel año, que segun la opinion mas probable era el treinta y tres y último de la vida de Cristo.

No era una ordenacion ú ordenanza de la Ley el que hubiese dos Pontífices que fuesen alternando por años en las principales funciones del sacerdocio, sino un efecto de la ambicion de los judios y de la avaricia de los romanos, porque con arregló á aquella no debia haber mas que un Sumo Sacerdote, y este debia serlo por toda la vida; pero como los romanos se habian apropiado el derecho de nombrarlo, nombraban uno, dos ó mas, segun era el número de pretendientes, y el tanto que pagaban para obtener aquella suprema dignidad. Anás y Caifás turnaban por un año en el ejercicio; el que entraba en el *Sancta Sanctorum* en la fiesta de la *Espiacion* era el Pontífice del año corriente; de manera que se miraban como Pontífices que alternaban, no en cuanto á la dignidad, que nunca perdian, sino es por lo que toca á las funciones que ejercian por su turno. La prediccion de Caifás escitó la cólera y la indignacion de todos y se pronunció la sentencia de muerte contra Jesus; siendo muy digno de notar que en aquel concilio entraron los hombres de mayor reputacion, ciencia, sabiduria y de mayor virtud al parecer que habia en Jerusalem.

Estos hombres, presumidos de sabios, olvidaron repentinamente un crecido número de profecias y un cúmulo inmenso de milagros que cada dia se obraban á su vista, y que por lo mismo no se podian contradecir; y se tomó la impia resolucion de hacer morir injustamente al Profeta mas grande que jamás habia visto su nacion. Olvidaron que aquel hombre se llamaba Cristo, que habia aparecido con todas sus señales y en el tiempo mismo en que se esperaba, y apoyaron su resolucion con los motivos mas capaces de hacer respetable la Persona y los dias de aquel, y lograr que fuese adorado por Hijo de Dios. Cuánto pues no deberán temerse los consejos y las resoluciones de los hombres, cuando la pasion, las preocupaciones y el interés toman el lugar que en su corazon debieran tener la justicia, la razon y las reglas que la religion sugiere, para que nunca

la virtud y la inocencia sean atropelladas por la injusticia y la sinrazon. Los pueblos se ven corrompidos con la apariencia de la autoridad, y suponiendo sin examen alguno que la justicia reside donde debia hallarse, se estravian fácilmente por los depravados consejos de los que se ingieren á conducirlos y gobernarlos. Este fué uno, y acaso el mas firme apoyo de ejecutar la maldad mucho tiempo antes proyectada. Los fariseos tenian muy adentro del corazon el deseo de acabar con Jesus: el Senado amenazaba con severísimas penas al que creyese que El era el Mesias: los sacerdotes y los doctores de la Ley le habian armado mil lazos para sacarle reo de estado y de religion; y aunque hasta entonces nada habian resuelto por temor al mismo pueblo, inflamados los ánimos por la profecia de Caifás cambiaron repentinamente todos sus corazones. Lo que antes solo era un proyecto ó deseo de matar á Jesus, se convirtió en una resolucion absoluta que trataron desde luego de poner por obra. ¡Oh, y cuánto influye en la desmoralizacion de un pueblo y de los magistrados subalternos el escándalo que en muchas ocasiones da el que preside con sus malos consejos y doctrinas! No es extraño que al contemplarlo San Agustin esclame y diga: ¡Oh consejo detestable! ¡Oh pésimos gefes del pueblo! ¡Oh perversísimos consejeros! ¿Qué haceis, miserables? ¿Qué furor tan extraordinario es el que os agita? ¿Qué ordenacion es esta tan atroz? ¿Qué resolucion y qué propósito? ¿Qué causa, en fin, es la que os mueve á una tan espantosa conjuracion contra Jesucristo? ¿No está El mismo por ventura en medio de vosotros, aunque no le conocéis, y entiende todas vuestras palabras y escudriña todos vuestros mas ocultos pensamientos? Sucederá, si, como determinasteis, pero no será por vuestra deliberacion, sino porque llegó la hora, y el Padre lo entregará en vuestras manos.

En efecto: muchos siglos hacia que el Espíritu de Dios habia confiado á las Escrituras la prediccion circunstanciada de los errores groseros de este tribunal, incompetente en punto del Mesias futuro. Segun los oráculos de los Profetas, convenia creer que Cristo seria desconocido por los príncipes de su pueblo, y condenado á muerte por el Senado de su nacion. Los violentos procederés de la sinagoga contra su verdadero Rey, previstos y anunciados, como una de las señales con que debian reconocerle, no formaban prescripcion alguna admisible contra sus legítimas pretensiones, y eran una condenacion clara de aquellos de quien nacia. En falta de la autoridad de un tribunal que diese á conocer con toda claridad al Mesias enviado, autorizándole tan completamente sus doctrinas y los por-

tentos y milagros que obraba ; pertenecia á Dios hacer tan evidentemente creible la mision de su Hijo, que no pudiera ser dudosa ni sospechosa á personas de un corazon recto y de buena voluntad. A los judios que conocian y sabian el tiempo señalado para la venida de Cristo tocaba estudiar y considerar bien á Jesus, que se daba públicamente por el Mesias anunciado y por el Legislador prometido. Mas de treinta y dos años hacia que habia venido Jesus al mundo, en el tiempo preciso en que era el Mesias esperado. Era Hijo de una Virgen: su nacimiento habia sido anunciado á los judios y á los gentiles: se habia dado á conocer en medio de las naciones idólatras, y en toda su vida no habia hecho otra cosa sino perfeccionar en su Persona el retrato entero de Cristo, con su doctrina, con su santidad, con sus milagros y con el cumplimiento literal de todas las profecias que miraban á aquella. Las almas crédulas y sencillas, los hombres de buena fé, y todas las personas que tenian en su corazon el espíritu de la Ley, no le negaron la confianza pública: no obstante eso, aun no estaba todo concluido, y la resurreccion de un muerto de cuatro dias, y corrompido en el sepulcro, elevaba todos los antecedentes de Jesus al grado mas alto de la evidencia para que fuese reconocido por el Mesias. Pero el último golpe decisivo era la muerte de Cristo en una cruz, ordenada por la sinagoga, padecida de mano de los estrangeros, acompañada de las circunstancias profetizadas, seguida despues de tres dias de su gloriosa resurreccion, y coronada con la ascension á la diestra de su Padre. Esta era puntualmente la señal del Profeta Jonás, la que llamaba sin cesar á los espíritus que en su tiempo se tenian por fuertes, y á los incrédulos de su nacion; la que verificada, ninguna duda debia quedarles de que aquel era el Mesias por quien tanto sus padres habian suspirado.

Aunque esta hora y este tiempo se acercaba mucho, no habia llegado, y convenia manifestar que se tomaban precauciones para evitar la persecucion de los judios. Despues de la resurreccion de Lázaro, salió de los contornos de Jerusalem, donde nadie lo juzgaba seguro contra las sorpresas y la violencia de una liga casi general. Dejó la casa donde habia obrado aquel tan interesante y ruidoso prodigio, y resuelto á volver á ella despues de algunos dias, pasó á un parage que se llamaba los desiertos de Judea, donde se hallaba la pequeña ciudad Ephren, distante de la capital cerca de ocho horas de camino. El Adan terreno quiso esconderse de Dios; el Adan celestial se esconde de los hombres. El primero mostró en su fuga el espanto y terror que le habia causado su inobediencia: el

segundo se ausenta con infinito poder, para aguardar el tiempo del sacrificio que el Padre habia determinado. Gran consuelo es para los defensores de la verdad ver á la verdad misma oculta, fugitiva, blasfemada y perseguida de muerte. Este ha sido el gozo de los mártires; este el regalo de los confesores de Cristo; este es ahora y será siempre el aliento de aquellos que por seguirle á El se aventuran al odio y á la persecucion del mundo que es su enemigo. Envidiable empero es la ciudad que acoge á Cristo perseguido; imítanla los cristianos celosos que defienden la causa de Dios contra las sátiras de la gente libre, que tan de sobra anda por el mundo. Espantoso juicio es este; pasar Cristo de los campos fértiles de la Judea á la tierra seca y estéril de los gentiles, para derramar en ella la fecundidad de la gracia que habia desmerecido la sinagoga. ¡Ay del odio y de la ojeriza contra la verdad! Pecado es este enormísimo, el cual suele castigar Dios con la ceguedad y dureza penal, que es como un correo de la final impenitencia. Si el hombre cuyo corazon anda extraviado, y niega voluntariamente la verdad, ó la repudia y la abandona, despues que tuvo la dicha de conocerla, fuese capaz de comprender toda la terribilidad de esta espantosa amenaza, seguramente que abandonaria su error y volveria reconocido á buscar á Jesucristo para unirse estrechamente con El. No pertenecen á la escuela del Salvador los que le abandonan en los tiempos ásperos, y no se unen mas íntimamente con El cuando se encona y sube de punto la ira y el furor de sus enemigos. Ejemplo nuestro fue el apartarse Cristo á la soledad en los dias próximos á su muerte. ¿Cómo nos prometemos morir cristianamente si con Cristo y como Cristo no nos preparamos? Un grano pequeño produce un grande árbol; asi es como siempre debemos adelantar y crecer. Un hijo debe semejar-se á su padre; una imagen á su original; un efecto á su causa; un discípulo á su maestro; un soldado á su capitan. Sed perfectos, como vuestro Padre es perfecto; haced, dice nuestro Grande Capitan, lo que veis que yo hago; escuchad mis palabras, é imitad mis ejemplos. El que no se aproveche en la escuela de Jesucristo, no merece ser su discípulo. Es necesario trabajar mucho para llegar á la perfeccion y gozar de la tranquilidad del espíritu. Dios posee su felicidad sin movimiento ni fatiga; pero el hombre no consigue la suya sin muchos afanes. Nunca será feliz como no se haga mucha violencia. Jesucristo huye y al parecer se esconde antes de entrar en lucha con la muerte. Prepárate con la huida del mundo para cuando llegue aquella hora, y vencerás en ella.

ORACION.

Benignísimo Jesus , que te dignaste resucitar á Lázaro despues de cuatro días de muerto y corrompido en el sepulcro ; que le hiciste desatar las ligaduras con que estaba atado para que pudiese caminar con libertad ; muévase , te ruego , tus entrañas de misericordia sobre este pecador miserable , atado con las ligaduras de la mala costumbre , sepultado y corrompido en el fétido sepulcro del pecado ; y ya que por el grande amor que tenias á tu amigo , lloraste sobre su sepulcro , sean tus lágrimas , oh Jesus mio , principio del dolor con que debo yo llorar mis pecados. No llore mas desde hoy en adelante por la carestia y falta de los bienes terrenos , sino la pérdida de tu gracia y de tu amor , por la cual estoy muerto á tus ojos. Ven á mí , Señor ; ven á esta alma redimida por Tí. Ven y sácame del sepulcro de la muerte y del seno de la podredumbre donde me hallo sumergido , para que reviva con la benigna influencia de tu gracia. Tú eres , Señor , el Angel del gran consejo , y sin embargo permitiste que se reuniera contra Tí el consejo de los malignantes , á los que no quisiste resistir con tu omnipotencia , prefiriendo darme el ejemplo de huir por el camino de la resignacion y de la paciencia ; no me abandones , pues , en las aflicciones y penalidades de la vida , dirigiéndome por el camino recto cuando fueren errados mis juicios , y librándome de ser juzgado por los consejos inicuos y temerarios de los hombres. Séate yo , Jesus mio , compañero fiel en la persecucion que padeces de parte del mundo , para que viviendo constantemente unido á Tí en esta vida por gracia , merezca al salir de ella poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al undécimo del Evangelio de San Juan , desde el versículo 1.^o hasta el 54.

La Iglesia usa de este mismo testo para el Evangelio del viernes de la cuarta semana de Cuaresma desde el versículo 4.^o hasta el 45.

Y para el Evangelio de la Misa del viernes de Pasion , desde el versículo 47 hasta el 54 , todos inclusive : unos y otros dicen asi :

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.

San Juan , cap. XI , vs. 1 al 45.

En aquel tiempo estaba enfermo un hombre llamado Lázaro , de Betania , aldea de Maria y Marta , sus hermanas (y Maria era la que

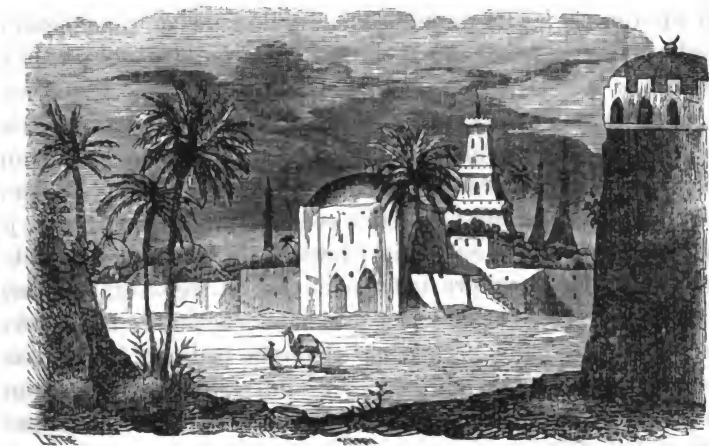
ungió al Señor con el unguento y le enjugó los pies con sus cabellos; cuyo hermano Lázaro estaba enfermo). Envióle pues á decir sus hermanas : Señor, mira que el que amas está enfermo. Oyendo esto Jesus, les dijo: esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios. Amaba Jesus á Marta y á su hermana Maria y á Lázaro. Habiendo pues oído que estaba enfermo, se detuvo aun dos dias en aquel lugar. Despues de esto, dijo á sus discípulos: vamos otra vez á Judea. Dícele los discípulos: Maestro, hace poco que los judios te querian apedrear ¿y vas allá otra vez? Respondió Jesus: por ventura no son doce las horas del dia? El que anduviere de dia no tropieza, porque ve la luz de este mundo: mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, añadió: Lázaro nuestro amigo duerme; pero voy Yo á despertarle del sueño. Digéronle sus discípulos: Señor, si duerme, sano estará. Habia dicho esto Jesus de la muerte de Lázaro; mas ellos pensaron que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesus claramente: Lázaro es muerto, y Yo por vosotros me alegro de no haberme encontrado allí, para que creais. Pero vamos allí, dijo entonces Tomás, llamado Didimo, á sus condiscípulos: vamos tambien nosotros á morir con él. Llegó pues Jesus, y halló que habia cuatro dias que estaba en el sepulcro (distaba Betania de Jerusalem como quince estádios). Y habian ido muchos judios á consolar á Marta y á Maria por la muerte de su hermano. Marta pues, luego que oyó que Jesus venia, le salió al camino, y Maria se quedó en casa. Dijo pues Marta á Jesus: Señor, si hubieras estado aqui, no hubiera muerto mi hermano; mas tambien sé que aun ahora todo lo que pidieres á Dios te lo concederá Dios. Dícele Jesus: resucitará tu hermano. Dícele Marta: sé que resucitará en la resurreccion en el postrero dia. Díjole Jesus: Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en Mí no morirá eternamente. ¿Crees esto? Díjole: Sí Señor, creído tengo que Tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Dicho esto, se fue y llamó en secreto á Maria su hermana, diciendo: aqui está el Maestro y te llama. Ella, oído esto, levántase al punto y viene á Él; porque aun no habia llegado Jesus á la aldea, mas todavía estaba en el sitio donde Marta le salió á recibir. Entonces los judios que estaban con ella en casa consolándola, como vieron que Maria tan de prisa se habia levantado y salido, la siguieron diciendo: que va al sepulcro á llorar allí. Maria pues, habiendo llegado á donde estaba Jesus, viéndole, se le echó á los pies y le dice: Se-

ñor, si hubieras estado aqui no hubiera muerto mi hermano. Jesus entonces, viéndola llorar, y á los judios que habian ido con ella tambien llorando, conmovióse en el espíritu, y se turbó asimismo, y dijo: ¿dónde le pusisteis? Dícenle: Señor, ven y velo. Y lloró Jesus. Y digeron los judios: mirad como le amaba. Y algunos de ellos digeron: este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no pudiera haber hecho que este no muriese? Y Jesus, conmoviéndose otra vez en sí mismo; fue al sepulcro. Este era una cueva, la cual tenia una losa encima. Dijo Jesus: quitad la losa. Dícele Marta: Señor, hiede ya, que es de cuatro días. Dícele Jesus: ¿no te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa: y Jesus, levantando otra vez los ojos, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oido. Bien sabia yo que siempre me oyes; mas por la gente que está en mí rededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado. Habiendo dicho esto, clamó en alta voz: Lázaro, ven fuera; y al punto salió el que habia muerto, atados los pies y las manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Díjoles Jesus: desatadle y dejadle ir. Entonces muchos de los judios que habian ido á ver á Maria y á Marta y vieron lo que hizo Jesus, creyeron en El.

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEMANA DE PASION.

San Juan, cap. XI, vs. 47 al 54.

En aquel tiempo, los pontífices y los fariseos juntaron concilio contra Jesus, y dijeron: ¿qué hacemos? que este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en El y vendrán los romanos y arruinarán nuestro pueblo y nuestra nacion. Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: vosotros no sabeis nada, ni pensais que os conviene, que muera un hombre por el pueblo, y que no perezca toda la nacion. Pero esto no lo dijo de suyo; mas como era pontífice aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion; y no solo por aquella nacion, mas tambien para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel dia maquinaban cómo matarian á Jesus. De manera que Jesus ya no andaba públicamente entre los judios; mas fuese á la tierra que está junto al desierto á una ciudad que se llama Ephrem, y allí se estaba con sus discípulos.



CAPITULO XVI.

CURA EL SEÑOR A DIEZ LEPROSOS: LOS SAMARITANOS SE NIEGAN A RECIBIRLE.

Corrian con mucha velocidad los dias, y los sucesos de la vida de Jesus se multiplicaban tambien con la mayor rapidez, porque queria dejar perfectamente consumada la obra que su Padre le habia confiado, dándose á conocer á judios y gentiles, á paganos é idólatras, y á todas las naciones de la tierra, cualquiera que fuese la obscuridad y la sombra en que viviesen. No sabemos á qué distancia de la ciudad santa se encontraria Jesus cuando obró otro de los mas singulares prodigios que acostumbraba en beneficio de diez desventurados, cuyos actos de caridad y beneficencia eran el único alivio que concedia á las fatigas de sus viages, que no por eso dejaba de emplear en obsequio de la instruccion de cuantos le acompañaban y seguian. Habia pasado Jesus por en medio de Samaria y

de Galilea , cuando llegando á un burgo ó canton de esta última provincia , le salieron al encuentro diez leprosos , aunque sin acercarse á El , porque la ley lo prohibia , y levantando cuanto pudieron la voz , le dijeron : *Jesus , Maestro y Doctor de Israel , tened piedad de nosotros.*

Segun la narracion de San Lucas , parece que no todos eran de una misma religion , aunque los habia juntado la miseria comun , y el deseo de recobrar la salud los impelia á buscar con afan al único que podia dársela. No habia comercio ó comunion entre judios y samaritanos , pero habia pasado Jesus por medio de ambas ciudades , y como siempre la fama de sus milagros era el clarin sonoro que le precedia , de una y otra habian acudido á El los necesitados á quienes habia hermanado el mismo padecer. Maravíllanos el ver esta multitud de leprosos , y no nos espanta el mayor número de pecadores que ellos representaban. ¡Cuántos de estos se unen en los afectos y en los proyectos malos , y cuán pocos para solicitar y pedir su remedio ! Si tanto asco causa la lepra á los ojos del cuerpo , ¿qué honra nos causaria el pecado si supiesemos contemplarle con viva fé? ¿Y quién podria sufrir la presencia de tantas gentes como viven en pecado mortal , si quitasemos el velo de todas las apariencias que deslumbran los ojos de la carne , y se mostrase la lepra espiritual que tiene su corazón tan afeado y desfigurado? Mandaba la ley que nadie tuviese comercio con los leprosos , y que fuesen echados de los pueblos. Tan triste era su condicion como la de los difuntos. Viva imagen de un cristiano que peca , el cual es arrojado de la verdadera Jerusalem su patria , desmerece el nombre de Hijo de Dios , y ya no pertenece á los que viven del espíritu de Dios , que es su gracia ; sino á los muertos que viven del espíritu del mundo. ¿Qué diremos del que teniendo en sí , y tal vez amando la lepra del pecado , quiere ser admitido entre los limpios á la participacion de los santos misterios? No es extraño que aquellos leprosos que estos otros representaban , arrojados de la ciudad clamasen al Salvador en alta voz , pues ningun otro recurso le queda al miserable , sino la agena misericordia.

Fueron oidas sus súplicas , y el Salvador , que hace alarde de consolar á los que á El acuden , no tardó ni un solo instante en prodigarles el que le pedian ; y les dijo : *Id , mostraos á los sacerdotes.* Sucedió esto cuando ya el Salvador por causa de Judas , habia comenzado á disimular su potestad en la operacion de los milagros. Por lo mismo sin dejar que llegasen á El , se contentó con decirles en alta voz que se presentasen á los sacerdotes , los cuales

solo tenían derecho para juzgar de la curacion de la lepra, y restablecer á los leprosos en la sociedad civil, despues de espiados por medio del sacrificio. Por consiguiente parecia suponer la órden de Jesus que ya estaban curados. En verdad no lo estaban, pero la idea que tenían del poder y de la sabiduria del médico cuyo socorro habian implorado, les hizo juzgar que lo estarían antes de su arribo; en lo que no se engañaron; pues caminando con esta confianza, estando aun en el camino desapareció la lepra.

El evangelista no nos dice, sino que Jesus los miró y los curó. Esta es aquella mirada de la infinita piedad que humilla el corazon, y le deja taladrado de dolor y convertido. A la vista y mirada de Jesus sucedió el mandato; pero es preciso advertir que habia precedido la súplica; esto es, la oracion. Esta fué oída y bien despachada, porque la acompañaba la sumision y la signió la pronta obediencia; lo que nos enseña que es vana la oracion si no está acompañada de la humildad, y que es estéril é infructuosa la penitencia que no se sujeta á las leyes y al órden que tiene establecido la Iglesia. El milagro de la curacion no les impidió el obedecer la órden que habian recibido. Presentáronse á los sacerdotes, é hicieron autenticar su cura; separándose despues, y uno de ellos al ver que estaba limpio, volvió glorificando á Dios, á presencia de todos los que acompañaban al Salvador, dándole gracias en alta voz. ¡Cuántos abren la boca para pedir á Dios, y cuán pocos para darle gracias! Muy escaso anda entre los fieles el espíritu de gratitud: oramos por nuestros intereses, pero sin cuidar de que resulte á Dios la gloria, que por tantos títulos se le debe. Nada mas propio que orar cuando se ve uno atribulado, pero nada mas justo que dar gracias cuando es atendido, y procurar no desmerecer la misericordia de aquel que premia suficientemente, vista la gratitud y la perseverancia.

El agradecido volvía por el camino alabando á Dios. No era su alabanza vana y su gratitud fingida, pues que en llegando á la presencia de su bienhechor, se postró á sus pies, pegó su rostro contra la tierra, y dió las mayores muestras de agradecido. ¡Qué bien parece á los pies de su bienhechor el hombre que confiesa su propia indignidad; y enaltece el bien que ha recibido! Si no es completo el agradecimiento que no va acompañado de la humildad, ¿qué diremos de los que viviendo en pecado se juzgan acreedores á la gracia de Dios; y cuentan con ella para el fin de su vida? Lo que es empero mas admirable y digno de reparo, es que el que manifestó tanta gratitud, era samaritano; esto es, uno de

TOMO III. 40

aquellos hombres que trataban los judios de estrangeros y de cismáticos; porque aunque descendientes de Jacob, se habian emancipado de la dominacion de Judea, y no reconocian la obligacion impuesta á todos los israelitas de adorar á Dios, y ofrecerle sacrificios en su templo de Jerusalem. No son siempre mas agradecidos á Dios y mas humildes, los que por educacion ó profesion estan consagrados á El largos años. Cayeron en la ingratitud los otros nueve judios que la condenaban, porque engañados por los sacerdotes á quienes se presentaron, no atribuyeron su curacion al milagro que Jesus habia obrado con ellos, sino á la observancia de la ley, presentándose á los sacerdotes.

Viendo Jesucristo á sus pies solo un samaritano, manifestó la extrañeza que le causaba esta novedad, y dijo: ¿no eran diez los que Yo he limpiado de la lepra? ¿Dónde quedan los otros nueve? No pregunta el Señor como ignorando, aunque bajo este concepto pregunta por los ingratos doliéndose de su ingratitud, y buscándoles da á entender que le son desconocidos; esto es, reprobados. Asi como el ingrato no reconoce el beneficio recibido de Dios, asi tambien desconoce el Señor al ingrato que le desprecia, y se hace como olvidadizo del beneficio recibido. ¿Quién no tiene la falta de fé y la sobra de orgullo de donde nació esta dureza judáica? Por la falta de fé desconocieron los judios el valor de los dones de Dios, y no cuidaron de agradecerlos como debian. El samaritano fiel, agradecido y humilde, condena á los judios soberbios, desconocidos é ingratos; por esto al contemplarle Jesus rendido á sus pies, le dijo: levántate y vuélvete á tu casa, tu fé es la que te ha salvado. Obedeció el leproso, y si segun la palabra del Médico Omnipotente, él debió el milagro á su fé y á su confianza, lugar tenemos de presumir que en adelante aun mereció favores mas grandes por su agradecimiento, y que este hizo de él uno de los mas fieles discípulos de su libertador.

Como Jesucristo queria andar muchas veces por los caminos y entrar en las ciudades ignorado y desconocido, en otras parece que preferia entrar en ellas con todo conocimiento de sus habitantes; y asi fué que queriendo pasar por última vez por la ciudad de Samaria con el objeto de dar á los samaritanos otras grandes é importantes lecciones, envió á dos de sus Apóstoles, á saber, Jaime y Juan, para que le preparasen hospedage. De esta ciudad, en otro tiempo tan populosa, apenas queda hoy rastro ó vestigio alguno. Ni una sola casa se registra en el anchuroso espacio que ella ocupó, y tan solo se observan en su distrito dos pequeñas iglesias: una so-

bre la eminencia de un monte en el mismo lugar que antes ocupaba el palacio de sus reyes, y la otra edificada en honor de San Juan Bautista, en la que fué sepultado el Santo precursor entre los cadáveres de los Profetas Abdías y Eliseo. Envidiosos los samaritanos de las glorias del templo de Jerusalem, y enemigos de todos los que concurrían allí para adorar á Dios, aborrecían á Jesus, no solo porque sabían el gran respeto que tenía á la ciudad santa y al templo, sino porque le veían inclinado á marchar allá con motivo de la celebracion de la última pascua, por lo que no quisieron recibirle en su ciudad ni aun darle hospedage; sobre lo que dice San Gerónimo (1): entre los samaritanos y los judíos había una gran discordancia sobre el lugar donde habían de dar culto y adoracion á Dios. Los samaritanos preferían el monte *Garizim* á Jerusalem, y viendo que Jesus marchaba á esta ciudad, á la que miraban como á su rival y enemiga, no quisieron recibirle; aunque parece que esto puede tener otra inteligencia. Puede decirse que fué voluntad del Señor Dios su Padre, el que no fuese recibido por los samaritanos, puesto que marchaba á Jerusalem para padecer y derramar su sangre, no fuese cosa que entretenido con la recepcion que los samaritanos le hiciesen, y ocupado en su enseñanza, difiriese el día de la Pasion que había venido á sufrir por los hombres. Así que, si marchando Jesus á Jerusalem le resistieron los samaritanos, también debes pensar tú que si al cielo quieres dirigir tus pasos, tendrás en la tierra riñas, odios y discordias que te harán la guerra; pero no desmayes y en cuanto puedas procura ser te útil á tí mismo.

No se alteró por esta repulsa el corazón mansísimo del Salvador, sino que quedó en medio de la mayor tranquilidad para darnos ejemplo de que cualquiera que sea la tribulacion que contra nosotros el mundo levante, debemos acudir á El, que es nuestro gozo y nuestra salud, animándonos con su ejemplo á padecer y sufrir con la mayor buena voluntad y alegría. Prueba es de un corazón pacífico y verdaderamente resignado y conformado con la voluntad de Dios, sentir pena cuando con gozos el mundo nos regala, y alegrarnos con cualesquiera pena y aflicciones con que quiere afligirnos. El modo de dulcificar nuestras penas es unir las con las de Cristo; y como estas son siempre infinitamente mayores que las que pueden sobrevenirnos, unidas las nuestras con aquellas, nos parecerán siempre sobremanera dulces.

Los dos Apóstoles, Jaime y Juan, se enardecieron en extremo,

(1) Div. Hieronim. quæst. 3. ad Aglaciam.

y viendo la ingratitud de los samaritanos para con su maestro, le dijeron de esta manera: Señor, quieres que digamos baje fuego del cielo y consuma á estos que no han querido recibirte? ¡Oh cuánta y cuán grande era la fé que tenían en Jesus, pues creían que con solo pedirle este permiso era muy suficiente para que se viese verificado su deseo! Pero Jesus estaba muy lejos de pensar como ellos: y si en otro tiempo fué con este motivo alabado el celo de Elias, en esta ocasion fué altamente reprobado el de sus Apóstoles. No era la caridad, ni el amor á la correccion verdadera, ni el deseo de ver acabada la malicia de aquel pueblo lo que su celo dirigia, sino mas bien la impaciencia y la indiscrecion y el deseo de la venganza. Por esto Jesus, mirándolos con rostro airado, les dijo: no sabeis á qué espíritu perteneceis. El Hijo del hombre cuyo ejemplo de mansedumbre y lenidad debeis imitar, no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos. Significándoles con esto que siempre es indiscreto el celo, si no lo modera una discreta voluntad. Y el venerable Beda en la esposicion de este lugar dice (1): Les ha dicho el Señor, ¿no sabeis á qué espíritu perteneceis? porque perteneceis al Espíritu Santo, que es bueno y suave; y como no reconocéis bien que estais marcados con este espíritu de amor y de paz, por esto quereis tomar una venganza por el espíritu de odio; lo que de ninguna manera es lícito á los siervos de Dios: y les añadió: el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas por el rigor de su justicia imponiéndolas desde luego la pena de muerte como vosotros deseais; sino que ha venido para salvarlas por la misericordia, y por la relajacion de la pena: esto es lo que mas conviene para los miserables, pues mas pronto se salvan por el amor que por el rigor. Y San Crisóstomo concluye (2): Jamás provoquemos la venganza contra otro, porque contra nosotros mismos afilamos la espada, y abrimos mayor herida en el seno de nuestro propio corazon. Si alguno nos afligió y causó algun daño, y queremos vengarnos de él, no nos vengemos. La mejor venganza es no vengarnos, aunque podamos. Si no te vengas, haces á Dios enemigo del que te ofendió, y serás vengado á su tiempo, pues á su pueblo dijo Dios: «Mia es la venganza, y Yo les daré el pago á su tiempo, para derrocar su pie: cerca está ya el dia de su perdicion, y ese plazo viene volando. Ved como Yo soy el solo y único Dios, y como no hay otro fuera de Mí. Yo mato, y Yo

(1) Ven. Bed. in cap. 9. Lucæ.

(2) Div. Crisostom. Hom. 50. in Joan.

»doy vida: Yo hiero, y Yo curo, y no hay quien pueda librar á
»nadie de mi poder. Alzaré mi mano al cielo, y diré: vivo Yo para
»siempre; que si aguzare mi espada y la hiciere como el rayo, y
»empuñare en mi mano la justicia, tomaré venganza de mis enemi-
»gos, y daré el pago á los que me aborrecen. Ensalzad, oh na-
»ciones, á su pueblo, porque el Señor vengará la sangre de sus
»siervos, y tomará venganza de sus enemigos y derramará su mi-
»sericordia sobre la tierra del pueblo suyo (1).»

El Señor, pues, que anunció con toda claridad que todas las cosas cedan á su vista, es el que así habla y esto dice. Si pues tú aborreces á aquel que contra tí pecó, y de él quieres tomar venganza, ¿por qué no adviertes que con esto pecas y caes en la misma pena que condenas? Si fueses por tanto insultado, á nadie insultes: si fueses herido, á nadie hieras: si te vieses molestado y afligido, á nadie aflijas ni molestes: porque si lo contrario hicieses, ninguna ventaja para tí reportas; antes bien te haces en todo semejante á aquel á quien condenas. Nunca un mal sanó á otro mal: todos los males se curan con sus contrarios. El contrario de la venganza es la caridad, siempre mansa, humilde y afable.

ORACION.

Dulcísimo Jesus y amantísimo Padre mio: yo miserable leproso, cubierto con la asquerosa variedad de mis pecados, vengo á Tí, piadosísimo médico, confiado en la multitud de tus misericordias: yo, sucio y manchado, corro á Tí que eres limpio y purísimo para que te dignes sanar mi enfermedad, lavar mi fealdad y dirigirme por el camino de la salud. Concédeme que siempre tenga presentes tus beneficios, y que te dé continuas gracias por los muchos que me has dispensado. Déntelas por mí la bienaventurada la Virgen Maria y todos los Santos y ciudadanos del cielo, juntamente con todas las criaturas de la tierra. Acaba esta obra, Señor, que Tú mismo has empezado; y puesto que no te vengaste de los samaritanos que se negaron á recibirte, sino que sufriendolo con paciencia y humildad te marchaste á otro lugar, no me condenes á esta pena aunque alguna vez por mis culpas y pecados te arroje de mí; antes al contrario, llámame con tu misericordia, admítame con tu amor, úneme contigo con la gracia, y no permitas que vuelva á hacerme indigno de tu dulce compañía. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al décimo-

(1) Deutor. cap. 32. v. 36. et. seqs.

sétimo de San Lucas desde el versículo 44 hasta el 49, y al nueve del mismo desde el versículo 54 al 56, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del capítulo XVII como propio de la misa de la dominica décimatercia despues de Pentecostés. Dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DÉCIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Lucas, capítulo XVII, vs. 44 al 49.

En aquel tiempo, yendo Jesus á Jerusalem, pasaba por medio de Samaria y de Galilea. Y entrando en una aldea le salieron al encuentro diez hombres leprosos; los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: Jesus, Maestro, ten misericordia de nosotros. Luego que los vió, les dijo: id, mostraos á los sacerdotes. Y aconteció que yendo ellos, quedaron limpios. Entonces el uno de ellos al ver que estaba limpio, volvió glorificando á Dios en alta voz, y se postró á sus pies, rostro por tierra dándole gracias, y este era samaritano. Y respondiendo Jesus, dijo: ¿No son diez los que han quedado limpios? ¿Pues los nueve dónde estan? No hubo quien volviese y diese gloria á Dios, sino este extranjero, y le dijo: Levántate, vete, tu fé te ha salvado.





CAPITULO XVII.

CONTESTA JESUS Á LA PETICION DE LA MADRE DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO: DA VISTA Á UN CIEGO ANTES DE ENTRAR EN JERICÓ: LLAMA DESPUES Á Zaqueo, Y AL SALIR DE DICHA CIUDAD ILUMINA Á OTROS DOS CIEGOS.

Cosas hay en el mundo que cuanto mas se presentan á la vista y consideracion de los hombres, tanto mas oscuras é irrealizables les parecen, ya porque miradas por una parte, son, ó al menos parecen absurdas; ya porque contempladas por otra no ofrecen á la consideracion humana mas que motivos de incredibilidad. Una de estas era la pasion del hijo de Dios tantas veces anunciada por El mismo á sus Apóstoles, con tan minuciosos detalles, que no se comprende cómo podian dudar de ella ni un solo instante, viendo que Jesus autorizaba y confirmaba sus doctrinas con milagros los mas patentes, y estando ya la prediccion tan cerca de cumplirse. Con todo eso, ellos dudaban; ó por mejor decir, no entendieron cosa alguna de lo que su Divino Maestro les decia. La vista de tantos horrores era para ellos un enigma inexplicable. Entre sí imaginaban que las

palabras del Señor podían tener algun sentido misterioso, y se li-songeaban que el tiempo y las circunstancias se lo aclararian. De esta manera interpretaban siempre lo que en algunas ocasiones les decia, de afrentas que iba á recibir, de azotes, de muerte y de cruz. Como no habian aprendido aun á amarla, no gustaban oír hablar de ella, y como amaban la honra, pensaban con mucha frecuencia en ser antepuestos y valer mas que los demas: y como por otra parte es el amor propio tan ingenioso, que asi como sabe desfigurar lo que le asusta, asi tambien sabe engrandecer lo que le lisongea; estaban firmemente persuadidos, que de cualquier manera que sucediesen y debiesen entenderse las cosas, ya estaban tocando el momento de ver el reino]de Israel restablecerse á su antiguo esplendor; de cuyas ideas no se desengañaron durante la vida de Jesucristo.

Empapados, pues, como estaban de ellas, hablaron un dia los dos hijos del Zebedeo, Juan y Diego á su madre (1); para que pidiese al Salvador para ellos una cosa que mostraba bien su inclinacion á reinar. Instruida esta mujer por sus hijos, se presentó al Salvador, le adoró con respeto, y le suplicó tuviese á bien concederle una gracia que le iba á pedir. Condescendió Su Magestad con su súplica, y aun la manifestó la complacencia que tendria en que le pidiese. Animada con esta oferta, y mas persuadida no solo por las relaciones de parentesco, sino tambien porque era una de aquellas mujeres devotas que de ordinario iban en seguimiento de Jesus y de sus discípulos, tanto para oír las doctrinas del Salvador, cuanto para servirles en todo aquello que pudieran necesitar unos caminantes que siempre estaban en movimiento, y no tenian morada fija sobre la tierra; le dijo: *Disponed Señor, que mis hijos, á quienes estais viendo, tengan los dos primeros lugares ó asientos en vuestro reino; y que cuando entrareis en posesion de vuestra gloria, el uno se sienta á vuestra diestra y el otro á vuestra siniestra, sin que por consiguiente sea permitido á alguno de los otros discípulos pretender preferencia sobre ellos. Pudo bien suceder, que la especie de los doce tronos, sobre los cuales habia dicho Jesus poco tiempo antes, que se sentarian sus Apóstoles despues de su resurreccion para juzgar las doce tribus de Israel, diesen motivo á la pretension de los hijos y á la peticion de la madre; por lo que, escuchando el Salvador con paciencia el discurso de Salomé, que sin duda no sabia cuál era el reino que venia á establecer, ni qué si-*

(1) Div. Augustin, lib. 2. de Consens. Evangelis: cap. 64. et alii.

llas eran las que en él preparaba á sus Apóstoles; ni menos la vereda empinada y fragosa por donde habian de subir á ellas; sin desairar á la madre, dirigió su respuesta á los hijos, y los trató, no como merecia su ambicion, sino con la mayor amabilidad y ternura, haciéndoles ver cuán ageno estaba de tener el modo de pensar que ellos; y asi les dijo: vosotros no sabeis lo que pedis. Dais bien á entender segun esto, que no habeis entendido aun qué cosa es mi gran reino, cuáles son sus primeros puestos, y por qué medios se sube á ellos; y asi les añadió: *¿Tendreis aliento para beber vosotros el cáliz que Yo voy á beber? ¿O para ser bautizados con el bautismo con que Yo he de serlo?* En el nombre de bautismo entendia el Salvador el de la sangre que debia de derramar, y por el cáliz, esplicaba su muerte sobre la Cruz. Bien conocieron los dos discipulos, que el Señor queria hacer prueba de su generosidad; y asi ambos á dos le respondieron con mucha prontitud: *Señor, podemos.* Mostróles el camino para llegar, no á las sillas que ellos pedian, sino á las que les convenia; lo que fué como decirles: si quereis llegar á donde voy Yo, debeis andar por el camino que Yo ando. Soy Hijo de Dios y camino por la senda de la humildad. Bajé de lo alto, y humillado volveré á subir. Para llegar á la cumbre del monte, es preciso subir desde la profundidad del valle. Si aspirais á la silla de la gloria, habeis de beber primero el cáliz de la humildad (1).

A pesar de esto no puede menos de admirar la contestacion de los Apóstoles, diciendo á Jesus que podrian beber como El el cáliz amargo de la pasion y muerte; porque segun la idea del mismo San Agustin, fué esta respuesta como la promesa que hizo Pedro á Cristo de que no se apartaria de El hasta la muerte, la cual bien presto fué quebrantada con dos palabras que le dijo una pobre mujer (2); aunque parece que la respuesta de Pedro nacia de la caridad y no de la ambicion. Presumian alcanzar lo que deseaban, mas no reparaban en la flaqueza que tenian para llegar á lo que neciamente pedian. La ambicion los cegó para que no viesen su flaqueza; disminuyó en ellos el temor; y dióles corazon para prometer lo que no podian cumplir por sí mismos: sin embargo, la respuesta de Jesus afirmó hasta cierto punto la fortaleza de su corazon, pues les dijo: *ciertamente que bebereis mi cáliz.* No dijo vuestro cáliz, sino el mio. Y fué como si dijera, padecereis y

(1) Div. Augustin. Sermon 329.

(2) Idem. in ps. 103. et Sermon 3, n.º 9.

morireis por Mí, porque al martir no lo hace la pena , sino la causa. Esta respuesta del Salvador puede considerarse como otra nueva revelacion de su pasion y muerte, hecha en particular á sus parientes mas cercanos ; por lo que dice San Crisóstomo (1): conveniente era que el Señor revelase este misterio á sus parientes mas inmediatos, pues la gloria de Dios y la salud de los hombres está cifrada en la pasion y muerte de Cristo. Ninguna cosa hay que mas derechamente pertenezca á los hombres , que la muerte de su Redentor: ni tampoco hay otra por la que mayores gracias debamos dar á Dios, que la muerte de su Hijo.

Tampoco es extraño que así particularmente quisiera hacer á sus mas amados amigos esta revelacion importantísima , pues las acciones grandes solo á los grandes amigos deben revelarse ; y era tan necesaria esta revelacion , cuanto convenia que los Apóstoles estuviesen perfectamente cerciorados de lo que habia de suceder, para que supiesen padecia voluntariamente, y para que no dudasen de que habia de resucitar. Sin duda por el temor de la Pasion tantas veces predicha y anunciada por Jesus, resistian los discípulos que su Maestro subiese á la ciudad santa y elevada ; pero allí se encaminaba el Señor con todos los afectos de su corazon , y aun desde lejos dirigia á la ciudad amada los mas tiernos y ardientes coloquios. Habia venido para obrar la salud de todo el universo, segun la espresion de la Escritura, y Jerusalem está situada en medio de la tierra, para que como desde un centro se dirigiesen los rayos de luz y los rios de sangre , á iluminar y regar toda la tierra. A la parte del oriente de Jerusalem, está situada la Arabia, la que en tiempo de los hijos de Israel era una soledad vastísima, y un desierto casi intransitable , por el que detuvo Dios á los hijos de su pueblo por espacio de cuarenta años , haciéndoles llover el maná del cielo, y manar el agua de la peña ; cuya Arabia está dividida de la Judea por el mar Muerto. A la parte del mediodia de Jerusalem se registra el Egipto con todas sus vastas regiones ; por cuya razon , al sacar Dios á los hijos de Israel de la esclavitud de aquella ciudad , y dirigiéndolos por el camino del desierto, que es el de la Arabia , les hizo dar una vuelta tan espantosa. Por la parte de occidente está circumbalada por el mar Grande, y por la de septentrion lo está por la Siria y el mar Ciprio ; de lo que concluye estar la ciudad santa colocada en medio de la tierra , y como el que preside y manda ocupa el sitio de preferencia, que es el del medio

(1) Div. Crisostom. Hom. 33. Oper. imperfect.

ó el centro, por esta razon el dominador de toda la tierra padeció en medio de ella. Los Apóstoles que habian de predicar el Evangelio por todo el mundo, habian de partir desde el centro á la circunferencia, llevando el estandarte de la Cruz y el signo de la redencion á las estremidades de la tierra, y padeciendo en todas partes persecuciones y martirios por la fé del Salvador, se habian de sentar á su derecha é izquierda bebiendo antes el cáliz amargo de su pasion. Pero entrando en el secreto misterioso de la contestacion de Jesus á sus Apóstoles, se nos descubre con mas estension esta interesantísima idea que ella encerraba, pues les dijo: El que os senteis á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca á Mí concedéroslo, sino es para aquellos á quienes está preparado por mi Padre. Lo que significa segun San Crisóstomo (1), que el Señor no queria hablar con ellos de honores y coronas, sino de agonias, sudores y muerte, como si les dijera: no es este tiempo de hablar de premios, sino de luchas, de peligros y de muerte; porque nadie puede reinar con Cristo, si antes no padece con Cristo. Determinó Dios que ninguno llegue á su reino si no fuese merecedor y digno de ello. Como no es aceptador de personas, sino de méritos, á ninguno da la salud y vida eterna si no la merece; porque la igualdad del amor, como dice San Agustin (2), no permite la acepcion de personas. Y el venerable Beda añade: no me toca á Mí concedéroslo, porque no puedo concederlo á los soberbios, y soberbios sois ahora. Ellos podian replicar: seremos humildes; y Cristo les podia repetir: pero ya no sereis vosotros. No premia Cristo la sangre, sino la virtud. A Cristo ignoran los que no saben esta filosofia. Infieles son y traidores los que estando imbuidos en ella, no tienen ánimo para ponerla por obra (3).

Así mortificados, no insistieron mas los dos Apóstoles; pero no bastó esto para apaciguar la indignacion de los otros diez, que habiéndose hallado presentes y entendido la pretension hecha empezaban á murmurar, hasta que llamados por el Señor y haciéndoles un admirable razonamiento sobre aquel asunto, calmó enteramente sus espíritus. Juntólos al rededor de sí, y como Maestro amoroso les dijo: *Bien sabeis como se portan los príncipes y los reyes de las gentes: gobiernan con imperio, dominan á sus súbditos, y á las veces los tratan como esclavos.* Lo que fué decirles: ¿acaso vosotros

(1) Div. Crisostom. Ham. 66. in Math.

(2) Div. Augustin. lib. 1.º de Trinit. cap. 12.

(3) Ven. Bed. in. cap. 10. Marci.

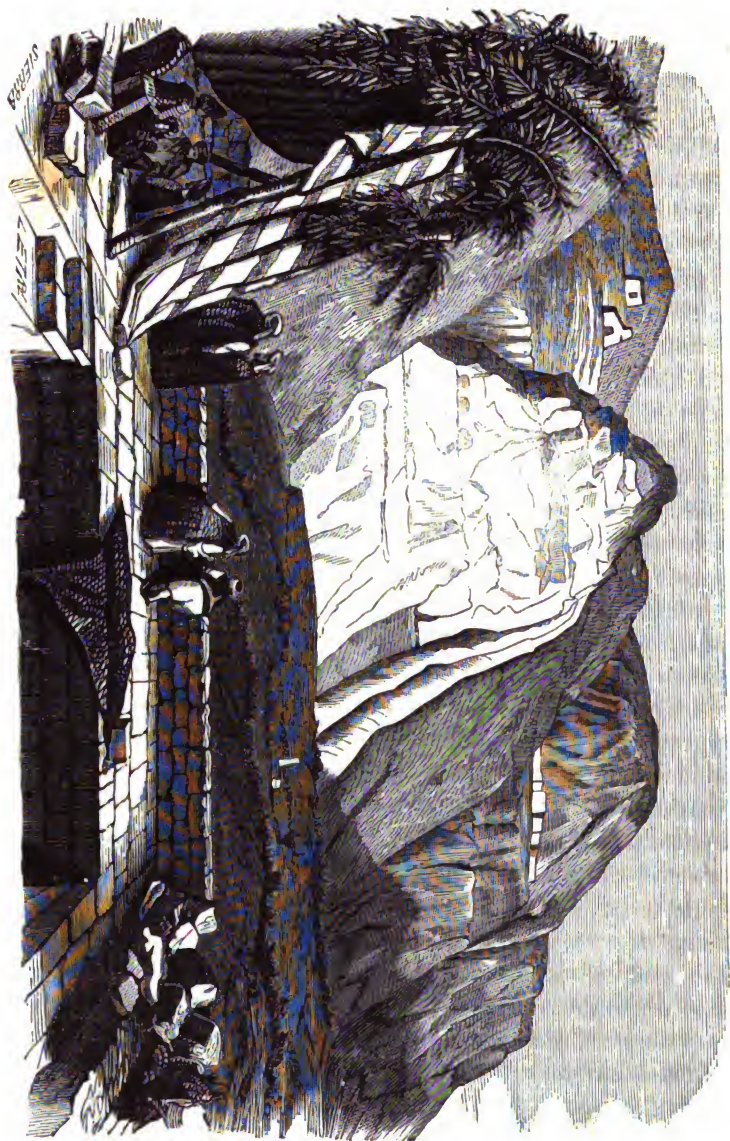
:

habeis aprendido en mi escuela que este sea el modelo que os debais proponer? No ha de ser asi vuestra conducta; antes bien cualquiera que entre vosotros quiera ser mayor en los ojos de Dios, debe hacerse el mas pequeño y siervo de todos los demas; pues no mandando, sino sirviendo á sus hermanos, es como se consiguen los primeros lugares en mi reino. El ejemplar lo teneis á la vista: *El Hijo del Hombre no ha venido á ser servido, sino es á servir y á dar su vida por la redencion de muchos.*

Jesucristo, á quien la necesidad de instruir á sus Apóstoles habia detenido algun tanto, volvió á seguir su camino con la misma diligencia que antes, y llegó hasta cerca de una llanura muy grande estendida á uno y otro lado del Jordan, en la que se hallaba una ciudad de muy gloriosos recuerdos para los hijos de Judá, la que se llamaba Jericó. Conforme se iba acercando iban acudiendo á su Magestad los habitantes de la campiña, y bien presto se halló rodeado de un cortejo numeroso. Jericó distaba dos leguas del Jordan y siete de Jerusalem; y habiendo sido en otro tiempo tan célebre, se halla hoy arrasada hasta en sus cimientos, conservándose solamente la casa de *Raab* en testimonio y señal de su fé, cuyas paredes todavia permanecen sin estar cubiertas con algun techo. En las inmediaciones de dicha ciudad se conserva asimismo aquella preciosa fuente, cuyas aguas eran amargas para beber, y esterilizaban la tierra que con ellas se regaba, las que Eliseo convirtió en dulces para beber, haciéndolas fértiles para regar. Esta fuente nace bajo el monte *Querentana*, que dista dos millas de aquella misma ciudad. A ella pues se encaminaba el Señor para sanar, como dice San Gerónimo (1), muchos enfermos que en ella habia, y antes encontró en el camino un pobre ciego que estaba pidiendo limosna á los que pasaban. Por el grande movimiento y prisa que manifestaban los transeuntes, conoció que no muy lejos de él sucedia algun suceso grande; y habiendo preguntado qué era aquello, se le contestó que era Jesus Nazareno el que pasaba por el llano de Jericó, acompañado de un gran concurso de gente que iba en su seguimiento. Era Jesus conocido en todo el pais, y aun los estrangeros de los cuales podia ser este ciego, sabian que El era hijo ó heredero de David, prometido á su nacion por su Cristo y por su Rey. Los pobres y afligidos sabian tambien mejor cuál era para con ellos su compasion, y ninguno dudaba de su poder.

(1) Div. Hieronim. in. cap. 10. Marci.

Jerich.



Grandes son los misterios que empiezan á descubrirse de nuevo. Jericó representa al mundo, el ciego las tinieblas espirituales del hombre. Dolémonos de que nos falten ojos para ver las cosas corporales que nos pierden, y no sentimos que nos falten ojos espirituales para conocernos á nosotros mismos, para ver la verdad y distinguir el camino de la salvacion. La ceguedad del corazon, hace que el hombre esté de asiento en los caminos del mundo, que son los que conducen á la perdicion eterna: ¿y quién nos sacará de ellos? ¿Por ventura los otros ciegos que por ellos caminan? Ah! Esos nos asegurarán mas en la miseria, y harán mas duradera y estable nuestra ceguedad. Solo aquel nos salvará, que pasa por junto á Jericó para llevarnos á Jerusalem.

Tampoco es extraño que el ciego pidiese limosna, porque la miseria y la ceguedad espiritual andan siempre juntas. La gran miseria del hombre no consiste tanto en no tener nada y en estar necesitado de todo, como en no tener ojos para ver su pobreza, y en cerrarse él mismo con su orgullo los tesoros de la divina misericordia. La curiosidad del ciego tambien fué un don de Cristo. Muchas cosas parecen casuales en la vida, y en el órden de la gracia ayudan poderosamente á nuestra santificacion. Dichosa fué para el ciego la calamidad temporal que le sirvió de ocasion para buscar y conocer á Cristo, y experimentar en sí la grandeza de su misericordia. Lleno pues de confianza, empezó á clamar con todas sus fuerzas, y á decir: *Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí.*

Muy bien oyó el amoroso Salvador los clamores del ciego, pero no parecia estar movido de ellos, por lo que el desventurado los redoblaba sin cesar. Los que iban en frente de la tropa, y creian que el Señor caminaba al parecer sin atenderle, le reprendieron y mandaron callar. Clama por la cura el que conoce la enfermedad, desea la salud, y está seguro de la habilidad y de la bondad del médico. Vivísimo es el clamor de la fé cuando nace de las entrañas de la humildad. Este grito es el principio de la curacion, y la prenda del perfecto restablecimiento; y como el demonio no ignora que por el clamor de la oracion pierde en nosotros su reino y su dominio, por esto hace que á los clamores de nuestro espiritu los sofoquen las sugerencias y tentaciones, imposibilitándonos para que clamemos á Dios. Como el ciego se hizo sordo á todas las razones y amenazas de los que querian impedir su grito, asi tambien debemos hacernos sordos á las amenazas y sugerencias del infierno, clamando á Dios con tanto mas fervor, cuanto mayor es la tentacion

con que el demonio nos amenaza y fatiga. El Señor estaba mas com- padecido del ciego de lo que manifestaba. Y así , habiendo llegado frente del humilde suplicante , que cada vez arreciaba mas su voz, y clamaba con mas fé, se detuvo su Magestad y mandó que se lo tragesen. La humilde y constante oracion animada por la fé, alen- tada con la esperanza , y brillante con el fuego de la caridad ó del amor , detuvo los pasos de Cristo , porque de asiento está su mise- ricordia sobre todos los que le invocan con espíritu de verdad. El mandamiento de Cristo fué una canonizacion de la fé del ciego , y el disponer que se lo tragesen , fué la primera intimacion que le hizo de que para seguirle á El , debia renunciar el mundo , y bien podia y debia hacerlo , porque Cristo le atendió cuando el mundo reprendia su clamor. ¡ Siempre se opone el mundo á los que buscan á Cristo!

Luego que el Salvador tuvo cerca de sí al ciego miserable , le dijo : *¿qué es lo que quieres que haga contigo? Señor*, respondió el ciego, *¿en el estado en que me hallo , qué puedo yo querer, sino es que hagais que vea?* No pidió riquezas ni honras del siglo, sino ojos para ver. Inspiróle el deseo de la salud , y le preguntó despues que queria. Obra es de la gracia el consentimiento que presta el hom- bre para sanar de sus vicios. ¿ Qué es todo el mundo para el que no ve en sí la esclavitud y la necesidad del rescate? Sin embargo, lleno está el mundo de ciegos que no desean ver , que aman la ce- guera , y aborrecen la luz. Con mayor ausia desea Cristo darnos los ojos del corazon , que al otro los del cuerpo ; mas porque ama- mos los vicios y deseamos permanecer en ellos, no queremos la luz que nos hace ver su fealdad y nos estrecha á buscar á Cristo.

Como el ciego estaba animado de la fé, manifestóle Jesus que eran iguales sus deseos, y le dijo: *Tambien quiero Yo que veas, abre los ojos, y mira: tu fé es la que te ha dado la vista.* El milagro se obró en un momento : premió Cristo un don , con otro don : la fé , con la vista. La gracia crea la fé, la fé invoca y atrae la misericordia y la asocia á la omnipotencia. La misma palabra que sacó de la nada el mundo , cria en el hombre un corazon nuevo, trueca sus tinie- blas en luz, y dá al esclavo la libertad verdadera. ¿ Para qué te alumbra Dios, sino para que veas, y cumplas las obligaciones de la religion , para que le conozcas á El , y le ames; para que avives la fé con las obras , y en todo lugar y tiempo tengas delante de los ojos á Jesucristo , obedeciendo su ley , é imitando su obra? Por es- to, tan luego como el ciego se halló con vista clara , no dilató el manifestar su reconocimiento. Fuese en seguimiento del Salvador,

exaltando las grandezas de Dios. Toda la tropa que acompañaba á Jesus, movida como era razon de una maravilla tan grande, dió públicamente gracias al Señor, en el mismo lugar donde se habia obrado: porque el corazon agradecido se va siempre tras los ojos alumbrados con la luz de Cristo. ¿De qué le sirve al caminante el dia, si no anda en él? Qué importa que la fé alumbre sus ojos, si sus pies no los mueve el amor? ¿Ni en qué se conocerá que se echó la ceguedad del alma, si no se sigue á Cristo? Para seguirle, es necesario darle gloria, y se la dá aquel que con sus obras acredita la santidad de su ley, y ensalza la grandeza de su misericordia. Los amadores del mundo niegan la gloria á Cristo, y la dan al mundo á quien aman. No se da gloria á Dios porque no se contemplan perfectamente sus obras. Los que admiraron la iluminacion del ciego, contemplaron la obra portentosa que acababan de ver, y no pudieron menos de prorumpir en alabanzas al Señor.

No pasó el Señor mucho mas adelante aquel dia, retiróse por la noche hácia los contornos de Jericó, y pasó tres dias recorriendo aquel pais, derramando en todas partes, como solia, pruebas singularísimas é inequívocas de su bondad. Entró por fin el tercero en la ciudad, acompañado de una grande multitud de pueblo: un hombre rico que hacia largo tiempo que deseaba ver á Jesus, y que le tenia por el Gran Profeta de Israel, fue avisado de su paso, y le salió al encuentro para verle. Era este uno de los principales publicanos del pais, rico, como lo llegan á ser los de su profesion, pero era de muy baja estatura, y asi permanecia como encerrado y aprisionado entre la muchedumbre, siendo inútiles todas sus diligencias para ver al Salvador. ¡Cuán cierto es, que el ruido y tropel de los negocios del mundo es un impedimento cierto y casi insuperable para ver y conocer á Cristo! La estatura de Zaqueo es imagen de la insuficiencia del hombre para hacer, desear y pensar cosa alguna que le lleve al conocimiento de Cristo. Viéndose, pues, Zaqueo en este estado tiene la feliz ocurrencia de subirse á lo alto de un *sicómoro*, por cuya inmediacion habia de pasar Jesus, para tener el gusto de verle. Tuvo la dicha de ver y de ser visto del Salvador, porque la gracia se adelanta á la naturaleza, le da pies para que corra en busca de su remedio, y la eleva sobre sí misma; para que sobrepujando á los impedimentos de la humana corrupcion, conozca al que es principio de su curacion; así fué no solamente mirado, sino tambien llamado del Salvador por su propio nombre. Mandóle bajar prontamente, y con semblante muy agradable le dijo: que para darle gusto entero, y que pudiera gozar

despacio de su presencia, queria hospedarse aquel dia en su casa, porque así convenia.

De los judios, dice San Ambrosio (1), hizo paso el Salvador para llegar á los gentiles. Y como pasaba por todos los pueblos, haciendo bien á todos, preparando los hombres para la adopcion de Hijo de Dios que habia de obrar en ellos muriendo, Jericó no habia de ser la ciudad abandonada del Señor, en la que no diese muestras inequívocas de su natural clemencia, estando tan cerca de la muerte. Zaqueo era el publicano, nuevo fruto del tiempo nuevo, en el cual se habia de cumplir misteriosamente lo que estaba escrito en los cánticos sagrados: *la higuera produjo sus higos* (2): porque el *sicómoro* era una especie de higuera, y Cristo vino á la heredad del mundo para que los árboles produjesen hombres, y no fruta, como asegura el mismo San Ambrosio. A Natanael vió Cristo debajo de la higuera porque aun estaba fuera de la ley (3), á Zaqueo, empero, encima de la higuera porque ya estaba sobre la ley. Aquel era para Cristo oculto defensor; este era público predicador. Aquel buscaba aun á Cristo en la ley, este otro, superior á la ley, dejaba lo suyo y seguia al Señor.

Como no aspiraba Zaqueo á tan alta dicha, como era la de tener á Cristo hospedado en su casa, y conoció cuán honrosa y ventajosa era para él la bondad y dignacion del Salvador Divino, bajó precipitadamente del árbol, lleno de alegria, en señal de que aceptaba la propuesta de Jesus, condújole inmediatamente á su casa, y lo trató con el mayor aprecio y veneracion. La gracia es pronta, no sufre dilacion y obedece con alegria. El humilde solo desea subir al árbol de la fé, para adelantar en el conocimiento y en el amor de Cristo, y para ejercitarse despues en la misericordia.

Siempre es el pueblo veleidoso é inconstante, y tan pronto aprecia como desprecia; tan pronto admira y aplaude, como murmura y critica: y rara vez deja de suceder, que lo que es hoy para él motivo de aprecio, no lo sea muy pronto de insulto y desprecio; y así sucedió puntualmente en esta ocasion. Todos los que vieron el obsequio y singular favor que Jesus dispensó á Zaqueo, empezaron á murmurar porque iba á hospedarse en casa de un publicano, como si este hecho fuese una pública aprobacion de sus pecados. Era esta una calumnia muy grosera para que mereciese la refuta-

(1) Div. Ambros. in cap. 19. Lucæ.

(2) Cant. 1. v. 13.

(3) Joan. c. 1. v. 48.

cion de Jesus. Zaqueo respondió victoriosamente á ella, con hechos grandiosos y admirables, y justificó al mismo tiempo el proceder del Salvador, haciendo ver que habia ido á visitarle con el intento de convertirle. La sabiduria de la carne juzga siempre por lo que se vé, y como no puede sondear las interioridades del espíritu, ni comprender los arcanos de la providencia y sabiduria de Dios, trueca con mucha facilidad las ideas de las cosas que tiene á su vista; y asi se engañó en la que habia formado por haber ido el Salvador á la casa del publicano. Despues de haber oido Zaqueo, con la mayor atencion, las dulces y amables reconvenciones de Jesus, para confusion de los que habian murmurado, le dijo de esta manera: Señor, yo confieso delante de los que estan aqui presentes y me conocen, que soy un grande pecador. Nada tengo que alegar en mi defensa, y Dios no quiere que aumente el número de mis pecados escusándolos. Si hasta ahora he escandalizado al público, quiero se sepan las resoluciones que tomo para en adelante. *De todo lo que poseo destino la mitad para los pobres: arreglaré mis cuentas: y despues de examinadas, daré cuatro veces mas de lo que pueda haber quitado, á cualquiera á quien hubiese defraudado alguna cosa.* En verdad, que solo la mano de Dios podia obrar en el corazon del hombre una mudanza tan prodigiosa y repentina, sustituyendo en él tan heróicos y sublimes deseos y resoluciones; no habiendo tenido en su vida otro pensamiento mas que el de amontonar riquezas. Este pensamiento de Zaqueo, no pudo menos de ser aprobado por Jesucristo, condenando entonces con su aprobacion, como condenarán algun dia con su juicio y justicia la dureza de algunos ricos, que no solo resisten dar á los pobres de lo superfluo que en sus casas tienen, sino tambien el restituir lo mal adquirido. A la confesion del pecado no quiso diferir Jesucristo el remedio; y quiso tambien que la satisfaccion fuese la mitad mayor: por lo que testificó el mismo Salvador delante de todo el mundo, la satisfaccion que tenia de aquel pecador arrepentido, diciendo: *que aquel era dia de salud para la casa de Zaqueo: que aquel publicano era un verdadero hijo de Abraham, y que El entraba en su casa para librarle de su mal estado.*

Condenó aquí el Salvador la temeraria murmuracion de los fariseos, y premió la fé obediente y humilde del publicano, contándole entre los hijos de la promesa. Mas no entendieron aquellos murmuradores el misterio de la gracia cristiana, que agrega á la raza de Abraham las familias de los gentiles, y de ambos pueblos hace uno solo unido con la llave maestra de la piedra angular que es Jesucristo: todo lo que fue como decir á los que se hallaban pre-

sentes : este es el momento en que la fé de Zaqueo, su obediencia á las órdenes de Dios, su equidad, su desinterés, y su caridad, han hecho de él un hijo verdadero de Abraham. Tambien es uno de aquellos por quien el Hijo del hombre ha venido á instruir y enseñar en su persona, y á ejercer su ministerio sobre la tierra. Pues ha sido enviado el Hijo primogénito de los hijos de los hombres á todos los parages de la Palestina para ir á buscar, desde luego, por sí mismo, recoger y salvar las ovejas que estaban perdidas de la casa de Israel. El Hijo del Hombre que ha venido á buscarnos y salvarnos es Jesucristo, que es la luz de nuestras tinieblas, medicina de nuestros males, camino de nuestro destierro, amparo, seguridad, adelantamiento, perfeccion, principio y término de nuestra vida: así que, por adelantado que estemos en el camino de la perfeccion, si queremos no desmerecer la gracia medicinal, y la perseverancia final, es preciso creamos siempre que pertenecemos al número de los que han perecido. El venerable Beda sobre este pasage dice (1): esta es aquella necesidad que el publicano convierte en sabiduria cogiéndola del sicómoro, como quien coge fruto del árbol de la vida: puesto que aparece despues tan sabio, cuanto fue necio anteriormente. Sabiduria es devolver con usura las cosas defraudadas, restituyéndolas á su legítimo dueño; sabiduria es renunciar las cosas propias, y despreciar las visibles, para conseguir las invisibles: renunciarse á sí mismo y desear morir, para vivir despues y reinar con Jesucristo: y sabiduria es, en fin, seguir constantemente las pisadas de aquel que nos dice: *si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes: y dalo á los pobres, y si quieres alcanzar el reino de los cielos, toma tu cruz y sígueme*: para esto vine, dice Dios, del cielo á la tierra tomando carne, y haciéndome hombre, para buscar con la doctrina, y salvar por la gracia, lo que estaba perdido por la culpa. Perdida tenia el hombre la inocencia de su naturaleza, la semejanza de la gracia, la adopcion de la gloria. Por lo primero es comparado á la oveja perdida: por lo segundo, á la dracma tambien perdida: por lo tercero al hijo pródigo. Estas tres cosas vino á reparar Jesucristo, y así nos dijo por San Lucas: *no viene para llamar á los justos, sino los pecadores á penitencia*: sobre lo que nos dice San Crisóstomo (3); esto es, lo mismo que si el Salvador hubiese dicho á las turbas y á los fariseos que murmuraban; ¿por qué me acriminais si vengo á justificar los pecado-

(1) Ven. Bed. in cap. 19. Lucæ.

(2) Div. Crisostom. in cap. 9. Math.

res? Tan lejos está de Mí el tenerles odio, que vine al mundo por el amor que les tengo. Para sanarles vine como médico, y no como juez para condenarles: por esto me hago convidado de los enfermos, y padezco, y sufro el edor intolerable que exhalan, para prestarles el remedio que necesitan. En verdad que es benigno y pio el Maestro divino, que acalla la murmuracion de las turbas con la esplanacion de los misterios que ellos no comprendian, enseñándoles que la busca, y el remedio de los pecadores era el importantísimo negocio que su Padre le habia confiado.

Despues de todo esto salió Jesus otra vez de Jericó acompañado de una multitud de turbas que deseaban oir por mas tiempo sus doctrinas, y emprendió su marcha por el camino del desierto para poder esplayar con mas desahogo los amorosos afectos de su corazon, en bien de aquella inmensa multitud, que deseaba nutrir su espíritu con la abundancia de consoladoras doctrinas que de su boca salian. Digna es de oirse la importante reflexion que con este motivo hace San Crisóstomo (1): Nada atestigua tanto la afanosa solicitud de un labrador, como la abundancia de la mies que coge de sus campos: pues asi tambien nada justifica mas la celosa constancia de un doctor como el frecuente y numeroso auditorio. A ninguno de los que seguian á Cristo detenia lo trabajoso del camino, porque el amor espiritual y verdadero, nunca siente cansancio ni fatiga. A ninguno retraia la solicitud ni cuidado de los bienes que poseia en la tierra, porque entraba por la puerta de la posesion del Reino celestial. Porque en verdad, no tiene sobre la tierra bien alguno que verdaderamente ame el que empezó á gustar de los bienes celestiales: porque asi como el que gustó una vez manjares delicados, y se alimentó mucho tiempo de ellos, despues le parece insípido y grosero el alimento comun; asi tambien el que llegó á gustar una vez la dulzura de los manjares de Cristo, despues se fastidia y no encuentra sabor grato al paladar de su espíritu en ninguno de los manjares de la tierra. En verdad, que Jesucristo fué en esta ocasion aquella bella rosa que amaneció en los lindos campos de Jericó, tan celebrada por Salomon en los libros de su sabiduria; rosa blanca por la santidad de su justicia, y encarnada por la sangre de su pasion. Y asi como la fragancia de la rosa se percibe desde lejos, y antes que se halle ó vea ya parece que se tiene, porque su olor se percibe; asi pasando tambien el Señor por los caminos de Jericó, dos ciegos que en ellos habia percibieron la fragan-

(1) Div. Crisostom. Hom. 36. Oper. imperfec.

cia de su divinidad antes que experimentasen los efectos de su poder.

Feliz fué para aquellos dos infelices el rumor que oyeron ocasionado por la multitud de las turbas que seguian á Jesus. Muchos reyes y profetas quisieron oirle, y no pudieron; pero ellos, que tuvieron la dicha de percibirle, empezaron á clamar: *Señor, Hijo de David, ten compasion de nosotros*. No quedaron defraudadas sus esperanzas, y el Señor mandó que los presentasen á El. Uno de ellos mas conocido que el otro se llamaba *Bartimeo*, esto es, *el hijo de Timeo*, á quien habian querido hacer callar muchos de los que pasaban porque gritaba mas que su compañero, repitiendo claramente el grito de la misericordia, mas habiendo oido que Jesus habia mandado se los presentasen, las mismas turbas se acercaban á él, y le decian: levántate, y ten buena esperanza, pues ese hombre te llama. Al oir esto el ciego, saltando de alegría soltó su manto, y caminó corriendo con su compañero hácia el Salvador, el que antes de concederles lo que deseaban, les preguntó *¿qué era lo que pedian?* Respondieron, sin detenerse: *Señor, abridnos los ojos, dadnos vista*. El médico Soberano, que no se hacia de rogar mucho cuando los que le suplicaban estaban animados de verdadera fé, conociendo que aquellos dos desventurados la tenían verdadera, movido á compasion, les tocó los ojos con su mano omnipotente, y les dijo: *ya podeis mirar; vuestra fé los ha dado la salud, y al mismo tiempo recobraron la vista*. Clamaron bien, y rogaron oportunamente; porque clamaron y rogaron á la fuente de la luz, y por esto fueron en el instante iluminados. Como hombre los tocó el Señor, y los sanó como Dios. Cuando le llamaron Hijo de David, estuvo como suspensa la sanidad; pero cuando le apellidaron Señor, se les concedió la salud; para que conocieran que no les salvaba el Hijo de David, sino el Hijo de Dios. El que al Señor corre, y le invoca con fé como los ciegos, experimenta en su corazon lo que ellos probaron en su cuerpo. Oye con fruto la voz del Señor que le llama, y experimenta en sí el tacto de la gracia, y queda iluminado por los elogios de la sagrada doctrina, consolado interiormente por los carismas de la gracia, y fortalecido por los sacramentos de la Iglesia: con lo que queda hábil y espedito como aquellos ciegos para seguir á Cristo, y publicar sus misericordias.

Orígenes asegura que por estos dos ciegos estan representados los dos pueblos, el gentil y el judio (1): el gentil, que esta-

(1) Origen. Tract. 13. in Math.

ba ciego por la idolatria; el judío, que lo estaba por la perversidad de las malas doctrinas que le enseñaban los escribas y fariseos, quebrantando los preceptos de Dios, por las tradiciones humanas: y así como los ciegos estaban sentados á la parte opuesta al camino, así estos dos pueblos lo estaban también, porque aunque al parecer tenían noticia de la ley, ignoraban el verdadero camino que es Cristo. Sanó primero el Señor un ciego antes de entrar en Jericó, y después, dos al salir de dicha ciudad, con lo que quiso instruirnos, según dice el venerable Beda (3), en que llamó un pueblo antes de su Pasión, y dos después de su Resurrección y Ascensión á los Cielos, y por medio de los Apóstoles, manifestó con toda claridad á los judíos y gentiles, los arcanos incomprensibles de la unión de la divinidad con la humanidad, y de su sacratísima pasión y muerte.

ORACION.

Amantísimo Salvador y benignísimo Padre Señor mío Jesucristo, que por nuestra salud quisiste beber el cáliz amarguísimo de tu pasión, y ser bautizado con el bautismo de tu preciosísima sangre; para enseñarnos, que habías venido al mundo no para dominar y mandar, sino para ser humilde servidor de todas las criaturas, y dar tu vida por la redención de todas ellas, ensalzándolas desde el abismo de la muerte y condenación eterna, hasta el trono de la adopción de hijos tuyos, asegurándonos el gozo de la ventura sin fin: dignate abrir mis ojos, para que conozca que eres Tú el amador eterno de las almas, y que quieres introducir las en tu reino, que es todo de paz, en el que reinas Tú como Príncipe de ella. Dame amor á la cruz por donde se va al reino, y desprecio de la vanidad del mundo que conduce á la perdición y privación de los gozos de tu reino: y puesto que no hay en Ti aceptación de personas, que á todas igualmente miras, de todas te compadece, y á todas quieres salvar, mírame con atención y verás que soy ciego en el entendimiento y en el corazón; pero que estoy llamando como miserable á la puerta del tuyo, para que me admitas á tu amistad y gracia, y destierres las tinieblas de la ignorancia y el pecado que me apartan de Ti, que eres luz verdadera. Compadécete de mí, Señor: pues me das á conocer mi miseria, cúrame de ella; y no dejes tu obra á medio acabar. Alúmbrame, para que te vea: atraeme para que te siga: humíllame para que te alabe. Tú sabes cual es mi deseo; quiero conocerte, amarte, y caminar en pos de

(1) Ven. Bed. in cap. 10. Marci.

Tí hasta el fin de mi vida con los pies del amor, con las alas del fervor, y con el aliento de tu divina gracia. Yo soy la oveja que Tú buscas representada en Zaqueo, y el enfermo que quieres sanar. Conozca yo la necesidad que tengo de Tí y ame esa bondad tuya que me viene á buscar: ella sola vence mi maldad, se anticipa á mi deseo, y me pone en el corazon los afectos con que debo pedirte la medicina para sanar mi dolencia. Sáname, Señor, y quedaré sano; límpiame, y quedaré limpio, y será mi corazon preparado por tu gracia digna habitacion para hospedarte y recibirte: y guiado entonces por Tí, te seguiré por la imitacion todos los dias de mi vida, y mereceré despues poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al veinte del Evangelio de San Mateo, desde el versículo 20 al 23; al décimo-octavo del Evangelio de San Lucas, desde el versículo 35 al 43; y al diez y nueve del mismo, desde el versículo 1.º hasta el décimo, todos inclusive. Contéstalos San Marcos en el capítulo décimo, desde el versículo 32 hasta el 52 todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo como Evangelio de la Misa del dia 25 de julio, en que celebra la festividad de Santiago Apóstol, desde el versículo 20 al 23. Del testo del capítulo décimo-octavo del Evangelio de San Lucas, como parte del de la Misa de la dominica de quincuagésima, desde el versículo 35 hasta el 43. Y del testo del mismo Evangelista en el capítulo diez y nueve, desde el versículo 1.º hasta el 10, para la Misa de la dedicacion de la Iglesia al Salvador ó de San Juan de Letran, en el dia 9 de noviembre; y para la Misa del comun de la dedicacion de todas las Iglesias. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SANTIAGO APÓSTOL A 25 DE JULIO.

San Mateo, cap. XX, v. 1.º

En aquel tiempo se llegó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. Y El le dijo: ¿qué quieres? Díjole: dí que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra y otro á la siniestra en tu reino. Jesus entonces respondiendo, dijo, no sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que Yo he de beber? Dícnle, podemos. Díjoles: mi cáliz de cierto lo beberéis; mas el que os sentéis á mi diestra ó á mi siniestra, no me toca á Mí concedéroslo, sino es para aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

San Lucas, cap. XVIII, v. 1.º

En aquel tiempo tomó Jesus á los doce Apóstoles , y les dijo: veis aquí que subimos á Jerusalem , y allí se cumplirá todo cuanto los Profetas han escrito del Hijo del Hombre , porque será entregado á los gentiles , y escarnecido , y azotado , y escupido ; y después que le hayan azotado , le matarán , y al tercero día resucitará. Y ellos ninguna de estas cosas entendieron , y este razonamiento les era escondido , y no entendían lo que les decia. Sucedió pues , que al acercarse á Jericó , un ciego que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna , oyendo pasar la gente , preguntó qué era aquello. Dijéronle que pasaba por allí Jesus Nazareno. Entonces gritó él diciendo : Jesus Hijo de David , ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reprendían para que callase. Pero él gritaba mucho mas : Hijo de David , ten misericordia de mí. Paróse entonces Jesus , y mandó que se le tragese. Y habiéndose llegado , le preguntó : ¿ qué quieres que te haga ? Y él dijo : Señor , que vea. Díjole Jesus : ves , tu fé te ha salvado. Y al punto vió , y fué en su seguimiento dando gloria á Dios. Y todo el pueblo al ver esto , alabó al Señor.

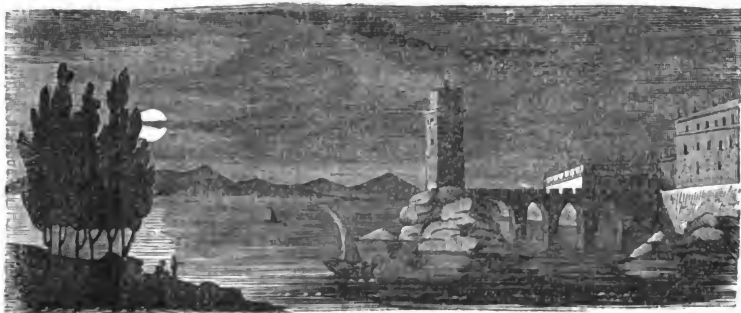
EVANGELIO DE LA MISA DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA DEL
SALVADOR A 9 DE NOVIEMBRE.

San Lucas, cap. XIX, v. 1.º

En aquel tiempo , habiendo entrado Jesus , iba por medio de Jericó , y hé aquí un hombre rico llamado Zaqueo , que era cabeza de los alcabaleros , el cual deseaba ver á Jesus para conocerle , y no podia por causa de la mucha gente , porque era de pequeña estatura. Y adelantándose corriendo , subió á un sicómoro para verle , porque habia de pasar por allí. Habiendo llegado Jesus á este lugar , levantando los ojos le vió , y le dijo : Zaqueo , baja presto : porque conviene me hospede hoy en tu casa. Y bajó él á toda prisa , y le recibió con gozo. Todos los que vieron esto murmuraban diciendo que habia ido á hospedarse á casa de un hombre pecador. Zaqueo entonces , puesto delante del Señor , le dijo : Señor , la mitad de mis bienes doy á los pobres , y si en algo he defraudado á

alguno, se lo restituyo cuatro doblado. Díjole Jesus, esta casa ha recibido hoy la salud, porque tambien este es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre ha venido á buscar y salvar lo que habia perecido.





CAPITULO XVIII.

ES RECIBIDO JESUS EN EL CASTILLO DE BETHANIA POR MARTHA Y MARIA, Y CONVIDADO Á COMER EN CASA POR LÁZARO, SU HERMANO, DERRAMA MARIA EL UNGUENTO SOBRE SU CABEZA.

Acercábase por instantes el momento de la pasion y muerte de Jesus, y queria su Magestad que tuviese esta toda la publicidad que anunciaban los Profetas, y que pedia el cumplimiento de las profecias. El lunes habia partido el Señor de Efren, y dado su vuelta por la llanura, ciudad y desiertos de Jericó, para volver á Bethania el viernes. En esta marcha estuvieron poco conformes los designios de Jesus con las ideas de los Apóstoles; persuadiéronse estos que el Salvador queria aquel dia ir á Jerusalem, ó por lo menos á la casa de Lázaro, á quien habia resucitado; pero el Señor dispuso las cosas de manera, que al acercarse al burgo de Bethania, ya venia la noche y empezaba el sábado al ponerse el sol: respetó la ley del santo descanso, y no pasó del parage donde le cogió;

al día siguiente por la tarde en que cesaba la obligación del sábado, llegó á Bethania al entrar la noche. Esta detención de Jesús tan cerca de aquel lugar, habia esparcido la noticia de su llegada, y los judíos deseosos de ver al Salvador y á Lázaro, á quien habia resucitado, corrieron en tropel al castillo donde moraba el amigo de Jesús. Era en verdad un espectáculo digno de la mayor admiración, ver en una misma casa á un hombre tan poderoso que resucitaba á los muertos de cuatro días corrompidos ya en el sepulcro; y al que era tan dichoso, que no solo habia recibido de aquel esta gracia singularísima, sino que tenia tambien la dicha de hospedar en ella al amantísimo bienhechor que le habia vuelto la vida.

Si se considera la ardentísima caridad de Jesús con respecto á Lázaro, será fácil de comprender el motivo porque este dispuso, segun se cree, aquella cena que el mismo Evangelio llama *grande*, para obsequiar á su bienhechor; porque si la gratitud aun por pequeños favores es hija de pechos nobles y está bien en todas las personas, cae mucho mejor en las de hidalguía y nobleza, que recibieron los mas extraordinarios y señalados. Surge empero de ahí una dificultad al parecer no pequeña, que es preciso esclarecer. San Juan, á quien seguimos en este capítulo, da á entender, aunque no lo dice claramente, que este hospedage y cena fueron en casa de Lázaro, puesto que asegura que esta venida de Jesús á Bethania fué seis días antes de la Pascua, los que deben contarse íntegros desde el sábado, que coincidió en aquel año con el día ocho del mes *Nisan*, equivalente al 28 de nuestro marzo, hasta la sexta ó viernes, en cuya tarde empezaba la Pascua: y designando las personas que figuraron en esta ocasion, solo nombra Martha, Maria y Lázaro. Esta circunstancia, y otras anotadas oportuna y ligeramente por el Evangelista, prueban que este pasage histórico no es idéntico, ni debe confundirse con el que refieren San Mateo y San Marcos, á saber, sobre el hospedage y banquete que se hizo al Señor tambien en Bethania, y en casa de *Simón el leproso*, porque esto sucedió dos días antes de los ácidos y de la Pascua; esto es, el miércoles ó la feria cuarta siguiente.

A mas de esto, añade San Juan que, *habiendo tomado Maria una libra de precioso bálsamo, ungió con este ungüento los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos*. San Marcos dice: que hallándose Jesús en Bethania en casa de Simón el leproso, estando sentado á la mesa, *vino una muger con un alabastro* (supónese vaso ó redoma), lleno de ungüento ó perfume hecho de la espiga del nardo, de mucho precio; y quebrado el alabastro derramó el bálsamo sobre la cabe-

za de Jesus (1): y lo mismo y casi con las mismas palabras dice San Mateo (2). Luego por la propia narracion de los Evangelistas, se demuestra que hubo en Bethania dos cenas ó convites para Jesus en el espacio de seis dias: la primera en casa de Lázaro, y la segunda en casa de Simón el leproso; puesto que aquella fué seis dias antes de la Pascua, y esta solo lo fué dos; pudiendo muy bien suceder que en la una y en la otra se repitiese el afectuoso obsequio de Maria á su amantísimo Maestro; porque como mas contemplativa y dada á la oracion, pudo tal vez tener mayores revelaciones y comprender con mas claridad la proximidad de la muerte de Jesus; con cuyo motivo desearia sin duda prodigarle mayores consuelos. Sin que contradiga ni repugne á esta esplicacion, el que en una y otra ocasion prorumpiese el discípulo traidor en amargas y violentas censuras contra la caritativa accion de Maria; porque siempre fué infiel, pérfido y avaro; y abusando constantemente como todos los hipócritas y malvados de la piedad y religion para ocultar sus vicios, trataba de disfrazar su codicia con máscara de celo y de caridad.

Vino Jesus á Bethania, esto es, á la casa de la obediencia, en cuanto á la causa de la pasion; porque se hizo obediente á su Eterno Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz: y en cuanto al fruto de la pasion, que consiguen solo aquellos que á El obedecen: segun lo dijo San Pablo (3): «Aunque era Hijo de Dios, aprendió como hombre á obedecer: y asi consumado ó sacrificado en la Cruz, vino á ser causa de salvacion eterna, para todos los que le obedecen.» Y San Gerónimo glosó tambien en el mismo sentido el testo de San Márcos, y dijo (4): «Habiendo de padecer el Señor por todo el mundo, y de redimir con su sangre todas las naciones, vino, y moró en Bethania en la casa de la obediencia: porque el cachorri-
»llo de los ciervos siempre vuelve á la cama, ó á la madriguera de
»donde salió: y el Hijo obediente á su Padre hasta la muerte, exige de nosotros obediencia.» El venir á la casa donde habia muerto Lázaro, y al que resucitó, fue asimismo, para demostrar, que los que se hallan muertos por la culpa en aquella misma casa, resucitan tambien para caminar por el camino de la justicia: y que allí preparasen una gran cena para Jesus, tampoco carece de misterio; porque

(1) Marci. cap. 14. v. 3.

(2) Math. cap. 26. v. 6 et 7.

(3) Div. Paul. Ep. ad Hebreos, c. 5 v. 9.

(4) Div. Hieronim. in cap. 14. Marci.

:

recibe el Señor grandes fuerzas regocijado con nuestra obediencia. Servia la solícita Martha al Señor, Lázaro comia en la mesa, y Maria derramaba el bálsamo á sus pies: porque la obediencia es activa y solícita, es á la par sosegada, frugal y modesta, y sobremanera ardorosa y contemplativa; cuyas bellas condiciones estaban perfectamente representadas en los tres hermanos que habitaban en la casa de la obediencia.

No son solos, empero, estos los misterios que se encierran y se descubren en la ida de Jesus á Bethania, seis dias antes de la Pascua. Seis dias antes de consumir las obras de la redencion fue á la casa de la obediencia, el que empleó seis dias en las obras de la creacion. En el sexto dia creó al hombre, y le redimió en la sexta edad del mundo, en la feria sesta, y en la hora de sesta. Aquella cena que se celebró seis dias antes, fue obra del amor de Lázaro, de Martha y de Maria; y representó la fé de la nueva Iglesia, que es obra toda del amor: y se celebró muy oportunamente en Bethania, casa de la obediencia, porque la Iglesia es la casa verdadera, la oficina y el asilo de la obediencia; y en ella solo se hallan los verdaderos obedientes, que son los que obedecen por amor. Los que obedecen por la fuerza, ó por el temor, resisten con la voluntad, y obedecen en la apariencia: por esto, dice el sabio, *que solo el varon obediente cantará la victoria*. El que obedece de veras camina alegre al martirio, obedece á Dios, y triunfa del tirano, de los tormentos, y de la muerte: pero el que niega á Dios por obedecer al tirano, le obedece por temor y á la fuerza, y pierde el mérito, la salud y la vida.

Tres eran los hermanos que se hallaban en el castillo de Bethania, y cada uno preparó los obsequios á su modo para recibir al Divino huesped. Lázaro hizo las provisiones; Martha las condimentó y sirvió á la mesa, y Maria preparó una libra de ungüento de espiiga de nardo, que era el mas precioso y de mas valor que se conocia: luego que el Salvador se sentó á la mesa, se acercó á su Magestad, se arrojó á sus pies, los roció con el bálsamo, y se los limpió con sus cabellos. ¡Qué ejemplo tan altísimo, y digno del examen y atencion de todas las criaturas! Esta uncion es la viva imagen del celo por el culto de Dios, y tambien de la largueza con que debemos socorrer á los pobres, y amar á todos nuestros hermanos! No hay duda, que muchos de los gastos exteriores hechos en algunas ocasiones para honrar á Cristo, estarian muy bien empleados en alimentar á sus miembros; pero hay lances estraordinarios en que es sobremanera loable la profusion en el culto, y seria la esca-

sez muy reprehensible. En tal caso [se andaría corto con Cristo, so pretexto de remediar á sus miembros. Solo el autor de la caridad puede darnos á conocer, cuándo, cómo y hasta qué punto se nos permite este esceso: pero siempre será mostrar muy poco amor á Dios y á su religion quien dá por perdido lo que se gasta en el culto esterno. Los que en este punto andan escasos y miserables con Cristo, pongan los ojos en el valor y la autoridad que dió El á este culto esterno, aceptándole y dándole por bueno, cuando trataba de establecer la adoracion interior del espíritu. Cercénase hoy á Cristo y á su Iglesia, al culto y á sus ministros, todo aquello que puede hacer aparecer grandes los misterios angustos de la religion del Crucificado, y dar á sus ministros prestigio, reputacion y autoridad; y se reviste á los grandes del siglo de tanto prestigio, decoracion y fausto, que solo les falta recibir en la tierra los inciensos y honores debidos únicamente á la Divinidad.

¿Pero cuánto se bajaría su orgullo, si considerasen bien la humilde y tierna accion de Maria? Derramó el bálsamo á los pies de Cristo, pero para derramarlo rompió el alabastro, y despues los limpió con sus cabellos. ¿Por qué no derramas tú los efectos de tu corazon á los pies del Redentor? ¿Por qué no tienes valor para quebrarle? ¿Por qué no te determinas á romper las duras y viles cadenas que lo tienen aprisionado? ¿Por qué no te presentas para llorar á sus pies con la mayor amargura, y enjugar despues tus lágrimas con los afectos del amor, y de la mas ardiente caridad? ¿Te ha ocurrido pensar siquiera qué significacion misteriosa tienen los cabellos hermosos de Maria? Mira bien lo que son los cabellos de la cabeza. No son mas que sobras y superfluidades del cuerpo. Pies de Cristo son los pobres, y cabellos tuyos los bienes que tienes sobrantes: con la buena vida unges los pies de Jesus siguiendo sus huellas, con la limosna los limpias. Oye, pues, lo que dice San Agustin: *no preguntes lo que has de hacer de tus superfluidades*: lo que á tí te sobra, á los pies de Cristo hace falta. Tal vez, con este motivo hizo escribir el Señor á su Evangelista: *lo que disteis á uno de mis pequeñuelos, á Mí me lo disteis*: derramásteis sobre la cabeza de los pobres los consuelos, llenásteis su seno de mendrugos, cubristeis su desnudez con vuestros vestidos superfluos, pero sabed que con ello me obsequiásteis, y Yo, como propio, recibí el obsequio. Maria se acercó Jesus como á necesitada á la fuente de la misericordia para lavar sus culpas, y la encontró derramando sobre ella raudales con abundancia. Rompió el alabastro, porque habia roto ya la dureza de su corazon, y la casa se llenó de la fragancia del

ungüento, como el corazón se llena también de aroma de la gracia cuando el Señor derrama sobre él la misericordia. Buen olor derrama por todas partes la criatura cuando es santa en sus costumbres, modesta en sus acciones, prudente en sus palabras, y se presenta en todas partes como un modelo de edificación: así pudo muy bien decir S. Pablo de sí mismo, que era en todas partes buen olor de Cristo (1) pues por su predicación y ejemplo se esparcía la fragancia de la noticia de Dios por todo el mundo. Nunca María pudo emplear mejor el bálsamo precioso que tenía guardado; sin embargo, la acción no fue aprobada por todos los que se hallaban presentes; siendo más de admirar, que la crítica naciese de donde menos debía esperarse, á saber, de Judas Iscariote, de aquel discípulo que había de entregar á Jesús en manos de sus enemigos, por lo que dijo: *¿por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios y se ha repartido esta cantidad entre los pobres?* Adviértase que el valor del denario ascendía á poco más que el de un real de plata, ó dos reales vellón de nuestra moneda; y que por consiguiente podría ser la suma total de poco más de dos onzas de oro. Hablaba, empero, de esta manera, no porque él se cuidase de los pobres, ni por un afecto de amor ó de misericordia para los necesitados, sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y era depositario de las limosnas que recibía para la manutención del Señor y de sus discípulos, y quitaba y defraudaba de las sumas que se echaban en ellas. Aparentaba caridad para con los pobres, el que dentro de pocos días había de entregar al Hombre Dios en manos de sus enemigos. El que aun era contado en el número de los Apóstoles, fue el mismo que se atrevió á criticar la generosa liberalidad de esta ferviente y amante discípula. ¡Oh y cuántos imitadores tiene entre los cristianos de nuestros días la sacrilega murmuración del discípulo traidor! La liberalidad con que algunas personas piadosas procuran mantener la magnificencia del culto divino, es generalmente murmurada por la irreligión secreta, por la avaricia oculta, y por la hipocresía de la impiedad, que se cubre con los afectos de una caridad sincera, y de la compasión de los pobres. No se murmura, ni se reprende en favor de los necesitados el lujo asiático de los palacios de los reyes, el fausto superfluo de los de los grandes, el exceso en los vestidos, la superabundancia y lujo de los distintivos de librea, los magníficos trenes de caballos con que se sale á los paseos, la suntuosidad y frecuencia de los convites, y la excesiva profusión de las comidas y bebi-

(1) Div Paul. Ep. 2.^a ad Corith. cap. 2 v. 14 et 15.

das ; y se mira con dolor , pretestándose el amor de los pobres , el que un cristiano se interese por la decencia de los altares.

Si de este lujo y aparato exterior con que se pretende rodear las criaturas para dar mas importancia á su autoridad y persona , se entra en el examen y registro de sus salas , gabinetes , estrados , y hasta tal vez de las cuadras y caballerizas de sus caballos , por todas partes se verá no solo la suntuosidad , sino hasta la prodigalidad en el oro y las piedras preciosas , sin que para esto se tenga nunca cuenta alguna con la compasion de los miserables. ¿Y será posible haya de entrar precisamente esta compasion cuando se atiende á la decencia de la casa del Señor , á quien lo debemos todo , y á quien vemos frecuentemente alojado hasta con indecencia en el estrecho recinto de un pequeño tabernáculo ? Será posible que tanto esplendor se busque , tanta magnificencia se gaste , y tanto oro se espenda , para dar prestigio á un vil gusanillo de la tierra , y tampoco se cuide de darlo á aquel que todo lo llena con su magestad y grandeza , todo lo dispone con su providencia adorable , todo lo engalana y hermosea con su sabiduria inmensa , y que en fin á todos compró y redimió con su sangre ? Quien habló en Judas fué en efecto la pérfida impiedad , y su codiciosa avaricia autorizó su locucion. Un solo murmurador basta para turbar la paz de una familia , el reposo de una nacion , y estorbar en ella el fruto del buen ejemplo. No hay obra por buena que sea , que no esté espuesta á la maledicencia y á la calumnia : mil veces se cubre la asquerosa envidia con el manto preciosísimo de la caridad. El mundo representado en Judas , trueca fácilmente los nombres de las cosas : al fervor , llama indiscrecion ; al celo , llama enojo ; y á las lágrimas de la penitencia , y á los suspiros del arrepentimiento , apellida susurros de la hipocresia. ¿Qué entiende el mundo de las cosas de Dios ? ¿Qué tiene que ver su espíritu con el espíritu de Dios ? Ninguna conexion hay entre la luz y las tinieblas ; entre la verdad y la mentira. Dios es la luz y la verdad : el mundo , las tinieblas y la mentira. Solo El , pues , puede condenar á los que no siguen sus máximas , y á los que emplean sus fuerzas , su salud y sus bienes en servir y seguir á Cristo.

De lo dicho hasta aquí se infiere claramente , que Judas era un hombre malo , y que su corazon estaba lleno de iniquidad ; y aunque seguia á Cristo no le seguia con el corazon , sino solamente con el cuerpo ; como advierte San Agustin. Llenaba el número de los doce Apóstoles ; mas no era para él la bienaventuranza apostólica ; solo en la apariencia era el duodécimo. Cayendo él , y sucediéndole

otro, fué suplida la verdad apostólica, y permaneció entero el número. De aquí empero resalta una consideracion importantísima, y un ejemplo admirable, que no debe pasar desapercibido: ¿qué nos dá á entender Cristo sufriendo entre sus Apóstoles á un hombre tan perdido como Judas? No otra cosa sino que debemos tolerar á los malos, por no sufrir que se lacere ó divida el cuerpo de Cristo. Mira á Judas entre los Apóstoles, y al ladron entre los santos: con aquellos estaba el discípulo murmurador, pero no los contaminaba. De un mismo pan comieron Pedro y Judas: Pedro comió el de la vida, y Judas su condenacion. Asi se verifica que lo que es motivo de gozo, y ocasion de la salud eterna para el que es fiel á Dios, lo es de desgracia y eterna condenacion, para el que le es infiel. No obstante, para justificar la inocencia de Maria, no reveló Jesus el delito oculto de Judas. Alabó públicamente á la acusada, y calló la mala disposicion interior del culpado. Dejad, dijo á esta fervorosa israelita, ungir mis pies el dia de hoy, con ese bálsamo precioso y exquisito. No obstante ella puede gastarlo con economia, y guardar lo que quedare para honrar mi sepultura. Por lo que mira á los pobres cuyo interés se manifiesta llegar al corazon, Yo los amo, y no quiero que se dejen de atender. Pero jamás dejareis de tener pobres á quienes socorrer con vuestras limosnas; y no siempre me tendreis á Mí en estado de recibir semejantes demostraciones de afecto y de respeto.

En estas doctrinas de Cristo se ve claramente demostrado cuan peligroso es para la criatura el manejo de las riquezas temporales, viendo que Judas destinado para este encargo, aun viviendo entre los Apóstoles se pierde miserable. Tambien para consuelo nuestro se nos descubre, que la virtud calumniada siempre puede estar segura de que tendrá á Cristo por su defensor. A El le toca defender á los suyos, y á estos sufrir callando á imitacion de Su Magestad el juicio inicuo del mundo, mientras el interés de la verdad, ó la deuda de la caridad, no los obligue á defenderse. En verdad, que es muy lisongero para enamorar el corazon de la criatura, el tierno afecto con que Cristo celebra el obsequio de Maria; pues con tanta anticipacion fué honrado en ella el misterio de su sepultura. Sus últimas palabras fueron un anuncio claro de la proximidad de su muerte, el que no pudo dejar de afligir y desconsolar el corazon de los que se hallaban presentes. No obstante parece que ninguno atendió con bastante seriedad á esta tan franca manifestacion: por manera que los judios que lo oyeron, habiendo vuelto á Jerusalem llenos de fé y confianza, no pudieron disi-

mular los afectos y sentimientos de que se hallaron poseídos sus corazones: y si se ha de juzgar por las consecuencias que tuvieron algunas disputas contra los incrédulos, mediante las que se separaron algunos de la escuela de los fariseos, y creyeron que Jesús era el Mesías prometido, y tenían á gloria el ser contados en el número de sus discípulos, se podrá concluir sin temor de equivocarse, que ellos dieron un grande impulso para que se cumpliese cuanto antes aquella interesante profecía.

ORACION.

Señor mio Jesucristo Hijo de Dios vivo, que habiendo de padecer por todo el mundo veniste á morar por algun tiempo á Bethania, esto es, en la casa de la obediencia; y quisiste cener allí, permitiendo que tus pies fuesen ungidos con un bálsamo precioso; dame fé, para que perseverando en la verdadera obediencia, entienda los misterios y ejemplos admirables que se encerraron en aquel convite. Sepa yo, Señor, honrarte en el tiempo de tu humillacion; sepa emplear los bienes que recibo como dones de tu largueza, en obsequio tuyo, y en socorro y alivio de tus miembros; no sacrificando mas algo de estos desde hoy en adelante en servicio de mis pasiones, sino en el de la caridad que debo á mis prógimos. No permitas que haga caso de los juicios y pareceres del mundo cuando se trata de servirte á Ti, sino que enteramente me dedique al cumplimiento de tus leyes, sin apartarme jamás de las prácticas de piedad que tu santa religion me enseña; para que obedeciéndote en todo, y siguiendo en todo tus máximas y preceptos, llegue por su cumplimiento á poseerte y alabarte, por eternidades en la gloria. Amen.

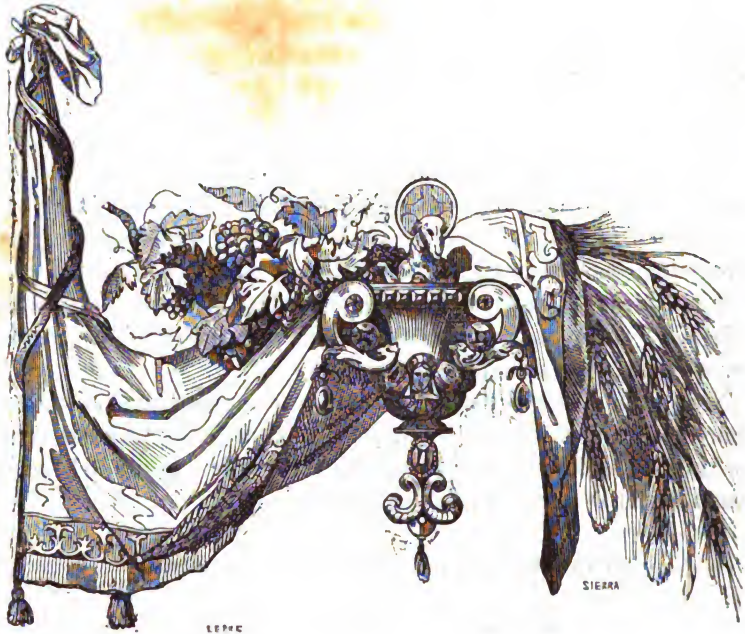
NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al duodécimo del Evangelio de San Juan, desde el versículo 4.º hasta el 9. La Iglesia usa de este testo para el Evangelio de la misa del Lunes Santo, ó del Domingo de Ramos, dice asi:

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES SANTO.

San Juan, cap. XII, vs. 1 al 42.

Seis dias antes de la Pascua vino Jesús á Bethania donde Lázaro habia muerto, al que resucitó Jesús, é hiciéronle allí una cena, y Martha servia, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. Maria pues tomó una libra de ungüento de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y lim-

pió despues con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del ungüento. Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le habia de entregar: ¿por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos dineros y se ha dado á los pobres? Mas dijo esto, no porque estuviere á su cargo el cuidado de los pobres, sino porque era ladron, y teniendo la bolsa llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesus: dejadla que lo aproveche para el dia de mi sepultura: porque á los pobres siempre los teneis con vosotros, mas á Mí no siempre me teneis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de los indios estaba en aquel lugar, y vinieron no solo por causa de Jesus, mas tambien por ver á Lázaro, al cual habia resucitado de entre los muertos.





CAPITULO XIX.

ENTRA JESUS TRIUNFANTE EN JERUSALEN SENTADO SOBRE UNA JUMENTILLA , Y AUNQUE ES BIEN RECIBIDO , LLORA DESPUES SOBRE LA CIUDAD , PRESAGIANDO SU RUINA.

Jamás vieron los siglos un espectáculo tan grandioso é imponente, y tan digno de atencion , como fué el de la entrada gloriosa de Jesucristo en la ciudad santa ; porque ella era como el anuncio claro de la victoria que iba á conseguir contra la vanidad del mundo y la tirania del infierno. Ella era la figura del señorío espiritual que ejerce en su Iglesia , y en las almas de los justos : ella era la escuela de los que buscan la gloria en la humillacion ; porque era la afrenta de los que solo quieren ser exaltados por los caminos de la humana soberbia. Confúndanse por tanto todos los grandes y poderosos de la tierra , en medio del ostentoso aparato con que procuran encubrir las miserias que los igualan con los otros hombres. El Rey de los reyes , y el Señor de los señores ; el repartidor de los

cetros y los imperios, el que arroja los potentados de su trono y los confunde entre el polvo de la tierra; el que eleva á los pequeñuelos y humildes y los sienta entre los tronos de su eterno imperio; el Rey en fin de cielos y tierra, adornado no con la diadema y el cetro de su Omnipotencia, sino con el velo misterioso de la simplicidad y pobreza, muestra que viene al mundo como príncipe de los humildes á destruir el reino de la soberbia, y á condenar todas las leyes de vanidad y orgullo que sirven de gobierno á los hijos del siglo. Apréstase para entrar en Jerusalem de una manera nueva, y poco acostumbrada, pero predicha y anunciada por los Profetas: así instando la Pascua en que se inmolaba el cordero, El mismo como cordero verdadero que debia ser sacrificado por los pecados del mundo, se acercó voluntariamente al lugar de la pasion; acreditando con este hecho, que estaba muy dispuesto á humillarse y á obedecer á su Padre hasta la muerte mas acerba y afrentosa que jamás se hubiese visto.

Estaba mandado en la Ley, que desde la luna décima del primer mes tomasen un cordero todos los hijos de Israel y lo guardasen en su casa hasta la luna décimacuarta del mismo, en cuya víspera debian matarle; y así fué, que el verdadero cordero sin mancha, escogido el primero y primogénito entre todos los rebaños, y elegido de entre millares, que habia de ser sacrificado por la santificacion del pueblo, unos dias antes del sacrificio, esto es, en la luna décima, subió á Jerusalem para que la verdad correspondiese á la significacion de la figura: por cuya razon se llamaba tambien Bethania lugar de *afliccion, de exaudicion y de respuesta*; ¿pero de quién? De Cristo y de nosotros. Lugar de *afliccion* para Cristo, porque la percibió muy grande el Salvador con las unciones que le suministró Maria en su propia casa, y en la de Simon leproso; con las que se designaban claramente su muerte y su sepultura: por cuya razon debemos tambien nosotros afligirnos en nuestros corazones, no solo con la memoria de la pasion de Cristo, sino con la de nuestros propios delitos, por los que padeció el Señor. Infiérese de aqui que debemos implorar su misericordia seguros de que nos oirá aquel que padeció y murió por nosotros, antes que existiesemos. Tan bondadoso Señor nos responderá con la uncion de su misericordia, de su gracia y de sus dones; y nos hará dignos de percibir el fruto de sus misterios, para que imitemos en todo su pronta y perfecta obediencia á las disposiciones de su eterna bondad. Con esta sencilla indicacion conocemos con toda claridad el motivo, porque desde Efren habia marchado Jesus á Bethania, y permaneciendo allí no se habia

desdeñado de recibir los reverentes obsequios que Lázaro y Simon el leproso le habian prevenido en sus respectivas casas; enviando desde la de este último, dos de sus discípulos hasta Bethphage, que está al pie del monte de las Olivas, para que se empezasen á cumplir las disposiciones de la voluntad de su Eterno Padre.

No ignoraba Jesus, que despues de la resurreccion de Lázaro, desesperados los príncipes de los sacerdotes por el progreso que la fé hacia en los pueblos, se determinaron á cortar de un golpe todas las raices. Lázaro resucitado á las puertas de Jerusalem, que se dejaba ver de todos, que de todos era conocido, y con todos hablaba, era el objeto mas á propósito para llamar la atencion de todos, y persuadir la verdad. El convencimiento que causaba su vista, no tenia réplica; y ya resueltos los fariseos en dar la muerte á Cristo, pensaron tambien y convinieron en quitar la vida á Lázaro, y sumergirle otra vez en el sepulcro de donde Jesus lo habia sacado. Formado el proyecto de un deicidio, no les arredraba un nuevo pecado de asesinato. Complicándose cada vez mas la situacion, los individuos de Sanhedrin decian sin rebozo, que preparaban un suceso decisivo; y al contemplar las medidas violentas que en Jerusalem se tomaban, todos conocian la determinacion de los fariseos de acabar con el Salvador. Habíase de cumplir la profecia triste de David, y los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, los príncipes del pueblo, cuantos tenian algun nombre en Jerusalem, y todo lo que podia llamarse la corte de aquel tiempo; conviene á saber, dos pontífices envidiosos, y un consejo tan ambicioso como violento, todos obraban de concierto, y caminaban arrebatadamente á su término. Para lograr sus fines inflamaban personalmente los ánimos de los habitantes de la capital, y sus emisarios eran como teas incendiarias, que recorrian aquella, y las demas provincias, donde podia haber llegado la noticia de Jesus, previniéndolas traidoramente contra El. Por todas partes sembraban rumores calumniosos contra su persona y doctrina, y como sus continuos milagros era un embarazo del que no podian deshacerse, los atribuian á comercio con el infierno. Para alarmar al pueblo contra su Dios y Señor, lo amenazaban con las armas de los Romanos, y con la ira del cielo; sin despreciar algunos de cuantos medios de iniquidad les sugeria su astuta hipocresia y su refinada malicia. Era tal la disposicion de las cosas de Jerusalem, y la complicacion del plan que habian adoptado, que solo un milagro de su Omnipotencia podia haberlo desbaratado: lo que estaba muy lejos de practicar Jesus, pues se acercaba la hora de su muerte y de su triunfo, que desde la

eternidad estaba determinada por su Eterno Padre.

En cumplimiento pues de ella, envió á sus dos discípulos á la aldea que tenia á su vista, y como Señor y Profeta les dijo: *Marchad allá y á la entrada del lugar encontrareis una burra con su pollino, que nadie ha montado aun; desatadlos y traédme los aquí; y si alguno os dijere alguna cosa, esto es, cuál es vuestro intento, y con qué derecho disponéis de aquellos animales, solamente respondereis: el señor los necesita: con lo que, sin hallar otra oposicion, os dejará ejecutar mis órdenes.*

Sucedió todo como Jesus habia dicho, y entonces fue cuando se cumplió el oráculo del Profeta Zacarias, que representando al Mesias haciendo su entrada en la capital del reino, entre las aclamaciones y aplausos de las hijas de Sion, les pone delante á este Señor como un rey que gana los corazones con dulzura y humildad, pues viene á ellas con un equipaje pobre, conducido en una caballeria prestada y comun en el pais, diciendo: *decid á la hija de Sion: ved aquí á tu Rey que viene á tí con espíritu de mansedumbre, sentado sobre una pollina, y sobre el hijo de la que ha llevado el yugo: ó lo que es lo mismo en la realidad no quieras temer hija de Sion, mira á tu Rey que viene sentado sobre el jumento, hijo de la pollina.* Los Apóstoles y demas discípulos del Señor, no habian aplicado hasta entonces á la persona del Mesias estas palabras proféticas. Mas cuando estuvo Jesus en posesion de su gloria, tiempo al cual estaba reservada la comunicacion de su espíritu, y la perfecta inteligencia de las Escrituras, conocieron perfectamente que este oráculo miraba á la persona de su Maestro, y que cuando obedecian sus órdenes, entonces trabajaban en cumplimiento de las profecias.

Despues que los Apóstoles hubieron cumplido con diligencia las órdenes de su Señor y Dios sin encontrar ninguna especie de resistencia ni oposicion de parte de los hombres, viendo que el Señor se disponia para hacer su entrada con pompa y magnificencia en la Ciudad Santa, adornaron lo mejor que pudieron el jumento, formando con sus capas una especie de gualdrapa, ó aparejo, y en seguida le hicieron montar en él. No podia estrañarse en el pais el que Jesus se sirviera en esta ocasion de aquel jumentillo, puesto que los grandes y pequeños de la ciudad lo usaban con indiferencia: y nada tenia por consiguiente, *ni de bajo, ni de soberbio*, pero sí mucho de estraordinario; puesto que Jesus habia hecho hasta entonces todos sus viages á pie en compañía de sus Apóstoles. Mas en es-

(1) Zacar. c. 9. v. 9.

te dia quiso que su pueblo le reconociese por rey pacífico, que entraba en la capital á la manera de sus antiguos jueces y conductores.

Marchaba así, y le seguia una gran tropa de fieles israelitas, de los que muchos le habian acompañado desde Jericó; otros eran habitantes de Jerusalem y de las aldeas vecinas, que habian visto con sus ojos la resurreccion de Lázaro; otros eran gentiles temerosos de Dios, que en los dias de la solemnidad venian á Jerusalem á adorar al Señor; y otros en fin, avisados de su marcha le habian salido al encuentro, mostrando su veneracion y amor á su Rey y Mesias, porque no participaban de las preocupaciones de los escribas y fariseos; y todos tendian sus vestidos á lo largo del camino por donde habia de pasar, mientras que otros cortando ramas de árboles le alfombraban con su verdura, y otros muchos venian de la ciudad con palmas en las manos para recibirle, clamando todos con entusiasmo y alegria: *Hosanna al hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor.* Jamás se vió en la tierra un espectáculo mas digno de atencion. Este fue sin duda el milagro mas asombroso, y acaso el menos notado que se reservó hacer, en medio de otros muchos mas comunes que parecen ejecutados sin cuidado y como por costumbre. Presentóse el Señor aclamado como vencedor de la muerte, que ha de matar muriendo; y del pecado que ha de vencer padeciendo como malhechor. En medio de los aplausos de un pueblo inmenso entra triunfante en la ciudad, donde los magnates y poderosos le odian y aborrecen y maquinan su muerte; y en medio de tanto furor y conjuracion, conserva su libertad, su independencia, su autoridad toda entera, para obrar y hablar; y detiene la tempestad, y la mantiene suspensa sobre su cabeza, hasta el momento preciso en que su Padre lo ha de entregar al poder de las tinieblas; y permite que este triunfo irrite á sus enemigos para que la saña del infierno ayude á la redencion del linage humano. Los gritos de loor y gloria se repiten por todas partes, y las tropas de hombres, de mujeres y de niños, que preceden y siguen el cortejo, no cesan de repetir: «Honra, gloria, y bendicion al Hijo de David. Bendito sea de Dios el que nos viene en nombre del Señor. Hoy se nos ha dado la salud por nuestro Rey, que viene á nosotros, en nombre del que habita en los cielos. El señor se ha reconciliado con nosotros. La paz se ha concluido entre el cielo y la tierra. Ya vamos á ver levantarse con esplendor la inocencia de nuestro pueblo, y la gloria del reino de nuestro Padre David. Que sea un reinado de bendicion. Honra, gloria y alabanza al Altísimo.» ¡Oh con qué mansedumbre y suavidad se presenta el

Todopoderoso á los que estan maquinando mil medios de quitarle la honra y la vida! Jamás los discípulos de Jesus y el número de fieles que creia en El habian tenido mas esperanza de su próxima libertad. Nunca los Apóstoles se habian lisongeados á su parecer con mas certeza por las conjeturas que habian formado sobre la próxima grandeza de su Maestro. Los mismos escribas y fariseos se estremecieron y temblaron, y comenzaron á desconfiar del éxito feliz de sus maquinaciones. Contaban para ellas con el pueblo, y al ver los obsequios que este prodigaba á Jesus, temieron, que desengañado los abandonase. Ocultos y como escondidos habian contemplado el triunfo; la desesperacion y la rabia se habian apoderado otra vez de su corazon, y juntándose en un nuevo Sanedrin se decian los unos á los otros *¿no veis que nada conseguimos? Todo el mundo se vá tras ese hombre*: públicamente se manifiesta la adhesion á su persona, y le siguen como al Mesias, como á Cristo, y como á Rey de Israel.

Mientras los escribas y fariseos se entregaban á la desesperacion, y poseidos de nuevo corage y rabia, maquinaban nuevos proyectos para vengarse del mas manso y pacífico de todos los hombres, el Dios de Abraham inspiraba á los descendientes de aquel esclarecido Patriarca, nuevos cánticos de loor y alabanza en obsequio de su único Hijo, para que llegase á noticia de todos que El era el deseado de los collados eternos, el suspirado de los antiguos padres, la esperanza de todas las naciones, y el Hijo de Dios que venia para obrar la redencion en medio de la Ciudad Santa, y te decian: «*Rey eres de reyes* desde la eternidad: eterno es tu reino, y no de este mundo. Por Tí viene á mí tu reino: con tu poder reconcilias al mundo con Dios, y pones paz en los cielos y en la tierra. Todas las criaturas cantan hosanna al Hijo de David, llega este clamor hasta las estremidades de la tierra, y sube hasta lo mas alto del Empíreo. Los árboles te honran prestando sus ramas: hácese lenguas los bosques: obedécente las obras de tus manos: ríndense á Tí los animales, y las cosas insensibles: lo visible y lo invisible, doblando la rodilla te adoran. Reconócele el hombre por su Criador y Reparador: llama dichosa su culpa porque mereció que entrases hoy á lavarla con tu preciosa sangre. Tú sacas alabanza de la boca de los niños: los humildes publican la gloria tuya, que tratan de oprimir los soberbios. Bendícete los agradecidos, maldicen de Tí los ingratos. Acompañante los sencillos: huyen de Tí los vanos. Porque eres Rey pobre y humilde: tu atavio es la pobreza de corazon: tu fausto la mansedumbre: tus

proyectos el desprecio del mundo: la Cruz el blanco y término de tu camino: Bendito seas oh Rey de Israel. Hosanna al Hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.»

Nada podia haber mas funesto para los escribas y fariseos: ningun contratiempo podia presentárseles mas estorbador y enfadoso: ningunas otras circunstancias menos á propósito para fomentar una violencia: sin embargo, obligaron á algunos de los suyos á que se mezclasen con la muchedumbre, mientras que ellos tuvieron la osadía de presentarse á Jesus, y decirle: Maestro, reprende á tus discípulos y ordénalos que se contengan. Como quien dice: Ya veis mejor que nosotros las consecuencias que pueden tener estos movimientos populares: los que os acompañan no guardan medidas algunas, no prevén las cosas: ellos dicen, que Vos sois Cristo, y os proclaman abiertamente por su Rey. ¿Qué recelos no tendrán los romanos, y á cuánto nos esponéis? En vano seria, respondió Jesus, imponer silencio á mis discípulos. Cuando Yo los hiciera callar, hablarían las piedras en su lugar, y clamarian mas alto que ellos. Con cuya contestacion se vieron precisados los fariseos á contentarse, y callar; porque la ocasion era muy poco favorable para llevar adelante sus planes. Continuaron por consiguiente las cosas como habian empezado. Se aumentaron las aclamaciones, y los envidiosos no pudieron menos de experimentar toda la mortificacion que les causaban tan grandes obsequios tributados públicamente á aquel á quien tan de veras ellos aborrecian.

No puede negarse que, dijo muy oportunamente S. Agustin, que en muchos de los parages que se registraban en el Evangelio, habia tantos sacramentos como misterios, que estaban escondidos bajo las palabras mas triviales y sencillas, y aun bajo las que al parecer eran mas insignificantes: lo que se confirma en el testo de este Evangelio: y en verdad ¿quién puede ponderar debidamente la prontitud de la obediencia á la voz del Maestro Divino de aquellos dos Apóstoles á quienes envió el Señor en busca de la asna y del pollino? Flacos eran é imperfectos, pero su obediencia rayó en esta ocasion hasta el heroismo. En las palabras y aun en los procedimientos de algunos de ellos, se vieron alguna vez muestras de envidia, de ambicion y hasta de temeridad: mas en la obediencia y docilidad fueron constantes y perfectos. La voz del Señor halló siempre en ellos la razon sumisa y el corazon abierto: y no fue pequeña prueba aventurarse á los denuestos é insultos de los hombres, y acaso á ser tenidos por ladrones, por obedecer á Jesus. Que dirán á esto aquellos, que con frívolos pretextos resisten obedecer los pre-

ceptos de la ley santa del Señor, y aparentando temores impropios de cristiano se recatan de cumplir á la vista de otros hasta los preceptos de la Iglesia? ¿Y qué dirán, sobre todo, aquellos ministros tibios, y aquellos sucesores de los Apóstoles que por temor de las persecuciones temporales, y por no incurrir en la indignacion de los poderosos del siglo, descuidan el cumplimiento de sus mas sagrados deberes?

Otra consideracion no menos importante y digna se halla en la instruccion que Jesus dá á los Apóstoles. Atados estaban la asna y el pollino. Aquella era simbolo del pueblo judaico, que habia traído mucho tiempo sobre sí el yugo pesado de la ley; y el pollino denotaba el pueblo gentil sin yugo alguno, abandonado, al parecer, á sí mismo, y á los antojos de una inquieta y desenfrenada libertad; y á la una y al otro manda Jesucristo desatar, y llevarlos á su presencia. A todos desató con su muerte de las ataduras del pecado. Los Apóstoles descargaron á los judios, por medio de la predicacion del Evangelio, de la Ley de Moisés que habia quedado enteramente abolida, rubricando el Salvador con su sangre la sancion de la nueva Ley: y anunciaron á los gentiles la libertad que Cristo les compró. La criatura tiene en sí misma la figura de aquellos dos animales, en las dos partes de que consta: el espíritu que sirve á la ley de Dios, y la carne que no quiere mas que la ley del pecado: aprisionada por este, y atada á las pasiones que le dominan, debe adquirir su soltura, la que han de proporcionarle los sucesores y herederos del ministerio santo de los Apóstoles, poniendo especialísimo cuidado en buscarlas, desatarlas y presentarlas al Señor. Nunca debieran olvidarse estas tres importantísimas y misteriosas palabras: *hallareis una asna y un pollino atados, desatadlos y traedlos á Mí.*

A este tremendo precepto, añadió Jesucristo otra expresion no menos misteriosa y digna de nuestra atencion, cual fue el decirles: *si alguno os dijere algo, decid, que los ha menester el Señor, y luego los dejará.* Porque en verdad, ella indica el poder omnipotente é irresistible del Señor: el dominio universal que ejerce y tiene sobre todas las cosas; pues solo El, es el que puede decir *mias son todas*: y sobre todo, indica la inutilidad de la resistencia que todas las criaturas de la tierra oponen á las disposiciones del Señor. La prontitud con que aquellas gentes, con ser pobres á lo que aparece, dieron lo que les pedia el Señor, condena la dureza de algunos ricos, que se resisten á dar lo que les sobra, aun cuando los pobres de Jesucristo dicen que lo han menester.

A mas de las misteriosas significaciones hasta aquí espresadas, deben notarse en primera línea las que indican la miseria de todo el mundo antes de la venida de Cristo. Judios y gentiles estaban atados, mas ni uno ni otro conocian su cautiverio. El judio se creia libre, porque era hijo de Abraham: el gentil tambien se conceptuaba tal, porque á nadie reconocia por Señor en el mundo; estaba, como dice San Pablo, sin Cristo y sin Dios (1). El judio soberbio con la falsa justicia se desdeñaba de la verdadera. El gentil engañado con la falsa sabiduría, despreciaba á la verdadera como necesidad: y unos y otros estaban atados á la parte de afuera de la puerta, sin alimento, sin abrigo, sin que nadie tuviese lástima de su indigencia. Tenian dueños, pero indolentes é interesados, solícitos de su propia honra, y no del bien ageno que los dominaban, y no los alimentaban, y que si alguna vez hablaron acerca de ellos, fue para oponerse á su libertad, y quitarles la gloria de ser llevados á Cristo por los Apóstoles: pero ni los sacerdotes entre los judios, ni los principes entre los gentiles, tenian derecho para oponerse á la libertad espiritual que Jesucristo venia á dar al mundo entero: mas asi los unos como los otros, abusando de su autoridad, se valieron de ella para retardar la predicacion del Evangelio, y para estorbar que los Apóstoles, en nombre de Cristo, y con el poder de su gracia, pusiesen en libertad á los que tenia atados y tiranizados el príncipe de este mundo.

Tambien es misterioso sobremanera la imposicion de los vestidos de los Apóstoles sobre la jumentilla que habia de montar el Señor; porque era el símbolo de su doctrina, de su fé, y de la pureza y santidad de su vida: joyas preciosísimas que guardan sus sucesores como guardó Eliseo el manto de Elias, preparando y adornando con aquellas las almas donde ha de hacer asiento Jesucristo para ser cooperadores de su santificacion, y hacerles amable el yugo del Evangelio. Indicio es tambien del desinterés y ardiente caridad de los Apóstoles la prontitud con que se desnudaron de sus ropas para preparar el asiento al Salvador: y en ello se vé practicada la obligacion en que estamos todos los fieles, cada uno en su respectivo estado, de despojarnos y desprendernos de todo, para disponer las almas á que reciban á Cristo, de cubrir sus pecados con el secreto, sus flaquezas con la mansedumbre, y sus afrentas con la anticipada caridad. Solo asi toma asiento Jesucristo en el corazon de las criaturas. Pero tambien es preciso considerar la facilidad

(1) Did. Paul. Ep. ad Efes. cap. 2. v. 12.

con que el jumentillo indómito, juntamente con la asnilla, se sujetaron á Cristo: porque en ella se descubre la suavidad y la prontitud con que la gracia señorea y domina al hombre; lo que tambien se demostró en todas las ocasiones en que el Señor llamó de alguna manera particular á los gentiles. Los Magos del Oriente obedecen y siguen con prontitud la estrella que á Belen los conduce; y el eunuco de la reina de Candaces advierte por su compañero á Felipe, acepta la esplicacion del pasage de la Escritura que no comprendia, y recibe inmediatamente de mano del Apostol el bautismo saludable; reconociéndolo á Dios por su Señor, y admitiendo con prontitud y docilidad el yugo suave del Evangelio.

Caminaba el Señor, y el pueblo gritaba hosanna al Hijo de David: estas alabanzas hubieran sido de mucho consuelo para Jesus si no hubiera tenido presentes los oprobios que á ellos debian de seguirse despues de algunos dias; y las demas terribles consecuencias cuyo origen le era bien conocido. Habiendo llegado á vista de Jerusalem, poniendo sus ojos sobre la ciudad ingrata, que amaba como á la principal porcion del campo que le habia confiado el Gran Padre de familias, dió libre corriente á sus lágrimas divinas. No se dejó deslumbrar del esplendor de su triunfo, ni trasportarse de alegría por una pompa tan magnífica. Con este ejemplo nos enseñó lo que ya nos habia dicho por boca del sabio, á saber; que *no nos olvidemos en los dias alegres de los dias tristes*: que debemos siempre tener delante de los ojos la imagen de la muerte, de la vanidad del mundo, y de la inconstancia de las criaturas. Por lo mismo quiso que aprendiesemos, que no hay afecto de que pueda el cristiano sacar mejor partido, que la tristeza y el llanto. Lloró Cristo, no como suelen los hombres por flaqueza, por temor, por interés, ó por hipocresia: lloró la ceguera y la ingratitud de su pueblo, la facilidad con que iban á echar sobre sí todo el lleno de la ira divina, y el castigo que ya les iba á los alcances. Lágrimas que bañaron aquellas mejillas, que son el gozo y la alegría del Cielo, no podian ser sino de celo por la gloria de Dios, y de perfecta caridad para la salvacion de las almas.

Lloró, y como si no quisiese llorar solo, porque lloraba sobre la ingratitud de su ciudad amada, volvióse á los que podian oir su voz, y exclamó diciendo: si hubieras reconocido, ciudad infortunada, esto es, si en tus Profetas, ó por lo menos en estos dias, para tí pacíficos y tranquilos, quisieras aprender lo que ignoras, y Yo conozco, qué otra cosa fuera para tí! Lo que fue decir: sin duda, harias penitencia en ceniza y en silicio como los ninivitas: pero tú te

ciegas y te endureces, y no quieres creer que estás amenazada de una muy grande y próxima calamidad y desolacion.

¡Qué diferentes, encontrados, y opuestos son los pensamientos de Jesus, á los pensamientos de los hombres! Nada hay mas grato á un enemigo que el placer de la venganza. Los escribas y fariseos lo eran de Jesus y deseaban vengarse de El; y sin embargo el Salvador amantísimo lloraba sobre la ciudad ingrata y se estremecía á vista de los castigos que su divino Padre iba á descargar sobre ellos, por haberle perseguido hasta la muerte. Alegrábanse los pecadores en su pecado, los traidores en su obstinacion y dureza, y los verdugos en los tormentos y la muerte que habian de dar al Redentor del mundo; y este que deseaba la cruz, los tormentos y la muerte por salvar á los hombres, derramaba abundantes lágrimas conociendo la monstruosa ingratitud de que estaban llenos. ¡Cuántos se pierden por no conocer el tiempo ni los caminos de la salud! ¡Cuántos por descuidarse en orden á los medios eficaces de su santificacion! ¡Cuántos por abusar de los dones de Dios, ó por no aprovechar los momentos felices en que el Señor los convida con su proteccion y su gracia! ¿Qué importa la falsa paz que el pecador cree gozar porque tiene tranquilidad y contento exterior, si interiormente está en desgracia de Dios? ¿Que puede esperar sino que tras este dia de tranquilidad que á su parecer disfruta, venga el dia de Dios grande y terrible, en que el Altísimo ponga por obra su venganza? Ira es de Dios, y castigo espantoso, la falsa paz que halla el malo en el deleite, en el olvido de su propia dureza, y en el desprecio de la necesidad agena. ¿Qué tiene que ver esta paz engañosa de las pasiones, con la sólida y verdadera de la Cruz con que Dios visita, consuela y alimenta á sus siervos? ¡Oh corazon de Jesus! ¡Qué tierno es y compasivo! En verdad que no puede ver los males de sus hijos sin desearles y procurarles el oportuno remedio.

Abriéronse al parecer las entrañas de misericordia del Salvador en beneficio y favor de su pueblo, y no pudo menos de indicarle que los misterios de la justicia de su Padre estaban escondidos á su vista. Guerra tenia Dios con aquel pueblo, que estando lejos de la verdadera paz no la conocia. Jerusalem es figura de un alma rebelde que resiste á Dios, que rehusa sus gracias, que sofoca sus inspiraciones, que desprecia sus mandamientos, que no hace caso de sus promesas, que se burla de sus amenazas, que no piensa en llorar los pecados pasados, ni en enmendarse de los presentes, ni precaverse de los futuros: no atiende ni á la misericordia de Dios que le estiene de sus brazos; ni á su justicia divina que le prepara castigos; ni á la

vida presente que se acaba y huye; ni á la muerte que se acerca; ni al juicio en que ha de comparecer: todo está escondido á sus ojos. No reconoce las visitas que Dios le hace, sumiéndole en la escasez cuando nadaba en la abundancia; y envolviéndole en cruda y horrible guerra, cuando se creia gozar de paz. Quién habrá que si se pone á examinar detenidamente todas las cosas que le suceden, pueda ni siquiera contar las continuas visitas que Dios le hace? Y quién habrá que si entra en cuenta consigo mismo pueda desconocer las voces que Dios le dá para atraerle á sí, y para despertar en su corazon la gratitud, la viva fe, la confianza en su bondad, y el temor saludable de sus juicios para desprendernos del mundo, y unirnos con El por el amor? ¡Mas hay de nosotros, ignorantes, ciegos y estúpidos, que no solo dejamos pasar á Dios por delante de nuestras puertas, sino que cuando quiere metérsenos en casa se lo estorbamos por mil medios con la mas grosera descortesia! que será de nosotros si no hacemos pronta y fervorosa penitencia?

S. Gregorio dice (1) que lo que hizo una vez el Señor sobre la ciudad ingrata, lo hace cada dia en la Iglesia sobre los que llamó á la ultima dignidad de hijos suyos, porque desconocen la tristísima posicion en que se hallan. Lloro sobre los réprobos, los que desconocen el motivo porque son reprobados; y asi se alegran, y perseveran en el camino de la perdicion, aun cuando les amenaza la condenacion eterna, porque los tormentos que les esperan estan escondidos á sus ojos. Vendrán dias malos sobre ellos cuando llegue el de la venganza eterna, porque no conocieron el tiempo de su visitacion, esto es, aquel en que Dios los visitó. Visita Dios las almas perversas cada dia con sus preceptos, alguna vez con los castigos, con mucha frecuencia con los milagros; para que oyendo lo que no sabia, ó se arrepienta por medio de la conjuncion, ó vencida por los beneficios se avergüence de la mala correspondencia que da al Señor. Pero como poseida por la soberbia desprecia el precepto, el castigo y el milagro; desconoce el tiempo de su visita; y al fin de su vida es entregada á aquellos enemigos suyos, con los que estuvo unida en perpetua sociedad mientras vivia. Vendrán, dijo el Señor á Jerusalem, dias sobre tí, en los que tus enemigos te rodearán de trincheras, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes. Rodeado está el pecador y circuido por todas partes por las pérfidas sugerencias del enemigo, por los interiores estímulos de la carne, y por la inflamacion y preocupacion de todos los deleites y pasiones. Rodeado está por la fla-

(1) Div. Gregor. Hom. 39. in Evangel.,

queza y debilidad de su propia naturaleza. Angustiado y afligido por el temor de su conciencia. ¿Y qué puede esperar sino justicia el que no se aprovecha de la piedad? Esta espantosa ruina de la Jerusalén material, es un ligero borron del horrible estrago que hacen la culpa y el pecado en la Jerusalén espiritual de nuestra alma, y del castigo que para la otra vida le tiene Dios guardado; y así dijo á la Jerusalén material: te destruirán enteramente á tí, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita. La Jerusalén espiritual es arrojada por tierra cuando consiente en su interior la perpetracion del crimen. Sus hijos, que son las buenas obras, quedan enteramente mortificados por aquel, y no queda en ella piedra sobre piedra, cuando á causa de la desconfianza se entrega á la desesperacion. Vallada está entonces y siempre rodeada de demonios, constriñida y oprimida por los pecados, y enteramente postrada y destruida sin que quede en ella piedra sobre piedra, cuando es entregada á las llamas inextinguibles. Nada hay mas que merezca ser destruido tan pronta y terriblemente como el que se levanta á mayores contra Dios y destruye con mano sacrilega y atrevida el templo material donde es adorado de sus fieles hijos, ó el templo espiritual donde recibe los inciensos y adoraciones de la mas pura y fervorosa caridad. Las gracias y las virtudes son las piedras con que levanta Dios y labra el edificio de nuestro corazon. El que profana en sí el templo del Espíritu Santo y no repara esta profanacion con la penitencia ¿que puede prometerse ni esperar, sino ser para siempre templo del demonio? Destruyó Dios el templo y la santa ciudad, no solo para castigar el pecado de los judios, sino tambien para quitarles la ocasion de permanecer en el judiasmo; y misteriosamente para denotar, que habian sido abolidos los antiguos sacrificios, y habia desaparecido el culto judaico.

No es extraño pues, que teniendo presentes el Señor estos terribles castigos de su justicia, que irremisiblemente habian de venir sobre la ciudad ingrata á causa de su obstinacion y dureza, llorase sobre ella. Cuatro veces lloró el Señor en los dias de su vida, cubriéndose con el manto de nuestra carne frágil y enfermiza, sin que se lea que ni una sola vez se rió. Cuatro veces lloró, porque en aquellas lágrimas mortales tuviesemos nosotros como cuatro manantiales y fuentes inagotables de su misericordia: y aunque lloró cuatro veces, sintió mientras vivió esta vida mortal, los motivos que aquellas lágrimas le arrancaron. Lloró naciendo sobre la misericordia comun y la desgracia universal de todos los que nacen. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, aunque sabia que habia de resucitarle, por-

que no ignoraba la dificultosa resurreccion de todos los pecadores muertos por la culpa, á la vida de la gracia : lloró á la vista de Jerusalem, porque tenia presentes sus iniquidades, y el cúmulo inmenso de sus ingratitudes; los pecados de los hijos de la nueva Iglesia, y los de la vieja, juntamente con la de todas las edades y siglos: y lloró en fin en la Cruz sobre todos y cada uno de todos los hombres, porque previó lo infructuosa que habia de ser su pasion para muchos de ellos. Fueron empero oidas del Padre sus lágrimas clamorosas para conciliar su misericordia, y merecer para todos la gracia preveniente y escitante; para sanar las miserias de los mortales: para borrar los pecados de todos; y para merecernos la gracia y la gloria sempiterna.

Otro efecto á mas de todos los dichos, y otra muy ventajosa utilidad nos reportaron las lágrimas de nuestro amantísimo Jesus, y fueron, el que en vista de ellas se escitase en nuestro corazon un dolor vivísimo por nuestros pecados, y por los de nuestros prógimos; consiguiendo tambien por aquellas el don de lágrimas que necesitamos para arrepentirnos de nuestras culpas y flaquezas; y ya que no sea el de las interiores, y exteriores, por lo menos el de aquellas indispensablemente necesarias para dar testimonio de nuestra contricion, y que confirma en nosotros el acto de la verdadera penitencia. Miremos pues bien á nuestro amantísimo Jesus llorando sobre Jerusalem, y aplicando sus lágrimas á la Jerusalem espiritual de nuestra alma, lloremos tambien con El, larga, fuerte, abundantemente; porque sola así podrá corresponder nuestro llanto al llanto del Hijo de Dios. Lloraba Jesus con amargura de su corazon contemplando el peligro temporal y eterno de los desgraciados hijos de Judá, porque no conocieron el tiempo de su visitacion, esto es, cuando por medio del misterio de su Encarnacion los visitó viniendo desde lo alto, y le desconocieron á El, no solo despreciando su predicacion, sino persiguiéndole hasta la muerte y muerte afrentosa de Cruz.

Esta clarísima profecia se cumplió en todas sus partes, y Jerusalem fué asolada y destruida como treinta y siete años despues de la muerte de Jesucristo, ó muy cerca del año setenta del primer siglo cristiano. El emperador Tito fué el ejecutor de esta sentencia pronunciada por la justicia divina contra la ciudad deicida. Las calamidades empero que experimentó el pueblo hebreo en la ruina de Jerusalem, y antes y despues de ella, fueron tales, y de tanta magnitud y consecuencia, que si el principal historiador de estos horrorosos acaecimientos no fuera de tanta autoridad, tan sabio y

respetable, y á mas testigo de vista que á todo se halló presente, no se podria creer. Este historiador fué Josefo, de nacion y profesion judio: uno de los hombres mas raros de su edad en elocuencia, prudencia, conocimiento de las Escrituras, y sobre todo en magnanimidad y valor: pues siendo gobernador de la provincia de Galilea, defendió la ciudad de *Yotapata* contra el poder de los Romanos por espacio de cuarenta y siete dias; y muertos todos los hombres de valor, parece que la providencia quiso guardarlo para que escribiese esta guerra de los judios, como lo hizo. Porque nadie la pudiera escribir, ni con mas verdad, ni con mas elocuencia, ni con menos sospechas de parcialidad; pues él mismo dice al principio de su escrito, que era hijo de Matatia, ciudadano y sacerdote de Jerusalem, y que en la primera y segunda conquista peleó contra los Romanos. Durísimo pues, malvado y sobre impio ha de ser el corazon que permanezca insensible y obstinado á vista de las lágrimas de Jesus, y del motivo que las produce y causa. Desventurado de aquel que circuido de miserias y de pecados, se alegra y rie, cuando sobre él llora la sabiduria del Padre. Frenético ha de ser y sobremannera furioso, el que permanece impávido al ver llorar al médico que conoce toda la gravedad y estension de la fiebre que le devora: llora pues tú con llanto amargo, como si llorases sobre la muerte de tu unigénito. Salgan á torrentes las lágrimas de tus ojos por el dia y por la noche, sin permitirte un momento de descanso, ni consentir que se cierre la pupila de tu ojo. Mira tambien á los discípulos de Jesus que le siguen con la mayor moderacion y reverencia sin poder contener las lágrimas que de sus ojos salian, al ver las que brotaban de las de su divino Maestro, y llorando tú igualmente tus culpas y pecados espera lograr el copioso fruto que á todos merecieron las del divino Salvador.

ORACION.

Amantísimo Padre y dulcísimo Jesus, Redentor y Salvador mio; que tan voluntariamente y con tanta ansia caminaste hácia la ciudad ingrata donde te esperaban tantas amarguras, tantos tormentos y por último la Cruz en la que habias de morir para cicatrizar y curar la espantosa herida que por la culpa y el pecado estaba abierta en el corazon de la criatura: y que viniendo á Jerusalem seis dias antes de la Pascua quisiste manifestar no solo tu clemencia, sino tambien la omnipotencia de que estabas revestido disponiendo que te recibiesen con ramos y palmas confesando tu Magestad, y cantando himnos de loor y ala-

banza á tu divinidad diciendo el pueblo fiel, hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor: ruégote por las entrañas de tu misericordia, me permitas acercarme á tí y seguirte constantemente con la esperanza de vivir siempre unido contigo, y de pertenecer eternamente á tu reino. Por las lágrimas, Señor, que derramaste sobre la ciudad ingrata, concédeme la gracia de que lllore constantemente mis culpas y pecados, para que sea digno de reinar contigo por eternidades de eternidades en la patria celestial. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXI del Evangelio de San Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 9; y al XIX de San Lucas, desde el versículo 29 hasta el 44, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo para el último Evangelio de la Misa del domingo de Ramos, desde el versículo 1.º hasta el 9.º; y del testo de San Lucas como parte del Evangelio de la Misa de la dominica 9.ª despues de Pentecostés, desde el versículo 44 hasta el 44. Unos y otros dicen asi.

EVANGELIO ULTIMO DE LA MISA DEL DOMINGO DE RAMOS.

San Mateo, cap. XXI, vs. 1.º al 9.º

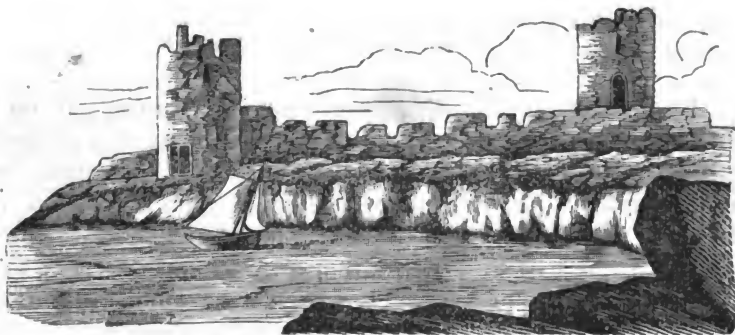
En aquel tiempo: habiéndose acercado Jesus á Jerusalem y llegado á Betfague junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus discípulos diciéndoles: id á esa aldea que está en frente de vosotros, y luego hallareis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traédmela: y si alguno os dijere algo, decid, que los ha menester el Señor, y luego los dejará. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que fué dicho por el Profeta: decid á la hija de Sion: hé aquí tu Rey viene para Tí manso, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de yugo. Y los discípulos fueron, é hicieron como Jesus les mandó. Y trageron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, é hiciéronle sentar encima. Mucha gentetendia sus vestidos en el camino y otros cortando ramos de los árboles los echaban por el camino. Y el pueblo que iba delante y detras, clamaba diciendo: hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA NONA DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Lucas, cap. XIX, vs. 41 al 44.

En aquel tiempo : llegando Jesus cerca de Jerusalem, al ver la ciudad lloró sobre ella, diciendo : ¡Oh si entendieses tú á lo menos en este dia tuyo, lo que pudiera acarrearle la paz ! Mas ahora está todo escondido á tus ojos. Porque vendrán dias sobre tí en que tus enemigos te rodearán de trincheras, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te destruirán enteramente á tí, y á tus hijos los que estan dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion.....





CAPITULO XX.

ARROJA JESUS POR SEGUNDA VEZ Á LOS QUE COMPRAN Y VENDEN EN EL ATRIO DEL TEMPLO: ECHA LA VIUDA DOS MONEDAS DE COBRE EN EL GAZOFILICIO; Y ESPLICA LA PARÁBOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO.

Siguiendo constantemente Jesus su marcha, Llegó á la ciudad santa, mostrando en sus lágrimas el dolor que tenia por la pérdida de su nacion. Entró en ella con triunfo, por la puerta dorada, que estaba á los pies del templo, y á la parte del valle de Josafat; pero como entraba para salvar á todos, conmovióse, y maravillóse la ciudad diciendo: quién es este? significando con esto que cuando el Redentor del mundo entrase en Jeruralen celeste, triunfante del infierno y de la muerte, habian de preguntarse los ángeles en el Cielo, quién es este rey de gloria? Por lo cual dice Orígenes (1): Cuando entró el Señor en la verdadera Jerusalem del Cielo, maravilladas

(1) Origen. Tract. 15. in Math.

las virtudes celestiales, se preguntaban y decian. ¿Quién es este rey de gloria? Y al entrar en Jerusalem terrestre tambien se preguntaban las potestades de la tierra poseidas de terror y espanto, quién es este? Como si digesen: este no es tal, ni tan grande que merezca las honras y recibimiento que se le hace. A su despecho y pesar veian el concurso tan grande de gentes que habia salido á recibirle, ignorando por cierto la gran dignidad, y la divinidad de aquel que recibia con tantas alabanzas y cánticos hasta entonces no usados: por lo que dice San Crisóstomo (1): Con mucha razon se conmovian y maravillaban los principales de Jerusalem: pues aborreciendo á Cristo lo veian ensalzado y alabado con su propio nombre, sin que supiesen lo que pronunciaban porque los dirigia é impulsaba la mano del Eterno, que dirige todas las cosas con oportunidad y acierto. El azoramiento de los príncipes se comunicó á una gran parte de la ciudad, y participando todos del mismo temor, dirigian á las turbas que victoreaban á Jesus la misma pregunta que indicaba su miedo: quién es este? El pueblo sencillo y fiel respondia la verdad, que aquellos no querian oir; y la repetia sin saber lo que pronunciaba; diciendo: este es Jesus Profeta de Nazaret de Galilea, y aun es Señor de los Profetas, por cuya razon debe ser honrado mas que todos ellos. La confesion de la verdad salió de la boca de los sencillos, y las alabanzas de Dios de la de los pequeñuelos, ó menores, para que despues la aprendan y pronuncien los mayores. Sobre lo cual dice S. Gerónimo (2): dudosos en la fe los Príncipes y mayores de Judea, preguntan para satisfacer sus dudas voluntariosas, y confiesan la verdad católica los pequeñuelos del pueblo, y los que eran tenidos en menor estimacion.

Como se habia apeado Jesus á la puerta del Templo, entró inmediatamente en él, y percibiendo los abusos que toleraban los sacerdotes y los magistrados, los reprobó con toda la autoridad conveniente á la dignidad de su Persona, y á la estension de su mision. Conviene empero saber cual fuese este lugar donde entró repentinamente Jesus, antes de referir lo que en él pasó.

Dividiase el templo en dos partes, la una se llamaba *el Santo*, en la que se hallaba el altar del incienso, ó del *Thimiam*, el que estaba cubierto de oro, la mesa donde se colocaban los panes de proposicion y el candelabro: la otra parte se llamaba *el Santa Santorum*, donde estaba el Arca del Testamento y los dos Jerubines. En

(1) Div. Crisostom. Hom. 38. Oper. imperfect.

(2) Div. Hieronim. in cap. 21. Math.

lo que se llamaba el Santo , entraban cada dia los sacerdotes á ofrecer el incienso , sin que se permitiese la entrada á otras personas. En el Santa Santorum entraba solamente el sumo sacerdote , y solo una vez al año. Antes de entrar en estas dos partes del Templo , habia una plaza cuadrada , cerrada con una muralla , la que se llamaba el átrio de los sacerdotes , en la cual bajo un hermoso templete se hallaba colocado el altar de los holocaustos , el que estaba cubierto de bronce : en esta plaza ó átrio , entraban no solo los sacerdotes , sino tambien los levitas , y todos los que estaban destinados para la mactacion , escoriacion y ablusion de las víctimas ; pero las personas vulgares no tenian entrada en ella : sino que en la puerta de aquel átrio ofrecian los animales vivos á los sacerdotes. En ninguno de estos dos lugares entró Cristo porque no era reputado por sacerdote ni por levita. A mas de los dichos se hallaban otros dos , donde los hombres permanecian en oracion en uno de ellos , y en el otro las mugeres ; y estos dos átrios eran vulgarmente conocidos con el nombre de templo , debiéndose entender el uno de estos cuando se dice que Jesus entró en el Templo.

Por tres razones principales , dice el venerable Beda (1) , entró Jesus repentinamente en el Templo. La primera para enseñarnos la forma de religion que debemos seguir , á fin de que sepamos que antes de emprender un negocio , sea el que fuere , y mas particularmente si fuese árduo debemos acudir ante todo á la casa de la oracion ; para que entregados á Dios por medio de ella , se encaminen todas nuestras cosas á su mayor gloria , y al aprovechamiento espiritual de nuestra alma. Segundo , porque como el lugar era público , pudiese ser hallado con mas facilidad ; manifestando que no iba á padecer forzosamente , sino por su propia voluntad. Y tercero , para demostrar que la ruina de la ciudad y del pueblo , por la que tanto habia llorado , provenia en gran parte de la mala fé de los sacerdotes , y de allí nacia tambien la raiz primordial de la prediccion.

Quiso el Señor hacer hasta cierto punto públicos estos motivos entrando repentinamente en el Templo , despues de haber anunciado los grandes males y calamidades que á Jerusalem amenazaban arrojando de él los que allí compraban y vendian , en señal de que indignos los sacerdotes de ejercer su altísima dignidad y oficio , tambien un dia serian arrojados del templo , á saber , cuando la ciudad fuese enteramente destruida , y cuando con el templo pe-

(1) Ven. Bed. in. cap. 21. Math

reciese el pueblo á causa del mal ejemplo y doctrina de los malos sacerdotes. La ambicion y avaricia de estos fue la causa de la destruccion y perdicion de los judios. Alimentados los sacerdotes por su avaricia vendian por su cuenta en los pórticos y átrios del Templo, de toda clase de hostias, víctimas y oblacones; para que no sucediese que viniendo las gentes á ofrecer algo al Señor, no encontrando prontamente, y á la mano quien les vendiese, se marchasen sin presentar alguna ofrenda á Dios: y esto lo hacian, vendiendo tambien una y otra vez lo que se les habia comprado y ofrecido al Señor: y para que los pobres no tuviesen excusa alguna para dejar de comprar aquello que querian ofrecer, tenian tambien colocadas allí mesas de cambiantes, que bajo recibo les prestaban la cantidad necesaria para la compra de las víctimas, con la esperanza de algun premio ó usura; sin reparar que esto era lo que espresamente estaba prohibido por Dios á los hijos de Judá por boca del Profeta Ezequiel (1) diciendo: No recibireis usura, ni ninguna superabundancia ó lucro por lo que prestáseis á vuestros hermanos. Hácennos advertir los intérpretes de la Escritura Santa, que la primera y la última vez que entró el Salvador en el Templo despues de su bautismo, mostró grande enojo contra la irreverencia con que los judios lo profanaban. ¡Oh, si este ejemplo avivase el celo de los que no solo pueden, sino que deben desterrar de nuestros templos la inmodestia y la descompostura, que siempre estan como forcejando por apoderarse de la casa misma de la oracion! No puede mirar con indiferencia esta profanacion el que es verdaderamente llamado de Dios al ministerio eclesiástico, cuyo fin, es el santificar el nombre de Dios y salvar las almas: pues nada destruye tanto la Iglesia del Señor, dice S. Crisóstomo (2), como el que los clérigos sean peores que los legos.

Viendo pues Jesus convertida la casa de su Padre en casa de negociacion, de usura y de latrocinios, enardecido su espíritu, é inflamado con el fuego del celo Santo que le carcomia y devoraba, hizo un látigo de algunos cordeles, y empezó á arrojar á los que compraban y vendian en el Templo; echó á rodar todas las cosas que habian de servir para hostias; las mesas de los cambiantes; y rompió las jaulas de los que vendian palomas: ni permitió que se pasasen de una á otra parte del Templo los vasos y demas cosas que no estaban ofrecidas y consagradas al Señor: y en fin todo lo

(1) Ezechiel. c. 22.

(2) Div. Crisostom. Hom. 40. Oper. imperf.

que no servia al culto divino, y no habia sido antes consagrado ú ofrecido á Dios, lo arrojó, y no consintió que se entrase otra vez dentro. La indignacion de Jesus apárece en todo su lleno en las palabras que pronuncia: *Escrito está, dice, á los mercaderes y profanadores del templo, mi casa es casa de oracion, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.* Si eran ladrones á los ojos de Dios los que hacian aquellas acciones comunes y ordinarias, en aquel templo, que solo contenia una vislumbre de nuestros misterios; ¿qué nombre merecerán las personas que con entretenimientos profanos, inútiles y pecaminosos, con acciones y palabras inmodestas, con escandalosa desnudez, y con vanos y estravagantes ademanes profanan las Iglesias donde reside el mismo Salvador, y se ofrece su sacrificio? De Dios se hurlan los que van á pecar á donde debieran ir á llorar: los que convierten la casa de la oracion en teatro de prostitucion, y los que buscan la ira en la tesoreria de la misericordia. Qué terrible castigo espera á semejantes profanadores! San Crisóstomo lo compendió, y dió á conocer con las siguientes significativas palabras: en el Templo sufrió Cristo con paciencia las injurias que se dirigieron contra su persona, pero castigó terriblemente las que se dirigian contra su Padre.

La flagelacion que Jesucristo practicó por su propia mano en esta ocasion contra los que El llamó ladrones en la casa de su Padre, y el modo con que los arrojó del templo estuvieron antiguamente prefigurados en la muy terrible y espantosa que verificó contra Eliodoro, que entró con mano armada en él para robar todos sus riquezas; sin embargo, hay circunstancias muy dignas de ser notadas. Eliodoro fue azotado por los Angeles; los profanadores del templo lo fueron en esta ocasion por Jesucristo. Aquel sufrió los azotes por el saqueo del templo; los judios lo sufrieron por la paliacion de sus usuras; y fueron llamados ladrones. porque no cuidaban sino de sus lucros temporales, sin reparar en lo reprobado del modo con que los procuraban. Y Jesucristo quedó sosegado y tranquilo, enseñando no solo aquel dia sino todos los demas, en el recinto del Templo mismo. Habló en esta ocasion y obró Jesucristo con tal aire de autoridad y grandeza, que daba bien á entender era mucho mas que hombre; pues hallándose solo y sin armas en medio de sus enemigos, se hacia temer de tal suerte, que nadie se atrevió á hacerle resistencia ni á quejarse de tan severo tratamiento.

En esta ocasion acudieron y se acercaron al Señor en el Templo ciegos, cojos y otras varias clases de enfermos, y empezó á curar

á todos. Estas misericordias del Señor producian diversos y muy encontrados efectos en los ánimos de todos los que se hallaban presentes. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas se exasperaban é irritaban cada vez mas, al mismo tiempo que los crédulos, sencillos y niños, le prodigaban miles de bendiciones y alabanzas cantando llenos de contento y alegría: *Hosanna al Hijo de David*. Al oír esto los príncipes de los sacerdotes y los jueces del pueblo que se llamaban ancianos, fueron á encontrar al Salvador con una tropa de escribas y fariseos para reprenderle, porque permitia aquel tumulto, y llenos de enojo é indignacion le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Sí, les contestó Jesus, ¿pues qué nunca habeis oído lo que cantó el Profeta? *de la boca de los niños y de los que maman, obtuviste, oh Señor, completa y perfecta alabanza* (1); con cuya respuesta no esperada, les cerró las bocas y les obligó á callar. A pesar de tantos milagros como el Señor habia hecho delante de ellos, no creían en El: verificándose el oráculo pronunciado por boca del profeta Isaías, que dice: Señor: ¿quién creará á nuestro dicho, á nuestra predicacion (2)? ¿A quién será descubierto y manifestado el brazo, la fortaleza de Dios? *En vano estendí mis manos al pueblo incrédulo, obstinado y rebelde, que anda por caminos no buenos, en pos de sus pensamientos y de sus pecados* (3). Ellos no podían creer por el motino que antes habia manifestado el mismo Profeta cuando le dijo el Señor: anda, y dí á este pueblo, profetízale: *vosotros oíreis, y no entendereis: vereis, y no mirareis, no advertireis. Ciega, embota el corazón de este pueblo: agrava y entorpece sus oídos: ciega sus ojos, para que no vean con ellos: ni oigan con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se conviertan, ni Yo los sane, ni hayan salud de Mí* (4).

Estas cosas pronunció Isaías cuando vió en espíritu profético la gloria de Cristo, y habló de El. Con efecto, dió Dios á los judíos un espíritu de vértigo y soporoso, ojos con que no vean; y oídos con que no oigan: ceguedad y contumacia en que han perseverado hasta el día de hoy. Y David dijo tambien: *conviértaseles su mesa en lazo y en red, y en tropezadero y ocasion de ruina, por castigo de su merecido. Obscurecidos sean sus ojos para que no vean. Haz que anden siempre agobiados obligándoles á llevar enorme peso sobre sus espaldas, y que vayan con la cabeza inclinada al suelo como bestias de car-*

(1) Psal. 8. v. 3. et 4.

(2) Isaías, c. 53. v. 1.

(3) Idem. c. 65. v. 2.

(4) Idem. c. 6. v. 9. et 10.

ga (1). Mas á pesar de todo, los sacerdotes, los ancianos, y los escribas y fariseos se atrevieron á preguntar á Jesus: con qué potestad hacia aquellas cosas abrogándose una autoridad, que decian, no tenia. No pudiendo contestar directamente al Señor, ni justificar su descuido y negligencia que mostraban en el desempeño del ministerio sacerdotal, por su criminal tolerancia en las irreverencias y acciones indecorosas que permitian en el santuario y casa de Dios, creyeron eludir todas las dificultades, reprendiendo de esta manera la conducta de Jesus con los profanadores del Templo. Necia, sin duda, á la par que atrevida y temeraria, fue en esta ocasion la conducta de los sacerdotes y magistrados, pues no podian ignorar que Jesucristo habia probado en mil ocasiones ante ellos mismos su divina mision, por el cumplimiento de las profecias, por sus heróicas virtudes, y por sus milagros, que jamás pudieron negar. Sabian que el Señor habia demostrado que concurrían en su persona todas las calidades y atribuciones del Mesias, y que debia gozar de la autoridad de Rey, de Profeta y de Legislador semejante á Moisés: y así no es extraño, que viéndose tan directamente atacados, acudieron á querer reprender á Jesus, por no confesar su criminalidad.

Tampoco puede deducirse de la conducta que en esta y en otra ocasion manifestó el Salvador de los hombres, que su carácter no fuese sumamente manso, dulce, benigno, prudente y tolerante: puesto que la severidad que usó contra aquellos traficantes, no fue un acto de dureza, ni de cólera, ni de violencia: sino de celo y autoridad legítima y divina. Es inegable, que Jesucristo conservó siempre su dignidad, y aquella actitud grave y magestuosa cual convenia á un hombre Dios, que descendió del Cielo para instruir y corregir, y no para adular, ni seducir, ni tolerar los abusos. Los comerciantes podian hacer su tráfico fuera del templo: pero tener sus mesas de cambio, vender animales, y escitar ruidos y estrépitos en el interior de aquel, era una criminal profanacion del santuario, la que no podia permitirse sin una notoria contravencion de la Ley. Vanamente los sacerdotes y magistrados permitian esta negociacion con pretexto de la comodidad de los sacrificios. El Dios á quien se ofrecian, y cuyo era el Templo, podia, sin duda, aunque oculto, bajo la figura humana, destruir esta profanacion.

Despues de esto, sentóse Jesus á la vista del Gazophilacio y observaba con detencion los que se acercaban al Arca, para depositar

(1) Psal. 68. v. 23. y 24.

en ella sus ofrendas: y habiendo visto algunos ricos que metian en ella varias monedas de plata, divisó una pobre viuda que arrojó en la misma dos monedas de cobre, las que habia adquirido á fuerza de sudores y de trabajos, por lo que dijo á sus discípulos, que aquella pobre mujer habia ofrecido mas que todos los ricos, porque habia dado no solo lo que para ella era necesario, sino que seguramente la haria falta para su comida, y que los otros habian ofrecido de lo que tenian de sobra, y de ninguna manera les habia de hacer falta. Adviértase, empero, que no dijo que dieron *lo que les sobraba*, sino *de lo que les sobraba*; para demostrar, que no dieron todo lo supérfluo, sino una parte muy pequeña de lo supérfluo. Los sacerdotes, como estaban poseidos de la avaricia, enseñaban: que aquel que ofrecia mas en el Templo, absolutamente hablando, este era el que tenia el mayor mérito; lo que es falso: porque la cantidad del mérito no se estima absolutamente por la cantidad del don, sino comparativamente por la facultad del que dá, por la prontitud con que dá, y por la voluntad y devocion con que lo ofrece á Dios; de lo que se infiere, que, segun la doctrina de los sacerdotes, muchos ricos arrojaban muchas y grandes ofrendas, pero segun la de Cristo, esta viuda pobre fue la que dió mas, consideradas sus facultades y buena voluntad: sobre lo que dice San Gerónimo: No considera Dios *el cuánto*, sino *de cuánto*, y con qué voluntad y devocion dieres (1): no mira el valor de la moneda, sino el de la devocion: no la cantidad, sino la caridad: para que pueda decirse, que es mas generoso y grande el don que se dió con mayor deseo y fervor. La viuda dió lo que pudo, y deseó dar mas de lo que podia: por esto su don fue mas acepto á Dios, y mereció la aprobacion de Cristo. Y asi como los dos dineros ó monedas de cobre que aquella metió en la arca agradaron á Dios mas que todos los dones, asi tambien el amor de Dios y del prógimo, criatura que la debe conservar siempre en el arca de su corazon, agradan á Dios mas que todos los dones y ofrendas que se le presentan en público, para hacer alarde de una exterior y aparente devocion.

Con este motivo y con deseo de hacer una justa aplicacion de esta doctrina de Jesus, dijo San Gregorio: Lo que principalmente mira Dios nuestro Señor, es el corazon con que le ofreces el don, y no repara tanto en el valor ó preciosidad de la dádiva, ni tiene en consideracion cuan grande sea la cosa que se le ofrece en sacrificio, y lo que mas mira es la voluntad con que se le dá. Esta viuda pobre es

(1) Div. Hieronim. in cap. 12. Marci.

el alma del hombre, que libre ya del enemigo con quien estaba unida, pone en el tesoro del Templo dos dineros, que son la carne y el espíritu: la carne por la abstinencia, y el espíritu por la humildad: y así puede decir al Señor, que dió por su servicio todo aquello de que se habia de sustentar, no dejando de su hacienda ninguna cosa al mundo. Y el venerable Beda, dice (1): que esto moralmente nos enseña cuanto son aceptos á Dios cualesquiera dones que de buen corazon le ofrecemos, por pequeños que sean. Los ricos que echaban sus ofrendas en el arca, significaban los judios altivos y presuntuosos; los que segun su propio pensamiento, guardaban la justicia de la ley: y esta viuda pobre, significa la simplicidad y pureza de la Iglesia que se llama pobrecilla, porque aparta de sí misma el espíritu de la soberbia, y la codicia de los bienes temporales. Llámase viuda, porque su esposo Jesucristo, Señor nuestro, padeció muerte por ella: y pone en el Gazophilacio, que es el arca del tesoro, dos dineros de cobre; para que se entienda, que en el acatamiento de la Divina Magestad, con el amor de Dios y del prógimo, trae y pone dones de verdadera fé y de oracion perseverante: los que tiene por menudos y pequeñuelos en consideracion á su propia humildad, por lo que son mas gratos á Dios, que todas las obras de los antiguos hebreos.

Para declarar con mas propiedad y estension este sentido moral y necesario, propuso el Señor á los que se hallaban presentes la siguiente parábola, habiendo advertido que algunos de ellos presumian de sí como justos, y despreciaban á los demas. Dos hombres subieron al Templo á orar, el uno fariseo, y el otro publicano. Con esta sola indicacion ya descubrió toda su tendencia, y los fariseos pusieron el mayor cuidado en la relacion que iba á hacerles el Salvador; puesto que, conociendo su espíritu, y sabiendo por la experiencia que todas sus doctrinas se dirigian á descubrir y condenar la hipocresia de los fariseos, no podian menos de esperar en esta ocasion una reprimenda formidable. Despues de haber establecido Jesucristo una de las principales condiciones de la oracion, cual era la perseverancia, quiso enseñar la otra no menos necesaria, cual es la humildad y la desconfianza de nuestros propios méritos; porque deseaba curar la soberbia de los unos, y vindicar á los otros del menosprecio que recibian de los hipócritas fariseos. Es muy de notar que dijo Jesus, que aquellos dos personajes subian al Templo para orar; porque como la oracion es elevacion del entendimiento

(1) Ven. Bed. in. cap. 18. Lucæ.

y del corazon á Dios, para orar bien es preciso que la criatura se levante con el corazon y espíritu y con todas las potencias de su alma, para pedirle con humildad los dones y gracias que necesita, para mirar con desprecio á la tierra, y todo lo que á ella pertenece. En vano ora el que no está íntimamente persuadido de su flaqueza y de su pobreza: porque este tal viendo en sí mérito y no pecado, no se creará necesitado de la gracia y misericordia de Cristo. Por otra parte, el mismo orgullo que le ciega para no ver su miseria, dispierta en él cierta temeridad é injusticia para graduar las obras ajenas de pecado notorio, de hipocresia, ó de supersticion. Por donde se ve, que en los soberbios crece á un mismo tiempo la presuncion de sí mismos, y el desprecio de los demas.

Con decir Jesus que el uno era fariseo y el otro publicano, ya denotó la estimacion diversa que uno y otro habian de tener de sí mismos; y dejó tambien traslucir que á la par de sus creencias y posicion, habian de ser tambien diversas sus súplicas. El fariseo en lugar de hacer oracion y humillarse á la presencia del Señor para hacerla, permanecia en pie, con la cabeza levantada, y mostrando en su postura y ademanes, y aun en el lugar que habia elegido para orar, toda la altivez y soberbia de su corazon. Su súplica, era su elogio, y decia entre sí: gracias os doy Señor, porque no soy como los demas hombres, y particularmente como este publicano; pues él y los otros, son ladrones, injustos, adúlteros; mas yo tengo una vida irrepensible: ayuno dos veces á la semana, y pago exactamente el diezmo de todos mis bienes. El publicano empero, que se miraba como un pecador público, se quedó en lo último del Templo, y sin atreverse á levantar los ojos al cielo, dábase golpes de pechos, y decia: perdonad, Dios, á este miserable pecador. En las palabras del fariseo resalta en primer lugar su altísima soberbia, prefiriéndose á todos los hombres, condenándolos á todos con temeridad, y particularmente á uno cuyo exterior edificaba, y cuyo interior no conocia. En las del publicano resaltaba la humildad, y la pronunciacion de su propia sentencia, acusándose y condenándose, implorando sin embargo con confianza la misericordia de Dios. El fariseo se olvidó de que el justo en el principio de su oracion debe acusarse á sí mismo, y por esto su oracion fue desatendida: y el publicano, que la empezó acusándose á sí mismo, fue atendido y bien despachado: sobre lo que dice el venerable Beda: De las palabras del fariseo altivo, por las cuales mereció ser humillado y abatido, debemos advertir, para que seamos ensalzados, que así como aquel considerando los vicios de sus hermanos, y enamorado de sus propias virtudes, se enso-

berbeció para su caída; así nosotros reparemos por el contrario no solo en nuestra tibieza, sino también en las virtudes de los demás; á fin de que humillándonos con esta consideración, de nuestra humildad, se nos siga la gloria. El publicano estando lejos no quería levantar los ojos, pero hería sus pechos: á la herida correspondía el clamor que salía de ellos, pidiendo piedad y misericordia; y por esto hiriendo juntamente el corazón, que era la fuente y el origen de su mal, deseaba y pedía que de allí donde habían nacido los vicios naciesen todas las virtudes. Sobre esto mismo nota también San Agustín: que el publicano en medio de su clamor, conocía y confesaba su delito, diciendo á Dios: Dios mío, usa de misericordia con este pecador, y no mires á los defectos de este corazón malo; mas perdóname mis pecados, y usa de clemencia conmigo, que ninguna cosa hay en mí que te pueda agradar, ni por donde merezca yo conseguir perdón: porque siempre pequé contra Tí con mi corazón, con mi cuerpo, con mis pensamientos y con mis palabras y obras: soy peor que todos, y no puedo salvarme sino por sola tu clemencia y misericordia (1).

Si alguno quisiere preguntar por qué se acusaba el publicano con tanta humildad y tan á voz en grito publicaba sus defectos, y qué fruto esperaba de esta tan pública acusación, se le podrá decir, que no esperaba otra cosa mas que su propia absolución y justificación, lo que no solo le fue concedido, sino que el mismo Jesucristo hizo público su arrepentimiento y justificación, diciendo: *este publicano salió justificado*: esto es, de malo salió justo y en gracia: y el fariseo volvió á su casa con sus pecados. Con razón quedó justificado el publicano, y no el fariseo: esto solo tenía una justicia aparente por causa de su presunción, y aquel la tenía verdadera por su humildad. Justificábase el fariseo en sí mismo por sus obras; y el Señor justificaba al publicano por el mérito de su fe. Aquel se vanagloriaba con soberbia, y este confesaba sus culpas con toda humildad, por lo que dice San Agustín: mejor es en los males hechos la confesión humilde, que en las buenas obras la presuntuosa glorificación. Por cuya razón se dice, que es mejor el pecador humilde, que el justo soberbio: porque luego que el justo se ensoberbece, deja de ser justo y empieza á ser soberbio: con lo que queda confundida la soberbia humana para que jamás presuman los hombres de su mercedimiento.

Cuanta confianza dá de perdón de sus culpas y pecados este pe-

(1) Div. Agustín. Sermon. 36. de Verbis Dni.

nitente publicano á los que hacen de los suyos verdadera penitencia, conociendo, llorando, y confesándolos, lo dió á entender San Ambrosio con las siguientes palabras: trajo el Señor esta parábola explicándonos el modo con que el publicano y el fariseo oraban en el Templo, para enseñarnos, que si el soberbio tuviese todas las otras virtudes menos la humildad, le ofende mas con ellas, que el pecador humilde que nada presume de sí, antes reconoce sus miserias porque el demonio siempre procura engañar con alardes de presunción á los que con toda diligencia se dieron á las buenas costumbres. Mucho trabajó aquel fariseo, por no ser injusto y por no adulterar, y por no pecar como pecaba el publicano; pero aunque pagó los diezmos de todas las cosas que tenia y ganaba, y aunque ayunó dos veces á la semana, le engañó el enemigo: hirióle con una profunda y grave llaga, de manera que hecho presuntuoso dentro de sí mismo, en lo que creia ser mas digno de alabanza, fué juzgado por Cristo digno de mayor reprehension. Nadie pues se glorie en sus buenas obras, sino solo en la gracia de Dios, confiando en él con toda humildad. Por lo que dice el citado Padré: cuando te llegares á la presencia del Señor para pedirle mercedes, póstrate en tierra como siervo humilde en su divina presencia, y nada le pidas fundado en la gracia de tus merecimientos; si en el fondo de tu corazon reconocieres haber hecho alguna buena obra, encúbrela; para que guardando silencio sobre ella te la pague el Señor de muchas maneras y con mayor abundancia, acordándote del publicano para que halles perdon como lo halló él. Para que te puedas salvar desecha de tí la presuncion de los propios méritos, porque esta pudiera derribarte de los mas altos Cielos; y abrázate con la humildad que puede levantarse hasta el Cielo, aunque estés puesto en el profundo abismo de tus pecados. Esta humildad dió la vida eterna al publicano, y el fariseo quedó condenado por no poseerla. Ella llevó al ladrón al Paraíso, antes que á los Apóstoles; y la soberbia de los Angeles los lanzó en el profundo de la perdicion eterna. Procuremos pues ser sobremanera humildes, y lanzar de nosotros la soberbia conociendo tan claramente los contrarios efectos que cada una de estas dos cosas al hombre acarrea.

ORACION.

Dulcísimo Padre, y celosísimo defensor de todos los que en Tí esperan: no permitas que esta preciosísima virtud del celo santo falte nunca á tus ministros, para que sean fuertes en sostener la gloria que de

justicia te se debe, y firmes y celosos en mantener el decoro de tu santa Iglesia, que es tu casa y la de tu Padre, que habita en los Cielos. Dios de la justicia, no permitas que continuen por mas tiempo los escándalos, y las injurias que recibes de aquellos que debían servirte con mas pureza, y amarte con mas intenso ardor. Nunca tenga lugar entre los cristianos el abominable comercio que los hijos de la impiedad quieren hacer á peso de dinero en el recinto de tu santo Templo. Azota Señor y castiga á los que le profanan, y haz que giman y lloren todos los que destruyen el templo espiritual de sus almas, donde Tú quieres habitar. Y pues eres poderoso, otórgame á mí, pobrecillo desamparado del mundo, el que sea remediado en su presencia; y que los dos dineruelos, que son el cuerpo y el alma que de tí tengo recibidos, te los pueda ofrecer con devocion, y servir y agradar con entrambos. Ten misericordia de este tu siervo humillado, para que jamás me glorie en mis merecimientos; sino que conociendo y confesando mis culpas, y arrepintiéndome de ellas, merezca recibir los auxilios de tu clemencia. Mirame con aquellos ojos de misericordia con que miraste al publicano, de manera que haya en mí verdadera humildad de corazon, y de obras: y merezca ser justificado en tu divina presencia, y ensalzado eternamente con los humildes en el templo santo de tu gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIX de San Lucas, desde el versículo 45 hasta el 47. Y al XVIII del mismo, desde el versículo 9 hasta el 14. Al XXI de San Mateo, desde al versículo 10 hasta el 47, y al XI de San Marcos, desde el versículo 15 hasta 18, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo del capítulo XIX de San Lucas como parte del Evangelio de la Misa de la Dominica IX despues de Pentecostés. Y de el del capítulo XVIII, para el Evangelio de la dominica X tambien despues de Pentecostés, desde el versículo 9 al 14: y de el de San Mateo para el de la Misa de la Feria III despues de la primera Dominica de Cuaresma: unos y otros dicen así.

CONTINUACION DEL EVANGELIO DE LA DOMINICA NONA DESPUES DE PENTECOSTÉS, EL QUE SE EMPEZÓ EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

San Lucas, capítulo XIX, vs. 45 al 47.

Y entrado Jesus en el Templo, comenzó á echar fuera á los que vendian en él y compraban, diciéndoles. Escrito está: mi casa es casa de oracion; mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Y estaba enseñando todos los dias en el Templo.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DÉCIMA DESPUES DE
PENTECOSTÉS.

San Lucas, cap. XVIII, vs. 9 al 14.

En aquel tiempo dijo Jesus á algunos que presumian de sí como justos, y despreciaban á los demas, está parábola: Dos hombres subieron al templo á orar, el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo en pie oraba para sí de este modo: gracias te doy, oh Dios, que no soy como los demas hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces á la semana, doy el diezmo de todo lo que poseo. Mas el publicano, quedándose lejos y no osando alzar los ojos al cielo, se heria el pecho diciendo: oh Dios: ten misericordia de mí pecador. En verdad os digo, que este bajó á su casa justificado, y no el otro. Porque cualquiera que se ensalza, será humillado: y el que se humilla será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE LA DOMINICA
PRIMERA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXI, vs. 10 al 17.

En aquel tiempo: habiendo entrado Jesus en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad, diciendo: quién es este? Y la gente que iba con El, respondia: este es Jesus el Profeta de Nazaret de Galilea. Y entró Jesus en el Templo de Dios, y echó fuera á todos los que vendian, y compraban en el Templo, y derribó las mesas de los cambiadores, y las sillas de los que vendian palomas. Y les dijo: Escrito está: mi casa será llamada casa de la oracion, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Entonces se llegaron á El ciegos y cojos en el Templo y los sanó. Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que habia hecho, y á los muchachos que á gritos decian en el Templo: hossanna al Hijo de David, se indignaron, y le digeron: ¿oyes lo que dicen estos? Díjoles Jesus: sí ¿Nunca habeis leído aquellas palabras: de la boca de los niños y de los que maman sacaste alabanza perfecta? Y dejándolos se salió fuera de los ciudad á Bethania, y allí hizo morada.



CAPITULO XXI.

**MALDICE EL SEÑOR UNA HIGUERA POR QUE NO HALLÓ FRUTO EN
ELLA: PARÁBOLA DEL GRANO DE TRIGO: Y DE EL DESTRONAMIENTO
DEL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO.**

Llegó la tarde de aquel día que habia pasado el Señor dando santos y saludales consejos no solo á sus Apóstoles y discípulos, sino á todos los concurrentes al Templo, y muy particularmente á los escribas y fariseos, que abrasados de envidia meditaban sin cesar el modo como habian de deshacerse de la persona del Maestro Divino; y habiendo registrado cuidadosamente el Templo, y observado por todas partes á ver si se cometia en él algun desorden, viendo que se acercaba la noche y que nadie le ofrecia su casa en todo Jerusalem, resolvió castigarla, apartándose de ella: porque en verdad, es un castigo durísimo la separacion de Jesus, aunque sea momentánea y por poco tiempo. Volvióse prontamente con sus discípulos á Bethania, en donde comió muy poco, pero sin per-

mitirse descanso, ni hacer larga mansion en aquel lugar; pues al otro dia muy por la mañana salió de allí, y emprendió otra vez el camino de Jerusalem, acompañado de sus discípulos. Como este dia era el último destinado para la instruccion de cuantos le seguian, se aprovechó de todos los momentos y ocasiones para darles los documentos mas interesantes.

Poco tiempo despues de su salida de Bethania, vió desde lejos una higuera plantada á la orilla del camino, cubierta de pomposas hojas, pero sin fruto alguno; y se encaminó hácia ella. Su intento al parecer, era el de coger algun fruto, aunque en realidad no era tiempo oportuno de tenerle; y viendo que efectivamente no lo tenia, se manifestó como sentido y enojado contra el árbol infructífero, y volviéndose á él, en tono que lo oyeron los discípulos, y cuantos le seguian, dijo: *Nunca jamás nazca fruto de tí alguno, desde ahora, y para siempre: Nadie coma de tí fruto jamás:* y al momento se secó: aunque no se conoció repentinamente aquel estrago por haber quedado con hojas hasta el otro dia por la mañana. La higuera á quien echó el Señor esta terrible maldicion, era figura de la Sinagoga: que aun en sus últimos tiempos conservaba el exterior de piedad, y las ceremonias de la religion: estas eran las hojas de que estaba el árbol adornado, pero no llevaba fruto; y por tanto sin efecto alguno habia predicado el Señor, y predicaba aun á la vista de los escribas, fariseos, doctores y sacerdotes; y carcomido su corazon de celo por la salud de los hijos de Israel, maldijo el árbol infructuoso, vacio de frutos de justicia y de toda especie de virtud; el que con su sombra impedia tambien á los demas que creyesen en el Señor, y que los diesen en el tiempo oportuno.

Tambien bajo este símbolo misterioso declaró á su Apostol, que la Sinagoga no solo habia abusado y abusaria de todos sus cuidados, sino tambien del celo y afanes apostólicos de todos ellos; y que viniendo á ser una heredad infructuosa para el cielo, seria en adelante privada del conocimiento de las verdades evangélicas, y ya no produciria buenas obras meritorias de una eterna felicidad. Los discípulos del Señor comprendieron bien el sentido y significacion de esta figura, cuando reflexionaron y recogieron con cuidado todas sus circunstancias en la historia de su Maestro divino. Pero cuando pasaban las cosas delante sus ojos, no llegaron tan allá en su inteligencia, ni comprendieron entonces los principales designios de la

(1) Div. Crisostom. Hom. 68 in Math.

Providencia adorable del Salvador: así es, dice San Crisóstomo (1), que maldijo el Señor la higuera, no porque no hallase fruto en ella, porque no era tiempo de higos; sino para enseñar á sus discípulos, é inspirarles confianza y fe, á fin de que en vista de aquel milagro conociesen también, que si quisiera podría secar y esterminar en un momento los judíos que le perseguían: y San Gerónimo añade (2): habiendo de padecer Jesús por la salud de todos los pueblos, y llevar sobre sus propios hombros el escándalo de la cruz, hasta la cima del monte del sacrificio, quiso reforzar la fe en el corazón de sus discípulos con aquel prodigio anticipado, que les aseguraba de su poder y autoridad; y de que por grande que fuese el de la Sina-goga, hubiera sido siempre muy insignificante é inútil para oponerse al de su Magestad.

Después de este acontecimiento se encaminó el Salvador al Templo, donde se habían reunido una porción de gentiles que habían subido á Jerusalem para adorar allí al Señor en el día de fiesta. Estos que habían oído la fama de la doctrina de Jesús, y la relación de los muchos milagros que obraba, juzgándose indignos de presentarse por sí mismos á un hombre tan santo, tan poderoso, y tan digno de ser respetado, acercáronse á Felipe y le dijeron: *tenemos deseos de ver á Jesús*. No sin falta de misterio se acercaron primero á Felipe, porque este fue el que primero anunció el Salvador á los gentiles, esto es, á los samaritanos. En estos gentiles estaba representada la conversión de todos ellos, que en poco tiempo se había de verificar, y que por su ministerio y trabajos se habían de inflamar en ardentísimos deseos de ver á Jesús glorificado en la patria. Felipe dió la noticia á Andrés, el que como primero entre los llamados tenía al parecer mas familiaridad con el Señor, y porque también habiéndose Felipe convertido por las noticias que Andrés le había dado, deseaba obrar en esta ocasión con su parecer y consejo; y habiendo confabulado los dos entre sí, de comun acuerdo, y acompañados el uno del otro fueron á dar la noticia al Salvador. Oído Jesús benignamente la devota suplica de los gentiles que estaban ya dispuestos para creer, y viendo que ellos se acercaban para recibir la fe, y que en ellos había de tener principio la conversión de los gentiles, no solo les concedió el permiso que pedían, sino que comenzó á anunciarles con claridad, que estaba muy cercano el tiempo de su pasión, después de la que los gentiles habían de ser inmediatamente recibidos al conocimiento de la verdad; y levantando su corazón

(4) Div. Hieronim. in cap. 21. Math.

enardecido é inflamado con el fuego del amor y de la caridad eterna con que amaba á los hombres hasta el seno de su eterno Padre, le dijo: *Llegó la hora de que sea clarificado el Hijo del Hombre* : como si dijera: Los judios no quieren creer siendo asi que vine á predicarles para que fuesen los primeros llamados; mas ya que ellos desprecian el singularísimo beneficio que vine á hacerles, creará en Mí la plenitud de las gentes , cuyas primicias ya se me presentan, y el Hijo del Hombre será clarificado á la presencia de todas ellas.

En efecto: el Hijo del Hombre fue clarificado en su pasion y dado á conocer por su propio Padre, como Dios, Redentor y Salvador de los hombres, por los grandes prodigios y signos que se vieron en los cielos , en el sol, la luna y las estrellas, y en toda la superficie de la tierra: fue clarificado en su resurreccion gloriosa y en su magestuosa ascension á los Cielos. Y en fin, fue clarificado en la conversion de los gentiles porque su magnificencia y su gloria, su santidad y virtud, su sabiduria infinita y su omnipotencia sin término, se predicán y anuncian en toda la redondez de la tierra. Por último, con motivo de la súplica de los gentiles, y respondiendo á ella, despues de haber dicho que ya era llegado el tiempo de ser glorificado, naciendo su gloria de su afrentosa muerte, les propuso en confirmacion de esta verdad la siguiente semejanza: *Si el grano de trigo caído en la tierra no muere se quedará solo.*

Contrapone el Señor á la gloria de su buena fama, las afrentas y dolores en que luego habia de verse; y con divina elocuencia se compara al grano de trigo, el cual despues que se siembra, hasta que se coge, pasa á nuestro modo de ver por innumerables martirios. Primero es enterrado, despues se pudre, y asi se dispone para echar caña y hojas : en naciendo queda sujeto á otras mil injurias, el hie-lo le quema, el aire le combate, el sol le seca, el caminante le pisa, y el ganado le padece. Ni aun paran aqui sus tormentos: llegado á sazón le sobrevienen otros nuevos : le siegan, le trillan , le avientan , le acriban , le muelen , hasta hacerlo harina , y aun despues le traban con agua , le amasan , y le cuecen á vivo fuego en el horno. Por donde se ve, como en esta sola comparacion encerró Jesucristo los grandes y crueles martirios que pasó desde su nacimiento hasta su muerte; los cuales son tantos, que lo que de esto escribieron los Evangelistas, tuvo San Gerónimo por cifra de lo que ello fue en realidad. Pues asi como el grano de trigo si no muere en sembrándole, no dá fruto antes queda solo y no multiplica ; asi, dice Cristo, si Yo no muero , quedaré solo ; perfecto como grano de tri-

go: pero el linage humano quedará sin redimir, supuesto que tengo determinado rescatarle por este medio.

Despues de esta sencilla aunque minuciosa explicacion de este pasage del Evangelio, es asimismo preciso advertir, que los que quieren llegar á la gloria de Cristo, han de tratar ante todas cosas de ser granos de trigo de su era, por la cual son significados los justos y no paja destinada al fuego infernal: así, si el grano de trigo muere, fructifica abundantemente. ¿Quién de los judios no se prometia que muerto Cristo se habia de acabar su nueva escuela, y la congregacion que habia formado? ¿Y quién no creia, que herido de muerte el Pastor se dispersarian de tal manera las ovejas que no volviesen á juntarse jamás? Esto se prometian los judios, cuyo proyecto no era menos que borrar el nombre del Salvador de entre los vivientes, de suerte que de El no quedase rastro ni memoria. Pero así como muerto José, los hijos de Israel se multiplicaron sobremedida, y crecieron en riqueza y prosperidad, de modo que de su descendencia se llenó toda la tierra; así tambien muerto Cristo creció la Iglesia no solamente en el número de los fieles, sino en las riquezas de la santidad. Estos oráculos son un hermoso comentario de las graves palabras de Jesucristo, en las que aparecen con toda claridad la vocacion de los gentiles, la conversion del mundo, y la santificacion de los hombres, que tanta gloria ha dado á su Redentor; la que es el objeto de tantas hermosas profecias, que no podian verificarse sino por la pasion de Cristo. Fue necesario que muriese el Salvador para adquirir el nuevo pueblo, y la numerosa posteridad que se habia prometido; y para que su pasion diese otros muchos copiosísimos y abundantes frutos; pues dió los de la remision de todos, los pecados los de la conversion de los gentiles, y los del mas cumplido gozo en el reino de los Cielos.

Porque Jesucristo se comparó á sí mismo al grano de trigo, y El era purísimo y perfectísimo, quedó la costumbre en la Iglesia de hacer el pan para convertirle en el cuerpo de Cristo, mediante las palabras sacramentales, de trigo puro, sin mezcla de alguna otra especie: y como no basta para dar fruto que el grano de trigo caiga en la tierra, sino que el labrador lo cubra, predijo en su semejanza no solo su pasion y muerte, sino su sepultura y resurreccion; dejándonos á todos los sublimes ejemplos de humildad, resignacion, conformidad y obediencia á la voluntad de su Eterno Padre que debemos imitar, para que en todo y por todo siguiésemos constantemente sus pasos: á este fin les añadió en seguida. *El que ama su vida, la perderá: esto es, el que la ama desordenadamente*, El que ama

su alma mas que la gloria de Dios, que la virtud y la justicia, este es el que la perderá: *y el que la aborrece en este mundo, la guarda y la conserva para la vida eterna.*

Con esta nueva espresion amplificó el Señor ó estendió mas su primera doctrina, estendiendo á todos los fieles lo que de sí mismo habia dicho bajo la semejanza del grano de trigo, dándoles á entender muy claramente, que si habian de llevar fruto, habian de ofrecerse al rigor y mal tratamiento de su carne, y si fuese menester á la misma muerte á trueque de gozar la vida bienaventurada y sin fin. Tambien puede esta sublime sentencia tener otro sentido muy parecido á este, aunque enteramente diverso; y es: El que ama á su vida, y los goces y los deleites de ella mas que á Dios: el que quiere llenar todos sus gustos aunque sea atropellando con la ley del Señor, está tan lejos de amar su alma y su vida, que por el contrario la aborrece y la pierde. Donde se vé, que no hay aborrecimiento que mas daño cause, que el amor falso que muchos se tienen á sí mismos y á otros. Muchos aman á otros, porque en sus bienes ó en sus personas hallan cebadero de sus dañadas pasiones, y así lo que aman de verdad es el vicio; ese es el que tienen por amigo, al cual y á sí mismos pierden con ese amor: por lo que dijo San Agustin (1) Si amaste mal, entonces aborreciste: si aborrecistes bien, entonces amaste: felices los que aborrecieron guardando los preceptos del Señor, porque entonces seguros estan de no perder por el amor.

Excelentísima, perfectísima regla del amor y del aborrecimiento que el hombre debe tenerse á sí mismo: aborrecerse, creyendo que se ama: perderse, creyendo que se gana: y ganarse, juzgando que se pierde; y amarse mas y mas cuanto mas se aborrece. San Crisóstomo dice, que ninguna cosa declara tan bien estas palabras: *El que ama á su alma, la perderá*; como aquel otro dicho de San Mateo: *Niéguese á sí mismo, y sígase*. Lo que uno hace cuando niega á otro, que es, desconocerle, dejarle, hacer poco caso de él; eso ha de hacer para negarse á sí mismo, decir no á todos sus malos deseos, desconocer y abandonar aquellas cosas que tiran á separarle de Dios: no hacer caso de la burleria y vanidad del mundo y atenerse solamente á lo que dá fuerza y vigor al espíritu. Aborrecámonos pues en lo menos, que es en lo de la tierra que perece, y amémonos en lo mas, que es el cielo que siempre dura. A esto nos convidó y aun nos brinda todos los dias el mismo Jesucristo diciéndolo: *Si alguno me sirve, esto es, el que aspira á ser mi siervo, sígase:*

(1) Div. Agustin. Tract. 51. in Joan.

y donde Yo estuviere, allí estará tambien mi servidor: al que me sirviere mi Padre lo honrará. Como si dijera: el que trata de ser mi siervo, ha de empezar su servicio por seguirme á Mí; todos los pasos que diere fuera de esta senda, son perdidos; porque al Padre nadie llega sino por Mí: y añadiendo, donde Yo estuviere allí estará tambien mi servidor, dá una prueba de la gloria de su alma, suponiéndola ya en posesion de la bienaventuranza que promete á sus siervos; y de la gran merced que recibirán siendo admitidos en la cámara del Altísimo Rey su eterno Padre. Esta es la honra que les prepara superior á todo humano deseo: esto sobraba para que los hombres anduviesen siempre afanados en seguimiento de la virtud, puesto que aun en la tierra hará su Padre que sean honrados. El Apóstol desenvolvió esta especie de enigma evangélico, y amplificó unas máximas tan fecundas en reflexiones.

Cogerá el hombre, dijo, todo lo que sembrare (1). El que siembra en la carne, de la carne segará la corrupcion: mas el que siembra en el espíritu, del espíritu segará la vida eterna. La prudencia, la sabiduria carnal y mundana es muerte, pero la prudencia del espíritu es vida y paz (2): asi que, los que son carnales no pueden agradar á Dios. Sabed pues hermanos, que no somos deudores, no estamos obligados á vivir conforme á los afectos y deseos desordenados de la carne: porque si viviereis conforme á ella morireis; empero si con la fuerza del espíritu mortificareis las obras de la carne, vivireis (3). Los que son de Cristo crucificaron la carne con sus vicios, malos resabios y afectos. Porque la concupiscencia carnal, los conatos y deseos de la carne pugnan contra el espíritu, y este está en contradiccion con la carne. Bien manifestas son las obras de la carne..... de las cuales os predicó, que los que tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios (4). Mortificad pues los miembros de vuestro cuerpo terreno, morid á la sensualidad despojándoos del hombre viejo con sus actos, y vistiéndoos del nuevo, el cual por el conocimiento, por la fé y gracia del Espíritu Santo, es renovado, y restituido á su primitiva dignidad, y hecho conforme á la imagen del que lo crió (5). Asi que, corramos con constancia y paciencia al premio que nos es propuesto, fijando nuestros ojos en el autor y consumidor de nuestra fé Cristo Jesús; cuya gloria fué

(1) Ep. ad Galat. cap. 6. v. 8.

(2) Id. ad Rom. cap. 8. vs. 6. et 8.

(3) Id. id. vs. 12. et 13.

(4) Id. ad Galat. c. 5. vs. 17. 19. 24.

(5) Id. ad Colosen. c. 3 vs. 5. 9. 10.

fruto de su humillacion hasta la muerte, y muerte de Cruz (1).

Despues de todo esto, parece que quiso en esta ocasion experimentar el Señor para consuelo de sus siervos los sentimientos naturales que escita en todos los hombres la vista de un peligro inminente, y los horrores de una muerte próxima; y asi continuó diciendo á sus discípulos: *Mi alma está conturbada ahora*: lo que fué darles á entender, que conocia todo el horror de las penas que le esperaban, las que en aquel momento se habian presentado tan vivas á su espíritu, que estaba poseido de temblor y de susto. En cuya consecuencia añadió: *¿y qué diré?* Esto es; ¿á quién dirigiré mi voz? A vos es, oh Padre mio, á quien acudo en medio del horror y espanto que me han sobrecogido. Sálvame, si es posible, de la hora que veo que se acerca. Pero no, que no he venido al mundo para evitar los horrores de esta hora, sino es para sacrificarme á vuestras órdenes. Aceptad mi sumision perfecta á vuestra voluntad, y glorificad á vuestro santo nombre. Daos á conocer á vuestras criaturas, oh Padre mio; manifestad á todos los pueblos de la tierra la grandeza de vuestro nombre, puesto que quereis que los trabajos de mi vida y las ignominias de mi muerte sirvan á vuestra mayor gloria. Por tanto para consolarle y sostenerle contra sus temores solamente le respondió su eterno Padre sobre su peticion absoluta: y cuando acabó Jesus de pronunciar aquellas últimas palabras: *glorificad Padre mio á vuestro nombre*, se dejó oir una voz, que salia de una nube diciendo: *Ya he clarificado mi nombre, y lo clarificaré segunda vez*. Que fué decir: Hijo mio, Yo te he oido, y siempre te oiré. Dios ha sido glorificado y adorado entre los judios, y en adelante lo será entre las naciones. Ya he sido glorificado bajo el reinado de la Ley; y lo seré de un modo mas digno bajo el Evangelio. Ya he sido honrado de Tí, por la obediencia que me rindes; y lo seré aun mas por la que me vas á rendir.

La muchedumbre que se hallaba presente, y habia oido la voz que era fuerte y espantosa, imaginó que pudiera ser trueno: otros decian, algun Angel le ha hablado. Tal era la turbacion de los circunstantes. No era estraño, que no entendiendo los gentiles el sentido de unas palabras pronunciadas en la lengua comun á los judios, pero estraña para ellos, juzgasen que habia tronado, y que los judios que percibieron clara y distintamente las palabras articuladas, las atribuyesen á algun Angel del Cielo. Mas Jesus tomó en seguida la palabra, y les dijo: *No por Mí ha bajado esta voz del*

(1) Id. ad Hebreos, cap. 12. vs. 1 et 2.

Cielo, sino es por vosotros: esto es, para vuestra instruccion y edificacion; para que me reconozcais por el Hijo de Dios, cuyos ruegos oye mi Padre celestial. Sabed empero, que se acerca el juicio del mundo, y que el príncipe de este mundo va á ser echado fuera. Ahora los hombres serán vindicados, reintegrados en sus derechos, y restituidos á su verdadera libertad. Ahora el príncipe de este mundo perderá todo su señorío é imperio. Parece muy verosímil que en estas palabras entendiese, y quisiese denotar muy particularmente el Salvador á la Sinagoga, y á todos sus magistrados, que en lo sucesivo no emplearon su dominacion sino en escándalo de sus súbditos. Asi es como se esplican los Apóstoles muchas veces en sus escritos, siguiendo el modelo de su divino Maestro. Vése pues con claridad, que no habló Jesucristo en esta ocasion del juicio final en que han de ser juzgados los vivos y los muertos, y separados los buenos de los malos para recibir cada uno el premio ó el castigo debido á sus obras; sino del juicio hecho por el Padre á favor de los hombres, contra el demonio que los tenia avasallados, y aherrojados con cadenas en mísera servidumbre. En este juicio es Jesucristo abogado de los hombres, y no juez: aquí se dá la sentencia segun la misericordia del juez y no segun la conciencia del reo: aquí vence el defensor, al opresor; el abogado, al acusador; al tirano vence el legítimo Rey y Señor. Llegado es el tiempo de hacer justicia á los oprimidos, de sacar la cara por los desvalidos, de enjugar las lágrimas de los afligidos. Hace Dios gala de quebrantar la soberbia de los altos y poderosos del mundo, que de su poder y autoridad se valen para aumentar la miseria y la pobreza, y tal vez los vicios de los inferiores, ¿por qué desgracia del mundo no instarán en esto á Dios los príncipes y poderosos de la tierra, y los que tienen sobre ella mando y autoridad y estan encargados de la administracion de justicia?

Asimismo debe entenderse, que desde el tiempo de la pasion de Jesus se hizo un verdadero juicio y separacion de los fieles que creian, de los infieles obstinados contra la fé; pero en el futuro se pronunciará la sentencia de condenacion contra los infieles, y la de premio y recompensa en favor de los que creyeron. Asi pues como espositando ó aclarando su dicho primero, añadió: *Ahora el príncipe de este mundo*, esto es, el príncipe de los amadores del mundo, y de los malos hombres que habitan en el mundo, cual es el diablo, que desde Adán hasta ahora fue Señor, y todavia domina en los malos entregados al mundo, porque viviendo con arreglo al mundo se le sujetan voluntariamente por el pecado; *será echado*

fuera: esto es, perderá en este juicio el poder y la libertad que tenia de arrebatarse á los hombres, y llevarlos en pos de sí, para esclavizarlos y oprimirlos; porque por Cristo, y por la virtud de su pasion se abrió la puerta de la gloria, y el diablo no puede impedir ya á nadie como antes hacia, la consecucion de esta dicha; pues por Cristo y su pasion se dió al hombre la virtud para resistir á su enemigo, y la fortaleza para vencerle: asi se echa fuera al Príncipe de este mundo, como fue desterrado del Cielo por su soberbia. De allí arrojado, se apoderó con tirania y crueldad del átrio del paraiso, que es este mundo, é inspirando la idolatria á los pueblos, destruyó el culto del verdadero Dios. No solo la idolatria, mas las pasiones tambien y los vicios como torbellino impetuoso tenian asolada la tierra. De esta suerte fue el mundo morada y reino del demonio, hasta que lo despojó de él, el mismo que fue el brazo y la fortaleza del Padre, sujetando con dureza á aquel que no quiere verse dominado por la caridad; enseñándonos al mismo tiempo á todos el modo de despegarnos del nocivo amor á la exaltacion y grandeza del mundo, por el gran misterio de su anonadamiento en su pasion y muerte de Cruz.

En Cristo, verdadero Dios y hombre, se ve una mezcla maravillosa, que tiene y tendrá siempre atónitos á los que en la tierra tenemos fé de este misterio altísimo, y aun á los espíritus bienaventurados que gozan de su claridad en el Cielo. Descúbrese en él carne con condiciones de Dios, y Dios con condiciones de carne; Divinidad y humanidad juntas, hombre y Dios de Padre y de Madre, y sin Padre y sin Madre, sin Madre en el Cielo y sin Padre en la tierra; el Eterno nacido en tiempo, y el Hijo en quien nació todo el edificio del mundo, nacido entre los del mundo como hijo. En él triunfó la verdad, quedó honrada la humildad, reinó la caridad, resplandeció la misericordia, y fue santificada la humanidad. Desterró Cristo del mundo á su Príncipe, desarmándole de su poder, y venciendo la concupiscencia del hombre, en quien tiene puesta él la esperanza de su victoria. Flaco es el demonio, si el hombre no se le entrega por medio de sus malos afectos; y así echó fuera al príncipe de este mundo el que hizo á los hombres de malos buenos; y trocó la tirania de la concupiscencia en el yugo suave y dulce de la caridad. El palenque de esta victoria fue la santa Cruz, en la cual con lo sumo de la ignominia y flaqueza, con lo mas apurado de los trabajos y tormentos, con la muerte infame á que le condenó la gente vil y foragida, peleando el Redentor venció al que es caudillo y príncipe de todo lo soberbio. Dos son los juzgados en este

juicio, Cristo y el mundo. El mundo juzga á Cristo tratándole de loco y de engañador, persiguiéndolo, dándole muerte, deseando horrar hasta su memoria. Cristo juzga al mundo venciendo á su príncipe, condenando las obras de las tinieblas, castigando á los que huyen de la luz de la verdad, y del fuego de la caridad con el azote de la eterna justicia. El mundo juzga á Cristo, y este triunfa del mundo. Cristo humillado, vence la soberbia; atormentado, condena el deleite; afrentado, mejora la honra; muerto, restablece la vida. Cristo á los ojos del mundo es la escoria de los hombres, á los ojos de la fé es redentor de todos ellos. Desde el madero donde es enclavado reina como príncipe y señor y salvador del mundo: y así añadió en seguida: *y Yo si fuere levantado de la tierra, atraeré á Mí todas las cosas*. Así será glorificado el Hijo del Hombre, desde que permita ser elevado de la tierra en el sentido que tantas veces tiene profetizado.

Estas ultimas palabras del Salvador necesitan una particular esplanacion. *Si yo soy levantado de la tierra*. No duda que ha de suceder indefectiblemente aquello que ha venido á cumplir. *Exaltado*; esto es, clavado en la cruz. *Atraeré á Mí todas las cosas*; esto es, los hombres elegidos y predestinados para la salud, de lo que está escluido el diablo: y seré cabeza de aquellos miembros, despojando á aquel que engañando injustamente al hombre primero le despojó de su hermosura y de su gracia. Con estas espresiones dió tambien las señas mas puntuales de su triunfo denotando la muerte de que habia de morir, y demostrando que para vencer al demonio no haria gala de las armas de su poder, sino de la humillacion y de la cruz. Llama exaltacion á su crucifixion, no ya por que el crucificado era levantado en alto; sino porque la cruz era delante de Dios principio de la verdadera gloria y exaltacion nuestra. Cristo exaltado y honrado en la cruz, el hombre pecador hecho salvo por medio de la cruz, misterios son que no entiende la carne; adóralos la fé, reconociendo la caridad con que la cabeza crucificada atrae á sí y une consigo á los miembros. Cristo en la cruz unió consigo por espiritual y estrecha manera á todos los suyos; ó digamos, se fecundó de todos, y los cerró todos en sí para que en la muerte que padecia en su carne pasible, muriese la carne de ellos mala y pecadora, y por eso condenada á la muerte: y para que renaciendo El glorioso despues, renaciesen tambien ellos en El á la vida de justicia y de gloria. Por último fue exaltado el Señor en el aire y elevado en la cruz para enseñarnos, que asi como el aire es comun á todos los hombres, asi su pasion y muer-

te era tambien comun á todos ellos: las pasiones, tormentos y martirios de los otros santos fueron propias de cada uno de ellos, pero la pasion de Cristo fue comun y universal, porque con ella quiso merecer la salvacion de todos; y asi como el aire es el medio entre el cielo y la tierra, asi Cristo tambien muriendo en el aire demostró que era el mediador entre Dios y el hombre.

Los judios comprendieron con alguna claridad parte de lo que el Salvador acababa de manifestarles con su discurso, y avanzando en los pensamientos de iniquidad que habian concebido contra El, para convencerle en cierto modo de poco veráz, le dijeron: Nosotros sabemos por la Ley que Cristo y su reinado durarán eternamente. Como, pues, Vos que os dais por Cristo, os adelantais á decir que el Hijo del Hombre será levantado de la tierra? No significa esto en vuestro lenguaje que será crucificado? Y siéndolo, ¿no es claro que no permanecerá para siempre? El título del Hijo del hombre, ó de primogénito de los hijos de los hombres ¿no es propio de Cristo? Hablando Vos mismo del Hijo del Hombre, ¿no es de Cristo de quien nos hablais? y Cristo, ¿no ha de permanecer para siempre? Decidios, pues, ¿cuál es el Hijo del Hombre que no ha de permanecer para siempre?

Si los judios menos carnales hubiesen registrado bien las Escrituras, esto es, la Ley y los Profetas, hubieran observado, que si era cierto que Cristo y su reinado habian de durar eternamente, no lo era menos, que Cristo, ó el Hijo del Hombre por excelencia, seria levantado de la tierra, y moriria en una cruz. Despues de esta muerte vergonzosa, constaba tambien que habia de resucitar, y vivir eternamente en el Cielo, y reinar hasta el fin de los siglos en la Iglesia que habia comprado con el precio de su vida, y adquirido con su sangre. Pero los doctores de la Sinagoga no lo entendian asi, y llenos de ambicion explicaban todo lo que las Escrituras contienen de grande y magnífico con respecto al Mesias; y apartaban de su persona todo cuanto aquellas anunciaban de humilde, penoso y triste. Las turbas á quienes Jesucristo debia responder, no estaban aun dispuestas para una instruccion tan grande, como necesitaban, y por esto les dijo: *Aun hay en vosotros muy poca luz*; caminad sin embargo con ella mientras os alumbrá, para que no os sobrecojan las tinieblas. Lo que fue decirles: por un poco de tiempo estará aun con vosotros la luz. Esta luz soy Yo: y con ella conocéis aun que el Cristo permanecerá eternamente. Apresuraos, acercaos, mirad bien lo que solo se ve con el resplandor de esta antorcha. Entendéz el misterio del Salvador, no á medias, sino

todo él, que su muerte no es incompatible con su victoria, que con ella ha de establecer para siempre su reino: que su sangre ha de ser el rescate de los cautivos, su cruz la exaltacion de los afrentados, su muerte la union de los dispersos. Las tinieblas os sobrecojerán, si de tal manera creéis la eternidad de Cristo, que negueis en él la humillacion de la muerte. Bien sabéis lo que dice el proverbio, que el que camina de noche no sabe por dónde vá, ni á dónde pone el pié.

Ya tenia dicho el Salvador que El era la luz del mundo; ahora les aconseja que mientras logran esa luz, crean en ella: esto es, mientras El les habla y les instruye para que tengan la dicha de llegar á ser hijos de la luz. Entre los judios con quienes se esplicaba con tanta benignidad el Maestro Divino, se contaban algunos fieles; pero no lo eran todos. Allí se hallaba un número grande de la conspiracion de los fariseos, prontos á amotinarse y á levantar sediciones y tumultos á pesar de la solemnidad de un dia tan glorioso para Jesucristo, pues ya ni podian disimular sus intenciones, ni ocultar las tramas insidiosas que contra El tenian preparadas; por lo que el Salvador amantísimo se apartó de entre ellos y se escondió.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, concédeme la dicha de que como verdadero discípulo é hijo tuyo, no solo tenga hojas verdes en mi corazon, esto es, palabras y estimacion y aprecio de la justicia, sino tambien frutos; esto es, obras de justicias y virtud, para que jamás merezca tus maldiciones. No me niegues la dicha de que te siga con todo el afecto de mi alma como verdadero ministro tuyo; para que donde Tú estás, merezca yo estar tambien. Llévame Señor y arrástrame en pos de Tí, y no permitas que me arrastre la dulzura del siglo, sino la inapreciable suavidad de tu amor. Sea siempre contigo mi intencion en el cielo, y asístame continuamente tu proteccion en la tierra. Haz Señor que me una inseparablemente contigo, que te sirva con perseverancia, que te busque con fidelidad, para que felizmente te halle, y eternamente te posea Dios, Rey y Señor mio. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XII del Evangelio de San Juan, desde el versículo 10 hasta el 36: al XXI de San Mateo desde el versículo 13 hasta el 20: y al XI de San Marcos desde el versículo 12 hasta el 44, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Juan para el Evangelio de la misa del Sábado de Pasion; y despues usa tambien de varios trozos de

este mismo Evangelio para la Misa de algunos santos obispos y mártires, y para la del día de la Exaltacion de la Santa Cruz á 14 de septiembre: dice así.

EVANGELIO PARA LA MISA DEL SABADO DE PASION

San Juan, cap. XII, vs. 10 al 36.

En aquel tiempo: determinaron los príncipes de los sacerdotes matar tambien á Lázaro, porque muchos por causa de él se apartaban de los judios, y creian en Jesus. Al día siguiente muchas gentes que habian acudido á la fiesta, oyendo que venia Jesus á Jerusalem, tomaron ramos de palmas y le salieron á recibir, y clamaban: hosanna, bendito el Rey de Israel que viene en nombre del Señor. Y halló Jesus un jumentillo y se sentó sobre él, como está escrito: no temas hija de Sion: hé aquí tu Rey viene sentado sobre un jumentillo. Esto no lo entendieron sus discípulos primero; mas cuando Jesus fue glorificado, entonces se acordaron que estas cosas estaban escritas de El y que á El fueron hechas. La gente que estaba con El, daba testimonio de cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Por eso salió el pueblo á recibirle; porque oyeron que habia hecho este milagro. Decíanse pues unos á otros los fariseos: ¿veis que nada adelantamos? Mirad como todo el mundo se va tras El. Hallábanse allí algunos gentiles de los que habian subido á adorar en el día de la fiesta. Llegáronse estos á Felipe, que era de Bethsaida de Galilea, y le rogaron diciendo: Señor, queremos ver á Jesus. Vino Felipe, y díjolo á Andres: y despues Andres y Felipe lo dijeron á Jesus. Y Jesus les respondió diciendo: llegada es la hora en que el hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo caído en tierra no muere, se queda solo; mas si muere, fructifica abundantemente. El que ama á su alma, la perderá, y el que aborrece á su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna. El que me sirve, sígame; y donde Yo estoy, allí estará tambien el que me sirve. El que me sirviere será honrado por mi Padre. Ahora es turbada mi alma. ¿Y qué dire? Padre, sálvame de esta hora. Mas para eso he llegado á esta hora, Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo que dijo: Le he glorificado y todavia le glorificaré. El pueblo que estaba presente y la habia oído, decia, que habia sido trueno. Otros decian: algun Angel le ha hablado. Respondió Jesus, y dijo: No ha venido por Mí esta vez, sino por vosotros. Ahora es el juicio del

mundo: ahora será echado fuera el príncipe de este mundo. Y Yo si fuere levantado de la tierra, atraeré á Mí todas las cosas. Decia esto señalando la muerte de que habia de morir. Respondióle la plebe: Nosotros hemos oido de la Ley, que el Cristo permanece eternamente. ¿Pues cómo dices Tú: conviene que el Hijo del hombre sea levantado en alto? ¿Quién es este Hijo del hombre? Dijoles Jesus: Aun está con vosotros por un poco tiempo la luz. Caminad mientras teneis luz para que no os sobrecojan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe á donde vá. Mientras teneis la luz creed en la luz para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus y se fué y se escondió de ellos.

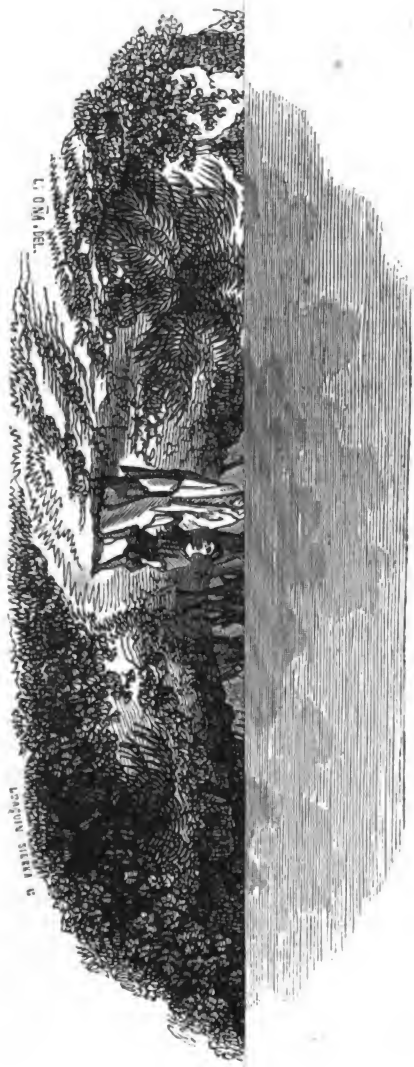
DESCRIPCION DE JERUSALEN.

Todos los viajeros y todos los eseritores, esceptuando solo á Lamartine cuya imaginacion es tan poética y cuyo corazon tan indulgente, de manera que siempre el hombre y la naturaleza se le presentan bajo el mas hermoso aspecto, estan acordes en llamar á Jerusalem lugar de desolacion. Piedras, arena, cenizas y algunos arbustos espinosos; hé aquí lo que los antiguos y modernos han visto en ella.

Las calles de Jerusalem son regulares, rectas, bien empedradas, algunas veces con andenes, pero tristes, estrechas, y casi todas ofrecen un plano inclinado. Las casas por lo regular son de dos ó tres pisos, con muy pocas ventanas; tienen muy bajas las puertas, unidas las fachadas, y estan construidas simplemente con piedras sin el menor ornato, de manera que cuando recorre uno las calles cree internarse en los corredores ó galerias de una cárcel inmensa; en una palabra, se reconoce ser cierta la pintura que de la ciudad Santa nos ha dejado Jeremias. Qué contraste con las calles de la Meca, tan bien adornadas y tan alegres! pero la reina de las naciones es hoy día una viuda, como dice la Escritura.

Al propio tiempo fuerza es conocer como esta ciudad lleva un caracter de desolacion enteramente peculiar, que en vano se buscaria en la soledad de las demas ciudades arruinadas.

Jerusalem es triste, dice Chateaubriand, pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los Profetas; la soledad de Sion, cubierta de luto, tiene algo que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la cuna, con nuestras reflexiones de la edad madura y con nuestros pensamientos de la tumba: no puede darse un paso sobre ese suelo sagrado sin que uno sienta latir su corazon. Los crímenes y las calamidades de los pueblos que se mezclan con las imágenes de la misericordia y de la salvacion; una muchedumbre arrastrada por el furor, el justo condenado, la traicion que se castiga á sí misma, el arrepentimiento, la compasion, la adhesion mas firme, la flaqueza humana al lado de las virtudes mas subli-



Vista general de Jerusalem.

mes; el infierno devorando su presa, un Dios resucitado que sube al cielo, y la esperanza de que él descende: hé aquí lo que se encuentra en medio de las ruinas de Jerusalem; vemos nuestros destinos sobre la tierra, los bienes y los males de la humanidad, y nos parece que estamos recorriendo todos los senderos de la existencia. En estos sitios en que un Dios murió con nuestra vida y murió de nuestra muerte, todo parece explicar la humana condicion. Por esto sentimos tanto abandonar la ciudad Santa, en cierto modo como si abandonásemos la existencia, que, á pesar de decirse sepultada en un valle de lágrimas, halla atractivos en el mismo dolor.

Al hablar Michaud de la primavera en Jerusalem, dice: en esta ciudad como en nuestra primavera de Europa, no se ven bosques floridos, prados y riachuelos que murmuran en medio de la verde yerba, no se oye á los ruiseñores entonar el armonioso himno de la aurora de año: solo algunas tórtolas suspiran sobre las palmeras de la casa de Caifás y sobre los altos árboles cercados á la puerta de Sion... La primavera de Jerusalem no tiene nada de alegre.

Veamos ahora como el tierno Lamartine nos describe en octubre la ciudad Santa

A la izquierda de nuestro horizonte, viniendo del desierto de San Juan Bautista, á una legua de distancia, brillaba el sol sobre una torre cuadrada, un alto minarete y las amarillas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una pequeña colina. Detrás asomaba una ciudad formando declive á lo largo de ambos lados de la colina; por precision debia ser Jerusalem. Nos creiamos mas distantes de la ciudad, y todos nosotros sin atrevernos á preguntar nada al guia temiendo ver destruida nuestra ilusion, gozabamos en silencio de esta vista cuando todo al rededor nos estaba hablando de Jerusalem. Efectivamente, era ella que se elevaba entre un amarillo sombrío sobre el fondo azul del firmamento y el fondo negro del monte Olivete. Paramos nuestros caballos para contemplarla en esta misteriosa aparicion. Un paso mas que diésemos bajando á los profundos y sombríos valles que veiamos á nuestros pies, nos la haria sin duda perder de vista.

El aspecto general de los alrededores de Jerusalem, puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin terror, sin grandiosidad; algunos pedruscos pardos; y de trecho en trecho alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan débil sombra sobre los flancos escarpados de la colina; las murallas y las torres pardas de las fortificaciones de la ciudad apareciendo á lo lejos sobre la cumbre de Sion: tal es el aspecto que ofrece la tierra. El cielo se presenta puro y profundo sin que jamás por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia, vése una especie de abismo que descende de entre montañas negras y abre paso á las miradas hasta descubrir el Mar Muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo de viento murmurando entre las almenas ó las secas ramas de los olivos; ningún pájaro que oiga oír sus trinos en los caminos ni en los campos.... tal es Jerusalem.

A pesar del brillante colorido derramado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la religion, y á pesar de que haya dorado con los rayos del sol esas montañas y campos estériles para darles alguna dignidad, el silencio y la soledad de la poblacion, esas altas murallas desiertas, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos árboles que vegetan á duras penas, todo presenta un conjunto melancólico, pero al mismo tiempo se reconoce que nada es mas propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

Pero cuando uno está en lo interior, dice otro viagero sexagenario, esa apariencia de grandiosidad que á lo lejos se nos ofrece, esa ilusion que produce por un momento el imponente aspecto de las cúpulas, de las mezquitas y de los minaretes que dominan los restantes edificios, todo se desvanece, y Jerusalem no parece mas de lo que es en realidad, una ciudad de escombros y de ruinas. Sus casas cuadradas, por lo regular pequeñas, bajas y sin ventanas por la parte interior, cubiertas de un techo llano á manera de azotea, encima del cual se eleva alguna vez una pequeña rotunda, se parecen, mas que á una habitacion, á un conjunto de piedras amontonadas para construirla, y hacen en verdad el mas triste efecto.

La poblacion de Jerusalem se compone de musulmanes, de griegos, armenios, de católicos, de coptos y de abisinios: la industria y el comercio ofrecen poco recurso á la ciudad; las rocas y las montañas que la rodean no conocieron jamás las mieses. Cada uno vive de su creencia. No tiene el oriente secta ni tribu que no envíe limosnas á Jerusalem; los peregrinos armenios y griegos llevan allí considerables sumas, de manera que los dones y las ofrendas de la devocion sostienen á la vez la poblacion cristiana y la judia: los musulmanes se aprovechan de todos estos tesoros enviados por la piedad, de manera que cada secta vive de la fé que profesa, y puede decirse que los inelédulos viven y se enriquecen á costa de la fé de todos.

Para estudiar la fisonomia de Jerusalem, fuerza será observar cada pueblo en particular. Los hebreos de la ciudad Santa habitan el cuartel mas sucio situado cerca de la puerta Esterquilina ó sea de las *inmundicias*, llamada hoy dia puerta de los Mangrabines; separados de las demas sectas, y aun ellos mismos divididos en dos facciones enemigas, tristemente reunidos en sus Sinagogas, y vueltos los ojos al valle de Josafat, comen su pan en la afliccion y beben su agua con espanto. Al verles en sus reducidas y sucias moradas, conócese que no han venido á Jerusalem para vivir dichosos, y ni para vivir siquiera, sino solo para poder descansar en el sùmbre valle esperando la época del juicio final. Llegan á Jerusalem judios de todas las comarcas de la tierra, y ninguno sale: la mayor parte son ancianos cuya existencia ha perdonado el tiempo, y que no piensan ya en las cosas de la vida. Jerusalem cuenta muchos judios que pasan de los ciento y de los ciento veinte años.

Los armenios y los griegos son en Jerusalem lo que en todas partes. A pesar de que ambos pueblos conocen el comercio en todos sus ramos, no podrian sostenerse en la ciudad Santa si no les socorriese la devocion de



Calle de la Amargura.

los peregrinos. El cuartel de los armenios, situado sobre el monte Sion, es el mas hermoso de Jerusalem. Esta nacion, que no tiene territorio ni hogar doméstico, y que vive errante y dispersa como los hijos de Israel, do quiera da muestras de su poder y de su crédito, y parece prosperar cada dia mas en medio de las ruinas y miserias del Oriente. Siguiendo el camino de Jerusalem no se encuentran mas que carabanas de armenios que acuden de todas partes del imperio otomano y aun de la Persia, llevando consigo sus riquezas.

Los griegos habitan alrededor de la Iglesia del Santo Sepulcro, lo que es para ellos un consuelo cuando piensan en las calamidades de su patria. Perseguidos en todas las comarcas musulmanas, no enviaban á Jerusalem ninguna ofrenda, y sus peregrinos habian olvidado el camino de Sion. Solo en 1831, protegidos por el pabellon ruso, fué cuando visitaron de nuevo la Tierra Santa. Hoy dia llegan en gran número del Asia menor, de las orillas del Helesponto, y aun de Stamboul: han conservado su antiguo caracter, y si algun asomo de alegría reina en la triste Jerusalem, será preciso buscarle entre los griegos, pues si bien son mas supersticiosos que las demas sectas, cuenta sin embargo hombres instruidos entre los inviduos de su alto clero.

En medio de este concurso de opuestas y rivales creencias, hay una que domina todas las demas, y es por cierto la mas celosa é intolerante: los musulmanes se dan en todo un aire de amos. La poblacion musulmana es turbulenta é inquieta, y no puede sufrir yugo para sí ni libertad para los demás. Cada uno de esos incrédulos tiene derecho para ultrajar en la calle y aun en sus casas á los cristianos y á los judios sin que estos puedan quejarse ni obtener reparacion. Y lo mas singular es que esos musulmanes oran juntos con los cristianos y con los judios, venerando mucho los lugares sagrados: encuéntranse en la Biblia y en el Evangelio algunos nombres respetados por los hijos del mahometismo. Todas esas poblaciones enemigas son regidas por un Mutzelim, un Cadi, un Subcadi, encargados de la policia, y un Mufiti encargado de las mezquitas y de la observancia de los preceptos religiosos: todos van á una tratándose de sacar dinero de los sectarios de las dintintas religiones. La ciudad obedece al bajá de San Juan de Acre.

En todos tiempos ha sido el monte Olivete un objeto que ha herido vivamente la imaginacion de los cristianos; en los primeros siglos de la Iglesia se descubrian en la montaña fuegos milagrosos, y los peregrinos de los siglos nueve y diez creian ver renovarse la escena gloriosa de la Ascension del Salvador. Algunos, al llegar á la cumbre de la montaña, se postraban de rodillas, estendian los brazos en forma de cruz, y derramando lágrimas pedian al cielo que les librase de la carcel del cuerpo en el mismo sitio desde el cual Jesus se elevó al cielo. El cronista Clabér habla de un peregrino de Autun, á quien Dios llamó á la morada de los elegidos el mismo dia en que habia orado sobre el monte Olivete. Allí es donde se detuvo la procesion de los cruzados antes del último asalto de Jerusalem, y por cierto que el aspecto de la ciudad Santa debió inflamar el entusiasmo heroico de los compañeros de Godofredo, mas aun que los discursos de los clérigos y de los obispos. Jerusalem conser-

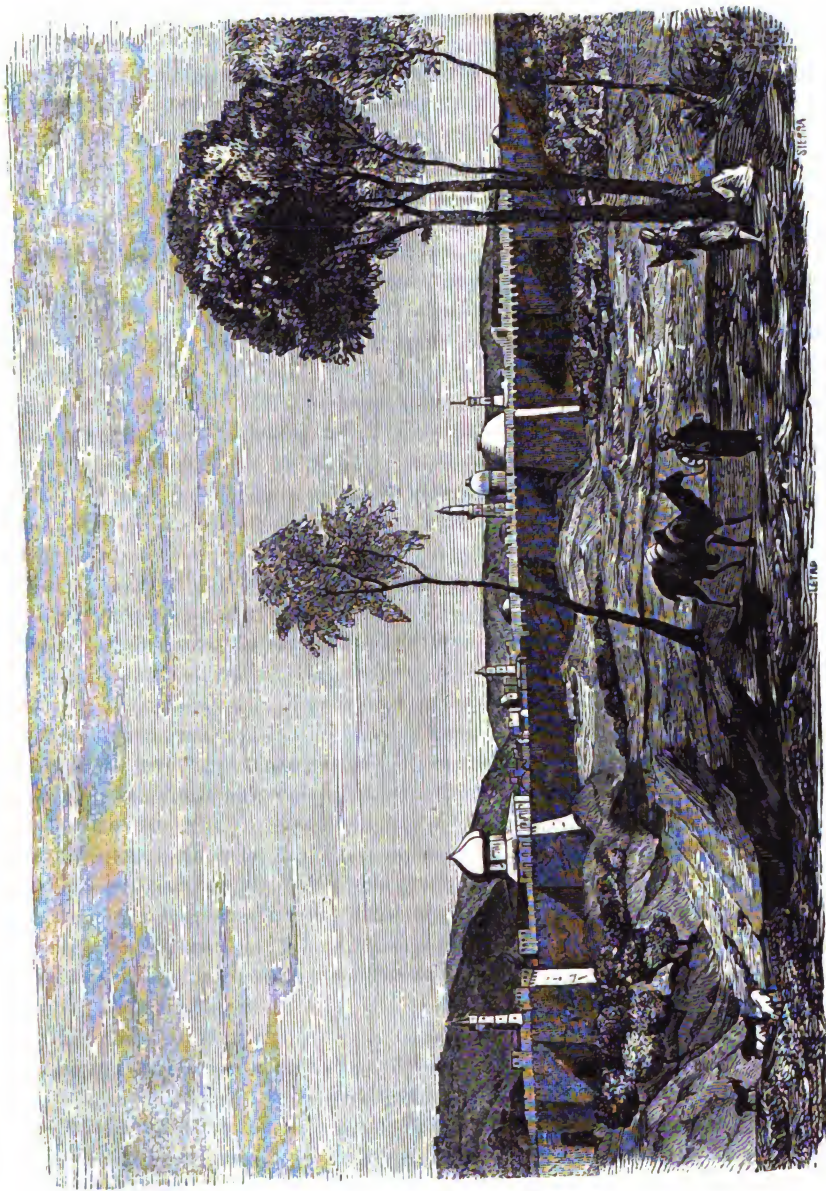
:

va el monte Olivete como una última gloria, como una diadema radiante que corona todavía á la hija de Sion.

A cada paso que se dá trepando por él va descubriéndose un nuevo cuartel ó un nuevo edificio de Jerusalem, de manera que sin exageracion se podrían ir contando todas las casas. Mas allá de las dos mezquitas y del sitio de donde se elevó el templo estiéndose toda la ciudad Santa sin que perdamos de ella un techo, ni una piedra, como si fuese el plan de una ciudad en relieve que un artista nos presentase sobre una mesa. Esta ciudad, añade Lamar-tine, no es, como nos lo han querido figurar, un conjunto informe y confuso de ruinas y de cenizas, sobre las cuales se hayan echado algunas cabañas árabes, ó plantado algunas tiendas de beduinos; no son como Atenas un caos de polvo y de murallas derrocadas, donde en vano busca el viajero la sombra de los edificios, el pavimento de las calles y el aspecto de una poblacion: es una ciudad brillante, que presenta noblemente todavía sus murallas intactas y dentelladas, su mezquita azul con sus columnatas blancas, y sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales refleja la luz del sol de otoño: por fin, en medio de ese Océano de casas y de esa nube de pequeña: cúpulas que las cubren, levántase otra cúpula negra mas hancha que las demas, dominada á su vez por otra blanca: es el Santo Sepulcro y el Calvario, confundidos ambos y como nadando en el inmenso laberinto de edificios y de casas que los rodean. Tal es la ciudad vista de lo alto de aquella montaña, apareciendo como si fuese la Jerusalem nueva que renace brillante del seno del desierto. Es el mas magnífico panorama que pueda presentarse de una ciudad que ya no existe, pero que parece existir como si estuviera llena de vida y de juventud; y sin embargo, si se la mira atentamente se conoce que todo ello no es en realidad mas que una bella vision de la ciudad de David y de Salomón. Ningun ruido sale de sus plazas y de sus calles; ningun camino conduce á sus puertas del oriente y del occidente, del mediodia y del septentrion; solo algunas sendas serpentean al azar por entre las rocas, descubriéndose algunos árabes casi desnudos, algunos habitantes de Damasco que conducen sus camellos, ó algunas mujeres de Belen ó de Jericó que traen consigo una cesta llena de uvas de Engaddi, que van á vender por la mañana á las puertas de la ciudad. A la izquierda del templo y de las murallas de Jerusalem, forma la colina un declive, se estiende con suave vertiente, y á unos cien pasos de la ciudad, nos presenta una mezquita y un grupo de edificios turcos. Es la montaña de Sion! es el palacio y la tumba de David!

Cuando el espectador está colocado sobre el monte Olivete, si entra en consideraciones puramente religiosas, no puede menos de recordar con terror que aquel es el sitio donde Jesueristo, sentado á vista del templo, habló á sus discípulos de las espantosas señales que dedian preceder á la destruccion de este edificio sagrado, donde echó los ojos sobre esa ciudad desgraciada y lloró por las calamidades que la amenazaban: seguramente que no podia elegir-se sitio mas imponente para lanzar contra Jerusalem el anatema.

Despues de haber mirado á vista de pájaro el interior de una ciudad que á ninguna otra se parece bajo el aspecto político y religioso, no será inútil y sin



Muralas de Jerusalem.

interés ver el conjunto que presentan las murallas que la rodean. No vamos á juzgar de una plaza fuerte: solo nos toca ver una especie de campo fortificado desde muchos siglos, en medio de una llanura estéril; una barrera opuesta á la rapacidad de los árabes del desierto; sobre todo es curiosísimo pensar que á corta diferencia tenemos delante la misma línea de murallas que bajo formas diversas, con principios de diferente arquitectura, y en épocas bien distantes, ha visto tantos enemigos, recibido tantos ataques, y que á pesar del transcurso del tiempo, guarda todavía tesoros inestimables á los ojos de los cristianos. Los turcos conservan regularmente esas fortificaciones para llamarse dueños de Jerusalem, recoger algunos miserables tributos y vendimiar á los que van á visitar sus ruinas.

El recinto actual de Jerusalem, que comprende el espacio de una legua, es: cuasi cuadrado. Pero las murallas no ofrecen una línea perfectamente recta mas que por la parte de Oriente, pues sus demas fachadas son irregulares. Su altura es de unos ciento veinte pies sobre treinta de ancho, con torres cuadradas de trecho en trecho, y siete puertas principales. La de la *Bien-Amada* conduce á Belen; las demas llevan el nombre del *Profeta David*, la *Puerta Dorada*, hoy día amurallada, la de la *Santa Virgen*, la de la *Aurora*, la de *Damasco*, y la de los *Berberiscos*. Al occidente se descubre un castillo con algunas torres rodeadas de un foso ó por mejor decir de una profunda zanja donde de distancia en distancia se descubren las piedras que sostuvieron la antigua morada de Herodes: lleva el nombre de castillo de los Pisanos. Es sabido que estos se distinguieron mucho en la época de las Cruzadas. Hoy día sirven de cuartel para el Agá y sus tropas. Al norte se prolonga la muralla hasta el valle de Josafat.

Recordando los diez y ocho sitios y saqueos que ha sufrido Jerusalem, puede uno formarse idea de la frecuente reconstruccion de sus fortificaciones, ya mas ó menos elevadas, y grandiosas, ya mas ó menos sólidas y sobre un plan mas ó menos vasto. Pero la destruccion mas completa de las murallas de una ciudad que habia condenado á muerte á los Profetas y desconocido al Mesias, tuvo lugar el año setenta de la era cristiana, reinando Vespasiano. Desplomáronse sus triples líneas de fortificacion en el espacio de cinco meses que duró el sitio, y abrieron paso al vencedor sobre montones de cadáveres y de moribundos. Las llamas incendiaron lo que las maquinas de guerra habian dejado en pie, y el arado pasó sobre los cimientos del templo. Entonces se cumplieron las profecias: «te estrecharán tus enemigos, te destruirán á tí y á tus hijos, y no dejarán piedra sobre piedra porque has desconocido á tu Dios:» predicción que llevaba la fecha de seiscientos años antes de su espantoso cumplimiento.

Las murallas actuales, á las cuales ha dado Chateaubriand tres vueltas á pie como Jonás alrededor de Ninive, presentan cuatro lados á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo cuyo principal lienzo corre de Oriente á Occidente. Danville prueba con medidas y posiciones locales que la antigua ciudad de los judios no podia ser mucho mas grande que la moderna, pues ocupaba el mismo sitio, con la sola diferencia de que comprendia toda la montaña de Sion y dejaba

en los afueras el Calvario. Las murallas que existen hoy día son obra de Soliman, por los años de 1534, como lo prueban las inscripciones turcas que se descubren en ellas. Se ha dicho que la idea de Soliman era de comprender la montaña de Sion dentro del círculo de Jerusalem, y que condenó á muerte al arquitecto por no haber ejecutado sus órdenes. Pero nada prueba esta barbarie, pues la ciudad está casi dominada por todas partes, de manera que para poder resistir á un ejército regular seria preciso construir muchas obras al Oeste y al Norte, así como una ciudadela sobre el monte Olivete.

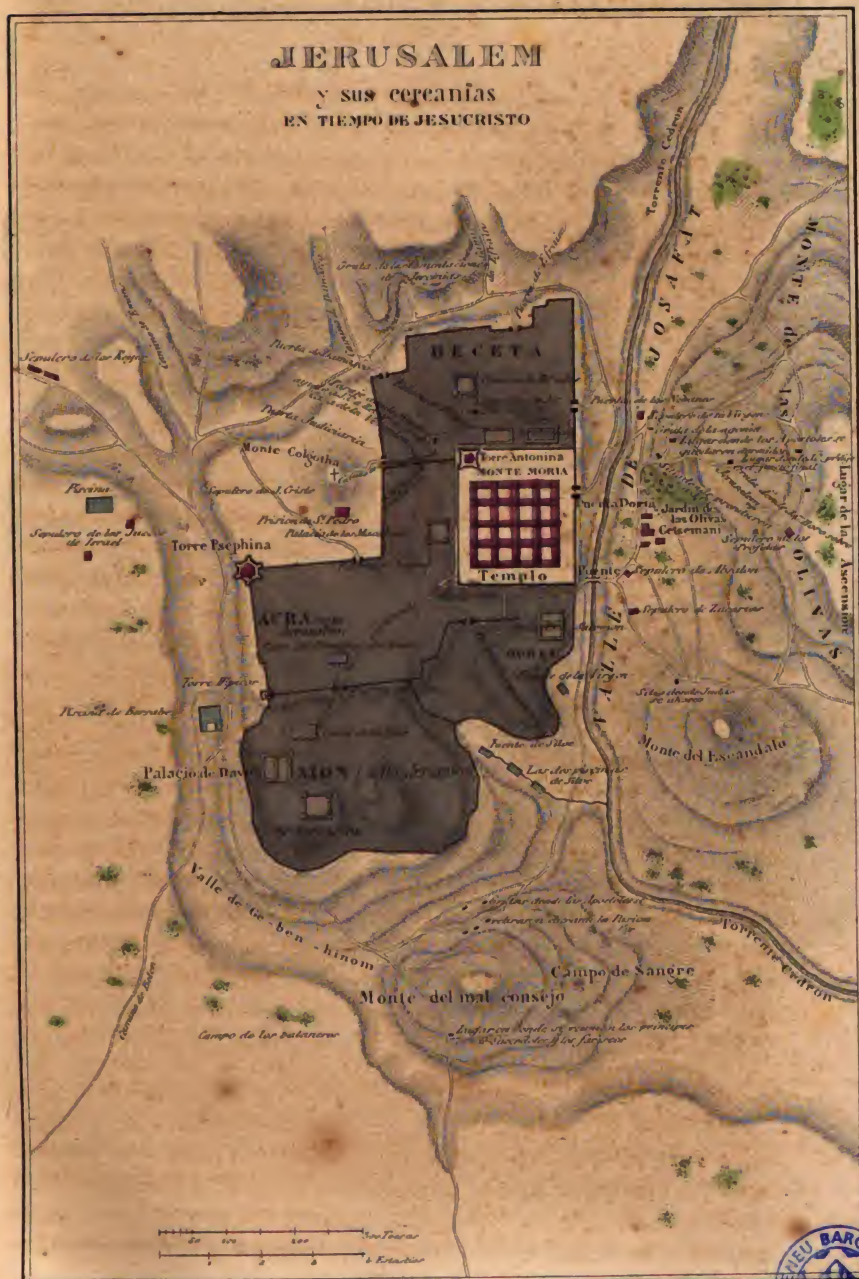
En su conjunto, ese incompleto estado de las fortificaciones de la ciudad Santa, es lo que le acarrea males sin cuento, pues todos los años unas tropas atrevidas escitadas con el cebo de tesoros que creen considerables y que no lo son en realidad, y animadas del orgullo de reinar sobre escombros y piedras cuyo nombre resuena todavía por la tierra, y que son visitados con respeto por todos los pueblos, pueden impunemente hacer tentativas contra ella.

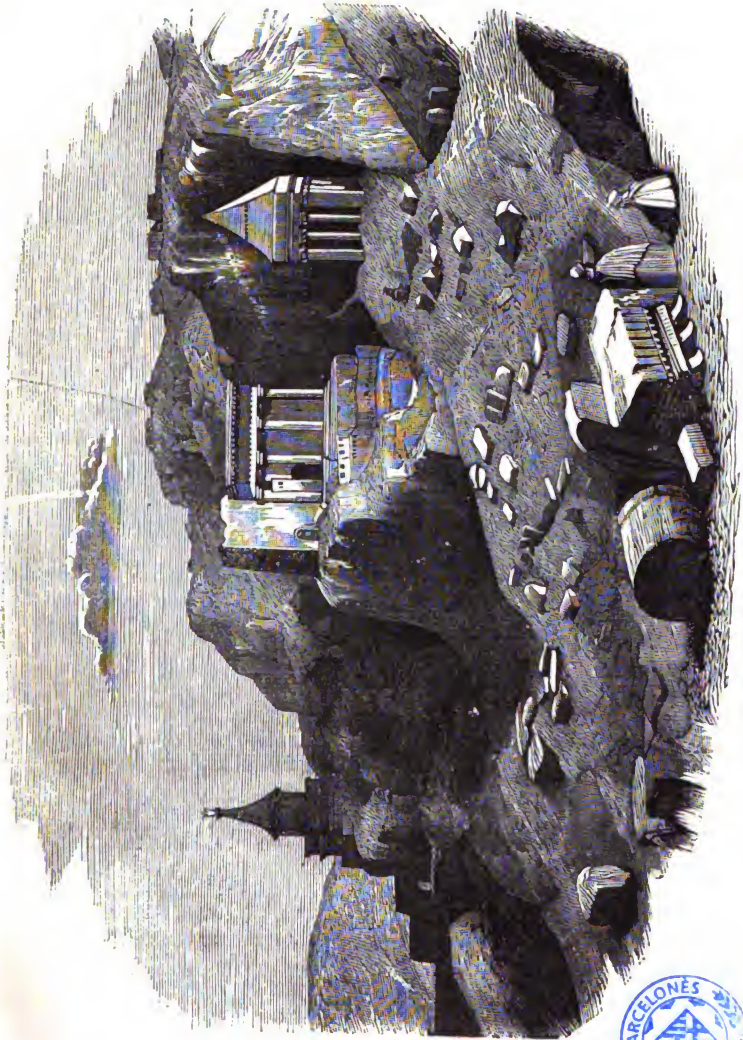
Rodean á Jerusalem algunos monumentos que recuerdan grandes cosas: véase el sepulcro de la Virgen, abierto en el seno de una roca, y al cual se sube por una escalera de cincuenta escalones; en la misma montaña se hallan también abiertos á escoplo las sepulturas de Ana, de Joaquin y de José: si estos monumentos no fuesen realmente edificados para las personas cuyos nombres llevan no por eso dejan de ser notables. Por otro lado seria difícil fijar á qué siglo pertenecen. Al pie del santuario de la Virgen se ve el huerto de las olivas, tan célebre en la historia de la pasión: tiene ocho olivos; según la tradición existían ya cuando Cristo espiró en la cruz. Una parte del aceite que se extraía del fruto de estos árboles venerables, alimentaba una de las lámparas del Santo Sepulcro, y la otra se enviaba, como un don precioso, á los Monarcas bienhechores de la tierra Santa; hoy los frailes del convento latino se reparten las aceitunas, y de sus huesos hacen rosarios que tienen gran valor para las almas piadosas. En el mismo valle se hallan los sepulcros de los reyes, abiertos en la roca, pero su arquitectura, que es de orden jónico, desmiente la antigüedad que se les atribuye. El cementerio de los judíos está situado en el valle de Josafat, donde aspiran á reposar, después de su muerte, los israelitas refugiados en todas las naciones. El aspecto de este valle es sumamente triste como dice Chateaubriand; el lado occidental presenta un acantilado de creta, que sostiene las murallas góticas de la ciudad, por encima de las cuales se ve á Jerusalem. El monte Olivete y la montaña del Escándalo forman el lado oriental. Estas dos montañas son casi peladas y de un color rojo oscuro: en sus flancos desiertos se ven acá y allá algunas viñas, algunos bosques de acebuches, valdios cubiertos de hisopo, capillas, oratorios y mezquitas arruinadas. En el fondo del valle se descubre un puente de un solo ojo construido sobre el torrente Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos situado al pie del monte del Escándalo, nombrado así á causa de la idolatría de Salomon, se parecen á un monton de escombros, y debajo del pueblo árabe de Silvan apenas se acierta á distinguir las casuchas de esta aldea, de los sepulcros que la rodean. Al ver la tristeza de Jerusalem, ó al contemplar la

JERUSALEM

y sus cercanías

EN TIEMPO DE JESUCRISTO

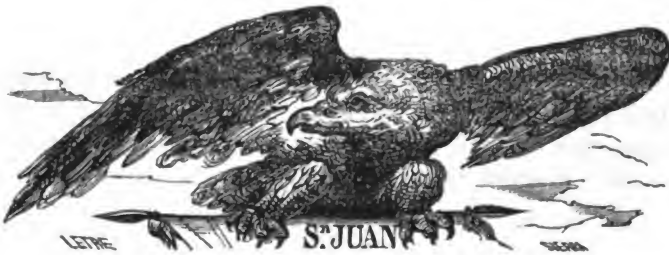




Valle de Josafá.



soledad de las montañas, en que apenas se ven algunos vivientes: al ver el desorden de todos los sepulcros caídos, hechos pedazos, semiabiertos, no parece sino que la trompeta del juicio ha sonado ya, y que los muertos van á resucitar en el valle de Josafat. La piscina ó fuente de Siloe está al extremo del valle de Josafat; el agua salta de una roca, pero no mana mas que de tres en tres dias, y cae en un estanque de unos veinte pies de largo y diez de profundo, al cual se baja por una escalera de muchas gradas. Cerca de Siloe y hácia levante, se eleva la montaña de Sion, una parte de la cual está dentro del recinto de Jerusalem; la cima de este montecito presenta las ruinas de tres monumentos que suponen haber sido el santo Cenáculo, la casa de Caifás y el sepulcro ó palacio de David, pero nada certifica la certeza de tales tradiciones.





CAPITULO XXII.

CONFUNDE JESUS Á LOS ESCRIBAS Y FARISEOS EN TODAS LAS PREGUNTAS QUE LE HACEN; Y LES PRESENTA LA PARÁBOLA DEL PADRE DE FAMILIAS QUE PLANTÓ SU VIÑA Y LA ARRENDÓ Á UNOS COLONOS, QUE DESPUES ASESINARON AL LEGÍTIMO HEREDERO.

Como acabamos de ver en el capítulo anterior, se escondió Jesus de la presencia de sus perseguidores, esto es, de los escribas y fariseos, despues que para engañarles enteramente, y arrancar la obstinacion y dureza de sus corazones, les habia dado los importantes documentos que hemos referido: y al regresar muy temprano á la ciudad santa, volviendo á pasar por el mismo camino que habian andado el dia anterior, observó Pedro, que por lo regular era el que examinaba al parecer con mas atencion los sucesos que pasaban á su vista, que la higuera que se habia maldecido en la mañana precedente estaba enteramente seca; y volviéndose á Jesus, le dijo: Maestro, mirad la higuera á quien echásteis vuestra maldicion: ved como ha caido sobre ella, pues está seca. Jesus que veia

á todos sus Apóstoles igualmente admirados, dió una respuesta á Pedro, comun empero á todos, que ya les habia dado en otra oca-sion, y les dijo: De verdad os digo que si tuviereis una perfecta confianza en Dios, si os persuadiereis sin dudar que conseguireis de mi Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre, si orais sin hesita-cion, sin dudas y sin inquietudes sobre el efecto, no solamente ha-reis en una higuera lo que Yo acabo de ejecutar á vuestra vista; si-no es que si dijereis á este monte: retírate de ahí, y arrójate en el mar, se cumplirán vuestros deseos. Creed, pues, que conseguireis en la oracion cuanto quisiereis conseguir: creed que Dios no os ne-gará cosa alguna de cuanto solicitareis por mi medio, para el pro-greso de vuestros trabajos apostólicos, ó para vuestro adelanta-miento en la virtud, pues nada hay imposible para Dios, y todo se concede á una súplica hecha con fé, y con aquella caridad que en-seña á perdonar las injurias, antes de pedir á Dios perdon de las propias ofensas.

Como eran ya casi los últimos momentos de la vida de Jesus, parece que se aumentaba el ardor de su celo á proporcion que se acercaba su fin, del mismo modo que una antorcha se aviva mas cuando está mas cerca de espirar su llama: por eso ponía tanto cui-dado en inspirar á sus Apóstoles y discípulos la idea de que conser-vasen siempre ardientes las antorchas de la fé y de la caridad. Y despues de haberles dado en el camino estas santas instrucciones, entrando en Jerusalem marchó en derechura á la casa de Dios; en ella se paseó algun tiempo, y poco despues se halló rodeado de una multitud de pueblo, á quien se puso á esplicar de nuevo los miste-rios de la salud. Mas apenas hubo empezado, cuando los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, se presen-taron para oponerse abiertamente al ejercicio de su ministerio. Ellos pretendian convencer al Señor que usurpaba sus derechos y que se abrogaba las funciones que á ellos pertenecian, con despre-cio del tribunal legítimo: sobre lo que dice San Crisóstomo (1): Se acercaron no para ser enseñados con el pueblo, sino para armar la-zos y asechanzas contra el que enseñaba. Se acercaron cuando ense-ñaba; esto es, cuando en manera alguna podian impedirle: y los que se acercaron eran los príncipes de los sacerdotes, á quienes no podia servir de disculpa la ignorancia: y eran tambien los ancianos del pueblo de quienes salía la iniquidad, en vez de salir de ellos el buen ejemplo y la luz. Confabulaban y discurrían entre sí, y de-

(1) Div. Crisostom. Hom. 39, oper. imperf.
TOMO III.

cian : nosotros somos las columnas del Templo, y ved ahí que sobre El descansa ya toda la Iglesia : nosotros somos la lengua visible de las Escrituras que callan, y la suya resuena armoniosamente en medio del templo, por lo que nosotros nos vemos precisados á callar como cítaras destempladas: nosotros fuimos padres, y este engendra ahora hijos, haciéndonos á nosotros enteramente estériles: ¡oh y cuánto nos envilecemos á la vista del pueblo! por lo que con el fin de escitar algun tumulto en el lugar santo contra el que se habia declarado su defensor y custodia, se acercaron á El y le digeron: ¿En nombre de quién haceis en este lugar santo, lo que teneis atrevimiento para ejecutar á nuestra vista? Predicar públicamente, enseñar á los pueblos, reformar los abusos, y arreglar la policia del templo, estos son otros tantos actos de jurisdiccion, que piden un poder que debeis tener de nosotros y que no habeis recibido; decidnos pues: ¿quién os ha dado potestad para eso, y con qué facultad lo ejecutais?

Mal prevenidos contra Cristo, y estremadamente furiosos, entendian y querian persuadir al pueblo, que obraba en todo por virtud del diablo, como ya, en otra ocasion lo habian asegurado diciendo: que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebub, principe de todos ellos. Jesus, empero, conociendo toda su malicia, no quiso contestarles directamente, sino que opuso una objecion á otra; y un argumento, á otro; como quien quiere sacar un clavo con otro; para refutar con mas energia todas sus calumnias, pues no eran otra cosa sus malignas preguntas. Era preciso estar muy ciegos y endurecidos, para no reconocer el gran poder y autoridad de que Jesus se halla revestido, en el esplendor de sus milagros, en la santidad de su vida, en la sublimidad de su doctrina, en los testimonios públicos de su Padre Celestial, y en el cumplimiento de los oráculos proféticos que anunciaban al Masias: por consiguiente, no dudando que los que reconvenian eran hombres apasionados, puesto que olvidaban ó aparentaban desconocer hechos tan públicos; quiso cerrarles enteramente la boca contraponiendo á su ambiciosa audacia, la respetuosa docilidad de los no preocupados, y otros hechos que no hacia mucho tiempo habian pasado á su vista.

Vosotros me preguntais, los respondió el Señor, con qué autoridad obro á vuestra vista, como celador del decoro de la casa de mi Padre, y como doctor y maestro de este pueblo: no rehusó, ni rehusaré el responderos; pero antes es preciso contesteis vosotros como maestros que sois y doctores de la Ley, á una pregunta que quiero haceros, si respondeis sincera y francamente; Yo os diré

tambien, por mi parte, la autoridad con que ejerzo mi mision: decidme pues: el bautismo de Juan, de dónde era, ¿del cielo ó de los hombres? Lo que fue decirles. El Bautista predicó en medio de este pueblo, y estableció un bautismo de penitencia que le vísteis administrar á cuantos se lo iban á pedir: el ejercicio y práctica de esta nueva institucion, ¿lo ejecutaba Juan por autoridad de Dios, ó por impresion y movimiento de su propio espíritu? Sin embargo, es indudable que no obraba con vuestras órdenes, ni con vuestro permiso, pues muy lejos de tener vuestra aprobacion, lo perseguísteis con furor; y vuestras persecuciones le precisaron á retirarse á Galilea, y le ocasionaron su prision y su muerte. Claro es, pues, que en su predicacion y bautismo, no obraba sino es por la autoridad de Dios, ó por la suya propia: ¿á cuál de estos dos os atendreis vosotros?

No esperaban ellos este retrueque de parte de Jesus, y asi se hallaron corridos, confusos y avergonzados á la presencia del pueblo, al que con su pretendida sabiduria y autoridad, querian confundir y aterrar; y conociendo las fatales consecuencias á que se habian espuesto, se apartaron algun tanto de la muchedumbre, para deliberar entre sí, y convenir en una respuesta uniforme. Si respondemos, decian entre sí, que el ministerio de Juan venia del Cielo, y estaba autorizado por Dios, se aprovechará este hombre de nuestra confesion, y nos vencerá en la contienda, pues no dejará de decirnos; por qué razon no le dimos crédito, siendo asi que nos declaró mas de una vez, que El era el Cristo ó Hijo de Dios? Y si le decimos que el Bautista no habia recibido su mision de lo alto, que era un hombre sin caracter, y que los que le seguian no eran mas que unos hombres veleidosos, crédulos ó sencillos, aunque no tenga por qué aplaudirse de los elogios que le tributó, nos espone-mos á que el pueblo se enfurezca, y tal vez llegue hasta el exceso de apedrearnos como blasfemos; siendo como es cierto, que todavia conserva aquel, entre la muchedumbre, muchos partidarios y admiradores que le veneran, al menos, como un gran Profeta suscitado por Dios, y no han de llevar á bien que lastime ó menoscabe la reputacion de un hombre tan grande y eminente. Conocieron, por tanto, dice el venerable Beda (1), que la sabiduria infinita de Jesus les habia armado un lazo del que no podian evadirse á cualquiera parte que se acogiesen: ó habian de confesar la verdad, ó habian de sufrir el desprecio y las amenazas del pueblo: acudieron á

(1) Ven. Bed. in cap. 11. Marci.

la mentira , á la simulacion y á la perfidia , y con un ademan de desprecio respondieron al Señor : No sabemos de dónde vino el bautismo , ni el ministerio de Juan : ni tenemos tampoco obligacion de responder á vuestras preguntas : Vos sois el que debeis contestar á las nuestras ; y por lo mismo os pedimos cuenta de vuestra conducta y de la autoridad que os usurpais.

Respondieron mentirosamente á Jesus , y el Señor , que no se creyó obligado á satisfacer sus nuevas réplicas , les dijo : Pues si vosotros no sabeis con qué autoridad predicó Juan entre nosotros , y bautizó , y con decir esto os creéis desobligados de satisfacer á mi pregunta , Yo no responderé á la vuestra , diciéndoos la potestad con que ejecuto lo que veis : ni tampoco dejaré de haceros otra pregunta que acaso no será para vosotros menos embarazosa : fundábase Jesus para proceder de este modo , en que al que pregunta se le debe contestar , al que tienta se le debe confundir (1). El preguntaba para enseñar , los escribas le tentaban con sus preguntas , y querian perderle ; por esto los confundió con su silencio , y los aniquiló con su nueva pregunta. Cierta hombre tenia dos hijos , les dijo : llamó al primero ó mayor de ellos , y les mandó fuese á trabajar á su viña , pero inobediente y desatento contestó secamente á su padre que no queria : pasado muy poco tiempo entró en cuenta consigo mismo , reconoció su error , y avergonzado de su falta de atencion y obediencia , corrió á pedirle perdon , y con no menor prontitud se marchó al trabajo : poco tiempo despues llamó al segundo hijo , dióle la misma orden que al primero , y aparentando sumision y obediencia , dejó que su padre se apartara , y en lo que menos pensó fue en ir al trabajo. ¿Cuál de estos dos hijos , concluyó Jesucristo , os parece que cumplió la voluntad de su padre ?

No parece dudosa la contestacion que habian de darle los fariseos , y mucho menos no pudiendo prever la aplicacion que el Salvador habia de hacer de su parábola. No hay duda , le dijeron , que el primero fue mas obediente , y el segundo , fue un simulado y un hipócrita. Esto era precisamente lo que aguardaba su Magestad para confundirlos y hacer una justa aplicacion de su doctrina. En verdad os digo , les replicó al momento , que los publicanos y las ramera , os precederán en el reino de Dios : esto es , en la Iglesia cristiana , ó en la Iglesia militante por la fe y la penitencia ; y en la triunfante por la gloria , dejándoos á vosotros fuera por la infidelidad. El hijo primero , que aunque inobediente al principio , hizo

(1) Div. Crisostom. Hom. 39 . Oper. imperfect.

despues la voluntad de su padre, es digno de misericordia; el segundo que lo despreció y no lo hizo, es digno de reprobacion y castigo: que fue lo mismo que decirles: [No solo los gentiles son mucho mejores que vosotros los judios, segun el juicio que vosotros mismos habeis hecho, sino que los peores de entre los gentiles, como son los publicanos y meretrices, que entre vosotros son manifestamente de una muy torpe vida, serán á la presencia de Dios de un mérito mucho mayor que el vuestro; porque es sin comparacion alguna, mejor no prometer y hacer la justicia de Dios, esto es, cumplir con sus deberes á la presencia de Dios, que prometer y mentir.

8. Agustín enseña (1) que la equidad ó justicia fingida es mas doble iniquidad: y este vicio era el que mas resplandecia en los sacerdotes y escribas; por esto eran semejantes al hijo segundo del padre de familias. Hacian ostentacion de ser perfectos y observantes de la Ley, y tarde ó nunca la cumplian, siguiendo las tradiciones que ellos y sus padres, perversos como ellos, habian establecido, cuidando poco de observarla verdaderamente. El que los oia pensára que estaban siempre prontos á obedecer; pero su verdadero caracter era el de la soberbia y desobediencia á los preceptos mas importantes. Este retrato les puso á la vista para confundirles, pero conociendo que en vez de convencerse se habian de exasperar mas contra su persona, quiso asimismo darles á conocer, que no se le escondia ninguno de los pensamientos de iniquidad que habian formado para quitarle la vida; y que sabia bien estaba ya en la vispera de caer en sus manos. Echóles en cara su ingratitud por no hacer traicion á su ministerio, y no huyó de ellos como otras veces lo hizo, porque era llegado ya el tiempo de cumplir la voluntad de su Padre: por cuya razon les propuso una terrible parábola con el caritativo designio de que aprovecharan de sus últimas instrucciones.

Habia, les dijo, un padre de familias cuidadoso y vigilante que plantó una viña, la cercó de un vallado fuerte, y edificó en ella un lagar y una torre. Esta viña plantada por Dios era respecto de los judios la Sinagoga, asi como es la Iglesia respecto de los cristianos, y figuradamente es nuestra propia alma. Hablar de esta manera á los sacerdotes de Jerusalem, sabiendo que dentro de dos dias habian de ser los jueces que habian de juzgarle, era no solo admitir la muerte, sino ir á buscar, sin quererse disponer, ni pre-

(1) Div. Agustín. in psal. 63.

venir con algun remedio humano para evitarla: tan cierto es que Jesus estaba dispuesto, y cada dia se preparaba mas para cumplir la voluntad de su Padre, y prevenia á las almas buenas contra los escándalos de la Cruz, haciendo patente de todos modos el gusto con que caminaba á ella por nuestro amor. Asi tambien nos dió á conocer no solo la providencia adorable de Dios, sino su longanimidad y paciencia en esperar tanto tiempo, á ver si podria ablandar la perfidia del pueblo judáico, que encerrado, y puesto á cubierto bajo los muros de Jerusalem, tenia una perfecta representacion con la viña defendida por un buen vallado. El lagar colocado en medio de la viña, simbolizaba la doctrina santa, y el conocimiento perfecto de la ley de Dios. La torre para su defensa era el mismo Templo santo del Señor colocado en medio de la ciudad; y los labradores ó viñeros á quienes se encargó el cultivo de la viña, eran los sacerdotes del santuario, encargados de la instruccion de los pueblos, y obligados por su estado á velar sobre su conducta.

Si por la viña queremos entender nuestra alma plantada por la creacion y por la santificacion, tambien veremos que por uno y otro título es de Dios, y no nuestra: recibimos la de su mano como arrendadores para cultivarla, y retornarle los frutos de las buenas obras que rindiese, ayudada de su gracia. Para ella es el mejor vallado la Ley del Señor, y su palabra santa: lagar el sacrificio de Cristo y los sacramentos por donde se nos comunica el mérito de su sangre. Torre la Iglesia que es la casa de la oracion, donde levantado el hombre en espíritu vive despegado del mundo, unido con Dios y protegido por El contra los enemigos de su eterna salud. Dispuesta asi la viña con todo lo necesario para que re-dituase, la arrendó á unos labradores, que cuidasen de su cultivo; y convenido con ellos, marchó á un pais extraño donde habia de permanecer por largo tiempo. Con esto quiso significarles que Dios, aunque está siempre derramando sobre su pueblo gracias saludables, y lo protege con una prudencia invisible, no se manifiesta ya sensiblemente á él, y parece que lo abandona á la rectitud de su conciencia, y á la direccion de sus guias; asi en el tiempo antiguo dió á su pueblo Moisés y los Profetas; y en el tiempo nuevo nos dió á sus Apóstoles y á todos sus sucesores.

Llegado el tiempo de la vendimia envió á sus criados para que recogiesen el fruto que se habia reservado de su viña, pero los infelices recibieron el mas indigno tratamiento de aquellos rústicos y brutales labradores; pues al primero de los criados dieron mu-

chos golpes; al segundo llenaron de injurias y de heridas en la cabeza; y al tercero quitaron la vida. En tres tiempos diferentes envía el dueño de la viña á sus criados y siervos para recibir los frutos que debían coger de los labradores. En otros tres tiempos en que se halló su pueblo escogido, ya floreciente bajo el imperio de sus reyes, ya gimiendo en las cadenas de la esclavitud, y ya restablecido bajo sus pontífices, envió Dios á sus Profetas á pedir á los sacerdotes y á los magistrados cuenta rigurosa de las almas encargadas á su cuidado y conducta. Los labradores y cultivadores infieles los insultaron, maltrataron é hicieron morir ya con piedras, ya con el acero, sin otro delito sino el de ser los siervos del gran Padre de familias. Los sacerdotes, los magistrados, y los reyes se hicieron tiranos y perseguidores de los Profetas; por lo que pudo decir muy bien Jesucristo á la ciudad sangrienta: *Jerusalén, Jerusalén, que das la muerte á los Profetas, y apedreas á los que te envía Dios; cuántas veces he querido reunir en torno mio á tus hijos, como la gallina junta y reúne sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste: en verdad te digo que tu casa quedará desierta, y entrarán tus enemigos dentro de tus muros y no dejarán en tí piedra sobre piedra.*

No podía sentar bien al Padre de familias la insolencia de tus arrendadores; la disimuló sin embargo sin tomar venganza alguna, y se contentó con enviar otros criados; pero aunque estos fueron en mayor número que los primeros, no recibieron mejor tratamiento. Resueltos los arrendadores á no pagar cosa alguna los maltrataron ignominiosamente de palabra; unos fueron apaleados con sumo rigor, otros fueron heridos y perseguidos con piedra; y otros quedaron muertos en el mismo puesto: y aunque desconsolado el dueño de la viña con tantas tentativas sin que produjeran efecto alguno, probó nuevos medios para mover el corazón de aquellos arrendadores; y despues de un maduro consejo se resolvió á arriesgar la persona que mas amaba, enviándoles su propio hijo, en quien tenía puestas todas sus esperanzas, pensando que tendrían mas respeto y consideración con él; y que si les habían quedado algunas reliquias de humanidad, le mirarían sin duda como á una imagen suya; pero se engañó en sus juicios.

Imagen muy viva es esta manifestación que hizo el dueño de la viña, de la ternura de Dios para con los hombres. Los castiga con dolor, porque sus castigos son eternos. Sacrifica por su bien hasta su Hijo muy amado; porque aunque conozca que un gran número ha de hacer para ellos infructuoso este sacrificio por su impenitencia, traerá á muchos la salud y hará la gloria de la víctima. Puede

ser, dice el buen padre, que respeten á mi Hijo. Espresion que aunque es de duda, no denota que haya en Dios alguna ignorancia de los sucesos futuros; sino que dá á entender la libertad de la voluntad del hombre, y la indiferencia que conserva en todas sus deliberaciones, para que nunca pueda decirse que la voluntad del hombre ha padecido violencia.

Envia el Padre de familias á su hijo, para darnos á entender el esfuerzo grandioso del amor con que Dios Padre entregó 'al Hijo unigénito para tomar posesion de nuestra alma; mas con todo, como aquellos ingratos labradores lo echamos de nuestro corazon, como ellos lo arrojaron del recinto de la viña; haciendo con nuestras pasiones un convenio tan horroroso, como aquellos lo hicieron entre sí, para quitarle la vida, y ser dueños y poseedores de su hacienda: pero como ellos erraron, erramos tambien nosotros con mucha frecuencia; y cayendo bajo el peso formidable de la omnipotente indignacion del gran Padre de familias, perecemos, como aquel hizo perecer á los parricidas. Cuando venga pues el dueño y Señor de la viña á castigar á estos homicidas, ¿qué castigo os parece les dará? No pudieron contenerse los escribas y fariseos, que se preciaban de justos, al oir la relacion que les habia hecho Jesus, y todos al punto levantaron la voz y digeron: que no habia castigo bastante grande para tan horribles atentados: que no debian esperar otra cosa sino la muerte, y que su suplicio debia de ser extraordinario para que correspondiese á lo horrible del crimen. Y en fin, que el amo no dejaria de poner otros viñeros que no faltasen en llevarle los frutos de su viña, y pagarle lo pactado en el tiempo convenido.

Esta era la gran profecia, cuyo cumplimiento estaba ya tan cercano. Verificóse al pie de la letra cuando condenado á muerte Jesucristo por los pontífices, y sacerdotes, fué conducido fuera de los muros de Jerusalem, y crucificado sobre el monte destinado á su sacrificio: por cuya razon irritado despues el Eterno, vengó la muerte de su Hijo único sobre la ciudad rebelde, con la de todos sus habitantes: hizo pasar de los judios á los gentiles la fé del Mesias, y la Religion fundada sobre el hombre Dios, formando de ellos su Iglesia, encargándola al cuidado de sus Apóstoles, los que cultivándola con sus afanes y sudores, y regándola hasta con su propia sangre á imitacion de su Fundador y Maestro Divino, recogen de ella abundantes frutos. Este es el último esfuerzo del amor con que Dios Padre entrego á su Hijo Unigénito para que tomara posesion de nuestra alma, y exigiera de ella los frutos debidos porque

la plantó criándola, y la compró redimiéndola. ¿Y quién será el hombre que tenga aliento para rebelarse contra un Padre omnipotente, y contra un Hijo tan digno de ser amado que se dá todo y entrega en manos de sus enemigos, sujetándose á los dolores de una pasion la mas acerba, y de una muerte la mas afrentosa, para redimirnos y salvarnos? Parece esto cosa horrible, y no queda valor en humanos pechos para pensarlo tan solamente. Pero esto que se hace tan duro de creer ¿cuán fácilmente y por cuán ligeras causas lo pone por obra la criatura? Qué respeto tiene al Hijo de Dios el que lo echa fuera de su alma y lo crucifica pecando? Cuando venga pues el el Señor de la viña, que hará con estos hombres?

Esta venida del Señor será en la muerte de cada uno de nosotros. ¿Qué responderá entonces el pecador al Juez inexorable? El delito es enorme y cierto: ¿cómo podrá tergiversar la acusacion de su propia conciencia? Cómo engañar al que es sapientísimo? Cómo torcer ó corromper al que es justísimo? Cómo resistir al Omnipotente? ¡Ay! cuán olvidados estamos de esta venida del Señor! Por mas que voluntariamente la olvidemos, no nos libraremos de ella; ni tampoco nuestra sordera é insensibilidad mitigará la ira del Juez enojado. Cuanto mas nos desentendamos ahora del juicio de Dios, peor nos irá en él. Por esto dice San Gerónimo (1): Se nos dió la viña en arriendo, pero con la condicion de que hemos de dar á Dios, que es el Señor de nuestra alma, el fruto de las buenas obras, y la viña toda entera en el tiempo que nos la pida; esto es, en el dia de su venida y de nuestro juicio; y para que sabiendo que todo se lo debemos, nunca nos olvidemos ni de lo que hemos de hablar, ni de lo que hemos de hacer.

Conocieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, los escribas y los ancianos, que esta fuerte y terrible parábola caia directamente no solo sobre ellos, sino tambien sobre sus padres, y su coraje y rabia creció hasta el extremo del furor. En efecto: señalados estaban los padres como perseguidores y asesinos de los antiguos Profetas; y con iguales colores estaban ellos retratados por haber dada ocasion á la muerte del Santo Precursor, y hallarse ya dispuestos para teñir sus manos sacrílegas con la sangre de Jesucristo Hijo verdadero de Dios; con cuyo horrible atentado iban á echar el colmo á la impiedad de sus abuelos, y á causar, precipitar, y presenciarse la completa desolacion y ruina de su patria. Todas sus maquinaciones los disponian para experimentarla, y aunque el amantí-

(1) Div. Hieronim. in cap. 21. Math.

simo Jesus se las descubria con la mayor oportunidad con el santo designio de atraerles al arrepentimiento, nunca quisieron convertirse, ni conocer por sus doctrinas, virtudes y milagros que el pueblo admiraba y conocia, que El era la *pedra angular* predicha y anunciada que ellos reprobaban, sobre la cual iban á estrellarse, ó que cayendo sobre ellos los habia de oprimir y hacer pedazos.

Cubiertos de ignominia á la presencia del pueblo, al que trataban de seducir, no respiraban sino venganza, y en el exceso de su desesperacion trataban al Salvador de mentiroso é impostor; y si el temor de ser apedreados, ó hechos pedazos por el mismo pueblo no los hubiera contenido, hubieran procurado apoderarse en aquel mismo instante de la persona de Jesus; pero este temor era un dique insuperable que no se atrevia á asaltar el aborrecimiento que le profesaban. Siempre que sabian su llegada á Jerusalem y su presentacion en el Templo, acudian resueltos á prenderlo, y siempre se volvian sin atreverse siquiera á amenazarle. La malicia les inflamaba, la astucia les contenia, porque les hacia conocer que era muy espuesto perseguir y prender á un hombre que habia ganado la voluntad del pueblo con la multitud de sus beneficios, que no podian negarse ni aun obscurecerse; y que por lo mismo era tenido y respetado, á lo menos como un gran Profeta. Por cuyas razones resolvieron volver á su antigua conducta de armar lazos ocultos contra el Salvador, con los cuales se lisongeaban que perderia la confianza del pueblo, que miraban como á su mismo apoyo.

Por su boca y por su propia sentencia fueron condenados los escribas y fariseos á la presencia de Jesus y del pueblo á quien tanto temian, puesto que á la pregunta que les habia hecho no pudieron menos de contestar que cuando viniese el propio Padre de familias á pedir cuenta á sus colonos los castigaria severamente y arrendaria su viña á otros labradores que le pagasen y diesen el fruto en el tiempo oportuno: tal es el convencimiento que los hombres, por malos que sean, tienen interiormente de la justicia de Dios, aunque no lo manifiesten, para poder seguir en el camino de la iniquidad que empezaron á andar. Al separarse el alma del cuerpo les abrirá Dios los ojos para que vean con toda claridad la sinrazon de su culpa, y la rectitud de la divina justicia. Entonces sacarán aquella tristísima, pero vana y estéril consecuencia: *luego es cierto que erramos el camino*. Lo que antes pudiera haber ayudado á la enmienda, hará entonces mas rabiosa la desesperacion. Jesus empero, que descaba afianzar mas su doctrina, y procurar mas bien la conversion de aquellos infelices que aumentar su desesperacion, prosiguió

su discurso diciéndoles: ¿Nunca habeis leído en las Escrituras: la piedra que desecharon los que edificaban, vino á ser la llave maestra del ángulo? Esta piedra es Jesucristo, cabeza de su Iglesia por su autoridad, fundamento por su palabra, y union y trabazon de ella por su espíritu. En su cuerpo enlaza y une á los judios que le echaron de sí, y á los gentiles que no le conocian. Desprecióle el mundo, y los judios quisieron borrar su nombre de la memoria de los hombres, con la muerte afrentosísima á que le condenaron: mas todo esto solo sirvió para dar cima á la grande obra de Dios en la redencion del linaje humano. Estas verdades anunciadas por los Profetas, y muy particularmente por David su padre, fueron leidas muchas veces por los sacerdotes, y no las entendieron: por esto continuó Jesus diciéndoles: *se os quitará el reino de Dios, y se dará á gente que rinda los frutos de él.*

Si terrible era cuanto Jesus hasta entonces habia dicho á los escribas, no eran menos espantosas estas palabras. ¡Oh si ellos hubiesen comprendido lo que significaba arrancar de entré ellos el reino de Dios! Esta es una de las pruebas mas claras y tambien mas terribles del odio que tiene Dios al pecado. ¿Quién se dará por seguro y podrá decir, sobre mí no vendrá este castigo? Bastan á veces los pecados ocultos de un reino para que arranque Dios de él la fé, y la traslade á otro; sin que alcancen para aplacar su enojo las oraciones y las virtudes públicas de muchos justos. ¿Y qué diremos, y podremos esperar siendo los pecados públicos, y difundiéndose de la cabeza á los miembros, y siendo el escándalo y la corrupcion general? El que cayere sobre esta piedra despreciando los misterios del Salvador, abusando de sus dones, conspirando contra el Evangelio, ó resistiendo tomarle por regla de su vida, se hará pedazos: pues siempre son vanos los esfuerzos del hombre para conseguir estos fines. A pesar de su despecho y rabia permanecerá la verdad, porque el Evangelio no se dobla, ni se tuerce, ni se corrompe: *podrá ser desobedecido y combatido, mas no destruido.* La verdad siempre es verdad, y esta verdad es Cristo. El que la contradijere de palabra ó de obra, se estrellará contra ella, y se hará pedazos: pero aquel sobre quien ella cayere, será desmenuzado; porque ella es omnipotente y no hay quien pueda resistir el peso de su omnipotencia.

Grande fortuna hubiera sido para los sacerdotes y demas individuos de la Sinagoga si ya que conocieron que contra ellos se dirigian las palabras de Jesus, se hubiesen aprovechado de las verdades que contenian. Misericordia es de Dios que conozcamos la verdad, y mayor aun que la apliquemos al gobierno de nuestra vi-

da. La verdad es para nosotros: para esto vino el Salvador, para que caminemos por El, que es verdad y vida. ¡Ay de los que entienden la aplicacion de la verdad á sus costumbres, y no se aprovechan de ella! El respeto á la verdad no fué lo que contuvo la cólera de los fariseos, sino el temor del pueblo. Mas de qué les sirve este temor, si en su corazon eran ya homicidas sacrilegos? Asi tambien de poco ó nada sirve á la criatura no cometer la culpa por respeto al mundo, si la abraza, la consiente, y por consiguiente la comete en su corazon. *Inmaculada es la Ley del Señor, y convierte las almas: fiel es á su palabra, que dá la sabiduria á los pequeñuelos: por cuya razon decia San Pablo á los de Efeso: sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados: y proceded segun la caridad, así como Cristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros ofreciéndose á Dios en ofrenda y sacrificio de suave fragancia.... Nadie os engañe con vanas palabras, porque por los pecados vino la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad. No tengais parte ninguna con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de la luz. Y sabed que el fruto de la luz consiste en toda especie de bondad, y de justicia, y de verdad.*

ORACION.

Señor y Dios omnipotente, Padre universal de familias, que encomendaste á los Prelados tu viña preciosísima la Iglesia Santa para que la cultivasen, y como buenos colonos arrancasen de las cepas, que son los fieles, las espinas y malezas de los vicios, y plantasen en su propio corazon, y en el de todos, la buena semilla de las virtudes para que diesen frutos abundantes de buenas obras, en toda ocasion y tiempo; haz que ayudado de tu gracia arranque del mio la punzante espina de la culpa mortal que lo mata para siempre, no solo por huir del castigo que preparas á los malos, sino por no cometer la mayor entre todas las villanias, que es dejarte á tí, que eres infinitamente bueno, por abrazar lo que de tí aleja, lo que es tu mayor enemigo, y es el mayor entre todos los males que pudieran sobrevenirme. Abre mi corazon para que abrigue en él la verdad, y grabada allí para siempre no la olvide jamás, y sea constantemente mi ley y la regla de mi vida. Amen.

NOTA. La historia del presente capitulo corresponde al XXI de San Mateo desde el versículo 23 al 46, al XI y XII de San Marcos, desde el 27 al 33; y desde el 1 hasta el 12; y al XX de San Lucas, desde el 1 hasta el 19, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de San Mateo para el Evangelio de la mi-

sa del viernes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 33 al 46; dice así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE
CUARESMA

San Mateo, cap. XXI, vs. 33 al 46.

En aquel tiempo dijo Jesus á los judios y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Habia un hombre padre de familia el cual plantó una viña, y la cercó de vallado; hizo en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó á unos labradores, y partióse lejos. Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que recibiesen sus frutos. Y los labradores apoderándose de sus criados, al uno hirieron, al otro mataron, y al otro apedrearon. Segunda vez envió otros criados mas que los primeros, é hicieron con ellos lo mismo. Ultimamente les envió su hijo, diciendo: tendrán respeto á su hijo. Mas los labradores, viendo al hijo dijeron entre sí: este es el heredero, venid, matémosle, y tendremos su heredad. Y asiéndole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el Señor de la viña, ¿que hará con estos labradores? Dícenle: á los malos castigará, y perderá terriblemente, y arrendará su viña á otros labradores que le den el fruto á sus tiempos. Díjoles Jesus: ¿Nunca habeis leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, vino á ser la llave del ángulo? ¿El Señor es quien hizo esto: admirable es á nuestros ojos? Por lo tanto os digo, que se os quitará el reino de Dios, y se dará á gente que rinda los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra, se hará pedazos: y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. Habiendo oido los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, entendieron que hablaba de ellos. Y buscando como echarle mano, temieron al pueblo, porque le tenian como Profeta.





CAPITULO XXIII.

UN HOMBRE RICO CONVIDA A VARIOS A LAS BODAS DE SU HIJO, UNOS SE ESCUSAN, Y MUCHOS RESISTEN ACUDIR AL FESTIN; EL QUE SE PRESENTA SIN EL VESTIDO DE LA BODA ES ARROJADO FUERA. CONTESTA DESPUES JESUS SATISFACTORIAMENTE A LA CUESTION QUE LE PRESENTAN SOBRE LA PAGA DEL TRIBUTO, Y A LA DE LA MUJER QUE TENIA SIETE MARIDOS: Y SATISFACE LA PETICION DEL FARISEO QUE DESEABA SABER CUAL ERA EL PRIMERO Y GRANDE MANDAMIENTO DE LA LEY.

Siempre presentaron los amadores del mundo pruebas positivas del fastidio que les causan las cosas de Dios, aunque sean las mas santas y sagradas. Aborrecen no solo á Dios Padre, y á Jesucristo su único Hijo, Redentor y Salvador nuestro, sino á los siervos de este Hombre Dios, el mas rico que jamás vieron los siglos; el que vino al mundo para llenarnos á todos de los dones de su gracia, de su misericordia y amor: porque viendo en ellos patente los contrarios efectos que en sus corazones produce el amor de Dios, al que en los suyos causa el amor del mundo, los miran siempre como á los únicos testigos de su relajacion, y quisieran por lo mismo exterminarlos. ¿Qué mundo es este que aborrece enteramente á los buenos? A él pertenecen los herederos del espíritu de Cain, y los

imitadores de su ojeriza y envidia: á él los judios que persiguieron á Cristo, y los cristianos enemigos prácticos de su Evangelio; por esto quieren gozar de él, de sus riquezas, de sus vanas y pecaminosas curiosidades, de su lujo y de su soberbia; y huyen de Dios aun cuando les convida con otros goces y deleites mas delicados, mas puros y permanentes. Para convencer, pues, y sacar de su error á los escribas y fariseos, y enseñarlos á ellos, y á cuantos les seguian y escuchaban, les puso el Salvador una parábola en la que les manifestó la soberana grandeza de su divina piedad, y se arguyó y contradijo la ingratitud de los judios, que de un modo mas particular que todas las demas gentes habian sido convidados á la eterna bienaventuranza.

Un hombre, les dijo, hizo una gran cena, y llamó á muchos. No hay duda que los judios fueron primeros llamados, y lo fueron por el mismo Dios, por Moisés y por los Profetas. Despues lo fueron por Jesucristo, y luego por los Apóstoles: mas habiéndolo menospreciado todo, y rehusando venir á reunirse á Cristo, fue preciso llamar á los gentiles, los que respondieron mas pronto al llamamiento del amor y de la gracia de Dios. Este hombre fue Jesucristo Redentor nuestro, verdadero Dios y hombre: el cual se llama hombre por la verdad de la naturaleza humana; y Dios por la divina: el que es uno por la singularidad de la persona; y dispuso la refeccion de la vida celestial y eterna, y la perpétua bienaventuranza de las almas santas en la gloria celestial y eterna. Llámase cená porque es la última refeccion, y asi como la cena se prepara para cuando acaba y fenece el dia, y despues de ella ninguna otra comida se sigue, asi la vida perdurable empieza en el término de la vida presente, despues de la cual ninguna otra se sigue sino aquella. Es cena grande y soberana, porque su inmensidad no puede caber en esta vida, ni el corazon del hombre la puede comprender. A esta llamó el Señor á muchos porque quiere su Magestad que todos los hombres sean salvos y bienaventurados. A unos llamó por medio de los Angeles, á otros por los Patriarcas, á otros por los Profetas, y á otros por los Apóstoles. Esta cena denota tambien la vocacion de los pueblos á la fe de la Encarnacion, en la que Jesucristo se reunió con lazo indisoluble á la naturaleza humana, y se desposó con toda la Iglesia. Esta fue la mas estrecha, la mas tierna, la mas rica de cuantas alabanzas se habian visto en el mundo; por lo cual entendemos cuan ventajosa es al alma cristiana la íntima union con que quiere unirse Dios con ella en su mismo Hijo por la fe y la caridad.

Habia razon para suponer que los hijos de Abraham, de Isach y de Jacob, llamados por preferencia los hijos del reino, mirarian como gloria suya el ser del número de los convidados. Pero negligentes, indóciles y rebeldes se negaron á asistir al banquete en el que los hijos de la luz, libres de las tinieblas de la ignorancia y del error, habian de sentarse en la mesa del gran convite que el Salvador venia á establecer para todos en la Eucaristia: porque si bien es verdad, que si en muchas ocasiones se convidan los hombres á comer unos á otros por necesidad ó por deleite, en otras muchas se convidan por interés, siendo el mayor de la parte del que convida. Pero Jesucristo convida á todos á su mesa sin necesidad propia, y se dá á sí mismo en manjar por pura verdad, con ansia de comunicarse á todos, y de hacer participantes á sus huéspedes de su eterna felicidad. ¡Por qué desgracia no comprenderán los hombres esta bondad inmensa del Señor y se apresurarán á asistir á la cena magna á la que se les convida!

Envió el Señor á sus siervos á la hora del convite para que hicieran saber á los convidados que estaba ya todo preparado. Y dice, *á la hora de la cena*, para significar que era la edad postrera, en la que se habia empezado á anunciar á todos la gracia del Evangelio. Propiamente hablando es esta la significacion de la última hora en que debiéndose encadenar para siempre el poder del infierno, debian entrar muy en breve en la gloria perdurable los justos, que habiendo fenecido hasta entonces habian bajado al seno de Abraham. Antes de la venida del Redentor, no estaba preparada esta cena beatífica, pues nadie podia entrar en la vida eterna por la observancia de la antigua Ley; pero despues que fue crucificado el Hijo de Dios, cordero inocentísimo, fue tambien abierta la puerta del reino celestial, y entonces fueron enviados los Apóstoles, siervos fieles y prudentes, á convidar á todos los hombres para que viniesen á la cena magna; y lo fueron así como Jesucristo fue enviado por su Padre para que por medio de su predicacion y milagros se apresurasen todos á presentarse al festin. ¡Perq oh ingratitud monstruosa de los hombres! todos se escusan: unos por palabras, otros por pensamientos, y otros por obras. Dícese que se escusaron todos para dar á entender que se escusaron los mas, á fin de que se comprenda que son pocos los que se salvan, en comparacion de los muchos que se condenan: porque segun dice S. Gregorio (1), muchos son los llamados á la cena, y pocos los que vienen con buenas obras.

(1) Div. Gregor. hom. 38. in Evangel.

¡Mas hay de nosotros! Pues afirma el mismo santo doctor, que cuando en el mundo convida el hombre rico, luego el pobre se apresura, y va muy presto al convite, y nosotros somos convidados al que nos hace Dios nuestro Señor, y nos escusamos de ir á él como hijos de perdicion. Esta excusa es una indisposición de la mala voluntad que tienen los que no se quieren salvar, unos por soberbia y otros por vicios carnales,

A tres clases pertenecen los que se escusaron de ir al convite. Los primeros que digeron que habian comprado una granja y que querian ir á verla, representan todos aquellos que llenos de ambicion y de soberbia creen que solo nacieron por atesorar tesoros en la tierra, olvidándose de las riquezas celestiales que han de durar para siempre. Los segundos son figurados por los que entregados únicamente al lucro y comercio mundanal, desprecian el comercio de Dios, y con Dios, que es el que produce las únicas y sólidas ventajas, porque su mayor y mas grande interés le cifra en proporcionar á la criatura las verdaderas riquezas permanentes en el Cielo. Y los terceros que hirieron, maltrataron, y por último mataron á los siervos del Padre de familias que habian ido á llamarles; representan los hereges é incrédulos, que en todos tiempos han perseguido, herido y maltratado á los predicadores y ministros del Evangelio, que impulsados por el cumplimiento de sus deberes, y llevados como su divino Maestro por un celo ardiente, recorriendo hasta las estremidades de la tierra, han procurado conducir al rebaño de Jesucristo las ovejas dispersas y descarriadas, para que participasen en la tierra de las delicias del manjar Eucarístico, y en el Cielo de las inmarcesibles y eternas; y que fueron heridos, maltratados y muertos por aquellos mismos á quienes habian procurado hacer un bien tan grande.

La resistencia y excusas de los convidados muestran claramente la tolerancia de Dios, y de su Iglesia, y que nadie es obligado ni llevado por la fuerza para asistir á este gran convite; porque es una union de voluntad á voluntad; de corazon á corazon; y solo queriendo y consintiendo la criatura va á Dios y se une estrechamente con El. En la frivolidad de las excusas se echan de ver los mas frecuentes obstáculos que solemos oponer á la salvacion, cuales son la ociosidad, el deleite y el orgullo que traen consigo las riquezas. La curiosidad de los sentidos y del entendimiento, el trabajo, las ocupaciones y los negocios temporales, que sofocan los pensamientos y roban el tiempo que debe dedicarse al importantísimo negocio de la salvacion.

Bien presto llegó á la noticia de aquel gran Padre de familias una conducta tan poco esperada de sus propios vasallos, en un tiempo en que pensaba colmarlos de honras. Encendido en una justa cólera envió tropas contra los asesinos, y dispuso que pereciesen todos, poniendo fuego á la ciudad y reduciéndola á cenizas. Advuértase empero, que el justo enojo que Dios en esta ocasion manifiesta, no es como el enojo del hombre una pasion ardorosa ó vengativa, ni la inflamacion de la sangre retirada al corazon; sino que es efecto ó ejecucion de lo que quiere su justicia que sea corregido y castigado: de lo que se infiere, que lo que se llama ira en Dios, es como dice S. Agustin la justicia que se hace contra el pecador por causa de su pecado; y muestra Dios castigarle justamente, por el menosprecio que hace aquel de no venir á gozar de la cena de la vida eterna que le estaba preparada, dejándola por los manjares viles y groseros con que le brinda el mundo.

Vengado asi de sus enemigos, pensó aquel hombre en honrar de nuevo las bodas de su hijo, y en llenar la pieza del banquete. Ya veis, dijo á sus criados, que la comida está pronta, pero los que Yo habia convidado se han hecho indignos de la distincion que de ellos hacia. Id por tanto luego á los caminos y salidas de la ciudad, y convidad á mi cena á todos cuantos encontráreis. Por los caminos y salidas de la ciudad (que por la mayor parte todos estaban cerrados con clausura) se entiende la vocacion de los judios, los cuales estaban cerrados con las observancias y ceremonias de la Ley, y eran casi como ciudadanos de Dios porque tenian su ley antigua; de los cuales algunos estaban en las plazas; que quiere decir, en la muy ancha carrera de la prosperidad y de la vida viciosa; y otros se hallaban en los barrios ó calles estrechas y cerradas; esto es, en angostura de adversidad y tribulacion, porque el barrio y la calle siempre es mas estrecho que la plaza. Fué obedecido el Príncipe: se dividieron los siervos por diversas calles y caminos, juntaron á muchos, pero todavia no se llenaron todos los asientos; y volviendo el siervo á dar cuenta á su señor de todo lo que pasaba, se manifestó este como airado, y le dijo otra vez: Sal luego á las encrucijadas de los caminos, y trae acá cuantos pobres lisiados, cojos y ciegos encontrases á fin de que se llene la mesa que tengo preparada: esto es, á los que son pobres por falta de virtud, y á los flacos que lo son por defecto de bien obrar, y á los cojos y ciegos, que lo son por falta de verdadero conocimiento; trae á todos estos: porque son humildes, tiénense por indignos del divino favor, y desean entrar á la cena sacramental. Y asi fué, que dejados

los príncipes de la Sinagoga, los sacerdotes y los legisperitos y sabios de los judios, por su ingratitude y soberbia, como desamparados de Dios; solos los sencillos y los publicanos de aquel pueblo fueron los llamados, como está escrito en el Evangelio: por lo cual continúa San Gregorio diciendo: porque los soberbios menosprecian venir á la cena del Rey, son llamados los pobres para gozar de ella, porque Dios elige los humildes para confusion de los que se tienen por sabios y fuertes.

De los barrios y plazas quiso el Señor que saliesen sus siervos á las encrucijadas de los caminos, para que se entendiese la vocacion de los gentiles, los cuales como hombres agreste y salvages andaban derramados por los caminos de la prosperidad mundana, y entre los bosques y eriales de la peligrosa adversidad. Hágaseles fuerza para entrar á fin de que se llene mi casa de convidados, con el fervor acelerado y con la importunidad de la predicacion: asi son llamados todos á la salvacion: unas veces con fervientes exhortaciones, y otras con duras amenazas.

Misterioso es sin duda y digno de atencion este modo con que quiere el Señor que sean llamados á su cena los judios y los gentiles, los primeros como rogados y convidados; y los segundos como compelidos y forzados, porque mas suave vocacion debia bastar á los Hebreos, que ya se hallaban disciplinados por la doctrina de la Ley y de los Profetas que entre ellos tenian; que no debia bastar para los gentiles, sepultados entre las tinieblas de la ignorancia, de la idolatria, y del mas grosero error. Y añadió, *para que mi casa se llene de convidados*, para demostrar, que por la casa se entiende la Iglesia celestial, donde se celebra el convite eterno de los predestinados, cuyo número será perfectamente cumplido. Asimismo podemos decir, que son compelidos y apremiados los hereges á entrar en la cena, cuando castigados y corregidos por la Iglesia, se retraen de sus heregias; ó cuando cualesquiera otros pecadores se apartan de sus pecados y errores, y fatigados por los quebrantos de la vida, desengañados y arrepentidos, vuelven al amor de Dios que habian abandonado. Oh bienaventurada necesidad la que precisa al hombre á dejar el camino torcido, para entrar otra vez en el recto de donde se habia separado. Muchos son los que creen vivir seguros de gozar prosperidades en el mundo, pero cuando este les vuelve la espalda, y les son adversos todos los acontecimientos, entonces renuncian el siglo, le aborrecen para siempre y se convierten de veras al Señor. Por lo cual dice San Crisóstomo (1): Cosa

(1) Div. Crisostom. Hom. 41. Oper. imperf.

es de mucho mayor trabajo vencer la codicia en tiempo de seguridad, que menospreciar las riquezas en tiempo de peligro: porque ese mismo temor del peligro que causa la displicencia, y el disgusto del corazón, le da fuerzas para vencer mas fácilmente todos los afectos que antes le dominaban.

Por este medio, es muy fácil de comprender el motivo porque se perdieron muchos en tiempo de prosperidad y bonanza, y otros se ganaron en los de adversidad y trabajos, dando sus bienes y aun sus vidas por amor de Dios. Como nada se esconde al conocimiento y comprension infinita del Señor, permite muchas veces que algunos sean despojados de sus riquezas, para que libres de los cuidados de la tierra, puedan mas seguramente permanecer en Dios. Así se ve claro, que unos son llamados, y menosprecian venir; de modo que aunque recibieron de Dios el don de inteligencia, no obraron segun Su Magestad les habia dado á entender: otros fueron llamados y vinieron, porque obraron con arreglo á la gracia de discrecion que recibieron: y otros fueron apremiados á entrar en el convite, porque desearon huir de los muchos trabajos con que eran castigados y afligidos.

Llena la sala, y ocupados los asientos, *entró* el Rey y vió allí un hombre que no estaba vestido con el vestido de gala; esto es, uno que tenia la fé de Cristo, y no obraba como hijo de Cristo: por que el vestido nupcial, segun San Gerónimo (1), son los preceptos del Señor, y las obras que reciben su complemento de la plenitud de la Ley y del Evangelio. El hombre, pues, que tiene fé sin obras, trae á las bodas de la Iglesia boca y dientes, olvidando la armonia de su vida y costumbres, con las máximas de la fé; ó lo que es lo mismo, tiene fé, pero no caridad, que es el verdadero vestido nupcial, que cubre la multitud de los pecados, porque protege contra el frio secante de las tentaciones, y adorna con las joyas riquísimas de los dones y de las virtudes: ó como dice San Agustin, constituye la diferencia entre los hijos del reino y de la perdicion (2). En verdad que la caridad se llama el vestido nupcial, porque esta fue sin duda el precioso distintivo de nuestro Salvador, dice San Gregorio (3), cuando vino para celebrar las bodas con su nueva Iglesia. El que pues llevado en alas de la caridad vino á los hombres, pudo bien manifestar, que este era el vestido nupcial. Es empero preciso

(1) Div. Hieronim. in cap. 22. Math.

(2) Div. Agustin. tract. 9. in Ep. Joann.

(3) Div. Gregor. hom. 38. in Evangel.

advertir, que así como el vestido tiene dos caras, á saber, interior y exterior, así también la caridad tiene dos preceptos, que son el amor de Dios y del prójimo, las cuales ha de guardar perfectamente el que desea vestirse con el vestido nupcial, á fin de que, ni por la compasión del prójimo deje la contemplación de Dios, ni que atienda tan exclusivamente á esta que por ella se olvide enteramente del prójimo.

A este hombre pues, que no traía puesto el vestido de la boda, esto es, el manto preciosísimo de la caridad, le dijo el Rey: Amigo, conviene saber, por la participación de la fé, mas no por las obras de la fé: amigo, por la obligación de la deuda que conmigo tienes contraída, mas no por la solución ó pago de esta misma deuda: amigo, de nombre, pero no de obras: amigo en fin por la naturaleza, porque has sido formado á imagen y semejanza de Dios, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido con el vestido de la boda? Esto es, sin tener viva la fé por la caridad, pues sin este vestido, nadie debe acercarse á la sagrada mesa Eucarística, que es la Cena grande; porque es muy impropio que los convidados no vistan el mismo vestido de gala que el Esposo; y hay muchos que se presentan cubiertos con el asqueroso saco de la avaricia, otros vestidos con la púrpura de la soberbia, otros adornados con el manto de la vanagloria, otros cubiertos con las pieles de ovejas de la hipocresía, y simulada justicia; otros empuñando las armas de la ira; otros con el hediondo vestido de la lujuria; otros flacos y macilentos disecados por la envidia; otros muy descompuestos y negligentes dominados por la pereza; otros tibios y flojos por la complacencia, y otros en extremo glotones por la voracidad de la gula: de todos los que dijo Dios por Sophonías (1): Yo castigaré en aquel día los príncipes y los hijos del Rey de Jerusalén, y á cuantos visten y viven como los extranjeros, y á todos aquellos que entran llenos de orgullo y arrogancia por los umbrales del Templo, llenando de injusticias y de fraudes la casa del Señor su Dios: lo que había hecho ya decir á Ezequiel (2), cuando bajo la alegoría de las dos ramerías le hizo describir la torpe idolatría de Jerusalén y de Samaria, por la cual habían de ser entregadas en poder de los gentiles para su total ruina.

El desventurado no pudo menos de enmudecer y callar; ya por el gran temor que le infundió la acusación; ya por la vergüenza que le inspiró su propia iniquidad, y la presencia de los demás con-

(1) Sophon. c. 1. vs. 9. et 10.

(2) Ezechiél. c. 23. v. 12.

vidados; y ya en fin porque no sabiendo lo que habia de contestar quedó confundido sin tener que responder en su defensa: pues á Dios nadie puede responderle: y arguyendo á cada uno la propia conciencia queda de repente convencido y mudo; con lo que se demuestra que en el último exámen no habrá excusas de ningun género. Asi fué, pues, que en vista de su silencio, equivalente á la propia confesion del delito, dijo el Rey á los ministros de su justicia: *atado de pies y manos arrojadle á las tinieblas exteriores*: esto es, dejándole sin potestad para obrar el bien, para volver al camino de la salud, y para recobrar la gracia, arrojadle al lugar donde quede privado para siempre de la vision de Dios, y fuera del ámbito de la Divina Misericordia. Mientras vivió tuvo lugar para librarse de las tinieblas interiores, y de las exteriores, y no quiso: las interiores, que son las mentales, ó las de la ignorancia, conducen á las de la culpa, y estas á las de la pena: por cuya razon dijo San Gregorio (1): Interiores tinieblas llamamos á la ceguedad del entendimiento, exteriores empero á la noche eterna de la condenacion. Los que aqui se atan por su voluntad con las interiores, allí serán atados á la fuerza con las exteriores: y allí atará la pena á los que aqui no quisieron ser atados con las buenas obras: *allí donde no habrá mas que llanto, crugir y rechinar de dientes*: esto es, dolor en el entendimiento y en el cuerpo, á lo que se reduce toda la pena infernal; por lo que dijo Job: Pasará del frio de las aguas de nieve al mas intenso y escesivo calor (2): ya que el pecado será su compañero hasta el infierno. Se olvidará de él la misericordia divina, serán los gusanos sus delicias, no quedará memoria de él, sino que será hecho astillas como árbol infructuoso. Hé ahí el llanto y el crugir de dientes.

Concluyó por último el Salvador esta misteriosa parábola diciéndole: De verdad os digo, que ninguno de los que fueron llamados á mi convite, y reusaron venir, gustará mi cena; ni aun la verá con sus propios ojos: solos los Santos son los que la gustan y ven, en la presente y en la futura vida: segun aquello de David (3): *Gustad y ved cuán suave es el Señor: bienaventurado el hombre que en El confía*. Se llenará la casa del Señor con el número de los predestinados y de los hijos de salvacion: mas los soberbios pecadores que llamados no quisieron venir, y se escusaron, quedarán para siempre

(1) Div. Gregor. Hom. 38. in Evangel.

(2) Job. cap. 24. vs. 19 et 20.

(3) Psal. 33. vs. 9.

desterrados de aquella celestial compañía: ¡mucho debe temerse esta sentencia del Señor! Ninguno debe despreciar el convite, ni dejar de venir á él; porque si cuando fuese llamado se escusase de venir, quando quisiese entrar hallará cerrada la puerta, y será espelido. El que no entrase, debe tener por cierto, que le devorará una hambre eterna, sin poderle remediar, ni gozar jamás de la refeccion de la gloria, y de la eterna fruicion y vision de Dios.

Confundidos quedaron, como no podian menos, los escribas y fariseos, con las amenazas tan terribles que en las precedentes parábolas les habia hecho el Salvador; y cuando debieran haberse aprovechado de tan santos y saludables documentos, agitados por la infernal malicia que los dominaba, y forzados á su pesar por el temor del pueblo, á abandonar por entonces la idea de prenderle; fueron segun su costumbre y proyecto á concertar los lazos que habian de armarle para hacerle odioso á los judios; y prevenir y armar contra su persona los estraños: pero inútilmente tomaban tanto trabajo, y multiplicaban sus culpas sin que les pudiesen servir para el logro de sus depravados intentos, puesto que Jesus no podia ser sorprendido; y ya no estaba muy lejos la hora en que voluntariamente se habia de entregar á su discrecion. Ellos lo ignoraban, y por tanto iban siguiendo su plan, sin perdonar afanes para lograr sus intentos: consultaron los fariseos con los herodianos, y acordaron armarle celadas, á ver si podian cogerle en algun lazo con las preguntas que pensaban dirigirle, sobre si debian pagar el tributo al César, ó no.

Los fariseos, dice San Crisóstomo (1), sabian que el Señor los miraba como sospechosos y cautelosos enemigos, y porque pensaron que no podrian engañarle por mas encubierta que estuviese su malicia, acordaron enviarle sus discípulos, eligiendo de entre ellos los mas astutos, como menos conocidos; los que unidos con los criados de Herodes, formaron la intencion de acusarle como criminal cualquier cosa que respondiese, bien fuese en favor del César, bien en favor de la libertad de Israel. Habia venido este Príncipe á Jerusalem á la fiesta de la Pascua, trayendo consigo no solo criados, sino una parte de sus cortesanos y amigos: con motivo de ser íntimo amigo del Emperador romano, para justificarle mas y mas de su amistad, y darle de ello público testimonio, ponía en todos sus actas, y principalmente en sus medallas, el nombre de amigo de la familia Claudiana; por consiguiente los criados de Herodes habian de ser

(1) Div. Crisostom. Hom. 71. in Math.

ereidos eualquiera cosa que declarasen haber dicho Jesus contra los derechos ó privilegios del César. Los fariseos como pertenecientes al pueblo de Dios, se creian exentos de pagar el tributo á los hombre. Los Herodianos como cobradores de los impuestos con que los romanos gravaban la Judea, se creian autorizados, y en este caso amalgamados y unidos podian hacer fuerza contra Jesus con sus dichos y aseveraciones, aunque pertenecientes á bandos diametralmente opuestos, pero reunidos en perjuicio de la inocencia y de la justicia. Asi se ve, que el mundo y el infierno reunen en muchas ocasiones á dos partidos enteramente contrarios en sus doctrinas, para hacerles obrar con interés comun persiguiendo el cristianismo. Sola la verdad es la que se opone al padre del error: y los que de ella se apartan, por contrarios que parezcan entre sí, pertenecen al bando del diablo.

Unidos y confabulados con este objeto los herodianos y fariseos, se encaminaron al templo, donde creyeron hallar, y en efecto hallaron al Salvador, ocupado en instruir al pueblo, que no lo dejaba; y habiéndole encontrado le dijeron: *Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas con verdad el camino de Dios sin miramiento ni consideracion á respetos humanos.* Con esta lisonja alaban á aquel á quien nunca quisieron creer. Maestro le llaman, y desprecian su doctrina. Miserable contradiccion, con que por sus mismas palabras son cogidos los que de ellas hicieron redes para sorprender á Jesus. A estos parecen aquellos que lisongean á los buenos en su presencia, y á sus espaldas despedazan enteramente su buena opinion y fama, desacreditando su nombre. ¡Oh cuán lleno está el mundo de estos hombres malignantes, de los cuales debemos pedir á nuestro Dios que nos guarde! De estos dice S. Agustin (1): Dos son los linages de los perseguidores de los hombres; el uno es de los que dicen en público las injurias; y el otro de los engañosos lisongeros: sépase empero, que causa mayor daño la lengua lisongera, que la mano del matador. Y asi queriendo aquellos hombres alevés enganar al Salvador le preguntan con mansedumbre y dulzura, lisongeándole con su verdad y su justicia; siendo asi que su verdadero intento era calumniarle. Tambien le habian alabado de desinteresado, con el objeto de que respondiese en favor de los judios, y reprobase la conducta de los herodianos. La respuesta de Jesucristo dejó confundida la orgullosa necedad de los discípulos de la Sinagoga, y la soberbia altanera de los herodianos: pues á unos y

(1) Div. Augustin. in psal. 69.

otros descubrió repentinamente con terrible aspereza, teniendo presente no las palabras con que le habian hablado, sino la falsedad de sus conciencias perversas; enseñándonos con esto, la aspereza con que debemos aborrecer á los lisongeros.

¿Cómo es, les dijo, que venis á tentarme como atrevidos hipócritas? Llamábanle Maestro, y Jesus los trató de falsos, porque fingian lo que no eran; siendo unos en la voz, y otros en las obras. Veráz es, y enseña el camino de Dios sin miramiento ni acepcion de personas, el que asi reprende á los que le lisongean. El que se gobierna por el espíritu de Jesucristo, cierre sus oidos al silbido mortífero de la adulacion; no sea que esta le obligue á desviarse de la verdad, y faltar á lo que debe á Dios.

Mostradme, les dijo Jesus, el *Nuncisma*, esto es, el dinero que se pagaba por el tributo de cada uno. Este dinero era de plata, y llamábase comunmente con este nombre, porque valia diez *nummos* de los que usaban en aquel tiempo: tenia en una parte el busto ó la imagen del César, y su nombre imperial de la otra; y habiéndolo tomado Jesus en su mano para confundirlos enteramente, dióles á conocer que era Dios, mostrándoles con tanta claridad los secretos de su perfidia: y les preguntó: *¿Cuya es esta imagen é inscripcion?* Preguntó, no por ignorancia, sino porque queria que ellos por su propia boca reconociesen su obligacion, y que supiesen que con su falaz hipocresia habian dado motivo á la admirable sentencia con que iba á dejarles confundidos: digéronle, del César; y en seguida les replicó. *Dad, pues, al César, las cosas que son del César; y las que son de Dios, dadlas á Dios:* lo que fué decirles: dad al César el tributo por cuya obligacion confesais serle súbditos. Aquello que se le debe dar porque no es contrario á los preceptos de la Ley; porque si alguna cosa de las que así se dan dañase á la fé, no seria renta que perteneciese al César, sino tributo que se pagaria al demonio. Y añadió: y las cosas que son de Dios, dadlas á Dios, porque como dominador supremo se le deben de justicia los diezmos y las primicias, y las ofrendas y los sacrificios, como lo dice San Gerónimo (1): lo que practicó el mismo Salvador, mandando á San Pedro pagase por sí y por él, el tributo al propio Emperador en la ciudad de Cesarea; y dando á Dios las cosas que le pertenecian, haciendo en un todo la voluntad de su Padre. Tambien puede tener otra explicacion, esta contestacion de Jesus. Diciendo á los judios, dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del Cé-

(1) Div. Hieronim. in cap. 22. Math.

sar, parece que quiso decirles : luego este no es el tributo impuesto por Moisés. Pagad al César la moneda que viene del César, y puesto que Dios permite que le esteis sujetos en castigo del abuso que habeis hecho de vuestra independencia, vivid con él como vasallos fieles. Asi lo hicisteis bajo la dominacion de los griegos, y bajo el imperio de los persas. Pero no por eso dejéis de pagar á



Dios lo que á él pertenece: esto es, el *medio ciclo* que le debeis segun la ley, y que continúa acuñándose entre vosotros por orden de Dios, segun la medida que se conserva en el Templo. El cumplimiento de esta obligacion, no os dispensa de aquella, porque no son incompatibles.

El tributo nada tiene de opuesto á la Ley divina. San Pablo le manda pagar á quien se daba. Y pues Dios es quien elevó al César al alto

lugar que ocupa; á Dios da lo que debe, quien paga al César lo que es suyo. Ningun vasallo mas fiel en el pago de los tributos que el verdadero cristiano. Mas como los filósofos ni quieren ser vasallos, ni fieles, niegan abiertamente al magistrado supremo el tributo que aquí manda Cristo que se le pague. Asi como la imagen del César fué bastante motivo para que Jesus mandase á los judios le pagasen el tributo; asi nosotros debemos pagar á Dios el tributo de nuestra alma, porque en ella está estampada la imagen de Dios. Esta imagen es memoria continua de nuestra obligacion, y despertador de nuestra tibieza. Si somos de Dios, si no tenemos otro principio de nuestro ser, si esta obra de sus manos la selló Dios con su imagen para que nadie ignorára que era suya; si despues de borrada por el pecado vino á renovarla él con su misma sangre; claro es, que debemos entregarnos á Dios todos enteros, porque suyo es todo lo que tenemos. Y asi como el César no se dá por pagado el tributo con una moneda falsa y adulterada, asi Dios no se contenta con que le volvamos desfigurada y contrahecha con la culpa la obra que salió de sus manos hermosa y perfecta. A Dios hemos de volver el alma cuando muramos: si somos moneda legítima de Jesucristo, seremos dignos de que nos ponga en su erario y tesoro: mas si pecando hemos borrado en nosotros su imagen, seremos arrojados á las llamas destinadas á consumir la escoria del mundo, que son los pecadores.

Ningun motivo pudieron tener los judios para ofenderse de la respuesta tan sabia y prudente y que con tanta precaucion les habia dado Jesus, puesto que sufrían se fabricasen en sus tierras una moneda estrangera; ni tampoco pudieron ofenderse en lo mas mínimo los ministros del César. Y ellos eran principalmente á los que convenia atender, porque sus enemigos estaban resueltos á abandonar á Jesus á la venganza de los estrangeros, si por lisongear el celo hipócrita de los fariseos, se hubiera declarado el Señor en favor de la independencia de su nacion. Pero como no convenia á la gloria de su Padre, ni al honor de su sacrificio que los gentiles que solamente habian de ser ejecutores de la sentencia de muerte dada contra El por la Sinagoga en aborrecimiento de su doctrina, pareciase que lo sacrificaban como á un sedicioso contra los intereses de su imperio; quiso su Magestad evitar con su infinita sabiduria este funesto escollo, y asi eligió el término medio que dejó tan autorizada su santidad como su justicia.

No fué este el único y solo conflicto en que en esta ocasion quisieron colocarle los fariseos, los que habiendo salido tan mal para-

dos con su hipócrita intentona, se marcharon llenos de confusion; admirando á pesar de su envidia la sublime prudencia del Salvador. A los herodianos, sucedieron los saduceos, nuevos enviados de la escuela fariséica, para ver si á lo menos podian desacreditar á Jesus con una cuestion bien difícil, de la que esperaban no saliese con tanta ventaja suya, como habia logrado salir de las anteriores. ¡Miserable efugio de un aborrecimiento que puede poco, pero que ciego y obstinado nunca se cree desarmado por mas que quede vencido!

Eran los saduceos una secta de impios que negaban la resurreccion de los cuerpos porque no creian ni la espiritualidad, ni la inmortalidad de las almas; y asi tan luego como el Soberano Maestro hubo satisfecho á la pregunta de los fariseos, vinieron aquellos á proponerle su dificultad en estos términos: *Maestro, le dijeron: tenemos de Moisés una ley que dice: si un hombre de la sangre de Jacob muere sin dejar hijos, el hermano del difunto se desposará con la viuda para dar herederos á su hermano: y el primer hijo que nazca de este matrimonio será tenido por hijo del difunto; y por lo menos entrará en todos sus derechos, y recogerá la sucesion.* Esto supuesto le dijeron: vivian entre nosotros siete hermanos: el primero se casó, y murió sin hijos: el segundo por obedecer la Ley casó con la viuda de su hermano mayor, y murió tambien sin ellos. Asi sucesivamente se casó con todos, y con ninguno tuvo hijos. Nuestra dificultad consiste en saber, ¿qué sucederá en la otra vida despues de la resurreccion? Pues durante su vida ella los tuvo á todos por esposos legítimos. Parece claro, que con esta pregunta querian enseñar no haber resurreccion, ó que si la habia, resucitados todos, se habian de celebrar bodas como se celebran ahora. No hay duda que si esto hubiese de suceder asi resultaba el inconveniente grande, de quien habia de ser aquella verdadera esposa; pues habiéndolo sido todos en esta vida, y no pudiendo serlo en la otra sino de uno, cualquiera de ellos alegaría el mismo derecho para poseerla: por tanto presuponian, y deseaba concluir, ser quimérica resurreccion que segun la fé católica se espera. Ellos deseaban embarazar al Señor, y este no solamente los confundió, sino que destruyó su error y heregia, diciéndoles: *vosotros os engaiais y errais, porque no sabeis las Escrituras, y porque ignorais hasta donde se estiende el poder de Dios: escuchad y quedareis instruidos.* Los que estan sobre la tierra y pasan en ella una vida breve, que deben perder bien presto, contraen en ella obligaciones. Los hombres se desposan con las mujeres, y estas toman marido, de esta manera se perpetúa el siglo presente, y los hombres se vanskediendo los

unos á los otros. Pero no es así despues de la muerte. Los que mueren en desgracia de Dios, no resucitarán en cuerpo y alma, sino para ser castigados eternamente en el infierno: y los que fuesen dignos de la gloria, resucitarán para gozar de una inmortalidad dichosa, y ya no estarán sujetos á los impulsos de la carne y de la sangre. Los hombres ya no tendrán mujeres, ni estas maridos. Estarán exentos para siempre del imperio de la muerte: nó se verá en el Cielo esta continua sucesion de los unos que nacen para reemplazar á los que desaparecen. En la resurreccion no habrá casamientos, sino que los hombres serán como los Angeles de Dios en el Cielo. Ya se llamarán hijos suyos, y no hijos de los hombres, porque resucitarán para vivir eternamente por virtud de la omnipotencia del mismo Dios.

Segun dice el venerable Beda (1), por los siete maridos de aquella mujer, es figurada toda la universidad de los malos, cuya mujer es la vida y la conversacion mundana; y para destruir toda la doctrina de los saduceos que representaban los amadores del mundo, estériles, y agenos de buenas obras, porque sin duda serán arrebatados por muerte miserable antes del tiempo que ellos pensaban; les añadió: que vivirían los hombres en el Cielo como los Angeles de Dios; no porque sean Angeles en la naturaleza sino porque serán como ellos en la propiedad de la limpieza; porque serán inmortales, é incorruptibles; y porque ninguno se ha de engendrar de nuevo. Así es, que no dijo Jesucristo esta espresion para que creamos que despues de la resurreccion han de ser los hombres espíritus angélicos, sino para enseñarnos que han de ser espirituales, y que su vida y conversacion ha de ser dotada de cumplida pureza, viendo y gozando de Dios: porque cierta cosa es, que cesando la causa, cesa también el efecto que de ella se suele seguir; ¡y cómo las bodas fueron ordenadas para la sucesion de los hijos que se crián para la honra y servicio de Dios, durará solamente este efecto hasta que se llene el número de los escogidos en la resurreccion universal.

Despues que el Salvador hubo respondido á esta pregunta falaz de los saduceos, refutando y confundiendo su herético error, les habló de la resurreccion, confirmando el artículo que la asegura por la autoridad de las Escrituras Santas; así es que trajo á su propósito un dicho de infalible autoridad consignado auténticamente en el libro segundo de la Ley, diciéndoles: ¿No habeis leído de la resurreccion de los muertos lo que fué dicho por el mismo Dios?

(1) Ven Bed. in cap. 20. Lucæ.

Yo soy Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Pues sabed, que no es Dios de los muertos; sino de los vivos. Por esta autoridad probó el Señor la inmortalidad de las almas que negaban los saduceos, y por consiguiente la resurreccion de los cuerpos, por cuyo medio obraron los bienes y los males. Dios no se dice Señor de las cosas que no son, y carecen de ser, ó de las cosas que son nada; porque es muy verdadera y cierta la relacion y el respeto de la criatura á Dios que la crió; porque en nada nó puede fundarse esta relacion. Y siendo asi que Dios se llama Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, que ya murieron, síguese, que ellos permanecen, viven y son, porque no dijo Dios: *Yo fui Dios de estos*; sino, *Yo soy*; como si estos patriarcas estuvieran presentes, y vivos cuanto al cuerpo, de lo que se infiere que lo son cuanto al alma; y se concluye que esta nunca muere.

Por esta misma autoridad prueba también la resurreccion de los cuerpos, por la verdad de su justicia: porque diciendo que es Dios de Abraham, y de los otros que lo sirvieron en sus cuerpos, justa cosa es que sean remunerados y satisfechos con los mismos cuerpos, en los cuales merecieron; y con este fundamento es cierto que los cuerpos y las almas de todos recibirán los bienes ó los males que en su vida y union merecieron; porque el hombre mereció, ó desmereció estando juntos el alma y el cuerpo; y asi es razon que en el siglo venidero sean castigados ó remunerados el uno y el otro; y esto no podria ser, si no se esperase con la firmeza de la fé infalible, la resurreccion general de todos los cuerpos.

Este razonamiento que el Señor hizo en pocas palabras, cerró para siempre la boca á los saduceos; los cuales desde este mismo instante no se atrevieron á acometer á Jesus, ni entrar otra vez en disputa con su Magestad. Todo el pueblo admiró la doctrina del Maestro soberano, y lo que es mas, mereció tambien la aprobacion de los escribas y fariseos, que bien presto fueron informados del suceso de la disputa. Como ellos eran estremadamente opuestos á los saduceos tanto por el interés de su secta, cuánto por los principios de su religion, y mantenian la fé de la resurreccion, no pudieron contenerse sin ir en tropa á manifestar á Jesus la satisfaccion que tenian del modo eficaz y sabio con que habia confundido el error de sus contrarios: y asi le dijeron: *Maestro, habeis hablado admirablemente*: como quien dice, no podia combatirse, ni confundir de una manera mejor la impiedad de estos temerarios, como lo habeis hecho Vos con el testimonio de las Escrituras. Sin embargo, aunque al parecer manifestaban suma complacencia por ver humillados á sus enemigos,

no era completo su gozo, porque habia adquirido el triunfo un hombre á quien aborrecian mas que á los impios de su tiempo. Envidiaron á Jesus la honra que le daba para con el pueblo este triunfo debido á su eterna sabiduria, y como temian las consecuencias que de ahí podrian resultar contra ellos, volvieron de nuevo á sus ataques. Juntáronse en concilio con deseo de vencerle, ó de cogerle en alguna palabra, á cuyo efecto se le presentó uno de ellos acompañado de una gran multitud de prosélitos, y maestros de la Ley á ver si podrian amedrentarle, sobre lo cual dice San Crisóstomo (1): juntáronse pensando confundir ó amedrentar con multitud de personas, al que no pudieron vencer con cautelosas razones. De donde parece que lo que les faltaba de verdad y de razon, lo querian suplir y confundir con el numeroso acompañamiento: mas siempre son vanos y enteramente estériles é infructuosos los proyectos de los hombres, cuando se dirigen contra los de Dios.

De notar es, que primero habian embestido á Jesus los fariseos y herodianos, los que confundidos entregaron sus armas y permitieron la entrada á los saduceos; y batidos y confundidos estos huyendo en vergonzosa derrota, volvieron al ataque los fariseos, y uno de ellos, doctor de la Ley, no con deseo de aprender lo que ignoraba, sino por ver si erraria en la respuesta el que todo lo sabe, cubriéndose con la capa de discípulo, tomó el oficio de tentador, y llamándole Maestro, le dijo: *¿cuál es el mandamiento grande en la Ley?* Disputábase esto entonces entre los judios. Los fariseos avaros preferian los sacrificios á la honra que á los pobres se debe; atendian á su comodidad antes que al bien de los otros. Hubo quien en esto se les opusiere; y como ambas partes alegaban sus razones, esperaban que la respuesta de Jesus diese algun motivo para reprenderle, y acusarle, ó de enmendador de la Ley, ó de menospreciador de las tradiciones. Mas el Salvador, dechado de los maestros de la Iglesia, no se desdeñó de enseñar á sus enemigos aunque vió la malignidad de donde nacia la pregunta; con lo que á ellos y á todos nosotros, intimó en su respuesta un precepto altísimo, que es el alma de la religion. Maestro, le llamó como hace observar San Crisóstomo, no queriendo ser su discípulo; y trata del mandamiento mayor, el que no guarda ni aun el menor; siendo asi, que solo aquel debe preguntar de la perfeccion y mayor justicia que ya cumplió y ejecutó la menor. Jesus empero, desentendiéndose de todos los antecedentes, y como si ignorase todo lo que entre ellos pasaba, le respondió: El ma-

(1) Div. Crisostom. Hom. 42. oper. imperfec.

yor y el mas grande de todos los preceptos, es el que se anuncia por el Legislador en estos términos: *Escucha pueblo de Israel: El Señor tu Dios, es solo Dios. Amarás pues al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* Este es el primero y el mayor mandato; pero hay un segundo semejante al primero que dice: *Amarás á tu prógimo como á ti mismo.*

No dice en la Ley, *temerás*, sino *amarás*: porque el temor es propio de los siervos, y amar es propio de los hijos. Ni dijo *conocerás*, sino *amarás*: porque conocer á Dios nuestro Señor es propio de la naturaleza humana; mas amarlo es cierta propiedad del corazon religioso y perfecto. *Amarás de todo corazon*, que quiere decir, de todo tu entendimiento, sin error; de manera que ningun error tengas en la confesion de la Divinidad; y lo *amarás con toda tu alma*, esto es, sin contradiccion alguna; de manera que ninguna cosa ames que á El sea contraria. *Lo amarás de toda tu mente*, esto es, con toda tu memoria, sin olvido alguno; no acordándote de cosa que pueda apartarte de su amor. Y lo *amarás de toda tu virtud y de toda tu fortaleza*, de modo que todas tus fuerzas y todo tu poder lo sirvan, y se gasten y empleen en servirle.

Espresando su opinion el grande San Agustin (1) sobre este precepto del amor de Dios, dice: Mandado te está que ames á Dios de toda tu voluntad y de toda tu alma, y de todo tu corazon; para que pongas todos tus pensamientos, toda tu vida y todo tu entendimiento en aquel de quien recibiste, y tienes todas las cosas que le dás. Segun este mandamiento, ninguna cosa debe estar ociosa en nosotros; ni ninguna hemós de amar mas que á Dios; y todas las demas debemos amarlas por El: de manera que cualquiera otro bien que viniera á la presencia del corazon para ser amado, se ame con amor que se ordene á aquel fin, que es el mismo Dios; y para El solo vuele y corra toda la fuerza del amor, porque solo entonces es el hombre bueno, cuando toda su vida se encamina y ordena al servicio y amor del bien soberano que es Dios. Amar á Dios de todo corazon, es no repartir el amor en otras criaturas, sino amarle por quien es, y á las criaturas por solo el amor de Dios. Y San Bernardo dice (2): amar á Dios nuestro Señor de todo corazon, es ir sábiamente contra todos los malos pensamientos, y contra todos los entretenimientos que nos pone el enemigo, para que no seamos engañados: y amar á Dios con toda el alma, es pelear varonilmente

(1) Div. Agustin. lib. 1.º de Doctrina Cristiana, cap. 24.

(2) Div. Bernard. lib. De diligendo Deo.

contra los falsos deleites de la carne, á fin de que no seamos seducidos por sus sugerencias: y amar á Dios con toda nuestra mente, es caminar con ánimo decidido contra las adversidades del mundo para que no seamos maltratados, ni desmayemos con el favor de la virtud: porque estas son las tres cosas principales que mas apartan al hombre del amor de Dios, á saber; mundo, demonio y carne.

El Maestro Divino dijo, que este es el mandamiento mayor, mas principal, y primero; porque es mandamiento de materia soberana, y es principal y primero porque se pone primero entre todos los mandamientos, y aun antes que el del amor del prójimo. Llámase grande, porque contiene lo mas grande y excelente que la criatura puede hacer: y llámase máximo ó soberano, porque lo confirma la Ley Evangélica, ordenada y dada por el mismo Hijo de Dios Cristo Señor nuestro.

Después de esto añadió el Señor: El segundo mandamiento es semejante á este. Nótese bien, que no digo igual, sino semejante: porque es de amor, y de cosa que se parece á Dios nuestro Señor, cual es el hombre hecho á la imagen de Dios; y por eso le dijo amarás á tu prójimo como á tí mismo: lo que equivale á decir: amarás á tu prójimo en todo aquello que te amas á tí mismo; esto es, en toda justicia, virtud y salud, deseándole gracia en la vida presente, y gloria en el siglo venidero, como la deseas para tí mismo. Y cuando el Señor dice, que el segundo mandamiento es semejante al primero, débese entender que el amor del prójimo proviene del amor de Dios; por lo cual dice San Pablo (1): El que ama al prójimo, cumple la Ley: porque el amor del prójimo nace del que la criatura tiene á Dios: por cuya razon dijo San Gregorio (2): del amor de Dios nace el del prójimo; y este se aumenta y refuerza por aquel. Y San Agustin añade (3): Mira primero si sabes amarte á tí mismo, y hecho esto, procura amar á tu prójimo como á tí te amas; mas si aun no sabes amarte á tí mismo, no engañes al prójimo como te engañas á tí.

El doctor á cuya pregunta habia respondido Jesús, parece que era uno de aquellos hombres, que sin envidia ni pasion se hacen enemigos por puro empeño y razon de estado, y aborrecen mas por espíritu de compañía, que por odio ó adersion; y por esto manifiestan en algunas ocasiones sinceridad y candor: así fue, que con-

(1) Div. Paul. Ep. ad. Rom. cap. 13.

(2) Div. Gregor. lib. 7.º Moral. cap. 11.

(3) Div. Agustin. Serm. 43. de Verb. Dni.

vencido de la respuesta de Jesus, le dijo: *Maestro, habeis respondido bien.* Ninguna cosa mas verdadera que la que acabo de oir de vuestra boca : y yo hago profesion de creer como Vos, que nuestro Dios es el único, y que no hay otro sino El: que es preciso le amemos con nuestro corazon, con toda nuestra mente, y con todas nuestras fuerzas; y que tambien debemos amar al prójimo como á nosotros mismos. Cumplir con toda estension este precepto, es hacer una cosa mas agradable á los ojos de Dios, que lo son todos los holocaustos y sacrificios.

No podia mirar el Salvador con indiferencia la sincera ingenuidad de aquel doctor, y asi tratándole con benignidad, elogiando la sabiduria de su respuesta, y la docilidad en que lo veia, le dijo: *Segun las disposiciones en que os hallais, no estais lejos del reino de Dios.* Que fue decirle: sois muy á propósito para abrazar la doctrina del Evangelio, que haria de vos, si quisierais, uno de los siervos y súbditos de Dios y de su Cristo. No se le parecian empero sus cólegas: ellos habian vuelto en gran número, no con ánimo de ser instruidos, sino de fatigar y sorprender en alguna palabra, al que querian que fuese condenado. No obstante, como ninguna cosa les salia bien, perdieron el ánimo con la esperanza; y viéndolos el Señor abatidos, desatinados y desordenados, les hizo la última pregunta con la que acabó de confundirlos. *¿Qué os parece, les dijo, de Cristo? De quién es Hijo?* Ya que el Salvador hizo callar á los fariseos, mostrando en todo que El es la eterna sabiduria, preguntóles acerca del Mesias; no si creian que habia de venir, ó que habia de nacer de la familia de David, porque esto lo sabian ellos por la Escritura; sino si creian que era solo hombre, ó hijo de Dios y verdadero Dios y hombre. Ellos que no se dejaban llevar del espíritu de Dios para volar sobre la corteza de la letra, dijeron que era hijo de David, esto es, hombre, y no Dios. Entonces Jesus les dijo: *¿Pues cómo es que David, á ese que vosotros teneis por hijo suyo, en espíritu le llama Señor? ¿No es mayor la autoridad de los padres que la de los hijos?* El que venga despues de nosotros podrá ser hijo nuestro, pero señor, no; porque el señorío solo corresponde á los que estan con nosotros, ó son antes que nosotros.

Bien sabia Jesus que todos ellos pensaban de esta suerte, y no se detuvo en aprobar su consentimiento sobre este artículo de la tradicion, y sobre la fe que de él debian á las profecias de sus padres; y asi continuó reforzando su última reflexion, diciéndoles: *Si Cristo es hijo de David*, como hablando de él, dice: *El Señor dijo á mi Señor, siéntate á mi diestra hasta que Yo ponga á tus enemigos por tarima de*

tus pies? Asi arguye Jesús, no para probar que Cristo no es hijo de David, sino para corregir el error en que ellos estaban, no teniéndole por verdadero Dios, sino por puro hombre: mostrándoles que cuando David llamó Señor al Mesias antes que naciese, y Señor suyo; vió en él con la luz del espíritu alguna cosa superior á la naturaleza humana, y á la dignidad de rey de la tierra que tenia. No respondieron cosa alguna los fariseos porque no sabian bastante para ello; mas hallándose, como se hallaban en la fuente de la luz, de ellos dependia si no estaban perfectamente ilustrados, y su ignorancia no tenia disculpa. No respondieron porque no podian negar la Escritura, y porque el argumento era tal, que ni siquiera les pudo ocurrir cosa alguna que responder; y desde aquel dia ninguno se atrevió á hacerle mas preguntas; y esto fue porque con el testimonio de la escritura, y con el apoyo de su propia razon, quedaron convencidos y confusos. Sobre lo cual dice San Gerónimo (1): Porque se hallaron confusos por las razones que dió en su defensa el Redentor, no le preguntaron mas sus adversarios, ni le presentaron otras dudas cautelosas; sino que trataron y procuraron prenderle, y asi preso lo entregaron al juez de los romanos. De aqui entenderemos que el veneno y la ponzaña de la envidia se pueden ocultar alguna vez, pero mas tarde, ó nunca, con gran dificultad puede apagarse, y asi muy presto vuelve de nuevo á arder.

ORACION.

Señor mio, Dios y Padre mio amantísimo, que queriendo salvar á todos los hombres, y colmarlos de bienes inefables, le preparaste la cena y refeccion de la celestial bienaventuranza llamándolos allá de muchas maneras; no me apartes ni lances de ella, y usa conmigo de misericordia, puesto que viniste para repartir y alimentar á todos; antes bien hazme entrar en tu festin eterno, porque soy pobre en la vida, y flaco en el bien obrar, y allí me reforzaré: vísteme el vestido de la boda que es la caridad, y el hábito de las santas virtudes, para que me aparte de todo lo que es ofensa tuya, y atado de pies y manos no sea arrojado en las tinieblas exteriores é infernales. Alúmbrame para entender las astucias y malicias de los engañadores; líbrame de ellas, y enséñame á guardar siempre en mi persona la verdad de la vida, la de la doctrina, y la de la justicia; á fin de que, señalado por tu clemencia con tu santa imagen, pueda huir de toda conversacion carnal y mundana; y re-

(1) Div. Hieronim. in cap. 22. Math.

novado segun el espíritu en la gloria de la resurreccion, merezca gozar en el Cielo con tus Angeles de la vida inmortal, que consiste en verte y gozarte como á Dios y Señor : Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIV de San Lucas desde el versículo 16 hasta el 24 : al XXII de San Mateo, desde el versículo primero hasta el 46 todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Lucas para el Evangelio de la Misa de la Dominica segunda despues de Pentecostés, versículos 16 al 24: de el de San Mateo para el de la Misa de la décimanona tambien despues de Pentecostés, versículos 1 al 14 : para el de la vigésima segunda idem, versículos 15 al 21 : y para el de la decimaséptima idem, versículos 35 al 46. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE
PENTECOSTÉS.

San Lucas , cap. XIV, vs. 16 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena, y convidó á muchos. Y á la hora de la cena envió uno de sus criados á decir á los convidados que viniesen, que todo estaba ya aparejado. Y comenzaron á una todos á escusarse. El primero le dijo: he comprado una granja, y necesito ir á verla: ruégote que me tengas por escusado. Y otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas: ruégote que me tengas por escusado. Y otro dijo: he tomado muger, y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta á su Señor de todo esto. Entonces airado el padre de familias, dijo á su siervo: Sal luego á las plazas y á las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor hecho está como lo mandaste y aun hay lugar. Y dijo el señor al siervo: Sal á los caminos y á los cercados, y fuérzalos á entrar, para que se llene mi casa. Dígoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XIX DESPUES DE PEN-
TECOSTÉS.

San Mateo , cap. XXII, vs. 1 al 14.

En aquel tiempo hablaba Jesus á los príncipes de los sacerdotes

y á los fariseos en parábolas, diciendo: semejante es el reino de los Cielos á un Rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus siervos para que llamasen á los convidados á las bodas, y no querian ir. Volvió á enviar otros siervos, diciendo: decid á los convidados: Hé aqui, mi comida tengo prevenida, muertos estan ya mis toros, y los animales cebados, y todas las cosas dispuestas, venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso, y se fueron, uno á su granja, otro á sus negocios, y los demas apoderándose de sus siervos, habiéndolos ultrajado, los maltrataton. El Rey, oido esto, se enojó; y habiendo enviado sus ejércitos, destruyó aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo á sus siervos: las bodas estan prevenidas, mas los que fueron convidados no eran dignos. Id pues á las salidas de los caminos, y á cuántos hallareis, llamadlos á las bodas. Y saliendo sus siervos por los caminos, juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos; y las salas de las bodas se llenó de gente que se sentase á la mesa. Entró luego el Rey á ver los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre que no estaba vestido de ropa nupcial. Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado acá sin tener ropa de boda? y él enmudació. Entonces dijo el Rey á los que servian: Atado de pies y manos echadle en las tinieblas exteriores: allí habrá lloro y rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XXII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Mateo, cap. XXII, vs. 15 al 21.

En aquel tiempo: idos los fariseos consultaron cómo sorprenderian á Jesus con sus palabras. Y envian á él sus discípulos con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas con verdad el camino de Dios, sin miramiento á nada; porque no tienes acepcion de personas. Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿es lícito pagar tributo al César, ó no? Mas Jesus conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿por qué me tentais, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y le presentaron un dinero. Dígoles entonces Jesus: ¿cuya es esta imagen é inscripcion? Dícnle: del César. Entonces les dijo: pagad pues al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XVII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Mateo, cap. XXII, vs. 35 al 46.

En aquel tiempo: se llegaron á Jesus los fariseos; y uno de ellos, doctor de la Ley, para tentarle, le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la Ley? Díjole Jesus: Amarán á tu Dios y Señor de todo tu corazon, y con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el mandamiento mayor, y el primero. El segundo es semejante á este: amarás á tu prójimo como á tí mismo. Estos dos mandamientos son la suma de toda la Ley y de los Profetas. Y habiéndose congregado los fariseos, les preguntó Jesus, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle, de David. Díceles El: ¿Pues cómo es que David en espíritu le llama Señor, diciendo: dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra, hasta que ponga yo á tus enemigos por escaño de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podia responderle palabra; ni se atrevió nadie desde aquel dia á hacerle otra pregunta.





CAPITULO XXIV.

DECLARA JESUS QUE SE HAN DE OIR LAS DOCTRINAS DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, PERO QUE NO SE HAN DE IMITAR SUS OBRAS: Y Á QUIÉNES SE DARÁ LA SENTENCIA DE CONDENACION ETERNA.

Fuertes son siempre, á la par de amargas las impresiones que deja la verdad en el corazon poseido de orgullo y soberbia, á quien se trata de desengañar; lo que acredita la desatencion con que los escribas y fariseos se retiraron de la presencia de Jesus: pero á una confusion siguió otra; y á un desengaño, otro mayor. Ellos creían que el pueblo les seguiria aunque no fuese sino por el miedo que sus injusticias podian inspirarle; pero el pueblo del buen sentido estaba enamorado de la sabiduria de Jesus, admiraba la gravedad de sus discursos, la modestia de sus modales, y la dignidad de su persona. No se cansaban de oirle, y el furor de los fariseos crecia de punto cuando se veian abandonados del pueblo, á quien acostumbraban á dar la Ley. Solos con sus discípulos, y Jesus ya con el

pueblo dócil que le amaba, se aprovechó de su constancia, y de la fuga de sus enemigos, para prevenir á los fieles contra los malos maestros de que estaban rodeados. Era muy corto el tiempo de su vida, y le convenia aprovechar todos los momentos para completar sus instrucciones; y desplegando la bandera de su caridad y celo ardentísimo de que estaba animado, les dijo: *Sobre la cátedra de Moisés, se sentaron los escribas y fariseos: haced todo lo que os digeren, mas no hagais conforme á sus obras.*

Sobre esta introduccion del discurso de Jesus, dice San Crisóstomo (1): Despues que el Señor hubo confundido con su respuesta á todos sus enemigos, patentizó á los que le seguian, lo incorregible y rebelde de la condicion de aquellos hipócritas, que nunca querian confesarse rendidos: porque siempre es infructuoso un discurso en que á uno se condena, si á otro no sirve de instruccion. Asi pues, fué esto lo mismo que si los hubiera dicho: Los escribas y fariseos han recibido la potestad de instruiros, y arreglaros sobre la observancia de los preceptos, de los ritos, y de las ceremonias de la Ley. Los pontífices que os gobiernan, descargan sobre estos doctores el cuidado de enseñar: seguid sus lecciones en todos los puntos que pertenecen á su ministerio, pues no ha llegado aun el dia de abrogar la práctica, y conviene respetarla; y entretanto que subsisten la Sinagoga y el Templo, se deben atender. Con prudencia debeis oirles, y practicar lo que os enseñen; y con esto honrareis la cátedra donde se sientan: pero guardaos bien de hacer lo que ellos hacen, y de imitar su porte y su conducta. Si son vuestros doctores, no siendo lo que debieran, no pueden ser vuestros egemplares y modelos: ellos dicen desde la cátedra lo que conviene hacer, pero no hacen lo que deben, ni lo que conviene. La verdad no es mas que una, invariable, é incorruptible, y nada pierde por malo que sea el ministro que la anuncie: dígala quien quiera siempre es de Dios; dásenos de parte de Dios, y debemos recibirla con acatamiento por respeto al origen de donde viene, sin mirar el conducto por donde llega, pues por viciado que sea, no recibe quiebra ni daño alguno. Al hombre toca seguir la verdad pero no la maldad: oiga por tanto y siga en buena ora la doctrina santa que el ministro de Dios le predica, pero no imite su vida si fuese mala; y si no es lícito despreciar su autoridad por las costumbres con que la deshonra, tampoco lo es imitar sus malas costumbres por respeto á su dignidad.

Ellos, continuó Jesucristo, quieren adquirir mérito para con vo-

(1) Div. Crisostom. Hom. 43. Oper. imperf.

sotros, imponiendo duras, insoportables y gravísimas cargas sobre los hombros ajenos; pero ni aun tocarlas quieren con el dedo, para aliviar las molestias que causan. Por lo demás, no os engañéis; solo se ocupan en obras de exterioridad y ostentacion para alucinar y agradar á los hombres que no penetran, ni pueden penetrar el interior; pero en lo que menos piensan es, en agradar á Dios, que examina y sondea los corazones. Estos son aquellos malos ministros del Evangelio, de quienes decia el Crisóstomo, que desmienten con su vida el ejercicio de su ministerio: que dan á los otros la paz que ellos no tienen: que predicán la fé, y viven como infieles: que alaban la verdad, y aman la vanidad: que recomiendan la largueza, y siguen la avaricia; y que se condenan segun San Pablo, en el ejercicio mismo de su ministerio. Pero de ninguna manera quiso reprehender aquí el Salvador la severidad evangélica de los buenos ministros, sino la dureza farisáica de los falsos maestros: y deben advertir muy particularmente los fieles, que no son cargas pesadas, ni la observancia de los preceptos que suaviza la caridad, ni las penitencias que como satisfaccion de la pena debida por los pecados imponen los confesores: peligroso es para estos, y para las almas que dirigen, ensanchar el camino que Jesucristo estrechó; y quitar ó añadir caprichosamente alguna cosa á la Ley que El hizo inviolable; cargando la vida de prácticas inútiles, que mas bien contribuyen á debilitar el espíritu, que siempre deben dirigir por el camino de la virtud, que á robustecerle y fortificarle en ella.

Ni son estas solas las observaciones que el Salvador queria hacer á sus discípulos para que aprendiesen con anticipacion las grandes recomendaciones que en sí misma tiene la santidad. Bella y amable se recomienda por sí misma, y sola la conciencia abominable que se aterra á la vista de la belleza de la virtud, es la que la aborrece. Pero si aun la virtud predicada y practicada por los Santos, tiene pocos que de veras se abracen con ella; ¿que será si toda su recomendacion se reduce á palabras, que desmienten despues las obras y las costumbres del que las pronuncia? Los buenos ministros guardan para sí el rigor, y tratan á los demás con la mas tierna y cariñosa dulzura. Compadécense de la ajena miseria; fomentan en los penitentes las semillas de la conversion, condescendiendo con ellos cuanto cabe en las leyes de la penitencia; porque si yerra el ministro imponiéndola módica, fácil ó pequeña, ¿no es mucho mejor tener que responder por haber usado de misericordia, que por haber sido estremadamente cruel? Donde el Padre de familias es dispensador largo y dadivoso, no debe su mayordomo ser escaso y misc-

table. Si Dios es benigno; ¿cómo ha de ser austero su ministerio? ¿Quieres aparecer santo? Sé austero para contigo, y benigno para los demas. Oigan los homdres que mandas cosas pequeñas, y vean como practicas las grandes. Los hipócritas por el contrario se honran de tratar á los flacos con desmedida aspereza, y nada se les dá de que se ahoguen en una alma débil los principios de la santidad, á trueque de ser tenidos por esactos y celosos ministros. ¡Nccios! ¡Creerán no ser conocidos! El mismo Salvador los dió á conocer, cuando dijo: *todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres.*

Como los fariseos afectaban hasta el extremo una virtud que no tenían, abusaban de los mismos preceptos de la Ley para aparecer virtuosos. Habia Dios mandado á su pueblo que *le amase con todo su corazon, con toda su alma, y con todas sus fuerzas*: y al exhortarle Moisés á la observancia de este mandamiento, le habia dicho: Este y los demas mandamientos que yo te doy, estarán estampados en tu corazon: los enseñarás á tus hijos, y en ellos meditarás sentado en tu casa, y andando de viage, y al acostarte y al levantarte: y los has de traer para memoria ligados en tu mano, y pendientes en la frente ante tus ojos (1): lo que quiere decir: *siempre te acordarás de ellos, como si los tuvieses delante de los ojos, ó en las manos.* Los hebreos empero tomaron materialmente estas palabras, y llevaban los mandamientos escritos en pergaminos atados en los brazos, y en la frente, lo que en tiempo de los fariseos vino á ser como una especie de adorno, que recibió el nombre griego de *Philacteria*, y este adorno fué el que precisamente reprendió el Salvador en ésta ocasion, como tambien el demasiado ensanche que habian dado á la franjas, mandadas poner en los remates de sus mantos, con cintas, ó listones de color de jacinto (2); para que este distintivo en el vestido les sirviera tambien de continuo recuerdo de los beneficios estraordinarios que habian recibido de Dios, cuyo pueblo escogido eran: y asi es, que dijo á sus discípulos, y á las turbas fieles que le oian.

Observad bien los mantos y capas que usan, y en ellos vereis claramente retratada toda su vanidad é hipocresia; ellas son de una largura y amplitud estraordinaria: ensanchan, ademas, y dilatan sus franjas ó galones mas de lo comun: y esta es una vanidad refinada, y un conjunto que solo tiende á escitar la pública admiracion; con lo que no debeis dejaros seducir, ni alucinar. Si con esto no conoceis todavia su vanidad, observadlos en los convites, en las juntas

(1) Deuteronom. cap. 6. vs. 6. 7. 8.

(2) Numeror. c. 15. v. 38.

y en sus asambleas: siempre toman los lugares mas honrosos, juzgando que en todas partes se les debe dar el primer puesto. Si se dejan ver del pueblo en los parages y lugares públicos y frecuentados, vereis que anhelan porque se les salude y tribute respeto, y porque todos les den el nombre de señores y maestros: y seguramente no eran estas las lecciones que habia dado el Señor á sus Apóstoles, y á los que despues de ellos habian de ser los predicadores de su Evangelio. Destinados á un ministerio muy superior al de Moisés, queria que se distinguiesen en la humildad: porque es feisimo vicio en las personas consagradas á Dios querer preferencia hasta en los negocios de la vida civil. Para tres cosas acostumbran á juntarse los hombres, dice San Crisóstomo (1): ó para tratar negocios carnales, como sucede en las comilonas y banquetes; ó para conferenciar sobre los espirituales, como en las sinagogas; ó para arreglar los temporales, como en las plazas; y es vengonzoso que en todas partes quieran los ministros del Señor ocupar el lugar preferente, buscando en público la gloria, y que sola su voz sea la atendida. Advuértase, empero, que no se reprenden aquellos, dice el Venerable Beda (2), á quienes corresponden los supremos honores en razon de su dignidad y oficio; sino aquellos que ambicionan siempre los honores de la prelatuza, aunque ningun derecho tengan para ellos; siendo asi que conviene muchas veces ceder al respeto de los seculares, por la honra de la propia dignidad. La estimacion pública deseada por vanidad, degrada en los sacerdotes la dignidad; asi como el amor de la humildad los adorna y enaltece.

Yo no quiero, les añadió, que entre vosotros, y en el comercio familiar que tendreis mutuamente, os deis nombres honrosos que respiren vanidad ó soberbia: no os tratareis de maestros, pues todos teneis el mismo Señor y Maestro que es Cristo. No está el vicio en merecer este nombre, sino en desearle. Merécele la doctrina adquirida con el estudio, y con la oracion: deséale la soberbia. No merece llamarse maestro en la Iglesia el que no lo es de humildad y de caridad. Sin estas dos virtudes toda la ciencia del mundo es un poco de viento, ni nada se puede edificar en el prójimo: se le podrá enseñar la vanidad, y podrá uno ser llamado maestro de vanidad, que por cierto es bien miserable elogio. En Jesucristo, pues, se halla solamente el grande y verdadero magisterio: el Eterno Padre, en el Jordan y en el Tabor le declaró nuestro maestro, y nos

(1) Div. Crisostom. Hom. 43. Oper. imperfect.

(2) Ven. Bed. in cap. 20. Lucæ.

mandó que le oyéramos: nos enseñó la verdad, y la práctica de todas las virtudes. El solo merece el nombre de Maestro porque todo lo gobierna por su saber, y alumbra el corazón abriendo sus puertas, é introduciendo en él la verdad, y con ella el amor con que debe ser abrazada.

Tampoco conviene que á persona alguna deis el nombre de Padre en la tierra. Todos por seguirme habeis dejado á los que os dieron la vida, y todos teneis el mismo Padre en el Cielo: este solo es á quien debeis reconocer, y á quien pertenece el nombre de Padre. De Jesucristo aprendimos, y por él confesamos ser uno nuestro Padre celestial al que invocamos como hijos, y á quien saludamos como á Padre, diciendo: *Padre nuestro que estás en los Cielos*. Desde que confesamos pues, tener este Padre, llamando con este nombre á Dios; es cosa muy fea, que llamemos á un padre terreno, confesando que tenemos nuestro padre en la tierra. No quiere por esto el Señor, que desconozcamos y deshonoremos á aquellos que nos engendraron, sino que quiere que antepongamos á ellos aquel que nos crió, y que nos inscribió en el número de sus hijos: porque hijos suyos somos por la creacion, y por la adopcion de la gracia llamados á la posesion de su única heredad, que es el reino de los Cielos. Entrañable consuelo es para los pastores y directores de las almas poder rogar por sí y por ellas al primero y mejor de todos los Padres; del cual procede el nombre, la autoridad, la caridad, y la providencia paternal; no solo de los Padres segun la carne, y de los superiores y magistrados civiles, mas tambien de los pastores espirituales, y hasta la mision de Jesucristo, y de sus ministros: por lo que decia San Gerónimo (1): Todos los cristianos se llaman especialmente hermanos: y comunmente se llaman así á todos los hombres, como nacidos de un solo Padre Dios: y el Señor no solo prohibe desear la primicia, ó primer puesto entre todos, sino que induce todos sus hijos á lo contrario, diciéndoles: Aquel que entre vosotros fuese el mayor, servirá á los demas; y será siervo de los siervos de Dios. Si alguno se prefiere, é intenta exaltarse, Dios no dejará de humillarlo; y por el contrario, aquel que se humillare será exaltado.

No necesitaba Jesus haber visto en algunas ocasiones sobradamente manifestadas las inclinaciones de los Apóstoles, para darles en la presente reglas tan fundadas en humildad. Imperfectos aun y groseros, tenian demasiada inclinacion á abrogarse todas las

(1) Div. Hieronim. contra Helvidium. tom. 2.

distinciones debidas á la grandeza de su vocacion , y reservadas para en adelante á su dignidad de primeros ministros del Evangelio. Nada hubiera sido mas capaz de escandalizar á los nuevos fieles, principalmente á los de la circuncision, como el ver alguna semejanza en este punto entre los Apóstoles del Mesias, y los doctores de la Sinagoga. Es por tanto muy conveniente, que los doctores del Evangelio guarden mucho sus medidas, y atiendan con especial cuidado á la flaqueza de los pequeñuelos. ¿Quieres ser antes que los demas en el mando? Séaslo en el obsequio y en la servidumbre. La caridad inclina la alteza de la dignidad á los oficios con que es socorrida la agena necesidad. La mayoría que se permite desear á los ministros de la Iglesia, es vivir mas sacrificados á Dios por una verdadera humildad; mas dedicados al bien de la Religion y á la salvacion de las almas, por una caridad infatigable, y nunca jamás ociosa. ¿Qué Pastor se mirará como Señor de sus ovejas, despues que se hizo siervo de ellas el Señor del mundo? El ministro del Altísimo debe ser compañero de todos los que obran bien, por la humildad; y debe levantarse contra los delincuentes, por el celo de la justicia. El que se exaltare en la vida presente por la soberbia y la arrogancia, será humillado en la futura por la condenacion y la pena; y el que se humillare en la vida presente, no con hipocresia, sino con verdad, será exaltado en la futura maravillosamente en la gloria.

La conducta de los escribas y fariseos era enteramente opuesta á las doctrinas de Jesus, por lo que, viendo Su Magestad Divina que ellos abusaban de la posicion que les daba su autoridad para oprimir y engañar á los sencillos, no pudo menos de arrancarles la máscara con que se cubrian, para que conociéndolos á fondo, no desoyesen las voces del autor de la vida, que les hablaba é instruia. En otras ocasiones habia fulminado el Señor mil anatemas contra los hipócritas y enemigos declarados de su Evangelio; pero en esta parece que se revistió de nueva fuerza, y de mayor autoridad para descubrir toda la maldad y refinada hipocresia de los seductores de su pueblo: y asi como en la antigua ley, dice Orígenes (1), se ponen bendiciones en favor de los que la observan, y maldiciones contra los que la quebrantan, asi tambien se ponen en el Evangelio bienaventuranzas para animar á los justos, y maldiciones contra los hipócritas pérfidos simuladores de la justicia: asi pues les dijo Jesus: Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas,

(1) Origen. Tract. 25. in Math.

porque apartais á los hombres del reino de Dios! Vosotros no entraréis en él, y no quereis que otros entren; porque no sois súbditos de Cristo, ni permitis que lo sean los que tienen buenas disposiciones para serlo. Vosotros escandalizais con vuestros malos ejemplos á los pequeñuelos, y con vuestras torcidas esposiciones les defraudais el conocimiento de la verdad encerrada en las escrituras santas: y así ni entraís, ni dejais entrar en el reino de Dios, á los que el Hijo del hombre ha venido á buscar para que entren en él y le posean para siempre.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que comeis y devorais la sustancia de las viudas, consumiendo sus casas bajo el pretexto de que haceis por ellas largas oraciones. Sabed que por eso sereis juzgados con el mas terrible rigor; que contra vosotros recaerá sentencia mucho mas rigurosa; y que padecereis el mas espantoso castigo: por cuya razon dice San Crisóstomo (1): El que obra mal es digno de pena; pero el que lo obra con la capa de religion, es digno de un castigo mucho mas terrible.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que rodeais mar y tierra para ganar un prosélito, creyendo que es la mayor conquista que podeis hacer atraer un nuevo partidario á la Ley de Moisés; y haciéndole inmediatamente odiosa esta Ley, é insoportable su yugo con vuestras supersticiones y falsas tradiciones, inutilizais todo vuestro trabajo, perdeis toda vuestra gloria, y haceis al infeliz un mal mucho peor, que el bien que creiais hacerle; ¿en qué responsabilidad tan tremenda no incurris? Cuando el etnico ó el gentil que hicisteis vuestro prosélito permanecia en su ley, erraba simplemente, y solo merecia una pena; mas despues que vió vuestros vicios y costumbres corrompidas, tornó por vuestra causa á la gentilidad, y se hizo prevaricador y apóstata, vendrá á ser castigado doblemente en el infierno, sufriendo allí mayores tormentos, porque al menos vosotros no fuisteis idólatras como él.

¡Ay de vosotros, guías y conductores ciegos! que decís: el jurar uno por el templo no es nada, no queda obligado al juramento; mas el que jura por el oro del templo, es deudor, está obligado á cumplir su promesa, ó á pagar al templo el oro porque juró. Locos y ciegos, decid: ¿cuál es el mayor, el oro, ó el templo que santifica al oro? Y tambien decís, que jurar por el altar no quiere decir nada; mas cualquiera que jurase por la ofrenda ó presente que está sobre el altar, es deudor, y queda obligado; decid: cuál es mayor, ¿el pre-

(1) Div Crisostom. Hom. 74. in Math.

sente y la ofrenda, ó el altar que santifica á la ofrenda? El que jura por el altar, jura por él y por todas las cosas que se ponen sobre él; y el que jura por el templo, jura por él, y por el que habita en él. Y el que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios, y por el que en él está sentado

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que diezmais la yerbabuena, el eneldo, y toda clase de legumbres, pero abandonais lo mas importante de la Ley, el juicio, la misericordia y la fé; el derecho y la justicia, la beneficencia, la verdad, y la fidelidad: esto era necesario hacer sin omitir lo otro, porque os lo mandó ya Dios por su Profeta cuando os dijo: Oh hombre, yo te mostraré lo que conviene hacer, y lo que pide el Señor de tí, que es, el que obres con justicia y que ames la misericordia, y que andes solícito en el servicio de tu Dios (1). Guías y directores ciegos, que colais vuestra bebida por no tragar un mosquito, y os tragais sin escrúpulo un camello! Esto es, guardais hasta las mas frívolas tradiciones humanas, y despreciais los preceptos divinos, que sobrepujan mas esas menudencias legales, interpretadas á vuestro modo, que un camello escede á la grandeza de un mosquito. Semejantes á estos son, dice San Crisóstomo (2), aquellos prelados y sacerdotes, que son muy solícitos de sus propios honores, y poco ó nada de los de Dios: muy vigilantes para mirar aquello que les corresponde, y sobremanera fuertes en defender su derecho; y en velar y defender los de la Iglesia son sobremanera descuidados: que murmuran si el pueblo no les presenta ó defrauda sus décimas; y callan y enmudecen como perros ingratos cuando ven á la multitud que peca contra Dios. Estos son los que con su ejemplo enseñan al pueblo á chupar ó tragar un camello, y á desechar ó arrojar un mosquito.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiais lo exterior del vaso y el plato, pero en vuestro interior estais llenos de rapacidad é inmundicia, de avaricia y de iniquidad! Oh necios, ¿no sabeis que el que hizo lo de afuera, hizo asimismo lo de adentro? Fariseo ciego, limpia primero lo que está dentro del vaso y del plato, para que tambien lo que está fuera se limpie y purifique. En este lugar conviene saber, que cuando los fariseos habian de subir al templo, hacian ostentacion de limpieza lavando los utensilios de su casa, los vestidos, y otras cosas semejantes, pero cuidaban poco ó nada de la limpieza interior de su alma. Por fuera manifestaban á

(1) Micheæ. cap. 6. v. 8.

(2) Div. Crisostom. Hom. 44. oper. imperfec.

los hombres santidad y modestia en su vestido, en las franjas, y adornos, en las palabras y hasta en lo prolijo y detenido de sus oraciones; pero en su interior y conciencia, en su corazon y en su alma estaban llenos de rapiña por los afectos de su ambicion; rebosaban inmundicia por la voluptuosidad de su carne, y sórdida avaricia por las manchas asquerosas de sus vicios: porque lo que comian y bebian lo quitaban á los demas: sobre lo que dice Orígenes (1): Con este discurso quiso el Salvador darnos á conocer que debemos darnos prisa en ser justos, no en parecerlo; porque el que quiere aparentar una justicia que no tiene, pone gran cuidado en su exterior; pero es muy negligente en lo que mas interesa, que es el interior: asi les añadió: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepuleros blanqueados, que esteriormente aparentan belleza, y á los hombres les parecen elegantes y hermosos; mas dentro llenos estan de huesos de cádaveres, de podre, de inmundicia. Asi tambien vosotros os mostrais por afuera justos, aparentais justicia delante de los hombres, pero interiormente estais llenos de falsedad, de hipocresia, de iniquidad. A lo que aludiendo San Pablo, dijo al Príncipe de los sacerdotes Ananias: Herirte ha Dios á tí, pared blanqueada. ¿Tú estás sentado para juzgarme segun la Ley, y contra la Ley me mandas herir? (2) Llámense sepuleros, esto es, *medio-puleros*, porque en lo exterior, esto es, en el vestido y en la humildad de las palabras manifiestan blancura, porque fingen una bondad que no tienen; é interiormente llenos estan de hipocresia, de vanagloria, de iniquidad y de odio á la verdad.

En esta sazon un legisperito, ó doctor de la Ley, no pudiendo sufrir tan fuertes reconvençiones, intentó cortar el discurso al Salvador, y le dijo: ¿Maestro, no adviertes que hablando de esa manera tambien nos desacreditas y afrentas? Mas Jesus sin interrumpir su discurso continuó diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificais mausoleos á los Profetas y adornais los sepuleros de los justos á quienes quitaron la vida vuestros padres. Vosotros preveeis que los santos y enviados de Dios serán entregados á la muerte por vuestra nacion; y no quereis que sus cuerpos queden sin sepultura; no obstante decis: si nosotros hubieramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubieramos sido cómplices con ellos en la muerte de los Profetas. Pues llenad tambien vosotros la medida de vuestros padres: echad el colmo á sus delitos, cometiendo el

(1) Origen. Nac. 25. in Math.

(2) Actor cap. 23 vs. 2 et 3.

enorme crimen que ya teneis meditado, de quitar la vida al justo, á vuestro Rey y Mesias. Serpientes venenosas, raza de víboras, cómo evitareis el fuego si no haceis penitencia? Para que trateis de abrazarla y procurar vuestra conversion, os envio Profetas, sacerdotes é intérpretes de la Ley, y de ellos á unos matareis y crucificareis, y á otros azotareis en vuestras sinagogas, y perseguireis de ciudad en ciudad, y los ireis á buscar hasta en los rincones mas oscuros y escondidos. De esta manera sereis responsables, y se os demandará toda la sangre de los justos, y de todos los Profetas que se ha derramado desde el principio del mundo sobre la tierra, como si hubiese sido derramada por vuestras propias manos; desde la sangre del justo Abel hasta la del sacerdote Zacarias hijo de Barachias, al cual matasteis entre el vestíbulo y el altar, cuando iba á buscar un asilo contra vuestros furorres. En verdad os digo, que el castigo de tantos delitos caerá sobre la generacion ingrata é infiel que abusa de los medios de salud que se le ofrecen. Todo lo que fue decir á sus Apóstoles: este pueblo á quien Yo instruyo ahora con tanto amor, y que despues quedará á vuestro cuidado el enseñarle, como será ingrato conmigo, lo será tambien con vosotros; y por esto caerán sobre él las últimas y mas terribles venganzas del Cielo.

Como todas las cosas estaban bien presentes en el ánimo de Jesus, aun aquellas que no habian de verificarse hasta la consumacion de los siglos, se conmovió sobremanera su corazon amoroso por las próximas desdichas que habian de llover sobre la ciudad infiel, y exclamó con amargura: Jerusalem, Jerusalem, que matas los Profetas y apedreas á los que vienen á tí de parte de Dios: ¿cuántas veces quise juntar tus hijos como la gallina junta sus pollos bajo de sus alas y no quisiste? Bien pronto quedará desierta vuestra casa, vuestro templo, vuestra ciudad; y este pais se verá enteramente abandonado: derribados esos muros, y esos lugares, hoy tan floridos y frecuentados: todo se verá desierto y reducido á soledad. Yo os digo, que desde ahora no me vereis mas hasta que llegue el tiempo en que digais: bendito el que viene en el nombre del Señor. Con este razonamiento se irritaron sobremanera los escribas y fariseos, empezaron á resistirle con empeño, y pretendian imponerle silencio de muchas maneras, armándole asechanzas para hacerle caer en algun desliz ó palabra de que pudiesen acusarlo; pero el Señor determinó salir para Bethania: mas antes de partir se detuvo todavia un poco en el templo, y se sentó frente el Gazofilacio, cepo ó caja de las limosnas, de la cual dice la Escritura (4): el pontífice Yoyadá tomó

(1) Lib. 4. Reg. cap. 12. v. 9.

una arca é hízole en la tapa un agujero, y púsola junto al altar á la mano derecha, á la entrada del templo del Señor, y allí fue donde observó Jesus, entre los que echaban en ella el dinero, á la pobre viuda que echó las dos monedas de cobre; de la que hablamos ya en el capítulo vigésimo de este tomo.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Padre y Dios piadosísimo, concédeme la gracia de que para todo acuda á tu Iglesia santa, que es la escuela de la verdad, en la que está tu cátedra, porque tú eres su único y verdadero maestro: que en la boca de los sacerdotes escuche tu doctrina, halle tu palabra, respete tu autoridad y busque lo que me ha de llenar de tu espíritu: que en la dignidad que tienes de Padre no imite sino la caridad, con la que ayude á todos mis prógimos á crecer en la verdadera piedad. Y pues no has fundado la fé en la vida de los pastores, sino en la autoridad de la Iglesia; arráigame en el respeto y sumisión que debo á esta Santa Madre, para que crezca en el amor que debo á su cabeza, que es mi Señor Jesucristo. Concédeme á mas las bendiciones con que favoreces y acercas á tí los que observan tu Ley; y aleja de mí las maldiciones con que anatematizas y condenas los que no la obedecen; para que revestido con el caracter de hijo tuyo, y desnudo de la engañadora vestidura de la hipocresía, en el día de tu venida consiga la plenitud de tus gracias, te reciba con alegría y con tus santos y escogidos eternamente bendiga. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el 23 de San Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 39.

La Iglesia usa de este testo para el Evangelio de la misa del martes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 4.º hasta el 12. Y para el Evangelio de la misa del protomartir San Esteban, á 26 de diciembre, desde el versículo 34 hasta el 39 ambos inclusive: uno y otro dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXIII, vs. del 4.º al 42.

En aquel tiempo: habló Jesus al pueblo y á sus discípulos, diciéndoles: sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Guardad pues y haced todo lo que os dijeren: mas no hagais conforme á sus obras: porque dicen y no hacen: porque atan

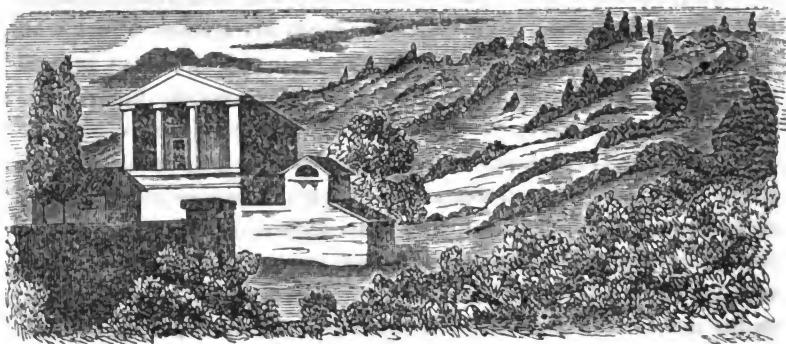
cargas pesadas é insoportables, y las echan á cuestras de los hombres, mas ni con un dedo solo las quieren mover. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Por eso traen grandes filaterias muy anchas, y las estienden hasta las franjas ú orlas de su vestido. Aman los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en los lugares públicos, y el ser llamados maestros por los hombres. Mas vosotros no querais que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y á nadie llameis padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los Cielos. Ni querais que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro, que es Cristo. El que es mayor entre vosotros, será siervo de los demas. Porque el que se ensalzare, será humillado; y el que se humillare, será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DEL PROTOMARTIR SAN ESTEBAN.

San Mateo, cap. XXII I, vs. 34 al 39.

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos: hé aqui, Yo envio á vosotros Profetas, sabios y escribas, y de ellos dareis la muerte á algunos, y les crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras sinagogas, y les ireis persiguiendo de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, [desde la sangre de Abel justo, hasta la sangre de Zacarias, hijo de Barachias, á quien asesinasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: todo esto vendrá sobre esta generacion. Jerusalem, Jerusalem, que das la muerte á los Profetas, y apedreas á los que á tí son enviados: ¿cuántas veces he procurado congregar tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no has querido? Hé aqui vuestra casa quedara desierta. Porque os digo: dentro de poco no me vereis mas, hasta que digais bendito sea el que viene en el nombre del Señor.





CAPITULO XXV.

PREDICE EL SEÑOR LAS SEÑALES. QUE PRECEDERÁN Á SU ULTIMA VENIDA, Y A LA PERSECUCION DEL SIGLO: DECLARA LA VENIDA AL MUNDO Y LA PERSECUCION DEL ANTECRISTO CON VARIAS PARÁBOLAS: AVISA Á SUS APÓSTOLES PARA QUE ESTEN PREVENIDOS; Y LES ANUNCIA DESPUES SU APARICION COMO JUEZ DE VIVOS Y MUERTOS, Y LO QUE ENTONCES SE HA DE VERIFICAR.

Despues de haber dado Jesus á sus Apóstoles las grandes é importantes instrucciones que acabamos de ver, salió del templo, y como se encaminase fuera de la ciudad, rogáronle sus discípulos tuviese á bien volver sus ojos hácia aquel santuario augusto, que podia mirarse como una de las maravillas del mundo. Y acercándose uno de ellos á Su Magestad, le dijo: Maestro, mira y considera ese magnífico y suntuoso edificio; qué piedras, qué piezas tan bien construidas! qué solidez! qué grandeza! qué magnificencia en su arquitectura! qué de riquezas y tesoros se encierran en él! Sin duda querian significarle que aquella obra, monumento el mas bello del universo, merecia conservarse, porque sin duda podria servir en el establecimiento de su nuevo reino. No es extraño pensasen

asi sus discípulos, pues aun no estaban sólidamente instruidos sobre la naturaleza del reinado de Cristo, ni eran todavia bien espirituales, ni estaban sus ideas perfectamente rectificadas. Mirólos el Señor, y abriendo su boca divina, les dió prontamente á entender la aberracion en que vivian. Vosotros mirais, les dijo, estos edificios, y admirais su magnificencia y grandeza; pero cuánto os engañais! Contempladlos á vuestro placer: mas en verdad os digo, que vendrá dia, y no está lejos, en que se desmorone todo cuanto ahora os admira, y no quede piedra sobre piedra: todo será arruinado y hasta sus cimientos serán destruidos. En este lugar se verificará la desolacion anunciada por los Profetas: lo que fué como decirles, que sobre aquel lugar se verificarian las terribles amenazas que en otro tiempo les habia hecho, las que habian de caer sobre las ciudades y gentes que le desconociesen y desoyesen.

Así manifestó el Señor la venganza que habia de tomar contra las ciudades nefandas: sobre ellas caerán las maldiciones que estan escritas en el libro de la justicia de Dios; y borrará el Señor su nombre de debajo del Cielo, y le esterminará para siempre de todas las tribus de Israel; y preguntarán, ¿por qué causa trató asi el Señor á esta tierra? ¿qué saña é inmenso furor es este? Y responderán porque quebrantaron el pacto del Señor que concertó con sus padres cuando los sacó de la tierra de Egipto, y sirvieron y adoraron á dioses agenos, á dioses que no conocian, y á quienes no pertenecian (1). Arrancaré á Israel de sobre la faz de la tierra que le dí, y de esta casa que he santificado y consagrado á mi nombre; le arrojaré de mi presencia, é Israel será tenido por proverbio y fábula á todos los pueblos. Y esta casa, que fué la cumbre de la gloria, cualquiera que pasare por ella, se pasmará y silvará, y dirán todas las gentes: ¿por qué se condujo así el Señor con esta tierra y con esta casa? Cuál es la causa de tan gran furor? Oid ahora, príncipes de la casa de Jacob y jueces de la de Israel, que abominais el derecho y la justicia y pervertis la rectitud de las leyes; que levantais edificios en Sion y en Jerusalem con injusticias y con sangre, á costa del sudor del pobre inicuaamente oprimido: por vuestra causa Sion será arada como campo, y Jerusalem transformada en montones de escombros, y el monte donde estan la casa y el Templo en cumbres pobladas de maleza, y todo quedará inculto é inhabitable (2).

(1) Deuteronom. cap. 20. vs. 20 et seqbs.

(2) Michea, cap. 3. vs. 9 et seqbs.

Heridos los Apóstoles con estas predicciones tan terribles, aunque al principio solo pudieron responder al Maestro con un silencio triste, que indicaba con claridad el terror de que estaban poseidos; tan luego como llegaron al monte de las Olivas, y vieron á Jesus que tomaba asiento en un parage desde el cual se descubria toda la fachada del Templo, se acercaron á El Pedro, Juan, Jaime y Andres, los que como mas familiares y amados tenian con Su Magestad mas confianza, y le preguntaron en secreto: Maestro, dinos ¿cuándo acontecerán estas cosas, y qué señal precederá al momento en que ha de comenzar su ejecucion y cumplimiento? ¿Cuáles han de ser los signos que anuncien vuestra última venida, la desolacion del mundo, y el fin de los siglos. El Salvador los satisfizo, y enseñó á todos los hombres lo que debian creer acerca de estos articulos. Les propuso muchas cosas por presagios ciertos de aquellos males, pero todos alictivos y funestos. Guardaos bien, les dijo, y cuidad que nadie os engañe; no os dejeis seducir. Vendrán muchos en mi nombre diciendo, yo soy el Cristo, y engañarán á muchos. El tiempo está ya próximo: no vayais en pos de ellos, ni los sigais. Las otras señales serán guerras y rumor de armas. Reinará el espíritu de vision en todas partes, y solamente se oirá hablar de destrucciones y muertes. Procurad preveniros de resolucion y constancia entre tantas turbulencias, pues estas serán las primeras pruebas de vuestra paciencia, y el mayor golpe, y mayores males se quedan para despues. Desde el principio de estos alborotos se verán correr por todas partes arroyos de sangre. Los hombres que debian amarse como hermanos olvidarán todos los sentimientos de humanidad, que la naturaleza inspira aun en los mas bárbaros: se tratarán como estrangeros y enemigos: se escitarán entonces las enemistades, que parecia estar ya acabadas, y las quejas se avivarán con mas ardor que nunca. Entonces se volverá á las antiguas pretensiones para tener motivos de disputas, y se levantarán ciudades contra ciudades, pueblos contra pueblos, y reinos contra reinos: y habrá en diferentes parages pestes, hambres y temblores de tierra.

Aparecerán en este tiempo fenómenos horribles, y señales prodigiosas en el aire. Pero estas aun no serán sino es algunas gotas que salten del cáliz de la ira, que vuestra patria infeliz agotará enteramente: todo esto no será sino como un ensayo y principio de las desdichas: porque antes de la irrupcion de las armas romanas en la tierra de Judá, combatirá Dios contra ella con las enfermedades contagiosas, y con la esterilidad de la tierra, entretanto que

corriendo ciegamente á su propia ruina, se agotará de hombres y de fuerzas por las guerras intestinas y por las sediciones domésticas. Sobre lo que dice San Gregorio (1): Por los grandes males que se dice han de preceder, se indican los grandísimos y perpetuos que necesariamente habrán de seguirse: porque deben preceder muchos y grandes males, para que estos puedan ser anuncios ciertos de otro que no ha de tener fin. Vosotros empero, discípulos míos, cogereis una buena parte de estas miserias y males públicos: os perseguirán hasta haceros morir á fuerza de tormentos. Pero no temais, que Yo os haré reportar la victoria de todos vuestros enemigos, y os sugeriré cuanto sea necesario para redargüirles: pondré en vuestra boca respuestas, á las que nada tendrán que oponer ni contestar: y cuando os quiten la vida por Mí, no temais, ni os entristezcais, porque ella es corta y miserable; Yo os daré otra sobremanera feliz y eterna.

Amás de esto, es asimismo preciso que sepais, que como hubo falsos profetas en el pueblo judaico, así habrá entre vosotros falsos doctores, que introducirán encubiertamente sectas, las cuales encaminan á la perdición, y negarán al Señor que los rescató y compró con su sangre. Muchos sencillos seguirán la petulancia y ruinosas doctrinas de ellos, por los cuales el camino de la verdad será blasfemado; y arrastrados de la avaricia, con palabras falsas y fingidas harán tráfico y mercadería de vosotros. Estad por tanto sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz y con vanas sutilezas, fundadas sobre la tradición de los hombres, conforme á las máximas y doctrinas del mundo, y no á las de Cristo (2). No faltarán apóstatas, predicadores del error y de las doctrinas de los demonios, que teniendo la conciencia como corroida y afistulada, manarán podre y corrupción por todas partes: y en aquellos tiempos calamitosos sembrados de peligros, serán los hombres amadores de sí mismos, codiciosos, avaros, orgullosos, soberbios, blasfemos, maldicientes, inobedientes á sus padres, ingratos, malvados, crueles, insensibles, turbulentos, calumniadores, incontinentes, destemplados, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchados, amadores de los deleites mas que de Dios: mostrando, sí, apariencia de piedad y religion, pero renunciada á su espíritu. De los cuales es preciso huir, porque su doctrina cunde como un cancer. Estas guerras particulares causadas por la

(1) Div. Gregor. Hom. 35. in Evangel.

(2) Div. Paul. Ep. ad Colos. c. 2. v. 8.

ambicion del gobierno, y por la oposicion de intereses, entre vecinos y pueblos nacidos de una misma sangre serán el preludio de los últimos desastres, y como la historia profética de los últimos años de la república de los judios, y de todos los sucesos que tendrán lugar antes de la consumacion de los siglos.

Pero sin entrar en la esplanacion de estas guerras y combates, añadió el Señor á sus Apóstoles, tambien se darán otras contra vosotros mismos, cuyos ataques serán mas furiosos conforme se acerque el fin: ved como se verificarán. Los judios enemigos irreconciliables de la nueva ley, á los cuales predicareis con el mayor celo, os perseguirán sin descanso ni tregua; y os harán morir por sí mismos, y cuando juzgaren que no pueden quitaros la vida por su propia autoridad, os arrastrarán á las sinagogas, os cargarán de prisiones, os entregarán á los gobernadores y reyes en aborrecimiento de mi nombre, cuya memoria procurarán borrar. En todas partes sereis mirados como sediciosos y criminales, porque nada os impedirá ni detendrá el profesar públicamente vuestra fé, y dar testimonio de mí. Desconfiad empero cuando lleguen estos momentos trites, de todos aquellos que esten mas unidos con vosotros con los vínculos de la sangre, porque de entre ellos saldrán vuestros mas horribles perseguidores. Entregaré á la muerte el hermano al hermano; el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los asesinarán. Sereis entregados aun por vuestros padres y hermanos y parientes y amigos; y quitarán la vida á algunos de vosotros, y sereis aborrecidos por todas las gentes por causa de mi nombre. Aquellos discipulos vuestros que se libraren del último suplicio, no dejarán de sufrir malos tratamientos, y vivirán en continuos sustos.

Los reinos y naciones de que se hace mencion en todos estos pasages, son las diversas porciones en que estaba dividido el antiguo reino de Israel, como la Galilea, la Judea, Samaria, la Siria y otras. De esta manera, aunque con corta diferencia, anunció un Profeta antiguo las calamidades que afligirian á la Tierra Santa en el reinado de Asa. Estas desgracias comenzaron á multiplicarse poco despues de la muerte de Jesucristo por la codicia y ambicion de los presidentes y gobernadores del Imperio romano: por la contrariedad de intereses entre los pueblos, y entre los vecinos de un mismo pueblo; y sobre todo por el espíritu inquieto y turbulento de los judios. Los presidentes Pilatos, Cumano, Felix, Albino, Gestio Floro trataron **cruelísimamente á muchos: y estas crueldades dieron principio á revoluciones públicas, y á que la gente se revelase contra los magistrados del imperio: y á sediciones, guerras civiles, y á escenas mas san-**

grientas que las de los mismos romanos. De aqui siguieron levantamientos de gentes contra gentes, crueldades sobre crueldades, robos, muertes, pestilencias, incendios y tantas maneras de desgracias, que si no fuera tan abonado é imparcial el historiador judío que las escribe como testigo de vista y autor coetáneo, parecerian increíbles.

Y quién podrá calcular ó reducir á guarismo los judíos muertos á hierro en estas revoluciones continuadas por espacio de treinta y cinco años? Solo en Cesarea, habiéndose levantado una horrible tempestad contra los judíos moradores de esta ciudad, fueron sacrificados sobre veinte mil de ellos. En Escitopolis, estando los judíos durmiendo, sus ciudadanos mataron sobre seguro tres mil de ellos. No es fácil fijar el número de los que fueron despedazados y muertos en Ascalon, Tolemaida y Tiro. En Alejandria, habiendo mandado el presidente que las tropas acometiesen á los judíos, hicieron tan horrible matanza, que se hallaron muertos mas de cincuenta mil en el campo, sin haber perdonado á los ancianos ni á los niños, pasándolos todos á cuchillo. En Damasco, Zabulon, Jafa y otras ciudades, se verificó la misma carniceria. ¿Y qué diremos de los rios de sangre derramada en la conquista de Galilea, de cuya provincia era gobernador por los judíos el mismo historiador Josefo que esto escribe, conquista emprendida por Tito, hijo de Vespasiano? ¿Qué de los desastres que experimentaron los judíos en la toma de Gadara por los romanos, en el sitio de Yotapala, que defendia el mismo historiador, y en el de Jafa y Taroqueas, en donde sacadas las mugeres y los niños no se perdonó á ninguna edad? Era necesario para dar una idea circunstanciada de los males que sufrió la desgraciada nacion, reducir á compendio todas las historias de Josefo. Sin duda que la divina Providencia lo conservó para referir los hechos que ilustran, desenvuelven y confirman la profecia de Jesucristo.

Pero asi como esta prediccion de Jesucristo se cumplió al pie de la letra contra los judíos, asi se verificó tambien contra los Apóstoles, como se lee en sus actas: Pedro y Juan predicaban al pueblo, y levantándose los sacerdotes y magistrados del templo, juntamente con los saduceos, llevaron muy á mal que enseñasen al pueblo, y anunciasen en el nombre de Jesus la resurreccion de los muertos; por lo que les echaron mano y los metieron en la carcel. (1) Por mano de los Apóstoles se hacian muchos milagros y prodigios en el pueblo. Con cuyo motivo levantándose el príncipe de los sacer-

(1) Actor. c. 4. vs. 1 et 3.

dotes, y todos los que con él estaban, prendieron á aquellos y pusieronlos en la carcel pública (1). El rey Herodes envió compañías de soldados para afligir y maltratar á alguno de la Iglesia; y á Jacobo hermano de Juan, lo mató á cuchillo. Y viendo que con esto habia agradado á los judios, pasó adelante para prender á Pedro: y habiéndolo prendido echólo en la carcel entregándolo á cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno para que lo guardasen, con ánimo de sacarlo, y matarlo á la presencia del pueblo despues de la Pascua (2). Y en fin, si se registran las actas de los Apóstoles no se verán sino ejemplos confirmatorios de esta misma profecia.

Nada quiso ocultar el Señor á sus Apóstoles de lo que tendrian que padecer durante el discurso de los años, en que la sinagoga declarada contra su Magestad, susbsistiria aun, dándoles en las mismas persecuciones una como señal del establecimiento de su reino. Ved pues ahora, continuó, lo que habeis de hacer. Cuando os llevaren para ser entregados, asentad'en vuestros corazones la idea de no pensar en defenderos, ni en hacer vuestra apologia, ni en premeditar como hayais de hablar ó responder; porque Yo os daré boca y sabiduria, á la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Lo que os fuere otorgado en aquella hora, eso hablad, porque no sereis vosotros los que hablareis, sino el Espíritu Santo, que hablará por vosotros. Y si bien sereis odiados de todos, sin embargo ni un pelo de vuestra cabeza perecerá. Por medio de vuestra paciencia y constancias poseereis vuestras almas; y conseguireis la eterna salud. No tengais ningun temor de las cosas que habeis de padecer. Estas tan grandes persecuciones, calamidades y desgracias, no impedirán la propagacion de la fé, porque es necesario que ante todas cosas sea anunciado el Evangelio á todas las gentes. Será pues predicado este Evangelio del reino de Dios en toda tierra habitable, por testimonio á todas las naciones; de suerte, que ninguna pueda pretestar ignorancia. Lo cual ya en parte se habia verificado en los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Por ventura, decia San Pablo (3), no han oido todos la predicacion de los Apóstoles? Sí, ciertamente, por toda la tierra se ha extendido la fama de ellos, y ha resonado su voz; y por las estremidades del orbe sus palabras. El Evangelio, escribia á los Colosenses (4), ha llegado á vosotros, y está propagado

(1) Ibid. c. 5. vs. 12 et seqs.

(2) Ibid. c. 12. v. 1 et 4.

(3) Ep. ad Roman. c. 10. v. 18.

(4) Id. ad Colos. c. 1 v. 23.

por todo el mundo, y fructifica y crece como en vosotros desde el día que oisteis y conocisteis la gracia de Dios con verdad. El Evangelio es predicado á toda criatura existente bajo del Cielo, del cual Yo Pablo soy constituido ministro.

Esta fue la última señal que dió Jesus á sus Discípulos, manifestándoles que cuando ella se cumpliese estaria muy cercano el día de la consumacion y del fin; y así les añadió: Cuando viereis la abominacion de la desolacion anunciada por el Profeta Daniel, colocada en el lugar santo, entonces los que leen la profecia deben aplicarse á entenderla. Aunque estas palabras aluden á la destruccion de Jerusalem, reconoce San Hilario en ellas una clara profecia del Antecristo, cuya venida ha de turbar y poner en confusion las regiones del mundo. Para esta calamidad espantosa, parece que vamos ya preparándonos con la flaqueza para la virtud y con el aumento de nuestra malicia. Ya comienzan á aborrecerse los hombres con mas furor, á perseguirse y á venderse unos á otros. ¿Qué extraño será que en viniendo el engañador del mundo, el enemigo de la verdad, halle abierta la puerta, y hecha la cama para introducir en los corazones de los hombres todo su veneno? El odio que se tienen unos á otros los fieles, es el precursor y el aposentador del Antecristo. Para eso siembra el diablo enemistades y discordias, para eso fomenta resentimientos, con los cuales embelesados los ánimos desamparen la verdad, la justicia, la vida de la fé, y así halle él levantada la caza que se propone seguir en aquellos días. ¿Quién no tiembla al ver apresurada por la ira divina esta horrible tribulacion para castigar con ella los escándalos que cunden en la Iglesia, y con especialidad la profanacion de las cosas sagradas?

Cuando viereis la abominacion de la desolacion anunciada por Daniel: la profecia está concebida en estos términos (1): Setenta semanas estan determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion, y tenga fin el pecado, y sea espiada la iniquidad, y traída la justicia sempiterna, y cumplida y sellada la profecia, y sea ungido el Santo de los Santos..... Así que cuando viereis á Jerusalem cercada de los ejércitos romanos sabed que es llegada su destruccion. Entonces los que estuvieren en Judea huyan á los montes, y el que se hallare sobre la techumbre de la casa no descienda ni entre á tomar nada de ella, y el que se hallase en el campo no vuelva atras á tomar sus ropas, y los que estuvieren en medio de Jerusalem, váyanse, y los que se hallaren en otras

(1) Daniel, c. 9. vs. 24 et seqs.

regiones, no entren en la ciudad, porque estos son dias de venganza, en que se cumplirán todas las cosas que estan escritas. Fuga es utilísima y necesaria para aplacar la ira de Dios, huir del pecado, alejarnos de la corrupcion del siglo, no dejar que se nos peguen sus costumbres y máximas. En las calamidades públicas los mas procuran salvar la hacienda, la salud ó la vida: pocos tratan de poner su alma en salvo haciendo penitencia. Amonesta Jesucristo y enseña en primer lugar á los que se hallen en la Judea, que huyan y se vayan á los montes; porque cuando venga el Antecristo, será primero recibido en la Judea que en alguna otra parte del mundo, y por su corporal presencia será la persecucion mayor en aquella parte que en todas las demas: y dice que huyan á los montes, porque se vayan á los lugares secretos y desiertos, adonde se puedan esconder; porque por la mezcla de aquel pueblo que ha de creer en aquel hombre de pecado, ó hijo de perdicion, no padezcan los cristianos fuerza, ó no se les pegue la infidelidad. Y los que se hallaren encima del tejado, esto es, en la eminencia y altura de la perfeccion, no desciendan á tomar nada de su casa por codicia de las cosas seglares; por las cuales muchas veces son derribados los perfectos de lo alto de la perfeccion, en el tiempo de la tentacion y de las persecuciones.

Con mucha propiedad añadió Jesus en este tan importante discurso, que tampoco los que se hallasen trabajando en el campo, debian volver á casa para tomar su túnica; porque los que trabajan en las buenas obras de la vida activa, no deben dejarlas para volver á las ocupaciones del siglo, que apenas pueden ser ajenas de pecado; y estas las simbolizó en la túnica que prohibió se fuese á tomar otra vez: mas segun la propia significacion de la letra, quiso el Señor mostrar en éstas palabras, que por la instancia y premura de las tribulaciones, y de los males presentes; y por el temor y certidumbre que en aquel tiempo se tendrá del juicio y de los males venideros, no habrá lugar para atender á los negocios temporales; y que será mejor que cada uno piense como se ha de presentar delante del supremo juez para conseguir la vida eterna, que no en la conservacion de la hacienda que poseyere.

Mas ¡ay de las mugeres preñadas, y de las que tuvieren hijos de pechos en aquellos dias! A esta sentencia corresponde la otra donde llama el Señor dichosas en aquellos dias á las estériles que nunca tuvieron hijos, y á las fecundas que los perdieron (1). Desdichada fecundidad la que solo da á luz hijos dignos de la ira de Dios! ¡Ay de

(1) Lucæ, cap. 23. v. 29.

los padres que caen en las manos de Dios vivo, por no evitar en sus hijos los escollos del amor dañoso ó indiscreto con que los aman! ¿De qué nos sirve aumentar ó fortalecer las aficiones del mundo, si al cabo las hemos de romper antes de morir para no perecer eternamente? ¡Oh santa prudencia la de aquellos que con tiempo se desprenden de los amores y respetos del siglo, para trabajar con desembarazo y sin trabas en su único negocio! Pone el Señor la comparacion de las mugeres preñadas por manifestar la gran dificultad que tienen en renunciar los cuidados de la tierra los que siempre se afanaron por amontonar tesoros y riquezas en ella; por la gran dificultad que aquellas tienen en poder huir atendida la gravedad de la preñez, y tambien las que crían por la ocupacion y cuidados que les ocasionan los niños pequeñuelos que tienen. Místicamente se entienden por las mugeres preñadas los que concibieron en sus corazones pensamientos de mal] propósito: y por las que crían se entienden las que favorecen las malas obras que estan en las acciones malas que se ejecutan: y San Agustin dice (1), que por las mugeres preñadas se entienden los avaros que codician los bienes ajenos; y tienen la esperanza de ganar riquezas en la maldad, como la muger preñada que está en esperanza de tener generacion. Y por las que crían se entienden los que poseen lo que codiciaron, y tienen gran cuidado en acrecentar las riquezas poseidas, guardándolas y aumentándolas. Y así los corazones codiciosos de bienes temporales, son como mugeres preñadas en el buscar, y como las que crían en el poseer.

No son menos significativas y terribles las otras espresiones que pronunció el divino Maestro como para aclarar al parecer. y dar mayor importancia á lo que hasta aqui habia dicho. *Rogad, les añadió, que vuestra huida no acontezca en invierno, ni en día de fiesta ó sábado; porque habrá angustia y apretura grande sobre la tierra, y una tribulacion tan espantosa, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá.* Así como las lluvias y el frio del invierno, y las incomodidades de los caminos en esta estacion retardan y entorpecen las marchas; y durante el sábado prohibia la Ley á los judios hacer largos viages; de la misma manera deseaba tambien el Salvador prevenir á los Apóstoles tuviesen tomadas con anticipacion todas las resoluciones santas, para que su espantosa venida no les sobrecogiese en tiempo tal, que ya no tuviesen lugar para prepararse. Y así fué lo mismo que si les hubiera dicho, y en

(1) Div. Agustin. in cap. 23. Lucæ.

su persona á todos nosotros: en el invierno ¿á dónde podeis huir? ¿á los montes? Estan cubiertos de nieve, y el rigor del frio no sufre que en ellos se haga morada. En invierno los dias son cortos, los caminos malos, llueve mucho, la noche cierra á lo mejor, á cada paso sobreviene un estorbo. Por otra parte el corto viage que segun la Ley y la tradicion podeis hacer en sábado, harto será que preserve del riesgo. Estas palabras, que tomadas á la letra se dirigian solamente á los judios, puesto que la guarda del sábado no duró mas que hasta la ruina del templo; tomadas místicamente se dirigen á todas las criaturas, para que con la continua oracion se anticipen á las grandes tentaciones; y eviten las sorpresas de la carne con el fervor y la mortificacion de los sentidos; para que huyan siempre de la desidia y languidez espiritual, pues no hay instante en que no estemos espuestos á grandes peleas; y asi aunque todos los tiempos son buenos para que huyamos del siglo y de los lazos que nos arma el diablo, hay ciertos lances mas oportunos para esta fuga, los que no debemos despreciar, no sea cosa que crezcan las dificultades, ó hallemos al tiempo de huir obstáculos insuperables á nuestra flaqueza. El invierno es imagen de la vejez; lánguida por lo comun, perezosa, y acompañada de mil dolencias. ¿Quién ponderará los impedimentos que halla en el hombre la conversion al fin de la vida? Encarecidamente nos pide Dios que no dejemos para entonces la renuncia del mundo y la fuga de sus engañosos placeres; pues es de temer que no se pueda en aquella hora lo que antes no se quiso; y que si se hace, sea sin fruto y sin mérito, solo por miedo de la pena; esto es, por amor propio, y no por verdadero deseo de servir á Dios.

La razon de que habrá entonces tribulacion grande, cual nunca fué desde el principio del mundo, es porque entonces se juntarán en uno todas las persecuciones de los infieles, y de los hereges, y de los tiranos, y de los falsos cristianos, que soplarán todas como un viento impetuoso para que encienda la persecucion mas espantosa. Estos cuatro linages de malos, son los cuatro vientos, y las cuatro bestias que vió el profeta Daniel (1) que peleaban en el mar, y entonces serán atormentados los fieles de Jesucristo por todas las partes del mundo, con tormentos no menos crueles en dolor, que diversos en número. Y en aquellos paises y tierras donde predicó Jesucristo y fué crucificado, serán los cristianos mucho mas atormentados y afligidos. Entonces se desatarán todos los demonios que

(1) Dan. c. 7.

ahora estan encadenados: y asi como el Antecristo será mas cruel que todos los perseguidores que hubo en el mundo, asi los Santos que en aquellos dias vivieren, serán mas fuertes que todos los mártires pasados.

Y si no hubiesen sido acortados aquellos dias ningun hombre seria salvo; mas por causa de los escogidos serán acortados aquellos dias. Esta brevedad la verificará el Señor por amor á los escogidos, porque conoce bien cuan flaca es la firmeza humana. Y acelerarla ha, segun la moderacion de su eterna sabiduria, y segun el efecto de su misericordia; porque por la dilacion de aquellos tiempos crueles, no se altere ni peligre la fé de los creyentes, y porque la malicia del perseguidor, no mude el entendimiento del católico; por cuya causa no durará este cruel conflicto, sino por tres años y medio. Esto es lo que hablando del reino del Antecristo dice espresamente el profeta Daniel (1): *durará por tiempo, y por tiempos, y por medio tiempo*; que quiere decir, la persecucion de aquella forma horrible durará tres años y medio. Llama el Profeta tiempo á un año, y tiempos á los dos años, y medio tiempo al medio año, en los cuales reinará aquel hijo de perdicion; porque otro tanto fué el tiempo que predicó su nuevo Evangelio de misericordia y amor nuestro Redentor dulcísimo. De este tiempo dice el mismo Profeta Daniel hablando mas claramente: los dias que durará el reino de la bestia disforme y muy fiera, serán mil doscientos noventa, que son tres años y medio. Y lo que dice, si no se abreviasen á aquellos dias no se salvaria toda carne, debe entenderse: *no habria hombre que se pudiese salvar*. Asi que, si en aquel tiempo el Señor no abreviase los dias de la persecucion, muy pocos ó casi ninguno quedaria que pudiese sufrir aquellas dolorosas premuras y tribulaciones crueles: y aunque dice que *serán abreviados aquellos dias*, no se entiende que hayan de ser menores en cuanto á las horas, ó en cuanto á la presencia del sol; sino porque serán pocos en número. Entonces añade el mismo Salvador: *si alguno os dijere, mirad que aqui está el Cristo, ó allí, no lo creais, ni querais ir allá por pasos del entendimiento, creyendo la doctrina de los que tal maldad os dijeren: ni los querais seguir con pies afectuosos de la voluntad, conformando vuestras vidas con sus costumbres, pues muchos discípulos del Antecristo han de venir á engañar al pueblo, diciendo, que él es el verdadero Cristo prometido en la Ley y en los Profetas. Porque se levantarán entonces falsos cristos, y falsos profetas, que harán grandes milagros y prodigios, hasta*

(1) Idem. cap. 12.

ser engañados, si fuese posible, los mismos escogidos.

Cuidadosamente hace el Señor estas advertencias porque todos aquellos mentirán, afirmando que cada uno de ellos es Cristo, mas en la verdad no serán sino antecristos, falsos cristianos, destructores de la doctrina del verdadero Cristo, y sembradores de mentiras. Destruirán la doctrina de la Ley y de los Profetas, sacándola de su verdadero sentido, usurpando las revelaciones divinas, y certificando que son alumbrados. Y estos serán el Antecristo y sus discipulos. Harán señales ó prodigios bien dignos de admiracion á los ojos de los hombres, para ver si podrán inducir al error á los mismos escogidos: porque así, permitió el Señor que á los verdaderos milagros de Moisés, contrapusiesen otros falsos los magos de Egipto; otro tanto permitirá en los últimos dias del mundo, para acrisolar la fé de los buenos siervos, y dar nuevo mérito á su constancia. Mas aunque parezcan tales milagros, no serán tan admirables, cuanto serán mentirosos: por lo que dice San Gregorio (1): debemos pensar que tan grande será aquella tentacion que padecerá en aquel tiempo el corazon humano, cuanto será grande la constancia del piadoso martir que rendirá su cuerpo á los tormentos del tirano, cuanto mas el atormentador se empeñe en hacer milagros á la presencia de los atormentados. Y San Crisóstomo añade (2): Como en el adviento de Jesucristo obraban milagros los Profetas, antes que El se mostrase al mundo, y como despues de su subida á los cielos los obraban los Apóstoles en virtud del Espíritu Santo; así tambien en la venida del Antecristo los falsos cristianos obrarán maravillas en virtud maligno.

Quise deciros todas estas cosas, continuó Jesus, antes que vengán; para que proveais lo que sea necesario, previendo lo que ha de venir, pues que estais bien avisados. Declaró entonces á todos el Señor estas verdades, para que su consideracion nos haga humildes, vigilantes y perseverantes en la viva fé. Terrible juicio nos aguarda si no nos aprovechamos de estos avisos, grabando en el corazon los riesgos que el Señor profetiza, y precaviéndonos contra ellos con las armas de la oracion. Todo está ya dicho, todo anunciado: no podemos alegar ignorancia ni excusa: culpa es de nuestra desidia si somos alucinados ó sorprendidos por algun seductor ó falso profeta. *Por tanto, si os digieren: hé aqui que está en el desierto, no salgais; hé aqui que habita en lo mas oculto de la casa, no lo creais.*

(1) Div. Gregor. Hom. 12. in Evangel.

(2) Div. Crisostom. Hom. 27. in Math.

Esta repetición muestra la importancia del anuncio, y el riesgo que teme Dios de que nos haga poca mella. Con facilidad se debilita y se borra la impresión que causan de pronto las verdades eternas. Miseria es, que no se haga caso de esta horrible frialdad á que ha venido á parar el mundo, ni menos se trate de oponer á ella el fuego de la meditación y de la oración. Porque como el relámpago que sale del oriente, y resplandece hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Así como el sol se manifiesta á los ojos de todos, y no resplandece en una sola parte, sino en todas, ni necesita anunciador ni pregonero; sino que en un instante y brevísimo momento de tiempo aparece en la universal redondez de la tierra, así la venida del Hijo del hombre al juicio general, será súbita, muy clara, y manifiesta á todos; siendo imposible que alguno pueda dudar de ella. No aparecerá aquí ó allí, sino en todo lugar por el común derramamiento de su claridad y de su gloria. Resplandecerá en aquel día postrero con la luz del gran vencedor, cuya claridad no tendrá fin jamás; para que en aquella noche de tristeza y amargura, podamos ver la gloria de la resurrección.

Donde quiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. Lo que significa que allá donde estuviere Cristo Redentor nuestro, cuanto á su humanidad, según la cual ha de juzgar el mundo en forma humana y gloriosa, allí se juntarán también todos los santos, que han de salir á recibir á Cristo nuestro Redentor cuando venga al juicio; donde será renovada la juventud de todos ellos, á semejanza de la renovación que las águilas hacen en sí mismas. Sobre lo cual es muy de notar, que Jesucristo es llamado aquí cuerpo, para significar la verdad de la carne, y para demostración de la forma corporal en la que lo ha de ver toda criatura. Los escogidos son llamados aquí águilas por la renovación que hará en ellos la resurrección, y por la perfección y sutileza de la vista con que veremos á Cristo Redentor nuestro sol de justicia, sin que los ojos padezcan desmayo por la terrible reverberación de los rayos de eterna luz, que saldrán del rostro de Su Magestad.

Mas luego que pasen estos días de tribulación se oscurecerá el sol, y la luna no despedirá su luz, y caerán las estrellas del Cielo, y las virtudes de los Cielos serán conmovidas. Anuncia por último la entera ruina y desolación del pueblo judaico. El sol, la luna, las estrellas, y las virtudes de los Cielos, denotan según algunos intérpretes, el templo, Jerusalem, las ciudades de Palestina, y la numerosa y florida nación judaica. Algunos padres han aplicado muy oportunamente esta parte de la profecía á los sucesos que tocan á la Iglesia. Por

los eclipses del sol y de la luna, por la caída de las estrellas, por la conmoción de los cielos, y de sus virtudes, entienden haber denotado el Salvador los males que habían de afligir la Iglesia en el tiempo mismo de los Apóstoles, y mas adelante; cuando comenzando ya á debilitarse el conocimiento de Cristo y de su doctrina oscureciéndose con la contradicción de las pasiones algunas máximas de la moral evangélica, resfriándose la piedad, llegasen á hacerse mundanos los fieles, y á pervertirse algunos maestros de la religion. Entonces porfiadamente se estenderá la consternación por todos los pueblos de la tierra: hinchado el mar con sus furiosas ondas, como en lo mas fuerte de una violenta tempestad, llenará los corazones de temor y susto: y los hombres andarán secos y pálidos con el temor del último golpe que amenazará al orbe entero. Las virtudes del Cielo, esto es, los Angeles de Dios, se pondrán en movimiento, y querrán tener parte en la destrucción de los enemigos del Señor.

Aunque la historia de la Iglesia judáica y de la cristiana, es un verdadero comentario de esta profecía, sin embargo, en estas espresiones mas vivamente nos pinta Cristo la ruina universal del mundo, que la de la Judea. Con todo, bajo iguales ideas, y casi con las mismas espresiones profetizaba Isaías á los Asirios la caída de Babilonia (1); Ezequiel á los Egipcios la ruina de su capital (2); y Joel á la desdichada Jerusalem, las empresas de Senacherib y los sucesos de Nabucodonosor (3). No se vé en todos sus textos sino es dias crueles de ira, de indignación y de furor: obscuridad del sol, eclipses de la luna, caídas de las estrellas, horror y tinieblas estendidas sobre toda la superficie de la tierra. Los astros del Cielo que lloran y se desconuelan; y el Señor que hace se oiga su voz frente de los ejércitos enemigos de su pueblo: y en fin, la sangre, el fuego, y el humo que cubren las campiñas. Tales son las magníficas, pero tristísimas imágenes, bajo las cuales anuncia el Señor la destrucción y la ruina del mundo antes de su última y espantosa venida. *Entonces aparecerá y se dejará ver en el Cielo la seña, el estandarte del Hijo del Hombre; y plañirán y prorumpirán en lamentos todas las tribus de la tierra; las cuales verán al Hijo del Hombre que vendrá sobre las nubes del Cielo con gran poderio, magestad y gloria.* Esto es lo que propiamente nos revela el Apocalipsi (4): Hé aquí que viene en las nubes con millones de

(1) Isaia, c. 13. vs. 9 et 10.

(2) Ezechiel, c. 22. vs. 7 et 8.

(3) Joel, cap. 2. vs. 10 et 30.

(4) Apocalyp. c. 1. v. 7.

sus santos; y todo ojo lo verá, y los que lo clavarón y traspasaron; y todas las tribus de la tierra llorarán, y se lamentarán sobre él. Al mismo tiempo enviará sus Angeles con trompeta y con gran voz, y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos ó ángulos de la tierra, desde los mas remotos estremos de ella, hasta lo mas alto del Cielo. Entonces todos puestos los ojos en lo alto, verán descubrirse el santo y terrible cetro del gran Rey, y se acordarán de que esto mismo lo habia anunciado Cristo, diciendo: que antes de su venida habia de aparecer en el Cielo la señal del Hijo del hombre; y entenderán que tras ella viene el Rey. ¡Magestuosa venida! ¡Terrible juicio! Asi como en la Cruz hizo Cristo el primer juicio del mundo y del príncipe que lo tenia tiranizado; asi en el segundo y último juicio, por medio de esta misma Cruz, acabará de vencer y postrar del todo á sus enemigos.

Pero cuando estas cosas comenzaren á realizarse, mirad, y levantad vuestras cabezas, por cuanto se acerca y está próxima vuestra redencion, vuestra libertad, y el cumplimiento de las promesas del Evangelio. Ya sabeis cual será bien presto el destino de esta ciudad soberbia, que levanta orgullosa su cabeza hasta el Cielo, pues estad ahora atentos á las señales que os doy de acercarse mi venganza, no sea cosa que quedeis envueltos en la desgracia universal. Aprended de la higuera esta parábola: Cuando ya está tierna su rama y brotan las hojas, sabeis que está cerca el verano. Asi vosotros cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cercano á las puertas: que va á prorumpir con estruendo su venganza: que vuestra libertad está cerca; y que mi reino ya va á establecerse. Pasarán el cielo y la tierra, pero no faltarán las palabras que os digo. Yo os aseguro con verdad, que no se acabará esta generacion; esto es, que todos los judios que hoy viven, no habrán muerto aun; y que muchos de vosotros vivirán, cuando se verá que acaecen los grandes sucesos que os acabo de referir. Dejad aparte todas las cavilaciones y recelos sobre la llegada de aquel dia. Vosotros sabeis que siempre hablo la verdad, y que nada digo sin conocer que aquella es la voluntad de mi Padre: de aquel dia, pues, y de aquella hora, nadie sabe, ni aun los Angeles que estan en el Cielo, ni el mismo Hijo, sino el Padre solo. Que fué lo mismo que si les dijera: Este deseo es efecto de pura curiosidad, que ni conviene, ni seria provechoso satisfacer. Bien sabeis que Yo nada hablo de mi propio movimiento, ni enseño sino lo que he oido de mi Padre. Constituido por El doctor, maestro, y juez de los hombres, nada ignoro de lo que conviene á su salud. Mas nada debo revelar de lo que mi Padre quiere que permanezca oculto. Esto es para mí como si no lo supiera.

Tened gran cuidado, velad, y pedid á Dios, no os coja este tiempo cuando menos penseis: acordaos muchas veces de estos avisos, medítadlos, y haced sobre ellos serias reflexiones. Tened ante todas cosas gran cuidado, de que vuestros corazones no se carguen con la embriaguez, con el demasiado regalo ó con los cuidados superfluos de las cosas de este mundo. Pensad atentamente que esta fatal hora ha de decidir vuestra felicidad ó infelicidad eterna, que vendrá de repente: que todos los hombres que entonces vivieren, serán sorprendidos, y como cogidos en la red. Haced, pues, que aunque esta hora sea súbita, no os coja desprevenidos. La vigilancia y oracion continua, son los medios para salvaros de todos esos males con que ha determinado el Cielo castigar al mundo. De este modo os hallareis en estado de parecer con confianza delante del Hijo del Hombre, cuando esté sentado sobre el trono de Su Magestad como juez soberano.

La venida del Hijo del Hombre en los dias de su venganza, será como en otro tiempo la del diluvio en los de Noé. En los que precedieron al diluvio los hombres celebraban festines y bodas, viviendo en seguridad, y gozando de todos los placeres. Los prudentes avisos de aquel Santo Patriarca, no turbaron su alegría, ni los pusieron en cuidado. Llegó empero el dia terrible: entró Noé en el arca que Dios le habia mandado construir, juntamente con su familia; y en aquel asilo se salvaron Noé y sus hijos, y los demas animales que en ella entraron: vino empero el diluvio, y de los demas ninguno se salvó. Ved ahí una imagen de mi aparicion repentina cuando vendré á juzgar á los hombres y á tomar venganza de mis enemigos. Asimismo sucedió en tiempo de Lot: comian, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban. Mas el dia que Lot salió de Sodoma, al instante hizo Dios que cayese una lluvia encendida de azufre y de betun. Todos los habitantes quedaron quemados y reducidos á ceniza, y la tierra se convirtió en desierto. Tal es ahora la imagen natural de las desdichas de Jerusalem y de la sorpresa de sus habitantes. Y tal será la de todos los hombres en el dia del juicio, en que se manifestará el Hijo del Hombre. Dígoos que en aquella noche de que os hablo y cuyos horrores os profetizo, dormirán dos hombres en una cama, harán viages de compañía, ó trabajarán en un mismo campo; y uno será cogido y cargado de provisiones, y escapando el otro conservará su libertad; esto es, el uno será electo y escogido, y el otro reprobado. Dos mujeres estarán moliendo juntas en un mismo molino: la una será llevada cautiva, y la otra quedará en completa libertad. Velad por tanto, os repito una y otra vez: pensad en vosotros, y orad, porque no sabeis el dia ni la hora.

Como el celo que tenia Jesus por el bien de las almas era siempre el mas vehemente y acendrado, no omitia ocasion alguna para advertir á todos del mal que las amenazaba, porque nada le dolia mas que su perdicion: pero queria se supiese, que esperaba de todos los hombres, lo que un amo espera de sus criados, cuando yéndose á un largo viage, les deja el cuidado de la casa para que hagan todo aquello que juzgaren ser de su servicio. Encarga que esten alerta para poderle abrir la puerta luego que vuelva. Pero marcha, y no deja declarado el tiempo de su regreso: todo lo que fue como decirles: vosotros Apóstoles mios estad prevenidos y prontos para darme cuenta de vuestra administracion. Advertid á vuestros discípulos, que no se olviden de sí mismos, para que cada uno pueda hacer lo propio por su parte, y darme cuenta del cumplimiento de sus obligaciones. Pues lo que á todos digo, y en particular á vosotros, es que veleis y oreis, porque no sabeis la hora en que vendrá vuestro Señor; si será por la tarde, si á la media noche, al canto del gallo, ó al romper del dia. Velad, pues, no venga de improviso, y os encuentre dormidos: Yo que os amo mas que persona alguna, deseo veros tan vigilantes y prontos á partir, cuando os llame vuestro Señor, como estan aquellos buenos criados que tienen ceñidos sus lomos, y antorchas encendidas en la mano, semejantes á los hombres que esperan á su Señor. Tres cosas les ordenó el Señor en pocas palabras. La primera, que tuviesen ceñidos sus lomos: la segunda, que tuviesen antorchas encendidas; y la tercera, que esperasen al Señor con vigilancia. En cuanto á lo primero es de saber que los antiguos orientales vestian de ordinario ropas largas; pero cuando se les ofrecia servir, ó hacer alguna hacienda que pidiese mayor diligencia, se las prendian con gran cuidado, para que no les estorbasen. Asi el Angel mandó á San Pedro se las ciñera para salir de la carcel, San Rafael apareció á Tobias ceñidas las vestiduras en ademan de caminar, y Elias corria ceñido delante de Acab. El Salvador quiso dar á su espresion un sentido espiritual y muy sublime, cuando dijo á sus discípulos que se ciñeran los lomos; significándoles con esto, que se desembarazasen de todas las cosas de la tierra que podian servirles de estorbo en el camino del Cielo; y que con esta ceñidura estuviesen prontos para entrar en la pelea que habian de traer con sus enemigos. Quiso tambien con esto significar á todos, el gran cuidado que debemos tener en refrenar nuestras pasiones; y que esperemos no en los hijos de los hombres que no pueden salvar, sino en Dios, que es el mismo que puede y quiere salvarnos.

En la segunda disposicion que pide el Señor á sus discípulos,

junto con la primera, muestra en sentir de San Gregorio (1) las dos partes de la justicia cristiana, que son dejar de obrar el mal, y obrar el bien: porque la carne, mas pesada siempre que el espíritu, no solo la impide en muchas ocasiones volar al Cielo, sino que en muchísimas la despeña, y hace revolcar en el centro de las pasiones. Y adviértase, que no dijo el Señor en vuestra mano, sino en vuestras manos; como el que pasa, dice San Bernardo (2), por un lugar ventoso, que trae con la mano la candela, y con la otra procura cubrirla, porque el viento no la apague. Y en la tercera demostró la confianza con que los cristianos debian esperar la muerte, como dia de regocijo y de boda; porque á eso compara la hora en que nos llamará para sí. Mírese esto á buena luz, y se verá que ninguna cosa dejamos con la muerte, que no merezca ser aborrecida y tenida en poco; cuando lo que se nos promete en el siglo venidero, todo ello es amable sobremanera, y digno de ser tenido en mucho. Dejamos tropiezos, enfermedades, engaño, miseria y falsa seguridad; y se nos promete vida sin muerte, salud sin enfermedad, estado seguro, regalo perpétuo, gloria sin quebranto, un amontonamiento en fin de todos los bienes, sin mezcla ni sombra de mal. No quiere el Señor que lo esperemos iracundo y vengativo, riguroso y triste; sino alegre, benigno y liberal, como que viene de bodas: no quiere que su venida nos cause pavor y espanto como á los siervos malos que tienen por que temer su residencia, sino consuelo y gozo como á hijos buenos, que esperan con ansia á su Padre para recibir de él tiernos y cariñosos abrazos; y por esto estan en continua vela; le conocen cuando á la puerta llama, y le abren con prontitud. Felices aquellos á quienes encontrare el Señor en esta vigilancia, y tan atentos en observar el momento de su venida. Os aseguro en verdad, que los hará sentar á la mesa, se ceñirá sus vestidos, y los servirá en persona; teniendo gran cuidado de que no les falte cosa alguna.

Manda tan espresamente el Señor que lo esperemos velando con sumo cuidado porque puede venir á todas horas, y cogernos de sorpresa. Harto bien sabeis vosotros, dice San Judas (3), que el dia del Señor, como ladron de noche asi vendrá. Que cuando los hombres dirán paz y seguridad, y cuando se crean mas seguros y tranquilos, vendrá sobre ellos la destruccion: les asaltará de improviso la calamidad como á la muger preñada los dolores, y no escaparán. Mas

(1) Div. Gregor. Hom. 23. in Evangel.

(2) Div. Bernard. Serm. 3.º in Vigil. Nativit. Dni.

(3) Ep. Div. Jude. v. 14.

vosotros hermanos, no estais en tinieblas, para que aquel dia os sorprenda como ladron. Todos vosotros sois hijos de la luz y de el dia; no lo somos de la noche ni de las tinieblas: por tanto pues, no durmamos como los demas, antes procuremos velar, y vivir con sobriedad y templanza. Si no velares, vendré á tí como ladron, dice el Señor (1), y no sabrás á qué hora. Hé aqui Yo vengo como ladron: bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras para no andar desnudo, y que no vean su fealdad. Y San Pedro tambien dice (2): El dia del Señor vendrá como ladron de noche, en el cual los cielos pasarán, se arruinarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos: y la tierra, y las obras que hay en ella, abrasadas. Siendo pues asi, que todas estas cosas han de ser disueltas, ¿cuán necesario es que vivais santa y piadosamente, esperando, y apresurándoos para el advenimiento del dia del Señor, en el cual los cielos encendidos y los elementos abrasados, serán destruidos y como fundidos de nuevo? Pero nosotros esperamos segun sus promesas unos cielos y una tierra nueva; en los cuales mora la justicia. Por tanto, ó amados, con la esperanza de estas cosas cuidad diligentemente vivir de manera, que el Señor os halle puros, inmaculados é irreprehensibles; y aguardando su venida en paz. Y si viniere el amo en la segunda vigilia, ó bien en la tercera, y hallase asi prontos y dispuestos á sus siervos, no hay duda, que serán para siempre bienaventurados.

Despues que como bienhechor solícito propuso el Señor el premio del que vela, no podia menos de declararnos la pena del que duerme; alentándonos con este motivo á velar de continuo, que es todo el objeto de su parábola: por esto les añadió: fijad bien en vuestra memoria lo que os digo, y tenedlo siempre presente; pues será cosa lastimosa, que seais menos cuidadosos en lo que pertenece á vuestras almas, que lo son los del mundo por la seguridad y cuidado de sus casas. Si un padre de familias supiera, ó llegara á entender la hora en que habia de venir el ladron, sin duda permaneceria en vela, para no dejarse sorprender, y no consentiria que le horadasen ó escalasen su casa: pero no sabiendo la hora fija, velaria toda la noche. Vosotros, pues, no debeis poner menor precaucion en lo que toca á la hora de vuestra muerte, y á la venida del Hijo del Hombre vuestro Señor y vuestro Juez. Debeis tener siempre delante los ojos esta última hora, y os importa infinito prepararos bien

(1) *Apocalyp. c. 3. v. 3. et c. 16. v. 15.*

(2) *Div. Petr. Ep. 2.^a cap. 3. vs. 10 et seqbs.*

para ella con una estrema vigilancia, supuesto que no hay cosa mas incierta ni menos conocida.

Habia oido San Pedro cuanto habia dicho el Divino Maestro con la mayor atencion, y viendo que habia hecho como una suspension en su discurso, le dijo: ¿has pronunciado Señor esta parábola determinadamente por nosotros, ó por todos en general? En su respuesta mostró bien el Salvador, que sus instrucciones miraban en general á todos los hombres; pero que deseaba sirviesen particularmente á aquellos que tenian la gran dicha de estar cerca de su persona; y que si les parecian dificiles en la egecucion, practicándolas tendrian mas mérito, y premiaria abundantemente su fidelidad: y asi le respondió con tanta familiaridad y agrado, que mas parecia amigo que conversaba con sus amigos, que maestro que enseñaba á sus discipulos; y les dijo: ¿Quién es á vuestro parecer, el siervo fiel y prudente, á quien el Señor, en el momento de su partida, deja la superintendencia de la casa, para que suministre á todos sus criados, durante su ausencia, las cosas necesarias para su mantenimiento? Dichoso aquel mayordomo á quien á su vuelta encuentre el amo ocupado en el cumplimiento de sus obligaciones. De verdad os digo, que usará con él de confianza, y le dará la administracion de todos sus bienes. Pero si un siervo distinguido de esta suerte por la eleccion de su amo, viniere á ser infiel y negligente: si dice en su corazon, mi amo no vendrá tan presto; si con este pensamiento se arroja á herir y maltratar á los otros criados; si pierde el tiempo en escesos comiendo y bebiendo, con los que se embriagan; vendrá su amo en el dia que no piensa, y en la hora que menos esperaba; é indignado apartará á este mal administrador y mayordomo de los bienes y negocios de su casa, y los pondrá en manos de otro; y á aquel colocará entre los impostores é hipócritas. Estado infeliz, y suerte desdichada, en que no tendrá sino llanto, gemidos y crugir de dientes. Pues aquel siervo, que conociendo la voluntad de su señor, no dispuso ni preparó las cosas, ni se condujo conforme á su voluntad, recibirá muchos azotes; mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de castigo recibirá menos. Porque se exigirá mucho de aquel á quien mucho se ha dado: y mas se pedirá al que se confiaron muchas cosas.

Insistia fuertemente el Señor en este ejemplo, para preparar á los que le sirven con una obediencia ciega, pronta y esacta, y por esto les repetia con otros términos lo que ya les habia dicho. Dios, les decia, es semejante á un padre de familias que pide cuentas á algunos criados de los bienes que les ha confiado. Algunos con

su industria, y buena diligencia los volvieran aumentados: á estos llenó el dueño de nuevos beneficios haciéndolos participantes de la dicha que él mismo gozaba, diciendo: **entrad en la alegría y gozo de vuestro Señor. Otros huyeron del trabajo, y estuvieron en una vergonzosa é inexcusable ociosidad**, pues sabian bien cuanto deseaba su señor, que se ingeniasen y comerciasen con su dinero; pero á estos viles criados, despues de haberles despojado de la administracion de sus bienes, condenó á una cárcel perpétua, con la cual les habia amenazado muchas veces. Aquí queria fuesen castigados á proporcion de los talentos que habian recibido, y del conocimiento que habian tenido del buen deseo de su Señor.

No hay duda que estas parábolas miran todas á nuestra instruccion, y á que vivamos en el cumplimiento mas esacto de nuestras obligaciones sin declinar al vicio y en continua vigilancia, esperando la hora del Señor, que vendrá como nuestro juez, cuando no lo pensemos, á tomar cuenta de nuestra conducta y de nuestra mayordomia; esto es, del empleo que hemos hecho de los tesoros de su gracia y beneficios que ha derramado sobre nosotros. Con todo eso, atendiendo á las circunstancias en que hablaba Su Magestad á sus Apóstoles, nos parece ser muy esacta la explicacion que de ellas acabamos de dar; atendida la doctrina de los Padres y la de las Escrituras Santas, y mas cuando las acompaña con otra figura, que sin interrupcion sigue á esta última, y parece mira al mismo fin, continuando el mismo paralelo entre galileos y judios. Entonces, dijo el Señor á sus discípulos; esto es, cuando Dios vendrá repentinamente, segun os he profetizado, á dar fin al siglo de la ley, se hará en el reino del Mesias una distincion, cuya figura os voy á esponer; pero se ha de notar, que esta primera distincion es al mismo tiempo imagen y figura de lo que sucederá en mi reino y en mi Iglesia, desde su establecimiento entre los gentiles hasta la última consumacion de los siglos.

Semejante será, les dijo, el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. Por estas diez vírgenes se entienden generalmente todos los cristianos, en el sentido en que llamaban los Profetas al pueblo antiguo del Señor vírgen de Israel, vírgen de Judá, y á Dios guía de su virginidad; por la fé no mudada que de El recibió. De un modo semejante se llaman vírgenes los cristianos porque tienen la virginidad de la verdadera fé, y porque en el Bautismo se desposaron con el único Esposo celestial, Jesucristo, volviendo la espalda á Satanás y á todas sus obras: por lo que, en él recibimos la estola blanca y la

antorcha encendida; y se nos dice que guardemos nuestro bautismo para que cuando venga Jesucristo podamos salirle al encuentro. De esta semejanza usó el Apóstol para decir á los de Corinto, que por el Bautismo los habia incorporado con Cristo Jesus, diciendo: Os he desposado con un varon para que os presenteis á Cristo como vírgen casta (1).

Segun la costumbre de los judios, y aun de los gentiles, tomaron las vírgenes sus lámparas, y salieron á recibir los esposos. Los mozos que salian á esta fiesta, se llamaban hijos del esposo, y cuando la esposa era llevada á la casa del esposo, llevaban las doncellas que la acompañaban lámparas encendidas, como así lo cantó David (2): Serán llevadas al rey las vírgenes en pos de ella, sus compañeras serán llevadas á tí con alegría y gran fiesta; serán llevadas al templo del rey. Claro es, que fundando Jesus su parábola en esta costumbre, el esposo era Cristo; las lámparas de las vírgenes, significan la fé que profesa cada uno de los cristianos, y la entrega que de sí hacen al Esposo para servirle. Por el aceite, se entiende en este lugar la penitencia, y las obras necesarias para recibir dignamente al Esposo, sin las cuales se apaga la lámpara, porque la fé sin obras es muerta. Pero de diez que fueron entre todas, hubo cinco necias, que se olvidaron prevenir aceite para cebar sus lámparas. Las otras cinco, mucho mas prudentes, tuvieron cuidado de llenar de aquel licor unos vasos y llevarlos consigo. No obstante, como tardase mucho el Esposo en venir, tuvieron tiempo para tomar algun reposo. De prudentes se acreditan, los que sabiendo para qué han nacido, y para qué se les da la vida, y el papel que hacen en la Iglesia, tratan de portarse en todo conforme á estos principios; poniendo, con la ayuda de Dios, los medios necesarios para salvarse. Necios son los que ó no se cuidan de la salvacion, ó no atinan con los medios necesarios para llegar á ella; cuales son, los que tienen la conciencia como vasija quebrada, que no para en ellos deseo ni pensamiento bueno, y viven como caballos desbocados, precipitándose en el abismo insondable de los vicios.

Con el desapercibimiento de las vírgenes necias, contrario á la prudencia de las sábias, quiso declarar el Señor, que en su día se descubrirá lo escondido de las tinieblas y los pensamientos y secretos del corazon (3). Mientras somos viadores, la exterior profe-

(1) Div. Paul. Ep. 2.^a ad Corinth. cap. 11. v. 2.

(2) Psal 41. vs. 16 et 17.

(3) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Corinth. cap. 4. v. 5.

sion de la fé confunde á los cristianos verdaderos con los falsos y adulterinos. Pero esta mezcla se acabará en aquel dia novísimo en que los justos resplandecerán como el sol, y los pecadores quedarán como carbon denegrido en perpétuas tinieblas. Durmiéronse todas las vírgenes con la tardanza del Esposo; pero á la media noche se oyó el aviso ordinario, *ved aquí al Esposo que viene*, levantaos y salidle al encuentro. Esta tardanza del Esposo y dilacion de su venida, es el plazo de la penitencia que se concede al pecador. En este tiempo, suele disimular el Señor nuestros pecados, por el deseo que tiene de que nadie se pierda. (1), haciendo gala de la riquísima tesoreria de su bondad para traernos seguros al camino de la penitencia. Mas esta misma longaminidad nos debe causar grande espanto, porque nos acuerda tambien la grandeza de su ira, la cual aunque tarde en empuñar la espada de la venganza, recompensa con usuras esta dilacion con lo pesado y espantoso del castigo.

Todas las vírgenes quedaron dormidas, porque este es el sueño de la muerte, comun á los buenos y á los malos, á los sábios y á los necios; pues á todos comprende la pena de morir una vez, á lo cual se sigue el juicio. A la media noche vino el esposo; un clamor precedió á su venida, y del centro del clamor salia una voz que decia: salid á recibirlo. ¡Qué pensamientos tan congojosos y terribles para el pecador miserable no representó el Señor con estas pocas palabras! El silencio de la noche y el desamparo en que el hombre se ve en medio de su lobrete, son la viva imágen de lo que nos ha de suceder en la hora de la muerte. Nos veremos privados de nuestros deudos, amigos y valedores, y abandonados hasta de nuestras propias fuerzas en aquella hora triste, y sorprendidos con la repentina y no esperada venida del Señor. Es cosa digna de admiracion y de lástima, que estando avisados los hombres como lo estan, de esta venida tan terrible del Juez, inciertos de cuando ha de ser, ciertos de la severidad con que los ha de juzgar; diga el mismo Señor que los cogerá desapercibidos, como el lazo á la aveilla que cae en él, como y cuando menos lo piensa. Tan cierto es, que los pecadores siempre se hacen sordos é insensibles á los llamamientos de la misericordia y de la gracia de Dios.

Levantáronse todas las vírgenes al oir el clamor, y empezaron á adornar las lámparas con flores, segun era costumbre. Entonces viendo las necias que sus lámparas se apagaban, conocieron su descuido; y no teniendo ni una sola gota de aceite para avivarlas,

(1) Div. Petrus. Ep. 2.^a cap. 3. v. 9.

ni sabiendo de dónde debían surtirse, empezaron á decir á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Retrató aquí el Señor muy al vivo lo que sucederá en la hora de la muerte al hombre que vivió descuidado durante su vida, y no pensó en tener acopiado para entonces el aceite de las buenas obras, para que luciese sin intermision la lámpara de su fé, sostenida por los ardores de su caridad y amor. Los justos que con tiempo se proveyeron de buenas obras, abalanzados á la cruz de Cristo, con la luz de la caridad que arde en ellos, se preparan para recibir al Esposo. Los malos, por el contrario, viendo desaprovechado el tiempo de su vida, se aterran á la vista del peligro que les amenaza; no saben qué hacerse, ni á dónde acudir. Desvarío es y locura grandísima, que un negocio tan grave como este, y en que tanto nos va, se deje para el tiempo de mas afliccion y turbacion que tiene la vida; y cuando la atencion falta, el sentido se turba, y las fuerzas interiores y exteriores se decaen hasta lo sumo, alarguemos las manos á la tierra que de sí nos echa; levantemos los ojos al Cielo, al que tenemos enojado, y busquemos en la pobreza de los hombres, aquello que entonces mas nos hace falta. En vano clamaremos: Dios no nos oirá, porque mientras vivimos le desoímos á El.

Fácil será que aquellos á quienes clamemos nos desoigan, ó se escusen, y dejen de prestarnos el socorro como lo hicieron las vírgenes prudentes con las fátuas, y mas bien las dijeron: id á los que venden, y comprad aceite para vosotras. El no haber dado las vírgenes prudentes de su aceite á las necias, denota, que á nadie aprovechan los méritos ajenos para alcanzar la vida eterna, sino las obras propias, por las cuales cada uno ha de ser juzgado. En la vida presente podemos ayudarnos los unos á los otros con oraciones, ayunos, limosnas, sacrificios, y todo género de buenas obras; pero en llegando al tribunal de Dios, solo nuestras buenas obras son las que han de valernos: nadie puede doblar la vara de la justicia divina para que salve el Señor al que merece ser condenado. ¿Si apenas se salvará el justo, que con tiempo se proveyó de buenas obras, en qué pone su confianza el malo, que se burla de la virtud, y desprecia todo aquello que es mérito para el Cielo?

Tomaron en efecto las vírgenes necias el consejo de las prudentes; fueron á comprar aceite, pero mientras se ocupaban de este negocio llegó el esposo; halló solamente á las prudentes, entró con ellas en la sala de la boda, y en seguida se cerró la puerta. Ya no era tiempo de reparar el que antes habían perdido; ya no podían

abastecerse con el ejercicio de la virtud , y por esto se les cerró la puerta de la misericordia para perdonar , la de la gracia para merecer , y la de la gloria , que tanto tiempo habia estado abierta para que entrasen á descansar en el reino de Dios. En vano clamaron y digeron: *Señor, Señor, ábrenos* ; porque el Señor á quien llamaban las desconoció, y claramente les dijo: *No sé quién sois*. Eran ya del número de los réprobos , y por esto las desconoció. Lo que en sentido equivalente significa lo que á todos los réprobos dir á el Señor en su dia terrible: no os reconozco por discípulos mios , porque no estais marcados con el sello de la caridad que distingue á los de mi escuela. No os reconozco por hijos , porque no veo en vosotros obras que os asemejen á Mí: ni como soldados de mi campo , porque os habeis despojado de mis armas , que son las de la justicia , y ensuciado y roto el vestido de la gracia que os vestí en el santo bautismo.

Ved aquí, concluyó el Señor, una figura de lo que sucederá cuando el Esposo de las almas santas haga el banquete de sus bodas en el cielo. No admitirá en él sino á los dignos: procurad, pues, merecer esta gracia ; no seais negligentes: velad sobre las disposiciones de vuestro corazon, supuesto que no sabeis en qué dia ó en qué hora vendrá este Esposo celestial, cuya venida será no menos terrible á los que no estuvieren en estado de recibirle, que gustosa para los que encontrare con la debida preparacion. Pero para conocer bien el sentido inmediato de estas parábolas conviene mirarlas como una continuacion ó efecto de la larga conversacion que el divino Maestro habia tenido con sus Apóstoles , con la ocasion del templo y de la ciudad de Jerusalem, sobre su segunda venida, y sobre la destruccion y reprobacion del pueblo judio. No hay duda que estas parábolas divinas , en que se declaraban de un modo sensible los sucesos futuros, sin que se pudiese descubrir en ellas el dia puntual de su ejecucion, debia despertar la atencion de los Apóstoles y escitar su vigilancia. Con este designio, ateniéndose Jesucristo á la misma leccion, y fijándola siempre hácia el mismo objeto, con la data que les señala de su segunda venida para castigar á la infiel Jerusalem, continuó sin alguna interrupcion su comenzado discurso con la explicacion de otros nuevos señales que habian de preceder al juicio universal.

En este tiempo , les dijo, de la general resurreccion y juicio universal, el Hijo del Hombre á quien se dió todo el derecho de juzgar en el Cielo y sobre la tierra , se mostrará visiblemente y en persona, con el esplendor de su Magestad. Todos sus Angeles lo acompaña-

rán en cualidad de súbditos y ministros de su voluntad, ejecutores de sus órdenes. Se sentará sobre el trono de su gloria, desde donde citará á su tribunal á todos y cada uno de los hombres que hubieren llenado sucesivamente los diferentes estados y condiciones del mundo desde su primer origen hasta su última y total destruccion. Los dividirá en dos grandes partes, asi como el pastor aparta y divide su ganado y separa á las ovejas de los cabritos. Los justos, representados por las ovejas mansas y obedientes, se colocarán á la mano derecha, y los malos, figurados por los cabritos, animales sucios é inmundos, serán echados á la mano izquierda. ¿A quién no espanta la pintura que nos hace el Señor de su segunda venida? ¿Cómo quedan al hombre ganas de pecar teniendo fé de que ha de comparecer delante de Cristo á dar cuenta de sus obras y hasta de sus mas ocultos deseos y pensamientos?

No vendrá el Señor solo, ni acompañado solamente de Moisés y Elias, dice el Crisóstomo (1), como cuando se trasfiguró en el monte, sino con un ejército innumerable de potestades del Cielo. No entre bestias, como cuando bajó al suelo, sino con la pompa y magestad con que subió al Padre. No en pie como reo, sino sentado como juez; no entre ladrones sobre la Cruz, sino entre Angeles sobre el trono de su gloria. Algun tiempo fuí oveja, dice el Señor, como cordero me llevaron al sacrificio, y no abrí mi boca: sufrí, disimulé, pasé por todo lo que quisieron hacer de Mí. ¿Por ventura callaré siempre? No, no. Dia vendrá en que levante la voz: gritaré, como muger que anda con dolores de parto: y como el mar bravo suele tragarse el navio con todos los que van en él, asi Yo arruinaré y juntamente me sorberé y tragaré el mundo, y los que pertenecen á él. Buenos y malos todos comparecerán ante el Juez. Allí será el llanto amargo de los amadores del mundo, de esa gente que se ve ahora tan prosperada y favorecida. Quisieran esconderse entonces del Cordero enojado los que ahora pisan sus leyes; mas no podrán (2). Los que ahora se esconden en las llagas de Cristo no tendrán por qué esconderse entonces en las cuevas y aberturas de los peñascos. ¡Oh! Y qué espantoso y terrible será aquel dia! Cuán afflictiva y desconsolante la separacion de los buenos y los malos! Los que ahora hacen tal vez temblar al mundo temblarán á su vez á la vista de aquellos á quienes persiguieron y mataron; y la vista de su dicha será el tormento mayor que sufrirán en su eterna desgracia.

(1) Div. Crisostom. Hom. 57. in Math.

(2) Apocalyp. c. 6. v. 16.

Pero como una de las causas mas influyentes sobre la perversa inclinacion y costumbres del hombre es la desigualdad, no solo de fortunas, sino de educacion; porque son muy pocos los que quieren aprender que somos nada delante de Dios, y poquísimos los que se dediquen á obrar con arreglo á esta idea salvadora, aunque la hayan aprendido, si les sopla favorablemente la fortuna, la muerte y la justicia de Dios vienen á enseñarles, aunque tarde, que la verdadera desigualdad á la presencia del Señor consiste en el mérito de las obras. Bien podrá uno haber sido pobre en esta vida, que si sus obras son ricas en merecimientos, él será rico delante de Dios; asi como por el contrario, bien podrá haber sido rico delante de los hombres, que si sus obras son pobres de merecimientos á la vista de aquel para quien nada hay oculto, pobre será en verdad, y lo será para siempre: asi que cuales fueren las obras del hombre al salir del mundo, tal será su suerte en la eternidad: ó trigo para el granero de la gloria, ó paja para el horno del infierno. No dice que separará los pobres de los ricos, los plebeyos de los nobles, ni los sábios de los necios, sino las ovejas de los cabritos, esto es, los buenos de los malos; y colocará los buenos á su derecha y los malos á su izquierda. Tiembla y se estremece el corazon mas atrevido cuando llega á pensar esto con fé. ¿Cuál será mi suerte en aquel dia terrible? ¿Cuál será el lugar que ocupe? Soberbio y orgulloso, lascivo y avaro, no lo tendré entre los pequeñuelos y humildes, ni entre los continentes y pobres: seré precisamente colocado entre los cabritos, porque siempre desconocí el freno de la moderacion y de la virtud.

Al clamoreo espantoso de la reunion seguirá un silencio profundo, indicio cierto de que va á oirse en breve la voz de la Magestad: el Hijo de Dios, Rey de los Cielos y de la tierra, Juez árbitro y soberano de todos los hombres, volverá su vista consoladora y alegre á los justos que tendrá á su diestra, y los llamará á la participacion de su gloria, diciéndoles: Venid á Mí, benditos de mi Padre: venid á poseer el reino donde Él reina, el que os está preparado desde la creacion del mundo, el mismo que os conquisté con los dolores de mi pasion y muerte y os adquirí con el precio de mi sangre, y vosotros habeis finalmente merecido con vuestras buenas obras; pues yo tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; no tenia posada en el mundo, y vosotros me hospedasteis; estuve desnudo, y me cubristeis; estaba enfermo y me visitasteis; y hallándome cautivo y preso, me fuisteis á consolar. ¡Oh qué palabras de tanta gloria y consuelo! ¿Quién podrá ponderar el gozo que al oirlas sentirán los buenos? ¿Qué sorprendidos y admi-

rados quedarán al oír tales expresiones de la boca de su Soberano Juez, que les hará un convite tan dulce y apreciable? Pues qué, Señor, responderán los justos: ¿cuándo os habemos visto tan pobre y falto de alimento y hemos sido tan dichosos que os hayamos servido con él? ¿cuándo sediento y os hemos suministrado que beber? ¿cuándo os hemos encontrado en viage y sin posada y hemos tenido la gloria de recogeros en nuestra casa? ¿cuándo os vimos desnudo y tuvimos el consuelo de vestiros? ¿y cuándo en fin enfermo ó en prisiones tuvimos la fortuna de visitaros y socorreros? ¡Ah! responderá el Señor: vosotros me habeis hecho mas bien del que pensais: Yo estaba recibiendo vuestros dones y consuelos, y vuestros ojos no me veian. En verdad os digo que todas las veces que habeis dispensado estos buenos oficios á uno de los pequeñuelos que creen en Mí los habeis usado conmigo. A Dios se presta lo que al pobre se da, y Él lo vuelve con usura y ganancia inestimable. Don es, dice San Basilio (1), porque lo das de balde, sin pretender nada del pobre que lo recibe; mas tambien es empréstito por la grande magnificencia del Señor, que quiere pagar por el pobre. Este no puede pagártelo, pero te lo paga el fiador de los pobres, diciendo que á Él se da lo que de tu mano recibe el pobre. Y el Damascino añade (2) que el pobre es la máscara con que Dios se cubre y esconde: por consiguiente cuantas veces al pobre socorremos y consolamos, otras tantas á Cristo honramos y favorecemos.

Apenas el supremo y rectísimo Juez habrá pronunciado la sentencia favorable á los buenos, cuando volverá su vista tremenda y airada á los malos, y proferirá contra ellos con las mismas palabras, aunque en contrario sentido, la de reprobacion y condenacion eterna. Alejaos de Mí, les dirá, malditos: id al fuego eterno que está preparado para el diablo y los Angeles rebeldes que le siguieron, pues tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; andaba peregrino y no me hospedásteis; desnudo y no me vestísteis, y estuve enfermo y en prision y no me visitásteis. ¿Cuándo, Señor, responderán los desdichados réprobos, huimos de Tí, te aborrecimos y despreciamos, y te negamos todos estos consuelos? Cuando los negásteis á uno de mis discípulos, al mas infeliz de todos mis pequeñuelos, entonces me los negásteis á Mí. ¡Duras! ¡Terribles! ¡Tremendas y espantosas palabras, mas intolerables que el infierno mismo! Dios arrojará y apartará de sí para

(1) Div. Basil. in sal. 24. serm. 2.

(2) Div. Joann. Damascin. in *Parallelis*.

siempre á los que ahora se apartan de Él y le desconocen. Este es aquel destierro perpétuo, aquella fulminante excomunion, que separa al réprobo de la compañía eterna de los escogidos. ¿Qué será de la criatura á la que quepa tan desgraciada suerte? ¿Dónde irá á parar? A fuego eterno: á las lágrimas de la penitencia infructuosa, á la desesperacion perpétua, al tormento del gusano roedor que martiriza el corazon sin mejorarle, y lo despedaza sin destruirle ni matarle. Espanta la sola memoria de esta sentencia definitiva, de la que no hay súplica ni apelacion. ¿Qué será ver en aquel punto abrirse la tierra con horrible estallido, hundirse en aquella sima hechos un ovillo hombres y demonios, ensanchando su boca el infierno para tragar tan miserable bocado? ¡Ah! El Señor cerrará despues la puerta del pozo del abismo con el candado de su inflexible justicia, para que no se abra jamás. Allí será el crugir y rechinar de dientes: allí el ahullar como perros rabiosos en la region del olvido, en la estancia de la muerte: el agonizar sin morir, el despedazarse sin fruto, y el clamar y gritar eternamente: *Ergo erravimus.....*

Los justos empero irán á la vida eterna. Al reino de la luz: al seno de la alegría: á la mansion del sosiego y de la paz. A ser ciudadanos del Cielo, compañeros de los Angeles, y felices eternamente con todos los santos y justos. A gozar de Dios, en fin, y á disfrutar para siempre de su amable compañía, de la de su Madre Santísima, y de la de todos los espíritus bienaventurados. ¿Cuál será el necio que diga no quiero ir al Cielo, ni quiero el gozo ni el descanso eterno? Si el goce de la felicidad es innato en el corazon del hombre, ¿cómo podremos huir del camino que aquella conduce? Este camino es Jesucristo: vivir con arreglo al mundo, y reinar despues con Jesus no puede ser: vivió humillado, y murió crucificado: para reinar es preciso decir con San Pablo (1): El mundo está muerto y crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Rey manstísimo, y padre misericordiosísimo: Tú que oyes siempre las súplicas que nacen de un corazon verdaderamente humillado á tu divina presencia, dignate oirme, y aleja del mio todo motivo de presuncion y de soberbia, para que humillado, y sin-

(1) Div. Paul. Ep. ad Galat. cap. 6. v. 14.

ceramente arrepentido, camine sin intermision hácia Tí todos los días de mi vida; y por el ejercicio y práctica de las buenas obras, siempre velando, y obrando con afanosa solicitud cuanto sea de tu gusto, á Tí vaya, á Tí llegue, y á Tí para siempre me una. Nunca apartes de mi entendimiento las luces de la sabiduría que sabes necesito, para no tropezar entre la multitud de errores y peligros que por todas partes en el mundo me rodean: y ya que por tu inefable misericordia me hiciste conocer las abominaciones de que está lleno, no permitas que con ellas se manche jamás mi espíritu. Pastor bueno! Pastor eterno! cuándo te pagaré yo la misericordia con que me admites á tu rebaño? Abre mi corazón á tu Evangelio, para que ame este pasto de salud eterna, y con él solo me alimente; ábrele á tu mano saludable, para que me deje llevar de ella: á los ejemplos de tus virtudes, para que en todo y siempre los siga. ¡Oh y cuánto tarde en ir á Tí! Si tengo de morir, y tengo de ser juzgado por Tí, y acá ó allá he de hacer penitencia, ¿por qué no elijo el tiempo de la vida presente para hacerla, y merecer despues ser contado en el número de tus siervos y amigos? Enséñame, Señor, á prepararme para que pueda darte esacta cuenta de los talentos recibidos, no sea que faltándome el aceite de las buenas obras, apagada la lámpara de la caridad, oiga de tu boca: apártate de mí, maldito de mi Padre, y marcha al fuego eterno. Sé Dios mio que esto es lo único que merezco, pues te dejé á Tí por lo que es infinitamente menos que Tú: pero á Tí vuelvo contrito y arrepentido, seguro de que no me despreciarás: aviva en mí, oh dulce Jesus, la fé de tu segunda venida para que con temor y temblor trabaje en prepararme para ella, velando día y noche, y merezca ser introducido por Tí en el palacio de tu gloria, donde con los Angeles y Santos eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está contenida en el 24 y 25 del Evangelio de San Mateo; en el 13 de San Marcos, y en el 21 de San Lucas.

La Iglesia usa de estos testos en diferentes días del año.

Del capítulo 24 de San Mateo, desde el versículo 15 al 35, en la Dominica XXIV despues de Pentecostés.

En la festividad de los Santos mártires Mario, Marta y otros compañeros á 19 de enero, usa del mismo capítulo 24 desde el versículo 3 al 13; y en otras muchas festividades de varios santos mártires; y en la misa *Salus autem justorum*, del comun de muchos mártires.

Del testo del capítulo 25 del mismo San Mateo, desde el versículo 1 al 13, usa en la misa de Santa Ines virgen y mártir, á 21 de enero; y en las festividades de otras muchas santas virge-

nes y mártires, y de vírgenes solamente; y en las misas *locuebar* del comun de santas vírgenes y mártires, y en la *dilexisti* del comun de vírgenes.

Del mismo capítulo de San Mateo, desde el versículo 14 al 23, usa en el día de San Nicolás obispo, á 6 de diciembre, desde el versículo 14 al 23; y en las festividades de otros muchos santos obispos; y en la misa *Statuit* del comun de confesores pontífices.

Del testo del capítulo 24 del propio San Mateo, desde el versículo 42 al 47, usa en la misa del día de San Dámaso papa á 4 de diciembre, y en la festividad de otros muchos santos papas, y en la misa *sacerdotes* del comun de confesores pontífices.

Del testo del mismo Evangelio de San Mateo, capítulo 25, versículos 31 al 46, usa en la misa de la feria segunda despues de la Dominica primera de Cuaresma.

Del testo de San Lucas, capítulo 21, versículos 9 al 19 usa en la misa de los Santos mártires Vicente y Anastasio, á 22 de enero; y en las fiestas de otros muchos mártires; y en la misa *Intret* del comun de muchos mártires.

Y del testo del mismo Evangelista y capítulo, versículos 25 al 33, en la Dominica primera de Adviento. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XXIV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

San Mateo, cap. XXIV, vs. 15 al 35.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: cuando viereis que la abominacion de la desolacion anunciada por el Profeta Daniel, está en el lugar santo (el que lee, entiéndalo), entonces los que estuvieren en Judea, huyan á los montes: y el que sobre la techumbre, no baje á tomar nada de su casa: y el que en el campo, no vuelva á tomar su ropa. Mas ¡ay de las preñadas y de las que erian en aquellos dias! Rogad que vuestra fuga no sea en invierno, ni en sábado. Porque habrá entonces tan grande tribulacion cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si no hubieren sido acortados aquellos dias, ningun hombre seria salvo: mas por causa de los escogidos serán acortados aquellos dias. Entonces si os dijere alguno: mirad, aquí está el Cristo, ó allí, no lo creais. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, que harán grandes milagros y prodigios, hasta ser enga-

fiados, si fuere posible, los mismos escogidos. Hé aquí os lo anuncio. Por tanto si os dijeren: hé aquí, en el desierto está, no salgais: hé aquí, en lo mas oculto de la casa, no lo creais. Porque como relámpago que sale de oriente, y resplandece hasta el occidente, asi será la venida del Hijo del hombre. Porque donde quiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. Mas luego que pasen estos dias de tribulacion, se oscurecerá el sol, y la luna no despedirá su luz, y caerán del Cielo las estrellas, y las virtudes de los Cielos serán comovidas. Y entonces aparecerá en el Cielo la señal del Hijo del hombre. Y entonces lamentarán todos los pueblos de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del Cielo, con gran poder y magestad. Y enviará sus Angeles con trompeta y gran voz, los cuales congregarán á sus escogidos de los cuatro vientos, del un cabo del Cielo hasta el otro. Aprended de la higuera esta parábola: Cuando ya está tierna su rama y brotan las hojas, sabeis que está cerca el verano. Asi vosotros cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cercano á las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generacion sin que se cumplan todas estas cosas. El Cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

EVANGELIO DE LA MISA DE LOS SANTOS MARTIRES MARIO, MARTA, ETC. A 19 DE ENERO; Y DE LA MISA SALUS AUTEM JUSTORUM DEL COMUN DE MUCHOS MARTIRES.

San Mateo, cap. XXIV, vs. 3 al 13.

En aquel tiempo: estando sentado Jesus en el monte de las Olivas, se llegaron á El los discípulos, y le preguntaron en secreto: Dinos, ¿cuándo sucederá eso? Y cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo? A lo que Jesus les respondió: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: yo soy el Cristo: y seducirán á muchos. Oireis asimismo noticias de batallas, y rumores de guerra. No hay que turbaros por eso: que si bien han de preceder estas cosas, no es todavia esto el término. Es verdad, que se armará nacion contra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares. Empero todo esto no es mas que el principio de los males. En aquel tiempo sereis entregados á la tribulacion, y os darán la muerte: y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion

unos á otros, y se odiarán recíprocamente. Y aparecerá un gran número de falsos profetas, que pervertirán á muchos. Y por la inundacion de los vicios se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, este se salvará.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN DAMASO PAPA A 11 DE DICIEMBRE: Y DE OTROS MUCHOS SANTOS PAPAS: Y DE LA MISA SACERDOTES DEL COMUN DE CONFESORES PONTÍFICES.

San Mateo, cap. XXIV, vs. 42 al 47.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: velad, pues, que no sabeis á qué hora ha de venir vuestro Señor. Estad ciertos, que si un padre de familias supiera á qué hora le habia de asaltar el ladron, estaria seguramente en vela, y no dejaria minar su casa. Pues asimismo estad vosotros igualmente apercebidos: porque á la hora que menos penseis, ha de venir el Hijo del hombre. ¿Quién pensais que es el siervo fiel y prudente, constituido por su Señor mayordomo sobre su familia, para repartir á cada uno el alimento á su tiempo? Bienaventurado el tal siervo, á quien cuando venga su Señor le hallare cumpliendo asi con su deber: en verdad os digo que le encomendará el gobierno de toda su hacienda.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SANTA INÉS VIRGEN Y MARTIR; Y DE OTRAS MUCHAS SANTAS VIRGENES Y VIRGENES Y MARTIRES: Y DE LAS MISAS LOQUEBAR DE VIRGENES Y MARTIRES, Y DE LA DILEXISTI DEL COMUN DE VIRGENES.

San Mateo, cap. XXV, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: semejante es el reino de los cielos á diez vírgenes: que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. De las cuales cinco eran necias, y cinco prudentes: pero las cinco necias, al coger sus lámparas no se proveyeron de aceite. Al contrario, las prudentes junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y se durmieron. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: no sea cosa que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras; mejor es

que vayais á los que le venden, y compreis el que os falta. Mientras iban estas á comprarle, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron tambien las otras vírgenes diciendo: ¡ Señor, Señor! ábrenos. Pero él respondió, y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco. Asi que, velad vosotros, ya que no sabeis ni el dia ni la hora.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN NICOLAS OBISPO, Á SEIS DE DICIEMBRE, Y DE OTROS MUCHOS SANTOS OBISPOS Y CONFESORES, Y DE LA MISA STATUIT DEL COMUN DE CONFESORES PONTÍFICES.

San Mateo, cap. XXV, vs. 14 al 23.

En aquel tiempo: dijo el Señor á sus discípulos: Marchándose un hombre á lejanas tierras, llamó á sus criados y les entregó sus bienes. Y al uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno solo, á cada uno segun su capacidad, y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos, fue, y negociando con ellos, ganó otros cinco. De la misma manera, aquel que habia recibido dos, ganó otros dos. Mas el que recibió uno, fue, é hizo un oyo en la tierra, y escondió el dinero de su Señor. Pasado mucho tiempo, volvió el amo de aquellos criados, y llamóles á cuentas. Llegando el que habia recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aqui otros cinco mas que he ganado con ellos. Respondióle su amo: muy bien, siervo bueno y fiel; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho, ven á tomar parte en el gozo de tu señor. Llegóse despues el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste, aqui te traigo otros dos que he grangeado con ellos. Díjole su amo: muy bien, siervo bueno y fiel, pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas mas, ven á participar del gozo de tu Señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA SEGUNDA DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXV, vs. 34 al 46.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: Cuando el Hijo del hombre vendrá en su Magestad, y todos los Angeles con El, se sentará sobre el trono de su gloria: y serán congregadas delante de

El todas las gentes, y separará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos: y las ovejas las pondrá á su mano diestra, y los cabritos á la siniestra. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su diestra: venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la creacion del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: tuve necesidad de hospedage, y me recogisteis: desnudo estuve, y me vestisteis: enfermo, y me visitasteis: estuve en la cárcel, y venisteis á verme. Responderánle entonces los justos diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos? ¿Sediento, y te dimos de beber? ¿O cuándo te vimos necesitado de hospedage, y te recogimos? ¿O desnudo, y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á verte? Y respondiendo el Rey, les dirá: en verdad os digo que cuantas veces hicisteis esto á uno de estos hermanos míos pequeñitos, á Mí me lo hicisteis. Entonces dirá tambien á los que están á la siniestra: apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: necesitado estuve de hospedage, y no me recogisteis: desnudo estuve, y no me vestisteis: enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Responderánle ellos entonces, y dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento ó necesitado de hospedage, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te asistimos? Mas El les responderá diciendo: en verdad os digo, que cuantas veces dejásteis de hacer esto á uno de estos pequeñitos, á Mí lo dejasteis de hacer. E irán estos al tormento eterno; mas los justos á la vida eterna.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LOS SANTOS MÁRTIRES VICENTE Y ANASTASIO, Á 22 DE ENERO, Y DE OTROS MUCHOS; Y DE LA MISA INTRET DEL COMUN DE MUCHOS MÁRTIRES.

San Lucas, cap. XXI, vs. 9 al 19.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: Cuando oyereis guerras y sediciones, no os asombreis. Es menester que estas cosas sucedan primero; pero no será luego el fin. Entonces, les decia, se levantarán unas gentes contra otras gentes, y unos reinos contra otros reinos, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes, y hambres; y en el cielo prodigios y grandes señales. Mas antes de

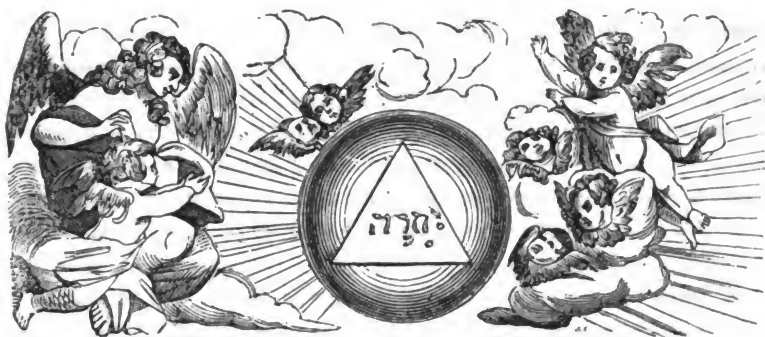
todo esto os echarán mano, y os perseguirán; llevándoos á las Sinagogas, y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre; lo cual os será ocasion de dar testimonio de Mí. Fijad, pues, en vuestros corazones, que no habeis de pensar antes cómo habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la cual no podrán resistir, ni contradecir todos vuestros enemigos. Y sereis entregados hasta por vuestros padres, y parientes y amigos; y matarán á algunos de vosotros. Y sereis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseereis vuestras almas.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.

San Lucas, cap. XXI, vs. 25 al 33.

En aquel tiempo: dijo Jesus á sus discípulos: Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la tierra, consternacion de las gentes por el espanto que causará el bramido del mar y de sus olas; secaránse los hombres de temor, aguardando las cosas que han de sobrevenir á todo el mundo. Porque las virtudes de los Cielos se conmovrán. Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y magestad. Cuando comiencen á suceder estas cosas, mirad á lo alto y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redencion. Y les propuso esta semejanza: mirad la higuera y los demas árboles; cuando comienzan á arrojar la fruta entendeis que se acerca el estio. Asi tambien cuando viereis suceder estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo que no se acabará esta generacion sin que todo esto se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.





CAPITULO XXVI.

EMPIEZA LA PASION DE JESUS.

§ 1.º

CONCILIO TENIDO EN JEBUSALEN CONTRA JESUS, Y RESOLUCION DE PRENDERLE Y MATARLE.

Muy próxima estaba ya la Pascua de aquel año, y la solemnidad que llamaban de los Azimos, en la que tenian los judios la precisa obligacion de cumplir con un precepto de su Ley, por el que debian consumir el pan comun, porque durante la festividad no podian comer sino el pan azimo y sin levadura: é instando ya el tiempo en que debian cumplirse los designios de la justicia y de la misericordia del Padre, que su Hijo esperaba con las mayores ansias; no podia este dejar de cumplir tambien los de su misericordia y amor, segun los habian descrito y anunciado los Profetas. Habia de llenar las cualidades de Doctor y de Maestro, enviado singularmente para preparar el reino de Dios el pueblo que caminaba entre las sombras de la muerte, y esto estaba ya suficientemente

cumplido en los tres años que habia recorrido en diferentes direcciones la Samaria, Galilea, y todas las partes de la Judea que formaban el antiguo dominio del pueblo de Dios. Pero Jesus era mas que esto: era la víctima grande que habia de ofrecerse al Eterno Padre, por la salud de todo el mundo sobre los montes de Israel; y era el Mesias, Doctor, Pastor, Maestro, y Salvador de todos los hombres; y por este título habia de morir para merecerles á todos con la efusion de su divina Sangre, y con su Pasion y Muerte dolorosísima, las gracias de salud, y la gloria de la adopcion. Jamás se habia visto sobre la tierra, ni justicia mas severa, ni misericordia mas tierna, que la que se vió brillar en la pasion y muerte del Hijo bendito del Eterno; siendo como era Santo, Inocente, sin mancha, segregado de los pecadores, y muy superior á los Angeles, en todo aquello que podia constituirle infinitamente amable á la presencia del Padre. Su alma era la obra mas bella, mas perfecta, mas cabal y completa, que jamás hubiese salido de las manos del Altísimo, y era por lo mismo mas amada de El que todas las criaturas del Cielo y de la tierra: su vida preciosísima, era la vida de todo lo que vive: y su muerte habia de ser laagonia de toda la naturaleza, el horror del Cielo, y la afliccion de los Angeles: sin embargo, estaba dicho en las Escrituras, que habia de ser sacrificado para la gloria de Dios, para la salud de los hombres, y para el establecimiento de un nuevo culto, fundado sobre la Divinidad de su Persona, y sobre el mérito de su sacrificio: y este sacrificio, esta víctima, y esta hostia debian ofrecerse en la solemnidad de la Pascua.

Fiel y exactísimo el Salvador en el cumplimiento de la voluntad de su Padre, que hacia mas de cuatro mil años que esperaba esta hostia, que se le habia ofrecido desde su entrada al mundo; viendole que estaba ya todo dispuesto, y que no faltaba sino la ejecucion del sacrificio; dió permiso al infierno para que desencadenara todas sus potestades contra su sacratísima persona. Habia llegado esta hora, y Jerusalem era el lugar donde el fuerte armado habia reunido todas sus fuerzas: al paso que el pueblo docil y sencillo, manifestaba dar á Jesus demostraciones de respeto, y testimonios de confianza; por el contrario los magistrados, los sacerdotes, y los pontífices, abrasados del fuego de su envidia, estaban empeñados en perderlo; por cuyo motivo se habia salido Jesus de la ciudad y marchado á Bethania. Allí fue donde dando rienda suelta á los afectos de su corazon como en otras ocasiones lo habia hecho, declaró la proximidad de este tiempo sin rebozo alguno á sus discípulos.

los, y les dijo: Sabed que dentro de dos dias han de celebrar los judios su Pascua; pero sabed asimismo que no contentos con sacrificar sus corderos, sacrificarán tambien al Hijo del Hombre, que será entregado á los estrangeros, y estos le crucificarán. Y en efecto: en este mismo tiempo sus mas capitales enemigos, que poseian los primeros cargos, así eclesiásticos como seculares, y que tenian las primeras cátedras en las escuelas públicas; sedientos siempre de sangre, se juntaron en la casa de Caifás, sumo sacerdote, para deliberar entre sí los medios de perderle, y hacerle morir. No querian usar de violencia, ni se atrevian á intentar esto en la solemnidad de la Pascua, temiendo algun alboroto del pueblo, que apreciaba mucho á Jesus. No era esta la vez primera que se habian tomado semejantes resoluciones, pero en esta asamblea se convino en que ya no habia que perder tiempo, y que era preciso que este perverso designio tuviese su ejecucion antes de la Pascua, pues así era en extremo conveniente para la salud del pueblo: tal era el oráculo que habia salido de la boca del Pontífice: *conviene que un hombre muera por el pueblo y no perezca toda la gente.*

Jamás pudo pronunciar hombre alguno una verdad tan importante, como esta que pronunció Caifás en el gran consejo de Sion, pues ella no era sino una repeticion de cuanto desde la eternidad estaba resuelto en el consistorio de las Divinas Personas. El evangelista refiere el hecho, publica el dicho, y no lo censura como blasfemia; sino que lo transmite á la Iglesia como una profecia dictada por el Espíritu Santo al presidente del concilio, diciendo: *Esto no lo dijo de sí mismo; sino que siendo pontífice en aquel año, profetizó.* Con todo conviene saber, que Caifás mantenía en su corazon el furor de un basilisco, y le tenia plagado del veneno de los áspides, y de la hiel de los dragones: y si bien profetizó entonces, no era Profeta; era impio, era malvado, era apóstata, era enemigo declarado de Cristo y lo queria muerto; y la salud del pueblo de que se mostraba tan celoso, era solo un pretexto para cohonestar el odio feroz é implacable de que estaba poseido contra Jesucristo; el que queria cohonestar con pretexto del bien del pueblo: pues como dice el célebre historiador Josefo (1): los escribas y fariseos eran una clase de hombres astutos, arrogantes, que se abrogaban la mayor fidelidad en la observancia de la Ley, sin separarse jamás de ella en todo aquello en que la tenacidad de su ofuscada razon les hacia inclinar, siguiéndolo con pertinacia, aunque fuese contra la

(1) Josef. lib. 18. Antiquit. cap. 11. et lib. 17. cap. 4.

misma Ley, la razon y la justicia; siempre que ellos lo creian así conveniente para la consecucion de sus planes y designios.

El evangelista dice muy oportunamente que *profetizó*. Porque si hubiera conocido el horror de su blasfemia, seguramente no hubiera pronunciado el oráculo, pensando tan siniestramente como pensaba de Cristo. Así cubrió toda la apariencia de su infame vicio, con los honores de la virtud; y atropelló por decirlo así la mas importante de todas las resoluciones, haciendo el mayor bien á todo el mundo; porque así estaba decretado en los consejos eternos. Solo hubo en esto una diferencia muy notable, y fué, la de que ni él ni sus compañeros querian que el sacrificio se verificase en el dia de la Pascua, y Jesus, figurado tantos siglos antes por el Cordero Pascual, queria morir el dia de la Pascua; por lo que permitió al demonio, cabeza invisible de la conjuracion formada contra el mismo Señor, que ofreciese á los judios una ocasion oportuna para perderlo, la cual aceptaron ellos con mucha alegria, y la pusieron por obra en el mismo dia en que segun su determinacion nada debia ejecutarse contra la Persona del Salvador.

§ 2.º

COME EN BETHANIA EN CASA DE SIMON EL LEPROSO, Y UNA MUJER DERRAMA SOBRE SU CABEZA UN ESQUISITO BALSAMO.

Pasó el Señor segun su costumbre toda la noche en oracion, y los discípulos se retiraron cada uno á la casa donde tenian tambien la de pasar la noche; en la que arrebatado el Señor trató con su Padre sobre la consumacion de la obra que estaba á El encomendada. Nada dicen los Evangelistas del lugar en que permaneció el Señor en aquella noche terrible, y parece muy probable fuese en algun parage retirado del monte de las Olivas. Llegó el dia, y dándose Su Magestad á conocer, fue inmediatamente buscado por los habitantes de Bethania, que acordándose del estupendo milagro de la resurreccion de Lázaro, corrian siempre en pos de El, porque en todas partes les hacia sentir los saludables efectos de su bondad. Uno entre ellos llamado Simon, y por sobrenombre el *leproso*, de cuyo mal habia sido curado por el Salvador, le convidó á comer. Aceptó su Magestad el convite, y despues de haber pasado el dia en sus ocupaciones ordinarias de predicar á las turbas, y curar á los enfermos, fué por la tarde con sus Apóstoles á la casa de Simon: en la que se renovaron las principales circunstancias del convite en que se ha-

bia hallado unos dias antes en casa de Lázaro, hermano de Marta y Maria. Apenas se hubieron sentado para comer segun la costumbre de los judios, cuando entró en la sala del convite una muger celosa de la gloria de Cristo, y poseida de profunda veneracion hácia su Persona. No hay por qué repetir, que era esta aquella Maria Magdalena tan amante de Jesus, que no sabia apartarse de su compaña, deseosa de instruirse mas y mas en las santas doctrinas que sin cesar anunciaba; y de manifestarle constantemente la gratitud de su corazon amante, por las singulares misericordias que de El habia recibido. Traia en sus manos un vaso de alabastro lleno de un bálsamo esquisito de espiga de nardo, licor de un gran precio, y de un olor el mas suave y grato. Se acercó con respeto, mezclado de confianza: rompió el vaso, y derramó el ungüento sobre la cabeza del Salvador. No era nueva entre los judios esta ceremonia, y su uso y practica está bien espresa en varios lugares de la Escritura.

En otra ocasion semejante habia dado Judas un mal ejemplo, que en esta siguieron algunos de los Apóstoles, aunque su reparo no nacia del fondo de la avaricia de que estaba poseido el corazon de aquel traidor. La liberalidad piadosa de esta muger les pareció una profusion reprehensible; se indignaron contra ella, y murmuraron contra la generosidad con que tan espléndidamente manifestaba su gratitud y amor al Maestro Divino. No se escondian al Salvador amantísimo los pensamientos de algunos de los presentes, y guardaba respetuoso silencio, manifestando aprobar con él lo que algunos de sus discípulos reprobaban; y autorizados estos á su parecer por el silencio de aquel, se atrevieron á producir en público su reprobacion; diciendo en voz bastante alta é inteligible: ¿A qué viene echar á perder sin fruto alguno cosas tan preciosas? Pudiera haberse vendido este bálsamo en mas de trescientos denarios, y ésta considerable suma estaria sin duda alguna mucho mejor empleada en alivio de los pobres. Como sabian bien el grande aprecio que Jesucristo hacia de ellos, figurábanse con esto, que sus intenciones estaban en perfecto acuerdo y armonia con las de Jesus. No hay duda en que el Salvador los amaba con la mayor ternura, y que en todas las ocasiones se habia declarado su Padre y protector; mas á pesar de esto, no queria que las obligaciones de caridad sirviesen de pretesto para condenar las de la religion; ni las de la gratitud y del amor: por esto, en vez de aprobar la conducta de los Apóstoles, la reprendió con severidad, diciendo: *No inquieteis ni molesteis esta muger por lo que acaba de hacer conmigo*. Esta es una obra cuyo valor y mérito vosotros no conoceis. En la ocasion presente tiene un mérito grande, y

proso.

§ 3.º

PACTA JUDAS CON LOS ESCRIBAS Y FARISEOS POR UN PRECIO DE-
TERMINADO LA VENTA DE SU MAESTRO.

Uno de los Apóstoles que asistieron á este convite en compañía de Jesus, fue Judas, natural de Carioth, llamado por esto Iscariote, de cuyo corazon se habia apoderado de tal manera el espíritu maligno, que le gobernaba como queria. Sacóle pues de la compañía de su Divino Maestro, y de la de los demas discípulos para conducirle como esclavo voluntario, á la junta ó asamblea de los principes de los sacerdotes que estaban reunidos en la casa de Caifás, mientras el Señor permanecia en la de Simon dando á sus Apóstoles las instrucciones que acabamos de ver; y presentado allí el discípulo malvado, dió principio á su traicion, diciendo á los magistrados: *¿Qué es lo que quereis darme, y yo os le entregaré?* La avaricia en que ardía su corazon no estaba contenta: miraba con pesadumbre desvanecerse todos los dias sus esperauzas en seguimiento de su divino Maestro,

sin que se le ofreciesen ocasiones de ganancia por las que ávidamente suspiraba; y creyendo deber aprovecharse de las circunstancias, sabiendo el ardor con que los príncipes de la Sinagoga procuraban apoderarse de la persona de Jesus, maquinó que este seria el camino mas corto para enriquecerse, y por esto no titubeó en presentarse.

No podia hacerse á los escribas una propuesta mas gustosa; y asi determinaron darle treinta dineros de plata, los que habia de recibir despues de egecutado su exacrable designio. Este fue el precio de la vida de mi Dios; y esto bastó para mover á esta alma apocada y vil, al mas execrable de todos los designios. El salmista Rey lo contempló en espíritu, y poseido de amargura y sentimiento no pudo menos de clamar en la persona de Jesus, y de decir: «Si mi enemigo me hubiese maldecido, yo lo hubiera sufrido con paciencia. »Si los que me aborrecian hubiesen hablado mal de mí, me hubiesen »escarnecido y vendido, yo hubiera procurado esconderme de su presencia: pero que lo haya hecho un hombre que estaba identificado »conmigo, que era uno de mis allegados, y á quien yo habia elegido »para que fuese uno de los primeros capitanes y gefes de mi ejército, »esto es lo que me ha llenado de tristeza y amargura»: ¿y á quién no llenará de santa indignacion esa traicion tan horrible y espantosa? Por treinta dineros de plata vende Judas á su Maestro, pero segun su propia espresion aun parece que lo hubiera vendido por menos; véase si no como no pide un precio determinado, y solo dice, *¿qué es lo que quereis darme?* y ellos le ofrecieron treinta dineros de plata. Bien pequeña era por cierto la cantidad por un servicio que ellos tenian por tan importante. No lo era tanto seguramente el que prestaron los centinelas que guardaban el sepulcro despues de la muerte de Jesus, y sin embargo, para que dijese que sus discípulos habian venido, y lo habian robado mientras ellos dormian, les ofrecieron, como dice San Mateo, una gran cantidad (1), de moneda. Mas como debian cumplirse las Escrituras, le ofrecieron solamente las treinta monedas por la venta de Jesus.

Si Judas hubiese podido penetrar el corazon de Jesus, y conocer toda la intensidad de su amor, y del deseo vehementísimo de que estaba animado, seguramente que hubiera desistido de su sacrílego é infernal proyecto; pero ciego y endurecido, aceptó el pacto y la oferta, y ya no pensaba sino en hallar ocasion oportuna para ejecutar su intento, sin oposicion alguna del pueblo. Dada su palabra, y

(1) Math. c. 28. v. 12

contraído el empeño, volvió á Bethania peseído del demonio, esperando la ocasion para consumir su designio; tan tranquilo en su exterior, y tan satisfecho de sí mismo como si nada tuviese por qué reprenderse. Desde por la mañana se juntó otra vez con Jesus y con los otros Apóstoles, sin manifestarse en nada turbado ni descompuesto, y sin que Jesus manifestase tampoco la menor sospecha sobre su detestable traicion; para evitar al traidor los embarazos en que necesariamente debia de verse, si el Maestro Divino, cuya penetracion no podia ignorar, y cuya justicia debia temer, le hubiese manifestado ó con su semblante ó con sus palabras, que tenia noticia de su traicion, y del precio vil por el que lo habia vendido.

El Evangelista San Juan (1) nos hace observar una circunstancia que tiene como una fuerza divina: dícenos, que cuando Judas hizo esto, era de noche. Perdió Judas en una ciega noche todas las luces del Cielo; no veria ni consideraba el horrible abismo donde iba á precipitarse cuando se separaba de Cristo y de los Apóstoles, para unirse á los políticos: sobre lo que dice Orígenes (2): Era de noche: pero no era una noche sensible, porque sus tinieblas preocupaban el alma de Judas. Que un Apostol se desuna de su Colegio, que pase al partido del siglo, que trate con quien trata de perjudicar la causa de Cristo, que consienta sus tratados, que suscriba sus decretos, y que haga cuanto los enemigos quieren, no es posible creer que esto suceda á la primera ráfaga de la tentacion; porque no puede verificarse sino por el abuso del ministerio divino, y hasta que se ha abierto el corazon al demonio, y se le ha dado completa posesion en el alma, por el intenso deseo de robar: entonces es, cuando el enemigo feroz la fascina á su placer, y la arrastra á todos los extremos de maldad; para que ya no le sea posible otra vez unirse á los discípulos de Cristo, sino precisamente á sus enemigos, para venderlo y entregarlo. Es preciso que el interés, la ambicion, la maldad, apaguen en su entendimiento y en su corazon todas las luces de la verdad eterna, y que se difundan sobre su alma las tinieblas de la mas horrible noche, en cuya consecuencia no vea ni el envilecimiento de su grado; ni la profanacion de su orden; ni la violacion de sus juramentos; ni la deformidad del pecado que comete; ni la belleza de la gracia que pierde; ni el Cielo cerrado; ni el infierno abierto; ni Cristo entregado; ni su alma vendida: sino que se lance en medio de estas tinieblas de horror y espanto, á todos los peligros y desgracias á que el demo-

(1) Joan. c. 13. v. 30.

(2) Origen. Tract. 32. in Joann.

nio dueño, absoluto de su alma, quiere precipitarle. Mas á impedir tanta ruina en la Iglesia, en el Apostolado, y en las almas nos avisa San Pablo, (1) diciendo: *No deis entrada al diablo en vuestro corazón.* Sobre lo que dice el venerable Beda: Son muchos los que se horrorizan al contemplar la maldad de Judas; pero muy pocos los que procuran avitar caer en ella: porque el que desprecia los derechos y deberes de la caridad, este vende y entrega á Cristo, que es todo caridad (2).

§ 4.º

ENVIA JESUS DOS DE SUS DISCÍPULOS A JERUSALEN PARA PREPARAR LAS COSAS NECESARIAS PARA LA CELEBRACION DE LA PASCUA.

Por mas vivas que fuesen las ansias de Judas para entregar al Maestro Divino en manos de sus enemigos, no podia menos de permanecer en su compañía, hasta que se le presentase la ocasion que deseaba: asi es, que aun estaba en la compañía de Jesus, cuando llamó Su Magestad á dos de sus discípulos, Pedro y Juan, y los mandó ir á Jerusalem para preparar todo lo necesario para la celebracion de la Pascua, que queria celebrar aquel dia con ellos; la cual habia de ser la última de su vida. Instaba el tiempo de las misericordias, y el Señor de todas ellas, que tenia dispuesto el salvar á su pueblo, no con el oro y la plata, que se corrompen aunque sean metales preciosos, sino con el inestimable tesoro de su preciosísima sangre, quiso celebrar con sus discípulos una muy notable cena, antes de apartarse de ellos por la muerte, en signo inmemorial y perenne de su amor, y para completar los misterios que todavia restaban que cumplir. Esta cena fue prefigurada en los panes de proposicion que Abimelech ofreció á David; pero fue sobremanera mas grande y mucho mas magnífica, porque era sin comparacion mucho mayor lo que en ella se verificaba. Para comprenderlo bien es preciso advertir, que la fiesta de la Pascua emezazaba en Jerusalem para los Galileos á las tres de la tarde. El dia en que empezaba se llamaba el dia primero de los ayunos. En este dia, y desde la hora dicha hasta ponerse el sol, estaban los sacerdotes ocupados en matar y desollar, en el recinto de la casa de Dios, los corderos que cada familia debia venir á tomar allí, para comerlos, segun el ceremonial prescrito por la Ley.

(1) Div. Paul. Ep. ad Efes. c. 4. v. 27.

(2) Ven. Bed. in cap. 14. Marci.

Este día era el de la luna décimacuarta del mes, esto es, la feria quinta y vigilia de la Pascua, en la que se comía el cordero.

Jesucristo, que por el origen de su casa, y por el lugar de su nacimiento era miembro de la tribu de Judá, era al mismo tiempo por la morada de su familia y por la eleccion de su domicilio tenido por Galileo, podía elegir personalmente, ó el día destinado para los extranjeros, ó el siguiente, en que los habitantes de Judea, y los de Jerusalem, debían cumplir su solemnidad. Pero Su Magestad, que sabía que el día mismo en que los judíos debían comer el cordero pascual había de espirar sobre la Cruz, y sustituir en su Persona la realidad á la figura, eligió el día de los Galileos; y efectivamente sus Apóstoles, todos habitantes ú originarios de Galilea, no dudaban que su Maestro, á quien tenían en lugar de padre de familia, quisiese presidir en la celebracion de la fiesta. San Mateo nos hace advertir que los Apóstoles invitaron á Jesus y le preguntaron dónde quería que se preparase lo necesario para comer la Pascua (1). Y San Lucas es el que nos dice que los discípulos enviados fueron Pedro y Juan (2). Oyó el Señor la observacion de sus discípulos, y como dueño de todas las cosas, y como quien tiene un perfecto conocimiento de todo lo que ha de suceder, como efectivamente lo tenía; ordenóles que fuesen á Jerusalem, y les aseguró que á la entrada de la ciudad encontrarían un hombre que llevaría un cántaro de agua, que le siguiesen, entrando en la casa donde él entrase; que allí encontrarían al dueño de ella, á quien de su parte habían de decir: «El Maestro, »cuyos discípulos somos, sabiendo que está cerca su hora, nos ha »enviado á pedirnos vuestra sala para celebrar en ella hoy la Pascua »con nosotros: y él os mostrará al punto una sala bien grande y »adornada con todos los muebles necesarios para una mesa, y en ella »preparareis todo lo necesario para comer el Cordero Pascual.» Partieron sin dilacion los dos discípulos, y habiendo encontrado las cosas en el estado que les había dicho, aparejaron y dispusieron todo lo necesario para la celebracion de aquella fiesta.

El venerable Beda (3) sobre este lugar, dice: Habiendo de preparar los discípulos el lugar para la celebracion de la Pascua, les salió al encuentro un hombre que llevaba un cántaro de agua, para demostrar que en aquella Pascua se habían de borrar los pecados del mundo. El agua significa el lavacro de la gracia, y el can-

(1) Math. cap. 26. v. 17.

(2) Lucæ, cap. 22. v. 8.

(3) Ven. Bed. in cap. 22. Lucæ.

taro la fragilidad de aquellos por los que la gracia misma se habia de repartir un día al mundo. Jesus les previno que le dijese, *el Maestro dice*, para demostrar que aquel hombre que les habia de facilitar el local, era tambien discípulo de Cristo, aunque oculto; y por esto les proveyó no solo de local, sino de cordero, y de todo lo demas necesario; con lo que se demuestra la suma pobreza de Cristo, que ni tenia domicilio, ni habitacion, ni de donde poder comprar lo necesario para la celebracion de la Pascua; por cuya razon concluye, que le preguntaron los discípulos *dónde queria que se le preparase el lugar para comer la Pascua*. Solamente un hombre Dios, para quien nada habia oculto, y que conocia las cosas futuras con tanta claridad como las presentes, podia haber dado semejantes órdenes, y con tales seguridades. Los dos Apostóles á quienes comisionó el Señor, que le conocian bien, y que tenian puesta en El toda su confianza, partieron inmediatamente, sin tener contradiccion alguna en cuanto les dijo el Maestro. Caminaron velozmente á la ciudad; hallaron las cosas como Jesus les habia dicho. Teniendo asegurada la sala, marcharon al templo, hicieron sacrificar en él las víctimas ordinarias, trajeron el Cordero Pascual, compraron las lechugas agrestes, proveyéronse de panes ácimos, y por fin mandaron asar el cordero, con lo que se halló todo dispuesto al tiempo de entrar Jesus con los demas Apóstoles.

§ 5.º

COME CON SUS APÓSTOLES LA CENA LEGAL Y LES DECLARA QUE UNO DE ELLOS LO HA DE VENDER Y ENTREGAR.

Eran como las siete de la tarde cuando el Señor se dejó ver con sus Apóstoles en el lugar que estaba preparado, esto es, en el monte de Sion santo y escelso donde habia de comer la Pascua; significacion que dan muchos Padres y Doctores al Cenáculo, por la elevacion y grandeza de los grandes misterios que allí se verificaron. Lugar donde los discípulos de Jesus estuvieron escondidos despues de su resurreccion, por el miedo que tenian á los judios. Y lugar donde recibieron el Espíritu Santo prometido por el Salvador en el día Santo de Pentecostés. Este monte de Sion, monte cuajado de justicia y santidad, monte pingüe, monte ameno, monte en el que se complació habitar el Señor, y en el que obró el mayor de todos los milagros, como monte que destila panales de dulzura, y como flor que derrama el aroma mas confortante y grato, llena con

su memoria el alma de tan dulces consuelos, que es como imposible el recordarlos y enumerarlos sin poseerse del mas religioso respeto, del temor mas vehemente y del amor mas vivo. En este monte, ó cenáculo, en fin, se sentó Jesus á la mesa, y con El sus discípulos, segun el órden con que acostumbraban siempre á colocarse.

Aunque el rito de comer el Cordero Pascual segun lo prescrito por Dios en el Exodo debia ser estando de pie, con báculos en la mano, ceñidos de sus cíngulos, y en traje de caminantes; se cree con algun fundamento, que esto no se verificó sino en la primera Pascua celebrada en Egipto, cuando los Israelitas debian ponerse en camino para la conquista de la Tierra Santa, y en los cuarenta años que duró su trasmigracion por el desierto: y que por lo mismo estando en Jerusalem, y esta ciudad sejeta al imperio Romano, habrian adoptado los judios las costumbres de los romanos, y comerian recostados sobre una especie de camillas segun la costumbre de aquellos: sin embargo de lo que, es preciso confesar que la *Cena legal* en que debia comerse el Cordero, se verificaria con toda la regularidad que prescribia la Ley, que era propia de la cabeza Divina que en ella presidia, ya que desde su primera entrada al mundo se habia circunscrito á la observancia de la Ley, con la mas puntual exactitud.

No parecia regular que en esta cena se presentasen otros sucesos mas que los ordinarios y de costumbre en semejantes ocasiones: pero la última Pascua del hombre Dios antes de su muerte debia estar acompañada de circunstancias verdaderamente divinas. Apenas se habian sentado á la mesa y empezaban á comer, conversando juntos con la libertad que el amoroso Maestro daba á sus discípulos, cuando echando sobre ellos una mirada llena de bondad, les dijo: « En gran manera, y con vehemente deseo, he deseado comer con vosotros este Cordero Pascual antes que padezca, porque os aseguro que no comeré mas de él hasta que sea cumplido en el reino de Dios. » Que fué lo mismo que si les hubiera dicho: Como el Cordero Pascual por la última vez: ya se acabó para Mí la Pascua legal: ya es tiempo que con mi muerte se echen los cimientos de mi Iglesia, y que con mi sangre se establezca y consolide el reino de Dios entre los hombres. La cena del Cordero ordenada por Moisés, hará lugar á la del verdadero Cordero de Dios que va á ser inmolado por la salud del mundo. Desde ahora cesan las figuras, y la Pascua verdadera representada en la antigua será efectivamente cumplida por el sacrificio de mi vida. Estos son mis anhelos

desde que estoy en este mundo, y lo que me ha hecho suspirar por este día en que celebramos juntos esta solemnidad.

Habiendo dicho estas palabras, llenó Jesús un cáliz de vino; dió gracias á su Padre como tenia de costumbre, lo presentó á sus discípulos despues de haberle bendecido, y les dijo: «Tomad y distribuidlo entre vosotros, participad todos de él: porque de verdad os digo, que desde ahora ya no beberé mas de este vino comun, fruto de la vid, hasta aquel día en que lo he de beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.» Y así fue, que triunfante y glorioso lo bebió en su Iglesia con los discípulos; con nosotros, que comimos y bebimos con El despues que resucitó de entre los muertos (1). Esto es lo que le hizo decir á San Juan en el libro misterioso de la Apocalipsis: Mira que yo estoy parado á la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz y me abriese la puerta, entraré á él y cenaré con él, y él conmigo (2). Otra significacion no menos misteriosa y profética tienen estas palabras de Jesús: *no beberé mas con vosotros del fruto de la vid como lo hago en esta cena, hasta que haya llegado el reino de Dios*: esto es, en este tiempo que ya se acerca, resucitado de entre los muertos, y declarado rey por mi Padre en su reino celestial, que es la Iglesia de su Hijo, beberé aun del vino en vuestra compañía, con nuevo gozo de mi parte, y nueva satisfaccion de la vuestra; y entonces se afianzará mas y mas en vuestros corazones la fe de la nueva vida. Todos bebieron del cáliz segun la orden de su Maestro, y con la mira y consideraciones que sus palabras les habian sugerido. No temió Judas beber de él como los demas. Todos estaban sumamente conmovidos. Judas manifestó estarlo tambien como los demas; pero el traidor se hallaba distraido con pensamientos bien diferentes.

El Señor habia dicho, que vino á pegar fuego al mundo, como nos lo refiere San Lucas (3): y que lo que queria, era, que todo él se inflamase con el fuego del amor que consumia sus entrañas; así que no pudiendo mirar con indiferencia el pérvido disimulo, la ciega obstinacion, y la inaudita dureza de que estaba poseido el malvado Judas, penetrado de dolor, prorumpió en alta voz, y dijo: *Uno de vosotros es el traidor, que va á entregarme á mis enemigos: su mano está conmigo en la mesa, y conmigo come*. Como si dijera: Yo voy á ser sacrificado, pero la vista de mi cercana muerte no es lo

(1) Actor. cap 10. v. 41.

(2) Apocalip. cap 3. v. 20.

(3) Lucæ, cap. 12. v. 49.

que mas me atormenta. Otra pena, otro pesar acerbo, es el que me martiriza y aflige: si Yo mismo no os lo dijera, no lo creeriais. Causó este aviso tanto espanto y dolor á los Apóstoles, que no atreviéndose á fiarse de sí mismos, ni á contar con su propia fidelidad, le fueron sucesivamente preguntando: *¿Por ventura soy yo, Señor?* Pero el Salvador solamente les dijo, que era uno de los que comian en un mismo plato con El; asegurándoles, que estaba resuelto á morir, y que se cumpliría hasta la menor circunstancia de cuanto estaba profetizado del Hijo del Hombre en las Escrituras santas. Pero añadió: «desdichado de aquel que ejecute la accion abominable de entregar al Hijo del Hombre, *mejor le fuera no haber nacido.*»

Estremeciéronse todos al oir esto, á escepcion del traidor á quien se dirigia aquel discurso, el cual temiendo ser descubierto si no hacia lo que los otros, preguntó con presuncion y arrogancia: *¿Por ventura soy yo, Maestro?* Entonces el Señor le respondió, no con algun rebozo, como á los demas, sino claramente: *Tú lo has dicho:* Con todo eso, le habló en voz tan baja, y con semblante tan sereno, que nada pudieron entender aun los que estaban mas inmediatos, ni hicieron reflexion alguna sobre cogidos del temor y espanto que les causaba el delito que les acababa de anunciar, sin descubrirles el delincuente. Quería ganar asi á este pérfido, librándole del deshonor que merecia, y ejecutar con él, como lo hizo despues, uno de los actos mas admirables de caridad y humildad que jamás se vieron. Aunque la contestacion de Jesús era terminante, no cayeron los Apóstoles en la sospecha sobre quien fuese el verdadero culpado; por lo que dejaron de inquirir mas sobre una cosa que solo Jesus podia decir, y siempre lo rehusaba.

El Salvador amantísimo miraba con ojos de compasion este falso y desventurado discípulo, de cuya alma se habia apoderado el demonio, y al mismo tiempo consideraba que habiendo llegado ya la hora en la cual era preciso dar cima al importantísimo negocio de la redencion que le habia encargado su Padre, no podia menos de ver si lograria cautivar el corazon de aquel que estaba tan próximo á perderse para siempre; lo que le obligó á hacer nuevos esfuerzos, á fin de ver si podia ganarle.

§ 6.º

LAVA LOS PIES A SUS APÓSTOLES.

Concluida, pues, la cena legal, se levantó al punto de la mesa,

se quitó su manto ó ropa, y ciñéndose un lienzo ó tohalla, echó agua en una jofaina; y postrándose á los pies de los Apóstoles, empezó á lavárselos. Era, á la verdad, costumbre recibida entre los judios el lavarse una vez antes de sentarse á la mesa; y cuando celebraban la Pascua practicaban esta accion algunas veces, pero jamás se lavaron los pies, y mucho menos por medio de tan Santas manos, como las que ahora se empleaban en este ministerio. Los lavaba y los enjugaba con el lienzo ó tohalla que tenia ceñida; porque queria que estuviesen los suyos perfectamente limpios, porque los preparaba para un banquete nuevo, todo celestial y divino, que pedia una pureza estraordinaria y como angélica. Y los preparaba, en fin, para la predicacion del Evangelio de la paz, de la humildad y del amor. Asi fue, que se vió el Señor á los pies de los siervos: el rey, á los de los vasallos: el maestro, á los de los discípulos; y el criador, á los de las criaturas, y aun de la mas vil y despreciable de todas ellas. El que está sentado sobre los querubines, y tiene por alfombra los cielos mismos, se vió confundido entre el polvo de la tierra; y el Dios de la magestad, de la grandeza y de la santidad, se prosternó ante los pies mas inmundos y despreciables que jamás pisaron la tierra.

El primero á quien se encaminó el Señor para hacerle este obsequio, fue Simon Pedro, como que era el elegido para cabeza del Santo Colegio Apostólico, y su vicario sobre la tierra; y era bien que manifestase la distincion que hacia del primero de sus discípulos: pero sobrecogido de temor, y lleno de confusion el Apóstol, exclamó, retirándose: ¡Y qué, Señor, Vos quèreis lavarme los pies! ¡Vos á mí, Jesus á Pedro, el Hijo de Dios á un hombre pecador! No condenaba Jesus unos afectos y sentimientos tan justos; pero era forzoso llevase á cabo aquel misterio que, por entonces, ninguno de los presentes sabia comprender; y asi le dijo: Lo que Yo hago ahora tú no lo sabes ni comprendes; bien presto lo sabrás: esta no es mas que la preparacion para un fin altísimo que tú has de llenar despues; luego te explicaré el misterio. No se convenció Pedro por estas prudentes escusas de su Maestro, y se resistia con mayor tenacidad, tanto que fué preciso que Jesus insistiese con nuevo fervor, y que, revestido de su autoridad omnipotente, no solo mandase, sino que amenazase, puesto que como dice el venerable Beda (1), ya en otra ocasion habia manifestado su pequeñez y miseria á la presencia de Jesus, diciéndole: *Sal de mí, Señor,*

(1) Ven. Bed. in. cap. 22. Lucæ.

porque soy hombre pecador: y en otra le habia confesado y reconocido *por el Cristo Hijo de Dios vivo*: y sabia que El era el Dios de los Dioses, el Rey de los Angeles, el Hijo del Altísimo, el espejo sin mancha de la magestad de Dios, y la imagen verdadera de la bondad de su Padre: que era aquel á quien adoran los Angeles y todas las Potestades del Cielo; ante quien se inclinan aquellas que por su orden sustentan el peso de todo el orbe; y ante el que doblan su rodilla todas las criaturas del Cielo, de la tierra, y del infierno; por cuya razon, fué hasta cierto punto necesario que el Maestro Divino le amenazase, diciéndole: *Si te resistes, y no permites que te lave los pies, no tendrás partes conmigo*: esto es, Yo te exonero de la dignidad de discípulo mio, y no participarás de la gracia á que te destino.

Bien conoció Pedro el profundo ejemplo de humildad que su Maestro le daba en esta ocasion; pero no comprendia el principal objeto de estos abatimientos, y misteriosa ceremonia, la cual no era solo una leccion de humildad de espíritu, sino mas particularmente de sinceridad y pureza de corazon, representada en el símbolo del lavatorio y limpieza de los pies; disposicion necesaria para el grande Sacramento del cual iba á hacer partícipes á los Apóstoles. Sacrificio perpétuo en su Iglesia: Pan-celestial de sus hijos; y fuente de pureza, de sanidad y de gracia: y aunque no profundizó tantos secretos, cedió á la voluntad de Jesus por evitar la amenaza; y dijo: ¡Oh Señor! pues va en ello la pérdida de vuestra gracia, que es el solo bien que yo estimo, me rindo y sujeto en todo á vuestra voluntad; haced de mí lo que quisieréis, y lavadme, *no solamente los pies, sino las manos, la cabeza, y todo el cuerpo*: con lo que manifestó claramente que á todo estaba pronto por no incurrir en su desgracia, y ser privado de sus beneficios. A todo esto no pudo menos de replicar el Salvador, que no era preciso cuanto él le ofrecia; pues habiéndose lavado antes de la cena, segun la costumbre, debian considerarse como los que salian de un baño; los cuales teniendo lavado el rostro, y el cuerpo, solo tenian necesidad de hacer esta misma diligencia con los pies, que era lo que solo les faltaba á ellos para estar perfectamente limpios: que era lo mismo que si les hubiera dicho: purificados por las gracias que de Mí habeis recibido, vuestra conciencia está limpia; pero es necesario usar de esta precaucion y remedio contra las imperfecciones y faltas casi inevitables á la flaqueza humana. Con lo que les mostró la pureza que habian de tener aquellos que deseaban ser partícipes de la Celestial mesa, de la cual no podian hacerse dignos, si no

purificaban antes su alma de las menores manchas, figuradas en el polvo que se pega á los pies.

Terrible fué para Pedro la contestacion de Jesus, y temeroso de perder la gracia y amistad de su Maestro, de ser escludido del Apostolado, y de hacerse indigno de merecer nuevos favores; se sometió inmediatamente á todos los designios de su voluntad, sin manifestarle la mas mínima resistencia. Una cosa empero les añadió Jesus, que debia haber puesto á Judas en la mas grande consternacion. *Vosotros*, les dijo, *estais bastante limpios, pero no todos*: queriendo dar á entender con esto, que conocia los planes, y maquinaciones secretas de aquel malvado, á quien daba de cuando en cuando estos recuerdos y avisos, para obligarle á reconocerse, y á detestar su delito.

Despues de haber lavado los pies á todos, y muy particularmente los de Judas, que tan pronto habian de correr por los caminos de la iniquidad y de la perdicion, para que se derramara su sangre preciosísima; los que segun el sentir de varios espositores lavó el Señor con las lágrimas de sus ojos, mas que con el agua que tenia en la jofaina; estrechándolos contra su corazon, para que oyendo los latidos de su amor, desistieran de su criminal empresa; tomó sus vestiduras, y volviéndose á sentar á la mesa, les dijo: *Ya habeis visto lo que acabo de hacer con vosotros. Me llamais Maestro y Señor, y decis bien, pues en realidad lo soy. Aprended, pues de mí, vosotros que sois mis siervos y discípulos: aprended á practicar la humildad; porque si Yo que soy vuestro Señor y Maestro, me he abatido y humillado hasta llegar á lavaros los pies, con mayor razon debereis vosotros practicar esto mismo unos con otros*, pues el criado no es mayor que el amo, ni el Apóstol mas que aquel que le envió. Esta es una verdad que os repito una y otra vez, porque os es de mucha importancia el creerla. Felices aquellos que la pusieren en práctica.

§.7.º

CENA EUCARÍSTICA, Ó INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

Estas palabras que Jesus acabó de pronunciar con la uncion propia del verdadero amor, y con la ardiente espresion que este inspira, no pudieron menos de enfervorizar el corazon de los Apóstoles, que pendientes de los labios de su divino Maestro, y fija en El su vista para observar con escrupulosa atencion hasta sus acciones mas

pequeñas é indiferentes; deseaban con ansia continuase Jesus su discurso, para ver si podrian comprender los grandes misterios que insensiblemente les iba anunciando; y deseoso de satisfacer sus ansias, les dijo: No todos, discípulos míos, sereis fieles y dichosos. Yo es conozco íntimamente: sé bien quien son los que he elegido, para que sean mis Apóstoles, y nada de ellos se me oculta: tambien sé, que vereis presto cumplirse aquel oráculo del Profeta: El que come conmigo, aquel amigo con quien parto mi pan ha levantado el pie contra mí, para hacerme caer: me ha armado lazos, y me ha suplantado. En Mí es en quien se cumplen las palabras de David. Que fué lo mismo que decir: Las traiciones hechas á este Rey de Israel, por sus hijos, ó por sus súbditos, eran una figura solamente de las que uno de mis discípulos me prepara. Asi se cumplirá segun el rigor de la letra, una prediccion que caracteriza personalmente al Mesias: Yo os aviso de ello, para que cuando veais cumplida mi prediccion, creais en Mí, y empeceis á reconocerme por el que soy: confirmaos en la fé que os he enseñado, y jamás vacile la esperanza de vuestro corazon, porque el estado doloroso por el que muy en breve me vereis pasar, ha de ser precisamente una confirmacion de cuanto os he dicho; pues no se os podrá ocultar que todo lo he previsto; todo lo he aceptado, y todo lo he profetizado.

No os aflijais por esto, ni creais que á pesar de la rabia de mis enemigos, y de la fiera de un traidor, que me pondrá en sus manos, desistiré de protegeros; pues siempre estaré con vosotros, repitiéndolos ahora lo que ya os tenia de antemano prometido. Estad asegurados de la asistencia de mi Padre y mia, y que recibiremos como propios los buenos tratamientos que los hombres os hicieren; porque todo aquel que recibiere al que Yo envio, me recibe á Mí mismo; y el que me recibe, recibe á mi Padre que me envió. Estas divinas lecciones de humildad profunda, de una perfecta pureza de corazon, y de una caridad respetuosa para con sus hermanos, disponian admirablemente á los Apóstoles para el celestial banquete, que Cristo queria instituir. Siglos habian de parecer forzosamente á un pecho tan enamorado, los momentos que se diferia su institucion; pero atendido el sagrado testo en la relacion de San Juan (1), parece que Su Magestad queria obrar con alguna precaucion. Importuna le era la presencia de Judas, aunque se abandonaba con gozo á él, para ser entregado con gusto á sus enemigos, y redimir al mundo: pero tenia horror, de prostituir su cuer-

(1) Joann. c. 13. vs. 21. et seqs.

po, y su sangre en el sacramento de su amor, á un discípulo infiel, y de darle potestad para consagrarlo. Y parece, que no era razon, que los Divinos misterios, y el sacerdocio de la nueva Ley entrasen en la Iglesia con la profanacion de un Apóstol sacrílego, que Jesus habia procurado convertir, pero sin poder satisfacer los deseos de su amantísimo corazon.

Tampoco ignoraba Jesus que habia llegado la hora en que habia de pasar de este mundo al Padre, y que el Cordero de Dios, victima sola digna de Dios, corria á su sacrificio; cuyos momentos no pensaba interceptar ni entorpecer. Miraba á su alrededor á los que habia elegido para que fuesen predicadores de su Evangelio, y fundadores del reino de Dios en la tierra. Siempre los habia amado tiernamente, pero al fin, en el punto en que se disponia separarse de ellos, queria darles pruebas de mayor y mas tierno amor. Registró los secretos inmensos de su poder y de su sabiduria, y encontró en ellos medios eficacísimos para conciliar su ausencia, tan necesaria como gloriosa, con la horfandad de sus discípulos: pequeña grey, que parecia quedar abandonada y espuesta á todos los peligros del mundo, y á las persecuciones de sus enemigos; y para alentarlos, consolarlos y confortarlos, les dijo: *No temais, Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos: no os dejaré huérfanos, ni sin proteccion, ni recompensa. Yo os tengo preparado un reino como me lo preparó mi Padre, para que en él comais, y bebais sobre mi mesa, y os senteis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.* En verdad, que palabras tan llenas de consuelo, no podian menos de lisongear el corazon de los Apóstoles, viendo que habian de ser admitidos, no solo en el nuevo y misterioso banquete que estaba preparado á la Iglesia, sino en el que se les prometia en el nuevo reino: y porque bajo el símbolo de los tronos se les iba á revestir de una autoridad espiritual para gobernar é instruir; para condenar y para absolver; para retener y perdonar los pecados, y para consagrar y ofrecer á Dios perpétuamente el puro y escelente sacrificio de la nueva alianza, de que ellos y sus sucesores en el sacerdocio, habian de ser únicos ministros hasta la consumacion de los siglos.

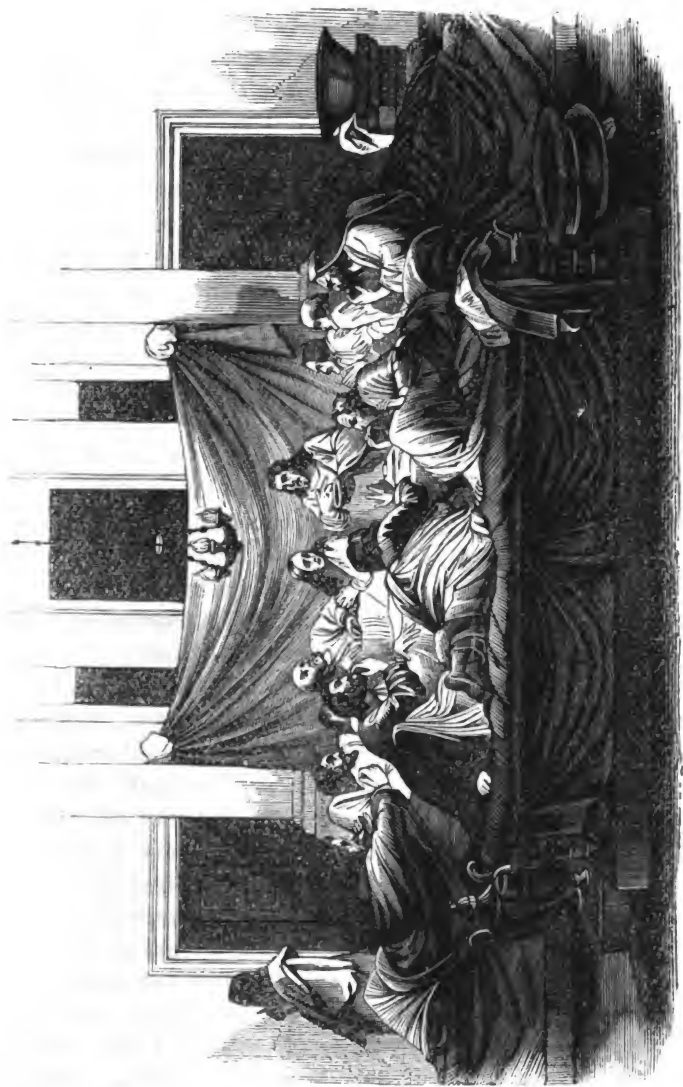
Tales y tan grandes pensamientos, no podian nacer sino de una alma tan singular y generosa como la de un hombre Dios; ni podian ejecutarse sino es con el mayor de los milagros de su infinito poder. Estando pues todos sentados á la mesa, Jesus, que ejercia las funciones de Padre de familias, tomó un pan ácimo ó sin levadura, que, segun la costumbre de los judios, debia estar en ella,

durante la comida del cordero (1), y teniéndolo en sus manos, dió gracias á su Padre por el poder inmenso que le habia confiado sobre toda la naturaleza, poderio de cuyo uso no tuviera necesidad alguna, si solamente pensara en dejar á su Iglesia un símbolo y figura de su cuerpo y sangre, la apariencia de un sacrificio, y la sombra de un sacerdocio. Bendijo el pan, lo partió, y dió á sus discípulos, diciéndoles: **TOMAD Y COMED, ESTE ES MI CUERPO.** El mismo que voy á entregar á la muerte, y que desde este punto se ofrece en sacrificio, como se ofrecerá en la série de todos los siglos.

En la noche de la tribulacion se prepara el pan de los fuertes: en la víspera de la pasion se instituye la memoria perpétua de ella: en lo uno y en lo otro resplandece la caridad infinita de Cristo. Espia el Salvador las alegrías y los goces de los banquetes del mundo, con la tristeza de esta cena en que ve tan próximo su suplicio. Deshonrado es Dios por esos desahogos escesivos de las pasiones, que tan frecuentes son en las mesas de los amigos. Aquí en esta mesa se ve un cuadro en pequeño de la Iglesia Católica, mezclada de buenos, de flacos y de malos, unidos en la profesion exterior de una misma fé, y en la participacion de unos mismos Sacramentos. En lo que exteriormente se ve, no hay, ni ha habido jamás al parecer en el mundo, reunion mas igual, ni mas unida que la de los que comen en esta mesa. Mas, ¡ó qué diferencia hay á los ojos de Dios, entre el autor de la vida que toma el pan para dejarnos á todos un vivo recuerdo de su muerte, y el traidor que ya lo tenia vendido á los ministros del infierno! Antes de repartirlo, da gracias á su Padre, y nos enseña á prepararnos para recibir los dones de Dios, y para usar bien de ellos; y así preparado, **INSTITUYE EL SACRIFICIO, EL SACERDOCIO Y ADORABILISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR DE LA NUEVA LEY:** ¿Qué deberemos hacer nosotros, á cuya santificacion se ordenaron estos tan singulares beneficios? Desfallecen verdaderamente el corazon, el espíritu y el entendimiento al contemplarlos.

ESTE ES MI CUERPO, dice Jesus, que por vosotros será entregado. ¡Oh qué palabras tan tiernas! ¡Oh palabras dulcísimas! ¡Oh palabras santísimas, dignas de ser escuchadas con sumo amor y reconocimiento! ¡Oh palabras eficacísimas como las que salieron de la boca del mismo Dios en los días de la creacion! *El Señor lo dijo, y todo quedó hecho; El lo mandó, y todo quedó creado. Este es mi cuerpo,* dijo Jesus, y la sustancia del pan se convirtió inmediatamente en la sustancia real y verdadera del cuerpo de Jesus.

(1) Thalmud in Tractat. De Santificat. Paschalis.



El Cenaculo.

Estas palabras santas, augustas, tremendas, justifican la fé de la Iglesia Católica acerca de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristia: en ellas se encierra el establecimiento del culto cristiano, la institucion de la Nueva Ley, el contrato de la verdadera alianza, el testamento de un Padre que muere porque vivan sus hijos. Por esta nueva institucion cesan los sacrificios de la Ley antigua, se aclaran las sombras y sucede la verdad á las figuras. Jesus, que como Dios que era, crió el pan para alimentar nuestros cuerpos, lo transustancia ahora en su propio cuerpo para alimentar nuestras almas, y para transformarnos en Sí mismo. Admiremos y veneremos esta oscuridad y humillacion con que obró Cristo el mayor de todos sus milagros. No hay cosa mas llana y mas simple en la apariencia, que esto que hace aqui el Señor; pero tampoco hay obra mas alta y maravillosa á los ojos de la fé. Instituyendo el Señor la Eucaristia en el Cenáculo, se anticipó al sacrificio de su muerte, sin embargo de que lo habia de consumir en el Calvario: dejándose matar en la Cruz para dar vida al mundo, quiso que se continuase en toda la tierra aquel sacrificio cruento, por medio del incruento que se celebra sobre nuestros altares; por esto dijo: *Haced esto en memoria de Mí.*

Lo que practicó Jesus para convertir el pan en su cuerpo, lo repitió para transmutar la sustancia del vino en su sangre. Todo es nuevo, admirable y prodigioso en estas misteriosas operaciones, aunque ejecutadas bajo de elementos y símbolos comunes y sensibles. Tomó, pues, la copa ó cáliz en su mano, y echándola su bendicion, como lo habia hecho con el pan, la puso en manos de los Apóstoles, diciéndoles: BEBED DE ELLA TODOS: ESTE ES EL CÁLIZ DEL NUEVO TESTAMENTO EN MI SANGRE, POR LA CUAL HAGO HOY YO CON LOS HOMBRES UNA NUEVA ALIANZA, Y ELLA SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR OTROS MUCHOS, PARA QUE SIRVA DE REMISION DE TODOS LOS PECADOS. Hé aqui en compendio nuestra santísima religion: la alianza del hombre con Dios, confirmada con la sangre del Hombre-Dios. Mientras permanezca la religion sobre la tierra, que será hasta el fin del mundo; y mientras esta alianza, que solo está comenzada, vaya cumpliéndose con el transcurso de los siglos, es necesario que esta Sangre permanezca tambien sobre la tierra, realmente presente á los que contraen la alianza: que sea ofrecida á Dios, y que la aspersion de ella se haga por medio de la comunión en el corazón de los cristianos, donde la alianza se celebra. Este es el recuerdo perpétuo que nos mandó hacer Cristo de su sagrada pasión y muerte, anunciándola

hasta su venida. Por donde estamos ciertos, que á la Iglesia nunca jamás le faltará sacrificio con que aplacar á Dios, y que la Eucaristia subsistirá hasta la segunda venida de Cristo; en la que renovada toda Iglesia por la participacion de su gloria, y unida á El como á su Cabeza, ofrecerá por El, con El, y en El este sacrificio; y tendrá parte en El, alimentándose de la verdad increada, que es el pan y la vida de los escogidos.

Los antiguos sacrificios autorizados por la ley de Moisés, si bien fueron útiles en la situacion y circunstancias en que se encontraba el pueblo hebreo, no se instituyeron para durar eternamente. Eran elementos muy imperfectos é ineficaces para santificar los hombres y purificar las almas y los espíritus; por lo que decia San Pablo (4): Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazon con la gracia, no con aquellas viandas que de nada aprovecharon á los que vivian confiados en ellas. Tenemos un altar ó una víctima, que es el mismo cuerpo de Jesucristo, de que no pueden comer los que sirven al tabernáculo, esto es, los que se cren obligados á observar la antigua Ley, la cual prohibia comer de la víctima en el sacrificio de la espacion. Asi que á la presencia de este nuevo sacrificio debian cesar todas las víctimas, sacrificios y ofrendas de los judios, y desaparecer las tinieblas con la presencia de la luz, conforme estaba anunciado por los Profetas. Por uno de ellos (2) hizo decir espresamente el Señor á su pueblo: No está ya mi voluntad con vosotros, ni me podeis agradar, ni recibiré ofrendas de vuestra mano. Vuestros sacrificios no me son aceptables, porque desde el oriente hasta el poniente es grande mi nombre entre las gentes y naciones; y en todo lugar se ofrecerá á mi nombre una ofrenda limpia y pura; por lo que lo que estaba anunciado tanto tiempo antes de la venida de Cristo se verificó en la institucion de este augustísimo y adorable Sacramento, que ha de subsistir, segun la inefable promesa de Cristo, hasta la consumacion de los siglos; siendo su carne verdadera comida, y su sangre verdadera bebida, para que el que coma de su carne y beba de su sangre quede unido á Cristo, y este inefable Señor quede tambien verdaderamente unido á él. Esta es la grande y misteriosa significacion que tenian aquellas palabras con que Jesucristo anunciaba anticipadamente esta tan admirable transustanciacion, diciendo: *el pan que Yo os daré es mi carne, la cual será entregada por la vida del mundo*. Asi fué que los discípulos, los Apóstoles, los primeros fieles,

(1) Div. Paul. Ep. ad Hebreos. c. 13. vs. 9 et 10

(2) Malaqui. cap. 1. vs. 10 et 11.

los pastores y ministros, los sabios y doctores del cristianismo , y en fin tantos varones eminentísimos en sabiduría y virtud , é ilustrados por Dios , como han florecido en la Iglesia desde su establecimiento, han entendido aquel language del Salvador de la misma manera que hoy lo entiende la Iglesia católica romana , testificando la presencia real de Jesucristo en el adorable Sacramento de la Eucaristia. De todo lo que se infiere que el dogma de la transustanciacion no es un dogma nuevo , ni una mera invencion de algunos doctores crédulos , sino que trae su origen é institucion del mismo autor de los Sacramentos, y que es un artículo de fé creído perpétua y constantemente en la Iglesia universal , como uno de sus principales y fundamentales, sin cuya creencia no se puede conseguir la salvacion eterna.

§ 8.º

ACLARACIONES IMPORTANTES DE CRISTO, Y FERVOROSAS SUPlicas Á SU ETERNO PADRE.

Tristes estaban por una parte los Apóstoles , afligidos y consternados , viendo que Jesus les anunciaba tan cercana su muerte; y por otra se manifestaban algo consolados con las lisongeras promesas que les habia hecho , al mismo tiempo que tenia el Salvador divino su corazon lleno de amargura , y no podia ver sin un escesivo dolor y pena inesplicable á su cuerpo sacrosanto en el de un traidor que ya le habia vendido. La vista de tan horrible sacrilegio le obligó á quejarse de nuevo de la perfidia que se iba á ejecutar contra su Persona , y de ella habló otra vez á sus Apóstoles con palabras mucho mas sentidas que aquellas que les habia dicho antes, y aunque es verdad que ninguna pasion podia causar la menor turbacion en su ánimo , con todo , se apoderó de tal manera la tristeza de su corazon , que se mostró totalmente conmovido y turbado , y aquel que hace temblar al cielo , estremecerse la tierra y conturbarse el infierno, se estremeció de horror , ya fuese para mostrarnos la gravedad del delito , ó ya para darnos á conocer la repugnancia que tenia en quejarse de la infidelidad de uno de los suyos. Y quizá quiso enseñarnos tambien cuanto ha de ser el cuidado que debemos tener en no hablar de las faltas ajenas cuando podemos ocultarlas , pues así las disimulaba quien las tenia tan presentes. Dejó pues que saliera á su semblante toda la turbacion de su alma , y poseido de suma tristeza , dijo á sus discípulos: *De verdad os digo*, y os lo aseguro una y

otra vez, *que uno de vosotros me ha de entregar*. Este fue un segundo aviso para Judas, del que tampoco se dió por entendido. Los demas discípulos se miraban preguntándose unos á otros con los ojos, y se examinaban á sí mismos. Si se ofrecia á su imaginacion la sospecha de alguno, la desechaban al punto como temeraria. Judas se mantenía ciego en su obstinacion, sin que nada le hiciese mudar de propósito, lo que fué echar el colmo á su desdicha. Se cansó Pedro de estar en una tan cruel incertidumbre. Todos sabian lo que amaba á su Maestro: ya era esta la tercera vez que oia hablar de un desdichado dispuesto á ser traidor, y que este era del número de los doce Apóstoles, por lo que nada bastaba á aquietarle y contenerle; sin embargo se contenia, porque observaba que Jesus nunca nombraba al traidor, aunque tan amargamente se quejaba de la traicion.

Esta reserva de Jesus era el freno del atrevimiento de Pedro, y aunque á ninguno cedia en amor á su soberano Maestro, no se atrevia á hacerle directamente una pregunta para satisfacer su curiosa ansiedad. A su frente tenia al discípulo amado recostado sobre el lado izquierdo de Jesus, con una especie de familiaridad tan grande, que solo la amabilidad y dignacion de Jesus podia permitirle. Estando, pues, frente á frente Pedro y Juan, hizole aquel señal para que inquiriese secretamente de El, quién era el que lo habia de entregar. Como estaba Juan inmediato al oido de su Maestro, y poseia su corazon, se tomó la libertad de preguntarle quién era aquel hombre malvado, y le respondió el Salvador: Que era aquel á quien daria un bocado de pan mojado en el plato. Despues de esto tomó Jesus sin afectacion alguna un bocado de pan, lo mojó y se lo dió á Judas, y este lo recibió y se lo comió. Tras de este bocado empezó el demonio á agitarle y á moverle con un infernal furor: no pensaba ya sino en hallar algun pretexto para dejar la mesa é ir á consumir su traicion. Acaso esperaba que se estendiesen bien las tinieblas de la noche para escapar, ó que cuando acabada la cena se retirase el Maestro divino á hacer oracion. Pero Jesus, que tenia designios que cumplir, en los cuales no queria tener por testigo á un apóstata, le ofreció la ocasion que él mismo esperaba, diciéndole: *Lo que has de hacer, marcha, y hazlo luego*. Solo el discípulo amado pudo comprender el sentido de estas palabras, pero ninguno de los que se hallaron presentes entendió la verdadera significacion de ellas; y lo mas que se ofreció á algunos, fue, que teniendo Judas el dinero que les ofrecia la caridad de los fieles para su alimento, le mandaba el Señor ir á hacer alguna provision para la pascua, ó á dar alguna limosna á los pobres. Apar-

tóse pues el malvado de la compañía de Jesus, sin que los favores ni las caricias de tan amable dueño hubiesen podido ablandar su corazón. Le dejó ir su Magestad como oveja dañada y enferma que solamente podia servir de inficionar á las demas.

Luego que Judas hubo de allí partido, dijo Jesus á sus discípulos: Ahora va á ser esclarecido y ensalzado el Hijo del hombre, y Dios será por El glorificado. Y por cuanto Dios será en El glorificado, tambien lo glorificará en sí mismo, resucitándolo de entre los muertos, y luego lo ensalzará sentándolo á su diestra en los Cielos. Hijitos, por un corto tiempo estaré aun con vosotros. En esta misma noche mis enemigos me apartarán de vosotros para conducirme á la muerte. Me buscareis; pero como dije en otra ocasion á los judios, á donde Yo voy, vosotros no podeis venir; os lo repito ahora á vosotros. Cortas, pero enérgicas y afectuosas, fueron estas palabras de Jesus. En ellas se descubre la gran dignidad de la persona que habla y el carácter de un Dios Hombre superior á todos los hombres: en ellas se admira la fortaleza heroica y la tranquilidad de su alma, estando seguro que bien pronto habia de ser entregado en manos de sus enemigos, y á la muerte mas cruel é ignominiosa: en ellas se echa de ver cómo predice á los discípulos con la mayor serenidad y á sangre fria las circunstancias de su passion y todo lo que va á suceder: y la flaqueza y pusilanimidad de los Apóstoles, en su vergonzosa huida y en el abandono en que lo dejarían en el tiempo de su mayor angustia; pero á la par brilla tambien altamente la ternura que les muestra en las instrucciones que les da, y en los consuelos que les promete por la venida del Espíritu Santo, y por el modo afectuoso con que los encomienda á su Padre; por lo que, para animarlos mas y mas y alentarlos en medio de las persecuciones que les esperan, les dijo: Un mandamiento nuevo os doy, y es que os ameís mútamente los unos á los otros, como Yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si viesen que despues que Yo falto de vuestra compañía reina entre vosotros una fraternal concordia, que no haga de vuestra sociedad sino una gran familia, cuya cabeza ya glorificada, espera despues de sí en la morada de la gloria á los miembros que la componen. En estos son y serán manifiestos los hijos de Dios y los hijos del diabló: cualquiera que no hace justicia y que no ama á su hermano, no es de Dios; porque esta es la suma de la predicacion, la doctrina que habeis oido desde el principio; que nos amemos unos á otros. Y pues hemos conocido la caridad del Hijo de Dios, que puso su vida por nosotros, asi tambien debe-

mos poner nosotros nuestras vidas por nuestros hermanos (4).

Habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles que se marchaba, y este pensamiento triste preocupaba su atencion; pero les habia añadido que donde El iba ellos no podian ir; y Pedro ne concebía que hubiese en el mundo un camino tan difícil por el que no pudiese caminar en su seguimiento, y por esto le replicó diciendo: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Resuelto estoy pronto á morir: yo espondré por Tí mi vida. Contestóle Jesus: ¿Tu vida pondrás por Mí? De cierto, de cierto te digo que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces, como si Yo fuera un hombre á quien jamás hubieras conocido. Si Pedro hubiese comprendido bien las palabras de su Maestro, y las hubiese mirado como una prediccion muy cierta de un suceso bien próximo, no hay duda que hubiese muerto de repente; pero él las escuchó como una amenaza de precaucion, hecha con el fin de mantenerlo con cuidado y vigilancia. No contó Pedro con menos confianza sobre la pretendida intrepidez de su corazon; y asegurado con el testimonio presuntuoso que se daba á sí mismo por su disposicion presente, no quiso temer para en adelante. Jesus lo habia prevenido suficientemente: le dejó aplaudirse de su celo, y prosiguió su comenzado discurso.

No os acobardeis, les dijo: no se turbe vuestro corazon. Si creéis y confiais en Dios, tambien debeis creer y confiar en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones y moradas. Si asi no fuera, no os hubiera dicho voy, y me adelanto á prepararos el asiento y lugar que corresponde á cada uno de vosotros. Es preciso que creais que no solamente soy Yo el Mesias y el enviado de Dios, sino es tambien el Hombre-Dios, el mediador de la Nueva alianza, el gefe y príncipe de todo comercio y religion entre Dios y los hombres. No me esplico mas sobre este punto de vuestra creencia, porque ya en otras ocasiones os he dado las instrucciones necesarias. Si parto ahora no es para dejaros para siempre. Marcho y volveré; conviene á saber, en el último momento de vuestra vida, á llevaros conmigo, para que esteis donde Yo estoy. Cualquiera que se dedique á mi servicio, no se cause de seguirme, pues allí donde Yo estuviere ha de estar el que me sirve. Sed, pues, fieles en cumplir vuestra obligacion, que Yo lo seré en cumplir mi palabra. Ahora debeis saber á donde voy, y conocer el camino que lleva al término.

Ninguna duda debian tener los Apóstoles sobre lo que el Soberano Maestro acababa de anunciarles. Cien veces les habia predica-

(1) Ep. 1. Joann. cap. 3. v. 10. et seqbs.

do que volvía á su Padre: que el Cielo era el término de sus correrías pasajeras sobre la tierra: que la fé de su divinidad, la participacion de sus méritos, y la práctica de sus leyes serian el camino que en adelante conducirian á su divina morada, con esclusion de las ceremonias antiguas y del culto imperfecto de Moisés. El Señor tenía derecho para hablar á sus Discípulos, como si lo hubieran entendido, porque estando instruidos, como lo estaban, no debian trocar las cosas; pero con todo eso las trocaron aun; y no las entendieron bien hasta que recibieron el Espíritu Santo. De aquí provino el que Tomás dijese en seguida á Jesus: Señor, ¿si ignoramos á donde vais, cómo podemos saber el camino que nos conviene seguir? Entonces le dió Jesus esta admirable respuesta: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. El camino, que conduce derechamente á la verdad; y la verdad, que lleva infaliblemente á la vida eterna. El camino que debeis tomar, la verdad que debeis creer y la vida que debeis vivir. Marchad en pos de Mí, seguid mis consejos y doctrinas, y así rectamente llegareis á mi Padre: *porque nadie va al Padre sino es por Mí*. Esto es, por medio de una fé viva, que es un don que no se puede alcanzar sino por Mí: pero la alcanza el que la quiere, porque á nadie se le niega. La dificultad que teneis en conocer á mi Padre, nace de que jamás me habeis conocido bien á Mí: porque si hubierais conocido bien al Hijo, conoceriais asimismo al Padre, porque el Hijo está íntimamente unido con el Padre, y á El es en todo, y por todo, perfectamente semejante. Mas desde ahora bien pronto lo conoceréis, lo vereis, y sabreis quien es, en virtud de las luces y sabiduria que el Espíritu Santo derramará sobre vosotros.

De cada espresion de Jesus surgian nuevas dificultades para los Apóstoles, que aun no estaban elevados á la altura de aquella fé por la que debian creer, y predicar la idea de un Dios subsistente en tres Personas realmente distintas entre sí, de las cuales la una se hizo hombre: por esto Felipe, que no penetró el pensamiento del Maestro Divino, se tomó la libertad de decirle: *Señor, hacednos ver al Padre*: esta gracia que os pedimos bastará para nuestro entero consuelo. Y bien, Felipe, replicó el Salvador; ¿después de tanto tiempo como ha que estoy con vosotros no me habeis conocido? ¿A dónde está vuestra fé? ¿No sabeis que los que estan ilustrados con luces sobrenaturales y divinas, y me miran con los ojos de la fé no pueden verme, sin ver á mi Padre en Mí? ¿Por qué me decís, pues, que os le muestre? ¿Es porque no creéis que Yo estoy en El y El está en Mí? ¿No bastan mis obras y mis palabras para convence-

:

ros de esta verdad? Ademas de la naturaleza humana, subsisteste en una Persona Divina, que habla, que obra y que conversa con vosotros, tengo Yo tambien la misma naturaleza Divina que mi Padre: pero invisible á vuestros ojos mortales, si no es que se muestre en mis operaciones y milagros. *El Padre, que mora en Mí, es el que obra las maravillas que me veis hacer*: esto es, no es por mi poder puramente humano, por el que ejecuto los milagros: Yo soy el Hijo, y el Hijo muy amado: Yo los pido, y mi Padre los ejecuta con su omnipotencia; aunque esta omnipotencia es comun á los dos, como lo es la naturaleza divina. *Y si mis palabras no bastan para que me deis entero crédito, mis obras las confirman; por ellas debeis creerme. En verdad, en verdad os digo, que el que en Mí cree, las obras que Yo hago tambien El las hará, y aun mayores que estas y mas admirables.* De manera que el discípulo fiel tendrá este consuelo, gozará de este privilegio, y en mi nombre usará de él. Esto es en realidad prometer mucho á los fieles servidores, pero no prometo cosa alguna que no haya de ver algun dia con admiracion todo el mundo. Yo voy á mi Padre, del cual en cualidad de Hombre-Dios, y de Hijo único de Dios, recibiré todo el poder en el Cielo y en la tierra. *Yo voy al Padre, y todo lo que pidiereis en mi nombre con fé viva y confianza firme, os lo otorgaré*; para que el Padre sea glorificado en el Hijo; asimismo *lo que le pidiereis al Padre en mi nombre*, por mis merecimientos, no tengais la menor duda, *os lo concederá*.

Vosotros, empero, discípulos míos, habeis de acreditar que correspondéis á mi amor, y que me amais verdaderamente; de ninguna manera podreis justificar esto mejor, que practicando las máximas que os he enseñado, por grandes que sean las dificultades que para ello tengais que superar: no os dejéis vencer del trabajo ó del temor, ni os aflijais por mi ausencia: *Yo rogaré á mi Padre, y os dará otro Consolador y Maestro, para que permanezca con vosotros para siempre*; á saber, el Espíritu Santo; espíritu de la verdad, que no pueden recibir los que se guían por el espíritu del mundo, pues no estan en disposicion de verlo y conocerlo. Es tan bueno este divino espíritu, que con la verdad, comunica tambien su verdadera inteligencia. Ese pueblo en que vivis, ese judaismo rebelde que me persigue, esa Sinagoga infiel que me reprueba, no lo conoce, ni lo desca, y está pronto á desecharlo. Las cosas de la tierra los ocupan y enagenan, y por eso no se mueven por las del Cielo: pero vosotros conoceréis á ese Divino Espíritu, y gustareis de su dulzura, porque se derramará en vuestras almas, habitará en ellas como en

su templo, como en su paraíso y como en su trono, y las llenará de tantas delicias, gracias y luces, que llegareis á tener un conocimiento muy claro de mis atributos y perfecciones.

No es mi ánimo dejaros solos en el mundo, huérfanos y abandonados. Yo vendré otra vez á vosotros, y estaré en vuestra compañía aun un poquito, y el mundo no me verá, empero vosotros me vereis, porque Yo vivo y vosotros vivireis. Yo os tengo un amor verdaderamente paternal, y no os abandonaré. Es verdad que el mundo, que no considera en Mí sino esta apariencia exterior, que está sujeta á los sentidos, me perderá muy presto de vista; pero vosotros que la teneis mas penetrante, y que me mirais mas con los ojos del alma que con los del cuerpo, me tendreis siempre presente en vuestro espíritu. El mundo sumergido en los bienes temporales, tiene una vida animal, que se puede llamar verdadera muerte; pero los que buscan como vosotros, una vida superior á los sentidos, una vida toda espiritual, que no podrá arrebatar la muerte, estos tales vivirán eternamente. Yo tengo poder para dejar la vida; y á pesar de los que imaginen habérmela quitado la volveré á recobrar. Yo quiero entregarme al furor de mis enemigos; pero Yo sabré defenderos á vosotros de sus insultos. No les permitiré contra vosotros, lo que sufriré que ejecuten conmigo. Yo os conservaré la vida para volveros á ver, y conversar con vosotros, luego que triunfaré de la muerte. Entonces conoceréis tres verdades esenciales que hoy os he predicado, y que no entendeis aun sino imperfectamente. Comprehendereis que yo estoy en el Padre, por la comunicacion de una misma naturaleza; que vosotros estais en Mí, por la comunicacion de mis méritos; y que Yo estoy en vosotros por la impresion de mi espíritu. *El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre: Yo tambien le amaré y me manifestaré á él*, comunicándole los tesoros de la divina sabiduría.

Este discurso de Jesus, enardeció tan admirablemente el corazón de los Apóstoles, que todos se humillaron y confundieron á la vista de aquel que tenia tanto acierto para traspasarle con cada una de sus palabras: de modo, que Judas, por sobrenombre Tadeo, hermano de Santiago, quedó tan admirado con lo que acababa de oír, que no pudo menos de decir á su Maestro: ¿Por qué, Señor, os ocultais á los del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros? *Esto es*, respondió el Señor, *porque los que me aman y guardan mis mandamientos, mi Padre los amará, y vendremos á El, y en El estableceremos nuestra habitacion y morada.* Al contrario los que no me aman, des-

precian lo que les digo, y no hacen caso de lo que les mando. No sucederá lo mismo con vosotros: nada os he ocultado de lo que aprendí en el seno de mi Padre para comunicaros, de lo cual bien presto recibireis la perfecta inteligencia. Cuanto os he hablado, os lo he dicho como enviado de mi Padre para ser vuestro Doctor y Maestro. Estas son las cosas, y esta es la Doctrina que os he hablado estando con vosotros. Cuidad de retenerlas en vuestra memoria; que cuando seais ilustrados de lo alto, vereis que no os he disimulado cosa alguna. El Espíritu Santo, al cual enviará el Padre en mi nombre, os las enseñará todas; os recordará cuanto os he dicho, y os instruirá descubriéndoo el sentido de todas las verdades y misterios que os he predicado. Esas serán sus funciones, y vosotros os admirareis dentro de vosotros mismos de la perfección de su obra: la conformidad de su instrucción con mi doctrina, será vuestra seguridad y vuestro gozo: nada podrá entonces turbaros ni deteneros en el camino que habreis comenzado á andar: esperad estos dichos momentos, y consolaos en mi ausencia, pues vuestra pena no ha de ser muy larga.

Cercano está el momento de mi partida; por tanto, como legado el mas precioso, os dejo la paz, os doy mi paz, no como el mundo la da. Yo os la doy. La que os dejo y os doy es la base de la felicidad que el hombre puede disfrutar en la tierra; es fruto del Espíritu Santo y tambien de la justicia; es en muy gran parte el reino de Dios, que está dentro de nosotros, el cual, segun el Apostol, consiste en la justicia y paz y alegría; en el Espíritu Santo, y es como una consecuencia de la quietud, orden y sosiego de las vehementes pasiones, bien supremo que no puede dar el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se intimide ni acobarde. Habeis oido como yo os he dicho que me parto y os dejo; tambien os he añadido que presto volveré á vosotros; pero me parece que en vano os prometo mi vuelta, pues conozco que os afligis solamente en pensar que quedais sin Mí sobre la tierra. Si el amor que me teneis os hace desear lo que mas conviene, no teneis sino motivo para alegraros de que parta para mi Padre, al cual soy en cuanto hombre inferior en dignidad y perfección; pero que quiere darme tanto mas honor cuanto menos he recibido del mundo. Yo os lo he dicho ahora antes que suceda, para que cuando haya sucedido creais y comprendais que nada me sucede que no tenga previsto, y que soy el Hijo de Dios, á quien mi Padre celestial no rehusa noticia ni conocimiento alguno. Ya no hablaré mucho con vosotros en esta carne mortal, pues va viniendo el príncipe de este mundo, esto es, el diablo, príncipe de las tinieblas, y agita á

los de la Sinagoga para que me prendan y den la muerte. El nada tiene conmigo, porque no tengo pecado alguno, y si yo quisiera fácil me seria evitar la muerte. Empero para que conozca el mundo que amo al Padre, y que segun me ha mandado mi Padre así lo hago. Lo que fue decirles: si los príncipes de la Sinagoga estan atentos al modo con que van á pasar las cosas, aprenderán que si yo soy sacrificado y muero, este es efecto de mi obediencia y no de su poder. Ved ahí lo que tenia que deciros antes de separarme de vosotros: levantémonos ahora y seguidme, que ya es tiempo que me prepare para el grande conflicto que me espera.

Algunos espositores muy graves del Evangelio creyeron que lo que aun resta de este importantísimo discurso lo dijo Jesus en otra pieza mas escondida de la misma casa, en donde estuviesen los Apóstoles menos perturbados de temor, y otros piensan que salieron luego de ella, y que prosiguió el Señor su plática por el camino, hasta llegar á Getsemani: con todo, parece mas verisimil que en el mismo cenáculo pasó todo lo que refiere San Juan hasta el capítulo 18, versículo 1.º, en que dice: *habiendo dicho Jesus todas estas cosas, marchó con todos sus discípulos á la otra parte del torrente de Cedron;* pues tan largo y tierno sermon, y tan fervorosa oracion al Padre, no es regular que se digese andando. Así como es muy natural que la despedida del Señor con tan amados discípulos fuese prolija, y que aunque al decir Jesus levantaos y vámonos se levantasen todos de la mesa, con todo, lo restante del sermon se trataria ó pasaria en el mismo cenáculo mientras estuviesen para marchar. Sea como fuese, es muy digno de advertir que el mismo Señor, que hasta ahora les ha dado tantas razones para que se consuelen y aun se alegren de su muerte, ahora va á exhortarlos á que sean constantes en su fé y en su amor, á pesar de todas las persecuciones y trabajos. Para darles desde luego á conocer cuán necesario les es mantenerse unidos con El, se vale de la comparacion del sarmiento, que no dá fruto ni vive si no está unido con la vid. Ya los Profetas le habian llamado *vara de Israel, ó de la raiz de Gesé, pimpollo de justicia, pimpollo famoso*, y habian representado á sus discípulos *como pimpollos del vergel del Señor, y como una viña plantada por la diestra de Dios*. Así Jesus, aludiendo ahora á estas y otras muchas metáforas tomadas de la labranza, les dice: Yo soy la vid verdadera, que da á sus vástagos el alimento y la vida; esto es, la vid que produce el vino mas generoso y mas propio para alegrar el corazon del hombre: una vid espiritual que hace en las almas los mismos efectos que la material hace en los sarmientos, pero de un modo mas noble. Mi Padre es el labrador ó viñador:

como sábio y experimentado agricultor, cortará, separará todo sarmiento que en Mí no lleva fruto; esto es, que perteneciéndome aun por su creencia no lleva fruto de buenas obras; pero á aquellos discípulos cuya vida corresponde á la fé, les dará cada dia nuevas luces, y les abrirá mas escelente camino para la perfeccion, para que su fruto sea mas sazonado y abundante.

Vosotros, discípulos míos, todos estais puros y limpios: mi palabra os ha santificado, y solo os falta que deis sazonados frutos de virtudes; y para esto debeis entender que teneis tanta necesidad de Mí como la tienen los sarmientos del tronco ó cepa de donde reciben el jugo. Conservad vuestra union conmigo, constantes en mi amor, que de mi parte Yo permaneceré con vosotros por la comunicacion de mi gracia y de mi espíritu. Asi como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no está incorporado con la cepa ó la vid, asi vosotros no podeis hacer obra alguna buena ni meritoria digna del premio del Cielo, si dejais de estar unidos conmigo. Yo soy la vid que da á sus vástagos el alimento y la vida. Vosotros sois los sarmientos: el que está en Mí y Yo en él, este lleva copioso y abundante fruto. Si no permanece en Mí, será un sarmiento inútil y una rama infructuosa. Sin Mí y separados de Mí nada podeis hacer que os aproveche para la vida eterna como mérito de ella, y nada que á título de justicia os disponga para ser santificados. Pero como no podeis hacer cosa buena sin Mí, cuidad mucho de no separaros de este principio, no os suceda lo que al sarmiento separado de la vid y seco, que solo sirve para el fuego; porque de la misma suerte vendreis á ser por esta separacion leña seca para el fuego que jamás se ha de apagar. Si perseverais en vuestra union conmigo, y si permanecen en vuestras almas profundamente grabadas mis palabras, pedireis cuanto quisiereis, y todo os será otorgado. Por lo que decia San Juan (1): Carísimos, si nuestra conciencia no nos reprende, confiemos en Dios, que cuanto le pidieremos lo recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables en su acatamiento. En esto es honrado y glorificado mi Padre, en que produzcais mucho fruto de santas obras, y os mostreis dignos discípulos de su Hijo vuestro Maestro. Os aseguro que no tendreis mucho trabajo en ello; pues el Espíritu Santo que os enviaremos os hará capaces de ser mis discípulos, y os ayudará á imitar mis virtudes. Para facilitaros la práctica de ellas os inspirará un grande amor á Mí. Sereis sin duda mas duros é insensibles que las

(1) Div. Joann. Ep. 1.^a cap. 3. vs. 21 et 22.

pedras: si no amais tiernamente al que con un amor tan tierno y afectuoso os amó.

Como el Padre me amó, así tambien Yo os he amado. Continuada en merecer mi amor, en la inteligencia de que si guardais mis preceptos, Yo os amaré siempre, como mi Padre no cesa de amarme, porque jamás me aparto Yo de su voluntad santísima. Así es que decia San Juan (1): El que guarda la palabra y la doctrina de Jesucristo, la caridad de Dios está verdaderamente en El. El que dice que está y permanece en El, debe andar, conducirse y vivir como El anduvo. Y Jesus añadió á sus discípulos: Todas estas cosas os he dicho y os las repito, para encontrar en vosotros la plenitud de mi gozo, y para que vosotros goceis de un perfecto consuelo. Poned singularísimo cuidado en observar muy particularmente el precepto de la caridad y del amor. Amaos unos á otros con este amor puro y espiritual, del que os he dado tan buen ejemplo, amándoos hasta acabar consumido de dolores por vuestra salud. Este es mi precepto, y una ley propiamente mia, que está fundada sobre la union íntima que he contraído con los hombres. Yo quiero una caridad perfecta, y no es posible mayor amor que entregarse á la muerte por los que se aman. Esta es la perfeccion del amor, y bien presto conoceréis si Yo amo perfectamente. Sobre este precepto tambien nos dice San Juan (2): Si alguno dice yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama á su hermano, al cual ha visto, y con quien vive en sociedad, ¿cómo puede amar á Dios que no ha visto? Vosotros sois mis amigos y lo sereis siempre, si haceis las cosas que Yo os mando. Bien sabéis que soy vuestro Señor y Maestro; no obstante, no quiero tratar con vosotros como un señor trata con sus siervos: nunca les comunica sus designios, ni les descubre los secretos de familia, ni los admite á su consejo y privanza: os llamaré mis amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, los misterios profundos y los arcanos y consejos de su Providencia para el establecimiento y gobierno de la Iglesia os los he declarado y hecho notorios. No me elegisteis vosotros á Mí, sino que Yo os elegí á vosotros, y os he plantado y constituido para que vayais y lleveis fruto permanente. Reconoced pues este favor tan singular, que no le habeis podido adquirir por vuestra industria, ni tenerle por vuestros méritos, ni poseerle por vuestra eleccion.

Tampoco debeis olvidaros que despues de haberos elegido así y

(1) Idem ibid. c. 2. vs. 5 et 6.

(2) Idem ibid. c. 4. vs. 20 et 21.

distinguido del comun de los hombres, os he dado las primeras plazas y asientos en mi reino; os he confiado la direccion y conducta de las almas que he venido á rescatar con el precio de mi sangre, y os he constituido maestros y pastores de los pueblos, para que llenos de mi doctrina vayais á esparcir por el mundo esta celestial semilla en los corazones de los mortales, para que den abundantes frutos, y estos permanezcan siempre, á pesar de la corrupcion del siglo. Con esto merecereis que mi Padre os conceda todo cuanto le pidais en mi nombre y por su gloria. No os olvideis de lo que os mando otra vez; á saber, que os ameis los unos á los otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á Mí, el primero y mas digno de vosotros. Si fuerais del mundo, si hubierais seguido sus máximas, el mundo amaria lo que es suyo. Mas porque no sois del mundo, antes Yo os elegí y separé de él, por eso os aborrece el mundo. Sin duda esto fue lo que obligó al mismo San Juan á que digera (1): Hermanos mios, no os maravilleis si el mundo os aborrece. Considerad cuán grande amor nos ha mostrado el Padre en que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos: por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoce á El. Hijitos, vosotros sois de Dios: los pecadores, los hereges, los impostores, los falsos profetas son del mundo; por eso hablan del mundo y el mundo los oye. Acordaos de lo que os decia poco tiempo há, que el siervo no es mas que su señor, y así que habiéndome perseguido á Mí no debéis creer os perdonará á vosotros. Si los mundanos hubieran seguido mis consejos, pudierais esperar que siguieran los vuestros; y si hubieran oido mi palabra, tambien podriais creer que no despreciarian la vuestra; però sabeis muy bien que han hecho todo lo contrario y que han abandonado mi doctrina. Por tanto no penseis hallar en sus corazones mayor rectitud, ni en sus entendimientos mayor docilidad que la que Yo hallé. Con todo eso, no los temais, porque todos los malos tratamientos que os harán, los desprecios, las injurias, los ultrages y las violencias que experimentareis serán en aborrecimiento de mi Nombre. Ellos no quieren reconocer al que me ha enviado, y ved ahí por qué pasará su enemistad de Mí hasta vosotros. La causa de vuestras penas y trabajos os debe servir de consuelo, porque de ellos resultará el mérito y la gloria.

Todas estas lecciones del Salvador se dirigen á esforzar á los Apóstoles, y á sus sucesores, y á animarlos con sus ejemplos, proteccion y premios, al desempeño fiel de su ministerio; y á corres-

(1) Idem ibid. c. 3. vs. 1 et seqbs. et c. 4. vs. 5 et 6.

ponder exactamente á su vocacion, y prepararlos contra las persecuciones de sus enemigos. Yo os he elegido y elevado á la dignidad de Apóstoles y de cooperadores en el restablecimiento de mi reino.

Aunque destituidos de todo auxilio humano, nada os faltará para que la semilla de la palabra derramada con vuestro cuidado, regada con vuestros sudores, y en caso necesario con vuestra sangre, produzca frutos opimos, abundantes y permanentes. Pero debeis contar, no con ser amados del mundo, sino al contrario odiados y combatidos universalmente y en todas partes. Si hubierais tenido parte en las conspiraciones y malignos proyectos de mis enemigos, y seguido las máximas tortuosas de la política mundana, y disfrazado la verdad, siempre amarga á los mortales, é incensado á los poderosos, y lisongeados los oídos de los hombres perversos, y canonizado las desordenadas pasiones, y predicado una moral laxa y acomodada á fomentar los vicios, seriais amados del mundo y lograriades crédito, reputacion y fama. Empero la severa verdad y la doctrina evangélica anunciada por vosotros con igual libertad que firmeza, espondrá vuestra reputacion y vuestra vida, y llegará tiempo en que cualquiera que os dé la muerte imagine que hace un obsequio á Dios y califique de gran mérito su misma crueldad. Será tan profunda la ceguedad de los judios que no querrán reconocer en las señales mas sensibles el testimonio de mi Padre, respeto de Mí, ni confesar que Yo soy el Hijo de Dios enviado para su salud. Lo que fue decirles: ellos conocerán sus injusticias, ellos harán gloria de sus violencias: ¿pues qué no debeis esperar de un pueblo furioso cuyo aborrecimiento se armará con el pretexto de la religion? Dueños engañadores, y súbditos engañados; sacerdotes envidiosos, y discípulos corrompidos; todos á su modo se desatarán contra vosotros: pero para no temerlos bastará que os acordeis que vuestro Señor y Maestro, para quien nada hay oculto, os predijo muy individualmente todas estas cosas, y no os llamó á su servicio sin patentizaros todas las penas que estaban anejas á El, y que si pudo anunciarlas tambien tendrá poder para premiarlas.

No creais, discípulos míos, que todo esto lo recaté desde un principio para atraeros á Mí y manteneros como engañados en mi compañía, pues no fue así: Yo estaba con vosotros, y entretanto no debiais temer los peligros ni las persecuciones, porque podia calmar todas las tempestades que contra vosotros se levantasen: á mas de que Yo sabia bien, que Yo solo era el objeto de la atencion, del odio y aborrecimiento de mis enemigos: ellos perseguan

al Maestro y se contentaban con aborrecer á los discípulos. Mas ahora que vuelvo al que me envió, que ya nada podrán hacer contra Mí, porque ni siquiera me verán, se desencadenará todo su furor contra los que crean en Mí, y me sigan, y prediquen mis doctrinas, y se empeñen en mi defensa y en la de mi Evangelio. Una cosa empero advierto entre vosotros que me admira. Hablo de de-
jaros, y este aviso no os hace aquel efecto que debia. Voy á aquel que me envió, y vuelvo al Cielo de donde vine, y en lugar de darme el parabien por ello, ya por el honor que voy á recibir, ya por el provecho que os ha de resultar por mi exaltacion, os afligis, permaneceis pensativos y melancólicos, y ninguno de vosotros me pregunta á dónde voy, ni cuáles son las riquezas y delicias de aquel lugar por el que dejo la tierra; sino que porque os hablo de mi partida y de las consecuencias que de ella se os seguirán, estan vuestros corazones llenos de tristeza; tanto que parece se os ha quitado el sentido y el habla.

Mas Yo os digo la verdad, que os es necesario y conviene á vuestros intereses que vaya Yo al Padre, porque si no fuere y quedare con vosotros no os enviará el Espíritu Santo, no vendrá á vosotros el Consolador que os ha de fortificar y os ha de instruir; pero cuando Yo me vaya, despues de consumado el sacrificio, Yo mismo os lo caviaré, y no dilatará el derramar sobre vosotros sus luces y consuelos. Y cuando El viniere, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: lo convencerá por vuestra predicacion y ministerio, echándole en cara su incredulidad, con la que me ha negado y desconocido: ¡pecado horrible! que no podrá dejar de ser castigado con espantoso rigor. De justicia: esto es, de la justicia divina que brilla y resplandece en el premio de los buenos y en el castigo de los malos: y en mi exaltacion á la gloria, porque voy al Padre, y ya no me vereis mas en este estado de abatimiento y humillacion, sino triunfante y glorioso. Y por vuestras reprensiones, que serán robustecidas con la gracia del Espíritu Divino, serán convencidos los judios de la condenacion que les está reservada. Ya con esto quedais instruidos de que el Príncipe de este mundo está juzgado y condenado. Los judios incrédulos van á ser echados del número de los hijos de Dios: su ciudad, su culto, su templo y sus ceremonias no subsistirán mas. Fortalecidos por mi Espíritu les echarais en cara estas amenazas, y no pasará esta generacion sin que el suceso se verifique.

Como no os considero todavia bastante capaces de comprender otras muchas que tengo que deciros, no os las comunico; porque

no conviene ahora sobrecargar demasiado vuestro espíritu : las comprendereis empero cuando venga sobre vosotros el Espíritu de la verdad que os he prometido. Este espíritu Divino no os hablará de suyo, sino que os dirá todas las cosas que habrá oído en el cielo, y os las anunciará con tanta claridad, que os mostrará como presentes las que se han de verificar en la série sucesiva de los tiempos ; con cuyo conocimiento sereis los nuevos Profetas que tengo de enviar al mundo. Él me glorificará sobre la tierra, porque recibirá de lo mio, y de Mí es de quien recibirá la doctrina con que estará encargado de instruiros. Todo lo que tiene mi Padre, es mio : por esto os he dicho que nada dirá que no venga de Mí, como de su origen, y que no haya recibido de Mí ; y habitará con vosotros durante mi ausencia, pues dentro de breve tiempo no me vereis mas ; y si esta primera ausencia no es perpétua, como en realidad no lo será, pues me vereis de cuando en cuando, sabed que estas visitas durarán solamente hasta que vuelva á mi Padre y suba al Cielo, en donde estableceré mi morada para siempre, y en donde no me vereis hasta que subais á él por el mismo camino que Yo lo conquisté, y para todos lo merecí.

Algunos de sus discípulos, que no pudieron comprender bien el sentido de estas espresiones, se decian unos á otros : ¿qué nos querrá decir con esto, dentro de poco no me vereis, y luego dentro de poco me vereis, porque voy al Padre? En verdad que tenia esta conclusion tanto de concisa como de misteriosa, para que la comprendiesen los Apóstoles, y necesita por lo mismo alguna esplanacion. El tiempo breve despues del cual ya no lo verían, era el que iba á pasar desde este instante en que les hablaba hasta su sepultura ; y el que despues del cual lo habian de ver otra vez, era aquel en que estaria en el sepulcro hasta su gloriosa resurreccion. Y conociendo Su Magestad que deseaban preguntarle sobre esto, se anticipó como solia á sus deseos, y les dijo: Bien sé que las palabras que acabo de deciros os inquietan, y que no habeis comprendido su sentido: esperad su cumplimiento, y vereis que nada os he dicho que no sea cierto: oid, pues, lo que voy á deciros para que lo comprendais mejor. Llegó el tiempo en que vosotros llorareis y el mundo se alegrará: mas vuestra tristeza no durará mucho tiempo, y á ella seguirá un gozo mas cumplido. Como la muger que va de parto llora y se aflige porque se acerca la hora de su trabajo, pero en habiendo á luz felizmente el fruto de sus entrañas, ya no se acuerda de su angustia por el gozo de que se llena porque dió un hombre al mundo; así vuestras penas, discípulos míos, serán tan cor-

tas como estas. Llegó el tiempo, y debo ausentarme de vosotros: esto os apesadumbra y acongoja; pero debeis consolaros con la esperanza de que apenas me habreis perdido de vista cuando os volveré visitar resucitado y glorioso. Esto calmará vuestras lágrimas é inquietudes, y os llenará de una alegría tan sólida que no os la podrán quitar todas las criaturas del mundo. Entonces en aquel día ya no me hareis pregunta alguna sobre mi partida. En verdad, en verdad os digo: que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá: y el Espíritu Santo os enriquecerá y adornará de tal manera con sus dones, que no necesitareis tenerme cerca de vosotros para consultarme vuestras dudas. Hasta ahora nada le habeis pedido en mi nombre; pedid y recibireis para que vuestro gozo sea completo.

Aunque el sentido literal de este discurso no era difícil de penetrar y conocer, sin embargo, por fácil que fuese, no estaba al alcance de los Apóstoles, aunque es tambien cierto que no estuvieron largo tiempo sin percibirlo; y para que no dudasen de que el Maestro, que se complacia en darles tan importantes documentos en los últimos instantes de su vida, conocia perfectamente bien todas las necesidades que tenían, y no les negaba ni escaseaba todos los consuelos que necesitaban, les añadió: Hasta ahora os he hablado en estilo figurado y proverbial, que no habeis podido penetrar; de aqui en adelante ya no usaré de figuras ni parábolas; os hablaré claramente de mi Padre, y os descubriré los misterios mas secretos y sublimes, y tendreis gran cabida con este Padre, infinitamente liberal y misericordioso, el que os manifestará su voluntad acerca del establecimiento de su reino. Pedidle en mi nombre cuanto desearais, como sea justo y conveniente, y no es necesario que os diga que mis súplicas acompañarán á las vuestras, y que ninguna necesidad tendreis de acordármelas, pues aun cuando Yo pudiese olvidarme de ellas, bastaria el amor que mi Padre os tiene para que fuesen despachadas prontamente. Os ama con ternura, porque vosotros me habeis amado, y porque me habeis creído cuando os he dicho que he salido de mi Padre, y que de allí es de donde he venido á la tierra. Esto bastará para que viendo la firmeza de vuestra fé á mis palabras, y vuestra adhesion á mi persona, mis méritos, que tendrá siempre presente, y conociendo vuestras necesidades, os oiga con benignidad y os conceda cuanto le pidiereis. Acordaos que asi como salí del seno de mi Padre para venir á este mundo, asi ahora estoy á punto de dejar la tierra y volver á su mismo seno para vivir allí eternamente. Por toda la eternidad soy el Verbo de Dios: el

Verbo está unido personalmente á mi humanidad desde el primer instante de mi concepcion. Asi es como he bajado del Cielo , que es el trono de la Divinidad ; asi es como vine á cumplir mi ministerio entre los judios , á los cuales era enviado especialmente como á su Predicador y Maestro , y voy á consumir la redencion de todos los hombres , para dejar este mundo y volver á mi Padre. Palabras breves , pero enérgicas , que encierran en su fondo toda la esencia de la religion adorable del Salvador , en cuanto ella es por la dignidad de su cabeza , que es el mismo Jesucristo , Hijo de Dios vivo , Redentor y Salvador de los hombres.

No podia menos esta tan clara esplicacion de Jesus de impresionar agradablemente á los Apóstoles , y asi fue que poseidos de la mayor gloria le digeron : Ved ahi , Señor , que ahora nos hablas claro , y no con enigmas ni proverbios. Ahora conocemos que Tú sabes todas las cosas , y no necesitas que nadie te pregunte si lo conocemos ; todo lo ves claramente , y con tu sabiduria sobrehumana penetras hasta los secretos mas ocultos de los corazones : por esto creemos que has salido de Dios. Adivinaste nuestros pensamientos , saliste al encuentro de nuestras dudas , y calmaste todos nuestros temores. Ninguno que solo sea hombre puro puede hacerlo , porque este es uno de los mas bellos rasgos de la Divinidad : te conocemos pues , y te confesamos como Hombre Dios , Hijo único de Dios , cuya Santa Humanidad está destinada á conducir y á juzgar á todos los hombres , y que recibe en todos los instantes de su vida las luces de la Divinidad , á la cual está unida personalmente. Replicóles entonces Jesus : ¿ Por ventura es cierto que vosotros creéis ahora ? Pues sabed que se acerca la hora , y ya llegó , en que sereis dispersados , y cada uno de vosotros marchará por su lado y me dejareis solo , aunque no estoy solo , porque el Padre está conmigo. Vosotros me abandonareis , pero os compadezco en verdad ; tengo mas lástima de vosotros que de Mí , y me es mucho menos sensible verme sin consuelo , que veros á vosotros en tanta turbacion y angustia. No os confunda ni entristezca esta mi prediccion , pues Yo sé que brevemente os avergonzareis de vuestra cobardia , y borrareis la vergüenza y la deshonra con la fidelidad del resto de vuestros dias. Pero sabed que os he dicho estas cosas y os las he anunciado para que tengais y conserveis en Mí la paz ; mas no os la prometo sin combates ni batallas , porque quiero que sea una paz gloriosa y el fruto de vuestras victorias. Todo el tiempo que esteis en el mundo no dejará este de perseguiros , pero no le temais , pues he conseguido contra él una completa victoria ; y si vuestra confianza en Mí fuese firme , sereis invenci-

bles. Le vencí con la paciencia, y triunfaré de él con mi muerte. Así mereceré la gloria de reinar sobre todas las gentes, y la facultad de dar á todos aquellos que por Mí peleen la fuerza para vencer y triunfar como Yo del infierno y de toda la soberbia feroz de sus legiones.

Parece que con este tan vehemente discurso se inflamó el corazón del amantísimo Jesus con un nuevo fuego, y despues de haber hecho un poco de pausa en estos razonamientos, para dar tiempo también á sus discípulos para que respirasen, levantando sus ojos al Cielo, dijo: Padre mio: llegó el tiempo de hacer brillar mi gloria. Tú quieres que tu Hijo muriendo admire al mundo con sus milagros; que su muerte sea seguida de una resurreccion gloriosa, sus penas de un dulce reposo, y sus humillaciones de un triunfo eterno, y pues has elegido este tiempo para la ejecucion de un tan grande designio, empieza á glorificar á tu Hijo, para que el Hijo te glorifique á Tí: haz que todas las naciones le conozcan, y que el mundo sepa quién es. Para este tan santo, noble y glorioso fin es para lo que le has dado poder, para atraer á sí á todos los hombres, para hacerles el mayor de todos los bienes, cual es el darles la vida eterna. El camino que conduce á tan dichoso término es el conocerte y adorarte á Tí, oh Padre mio, y que conozcan y adoren á tu Hijo único Jesucristo, á quien has enviado. Nada te pido que no haya merecido bien. Tú me has mandado trabajar en este mundo y procurar tu gloria, y Yo lo he hecho así. ¿Qué falta ahora sino que recompenses mi obediencia? Yo tuve en Tí antes de todos los siglos, como Hijo único, la gloria que es esencial á la Divinidad. Pero despues que tomé esta carne mortal, y la semejanza y forma de siervo, he vivido siempre entre menosprecios, y la muerte ignominiosa que voy á padecer será el colmo de mis oprobios. Lo que deseo y te pido al presente es que ensalces despues de mi muerte esta mi humanidad, humillada y como anonadada hasta aqui por tu amor.

Yo, Padre mio, he manifestado tu nombre á los hombres que tuviste á bien separar del mundo y hacerlos miembros vivos de mi grey. Criador y dueño absoluto de todos ellos, elegiste y predestinaste los que has querido para que me siguiesen fielmente, como siguen las ovejas á su pastor. Por estos discípulos que habeis puesto á mi cuidado, y á quienes Yo confío la direccion de los otros hombres, es por quienes os pido y ruego. Yo os los encomiendo y pongo bajo vuestra proteccion. Yo les enseñé la doctrina que Tú me has comunicado, y habiéndola recibido llegaron á conocer que salia de Tí, y creyeron que Tú me enviaste. Yo os ruego por ellos: no os pido

por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Esto es: nada os digo por el pueblo judío y por la Sinagoga que lo corrompe: no os pido y ruego que les perdoneis los castigos temporales y la ruina que les amenaza: Yo sé cual es su destino: Vos me habeis revelado los decretos eternos fundados sobre su impenitencia futura y sobre su obstinacion que teneis prevista. Adoro vuestra soberana justicia, y limito ahora mis deseos á estos hombres que me habeis dado para que los forme con mis lecciones, y los habeis elegido para ministros míos y de mi Evangelio. Ellos eran vuestros antes que los pusieseis bajo de mi conducta, y siempre son vuestros aunque me los habeis dado, y os adoran á Vos y á vuestro Hijo. Todas mis obras, todas mis cosas, tuyas son; así como todas las tuyas son mías, y he sido glorificado en ellas. Bien sabes, oh Padre mío, los motivos porque te hago esta reverente súplica: estos discípulos que me diste me tienen particular amor, y á ellos pertenece dilatar por todo el mundo la gloria de mi nombre; y estando para dejar este mundo y volverme á Tí, me veo obligado á dejarlos solos en medio de los enemigos de la virtud y de la verdad: sálvalos, pues, y protégelos. Yo te ruego por este rebaño destituido de su pastor, para que te dignes tomarlo á tu cuidado y le defiendas de los lobos con la virtud de tu nombre santo y poderoso; á fin de que los que has puesto bajo mi proteccion se unan estrechamente conmigo y entre sí, y que amándose los unos á los otros, como nosotros nos amamos, sean una misma cosa, como nosotros los somos; esto es, lo sean ellos por la caridad, como nosotros lo somos por naturaleza.

Yo conservaba y mantenía en tu nombre á los que me diste cuando estaba con ellos en el mundo. Yo los guardé, y ninguno de ellos pereció sino el hijo de perdicion, el pérfido Judas, cuya desgraciada suerte y justo castigo hará que se verifique y cumpla el oráculo de las escrituras que pronunció el Espíritu Santo por la boca de David; porque escrito está en el libro de los salmos (1): destruida y asolada sea su habitacion y morada, y no haya quien habite en ella. Sean pocos sus días, y tome otro su ministerio y oficio. Ahora, pues, que vengo á Tí, y que ya me faltan pocas horas para salir de este mundo, los vuelvo y pongo en tus manos; y lo hago en su presencia, para que experimentando los favores de que los colmarás á mis ruegos, se consuelen de mi partida; y para que reciban de Mí, aunque ausente y apartado de ellos, la plenitud del gozo y el colmo del consuelo. Yo los confié tu palabra, les enseñé

(1) Ps. 68. v. 26. et Ps. 108. v. 8.
TOMO III.

tu doctrina, y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como tampoco lo soy Yo. No te ruego que lo saques de él, pero sí te pido que los preserves de los males con que amenazas á los hijos de la iniquidad. Yo conozco tus designios sobre ellos: quiero que los cumplan y que la generosidad de su celo corresponda á la grandeza de su vocacion. Sosténles, oh Padre mio, en tu fervor para que la persecucion de los malos no les haga vacilar en la fé que me han prometido. No son del mundo, por consiguiente no son de los que Tú aborreces: son semejantes á su Maestro, que tampoco es del mundo. Santificales, pues, y confirmales en la verdad de la doctrina celestial que Yo les he enseñado. Tú sabes bien que la saqué de tu seno, y que ella es el fundamento del culto verdadero que á Tí se debe de justicia, y que en mi nombre se ha de establecer entre todos los pueblos de la tierra. Tu palabra es verdadera é infalible. Tu justicia eterna y tus mandamientos y tu ley la verdad misma, que ilustrando las almas las santifica. Bien sabes cuan necesaria es esta gracia para aquellos por quienes te la pido. Por ellos me ofrezco en sacrificio, y ya me ves á punto de derramar mi sangre por merecerles una verdadera y perfecta santificacion. Socórreles, Padre mio, y distribuye entre ellos con tu misericordia las gracias singulares que por ellos y por todos he de merecer con el sacrificio de mi vida.

No te ruego solamente por ellos, sino tambien por los que en la série sucesiva de todos los siglos han de creer en Mí por su predicacion y magisterio, y han de honrar al Padre por el Hijo. Has que se verifique de todos ellos, que viven unos y otros unidos por la participacion de un mismo espíritu, como Tú y Yo somos una misma cosa; como Tú, Padre mio, estás en Mí, y Yo que soy tu Hijo estoy en Tí por la comunicacion de una misma naturaleza que recibo de Tí; y por esta íntima union fraternal, y santidad debida, crea el mundo que Tú me enviaste y que de Tí procede la doctrina que he enseñado, mi mision, mi dignidad y mi poder. Yo les he dado la claridad, la gloria, la gracia de hijos adoptivos, y los dones sobrenaturales que Tú me has comunicado, y de la que haré participantes á todos mis miembros. El mundo por tanto, testigo de nuestra íntima union, y de la que tienen contigo, por Mí, todas las criaturas, conocerá que Yo estoy en ellos, como Tú estás en Mí; que son mis miembros, y Yo soy su cabeza; y que por este medio llegan á la mas perfecta union que puede haber entre las criaturas y el Creador. Estas señales de una santidad consumada, que el mundo admirará entre Mí y mis discípulos, le obligarán á creer que Yo los en-

vio, como Tú me has enviado; y que Yo los amo, como Tú me amaste á Mí. Y pues Tú me los has dado, deseo que los coloques cerca de Mí en el Cielo, para que vean la gloria que me has preparado desde la eternidad, y por abí conozcan cuanto me has amado ante todos los siglos. Oh Padre mio, cuyos caminos todos son rectos, y cuyos juicios todos son justos! El mundo á quien me has enviado no ha querido conocerte tal como yo te he anunciado por tu orden. Pero Tú sabes que te he conocido íntimamente, y que mis discípulos te han conocido tambien, y saben que Tú eres el que me has enviado. Yo les he enseñado á reverenciar tu nombre y á respetar tus designios soberanos. Yo les he manifestado tus grandezas, y El Espíritu Santo que procede de Tí y de Mí se las enseñará bien presto con la mayor claridad; para que el amor con que me amas esté en ellos, y haga de ellos con un modo especial y nuevo, hijos tuyos por adopcion, y en su proporcion habite en ellos, como en Mí por el hábito infuso de la caridad, y por el mas pleno y perfecto conocimiento.

§ 9.º

SALE DEL CENÁCULO, Y SE ENCAMINA AL HUERTO DE GETSEMANI, Ó DE LAS OLIVAS.

Concluyó Jesus su oracion, y salió del Cenáculo con sus Apóstoles para ir al monte de las Olivas; pero al tiempo de partir, y durante el camino, volvió á repetirles las dos cosas mas esenciales é interesantes, de que les convenia por entonces acordarse mas. La una era, que estando tan cerca la hora de la batalla, les era sumamente necesario aprestarse contra el enemigo comun: y la otra, saber si en algun tiempo ú ocasion habian tenido contra El motivo de queja ó desconfianza; y así les dijo: Cuando Yo os envié á la predicacion del Evangelio sin saco, alforja, calzado y sin bolsillo, os faltó por ventura cosa alguna? Y habiéndole respondido que no, se valió de esta ocasion para decirles, que si hasta entonces habia tenido cuidado de proveerles de todas las cosas necesarias á la vida, y habia sido su padre, su protector y defensor, habia llegado ya la hora y el punto de pelear, y que ya no podria prestarles algun socorro visible, siéndoles por consiguiente necesario proveerse de algunas cosas: así que, les añadió: el que tiene bolsillo llévele; y tambien alforja: y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprela. Porque Yo en verdad os digo, que es necesario que se cum-

pla en Mí todo lo que está escrito; y Isaías (1) ya dijo: El ha sido contado y sentenciado entre los malhechores. Lo cual sucederá luego; pues todas las profecias estan á punto de cumplirse. Los Apóstoles, que discurrían poco, no entendieron que el Señor quería con esto avisarles, que debían armarse con el escudo de la fé y la espada de la palabra de Dios, porque iban á entrar en grandes tribulaciones; y tomándolo todo segun el sentido literal, creyendo que les seria necesario hacer uso de la espada para defender su persona, le contestaron ingenuamente, y le dijeron: Señor, aqui tenemos dos espadas, y se las enseñaron; como queriendo preguntarle si les bastarian aquellas armas para defenderse en la refriega que les acababa de referir; mas deseoso Jesus de cortar aquella conversacion y de estraviar aquella idea de su entendimiento, les dijo: basta.

Despues de csto creyó preciso declararles que todos ellos dentro de breves instantes serian vencidos, y huirian cobardemente á la vista de sus enemigos, y asi les dijo: Ved aqui una noche funesta para vosotros; por mas resueltos que imagineis estar, os faltará el valor; y despues de tantas advertencias como os he dado, hareis de mi pasion un motivo de vuestra caida y de vuestro escándalo. Las crueldades que se ejecutarán conmigo, os asombrarán; y si totalmente no me olvidais, apenas conservareis algunas leves reliquias de una fé y de una esperanza medio apagadas. Esto es lo que baticinó Zacarías cuando dijo (2): *Heriré al pastor, y se disipará el rebaño*: pero como sé que aunque doy la vida, he de recobrarla otra vez, volveré muy presto á socorremos; y despues de mi Resurreccion, os esperaré en Galilea, donde os habreis refugiado para evitar el furor de los judios: allí me vereis resucitado, lleno de gloria y victorioso de la muerte.

Bien se descubre el espíritu de prevision, y el caracter amantísimo de Jesus en estas prevenciones que hizo á sus discípulos; puesto que, advirtiéndoles la cobardia en que habian de incurrir abandonándole dentro de pocos instantes, no quiso en manera alguna entregarlos á la desesperacion, y juzgó mucho mejor consolarlos con la seguridad que les daba de que dentro de poco tiempo le volverian á ver de un modo bien diferente del que le veian entonces; y en un estado mas lisongero, brillante y glorioso. San Pedro, empero, que amaba ardientemente á Jesus, y no creia habia de llegar á ser tan cobarde que le abandonase al verle en manos de sus enemi-

(1) Isaia, c. 53. v. 12.

(2) Zacaria, cap. 13. v. 7.

gos, se revistió de ardor, y le dijo: que aunque todos sus compañeros faltasen á su deber, y escandalizándose con motivo de la prision del Maestro le abandonasen, cumpliría él siempre y fielmente con la suya; y no le abandonaría jamás. Pero Jesus le replicó, que en aquella misma noche antes que el gallo diese el segundo canto, él le habria negado tres veces: mas á pesar de todo, no dejó Pedro de protestar y aseverar, que sucediese lo que sucediese, él nunca negaría ni abandonaría á su Maestro: cuya protesta repitieron juntamente con Pedro los demas Apóstoles y discípulos de Jesus. Pero como el Señor queria, que la penitencia los hiciese mas humildes, mas fieles y mas santos despues de su caída, lo cual acaso no hubieran podido lograr si no hubieran caído, les dejó hablar; y sin detenerse un instante mas, cortó la disputa sobre la constancia imaginaria que ellos se prometian; y viendo que era llegada la hora rezó con ellos los Salmos y cántico de accion de gracias con que los hijos de Israel, que eran verdaderamente religiosos, acostumbraban á acabar sus mesas, y principalmente la cena de la Pascua; y en seguida se salió de Jerusalem y se dirigió al Huerto de las Olivas, donde tenia la costumbre de hacer oracion durante la noche, y habiendo pasado el torrente de Cedron con sus once Apóstoles, los dejó al pie de la montaña junto al lugar de Getsemani, ordenándoles que permaneciesen en aquel parage mientras iba á hacer oracion á su Eterno Padre.

Largo era el plazo que habia trascurrido desde el principio del mundo: cincuenta siglos habian pasado, y el gran caudillo que habia enviado Dios al mundo para que triunfase en sí mismo de todo el poder del infierno y de la muerte, debia salir de lo escondido de las tinieblas para pelear las peleas de su Padre, y vencer al dragon infernal en un terreno en todo parecido é igual á aquel en que él habia vencido al hombre primero. Eligió, pues, para el combate un huerto; porque en otro habia declarado el hombre la guerra á Dios. Este huerto encerrado en aquel hermoso monte, que por el lado de la casa de Dios dominaba gran parte de Jerusalem, nos da á conocer que este es el lugar donde el alma santa que desea unirse estrechamente con el Señor por medio de la oracion, debe retirarse oportunamente, separándose del mundo, valle de miserias y torrente de desdichas, para participar separada de él, de los inefables consuelos con que el Señor en medio de las tribulaciones alegra el corazon de todos los que á El acuden y en El esperan. La distancia de la ciudad al monte apenas era de mil pasos; y esto nos da á conocer que nunca se aleja mucho el Señor de aquellos á quienes quiere

salvar, aunque los deje espuestos al parecer, á las mas graves y penosas tribulaciones. Y aunque se encaminó Jesus al huerto con sus discípulos, sin embargo, al entrar en él los mandó quedar en un lugar algo separado y distante: con lo que tambien nos enseña que en la soledad es donde debemos buscar á Dios, donde debemos llamarle, y donde sin duda alguna le hallaremos, y El se dignará hablar á nuestro corazon; pues así lo dijo por su Profeta (1): *llevaré el alma á la soledad, y hablaré á su corazon*: para que conozca que Dios no se halla entre las agitaciones bulliciosas de un mundo engañoso y corrompido, del que necesariamente debemos huir, si queremos tratar familiarmente con Dios y merecer sus consuelos. Pero es preciso advertir, que aunque mandó Jesus á sus Apóstoles que se quedasen algo apartados de El, llamó mas cerca de sí á sus tres queridos, Pedro, Jaime y Juan, para que no le perdiesen de vista; advirtiéndoles la necesidad que tenian de orar para obtener los socorros del Cielo contra las tentaciones que les amenazaban.

§ 10.

JESUS EN EL HUERTO, HASTA SU PRISION.

Después de esto dió Jesus algunos pasos adelante, seguido de sus tres Apóstoles; que fueron los únicos testigos de la extrema aflicción de su Maestro. Internóse el Señor con ellos á un parage mas retirado, y por algunas palabras que pronunció, y ellos mas claramente comprendieron, que estaba poseído de un temor extraordinario de la muerte, de una tristeza excesiva, y de una especie de desfallecimiento producido por el vivo y penoso conocimiento de las indignidades que le habian de hacer sufrir aquellos á quienes tenia mas obligados; por el horror de los designios impios y sanguinarios que iban á ejecutar contra su persona, y por la certeza de los innumerables males que veia próximos: pero se apartó de ellos como un tiro de piedra, y al tiempo de partirse les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte: esperaos aquí, y velad conmigo*. Herido anticipadamente por los dolores de su pasión, abatido su rostro é inquieto su semblante, decian sus facciones demudadas mucho mas que sus propias palabras; y puesto de rodillas, dejó caer su rostro contra la tierra: en esta postura, en que lo ponía mas su veneración profunda para con Dios que su aflicción extrema, co-

(1) Oseeæ, cap. 2. v. 14.

menzó á orar. Los afectos y consideraciones mas encontradas lo mortificaban y herian. Era la inocencia misma, el rey inmortal de los siglos, el primogénito de los hombres, el Hombre Dios y el hijo único de Dios, y considerando los ultrages que habia de sufrir, los dolores que habia de sentir y la muerte que habia de padecer en una infame cruz, despedazaban su alma, se estremecia su espíritu y se poseia del pavor de la muerte. Pero El se habia hecho por su voluntad obediente al Padre, y se habia sujetado á ella, no por necesidad, sino movido de caridad; y entonces le preocupaba la consideracion de salvar á los hombres, de abrirles la puerta del Cielo, de reconciliarlos con su Padre y satisfacer á la justicia de Dios; y aunque conocia la conveniencia de que los hombres se salvarasen, y la justicia de Dios quedase satisfecha, no ignorando que para conseguir estos extremos habia de caer en las manos de la justicia eterna, se estremecia y poseia del mas terrible espanto; por lo que se vió precisado á clamar y decir: *Padre mio, si es posible pase de Mí este caliz sin que Yo lo beba, pero no se haga como Yo quiero, sino como quieres Tú*. Bien sabes que suscribí al decreto de tu justicia para salvar al hombre y satisfacerte á Tí; y asi no se haga mi voluntad sino la tuya.

En medio de este conflicto, sabiendo Jesus que su Padre le amaba, acudia á los consejos y á las voces del amor, y ofreciendo á su Padre mismo los afectos mas ardientes de su corazon, esperaba el consuelo que sabia le habia de otorgar: mientras el que esperaba del Cielo se diferia, se levantó y fué á buscar á sus discípulos. Querria hablarles de sus penas y consolarse con ellos comunicándoselas; pero los halló todos dormidos y se vió precisado á despertarlos. ¡Triste consuelo para un afligido que necesita alivio y va á buscarlo en sus amigos! Es verdad que la tristeza tenia la mayor parte en la opresion de aquel sueño, no obstante no pudo Jesus dejarlos de reprender por falta de vigilancia, y dirigiéndose á Pedro le dijo: *¿Simon, duermes? ¿Siquiera una hora no habeis podido velar conmigo? Velad y orad para que no seais vencidos por la tentacion. El espíritu está pronto y se juzga preparado para todo lo que puede venir; pero la carne arrastra frecuentemente al espíritu, y este cede á la carne*. Tened, pues, cuidado sobre vosotros mismos, desconfiad de vuestras fuerzas, y no ceseis de implorar los socorros del Cielo.

Despues que Jesus hubo animado asi á sus Apóstoles, los dejó y volvió segunda vez á orar, y repitió la misma oracion, diciendo: *Padre mio, si no puede pasar de Mí este caliz sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad*. Esto es, si es necesario sujetarme á una muerte

tan cruel é ignominiosa, cúmplanse, Padre mio; los decretos eternos de tu justicia. Ya no solicita el Señor que se aparte de El el cáliz, aunque se mantiene con toda su amargura; sabe que no quiere Dios que deje de beberlo, y lo acepta desde luego deseoso de que se dé al Padre la entera y perfecta satisfaccion que su justicia reclama; y como Hijo sumiso y obediente, quiere tambien que su voluntad entera se ejecute: y resuelto á cumplirla en cuanto está de su parte, aunque siempre atormentado de pena, se levanta otra vez, marcha á sus discípulos, y los halla durmiendo, porque estaban sus ojos gravados ó cargados de sueño: los despertó y no quiso darles otra reprension, porque sola su presencia bastaba para confundirlos, y no sabian qué responderle. Dejólos por tanto, volvió y repitió por tercera vez la misma oracion, diciendo: *Padre, si quieres, traspasa de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya.* En medio de esta union de voluntades, deseando Jesus cumplir la de su Padre, solo buscaba la ocasion de padecer, porque solo padeciendo satisfacía á aquella por los pecados del hombre, rehusando todas las dulzuras sensibles de que podia privarse, y suscitando contra sí todas las pasiones enojosas, que no sirven sino de afligir la naturaleza con mil objetos de dolor: y permaneciendo en santa oracion negando á su alma todos los consuelos que la divinidad de su espíritu bienaventurado podia ofrecerle, le envió su Padre desde el Cielo un Angel que se dejó ver en forma humana para consolarle. Acercóse á El con respeto, lo adoró como á su Señor, lo confortó y lo fortificó. Representóle la voluntad de su Padre, el mérito infinito de su obediencia, la salud de los hombres aligada á su cruz, y los frutos y premios de su pasion, cuales eran la reparacion de las injurias hechas á su Padre, la destruccion del pecado y el remplazo que los hombres habian de hacer llenando aquellas sillas que estaban vacias por la pérdida de los Angeles soberbios: y todas estas consideraciones le hicieron de nuevo desear la muerte, antes que huirla. Armóse la voluntad de resistencia contra la naturaleza atribulada, y la prolongacion de esta lucha hizo que brotase de su cuerpo un sudor como de gotas de sangre, que corrian hasta el suelo.

La sangre rebatida del corazon, adonde el temor la habia juntado, salió con rapidez y se abrió mil caminos. Aqui si que pudo clamar el Señor con el Salmista, y decir (4): Sálvame, oh Dios, porque las aguas de la tribulacion llegaron hasta mi alma, y casi

(1) Ps. 68. v. 2. 3 et 4.

me veo anegado. Zambullido estoy en un cenagal profundo, tanto que no puedo hacer pie ni hallo sobre que estribar. Vine y entré en alta mar, y furiosas tormentas me sumergieron en los abismos. Fatigado estoy de llamarte: ya se enronqueció mi garganta, y mis ojos desfallecieron de alzarlos al Cielo esperando el Dios vivo. Pero poco á poco se moderó aquella agonía espantosa de Jesus, y la sangre volvió á tomar su curso, pues que el Hijo había sido oído por su reverencia.

Desde este instante en que Jesus aceptó de nuevo la sentencia confirmada por el Padre, ya no se vió en El sino intrepidez y aliento. Levantóse otra vez de la oracion, vino á sus discípulos y hallólos durmiendo de tristeza; y entonces, como por una especie de ironia, les dijo: Continúad en dormir, y descansad, y entregaos al sueño: no pudierais haber escogido coyuntura mas favorable, para descansar de los trabajos de este penoso dia. Ya llegó la hora en que el Hijo del Hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores. Avergonzaos, pues, de vuestra pereza: levantaos sin dilacion si no quereis ser sorprendidos de la tentacion sin haber tenido lugar de implorar el socorro de Dios: lo que fue como si hubiera dicho: Oh Padre! en esta hora se alegra mi espíritu, porque tu Hijo unigénito que diste al mundo para que este no perezca, sino que tenga vida eterna, va á entregar su cuerpo á sus enemigos y á Tí su propio espíritu, por la vida y salud del mundo. ¡Oh mundo! descansa ahora, come, bebe y regálate; porque ya llegó la hora en que por tí padezca Yo hambre y sed, y me den á beber hiel y vinagre. ¡Oh hombres! coronaos de rosas, llenaos de vinos preciosos y de ungüentos, pasad vuestros dias en placeres; porque ya se aproximó la hora en que Yo por vosotros sea herido con bofetadas, escupido con salivas, despedazado con azotes, crucificado con clavos. ¡Oh Angeles! ya llega la hora en que llorareis vosotros amargamente, mientras padezca Yo penas amarguísimas y dolores terribilísimos. Llegó la hora, y el que me ha de entregar no está lejos; salgámosle al encuentro.

Aun no habia acabado el Salvador de hablar con sus discípulos, cuando llegó Judas, uno de los doce, el cual conocia bien aquel sitio, y todas sus averidas, entradas y salidas; porque Jesus acudia allí y se juntaba muchas veces con sus discípulos. Marchaba el falso Apóstol al frente de una compañía de soldados, ministros ó alguaciles que le dieron los pontífices de los fariseos, los cuales traian linternas y hachas, y la turba de gentes armada con espadas, palos y garrotes, acompañada de oficiales de la guardia del

gobernador. Judas les habia dado esta contraseña para conocer al Señor en la oscuridad de la noche: Aquel, les dijo, á quien yo besare, El es el que vosotros buscais. Como sabia tambien que el Divino Maestro obraba prodigios, y no podia haber olvidado todas las maravillas de que habia sido testigo, y como sabia que aquel á quien se habia obligado á entregar á los escribas, mas de una vez se habia librado de su furor, y desaparecido de su vista en el momento mismo en que se armaban para prenderlo ó apedrearlo, temeroso de que en esta ocasion no se frustrasen sus esperanzas, les advirtió de la reserva con que debian prenderle, guardando y asegurando bien su persona: y habiendo tomado así á su satisfaccion todas las medidas, entró en el huerto dejando á su gente á alguna distancia. Alcanzó á ver á sus compañeros, reconoció á Jesus, su Salvador y Maestro: corrió á Su Magestad, y diciéndole: *Dios te guarde, Maestro; se echó á su cuello y le dió un beso de falsa paz.* Fáciles eran de prever todas las consecuencias de una tan pérfida accion, aunque no estaban ocultas al Maestro Divino, el que no obstante recibió con toda su benignidad al discípulo infame, y hablándole con el idioma elocuentísimo de su amor, se lo significó y manifestó en muy pocas palabras: *Amigo, dijo Jesus á Judas, á qué has venido? Con un beso de falsa paz te atreves á entregar en manos de los hombres al Maestro que mas te ama?* Esta dulce queja era una señal grande de la ternura y de la compasion que tenia el Señor de este mal hombre, al cual ofrecia aun su gracia si hubiera tenido voluntad de detestar su delito. Pero el pérfido se retiró del que le llamaba á penitencia, y volvió prontamente á los enemigos de su Maestro para recibir de ellos lo que ya esperaba con impaciencia, á saber, los treinta dineros por los cuales lo habia vendido; cobrólos al punto, porque creyeron los escribas que habiéndoles entregado al Salvador, tenia ya derecho á recibir lo que ellos le habian prometido. Mas Jesus, viendo sus auxilios sin fruto, y despreciados sus llamamientos, ya no pensó sino en someterse enteramente á la voluntad de su Padre, á fin de que tuviesen debido cumplimiento los oráculos de los Profetas.

Seguia Jesus á Judas, y á este seguian sus Apóstoles, caminando hácia la tropa enemiga que lo esperaba, á la que se incorporó Judas, y adelantándose el Señor hácia ellos, les dijo: *¿A quién buscáis?* ¿Qué grandeza de alma, qué intrepidez, qué aliento el de Jesus á la presencia de sus enemigos! *¿A quién buscáis, les dice?* Y respondiéndole que á Jesus Nazareno, contestóles con la voz de la magestad y de la omnipotencia: Yo soy, y con solas estas dos pa-

labras los ministros, los soldados, los criados y sus amos, el gefe de la traicion y todos los que le acompañaban cayeron de espaldas los unos sobre los otros. Esta voz *Yo soy* es el compendio de todas las perfecciones que resplandecen en Dios. *Yo soy*, esto es, *Yo soy* por Mi mismo, y de nadie dependo, y todo depende de Mí: *Yo soy* el principio y el fin; *Yo soy* el primero y el último; todo es por Mí, y sin Mí nada se hizo, nadie puede decirlo ni en el Cielo ni en la tierra, sino aquel á quien está dada toda potestad en la tierra y en el Cielo. *Yo soy*, nadie puede decirlo sino Dios, y si algun otro lo digere es mentiroso y no hay verdad en él; por lo que diciendo Cristo *Yo soy* confesó que era Dios, y su vista y su voz soberana y omnipotente no podia menos de aterrar á sus miserables perseguidores; por cuya razon volvieron la espalda y cayeron sobre la tierra. Si esta caida les hubiese inspirado penitencia y arrepentimiento, se hubiesen levantado con magnificencia y con gloria. Pero el horrible crimen que iban á cometer les habia cegado, y no tenian valor para reflexionar ni discurrir; y asi no se levantaron ni se hubieran levantado jamás, si la voz de la Omnipotencia que los aterró no les hubiera reanimado de nuevo. A este efecto les preguntó otra vez el Soberano Maestro: ¿A quién buskais? Y habiéndole contestado como antes, á Jesus Nazareno, les respondió Jesus con el mismo aire de grandeza y magestad que la vez primera: *Ya os he dicho que Yo soy: si á Mí me buskais, no inquieteis á estos discípulos míos; dejadlos ir. Yo os permitiré que dispongais de Mí cuanto fuere conveniente para llenar los designios de la voluntad de mi Padre; á estos empero dejad que se retiren; para que asi se cumpliese la palabra que poco antes habia dicho: no perdí á alguno de los que me diste.*

Recobrados ya los judios de su aturdimiento, en lugar de adorar la omnipotencia de este Dios hombre, y dejarse guiar de su dulzura, le trataron como á un malhechor: pusieron las manos en Su Magestad, le ataron y afianzaron fuertemente por temor de que se les escapara. Los Apóstoles, sobresaltados ya, y no dudando que se les queria arrebatar á su dulce y amado Maestro, creyeron era ya llegado el tiempo de defenderle, mas con todo no se determinaron sin pedirle antes como una especie de permiso, diciéndole: Señor, haremos uso de la espada? Pero sin esperar Pedro la respuesta del Maestro, echó mano á la suya, y se arrojó sobre el primero que pudo alcanzar. Este era un criado del gran sacerdote llamado Malco, y descargándole Pedro una cuchillada, le cortó la oreja derecha. No aprobó Jesus este ímpetu de su discípulo, por mas que estuviese revestido con el espíritu de celo en defensa de su Persona, antes al

contrario le reprendió, y prohibió á los suyos toda fuerza armada y toda violencia para vengar la injuria que le hacian; pero como no era su designio que sus enemigos padeciesen por el celo indiscreto de su Apóstol, hizo traer al herido, tocó su oreja, y lo sanó. Mas ni con esto quedó satisfecha la caridad ardentísima de Jesus, sino que á la presencia del mismo criadó del pontífice y de todos los que con él veñian, quiso instruir al agresor, y con él á los demas discipulos, de la tolerancia, mansedumbre y sufrimiento que debian guardar, y dirigiendo su palabra á Pedro y á los demas, les dijo: *Vuelve tu espada á su lugar; métela en la vaina; porque todos los que usaren de ella injustamente ó contra la autoridad pública, al filo de la espada morirán.* El que derramare la sangre del hombre verá derramar la suya por la mano del hombre. *Piensas tú que si Yo quisiera defenderme de mis enemigos no podria pedir socorro al Padre, el que me enviaria al punto mas de doce legiones de Angeles,* de los cuales uno solo bastaria para destruir á todos los hombres? Qué otra cosa es lo que tú pretendes sino oponerte á los designios de Dios, é impedirme que beba el cáliz que mi Padre me ofrece? No sabes que es su voluntad que le beba todo entero, á fin que puedan cumplirse las escrituras que lo declaran espresamente? Deja pues que llegue á Mí esa tropa, y no te opongas mas á su violencia. El Salvador empero se vió obligado á manifestarles sus quejas; dió á todos una severa reprehension, y en particular á los magistrados, sacerdotes, principales oficiales del templo, y á los ancianos que conducian aquella infame tropa de soldados y de gente de guerra, afeándoles que hubiesen venido armados con espadas y con varas para prenderle como un malhechor, siendo asi que todòs los dias habia estado con ellos en el templo; sin que se hubiesen atrevido á hacer violencia alguna contra su libertad ó contra su vida. Mas esta es vuestra hora, añadió Jesus, y este es el tiempo en que todo se les permite á los espíritus de las tinieblas y á los príncipes del infierno. Hora funesta para vosotros, concedida á vuestra libertad y malicia: usad de ella con toda su estension: haced contra mí cuanto puedan sugeriros los espíritus de las tinieblas, puesto que obstinados vosotros en la maldad y en el aborrecimiento injusto que me teneis deseais mi muerte con tanta avidez.

Con indecible pena oyeron los Apóstoles al Salvador, pues por su discurso conocieron que en vano se armarian en su favor, cuando él estaba resuelto á no valerse de su poder, y enteramente resignado á dejarse arrebatar; y temiendo no les sucediera algun desastre, le abandonaron, y huyeron todos cobardemente. La sol-

dadesca soez creyó haber conseguido el mas glorioso triunfo , y se abandonó á todos los excesos de una alegría feroz , arrojándose sobre el mansísimo Cordero con el ímpetu y rabia que solo el infierno podia sugerirles. Aqui empezaron los golpes , las heridas y los malos tratamientos. Aqui el estruendo de las cadenas , el sonido ruidoso de las armas , el estrépido de los armados , el clamor de los ministros , y el gozo , el contento y la risa infernal de los miembros de la Sinagoga ; pero á nada resistió el Cordero de Dios. En medio de los insultos y de los ultrages , se dejaba conducir sin quejarse y sin que persona alguna manifestase condolerse ni interesarse en sus desdichas. Algunos soldados que habian ido en persecucion de los Apóstoles cogieron á un jóven que iba envuelto en una sábana , el que verisimilmente seria de la aldea de Getsemani , y que habiendo despertado con el ruido correria hácia el tumulto ; pero viéndose en manos de la gente armada arrojó la sábana y escapó desnudo. Este suceso asi circunstanciado que refiere San Marcos (1) , hace creer que el jóven aquel no era de los discípulos de Jesus , como algunos han pensado ; pero que el mismo Salvador no permitió que fuese retenido , para que ninguno por su causa padeciese , cuando El empezaba á padecer por la de todos y por salvarnos á todos.

§ 44.

JESUS ES PRESENTADO Á ANÁS.

Con la grandeza y magestad que inspiran siempre en el corazon del hombre la inocencia y la virtud caminaba al suplicio el Hombre-Dios , santísimo por esencia y por naturaleza , con la resignacion de una víctima que se sacrificaba desde el origen del mundo , no tanto al furor de su pueblo como á la gloria de Dios y á la salud del universo. Los que le conducian atado como un malhechor daban grandes gritos de alegría , repitiéndose y repartiéndose miles de enhorabuenas por la accion que acababan de ejecutar , la que si bien era para ellos un motivo de triunfo , para los temerosos y fieles que creian en Jesus como en el Hijo de Dios , y que tanto por este concepto como por el de público bienhechor le reverenciaban y amaban con la mayor ternura , era un objeto digno de toda su compasion;

(1): Marci. c. 14. v. 51.

y así fue que la algazara de los unos y los suspiros, lágrimas, sollozos y ayes de los otros conmovieron toda la ciudad en aquella hora tan silenciosa y triste; de modo que, caminando aprisionado, cumpliendo los oráculos de los Profetas, y arreglando El mismo como dueño todo cuanto pasaba por El, empezó á manifestarse Hijo de Dios en las ignominias de su pasión, y tan omnipotente, grande y soberano como cuando resucitaba los muertos, serenaba las tempestades, y ostentaba su poderio contra el furor de los infiernos.

Desde este momento, seguido sin intermision de cuanto se pueda imaginar de mas injusto y espantoso, no hablará Jesus una palabra, ni dará un paso; ni hará accion alguna, que no exija de nosotros lágrimas y homenajes; pues siempre veremos unidos en su persona, los extremos dolorosos de un justo, que se sacrifica por la salud de sus hermanos, con las grandezas adorables de un Hombre-Dios, que sufre y muere de una manera tan grandiosa y admirable, que no pudiera verificar si fuera puramente hombre. Hablábase públicamente en Jerusalem, y se tenia por tan cierta la prision de Cristo, que ya se habian tomado todas las medidas necesarias para instruir el proceso, y sacrificar al inocente; sin embargo, se queria aparentar legalidad. Caifás, que desempeñaba las funciones de Sumo Sacerdote en aquel año, tenia por colega en el Pontificado á Anás, que era su suegro y anciano de bastantes años. Por consideracion á su edad estaba convenido, que tan luego como Jesus fuese preso, se condujese á su casa, para que allí comenzase el interrogatorio; sin que esto pudiese interpretarse de otra manera que de una mera atencion y condescendencia hácia su persona: llevaronle, pues, á casa de Anás; el que preguntó á Jesus sobre sus discípulos y doctrina; á cuya pregunta respondió el Salvador con aquella modestia y eutereza que caracterizaban la santidad de su vida y la divinidad de que estaba revestido. *Yo, le dijo, he hablado siempre públicamente en el mundo: Yo enseñé en la Sinagoga y en el Templo, donde todos los judíos se juntan, y nada he hablado en oculo ni en secreto:* y esto es precisamente lo que habia dicho David (1): O Señor: yo he contado las grandezas de tu nombre á mis hermanos y en medio de la Iglesia te alabé. Anuncié tu justicia en la gran congregacion, y Tú sabes que no cerré mis labios para enmudecer. Bien lo sabes, Señor (2). No encubrí, ni oclté en medio de mi corazon tu rectitud y justicia; prediqué tu verdad y tu salud, así como tu fide-

(1) Psal. 29. v. 23.

(2) Ps. 39. vs. 10 et 11.

lidad y misericordia en el gran Concilio. Por todo lo que, continuó Jesus: *¿por qué me preguntas á Mí? pregunta á los que han oído lo que Yo les hablé y enseñé; pues ellos saben bien lo que Yo he dicho.*

Constituido Anás en la dignidad de Pontífice, tenia derecho para preguntar á Jesucristo, y de hacerle cuantas observaciones creyese conducentes para averiguar la verdad y saberla de su propia boca. Pero no ignorando el Salvador que su confesion no habia de ser creida, se remitió á la deposicion de sus mismos jueces y enemigos; á la de los fariseos, sacerdotes, escribas y doctores, que tantas veces le habian oído con admiracion, predicar en la Sinagoga y en el Templo; y que habiendo presenciado sus milagros, con los que confirmaba su propia doctrina, no podian dejar de reconocer su divinidad. No podia haber dado Jesus una respuesta mas satisfactoria, ni una prueba mas eficaz de su inocencia, siempre prudentísima é imparcial, sin faltar al respeto debido á un magistrado público. Mas apenas hubo acabado su respuesta, cuando uno de los ministros que estaban allí presentes levantó su atrevida mano, y dió una tan terrible bofetada al mansísimo Jesus, que no solo se estremecieron todos los presentes, sino que como asegura el Beato Alberto Magno retendió el Cenáculo todo, y Maria Santísima, que estaba encerrada en él, sintió estremecerse y casi desfallecer enteramente su corazon purísimo á la violencia del golpe; porque fué dada armada la mano con un guante de hierro; de modo que en aquel hermoso y adorable rostro quedó impreso el cardenal de la bofetada horrible: y fué dada con tanta violencia que el rostro de Cristo, que estaba vuelto al juez que le preguntaba, fué inclinado por la violencia del golpe á la parte contraria; añadiendo San Vicente Ferrer, que hizo caer al Señor postrado en tierra. Hay ademas necesidad de observar, que este fué un castigo sobremanera ignominioso para Jesus, y del mayor oprobio; porque se dió á la vista del concurso mas noble y notable de Jerusalem, por un ministro despreciable de la hez del pueblo, solo con el objeto de adular al amo á quien servia. Que se dió á la persona mas digna en el Cielo, en la tierra y en todo el universo; y en la parte mas santa y venerable cual es el rostro, el que era formado por el Espíritu Santo, y era el espejo sin mancha de la bondad de Dios Padre, en el que se miran continuamente todos los Angeles y espíritus bienaventurados, de cuyos ojos salen aquellos rayos y torrentes de luz y claridad eterna con que se iluminan los espacios inmensos de la gloria. Y por último es preciso advertir, que fué dado por la autoridad propia de

aquel siervo abatidísimo y despreciable, monstruo de fiera ingratitude, porque era el mismo á quien pocos instantes hacia habia curado el Señor milagrosamente de su herida, restituyéndole en el huerto la oreja; el que sustituyendo altivez y soberbia, en lugar de la humilde moderacion con que Jesus le habia curado, le dijo al tiempo de herirle: asi respondes al pontífice?

En medio de una afrenta tan grande brilló mas la mansedumbre de Jesus en su sencilla, pero precisa y adecuada respuesta: *Si hablé mal*, dijo al siervo, *muéstrame en qué: y si hablé bien, dime por qué me hieres?* Nada mas eficaz, ni elocuente y persuasivo podia decirse: y con esta respuesta no solo acalló los impulsos de la venganza mal reprimida y domada, sino que sostuvo su inocencia sin perder nada de su constancia, y sin dejar de ser respetuosa al juez y al tribunal en cuya presencia se hallaba. Condenar públicamente una injusticia, no está prohibido ni por la religion ni por la justicia; antes bien, es en muchas ocasiones un deber sagrado que la religion y la justicia imponen á la misma persona que la injusticia sufre, atendida su propia dignidad: y como no habia habido, ni habrá jamas en la tierra persona alguna tan autorizada, tan venerable y santa como Jesucristo, parece que El solo podia entonces contestar con tanta justicia, al ingrato y desconocido siervo. En verdad que nadie mejor que Jesus podia decir al siervo, *¿por qué me hieres?* pues nadie puede preguntar con mas justicia á las criaturas que el Criador Supremo: *¿por qué me hieres?* Acaso porque te crié cuando no tenias ser? Porque te lo conservé para que no lo perdieases? Porque despues que lo perdiste por tu culpa bajé del Cielo para redimirte? O porque te dí tantas pruebas de amor como momentos tiene tu vida? *¿Por qué me hieres?* Acaso por la caridad escesiva con que te amé? Por el cuidado amoroso que siempre tuve de tí? Por los inmensos beneficios con que te favorecí? Merecia ser castigado severamente el ministro del Pontífice, por la indignidad con que habia tratado á Jesus contra el órden judicial, faltando altamente al respeto debido á las leyes, y á los miembros del concilio que se hallaban presentes, los que debieran haber desplegado con este motivo un celo ardiente, tanto para castigar un crimen tan horrible, cuanto para dar una prueba de que al menos en la apariencia, procuraban la recta administracion de justicia: pero era preciso que se cumpliesen los oráculos de los Profetas, y que el ungido del Señor fuese tan horriblemente maltratado: y asi cambiándose enteramente los frenos, aplaudieron el hecho los que debian condenarle y castigarle; y el Salvador sin recibir otra respuesta á su justísima pregunta,

fué trasladado desde la casa de Anás á la del Pontífice Cayfás donde fué nuevamente interrogado.

§ 12.

JESUS EN CASA DE CAYFAS, Y ANTE EL CONSEJO DE LOS ANCIANOS:
NEGACION DE SAN PEDRO.

Avisado Cayfás de que venia Jesus, habia juntado en su casa á los sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo: que poseidos de una pasion mezquina de venganza, deseaban mucho ver preso al Salvador. En casa de este Pontífice y juez supremo del Concilio aparece el Angel del gran consejo y el Dios de la justicia y verdad, para ser falsamente acusado, inícuamente juzgado y sacrílegamente condenado: tres cosas que comprendieron los dos evangelistas San Mateo y San Marcos con estas palabras: *Entonces asiendo á Jesus, le condujeron á Cayfás, príncipe de los sacerdotes, donde los escribas, los ancianos y los fariseos se habian congregado. Y los príncipes de los sacerdotes buscaban algun falso testimonio contra Jesus para entregarle á la muerte.*

En este mismo tiempo, algunos Apóstoles del Señor que lo habian abandonado en el instante de su prision, pasados los primeros momentos del susto, volvieron sobre sí, y avergonzados de su cobardía, quisieron seguir al Maestro: y viendo que de la casa de Anás era aquel conducido á la de Cayfás, caminaron en pos de El. Pedro y Juan fueron los dos que tuvieron mas valor y constancia; y como amaban mas estraordinariamente al Señor, llegaron casi al mismo tiempo al lugar donde Jesus habia entrado. Juan era conocido del Pontífice y de su familia, y no hubo dificultad en dejarle entrar. Entretanto que conducian al Señor á la sala del concilio, le dejaron en el patio de la casa. No dudaba Juan que Pedro le seguia; pero habiéndolo buscado inútilmente entre la muchedumbre, quedó mortificado de que no se hubiese guardado con él la misma atencion, y no permitió que se quedase fuera. Salió pues, y habiendo hablado á la portera le facilitó la entrada. Estaba Pedro con grande impaciencia deseando saber en qué pararia aquel suceso que tan tristemente se habia comenzado. Sacó fuerzas de su misma debilidad y cobardia, y adelantándose hasta el lugar en que estaban los oficiales y criados de la casa, se sentó entre ellos como para caentarse, pero con el fin de observar atentamente cuanto pasaba.

Casualmente era este el tiempo en que la astuta malicia de los

escribas y sacerdotes hacia todos los esfuerzos imaginables para perder al Salvador. Habíanle recibido con desprecio, mirábanle con altivos ojos y semblante amenazador, tratándole en todo como á un hombre despreciabilísimo. Era este concilio tenido y respetado como el de mas grave autoridad, el de mas célebre fama, el de magestad mas augusta, y el de religion mas santa de todo el orbe. Sus decisiones eran tenidas poco menos que por infalibles, y sus respuestas eran reputadas como oráculos; sin embargo, aquel era el concilio de los malignantes, el concilio de la iniquidad, y los que en él se habian reunido eran aquellos de quienes habia dicho David: *Los príncipes se juntaron, convinieron entre sí y condenaron á muerte á su Dios y Señor*: por esto buscaban testimonios falsos para cohonestar su iniquidad y aparentar en su juicio una justicia que no tenían. Con esta disposicion nada de bueno podia esperarse de los jueces. El pontífice le hizo algunas preguntas en todo parecidas á las que le habia hecho Anás, divagando sobre el modo con que habia juntado sus discípulos, y mas aun sobre la santidad y verdad de su doctrina. Todo indicaba que los pensamientos que habian concebido eran los de siempre; armar lazos á Jesus para hacerle caer en la insidiosa red que se le tendia. Mas todo era en vano. La sabiduria eterna no podia ser sorprendida, y asi sus respuestas fueron en todo concepto y sentido las mismas que habia dado al suegro de aquel pontífice. Astuta en sus consejos la malicia de los fariseos, no pensaba en guardar las leyes ordinarias y fórmulas debidas para la formacion de un espediente, sino de disponer en la apariencia y formar algun cuerpo de delito para fundar una sentencia de muerte. En las contestaciones de Jesus brillaba su inocencia, y por tanto no podian por ellas condenarlo. Buscaban un testimonio falso contra el acusado, para tener un motivo plausible para fundar la sentencia. Oyeron á cuantos se presentaron, y aunque el número de testigos falsos fue grande, se concordaban tan mal, que no era posible valerse de sus deposiciones ni en los puntos que pedia la ley ni en el orden de la justicia. Presentáronse por fin dos testigos mas hábiles y astutos al parecer, que depusieron haber oido decir á Jesus en un discurso en que queria alborotar el pueblo, que El destruiria el templo de Dios edificado por las manos de los hombres, y que en el espacio de tres dias reedificaria otro, sin que se viese trabajar en él mano alguna.

La aseveracion de estos dos testigos no era enteramente conforme, pues el otro solo afirmaba haberle oido decir: Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias; pero ninguno de ellos

referia fielmente las palabras de Jesus. El habia dicho, hablando solamente de su cuerpo: *Destruid este templo, y Yo lo restableceré en tres dias*. Por este motivo manifestó Jesus hacer poco caso de las deposiciones hechas contra Su Magestad, y permaneció constante en su silencio. Olvidó el pontífice la dignidad de que estaba revestido y la gravedad y mesura que debia guardar, y levantándose como furioso y fuera de sí, encarándose con Jesus, y como para obligarle á que respondiese, le dijo: ¿nada respondes á lo que estos testifican contra Tí? El silencio de Jesus era profundo, y no se interrumpió por la interpelacion del pontífice. Al que era infinitamente sábio no podian escondérsele los proyectos de la iniquidad ni las injusticias de los hombres; por consiguiente, no ignorando que por las interpuestas acusaciones no podia condenársele, y que en su vista habia de acudir el pontífice á otros ardides que le pondrian en el caso de contestar verdades eternas, permaneció en su impasible silencio, que cada vez ponía á aquel en mas apretantes conflictos. Buscar nuevos testigos era esponerse á dar con algunos de conciencia y temor de Dios, que conociendo las virtudes de Jesus, la santidad de su doctrina y los escesos de su caridad misericordiosa, los declarasen en público, y se embarazasen mas los pensamientos de iniquidad y venganza de los fariseos. Despechado pues y lleno Cayfás de corage, acudió á un extremo violento, con el que creyó intimidar al mansísimo Cordero y obligarle á que le contestara: Conjúrote, le dijo, y en el nombre de Dios vivo te mando que me respondas y digas en público si eres Tú Cristo, Hijo de Dios bendito, como lo publicas, y en cuya honra cantamos todos los dias cánticos de loor y de gloria.

La veneracion suma que el Hijo de Dios tenia á su Padre Dios, el honor y la gloria que estaba resuelto á darle; el deseo de establecer con su profesion solemne el fundamento de su religion augusta, y la reverencia que le merecia la persona del Sumo Sacerdote, por mas que aborreciese su malicia, le obligaron en fin á hablar, y respondió: *Sí, Yo soy el que acabas de decir. Y bien presto vereis al Hijo del Hombre, sentado á la diestra de Dios, venir sobre las nubes del Cielo*. Como esta era la contestacion que esperaba Cayfás para tener al menos un motivo aparente para condenar á Jesus, se alegró sobremanera por ella: disimuló no obstante su regocijo, y no manifestó esteriormente sino indignacion y sentimiento. Por aparentar un celo que verdaderamente no tenia, rasgó sus vestiduras, lo que entre los judios era un signo de reprobacion; y renunciando el oficio de juez por tomar el de acusador, volvióse á sus

compañeros, y les dijo: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya testigos? Vosotros habeis oido ahora su blasfemia, ¿qué os parece? y todos respondieron al instante: ¿Qué mas testimonio deseamos? Todos lo hemos oido de su boca. Reo es de muerte. Era preciso que se cumpliesen las escrituras: David habia dicho en la persona de Cristo: ¡Oh Dios! No me entregues á la voluntad de mis enemigos, porque se han levantado contra Mí testigos falsos, hombres chismosos y prontos á sacrificar la verdad á la calumnia y al engaño (1). Los que sin causa ni motivo me aborrecen, se multiplicaron mas que los cabellos de mi cabeza: se han fortalecido mis enemigos, y los que injustamente procuran mi destruccion y ruina (2). Pero asi como los pontífices y maestros de la ley olvidaron estos testimonios que los marcaban á ellos, y descubrian todas sus maquinaciones, asi tambien desconocieron todos los que acreditaban á Jesus de verdadero Hijo de Dios. *Tú lo has dicho*, contestó Jesus á Cayfás; y pudo bien haberle reproducido los mismos dichos de David, su Padre, diciéndole: Yo soy de quien dijo el Señor: Yo ungué á mi Rey, y le dí la investidura sobre Sion, monte santo mio. Mi Hijo eres Tú, hoy, eternamente. Yo te engendré. Pide de Mí y te daré las gentes por heredad, y por tu posesion los cabos y términos de la tierra. Ahora pues, oh reyes y príncipes, recibid la correccion, y escarmentad los que juzgais la tierra. Besad al Hijo, obedecidle, adoradle con pureza y sencillez porque no se enoje y perezcais en la carrera cuando de aqui á poco se encendiere su furor (3).

Desde entonces los infames verdugos que estaban apoderados de la persona de Jesus se mofaban de El, y comenzaron á escupirlo en la cara y á darle bofetadas y palmadas, y cubriéndole el rostro le daban golpes y lo herian con varas, preguntándole y diciéndole: profetízanos, oh Cristo, quién es el que te ha herido, y otras muchas cosas injuriosas: y esto era para que se cumpliese lo que Isaías habia dicho (4): El Señor Dios me hizo entender su palabra, y Yo no fui rebelde, ni le contradigo, ni me volví atras de su mandamiento. Mi cuerpo entregué á los que lo herian, y mis mejillas á los que me arrancaban las barbas. No aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian, porque el Señor Dios me ayudará y no podré ser avergonzado ni confundido.

(1) Ps. 26. v. 12.

(2) Ps. 68. v. 5.

(3) Ps. 2. vs. 6 et sqbs.

(4) Isaia. c. 50. vs. 5. 6 et 7.

Mientras todo esto pasaba y sucedia con Jesus, Pedro permanecia sentado entre los ministros y criados de la casa, calentándose con ellos á la lumbre cuando vino una de las criadas del pontífice, y clavando los ojos en él en ademan de conocerle, le dijo: ¿tú tambien eres de los discípulos de este hombre? No puedes negarlo. Tú eres galileo como El. Mas Pedro negó delante de todos, y dijo: No soy: ni sé lo que dices: no lo conozco. Parece verosimil que estando Pedro sentado al fuego con los ministros, hubiese oido hablar mal de su Maestro, y que por no darse á conocer, no solo no se hubiese interesado en su favor, sino que hubiese tolerado las conversaciones con la mayor indiferencia; por lo que le fue tan fácil negar á la primera invitacion que se le hizo. Confuso por ella en su interior, se levantó, y mientras iba á salir al átrio ó zaguan cantó el gallo. Allí á la entrada le salió al encuentro otra criada, y al contemplarle tímido, pesaroso y como fuera de sí, volvióse á los que tenia á su lado y les dijo: ¿no veis á este hombre? Este es sin duda uno de los discípulos de Jesus. No hay duda; este estaba con El. Uno de la tropa, que oyó el discurso de la criada, corrió á Pedro, lo detuvo, lo miró, y se puso á preguntarle con el mismo tono. Terrible, no hay duda, era el ataque, y Pedro muy débil ya para resistirle: asi que, titubeando, y como pudo, respondió: No por cierto, no soy yo de los de la compañía de ese preso; ni le conozco, ni le pertenezco: y lo afirmó con juramento. Conforme se multiplicaban las culpas iban siendo mas groseras. Al silencio siguió la indiferencia; á esta la mentira; y la mentira fue apoyada con el juramento falso: y porque Pedro habia llegado con la confianza de sus propias fuerzas, hasta la obstinacion, permitió Dios que llegara su flaqueza hasta las señales exteriores de la apostasia: mas todos estos no son sino los preludios del gran combate que le esperaba, y para el que le dieron como una hora de tregua.

Pasó este corto plazo, y como acabada la sesion del concilio condujesen los ministros á Jesus al átrio para entregarlo á los soldados, se apartaron muchos de la turba y se caminaron hácia el desdichado Apóstol, que apenas tenia sosiego; y advirtiéndole su turbacion empezaron á decirle: tú eres discípulo de este hombre, no puedes negarlo. Otros añadian, bien se le conoce en el language y tono galileo; esto te manifiesta y descubre. Y uno de los siervos del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo: ¿por ventura no te vi yo en el huerto con El? Este fue el último asalto que un hombre abatido ya y sin esfuerzo no pudo sufrir

sin rendirse otra vez á una negacion cruel. La tentacion era superior al poco ánimo que le quedaba hácia su Maestro; y como un pecado llama comunmente á otro, siendo una culpa menor principio de otra mayor, le espantó de tal manera el peligro presente de la muerte, que no halló medio, por mas injusto que fuese, que no estuviese pronto á emplear para salvar su vida. Yo no os he engañado, repetia, haciendo las mas fuertes imprecaciones y profiriendo los mas terribles juramentos: yo quiero ser anatematizado y tenido por infame si conozco al hombre de quien me hablais, y si jamás he tenido comercio alguno con él. Muy bien conocia Pedro á aquel benignísimo Maestro, que renunciaba con tanta indignidad. Muy de cerca le tocaba, y era amado de El muy tiernamente. El mismo lo adoraba y gemia por su mala suerte en el momento mismo en que se avergonzaba de haberle conocido. Pero á la verdad ya no se sentia con aquel fervor engañoso que le habia hecho decir mas de una vez á Jesus: yo os seguiré á la carcel y á la muerte: sin embargo, no era infiel en su corazon: creia que Jesus era Hijo de Dios vivo, aunque su lengua desmentia su fé. Aun hablaba, aun anatematizaba y juraba cuando cantó el gallo segunda vez: oyólo Pedro y conoció su pecado con toda su fealdad, y vió patentes todas sus ingratitudes. El que es dueño de todos los corazones, lanzó una mirada ardiente de amor sobre el de Pedro, y renacieron en él al instante la fé, la esperanza y el amor mas fervoroso. Mudóse Pedro repentinamente, y deshaciéndose en lágrimas, salió de la casa del pontífice para llorar sus culpas, y las lloró con tanta amargura, que el que pudo haber sido ejemplo de infidelidad, fue modelo de penitencia y de verdadero arrepentimiento.

§ 43.

ES PRESENTADO JESUS A PILATOS, Y POR ESTE ES REMITIDO A HERODES. JUDAS SE ARREPIENTE Y SE AHORCA.

El Rey de Israel, el Hijo único de Dios vivo, el muy amado del Eterno Padre, el Salvador de los Hombres, y el adorable objeto de la veneracion de los Angeles, permanecia atado con fuertes cordeles y arrojado á un rincon del zaguán, mientras Pedro salió afuera para llorar amargamente su culpa. Todo lo que habian hecho el Pontífice y los ancianos en el concilio no era mas que una farsa bien premeditada, con el designio de engañar con ella al pueblo y de hacer pasar la doctrina de Jesus por una corrupcion de la Ley; sus milagros

por apariencias engañosas, y su cualidad y título de Mesias por una corrupcion sacrílega; todo con el perverso designio de que en el caso de que estas acusaciones no hiciesen la mayor impresion en el ánimo de un magistrado gentil, á cuyo ministerio era preciso recurrir para quitarle la vida, prevenido el pueblo, se alborotase contra Jesus y pidiese á voz en grito su crucifixion y su muerte. También maquinaron astutamente el nuevo delito de que habian de acusarle, y prevenido todo segun sus designios, condugeron al Salvador como reo por medio de Jerusalem, cuyas calles estaban llenas de gente á causa de la gran festividad de la Pascua, hasta el pretorio ó audiencia del magistrado civil, y lo entregaron al presidente Poncio Pilato, no atreviéndose ellos á entrar en el pretorio por no contaminarse y contraer una mancha legal. Ciego é ingrato el pueblo, se alimentaba con la confusion que veia experimentar á su Rey verdadero, y aplaudia locamente unas resoluciones y pasos que anunciaban su ruina, estando muy lejos de creer que el autor de tan grande cúmulo de maldades mirase con los mismos ojos que Jerusalem el lastimoso espectáculo que le habia ofrecido.

En este estado conoció Judas toda la gravedad de su crimen y toda la malicia feroz de la Sinagoga y del pueblo: sabia bien que la presentacion de Jesus al presidente no tenia mas objeto que el de obtener la confirmacion de la sentencia de muerte á que el consejo de los ancianos lo habia condenado, y no tuvo corazon bastante para contemplar lo horrible de su traicion sin estremecerse. Con la mira tal vez de hacer penitencia, cogió sus treinta monedas, y poseído de un negro arrepentimiento corrió con ellas al Templo donde se hallaban reunidos los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes: pintadas en su frente la tristeza y la desesperacion, con voz melancólica, pero fuerte, les dijo: PEQUÉ ENTREGANDO LA SANGRE DEL JUSTO..... Una risa sardónica é insultante, una burla asquerosa, un desprecio infernal, una indiferencia mas temible que la muerte, fue toda la contestacion que aquellos seres desnaturalizados dieron al discípulo traidor. ¿Qué nos importa á nosotros, le digeron, si has pecado ó no? Allá te lo verás tú. Nuestra conciencia nada nos remuerde: á tí te toca examinar tu corazon y sondear tus intenciones: nosotros no sentimos el dinero que nos cuesta. Esta contestacion, que seguramente no esperaba, le montó en desesperada cólera y le enardeció hasta el extremo: en el esceso de su arrepentimiento acaso pudo haber abrigado la idea de que su declaracion importantísima sirviese de algo para la justificacion de su Maestro; mas desvanecidas todas sus esperanzas arrojó el dinero en el templo

y se retiró. Este es uno de los mas grandes testimonios de la santidad y de la divinidad de Jesus. *Pequé entregando la sangre del justo... y arrojé el dinero.* Los remordimientos de la traicion que le devoran, la restitution del precio de su perfidia, y la desesperacion á que se entrega, son una confesion ingénua de la inocencia del Salvador y una apologia mas completa que si hubiera sido absuelto en los tribunales, y de que cuanto hasta alli se habia practicado contra Su Magestad y cuanto se practicaria en adelante todo era notoriamente injusto, abominable y sacrílego.

El que tan abiertamente habia manifestado su crimen y su dolor, sostenido de una confianza mas animada en el Señor, pudiera sin duda haber obtenido su perdon; pero el demonio, á quien se habia entregado, le pintó su crimen con toda la deformidad que hasta entonces no le habia dejado ver; persuadióle que nada tenia que esperar de la misericordia divina, y acosado de esta sugestion miserable se dejó vencer cobardemente de ella; cayó en una nueva y mas lamentable apostasia; poseyóse de la desesperacion horrible, y tomando un cordel se le ató al cuello y se ahorcó ignominiosamente; y reventando por medio de su cuerpo, saliéndosele los intestinos, murió entregado á la mas completa desesperacion.

Los principes de los sacerdotes, tomando con este motivo los dineros, digeron: No es lícito echarlos en el cepo ó arca de la limosna, porque es precio de sangre. Asi que, habido consejo, compraron con ellos la heredad ó campo del Ollero para sepultura de los peregrinos ó estrangeros, por lo cual fue llamado aquel campo hasta el dia de hoy, *Haceldama*, esto es, *campo de sangre*. De este modo se cumplió lo que el profeta Jeremias habia vaticinado, cuando dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, suma en que fue apreciado, segun lo valuaron los hijos de Israel, y diéronlas por la heredad ó campo del Ollero, segun que me ordenó y manifestó el Señor (1).

Poncio Pilato, que en nombre de Tiberio, emperador de los romanos, ejercia su autoridad en la Judea, era hombre al parecer naturalmente justo y recto, pero tímido y político (2). Los judios que-

(1) Jerem. c. 32. v. 7. Zacar. c. 11. v. 12.

(2) Con motivo de su política y timidez, acusan algunos á Pilatos de hombre perverso y siempre dispuesto á cometer todo género de iniquidades, como aparece de la historia de su gobierno. Filon dice que vendia la justicia, y pronunciaba sus juicios y sentencias á favor del que ofrecia mas dinero; y con este motivo habla de sus rapiñas, de sus injusticias, de los tormentos y

rian finalizar en aquel dia este importantísimo negocio, pero á Pilatos le inquietaban poco las disputas que entre sí tenian cuando el interes de sus amos no tenia en ellas alguna parte. Estaba bien instruido en todas sus diferencias con respecto á la persona y doctrinas de Jesus, y no se le ocultaba que inquietudes tan ruidosas eran excitadas por la envidia, por mas que se cubrian con el manto de la religion; por consiguiente no temia sus consecuencias, antes esperaba que el proceso llegase á sus manos, para hacer que los ánimos alborotados entrasen en la senda de una justa moderacion. Presentado pues Jesus por los judios en el tribunal de Pilatos, salió afuera donde ellos estaban, y les dijo: ¿Qué acusacion traeis contra este hombre? A cuya pregunta contestaron los judios con una respuesta tan seca como malignante, y digeron: Si no fuera este un malhechor no te lo hubieramos entregado. La contestacion del gobernador indica con bastante claridad que se dió por ofendido de una respuesta tan orgullosa como fue la de los escribas, porque desde luego trató de desentenderse de la causa. Si estais tan bien instruidos, les dijo, de lo que es este hombre y de sus crímenes ó delitos, yo os le devuelvo otra vez; tomadle vosotros y juzgadle allá segun vuestra ley. Era esto una permission que les daba para hacerle su proceso, la cual sin duda hubieran aceptado, si quisieran solamente castigarle como á blasfemo, puesto que con el consentimiento del gobernador de la provincia podian sentenciar á aquellos á quienes se procesaba sobre cosas de religion. Mas ellos querian absolutamente que fuese Jesus condenado como reo de estado, y esto les obligó á que contestaran á aquel: A nosotros no nos es lícito fulminar sentencia de muerte contra nadie. Verificándose de este modo la palabra que Je-

muertes que habia hecho sufrir á personas inocentes, las que condenó sin forma de proceso. Un hombre de este caracter era sin duda el mas á propósito para pronunciar la injusta sentencia de muerte contra el Principe y autor de la vida. Sin embargo, al principio miró con cierto género de indiferencia esta causa, usando con los judios de una condescendencia reprensible, pues les devolvió al inocentísimo Jesus para que lo juzgasen segun su ley; y habiéndole replicado que no les era lícito imponer la pena capital á ningun súbdito de la república, y acusándole ademas como sedicioso, perturbador del orden público, y que prohibia pagar el tributo al César, empezó Pilatos á mirarle con prevencion, á entender en la causa y á instruir el proceso; en cuyos trámites no dejó de emplear algunos medios, aunque horribles, para ver si podria libertar la vida á Jesus, hasta enviarlo á Herodes como rey de Galilea para que lo juzgase. Escribió una carta á Tiberio, dándole cuenta de los milagros del Salvador y de su resurreccion gloriosa. El mismo Tiberio lo desterró á Vienna en el Delphinado, donde murió.

TOMO III.

70

sus habia antes pronunciado acerca del género de muerte de que habia de morir. El suplicio de la cruz no estaba en uso entre los judios, y Jesus siempre habia dicho que este pueblo furioso lo entregaria á los gentiles para que fuese condenado á ella: esto debia verificarse, y sus mismos enemigos trabajaban en el cumplimiento de los oráculos eternos: asi fue que le acusaron de sedicioso, que alborotaba el pueblo predicando y enseñando doctrinas nuevas, empezando desde Galilea hasta Jerusalem: que prohibia se pagase el tributo al César, atribuyéndose la cualidad de Mesias, por consiguiente la de rey.

Asi que Pilatos oyó estas acusaciones quedó como suspenso en su juicio, y conociendo la susceptibilidad y malicia de los escribas



y fariseos, no fiándose de ellos, entró en su sala é hizo introducir en ella al acusado, á quien queria oir antes de condenarle: preguntóle particularmente sobre estos extremos, y le dijo: ¿Eres Tú rey de los judios? Esta sola pregunta abrazaba cumplidamente los otros puntos, y para defenderse Jesus de todos los cargos, hubiera bastado que le hubiese hecho comprender la naturaleza de su reinado; pero el silencio que habia guardado durante las acusaciones de los judios, era sobremanera elocuente y significativo, para no despertar la curiosidad del hombre menos avisado; y Pilatos se sin-

tió vivamente animado con él: y tanto mas, cuanto Jesus nada se habia inmutado en su semblante; y á pesar de la escitacion hecha por el mismo presidente, que le dijo, ¿no oyes lo que estos contra Tí deponen? habia guardado la mas imponente circunspeccion. Mas ahora á esta pregunta que nuevamente y á solas le hace, le contesta el Señor de un modo edificante é instructivo. ¿Me preguntas asi, le dice, porque deseas conocer la verdad, ó porque otros te han hecho creer que quiero usurpar la corona de Judea? Dijo esto el Salvador con un tono tan resuelto, magestuoso y modesto, que lejos de ofenderse Pilatos por ello, le contestó con la mayor franqueza, y dijo: ¿Piensas acaso que yo soy judio? Ni sé, ni comprendo lo que es el reino del Mesias, que esperan los hebreos. Los príncipes de tu nacion, los sacerdotes y la demas gente de tu pueblo, son los que te han traído á mi tribunal: ¿qué has hecho? ¿qué fundamento tienen para creer que aspiras á reinar? ¿O qué es lo que has hecho para que estas gentes te quieran tan mal? *Mi reino, replicó Jesus, no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, mis oficiales y ministros pelearan y contendieran con esfuerzo, para que Yo no fuese entregado á los judios.* No tienes pues que temer: mi reino no es de aqui, es un reino espiritual, universal y eterno, y no es un estado temporal y político como el de los reyes de la tierra.

En cada uno de los pasages de la vida de Jesus, en todas sus doctrinas, y en todas y cada una de sus respuestas, se mostraba esa soberania universal y absoluta que en El resplandecia y de que estaba revestido: si los príncipes y sacerdotes tan versados en las escrituras santas, hubiesen estado menos preocupados y prevenidos contra El; no podian menos de haberle admirado revestido de aquella diadema eterna con que le retrató Daniel, cuando dijo (1): En los dias de estos reyes, el Dios del Cielo levantará un reino que ha de durar eternamente, y jamás se disipará: reino que no será dejado á otro pueblo: y desmenuzará y consumirá todos estos otros reinos, y él permanecerá para siempre.... Yo veia en las representaciones de la noche, á uno como hijo de hombre, que venia en las nubes del Cielo, y llegando al anciano y antiguo en dias, se presentaron delante de él, y le fué dado señorío, y gloria, y el reino: y todos los pueblos, y naciones, y lenguas le servirán: su señorío, señorío eterno, no será transitorio: y su reino indestructible.

Luego Tú eres rey, replicó Pilatos: Sí, respondió Jesus: Tú lo dices: y para esto he nacido. Para reinar vine á este mundo, pero

(1) Daniel. c. 2. v. 44. et c. 7. vs. 13 et 14.

para reinar sobre las almas y sobre los corazones, sin disputar á los reyes de la tierra sus cetros y coronas. He venido á él, y me he dejado ver desde luego en la Judea, para dar testimonio de la verdad, de la cual debieran estar menos apartados los judios que los otros pueblos de la tierra; porque su ley los dispone para ella. Cualquiera que oye la verdad, por la cual sola he venido á reinar, escucha mi voz y me reconoce por su rey. Puras y sencillas eran las palabras de Jesus, como la verdad misma; si Pilatos, ministro supremo de justicia hubiese amado la verdad y la hubiese buscado, se hubiera aprovechado de la importantísima leccion que acababa de darle el que era la verdad increada y eterna, el maestro de la verdad infalible; y hubiera sido mas recto en los fallos que habia de dar en la espinosa é interesantísima causa que se le habia sometido: con lo que hubiera secundado las miras del Divino Maestro, contribuido á que se desterrara la hipocresia, que se hicieran amables la virtud y la justicia, y se consolidara la verdadera religion que aquel venia á establecer entre los hombres: pero no pudiendo, ó no queriendo comprenderla, á pesar de sus destellos luminosos, apremió al Señor para que le dijera, qué cosa era la verdad. Con su escesa vivacidad y timidez, precipitó los momentos, y no esperó con paciencia el tiempo necesario para meditar sobre la respuesta del Maestro Divino, que poco á poco preparaba su espíritu para el momento de la gracia: se la retiró el Señor y no la volvió á encontrar.

Despues de haber pronunciado Pilatos las últimas palabras, convencido mas y mas de la inocencia de Jesus, y de que su persecucion era efecto de la odiosidad de un pueblo furioso, y mal aconsejado; volvió á los judios, y dijo á los príncipes de los sacerdotes y á las turbas: Yo no hallo crimen alguno en este hombre, por consiguiente ni causa para condenarle. Un testimonio tan claro y tan público, dado por el juez mismo á favor del acusado, habia de producir la alarma y el furor en el ánimo de los acusadores; los que á falta de delitos y de pruebas, se habian de esforzar en oprimirle, y en amedrentar el ánimo del juez con el ruido y el tumulto: aumentóse por consiguiente la griteria, repitiéndose con furor las voces de que era un perturbador, un sedicioso; que conmovia en toda la Judea al pueblo, que enseñaba una doctrina nueva y contraria á la ley de Dios, y que por fin habia escitado revoluciones en Galilea, sin detenerse ni parar hasta introducir las en Jerusalem. La inquietud furiosa de los escribas, acrecia los deseos pacíficos del presidente, y se hallaba cada vez menos dispuesto á creer las falsas acusaciones. Jesus mientras tanto manifestaba una tranquilidad tan

inalterable sin contestar en lo mas mínimo á tantas calumnias y á tantos clamores homicidas, que atribuyéndolo Pilatos á cobardía ó á miedo, hizo que cesase el tumulto, para dar lugar al acusado de recobrar su ánimo y responder. Pero el que habia permanecido mudo entre tantos clamores, perseveró en guardar silencio, sin contestar ni una sola palabra á todas las instancias del presidente, el que turbado cada vez mas, bien se interpretase el silencio como generosidad en favor del tratado como reo, ó bien como indiferencia á vista del mayor de los peligros; escogitando un medio de salir del apuro en que se hallaba, habiendo oido que se hacia mencion de Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre era natural de esta provincia: sabiendo que sí, se alegró mucho; no solo por haber hallado una coyuntura favorable para salir del embarazo, sino para ganar á un amigo á espensas de un inocente: asi, pues, juzgó á propósito enviarle á Herodes, Tetrarca de Galilea, que asi como otros muchos judios, habia llegado á Jerusalem con motivo de la celebracion de la Pascua.

No era Jesus desconocido para Herodes: despues que hubo sacrificado la vida del Bautista á sus pasiones voluptuosas, habia oido hablar de El como de un hombre singular y estraordinario: por lo que tenia mucho deseo de verle, conocerle, y aun de presenciar si fuese posible, alguno de los milagros que continuamente obraba; por consiguiente, se alegró tanto del presente que Pilatos le hacia remitiéndoselo, cuanto podia alegrarse el mismo Pilatos de desembarazarse de su persona; Pilatos rehusaba seguir y terminar una causa tan desagradable por no disgustarse con los judios, que casi habian llegado á tumultuarse, y pedian con obstinacion y amenazas la muerte del justo; y por otra parte deseaba huir la ocasion de mancillar su nombre, desacreditarse y comprometerse con el alto gobierno de Roma, si acaso llegaba á oidos del César haber pronunciado una sentencia notoriamente injusta, y héchose cómplice en la muerte de un inocente. Consultó, pues, mas sus intereses, que los deberes de su oficio; en lo que dió á conocer la supercheria de su falsa política. Herodes comparado por el Salvador á una vulpeja, era un espíritu astuto, un hombre entregado á sus placeres; criado desde su juventud en unas máximas impias, y un político sin religion, cuyas manos humeaban aun manchadas con la sangre del justo; y teniendo á su presencia á Jesus, empezó á preguntarle con vana curiosidad de muchas y distintas maneras; pero el Salvador no se dignó responder siquiera una sola palabra á todas sus vanas cuestiones, por mas que los Príncipes de los sacerdotes y los es-

cribas, lo acusasen de graves delitos, con una cólera, una aspereza, y porfia tal, cual solo podia convenir á ministros de Satanás.

La conducta de Pilatos en devolver la causa de Jesus al príncipe extranjero, es tan reprehensible como la de Herodes en aceptarla. Política tortuosa en uno y otro. El interés personal como hemos dicho, la indolencia y la adulacion, dieron impulso á las operaciones del primero: el orgullo y una vana é indiscreta curiosidad, influyeron en las acciones del segundo. Pilatos fué negligente en el desempeño de las atribuciones de su oficio, y no correspondió á la integridad de un ministro del César. Herodes, que ninguna jurisdiccion tenia en Jerusalem ni en Judea, no pudo intervenir en este negocio sin violar los derechos del Imperio. La causa de Jesus, el juicio criminal, la instruccion del proceso y la sentencia, correspondia en primera instancia al Sinebrio ó Gran Consejo de la nacion judáica; el cual efectivamente pronunció sentencia de muerte. Pero era necesario para su valor devolver la causa al presidente ó gobernador de Judea, magistrado en quien estaba depositada la suprema autoridad del Imperio: y podia ó revocarla ó confirmarla. Pilatos no podia ni debía prescindir de esta jurisprudencia. Asi que, la remision de Jesus al Tetrarca de Galilea, el nuevo interrogatorio y acusacion, y todo lo actuado por Herodes, fué impertinente, ilegal y violento. Esta es sin duda la razon porque no reconociendo Jesucristo al príncipe extranjero por su juez competente, nada respondió á sus cuestiones.

Muy lejos estaba Herodes de conseguir un milagro, de quien no conseguia una sola palabra, y se resintió de este que miró como al sumo de los desprecios. Los hombres del genio de este príncipe, al paso de que se irritan con facilidad, no se atreven á tomar determinaciones que los hagan sospechosos de credulidad. Para salir con honra de este conflicto, pensó decir que Pilatos le habia enviado un loco y un insensato, y se atrevió á insultar con este dictado á la sabiduria de Dios, desconocida en todo tiempo de la razon humana. Mandó, pues, que le vistiesen una vestidura blanca, con la mira de que pareciese en público, ó como un hombre vano que ideaba ser alguna cosa grande, ó como un rey puramente de farsa. De este modo le envió á Pilatos, y este fue el medio de la reconciliacion de los dos, porque estos jueces inicuos hicieron las amistades desde este dia, y de enemigos que eran se hicieron amigos, uniéndose entre sí con el vínculo de una injusticia comun.

§ 14.

DEVUELVE HERODES EL SALVADOR A PILATOS, AL QUE HACE ALGUNOS ESFUERZOS, AUNQUE DEBILES, PARA SALVARLO. SUFRE UN NUEVO INTERROGATORIO: ES AZOTADO: CORONADO DE ESPINAS: VESTIDO CON UNA PURPURA DE ESCARNIO: POSPUESTO A BARRAS, Y POR ULTIMO CONDENADO A MUERTE AFRENTOSA DE CRUZ.

Este paseo tan molesto como afrentoso para Jesus, fue todo el fruto del término medio que habia escogitado Pilatos con tanto gusto, para salir del conflicto en que se hallaba; y aunque tuvo la ventaja de reconciliarse con su enemigo, no se libertó sin embargo del peligro que no supo conjurar. Resuelto empero á no ceder á la violencia de sus enemigos, juntó los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y los ancianos del pueblo, y les habló de esta manera: ya veis á este hombre que me habeis traído como á un sedicioso, que aparta al pueblo de la obediencia y que intenta sustraerle de la dominacion del César. Yo le he examinado cuidadosamente en particular: le he preguntado delante de vosotros y no le hallo confeso ni convicto de alguno de los delitos de que le acusais. Para satisfacer vuestros deseos os he remitido á Herodes, que debe conocer á Jesus Nazareno tan bien como vosotros y mejor que yo, pues ha pasado en los pueblos de su jurisdiccion la mejor parte de su vida. Herodes lo ha despreciado y no lo ha juzgado digno de muerte: yo, pues, tampoco puedo condenarlo sin cometer una injusticia. Asi que, le haré castigar por mi lictores, y despues le daré libertad. No puede darse una injusticia mayor, ni una contradiccion mas torpe y temeraria. Tres veces ha declarado ya Pilatos que Jesus era inocente, y sin embargo se ofrece todavia á tratarlo como criminal. ¿No habiera sido mejor hacer temblar á los calumniadores injustos amenazándolos con el castigo severo que las leyes romanas imponian á esa clase de delitos, antes que ceder á las exigencias atroces de la impostura y malignidad? ¿Es posible que haya de haber un magistrado tan injusto que sacrifique á la vil y baja pasion del interés los buenos deseos de su corazon, los remordimientos de su conciencia y los intereses de la justicia y de la vindicta pública?

Creyó Pilatos bastaria este castigo de Jesus para apaciguar el ánimo enconado de sus enemigos; pero considerando que trataba con espíritus indóciles y obstinados, é incapaces de escuchar la ra-

zon, esperó ganarlos por otro medio que le ocurrió entonces y le pareció el mas acertado. Efectivamente, desde los primeros años de la sujecion de los judios á los romanos, habian conseguido de los emperadores, que en memoria de la libertad de los hijos de Israel del cautiverio de Egipto, el gobernador enviado por el César les diese á su eleccion en tiempo de la pascua uno de los judios puestos en prision por delito capital, y que se concediese al preso, no solo la libertad de su persona, sino una abolicion irrevocable de su delito. En esta ocasion creyó Pilatos que los pondria en la necesidad de consentir en la libertad de Jesus; y como estaba persuadido de su inocencia, asi como de la envidia con que lo miraban los príncipes de los sacerdotes; y como por otra parte no ignoraba de que no habian recibido de Jesus sino beneficios y favores, les coartó la eleccion á dos personas, sobre las cuales únicamente habian de deliberar en punto á la preferencia. El uno era el Santo de los Santos, el otro era un famoso delincuente llamado Barrabás, al cual habian cogido con las armas en la mano en una sedicion, en que habia cometido un homicidio; por otra parte ladron de profesion y desacreditado por sus robos y latrocinios; y puesto el pueblo á su presencia, le dijo: Hoy es dia en que debeis gozar de las gracias que es costumbre concederos: quiero dar libertad á un preso con motivo de la solemnidad de la Pascua; pero quiero que vosotros elijais entre dos que os nombraré. Me habeis presentado á Jesus de Nazaret para que le juzgue, y habiéndolo examinado en vuestra presencia, y en particular, nada encuentro en El digno de muerte: mirad, pues, á cuál de estos dos quereis que dé la libertad, á Jesus, ó á Barrabás. No hay duda que esta alternativa era demasiado humillante para el Salvador, pero Su Magestad devoró toda su amargura en el fondo de su corazon solo por nuestro amor.

Imaginaba Pilatos que al nombrar los sugetos que les proponia no habia de haber duda en la eleccion, y que el pueblo clamaria por la libertad de aquel que era tenido por Mesias, antes que por la de un público malhechor; pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos ya habian prevenido al pueblo, y le hicieron pedir la libertad de Barrabás y la muerte de Jesus. La respuesta del pueblo pidiendo la libertad del asesino y la muerte del justo, no pudo dejar de sorprender al gobernador; el que á vista de tanta fiera é inhumana crueldad, no pudo menos de interrogar con fervor al pueblo, y de decirle: ¿Qué quereis pues que haga del que llamais rey de los judios, ó de Jesus, que se denomina Cristo? Pero agitado el pueblo y conmovido por el furor de los sacerdotes, clamó y

dijo: crucificalo. Con frecuencia les traia Pilatos á la memoria esta idea de Cristo y de su rey, con la esperanza de inspirarles alguna moderacion, mas nada le salia bien, ni nada era bastante para ablandar su corazon endurecido. Sin embargo, replicó Pilatos al pueblo, ¿qué mal os ha hecho Jesus? ¿qué delito tiene para que le condene yo? Crucificalo, crucificalo, instaron con nuevo estruendo y alboroto: nosotros pedimos su muerte. El la merece y tú no puedes negarla. Yo, respondió el presidente, no puedo concederla, pues no hallo causa ni pretesto para hacer que muera. Yo lo castigaré, y lo pondré en libertad. A estas palabras volvió á encenderse el fuego, se aumentó la griteria y creció el tumulto; y entre los ecos broncos de la sedicion solo se oian estas voces que eada vez adquirian mayor fuerza: crucificalo, crucificalo.

Temblando Pilatos, viendo que crecia y amenazaba la sedicion, levantó la voz y dijo al pueblo: quedarán satisfechos vuestros deseos; pero yo quiero que conozcais la disposicion en que me hallo; y creyendo apaciguar ó suavizar de algun modo la rabia de los enemigos de Jesus, hizo que lo atasen y azotasen cruelmente con una especie de látigos que solo se usaban para castigar á los esclavos. El Rey de los reyes sufrió este tormento sin quejarse; porque siendo Dios quiso hacerse por nosotros, no solamente hombre, sino esclavo entre los hombres: y el presidente, compelido del miedo de un tumulto, fue instrumento de la justicia divina, prefiriendo violar antes la justicia en perjuicio de la inocencia, que defender la inocencia á costa y riesgo de su propia vida. Debian empero cumplirse las palabras de Jesus y los dichos de la Escritura Santa. A sus discípulos habia dicho el Salvador que seria entregado á las gentes para ser burlado y azotado. Ya se habia verificado la burla, y era preciso se siguiesen los azotes. Es llevado al pretorio, y sigue á los que le llevan aquel que en breve atraerá á sí todas las cosas. Sueltan los verdugos los lazos y le despojan de sus vestidos. Presentan á Jesucristo á la columna, y acercándose á ella la abraza, dando á entender con esta accion magnánima, que si es atado á ella no es porque el hombre pudo atarle, sino porque El quiso ser atado: y lo fue de pies, manos y cuello, para que no huyese de aquel castigo, el que habia venido para buscar á los que huian de El, y para ser herido, maltratado y azotado. Este misterio de Dios azotado en la humanidad, tan grande que no puede entenderse, cuanto menos explicarse, le refiere asi San Gerónimo (1): «Se acer-

(1) Div. Hieronim. in cap. 27. Math.
TOMO III.

»can seis verdugos: dos de ellos con varas espinosas, dos con nudosas correas, dos con cadenas de hierro: empiezan los primeros á herirle con todas sus fuerzas, añádense heridas á heridas; corre la sangre. Cansados los primeros entran los segundos, y sobre las llagas antiguas añaden heridas nuevas: á los cuales siguen despues los terceros, que con garfios arrancan la carne y la piel. Asi con el mas furioso ímpetu se arrojan sobre la carne del Verbo encarnado, para que la humanidad, no pudiendo sufrir tantos tormentos, se rinda. Con azotes, con correas, con golpes repetidos unos sobre otros como sobre un duro yunque, arrancan fuerte y atrozmente la piel de la carne, la carne de los huesos, y aun destruyen cuanto pueden la organizacion y la figura del cuerpo humano. Nada querrian dejar en El, ni sangre en las venas, ni vigor en los nervios, ni fuerza en los miembros, ni union en las articulaciones, ni carne en los huesos, ni agilidad en las manos, ni firmeza en los pies, ni cabellos en la cabeza, ni belleza en el rostro, ni espíritu en el cuerpo, y por mejor decir ni aun figura de hombre en la humanidad: de modo que nunca mas verdaderamente que ahora puede apropiarse aquellas palabras suyas en David (1): Yo soy gusano y no hombre. Fuí en otro tiempo el mas hermoso de los hijos de los hombres (2); pero ahora, por tí, soy gusano y no hombre.»

Nada al parecer quiso dejar Pilatos por hacer para libertar á Cristo de la muerte; asi como nada omitieron los judios para dar la muerte á Cristo. Asi, mientras uno contra todos intenta eximirle de la muerte, todos contra uno intentan esterminarle con la muerte: en esta competencia, en medio de cuanto hacia, vió Pilatos que trabajaba inútilmente. De aqui es que parte á favor de Cristo, parte contra Cristo, á quien no se atrevió á quitar la vida injustamente, quiso castigarle contra toda humanidad y justicia; tanto, que Alfonso y Adolfo juzgan que el número de azotes que le dieron fue de quince mil trescientos setenta; y Lamspergio escribe que por revelacion divina se supo que las gotas de sangre que hicieron derramar á Cristo pasaron de doscientas treinta mil (3). Pero tantos golpes, tantas llagas, tantas heridas, tanta sangre, todo es poco si se compara con el amor con que padece y con el deseo de padecer mas y mas; porque este es excesivo, no admite peso, no cabe en número, es

(1) Ps. 21. v. 7.

(2) Ps. 43. v. 3.

(3) Salmeron, de Flagellatione.

infinito. Tanto era el amor de Cristo, que estaba prontísimo por la salvacion de una criatura sola á recibir tantos golpes como arenas tiene el mar, tantas llagas como estrellas tiene el Cielo, y á derramar tantas gotas de sangre como átomos hay en la region del aire. Preparado estaba á ser azotado, no por espacio de una hora, sino desde el principio hasta el fin del mundo; en fin, estaba resuelto á morir; por esto obedeció sin réplica á Pilatos, y aunque conocia bien cuál seria el resultado de su inhumana estratagema, se sometió con silencio á ella, no para que se aplacase el furor del pueblo, sino para que se cumpliesen las profecias, para obedecer á su Padre, y para agotar sobre su carne inocente todas las venganzas del Cielo por nuestras culpas.

Aunque conoció Pilatos que eran vanas todas sus tentativas, consintió ser inhumano hasta el extremo para ser inútilmente compasivo. Abandonó á Jesus á la licencia de los soldados romanos, que aconsejados de los que tan indignamente le habian tratado en las casas de los pontífices, no se contentaron con imitar su ferocidad, sino que se propasaron, y en tan gran manera la escedieron, que su brutal desenfreno solo puede convenir á la dureza y crueldad de la Sinagoga, y ninguna alma sensible lo puede leer ni contemplar sin derramar torrentes de lágrimas. Habian oido decir los soldados romanos que Jesus se hacia saludar como rey de los judios, y discurrieron hacer de Su Magestad un verdadero rey de burla, añadiendo empero á las burlas los dolores mas acerbos, para que la confusion fuese mas vergonzosa. Al rededor de aquel que en el trono de su gloria está rodeado de los nueve coros de los Angeles que le asisten, sirven, adoran y alaban sin cansarse ni descansar jamás, se reunió la guardia del pretorio (1), y pusieron sobre su ensangrentado y casi exánime cuerpo un manto ó capa vieja de color de púrpura; tegieron una corona de espinas, la que pusieron y apretaron sobre su cabeza, obligándole á que tuviera una caña quebrada en la mano en lugar de cetro, é hincando la rodilla ante El le escarnecian, mofaban y decian: Salve, rey de los judios. Y escupiéndole, tomaban la caña y golpeaban su cabeza.

Entretanto se abren por todas partes las sagradas venas, de las cuales salen arroyos de sangre copiosísimos, para lavar las manchas de nuestras culpas. Asi los que á Jesus sirvieron de suplicios se con-

(1) *Per totam cohortem, non plenam cohortem prætoriam intelligas, quæ erat 402 militum; sed apparituram magistratus, seu satellitium, quod erat tunc in officio. Div. Augustin. Lib. 3. De consensu Evangelistarum.*

virtieron para nosotros en instrumentos de gloria. Cuando el pueblo ingrato lo entrega, y una soldadesca desenfrenada traspasa su cabeza con espinas, el Redentor se vale de ellas como de amorosas saetas para traspasar el corazon del Padre é inclinarle á la misericordia. Aqui el dolor sobrepuja la fé, y con todo seria un crimen horrendo, solo dudar de esta fé. En este desprecio y tormento, Jesus es el objeto de la veneracion de los Angeles y de las complacencias de Dios. ¿Y qué hacen en su presencia los cristianos, que se precian de discipulos suyos, delicados y regalados, amigos de su



conveniencia ó esclavos de su ambicion? Pilatos con ser un gentil, lo vé, se compadece y no se consuela sino es con la esperanza que le queda de ablandar con este lastimoso espectáculo los corazones mas duros y sin piedad: asi es que habiendo visto á Jesus en tan lastimoso estado no pudo menos de conmovirse y afectarse, y creyendo que la vista de aquel espectáculo tan triste produciria en el ánimo del pueblo los mismos efectos que en el suyo, salió de su cuarto al balcon, y llamó la atencion del pueblo que esperaba con

la mayor impaciencia, diciendo: Esperad un poco, que voy á traer este hombre: le he preguntado y examinado de todos modos, y no hallo en El causa ni delito alguno que le haga merecedor de la muerte.

Estaba un numeroso gentio y una inmensa multitud de judios fuera del pretorio, cuando apareció Jesus, trayendo la caña en su mano, en su cabeza la corona de espinas, sobre sus hombros la púrpura rasgada y rota, que daba lugar para que se viese bien su cuerpo llagado y denegrido con su sangre, y en su semblante afeado la compostura de un dolor modesto, de una humildad profunda y de una sumision la mas generosa. Ved á este hombre: yo os le traigo para que sepais que nada hay en El digno de muerte. Miradle bien, y ved si aun vosotros podeis conocerle. Apenas tiene figura de hombre; ¿por qué pues quereis que le quite la parte de vida que le queda, la que necesariamente ha de perder por el exceso de sus dolores. Ved si este es aquel rey formidable á quien acusais de querer usurpar los derechos del imperio. ¿Os parece le quedarán ganas de ser rey, ni que harán las gentes muchos esfuerzos para ser súbditos suyos? Espero que con tan gran castigo quedará satisfecho vuestro deseo, porque de tal manera lo he corregido que mas es digno de compasion que de envidia.

Si los directores de aquel pueblo bárbaro, ciego y fanatizado no fueran tan perversos y malignantes, seguramente que el pueblo se hubiera compadecido de Jesus; pero los pontífices y sacerdotes llevaron adelante sus planes insidiosos, y destituidos de todo sentimiento de humanidad la arrancaron de las almas tímidas para que ni una sola diese el menor indicio de lástima: así lograron que á la arenga lastimosa de Pilatos contestase el pueblo ébrio de la sangre del justo y poseido de furiosa venganza: Crucifícale, crucifícale. Los que mas se esforzaban en gritar eran los príncipes de los sacerdotes y sus ministros, siendo así que eran los que por su empleo y destino á los ministerios sagrados debian aborrecer mas la efusion de una sangre tan inocente y purísima. A esta escena tumultuaria de sedicion, de horrores y de muerte parece que se enfureció algun tanto Pilatos, y no pudo menos de contestar: Tomadle vosotros y crucifícadle; por lo que á mí toca, yo le juzgo inocente, y no puedo determinar que muera. Esto era abandonar al justo á manos de la injusticia, y crucificarle por sí mismo; pues la pública confesion de la inocencia de Jesus no era mas que confesar abiertamente su injusticia, entregando en manos de los verdugos al hombre que segun su propio testimonio no merecia la pena de muer-

te , segun la resultancia de las investigaciones que habia hecho.

Creyeron los judios que la contestacion que habian dado al presidente no era suficiente aun para doblegarle á que pronunciase la sentencia contra Jesus , atendida la réplica que les habia hecho , y asi le añadieron : Nosotros tenemos ley , y segun nuestra ley debe morir , porque se hizo Hijo de Dios. Al oir Pilatos estas razones , se halló combatido de muy encontrados afectos : por una parte creia deber perseverar en su dictamen , considerando que aquel á quien habia tratado como reo era un hombre á todas luces grande , singular y extraordinario , ó por mejor decir un Dios , tal , cual no podia desconocerle ni aun un pagano , criado en la idolatria ; y por otra recelaba una conmocion popular si resistia condescender con las exageradas pretensiones de la Sinagoga , cuyas acusaciones versaban sobre dos delitos capitales. Con respecto al primero , que era el pecado de blasfemia que le imputaban , ya decian á Pilatos : Nosotros hemos cumplido con nuestra obligacion , condenándolo á muerte como blasfemo , y venimos á pedir la confirmacion de nuestra sentencia. Mas en cuanto al segundo , que es el crimen de rebellion contra el César , ese es solo de vuestra inspeccion , y á vos toca condenarle á muerte de cruz , y asi crucificalo tú , que es á quien compete.

Esta reconvencion de los judios , inspiró sérios temores á Pilatos ; entró otra vez en la audiencia , mandó á Jesus que le siguiera , y estando á solas con El , le dijo : de dónde eres Tú? Lo que fué decirle : tales son las cosas que oigo decir , que comprendo no estar bastante instruido sobre tu origen. Hasta entonces habia tambien crecido la admiracion de Pilatos al observar la imperturbable serenidad del Redentor , que unida á la eficacia de sus palabras , no solo habia hecho otra impresion terrible en su oido , sino que de tal manera habia penetrado su corazon , que estaba firmemente persuadido de su inocencia. Otro nuevo incidente vino á acabar de comprimir y turbar el ánimo del juez en esta ocasion : un hombre enviado por la mujer del mismo que traia orden espresa de su esposa , se acercó á él , y le dijo de esta manera : Oid lo que me encarga os diga vuestra propia mujer : guardaos bien de fallar en la causa de ese justo , cuyo proceso examinais. Es inocente , y á El debeis proteccion y amparo ; yo he sido atormentada terriblemente por su causa en esta noche pasada con visiones que me han asustado mucho , y asi mirad bien lo que haceis : sin duda el Dios de los judios ha querido darme á conocer que ama mucho á este hombre , y quiere que os dé yo esté aviso , para que lo enviéis absuelto.

Fácil es de conocer la terrible impresion que haria este mensaje

en el ánimo de Pilatos ya afligido y atemorizado; y aunque sabia que Jesus era galileo, parece que queria investigar claramente su origen y el de sus ascendientes, para imponer miedo á la ferocidad de los ministros de la Sinagoga; y conseguir por este medio la libertad de aquel desgraciado. El Salvador, empero, no respondió palabra á esta pregunta, porque habia resuelto no decir cosa en su defensa: y como por otra parte conocia que no debia explicar el misterio de su origen á un hombre que sobre la materia de su reinado habia demostrado demasiada curiosidad sin mostrar deseo alguno de instruirse en lo que era de mas importancia, llevó adelante su determinacion, guardando sobre este punto profundo silencio: y sobre todo porque la muerte del Mesias en una cruz y su gloriosa resurreccion debian preceder á la instruccion de los pueblos, y preparar los caminos entre los gentiles para la verdadera religion. Ofendióse Pilatos por el silencio de Jesus, y como enojado, le dijo: ¿A mí no me hablas? No sabes que tengo poder y autoridad bastante para crucificarte ó para soltarte? Jesus, empero, que nada habia contestado cuando se trataba de su defensa, no quiso callar cuando llegó el caso de defender el honor de su Padre, y de corregir la soberbia de un juez, que tanta presuncion tenía en su propia autoridad y poder; y así le dijo: Ninguna potestad tendrias sobre Mí si no te fuera dada de lo alto; que fué como si dijera: Todo hombre está sujeto al imperio de la ley y no á los caprichos y arbitrariedad de los jueces: los cuales reciben de los príncipes soberanos la autoridad pública, no para abusar de ella, sino para la conservacion del orden, y la seguridad de los ciudadanos: para refrenar la licencia de los malvados, y hacer que reine la justicia, y no se viole á ninguno su derecho. Por disposicion del Cielo va á servir el poder que te se ha dado á la ejecucion de los designios de Dios, y al cumplimiento del sacrificio que Yo quiero hacer de mi vida por la salud de todo el mundo. Mi muerte está decretada por mi Padre: mas no por eso dejarás de ser reconocido por un violento opresor de la inocencia, que debias proteger aprovechando la fuerza y la autoridad, que para eso se te ha confiado. Tu inconstancia, flaqueza y cobardia, tu interés y vil condescendencia te hacen inexcusable: ¿y cuánto mas lo será ese pontífice que al frente de su pueblo, á quien ha seducido, me entrega en tus manos, y violenta con esa conmocion popular tu equidad y tu justicia.

Desde entonces procuraba Pilatos hacer nuevos esfuerzos y apurar todos los recursos para dar libertad á Jesus, porque temió algun golpe de la justicia divina; pero como buscaba los medios con

demasiada precaucion y timidez, hizo que arrojase la justicia sus últimos suspiros entre sus propias manos, y que le abandonase esta preciosísima virtud, en el momento mismo en que debia haber manifestado mayores fuerzas para conservarla. Dejóse ver del pueblo, y con él se dejaron ver al descubierto todas sus inquietudes. Dijo en favor de Jesús cuanto se puede imaginar de mas eficaz y fuerte: pidió su libertad; y porque no la mandaba y ordenaba como dueño, se la negaron gritando tumultuariamente, que si concedia la libertad á un hombre tan criminal como aquel, no seria buen ministro ni amigo del César. A vos os toca, le decian, mantener los derechos del Imperio, como á nosotros el defender la integridad de nuestras leyes. Y cómo podreis creer, que un hombre que se declara por rey de los judios no sea enemigo del César? Todo aquel que se hace rey, contradice al César. Oyendo Pilatos resonar en sus oidos el nombre del César, temiendo una conspiracion, y mas el verse comprometido en la corte del Emperador, se olvidó de sus buenos deseos; y como temiese mucho mas la indignacion de su Príncipe que la venganza del Cielo, enmudeció, tembló, y se rindió cobarde y traidoramente, resolviéndose á condenar al Santo y justo por esencia y por naturaleza. Asi que, llevó fuera á Jesús, y como á las seis horas de aquel dia, que era viernes, y víspera y preparacion de la Pascua, asentándose en el tribunal que venia á caer enfrente del patio, al que los griegos llamaron *Lithotrotos*, porque estaba guarnecido de bellísimas piedras unidas con mucho arte á lo mosaico; y en hebreo se llamaba *Gabbatha*, que significa lugar elevado; ordenó á sus ministros que le trajesen agua, hizo que le echasen sobre sus manos, lavándoselas en presencia de todo el pueblo, diciendo en alta voz: Tomo al Cielo por testigo que estoy inocente de la muerte de este justo. Si vosotros estais resueltos á cargar con la terrible responsabilidad que ha de pesar sobre vuestras conciencias, allá lo veais: la ira de vuestro Dios se haga sentir sobre las cabezas de los verdaderos culpados. Y volviéndose entonces á Jesús que tenia á su lado, le hizo avanzar un poco hácia su presencia, y dijo en alta voz á los judios: Veis aqui á vuestro rey; y como luego se oyó gritar en todas partes, apártale, quítale de nuestra presencia, hazle morir, crucifícale; se contentó con responder con frialdad é indiferencia al pueblo alborotado: ¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los Pontífices: no tenemos mas rey que el César. Cada vez que se repetia el nombre del César, temblaba Pilatos y se estremecia en su corazon; y viendo que el tumulto arreciaba, y que nada podia ya adelantar para contener el furor

del pueblo, y oyendo que en contestacion á cuanto habia dicho re-
petia con furor, caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hi-
jos; esto es, consentimos en que se nos impute esta muerte, y nos
constituimos responsables de todas sus consecuencias; determinó
por último complacer al pueblo, y sentenciando segun ellos lo pe-
dian, condenó á muerte al Hijo de Dios vivo, Redentor y Salvador
de los hombres; Jesucristo Dios y hombre verdadero, entregándole
á la voluntad de los verdugos para que fuese crucificado.

Hé aqui un trasunto de la sentencia con que fue condenado Je-
sucristo, Redentor nuestro, á muerte afrentosa de cruz.

SENTENCIA.

Nos Poncio Pilato, gobernador de toda la provincia de la Judea
por el Sacro Imperio romano, estando en nuestro tribunal y sala de
audiencia, oidas las acusaciones criminales de los sacerdotes, escri-
bas y fariseos, la conmocion y clamor del pueblo contra Jesus de
Nazareth, concordando todos y diciendo como ha alborotado y con-
movido toda la ciudad y pueblos, enseñando doctrinas nuevas contra
la ley de Moisés; haciéndose autor de una nueva ley; pretendien-
do alzarse rey, y como á tal habiendo tenido atrevimiento de entrar
triunfante con ramos y palmas dentro la ciudad, y por haber me-
nospreciado la jurisdiccion y autoridad del grande emperador César,
prohibiendo á los vasallos le pagasen el tributo; pero lo que causa
aun mayor escándalo es que como á presuntuoso y blasfemo se ha
gloriado y ha dicho muchas y diferentes veces que era Hijo de Dios,
siendo hombre de baja condicion, hijo de un pobre artesano y de
una pobre mujer llamada Maria; fingiendo ser muy santo, siendo
muy engañador; hombre inquieto, conspirador y destructor del bien
comun. Habiendo cometido muchos otros enormes delitos, mas dig-
nos de ser castigados que publicados.

Por tanto, habiendo considerado muy bien, y examinada la ver-
dad de las sobredichas acusaciones, hallándose gravísimos sus deli-
tos, juzgamos debe ser condenado y sentenciado, como de hecho lo
condenamos y sentenciamos á que sea conducido por las calles acos-
tumbradas de la santa ciudad de Jerusalem, de la manera que está
coronado de espinas, con una cadena y dogal al cuello, llevando él
mismo la cruz, acompañado de dos ladrones, para mayor afrenta,
hasta la montaña del Calvario, donde acostumbran ser ajusticiados
los hombres facinerosos, y allí sea crucificado en su cruz, en la cual
estará colgado hasta despues de muerto, sin que alguno se atreva á

quitarlo de ella sin nuestra autoridad y licencia. Los dos ladrones estarán igualmente colgados en sus cruces, uno á la derecha y otro á la izquierda, residiendo en medio como á rey para mayor escarnio y afrenta, para que sea ejemplar y escarmiento de todos los malhechores. Cuya sentencia mandamos publicar al sonido de la trompeta y en alta voz por el pregonero, para que llegue á noticia de todos, y nadie pueda alegar ignorancia alguna.—Poncio Pilato.

§ 45.

SALE JESUS DE JERUSALEN LLEVANDO LA CRUZ ACUESTAS: EN SU MARCHA AL CALVARIO PROFETIZA LA RUINA DE LA CIUDAD INGRATA, Y LUEGO QUE LLEGA AL LUGAR DEL SUPLICIO ES CRUCIFICADO ENTRE LOS DOS LADRONES QUE LE ACOMPAÑABAN.

Debían cumplirse los oráculos de los Profetas, y muy en particular los de Jesus, que habia dicho: *El Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, los que lo entregarán á las gentes para ser burlado, azotado y crucificado.* David habia previsto estos grandes acontecimientos, y poseído de suma tristeza habia preguntado al mismo Hijo de Dios. ¿Por qué motivo, Señor, bramarón de corage y rabia, y se amotinaron las gentes y los pueblos meditaron cosas vanas é injustas? Alzáronse los príncipes de la tierra, y de común acuerdo consultaron en secreto contra el Señor y contra su Cristo y su ungido (1). Ciertamente se juntaron en esta ciudad ingrata Herodes y Poncio Pilato con las gentes y el pueblo de Israel, para hacer lo que estaba decretado en los consejos eternos. Rompieron como deseaban la coyunda de la justicia, y sacudieron el yugo ligerísimo y suave del Señor. Mas el que mora en los Cielos se reirá de todas sus determinaciones; el Señor se burlará de ellos, les hablará en medio de su furor, y los conturbará con su saña; y entonces serán entregados al poder de los enemigos invisibles, á quienes obedeciendo ahora entregaron el Cordero de Dios á los voracísimos lobos para que fuese devorado, á rabiosísimos perros para que fuese mordido, y á cruelísimos leones para que fuese despedazado; y así fue que pronunciada la sentencia le cogieron los soldados, y con bárbara inhumanidad é indecible fiereza le arrancaron la púrpura que por mofa le habian vestido, y como estaba pegada al cuerpo por la sangre congelada, le renovaron enteramente una gran parte

(1) Ps. 2. v. 1 et 4.

de sus llagas, causándole nuevos é intensísimos dolores. Vistieronle sus propios vestidos para que fuese conocido de todos; cargaron sobre sus propios hombros la pesada cruz en que habia de ser clavado, y cargado con esta vergonzosa y pesada carga, le hicieron emprender la marcha hácia el Gólgatha ó Calvario (1). La palabra

(1) Disputase con calor de qué maderas fuese el Leño Santo, si de una sola ó de muchas, y de ahí toman pie los heresiarcas é impíos para mofarse y escarnecer la adoracion que los verdaderos fieles dan al signo de la salud y árbol sagrado de la redencion; pero sea de una ó de muchas maderas; no es cierto que fue santificado estando pendiente de él el Dios Redentor y Salvador nuestro? Para adorarla, pues, y venerarla esta sola razon nos basta. Sin embargo, no está por demas saber que son varias las opiniones aun de los padres y doctores de la Iglesia sobre este particular. El venerable Beda, en las *Colectas*, dice: Que la cruz de Cristo fue de cuatro maderas, á saber: ciprés, cedro, pino y box; pero que esta última se halló solo en la tablilla donde se estampó el nombre y dignidad de Jesus, á saber: *Jesus Nazareno, Rey de los judios*. El ciprés desde el pie hasta el crucero, y desde este arriba el pino, siendo el crucero ó los brazos de cedro. A esta opinion se une San Juan Crisóstomo, como se ve en su obra *De veneratione Crucis*, tomo 1.º cerca del fin. Anastasio Sinaita, lib. 3. in *Haxum*, y otros varios. Hay otros que dicen que la cruz del Salvador constaba de cuatro maderas, que eran: el cedro, el ciprés, la palma y la oliva, y lo comprendieron y esplicaron en estos tres versos:

Quatuor ex lignis Domini crux dicitur esse.

Pes crucis est cedrus; corpus tenet alta cupressus,

Palma manus retinet, titulo lætatur oliva.

San Gregorio Nysseno, en la oracion ó sermon del Bautismo, dice: Que fue de un árbol vil y mas despreciable que todos los demas; cuya opinion siguió Gretsero, lib. 1.º De *Cruce*, cap. 6; Alphonso Ciacconio, en el libro que intituló *De signaculo Santissimæ Crucis*, cap. 30, asegura que fue de carrasca ó encina, ya porque este era en la Judea un árbol que á cada paso se hallaba, ya porque era sólido, firme y pesado; por cuya razon fue preciso que buscasen una ayuda que auxiliase al Salvador y ayudase á llevar la cruz.

Sobre las dimensiones y espesor de la cruz son tambien varias las opiniones. El citado Alphonso Ciacconio en el mismo libro, cap. 31, dice: Que segun afirmaba una muy antigua tradicion, tenia la cruz quince pies de largo y el crucero ocho, y que el espesor ó grueso de ella era de medio pie; á cuya opinion se adhiere Gretsero en el capítulo 1.º del prenotado libro. El doctor San Buenaventura y los santos Vicente Ferrer y Bernardino de Sena tambien creen y dicen que la cruz del Salvador tenia estas dimensiones, y que se com-

Gólgatha, en su derivacion tomada del siriaco, significa la *calavera del hombre*, por verse en aquel lugar muchas de hombres que habian sido ajusticiados por sus delitos. San Pablo dió la razon porque Jesus habia de padecer la muerte fuera de la ciudad, cuando dijo (1): Los cuerpos de los animales cuya sangre introduce el pontífice en el santuario por los pecados, son quemados fuera del real, y por eso tambien Jesus, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta.

Los malos tratamientos que habia recibido durante la noche, y sobre todo el diluvio de azotes, y la coronacion de espinas, en que acababa de derramar tanta sangre, habian reducido su cuerpo á tan grande flaqueza, que al salir de la ciudad cayó bajo el peso de la Cruz. Dejóse ver oprimido de ella, gimió y se detuvo sin poder dar un paso adelante. Se puede hacer juicio con qué ojos mirarian los verdugos su desfallecimiento, y la inhumanidad con que insultarian su debilidad y flaqueza. Ya no le esperaban las turbas que saliese para tocarle, como en otro tiempo, y conseguir la salud, sino para crucificarle; y la gente que antes clamaba para que se le quitase de delante y se le crucificase, ya se alegraba de ver que se cumplieran sus deseos. Precedia el trompeta, y con el ronco y clamoroso sonido convocaba toda la ciudad á las puertas, y seguian los ministros de justicia, los verdugos y soldados, y los dos famosos ladrones, tanto ó mas perversos que el mismo Barrabás; y por último se presentaba manchado con una sangre no manchada, el gran destructor de los infiernos, el vencedor de la muerte, el subyugador del pecado, el redentor del mundo, Jesus cargado con la cruz, y con la cruz triunfante. El pueblo, que seis dias antes al recibirle dentro de los muros de la ciudad habia cantado alegre: Bendito el que viene en el nombre del Señor, le maldecia al salir, y mientras llevaba la cruz, lo crucificaban con sus voces, ya que no podian con sus manos. Iba Jesus por medio de ellos, para obrar en medio de la tierra la salud de todo el universo, como mediador entre Dios y los hombres. Asi aquellos enfermos ya frenéticos, despedian de si y arrojaban al médico de quien salia vir-

ponia de las sobredichas cuatro maderas cedro, ciprés, palma y oliva: respetando empero la opinion de tan eminentes doctores y venerables santos, nos adherimos mejor á la del grande San Gregorio Nysseno, puesto que no habiendo decision alguna de la Iglesia nos es licito y permitido seguir la que mas nos plazca.

(Nota del T.)

(1) Epistola ad hebreos, cap. 13. vs. 11 et 12.

tud para sanar á todos. Asi los hijos de ira , repudiaban al Padre de misericordia : asi los siervos malvados arrojaban de su casa al Señor de la familia: asi los trabajadores inicuos echaban al heredero fuera de la viña. Con esta lúgubre pompa, bajo la infame mole de



aquel árbol, y el ignominioso peso de la cruz, va por las plazas de Jerusalem el Hijo de Dios repitiendo muchas veces entre sí: *Jerusalem, Jerusalem, cuantas veces quise congregar tus hijos, como la gallina congrega sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste* (1).

(1) Lucæ, c. 19.

Aunque el Señor se conservaba con su divina virtud la vida por algunas horas, según el tiempo destinado por su infinita sabiduría, y á pesar de todo el poder humano, no habia de morir sino cuando fuese su santísima voluntad: como esto lo ignorasen los judios, temieron con razon, que oprimido del peso de la cruz, espirase entre sus manos, y no lograsen el placer de verle morir en un suplicio destinado solo para los homicidas y ladrones. Por este temor bien fundado, determinaron detener á un paisano israelita de religion, originario de Zirene en Libia, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que venia del campo, y lo precisaron á llevar detrás de Jesus la cruz pesada, que por su flaqueza no podia llevar el Hijo de Dios. ¡Oh Simon, cuánto te envidiamos, y cuánto te admira toda la iglesia de Jesucristo! En otras circunstancias hubiera sido una afrenta vergonzosa para un hombre libre, el precisarlo á este ministerio; ¡pero qué honor y dicha tan grande ser en esta ocasion escogido de Dios para aliviar el trabajo de su precioso Hijo! Puede ser que no conociese desde luego el Cirineo el precio del favor que se le hacia; pero no se puede dudar mucho, que recibido en adelante en el número de las conquistas de Dios crucificado, no haya echado cien veces mil bendiciones á su dicha. Que en verdad, dichoso por haber podido aliviar, aunque por pocos instantes, á aquel que voluntariamente cargó sobre sí todos los pecados del mundo, para que, como dice San Pedro (1), muriendo nosotros al pecado, vivamos á la justicia con cuyas heridas hemos sido sanados. Mas aunque este piadoso israelita pudo aliviar un tanto al Señor su pesada carga, no por eso le libró de todos sus tormentos: vivia Jesus únicamente para padecer, y así buscaba nuevas penas, multiplicándose interiormente sus dolores, mientras que exteriormente manifestaba tomar algun alivio.

Seguian al Señor una gran multitud del pueblo fiel; y de mujeres piadosas que con sus lágrimas y suspiros manifestaban, cuan intensamente sentian sus tormentos, dando así al inocente sacrificado, testimonio público de la tierna y respetuosa adhesion que tenían á su persona. Mas Jesus, que habia rehusado responder á los grandes de este mundo, no quiso dejar sin una tierna y cariñosa respuesta, las fervorosas lágrimas de aquellas verdaderas israelitas, y así las dijo, *Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre Mí, sino sobre vosotras llorad y sobre vuestros hijos, porque presto vendrán dias en que dirán, bienaventuradas las estériles y los vientres que no con-*

(1) Ep. 1.^a Div. Petri, cap. 2. v. 24.

cibieron, y los pechos que no criaron. En aquellos dias buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán: desearán morir, y la muerte huirá de ellos (1). Entonces se meterán por las cavernas de las peñas, y por las aberturas de la tierra, huyendo de la presencia espantosa del Señor, y del resplandor de su Magestad (2). Y comenzarán á decir á los montes y á las peñas, caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos, envolvednos bajo de vuestras ruinas (3). Escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del cordero (4). Porque si esto se ejecuta con el árbol fértil y verde, qué se hará con el madero seco, y con el árbol estéril é infructuoso? Ciertamente el justo será probado y atribulado en la tierra, pues ¿cuánto mas el impio y pecador? (5) Y habiendo llegado el tiempo en que la afliccion, la prueba y el juicio ha de comenzar por la casa de Dios, si comienza primero por nosotros, cuál será el fin y pádero de aquellos que no creen al Evangelio? Si el justo difícilmente y con trabajo se puede salvar, á dónde iran, dónde parecerán el infiel y el pecador? De esta manera, olvidándose de sí mismo, y afligiéndose por las desdichas de su pueblo, iba el Señor á ponerse en manos de sus verdugos, y á presentarse á su Cruz.

Como habia venido el Salvador al mundo para enseñarle y atraerle hácia Sí, ni aun caminando desfallecido al suplicio, pudo contener los ímpetus ardientes de su caridad, y no dar á los que le seguian las lecciones mas importantes: y mientras marchaba como capitán aguerrido y valiente al lugar de la pelea, le seguian los dos ladrones que habian de ser ajusticiados con El. Era preciso que no faltase á la pasion del Hijo de Dios, tan dolorosa por sí misma, alguna de las circunstancias; capaces de echar el colmo á su ignominia; y en medio de tantas penas, el único alivio que se le concedió, fué un poco de vino mezclado con mirra tan amarga, que ella sola tenia cuanto la hiel y el vinagre tienen de desapacible. Este era un calmante que se acostumbraba propinar á los ajusticiados, para adormecer el sentimiento de los dolores. Jesucristo quiso experimentar toda la amargura y rigor de las penas, y desechó este pequeño alivio, porque destinaba aquellas á la gloria de su Padre; y quiso reservar para Sí todo su rigor, para lo-

(1) Apocalyp. c. 9. v. 6.

(2) Isaiaæ, c. 2. v. 19.

(3) Osseæ, c. 10. v. 8.

(4) Apocalyp. cap. 6. v. 16.

(5) Proverb. cap. 9. v. 31.



grar su mérito. En seguida desnudaron los verdugos á Jesucristo de sus propias vestiduras, para crucificarle. Mas para verificar esta operacion, fue preciso renovarle todas las llagas de su cuerpo sacratísimo; pues reseca la sangre, estaba la túnica pegada al cuerpo, por consiguiente arrancándosela, se le arrancó parte de su carne y piel, y corrió otra vez de su cuerpo abundancia de sangre. Fue preciso tambien arrancarle la corona de espinas, y renovarle por consiguiente todas las llagas de su sacratísima cabeza, abriéndosele otras nuevas, para ponérsela otra vez. Asi Cristo con todo su cuerpo desnudo, espuesto por todas partes á la frialdad del aire, cubierto de la sangre que corria de su cuerpo, despedazado y llagado, oprimido de fatigas y colmado de dolores, tiende por una y otra parte sus ensangrentados ojos para ver si hay quien le consuele, y no lo encuentra. Ve á la espalda á su Madre; pero toda oprimida de dolor, clava en ella su vista, y comprende desde luego esta Soberana Señora el sentimiento y la pena amarguísima de su Hijo al verse desnudo á la vista de tanta gente; y aunque se halla poco menos que exánime, corre al amado de su alma, y quitándose un velo de su cabeza, ciñó con él y cubrió los lomos de su Hijo, como ella misma lo manifestó en una revelacion á su querido S. Anselmo, con estas palabras: *Oye, Anselmo, de la manera que te refero un hecho el mas lamentable y triste, y que ninguno de los Evangelistas ha descrito. Habiendo llegado al lugar ignominiosísimo que se llama el Calvario, donde se arrojaban los perros, y otros cuerpos muertos, desnudaron enteramente á mi único Hijo Jesus de todos sus vestidos; y aunque yo estaba cuasi exánime, me quité sin embargo un velo de mi cabeza, corrí á El, y se lo até á los lomos.* (1). (a).

(1) Maxim. Xanthori. Divin. Theat. part. 5. tract. 2. núm. 74.

(a) Alphonso Tostado, Paradoja 5. cap. 42. dice: Que Jesucristo llevaba en la cruz calzoncillos, *Femoralia*, los que no le quitaron los soldados cuando lo bajaron del Madero Santo; pero esta opinion no puede admitirse, porque es contraria á la comun de los Padres y Doctores. San Ambrosio en el lib. 10. sobre San Lucas, dice: *Refert considerare qualis ascendat; nudum video. Talis ascendit, quales nos. Auctore Deo natura formavit: talis in paradiso homo primus habitaverat; talis ad paradisum homo secundus intravit.* Y San Atanasio, dice: *Nudatur, ut ignominiam nostram tegat.*

Con este motivo conviene saber cuantos eran los soldados que crucificaron á Cristo, puesto que se dice que se repartieron entre sí los vestidos del Salvador, y quantas eran las túnicas ó vestiduras que usaba. Es opinion corriente y firme, que los *crucifixores* no fueron mas que cuatro, aunque los acompañantes el reo al suplicio fuesen muchos mas. Eran estos de los *Samari-*

Despues de haber gustado Jesus el brebage que le presentaron para hacerle sentir su amargura, no quiso beberlo (como digimos), para no sentir el alivio que de él podia esperar: y á fin de que se conociese públicamente, que padecia solo por su buena voluntad y amor: y obediente entonces á la voz de los verdugos se tendió sobre el madero de la Cruz para ser crucificado, como efectivamente lo fué, sufriendolo todo con la mayor humildad, resignacion y paciencia. Con cuantos clavos, empero, fue Jesus crucificado, es motivo de otra polémica muy fuerte y reñida entre los escritores (1):

tes, que despues llamaron *Brucios* ó *Brucianos*, como lo dice *Festo* en la palabra *Brucianos*; y *Aulio Gelio* en el lib. 10 *De las noches Atticas*, cap. 3.º, haciaselos sufrir esta ignominia de ser como verdugos, en castigo de haber abandonado el campo de los romanos, y pasádose al ejército de Annibal. Pero no era tan exclusivo este oficio, que no se admitiesen otros á él; y asi presumen algunos, que entre aquellos *Brucianos*, habia tambien *Lucanos*, oriundos de los *Brucios*, y algunos *Catabreses*, que Pilatos habia llevado consigo á Jerusalem.

San Juan, que fue uno de los testigos presenciales, nos dice en el cap. 19, v. 23, que de las vestiduras de Cristo se hicieron cuatro partes, *una para cada soldado, y túnica*: que la túnica era *inconsutil*, esto es, tejida de arriba abajo y toda de una pieza, sin costura alguna; y que viéndola asi, dijeron los soldados: *No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, á ver de quien será para que se cumpliesen las palabras de la Escritura que dicen: Dividieron mis vestiduras, y sobre mi vestido echaron suertes.*

Con motivo de la entrada de los romanos en la Judea, empezaron los judios á imitar sus costumbres, y usando estos dos vestiduras, y á mas la *capa* ó *manto*, como asegura *Varron* en la *Vida del pueblo romano*, las usaron tambien los judios; segun afirma *Euthymio*, y *San Gerónimo* en la *Epist* 128. Y asi, á mas de la *túnica inconsutil*, que estaba pegada al cuerpo, como la *Subucula* ó *camisa*; usaba Jesucristo otra túnica exterior, que era una especie de sotana muy parecida á la que usan los eclesiásticos, y la *capa*. Esta túnica y *capa*, fueron las que se partieron, como dicen *Toledo* y *Rivera*; pero no la *inconsutil*: esta fue tejida por Maria Santisima, siendo todavia [muy niño el Salvador, y esta crecia con El, como crecian los vestidos de los hebreos en los cuarenta años que peregrinaron por el desierto. Esta tan santa y venerable reliquia, que los soldados no se atrevieron á partir, *se venera en la ciudad de Tréveris*, con mucha piedad y religion, yendo con gran frecuencia á visitarla los fieles de casi todo el mundo, obrando Dios por ella muchos y muy estupendos milagros.

(1) Que la cruz de Cristo fuese en todo parecida á la de los ladrones, y que las de estos fuesen en todo iguales á aquella, parece que queda fuera de toda duda, atendiendo á lo que dice la *Historia eclesiástica*, lib. 10, cap 7 y 8, y la *Tripartita*, lib 2, cap. 18, á saber: que cuando la bienaventurada Santa

§ 16.

CLAVADO EL SALVADOR EN LA CRUZ ES ESCARNECIDO É INSULTADO POR SUS ENEMIGOS: PRONUNCIA DESDE ELLA SIETE PALABRAS MISTERIOSAS, DESPUES DE LAS QUE ENTREGA SU ESPÍRITO EN MANOS DE SU ETERNO PADRE.

Corria la hora de tercia cuando crucificaron los judios á Jesus, y con El los dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda,

Elena halló las tres cruces, no podia distinguirse ni conocerse cual era la de Cristo; por cuya razon dicen: *Juan Pico* en el libro que intituló *De prænotione*; el *Tostado, Paradoxa* 2.^a desde el cap 42, hasta el 58; *Bartholomé de Medina, Part. 3.^a quest. 46, art. 11 y otros muchos*; que los dos ladrones fueron crucificados con clavos como el Salvador, pues si así no fuera, y hubiesen sido con cordeles amarrados á las cruces, como alguna vez los pintan; la de Jesus hubiera sido muy facil de conocer; no apareciendo en las otras los agujeros de los clavos y sí en la de Cristo.

Dúdase empero con cuantos clavos fue clavado el Señor. La opinion mas corriente parece ser la que sostiene, que lo fue solamente con tres, aunque tambien hay solidisimas razones para creer que fueron cuatro. *San Gregorio Nacianceno* llama á la cruz *Lignum Triclave*, y de ahí sin duda viene la opinion de los tres clavos: pero *San Gregorio Turonense*, en el libro que intitula *De gloria Martirum*, cap. 6; *Inocencio* en el *Sermon 1.º de un martir*, y *Francisco Toledo* en el cap. 19 in *Joann*, aseguran que fue crucificado con cuatro clavos. De esta opinion es *San Cipriano* en el *Sermon de Pasion*, en que habla, no de uno, sino de muchos clavos de los pies de Jesus: y lo mismo afirma el *Tostado, Paradoxa* 3.^a, desde el cap. 7. al 12. Así que, esta opinion parece la mas probable, y la confirma una revelacion hecha á *Santa Brigida* que consta en el lib. 7, cap. 15; dice así: «Despues de esto (haberle dado á beber hiel) subieron ellos por aquellas gradas, llevando al Señor con vituperio é tirrision sobremanera grande, el que subia de buena voluntad, como cordero manso que va á su sacrificio. Y estando ya sobre aquellas tablas, no forzado, sino voluntariamente, estendió su brazo, y abriendo su mano derecha la puso sobre la cruz, la que le traspasaron con inhumanidad aquellos crueles verdugos, pues se la taladraban con el clavo, por aquella parte que el hueso tenia mas solidez; ataron despues con un cordel su mano izquierda, y tirando de ella con violencia la hicieron alcanzar al lugar que tenian señalado, y la clavaron de la misma manera. Estendiendo despues el cuerpo sobre la cruz mas de lo que era regular, pusieronle una pierna sobre otra, y así juntos los pies se los clavaron en la cruz con dos clavos.» Con lo que se confirma y demuestra, que el Redentor fue crucificado con cuatro clavos; por cuyas heridas acabó de derramar casi enteramente su sangre.

y á Jesus en medio, segun la órden de Pilatos. El que en el cielo está circuido de *ángeles*; servido de *dominaciones* y *tronos*; asistido de *principados* y *potestades*; magnificado y engrandecido de *arcángelos* y *virtudes*; festejado y aplaudido de *querubines* y *serafines*; y es adorado y reverenciado de una inmensa multitud de santos que le alaban y bendicen por los siglos de los siglos; obra nuestra salud, en medio de la tierra, clavado entre dos ladrones. ¡Quién puede contemplar al Hijo de Dios en el cielo, y al Hijo de Dios en la tierra, sin estremecerse y morir! Dios desde la eternidad, sin principio y sin fin, está por toda la eternidad sentado á la diestra de su Padre. Y Dios hecho hombre en el tiempo, nace en un establo, es reclinado en un pesebre y colocado entre dos bestias, y muere en un muladar, clavado en un madero, y colocado entre dos ladrones: sin embargo, entre Belen y el Calvario, hay una bien notable diferencia. Allí es festejado de los espíritus bienaventurados, con melodiosos himnos y músicas celestiales: es anunciado á los pastores, y á los reyes y sabios de Oriente, con la aparicion de nuevas luces y estrellas en el cielo; y es buscado de todos con afan, adorado y regalado. Y aquí es maldecido, blasfemado y escarnecido de los judios, de los soldados romanos, y hasta de los verdugos; y el cielo, el sol, la luna y las estrellas, se visten de luto, y niegan sus luces á la tierra sepultándola entre tinieblas, para ocultar cuanto puedan la sangrienta tragedia que en ella se representa; y los inhumanos y feroces verdugos no presentan al Dios Criador y conservador de todo el universo, sino hiel y vinagre, tormentos y dolores, espinas, azotes, clavos y cruz. En el nacimiento toda la tierra se reviste de hermosura y alegría, y los ángeles de paz discurren por los aires, se alegran y cantan: y en la muerte toda la tierra se estremece y tiembla, y los ángeles de paz asomados á las puertas eternas de la gloria, lloran con la mayor amargura. ¡Qué contraste tan espantoso!

Mas para conciliar las opiniones al parecer encontradas de los Evangelistas, acerca de la hora en que Jesus fue crucificado, y levantado en alto en la cruz, conviene saber que la division que los judios hacian del dia en cuatro espacios, que llamaban, *prima*, *tercia*, *sesta* y *nona*, no podia ser tan exacta como la de nuestras horas. La prima abrazaba, asi como cada uno de los demas espacios, tres horas poco mas ó menos, y se estendia desde el principio del dia, hasta las nueve; la tercia desde las nueve hasta medio dia; la sesta desde esta hora hasta las tres, y la nona hasta las seis; pero siempre con algunas cortas diferencias nacidas de la

mayor ó menor estension de los dias. Por consiguiente, no es sino una contradiccion aparente la que, al parecer, resulta entre el modo que San Juan y San Marcos refieren el hecho de la crucifixion. El primero dice, que era cerca de la hora de sesta, y el segundo dice que era la de tercia; y como esta corria desde las nueve hasta las doce; pudo decir San Juan muy bien, cerca la hora de sesta, y San Marcos á la hora de tercia, á cuyo fin añadió el cardenal Baronio, esto es: *corriendo despues de tercia, á la hora de sesta.*

A lo mas alto de la cruz mandó Pilatos colocar en una tablilla estas palabras: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS: porque era este todo el fundamento de su condenacion, y al mismo tiempo un título-glorioso, un testimonio público de su reinado, por mas que el mundo lo mirase como un juego, y como una frusleria. Esta inscripcion fue leida de muchos judios, porque el lugar donde crucificaron al Señor no estaba lejos de Jerusalem; y aun los mismos estrangeros que habian concurrido á la ciudad santa con motivo de la celebracion de la Pascua, podian enterarse de ella, por estar escrita en tres lenguas las mas comunes y célebres de aquel tiempo, á saber: en hebreo, griego y latin. No agradó esto á los principales de los sacerdotes y escribas, porque mas que título de ignominia y afrenta, lo era de gloria, pues contenia verdades eternas, por cuya anunciacion habia perseguido la Sinágora tan encarnizada al Redentor: era el justificativo de su inocencia, y de que Pilatos habia dicho la verdad, al asegurar tan repetidas veces que no hallaba en El causa alguna para condenarle: y era, en fin, una inscripcion que anunciaba á todo el universo, que el que estaba clavado en la cruz era verdadero Dios y hombre: porque si se le veia padecer como hombre, se le anunciaba como el Mesias prometido en la Ley, Salvador verdadero de los hombres, Hijo de Dios, Cristo prometido, esperado y deseado de todos ellos. Bramaron entonces, en verdad, de corage los pontífices: rechinaron los dientes y se enfurecieron los escribas, y rabiaron y reventaron de ira los fariseos, porque conociendo la gloria de este título se prometian eclipsarla, y no pudieron: pues habiendo acudido á Pilatos para que lo borrara, y en su lugar pusiese, que Jesus habia dicho, *Rey soy de los judios*, no quiso esta vez acceder á su peticion, y cansado de su importunidad los despidió diciendo: LO ESCRITO, ESCRITO, sin que haya que esperar que se mude ni una sola letra. Pilatos en esta ocasion dijo, sin que él lo supiera, que los judios en la muerte de Jesus, cran verdaderamente criminales,

por haberla pedido ; y que él lo era tanto como ellos , por haberla otorgado. Jesus era Salvador , y por lo mismo no debía morir. Nazareno , que significa *florido y bello* , era el demostrativo de su candor é inocencia , por lo que no debía ser condenado. Si era rey ¿quién tenia poder para juzgarle? Y si lo era de los judios , ¿cuál era el respeto y veneracion que debian tenerle? Estas eran las grandes consideraciones que preocupaban los ánimos de los príncipes de la Sinagoga , y por cuya razon pedian á Pilatos borrar el título , pero no habia remedio , estaba escrito.

La víctima del mundo , la hostia pacífica , que debía aplacar la justicia divina estaba ya sobre el altar de la Cruz. No quedaba ninguna duda de quien era , el título lo declaraba , y debía acreditar que en verdad queria ser el Salvador de los hombres , y hasta de sus propios enemigos y verdugos ; con este motivo hace del suplicio un púlpito , ó una cátedra magestuosa y santa , y empieza á dar desde ella las mas importantes y sublimes lecciones : ve los decretos de la justicia del Padre , contempla armada su diestra omnipotente y vengadora , y oye la voz terrible de la venganza , que le dice : ¿Hasta cuándo Señor justiciero y santo , no tomas venganza en los pecadores de la sangre y agravios de tu inocente Hijo? Y cuando á este clamor , ve armarse la justicia del rayo de su ira , entonces , mostrando el Redentor del mundo su infinita caridad , levanta sus ojos eclipsados al Eterno Padre , y representándole su obediencia y sus merecimientos , le dice : Padre y Señor mio , deten el brazo de tu justicia , y por esta Cruz en que muero , y la sangre que en ella estoy derramando , te pido , y te ruego que perdones á los pecadores las culpas con que me han puesto en la Cruz : PERDÓNALOS , PADRE , PERDÓNALOS , QUE NO SABEN LO QUE HACEN. Hacen morir á tu Hijo UNICO , porque no lo conocen : y aunque su ignorancia , por ser voluntaria los hace culpables , con todo , por mas que lo sean , son dignos de compasion. Ya no tenia el Señor libres en su cuerpo sino algun tanto sus ojos , porque algunas espinas le llegaban hasta las pupilas , y su lengua ; y todavia todo lo empleaba gusto por la salud de sus enemigos. En el lecho del dolor , pensaba pensamientos de paz y no de afliccion. ¡Oh caridad infinita de nuestro amorosísimo Jesus , cuyo ardoroso incendio no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulacion! ¡Qué doctrina tan alta es la que nos enseñas! ¡Oh! Y qué bien cumple el misericordiosísimo Jesus el precepto que nos enseñó para que perdonásemos á nuestros deudores! Para que amasemos á nuestros enemigos , y rogasemos por nuestros perseguidores y calumniadores , y nos

acreditásemos de hijos de nuestro Padre celestial, que está en los Cielos! Lo enseñó viviendo, y lo practicó muriendo. ¡Quién se negará ya á seguir tan noble ejemplo! Preciso es, pues, perdonar, si queremos que Dios nos perdone.

Mientras que el Salvador se esforzaba en pedir á su Padre este perdón tan amplio y universal, se ocupaban los pontífices, y sacerdotes, los ancianos y los escribas, en irritar la tropa corrompida del pueblo que solicitó su muerte, para que no dejaran de ultrajarle, mientras viviese; ayudándoles ellos, y animándoles con su ejemplo. La plebe soez, pasaba por delante la Cruz, meneando su cabeza, é insultando al Señor le decían: Bah, infeliz: Tú que te gloriabas de poder destruir el templo de Dios; y de reedificarle en tres días; danos ahora una prueba de ese poder omnipotente que te precias conservar si eres verdadero Hijo de Dios; baja de la Cruz, y te creeremos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, le maltrataban también é insultaban con burlas pesadísimas, y mirándose los unos á los otros, dirigían sus gestos ridículos y de farsa al Señor, y decían: Este hombre ha librado á otros de la muerte, y á sí solo no se puede librar: si es el Mesías escogido de Dios, si es el Rey de Israel, que baje de la Cruz, que nos haga ver su poder, y creeremos en El: dice que espera en Dios, y que es Hijo de Dios, pues líbrele Dios. Si le ama tanto como El decía, ahora puede manifestarlo, librándolo de la muerte.

No deben admirar estos escesos en un pueblo ignorante y seducido: pero que los príncipes y doctores de la Ley se envilezcan hasta este extremo, y poco satisféchos con mirar en la Cruz al que aborrecían como enemigo, quisiesen todavía burlar sus ojos con su aflicción, é insultar sus dolores; esto es lo que no se debiera esperar, y lo que gente de su carácter no ejecutaba jamás sin deshonor. Nunca se llega á este esceso, sino es cuando se aborrece mucho; y sobre todo cuando se aborrece por envidia. Este escándalo abominable produjo todo su efecto. Uno de los dos ladrones que estaban crucificados al lado del Salvador, abrió también su inmunda y sacrilega boca, para insultar y blasfemar á Jesús, y le dijo: *Si Tú eres Cristo, sálvate á Ti mismo, y á nosotros.* ¡Desgraciado ladrón, por qué dudas? Si dudas, ya niegas; y si niegas, qué esperanza puede quedarte del perdón! ¿No te mueve á confesar que es Cristo esa singular modestia en medio de tantas injurias; ese profundo silencio entre tantas afrentas; esa paciencia invicta entre tantas penas; esa acreditada inocencia entre tantas declamaciones; y esa voz de misericordia y amor con que acaba de pedir perdón al Padre por sus mismos verdugos?

No pudo el otro ladron ser indiferente al esceso de crueldad de su compañero: y mas fiel á la gracia del Salvador con quien moria, entrando dentro de sí mismo, y detestando sus primeros delitos, se tomó la libertad de corregir aquel compañero de sus desórdenes, y de su suplicio; y le dijo: ¿Es posible que siendo tan desdichado en el estado en que te vés, y tan cerca de morir, no tengas temor de Dios? Tú imítas á la gente furiosa, que carga de injurias y blasfemias á este hombre santo. Es verdad que se halla en el mismo tormento que nosotros; pero su causa no es la misma. Nosotros no tenemos razon para quejarnos, porque sufrimos lo que merecemos; pero este nada malo ha hecho, ningun delito ha cometido. Oigan esto el Cielo y la tierra: óiganlo los judios y los gentiles; óiganlo los pontífices y los escribas; Cayfás y Pilatos; y los príncipes que le acusaron, que pidieron su muerte, y que despues de crucificado aun le blasfemaban. Óiganlo en fin los Apóstoles que huyen, los discípulos que se esconden, los amigos que callan, los judios que le burlan, los romanos que le crucifican, todo el mundo que le condena: solo un ladron le absuelve: un ladron acusa la injusticia de todos: un ladron testifica la inocencia del que es condenado como delincuente; aunque dos Evangelistas digan que antes también lo insultó (1): pero ya lo reconoce, lo confiesa, lo adora por su verdadero Dios. ¡Oh Señor, que eficaz es tu luz! ¿Quién habrá que resista tus auxilios? Herido de ellos este ladron feliz, vuélvese á Jesus, y con tierna, pero ardiente y amorosa voz le dice: En Tí confío, Señor, y en Tí espero; eres mi Padre (2), eres mi Dios y Señor, eres

(1) Math. c. 27. v. 44. Marc. c. 15. v. 32.

(2) En el tomo 1.º, cap. 9. página 165; digimos: Que el P. Ludolfo de Sajonia, citando á San Anselmo, creia que este ladron dichoso y Santo, fué el que huyendo Jesucristo á Egipto por temor de la persecucion de Herodes, llevado en los brazos de su Madre, arrancó de los de uno de sus compañeros al ierno Infante, que habia arrebatado de los de esta, para llevárselo; y que entonces ya le pidió tuviese misericordia de él, si se le ofrecia alguna ocasion desgraciada, rogándole no se olvidase de aquella, en que usaba de misericordia con él. Máximo Xanthori, en la parte 5.ª de su Divino Teatro, tratado 2.º pág. 527, no solo confirma esto mismo, sino que añade; que al ver entonces tanta hermosura y gracia en el niño, exclamó y dijo: *Que no era posible que un niño engendrado de hombre fuese tan bello y agraciado: y que si lo fuese que Dios los tuviera, aseguraria que aquel bellissimo infante era Hijo de Dios.* Asi fué, continúa Xanthori, que este insigne ladron, arrebatado no solo por la belleza del niño, sino tambien por la encantadora modestia, y amabilidad de la Madre, no los robó ni molestó; antes bien los llevó aquella noche á su casa propia, y les suministró todo lo necesario. Tenia el ladron mu-

mi Rey, y aunque eres el Rey inmortal de los siglos, y tu reino es el

ger, y un hijo tan lleno de llagas y úlceras, que parecia un leproso. Admirada tambien la muger del ladron, de las mismas gracias que veia brillar en aquel Divino Niño, y en su Madre, movida por un impulso interior, preparó un baño, para que en él se lavara aquel tan hermoso infante, creyendo firmemente, que si despues bañaba en él á su propio hijo recobraría la salud; como asi efectivamente sucedió: lo que visto por el ladron adoró como á dioses al niño Jesus y á su Madre Santísima, y les dió un muy seguro acompañamiento, para que los acompañasen hasta la ciudad. Dicese tambien que al despedirse el Niño Jesus del ladron, le habló, asegurándole, que por la humanidad que habia usado con ellos, le daría un premio en el Reino de su Padre; lo que efectivamente se cumplió, cuando crucificado al lado de Jesus, viendo brillar su divinidad en medio de sus ultrages, reconociéndole, y confesándole por verdadero Dios, detestando sus pasados crímenes, le pidió perdon de todos ellos, y le rogó se acordase de él cuando estuviese en su reino; á lo que contestó el Señor, ofreciéndole para aquel mismo dia el paraíso. Este ladron dichoso se llamaba *Dismas*; el desdichado empero que no quiso convertirse, *Gesmas*: algunos autores creen que los dos fueron Hebreos, pero otros varios, fundados en una tradición antigua firmada por varios doctores, aseguran que fueron egipcios.

Acerca de los varios motivos ó causas, que pudieron influir en la conversión del buen ladron, señalan algunos la de haberle tocado la sombra del brazo de Jesus: entre los que se cuentan *San Vicente Ferrer*, *Juan Echio*, *Pedro de Natalibus obispo*, y *Equilino en el catálogo de los Santos*, lib. 4, cap. 228, donde dice: «En el tiempo de la muerte de Cristo, *Dismas*, y otro ladron llamado *Gestas*, ó *Gesmas*, fueron presos por los judios, y condenados á muerte de Cruz: *Dismas* fué colocado á la derecha de Jesus, y *Gesmas* á la izquierda. Y blasfemando todo el pueblo al Salvador, tambien los dos ladrones que estaban crucificados lo blasfemaban, como lo aseguran dos de los Evangelistas. Declinando empero el sol hácia el medio dia, é hiriendo sus rayos al costado izquierdo de Cristo, llevaron su sombra hácia la parte opuesta, y alcanzó al ladron que estaba á la derecha, y tan luego como le tocó, entró en su coracon la virtud de la Divinidad. Y viendo el modo como habia rogado al Padre por sus propios enemigos, no solo se compungió, sino que reprendió á su compañero porque blasfemaba contra Jesus, cuya misericordia imploró. El Señor misericordioso, que moria en la Cruz por salvar á los hombres, no satisfizo sus ansias con perdonarle, sino que le aseguró que en el mismo dia estaria con él en el paraíso. *Gestas* empero, que perseveró en su obstinacion bajó á los infiernos.» Maldonado, hablando de las tinieblas que en seguida cubrieron toda la tierra, no contradice esta doctrina. Pero como los secretos de la misericordia y de la justicia de Dios son incomprensibles, y todas estas doctrinas en nada contrarian las máximas fundamentales de nuestra Religion adorable: las transcribimos con fidelidad, sabiendo que para Dios nada hay imposible.

Reino eterno, Tú has dicho que tu Reino no es de este mundo; *acuérdate pues de mí, Señor, cuando estuviere en tu Reino*. Vos vais á morir: mas yo creo, que será vuestra muerte el principio de vuestro eterno y verdadero triunfo. Entonces ejercitareis libremente vuestro poder infinito, porque no temereis las injustas persecuciones de la Sinagoga, con mucha mas expansion que lo habeis ejercitado durante vuestra vida: por tanto os suplico que os acordeis de mí, cuando entreis en vuestro Reino.

¡Oh Señor! Miradme, y tened misericordia de mí, porque soy pobre y desvalido. Perdonadme, pues el implorar vuestro patrocinio no es por osadia, sino por confianza. *Acordaos de mí*, pues que me criasteis. *Acordaos de mí*, pues que me redimisteis. *Acordaos de mí*, ya que me iluminasteis, y me hicisteis conocer la dependencia que tengo de Vos: en Vos creo; en Vos confío; en nadie sino en Vos espero. ¡Oh autor de la vida! ¡Oh vida mia! ¡Oh vida de mi alma! *Acordaos de mí*, pues que con Vos muero. Pueda mas con Vos esa sangre preciosísima que derramais por mí, y por la salud de todo el mundo, para obligaros á que useis conmigo de misericordia, que todas las maldades mias para forzaros á que me abandoneis. Ambos somos condenados como ladrones: ambos crucificados como malhechores: ambos ajusticiados como facinerosos: por lo cual *acordaos de mí*, ya que juntos salimos del mundo, para que juntos vayamos al Cielo: ya que os acompaño en la pena, para que os acompañe en la gloria: y ya que te reconozco como Rey y Señor en el madero, te vea, te goce, y te posea como Señor y Dios en tu reino. Mírame ya Señor envuelto entre las ansias y agonias de la muerte, pálido el semblante, trabada la lengua, bañado de un sudor frio, palpitando el corazon, y muriendo á toda prisa: atiéndeme, Señor: no me abandones: *Acuérdate de mí cuando estuviere en tu Reino*. Como te lo suplico, asi lo espero,

Tan bellas disposiciones, tan sincero arrepentimiento, tan generosa fé, tan sólida esperanza, tan ardiente amor, tan franca, tan ingenua, tan pública y candorosa confesion, ¿no podian menos de ser prontamente premiadas. Cristo pues, á quien basta una sola palabra en la muerte, para olvidarse de las obras malas de la vida, aun de todas; viéndole confesar asi le concede perdon plenario, no solo de toda culpa sino tambien de la pena, diciéndole estas tiernas y amorosísimas palabras: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraiso*: esto es, hoy vendrás á juntarte conmigo, en la mansion destinada á los amigos de Dios, entretanto que Yo tomo posesion de mi herencia, y te admito en ella en seguimiento mio. Antes que

el sol se ponga en el mundo, me verás cara á cara en el otro: Hoy saldrás al puerto delicioso y bonancible, de en medio de este golfo de tantas amarguras y tormentos: hoy de la batalla irás al triunfo; de la aridez pasarás á la fuente; de las tinieblas á la luz; de la escasez á la abundancia; de la vanidad á la verdad; de lo temporal á la felicidad eterna. *Hoy serás conmigo en el paraíso.* Allí habrá gozo sin afliccion, salud sin dolor, luz sin tinieblas, descanso sin trabajo, honor sin ignominia, abundancia sin falta, vida sin muerte, gloria sin término. ¡O feliz pecador! ¡O dichoso arrepentido! Llegaste en gran día: llegaste cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. ¡Dichoso ladron que acertó á llegar en tan favorable coyuntura! Dichoso será tambien el que tenga la suerte de imitarle.

Durante la súplica hecha á su Eterno Padre para que perdonase á sus enemigos, y durante la promesa al ladron, habia tenido Jesus clavada su vista al Cielo, como tratando todavia con su Padre cuanto convenia para la salud de los hombres: y bajándola repentinamente á la tierra, registrándola desde la altura que ocupaba, divisó á lo lejos una tropa de personas tímidas y virtuosas, pero llorosas, tristes, y sobremanera afligidas, que se compadecian de El: entre ellas se ocultaban sus Apóstoles, sus amigos, y algunas otras muy allegadas, cuya fe estaba como trémula, y cuya esperanza se hallaba furiosamente combatida y asustada. A pocos pasos se veia la tropa encargada de velar sobre su persona hasta despues que hubiese espirado: á los pies de la Cruz vió á su Madre Santísima, tiernamente amada, é infinitamente respetada: á uno solo de sus discípulos, pero el mas amado é inseparable compañero de su querida Madre: á Maria muger de Cleofás, á Maria Salomé, y á Maria Magdalena, la mas fiel, y la mas generosa de sus castas amantes: y sobre su cabeza contemplaba el Salvador un Cielo, que si bien hasta entonces habia parecido de bronce, y que en nada se interesaba en su gloria, empezaba ya á cubrirse de nubes con un repentino desfallecimiento de la luz del Sol. Estendíanse negras y densas tinieblas sobre Jerusalem, y sobre la Judea toda; tierra ingrata, digna de ser sepultada en eterna obscuridad, las que duraron por espacio de tres horas, y no se acabaron sino con la vida de Jesus.

Dios habia de honrar el sacrificio de su Hijo, y el cielo, y la tierra, y hasta las criaturas insensibles é inanimadas, habian de llorar y vestirse de luto en la muerte del Dios Criador y conservador de todas ellas. Este era el principio de los prodigios con que Dios queria patentizar la Divinidad de su Hijo amado á la faz de to-

das las naciones reunidas aquel día en Jerasalen , para que presenciase el sacrificio de la VÍCTIMA SUYA , de la VÍCTIMA GRANDE, que se le habia de sacrificar sobre los montes de Israel (1) : y aun que á la vista de este primer prodigio , cuya causa no procuró la multitud furibunda averiguar , ni penetrar , no se conmovió la multitud de los presentes , ni se retiraron los soldados , ni los judios manifestaron arrepentirse , ni temblar ; y amigos y enemigos todos se mantuvieron sobre el Calvario ; con todo impresionó tan espantosamente el corazon de Maria Santísima , que á no haberla sostenido la gracia de Dios , allí hubiese muerto de repente : mas como ella conocia bien á su Hijo , y estaba perfectamente instruida de sus grandezas , esperaba , aunque penetrada del dolor mas vivo , la manifestacion de su gloria , á la que habian de dar mayor realce las humillaciones y el tormento de la Cruz. Cerca estaba ya la hora en que habia de consumarse el sacrificio , y Jesus deseaba cerrar su testamento : vuélvese pues á su Bendita Madre , y á su discípulo querido , y con tres palabras que dirige á cada uno , cierra la cláusula mas admirable de su amor. MUGER , VÉ AHI Á TU HIJO ; dice á la Madre : y mirando despues á Juan , continua : VÉ AHI Á TU MADRE. Dijo : y miró á entrambos : miró á todos : estendió su vista y su pensamiento hasta la consumacion de los siglos.

Mira , y llama á su Madre , á su Madre tierna , á su Madre amantísima , á su Madre afligidísima , á la que mientras viva esta vida mortal , ya no dará otra vez el nombre dulcísimo de Madre ; y no la llama sino muger , temiendo que el nombre de Madre no aumente sobremanera su dolor ; y contraponiendo el nombre de muger en los momentos de la redencion , á la idea y nombre de otra madre en los instantes de perdicion. Una muger y madre primera , al pie de un árbol , y con el fruto del arbol , nos dió la muerte , y nos abrió el infierno ; y otra muger y Madre segunda , al pie de otro árbol , y con el fruto del árbol , nos dió la vida , cerró el infierno , y nos abrió el Cielo. En verdad , que si para el hombre fueron estas palabras de sumo consuelo , para Maria fueron una espada de dos filos que tocó hasta la division del alma y del espíritu (2) : cuanto era su dolor , puede fácilmente conocerse por el amor á su Hijo. La Madre de Dios sola tenia á su Hijo tanto amor , que sobrepujaba al de los hombres y los Angeles todos juntos ; y si á proporcion del amor es la medida del dolor , como dice San

(1) Ezequiel. cap. 39. v. 17.

(2) Div. Paul. Ep. ad. Hebre. c. 4. v. 21.

Agustin, no habrá dolor alguno que pueda compararse con el de Maria (1): San Anselmo añade: que cuantas crueldades se ejecutaron en los cuerpos de los mártires, fueron leves, ó nada, en comparacion de los dolores que con este motivo sintió la Madre de Jesus en lo íntimo de su corazon (2). Y San Bernardo concluye diciendo: Fue tanto el dolor de la Virgen en esta ocasion, que si se repartiera entre todas las criaturas, todas moririan de repente (3). Mas ve aqui, que mientras esta Reina de los Mártires, padece junto á la Cruz de su Hijo, sin derramar gota de sangre el mas atroz de todos los martirios; mientras esta consoladora de los afligidos es acerbísimamente afligida, é inundada con las olas espantosas de la tristeza, á nosotros se nos presenta abundantísimo campo de alegría, y de consuelo: porque no solo á Juan, sino á cada uno de nosotros, y á la Iglesia toda, dijo Cristo moribundo. *Vé ahí á tu Madre*. La Madre obedeció rendida la voluntad de Jesus, y aceptó á Juan por hijo, y en su persona á todos, y á cada uno de los hombres. ¡Qué dicha tan incomparable! Y Juan obedeciendo sumiso la intimacion de Jesus, aceptó á Maria por madre. ¡Qué felicidad! Maria es nuestra Madre, Jesus es nuestro hermano. Tanto amó el Eterno Padre al mundo, que le dió á su propio Unigénito Hijo. Tanto amó el Hijo al mundo, que le dió su propia Madre: y tanto nos amó la Madre que nos dió á su propio Hijo. Por nosotros no lo perdonó el Padre y lo entregó en manos de sus enemigos: por nosotros no perdonó el Hijo á la Madre, y la traspasó su corazon amantísimo llamándola muger: y por nosotros no se perdonó Maria á sí misma dándonos á luz sobre la cima del Calvario con los dolores de su corazon, aceptándonos por hijos en lugar de Jesus. ¡Oh bondad del Padre! ¡Oh caridad del Hijo! ¡Oh amor ardentísimo de Maria! ¡Cuándo sabrán los hombres reconocerlo y agradecerlo!

Desde aquella hora recibió Juan á Maria por su Madre, y tuvo para con ella un corazon de verdadero hijo: desde aquella hora se consagró al servicio de tan buena y cariñosa Madre con todos los afectos de su alma: desde aquella hora la llevó á su casa, y no quiso que su Madre tuviese otra fuera de la suya. Feliz por cierto en haber hospedado en este mundo á aquella Señora que trajo en su seno al Hijo Unico de Dios, con todos los dones y riquezas del Cielo.

(1) Div. Agustin. lib. 21. de Civit. Dei. c. 26.

(2) Div. Ansel. lib. de Exell. Virg. c. 5.

(3) Div. Bern. Serm. 11. art. 4.º

Despues de este testamento amoroso hecho por Jesus, en el que manifestó tan esplicitamente su voluntad y amor á Juan y á todos los hombres; y en el que prodigó las últimas atenciones de su vida mortal, á la mas digna y afigida de todas las madres, no parece que le faltaba otra cosa sino entregar su espiritu en manos de su Padre. Se habian estendido las tinieblas por toda la tierra, un rumor subterráneo se veia correr de oriente á occidente, y desde el septentrion al mediodia, indicando un temblor espantoso, y un sacudimiento universal; conocíase el movimiento de las peñas para desgajarse de los montes, y era ya patente la turbacion de la naturaleza entera. En esta especie de parálisis no parecia que el Eterno Padre quisiese hacer otra especie de demostraciones para acreditar la gloria de un Hijo que se le habia hecho obediente hasta la muerte de Cruz, para acreditar la suya; levantó otra vez sus ojos de la tierra al Cielo, como para decirle: ¡Oh Padre! ya ves que nada me queda que hacer para que se salven todos los hombres; completa tu la obra, y ciérrala con tu soberano decreto. Pero viendo aquel decreto eficaz de su Padre, de que solo se habian de salvar los escogidos, y que su sangre y su muerte se habian de frustrar en innumerables almas que habian de perderse, empezó con este mayor tormento á agonizar en su alma; aumentándose mas este profundo sentimiento, cuando vió que cerrando resueltamente su Padre el decreto, lo dejaba padecer sin consuelo tantos tormentos en el cuerpo, con tantos dolores en el alma; y viéndose asi desamparado hasta de su Eterno Padre, porque tanto merecian los pecados por los que habia salido fiador, se angustió y acongojó en tanto extremo, que rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó amorosamente á su Padre del esceso de sus penas, mas para enseñar á los hombres lo que por ellos padecia, que por buscar algun alivio á su corazon, y dijo: *ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI*: Esto es, DIOS MIO, DIOS MIO, POR QUÉ ME HAS ABANDONADO. ¿Por qué desde el punto en que por complaceros, me entregué en manos de mis enemigos, no habeis hecho alguna de aquellas señales ruidosas, que darian á conocer al mundo mi inocencia, mientras respiro aun, y harian confesar á este pueblo incrédulo, que el que han puesto en la Cruz, es vuestro Hijo único á quien habeis enviado?

Algunos de los que estaban allí presentes, como hubiesen oido la oracion de Jesus, y no entendiendo el sentido, ni la energia de las palabras *Eli, Eli*, decian: á Elias llama este, y otros repetian; veamos si vendrá Elias á librarlo, y quitarlo de la Cruz: y con este motivo repitieron muchos insultos y blasfemias contra Jesus; pero

la verdadera significacion de sus palabras no era sino una prueba de los efectos naturales, y de los deseos inocentes de un espíritu atribulado por las flaquezas de la humanidad paciente; y el exceso de sus penas y tormentos: y era el deseo de instruirnos acerca de lo que tanto nos importaba saber: esto es, que era verdadero hombre, y sensible á las miserias y dolores, y á la muerte, como los demas hombres. Si Jesus no diera muestras de sentimiento, y de lo mucho que pesaba la Cruz, y hubiese conservado una apatia estóica, ó aquella serenidad de ánimo, y el silencio que observó toda su vida, y aun en su pasion pudiera sospecharse que su cuerpo era fantástico, ó que la Divinidad lo habia hecho impasible, y tal vez no apreciarian debidamente los hombres, lo que por ellos padeció: por esto clama, se queja y dice: ¿Por qué me has abandonado? ¿por qué te alejas de salvarme? y de oír las voces con que clamo, y las palabras de mi gemido? No te retires ni huyas de Mí cuando tan cerca me amenaza la tribulacion y la angustia, sin haber quien me ayude y defienda. Rodeáronme muchos toros, y los fuertes de Basan me cercaron. Asi como leon rapante y que brama abrieron sobre Mí su boca para devorarme. Cual agua fuí derramado, perdí la consistencia y solidez, y todos mis huesos fueron descoyuntados. Mi corazon se ha desleído como cera, y disuelto en medio de mis entrañas. Horadaron mis manos y pies y pudieron mis huesos ser contados. Ellos lo ven, me miran y me desprecian. Mas tú, oh Señor, no te alejes, fortaleza mia, apresúrate para ayudarme (1) ¡Oh Padre! oye á tu Hijo en esta tan triste ocasion en que se halla: acuérdate que este es el mismo que enseñando á sus discípulos, y á las turbas que le seguian, haciendo alarde de cumplir tu voluntad con la mayor exactitud, para que todos la cumpliesen tambien, les decia: *Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió* (2). *Yo siempre hago lo que le es agradable* (3): y que para acreditar que era Hijo tuyo y que tu le habias enviado, solia repetir: *Yo te he esclarecido sobre la tierra; he consumado la obra que Tú me encargaste* (4). Y que Tú mismo por dos veces declaraste hijo tuyo diciendo: *Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias y delicias, oídle* (5): Oyele, pues ahora, y no le abandones ni desampares.

(1) Ps. 21, vs. 2. et seqbs.

(2) Joann. c. 4. v. 34.

(3) Idem. c. 8. v. 20.

(4) Idem. c. 17, v. 4.

(5) Math. c. 3. v. 17.

Despues de esto , sabiendo ya Jesus que todas las cosas eran cumplidas , para que se verificase la Escritura , esto es , la única profecia que faltaba de su pasion , durante su vida ; dijo : *Sed tengo*. No era la sed el menor tormento de los que condenaban al suplicio de la cruz ; por cuya causa tenian comunmente mucha compasion de ellos , y las mujeres caritativas les solian llevar algunas hebidadas , hechas de propósito para este fin , en las cuales mezclaban algun vinagre , para darles mas punto , y para fortificar el corazon de los pacientes al tiempo de la ejecucion del suplicio , pudiendo acaso servir tambien para abreviar los dolores acelerando su muerte. Los soldados tenian , segun su costumbre , un vaso lleno de este licor , porque usaban de él cuando se apostaban , y tenian que hacer guardia por largo tiempo ; y como tenia tambien algo de refrigerante usaban de ella los segadores en sus penosos trabajos : asi fue , que al oir un soldado la voz de Jesus , corrió inmediatamente y tomando una esponja la empapó en aquel vinagre , y atándola en una caña con una rama de hisopo , la llegó á la boea del Salvador para que bebiese ; sin proporcionarle otro lenitivo mas que las burlas pesadas con las que al mismo tiempo le insultaban. ¿Quién podrá describir los motivos y fundamentos de esta sed tan terrible como misteriosa , que padeció Jesus en esta ocasion ?

Pegada al paladar aquella lengua benditísima , instrumento de tantas maravillas ; secos aquellos labios amorosos , con la amargura de tantos tormentos ; exausto de sangre y de sudor , era indecible la sed que con nueva y mayor congoja le affigia , por esto , con ronca y tierna voz decia : *Sed tengo*. No es estraño que este verdadero Sanson , que clavado en el madero de la Cruz cerraba con su muerte las puertas del infierno , y abria las del cielo ; y que muriendo triunfaba , no de mil filisteos , sino de todo el poder del infierno y de la muerte ; dijese como aquel despues de la batalla : tú diste á la mano de tu siervo este gran triunfo y victoria , y ahora muero de sed (1), porque siempre un cansancio terrible , produce una sed espantosa. Pero si lo es , que tenga sed el que llamaba en otro tiempo á todos los sedientos , diciendo : *Venid á las aguas* (2). Y si alguno está sediento venga á Mí , y beba (3) : y lo es mucho mas , que en el exceso de la sed amarguísima se le socorra con hiel y vinagre : pero era preciso se cumpliese lo que tantos siglos antes se

(1) Judic. c. 15. v. 18.

(2) Isaia, c. 55. v. 3.

(3) Joan. c. 8. v. 4.

habia cantado por David (1). Diéronme, y mezcláronme hiel en la comida, y para mitigar mi sed, me dieron á beber vinagre. ¡Oh Jesus! Si sois Vos la fuente perenne de aguas vivas, ¿cuál es esa sed que tanto os abrasa, y martiriza? Es sed insaciable de mas tormento por nuestra salud: es sed encendida y ardiente de almas, y de lágrimas: es sed de amor y mas amor de las criaturas: Por esto cuando le presentan el vinagre lo gusta, pero no lo bebe; y conociendo que estan egecutados ya los designios del cielo: que queda plenamente satisfecha la justicia divina; que se han verificado los oráculos de los Profetas; que queda concluida la obra de nuestra redencion; que las deudas de los hombres estan ya solventadas y satisfechas; y que ya no les queda otra cosa que hacer que juntar sus trabajos al mérito de sus penas, esclama y dice: **YA TODO SE ACABÓ. YA TUVO TODO SU DEBIDO CUMPLIMIENTO.** Nada me queda ya hacer: nada podia hacer en beneficio y favor de los hombres, que no esté hecho. ¡O Redentor dulcísimo de las almas? En verdad, que nada mas te queda que hacer: llegaste á la cumbre mas alta de la caridad, y á la última raya del amor: cuanto pudo hacer tu amor, tanto has hecho y padecido. Bendito seas, Redentor adorable, por tan inmenso beneficio, por tan intensa y adorable caridad. Bendígante los cielos y la tierra. Bendígante las criaturas todas: y en debido agradecimiento de tan imponderable beneficio, nunca jamás te ofendan: incesantemente te amen, eternamente te bendigan.

Con esta misteriosa y significativa palabra declaró el Salvador que habia consumado su carrera, y cumplido con fé todos los mandamientos de su Padre, y arrojándose enteramente en sus brazos, levanta su voz, y tomando el tono de un hombre lleno de fortaleza y vigor; dueño de retener su vida, y de dejarla, dice de esta manera: **PADRE MIO, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU** (2).

(1) Ps. 68. v. 22.

(2) La opinion mas universal acerca el año en que tuvo lugar este tan trágico como memorable y grandioso suceso, es la que afirma que se verificó en el XVIII del imperio de Tiberio César, IV de la Olimpiada 202, segun Eusebio en su Cronicon; pero acerca de los años que tuviese entonces Jesucristo, son varias las opiniones de los padres.

San Ireneo en el *lib. 2, contra hæreses*, capítulos 39 y 40, cree que Jesucristo murió en el año 46 de su vida, ó cerca del 50, y lo prueba, primero por la autoridad y tradicion de ciertos presbíteros del Asia, diciendo, que ellos afirmaban haberlo oído á San Juan Evangelista, de modo que segun ellos habia predicado Cristo por espacio de diez y seis años. En segundo lu-

No fue esta una súplica que hizo al Eterno Padre para pedirle su proteccion como lo hacemos los pecadores que vivimos y morimos en la incertidumbre de nuestra salud ; sino que fue la consumacion del sacrificio que hacia de su vida ; una aceptacion voluntaria

gar lo infiere del relato que hace el mismo San Juan en el cap. 8, cuando los judios digeron á Cristo: *¿Aun no tienes cincuenta años, y viste á Abraham? Y en tercero, añade varias congeturas, ó pruebas de congruencia, porque dice, convenia, y era decoroso que Cristo santificase todas las edades; y porque esta edad mas avanzada y honorable, era la mas acomodada y propia para la gran dignidad y cargo de maestro: siendo Cristo Maestro tambien de los ancianos.* Pero esta opinion de San Ireneo está desechada por todos los padres, como repugnante y contraria á la verdad evangélica, como despues diremos.

La segunda opinion, que se atribuye á San Epifanio, asegura que Cristo murió habiendo cumplido el año 32 de su edad, y despues de tres meses de comenzado el 33. Asi lo afirma Juan Lucido en el tratado *De la enmienda de los tiempos*, lib. 7, cap. 2; y en un opúsculo sobremanera elegante, que intituló *Del dia verdadero de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo*; Driedeo, en el lib. 3.º de los dogmas, tratado 3.º, cap. 5, §. 4.º El Tostado, *Padaroja* 2.ª desde el cap. 11 hasta el 20; Melchor Cano, *De Locis*, lib. 11, cap. 5 y 6; y Benedicto Pererio, lib. 11, sobre *Daniel*. question 7.

La tercera es de San Ignacio, que en la *Epistola* 1.ª á los Trallianos, afirma: Que Jesucristo padeció despues de haber concluido el año 33 de su edad; esto es, despues de tres meses de empezado el 34. Cuya sentencia sigue Beda, asegurando en el libro *De Ratione temporum*, que esta es la fé de toda la Iglesia, que confirman el uso y tradicion constante de la misma. Esta misma doctrina tienen tambien Mariano, Scoto, en su *Chronicon*; Onufrio, en los *Fastos*; Genebrardo, en su *Chronicon*; y el cardenal Baronio, en sus *Anales*, año 34; el que cita á San Crisóstomo, Cedrenio, Nicetas y San Gerónimo, cuyos autores dicen, que Cristo fué crucificado, habiendo cumplido 33 años y tres meses.

Julio Africano y Tertuliano dicen, que Cristo padeció en el año XV del imperio de Tiberio César, pero esto es enteramente falso, y contrario á la verdad evangélica; véase si no á San Lucas, cap. 3.º, y se verá que en este año fué Cristo bautizado, y que despues del bautismo empezó su predicacion, que duró tres años y tres meses. Con esto queda tambien plenamente refutada la opinion de San Ireneo, y que las tradiciones que se dicen hechas por aquellos presbiteros de Asia son enteramente falsas y apócrifas; y sobre todo, que la espresion dicha por los judios á Cristo: *«aun no tienes cincuenta años,»* solo indican la magestuosa gravedad que siempre resplandeció en el semblante de Cristo atendida la severidad de su vida y el continente modesto que en toda ella guardó.

Asimismo son muy varias las opiniones sobre la fijacion del mes en que murió Jesus. Marcelo Francolino, en el libro primero de las horas canónicas, cap. 74, dice: que hay algunos que aseguran fue el abril, y en su dia 16, otros señalan el dia 2, y otros el 3 del mismo mes, y otros el 6, co-

de la muerte que miraba tan próxima, y á la cual se ofrecia generosamente: así depositó su alma en manos de su Padre, y espiró en aquel punto, aquel por quien alientan, por quien aspiran y respiran, y por quien respirarán todos los espíritus bienaventura-

mo despues diremos: cuya opinion siguen otros varios autores como mas probable, atendidas las tablas del rey D. Alfonso, los cómputos eclesiásticos por el aureo número, y las letras eclesiásticas del año 34 de la edad de Cristo; demostrando por todo esto, que ni en algunos años antes, ni en algunos otros despues cayó la *luna XV del mes, en la feria VI de la semana*, ni aun en el mes de marzo. El Venerable Beda, en el libro *De Ratione temporum*, cap. 59, opina que Cristo murió el 26 de marzo, pudiéndose citar en favor de esta opinion á San Epifanio, *lib. 4.º, cap. 10*, que dice: *que el día séptimo de las kalendas de abril murió Cristo*. Lo propio afirma Onufrio en su Cronicon, en el año 34 del Salvador. Otros afirmaron que este grande acontecimiento se habia verificado *el 31 de marzo*, y otros en el día 7, otros el 18, y otros el 22, como lo refiere el citado San Epifanio en el libro de las heregias, cap. 50. San Anselmo, en la esposicion del cap. XXVII de San Matheo, dice que fue el día 21. Por lo que dice el Venerable Beda en el libro del Equinocio Vernal, se demuestra, que Theophilo Cesariense, afirma que murió el día 24 de marzo. El mismo Beda en el cap. 65, del libro *de Ratione temporum*, parece seguir definitivamente esta misma opinion. Ella fue la de la Iglesia de Francia: la de Eusebio Cesariense, como puede verse en *Turriano, lib. 1.º Constitutionum Apostolicarum, cap. 16*. En Lactancio, *lib. 4.º Divinarum institutionum, cap. 16*; y en otros varios autores.

El eruditísimo Padre Eduardo Corsino, de la esclarecida religion de clérigos regulares de las Escuelas Pias, profesor de filosofia en la insigne academia de Pisa, en el tomo 3.º de sus *Instituciones Filosóficas*, edicion de Venecia, del año 1743, tratado 1.º De la Física particular, Disputacion 2.ª, capitulo 5.º, pag. 211; queriendo al parecer zanjar de una vez tantas dificultades, se tomó el improbo trabajo de procurar fijar la verdadera época de la Era Cristiana, y dijo: El principio de esta época célebre, segun el comun asentimiento de la Iglesia, se establece despues del cómputo formado por *Dionisio el Exiguo, en el año 46 de Juliano*, esto es, de la reformation hecha por Julio César, *ó en el 4714 del Periodo Juliano*: de modo que segun esta hipótesi, Cristo debió nacer el día 25 de diciembre del año Juliano 45; el que debió ser el 4713 del Periodo Juliano; el 4004 de la Creacion del mundo; el 753 de la fundacion de Roma, y el 4.º de la Olimpiada 194.

Pero los historiadores y cronólogos mas ilustres y críticos demuestran, que Cristo nació cuatro años antes del principio de esta época Dionisiana, ó que fijó Dionisio; á saber, el 25 de diciembre del año Juliano 41; del periodo Juliano, 4709; de la Creacion del mundo, 4000; el 4.º de la Olimpiada 193; el 749 de la fundacion de Roma; el 40 del imperio de César Augusto; despues de la muerte de Julio César, y el 46 del reinado de Herodes el Grande: de lo que resulta que la *Epoca, ó Era Cristiana* empezó verdade-

dos así de los hombres como de los ángeles. Entregó Cristo su cuerpo á la potestad de los judios, para que á su arbitrio, empleando toda su crueldad, le destrozasen, le hiriesen, le martirizasen; mas no tenían potestad alguna para maltratar su espíritu. So-

ramente en 1.º de enero del año Juliano 42; del periodo Juliano 4710, y de la fundacion de Roma 750. Siendo pues cierto y constando por el Evangelio, que el nacimiento de Cristo y su manifestacion á los Magos de Oriente, sucedió en el año antes de la muerte de Herodes el Grande, ó el *Infanticida*; en este mismo debe colocarse definitivamente *el principio de la Era Cristiana*.

Que muriese Herodes en este año consta por muchas autoridades del célebre historiador Josefo, y por muchas observaciones astronómicas. Muere Herodes, dice Josefo, *lib. 1.º De bello Judaico, cap. 12*, el año 34, despues que hubo asesinado á Antígono y ocupado su reino; y el 37 despues que fue declarado Rey por los Romanos; y lo mismo repite *en el libro 17 de las Antigüedades, cap. 10; y en el 21 del lib. 1.º De Bello Judaico*; añadiendo, que obtuvo el mando supremo en la Olimpiada 184, siendo cónsules Cayo Domicio Calvino y Cayo Asinio; esto es, *en el año 714 de la fundacion de Roma. En el año 6 de Juliano*, sitió á Jerusalem, la que rindió tres años despues, y venciendo á Antigono, le privó del reino y de la vida *en el año 717 de la fundacion de Roma, y 9 de Juliano*; siendo cónsules Marco Agrippa y Canidio Gallo, *en el mes 3.º de la Olimpiada 185*; ocurriendo en aquel mismo tiempo la gran calamidad que Pompeyo ocasionó á los judios: así se lee *en el capitulo 28 del mismo libro de Bello Judaico*. Conviene por tanto notar muy particularmente, que Herodes recibió las insignias de Rey en Roma, empezando el verano del año 6 de Juliano, *el 714 de la fundacion de Roma*, y antes que acabase la Olimpiada 184, y empezase la 185; la que segun advierte Calvisio, empezó cerca del solsticio del verano; esto es, *el 17 de agosto*. Si pues Herodes murió 37 años despues de haber recibido las insignias de Rey en Roma, y 34 despues de tomada Jerusalem y destronado á Antigono, y antes del solsticio del verano del año 714 de la fundacion de Roma; y ocupó la ciudad de Jerusalem, empezando el verano del año 717 de la misma fundacion, á saber, *en el mes tercero*, como dice Josefo, síguese claramente que murió *en el 751 de la dicha fundacion de Roma, y 43 de Juliano*.

Todo esto se confirma por aquel grande eclipse de luna que sucedió, segun refiere Josefo, en la misma noche en que asesinado Matias, engañador del pueblo, por órden del mismo Herodes, que estaba bastante malo, de cuya enfermedad murió poco tiempo despues. Aquel eclipse, que duró por espacio de tres horas, sucedió *el año 42 de Juliano, dia 13 de marzo*, tres horas antes de salir el sol; y la muerte de Herodes acaeció *el dia 25 de noviembre* inmediato, como se lee en el Calendario Judaico.

Ultimamente, viene todo lo dicho á adquirir una mas ámplia confirmacion y mayor grado de certeza, atendido el número de años que obtuvo el

lo pues reservó su espíritu para entregarlo al Padre, y para que el Padre se lo volviese despues de tres dias, y le restituyese á su cuerpo. Inclínó su cabeza, y murió de amor el amador eterno de los hombres. Murió y el universo entero se poseyó de terror.....

3 reino Arquelao, sucesor de su padre Herodes. Josefo en el lib. 17 de las Antigüedades, cap. 15, dice: que en el año décimo de su reinado fue desterrado por el César á Vienna de Francia; esto es, acabado el año noveno y empezado el décimo; y como este destierro sucedió en el año 759 de la fundacion de Roma, y el 51 Juliano, siendo cónsules Marco Emilio Lépido y Lucio Arancio, claro es, que la muerte de Herodes se verificó en el año 42 de Juliano.

Habiendo sucedido pues el nacimiento de Cristo, como consta por la tradicion unánime y conforme de la Iglesia Oriental y Occidental, el dia 25 de diciembre del año anterior, es decir, del año 41 de Juliano, del 749 de la fundacion de Roma, del 4709 del Periodo Juliano, y del 4000 de la Creacion del mundo, siendo Cónsules Augusto XII y Lucio Cornelio Sulla, debe contarse como año 1.º de la Era Cristiana el 42 de Juliano, el 750 de la fundacion de Roma, el 4710 del Periodo Juliano, y el 4001 del mundo. Y como el Imperio de Tiberio César hubiese empezado en el año 59 de Juliano, en el 767 de la fundacion de Roma, en el 4727 del Periodo Juliano, en el que murió César Augusto en 19 de agosto; es preciso, que el año 15 del imperio de Tiberio César, en que San Juan predicó el Bautismo de Penitencia, tal vez el mes séptimo, que correspondia á nuestro octubre, y por los judios se llamaba *penitencial*, empezase en el año 73 de Juliano, el 781 de la fundacion de Roma, y el 4741 del Periodo Juliano; y que el Bautismo de Cristo, que por una antiquísima y constante tradicion de la Iglesia se celebra el 6 de enero, se verificase el año 75 de Juliano, el 783 de la fundacion de Roma, y el 4743 del Periodo Juliano. Asi que, habiendo Cristo celebrado cuatro veces la Pascua despues de recibido el Bautismo, á saber; la primera cuando arrojó del Templo á los que en él compraban y vendian, como se lee en San Juan, cap. 2, v. 14. Segunda, cuando sanó al paralítico (Ibi. c. 5). Tercera, cuando con cinco panes sació cinco mil hombres (Ibi. c. 6); y cuarta, cuando despues de haber comido el Cordero Pascual, entregó su cuerpo á sus discipulos, y á la muerte; es evidente que debió ser crucificado y morir el año 78 de Juliano, el 786 de la fundacion de Roma, y el 4647 del Periodo Juliano, dia 3 de abril; en cuyo dia y año cayó precisamente la Feria 6, y la luna 15, habiendo cumplido Cristo 36 años de edad, 3 meses, y nueve dias.

La última opinion empero, y la que es mas segura, al parecer, mas usada, y mejor recibida, es la que asegura que Cristo murió el dia 25 de marzo: de esta afirma el Venerable Beda, lib. De Ratione temporum, caps. 28 et 45, que la enseñaron muchos Padres y Doctores. Entre estos pueden contarse San Agustin, lib. 4.º De Trinitate, cap. 5 et 18. De Civitate, cap. último, lib. 83; Quæstionum, quæst. 56. San Juan Crisóstomo, Sermon del Nacimiento de San

§ 17.

SUCESOS EXTRAORDINARIOS QUE SE VERIFICARON EN LA MUERTE DE JESUS: PIDE JOSÉ A PILATOS EL CUERPO DEL SALVADOR, Y BAJADO DE LA CRUZ ES DEPOSITADO EN LOS BRAZOS DE SU SANTÍSIMA MADRE, Y DESPUES ES SEPULTADO.

Murió Jesus, y si antes hubiese faltado alguna cosa para demostrar que era verdadero Dios, los acontecimientos y sucesos que se verificaron en su muerte lo hubiesen justificado; de repente parece que hizo el Cielo señal, y Cielo y tierra comenzaron á padecer, dejando de padecer aquel á quien estaba dada toda la potestad en el Cielo y en la tierra. Llegaba el sol al medio de su carrera, cuando estinguidas todas las lumbreras, cubrió el mundo una densa, obscura y tenebrosa noche como la de Egipto: todo el aire se cubrió de tinieblas horribles, y el dia no presentaba sino el aspecto horrible de la mas lóbrega y tormentosa noche; tanto, que admirado el grande Dionisio Areopagita, que no contaba entonces mas que veinticinco años de edad, y se hallaba en Heliopolis, ciudad de Egipto, estudiando astrologia con Apollonphanes su compañero, no pudo menos de esclamar: *O del mundo la fábrica fenecce, ó el Dios de la naturaleza es quien padece*: comprendiendo desde luego que las tinieblas tan largas y espantosas no podian verificarse, ni suceder en aquella hora y dia, sin un milagro claro y evi-

Juan Bautista; y Tertuliano *lib. Contra Judeos, cap. 8*. A estos siguieron Santo Tomas, *Super Joann, cap. 2*; San Antonino, arzobispo de Florencia; Platina, Usuardo, y otros. En este dia pues, 25 de marzo, feria 6, ó en el dia de *Parasceves*, como dicen San Mateo, cap. 27, y San Marcos, cap. 15, murió Jesucristo, y fué sepultado, á los 33 años y tres meses de su edad: en obsequio á la muerte de Jesus en la feria 6.^a ó *Parasceves*, siempre fue este dia santificado de un modo mas particular por los cristianos, como lo enseña San Agustin, *lib. 4.º De Trinitate, cap. 1.º Epistola 119 ad Januarium, caps. 13, 14 et 15*; cuya carta tambien se halla entre las de San Gerónimo, tom. 9. Por esta razon se mandó, y se ha observado desde el principio que los fieles se abstengan en estos dias de comer carnes, como consta en el lib. 1.º, cap. último de las Constituciones de San Clemente, y el lib. 7, cap. 22 y 24. Por San Ignacio, *Epist. 8 á los Philipenses*, cerca del fin. San Clemente Alejandrino, lib. 8; Stromat, y otros varios. Y en fin, porque convino, dice San Ireneo, lib. 5.º, contra los hereges, que Cristo muriese en el mismo dia en que el hombre fue criado, ya que moria por redimirlo, y como para recrearlo.

dente. Los filósofos atenienses que se hallaban en el Areopago, comprendieron lo mismo que su paisano Dionisio, y erigieron un altar al Dios de la naturaleza, que tan ostensiblemente padecía, aunque ellos no lo conocían; por cuya razón lo consagraron al *Dios no conocido*, *IGNOTO DEO*, como se lee en los Actos de los Apóstoles. La tierra sacudida desde sus mas profundos cimientos, estremecida con temblores, vacila y fluctúa en todos sus ejes, se mueven los sepulcros, se levantan las tumbas, rásgase de arriba abajo el velo del Templo y se rompe en dos partes; todos los elementos se amotinan; la naturaleza parece vuelve á su antiguo caos, y todo lo criado se mira como perecer con el Criador (1). Aunque es verdad, que al abrirse los se-

(1) Aunque Orígenes quiso decir que las tinieblas que sucedieron en la muerte del Salvador se extendieron solamente sobre la Judea, el Venerable Beda, en el libro que intituló de sus *Anotaciones*, refutó cumplidamente esta opinion juntamente con la de Erasmo, fundado en las observaciones de San Dionisio Areopagita, de Apolophanes, y de los filósofos del Areopago; y convino en que aquellas tinieblas eran milagrosas; porque verificándose en la luna decimaquinta, en que se celebraba la Pascua, la luna se hallaba en oposicion directa con el sol, y no podia ser en manera alguna un eclipse natural, puesto que este no se verifica, sino por la conjuncion de los dos planetas.

No es muy grande el inconveniente que se presenta para convenir en que fuese un verdadero eclipse, toda vez que se conviene, como no puede menos de convenirse, en que cuanto sucedió entonces todo fue muy milagroso: milagro, y muy grande es, el que se mude el curso de la luna, como necesariamente debió en esta ocasion mudarse para que sucediera el eclipse. Mas en los eclipses siempre el obscurecimiento empieza por la parte de occidente, porque todos los planetas tienen dos movimientos, el propio y el comun, y como la luna es mas veloz en su movimiento propio que todos los demas planetas, cuando llega al cuerpo del sol, viene desde el occidente: pero en la muerte de Cristo venia desde el oriente, y así fue que no empezó la iluminacion por donde habia empezado la obscuridad; pues viniendo la luna desde oriente al cuerpo del sol, debió retroceder: haciendo San Pablo estas y otras muchas reflexiones á San Dionisio, y á otros muchos de sus compañeros, convirtió á algunos de ellos. De este acontecimiento tan memorable escribió Phlegon, el gran computador de las Olimpiadas, diciendo en el libro 14. En el cuarto año de la Olimpiada 202, *sucedio una defeccion ó deliquio del sol el mas grande y extraordinario que jamás se habia visto, pues á la hora de sesta se convirtió el día en una noche tan obscura, que se vieron las estrellas del Cielo*. Lo que demuestra que no eran nubes las que impedían la luz del sol, y que por consiguiente las tinieblas ocuparon toda la tierra: cuya opinion confirman San Crisóstomo, Teophilacto y Euthinio diciendo: *Moria el Señor de todo el mundo, y moria por todo el mundo; todo el mundo pues debió vestirse de luto*.

El grande terremoto que sucedió tambien en la muerte de Jesus fue así-

pulcros salen de ellos los cuerpos de muchos santos, que sin esperar la resurreccion general resucitaron con el Salvador como si la muerte no hubiera sido para ellos sino un sueño. Vinieron á Jerusalem, y se dejaron ver en esta santa ciudad, en donde se aparecieron

mismo universal y vehementísimo, de modo que tembló toda la tierra como arrancada y conmovida de su centro: lo que parece fue profetizado por Job cuando dijo: *El conmueve la tierra de su sitio, y hace bambolear sus columnas. El manda al sol, y no nace; y encierra las estrellas como bajo de sello.* (Job. cap. 9. vs. 6 et 7.) Sobre lo que Phlegon, citado por Orígenes y Eusebio en su Cronicon en el año 33 de Cristo, dicen: que este terremoto se sintió generalmente fuera de la Judea: que en su consecuencia se arruinaron muchas casas en Nicea de Bithinia. Plinio, en el lib. 2.º de su historia natural, cap. 84, afirma: que en los tiempos de Tiberio, y en el que padeció Cristo, á consecuencia de un grande y espantoso terremoto se arruinaron diez ciudades en el Asia. Y el Cardenal Baronio, en su Apparato de los Anales eclesiásticos, en el año 34 de Cristo, asegura: que á causa del mismo terremoto, se abrieron y rasgaron muchos montes en varias partes del mundo. Los habitantes de Hetruria aseguran por una tradicion firme y constante, que se abrió el monte de Alvernia, que se rasgó el promontorio de Cayeta, formándose en uno y otro lado horrendos precipicios.

A mas de estos prodigios, dicese tambien que el velo del Templo se rasgó de arriba abajo: pero conviene notar con claridad qual era el verdadero velo del Templo que se rasgó: vulgarmente hablando habia dos velos en el Templo: el uno cubria el Santo ó Santuario, como dicen algunos; y el otro cubria el Sancta Sanctorum. El Santo ó Santuario, era como una nave del Templo, en el que entraban cada dia los sacerdotes; pero el Sancta Sanctorum era la parte santísima, donde nadie entraba sino el Pontífice, y esto una sola vez al año en la fiesta de la Espiacion; por cuya razon siempre estaba cerrado con el velo. San Gerónimo en la Epístola 150 á Hedibia, dice: que el velo que se rasgó fue el que cubria el Santuario, como mas exterior, y mas visto del pueblo. Pero San Leon en el sermon 10 de pasion; San Cirilo Alejandrino en el capítulo sobre San Juan; Euthymio y Cayetano, á los que sigue Cornelio A. Lapide, afirman que el velo que se rasgó fue el que cubria el Sancta Sanctorum; porque este era el que propiamente se llamaba velo del Templo; esto es, del lugar mas santo ó santísimo que habia en él. San Gerónimo y San Crisóstomo sobre este mismo capítulo 27 de San Mateo, dicen: que en este tiempo se oyeron grandes voces en el templo, sin saber quien las pronunciaba, las que repetian: *Marchemos de este lugar*: aunque asegura Platina, que es incierto que se oyesen estas voces en el tiempo de la pasion; y Suarez en la cuestion 50, artículo 6, seccion 2, dice: que Josefo, de cuyo testimonio usan San Gerónimo y Eusebio, afirma, que esto sucedió por el tiempo de Pentecostés, poco antes de la ruina de Jerusalem, lib. 2, *De Bello Judaico*, cap. 13, y en el lib. 7, cap. 12. Otra cosa cuenta Eusebio en el lib. 5, *De Preparatione*, cap. 9, tomada de Plutarco, y es, que viajando algunos romanos desde el Egipto á Italia,

á muchas personas despues que resucitó Jesus, que es el primogénito de la resurreccion, como dice San Gerónimo (1), y el primero entre los vivos y entre los muertos; para que se entienda que no resucitaron inmediatamente despues de la muerte de Cristo, sino despues de su Resurreccion, y que despues fué cuando se dejaron ver.

Si los corazones de los judios no hubiesen estado poseidos de pasiones tan mezquinas y feroces, no hay duda que tantos y tan grandes prodigios debieran haberles ablandado; pero dominados de un furor mas bien infernal que frenético, se irritaban con los portentos; ningun prodigio bastaba para curarlos. El Hombre Dios, que habia acreditado á su vista tener poder sobre los vivos y los muertos, y sobre los mismos infiernos, habia muerto ya, y no les parecia ya temible. No podian negar los prodigios, y los explicaban con blasfemias, empleando toda su malicia y todo el ascendiente que habian adquirido sobre el pueblo en desacreditarlos; precipitándose cada vez mas en el abismo insondable de la perdicion eterna. El Centurion empero, ó gefe de la guardia pretoriana, que estaba cerca de la Cruz, habiendo oido las palabras que aquel hombre reducido á la agonía pronunció desde ella, observando el estremecimiento de la tierra bajo sus pies, y prodigios tan extraordinarios y horrendos en el Cielo, en la tierra y en la naturaleza toda; sobrecogido de temor, turbado en su espíritu adoró la sabiduria de Dios, que habia permitido las humillaciones del justo; dió testimonio de la verdad, y sin temor alguno del desprecio que de él podian hacer los judios, exclamó en presencia de todo el mundo; EN VERDAD QUE ESTE ERA HIJO DE DIOS. El Cielo por tal le declara. El mismo lo habia dicho: se le ha perseguido sin causa: era inocente. Los soldados que estaban cerca del Centurion fueron de su mismo parecer, gritaron como él, y repitieron sus palabras. Este fue el primer anatema que el mundo gentil pronunció contra la Sinagoga. Estaba escrito ya en el Cielo, y lo re-

hallándose cerca de unas islas que llaman las *Echinadas*, se oyó una voz que mandando al capitán del barco, le dijo: Cuando te hallares junto á la laguna, grita y anuncia que el GRAN PAN HA MUERTO: y habiéndolo hecho así, se oyó un grandísimo clamor de muchos que huían de aquel lugar. Finalmente, *Pauto Blacio* refiere otro prodigio sacado de una revelación de Santa Brígida, y dice: «que en el mismo instante en que Jesucristo espiró, todos los hombres que estaban esparcidos por todo el mundo, se vieron poseidos repentinamente de horror y de temor, aunque ignorando la causa que motivaba su sobresalto.»

(1) Div. Hieronim. in cap. 27. Math.

pitío indignada la tierra. Los hijos de la luz, quedaron entre tinieblas; los hijos de las tinieblas, vinieron á la luz. La Sinagoga quedó pros- crita para siempre; y á pesar de todas sus mañas, persecuciones y ar- terías, no pudo impedir que una gran parte del pueblo detestase sus errores, condenase sus procedimientos, y se pasase al partido del Crucificado (4).

(1) Agítase y controviértese con calor entre los escritores quien fuese ese Centurion, ó Gefe de la guardia Pretoriana, que tuvo tanto valor para clamar á la presencia de los ministros de la Sinagoga y del pueblo alborota- do, con un grito que condenaba todos sus procedimientos é injusticias, confe- sando por Hijo de Dios al que acababa de morir en la Cruz. *Lucio Dextro* en su *Cronicon*, en el año 34 de Cristo, dice: Que este fué *Cayo Oppio, español*; que despues fué bautizado por *San Barnabas, ó Bernabé*, como quieren otros; y era hermano de *Cornelio, español tambien*, y Centurion; que segun se lee en los Actos de los Apóstoles fué bautizado por San Pedro, y de quien dice el mismo Lucio Dextro, que fué el primero que predicó en España su patria el Evangelio de Jesucristo. Algunos otros, siguiendo al cardenal Baronio en su *Apparato* á los *Anales eclesiásticos*, en el mismo año 34 de nuestra salud, creen, que fué un *tal Longinos*, soldado, hebreo de nacion, y de la Sinago- ga de los judios, segun *Metaphrastes*; ó asiático, de la provincia de Isauria segun otros; ó como otros en fin opinan, *romano*, y de la familia *Cassia*, ó *de los Casios*, que tenia por sobrenombre *Longinos*. Asi lo asegura *Gretsero*, lib. 1.º *De Cruce*, cap. 33; y otros; y lo infieren por la conformidad del nom- bre y del martirio. El Martirologio romano llama Longinos al soldado que abrió con su lanza el pecho del Salvador, y dice que sufrió el martirio por la fé de Cristo en Cesarea de Capadocia. Lo mismo se dice del Centurion que confesó que Jesucristo era verdadero Hijo de Dios, por los portentos que se verificaron en su muerte; y hecho despues pregonero de su Resurreccion, renunciando la milicia, se retiró á Capadocia, donde entregado enteramente al servicio de Dios, fué preso por los judios, y martirizado el dia 15 de mar- zo. El mismo Martirologio romano, y *Usuardo*, señalan el martirio de Longi- nos en el mismo dia, aunque los griegos en su menologio lo señalan el dia 16; y añaden en este el nacimiento de dos soldados, que sufrieron el martirio por el nombre de Cristo. Metafrastes asegura que el propio dia 16, se cortó la cabeza á Longinos, en cuyo parecer estan tambien *Luis Lippomano*, tomo 6; y *Surio*, tomo 2.º; todo lo que da lugar á muchos para decir, que Longinos fué aquel Centurion; en favor de cuya opinion estan *Pedro de Natalibus*, lib. 3, cap. 201; *Daniel Mallonio*, en sus comentarios sobre el sagrado Sinodo, y *Mi- guel Palacio*, en su esposicion sobre el Evangelio de San Juan.

Otros creen con algun mayor fundamento, que el Longinos Centurion, no es el Longinos soldado que hirió con la lanza el costado de Cristo; porque este era súbdito, y aquel era gefe; como asi lo insinúa el Venerable Beda en su Martirologio, dia 15 de marzo, diciendo: *Longinos, que militaba bajo las órde-*

Tantos y tan grandes trastornos obligaron á las turbas á que desocupasen inmediatamente el Calvario; bajándose unos mas endu-
recidos, y otros dichosamente desengañados y convertidos. Aquellas
personas mas allegadas á Jesus ya en razon de amistad, ya en razon
de parentesco, entre las que se hallaban aquellas tres santas mujeres
que le habian asistido y seguido, asi en Galilea como en su último
viage á Jerusalem, entre las que se notaban Maria Magdalcna, Maria
madre de Santiago el menor, y de Josef, Salomé, mujer del Zebedeo
y madre de los dos discípulos singularmente queridos de su Maestro;
tuvieron con este motivo mas libertad y ocasion para acercarse á la

*nes del Centurion romano en la pasion del Señor, fué el que abrió su costado
con la lanza, estando aun clavado en la Cruz. Por consiguiente se ve claro
que fueron dos Longinos, uno gefe, y el otro soldado: el primero vistos los
prodigios se convirtió, y no parece regular, que un hombre convertido, y que
reconocia la divinidad de Jesus, empuñase un hierro para herir inhumana-
mente su cuerpo despues de difunto. Esta opinion está confirmada por Santa
Brigida, lib. 7, cap. 15, donde dice: Vino un soldado corriendo con gran fu-
ria, y clavó con tanta fuerza la lanza en el costado derecho de Jesus, que pa-
rece queria hacerla salir por el otro lado. Esta misma es tambien la del autor
de la Historia Scolástica, cap. 179, donde dice: «Como instaba el dia de la
»Pascua, los judios rogaron á Pilatos se quebrasen las piernas de los ajusti-
»ciados, y se quitasen los cuerpos de las cruces, porque su vista horrible no
»causase recuerdos amargos en dia de tanta solemnidad. Cumpliósse la cere-
»monia triste con los ladrones, y habiendo observado que Jesus estaba muer-
»to, cogió un soldado la lanza, y traspasó su costado derecho, saliendo inme-
»diatamente sangre y agua.» El que le hirió añade Pedro Comestor, padecia
una enfermedad de ojos, y habiéndole caído casualmente en ellos una gota de
sangre vió desde luego con toda claridad. Lo mismo afirma San Antonino, par-
te 1.^a de la historia, tit. V, cap. IV, §. VII; y á este sigue San Vicente Per-
rer, Serm. de Pasion, añadiendo, ó variando solo en el modo como se verifi-
có este milagro; pues dice, que la sangre de Jesus corrió por la asta de la
lanza á las manos del soldado, y que tocando luego los ojos, recobró inme-
diatamente la vista. San Buenaventura en el lib. de sus meditaciones, cap. 19,
y siguiendo á San Isidoro, manifiesta, que Longinos era tan solo privado de
la vista de un ojo, y que al tocarle la sangre de Cristo, quedó iluminado es-
terior ó interiormente: porque recobró la vista del cuerpo, y su alma quedó
iluminada con la luz de la fé. El cardenal Baronio, en sus notas al Martirologio
rómno, dice, que su cuerpo se guarda en Roma; pero otros afirman que está
en Mantua, en cuya ciudad padeció martirio por la fé de Cristo, y que allí se
halla tambien una esponja empapada con la sangre del Salvador que salió de
su costado, la que trajo desde Jerusalem el mismo Longinos en el año 36 de
la Era cristiana, encerrada en una arquita de plomo: sobre lo que puede ver-
ce á Fernando Ughello en su Italia sagrada, tomo. 1.^o*

Cruz, y reunirse con la Madre amantísima del Salvador, ya con el santo y piadoso designio de consolarla, y llorar con ella; ya con el de prestar al Maestro Divino los honores y obsequios de la sepultura. Acercáronse tambien algunos Apóstoles y discípulos de Jesus, que de lejos habian asistido al espectáculo: y la desconsolada Madre se vió rodeada sin pensar de hijos cariñosos y fieles, que en cumplimiento de la voluntad de su Hijo, venian á tributar á entrambos los homenajes del amor mas compasivo y tierno, y los respetos de la sincera fidelidad.

Mientras tanto que la cumbre del Golgotha, teatro hasta entonces de fiereza, horrores y sacrilegios, se convertia en asilo y santuario de la piedad; Jerusalem, dominada por el furor de los escribas, sin inquietud alguna por el horror de su deicidio, y ocupada en las prevenciones de la fiesta para que se disponian, solo cuidó de que sellevase á cabo la obra de su iniquidad, si algo le restaba que hacer. Con arreglo á la ley era preciso quitar de la Cruz los cuerpos de los ajusticiados; y como casualmente concurría el sábado con la celebracion de la pascua, creyeron mas que nunca conveniente el cumplimiento de esta ceremonia, para quitar de la vista del pueblo aquellos objetos de terror. Rogaron para lo mismo á Pilatos, que se quebrasen los huesos de los ajusticiados, y se quitasen los cuerpos de las cruces. Pero cubiertos con esta sombra legal, y con la apariencia de la piedad, su verdadero objeto era minorar, ó por lo menos mitigar en cuanto les fuese posible los remordimientos atroces de su conciencia, por la muerte dada al Salvador. Concedió Pilatos lo que pedian, y en efecto se rompieron las piernas á los ladrones; pero habiendo llegado á Jesus y observado que habia muerto, no se las quebraron; sino que empuñando un soldado una lanza le abrió el costado, lo cual hizo ó por dar á sus enemigos mayor seguridad de su muerte, ó bien impulsado por una fuerza interior que no conocia, para que se cumpliese lo que estaba escrito (1): *No quebrantareis los huesos del Corde-ro*. De la herida salió inmediatamente sangre y agua; ó bien para demostrar que el Hijo de Dios tenia verdadero cuerpo, y de la misma especie que el nuestro; ó ya para señalar el efecto principal de su pasion, que era borrar nuestros pecados, y lavar todas nuestras manchas, segun estaba escrito por Zacarias (2): ó en fin para escitar en todos los habitantes de la tierra un sentimiento de admiracion y llanto el mas grande que jamás se hubiese visto, como se habia dicho

(1) Exod. c. 12. v. 46. Numer. c. 9. v. 12.

(2) Zacar. c. 13. v. 1.

Al llegar al sepulcro, acercóse respetuosamente la Madre al cadáver sagrado de su Hijo, é imprimiendo por última vez en su magestuosa y divina frente bañada con su sangre el dulce sello del amor, consintió en que se cubriese con el sudario; que el cuerpo envuelto en la sabana se atase con fajas de liencio segun la costumbre de los judios, y que se depositase en el sepulcro, donde debia estar solo y bien cerrado, á fin de que cuando saliese no se pudiese dudar de su Resurrec-



cion; y aun por esto sin duda inspiró á José, que al salir cerrase su entrada con una gruesa y enorme piedra: y habiendo concluido la comision caritativa y honrosa que les envidiaban los Angeles, regresaron á Jerusalem, á donde los llamaba el sábado y la celebracion de la Pascua.

Son mucho mas fáciles de concebir que de esplicar la agitacion

y turbaciones que reinarian en los ánimos de todos los habitantes de Jerusalem, á consecuencia del grande espectáculo que acababa de ofrecerse á su vista. Los gentiles conocian por la série de los sucesos, y por la narracion de los mismos Judios, que la envidia de los sacerdotes, la malicia de los escribas, la hipocresia de los fariseos, y la horrible injusticia de los magistrados, habia sacrificado al Hijo de David y heredero de su trono, haciendo morir tan dolorosa como ignominiosamente al mas grande y excelso entre todos los hombres, que jamás habia visto la tierra; llegando á entrever aun los menos conocedores y atentos, la gran revolucion que aquella muerte habia de causar en todo el universo, siendo el principio y causa fundamental de la completa destruccion del reino de Judá. Dividiéronse mas y mas con este motivo las opiniones y pareceres de los judios. Los naturales de Judea, y sobre todo la mayor parte de los de Jerusalem, aunque no ignoraban las predicciones de Jesucristo sobre su pasion, y las consecuencias de su muerte, afectaban no creer cosa alguna: y procuraban sosegar con la sombra de la victoria que creian haber conseguido contra el que no querian confesar por Mesias verdadero: pero los Galileos, entre los cuales se contaban todos los Apóstoles, y casi todos los discípulos de Jesus, conservaban algunas esperanzas, aunque combatidos por su grande desolacion. Mientras estos temian y esperaban, los otros que aparentaban seguridad por su triunfo, eran los mas turbados y temerosos. No podian desimpresionarse de que Jesus era profeta verdadero, y este convencimiento no les permitia dudar, de que se cumplirian esactamente las ulteriores predicciones de Su Magestad: mas como no les era decoroso manifestar que creian, ó temian el poder omnipotente que en otras ocasiones el Salvador habia demostrado, aparentaron quererse precaver contra cualquiera intentona que sus discípulos pudieran proyectar.

El espíritu de temor, de ansiedad, y de zozobra de que estaban poseidos, les obligó á juntarte otra vez como en concilio, y resolvieron buscar á Pilatos y decirle: Nos acordamos que este impostor dijo algunas veces mientras vivia: resucitaré al dia tercero despues de mi muerte; manda pues que su sepulcro esté bien custodiado hasta despues del tercer dia, no sea cosa que vengan sus discípulos y le roben, y digan despues al pueblo, resucitó de entre los muertos; y suceda un error, peor que el primero, ocasionando al estado turbulencias mas lastimosas que las que escitó durante su vida. Pilatos, que desde sus últimas conversaciones secretas con Jesus, y en atencion á lo que oía cada momento de las circunstancias de su pasion y muerte, no estaba muy lejos de dar entera fé á sus

oráculos; y á quien no se ocultaba la malicia de los ministros de la Sinagoga, y que por lo mismo se burlaba de sus vanas precauciones, les respondió secamente, y les dijo: A vosotros os está permitido tener guardias para la seguridad del Templo, tomad de ellas las que quisiereis, y colocadlas al rededor del sepulcro para defender la entrada: con cuya órden, que les pareció muy ámplia y satisfactoria, se retiraron al momento; y no contentándose con hacerle guardar, sellaron la enorme piedra que le cubria, para que nadie se atreviese á entrar en él. Sobre lo que dice San Ambrosio (1): Considera cuanta es la perfidia y malicia de los escribas y pontífices, que no solo se atreven á calumniar al Salvador despues de muerto, sino que tambien envuelven en la calumnia á los Apóstoles y discípulos: al Maestro le acusan de seductor, y á los discípulos de ladrones, capaces de causar una nueva conflagracion en el pueblo, esparciendo un error peor que el primero. Ignorándolo, pronuncian una gran verdad, como dice Rabán (2), pues peor fue el desprecio de la penitencia en los judios, que el error que causó la ignorancia. Peor fué la infidelidad en la resurreccion, que la crueldad en la pasion: por consiguiente confiesan de llano, que cometieron un error en la muerte del Señor.

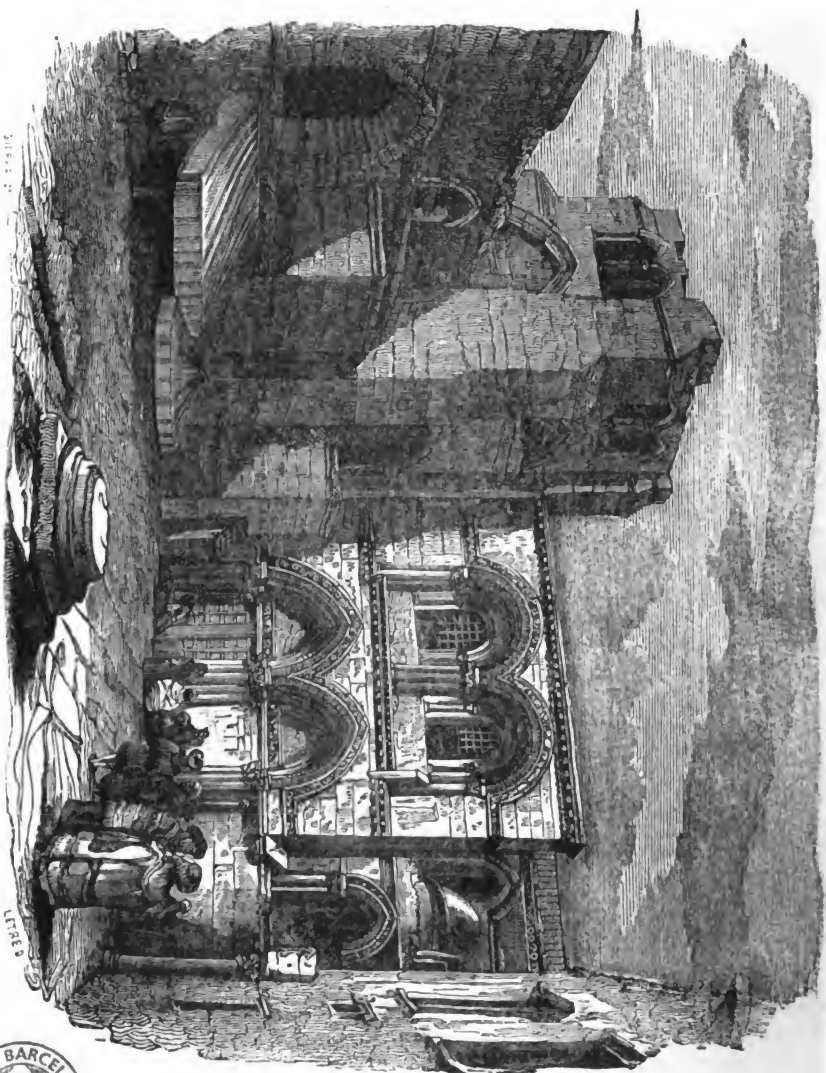
San Crisóstomo hecha con su acostumbrada maestria una hermosa pincelada sobre este cuadro interesantísimo, y dice (3): Mira, como aun no queriendo se conciertan los escribas mismos para demostrar la verdad: pues con lo que pretendieron é hicieron, resulta irrefragablemente demostrada la de la Resurreccion. Porque se guardó el sepulcro, se vé que no se hizo fraude alguno: y si no le hubo, indudablemente resucitó el Señor. En una peña durísima se labró el sepulcro, y con otra piedra enorme se cerró, y con guardia de soldados se rodeó, para que con cuanta mayor cautela se vigila, tanto mas brille la virtud del Altísimo cuando resucite. La solicitud de los escribas aprovecha á nuestra fé. Guardadle, fariseos, guardadle: Dios no puede estar encerrado: Dios no puede ser guardado en el sepulcro. El que hizo el Cielo y la tierra, que lo sostiene con la punta de su dedo, y que con tres de su mano abraza todo el universo, no puede ser detenido en el corazon de la tierra. Y por último San Gerónimo concluye (4): No habia bastado á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y fariseos, haber crucifi-

(1) Div. Ambros. in cap. 23. Lucæ.

(2) Rabán. in cap. 17. Math.

(3) Div. Crisostom. Hom. 90. in Math.

(4) Div. Hieronim. in cap. 27. Math.



Exterior de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem.



cado al Salvador, era preciso que guardasen el Sepulcro, y sellasen la piedra que lo cubria; cuanto estuvo de su parte lo hicieron para oponerse á la resurreccion, pero todas sus precauciones solo sirvieron para afirmar nuestra fé.

Como todos estos tan memorables acontecimientos tuvieron lugar en la feria sesta ó dia de viernes, y otros muchos que son generalmente ignorados, cerramos este párrafo con unos versos latinos, que recuerdan algunos de ellos.

Salve festa dies, quæ vulnera nostra coërces.
Angelus est missus : est passus et in cruce Christus :
Est Adam factus : et eodem tempore lapsus
Ob meritum decimæ, cadit Abel frater ab ense.
Offer Melchisedech : Isaac sapponitur aris.
Est decollatus Christi Baptista Joannes.
Et Petrus ereptus : Jacobus sub Herode preemptus (1).

(1) Creemos muy oportuno poner á continuacion la descripcion siguiente de la iglesia que posee el Santo Sepulcro del Salvador en Jerusalem.

En la iglesia del Santo Sepulcro hay trece frailes perennemente encargados de la custodia del santuario. Viven en unas celdas reducidas, muy húmedas, en las cuales permanecen hasta que los reemplazan otros hermanos. Cada congregacion cristiana tiene su lugar en el interior del Santo Sepulcro: véanse en él cophtos, armenios, georgianos, nestorianos, maronitas, abisinios, etc. Este edificio, construido por Santa Elena, comprende el sepulcro de Jesucristo, el monte Calvario, y muchos otros lugares santos. Adelantando en el recinto, se entra en la capilla llamada del Angel, en la cual un mensagero celestial anunció á las tres Marias que Jesus habia resucitado. Es una especie de aposentillo, en medio del cual se eleva un pilar de pórfido. De allí se pasa á otro aposento donde está el Santo Sepulcro, iluminado por una porcion de lámparas que no se apagan jamás. Cubre la cavidad del Santo Sepulcro una tabla de marmol blanco. Al entrar en la iglesia los peregrinos visitan las capillas, dedicadas unas á la Virgen y á la Magdalena, y otras que representan algunos hechos memorables de la vida de Cristo. Una escalera estrecha y de veinte escalones conduce al Calvario, montaña en que espiró el Hijo de Dios. Toda ella admira por su magnificencia, pues está cubierta de planchas de plata, de piedras preciosas, de mármol y de pórfido. Debajo de esta capilla se veian poco ha los sepulcros de Godofredo de Bouillon y de su hermano Balduino; pero en el año 1807 hubo en la iglesia un incendio, de cuyas resultas cayó la cúpula con la parte superior de la nave. Igualmente se quemaron todos los altares que estaban en el Calvario, desapareciendo al mismo tiempo los sepulcros de Bouillon y de Balduino. Se acusa á los griegos de haber cometido esta profanacion en odio de los latinos, para quienes eran estos sepulcros un

§ 48.

**DESCIENDE EL ALMA DE JESUCRISTO Á LOS INFIERNOS Á CONSOLAR
LAS DE LOS JUSTOS QUE ESPERABAN SU SANTO ADVENIMIENTO.**

Muerto Jesucristo, su alma benditísima unida á la divinidad bajó á los infiernos á visitar las de los Santos Padres, que allí se hallaban

objeto de vanagloria. Del primer monarca de Jerusalem no quedó mas que la espada y las espuelas, que todos los viajeros contemplan con respeto; pero si los griegos dispersaron las cenizas de los dos héroes franceses, se asegura que los armenios pegaron fuego á la iglesia del Santo Sepulcro con el objeto de alcanzar permiso para reconstruir su capilla, que estaba á punto de desmoronarse. Cansados de agenciar infructuosamente la incendiaron, creyendo que los estragos del fuego no se estenderian mas allá del santuario, cuya destruccion deseaban. Como quiera que sea, seis meses despues del incendio los griegos reedificaron el Santo Sepulcro, pero en lugar de las columnas de Corinto que sostenian la cúpula, el arquitecto puso unas pilastras que le quitan su elegancia primitiva. En compensacion de estos dispendios, los griegos se han apoderado de los principales santuarios, á pesar de las reclamaciones de los religiosos latinos, que eran los únicos que muchos siglos habia, tenian el privilegio de celebrar misa en el Santo Sepulcro y en el Calvario, no quedando ya á los latinos mas que la capilla de la Virgen y la de la Magdalena. En 1829 los armenios alcanzaron los mismos privilegios que los griegos.

No hay cosa que dé tanto á conocer la fuerza de la religion como el espectáculo que presenta Jerusalem hasta cierta época. Por un lado unos hombres que pasan la vida en un destierro voluntario, y espuestos á vejaciones é indignidades, á las que únicamente pueden oponer una paciencia inalterable: por otra una multitud que de todas las partes del mundo se traslada allí para orar á los pies de un sepulcro. No hay cosa mas curiosa é instructiva, aun para un filósofo, que la Semana Santa en Jerusalem. Sin embargo, las ceremonias que distinguian en otro tiempo los dias consagrados á recuerdos piadosos, no tienen hoy el mismo aparato.

En el Domingo de Ramos, el prelado de los religiosos latinos tenia la costumbre de ir al lugar que ocupara en otro tiempo la aldea de Bethsagé, de donde salió Jesucristo para hacer su entrada en la ciudad santa, y á ejemplo del Salvador, montado en un asno, volvía á la ciudad rodeado de una especie de cortejo triunfal. Ahora sustituye este viage simbólico una misa, despues de la cual se reparten á los asistentes palmas bendecidas. Esta distribucion produce casi siempre escenas de desórden, que los turcos, guardianes de la iglesia del Santo Sepulcro, apaciguan á latigazos y á palos. Despues de la distribucion de las palmas, hacen una procesion al rededor del Santo Sepulcro, y

1274

Santo Sepulcro.

cautivas, las que iluminó con la presencia de su divinidad, y alegró y consoló con el goce de su vision divina, llenándolas en tanto extremo, que verdaderamente estuvieron entonces en el Paraíso, no en cuanto al lugar, sino en cuanto al gozó de la felicidad eterna,

cantan la pasión. Es menester confesar que esta historia tan patética por si misma, ha de inspirar naturalmente un interés mas vivo contada en el mismo pais en que se verificó. El Miércoles Santo los padres latinos pasan á Gethsemaní, á la gruta en que el Salvador derramó sudor de sangre, y celebran allí muchas misas. En el mismo dia, á las tres de la tarde, empieza el oficio de las tinieblas. Al otro dia, jueves, construyen un altar á la puerta del Santo Sepulcro, pero no admiten á la multitud de peregrinos á esta solemnidad, á la cual asisten algunos griegos y tambien algunos musulmanes, cuya entrada se les permite sin ejemplar. Las tribunas de las iglesias que pertenecen á los armenios, estan siempre llenas de multitud de mujeres de aquella nacion, que en su mayor parte han pasado la noche en el templo. Los vasos que adornan el altar son de oro, y marcados con las armas de Portugal; el vestido del celebrante es de lo mas magnifico que puede verse. Despues de una procesion solemne, los genizaros hacen evacuar la iglesia, no sin mucho trabajo, no quedando en ella mas que los religiosos y algunos griegos, armenios y aun turcos, que ocultándose en alguna capilla han burlado la vigilancia de los guardas ó comprado su tolerancia. La iglesia queda cerrada hasta el otro dia por la tarde, en que empiezan la ceremonia de lavar los pies. Las hostias consagradas quedan metidas en un cáliz de oro, cubierto con un velo, en el Santo Sepulcro, cuyo interior iluminan unas cien lámparas. Los religiosos entran de dos en dos en el recinto sagrado á entregarse á una devota meditacion. En el intervalo de las ceremonias, los asistentes, hombres y mujeres, hablan y rien como en un paseo; toman café, y aun comen alguna cosa preparada en la misma iglesia. Llegadâ la noche, los unos se tienden en el pavimento del templo, los otros en las gradas de los altares, ó en las esteras y alfombras, y se entregan al sueño: los religiosos se retiran á su convento por un corredor subterráneo, á escepcion de dos hermanos que quedan en el Santo Sepulcro. Al otro dia viernes, algunos millares de peregrinos de todas naciones llenan la iglesia causando una confusion extrema. A las siete de la noche, los religiosos latinos encerrados en la capilla de la Virgen, cuyas luces estan todas apagadas, oyen el sermon que predica uno de ellos, sirviéndole de testo la muerte del Salvador; luego se abren las puertas, y los religiosos atraviesan las oleadas de la multitud, que se precipita y empuja de todas partes para oir otro sermon que se dice al pie del altar, *de la reparticion de los vestidos*, subiendo en seguida al Gógotha, y en el mismo lugar en que fué elevada la cruz del Salvador, plantan el crucifijo que llevan á la cabeza de la procesion. Despues de otro sermon sobre la pasión, quitan los clavos de los pies y manos de Jesucristo, y bajan el cuerpo para dirigirse á la piedra de la *uncion*: lo envuelven en un lienzo, y cuatro religiosos lo depo-

por la fruicion de la divina presencia, que en aquel instante veían claramente: así se cumplió la promesa que pocas horas antes habia hecho Jesus al ladron, diciéndole: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. Pero aunque la carne de Cristo por la muerte estuviese separa-

sitan en la piedra de mármol. El Sábado Santo bendicen el agua y el cirio pas-cual. En fin, resuena el aléluya para celebrar la Resurreccion del Señor. El día de Pascua los católicos se visten lo mejor que pueden, y adornan el Santo Sepulcro con antorchas y flores, y se canta el salmo *exaudiat* en favor del rey de Francia. Tales son en resumen las ceremonias religiosas que se celebran en Jerusalem durante la Semana Santa.

La ceremonia del fuego sagrado, que los obispos griegos y armenios encienden cada año en el Santo Sepulcro, cual si bajase del cielo, es de lo mas soléenne que pueda verse. «Salí al mediodia del convento, dice un viajero testigo de vista, para presenciar el espectáculo mas estraordinario que he contemplado en mi vida. Tuvimos mucho trabajo para entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, á pesar de que nos precedia un genízaro, abriéndonos paso entre la multitud, para lo cual hacia uso de un látigo con una porcion de correas. La iglesia estaba llena de peregrinos y espectadores, en número de siete mil á lo menos. El agá estaba en la puerta, donde procuraba inútilmente conservar el órden, auxiliado de cuarenta ó cincuenta soldados, que sin compasion hacian uso de unos látigos semejantes al de nuestro genízaro. Cuando los peregrinos y los habitantes de la ciudad que tenian medios para pagar hubieron entrado, los procuradores de los conventos griegos y armenios, consiguieron del agá, mediante una corta suma, que permitiese la entrada á unos quinientos peregrinos que por su pobreza no podian pagar. En el interior de la iglesia (doy este nombre á todas las piezas interiores que se hallan reunidas) habia una especie de mercado, donde se vendia pan, legumbres, rosarios, crucifijos, etc., y ví un gran número de peregrinos regatear y maldecirse los unos á los otros, á cincuenta pasos del Sepulcro de Cristo. El genízaro, empleando la fuerza, me condujo al través de la muchedumbre á una tribuna de los frailes católicos romanos. Pero todas las precauciones no fueron suficientes para impedir que entrasen con nosotros una porcion de muchachos turcos y sus criados, cuya mayor parte eran hijos del cadí, del mufti y de los gefes principales de la ciudad. So color de que formaban parte de su comitiva, muchos musulmanes se introdujeron tambien, sin que los frailes se atreviesen á echarlos, temiendo ofender á las autoridades turcas. A pesar de la gente que habia en la tribuna, conseguí coger un buen sitio, que hube de defender contra muchos soldados turcos que intentaron quitármelo. ¡Qué escena tan estraña se ofrecia á mi vista! Las tribunas de los griegos y de los armenios, cuyas ventanas dan sobre la cúpula, estaban llenas de mugeres de las dos naciones que habian venido peregrinando. Hacian la señal de la cruz, y sus ojos miraban con entusiasmo al Santo Sepulcro. Toda la iglesia, y sobre todo la parte circular de debajo la cúpula, es-

da del alma, que estaba unida con la Divinidad, con todo, permaneció unida despues de la muerte al Hijo de Dios, puesto que la gracia de la union es por su razon y naturaleza un don mayor y mas permanente que la gracia de la adopcion, la que nunca se pierde

taba cuajada de peregrinos que gritaban y forcejeaban con violencia para arriarse al Santo Sepulcro, al paso que los genizaros los arrojaban de allí á lattigazos. Ví en una riña arrancar de cuajo á un hombre la oreja derecha. Las aberturas por donde se recibia el fuego estaban ocupadas por los peregrinos mas ricos, que para alcanzar esta ventaja, pagaban á los turcos y á los griegos dos y trescientos cequies. Una vieja sentada en la puerta de la iglesia griega habia conservado aquel lugar pagando dos duros desde el dia antes á las diez de la mañana, y sin que se hubiese meneado desde aquella hora.... La multitud de peregrinos cantaba oraciones en griego y en árabe, y guardaba sus puestos al rededor del Santo Sepulcro en cuanto podia permitirlo el tumulto, pero de tiempo en tiempo venia una oleada de hombres que los desordenaba. Otros se precipitaban sobre ellos y echaban por tierra todo cuanto se les ponía delante voceando á grito herido. A las diez los obispos griegos y armenios se encerraban en el Santo Sepulcro con un solo turco.... Antes que los obispos entren en él, inspeccionan la capilla públicamente, y apagan todas las lámparas, etc. A las dos, el gobernador entró en el templo precedido de soldados, que á pesar de sus esfuerzos tuvieron mucho trabajo en introducirlo, como tambien á su secretario y comitiva. Fué á colocarse en la tribuna de los católicos, donde tenia preparado un magnifico dosel, y fué recibido por los procuradores y por los dragomanes de la iglesia romana. Cuando se rearda la aparicion del fuego manifiesta impaciencia, y generalmente á una señal suya se ofrece á la vista. A las dos y cinco minutos los griegos rodearon en procesion el Santo Sepulcro, el obispo revestido con una capa cubierta de oro, y seguido de los sacerdotes, cuyos trages estaban tambien ricamente bordados, caminaba con el báculo en la mano. Dieron tres vueltas al Santo Sepulcro, cantando en voz alta, y precedidos de seis banderas, que representan el nacimiento y la pasion de Jesucristo. Como se acercaba el instante en que el fuego debia manifestarse, la multitud, semejante á las oleadas del mar, aumentó cada vez mas las apreturas, dirigiéndose hácia la puerta, de donde ni los esfuerzos de los turcos, ni los de aquellos que habian cogido un lugar mejor, pudieron apartarlos, á pesar de los puñetazos y puntapiés, y de las maldiciones que echaban contra ellos. En fin á las dos y veinte minutos se presentó en la abertura el fuego, que fué recibido con aclamaciones universales, y realmente espantosas. Asi que apareció, un muchacho que se hallaba inmediato á la abertura cogió la antorcha, y se la apretó con tanta violencia contra la cabeza, la cara y el cuello, que la apagó, dando lugar á que le abofeteasen reciamente los que se hallaban á su lado. Despues de ocho ensayos, los obispos volvieron á presentar fuego, y como cada peregrino habia traído, segun sus medios, seis, ocho, y aun doce bu-

en los santos sin la culpa. Por consiguiente, como jamás hubo pecado en Cristo, era imposible que se rompiese la union de la Divinidad con la carne, sino que siempre permaneció unida, de modo que siempre permaneció la misma union hipostática del Verbo con la

jias, al cabo de diez minutos la iglesia parecia estar ardiendo; mas trascurridos unos cinco minutos quedó como fantasma. Arrebatados de entusiasmo los hombres, acercaban á aquellos cirios encendidos la cabeza, los sombreros y los pañuelos; las mujeres descubrian el pecho, dirigian la llama hácia la cabeza y cuello, haciendo entre tanto la señal de la cruz, con la mayor devoción y con una prontitud singular. Despues que estas bujias han ardido un poco, cada cual se las lleva á su casa, conservándolas con un cuidado religioso. Unos mensajeros, dispuestos de antemano fuera del templo, corren llevando en linternas el fuego sagrado á los conventos de Belem, de Santa Cruz y de Santa Bárbara cerca del Mar Muerto. Cuando el obispo griego salió del Santo Sepulcro con dos antorchas encendidas, fué arrebatado por la multitud de peregrinos que procuraban encender en ellas los cirios. Concluida la ceremonia, los turcos pusieron guardia en el Santo Sepulcro; y los que quisieron entrar en él, hubieron de pagar durante los tres primeros dias de 20 á 25 duros, y al fin de 3 á 5. Cuando se apagaron los cirios, el humo que despidieron impidió por espacio de diez minutos distinguir los objetos; pero como la parte superior de la cúpula está cerrada con solo una reja descubierta, el humo no tardó en disiparse. Los ajenos, los sirios, los cophtos hicieron en seguida su procesion con toda la pompa que podian desplegar en estas ceremonias. Dícese que el gobernador de Jaffa y el de Ramla se reparten con el de Jerusalem, el cadí y el mufti, los beneficios considerables que sacan de los peregrinos.

Cerca de Jerusalem, y á dos leguas de Jericó, se halla el Mar Muerto: el camino que conduce á este lago tan famoso como poco conocido, es lo mas triste que puede darse; el terreno, en el cual se elevan algunos zarzales y espinos, presenta tan pronto un color amarillo ó ceniciento, tan pronto es arenoso; de trecho en trecho se encuentran en él montecitos de arena, que el viento lleva de una parte á otra, y detras de los cuales se ocultan los beduinos para sorprender á los viajeros. Con bastante frecuencia el terreno está sembrado de surcos, que hacen el camino difícil y peligroso, cubriendo la arena una capa de sal, que parecida á un campo de nieve, rodea é indica estar allí el lago Asphaltite. «El aspecto del Mar Muerto, dice Lamartine, no es triste ni fúnebre sino para la imaginacion; para la vista es un lago que deslumbra, cuya superficie inmensa y plateada refleja la luz y el cielo, como un espejo de Venecia, y sombreado á veces por las montañas muy bien cortadas que hay en sus orillas. Se dice que no hay peces en su seno, ni aves en sus riberas; yo no ví ni procelarias, ni paviotas, ni aquellas aves blancas, parecidas á las palomas marítimas, que nadan todo el dia en las aguas del mar de Siria, y acompañan á los caiques ó esquifes en el Bósforo; pero á algunos



El Mar Mucho.

carne de Cristo despues de la muerte, aunque no la vivificase con la presencia del alma, porque esta es la forma del cuerpo. Y asi como del Hijo de Dios se dice aquello que conviene al cuerpo separado del alma, esto es, que fue sepultado, así de su alma se dice tambien

cientos pasos del Mar Muerto, tiré y maté á dos pájaros, semejantes á los patos salvajes, que se levantaban de las orillas cenagosas del Jordan. Si el aire del mar fuese mortal para ellos, no irian á arrostrar tan de cerca sus vapores melfícos. Tampoco distinguí las ruinas de ninguna de las poblaciones engullidas, que dicen verse debajo de las aguas; pero los árabes que me acompañaban suponian que á veces se descubrían. Seguí largo tiempo la orilla de este mar, tanto por la parte de la Arabia, en donde está la embocadura del Jordan, como hácia la montaña de la Judea, hasta donde llegan las orillas, que toman á veces la forma de los mogotes que se ven en las orillas del Océano. La superficie del agua presenta en todas partes el mismo aspecto, brillantez azul, é inmovilidad. Los hombres han conservado perfectamente la facultad que Dios les dió en el Génesis de llamar las cosas por sus nombres. Este mar es hermoso; brilla, inunda por el reflejo de sus aguas, el inmenso desierto que cubre, atrae los ojos, conmueve el pensamiento, pero es muerto: no hay movimiento ni ruido; sus aguas, demasiado pesadas para el viento, no se desarrollan en oleadas sonoras, ni la blanca espuma se estrella contra las rocas de sus orillas. Es un mar petrificado: ¿cómo se formó? Fué como dice la Biblia; cierto de suyo, y conforme con las probabilidades que puede encontrar la humana sabiduría. Vasto centro de cadenas volcánicas, que se estiende desde Jerusalem hasta la Mesopotamia, y desde el Líbano á Idumea, se abriria un cráter en su seno en el tiempo en que en su llanura habia siete ciudades; estas fueron conmovidas por el temblor de tierra; el Jordan que, segun toda la probabilidad, correria entonces al través de estas llanuras é iria á desaguar en el Mar Rojo, detenido de improviso por las montañas volcánicas salidas de la tierra, y sumiéndose en los cráteres de Sodoma y Gomorra, habrá formado aquel mar corrompido por la sal, el azufre y el betun; alimentos ó productos ordinarios de los volcanes. Tal es el hecho. Esto no aumenta ni disminuye la accion de aquella soberana y eterna voluntad, que unos llaman milagro y otros naturaleza: ¿y qué? ¿naturaleza y milagro no son lo mismo? ¿y el universo es mas que un milagro eterno y de todos los momentos?»

Un abad del monasterio de San Sabas, situado en la Palestina, que dió vuelta al Mar Muerto, afirma que á su extremo hay un vado por donde se atraviesa sin tener agua sino hasta la mitad de la pierna, á lo menos en verano, que la tierra se eleva y separa otro lago mas pequeño de figura redonda algo ovalada, rodeada de llanos y montes de sal; pero las aserciones de este buen religioso, que nos ha conservado el padre Nau, se refieren al año de 1674, en que viajaba con un embajador de Francia, y no han podido desde aquella época comprobarse ni corroborarse por otros testigos. Un simple via-

aquello que le es propio y peculiar, esto es, que bajó á los infiernos, quedando siempre la union hipostática del Verbo con el cuerpo y con el alma, como lo enseña claramente San Juan Damasceno (1), diciendo: Aunque Jesucristo murió como hombre, y su alma santísima se separó de su cuerpo sin mancha, sin embargo, la divinidad fue inseparable de uno y de otro. La carne de Cristo descansó en el sepulcro; su alma bajó á los infiernos, y la eterna sabiduría permaneció unida á uno y otra, como asegura San Ambrosio (2), difundiendo en medio de aquellos lugares la verdadera luz de la vida eterna. Brillaba aquella luz verdadera de la sabiduría; iluminaba el infierno, pero no podía ser encerrada en el infierno. Job pregunta asombrado dónde está su lugar ó dónde reside, y contesta él mismo á su pregunta, diciendo (3): El abismo de la tierra dice: No está dentro de mí; y el mar afirma: ni conmigo.... Escondida está á la vista de todos los vivientes de la tierra, y tambien se oculta á las aves del Cielo. La perdicion y la muerte digeron: A nuestros oidos llegó la fama de ella. El camino para hallarla, Dios le sabe, y El solo es quien conoce su morada.

Despues de esto, es asimismo preciso advertir que la palabra *infierno*, que significa un parage ó sitio inferior, bajo y profundo, oculto é invisible, se ve usado por los escritores sagrados en diferentes sentidos, y representa diversas ideas, como las voces primitivas *Schol* y *Ades*, la primera hebrea y la segunda griega, de donde se ha tomado: asi es que unas veces significan el sepulcro, otras el estado de los difuntos y de la disolucion de los cuerpos despues de la muerte; otras el lugar de las penas y suplicios que por sus crímenes y delitos sufrirán los pecadores despues de esta vida; y otras la mansion en que los justos que habian muerto antes de la venida de Jesucristo permanecian esperando el cumplimiento de las promesas del Redentor. La existencia pues de un lugar reservado para mansion de las almas separadas de sus cuerpos fue un artículo del símbolo de la fe de los antiguos patriarcas y de toda la nacion hebrea, y un apéndice ó consecuencia necesaria de la creencia de la inmorta-

jero sin apoyo no puede pensar en semejante empresa, porque tendria que ir acompañado no solo de una fuerza bastante numerosa, para imponer á los árabes que infestan las playas del Mar Muerto, sino que habria de construir algunos buques con maderas sacadas del Líbano, de Jerusalem, ó de Jaffa.

(1) Div. Joann. Damascen. lib. 3. *Orthodoxæ Fidei*. c. 27.

(2) Div. Ambros. lib. De *Incarnationis Dnicæ*. Sacramento. c. 5. in med.

(3) Job. cap. 28. vs. 14. 21 et seqbs.

lidad de las almas y de la bienaventuranza futura que esperaban conseguir por los méritos del Mesias. Antes de la venida del Redentor todos los justos morían con esta fé, esperando el cumplimiento de la promesa en el *Schol*, al que llamaban también *Paraíso*, *Casa de los Padres* y *Seno de Abrahán*. Esta creencia no fue solamente peculiar de los hebreos, sino común á los filósofos, á los moralistas del paganismo, y á todos los pueblos que profesaban la creencia de la inmortalidad de las almas. Todos ellos reconocieron el *Ades*, delicioso sitio reservado para los hombres de bien, ó lugar de castigo para los criminales, que espresaron con varios y diversos nombres, según los diferentes conceptos para que se aplicaba: como lugar de premio, llamóse *Campos Elíseos*, *Islas afortunadas*, *Mansion de los Dioses*; como lugar de castigo, se llamó *Orcus*, el *Tártaro* y *Reino de Plutón*. Pero desentendiéndonos de la fé y opiniones de los paganos, es preciso seguir la creencia de los patriarcas, de los judíos y de los cristianos, ó lo que es lo mismo la de la Sinagoga y la de la Iglesia.

De tres clases es por tanto el infierno que está bajo la tierra, ó tres son los infiernos que hay bajo de ella. El primero es eterno y oscurísimo, en cuya cárcel son atormentadas las almas de los reprobos por los espíritus inmundos con perpétuo é inextinguible fuego, y se llama *infierno inferior*, *fuego eterno*, *fuego inextinguible*, *horno encendido*, *lugar de suplicio eterno* y *lago de fuego y azufre*, de cuyo lugar dice Job (1): Déjame pues lamentarme de mi dolor por un momento, antes que yo me vaya allá de donde no volveré, á aquella tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte; tierra de miseria y de tinieblas, en donde tiene su asiento la sombra de la muerte, y donde todo está sin orden y en un caos ú horror sempiterno.

El segundo infierno, que también se llama Purgatorio, es un lugar donde con el mismo fuego del infierno son atormentadas las almas por un tiempo determinado por la Justicia Divina, á fin de que satisfecha esta, y purificadas de la reliquia de la culpa, puedan entrar libremente en la patria eterna, en la que nada entra que no esté perfectamente purificado. De este lugar parece que habló espresamente David cuando dijo (2): Pasar nos hiciste por el fuego y por el agua, pero al fin nos llevaste á un lugar de refrigerio y de descanso. Y también San Pablo cuando enseñó á los filipenses

(1) Job. cap. 10. vs. 20 et seqs.

(2) Ps. 65. v. 12.

que á la pronunciacion del nombre de Jesus se doblaba toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en el infierno (1). Claro y manifiesto es que las criaturas del Cielo y de la tierra alaben á Dios y doblen su rodilla á la pronunciacion del nombre de Jesus; pero cuales sean las que habitan en el infierno en donde esto se hace es lo que debe saberse.

No son las que existen en el fuego eterno y perpétuo, porque aquellas blasfeman su bondad, maldicen su justicia, y de ellas habló David cuando dijo (2): Vuélvete á mí, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia. Porque en muriendo ya no hay quien se acuerde de Tí; y en el infierno ¿quién te tributará alabanzas? Oh Señor, no te alabarán los muertos ni cuantos bajan al infierno (3).

Asi pues las almas que debajo de la tierra doblan su rodilla al oír pronunciar el nombre dulcísimo de Jesus son las que en el Purgatorio esperan su misericordia. Y el tercer infierno es el *Schol* ó el *Ades*, del que antes hablamos. En este lugar vió el rico avariento desde el Tártaro á Lázaro en el seno de Abraham, y aqui fue donde bajó Jesucristo despues de muerto.

Si la necia y atrevida incredulidad nos replicase que la historia del rico avariento no es una historia verdadera, sino una parábola; concediendo esta verdad aun le diremos: que es una parábola que tiene por objeto recordar ó representar verdades edificantes é instructivas, y que esta evidentemente enseña la gran diferencia de suerte que espera en la otra vida á los buenos y á los malos, y la existencia de un sitio ó lugar de premios y recompensas para los justos, y de castigos para los criminales: verdad que anunciaron una gran porcion de los antiguos Profetas, entre los que sobresalen David, Isaías, Oseas, Zacarías y otros, y que enseñaron despues constantemente como un dogma los Apóstoles: verdad que inculcó San Pablo á los de Corinto, que repitió á los Colosenses, á los Ephesios, á los Hebreos, en diversos parages de sus epístolas; y que últimamente San Pedro consignó en sus cartas dirigidas á toda la Iglesia. Solo conociendo y confesando esta verdad, se concilian mil y mil diferentes pasages de la Escritura Santa: dígasenos si no, ¿qué significaría decirnos la Escritura que habiendo muerto Abraham fue á reunirse con su pueblo, y que sus dos hijos, Isaac é Ismael, lo sepultaron en una gruta situada en los campos de

(1) Div. Paul. Ep. ad Philipps. c. 2. v. 10.

(2) Ps. 6. vs. 5 et 6.

(3) Ps. 113. v. 17.

Efrón? (1). Decir que aquellas espresiones significan que Abrahan fue colocado en el mismo sepulcro que sus padres, es un despropósito, y un comentario repugnante á la verdad de la historia; pues los mayores y padres de este patriarca murieron en la Caldea, y Abrahan fue enterrado con Sara, su esposa, en el pais de Canaan. Lo mismo sucede con respecto á Isaac, hijo de Abrahan, y con Jacob, que lo era de Isaac (2). Pero donde se descubre esta doctrina con toda la claridad posible, es en la muerte de Moisés. Sube este grande hombre por orden espresa de Dios al collado de *Abarim*, al monte *Nebo*, que está en el pais de Moab, frente de Jericó; y desde allí le dice el mismo Dios: Contempla y reconoce la tierra de Canaan, que Yo daré á los de Israel para que la posean, y luego morirás en el monte al cual has subido, y serás agregado á tus gentes y reunido á tu pueblo: lo que no es aplicable bajo ningun concepto á la reunion de la ascendencia y posteridad en un sepulcro comun, puesto que sus padres verisimilmente fallecieron en Egipto, y sus antepasados en la Caldea (3). Por consiguiente es claro que estas reuniones de los santos patriarcas á sus familias, indican la existencia de este *Schol*, ó *Ades*, donde se reunian los justos desde el principio del mundo, y estaban esperando la venida del Mesias, Redentor y Salvador de los hombres; al que bajó Jesucristo despues de muerto, Mesias verdadero, Redentor y Salvador, para alegrarlos y consolarlos.

Como capitán vencedor del infierno y de la muerte, haria su entrada triunfante precedido de músicas celestiales, cuyo estrepitoso, pero consolante eco, echaria por tierra las puertas de bronce con que se cerraba el infierno; é iluminadas sus lóbregas mansiones por los resplandores del Sol Eterno, enardecidos con los fulgores de aquella nueva luz los que por tantos siglos la habian esperado, dirian al Salvador: «Llegaste por fin, llegaste, dulcísimo »Salvador nuestro, y apiadado de nosotros, vienes á romper las »cadenas que tanto tiempo nos han detenido en este lugar. A Tí se »dirigian nuestros suspiros: á Tí se encaminaban nuestros largos y »pesados lamentos, y viniste á llenarnos de gloria, consolándonos »con tu divina presencia, porque verte, Señor, es gloria verdadera. Bendito seas, Redentor amantísimo, y bendígante todas las »criaturas del cielo y de la tierra, porque eres pio y misericor-

(1) Genes. cap. 23. vs. 8. 9 et 10.

(2) Genes. cap. 35. v. 29. et cap. 49. vs. 18 et sqbs.

(3) Numer. cap. 27. vs. 12 et 13. et Deuteron. cap. 32. vs. 49 et 50.

»dioso, y has usado con todos de misericordia.» La Iglesia de Jesucristo profesó esta doctrina del símbolo de los Apóstoles desde su mismo establecimiento, y aunque no se lea en algunos que usó la iglesia griega, ni aun en el Niceno, ni el Constantinopolitano, que canta todos los días la latina, se encuentra en el de Aquileya, que interpretó Rufino, y en otros varios cuya antigüedad data desde los tiempos apostólicos: esto debe bastarnos para que la creamos y confesemos como un dogma de nuestra fé, depositada en todas las iglesias del mundo cristiano, despues de la declaracion y promulgacion de los Apóstoles. Todos los obispos, padres y doctores de la iglesia de Oriente y Occidente, griegos y latinos, la han enseñado y predicado uniforme y constantemente: y la de España la publicó y enseñó en varios concilios españoles, muy particularmente en los Toledanos IV y XVI, y por lo mismo tambien fue esta la creencia y doctrina de nuestros mayores, de nuestros Padres y Santos. Y si todo lo dicho no bastase para desvanecer cualquiera duda que la impiedad pudiera suscitar sobre la creencia de este dogma, téngase presente la famosa profesion de fé del Concilio general Lateranense, celebrado en el pontificado del grande Inocencio III. No es este por tanto un punto opinable y controvertible, sobre el que no es permitido á ningun católico vacilar; porque solo un incrédulo ó un infiel son los que se atreverán á negar lo que la Iglesia Católica cree y confiesa, y tiene definido y sancionado.

ORACION.

O buen Jesus, cuya caridad eterna, piedad inesfable y misericordia infinita, no solo te movieron á bajar del Cielo á la tierra para buscar al hombre perdido, redimirle y salvarle, sino que para obrar tan grandiosos y admirables misterios te obligaron tambien á instituir el augustísimo y adorable Sacramento del altar, en la misma noche en que por un infame discípulo habias de ser entregado en manos de tus enemigos, para ser el alimento de las almas, y estar en compañía de los hombres hasta la consumacion de los siglos; y que despues quisiste ser preso, abofeteado, herido, escupido, azotado á la columna, coronado de espinas, pospuesto á Barrabás, y clavado por fin en el madero de la Cruz, desde la que pediste perdon á tu Divino Padre por los que te habian crucificado; constituyéndote abogado y defensor de todos los pecadores; perdonando al ladron y dejándonos tu propia Madre para que lo fuese nuestra; llevándote tu caridad ardentísima hasta bajar al infierno despues de muer-

to para consolar y alegrar las almas de los justos, que esperaban tu santo advenimiento: haz, clementísimo Señor, que por los méritos infinitos de tu sacratísima pasión y muerte, por los dolores del corazón purísimo y amantísimo de tu Madre, y Madre nuestra; por la soledad amarguísima á que se vió reducida despues que te dejó sepultado, y por el gozo y alegría de que se vieron llenos los padres y todos los justos cuando bajaste á visitarles, seamos nosotros consolados y socorridos con los auxilios de la divina gracia en todas las tribulaciones, penalidades y miserias de la vida, á fin de que visitados por Tí en el tiempo oportuno, sostenidos y alentados, merezcamos al salir de ella poseerte y gozarte, en compañía de tu Madre y de todos los Santos y justos, por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el 26 y 27 de San Mateo, en el 14 y 15 de San Marcos, en el 22 y 23 de San Lucas, y en el 18 y 19 de San Juan.

La Iglesia usa del testo de San Mateo en la pasión del día de Ramos. Del de San Marcos en la del Martes Santo. Del de San Lucas en la del Miércoles: y del de San Juan en la del Viernes. No se ponen las traducciones literales con motivo de hallarse en todas las Semanas Santas que estan en castellano: solo sí resta que advertir que el contenido del § 1.º corresponde al cap. 11 del Evangelio de San Juan, y se lee en el Evangelio de la misa del Viernes de pasión. El del § 6.º al cap. 13 del mismo San Juan, y se lee en el Evangelio de la del Jueves Santo: y el de los §§ 7.º, 8.º y 9.º corresponde á los capítulos 16 y 17 del propio Evangelista, y se lee en las misas de las Dominicas 3.^a, 4.^a y 5.^a despues de Pascua de Resurrección, en la vigilia de la Ascension y en otros varios, cuyas traducciones se omiten por evitar complicaciones, que siempre causan confusion.





CAPITULO XXVII.

RESUCITA JESUCRISTO DE ENTRE LOS MUERTOS, Y LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO HUYEN POSEIDOS DE TEMOR Y ESPANTO. APARECE EN EL MISMO DIA, PRIMERO A SU MADRE, DESPUES A MARIA MAGDALENA, LUEGO A LAS PIADOSAS MUGERES; Y POR ULTIMO A LOS DISCIPULOS QUE DESDE JERUSALEN MARCHABAN A EMAUS.

Desde las seis de la tarde de la feria sesta, esto es, pocos momentos antes del principio del sábado y de la Pascua, hasta la aurora de la primera feria, esto es, de nuestro domingo, permaneció el cuerpo de Jesus en el sepulcro, saliendo de él victorioso y triunfante de la muerte. Los soldados puestos por la Sinagoga velaban cerca de él, y el Eterno Padre, en cuyas manos su amado Hijo habia puesto su alma, la volvió á unir á su divino cuerpo. Jesucristo, que en medio de las afrentas y dolores de su pasion, y de las ansias y agonias de su muerte, no habia dejado ni por un solo instante de ser Hijo de Dios; que dejó su alma porque quiso; que la volvió á tomar porque le plugo, y porque asi convenia á la magestad y á la gloria del Hijo único de Dios; gozando ya de una vida

nueva, no trastornó, ni removió para salir del sepulcro la piedra grande que cerraba su entrada, penetrándola con la virtud propia de los cuerpos gloriosos; y dejando los lienzos en que habia sido envuelto, se alejó del lugar de su sepultura. Si nada mas hubiese que meditar en este misterio, desde luego podriamos adoptar el pensamiento de San Gerónimo perfumándonos con aromas esquisitos y llenando nuestros corazones con ungüentos suaves y olorosos como la Esposa santa, para salir á recibir al Rey celestial y triunfante (1), y coronarle con la diadema de honor y de gloria, con la que se coronó su propia Madre en el dia de la principal alegría de su corazon: pues ya pasó en efecto el invierno de la mas negra y recia tempestad, y amaneció el dia claro y pacífico de la verdadera dicha, de la ventura y de la paz, que hizo el Señor para que todos nos alegremos y regocijemos en él.

Pero siguiendo esta misteriosa alegoria, fuerza es convenir en que no es solamente el tierno arrullo de la tórtola ni la suave caricia de la paloma lo que en la tierra se oye; y aunque florecieron ya las viñas, y esparcieron su grato olor; aunque brotó la flor de la vida, y dió el fruto copiosísimo de la redencion; aunque tras negra y tormentosa noche apareció de nuevo el Sol hermoso que se habia eclipsado en la cruz; y aunque apareció resucitado ya en su gloria el Esposo que cerca de tres dias habia dormido bajo de su sombra, para despertar los que dormian en el sueño de la muerte, se escitó un grande terremoto en sus contornos. Los Angeles del Señor, que tan amargamente habian llorado sobre los horrores de la muerte del Hombre Dios, se apresuraron en prepararle el camino para la manifestacion de su gloria, y para que fuese tan terrible y espantosa como habia sido aquella, la manifestacion de su triunfo: por lo que dijo San Agustin (2): Despues de las burlas y los azotes; despues de las espinas y la cruz; despues de los clavos y los brevages de hiel y vinagre, y por fin despues de la muerte y del descendimiento á los infiernos, vino la resurreccion, ¡tan gloriosa y magnífica, cuanto afrentosa habia sido aquella. Las mismas criaturas insensibles que se habian conmovido en su desgracia, se conmovieron tambien al ver su magnificencia y su gloria; y al revolverse la gruesa piedra que cerraba el sepulcro, al ver centellantes los ojos del Ministro Celeste que sobre ella se sentaba, y al contemplar que sus miradas despedian rayos que iluminaban las estancias oscuras y á todos ellos

(1) Div. Hieronim. in cap. 16. Marci.

(2) Div. Augustin. Serm. De Resurret.

aterraban, cayeron unos como muertos, y otros huyeron poseidos de pavor y espanto, á dar á los miembros de la Sinagoga la nueva fatal que no esperaban. No podia suceder otra cosa. El aspecto del Angel era semejante al de un relámpago que aterra y deslumbra, y sus vestidos blancos como la nieve turbaban la vista con su resplandor.

Mientras los judios huian despavoridos del sepulcro y daban á los ministros de la Sinagoga la noticia que no esperaban; mientras las Marias preparaban los aromas para ir muy de mañana á visitar el lugar á dó se dirigian todos sus afectos, para ungir de nuevo otra vez á su Maestro; llegada la hora, deja Jesus la compañía de los justos á quienes habia alegrado, y va á consolar y alegrar antes que á ninguna otra criatura de las que vivian en la tierra, á su amantísima y afligidísima Madre. De esta aparicion nada dicen los Evangelistas; pero ella tiene en su apoyo todas las consideraciones imaginables. San Bernardo dice, que Maria por ser Madre de Jesus merecia mas con El que todas las demas criaturas; porque en ella no habia faltado jamás la fé de su Divinidad, por consiguiente ni la esperanza cierta de su resurreccion: y asi cuando las otras Marias se dispusieron para ir al sepulcro, ella quedó sola; no tanto porque estaba debilitada y cuasi enteramente desfallecida por la pena, cuanto porque no quiso ir á buscar al viviente entre los muertos. Le apareció antes que á las demas, porque como era la que mas habia padecido, á ella se debian, segun el órden de caridad y de justicia, los primeros y los mas grandes consuelos. Oraba Maria, resignando cada vez mas los afectos de su voluntad en las manos del Padre, uniéndolos incesantemente á los de la de su Hijo, derramando lágrimas de compasion y ternura, y de repente le aparece el Hijo triunfante y glorioso, vestido con los bellisimos vestidos de su gloria, el mas bello y agraciado entre todos los hijos de los hombres; en el instante se troca toda su pena en contento, todo su llanto en gozo, toda su tristeza en alegria; y las lágrimas que derrama son ya de satisfaccion y consuelo. Inclínase á la vista de su Hijo, y le adora con el mayor rendimiento: le abraza con ternura, registra detenidamente su cuerpo, como para ver si habia desaparecido todo motivo de dolor. ¡Oh! ¿Qué gozo tan extraordinario es el que ocupa su alma cuando revestido el cuerpo de su Hijo de aquellos grados de gloria *Agilidad, Impasibilidad, Sutileza y Claridad*, propias de los espíritus bienaventurados? ¡Oh! ¿Qué satisfaccion tan cumplida al oir de la propia boca de su Hijo, el modo con que habia librado á todo el mundo del poder del infierno; como habia encadenado su

rabia, y los dulces coloquios y conversaciones que habia tenido con las almas de los padres en el seno de Abraham? ¡Oh! ¿Qué júbilo tan inesplicable al saber por Jesus noticias de su Esposo el Patriarca San José, de sus padres San Joaquin y Santa Ana, y de sus parientes y allegados?

Aunque nada de esto digan los Evangelistas, la Iglesia no reprueba esta piadosa creencia, antes al contrario, parece que la comprueba con las procesiones que en este dia, y con motivo de esta primera aparicion de Jesus á su Madre autoriza, siendo la primera la que se hace á Santa Maria la Mayor de Roma; y si no habia de creerse porque ningun Evangelista lo refiere, tampoco se podria creer que la Madre hubiese visto al Hijo resucitado, puesto que tampoco ninguno dice, que ni aun despues le apareciese; lo que seria un descuido muy reparable en tal Hijo con respecto á tal Madre; y tanto mas, cuando el Hijo ha colocado en primera línea en los mandamientos de su ley, despues del honor y gloria de Dios, el que debemos á los padres. A mas de que no era conveniente que la Madre fuese la primera en deponer sobre la Resurreccion de su Hijo, porque si las declaraciones de las otras mugeres parecieron delirios á los incrédulos, ¿cuánto mas se hubiera calumniado la de la Madre, tan interesada en el honor del Hijo? San Ambrosio (1) afirma con el gravísimo peso de su autoridad, y dice: Vió Maria la Resurreccion de su Hijo, la vió la primera y creyó. Sobre esto no quisieron escribir los Evangelistas, sino que lo dieron por sentado y cierto. Y San Anselmo concluye (2) diciendo: Si alguno pregunta, cómo es que no dicen los Evangelistas que el piadosísimo Señor apareció primero á su Madre despues de su Resurreccion, para mitigar los dolores que en su corazon padecia á causa de su pasion; yo diré, que habiendo hecho esta misma pregunta á varones piadosos y sabios, me han contestado, que aquellos Santos escritores nada superfluo escribieron en su Evangelio, y lo seria sin duda haber estampado en él, que el Hijo de tal Madre, Reina y Señora del mundo, Emperatriz de los Cielos y de los ángeles, le habia aparecido al resucitar de entre los muertos, enseñándola el misterio de su Resurreccion. Esto hubiera sido igualar la Madre con las demas criaturas, de las cuales se dice que antes ó despues las apareció.

Sábía y oportunamente habia permitido el Señor, que al terre-

(1) Div. Ambros. lib. 3.º De Virginibus.

(2) Div. Anselmus. lib. De Excellentia Virginis, c. 6.

moto del sepulcro y á la vista del ángel hubiesen huido llenos de temor y espanto los guardias que locustodiaban, para que la noticia de este tan fausto y glorioso acontecimiento se divulgase por todos los lugares con la mayor velocidad. La huida de los centinelas permitió que las piadosas mugeres que habian comprado aromas para ungir y embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesus, pudiesen dirigirse á aquel lugar libres de todos los recelos, y que los Apóstoles pudieran verificarlo con seguridad. La mas amante se avanzó á todas y llegó al monumento la primera, mas tal vez con ánimo de llorar y desahogar á sus solas los tiernos afectos de su corazón mientras llegaban sus compañeras, que con la esperanza de ver á su amado antes que ellas; pues unas y otras habian pensado y dicho entre sí: ¿quién nos levantará la losa que cierra la entrada al monumento? Llegó Maria Magdalena llevada en alas del amor, aun siendo oscuro, ó antes de ser el dia claro, y se asombró al ver quitada la piedra: no retrocedió empero, la reanimó el amor y entró; mas no viendo el cuerpo de Jesus, corrió al punto y vino á Simon Pedro y al otro discípulo amado del Salvador, y les dijo: han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos donde lo han puesto. El angel que aterró á los soldados no se dejó ver en esta ocasion de Maria, por consiguiente dijo á Pedro y á Juan lo único que podia decirles, á saber, *se han llevado al Señor*.

Lo sospechoso de la noticia no permitió muchas treguas á los Apóstoles, levantáronse y corrieron ambos, aunque el otro discípulo corrió mas que Pedro; mas á pesar de que llegó el primero no se atrevió á entrar, y bajándose un poco vió los lienzos puestos y arrimados á un lado. Llegó Simon Pedro y entró, y vió los lienzos allí echados y el sudario que habia sido puesto sobre su cabeza, no con los lienzos, sino envuelto y colocado en un lugar aparte. Moderó Juan en esta ocasion los escesos de su amor, para que aquel que Jesus habia elegido para cabeza del Colegio Apostólico, se instruyese el primero de todas las circunstancias, y hallase las cosas en el estado en que las habia dejado el Salvador, á fin de que confrontado el hecho con las predicciones que lo habian anunciado, decidiese despues con autoridad lo que de allí convenia concluir. Con la prudencia propia de quien ha de dar testimonio claro y auténtico de la verdad de un hecho sobremanera interesante y glorioso, examinó Pedro lo que veia, é hizo que lo observara Juan, y se convencieron ambos que de la manera que estaban colocadas la sábana y el sudario, no indicaban la precipitacion de un robo furtivo y cauteloso, sino la madurez de las mas

bien tomadas determinaciones, y la ejecucion de un designio admirable de la Providencia para la demostracion de un tan grande milagro. Asi es, que sin ver los ángeles, ni á Jesus, tuvo desde luego una fe tan pura y cierta del misterio de la Resurreccion, que ya se halló en estado de poder reunir á sus compañeros y asegurarles, no solo del cumplimiento de las promesas que habian oido de la boca del Maestro Divino, sino de que su cuerpo no habia sido robado, sino que verdaderamente habia resucitado entre los muertos; animándoles á esperar el momento en que su divina presencia les confirmase esta verdad.

Esta fe de Pedro en esta ocasion es tanto mas laudable, cuanto es cierto que ni él ni su compañero Juan comprendian aun perfectamente el sentido de las Escrituras, ni por consiguiente el modo como Jesucristo debia resucitar; pero es innegable que volvieron á Jerusalem llenos de consuelo, dejando con sentimiento las inmediaciones del sepulcro, donde hubieran permanecido por mas tiempo á no ser porque se acercaba apresuradamente el dia, y no convenia para la publicacion de la verdad de los misterios y para la seguridad de los discipulos, que fuesen sorprendidos en aquel lugar por los ministros de los judios dos de los mas adictos y allegados al Salvador. La amante Magdalena no se atrevió á seguirlos, y se quedó resuelta á llorar amargamente persuadida de que de allí se habia quitado á su Maestro: poseida de pena como era regular, se inclinó y dirigió sus ojos hechos dos fuentes á lo hondo del sepulcro. No vió al dulcísimo objeto de su amor, pero divisó dos jóvenes vestidos de blanco sentados con magestuosa tranquilidad, uno en el lugar donde habia estado la cabeza de Jesus y el otro á los pies; los que al contemplarla llorosa, la dijeron con una amabilidad que ella no comprendió: ¡Muger! ¿Por qué lloras? *Porque quitaron á mi Señor*, les responde, *y no se dónde lo pusieron*. Mas al pronunciar estas palabras volvió los ojos á un ruido que habia sonado y vió á Jesus, aunque tampoco lo conoció, sino que se le figuró era el hortelano que cuidaba aquel huerto; y habiéndole este preguntado ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? le respondió, continuando la misma respuesta que daba á los ángeles: *Si tú lo has quitado, dime donde lo has puesto y yo lo llevaré*. Amaba Jesus tiernamente á Maria, y como para consolarla la llamó por su propio nombre, y la dijo: ¡*Maria!* Nada mas fue necesario. Ella estaba como inmoble, tenia fijos en El sus llorosos ojos, y si la engañó la presencia, no la engañó, ó mas bien la descengañó enteramente la voz: le conoció, se arrojó á sus pies para besarlos

y estrecharlos como solia, y exclamó: ¡RABONI! esto es, *Maestro*. Pero apartándose un poco Jesus, la dijo: No me toques: aun no he ascendido á mi Padre: mas ve á mis hermanos y diles, subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Lo cual dicho, desapareció de su vista.

Varios son los motivos que señalan algunos padres y otros escritores, que pudo tener Jesus para aparecer á Magdalena despues que á su Madre y antes que á los Apóstoles, haciendo que esta mu-



ger fuese la primera anunciadora de su Resurreccion. La muger, que fue la primera que corrió á la culpa, ahora fue tambien la primera que corrió á la fuente del perdon. La primera que recibió la perfidia en el fondo de su corazon hallándose en el paraíso, es la primera que corre para vestirse de fe en el sepulcro. La que del seno de la vida arrebató codiciosa la muerte; en el sepulcro de la muerte corre á buscar las primicias de la vida. La que entonces fue rebelde, se muestra ahora una sierva tan fiel, que al parecer se olvida de sus compañeras y amigas, y en cumplimiento del precepto del Maestro las abandona, para correr á dar á los Apóstoles la noticia de lo que acababa de sucederle. Vuélvese pues pre-

surosa á Jerusalem, tan fuera de sí por la alegría, cuanto antes lo estaba por la pena; tan trasportada por el gozo, cuanto antes lo estaba por el llanto; tan enardecida por el triunfo, cuanto antes estuvo abatida por la afrenta; tan orgullosa en fin por la completa victoria, cuanto humillada antes por la espantosa derrota: halla á los mismos Apóstoles que poco antes habian corrido con ella llorando al monumento, y á otros que lloraban aun, y les dice: *Jesus ha resucitado como nos lo tenia dicho*. No lo dudeis. Yo he tenido la dicha de verle, me ha llamado por mi nombre, y me ha mandado que venga á daros esta felice nueva. Oid los términos en que precisamente está concebida la embajada que en su nombre y de su orden debo daros: *Marcha á mis hermanos*, ha dicho, *y asegúrales que voy á subir á mi Padre, y Padre vuestro, á mi Dios, y Dios vuestro*. Pedro y Juan no dudaron ni un solo instante; conocieron que este era el language del Salvador, y acordándose de que en alguna ocasion le habian oido repetir estas mismas palabras, creyeron en el instante: aunque otros mas apocados y tímidos, por mas que la oían aseverar y repetir, *yo le he visto*, no la creían (1), atribuyéndolo á una imaginacion alucinada de una muger, que seguramente procedia engañada por la vehemencia de su amor.

No es posible pasar en silencio lo que con este motivo dicen los Padres y Doctores de la Iglecia. Maria, llena de amargura, abrasada de amor, é ignorando lo que debia hacer porque sin el Maestro no podia vivir; lloraba porque no le hallaba, y no sabia donde debia buscarle. Estaba de pie á la parte de afuera del monumento, esto es, en el huerto; porque la fuerza del amor no la permitia sentarse ni echarse, y mientras estaba de pie, lloraba y se lamentaba por su Señor. Tanto era el incendio del amor que la impulsaba, tanta la vehemencia de la piedad que la impulsaba, tanta la eficacia de la voluntad que la arrastraba, tan fuertes las ligaduras del amor que la aprisionaban, que olvidada de la flaqueza natural de la muger, ni el horror que debian causarle las tinieblas, ni la idea de la bárbara fiera de los perseguidores, bastó para retraerla de visitar muy de mañana el sepulcro, ni para obligarla á apartarse de él cuando los discípulos se apartaron. Porque estaba abrasada con el fuego del amor, porque en su corazon crecía cada vez mas el incendio, nada la mitigaba sino el llanto, ni nada la consolaba ni reforzaba sino el gemir y el llorar; de modo

(1) Marc. cap. 16. v. 11.

que, ella pudo verdaderamente decir: *Mis lágrimas fueron mi pan día y noche, desde que me dicen continuamente: ¿dónde está tu Dios?* (1). Porque llorando alcanzó Maria todo lo que quiso. Llorando obtuvo el perdón de sus pecados. Llorando alcanzó la resurrección de su hermano. Y llorando mereció el consuelo de saber la Resurrección del Salvador (2). Los ojos que lo habían solícitos buscado y no le habían hallado, le llamaron con lágrimas, llorando mas porque lo habían quitado del monumento, que cuando le vieron colgado en el madero; porque ya no le quedaba esperanza alguna de volver á ver á un tal Maestro, y tan digno de ser amado (3).

No son menos notables y dignas las palabras con que el grande Orígenes encomia el celo, la firmeza, el amor y la constancia de Maria Magdalena con motivo de su ida tan temprano al sepulcro (4). Hemos oído, dice, hermanos, que Maria permaneció de pie fuera del sepulcro, y que estaba llorando. El amor la llevó, el amor la hizo permanecer, el amor la obligó á llorar. Estaba de pie y miraba por si acertaba á ver al que amaba, y con tanto afán buscaba. El dolor se le habia renovado enteramente, y al que antes habia llorado difunto, ahora lloraba robado. Este dolor era mas terrible que el primero, porque ahora ya no la quedaba esperanza alguna de consuelo. Si le habia perdido vivo, esperaba verle y poseerle despues de muerto; pero robado, se le robó tambien la esperanza y el consuelo: por esto no podia consolarse de la pena de no hallarle. Temia no se enfriase en su pecho el amor del Maestro, que habia de enardecerse mas con solo mirarle despues de muerto: lloraba por tanto con vehemencia, porque un dolor se le habia añadido á otro dolor. Los dos llevaba en el corazón, queria aliviarlos con las lágrimas y no podia. Faltábanle las fuerzas en el cuerpo y en el espíritu, é ignoraba lo que debia hacer. Pedro y Juan temieron, por eso se marcharon. Maria empero no temia, porque no recelaba le pudiese suceder algo porque debiera temer. Habia perdido á su Maestro, á quien amaba tan ardentemente, que fuera de El nada podia amar ni esperar. Habia perdido la vida de su alma, y creia que ya le seria mucho mejor morir que vivir; porque pensaba que solo muriendo podria hallar á aquel, que viviendo ya no podia gozar. Aquí en verdad se vió, que el amor es

(1) Ps. 41. v. 4.

(2) Div. Augustin, Hom. in Sabth. Paschæ.

(3) Idem. Tract. 121. in Joann.

(4) Origen. Hom. 10. in diversos.

mas fuerte que la misma muerte. ¿Qué mas podia hacer ya en Maria? Estaba como exánime, se habia hecho insensible. Sintiendo, no sentia: viendo, no veia: oyendo, no oia: no estaba allí donde se hallaba, porque toda estaba donde estaba su Maestro, y ella no sabia donde aquel se hallaba. Ya nada sabia sino amar, y por su querido llorar. Se le habia olvidado el temer, porque se habia olvidado de sí misma, y de cuanto habia en el mundo menos de su amado.

Al que ama no le basta mirar una vez, dice San Gregorio (1), porque la fuerza del amor obliga á multiplicar los desvelos en la investigacion. Buscó Maria Magdalena primero una vez, y nada halló, perseveró en buscar y le sucedió el hallar. Buscando crecieron sus descos, y creciendo cogieron el fruto que deseaban. Se inclinó para buscar y vió dos ángeles que la vinieron á consolar: su vista fué principio de nuevas dichas, y la manifestacion de su dolor lo fué de nuevas glorias. Jesus la oye llorar, hablar con los ángeles, gemir y suspirar, y cuenta á su Madre, con quien hablaba, los afanes de Maria, y se despide de ella para ir á consolar á la discípula (2), porque Jesus es el consuelo de los que lloran, y ve correr las lágrimas de la piadosa mujer. Como la agita el amor aparta la vista de los ángeles mismos para buscar á su amado, y entonces es cuando este se digna aparecerle, porque solo llegan á ver á Dios los que á El se convierten por el amor (3). Volvióse y lo vió, pero no le conoció, porque le veia menos glorioso; y así su primer cuidado fué preguntar por el objeto dulcísimo de su amor, mientras el amado la preguntaba por el motivo de su llanto. Jesus la amaba, y no queriendo retardarla mas el instante dichoso, la llama por su propio nombre. Maria, la dice, y Maria le conoce. Momento dichoso. Sola la autoridad del amante soberano pudo contener los arrebatos del amor de Magdalena. Solo el amor basta al amor y nada mas le satisface.

Entretanto que el Salvador preparaba los sucesos, segun el órden de su providencia, para dar á los Discípulos, aun incrédulos los mas, otras lecciones no menos importantes; las piadosas mujeres, que antes de la aurora habian salido de Jerusalem en compañía de la Magdalena con direccion al sepulcro, y se habian detenido en

(1) Div. Gregor. Hom. 25. in Evangel.

(2) Origen. Hom. 10. in Diversos.

(3) Div. Crisostom. Hom. 85. in Joann.

el camino, se acercaron hacia el huerto; y casi como olvidadas de su principal amiga y compañera, é ignorantes de todas las novedades ocurridas en aquella madrugada, se decían entre sí: ¿quién nos removerá la piedra puesta á la entrada del sepulcro? pues era sobremanera grande: y aunque contaban con este embarazo no sabían que la Providencia había removido este y el otro mayor, que era el haber huido los guardias que custodiaban el sepulcro, y mirando desde lejos con cuidado alcanzaron á ver con claridad, puesto que ya había salido el sol, que estaba quitada la piedra de la puerta del monumento; de lo que se alegraron, precisamente porque



creyeron que así podrían satisfacer con más anchura los afectos de su piedad. Con esta inesperada ventaja se acercaron con cierta especie de alegría, aunque mezclada con algún temor; pero su sorpresa llegó á lo sumo cuando entrando en la cueva vieron á la mano derecha asentado el Ángel del Señor bajo la figura de un joven bellísimo, cubierto de una ropa larga y blanca; y sobrecogidas de temor, sin saber qué hacerse, fueron de repente consoladas por el mismo mensajero celeste, que les dijo: *No tengais miedo ni temor alguno: sé bien á lo que venisteis. Buscáis á Jesus Nazareno crucificado: no está aquí, resucitó segun lo habia predicho. Venid, ved, obser-*

vad el sitio donde lo pusieron. Sí, venid, bajad, vereis el parage donde descansó vuestro Dios y mi Dios, el Dios y Señor de los ángeles y de los hombres, cercioraos por vosotras mismas; y ya que os gloriais de ser del número de sus fieles discípulas, cumplid el oficio de tales llevando á los Apóstoles, y particularmente á Pedro, la noticia alegre de su Resurreccion. Sí, id y decidles: resucitó nuestro Señor y Maestro: va delante de vosotros á esperaros á Galilea; allí lo vereis como os lo tiene prometido.

Mucho hay que advertir sobre este pasaje, pero no todo se puede decir. Temian y se las aparece un Angel, pero Angel bueno: que si bien al principio las aterra con su resplandor, las alienta despues con su conversacion, y las alegra al fin con la fausta noticia que las da, y con la importante comision que las manda desempeñar. En esto se diferencia el Angel bueno del malo, porque este aterra al principio con su horrible voz, luego engaña con falsas promesas y al fin contrista, porque descubierto el engaño induce á la desesperacion. Las manda no temer, como quien dice: teman los que no aman la compañía de los ciudadanos celestiales, y oprimidos por los deseos de la carne desesperan de poderla conseguir. Vosotras empero que buskais á los siervos del Señor y en ellos hallais vuestros conciudadanos y amigos, ¿por qué habeis de temer (1)? Vosotras, que buskais á Jesus crucificado y muerto, ya temisteis bastante en su pasion y muerte: pasó el tiempo del temor y llegó el de la satisfaccion verdadera, el del gozo cumplido. Vosotras, que no le buskais triunfante, sino abatido, sabed que triunfó y se exaltó magnífica y gloriosamente. Resucitó: no está aqui (2): Esto es, por la presencia del cuerpo y de la carne, aunque de aqui no falta por la de la Divinidad y Magestad. Resucitó en cuanto á la humanidad, porque ningun daño pudo recibir en cuanto á la Divinidad; y añadió, *segun dijo*, para traerles á la memoria cuanto les habia manifestado anticipadamente el Señor con respecto á su pasion, muerte y Resurreccion, significándoles con esto que si á El no querian dar entero crédito lo diesen á los profecias de su Maestro, enseñándolas el lugar donde habia estado colocado, en confirmacion de la verdad que les anunciaba.

Mandólas que fuesen á anunciarlo á sus Apóstoles y á Pedro para enseñarlas que no se las comunicaba tan dichosa nueva para que fuese para ellas solas el gozo y lo tuviesen encerrado en el fon-

(1) Div. Gregor. Hom. 25. in Evangel.

(2) Div. Crisostom. Hom. 90. in Math.

do de su corazon, sino para que lo comunicasen á los que como ellas amaban y creian. Adviértase empero que no las mandó á los amadores del mundo sino á los Apóstoles y Discípulos, porque á ellos estaba reservado el anunciar estos tan grandes misterios á todas las gentes y naciones del universo. Y por último las dijo, que anunciasen á aquellos les precederia en Galilea, porque queria el Señor que allí, donde fué el principio del esplendor de la gracia, lo fuese tambien del esplendor de la gloria. A las mugeres manda el Angel que anuncien á los Apóstoles la Resurreccion del autor de la vida, porque una mujer anunció al hombre primero por la persuasion del diablo la entrada en el mundo de la muerte (1); y asi como se verificó la venida de la muerte al mundo por la sugestion del diablo á la muger, y de esta al hombre, asi tambien la anunciacion de la vida se verificase por medio de un ángel á las mugeres, y por estas á los varones.

Hízose especial mencion de Pedro, ya por la primacia que el Señor le habia prometido entre los Apóstoles, ya porque atendida la magnitud del pecado de la apostasia no desespérase de la reconciliacion, y no temblase de presentarse con los demas Apóstoles á la vista del Salvador; pues se juzgaba indigno del discipulado por haber negado tres veces al Maestro (2), por lo que fué preciso llamarle espresamente. *Allí le vereis*, les dijo: sentencia breve, segun sus sílabas, pero grande en la cantidad de la promesa. Allí está preparada la fuente de nuestro gozo y de nuestra salud eterna. Allí se juntan todos los dispersos y se robustecen los tímidos y humildes de corazon. Allí le vereis, pero no como antes le visteis, sino triunfante y glorioso, resucitado de entre los muertos, pero para no morir otra vez.

Aun en lo restante de esta narracion se nota alguna que otra muy pequeña diferencia entre los Evangelistas; todos convienen en que obedientes á la voz del ángel entraron en la gruta donde habia estado sepultado el Señor, y como no hallasen el Santo Cuerpo de Jesus, que buscaban, se aumentó su temor de tal manera, que salieron de allí sin atreverse á levantar los ojos para mirar otros dos ángeles que se les aparecieron en figura humana, hasta que deslumbradas con el resplandor de sus vestidos, que eran sobremana blancos, hermosos y resplandecientes, hubieron de fijar en ellos su atencion, y entonces las digeron: ¿por qué buskais entre los

(1) Div. Gregor. Hom. 21. in Evangel.

(2) Div. Hieronim. Hom. 16. in Marc.

muertos al que está vivo y es la vida misma? No está aquí; ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo un dia estando aun con vosotros en Galilea, esto es, que convenia que el Hijo del Hombre fuese entregado en manos de sus enemigos, que fuese crucificado y que resucitase al tercer dia. Esta advertencia les acordó la prediccion del Salvador, pero no bastó para disipar enteramente su miedo. Salieron con precipitacion del sepulcro, con gozo al mismo tiempo, para ir á dar las nuevas á los discípulos; pero la celeridad con que caminaban, y el temor y el gozo de que iban llenas, no las permitió declararse á persona alguna. Marchando ellas con esta precaucion, hé aquí que les salió al encuentro Jesus, y las saludó diciendo: *Dios os guarde*. Mas ellas, acercándose, abrazaron sus pies y le adoraron. Entretanto díjoles Jesus: No temais, id, y notificad á mis hermanos que vayan á Galilea, y que allí me verán. Marcharon pues, y dieron noticia de todas estas cosas á los once y á los demas que estaban con ellos. Algunos tuvieron esta relacion como un delirio y no creyeron lo que les decian. Las mugeres que la hicieron fueron: Maria Magdalena, y Maria, muger de Cleofás, Juana, muger de Chusas, intendente que fué de Herodes, Salomé, madre de Juan y Diego, y otras que ordinariamente seguian al Salvador y habian subido con aquellos desde Galilea, y todas, de comun acuerdo, testificaban que Jcsus habia resucitado, y que ellas habian tenido la dicha de verle y de hablarle.

Mientras que con estos y otros no menos admirables prodigios queria Jesus que se divulgase y testificase el misterio de su santa Resurreccion, sus furiosos é implacables enemigos se afanaban en buscar medios, por abominables que fuesen, para desvanecerlo, destruirlo y hacerlo increíble: y á pesar de que los centinelas lisa y llanamente les habian referido que habian visto un joven lleno de magestad que bajaba del Cielo hácia el lugar donde ellos estaban; que á su llegada hizo temblar la tierra; que el terremoto dobló, é hizo volar la piedra que cerraba el sepulcro, en el que ya no apareció el cadáver del Hombre que habia sido crucificado; que este espantoso ruido y la vista del jóven, cuyo semblante era resplandeciente y mas terrible que el rayo, les habia derribado, haciéndoles rodar por el suelo sin sentido y como muertos; con todo, los hombres de la iniquidad no se convencieron á vista de tan portentosas maravillas, y endurecidos cada vez mas, en vez de adorar y reverenciar el poder, que triunfaba del suyo y de la muerte, determinaron hacer lo posible para impedir que se creyese el misterio de la Resurreccion. Dieron á los soldados una gruesa suma de dinero

para que digesen, que durmiendo ellos por la noche vinieron sus Discípulos y se llevaron su cuerpo: y para quitarles el miedo que debia inspirarles la confesion del delito que les aconsejaban, les aseguraron, que en el caso de que este hecho llegase á noticia del Gobernador, interpondrian con él su autoridad para eximirlos de toda responsabilidad y castigo. Creyeron los dichos los soldados, y habiendo recibido el dinero empezaron á esparcir por todas partes la grosera y criminal impostura, que la perfidia de los unos atestiguaba y la atrevida necedad no rehusaba creer.

Con este motivo dice San Crisóstomo (1): Contaron los soldados lo que les habia sucedido, para que resplandeciese mas la verdad anunciada por los mismos contrarios, á cuyo fin se verificó á su vista el terremoto y la maravillosa aparicion del ángel. Contra su propia voluntad é intencion publicaron los designios de la Providencia que querian impedir, y se divulgó con mayor rapidez lo que querian ocultar. ¡O necedad verdaderamente estúpida y grosera! ¡Testigos dormidos presentas! Si dormian, ¿cómo vieron el hurto? Si no lo vieron, ¿cómo pueden ser testigos? Si eran guardias, ¿por qué no cumplieron con su deber y detuvieron los ladrones? ¡Ah! Ellos mintieron sobre su cabeza, pues no eran tan condescendientes, que si hubiesen visto ladrones no los hubiesen detenido. En verdad que cuanto decian no presentaba sino el aspecto de la mentira. Si los discípulos eran hombres idiotas y pobres, y como discípulos de Cristo aborrecidos, ¿cómo habian de atreverse á robar el cuerpo de su Maestro? Si aun viviendo El huyeron por el temor de los soldados, ¿cómo habian de llegar despues de muerto al lugar que estos en tanto número guardaban? De aqui se desprende que los judios maquinaban algo mas que la muerte de Cristo. Maquinaban tambien la perdicion de los Apóstoles, cuando querian complicarlos en el crimen del hurto. Abandonó la Sinagoga los soldados negligentes y criminales, y se entregó á sí misma á la burla y al desprecio. Los discípulos recobraron el Maestro, no por el hurto, sino por la fe: no por el fraude, sino por la esperanza: no por el crimen, sino por el amor: por esto le recobraron vivo y no muerto.

La malicia y perfidia de los sacerdotes y escribas se extendió aun á mas: quisieron comprar, y compraron efectivamente con dinero el silencio de los soldados: mas no se crea que fue dinero propio, sino dinero de los tesoros del Templo: dinero de las obla-

(1) Div. Crisostom. Hom. 91. in Math.

ciones de los pobres, y el que debia servir para la mayor gloria del Señor, se espendió para que se coronase su afrenta. Con dinero compraron su sangre: con dinero compraron la mentira que oscurecia su gloria. Sobre lo que dice San Gerónimo: los soldados confiesan el milagro. Los que en su vista debian convertirse y hacer penitencia buscando al resucitado, perseveran en la malicia; y convierten en redencion de la mentira la moneda que se habia dado para subsidio del Templo; asi como habian invertido antes las treinta monedas de plata en la compra de un traidor (1). No nos maravillemos pues, continúa San Crisóstomo, de que las monedas pudiesen tanto en el corazon de los soldados, cuando tanto pudieron en el de Judas, que de Apostol y discípulo de Cristo le convirtieron en traidor. Nada hay cerrado ú oculto, que por medio del dinero no se abra, revele y manifieste (2).

Asi que para convencimiento de la realidad de este tan glorioso é importante suceso, para cerrar enteramente la boca á la malicia engañosa de los escribas, Jesus despues de su pasion se mostró vivo á los Apóstoles, dándoles muchas pruebas de su Resurreccion por espacio de cuarenta dias, comiendo y hablando con ellos acerca del reino de Dios, esto es, sobre la constitucion y gobierno de su Iglesia (3). Y fue visto en el transcurso de aquellos, por muchos que habian subido juntamente con El desde Galilea á Jerusalem (4). Y se apareció á Cefas, y despues de esto á los once, y otra vez se mostró á mas de quinientos humanos juntos, de los cuales decia San Pablo á los de Corinto, viven todavia muchos y los demas murieron (5). Despues se manifestó á Jacobo, luego á todos los Apóstoles. Y últimamente como á abortivo y el mas pequeño de todos ellos, se me apareció á mí. Todos los cuales hasta ahora dan testimonio de él al pueblo (6), esto es, todos sus pregoneros y anunciadores de su Resurreccion, de la que somos testigos.

Una de estas grandes é importantísimas apariciones para sanar las incredulidades de sus discípulos, tuvo lugar en el mismo dia de su Resurreccion, y fue acompañada de circunstancias muy in-

(1) Div. Hieronim. in cap. 28. Math.

(2) Div. Crisostom. Hom. 91. in Math.

(3) Actor. c. 1. vs. 3 et 4.

(4) Ibid. c. 13. v. 30.

(5) Div. Paul. Ep. 1.^a ad Corint cap. 15. vs. 5 et 8.

(6) Actor c. 13. v. 31.

teresianos. Dos de sus discípulos, queriendo al parecer distraerse de la gran melancolia de que estaban preocupados sus ánimos, iban por la tarde hacia la aldea de *Emqus*, distante dos leguas de Jerusalen. El uno de ellos se nombra, y como se cree, según San Ambrosio (1), que el otro era el propio historiador de este suceso (*San Lucas*), se calla su nombre por humildad. Iban hablando como era regular de los sucesos que en aquellos días se habían verificado en la gran ciudad; y á lo mejor se les juntó en el camino un hombre para ellos entonces desconocido, y les preguntó de qué hablaban, de dónde venían, y cuál era el motivo de la tristeza tan grande que manifestaban en su semblante. Ella, no hay duda, era indicio de su amor al Maestro; porque le amaban de veras, le veían, pero porque dudaban no le conocían, y por esto el Señor tuvo ocasión de preguntarles sin ser conocido. Las preguntas de Jesús fueron como un motivo de que se aumentase mas la pena de los Apóstoles; pues creían que ninguno de los que en aquellos días habían frecuentado la ciudad, podía dejar de saber lo que en ella había sucedido: así pues, uno de los dos, llamado Cleofás, le respondió como quejoso y apesadumbrado, y le dijo: ¿Es posible, que entre tantos extranjeros como ha habido estos días en Jerusalen, tú solo ignores lo que en ella ha sucedido?

Llevó Jesús adelante su plan, y como aparentando ignorarlo todo, le dijo: Y bien, ¿qué es lo que ha pasado? Y entonces Cleofás comenzó á manifestarle el grandioso motivo de su pena, esplanándole todos los sucesos de la pasión y muerte de Jesús, diciendo: Hablábamos de lo que ha sucedido á Jesús Nazareno, que fue un hombre sin igual, un gran Profeta, poderoso en obras y palabras, aprobado por Dios y amado de todo el pueblo. Peregrino le juzgaron, dice el venerable Beda (2), porque desconocieron su semblante; y en verdad era ya peregrino para ellos, porque lleno de la gloria de la Resurrección, distaba mucho de la fragilidad de la naturaleza humana; y como estraña su fe al misterio de la misma Resurrección, se les presentaba como estraño. Y adviértase, que solo le dan el nombre de Profeta callando el de Hijo de Dios, ó porque no creían perfectamente, ó por no caer en manos de los judíos; pues ignorando quien era aquel con quien hablaban, celaban la verdad de su creencia y la escondían en el fondo de su corazón, mas á pesar de todo ellos continuaron. Nuestros pontí-

(1) Div. Ambros. in cap. 24. Lucæ.

(2) Ven. Bed. in cap. 24. Lucæ.

fices, sacerdotes y magistrados lo trataron indignamente, y despues de haberle entregado á Pilatos, le hicieron condenar injustamente á que muriese en una cruz entre dos ladrones. Su muerte nos ha llenado de terror y consternacion, pues viviamos en la esperanza de que El era el que habia de redimir á Israel; pero ya vemos como perdidas nuestras esperanzas por ser hoy el tercero dia que corre despues de tales acontecimientos. Bien es verdad, que algunas mugeres de los nuestros nos han causado hoy mismo mucha admiracion, las cuales antes del amanecer fueron al sepulcro, y no encontrando su cuerpo vinieron diciendo, que habian tenido allí una vision de ángeles, los cuales decian que Jesus habia resucitado y estaba vivo, y fueron algunos de los nuestros al monumento, y hallaron ser cierto lo que las mugeres habian dicho, mas á El no le vieron. ¿Pero quién ha de creer una maravilla tan grande, que se apoya en tan débiles testimonios?

La desconfianza de estos dos discípulos habia llegado al estremo, y no podia curarse sino con remedios fuertes y algo violentos: aprovechó por tanto el Señor esta ocasion para reprender su incredulidad é instruirlos oportunamente, y asi les dijo: ¡O necios y tardos de corazon para creer los oráculos de los Profetas! *Necios*, por la ceguedad de vuestro entendimiento: *tardos de corazon*, por la frialdad de vuestros afectos; y uno y otro porque todavia no comprendéis bien lo que está escrito sobre los misterios de la Pasion, Muerte y Resurreccion de Jesus. Por ventura, ¿no fue necesario que Cristo padeciera todo esto, y que asi entrara en su gloria? Puede ser que vosotros no podais concordar las humillaciones del Mesias, con sus grandezas; y las ignominias de su muerte, con las glorias de su Resurreccion: y asi les fue declarando é interpretando todos los pasages de la Escritura que hablaban de El, comenzando desde Moisés y concluyendo por los Profetas.

Diciendo estas cosas caminaba siempre con ellos, hasta que llegaron cerca de la aldea á donde se dirigian: entonces hizo ademan de quererlos dejar y pasar mas lejos, lo cual no fue fingimiento, sino una leccion muy importante para enseñar por este medio á los discípulos, cuanto desea que se le pida, cuando se desea la dicha de poseerlo y tenerle consigo; dándoles al mismo tiempo ocasion de practicar la hospitalidad tan recomendada por los judios, preparándoles de este modo, y haciéndolos dignos de la gracia que les queria conceder. Ellos efectivamente procuraron entonces detenerle con todo empeño, rogándole con la mayor eficacia que se quedase en su compañía, porque era ya tarde y se acercaba la no-

che, á cuya instancia condescendió el Señor: entró con ellos en la misma casa, y aun tuvo la bondad de comer en su compañía. Asi que, asentándose en la mesa tomó al punto uno de los panes sin levadura que en ella habia, pues no les era permitido á los judios comer otro durante la Pascua, y bendiciéndole, lo partió entre todos, con cuya accion^{les} pareció que se abrian sus ojos y conocieron al instante al Señor, mas El se desvaneció y desapareció de su vista.

Todas estas cosas que practicó Jesus con sus dos Apóstoles en esta admirable jornada, todas tienen grandes é importantes significaciones. Estrecha era ya aquella puerta y sobremanera pequeña para que entrase por ella en un castillo de la tierra el que por la mas estrecha y angosta, cual era la de su pasion y muerte, habia entrado en los eternos palacios de la gloria. Deliran, pues, y deben ser reputadas por personas de poco juicio las que sin padecer tribulaciones desean entrar en la gloria agena, cuando Cristo sin ellas no entró en la suya propia. Convino que padeciese mucho para entrar en su reino natural, por consiguiente debemos tambien nosotros padecer mucho para entrar en el mismo reino de Dios que se nos da de gracia (1). Ejemplo tenemos de esto en todos los amigos y amados de Cristo, que por el camino de la pasion voluntaria llegaron al reino de Dios: porque en efecto, hubiera sido cosa muy estraña que los miembros resistiesen entrar por donde entró la cabeza, ó los vasallos no quisieran entrar por la puerta por donde entró su Rey. Y San Bernardo añade: Cristo nuestra cabeza entró en el Cielo por el camino de la Pasion; scria, pues, soñar creer que por otro podriamos llegar allá (2).

Desapareció Cristo de la vista de los dos Apóstoles, y solo les quedó la confusion de su incredulidad y el desconsuelo de no poder gozar mas de su amable compañía: por esto empezaron á decir entre sí entonces pasmados de su ceguedad: ¿no sentiamos nosotros en nuestro interior un fuego ardiente, pero secreto, que ilustraba el espíritu y abrasaba el corazon durante el tiempo que hablaba con nosotros en el camino? ¿Cómo pudimos dejarle de conocer cuando con tanta facilidad y maestria nos esplanaba y desenvolvía el sentido de las Escrituras (3)? Oyendo sus discursos se inflama el ánimo, desvíase el frio de la torpeza, el alma se enardece cada vez con de-

(1) Ven. Bed. in cap. 24. Lucæ.

(2) Div. Bern. Serm. De Pasione.

(3) Origen. Hom. 7. in Exod.

seos santos, y alejada de los de la tierra, desea oír con mas libertad los preceptos y los consejos celestiales, que como hachas abrasadoras continuamente la foguean (1), y esta es la razón porque en el mismo momento, aguijoneados por este fuego interior, se levantaron de la mesa y regresaron á Jerusalem, donde hallaron congregados á los demas y algunos otros fieles que se habian reunido con ellos, y les decian: resucitó verdaderamente el Señor y se dejó ver de Simon, *Pedro*. Los otros dos añadieron oportunamente su testimonio, contando cuanto les habia pasado en el camino, y como llegaron á conocerle en el modo de partir el pan. Sin embargo, algunos de ellos ni aun por esto creyeron el misterio que se les anunciaba.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que rotas las ligaduras de la muerte, glorificaste tu cuerpo y con gloria tan inefable resucitaste: yo miserable pecador te ruego y suplico por tu santísima Resurreccion, me des gracia para que levantándome de la muerte de los vicios, florezca siempre en virtudes y resucite á una nueva vida, y que siempre busque y guste los bienes eternos y no los perecederos de la tierra: ruégote tambien por la virtud inmensa de tu claridad purgues mi alma de las tinieblas de los pecados; y en el día de la resurreccion universal me resucites para la gloria: para que en el cuerpo y en el alma me pueda gozar contigo para siempre. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XXVIII de San Mateo desde el versículo 1 hasta el 15. En el XVI de San Marcos, desde el versículo 4 hasta el 13. En el XXIV de San Lucas, desde el versículo 1 hasta el 35. Y en el XX de San Juan, desde el versículo 1 hasta el 18, todos inclusive.

La Iglesia usa del testo de San Mateo en la Misa del Sábado Santo, desde el versículo 4 hasta el 7. De el de San Marcos, para el Evangelio de la Misa del Domingo de Resurreccion, desde el versículo 1 hasta el 7. De el de San Lucas para el de la Misa del lunes de Pascua, desde el versículo 13 hasta el 35. Y de el de San Juan para el de la Misa del sábado *In Albis*, desde el versículo 4 hasta el 9, y para el de la Misa de la feria quinta despues de Pascua, desde el versículo 11 hasta el 18, todos inclusive.

Unos y otros dicen asi:

(1) Div. Gregor. Hom. 30. in Evang.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO SANTO.

San Mateo, cap. XXVIII, vers. 1 al 7.

En el primer día de la semana al amanecer, pero siendo aun oscuro, vino Maria Magdalena con la otra Maria á visitar el sepulcro. Y al punto se sintió un gran terremoto porque el Angel del Señor bajó del cielo, y llegando apartó la piedra y se sentó sobre ella. Su rostro brillaba como el relámpago, y sus vestidos eran blancos como la nieve. Y aterrados los guardas del miedo que le tuvieron, quedaron como muertos. Mas dirigiéndose el Angel á las mugeres las dijo: Vosotras no temais, porque sé que buskais á Jesus el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado segun predijo. Venid y ved el lugar donde estuvo puesto el Señor, y ahora id sin deteneos á decir á sus discípulos que ha resucitado y El va delante vosotros á Galilea: allí lo vereis: ved ahí que os lo prevengo.

EVANGELIO PARA LA MISA DE LA DOMINICA DE LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

San Marcos, cap. XVI, vers. 1 al 7.

En aquel tiempo: Maria Magdalena y Maria, madre de Jaime, y Salomé compraron aromas para ir á ungir á Jesus. Y partiendo al amanecer en el primer día de la semana, llegaron al sepulcro despues de salido el sol. Y decian entre sí: ¿quién nos apartará la piedra de la puerta del sepulcro? Y mirando vieron que estaba quitada la piedra, la cual era en verdad muy grande. Y entrando en el sepulcro vieron un mancebo sentado á la mano derecha, vestido de una ropa blanca, y quedaron atónitas. El cual las dijo: No temais: ¿buskais á Jesus Nazareno crucificado? ya resucitó: no está aquí: ved ahí el lugar donde le pusieron. Mas id, decid á los discípulos y á Pedro que El irá delante de vosotros á Galilea: allí le vereis como os lo dijo.

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES DE PASCUA DE RESURRECCION.

San Lucas, cap. XXIV, vers. 13 al 35.

En aquel tiempo: Dos de los discípulos de Jesus iban el mismo

dia á una aldea, que distaba de Jerusalem sesenta estadios, y se llamaba Emmaus. E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habian acaccido. Y sucedió que yendo hablando entre sí y preguntándose el uno al otro se llegó el mismo Jesus é iba en compaña de ellos, mas los ojos de ellos estaban de tal manera impedidos que no pudiesen conocerle: y díjoles: ¿qué conversaciones son esas que caminando llevais entre los dos y estais tristes? Y respondiendo el uno, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Tú solo eres tan extranjero en Jerusalem que no sabes las cosas que en ella han pasado en estos dias? Díjoles El: ¿Qué cosas son estas? Y dijeron: De Jesus Nazareno, el cual fué un varon Profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo: y como le entregaron los Sumos Sacerdotes y nuestros magistrados para que le condenasen á muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperabamos que él era el que habia de redimir á Israel, y ahora sobre todo esto es hoy el tercero dia que esto ha acontecido. Aunque tambien unas mugeres de nuestra compañía nos han aterrado, las cuales antes del dia fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo vinieron diciendo que tambien habian tenido una vision de ángeles, los cuales dicen que vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro y hallaron ser asi como las mugeres habian dicho, mas á El no le encontraron. Entonces El les dijo: ¡O necios y tardos de corazon para creer todo lo que los Profetas han dicho! ¿Por ventura no era menester que padeciese Cristo estas cosas y que asi entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de todos los Profetas les declaraba lo que se habia dicho de El en todas las Escrituras. Y se fueron acercando á la aldea donde iban. Y El fingió que iba mas lejos. Mas le detuvieron por fuerza diciendo: Quédate con nosotros porque se hace ya tarde y va á cerrar la noche. Y entró con ellos. Y aconteció que estando á la mesa con ellos tomó el pan, y le bendijo, y partió, y les daba de él. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron: mas El desapareció de su vista. Y decian entre sí: ¿No es verdad que sentiamos abrasarse nuestro corazon mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al punto regresaron á Jerusalem y hallaron congregados á los once y á otros de su séquito que decian: El Señor ha resucitado verdaderamente y ha aparecido á Simon. Entonces ellos les contaron lo que habia sucedido en el camino, y como le conocieron en el partir el pan.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO *In Albis.*

San Juan, cap. XX, vers. 1 al 9.

En aquel tiempo: el primer día de la semana Maria Magdalena fué de mañana al sepulcro antes de amanecer, y vió quitada la piedra del sepulcro. Corrió, pues, y fue á Simon Pedro y al otro discípulo á quien amaba Jesus, y les dijo: Llevado han al Señor del sepulcro, y no sabemos en donde lo han puesto. Salió, pues, Pedro y el otro discípulo y fueron al sepulcro. Y corrian los dos juntos; mas aquel otro discípulo corrió mas aprisa que Pedro y llegó antes que él al sepulcro. Y habiéndose bajado á mirar vió los lienzos puestos en el suelo, pero no entró. Llegó tras él Simon Pedro y entró en el sepulcro, y vió los lienzos en el suelo y el sudario que habia estado sobre su cabeza, no junto con los demas lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces entró tambien el otro discípulo que habia llegado primero al sepulcro, y lo vió y creyó, porque aun no sabian la Escritura que era menester que El resucitase de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. XX, vers. 11 al 18.

En aquel tiempo: estaba Maria llorando fuera, cerca del sepulcro. Y llorando como estaba se inclinó á mirar el sepulcro, y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno á la cabeza y otro á los pies, donde habia sido puesto el cuerpo de Jesus. Dícenle ellos: ¿Muger, por qué lloras? Respondióles: porque se han llevado á mi Señor y no sé dónde lo han puesto. Habiendo dicho esto, volviéndose hácia atrás, vió á Jesus en pie; mas no sabia que era Jesus. Dícele Jesus: Muger ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú lo has llevado dime donde le has puesto y yo le llevaré. Dícela Jesus: Maria. Volvióse ella y le dijo: *Raboní*, que quiere decir Maestro mio. Dícele Jesus: no me toques, porque aun no he subido á mi Padre. Mas ve á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro. Vino Maria Magdalena contando á los discípulos, que he visto al Señor y me ha dicho estas cosas.



CAPITULO XXVIII.

EN EL MISMO DIA DE SU TRIUNFANTE RESURRECCION APARECE EL SALVADOR A SUS APOSTOLES DESPUES DE ANOCHECIDO, ESTANDO ENCERRADOS EN EL CENÁCULO, FALTANDO EMPERO TOMAS: OPERACION QUE REPITE OCHO DIAS DESPUES EN EL MISMO PARAGE, CERRADAS TAMBIEN LAS PUERTAS; ESTANDO A LA VEZ TOMAS CON ELLOS.

De alguna cuantia y bulto parecen á algunos escritores mas tímidos que prudentes y reflexivos, las dificultades que surgen de la simple lectura de las últimas cláusulas de los Evangelistas, despues de la Resurreccion de Jesus: pues creen que envuelve una contradiccion, que San Mateo nos diga que apareció á los once discípulos en el monte para donde los habia convocado, sin referirnos la aparicion del castillo ó aldea de Emmaus que nos cuenta San Lucas; y que este omita la que nos dice San Juan tuvo lugar en el mismo dia y entrada ya la noohe, estando encerrados los mas de los Apóstoles en el cenáculo; pasando en silencio los otros Evangelistas esta tan notable y remarcada por todas sus circunstancias; pero para zanjarlas, esclarecerlas y salir de todas ellas de una vez, es preciso co-

nocer que el estilo de los Evangelistas es rápido y conciso: y que en varias ocasiones omiten muchas circunstancias, la cronología, el cuando y el como de los sucesos que refieren. En el asunto presente vemos que San Mateo y San Marcos refieren en un breve capítulo los sucesos ocurridos en los cuarenta dias que pasaron desde la Resurreccion de Jesucristo hasta su gloriosa ascension á los Cielos. Unos han consignado en su historia varios hechos que omiten otros, ó no hicieron mas que indicarlos; y ninguno hay que no pueda fácilmente convencerse de esta verdad por la simple lectura del Evangelio; y sin distraernos de nuestro propósito por la narracion de las diferentes apariciones del Señor á sus discípulos en este tiempo intermedio entre su Resurreccion y Ascension á los Cielos; por lo que seguiremos el orden que parece mas verisimil, atendida la verdad de los hechos que los Evangelistas refieren.

A la tarde ó al anochechar de aquel mismo dia, el primero de la semana, estando los discípulos congregados y las puertas cerradas por temor de los judios, apenas los que llegaron de Emmaus acababan de referir á los demas lo que les habia sucedido, inmediatamente vino Jesus, se les apareció, se puso en medio de ellos y díjoles: la paz sea con vosotros, Yo soy, no temais. Empero ellos sobre-cogidos de terror y espanto imaginaban ver algun espíritu ó fantasma. Esta fué la vez primera en que juntos los Apóstoles, menos Tomas, vieron al Salvador resucitado. Si se examina bien su situacion, no hay duda que era muy triste. Conocíanse culpables á los ojos de Cristo porque lo habian abandonado, y el pueblo fanatizado por los escribas los tenia por sospechosos de sedicion. Manteníanse por tanto ocultos despues del suplicio vergonzoso del Maestro, y no se dejaban ver juntos como antes solian porque creian no podian hacerlo impunemente: por cuya razon estaban encerrados con toda diligencia y precaucion. Jesus para darse á conocer á sus discípulos y convencerlos de que su cuerpo estaba dotado de todas las cualidades de un cuerpo glorioso, habiendo penetrado las puertas sin abrirlas, se halló repentinamente y de improviso en medio de ellos. Asi es, dice San Agustin (1), que el que nació al mundo dejando á su madre virgen, y saliendo del sepulcro no halló estorbo en la losa que lo cerraba, así pudo entrar en aquel aposento sin abrir las puertas. Llevado en alas del amor llegó á la presencia de los Apóstoles para sanarlos de la incredulidad y sacarlos del atolladero en que se hallaban fluctuando entre la esperanza y el temor, entre la

(1) Div. Augustin. in cap. XX. Joann. Tract. 121. núm. 4.

turbacion y el gozo, entre la zozobra y la paz. Para quitarles toda la turbacion les da la paz y se la inspira; porque su voluntad es omnipotente. No les da la paz engañosa del mundo sino la paz del Cielo, que es el primer don del Espíritu Santo y el primer fruto de la resurreccion de Cristo: y cuando les considera bastante fortalecidos se empeña mas en quitarles todo motivo de duda ó recelo.

¿Cuál es la causa de vuestra turbacion? les pregunta, como si la ignorase. ¿De dónde nacen estos pensamientos que agitan vuestros corazones? Mirad mis manos, mis pies y mi costado, y no os quedará la menor duda de que Yo mismo soy; el mismo con quien antes conversabais, el mismo que visteis morir en la cruz. Conservó el Señor las llagas para curar las que la incredulidad habia abierto en los pechos de los discípulos. Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que Yo lo tengo. Es cierto que esta advertencia sosegó sus espíritus turbados; pero su alegría no era aun cumplida porque su fé estaba imperfecta; su vista les causaba una profunda admiracion, sin atreverse casi á alegrarse, porque cuanto veian les parecia increíble. Les enseñó las manos como para incitarles á la pelea, y fué lo mismo que si les digera: ved las manos con las que peleé fielmente por vosotros; os las enseño para que sepais que habeis de estar siempre prontos para guerrear, porque sin esto nunca sereis vencedores. Pelead pues varonilmente, porque solo el que pelear y venciere se sentará conmigo en mi trono. Les mostró el costado para provocarles á amar, como si les digera: ved el costado abierto, el corazon traspasado; para que conozcais cuánto os amé, y cuánto en justa correspondencia debéis amarme. Y les enseñó los pies para enseñarlos á caminar por el camino de la virtud, para afirmarlos en la perseverancia, y para demostrarles que no habian de volver atras en el que habian comenzado á andar.

Grande milagro era el de la Resurreccion, pero no era pequeño el de dejarse palpar y ver; porque el cuerpo de Jesus, inmortal é incorruptible, no podía verse ni palpase sin un milagro muy grande por los ojos y las manos corruptibles y mortales. Asi pues dice San Gregorio (1): permitió que su cuerpo pudiera tocarse para confirmarnos en la fé, y que pudiera verse, siendo incorruptible, para certificarnos en la esperanza del premio. Con esta prueba se enagenaron de gozo los discípulos, y como turbados y fuera de sí, como que no acabasen de creer lo mismo que veian: y entonces

(1) Div. Gregor. Hom. 26. in Evangel.

Jesús para convencerles mas y mas, y llevarles hasta la evidencia, les dijo: ¿Teneis aqui algo que comer? y habiendo traído parte de un pez que estaba á la mano con un panal de miel, comió, no en la apariencia, sino real y verdaderamente; no obstante que por el estado en que ya estaba no tenia necesidad de alimento, repartiendo despues entre sus Discípulos los residuos de la comida.

Para confirmarles en la fé que ya les habia inspirado, les dijo: Acordaos de las palabras que os hablé estando aun con vosotros, á saber: que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que de Mí estan escritas en la ley de Moisés, y en los Profetas y en los Salmos; porque despues de la division que hizo Esdras de los libros sagrados, luego que regresaron los hijos de Israel de la cautividad de Babilonia, solamente los que se comprendian en esta division eran tenidos por canónicos en la Sinagoga, por cuya razon les habló aun el Señor en este sentido. Al mismo tiempo dispó las tinieblas de sus entendimientos, y los ilustró para que comprendiesen el sentido verdadero de las Escrituras, y les dijo: Asi está escrito, y asi fue necesario que Cristo padeciese, y resucitase de entre los muertos al tercero dia, y que se predicase en su nombre penitencia, y remision de los pecados, en todas, y á todas las gentes y naciones, comenzando desde Jerusalem.

La destemplada crítica de algunos que todo lo satirizan, y de todo quieren sacar provecho para desacreditar la fé de los Apóstoles, y la caritativa conducta de Jesús para con ellos y para con nosotros, ha llevado su audacia hasta criticar de escesiva la condescendencia del amantísimo Salvador; pero esto es, porque sin duda no comprendieron que el Señor no trataba solamente de asegurar la fé de la Resurreccion en aquellos corazones, sino de disponerlos para que fuesen mártires de ella, y para hacer auténtica la de un misterio, sin la cual seria nuestra creencia vana, y engañosa nuestra esperanza. Con este fin, y con el de que se cumplierse lo que estaba dicho por Isaías (4), á saber: que de Sion habia de salir la ley, esto es, la predicacion del Evangelio; y que la palabra de Dios tambien habia de resonar magestuosamente en Jerusalem, les iba disponiendo para que conociendo bien toda la intensidad, dulzura y eficacia de la misma caridad que con ellos practicaba, se dispusieran para usarla ellos con los demas, á quienes prontamente los habia de mandar.

Dióles en seguida otra vez la paz, y se la concedió como autor de

(1) Isaia. cap. 2. v. 3.

ella, como á su repartidor y distribuidor; y repitiéndoles esta salu-
tacion, les aseguró con ella que perdonaba y olvidaba su falta de fé,
preparándoles con esto para la mision con que les iba á honrar, ase-
gurándoles que irian tan autorizados á predicar el Evangelio, co-
mo El habia venido al mundo para anunciarlo. *Como me envió mi
Padre, les dijo, asi tambien os envío Yo.* Mi Padre me envió para en-
señar la verdad á la Judea, Yo os envío para anunciarla á todo el
mundo. Yo os constituyo mis vicarios y legados: Yo os doy mis
veces, y os encargo este nuevo oficio de enseñar, de predicar, de
bautizar, para que el nombre del Padre y el mio sean glorifica-
dos (1). Porque os amo con aquella caridad con que mi Padre me
ama, os envío, como él me envió. Yo os envío para que seais glo-
rificados entre los escándalos de las persecuciones, como Yo lo fui
entre los oprobios de la pasion (2). Pero como sabia Su Magestad
que para desempeñar debidamente este grandioso ministerio con
que acababa de honrarles era necesaria la gracia del Espíritu San-
to, los abrazó en confirmacion de la paz que les habia dado, y
soplando sobre ellos, les dijo: *Recibid el Espíritu Santo; aquellos á
quienes perdonáreis los pecados, perdonados les son; y aquellos á quie-
nes los retuviéreis, retenidos les son.* Cuyas palabras unidas á las an-
tecedentes, son la completa autorizacion para el desempeño de la
mision que les habia dado, pues equivale á decir: Cuando perdo-
neis las culpas de aquellos que juzgueis dignos de absolucion, ó
cuando retuviéreis las de aquellos que os parecieren indignos de
ella lo ejecutareis como vice-gerentes del Soberano Juez, que con-
firmará vuestra sentencia, y ratificará en el Cielo todo lo que
vosotros obrareis en la tierra. La Iglesia enseña, que estas pala-
bras encierran la potestad de perdonar los pecados por medio
del bautismo y la penitencia. ¡O altísima dignidad la del que re-
cibe el Espíritu Santo para comunicarle á los miembros de Cristo!
Sobre lo que es digno de oirse San Agustin (3): Para demostrar
con mayor claridad que se perdonaban los pecados por la virtud
del Espíritu Santo, que comunicó á sus fieles, y no por los méri-
tos de los hombres, en seguida añadió: Si á alguno los perdoná-
seis, *se le perdonan*; esto es, el Espíritu los perdona, no vosotros;
porque el Espíritu es Dios, y Dios es el que perdona, no vosotros.
El ministerio es vuestro, pero no la autoridad; esta es de Dios. Y

(1) Div. Crisostom. Hom. 85. in Joann.

(2) Div. Gregor. Hom. 26. in Evangel.

(3) Div. Augustin. Hom. 23. lib. 50. Homiliar.

Dios que habita en su templo, en el corazón de los fieles santos, perdona por ellos los pecados en su Iglesia, porque ellos son tem-
plos vivos.

A todo esto no estuvo presente Tomás, que se llamaba *Didymo*, y no hubo forma de que quisiese creer que Jesús había resucitado, por más que los otros Discípulos le asegurasen que lo habían visto, y que estaban muy ciertos de su Resurrección. Contáronle todas las circunstancias de su aparición, y de la conversación que con El habían tenido; pero á ninguna prueba quiso rendirse, ni se dobló la incredulidad de que estaba lleno su pecho; y por toda respuesta dijo á sus compañeros: Si no veo las aberturas que los clavos hicieron en sus manos y pies, si no meto el dedo en ellas y en la llaga de su costado, no creeré lo que me referis. Tomás nos enseña cuán temible es la pérdida de las gracias que promete Dios á los que viven unidos por la caridad como miembros de la misteriosa Cabeza á que deben permanecer unidos: cuán poderosa es la fuerza de la oración común; y cuán influyente es la gracia del buen ejemplo. Fuera de la Iglesia no se halla el conocimiento de la fé, ni la práctica saludable de las verdades. El principio de toda la resistencia de este Apóstol fue, el no hallarse en compañía de los demás cuando se presentó el Salvador, y colocado en medio de ellos les dió la paz. Hallóse con ellos al tiempo del escándalo, esto es, al tiempo de prenderle y cuando todos le abandonaron, y no se halló cuando vino á confirmarlos en la fé y darlos la gracia. Participó del daño de la huida, y no del provecho de la venida: este era su mal. Por esto quería dar la ley al Maestro, y ligar su fé á una condición que no le era permitido elegir, en desprecio de la autoridad de Aquel, y de los Apóstoles á quienes había ya autorizado para que revelasen tan importante misterio. Esta obstinación era digna al parecer de un severo castigo; pero el Señor, que discierne la disposición de los corazones, y tiene bien pesadas y conocidas todas sus tendencias, no se ofendió de la libertad de su Apóstol, tanto que lo abandonase á su ceguera: antes al contrario, la permitió para arrancar de los corazones de los demás la semilla de la incredulidad.

A este fin ocho días después, hallándose otra vez reunidos todos los Apóstoles y Tomás con ellos, y estando también las puertas cerradas, se presenta de nuevo el Salvador, y colocándose en medio de ellos como antes lo hizo, les repite su primera y favorita salutación: *La paz sea con vosotros*. Muy frecuentemente anunciaba Jesús la paz á sus Discípulos, y la aconsejaba y mandaba, porque

sin ella es absolutamente imposible servir y agradar á Dios, que solo habita en los corazones que aman la concordia y la paz; pues el lugar de su descanso es el lugar de la paz. Vino al mundo para traernos la paz, y salió de él dejándonos la paz. Conversando con los hombres les predicó constantemente la paz, y les enseñó que toda la perfeccion de la vida cristiana y religiosa consiste en la caridad y la paz. Con grande diligencia pues debemos buscarla, y con grandísimo cuidado conservarla. Con este objeto nos dice el Nazianzeno (1): Avergoncémonos de menospreciar el encargo de la paz, que al tiempo de marcharse del mundo Jesucristo nos dejó: La paz es un bien encargado á todos, y buscado y codiciado de pocos. ¿Y por qué causa? Por la ambicion del mando, por el amor á las riquezas, por la preferencia en la opinion, por la mala voluntad, por el odio, por el desprecio, ó por cualquiera de aquellas cosas en que incurren con mucha frecuencia los que viven olvidados de Dios.

En seguida se encaró Jesus con su Apóstol, y mostrándole las manos traspasadas y el costado abierto, le dijo con benignidad: Acércate á tu Maestro: mete aqui tu dedo, examina estos llagas; sondea despues la del costado, y no seas ya mas tiempo incrédulo, sino fiel. Una tan grande condescendencia de parte de Jesus, debió ser para su Discípulo una reprension bien sensible, y una correccion severa. Con dificultad podrá creerse que tuviese Tomas el atrevimiento de usar de la libertad que su Maestro le daba, y si acaso lo ejecutó, no pudo ser sino por obediencia, para darnos esta prueba invencible de su Resurreccion; pues sin duda que ya el Apóstol estaba confuso, penitente y persuadido. La vista de Jesus, el tono imponente de su voz, la consideracion de sus heridas, el conocimiento que manifestaba del fondo de sus corazones, eran motivos muy eficaces para vencer la resistencia, y mayormente en el corazon de un Apóstol, que nada deseaba mas que ser convencido. Tomas no pudo dejar de ser perfectamente iluminado á la vista de aquel océano insondable de claridad y de luz, y prorumpir en una confesion de fé la mas sincera y perfecta, aunque algo tardia: *Señor mio y Dios mio*, exclamó al instante. Ved ahí al incrédulo hecho fiel, á la caña quebradiza y quebrada trocada en columna de bronce. Solo Cristo pudo convertir el escándalo de este Discípulo, en prueba victoriosa de su Divinidad. Veia

(1) Div. Gregor. Nazianzen. Orat. De Pace.

y tocaba al hombre, y confesaba á Dios, dice San Agustin (4), al cual ni veia, ni tocaba; mas por esto que veia y tocaba, creia lo otro sin duda alguna. Y San Gregorio añade (2): El que considerando al verdadero hombre exclamó: que era verdadero Dios, al cual no podia ver; no hay la menor duda que mirando creyó, y creyendo arrancó la duda de nuestro corazon. Esta fue la vez primera que Jesucristo fue llamado Dios y Señor. Elocuentísima y muy enérgica fue esta breve confesion de Tomas. No la debió á la carne ni á la sangre, sino al Padre celestial, dador del conocimiento y del amor al Hijo.

Jesus empero que esto conocia mucho mejor que su Discípulo, si bien aceptó su franca y pública confesion, manifestó en el modo con que la aceptaba, cuanto mayor era y mas digna de elogio la conducta de los demas. *Porque me viste, Tomás, has creido: bienaventurados los que no vieron y creyeron.* Lo que fue decirle: Qué fuera de tí, y qué hubieras hecho, si Yo te hubiera negado este testimonio sensible de mi Resurreccion? Remisa fue tu fé, y diste mas crédito á tus sentidos, que á mi palabra. No reprendo tu confesion, sino la tardanza de tu corazon. Bienaventurados aquellos que mas dóciles y sencillos que tú, borraron con la prontitud de su fé el anterior abandono que de Mi hicieron. Habia faltado Tomas ocho dias antes á la visita en que sus colegas recibieron de Jesus su mision, su potestad y poderes: es muy de presumir, que el celosísimo Maestro se los conferiria en esta, puesto que como á los demas le dió tambien en esta la paz; y fue con él tan condescendiente y misericordioso: lo cual verificado, se les desapareció como acostumbraba.

No se hace aqui mencion de otros muchos prodigios que obró entonces el Señor en presencia de sus Apóstoles, porque bastan los referidos para que crean todos los que leyeren este Evangelio, que Jesus es el Mesias é Hijo de Dios, y creyéndolo asi, alcancen la vida eterna, que no puede obtenerse sino en su nombre y por sus infinitos merecimientos; por lo que decia San Juan (3): Hijos mios, yo os escribo estas cosas á fin de que no pequeis; pero si por desgracia alguno pecare, no desespere, pues tenemos por abogado para con el Padre, á Jesucristo justo y santo: y El mismo es la víctima de propiciacion por nuestros pecados, que se ofreció en

(1) Div. Augustin. in cap. XXI. Joan. Tract 122. núm 4.

(2) Div. Gregor. lib. 2.º Homiliar. Homil. 26.

(3) Div. Joann. Ep. 1.ª cap. 2. v. 1. et seqbs.

la cruz, y se ofrece cada día en el altar, y con la que se satisface y aplaca la justicia de aquel; pues no sólo se ofreció por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, el cual ruega al Padre por todos los pecadores, representándole su obediencia y el género de muerte que sufrió para redimirlos y salvarlos á todos. Esto es sin duda lo que mucho tiempo antes habia anunciado Isaías (1), cuando dijo: Oh Cielos, entonad himnos, y tú, oh tierra, regocíjate: resonad oh montes en alabanzas; porque el Señor ha consolado á su pueblo y se apiadará de sus pobres. Asi como la muger no puede olvidarse de su niño ni dejar de tener compasion del hijo de sus entrañas, asi tampoco nunca me olvidaré Yo de ti. Mira cómo te llevo Yo grabado en mis manos. ¿Ni cómo era posible que nos olvidase estando tan horriblemente llagado por redimirnos y salvarnos? Por esto concluye San Agustin (2): Mira ahora al Señor, y contempla su grande y acostumbrada benignidad, su humildad, y su amor fervoroso: mira como enseña sus llagas á Tomas y á los demas Discípulos para arrancar toda duda de sus corazones por la suya y nuestra utilidad; está con ellos hablándoles del reino de Dios para que se consuelen, y para confirmarlos en la fé obra muchos milagros á su vista por espacio de cuarenta dias.

ORACION.

Oh Santísimo Señor Hijo de Dios Padre, que apareciste á tus discípulos una y otra vez estando cerradas las puertas y ellos unidos en uno; y que para sanar la duda de Tomas le enseñaste las heridas que los clavos y la lanza habian abierto en tus manos, pies y costado sacratísimo: ruégote que cierres las puertas de mis sentidos interiores y exteriores contra los peligros de las tentaciones con el santo temor tuyo: mortifica y destierra en ellos todos los males con el vínculo de la caridad encendida: alúmbralos con la luz de la fé para que merezca ser consolado con tu vista, y pueda hallar por tu misericordia la paz del corazon en la vida presente, y la perdurable y eterna en el siglo venidero, donde te alabe sin fin con todos los Angeles y Santos. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXIV de San Lucas, desde el versículo 36 al 47; y al XX de San Juan, desde el 19 hasta el 31, todos inclusive.

(1) Isaia. cap. 49. vs. 13. et seqbs.

(2) Div. Augustin. lib. 22. De Civit. Dei. c. 20.

La Iglesia usa del testo de San Lucas para el Evangelio de la Misa de la FERIA III despues de Pascua; y de el de San Juan para el de la Misa de la dominica In Albis: y para el dia de Santo Tomas Apostol á 24 de diciembre, desde el versículo 24 al 29; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE PASCUA.

San Lucas, cap. XXIV, vers. 36 al 47.

En aquel tiempo: se presentó Jesus en medio de sus discípulos y les dijo: La paz sea con vosotros, Yo soy, no temais. Ellos empero, atónitos y atemorizados pensaron ver un espíritu. Mas él les dijo: ¿De qué os turbais y dais entrada á tales pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que Yo mismo soy. Palpad y ved que el espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo. Y dicho esto les mostró las manos y los pies. Mas no acabándolo aun ellos de creer de gozo y maravillados, les dijo: ¿Teneis algo de comer? Entonces ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido á presencia de ellos, tomando las sobras, se las repartió. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé estando aun con vosotros, que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que estan escritas en la ley de Moisés, en los Profetas y en los salmos de Mí. Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Asi está escrito, y asi ~~era~~ ^{era} menester que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercero dia, y que en su nombre se predicase la penitencia y el perdon de los pecados por todas las naciones.

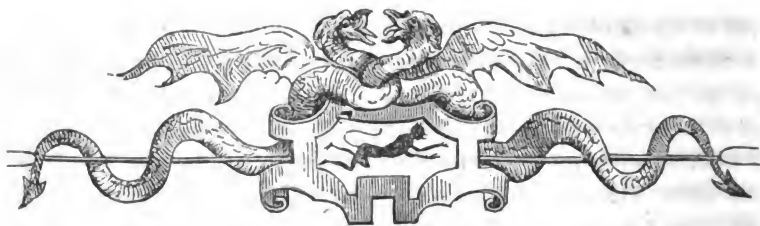
EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA *In Albis*.

San Juan, cap. XX, vers. 19 al 31.

En aquel tiempo: llegada la tarde de aquel dia, el primero de la semana, estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judios, vino Jesus y se puso en medio, y les dijo: La paz sea con vosotros. Y cuando hubo dicho esto les mostró las manos y el costado. Y se alegraron los discípulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, asi tambien os envio Yo. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: á los

que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y aquellos á quienes los retuviereis retenidos les son. Pero Tomas, uno de los doce, que se llama Didymo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijéronle los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Y él les dijo: Como yo no vea en sus manos el agujero de los clavos, y meta mi dedo en el lugar de los clavos, y meta mi mano en su costado no lo creeré. Y ocho dias despues estaban otra vez dentro sus discípulos y Tomas con ellos. Vino Jesus estando cerradas las puertas, y puesto en medio, dijo: La paz sea con vosotros. Despues dijo á Tomas: Mete aqui tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomas y le dijo: Señor mio y Dios mio. Díjole Jesus: Porque me has visto, Tomás, *por eso* has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Otros muchos milagros obró tambien Jesus en presencia de sus discípulos, que no estan escritos en este libro. Mas estos han sido escritos para que creais que Jesus es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengais vida en su nombre.





CAPITULO XXIX.

REUNENSE LOS DISCÍPULOS EN EL MONTE SEGUN EL MANDATO DE JESUS, Y ALLI LES APARECE: Y DESPUES SE LES MANIFIESTA OTRA VEZ EN LA RIBERA DEL MAR DE TIBERIADES Ó LAGO DE GENESARETH.

En la terrible y tormentosa noche de su pasion habia dicho Jesus á sus discípulos: *Todos vosotros os escandalizareis en Mí esta noche; pues escrito está. Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas. Pero despues que hubiere resucitado iré delante de vosotros á Galilea* (1). Y apenas hubo resucitado cuando hizo decir por medio de su ángel á las santas mugeres que habian ido á buscarlo al sepulcro: *No os detengais: corred presto y decid á los discípulos de Jesus: Vuestro Maestro ha resucitado. Delante de vosotros va á Galilea: allí es donde le vereis como os lo tiene dicho* (2). Y como si todo le pareciese poco, aparece El mismo poco despues á sus fervorosas siervas, permite que le

(1) Math. c. 26. v. 32.

(2) Marc. c. 16. v. 7.

abracen sus pies y que le adoren, y en seguida las renueva el mandato que recibieron de los ángeles y las dice: *Id á decir á mis hermanos que vayan á la Galilea, que allí es donde me verán* (1).

De aqui han tomado algunos motivo para disputar sobre cuál fuese la primera aparicion que hizo Jesucristo á sus discípulos; si la que acabamos de referir, ó la que se verificó en el monte estando reunidos los once, como dice San Mateo. La cuestion, sin embargo, parece estar resuelta por San Juan, pues nos dice que aquella aparicion tuvo lugar *en la tarde del primer dia de la semana, esto es, en el mismo dia de la Resurreccion*; y San Mateo nada dice sobre el dia y hora de esa otra aparicion. De aquella nos asegura la Aguila Evangélica que no se hallaba Tomas presente, y de la otra afirma San Mateo que estaban reunidos los once: y siendo esto así, ya no hubiera tenido lugar la duda de *Didymo*, puesto que ya habria visto á Jesus en el monte: por consiguiente, todo induce á creer que la aparicion de Jesus en el monte fué posterior á la del cenáculo. Obedecieron por tanto los Apóstoles, y marcharon á la Galilea, al monte donde tan espresamente les mandaba Jesus que concurriesen. Pero parece que no fué en la provincia que tiene el nombre de Galilea donde Jesus se manifestó á los Apóstoles en esta ocasion. Es no solo probable, sino lo mas verosimil y cierto, que ellos no se apartaron de la capital durante la solemnidad de la Pascua, y que allí fué donde vieron á Jesus, no solo el dia primero de la semana, sino ocho dias despues, como nos lo aseguran los Evangelistas: porque allí fué donde se encaminaron los dos discípulos que salieron de Emmaus al anocheecer del domingo, y donde informando á los demas que estaban reunidos, tuvieron el consuelo de ver y contemplar despacio al Divino resucitado: de todo lo que se infiere que este monte seria algun sitio ó monte vecino á la capital, ó bien una de las alturas del monte de las olivas, perteneciente en propiedad á los Galileos, donde se alojaban juntos cuando venian á celebrar sus fiestas en el Templo: y que esta altura ó collado era la misma donde tenia Jesus la costumbre de retirarse cuando iba á predicar á Jernsalem; por cuya razon les mandaria reunirse otra vez allí, pues no es posible pueda entenderse este mandato á Galilea, atendido cuanto se ha dicho, y que la provincia de este nombre distaba ~~de~~ leguas de la capital de Judea.

Aunque en las anteriores apariciones habia abierto Jesus el entendimiento á sus Apóstoles para que entendisen las Escrituras, y

(1) Math. c. 28. v. 10.

les dió juntamente con el Espíritu Santo la potestad de perdonar los pecados ó de retenerlos; con todo no faltaron aun algunos incrédulos entre los que se hallaron presentes, que permanecieron en sus dudas: y para quitárselas todas y confirmarlos en la fé les dió una nueva investidura, confiándoles una mision mas particular, mas grandiosa é importante. Háseme dado, les dijo, toda potestad en el Cielo y en la tierra, en virtud de la dignidad infinita de mi persona y de la union hipostática del Verbo de Dios con la humanidad: potestad que tengo desde la eternidad como Hijo de Dios, y que como Dios y hombre me fué dada tambien desde el primer instante de mi concepcion. Ahora, pues, que por mi Resurreccion de entre los muertos he recobrado este estado de gloria, de que voluntariamente me privé durante mi vida mortal, en el uso y ejercicio de este poder público y supremo, que por tantos títulos me pertenece, os lo comunico é instituyo de un modo mas particular los primeros ministros y enviados para el establecimiento de mi Iglesia. **ID, PUES, Y ENSEÑAD TODAS LAS GENTES, BAUTIZANDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO.**

Id, y con vuestra diligencia condenad á los perezosos y negligentes, que aunque ven la necesidad no quieren ir, porque aman la holganza, prefiriéndola al trabajo que deben prestar todos aquellos á quienes tuviese á bien enviar al cultivo de mi viña. *Enseñad*, y conocer que esta ha de ser vuestra continua á incesante ocupacion; para esto sereis vosotros enseñados por el Espíritu Santo, con quien habeis de platicar en la oracion, y asi como en ella os enseñará continuamente, tambien el fruto que de ella sacareis, lo habeis de comunicar á los demas. *A todas las gentes*, porque á la presencia de Dios no hay aceptacion de personas. No debeis por consiguiente preferir á los ricos y poderosos y á los que algo pueden valer en el mundo, sino que de todos debeis cuidar; y si alguna preferencia en esto puede haber, debe recaer en favor de los pobres, de los desvalidos y de los necesitados; porque Yo fui enviado por mi Padre para evangelizar á los pobres (1). Adviértase empero que no *dice convertid*, sino *predicad*. Porque el atribuir la santificacion de los oyentes á los esfuerzos del ministro que predica, fuera robar á los méritos infinitos de la Pasion de Cristo y á su gracia la santificacion del mundo. *Bautizándoles*, porque el que no hubiese renacido con el agua y el Espíritu Santo no entrará en el reino de Dios. *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, para que se com-

(1) Lucæ. c. 4. v. 18.

prenda la unidad de la esencia y la trinidad de las Personas. La unidad de la Divinidad y la grandéza y eficacia de la gracia. En tal lavacro se lavan las manchas de nuestros pecados, el Padre nos adopta por hijos, el Hijo nos agrega al cuerpo místico de su Iglesia, y el Espíritu Santo nos da su aliento para vivir consagrados á El en santidad y justicia. Por lo que dijo San Agustin (1): Diósele á Jesucristo toda la potestad en el cielo y en la tierra, porque en cuanto á la Divinidad tenga un poder inmenso é infinito desde la eternidad; y en cuanto hombre tenga desde el instante primero de su concepcion igual potestad en el cielo y en la tierra; no tuvo sin embargo esta autoridad ejecutiva antes de su Resurreccion, sino que quiso sujetarla á la pasibilidad por nuestra redencion. Habló por tanto Jesus en cuanto á su humanidad, en la que es menor que el Padre; no en cuanto á la Divinidad, en la que es enteramente igual á aquel.

Segun la Divinidad tanto es el Padre, ó el Hijo, ó el Espíritu Santo, cuanto es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Tanta es toda la Trinidad en solo el Padre, ó en solo el Hijo, ó en solo el Espíritu Santo, cuanta es juntamente en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo. Y como esta es la doctrina sana y santa, única y verdadera, principio y fundamento de nuestra creencia, con la que, y por la que son salvos todos los hombres, y sin cuya confesion es imposible que nadie consiga la salvacion eterna; como esta es la vida cristiana representada en la muerte, en la sepultura y en la Resurreccion de Jesucristo, que nos lavó con su sangre para que le sirviésemos en espíritu y en verdad, conforme al espíritu de la caridad, que es la suma de la Ley y de los Profetas; por esto les añadió: *Enseñándoles que guarden todas las cosas, que Yo os he mandado á vosotros guardar, practicar y cumplir para ser eternamente felices; y estad seguros que yo permaneceré en vuestra compañía hasta la consumacion de los siglos.* Promesa grande, inefable y consoladora, que asi como se ha cumplido inviolablemente en el espacio de diez y ocho siglos y medio, se cumplirá tambien con la mayor fidelidad hasta la consumacion y fin del mundo.

En espíritu profético cantó David la perpetuidad de esta Iglesia y su estabilidad hasta la consumacion de los siglos, para consuelo de todos sus hijos, mas de mil años antes que se fundase, y dijo (2): «Grande es el Señor y dignísimo de alabanza en la ciudad de nues-

(1) Div. Augustin in lib. De Trinitate.

(2) Ps. 47. vs. 1 et seqbs.

»tro Dios, en su monte santo. Con júbilo de toda la tierra se ha edifi-
»cado el santuario en el monte de Sion, en la ciudad del gran Rey,
»sita al lado del septentrion. Será Dios conocido en sus casas cuan-
»do habrá de defenderla. Porque hé aquí que los Reyes de la tierra
»se han coligado y conjurado unánimemente. Ellos mismos cuando
»la vieron así quedaron asombrados, llenos de turbacion y conmo-
»vidos, y poseidos de terror.... Apoderáronse de ellos dolores como
»de parto: Tú empero con un viento impetuoso harás pedazos las
»naves de Tarsis. Como lo oimos así lo hemos visto en la ciudad del
»Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios, LA CUAL HA
»FUNDADO DIOS PARA SIEMPRE.» ¿Pero por ventura será destruida
alguna vez esta ciudad ó Iglesia que se extendió y dominó todo el
mundo? ¡Ah! no, nunca: jamás será destruida, dice San Agus-
tin (1), porque Dios la fundó para que subsistiese para siempre. Si
pues Dios la fundó para que subsistiese para siempre, no hay que
temer que falte su fundamento. Los fundamentos de esta Jerusalem
santa estan descansando sobre los montes santos, y el Señor ama
incomparablemente mas las puertas de esta ínclita Sion que todos
los tabernáculos de Jacob (2). Por esto para dilatarla, protegerla y
defenderla visiblemente en la tierra, constituyó y nombró á unos
Apóstoles, á otros Profetas, y á otros Evangelistas, y á otros Pas-
tores y Doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los San-
tos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo
místico de Jesucristo (3).

Como si al Apostol le pareciese no haber esplicado bastante su
pensamiento para declarar la existencia de esta misma Iglesia has-
ta el fin del mundo, y la proteccion que visiblemente habia de
dispensarla, añadió: Hasta que arribemos todos á la unidad de es-
ta misma fé y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al esta-
do de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la
cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros (4): lo que se-
gun el testimonio de los Padres no se verificará hasta el fin del
mundo y en el dia de la resurreccion universal: oíase si no el testi-
monio del célebre Grocio (5): Como esta promesa alcance hasta la

(1) Div. Augustin in psal. 47. num. 7.

(2) Ps. 86. vs. 1 et 2.

(3) Div. Paul. Ep. ad Efes. c. 4. vs. 11 et 12.

(4) Idem. ibid. v. 13.

(5) Grotius in hunc Evangel. loc. tom. 2. Oper. Theol. Edít. Basileæ. an.
1732. pag. 290.

consumacion de los siglos, y los Apóstoles no habian de vivir hasta entonces, es inegable que Jesucristo aseguró su proteccion y asistencia á la Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, y á los sucesores de aquellos en el cargo de la administracion. Y por último: si faltasen testimonios en la Escritura y los Padres que justificasen plenamente esta verdad, nos los suministrarían abundantisimos los mismos herejes y protestantes; oigamos siquiera uno por todos ellos. «Yo no niego que por algunos siglos haya permanecido en el seno de la Iglesia Romana la pureza de la fé, y que ella haya sido la verdadera Iglesia de Cristo: pero despues la verdadera Iglesia se apartó de la de Roma, ofuscada en el transcurso de los tiempos con tantas tinieblas: de modo que la verdadera Iglesia combatida con tanta multitud de errores, apenas podia conocerse: esto es certísimo. Porque en verdad, ¿qué otra cosa hicieron tanta copia de doctrinas nuevas, ya sobre el primado del Romano Pontífice, ya sobre su infalibilidad; tanto como sobre la justificacion por la satisfaccion y méritos de las buenas obras, cuanto sobre la transubstanciacion, el purgatorio, culto de los santos, de las imágenes y reliquias y otras cosas supersticiosas; sino atraer densas tinieblas sobre la pureza de la verdadera Iglesia.....? Pero me preguntareis ahora: ¿Existió siempre la verdadera Iglesia? Sin embajos ni reticencias digo que sí. ¿Pero dónde se escondió, dónde gimió y lloró por tanto tiempo? Yo respondo: que estuvo oculta en el seno mismo de los Pontífices. Y en verdad: si esta verdadera Iglesia no hubiese permanecido encerrada en las mismas entrañas del Pontificado, ¿cómo se hubieran encontrado en el espacio de tantos siglos tantos testigos de la verdad evangélica que salieron del seno de la Iglesia Pontifical y defendieron con la mayor constancia la doctrina, la fé y el culto que ella profesa y enseña, aun á costa de su propia vida, contra la ferocidad de tantos monstruos nuevamente abortados para destruirla.....? Aunque, pues, la Silla Romana (concluye el hereje), que contaminó, abatió y llenó de errores la verdadera Iglesia, jamás pudo destruirla de raiz (1).»

Con el testimonio de los mismos protestantes y herejes queda por tanto perfectamente demostrado que Jesucristo, que prometió su proteccion y asistencia á la Iglesia hasta la consumacion de los siglos, ha cumplido hasta ahora fielmente su palabra; y que siendo, como es, *fiel y veraz* y exactísimo en el cumplimiento de sus promesas, debemos creer con los mas sólidos fundamentos que la

(1) Kiesling. De Stabilitat. Primitiv. Eccle. § 13. Lipsiæ. an. 1744.

cumplirá tambien hasta el fin del mundo; á fin de que nunca podamos decirle segun declara el Crisóstomo (1): Fueron tan grandes los trabajos y tribulaciones de que nos vimos rodeados, que no lo pudimos superar; porque el Señor nos dirá: Vosotros debiais saber que conmigo siempre habiais de triunfar y reducir á la nada vuestros enemigos, como os lo hice anunciar por David (2): y que en todos tiempos y para siempre mi Iglesia habia de ser tan indefectible en su enseñanza, como infalible en todas sus sentencias; porque Yo no la habia de faltar jamás habiéndola levantado sobre Pedro, piedra solidísima que descansa sobre *Mí*, que soy la verdadera piedra angular, sobre la que me plugo levantar este inmenso edificio, contra cuya firmeza se estrellará siempre todo el poder del infierno.

Acabó de dar Jesucristo estas sublimes instrucciones y grandiosas facultades á sus Apóstoles y desapareció repentinamente de su vista, dejándolos por una parte llenos de gozo inefable al contemplarse revestidos, no solo con la sublime potestad de perdonar ó retener los pecados de los hombres, sino tambien con la de predicadores de la nueva ley, autorizados para llevar esta semilla preciosa hasta las estremidades de la tierra: pero tristes y desconsolados por otra por ignorar hasta cuando no volverian á gozar de la amable presencia del Divino Maestro: y convencidos de la estension indefinida de su ministerio, creyeron no abusarian de la confianza si marchando á su pais natal iban á dar á sus parientes y compatriotas, aunque fuese con la mayor reserva, las alegres nuevas de que eran depositarios.

Regresados los Apóstoles á Galilea, donde vivian con alguna mayor libertad y anchura, porque allí no los acechaba ni la perfidia de los escribas, ni la injusta persecucion de los fariseos, dijo un dia Pedro á sus compañeros: *voy á pescar*: hallábanse entonces juntos Tomás ó Didymo, Nathanael, que algunos quieren que sea Bartolomé, originario de Caná de Galilea; Diego y Juan, hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos de Jesus; todos los que contesaron á Pedro, vamos tambien nosotros contigo: animados de un mismo espíritu, y cerciorados verdaderamente de la Resurreccion de Jesus, esperaban con sincera fé que les cumpliria la promesa que repetidas veces les habia hecho de que les precederia en Galilea, á fin de que con esta multitud de pruebas incontest-

(1) Div. Crisostom. Hom. 91. in Math.

(2) Ps. 59. v. 14.

bles y de testimonios auténticos, se estableciese mas y mas la verdad de su Resurreccion, por lo que no se atrevian á separarse ni un solo instante. Equipado el barco y entrados en alta mar, trabajaron afanosamente toda la noche, pero nada cogieron. Aunque ignoraban el dichoso fin á que un trabajo en la apariencia tan inútil habia de conducirles, continuaron sin embargo en su inocente tarea; hasta que acercándose muy por la mañana á la orilla alcanzaron á ver allí á un hombre, aunque no conocieron que fuese el Salvador, el que sin darse á conocer les dijo: ¿Muchachos, teneis algo que comer? Y ellos le respondieron, no. Nada cogieron despues de haber bregado y remado toda la noche los siete discípulos, dice San Gregorio (1), porque trabajaron en las tinieblas y les faltaba el auxilio divino; cuya carencia ó privacion, es una verdadera noche. Pasó esta y vino la luz, y aunque tenian á su vista el que es la luz verdadera, no le conocieron; porque queria darse á conocer por medio de un milagro (2), y como que buscasse vianda para comprar, para hablarles de un modo mas vulgar y humano.

No les preguntó el Señor para saber, porque no ignoraba cual era su situacion, sino para que haciendo mérito de su obediencia alcanzasen el fruto de su trabajo. Díjoles Jesus que echasen la red á la mano derecha de la nave, y hallarian pesca en abundancia. Desconocido era para ellos el que mandaba, y sin embargo le obedecieron; y tirando muy pronto de la red, ya no podian sacarla á tierra por la multitud de peces que habian cogido. El prodigio era sensible, y esta milagrosa pesca parecia mucho á otra del todo semejante que les habia procurado en otra ocasion Jesus, y parece que deberia bastar para abrir los ojos á alguno de sus discípulos. Esta fue una verdadera profecia de lo que despues les habia de suceder en la otra pesca espiritual á que estaban destinados. Con el buen éxito fue premiada la docilidad y la obediencia apostólica. Conocióse de todos el prodigio, y aquel discípulo á quien amaba Jesus, dijo á Pedro: el Señor es. Al punto que oyó Pedro que era el Señor, vistióse su túnica, porque estaba desnudo, y arrojóse al mar. Juan tuvo la dicha de conocer el primero á Jesus en premio de su pureza y de su amor: y siguiendo Pedro los ímpetus del suyo, atravesó las ondas y fue á arrojarle á los pies de su Maestro. En estos dos Apóstoles se ven claramente los varios efec-

(1) Div. Gregor. Hom. 24. in Evangel.

(2) Div. Crisostom. Hom. 86. in Joann.

tos de la caridad: Juan es perspicaz, Pedro intrépido: Juan manifiesta su amor en la inteligencia, Pedro en la actividad: Juan se vuelve ojos para conocer á Cristo, Pedro manos para imitarle. El amor de Dios nos alienta para que entremos en sus caminos, y para que sondeemos con humildad el piélago de su misericordia. Con gran seguridad afirma Juan que este desconocido es el Salvador: no teme engañarse, el amor le alumbra: no duda de la verdad de Dios el que está poseído de su espíritu. Grandemente ayuda el que tiene viva fé á los que estan todavía envueltos en las tinieblas del siglo; por lo que los Padres y Doctores dicen, que por Juan se entiende la vida contemplativa y quieta, y por Pedro la activa y trabajosa; pero que sin embargo los que por el dia se dedican á esta, si oyen en la noche de la contemplacion la voz del Señor que llama, deben abandonar prontamente las aparentes dulzuras del reposo para ir en busca de su Dios.

Los otros Discípulos que no se hallaban apartados de la costa sino como unos doscientos codos, vinieron con la nave, arrastrando con grande trabajo la red llena de peces. Muy bien, dice San Crisóstomo (1), se esplican aqui las condiciones de los Apóstoles: Juan conoció el primero á Jesus, pero Pedro llegó el primero á El: por el mar se significan las tribulaciones del siglo presente, y asi los que desean llegar á Cristo, se arrojan al mar porque no rehuyen los trabajos del mundo; sabiendo que por ellos es preciso entrar en el reino de Dios, y que el verdadero y fiel discípulo de Cristo permanece seguro y sale ileso de entre ellos, asi como Pedro lo salió del mar y llegó salvo á Cristo. La nave significaba la Iglesia, y asi los que navegando en ella llegaron salvos á tierra, representaban los cristianos que embarcados en la de la Iglesia llegan seguros al puerto de la salvacion eterna, puesto que fuera de ella, nadie puede salvarse.

Luego que tomaron tierra vieron ascuas puestas, y un pez encima de ellas y pan. La Omnipotencia del Salvador, atenta siempre á la necesidad de sus discípulos, les habia preparado este pequeño refrigerio. Antes habia llegado Pedro, y no nos dice San Juan que él solo viese aquel milagro; pero llegaron todos, y luego se descubrió el fuego, el pez y el pan. San Agustin (2) nos revela este arcano. El pez asado, era figura de Cristo muerto, y en el pan estaba representado asimismo el pan vivo bajado del Cielo, con el

(1) Div. Crisostom. Hom. 86. iu Joann.

(2) Div. Augustin in Joann. cap. XXI. Tract. 122. n. 2.

cual se incorpora la Iglesia para tener parte en su gloria. Y San Crisóstomo dice: Ved ahí otro milagro, no de una materia dada ó sujeta, así como en otras ocasiones, de panes y peces que ya existían, los multiplicó ahora; sino que de nada creó de nuevo con su virtud divina carbones encendidos, el pez y el pan, para aumentar y confirmar en la fé de la Resurrección el corazón de sus discípulos (1). A una legua de Bethsaida contra el Oriente, se halla el lugar donde estuvo Jesús á la orilla del mar, viéndose impreso en una dura peña la señal de sus pies, y como á medio tiro de piedra se observa el otro donde se vió el fuego encendido, el pez sobre las ascuas y pan, y á donde mandó traer Jesús algunos de los peces que habían pescado.

Apenas estuvieron los siete Apóstoles en tierra, les dijo Jesús: Traed ahora de los peces que habeis cogido. Y al instante subió Simón Pedro á la barca y trajo la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y con ser tantos no se rompió la red. San Isidoro dice: que todas las clases de peces que hay en el mar, están significados en este número de ciento cincuenta y tres, y porque los Apóstoles debían ser pescadores de todos los hombres, por esto no pescaron mas, y siendo tantos no se rompió la red. Espresa el número y la magnitud de los peces, para declarar el milagro de no haberse roto la red. Y llamando á sus discípulos á comer, y comiendo con ellos, justificar mas y mas el de su Resurrección; dándoles á conocer que no era un fantasma, sino un cuerpo real y verdadero. Ninguno de los presentes se atrevió á preguntarle quién era, porque estaban llenos de reverencia y temor, contemplando su rostro magestuoso é imponente, y porque teniendo un conocimiento cierto de que era El, era supérflua la pregunta. Sin embargo, para quitarles todo escozor ó recelo, tomó con su acostumbrada humildad el pan en sus manos, lo bendijo y se lo repartió como solía, y lo mismo hizo con los peces, y comió juntamente con ellos como acostumbraba antes de su pasión; y así todos creyeron de nuevo que era El, y en el misterio de su santa Resurrección.

Esta es la tercera vez, dice San Juan, que Jesús se dejó ver de sus discípulos, esto es, según el orden de su enumeración, y no comprendiendo en ellas la del camino de Emmaus que refiere San Lucas; pero de ahí se sigue con claridad, que la aparición de Jesucristo á los discípulos á la provincia de Galilea en cumplimiento de la promesa que repetidas veces les había hecho, no pudo ser la

(1) Div. Crisostom. Hom. 86. in Joann.

primera, ni la mas solemne de las apariciones que entonces verificó. No cabe por tanto duda alguna que despues de la aparicion á los dos que caminaban á Emmaus, la primera y segunda manifestacion se realizó en Jerusalem, donde como vimos se hallaban reunidos en el Cenáculo á puerta cerrada, en cuyo edificio continuaron sus juntas y reuniones, aun despues de la Ascension del Soberano Maestro á los Cielos, esperando el cumplimiento de las promesas divinas. Tampoco parece que toma en cuenta San Juan la aparicion ó manifestacion en el monte á los once discípulos que refiere San Mateo, y que por consiguiente solo alude en su dicho al órden de las manifestaciones que él mismo refiere. Pero como esta habia de ser memorable, no solo por los milagros de la pesca feliz, y por el fuego, el pez y el pan nuevamente creados, sino por los resultados que habia de tener, hace San Juan de ella una tan distinguida mencion.

En efecto, despues de la comida púsose Jesus á conversar familiarmente con sus Apóstoles, y dirigiendo la palabra á Simon Pedro, le dijo: ¿Simon, hijo de Juan, me amas mas que estos que se hallan aqui presentes? Sí Señor, respondió Pedro, Vos sabeis que os amo; pues si es asi, replicó el Salvador, apacienta mi rebaño. Hizole otra vez la misma pregunta, y le satisfizo el Apóstol con la misma respuesta, y el Señor le recomendó como antes el cuidado de sus corderos; pero cuando la tercera vez le estrechó para que le dijese si era verdad que le amaba, y si decia esto de corazon, entonces Pedro, triste y confuso, por la memoria que tenia de su infidelidad pasada, le respondió: ¡ Ah! ¿ Señor, y por qué me haceis esta pregunta? Nada se os oculta, Vos sabeis mejor que yo si es verdad que os amo; pues apacienta mis ovejas, le dijo Jesus. Este Apóstol, mas fervoroso en amar á Cristo, dice San Agustin (1), que temeroso para negarlo, siguió al Señor cuando iba á padecer, mas no pudo él llegar entonces á la corona. Siguiólo con los pies; aun no era á propósito para seguirlo con las costumbres. Prometióle que moriria por El, y ni aun con El pudo. Habia de morir entonces el Señor por el siervo, y no el siervo por el Señor. El que osó prometer mas de lo que podia, desordenadamente amo, y así temió y negó. Cristo resucitado enseña á Pedro como ha de amar. Amando con desórden, desfalleció con el peso de la pasion; amando ordenadamente le es prometida la pasion. Ve Pedro resucitado al que habia temido muerto; pero no ve muerto al

(1) Div. Augustin. Sermon. 296. in Natal. 11. App. Petri et Pauli.

Señor, sino la muerte muerta en El. Con el ejemplo de la carne de Jesus, aprendió cuán vano es el temor de la muerte: esta es la escuela donde se aprende á amar. Sabe el Maestro lo que pregunta al discípulo, pero quiere que la boca vaya unida al corazón, y de él mismo quiere saber cuanto le ama.

Tres veces le pregunta cuanto le ama, dice San Agustín (1), no ignorando de qué manera había de confesar el amor que le tenía; sino porque la trina confesion del amor, borrarse la trina negacion del temor; para que no sirva menos la lengua al amor que lo que sirvió al temor, y pareciese que daba mas voces para huir la muerte inminente, que para apreciar la vida presente. Preguntó, no para aprender, sino para enseñar al que dejaba como vicario de su amor al subirse al Cielo; pues no queria encargar sus cuidados ni sus ovejas, por todos los que se había dignado morir, sino á aquel que sabía que le amaba; por esto pregunta primero al Pastor si le ama, y despues le encarga el apacentamiento de su rebaño; á fin de que como había sido indicio del temor el negar al Pastor, así también fuese señal positiva del amor el apacentar el rebaño (2). Si me amas, camina delante de tus hermanos, y aquel amor ardiente que en otras ocasiones me mostraste, acredítalo ahora dando tu alma por mis ovejas, ya que decias que la darías por Mí; porque esta es la prueba mas grande de amor que puedes darme (3). Si pues el signo verdadero del amor es el cuidado del Pastor, será convencido de amarle poco, todo aquel que teniendo virtud y ciencia rehusare apacentarle (4).

A mas del amor era también necesaria la propia abnegacion y la obediencia, y para significarla y demostrarla Cristo á Pedro, le añadió: Cuando eras mas mozo, no en la edad, sino en la virtud, en la fortaleza y la constancia, por lo que tuviste la debilidad de negarme, te ceñías tu ceñidor y caminabas, y marchabas segun los deseos de tu voluntad; pero cuando llegares á ser viejo, no tanto por la edad, cuanto por el conocimiento que tengas de tus deberes, entre los que debe contarse el buen ejemplo que debes dar á tus ovejas, y por la firmeza y estabilidad en la virtud, como ya lo has acreditado en tu confesion, entonces estenderás tus manos en una cruz, y otro te ceñirá y llevará donde tú no querrás;

(1) Div. Agustín. Tractat. 123. in Joann.

(2) Div. Ambros. de Apologia David. c. 9.

(3) Div. Crisostom. Hom. 87. in Joann.

(4) Div. Gregor. lib. 6. Epistolar. Epist. 5.^a

esto es, á la muerte, que rehuye siempre la sensualidad y la voluntad natural. Asi anunció Jesús á Pedro el género de muerte con que habia de glorificar á Dios algun dia, padeciéndola por El y á su ejemplo, por lo que dice San Agustin (1): Este paradero tuvo el que negó y amó, el que presumiendo se enalteció, negando cayó, llorando se limpió, confesando fue aprobado, y padeciendo fue coronado. Con perfecto amor murió por aquel, por quien se ofreció á morir con falsa prisa. Convenia que muriese antes Cristo por la salud de Pedro, para que luego muriese Pedro por la predicacion de Cristo. Ahora es, Pedro, cuando no temerás la muerte, porque vive el que llorabas muerto, el que con amor carnal estorbabas que por nosotros muriese. Osaste adelantarte al Capitan, tuviste miedo al perseguidor; ahora derramado por tí el precio de tu rescate, seguirás á tu comprador, y lo seguirás perfectamente hasta la muerte de Cruz. Ya has oido las palabras del que por experiencia sabes que siempre habla la verdad. Profetiza tu pasion el que profetizó tu negacion.

Nó se afligió Pedro con esta prediccion. Mas sensible á la honra de morir en la cruz despues del Señor, que á la gloria de gobernar bajo sus órdenes su Iglesia, jamás olvidó esta importante profecia: asi fue, que cuando conoció que se acercaba el tiempo de su cumplimiento, escribió á toda la Iglesia dos epístolas llenas de importantísimas y muy saludables instrucciones, y en la segunda decia á todos los fieles: «Hijos míos, conviene que me dé prisa á exhortaros é instruiros, mientras estoy rodeado de esta carne mortal. Ya soy viejo, y bien presto saldré del tabernáculo de mi cuerpo, así como Jesucristo nuestro Señor, tuvo por bien de darme á entender (2).» Jesus en efecto, habia llamado aparte á su Apóstol, para hablar confidencialmente sobre este asunto tan arduo é interesante á fin de que estuviera bien prevenido; y volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel Discípulo á quien amaba Jesus, y le entró la curiosidad de saber cuál seria la suerte de Juan, su querido compañero. No habia olvidado que durante la cena, lo habia visto descansar familiarmente sobre el pecho de su Maestro, y que solo él entre todos los Apóstoles, se habia atrevido á preguntarle quién era el traidor; y no dudando que le conservaria su predileccion antigua, le dijo: ¿Qué habeis ordenado y dispuesto de él? ¿No lo destinais tambien para que os siga? Pero por mas

(1) Div. Augustin. Tract. 123. in Joann.

(2) Ep. 2.^a Div. Petri. cap. 1. v. 14.

disimulable que pareciese esta curiosidad, recibió una respuesta, que le cerró enteramente la boca. ¿Qué te va á tí respondió el Señor, en inquirir aquello que no mira al ejercicio de tu ministerio? Yo quiero que este discípulo, á quien amo, se quede como está entretanto que Yo venga. Si Yo he tenido á bien instruirte sobre tu destino, no por esto tienes derecho á preguntarme sobre el de los otros. Conténtate con seguirme, y no quieras saber mas.

Divulgáronse insensiblemente entre todos los hermanos estas palabras de Jesus: *Yo quiero que este discípulo permanezca así hasta que Yo venga*, y concluyeron que el discípulo amado, lejos de dar su sangre por la predicacion del Evangelio, jamás moriria. Y no dijo Jesus que no moriria, sino que no moriria como Pedro: pero todas las interpretaciones que entonces dieron á las palabras del Maestro, se disiparon cuando la luz celestial comunicada á los Apóstoles por el Espíritu Santo, los hizo intérpretes infalibles de los oráculos divinos. Y el mismo de quien entonces se hablaba es el que ha dado testimonio auténtico y por escrito de todas estas cosas, y no podemos dudar de ellas porque sabemos que su testimonio es verdadero.

ORACION.

¡ Oh piadosísimo Señor! ¡ Oh dulcísimo Maestro! Cuán bueno eres para todos aquellos que son de corazón recto: cuán suave para los que te aman. Oh cuán felices son los que te buscan, y cuán bienaventurados los que esperan en Tí. En verdad que Tú amas á todos los que te aman, y nunca abandonas á los que en Tí esperan: concédeme, pues, la gracia de subir al monte santo de la perfección, para oír de tu boca santísima los santos y saludables preceptos que debo observar para subir después al de la gloria eterna donde habitas; ya que por sola tu bondad y misericordia merecí ser bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Y ya que apareciendo á tus Apóstoles á las riberas del mar de Galilea, al salir del barco les tuviste el convite preparado, no me niegues la dicha de que antes de salir de este mundo sea alimentado mi espíritu con el Viático de tu preciosísimo Cuerpo, para que con Pedro, Juan y los demás Apóstoles y Santos eternamente te ame y alabe en el Cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXVIII de San Mateo, desde el versículo 16 hasta el 20. Y al XXI de San Juan, desde el versículo 1 hasta el 24, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de San Mateo para el Evangelio de la Misa del viernes después de Pascua, desde el versículo 16 al 20; y para

el de la Misa del día de la Santísima Trinidad, desde el 18 al 20.

Del testo de San Juan para el de la Misa del miércoles despues de Pascua, desde el versículo 1 al 14.

Para el de la Misa de la Vigilia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo á 28 de junio, desde el versículo 15 al 49.

Y para el de la Misa del día de San Juan Evangelista á 29 de diciembre, desde el versículo 19 hasta el 24, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DESPUES DE PASCUA.

San Mateo, cap. XXVIII, vers. 16 al 20.

En aquel tiempo: se fueron los once discípulos á Galilea al monte donde les habia mandado Jesus; y viéndole le adoraron: mas algunos dudaban. Y llegando Jesus les habló, diciéndoles (*): Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos de que Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.

NOTA. *Lo que sigue despues de esta (*) señal hasta el fin, es el Evangelio de la Misa del día de la Santísima Trinidad.*

EVANGELIO DE LA MISA DEL MIERCOLES DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. XXI, vers. 1 al 14.

En aquel tiempo: se dejó ver otra vez Jesus junto al mar de Tiberiades: y se dejó ver de esta manera. Estaban juntos Simon Pedro y Tomas, el que se llama Didymo, y Natanael, el que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Díceles Simon Pedro: voy á pescar. Dícenle: vamos tambien nosotros contigo. Fueron y subieron en un barco, y aquella noche nada cogieron. Venida la mañana se presentó Jesus en la playa; mas los discípulos no conocieron que era Jesus. Díjoles, pues, Jesus: Mozos, ¿teneis algo que comer? Respondiéronle: No. Díceles: Echad la red á la mano derecha del barco y hallareis. Echáronla luego, y no podian ya sacarla por la multitud de peces. Entonces el discípulo á quien amaba Jesus dijo á Pedro: el Señor es. Simon Pedro al oir que era el Señor, púsose la túnica, porque estaba desnudo, y se echó

al mar. Los otros discípulos vinieron en el barco, porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos, trayendo la red llena de peces. Luego que saltaron en tierra vieron puestas ascuas, y un pez encima de ellas y pan. Díceles Jesus: Traed de los peces que habeis cogido ahora. Subió Simon Pedro y trajo á tierra la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y con ser tantos no se rompió la red. Díceles Jesus: Venid y comed. Y ninguno de los que estaban allí sentados osaba preguntarle: ¿quién eres Tú? sabiendo que era el Señor. Viene, pues, Jesus y toma el pan, y les da, y tambien del pez. Esta fué la tercera vez en que apareció Jesus á sus discípulos despues que resucitó de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA VIGILIA DE LOS SANTOS APOSTOLES
SAN PEDRO Y SAN PABLO, A 28 DE JUNIO.

San Juan, cap. XXI, vers. 15 al 19.

En aquel tiempo: dijo Jesus á Simon Pedro: ¿Simon hijo de Juan, me amas mas que estos? Respondióle: Sí, Señor, Tú sabes que te amo. Dícele: apacienta mis corderos. Dícele segunda vez: ¿Simon hijo de Juan, me amas? Respondióle: Sí, Señor, Tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele por tercera vez: ¿Simon hijo de Juan, me amas? Entristeciósse Pedro porque hasta tercera vez le preguntó ¿me amas? y le dijo: Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo: Díjole: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras mas mozo te ceñias tú mismo y andabas á donde querias; mas cuando seas viejo, estenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará á donde tú no quieras. Y esto lo dijo para denotar con qué linage de muerte habia él de glorificar á Dios.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN JUAN APOSTOL Y EVANGELISTA, A 27 DE DICIEMBRE.

San Juan, cap. XXI, vers. 19 al 24.

En aquel tiempo: dijo Jesus á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesus, que estuvo durante la Cena recostado en su pecho, y que le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro, pues, viéndole, dijo á Jesus: Señor; y este ¿qué será de él? Respondióle Jesus: Quiero que él permanezca así hasta mi venida: que te importa á tí? tú sígueme.

Corrió, pues, la voz entre los hermanos que aquel discípulo no moriría, y no dijo Jesús que no moriría, sino: Quiero que él permanezca así hasta mi venida: ¿qué te importa á tí? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió esto, y sabemos que es verdadero su testimonio.





CAPITULO XXX.

DÉJASE VER JESUS POR ULTIMA VEZ DE TODOS SUS APOSTOLES Y DISCÍPULOS EN JERUSALEN, Y DESPUES DE HABER CONVERSADO Y COMIDO CON ELLOS LOS CONDUJO HACIA BETANIA, DONDE BENDICIENDOLES SE ELEVÓ MAGESTUOSAMENTE Á SU VISTA Y SUBIÓ Á LOS CIELOS CON SU PROPIA VIRTUD Y PODER.

No estaba lejos el dia en que debian tener su total cumplimiento los oráculos de los antiguos Profetas, y en que habian de verificarse todas las promesas que el Salvador Divino habia hecho á sus Apóstoles y discípulos: en las diversas ocasiones que les habia aparecido les habia explicado mas claramente, pero segun la medida de su capacidad, los misterios de la religion de que liabian de ser predicadores, y cuando segun la disposicion de los consejos eternos la hubo conducido su Magestad al grado de perfeccion necesaria, de modo que ya no necesitaba mas que la uncion del Espíritu Santo, determinó subirse al Cielo, desde donde habia prometido enviarlo.

En la última aparicion que habia verificado en Galilea á sus discípulos les mandó volviesen á Jerusalem sin temor á las violencias, tropelias é injustas persecuciones de los judios, pues no les faltaria el socorro de lo alto. Señalóles el parage y dia en que era su voluntad hallarlos reunidos; este era el cuadragésimo despues de su Resurreccion, pero sin darles á entender el grandioso suceso que en

él debía verificarse. Es muy verosímil, dice San Agustín (1), que en estos cuarenta días apareciese el Señor con mas frecuencia á su madre, á la Magdalena y á las piadosas mugeres, porque era tan vehementemente la impresión de pena y tristeza que en ellas habia hecho su pasión y muerte, que necesitaban mayores consuelos: y acaso (añade) acompañaban á Jesus en estas visitas muchos Santos Padres, especialmente Abrahan y David, á quienes se habia hecho una especial promesa de su venida al mundo; los que irian para ver aquella excelentísima hija suya, Madre del Salvador, que para ellos y para todos los demas habia hallado la gracia y concebido al Redentor; aunque ellos no fuesen vistos de las personas á las que visitaban ¡Oh! Con cuánta alegría mirarian aquella purísima criatura, y con cuánta reverencia se inclinarian ante ella viéndola tan querida y amada de Dios! ¡Oh! Cuánta veneracion les infundiria el conocimiento de la caridad inmensa de Jesus, que despues de tantos años, despues de tantos trabajos y aflicciones, despues de tan cruel, ignominiosa y acerba muerte, pudiendo volver inmediatamente triunfador al trono de su gloria y consolar y confortar á sus Apóstoles por ministerio de sus ángeles; quiso conversar familiarmente con ellos por espacio de cuarenta dias y comprobarles de muchos modos y maneras la verdad de su Resurreccion! Sobre lo que dice el venerable Beda (2): Se dignó persuadir el Señor la certeza y la verdad de tan importante misterio por medio de muchos milagros para la edificacion de la fé, y para arrancar de raiz la perfidia de todos los corazones. Para dar á conocer que estaba en todo lugar presente por su divinidad, y que deseaba saciar los deseos de todos los buenos, hizo tan frecuente su manifestacion corporal despues que hubo resucitado de entre los muertos. Y San Gerónimo añade (3): Manifestó la inmortalidad á los mortales para que le tributemos todos la debida accion de gracias, entendiendo lo que fuimos y sabiendo lo que hemos de ser.

Persuadidos los Apóstoles hasta el convencimiento de la verdadera Resurreccion de Jesus, regresaron á Jerusalem en virtud de las instrucciones que de El habian recibido, firmemente persuadidos del cumplimiento de sus ultteriores promesas. Llegado el dia determinado, hácia la hora del medio dia, entró el Señor en la casa de Jerusalem, donde los once asentados en la mesa esperaban su llegada. Les

(1) Div. Agustín, in cap. 20. Joann.

(2) Ven. Bed. Serm. de Resurrection. Dni.

(3) Hieronim. in cap. 16. Marci.

saludó con su natural y eterna amabilidad y dulzura, les deseó y les dió la paz: y si bien lo adoraron al punto que lo vieron, algunos de los discípulos persistieron en sus dudas. Aunque esta tardanza de los discípulos en dar crédito á la Resurreccion del Divino Maestro fué de muy grande provecho y utilidad para toda la Iglesia, era siempre en ellos una falta muy reprehensible é inexcusable atendidas las repetidas promesas que les habia hecho de su Resurreccion, añadiendo en confirmacion de ellas innumerables milagros: por esta razon la reprobó, reprendió y condenó el Salvador; y con esta prudencia trocó sin sentir sus corazones, convirtiéndoles en Apóstoles llenos de fé, capaces de llevar la luz de la fé hasta las estremidades de la tierra y de predicar la doctrina de la salud y las máximas santas del Evangelio á la presencia de todos los tiranos del universo.

Trataba el Señor á sus discípulos con la ternura de un verdadero Padre y con todas las efusiones de su inmenso amor: por lo que durante la comida les habló familiarmente é hizo memoria de todas las verdades que les habia anunciado, de todas las maravillas que habian visto, y de todas las órdenes que les habia dado; y para que no se les olvidase la grandiosa é importantísima mision para que los habia elegido y á la que les destinaba, les dijo otra vez: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura.* Yo que soy el Rey Omnipotente de quien dependen y á quien estan sujetos todos los Reyes de la tierra: Yo que soy el Criador de los Cielos y de la tierra, y que por lo mismo son mias todas las cosas y puedo disponer de todas ellas: Yo que vencí al fuerte armado, y que con uno solo de mis ministros destruyo el poder de todos los tiranos del universo, y sepulto en los éncavos profundos de los mares los ginetes y los caballos: Yo soy el que os digo que marcheis por todo el mundo: los montes se allanarán á vuestra vista, las colinas os abrirán paso, las torres y almenas se os inclinarán, se doblegarán las murallas, y las puertas de las ciudades se os abrirán: nada temais. Mio es el universo, id por todo él, Yo os lo mando. *Predicad el Evangelio:* esto es, la verdad, la doctrina santa que Yo os he enseñado. Destruid las costumbres perversas; anatematizad la mentira; condenad la incredulidad y el error. Enseñad á los hombres que es estrecha la senda que conduce á la vida, espaciosa y ancha la que lleva á la perdicion: que el reino del Cielo no se consigue sino con la mortificacion y con la Cruz, no con el descanso y el deleite: y en fin, que la doctrina de Cristo crucificado es enteramente contraria á la del mundo que le crucificó. *Predicadlo á toda criatura.* Al judio y al gentil, al pagano y al idólatra, y á toda nacion que hay bajo la

capa del Cielo. A todo se estiende vuestro deber y el ministerio que os confio. Vosotros me servireis de testigos, Yo cuento con la fidelidad de vuestro testimonio, y vosotros experimentaréis la de mis promesas.

El que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará. La salud se promete á los que creen, la condenacion á los incrédulos; porque el Señor que perdona la maldad y disimula la rebeldia de su pueblo, no retuvo para siempre su enojo, porque ama la misericordia. Volverá á apiadarse de nosotros, destruirá nuestras iniquidades, y arrojará en el profundo del mar todos nuestros pecados (1). Porque escrito está: De Sion vendrá el Redentor, que ha de borrar la impiedad de Jacob (2). A este dan testimonio todos los Profetas, de que todos los que en él creyeren, recibirán perdon de los pecados por su nombre (3). El que confesare con su boca al Señor, y creyere en su corazon que Dios lo resucitó de los muertos, será salvo, pues dice la Escritura: Todo aquel que en El creyere no será confundido (4), y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará. Mas ¿cómo invocarán aquel en quien no han creído? ¿Y cómo crerán en aquel, del cual nada oyeron? y ¿cómo oirán si no hay quien les predique? y ¿cómo predicarán si no fueren enviados (5)? Véase pues porque dijo el Señor á sus Apóstoles: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará.* Pero es preciso advertir, dice San Gregorio (6), que acaso dirá alguno dentro de sí mismo: yo ya creí, por consiguiente me salvaré. Dice verdad, añade el Santo doctor; pero es preciso que las obras correspondan á su fé; porque la fé es aquella, que no contradice con las obras lo que afirman las palabras, y practica con las obras aquello mismo que cree. Por esto dijo Santiago (7): ¿De qué servirá, hermanos mios, el que uno diga tener fé, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fé podrá salvarle? Asi como el cuerpo está muerto sin el espíritu, así la fé tambien está muerta sin las buenas obras.

Para que se conociese pues cuales eran los que tenian viva y

(1) Miqueæ. cap. 7. vs. 18 et 20.

(2) Isaïæ. cap. 59. v. 20.

(3) Actor. c. 10. v. 43.

(4) Isaïæ. c. 28. v. 16.

(5) Div. Paul. ad Rom. cap. 10. vs. 14 et 15.

(6) Div. Gregor. Hom. 29. in Evangel.

(7) Div. Jacob. Ep. cap. 2. v. 14.

verdadera fé, les añadió el Salvador: A estos les concederé la potestad de hacer milagros, con la cual echarán en mi nombre los demonios de los cuerpos: hablarán las lenguas que jamás supieron: harán morir las serpientes y dragones mas ponzoñosos: no les dañará el veneno que les den á beber por mas activo que sea, y con solo poner las manos sobre los enfermos, sanarán todas las enfermedades. Estos milagros se prometen á la viva fé. En las manos del que posee esta preciosísima virtud y se fia de la palabra de Dios, deposita el Señor su omnipotencia, y se verificará todo aquello que él le pidiere por la virtud y eficacia de su Santo nombre; y entendidos estos milagros en sentido espiritual, no son menos admirables que lo que suena su letra, dice San Gregorio (1): Cada dia hace la Iglesia espiritualmente lo que hacia entonces corporalmente, siendo tanto mayores estos milagros que aquellos, cuanto va del espíritu al cuerpo. Los milagros corporales muestran por lo regular la santidad, pero no la causan: los milagros espirituales no denotan la virtud de la vida, pero causan la gracia. Todos los milagros que predijo Jesus, se obraron en la primitiva Iglesia por los Apóstoles, y por otros esclarecidos varones que creyeron con viva y ardorosa fé, no solo para convertir á los infieles, sino para radicar mas en la fé á los que ya creian, confirmándoles en ella con nuevos milagros; la que habiendo ya echado raices y aumentándose, no es necesario que se hagan ahora con la frecuencia que entonces se hacian; pues basta leer solamente y oir lo que entonces sucedió, y prestarle entera y verdadera fé. Si se pregunta empero, ¿por qué los predicadores y fieles modernos no obran ahora los milagros que se obraban entonces? se responderá, dice el mismo San Gregorio, que estando ya la fé católica suficientemente probada por los milagros de Cristo y de sus Apóstoles, no hay necesidad de que se reiteren otros milagros ni prodigios despues de aquellos. Porque asi como las plantas se riegan con frecuencia despues que se plantaron para que echen raices, pero despues que las echaron ya no necesitan tanto riego, asi tambien despues que la fé de Cristo se plantó por todo el mundo, y echó raices profundas regada con la sangre de los Apóstoles, que confirmaron su fé y la predicacion de su doctrina con los milagros que obraron, ya no hay necesidad de que se repitan otros nuevos. Sin embargo, no puede negarse que en todos tiempos los ha obrado Dios para consuelo de los verdaderos fieles; porque los incrédulos siempre encuentran moti-

(1) Div. Gregor. Hom. 29. n. 4.º

vos especiosos y aparentes para contradecirlos ó negarlos, y sacan el tósigo de la muerte y de la condenacion eterna, donde otros sacan la esperanza de salud y de su vida.

Comiendo estaba aun Jesus con sus Apóstoles, y semejante al amo prudente que teniendo que ausentarse por mucho tiempo de su casa, dispone y ordena á sus criados aun las cosas al parecer mas pequeñas é insignificantes, á fin de que todo marche en su ausencia con el mayor concierto y armonia, les mandó que no se ausentasen de Jerusalem, sino que esperasen allí el cumplimiento de la promesa del Padre, que oisteis les dijo, de mi boca; porque Juan bautizó en verdad con agua, mas vosotros sereis bautizados en el Espíritu Santo dentro de muy pocos dias. Significó el Señor á los Apóstoles de un modo terminante y claro los designios de su voluntad; porque así como El habia empleado toda su vida en la grandiosa obra que le habia encomendado su Padre, así queria tambien que en la de sus Apóstoles y discípulos no hubiese ni instante vacio, ni palabra vana, ni paso inútil, ni cosa que desdijese de la alteza, importancia y dignidad de su ministerio, despues que recibiesen el Espíritu Santo; puesto que ya habian visto perfectamente formada la indestructible cadena que debia servirles de afianzamiento para levantar el suntuoso edificio de la Iglesia, el cual habia de durar hasta la consumacion de los siglos, ó lo que es lo mismo, habian visto cumplidas las profecias, esplanadas las escrituras, reiteradas las apariciones, y anunciados los grandes misterios hasta entonces ocultos y escondidos, cuya pública revelacion les habia de merecer la persecucion, los tormentos y la muerte con que serian martirizados y coronados. Que en viniendo empero el Espíritu Santo recibirian de él la fortaleza necesaria para llevar adelante su empresa, á pesar de la fiera obstinacion de sus adversarios, é igualmente el espíritu de la sabiduria para confundir la de los sabios y prudentes segun el mundo, que confiados en sus astucias y sutilezas, despreciaban la humilde credulidad de los pequeñuelos. Y por último les demostró, que el bautismo de Juan no habia sido mas que un sacramento preparatorio por medio de la penitencia de que en él se hacia pública profesion, pero puramente significativo de la fé del Mesias que aun estaba oculto, y de la santidad del bautismo cristiano, que era un sacramento que santifica por la fé, que obliga á seguir de todo corazon el Evangelio, y que representando la muerte y Resurreccion de Jesucristo, nos aplica su virtud y sus méritos.

Algunos de los que se hallaban allí presentes, animados aun

de groseras y terrenas esperanzas, se atrevieron á preguntarle, y le dijeron: Señor, Vos hablais de subiros al Cielo y de dejarnos: para consolarnos nos haceis grandes promesas; ¿será por ventura este el tiempo en que restablecereis la gloria del reino de Israel, y la independencia y libertad de vuestra nacion? Bien sabia Jesus que dentro de pocos dias no habrian sus discípulos este lenguaje, y se contentó con decirles: No os toca á vosotros saber el tiempo y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado mi Padre, y de que usará segun su poder. Lo que fue decirles: A vosotros no os pertenece saber las cosas futuras, que estan reservadas precisamente á la disposicion de Dios, de cuyo número es el restablecimiento de ese reino por el que vosotros preguntais. Vosotros pedis una restitution carnal, temporal y terrena; y solo mi Padre sabe si será asi, ó si será una restitution espiritual, cuando cerca el fin de los siglos los judios creerán en Cristo que fue su Rey, y sin embargo le crucificaron. Nada os importa por tanto la investigacion de estos secretos, procurad ser solícitos solamente de lo que os interesa; porque es una muy punible temeridad querer es-cudriñar lo que Dios ha de hacer, con el fin de saciar la humana curiosidad. Vosotros recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y con ella sereis purificados y fortalecidos, para que podais pronunciar mis palabras, y llevar á todo el mundo mis doctrinas. Esta virtud omnipotente, porque es la emanacion de Dios, os mudará en otros hombres, y sereis capaces de servir-me de testigos en Jerusalem, en Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra.

¡Oh! Y cuán admirables son las misericordias de Dios! ¡Cuán grandes é incomprensibles los designios de su Providencia! ¡Jerusalen! Jerusalem, teatro funesto de tantas atrocidades, tropelias y escesos sacrílegos, lo habia de ser tambien dentro de pocos dias de la magestad y grandeza de Dios; si bien por el apedreamiento de Esteban y la muerte de Santiago, habian de salir de ella repentinamente los Apóstoles para ir á predicar á los confines de Judea, luego á Samaria, y despues hasta el fin del mundo. ¡Quién lo creyera! Pedro, aquel Pedro que tembló á la vista de una muger-zuela, y negó á su Maestro divino, ¿este ha de ser el primer anunciador de la gloria de su Resurreccion ante los mismos que le crucificaron, y no ha de temblar? ¡Tomás! Aquel mismo Tomás que no quiso creerle hasta que le tocó con su propia mano, este ha de ser uno de los compañeros de Pedro, y predicador de la grandeza y magnificencia de Cristo delante la Sinagoga? ¿Los

Apóstoles, todos fugitivos y ocultos la noche de la Pasion de Jesus, han de salir juntos en un mismo dia y hora del retiro del cenáculo por las calles y plazas mas públicas de Jerusalem anunciando las glorias del Crucificado, y han de recorrer provincias y reinos lejanos para divulgar los frutos de esta misma Pasion, teniéndose por dichosos de ser mofados y castigados en los tribunales del mundo por haber dado testimonio de la verdad? En verdad que esta es obra del dedo de Dios: esta es la mudanza que produjo la virtud de la diestra del Escelso.

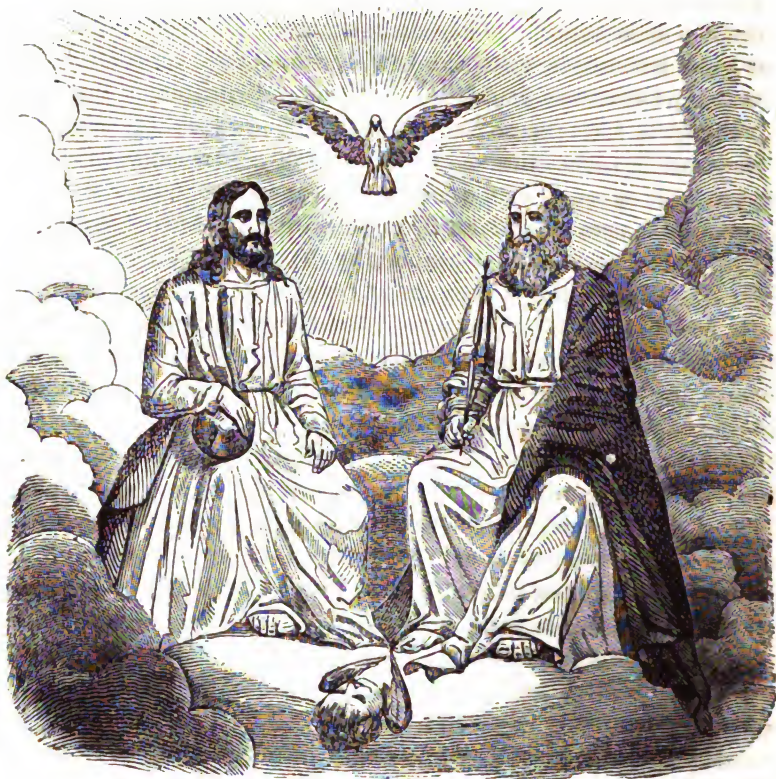
Cumplióronse ya de lleno los bellos y elegantes cuadros que tan anticipadamente y con tanta precision retrató el Profeta Isaias (1): ¿Quién ha creído ó quién creará nuestro anuncio? ¿Y á quién ha sido revelado ese Mesias, brazo ó virtud del Señor? El crecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raiz en la tierra árida. Nosotros le vimos, y aunque no era galan ni bello, sino que estaba afeado, robó sin embargo nuestros afectos. Vímosle despreciado, varon de dolores, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado; reputado como un leproso, herido por la mano de Dios y humillado; llagado por nuestras iniquidades y despedazado por las maldades nuestras; ofrecido en sacrificio porque El mismo lo quiso, no abrió su boca para quejarse; conducido á la muerte sin resistencia como la oveja al matadero, guardó silencio á la presencia de sus verdugos, como mudo está el tierno corderillo á la del tundidor que le esquila; y despues de sufrida la opresion fué levantado en alto. ¿Pero la generacion suya, quién podrá esplicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para espiacion de las maldades de mi pueblo le he herido, dice el Señor. Y en recompensa de bajar al sepulcro le concederá Dios la conversion de los impios: tendrá por precio de su muerte al hombre rico, porque El no cometió pecado, ni jamás cupo el engaño en sus palabras. Luego que El ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y por medio de El será cumplida la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado: este mismo *Justo*, mi siervo, justificará á muchos con su doctrina, y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto le daré como porcion ó herencia suya una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su vida á la muerte, y fué confundido con los malvados, y tomó sobre sí los pecados de todos, y rogó por los transgresores.

(1) Isaiæ. cap. 53. vs. 1 et seqbs.

Confróntese este capítulo de Isaías con toda la sacratísima vida, pasión y muerte de Jesús; cotéjense las últimas palabras pronunciadas por el Salvador á sus Apóstoles, *Y me sereis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra*; con las que salieron de la boca del Profeta cerca de ochocientos años antes que Jesucristo viniese al mundo, *el Justo justificará á muchos con su doctrina, y le dará como porción y herencia suya una gran muchedumbre de naciones, y repartirá los despojos de los fuertes*; y confróntense despues con una y otra profecía la estension y el dominio de la Iglesia, objeto de entrambas, por todo el universo, el poder irresistible que ejerce en el corazon de los verdaderos creyentes, el progreso rápido que hizo en su principio, y el que ha hecho en la série sucesiva de los siglos, á pesar de las horrendas persecuciones de los tiranos, de las execrables blasfemias de los herejes, y de la guerra sin descanso ni tregua que le ha hecho el infierno, y se verá si tuvieron desde su principio, si tienen en el dia, y si tendrán hasta el fin del mundo su debido cumplimiento. ¿Por qué desgracia no han de leer los incrédulos los libros santos? ¿Por qué fatalidad no han de tomarse el trabajo de confrontar las predicciones con los sucesos que se verificaron y vienen verificándose sucesivamente para justificar la santidad de la Iglesia y la divinidad de la religion adorable del Crucificado? ¿Qué mengua! ¿Qué confusión! ¿Qué ignominia y afrenta para los espíritus fuertes, para los sabios y presuntuosos del mundo, no poder destruir la obra que el Maestro celestial confió á unos pobres pescadores, y que siempre han venido sosteniendo los pequeñuelos y débiles contra la desesperada rabia de los poderosos y fuertes? Desengáñense siquiera una vez, y por la paz y bienestar de los pueblos y naciones, que tanto dicen desean depongan su incredulidad necia, y entren de buena fé en el camino recto y seguro que la religion les traza si quieren asegurar la felicidad inmarcesible.

Apenas acabó el Señor de pronunciar aquellas palabras de tanto consuelo para sus Apóstoles y para toda la Iglesia, cuando se levantó y condujo á su amada compañía por las inmediaciones de Bethania hasta cierto parage del monte de las Olivas, monte de los mas tristes y de los mas gloriosos recuerdos, y estendiendo su mano sobre ellos para bendecirlos se fué elevando suavemente delante sus ojos; insensiblemente le fueron perdiendo de vista, lo escondió una nube, subió hasta lo mas alto de los Cielos, y con aclamaciones de toda la milicia celestial fué á tomar asiento á la diestra de su Padre. Jamás se vió en el mundo espectáculo tan grandioso y admira-

ble. Consumó el Rey de la Gloria la grande expedicion á que lo habia enviado su Eterno Padre. Venció, muriendo en durísima lid, al príncipe infernal que se habia abrogado el poder del mundo: arrancó, no solo el cetro de la mano, sino aquellas almas justas que gemian como en dura cautividad: sacólas del limbo y las llevó como trofeos de su triunfo al Reino de su Padre: y los Príncipes celestes, las Potestades sublimes, las encumbradas dominaciones y



todas las virtudes de los Cielos salieron á recibirle; y al ver tanta magestad y grandeza no pudieron menos de elamar y decir: Levantad, oh Príncipes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, oh puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la Gloria, el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas (1), el Señor de los ejércitos, ese que es el Rey de la Gloria.

(1) Ps. 23. vs. 7 et seqs.

Los Apóstoles, que no tenían ni la inteligencia, ni la pureza, ni la nobleza de aquellos espíritus; pero á quienes el Espíritu de Dios queria inspirar la mas grande y sublime que jamás tuvo criatura alguna sobre la tierra, y que en el estado de santa contemplacion en que habian quedado no se habian de preparar para recibirlo; vieron junto á sí dos Angeles bajo la figura humana, vestidos de blanco, los que les digeron: Varones de Galilea, ¿qué haceis en este lugar mirando hácia el Cielo? Este Jesus, vuestro Salvador y nuestro Dios, que acaba de subir en vuestra presencia, volverá algun dia, segun os tiene profetizado. ¡Oh si tuvieramos siempre en la memoria este instante precioso en que sube Cristo á tomar posesion de todos los derechos á la derecha de su Eterno Padre! Se elevó para cumplir con su fidelidad propia todas las profecias, para llenar nuestros corazones de su Espíritu, toda la Iglesia de sus dones, la tierra de la grandeza de su nombre y el Cielo de su Gloria y de su presencia; porque ya quedaba el infierno confundido y sujetado con su poderio, y el mundo con el testimonio de sus palabras y predicciones, de sus milagros y de sus misterios; pues El mismo, hablando con Nicodemo, le declaró tan ciertamente el misterio de su gloriosa Ascension á los Cielos, que lo pintó como un acontecimiento ya verificado, diciendo (1): Nadie subió al Cielo sino el que descendió del Cielo, á saber, el Hijo del Hombre que está en el Cielo. Cuando despues de haber multiplicado los panes y peces enseñó á sus discípulos el adorable misterio de la transustanciacion en la Sagrada Eucaristia, y algunos de ellos se escandalizaron, no les dijo (2): ¿Esto os ofende y escandaliza? Pues ¿qué será cuando viereis al Hijo del hombre subir donde antes estaba? Y en la noche de su juicio interrogado por el Sumo Sacerdote para que le diga si El es Cristo Hijo de Dios vivo, no le responde (3). Aun os digo que de aquí á poco tiempo habeis de ver venir al Hijo del Hombre asentado á la diestra de Dios omnipotente y venir sobre las nubes del Cielo. Y sobre todo, no habia dicho á sus mismos Apóstoles con toda claridad y precision (4): Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo al mundo y vuelvo otra vez al Padre? Porque os he dicho estas cosas vuestro corazon se ha llenado de tristeza; mas Yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy el Consola-

(1) Evang. Joann. cap. 3. v. 33.

(2) Id. cap. 6. vs. 62 et 63.

(3) Math. cap. 26. v. 64.

(4) Joann. c. 16. v. 28.

dor no vendrá á vosotros, mas si Yo me voy os le enviaré. Aquel Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todas las cosas que Yo os he dicho (1). Cuando viniere el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, El dará testimonio de Mí y os enseñará toda verdad.

Aparecieron por consiguiente los Angeles como casi en todos los misterios del Hijo de Dios, y como aparecerán tambien en su segunda venida, y recordaron á los Apóstoles el cumplimiento de sus deberes, los que habiendo adorado por segunda vez con la mayor humildad á su divino Maestro, partieron del monte con la mayor alegría y fueron á encerrarse en la casa donde posaban desde su arribo á la ciudad. San Lucas refiere cuidadosamente los nombres de los once que se reunieron, y nos dice que eran: Pedro, Cabeza de todos, Juan, Diego, Andres; Felipe, Tomas, Bartolomé, Mateo, Jacobo, hijo de Alpheo, Simon, por sobrenombre Zelotes, y Judas, hijo de Jacobo (2), los que retirados allí no salian sino para encaminarse al Templo, preparándose como verdaderos israelitas para la celebracion de la pascua de Pentecostés; por lo que ni su reunion, ni su presencia causaba recelos á los miembros de la Sinagoga y á los judios incrédulos. Su oracion era continuada y sobremanera fervorosa, pidiendo al Señor, unánimes y conformes, el cumplimiento de sus promesas. La Madre de Jesus presidia y autorizaba estos actos de adoracion y amor de la Iglesia naciente, y á ellos asistian, con no menos fervorosa esperanza, las santas y piadosas mugeres, y los que se llamaban parientes de Jesus. Cuáles serian los consuelos y dulzuras interiores con que el Señor los alentaria en aquel retiro puestos bajo la proteccion y tutela de su Madre Santísima y Purísima, es mucho mas fácil de conocer, y aun de comprender, que de esplicar; y mas conociendo el Señor que la mayor parte de aquellas personas eran aun flacas, tímidas y poco ilustradas, y que habian de ser los fundadores de la nueva Iglesia y los primeros héroes del Cristianismo: por consiguiente es preciso confesar que solo el Señor, conocedor de todas las necesidades y repartidor de todos los consuelos, que conocia bien aquellas, y que era el único que podia socorrerlas, les llenaria de todos los que necesitaban para permanecer tranquilos y firmes hasta que bajase sobre ellos el Espíritu de la fortaleza y el amor, y saliesen del Cenáculo anunciando á Jerusalem, á la Judea y al mundo todo el glorioso

(1) Joann. c. 14. v. 26.

(2) Actos. c. 1. v. 13.

triunfo de aquel á quien habian crucificado, confirmando su predicacion y doctrina con portentos y milagros.

Si pues los hijos de Israel y Moisés y Maria su hermana, despues del tránsito del Eritreo, entonaron al Señor un cántico de alabanza, para enfervorizar el corazon del pueblo y escitarle á la mas sincera gratitud y á la mas fervorosa accion de gracias hácia aquel gran Dios que los habia redimido y salvado de la dura esclavitud de Egipto, el pueblo cristiano y fiel, redimido y salvado por Jesus de la durísima esclavitud del infierno y de la condenacion á la muerte eterna, pasado y superado el mar rojo de su pasion y muerte, viendo que ha subido triunfante y vencedor á los Cielos, llevando consigo la multitud cautiva que tenia el príncipe de las tinieblas, por cuya razon no se oye en el Cielo sino el mas sonoro y armonioso cántico de alabanza, que repite sin cesar: *Digno es el Cordero que fue sacrificado de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduria, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendicion.* Y todas las criaturas que hay en el Cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar, y cuantas hay en todos los lugares, todas repitieron: *Al que está sentado en el trono y al Cordero bendicion, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos* (1). *El reino de este mundo ha venido á ser reino de nuestro Señor y de su Cristo, y destruido ya el pecado, reinará por los siglos de los siglos. Amen* (2). Justo es, muy justo y debido que todos los que fuimos redimidos con la sangre de este mismo Cordero, todos los que por medio del Bautismo hemos sido llamados á la altísima dignidad de hijos suyos y herederos de su reino, miembros por tanto de esta Iglesia santa, depositarios de su preciosísimo cuerpo y sangre, y de los méritos infinitos de su sacratísima pasion y muerte, que se nos comunican por medio de los Sacramentos, le entonemos tambien por conclusion de este nuestro pequeño é insignificante trabajo, en protestacion de nuestra mas sincera gratitud y reconocimiento, y en accion de gracias de las grandes é inmensas misericordias que por sola su bondad con nosotros ha usado, el mismo cántico con que el Salmista Rey describió su admirable ascension á los Cielos, profetizó la vocacion de los gentiles y deseó escitar en el corazon de todas las criaturas los mas sublimes y entusiastas afectos de alegria y gratitud.

Gentes todas del universo, naciones todas de la tierra, palmo-tead y aplaudid el triunfo del Señor: cantad alegres á Dios himnos

(1) Apocalip. c. 5. vs. 12 et 13.

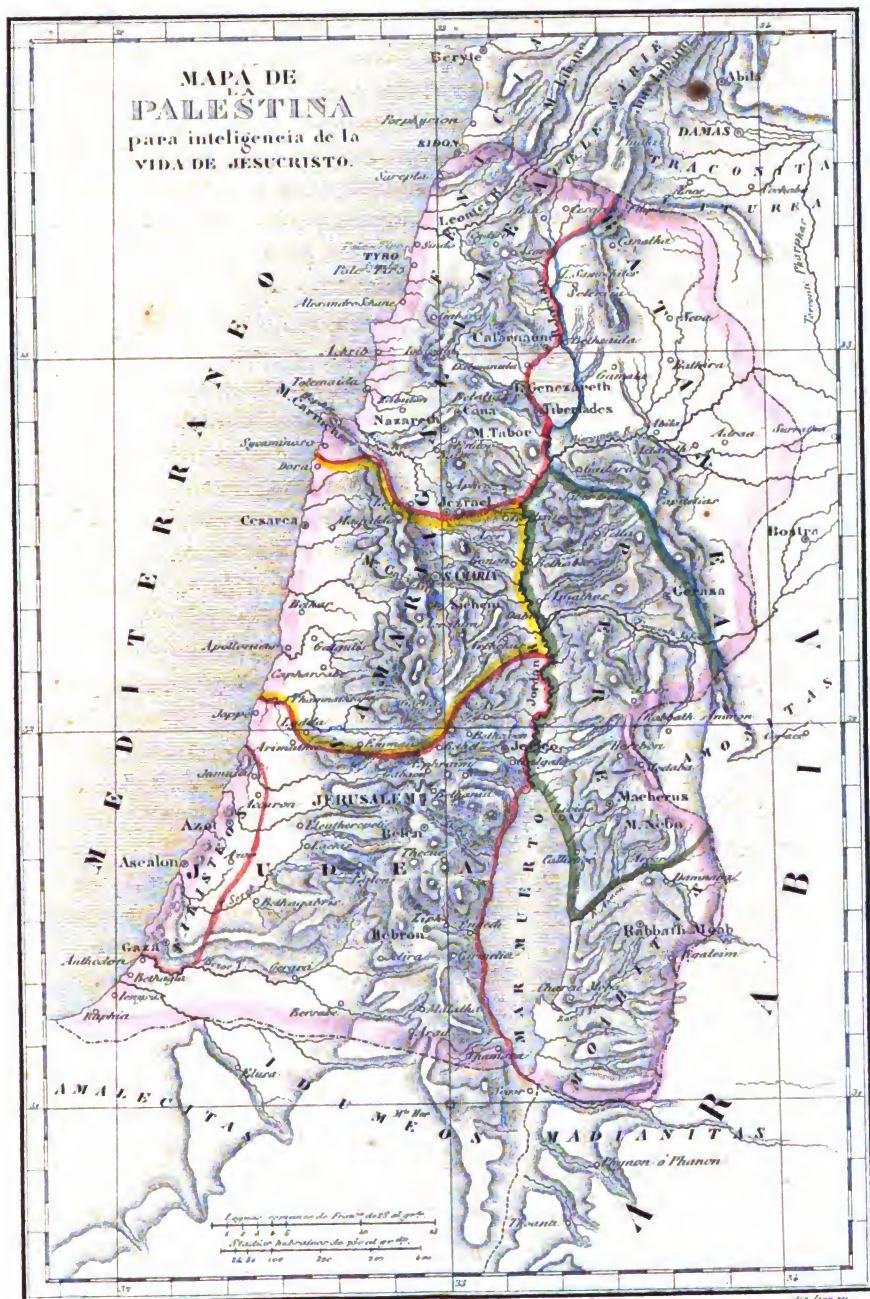
(2) Ibid. c. 11. v. 15.

de alegría, de loor y alabanza con voces de júbilo. Porque escelso es el Señor y terrible, está sentado sobre los Querubines, y hace á todos sus ministros como llamas de fuego ardiente; es el Rey grande sobre toda la tierra: es el Rey de los reyes, el Rey inmortal de los siglos, y cuya voluntad suprema no puede contradecirse. Como habia de dar estension y dominio á su Iglesia, cumplió fielmente su promesa, y sometió á ella los pueblos, y puso á sus pies las naciones. Eligió á los Apóstoles por herencia suya; porcion bella de Jacob, á quien habia amado, y á todos los que en pos de ellos vinieron creyendo en las estremidades del orbe y hasta la consumacion de los siglos. Ascendió Dios á los Cielos, de donde vino para redimirnos, acompañado de millares de santos, entre las voces del contento y el júbilo y al son de sonoros clarines. Cantad pueblos de la tierra, cantad salmos á nuestro Dios; cantad incesantemente, cantad loores á nuestro Rey. Porque Dios es el Rey de toda la tierra, cantadle salmos sábiamente. Dios sentado sobre su santo solio ha de reinar sobre todas las naciones. ¡Ah! sí: vendrá el dia dichoso; llegará el apetecido y venturoso dia en que los príncipes de los pueblos gentiles é idólatras depondrán sus errores, y los incrédulos y herejes su ceguedad y obstinacion; se reunirán con el Dios de Abraham; entrarán en el seno de la Iglesia santa; se hará la paz en toda la tierra por la fuerza irresistible de su gracia: no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor; porque Dios es el Dios protector de la tierra, y ha sido en gran manera ensalzado. ¡Oh Señor! Acelera notablemente este plazo: destierra de entre nosotros el espíritu de la turbulencia y el error; y concede á esta nacion fiel, y á todos los que renacimos y fuimos reengendrados con las aguas saludables del Bautismo, el espíritu de la fé, de la caridad y de la paz, para que unidos con estos vínculos santos lleguemos á formar tu verdadero pueblo en la tierra, y al salir subamos á gozar de tu amable compañía con la de tu Madre santísima y de todos los Angeles y santos en tu reino dichoso y eterno. Amen.

ORACION.

¡Oh Jesus dulcísimo! Salvador y Redentor de todos los que á Tí acuden é imploran tu misericordia y clemencia, en quién hemos de poner nuestra esperanza sino en Tí, que puedes abrir el corazon á tu palabra, y juntamente con la fé inspirar amor á las verdades de la salud: ya que resucitando de entre los muertos subiste á la diestra de tu Padre, para abrirnos las puertas del Cielo, que estaban cerradas por el pecado

MAPA DE LA PALESTINA para inteligencia de la VIDA DE JESUCRISTO.



Escrito por el Dr. J. M. de la Cruz.

1881.



del hombre, atrae hacia Ti nuestro entendimiento, para que solo á Ti ardientemente deseemos y busquemos. Danos el que todo nuestro deseo y cuidado sea dirigirnos hacia el lugar donde firmemente creemos que subiste, para que la miseria que por todas partes nos rodea solo afecte nuestro cuerpo, y contigo esten siempre nuestro entendimiento y todos los afectos de nuestro corazón; porque Tú solo eres nuestro tesoro apetecible y amable. Llévanos en pos de Ti, para que subiendo por tu gracia de virtud en virtud, á Ti solo, Dios de los Dioses, consigamos ver y gozar en la santa Sion, donde eternamente habitas. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVI de San Marcos desde el versículo 14 hasta el 20, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como Evangelio de la Misa del día de la Ascension. Dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

San Marcos, cap. XVI, vs. 14 al 20.

En aquel tiempo: estando sentados á la mesa los once, se les apareció Jesus, y les afeó su incredulidad y dureza de corazón, porque no dieron crédito á los que le habian visto resucitado, y les dijo: id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado. Y estas señales acompañarán á los que creyeren: en mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, quitarán serpientes, y si bebiesen alguna cosa mortífera no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán sanos. Y el Señor Jesus, despues que les habló, fue recibido arriba en el Cielo, y está sentado á la diestra de Dios. Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el señor con ellos, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

Todo lo que está escrito en esta obra lo sujeto humildemente al juicio de los sabios y á la correccion de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Antonio Roselló y Sureda, presbítero.

FIN DEL TOMO III Y DE LA OBRA.



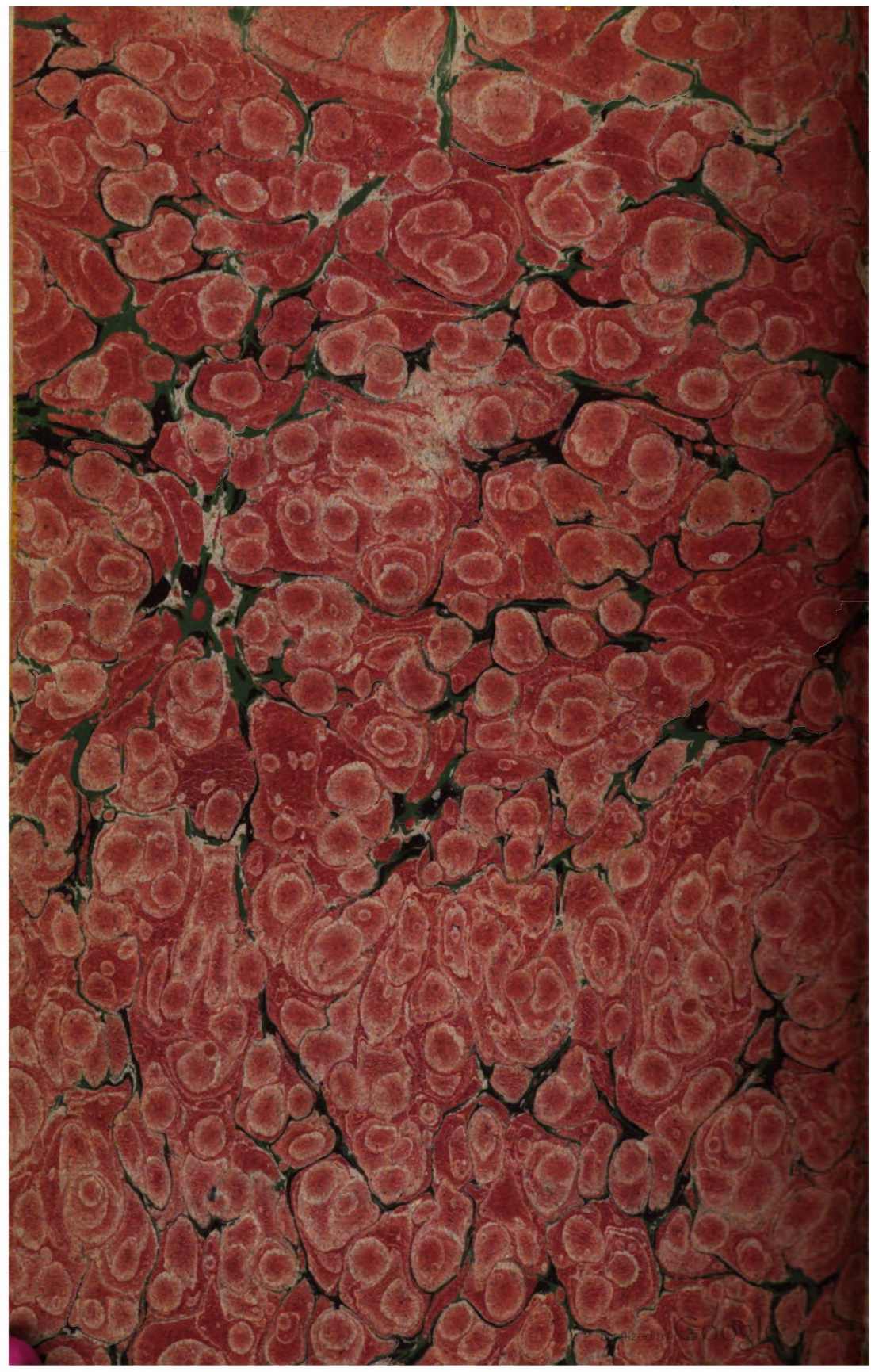
ÍNDICE DE TODO LO CONTENIDO EN ESTE TERCER TOMO.

	<u>Págs.</u>
CAPITULO I. Declara Jesucristo á los judios su divina mision, su eternidad, y otras verdades , y quieren apedrearle.	
CAPITULO II. Cura Jesus á un ciego de nacimiento, examínanle los escribas y fariseos, y reprende el Salvador su infidelidad y dureza. . . .	34
CAPITULO III. Esplica Jesus con una parábola á los escribas y fariseos el caracter y propiedades de un buen pastor, y representa la diferencia que hay entre él y el jornalero.	51
CAPITULO IV. Asiste Jesus á la fiesta de las Encenias, ó de la dedicacion del Templo: declara á los judios quién es, y quieren otra vez apedrearle. . . .	65
CAPITULO V. Defiende el Salvador á sus discípulos de las calumnias de los escribas y fariseos; y condena las tradiciones humanas y las prácticas supersticiosas que no estan en armonia con los preceptos de la religion. . . .	76
CAPITULO VI. Cura el Señor á la Cananea, á un sordo y mudo, y con siete panes y unos pocos peces alimenta cuatro mil hombres.	89
CAPITULO VII. Manda Jesus á sus discípulos que se guarden de la mala levadura: da vista á un ciego en el camino de Bethsaida; y habiendo llegado á Cesarea de Filippo elogia y premia la fé de San Pedro, y exhorta á sus discípulos á que le oigan, é imiten los ejemplos de su pasion. . . .	110
CAPITULO VIII. Transfiguracion de Jesus en el monte Thabor, en la que se muestra glorioso á tres de sus discípulos; y al dia siguiente al bajar del monte sana á un lunático y endemoniado, que aquellos no habian podido curar por falta de fé.	137
CAPITULO IX. Al pasar Jesus por Galilea anuncia claramente á sus discípulos su pasion, muerte y resurreccion: llegado á Cafarnaum manda á Pedro pagar el tributo de las dos dracmas, y dirime despues la disputa sobre la primacia.	164

CAPITULO X. Prohibe Jesus á sus discipulos se opengan á cierto hombre que espelia los demonios en su nombre, aunque no era del número de aquellos: les da lecciones de modestia y humildad, y les manda no escandalicen ni desprecien á los pequeñuelos, amenazando con un espantoso castigo á los que tal hicieren: y al fin publica su infinita misericordia con las tres parábolas de la oveja, y de la dracma perdidas, y del hijo pródigo.	176
CAPITULO XI. Enseña Jesucristo el modo como se ha de verificar la correccion fraterna: declara la obligacion de perdonar las injurias hasta setenta veces siete, y propone la parábola del Rey que pidió cuentas á sus criados.	204
CAPITULO XII. Satisface cumplidamente Jesus á la pregunta maliciosa de los fariseos, cuando le preguntan sobre los motivos del repudio: se le presentan unos pequeñuelos para que los bendiga, y manda no se les prohíba que se acerquen á El; y respondiendo despues á la pregunta de un jóven declara en qué consiste la perfeccion de la pobreza.	222
CAPITULO XIII. De los doce consejos evangélicos: de la dificultad é imposibilidad de entrar los ricos en el reino de los Cielos; y del premio de los que lo dejan todo por seguir á Cristo.	242
CAPITULO XIV. Conduce el padre de familias obreros á su viña, y á todos paga igualmente: un hombre rico pide cuentas á su mayordomo, y el mal rico es sepultado en el infierno, mientras Lázaro el mendigo es colocado entre los amigos de Dios	253
CAPITULO XV. Resucita el Señor á Lázaro, conjúranse contra El los pontífices y fariseos, y vaticina Cayfás la conveniencia de su muerte. . . .	290
CAPITULO XVI. Cura el Señor á diez leprosos: los Samaritanos se niegan á recibirle.	311
CAPITULO XVII. Contesta Jesus á la peticion de la madre de los hijos del Zebedeo: da vista á un ciego antes de entrar en Jericó: llama despues á Zaqueo, y al salir de dicha ciudad ilumina á otros dos ciegos.	319
CAPITULO XVIII. Es recibido Jesus en el castillo de Bethania por Marta y Maria, y convidado á comer en casa por Lázaro su hermano, derrama Maria el ungüento sobre su cabeza.	337
CAPITULO XIX. Entra Jesus triunfante en Jerusalem sentado sobre una jumentilla, y aunque es bien recibido, llora despues sobre la ciudad, presagiando su ruina.	347
CAPITULO XX. Arroja Jesus por segunda vez á los que compran y venden en el átrio del Templo: echa la viuda dos monedas de cobre en el gazofilacio; y esplica la parábola del fariseo y el publicano.	364
CAPITULO XXI. Maldice el Señor una higuera porque no halló fruto en ella: parábola del grano de trigo; y de el destronamiento del principe de este mundo.	378
CAPITULO XXII. Confunde Jesus á los escribas y fariseos en todas las preguntas que le hacen: y les presenta la parábola del padre de familias que plantó su viña y la arrendó á unos colonos, que despues asesinaron al le-	

gitimo heredero.	400
CAPITULO XXIII. Un hombre rico convida á varios á las bodas de su hijo, unos se escusan, y otros resisten acudir al festin: el que se presenta sin el vestido de la boda es arrojado fuera. Contesta despues Jesus satisfactoriamente á la cuestion que le presentan sobre la paga del tributo, y á la de la muger que tenia siete maridos, y satisface la peticion del fariseo que deseaba saber cual era el primero y grande mandamiento de la Ley.	414
CAPITULO XXIV. Declara Jesus que se han de oir las doctrinas de los escribas y fariseos, pero que no se han de imitar sus obras: y á quienes se dará la sentencia de condenacion eterna.	438
CAPITULO XXV. Predice el Señor las señales que precederán á su última venida, y á la consumacion del siglo: declara la venida al mundo y la persecucion del Antecristo: con varias parábolas avisa á sus Apóstoles para que esten prevenidos; y les anuncia despues su aparicion como juez de vivos y muertos, y lo que entonces se ha de verificar.	452
CAPITULO XXVI. Empieza la pasion de Jesus.	489
§. 1.º Concilio tenido en Jerusalem contra Jesus, y resolucion de prenderle y matarle.	Id.
§. 2.º Come Jesus en Bethania en casa de Simon el leproso, y una muger derrama sobre su cabeza un esquisito bálsamo.	492
§. 3.º Pacta Judas con los escribas y fariseos por un precio determinado la venta de su Maestro.	494
§. 4.º Envía Jesus dos de sus discípulos á Jerusalem para preparar las cosas necesarias para la celebracion de la Pascua.	497
§. 5.º Come con sus Apóstoles la cena legal, y les declara que uno de ellos lo ha de vender y entregar.	499
§. 6.º Lava los pies á sus Apóstoles.	502
§. 7.º Cena Eucarística, ó institucion del Santísimo Sacramento de la Eucarística.	503
§. 8.º Aclaraciones importantes de Cristo, y fervorosas súplicas á su eterno Padre.	511
§. 9.º Sale del Cenáculo, y se encamina al huerto de Getsemani ó de las olivas.	531
§. 10. Jesus en el huerto hasta su prision.	534
§. 11. Jesus es presentado á Anás.	541
§. 12. Jesus en casa de Cayfás, y ante el consejo de los ancianos: negacion de San Pedro.	545
§. 13. Es presentado Jesus á Pilatos, y por este es remitido á Herodes. Judas se arrepiente, y se ahorca.	550
§. 14. Devuelve Herodes el Salvador á Pilatos, el que hace algunos esfuerzos aunque débiles para salvarlo. Sufre un nuevo interrogatorio: es azotado: coronado de espinas: vestido con una púrpura de escarnio: puesto á Birrabás; y por último condenado á muerte afrentosa de Cruz.	559
§. 15. Sale Jesus de Jerusalem llevando la Cruz acuestas: en su marcha al Calvario profetiza la ruina de la ciudad ingrata, y luego que llega al	

lugar del suplicio es crucificado entre los dos ladrones que le acompañan.	570
§. 16. Clavado el Salvador en la Cruz es escarnecido é insultado por sus enemigos: pronuncia desde ella siete palabras misteriosas despues de las que entrega su espíritu en manos de su eterno Padre.	578
§. 17. Sucesos extraordinarios que se verificaron en la muerte de Jesus: pide José á Pilatos el cuerpo del Salvador; y bajado de la Cruz es depositado en los brazos de su Santísima Madre, y despues es sepultado.	597
CAPITULO XXVII. Resucita Jesucristo de entre los muertos y los guardias del sepulcro huyen poseidos de temor y espanto. Aparece en el mismo dia, primero á su madre, despues á Maria Magdalena, luego á las piadosas mugeres, y por último á los discípulos que desde Jerusalem marchaban á Emmaus.	622
CAPITULO XXVIII. En el mismo dia de su triunfante Resurreccion aparece el Salvador á sus Apóstoles despues de anochecido, estando encerrados en el Cenáculo, faltando empero Tomás: operacion que repite ocho dias despues en el mismo parage cerradas tambien las puertas, estando á la vez Tomas con ellos.	645
CAPITULO XXIX. Reúnense los discípulos en el monte segun el mandato de Jesus, y alli les aparece: y despues se les manifiesta otra vez en la ribera del mar de Tiberiades ó lago de Genesareth.	656
CAPITULO XXX. Déjase ver Jesus por última vez de todos sus Apóstoles y discípulos en Jerusalem, y despues de haber conversado y comido con ellos los condujo hácia Betania, donde bendiciéndoles se elevó magestuosamente á su vista y subió á los cielos con su propia virtud y poder.	672



Biblioteca Ateneu Barcelonès



1005351548



